
3 1761 09544782 7


192/12

DON JUAN TENORIO.



POR D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

EDICIONES POPULARES ILUSTRADAS

DE

MANINI HERMANOS, EDITORES.

DON JUAN TENORIO

POR

Don M. Fernández y González.

. . . Ego sum Dominus Deus tuus fortis, zelotes, visitans iniquitatem patrum in filios, in tertiam et cuartam generationem, eorum qui oderunt me.

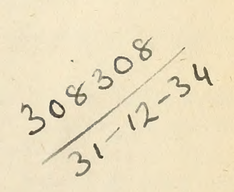
. . . .

. . . Yo soy el Señor tu Dios fuerte, celoso, que visito la iniquidad de los padres sobre los hijos, hasta la tercera y cuarta generacion de aquellos que me aborrecen.

. . . .

(Sag. Bib. Exodo, cap. XX, vers 5.)

CUARTA EDICION.



MADRID.—1866.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO-LITERARIO DE MANINI HERMANOS, EDITORES,
Ancha de San Bernardo, 9.

PRÓLOGO.

EL CASTILLO DEL DIABLO.

TRADICION.

I.

Margarita.

Margarita era una matrona de treinta años, si se nos permite llamar matrona á una mujer que ni aun en sueños se habia casado. Y no era fea ni pobre. Su hermosura llegaba á lo maravilloso, y su riqueza á lo increible.

No era tampoco lo bajo de su estirpe lo que influia en su doncellez.

Por su padre era originaria de los Vargas y Figueroas, y por su madre de los Venegas, familias ya muy conocidas entre cristianos y árabes en los buenos tiempos del Cid Campeador y de Abd-el-Rajman el Grande.

Tampoco podia atribuirse su soltería á las tiránicas exigencias de un padre, ni á los caprichos de un tutor ó de un pariente. Margarita por ambas líneas era la última de su raza.

Su padre, don Alvaro de Vargas, habia muerto del modo mas honroso y conveniente para un noble y bravo caballero, dentro de su arnés, asido á su bandera y ensangrentada su hacha de armas, tres meses antes de que su madre, doña María Venegas, muriese dándola á luz.

Margarita habia nacido huérfana, pero hermosa, rica-fembra, y apadrinada por los Reyes Católicos.

Por una coincidencia singular, sus padres habian nacido del mismo modo; así nacieron sus abuelos, y así todos sus ascendientes: los mas pacienzudos genealogistas habian buscado en vano un ejemplo en los árboles de ambas familias: los Vargas, desde la antigüedad mas remota, no habian producido mas que varones huérfanos al punto de nacer; la ascendencia de doña María. hasta la cuarta abuela, no habia procreado mas que hembras hermosas y ricas, pero de carácter escéntrico y existencia fatal, como si su orfandad hubiese sido el resultado inevitable de una maldicion lanzada sobre su raza.

Con tales antecedentes, de suponer es que, á pesar de la hermosura y las riquezas de Margarita, se retrajesen los mas enamorados, de la descendiente de una raza de mujeres que, á semejanza de las víboras, no podian ser madres sin causar la muerte de sus esposos.

Pero tampoco era esta la causa del celibato de Margarita: el amor es una enfermedad del espíritu, una locura fatal, y los locos ni premeditan ni sienten miedo.

Margarita habia sido sitiada y combatida por cuantos flancos vulnerables pueden suponerse en una mujer.

El valor habia procurado hacerla reparar en sus laureles; la poesía en sus flores; la juventud en su estusiasmo y su adoracion; la hermosura en sus incentivos; la riqueza en sus tesoros: el demonio de la tentacion se le habia presentado bajo todas sus fases seductoras, sin conseguir siquiera el ser notado de ella: la hermosura y la virtud de Margarita eran del género de las que imponen respeto; y los libertinos y los audaces, como los tímidos, se habian visto contenidos en sus demostraciones, y reducidos á un galanteo débil y circunspecto; jamás una palabra de amor habia llevado su eco suplicante á los castos oidos de la codiciada belleza, y el alma de Margarita era un alma vírgen, pura como la flor que no ha abierto aun su corola al beso lascivo de las auras.

Creyóse pues, por no creer otra cosa peor, que Margarita no *era mujer;* que Margarita no sentia el amor, porque no le concebia; que Margarita era una hermosísima estátua animada, pero sin afectos, sin sensaciones; en fin, y para decirlo de una vez, que el alma de Margarita no podia llamarse alma, puesto que en nada se parecia á la de las demás mujeres, y que era necesario inventar un nombre para el espíritu escéntrico que animaba su materia.

Se comprende perfectamente que estos absurdos eran el resultado de la desesperacion y del amor propio ofendido de los amantes; porque todo consistia, no en que para Margarita se hubiesen invertido las leyes inmutables que han dado unidad y armonía á todo lo creado, sino en que su espíritu era poderoso, inmenso, dotado de esquisita sensibilidad, y superior á las necesidades de la materia; por lo que se encontraba á una altura á la cual no podian llegar los espíritus vulgares. Margarita tenia las plantas en la tierra y la frente en el cielo.

Pero como esas mismas leyes han hecho que no exista espíritu sin amor, ni amor sin materialismo; como el sér humano mas perfecto no puede ser otra cosa que un ángel caido, y sujeto á miserias y pasiones, si Margarita hubiese encontrado en su camino un hombre semejante á ella, se hubiera unido á él por simpatía, le hubiera amado por necesidad; amándole hubiera materializado su espíritu, y al materializarlo hubiera descendido á la tierra.

Así es que en Margarita para con sus adoradores, no existia otra cosa que indiferentismo.

Indiferentismo que se referia en ella á todo, y que la hacia tender de una manera fatal al aislamiento, á la soledad: necesitaba para respirar libremente, tener ante la vista la naturaleza vírgen, engalanada con su pompa bravía, y contemplarla desde una altura inundada de esa luz fuerte y radiante

que refracta el sol en los picos de las montañas, y por el lívido fulgor que deslumbra por su proximidad cuando arde el rayo.

Necesitaba oir sobre su cabeza el estridor del trueno, y sentirle rodar despeñado hasta las profundidades de los valles; placíala mojar sus cabellos con el contacto de la bruma, y ver flotar á sus piés las nubes en un dia de tempestad.

La altísima cumbre de Muley-Hacem era como un dosel de la montaña en que se levantaba el castillo donde vivia, y bajo ella se escalonaban gigantes rocas que, descendiendo en rápida progresion, se hundian al fin como pirámides enanas en la arena de una ribera descubierta y árida, donde rompian, siempre inquietas, siempre bravas, las ondas del Mediterráneo.

Desde aquel torreon, rajado y ennegrecido por los siglos, se desplegaba ante los ojos un panorama maravilloso.

En las límpidas y frescas alboradas que preceden á la primavera, en que el cielo aparecia de color de nacar, y el mar se asemejaba á plata fundida, antes de que el sol encareciese el ambiente, la vista, resbalando sobre la ondulante superficie del mar, podia distinguir la lejana costa de Africa, como una neblina limitada por la silueta de las cumbres del atlas: los poderosos y pesados galeones, las ligeras carabelas, las flébiles barquillas de los pescadores, con sus blanquísimas velas tendidas al viento, deslizándose rápidamente sobre las ondas, y dejando tras sí blancas estelas, semejantes á raudales de perlas, aparecian como cisnes perdidos en la dilatada estension de aquel desierto de agua.

Y cuando el sol iluminaba con una faja cerúlea el profundo horizonte; cuando su disco de fuego hacia brotar volcanes de destellos de la brillante superficie de las aguas; cuando se inflamaba el espacio, y la naturaleza pronunciaba la palabra de Dios con el lenguaje de las auras, con el murmurio de las frondas, con el canto de las aves y el retumbar de las cascadas, era necesario prosternarse y adorar al Autor de tanta grandeza; al que habia dado su diadema de nieve á la montaña, su perenne movimiento al mar, su verde de esmeralda á los valles, su azul al aire, y al sol su luz radiante, purísima y brilladora para alumbrar tanta maravilla.

Y Margarita tenia ojos para ver, y espíritu para sentir á Dios á la vista de la naturaleza; y lágrimas de conmocion velaban su mirada, en que lucian al par la fé y el entusiasmo ante ese cuadro grandioso é inimitable, cuya reproduccion está vedada al pincel del artista y á la pluma del poeta.

Decididamente, Margarita era un sér escéntrico; pero su escentricidad era sublime.

II.

El primer dia de primavera.

Pasó la noche. La luz purísima de una alborada de primavera circundaba lánguidamente montañas y colinas, selvas y valles; la naturaleza sacudia el sueño y despertaba fresca y perfumada con la emanacion de sus silvestres aromas.

Era un paisaje inmenso y salvaje, pero grandioso: en una estension de cuarenta leguas, no se alcanzaba á ver ninguna habitacion, ningun sér humano, ni nada, cerca ó lejos, que revelase la sociedad, á escepcion de un castillo compuesto de un cuadrado de murallas, en medio de las cuales se levantaba, como un gigante de piedra, un torreon redondo.

Este castillo, edificado sobre una roca tajada, á cuyo pié corria espumoso, turbio y atronador un torrente, hijo de las nieves de la montaña; este castillo, decimos, parecia una continuacion de la roca; tal habia petrificado el tiempo las primitivas uniones de sus enormes sillares, y cubiértole de ese musgo verdinegro que es, por decirlo así, la cabellera de ancianidad de los monumentos.

En vano se buscaba en su construccion el sello, el carácter de una época; parecíase mas que á todo, á esas escrecencias naturales, cortadas en aristas vivas por el paso lento y devastador de los siglos, que remedan fortalezas caprichosas, y de las cuales acaso era una copia.

Desprovisto de almenas, rasgado por ventanas que parecian grietas á la distancia, y se representaban de cerca estrechas y arqueadas; defendido únicamente en su acceso por una tosca puerta de roble, en la que terminaba un sendero escarpado, inaccesible á su espalda por el tajo y el torrente; sin escudo, nombre ni bandera, era el digno rey de aquel desierto montañoso, á quien una vejetacion fuerte daba encinas gigantes y praderas inmensas, cubiertas de bálamo siempre verde, contrapuestas á las rocas graníticas que acá y allá, cerca y lejos, brotaban como ondas inmóviles entre aquel mar de verdura.

Parecia que se habia evitado construir á la vista del castillo sobre las cumbres ó en los valles que podian atalayarse desde él: cuando un hijo de la Alpujarra seguia en montería una pieza, si por acaso desde un punto cualquiera descubria el castillo, abandonaba el rastro y huia despavorido á precaverse con la oracion y los ensalmos de la tremenda desgracia que, segun una tradicion arraigada aun en tiempo de los moros en el pais, acontecia á los que por su desventura fijaban la vista en el *Castillo del Diablo.*

La tradicion era una terrible leyenda reducida á muy pocas palabras; el castillo habia sido construido por Satanás, en una sola noche, á la luz de la tempestad; cada treinta años nacia allí una niña y moria una mujer; el diablo arrebataba el alma de la madre y se introducia en el cuerpo de la hija; durante otros treinta años, el castillo permanecia abandonado; pero al finar el último de ellos, una dama vestida de blanco, servida de cuatro doncellas, y acompañada de un escudero y doce hombres, desembarcaba en la playa situada frente al castillo, trepaba colinas y montañas, y establecia su residencia en aquel solar maldito, cuyos muebles antiquísimos se encontraban siempre limpios y flamantes, gracias al esquisito cuidado del diablo, su invisible conserje.

El primer dia de primavera, la dama, vagando en la montaña, encontraba á un gentil caballero; al verle le amaba, al amarle era amada; poco despues acontecia un horrible crímen; al dia siguiente el diablo, disfrazado de cenobita, casaba á los amantes, y al cumplirse el año cabal de la llegada de

la dama al castillo, moria dando á luz una hija, en ausencia de su esposo, del cual nadie volvia á saber. El castillo permanecia deshabitado durante treinta años, y al fin de ellos recibia otra nueva dama.

La tradicion podia ser, en boca de un narrador asesino, el cuento de nunca acabar.

Esta era la historia del castillo; y tal el terror que causaba, que aunque se le hubiese dejado abierto y conteniendo un tesoro, nadie se hubiera atrevido á llegar á él ni aun armado con el valor temerario que dan la desesperacion y la pobreza.

Ver el castillo producia una desgracia; entrar en él la muerte instantánea, á no ser hijo ó servidor de la raza condenada de sus señores.

¿Pero quién habia podido relatar esta conseja? A no dudarlo provenia de algun crímen antiguo cometido en su recinto, legado á la posteridad con exajeracion, y elevado á leyenda por la supersticion.

Margarita, poseedora del castillo por su madre, que le habia heredado de la suya, conocia la tradicion; pero la habia mirado con su habitual indiferencia, en cuanto al peligro, no en cuanto al resultado que producia en la comarca; merced á él podria vivir libre, entregada á sí misma en lo inmenso de la soledad, y esto era bastante: romancesca además, quiso realizar una vez al menos la leyenda; contaba ya treinta años, y tomó tan bien sus medidas, que puso la planta en el umbral del castillo al mediar el primer dia de Enero del año 1499.

Encontró allí la soledad que buscaba, pero una solèdad sombría; aquel recinto, donde habia abierto los ojos á la luz, parecia recibirla como una cosa esperada de antemano, y las estensas y oscuras cámaras hacian brotar para ella de sus paredes un lenguaje estraño y lúgubre, que percibia sin comprenderlo. Aquella tradicion que habia despreciado estaba como un espectro, replegada en cada ángulo, en cada bóveda tenebrosa donde se posaba su vista; cuando huyendo de aquel encanto inesplicable subia á la plataforma del torreon, creia ver allá en la distante ribera una barquilla, y en ella una dama blanca, pálida y hermosa; huia á la montaña cabalgando en su caballo favorito, y las rocas, los tamarindos y los breñales, parecian animarse y saludarla á su paso, y sobre las cumbres en el fondo de las quebraduras, entre la fronda de la enramada, se la presentaba do quiera un rostro pálido y hermoso, pero de espresion melancólica y apenada.

Sueño acaso de su imaginacion romancesca, misterio tal vez que no comprendia, la vision la aquejaba por donde quiera; y este sueño, este misterio, tenaces siempre, la trasformaron de indiferente en preocupada; sus sueños, antes dulces y tranquilos, eran entonces tristes y apenadores, y desaparecian al despertar de su memoria, sin dejar en ella impresion alguna; solo recordaba que habia sufrido, y esto por un momento, despues del cual ningun recuerdo le quedaba de sus sueños.

Sintió miedo dentro de aquel recinto misterioso, y quiso alejarse de él; pero su voluntad era débil; obedecia á sus nuevas impresiones, como antes habia obedecido á su indiferentismo. Margarita era un sér impulsado por la fatalidad.

A medida que se acercaba el primer dia de primavera, sentíase mas y mas impresionada por un deseo que al principio fué un pensamiento vago y despues una necesidad imperiosa; deseaba ver realmente, de una manera indudable, aquel fantasma pálido y hermoso, que desaparecia, como un vapor que se dilata, cuando pretendia reposar en él su mirada: ansiaba escuchar su voz, como si hubiese de aliviarla del estraño malestar de su corazon, y esperaba con impaciencia que amaneciese el dia en que, segun la tradicion, debia encontrar en la montaña al gentil caballero, pálido y hermoso.

Este deseo respecto á un sér fantástico, hubiera sido estraño en otra mujer que, como Margarita, no hubiese reparado en el amor harto perceptible de los mas nobles y gallardos caballeros de la córte de Isabel I; pero en ella era una consecuencia de su carácter; su pensamiento acogia aquel fantasma y deseaba que adquiriese formas reales, porque era hijo suyo, porque era el bello ideal de su pensamiento.

Llegó el dia solemne. Margarita iba á saber si la tradicion mentia: por la vez primera sintió ese deseo de agradar, innato en el corazon humano, y especialmente en la mujer; por la primera vez comprendió el poder de la hermosura, y se puso de una manera interesada delante de un espejo; por la primera vez tambien se contempló hermosa, y sonrió á su hermosura, como el avaro al oro de sus arcas, y el valiente á la hoja de su espada.

Comprendió cuánto realce da un tocado á la brillantez y lo profuso de unos cabellos negros; cuánto el color y el buen gusto de un traje favorecen á unas formas modeladas y puras, á una tez blanca y trasparente; Margarita, pues, se atavió de una manera sencilla; una flor en los cabellos, un traje blanco y flotante y un cinturon azul. ¿Pero qué importa? ¿Hay nada mas bello ni mas rico que la elegante sencillez de una jóven hermosa? El oro y los brocados que deslumbran queden en buen hora para ocultar la deformidad; á una mujer bella le basta el resplandor de su hermosura.

Pasó la noche. Ya las neblinas se dilatan sobre los valles, y las aves revuelan cantando entre las enramadas un himno mas armónico, mas sentido, mas puro que nunca.

Aparece el primer dia de primavera, y la altísima punta de Muley-Hacem refracta sobre su dura nieve, como sobre un inmenso diamante, el rayo naciente del sol. Ha llegado la estacion de las flores y de las auras, en que el amor se oculta con las aves en las oscuras frondas y visten las praderas su manto de esmeraldas.

La naturaleza va á ofrecer sus tesoros á los vivientes, y ese himno alegre y magnífico es la ofrenda de gratitud de las criaturas.

Todo parece sonreir, todo se muestra vigoroso; la luz, la vegetacion, el límpido azul del espacio. Solo el castillo conserva su aspecto misterioso y fatídico; es un esqueleto carcomido por el tiempo que se levanta entre tanta juventud y lozanía como para recordar la decrepitud y el no ser.

Ha brillado la aurora del primer dia de primavera, y Margarita, hermosa, jóven, pura como la naturaleza que la rodea, abandonada sobre el caparazon de un poderoso caballo negro, va á salir al encuentro de su fantasma, va á buscarle entre las quebraduras.

¡Ay si la tradicion no es un sueño! ¡Ay de la vírgen sin amor!

. . . .

Allá va la amazona. Nada mas bello que ese ángel humano que pasa como una ilusion, conducido por un generoso bruto, que dilata las anchas narices, y respira satisfecho, orgulloso de su carga. Es negro como la noche, y en su altiva frente se marca una mancha blanca. Su piel es tersa y brillante como la seda, y su crencha flota acompasada á su pujante galope. Su ojo inteligente y fiero centellea abarcando cuidadoso é incesante el camino. Su instinto evita las asperezas para que su movimiento no se haga rudo, y su galope es igual, poderoso y sostenido. Parece hijo del huracan.

Allá quedan rocas y breñas; cada vez que vuelve un recodo otea un nuevo paisaje. La brida suelta, ni abusa de su poder, ni tiene voluntad.

Si él estuviera libre salvaria sin miedo breñas y desfiladeros, se lanzaria en la pradera y la hollaria inquieto y altivo, como un señor sus dominios. Pero guarda una existencia preciosa; diríase que el espíritu de un galante y enamorado caballero anima al bruto y preside sus acciones.

Y ella, la hermosa dama, se inclina sobre el cuello del corcel y murmura dulces palabras como pretendiendo premiar su esfuerzo: su reducida mano acaricia su cuello..... y ¡allá van, allá van! ¡Rocas y breñas, dejadlos pasar!

—¡Vuela, vuela, corcel mio, el del blanco lucero! ¡Vuela! ¡Allá está el gentil mancebo! ¡Vuela!

Y la brisa que arrastra entre sus alas las palabras de Margarita se revuelve lasciva entre sus cabellos, besa la flor casi desprendida de su tocado, y agita la flotante falda que vuelve á cubrir envidiosa en contínua lucha con el viento, el pié mas lindo de que jamás se enorgulleció una mujer.

. . . .

De improviso se detuvo el corcel, irguió el cuello, enhiestó las orejas, y lanzó un relincho bravío, semejante á una voz de alerta.

Habia recorrido mas de una legua; el *Castillo del Diablo* se ocultaba tras espesos encinares, y Margarita tenia ante sí una senda escarpada que se perdia entre lo oscuro de la selva.

El caballo permanecia inmóvil, con la mirada centelleante y fija en lo mas alto del sendero. Margarita le estimuló. El caballo lanzó un vigoroso resoplido y permaneció inmóvil.

Su instinto le decia que al fin de aquella senda, tras la espesura se ocultaba un peligro.

—¡Adelante!—esclamó Margarita,—adelante; hoy es el primer dia de primavera, y el hermoso caballero aguarda.

Y lanzó una alegre carcajada, que devolvieron lúgubremente los ecos.

El caballo, como impulsado por un poder superior, avanzó hácia el sendero, devoró su distancia, y se lanzó en su altura y en medio de un claro de la selva.

Ningun lugar mas lúgubre ni mas bravío; la luz, debilitada por el ramaje de encinas centenarias, parecia atravesarle penosamente; informes rocas escalonadas y rojizas le rodeaban como una valla, y un arroyo, desprendiéndose

de las quebraduras, le prestaba una voz monótona y triste en el zumbar de su caida; allí no crecia la yerba, y los cascos del caballo resonaban huecamente sobre un terreno calcáreo.

Siete monteros apostados tras otros tantos troncos, encendida la mecha del arcabuz, con la vista y el oido atentos, aparecieron de repente á la vista de Margarita, que recobró las bridas y refrenó al corcel, quedando situada en el centro del claro.

Por un instante, un sentimiento de estrañeza contuvo á los monteros; luego se adelantaron, y uno de ellos se dirigió con la altanera grosería del hombre de las selvas á Margarita.

—¡La dama blanca!—esclamó.—¿A qué alma condenada buscas por aquí?

—Hoy es el primer dia de primavera,—prorrumpió otro de ellos,—y la bruja maldita ha abandonado su *Castillo del Diablo*.

—¡Estais locos!—observó un tercero.—Esa prenda no es ni mas ni menos que la hermosa pieza que nos envia nuestra buena fortuna.

—¿Quién ha dicho que *nos envia?*—dijo otro.—¿Crees tú acaso que esa dama es mas que mi cautiva?

El asombro enmudeció á Margarita.

—¡Tu cautiva!—esclamaron en coro los monteros.

—Es morisca,—gritó el interpelado.—¿No veis los arneses de su caballo? Una oveja perdida que huye de su aldea. Lo que la selva da es del montero. ¡Yo soy vuestro capitan!

Margarita, en su ignorancia de las pasiones humanas, no comprendió otra cosa sino que aquellos siete hombres pretendian detenerla en su camino, y se irritó.

—Paso,—dijo,—paso, lebreles;—y aguijó á su caballo.

—La corza quiere ganar el viento,—gritó el que parecia cabeza de aquella gente,—y ya que nos llama lebreles, bueno será que sepa que la tenemos acorralada.

Y se lanzó á asir el freno del caballo.

Pero el valiente animal habia partido, y volaba en direccion á la salida.

Ninguno de aquellos hombres dijo una palabra; pero cual si se tratase de un ciervo, asestaron sus arcabuces, ardieron los cebos, sonó una detonacion, y el caballo y Margarita rodaron por tierra.

Una carcajada satánica se exhaló de todas aquellas bocas, y los siete se lanzaron hácia Margarita, que habia sido arrojada por el caballo y se levantaba pálida de indignacion y de cólera.

—¡Bandidos, cobardes, ladrones!—esclamó con una voz ahogada por el furor.

Una segunda carcajada general contestó á la jóven; pero de repente la risa cesó, y una palidez mortal cubrió el rostro de cada uno de aquellos hombres, que se retiraron como por una repulsion violenta de Margarita, y fueron á colocarse en los puestos que habian abandonado á su llegada.

Cerca de ellos, y entre la espesura, habia retumbado el sonido ronco y vibrante de un cuerno de caza.

Rodaron algunas piedras por las quebraduras, y tras ellas saltó por las breñas un caballero con traje de montería y con un arcabuz en la mano.

Margarita le vió, dió un grito de placer y de terror, tendió hácia él los brazos y cayó desmayada.

Habia reconocido en él á su fantasma, á su bello ideal; pero le habia encontrado en la montaña el primer dia de primavera.

La tradicion no mentia; era una terrible verdad.

III.

Predestinacion.

El hombre que habia aparecido tan á tiempo para salvar á Margarita, se detuvo en el mismo sitio donde habia caido al saltar por los breñales, y miró con una fijeza sombría á los siete monteros.

El que parecia su jefe, rudo y feroz montañés, desafiaba aquella mirada con un ademan provocativo, mientras los otros seis, repuestos del terror que les habia causado el son de la bocina, preparaban sus arcabuces y adelantaban hácia el desconocido.

En aquella situacion solemne, el cazador abarcó en una mirada el peligro, asió á Margarita, y con una fuerza prodigiosa la llevó tras una roca, la depositó con cuidado sobre el musgo, preparó su arcabuz, sopló la mecha, apuntó, y un momento despues el jefe de los bandidos saltó sobre su terreno y cayó herido de muerte.

El cazador tornó á asir á la jóven y trepó con ella por los breñales, lanzando al mismo tiempo á los ecos de la selva el ronco sonido de su cuerno de marfil, y cubriéndose en su huida con los árboles y las rocas.

Los monteros seguian adelante: conocedores del terreno, circunvalaban la espesura y trepaban con ardor á través de las breñas, irritados con la muerte de su capitan, y ansiosos de venganza: eran una manada de lobos que se lanzaban hambrientos sobre el rastro de una presa.

El desconocido escuchaba sus gritos y avanzaba, pero de una manera lenta, embarazado con su carga.

Volvió á resonar su cuerno, pero con una fuerza desesperada, como el grito de socorro de quien ve el puñal de un asesino levantado sobre su pecho.

Otro cuerno, pero lejano, contestó retumbando entre la espesura, y el caballero cobró aliento; sostuvo aun sobre sus hombros á Margarita, y se aventuró en un sendero.

Los bandidos se acercaban: escuchábanse sus gritos furiosos y el ruido de sus espadas de monte cortando la maleza. Por tercera vez se oyó la corneta del incógnito, pero atronadora, inmensa, rugiente; la otra bocina contestó, ya cerca, acompañada de terribles ladridos.

El caballero se detuvo en la plataforma de una roca truncada, y cubierto por un espeso jaral, esperó.

Los bandidos pasaron saltando junto á él sin verle, y al mismo tiempo otro

caballero jóven apareció en el borde de una cortadura, y saltó, precedido por tres enormes perros de montería, que se precipitaron en el jaral, y se echaron sumisos á los piés del caballero, que por el momento solo tenia ojos para Margarita y corazon para su peligro.

—¡A mí, á mí!—gritó el recien venido, dirigiéndose á cuatro monteros que aparecieron en la misma cortadura de donde se habia desprendido.—Embestid á esos miserables que infestan nuestra comarca y se atreven á acometer á sus señores.

Aquellos hombres saltaron á su vez, llamaron á los perros y les lanzaron sobre el rastro de los bandidos, precipitándose tras ellos por una senda escarpada.

—Agua, hermano mio,—gritó el primer caballero al recien venido.—Esta dama se muere; socorrámosla, Gaston.

—Sí, socorrámosla y abandonémosla.

—¡Abandonarla!

—Recuerda la tradicion de nuestra familia, Geofre,—dijo Gaston, que era el más jóven de los dos.

—¡Tradiciones! consejas solo á propósito para asustar chiquillos y mujeres. Pero el agua, Gaston..... Toma mi capacete; tras esas rocas se oye una corriente. Seamos cristianos antes que supersticiosos.

—¡Cristianos, Geofre!—dijo con un acento profundo Gaston.—¡Tú no crees en Dios!

Una espresion de cólera mal contenida alteró el semblante de Geofre.

—Hace algun tiempo, Gaston—dijo con voz lúgubre y reconcentrada—que resistes mi voluntad. Yo soy tu hermano mayor, yo represento á nuestro padre. Te he pedido dos veces agua, y no has ido por ella.

Un vivo rubor coloró el semblante de Gaston; tomó en silencio el capacete que su hermano le presentaba como una confirmacion de su mandato, y se alejó en silencio hácia el lugar donde sonaba la corriente.

Geofre entre tanto se entregó á una contemplacion profunda de los encantos de Margarita, que abandonada entre sus brazos, sepultada en el sueño de su desmayo, era para él lo que una estatua de magnificas formas, en cuyo semblante un escultor de genio hubiera representado un alma casi divina, que por la voluntad de un Dios debiera animarse, infiltrar su ardiente mirada, y envolver en el perfume de su aliento á él, que la miraba ansiando gozar la sonrisa de aquella boca lívida y la clara luz de aquellos ojos inertes.

Y tras esta seductora esperanza, la duda, ese terrible torcedor del alma, comprimia su corazon: temia que aquella mujer, que habia arrojado la suerte ante su planta, no fuese para él más que una vision corpórea, un cadáver que ceder á la tierra y un recuerdo apenador de una felicidad vislumbrada.

Geofre amaba, pero no con ese amor que necesita para sublimarse á la pasion del tiempo y de los sacrificios, sino con ese amor de raza pura que identifica dos séres al choque de una mirada, á la espresion de un afecto; con ese amor que corroe el corazon en una inquietud eterna, que se devora y crece devorándose; con el amor que arrastra al crímen y al olvido de sí propio, y mata la voluntad haciéndola esclava de la del sér que se ama.



DON JUAN TENORIO.—¿No escuchas el fuego de nuestra gente, Gaston?—dijo, tomando de sus manos el capacete.

Predestinados acaso para amarse, un poder misterioso habia enclavado, por decirlo así, en el semblante de Margarita la pasion que causó su desmayo; en su boca entreabierta se ostentaban al par el dolor de un padecimiento intenso y la sonrisa purísima del deleite; discordantes efectos de ese goce inmenso que dilata el corazon hasta hacerle estallar, encontrándole pequeño para contener dentro de sí un tesoro de felicidad.

Geofre, al verla de improviso ante sí, habia palidecido y temblado: la habia visto tender hácia él los brazos, inflamarse sus ojos con un relámpago de pasion emanado del alma; habia devorado ansioso su dulcísima sonrisa y escuchado el grito desgarrador que precedió á su desmayo. Geofre comprendia que amaba y que era amado. ¿Por qué? No lo sabemos: jamás sus ojos habian visto formas semejantes á las suyas.

Abstraido en aquel sueño de amor, no reparó en la proximidad de Gaston, que inmóvil con el capacete lleno de agua, fijaba tambien una mirada profunda en el semblante de Margarita.

Geofre alzó la frente, le vió, sorprendió aquella mirada, y su rostro se nubló. Empezaba á sentir celos, pero celos horribles, celos de su hermano.

—¿No escuchas el fuego de nuestra gente, Gaston?—dijo, tomando de sus manos el capacete, y rociando con agua el semblante de Margarita.

—Nuestros hombres son valientes,—contestó con acento breve Gaston.

Despues de esto, los dos hermanos guardaron un silencio que tenia mucho de hostil; Geofre bañó de nuevo el rostro de Margarita, que al fin tornó en sí, abrió los ojos, vió á Geofre, le sonrió como á un amante, cruzó con su mirada una mirada intensa, y dejó caer lánguidamente la cabeza sobre su seno.

Gaston comprendió que su hermano era amado, y un impulso de odio, de enemistad, subió de su corazon á su cabeza: el espíritu del mal habia puesto una mujer entre aquellos dos hombres, y habian dejado de ser hermanos.

—Es verdad,—dijo Gaston, no pudiendo sufrir el espectáculo de la felicidad ajena;—nuestras gentes lidian con los bandidos, y yo estoy aun aquí.....

—Sí, sí, Gaston, vete,—dijo Geofre con la impaciencia de quien desea verse libre de un importuno.

Gaston lanzó una última mirada á Margarita, apretó convulsivamente su arcabuz, miró frente á frente á su hermano, y se alejó: un momento despues se oia su cuerno retronando con una armonía diabólica y salvaje, disminuyendo rápidamente como si el que le tocaba huyese con las alas del terror.

Gaston huia del crímen. Geofre era su hermano.

Al fin nada se escuchó.

Margarita habia recobrado sus fuerzas; estaba sentada sobre el tronco de una encina abatida por el huracan, y Geofre, de pié junto á ella, la dirigia la palabra.

—¿Por qué habeis venido sola, señora? Sin la casualidad que me ha permitido defenderos...

—¡Defenderme! Sí en verdad: os habeis mostrado para conmigo generoso y valiente, pero yo no he tenido miedo.

—¿Qué? ¿No os ha aterrado el peligro de que he tenido la dicha de salvaros?

—Hoy es el primer dia de primavera; el dia del amor, Geofre, y no era morir mi destino.

—¿Vos sois la dama blanca del castillo *del Diablo?*—dijo Geofre, palideciendo.

—Así llaman en la comarca á todas las damas de mi familia que vienen á morar en su señorío de Muley-Hacem?

—¿Conoceis la tradicion, señora?

—Sí,—dijo bajando los ojos Margarita.

—¿Y sabeis que es hoy el primer dia de primavera?

—Ya os lo he dicho, Geofre.

—¿Quién os ha revelado mi nombre?

—Lo he oido en sueños unido á vuestro semblante: yo os conozco; vos sois el prometido de la dama blanca del castillo: el gallardo cazador de la montaña.

Geofre palideció aun más. Margarita hablaba de una manera tan cándida, que era preciso creer en su sinceridad, y por otra parte, le trataba como si lo hubiese conocido mucho tiempo antes.

—¿Y creeis—la preguntó Geofre—que la tradicion sea verdad?

—Antes de veros, nó; ahora, sí.

—Segun eso,—observó lívido ya Geofre,—¿creeis que vos y yo somos la dama del castillo y el cazador de la montaña?

—Lo creo.

—¿Y me amais?

—Si es amar, desear, esperar y sufrir, os amo, Geofre; os amo y quiero que me ameis. Yo no sé por qué, cuando pienso que esa tradicion puede mentir, y no ser vos mi prometido, se me desgarra el corazon.

—Conoceis la tradicion de vuestra familia, señora; pero ¿sabeis el nombre de familia de vuestro esposo?

—Sí, ese nombre es el vuestro, Geofre Tenorio.

—¿Sabeis que no podeis pertenecerme sino cuando el crímen manche mis manos?

—Sí,—contestó palideciendo Margarita.—Yo me habia burlado de la tradicion y de mis sueños; pero la tradicion y los sueños crearon para mí un sér que yo creia hijo de mi fantasía, un sér que debia aparecérseme en la montaña; dudaba aun, y vine, y os encontré..... y érais vos aquella vision, aquel ensueño convertido en realidad: ya no puedo dudar de nada, ni vos dudareis, porque yo os lo afirmo. Y si todo es verdad, ¿qué crímen es ese que ha de acompañar á nuestras bodas?

—No lo sé, señora, ni me atrevo á pensar en ello; pero esto sin duda es un sueño: me habreis visto alguna vez.

—¡Nunca!

—El acaso, un acaso rarísimo: ¿no se ven con frecuencia dos hombres hijos de distintos padres y de tierras opuestas que son, sin embargo, enteramente parecidos? ¿Por qué no creer que la casualidad hace que yo me parezca á vuestra fantasma, señora?

—Vuestro destino, Geofre, es lúgubre como el mio; os he visto lanzar una mirada de muerte á ese jóven que acaba de separarse de nosotros.

Geofre se estremeció.

—¡A mi hermano, señora! ¡A ese noble y valiente jóven que acaba de salvarnos la vida! ¡Al niño á quien llamaba mi madre el ángel de su familia! ¡Mi hermano! ¡Oh! Eso es imposible; basta con lo hecho: antes me arrancaria el corazon.

—¡Vuestro hermano!—esclamó con espanto Margarita.—Ese jóven, ¿es vuestro hermano? Separémonos, Geofre, y pongamos á Dios entre nuestro destino; ¿qué importa que nos amemos, si ese amor ha de costarnos la paz en la tierra y la salvacion en el cielo?

—¡Separarnos! Sí, es verdad; como vos tengo miedo, un miedo que no he conocido jamás. ¡Oh! ¡mi hermano! ¡Y si pesa sobre nosotros la maldicion de Dios!

—Pues bien, Geofre, separémonos: abandonad esta comarca y yo abandonaré mi señorío; volveré al lado de la reina, entraré en el claustro de Santa Isabel la Real, y allí, yo sola me perderé, porque jamás podré amar á Dios.

—Vuestras palabras combaten, señora, lo mismo que aconsejan: cuando un hombre se siente amado de tal manera por una mujer como vos, nada le detiene; ni los agüeros, ni los horóscopos, ni las tradiciones: el amor lo domina todo, y yo os amo..... no sé con cuánta fé, con cuánta voluntad.

—¿Aun sobre la sangre de vuestro hermano?

Geofre se estremeció de nuevo y calló.

—¡Adios, adios pues, noble y valiente caballero!—dijo Margarita, haciendo un violento esfuerzo para aparecer serena y devorando en su corazon las lágrimas.

—¿Os vais, señora?

—Sí, debemos separarnos, y nos separamos.

—¿Y qué hareis sola, á pié, entre estos breñales infestados de lobos y bandidos?

—Dios me salvará.

—Ya os ha salvado por mi medio; dejad, pues, que hasta el fin sea vuestro salvador.

Margarita habia ya agotado toda su fuerza de dominio respecto á sí propia, y no supo resistir la voluntad de Geofre. Se asió de su brazo y empezaron su marcha hácia el castillo.

IV.

Amor sin esperanza.

Gaston, lanzado á la carrera, saltaba las breñas, atravesaba los jarales, salvaba los barrancos y los arroyos, y su cuerno seguia retumbando siempre, exhalando en una queja dolorida el amor funesto que se habia apoderado de él á la vista de Margarita.

Corria sin direccion, sin objeto, por donde el impulso de su carrera lo

llevaba, ciego á todo, abstraido en el tenaz recuerdo del pálido y hermoso semblante que solo habia entreabierto sus ojos y su boca para mirar y sonreir á su hermano Geofre.

Se habia apartado sin conocerlo del camino seguido por los bandidos y los monteros; lentamente se habia alejado el ruido de los disparos, y al fin nada se oia; el cuerno de Gaston retronaba solo y señor absoluto del silencio en las soledades de la montaña.

Gaston se detuvo en fin; habia corrido mucho, y su cuerpo se paró naturalmente como una máquina falta de impulso; el jóven dominó por un momento su fantasía, y miró en torno suyo con atencion.

Frente á él se levantaba en la cumbre de una roca un torreon macizo y viejo; no se veia ni un hombre en sus almenas destrozadas, ni una dama en sus estrechas, profundas y largas ventanas. Parecia colgado del borde de un enorme tajo, y un turbio y atronador torrente se revolvia espumoso, estrellándose en espumas y derrumbándose en cascadas sobre las rocas de su lecho.

Gaston se aterró, y miró con atonía aquel torreon rasgado y lúgubre.

Era el castillo del Diablo.

El jóven hizo la señal de la cruz, murmuró una oracion, y se volvió trepando con ardor por la montana hasta perder de vista el castillo: entonces, fatigado de alma y cuerpo, se sentó; y niño aun, como que apenas contaba quince años, se puso á llorar.

Segun sus ideas y el estado de su alma, era muy desgraciado: su hermano le trataba con dureza; habia encontrado á una mujer hermosa á quien amaba sin esperanza, y habia visto el castillo del Diablo.

Tres desgracias á un tiempo: tres desgracias para él, acostumbrado al dulce amor de su madre, que perdia los dedos en sus blondos cabellos, y le llamaba su ángel.

Aquella noble, hermosa y amante señora no existia: su hermano renegaba de él; estaba solo en el mundo, y lloraba.

De improviso, un rumor lejano le distrajo de su dolor: era el eco de una voz salvaje y ronca que entonaba un cantar estraño, interrumpido de una manera brusca de vez en cuando, y proseguido con más fuerza y estension:

¡Ya la primavera empieza!
¡Ya hay flores en la llanura!
¡Ah! ¡ah! ¡ah!
La vírgen en la aspereza
Busca amante á su hermosura.
¿Dónde está?

Estas palabras entrecortadas, rapidas, pero vigorosamente pronunciadas con una armonía estraña, se dejaban escuchar perfectamente; y aquel *¿dónde está?* retumbaba como un grito de furor, de desesperacion, y sobre todo de impaciencia.

Gaston miró en direccion al lugar donde sonaba la voz, que una vez con-

cluida la única estrofa que cantaba la repetia, y se acercaba más y más.

Por último, entre las cortaduras de la cumbre de una roca y en el estremo de un áspero y estrechísimo sendero que terminaba cerca del sitio donde estaba Gaston, apareció un grupo negro é informe, compuesto de un hombre y de un perro.

El animal saltaba, saltaba el hombre asido á la peluda piel del perro; si el sendero se cortaba en un punto de descenso de la roca, aquel sér estraño saltaba sobre el perro, y ginete en él, salvaba cortaduras y asperezas; despues volvia á su anterior posicion; trotaba ó corria, siempre asido á la piel del animal, y siempre entonando su cantar monótono y singular.

Gaston vió con asombro acercarse aquel grupo, compuesto de dos partes que parecian escepciones de raza: el hombre era un jorobado, con piés y manos de gigante y cuerpo de enano; el perro era un animal gigantesco, cuyas patas se veian cubiertas por una lana larga y espesa que tocaba al suelo: corrian, saltaban, mezclaban su canto y su ladrido, se ayudaban mútuamente y parecianse uno creado para el otro; se armonizaban pues: componian un todo indescribible, satánico, espantoso.

Con una velocidad estrema recorrieron la senda: bajaron á la rambla, y se encontraron frente á frente con Gaston, que á su llegada se habia puesto de pié.

El hombre vestia una hopalanda de paño negro; llevaba una gorra de terciopelo negro con plumas del mismo color; un laud á la espalda, y sobre su redondo vientre, pendiente de un talabarte de seda azul bordado de plata y adornado con cascabeles, un largo y ancho puñal que podia servirle de espada.

El rostro de este hombre revelaba juventud, pero una juventud tísica; belleza, pero demacrada y triste; y algunas veces, en sus magníficos ojos negros, una mirada de generosidad, de benevolencia, de buenos instintos, en fin, que pasaba instantáneamente para dejar su lugar á una espresion dura, cruelmente refinada, inquieta y amenazadora.

Allí dormia indudablemente un alma grande y buena, pero emponzoñada por el sarcasmo, herida por el desprecio, desolada por el abandono, alimentada por la venganza.

El perro, por el contrario, era un gigante; venia á ser para el enano lo que un caballo para su ginete: sus lanas largas, fuertes y rígidas como cerdas, ocultaban sus formas, sus ojos y su boca, de la cual solo se veian dos largos colmillos de jabalí.

Hombre y perro se detuvieron al mismo tiempo delante de Gaston, y el semblante del primero se iluminó con una espresion de alegría, pero inmensa, insensata. Sonrió horriblemente, y cantó de nuevo:

«¡Ah! ¡ah! ¡ah!
¡La vírgen que en la espesura
Busca amante á su hermosura!
¿Dónde está?»

Predispuesto Gaston, sintió enardecerse su sangre al choque de la inso-

lente mirada del enano, que le contemplaba con los ojos móviles, radiantes de alegría y preñados de amenazas.

—¿Qué me quieres?—le dijo con altanería.

—Tú eres el gentil caballero de la montaña.

—No te entiendo.

—Tú buscas una dama.

—¡Yo!.... ¡yo huyo de ella!—esclamó Gaston con un acento de dolor semejante al de quien se siente bruscamente tocado por una mano estraña en los bordes de una llaga.

—¡Que huyes tú de Margarita! ¡de la vírgen hermosa! ¡de la mujer pura!

«¡Ah! ¡ah! ¡ah!
Ella busca en la aspereza
Un amante á su belleza,
Y un cadáver hallará.»

El enano, despues de su canto, lanzó una carcajada histérica.

—¡Imbécil!—esclamó Gaston;—si esa dama, si esa Margarita es la misma de quien ha huido, ha encontrado ya á su amante y reposa entre sus brazos.

El enano lanzó un grito horrible; su palidez aumentó en intensidad, y dos lágrimas solas se deslizaron á lo largo de sus mejillas.

—¡Dices que ha encontrado á su amante!—esclamó.

—Sí,—contestó secamente Gaston.

—¿Le has visto tú?

—Es mi hermano.

—¿Y le ama?

—Sí.

—¡Mientes!

—¡Miserable!—esclamó el jóven levantando su arcabuz sobre el enano.

Instantáneamente éste arrancó el arcabuz de las manos de Gaston, y asiéndole de un brazo, le atrajo á sí con una fuerza invencible, desnudando su puñal.

Gaston tuvo miedo. El enano aspiró aquel miedo hasta el fondo de su alma y se sonrió con delicia.

—¡Dices que Margarita ha encontrado á su amante!

—Sí,—contestó instintivamente el jóven.

—¿Dónde?

—En la montaña.

—¿Muy lejos?

—He perdido el camino.

Los dientes del enano rechinaron como los de un epiléptico.

—¿Que has perdido el camino? ¿Que la has abandonado, cobarde, á otro hombre, y la amas? ¡Oh, ven!

Y arrastró al jóven; hizo olfatear al perro, que sin duda encontró un rastro, y se lanzó por él.

El enano saltaba y corria asido á las lanas del perro; Gaston se sentia arrastrar como por un torbellino.

Cada vez que el enano llegaba á una cumbre, miraba en torno suyo cuanto se tendia á sus piés; luego tornaba á empezar su carrera precipitada, insensata, diabólica.

Hubo un momento en que se detuvo, ahogó un grito y se puso la mano sobre el corazon: por el fondo de una rambla adelantaban una dama y un hombre: iban á pié; la dama se apoyaba en el brazo del galan, que la sonreia é inclinaba hácia ella su semblante. Alguna vez aquellos dos semblantes se unian.

Eran Margarita y Geofre.

El enano devoró un rugido, cambió de direccion, se alejó de la vista de los dos amantes, y se internó con Gaston en un espeso tallar.

Allí se detuvo.

—¿Amas á esa mujer?—le dijo.

—Sí,—contestó Gaston.

—Yo la amo tambien,—repuso el enano.

—¡Tú!—esclamó con estrañeza el jóven.

—Yo, sí: ¿acaso no tengo yo corazon, y un corazon mejor que el tuyo? Es hermosa, es verdad; y mi deformidad, que ahora la divierte, la espantaria si supiese que bajo este rudo vestido de carne se oculta un amor tan grande como basta para que no le comprendan los hombres. Si yo la demostrase mi amor, se ofenderia, y yo no quiero ofenderla; me aborreceria, y no quiero que me aborrezca.

—¡Luego lo que sientes son celos!—dijo con amarga intencion el jóven.

—Lo que siento es miedo.

—Sí, miedo de que un esposo la arranque de ese castillo maldito y la aleje de la caverna donde sin duda habitas.

—Yo vivo en el castillo de Muley-Hacem.

—En el castillo del Diablo, querrás decir.

—Lo mismo da. Sabe que soy bufon de la muy alta y poderosa señora doña Margarita de Vargas y Venegas.

Al saber que se trataba de uno de esos séres abyectos de que en aquellos tiempos se proveian las gentes de linage y cuantía, para entretener el ocio con sus sandeces, el orgullo de raza de Gaston se rebeló y sintió rubor de haber cedido á un sentimiento supersticioso que le habia hecho mirar al enano como á un sér sobrenatural.

—¡Y tú, bufon despreciable,—dijo con arrogancia el jóven,—tienes la audacia de entrometerte con caballeros! ¡Y te atreves á amar á tu señora!

—¡Los señores! ¡Siempre los señores insolentes y déspotas, que creen que para ellos solos ha criado Dios la luz del sol, los frutos de la tierra y la hermosura de las mujeres!.... ¡Bufon, miserable bufon! ¿Quién eres tú para nosotros, que somos hermosos, ricos y sobre todo nobles? ¡Te hemos comprado para que nos diviertas, para que te rias y nos hagas reir siempre, aunque tu corazon destile sangre!.... ¡Te hemos comprado la alegría y no tienes derecho á estar triste!.... ¡Canta, bufon, canta amores á la hermosura,

pero no la codicies!.... ¡Te bastan tu hopalanda, las migajas que te arrojamos desde nuestra mesa, y nuestro blason que llevas al pecho! ¡Miserable bufon!.... ¿Quién eres tú para amar á una dama hermosa, rica y pura? ¡Tu alma debe ser de distinta especie que la nuestra, que somos poderosos infanzones y tenemos poder bastante para tratarte como á nuestros perros y á nuestros caballos!....

El enano habia pronunciado su anterior declamacion de una manera tan dolorosa, tan enérgica y tan sentida, que Gaston se sintió dominado á su pesar.

—Y sin embargo,—continuó el enano,—ese esclavo, ese sér informe para quien la naturaleza ha sido una madre cruel, tiene alma para despreciar y fuerzas para aniquilar á sus insolentes señores, que le han impuesto por castigo de su fealdad la esclavitud. El bufon, de solo á solo, puede hacerles temblar; pero ellos le insultan cobardemente auxiliados por los demás hombres, que consideran al enano, al corcovado, al loco, como á un animal de distinta especie, sobre el cual se lanzarian á la vez, como una jáuria de sabuesos que despedaza á un toro, si pretendiese vengarse. Pero tú, hermoso, jóven, noble y rico, estás aquí solo conmigo: el bufon, el horrible, el esclavo, te concede una gracia dejándote la vida, porque, á quererlo, haria contigo lo que hace con esta piedra.

Y asió un enorme peñasco, le levantó sobre su cabeza y le lanzó á la vertiente de la montaña, con la misma fuerza que pudiera haberlo hecho una catapulta.

La piedra se precipitó rebotando; rompió á su paso zarzas y malezas, y retumbó á su caida en las profundidades de un barranco.

Despues de esta demostracion de fuerza, el enano se volvió de la manera más indiferente á Gaston.

—Siéntate,—le dijo.

El jóven se sentó en las breñas; el bufon volteó otro enorme peñasco, le acercó á Gaston y se sentó en él, dejando pendientes sus piernas monstruosas, bajo las cuales se tendió el perro como para servirle de escabel.

—Yo amo á Margarita,—dijo el bufon fijando en el jóven una mirada profunda;—pero no como la amas tú, como la ama tu hermano, como la han amado cuantos la han visto. La amo, sí, pero de distinto modo: vosotros y ellos podeis ofrecerla linage, oro y hermosura, y la habeis codiciado para esposa; yo..... yo no puedo ofrecerla nada de eso, y no espero nada, nada, sino el desprecio y el insulto, á no obtener por la fuerza un goce brutal; y yo la amo: el amor es el respeto; el amor es la adoracion; el amor hace mártires, pero nunca infames. Mi amor nació y murió al mismo tiempo, porque es un amor sin esperanza.

El bufon suspiró; pero de tal modo, que aquella espansion dolorosa parecia un rugido.

—Encerré mi amor en lo más profundo de mi alma; le devoré y gocé con él de una manera recóndita y misteriosa: yo la veia sufrir, y sufria; gozar, y gozaba; pero mi semblante era siempre el mismo: semblante de bufon, nunca llegaban á él ni las mas débiles ondulaciones del mar borrascoso que se re-

volvia en mi alma. Jamás dejé de cantar con voz segura, ni mis bufonadas cesaron aun en los momentos en que Margarita, inocente y pura, jugaba con mi cabellera, como lo hubiera hecho con la crencha de su caballo favorito. Mi alma sentia el contacto de aquellas hermosas y reducidas manos: le aspiraba, le absorbia y gozaba como goza la sensitiva á la proximidad de su querida compañera. Margarita era huérfana; Margarita necesitaba de más que de la proteccion de una reina y del amor de un hombre; Margarita necesitaba de una existencia fuerte y poderosa que velase por ella, y la consagré mi vida y mi alma, pero en silencio. Halagaba mi orgullo aquella posicion de protector desconocido. Si alguna vez, me decia yo, Margarita se ve engañada por un hombre, yo llevaré á aquel hombre al altar, y le arrojaré de rodillas ante ella; si se casa, yo velaré tambien y la defenderé; seré su guarda sin sueño, sin descanso, y la protegeré. ¡Y qué hermoso será el dia en que ella, tan hermosa, tan inocente y tan entusiasta, mire por primera vez al bufon y comprenda que es más noble, más valiente, más grande que todos esos magnates, que no saben hablar de otra cosa que de su poder! Y entonces tal vez ella comprenda cuánta hermosura de alma y de pensamiento ocultan mi deforme joroba y mi cuerpo truncado; tal vez se enamore de mi alma y me acepte..... tal vez me ame..... ¡Insensato de mí!—esclamó el enano, poniéndose de pié sobre el perro, y saltando de él al terreno, por donde empezó á pasear como una fiera que se impacienta en una jaula.—¡Miserable de mí, que creia entonces en la virtud, en el entusiasmo, en la santidad! ¡Mentira, mentira, mentira!

—¿Es decir que dudas de la virtud de Margarita?—esclamó Gaston, sin poder sostener ya el silencio despreciativo que se habia impuesto.

—¿Y qué es la virtud segun la consideran los hombres?—esclamó el enano.—Polvo y vanidad. ¿Qué es el amor? Egoismo. ¿Qué es la caridad? Egoismo. ¿Qué importa á una mujer ser amada con idolatría, con toda la espansion de un alma grande y poderosa, si no encuentra el sensualismo delante del amor? ¿Dónde están esos sentimientos puros que buscan el cielo dejando la materia en la tierra? ¿Quién tenderá su mano al desdichado, si su aspecto le repugna? ¡Dios, solo Dios, de quien es igualmente querido el deforme y el hermoso! ¡Dios, que no ve en la materia más que un vaso tosco y miserable, donde se contiene el espíritu! Yo aprendí esperiencia, y comprendí que estaba condenado al aislamiento, al desprecio y á la servidumbre; busqué en torno mio un sér á quien ampararme, y no le encontré; ni amigos ni amante: todos, hasta el brutal campesino, cuyo espíritu es tan menguado como su rudeza, se creian superiores á mí, y ese convencimiento de superioridad en todos constituia para mí un mundo de tiranos. La misma Margarita me trataba con desprecio, y era la única que no me ofendia: no era culpa suya ceder al ejemplo, porque el ejemplo hace la costumbre, y la costumbre es una ley. Devoré dentro de mí sufrimientos infinitos; absorbí mi desesperacion, y no lancé ni un solo grito de dolor. ¿Para qué? El mundo se hubiera reido del sufrimiento del jorobado, como los muchachos de los chillidos del murciélago, á quien clavan por las alas y arriman al hocico una candelilla. No quise dar á los hombres el goce de mi martirio, y reí, canté, dije chistes eternamente por

todo y para todo: llegaron á tener envidia de mi eterna alegría, porque no hay hombre, por feliz que sea, que no tenga que devorar un dolor. Pero aquella ostentacion de alegría era para mí un tormento cruel; mi alma, forzada á encubrirse, se resintió, y sus pensamientos desesperados dieron fiebre á mi cabeza y fatiga á mi pecho. A los dolores del espíritu se unieron los del cuerpo. La tisis se habia apoderado de mí; habia nacido para que el mundo me asesinara, y mi destino se cumplia. En medio de tanto sufrimiento, desesperado y loco, no pudiendo esperar nada de los hombres, me elevé á Dios, y le pedí la paz de mi alma. ¡Jóven! cuando encuentres tu corazon desgarrado, seco y árido; cuando no esperes sobre la tierra más que dolores que añadir á tus dolores, busca un sacerdote puro, santo y bueno; pídele consuelo, y él te enseñará el camino por donde se llega á Dios.

El acento del bufon, dulce entonces y melancólico, se infiltró en el alma de Gaston; miró con respeto á aquel hombre cuya alma era tan elevada y se interesó por él.

—Sí; yo amo á Dios,—dijo Gaston, terciando ya sin violencia con el enano;—y el amor de Dios que mi pobre madre me habia inspirado con su amor y con su ejemplo, me habia hecho feliz hasta hoy: yo amaba á mi hermano.....

—¿Y ahora?

—Ahora..... tengo celos.

—¡Celos de tu hermano!—esclamó el jorobado.—¡Horror! ¡Y estos son los hombres que han recibido la vida en unas misma entrañas; que son hueso de un hueso, y sangre de una sangre; que debian ser una existencia, y que se hacen enemigos implacables en el momento en que se cruza entre ellos una ambicion, una vanidad, una mujer!

—Pero yo moriré con mis celos y mi desesperacion,—esclamó el jóven;—yo nunca dejaré de amar á mi hermano; pero no podria ver su felicidad, y huiré lejos de él, lejos de ella.

—¿Te ama tu hermano?

—Mi hermano nunca ha amado; es para mí severo y duro.

—Es necesario que evites el que Margarita y él se casen, porque eso produciria una horrible desgracia.

—¡Cómo! ¿Serias capaz de asesinarle, miserable?

—¡Asesinarle! Si yo quisiera reducirle á polvo, me bastaria desearlo. ¡Matarle! ¡y ella le ama! ¡y ella le lloraria! Nó, nó. El amor de Margarita le defiende; antes muera yo mil veces, y caiga mi alma en los infiernos, que corra una sola lágrima por mi causa de los ojos de Margarita.

Un amor sublimado á tal abnegacion maravilló al jóven.

—Y si no ha de proceder de tí esa desgracia que anuncias,—dijo Gaston, levantándose con fiereza,—¿quién se atreverá á lanzar la muerte sobre mi hermano?

—¡Dios!

—¡Dios!—esclamó atónito el jóven.

—¡Sí; Dios, que dijo en el Decálogo: *Yo soy el Señor tu Dios, fuerte, zeloso, que visito la iniquidad de los padres sobre los hijos, hasta la tercera y cuarta generacion de aquellos que me aborrecen.*

—¡Mi familia está maldita de Dios!—esclamó Gaston.

—Yo no conozco á tu familia, pero sé la historia de Margarita.

—Y esa historia.....

—Siéntate y escúchame.

—Gaston se sentó y el enano volvió á su pedrusco, tomando de nuevo por cogin al perro que dormia.

Despues de un momento de meditacion empezó de esta manera.

V.

La raza maldita.—Leyenda.

I.

—Hoy se cumplen ciento veinte años, dos meses y veinte dias, desde el principio de la historia que voy á referirte: era, pues, el 21 de Marzo de 1380 entre los cristianos, y jueves 20 de la luna de Safer del año de 783 de la egira entre los árabes (1).

Reinaba entonces en Castilla el rey D. Juan el I, y en Granada el rey moro Mohamet-ebn-Jucef-ebn-Ismail.

Entonces las Alpujarras eran un país fuerte y rico; todas sus cumbres estaban coronadas de castillos, y sus valles salpicados de alquerías.

Allí, como en Castilla, los grandes señores oprimian á los vasallos, les agobiaban con tributos, deshonraban sus hijas y sus esposas, y eran un azote de Dios para el débil y el menesteroso.

Como en Castilla, aquellos poderosos walíes (2) y señores de estados se hacian mútuamente la guerra: se esperaban en las quebraduras, se asesinaban, se entraban á sangre y fuego sus castillos, se robaban las hijas y las esposas, y se talaban recíprocamente las mieses y los frutos en el llano.

Entonces no habia más ley que la fuerza; los reyes necesitaban á aquellos inquietos y feroces señores, y por lo tanto no se entrometian en sus asuntos, aunque, como generalmente sucedia, hubiese en ellos más de un crímen.

En tal estado, no se podia arrostrar un viaje sin un fuerte resguardo, ni vivir con cierta seguridad sino tras murallas defendidas por valientes hombres de armas.

Sin duda por esto, un noble, que tal parecia un ginete que antes de oscurecer se acercaba á la taha (3) de Cadiar, iba acompañado hasta de cien lanzas, y caminaba con recato entre las laderas cercanas á la poblacion.

Este hombre, á juzgar por su traje, debia ser noble; vestia, sobre una cota de mallas damasquina, un caftan de brocado forrado de pieles; ceñia su

---

(1) El órden de los meses entre los árabes, que llaman lunas, es el siguiente: Muharram, Safer, Rabie primera, Rabie segunda, Giumada primera, Giumada segunda, Regeb, Xaban, Ramazam, Xawal, Dilcada y Dilhagia. Debe tenerse presente que su año empieza donde media el nuestro.

(2) Gobernadores.

(3) Territorio jurisdiccional, pueblo, cabeza de jurisdiccion.

cabeza un bonete de plata con una garzota de diamantes, prendida sobre las plegaduras de una toca de seda blanca, entretegida de hilo de oro, su alquicel de púrpura de Kufa, sus armas eran como de príncipe, y su caballo un magnífico animal de sangre pura.

Los cien ginetes que le seguian iban armados de todas piezas, y en medio de ellos un alférez llevaba una bandera ondeada de blanco, rojo y negro, por lo que, segun las divisas moras de entonces, se conocia que el señor que ostentaba aquella bandera venia de la tribu africana de los Beni-Egas (1).

Al llegar á un soto cerca de las primeras casas de Cádiar, el que parecia walí de aquella gente se detuvo; detúvose el escuadron, desmontaron dos escuderos, y tuvieron las riendas que el walí les arrojó, dió algunas órdenes en voz baja á uno de sus arrayaces (2), y solo, á paso largo se dirigió á la poblacion.

Los ginetes se ocultaron entre los árboles del soto.

II.

Habia cerrado la noche; era tranquila, pero oscurísima, y apenas se veian la estrellas.

Junto á la mezquita de Cádiar, en una plaza irregular, habia una casa cerrada y oscura por fuera, pero iluminada y llena de vida, aunque de una vida silenciosa, en el interior.

Pasando su patio, puramente árabe, con estanque, arrayanes, cipreses, palmeras y naranjos; dejando á la izquierda una galería, sostenida por los dobles arcos de una columnata de mármol, y subiendo una escalera estrecha; tomando por la primera puerta á la derecha de una galería alta, se entraba, despues de atravesar una antecámara, en un hermoso retrete octógono, cubierto por una cúpula festonada.

El pavimento de aquel retrete estaba cubierto por una gruesa alfombra de seda y lana, que con un divan corrido junto á las paredes, algunos almohadones en el centro, dos braserillos de plata en que ardian perfumes, y una lámpara de seda colgada de la cúpula, componian todo el mueblaje.

La lámpara estaba apagada, y otra de mano, puesta sobre un almohadon, era la única luz que alumbraba á cuatro hombres que estaban sentados sobre los restantes almohadones.

Eran dos de ellos ancianos, de semblantes cobrizos, y barbas blancas y profusas; existia entre los dos una contraposicion de aspecto notable. El uno era altivo, de mirada fija y dura, robusto y conservado, á pesar de sus setenta años. El otro tenia comunmente fija la mirada en el suelo, y cuando la levantaba, aquella mirada aparecia tímida y vaga; su semblante demacrado y pálido, y su espalda encorvada, exageraban su edad, que igualaba la del otro anciano.

---

(1) Venegas, apellido conservado hasta hoy entre nosotros.
(2) Capitanes.

El tercero de estos hombres era jóven: vestia modestamente; tenia un tintero colgado del cuello, y escribia sobre una tablilla, en una hoja de pergamino. El semblante de este hombre revelaba actividad, pero una actividad indiferente, y escribia de una manera desembarazada, como si supiese de memoria lo que estampaba en el pergamino.

El cuarto era un hombre atlético, jóven, vigoroso, pálido, de grandes ojos negros, cuya mirada no podia sostenerse mucho tiempo sin sentir miedo ó cólera; reconocíase al africano jefe de tribu, con su tez bronceada, su negra y revuelta barba, y sus agudos dientes de tigre, que se veian á través de su boca entreabierta por el desden.

Vestia galas, pero galas de guerrero, en que dominaban los colores rojo y negro, que partian en dos su túnica bordada de oro y plata. Su toca verde indicaba que descendia de Fatimah, madre de Mahoma, y una larga y pesadísima espada, con empuñadura de oro, que su brazo era terrible en fuerzas y destreza.

Este hombre, *hagib* (1) del rey Mohamet-ebn-Jucef-ebn-Ismail, tenia diez castillos y treinta alquerías en las Alpujarras; sostenia diez banderas de ginetes á su sueldo; contaba treinta años; sesenta arcas llenas de doblas jucefinas, y se llamaba Luke-Taleb.

Este hombre se fastidiaba.

El anciano altivo y de mirada dura contaba pausadamente cequíes de oro, que sacaba de un arcon colocado junto á él y lleno de bolsas de cuero: los apilaba en cierta cantidad, y los colocaba sobre la alfombra, junto á una multitud de rollos de la misma altura y calidad. Este hombre era walí de la taha de Cádiar; mantenia á su costa tres banderas de ginetes; tenia un castillo al pié de una montaña; era suyo cuanto se alcanzaba á ver desde él; tenia una sola hija llamada Novara, y se le conocia por el nombre de Kussul-ebn-Amer.

El otro anciano, humilde y flaco, se ocupaba en repasar las cuentas de un rosario; era pobre y humilde, faquí de la taha, y se llamaba Muzay-enb-Agar.

El cuarto, el que escribia en el pergamino, no era ni pobre ni rico: vivia de su oficio de katib (2); se llamaba Zohair, y se ocupaba en estender un contrato de matrimonio entre Novara, hijo del walí de la taha de Cádiar, y Luke-Taleb, hagib del alto, magnífico y poderoso señor rey de Granada.

Hacia una hora que el hagib se fastidiaba, que rezaba el faquí, que el katib escribia, y que contaba cequíes el viejo walí.

El impaciente Lube-Taleb no pudo contenerse por más tiempo.

—Paréceme, honrado Zohair—dijo—que para concluir no se necesita el que mi valiente y sabio amigo Kussul acabe de contar todos los cequíes y doblas que se encierran en esa arca; esto seria asunto de nunca acabar. En cuanto á las arras de mi desposada, hélas aquí.

---

(1) Empleo eqvivalente á secretario de estado entre los árabes.
(2) Escribano.

Y al pronunciar estas palabras, que parecian un mandato más que una observacion, sacó de entre su faja una caja de tafilete, larga y estrecha.

—Alto y poderoso señor,—contestó con acento servil el katib, tomando la caja,—pésame mucho de tu impaciencia; pero el muy alto y poderoso rey (á quien Dios glorifique) Jucef el Grande, dejó mandado en sus reglamentos civiles y religiosos, que no se pudiese estender una escritura de desposorios sin conocerse la dote y las arras.

—Tú harás lo que yo quiera—dijo el hagib, cuyos ojos lanzaron un relámpago,—y no lo que quiso el rey Jucef. Me esperan en Granada; el rey don Juan el I de Castilla amenaza la frontera, y no he de perder yo mi tiempo por un viejo, una mujer y un secretario.

—¿Qué dices, Luke-Taleb?—esclamó Kussul-ebn-Amer, dejando enérgicamente sobre la alfombra un rollo de monedas y encarándose al hagib.—¿Acaso pretendes promover discordias para que corra sangre, y no pueda efectuarse el matrimonio á que por tu mordacidad te ha sentenciado el rey?

—Cuando yo me caso con tu hija, Kussul, es porque sé que es honrada, por más que mi hermano Almanssur, el de Olite, haya dicho que me ha visto saltar de noche en Granada los muros de tus jardines.

Á aquella brusca revelacion, que tan de cerca heria el honor de Novara, el katib dejó de escribir, el faquí de rezar, y Kussul se levantó pálido de indignacion.

El hagib permaneció sentado y con las piernas cruzadas sobre la alfombra.

—Mientes tú, Luke-Taleb—esclamó el anciano, buscando convulsivamente entre los pliegues de su ancha faja la empuñadura de su gumía;—mientes tú, perro africano, y los que digan que un hombre ha saltado por los muros de mis jardines de Albaicin. Tú, tú eres el que has dicho que mi hija Novara te ha amado, que te ha dado la trenza de cabellos rubios que llevabas en las últimas cañas prendida en el pecho; cabellos que habrás robado ó comprado á alguna ramera por deshonrar á mi hija, que siempre ha rechazado tus amores; tú, el que me has hecho huir de la córte á las montañas con ella, y alcanzar del rey que te obligue á ser su esposo. Y ahora ¡ya se ve! el alto y poderoso hagib del rey Mohamet-ebn-Jucef-ebn-Ismail se avergüenza de la deshonra que él mismo ha causado, y procura evitar con un escándalo el unirse á una mujer, que no conoce sino por la fama de su hermosura; á una mujer que nadie ha visto en fiestas ni saraos; á una dama que es más virgen y más pura que el rayo del sol, y que en verdad no habia nacido para ser esclava de un tigre africano.

Entre los moros, el pudor de una mujer era respetado hasta la exageracion; y una dama que se hubiese permitido mostrar á un galan su rostro por entre la abertura de su jaique, se hubiera considerado deshonrada; la donacion de cabellos y otras espresiones de amor usuales y toleradas entre nosotros, eran miradas entre los árabes y los moros como el colmo de una infamia, que solo se podia reparar con un enlace: los verdaderos favores del amor, los que entre nosotros infieren ya un delito contra el pudor, la familia y las costumbres, se castigaban entre ellos con pena de muerte.

Hé aquí la causa del furor del walí; el hagib no se satisfacia ya con el escándalo de los cabellos; su calumnia llegaba hasta suponer á Novara culpable en el último estremo.

—Ya te he dicho—contestó impasible Luke-Taleb—que es una calumnia de mi hermano; si fuera verdad, nos hubiéramos medido en campo cerrado, en vez de allanarme á hacerla mi esposa.

Sonó entonces al lejos una bocina.

—¡Hagib!—esclamó el walí;—sin duda te inspira tus palabras Satanás, para obligarme á que vierta en mi casa, bajo mi techo, la sangre de un hombre que ha comido conmigo el pan y la sal.

—¡Me amenazas!—gritó levantándose de un salto Luke-Taleb.

El viejo le miró fijamente, y de sus ojos partió como un relámpago una mirada sombría.

—¿Sabes quién soy? añadió profundamente el hagib.—¡Yo soy hijo de Abu-Hiram!

—¡Tú eres hijo de Abu-Hiram!—esclamó Kussul como quien escucha una terrible revelacion.

—¡Al fin, despues de diez y seis años, has pronunciado ese nombre!—esclamó rugiendo Luke-Taleb.—¡Sí, yo soy hijo de Abu-Hiram y de Zarah; porque soy su hijo he querido deshonrarte, Kussul, y te deshonro!

—¡Salid!—dijo con imperio el walí al faquí y al katib.

Los dos salieron del retrete, y poco despues de la casa, y quedaron solos y frente á frente aquellos dos hombres que un momento antes iban á trocar su amistad en parentesco, y eran al fin dos encarnizados enemigos

—¡Que me deshonras!—esclamó Kussul pálido de cólera y cerrando las puertas del retrete.

—Escúchame, Kussul—dijo el hagib;—antes de matarte, quiero que sepas cómo venga un hijo á su padre.

El walí guardó un silencio terrible.

—Hace diez y seis años moraba en Hins-al-Gebel (1) un noble y valiente caballero, que cansado de hazañas y de victorias, enfermo de las heridas recibidas en batalla en servicio del rey, se retiró á sus estados. Allí vivia feliz: se habia casado con una doncella de su tribu en un viaje que habia hecho á Africa, y allí habia tenido de ella dos hijos. El tercero, que era una niña, nació en Hins-al-Gebel. Aquel hombre era Abu-Hiram, mi padre; aquella mujer Zarah, mi madre, y Almanssur, hoy walí de Olite, y Azorah, eran mis hermanos. Dios habia dado felicidad y paz al guerrero, amor á la esposa, y un bello porvenir á los hijos. Pero el espíritu del mal, que nunca duerme, hizo que un dia un cazador errante, un fugitivo, un rebelde contra el rey Aboud-Sayd llegase á Hins-al-Gebel y pidiese hospitalidad; esa hospitalidad que nunca niega un árabe caritativo y temeroso de Dios. El cazador errante encontró un asilo, el hambriento pan, el hombre un amigo y una hermana, y el rebelde perdon, porque el rey no podia negar nada á mi padre, que le habia salvado tres

(1) Castillo de la montaña.

veces la vida y habia perdido la mitad de su sangre en su servicio. El cazador, el hambriento, el mendigo, el rebelde tornó perdonado y honrado á la córte del rey. Aquel hombre eras tú, Kussul-ebn-Amer: tú, el elegido por Satanás para causar la desgracia de mi familia, para convertir á mi padre de poderoso en mendigo, de leal en rebelde. Una noche velaba mi padre al lado del hogar; mi madre tañia la guzla, y nosotros, mis hermanos y yo, dormiamos en el regazo de tres esclavas. Era una noche terrible; llovia á raudales, y retumbaba el trueno sobre Hins-al-Gebel. Se gozaba de paz; mi padre era amado por todos los walíes, sus vecinos, y mandó retirar las atalayas. Un momento despues sus gritos de vigilancia cesaron, y solo se escuchó la voz tremenda de la tempestad y la de mi madre, que entonaba al són de la guzla una cancion de amores. De repente cayeron destrozadas al suelo las maderas de un ajimez; salió un hombre armado dentro de la estancia, y tras él otro y otro, como una inundacion, hasta ciento. El hombre que, favorecido por el ruido de la tempestad y el descuido de mi padre, habia escalado y entrado en el castillo, eras tú, Kussul; tú, que te adelantaste insolente y altanero como un bandido. Era imposible la defensa; las gentes de armas de mi padre dormian; él estaba desarmado, y cayó en tu poder. Habias concebido un amor impuro por mi madre en el tiempo que estuviste en el castillo; habias meditado el medio de satisfacer tus deseos, y fuerte con el favor del rey que mi padre te habia devuelto, asaltaste su hogar, le heriste, le abandonaste creyéndole muerto, y nos arrastraste á mi madre, á mis hermanos y á mí, sin que el sueño de nuestros soldados se hubiese interrumpido.

Calló el hagib, y contempló fijamente á Kussul, que le escuchaba de pié, ante él, inmóvil y mudo como una estatua fatal.

—Entonces éramos muy niños; yo, el mayor de mis hermanos, solo tenia ocho años. Y aun me acuerdo, como de un ensueño terrible, de aquella noche de sangre: me acuerdo confusamente de que un dia me entregaron á unos hombres estraños con mi hermano, y que me separaron de una mujer que lloraba de rodillas á los piés de otro hombre, y de una niña que sonreia sin conocer el dolor de su madre. Aquella mujer era Zarah; aquella niña Azorah; aquel hombre..... tú. Luego, cuando mi razon pudo juzgar de mi existencia, me encontré esclavo de un marabut en Argel. Aquel hombre no sabia quiénes éramos; solo conocia nuestros nombres y nuestro parentesco: yo me llamaba Luke-Taleb y mi hermano Almanssur. Sabiamos tambien que en Granada teniamos una madre y una hermana. El marabut nos trataba como hijos, porque era un varon justo y temeroso de Dios; nos crió en el conocimiento del Koram y en las leyes de la caballería, y nos hizo fuertes y valientes. Dios le haya dado un lugar en el paraíso, porque aquel hombre murió.

Dilatóse con una espresion particular el rostro de Kussul.

—¡Y aquel hombre!....—dijo con voz profunda y reconcentrada.

—Ya te he dicho,—continuó Luke-Taleb, cuya voz no podia dominar el temblor de la cólera;—ya te he dicho que el marabut Abd-el-Allah era benéfico y justo; nos amaba como á hijos, y nos dejó por herencia la libertad y sus tesoros..... porque Abd-el-Allah era muy rico.

—¿Y nada más?....—dijo aun con el mismo acento que la vez anterior Kussul.

—Sí,— contestó sonriendo de una manera horrorosa Luke-Taleb;—nos contó nuestra historia; nos dijo tu nombre, y esto era lo más precioso que nos dejaba, porque tu nombre era ya una venganza: ¡la venganza de mi padre asesinado; de mi madre muerta en la desesperacion; de mi hermana vendida!

—¿Te han dicho que yo vendí á tu hermana?—esclamó con un gozo satánico Kussul.

—Escucha, walí, y escúchame bien, porque despues de la muerte del marabut y de mi llegada á las Alpujarras con mi hermano, empieza mi venganza.

—Quiero saber antes que todo cómo me has deshonrado,—gritó furioso Kussul.—¿Piensas que tengo yo bastante paciencia para ver vivo ante mí durante mucho tiempo á un enemigo que me insulta?

—Yo he esperado diez y seis años en el cautiverio,—contestó Luke-Taleb de una manera en que se traslucia de tal modo lo seguro de su venganza, que Kussul, á pesar de su feroz valentía, se estremeció.

El hagib notó la impresion que causaba en el anciano, y continuó con doble dureza:

—Tiemblas y debes temblar, Kussul, porque sabes que entre nosotros hay un abismo lleno de sangre en que tiene que hundirse uno de los dos; tiemblas, porque sientes la justicia de Dios que te hiere; tiemblas, porque la mano del hijo es bastante fuerte para romper el brazo que hirió traidoramente á su padre.

—¡La mano de Dios!....—exclamó el viejo, cuyo rostro se iluminó de nuevo con una espresion diabólica.—Dices bien; la mano de Dios está ya levantada sobre nosotros, y herirá terrible y justiciera nuestras cabezas.

Á su vez, un frio glacial sin orígen ni causa, hijo de uno de esos presentimientos fatales y misteriosos que no se comprenden, crispó los miembros de Luke-Taleb.

—Llegué á Granada—continuó dominándose—y me presenté al rey como un africano, con mi propio nombre. En la desgracia se olvida á los hombres, y mi padre habia sido demasiado desgraciado para que nadie se acordase de que habia tenido dos hijos; mi hermano y yo pasamos, pues, por africanos de la tribu Zeneta; y como éramos ricos y valientes, dimos al rey oro y sangre; le servimos como quiso, y llegamos á ser lo que somos: Almanssur walí, y yo hagib. Y todo esto era por mi venganza, no por mi ambicion; yo sabia que cuanto más se elevase, de más alto y con más fuerza caeria sobre tí mi odio, y me elevé: llegué casi á ser rey; si hubiera querido casarme con Fatimah, la más hermosa de las hermanas de Jucef, hubiera sido su esposo; pero eso será cuando te haya esterminado, Kussul.

Por tercera vez brilló una sonrisa satánica en el rostro del viejo, y por tercera vez el hagib se estremeció; le aterraba de una manera invencible aquel hombre, que debia tener segura una cruel venganza cuando así se burlaba de su cólera.

—¡Será!—dijo roncamente Luke-Taleb, cuya voz era semejante al rugido de un tigre hambriento.—¡Será..... despues! ¡antes, tú! ¡y pronto, por el Dios Altísimo y Único, porque mi relato va á concluir!

Y luego de una manera más reconcentrada continuó:

—Yo sabia por el marabut, mi antiguo amo, tu nombre, y me fué fácil encontrarte en la córte. Primero seduje á tus escuderos, á tus eunucos, á tus esclavos. Supe que mi hermana habia sido vendida despues de la muerte de mi madre; y que más tarde, el año pasado, habias traido á tu casa una dama encubierta á quien nadie habia visto, y á quien llamabas tu hija; el nombre de aquella mujer era Novara, y segun su talante, que era lo único que veian tus esclavos, parecia hermosisima. Tuve deseos de conocerla, y el oro, que todo lo allana, me compró tus eunucos, y disfrazado con el traje de uno de ellos, salté las tapias de tus jardines una noche y otra; y al fin, á fuerza de paciencia y dinero, logré corromper la fidelidad de tus esclavas; se abrieron para mí las puertas más cerradas, y logré ver lo que nadie más que tú ha visto en tu casa: á Novara durmiendo en el fondo de su retrete.

—¡Mientes!—gritó el anciano, avanzando con los puños cerrados hácia Luke-Taleb.

—¡Que miento! ¿Conoces este talisman?

Luke-Taleb sacó de entre su caftan, de sobre su corazon, un collar de gruesas perlas, de cuyo centro pendia una plaquita de oro, rodeada de brillantes, con el sello de Salomon en el centro, marcado en esmalte rojo.

—Quien posea esa ¡prenda.....—esclamó trémulo Kussul, sin atreverse á continuar su pensamiento.

—¡Posee á la mujer que la llevaba! ¿no es verdad? Pues bien: cuando fuí á quitarla de su cuello, tu hijo despertó, y ¡cosa estraña! en vez de gritar, en vez de pedir socorro, Novara me sonrió con amor. Estaba escrito: era una mujer destinada á amar á quien tuviese en sus manos el talisman; yo le tenia, y.....

—¡Y Dios lo permitió!—dijo Kussul, doblando la cabeza como si le hubiera herido un rayo.

Luke-Taleb lanzó una carcajada loca, inmensa, desgarradora: sentia hácia Kussul un odio africano, y saboreaba su venganza envenenándose con ella.

—Pero ¿de qué me serviria la hermosura de la ramera?—continuó Luke-Taleb.—¿Para qué queria yo su amor sin su deshonra? La pedí cabellos y tuve cabellos: mira estos hermosos cabellos rubios que afrentan al oro: son de tu hija. ¿Qué me importaba tampoco una deshonra que se puede lavar con un casamiento? Era preciso que hubiera un crímen contra la ley; ese crímen existia ya, pero no le sabia nadie, y era preciso que se supiera, Mi hermano, que nunca miente, me vió saltar las tapias de tu huerto, y lo dijo á todos porque yo le mandé que lo dijese. Pero puede amarse á una mujer en secreto sin que haya existido impureza; puede verse á solas con un hombre que la respete: hé ahí que yo no podia probar su crímen; faltaba un testimonio evidente; la naturaleza se habia opuesto á ello.

—¡Miserable!—esclamó el viejo walí.

—Ahora es ya distinto,—continuó con profundo acento Luke-Taleb.—Tú has hecho valer el favor que tienes con el rey, y que yo, para hacer más terrible mi venganza, he querido que tengas. Mohamet-ebn-Jucef me ha aconsejado que me case con tu hija, y yo consentí en ello porque en mí consistia hacer ese casamiento imposible.

—¡Estaba escrito!—esclamó Kussul, levantando al cielo una mirada llena de desesperacion.

—¿Quieres ver las arras que yo destinaba á mi prometida?—esclamó el implacable hagib.—¡Pues bien, mira!

Tomó la caja de tafilete que el katib habia dejado sobre uno de los almohadones, y la abrió; dentro de ella habia un puñal, con pomo de oro, cuya hoja estaba corroida por el moho.

—Este es el puñal con que heriste á mi padre, Kussul,—esclamó fatídicamente el hagib;—este puñal fué encontado por uno de nuestros antiguos servidores el dia siguiente de tu crímen. Yo habia buscado aquellos leales soldados, y los encontré. Me contaron las desgracias de mi padre sin saber que yo era su hijo, y no he querido darme á conocer á ellos. ¿Sabes por qué? Porque mi padre habia pedido justicia al rey y se la habia negado; porque mi padre se rebeló y fué vencido; porque mi padre, reducido á la mendicidad, quiso matarte y fué empalado; porque el nombre de mi padre es el de un mendigo, el de un bandido, el de un rebelde; porque el nombre de mi padre me hubiera deshonrado, me hubiera quitado mi poder y te hubiera servido para evitar mi cólera. Y todo esto es obra tuya. Yo he ocultado mis padres, he comprado otros en Africa; pero he comprado tambien este puñal para matarte, y hecho que el rey me done el castillo de Hinsal Gebel, para gritar en él al espíritu de mi padre su venganza satisfecha, para arrastrar la deshonra de tu hija en el mismo sitio donde fué robada para la deshonra mi madre, y para la esclavitud mi hermana.

—¡Novara, Novara!—esclamó el viejo.—¡Es imposible; Dios no puede permitirlo; esa es una horrible mentira! ¡Ese talisman debe ser un sueño de Satanás!.... ¡Nó, nó, Dios no ha podido permitirlo!

Y los ojos de Kussul se estraviaban.

—¡Busca á tu hija, búscala!—esclamó Luke-Taleb, embriagado por el goce de su venganza.—Búscala, y si no la encuentras dentro de tu casa, podré probar que ha huido con un amante: ella será culpable de impureza, y yo esposo de Fatimah.

—¡Robada!....

—Mientras tú contabas tus miserables cequíes, viejo, y el katib estendia la escritura, un gallardo mancebo entraba en tu casa, en tus jardines abiertos por tus esclavos vendidos á mi oro. Ese mancebo era mi hermano Almansur.

Kussul no oyó ni una palabra más, se lanzó fuera del retrete, atravesó galerías y cámaras, y entró en una magnífica estancia, que revelaba á primera vista su destino. Era uno de esos bellísimos apartamentos en que los árabes guardan entre oro, seda y perfumes la hermosura de sus mujeres.

Cuanto de rico y precioso ha inventado el gusto oriental, hallábase acumulado allí, desordenado, brillando por todas partes, ocupándolo todo. Muros afiligranados, con orlas y fajas de inscripciones en motes de amor; en aquellos muros, espejos de plata, tapices de brocado y jaulas de oro con pájaros de voz melodiosa y rico plumaje; en el techo maderas preciosas, labores y lazos hechos con nácar, ébano, granate y sándalo; pendientes de ellas, en cadenas doradas, lámparas de ágata de formas caprichosas, á través de las

cuales se trasparentaba opacamente una luz lánguida alimentada con aceite aromático; en el pavimento, alkatifas (1) de la India de seda y oro, de colores brillantes y ricos adornos; sobre aquellas alkatifas pebeteros de plata, de pórfido, de jaspes; vasos etruscos robados á ruinas romanas; muebles de las tres partes del mundo; mesas maravillosas, cubiertas de admirables y costosas bujerías; perfumes ardiendo en los pebeteros; divanes de brocado, muelles y anchísimos en derredor de los muros, y al pié de ellos pieles de tigres y panteras: solo quien ha visto la Alhambra, solo quien sabe vestir aquellas ruinas con el esplendor que las han robado el tiempo y el abandono, puede concebir una idea aproximada de lo que era el apartamento de Novara en la casa del riquísimo walí Kussul-ebn-Amer.

Él habia acumulado tesoros entrando á saco las villas fronterizas del cristiano en una larga vida de guerrero, é invertido una increible cantidad de doblas en la construccion y el adorno de aquel suntuoso retrete que no tenia igual, ni en el harem del califa, ni en el ostentoso baño del soldan de Egipto.

Kussul, que era avaro hasta la sordidez, debia amar mucho, de una manera insensata á aquella dama, por quien habia hecho tan escesivos gastos.

Cuando entró en el retrete, le abarcó con una mirada semejante á la de la leona que vuelve á su cubil temerosa de que la hayan robado sus cachorros. Avanzó frenético, dejando caer á su paso muebles y preciosidades; la buscó por todas partes en silencio; penetró en el alhamí (2), en el mirab (3), en el baño; recorrió todos los bellísimos retretes que correspondian á aquel pequeño alcázar y no la encontró; la llamó á grandes voces, desesperado, rugiente, y le contestó el eco: volvió á entrar en el retrete, y solo vió en él á Luke-Taleb, que le miraba exhalando por el semblante la insensata alegría de una venganza satisfecha. Parecióle un sueño lo que le acontecia, y cayó sobre un divan lanzando una carcajada terrible.

Kussul-ebn-Amer se habia vuelto loco.

Luke-Taleb se acercó á él, despues de haber cerrado todas las puertas.

—Estás en mi poder, Kussul,—dijo el hagib, teniendo en su diestra el puñal enmohecido que habia tomado de la caja de las arras;—estás en mi poder, porque las esclavas de tu hija han huido con ella, y tus esclavos y tus gomeres están muy lejos y no pueden oir tu voz.

—¡Novara, Novara, Novara!—esclamó el viejo levantándose, y llamando de una manera desesperada á la jóven.

—¡Novara está en mi castillo de Hins-al-Gebel, donde iré á buscarla despues que haya concluido contigo!—dijo lúgubremente Luke-Taleb.

—¡Satanás habla por tu boca!—gritó frenético Kussul.—¡Satanás, que quiere que tu sangre se vierta bajo mi techo! ¡Pues sea! ¡Asesino, ladron, cobarde! ¡voy á enviarte con tu padre!

Lanzó otra horrible carcajada, desnudó la gumía y acometió á Luke-Taleb.

---

(1) Alfombras.
(2) Alcoba.
(3) Lugar consagrado á la oracion.

El hagib dió un salto de tigre para evitar la embestida del viejo; se rodeó al brazo el alquicel y acometió á su vez: la lucha era horrible; lucha de leon contra pantera, en que solo se oian rugidos; rodaban los muebles, quebrábanse ánforas y vasos; revolaban asustados los pájaros en sus jaulas, y las delicadas alkatifas se desgarraban bajo los piés de los combatientes; los dos eran diestros, los dos ágiles, los dos fuertes, y no se reconocia en ellos ventaja en aquel terrible duelo de puñal contra puñal.

De repente, Kussul dió un grito de júbilo; su gumía, encontrando un lugar descubierto, habia dado de lleno en el pecho de Luke-Taleb; pero su punta se detuvo como sobre una coraza, y entre tanto el hagib rasgó de una puñalada el pecho de Kussul, que se detuvo, vaciló un momento y cayó.

El talisman del collar de Novara, puesto sobre el pecho del hagib, le habia salvado conteniendo el hierro de Kussul.

—¡Walí!—esclamó acercándose á él Luke-Taleb,—¡habia jurado al espíritu de mi padre arrojar la deshonra sobre la descendencia de su asesino, y tu hija está deshonrada! ¡Prometí á la sombra de mi madre verter sangre sobre la cabeza de quien la habia hecho viuda, y tu sangre corre! ¡Asesino, ladron, miserable! ¡Satanás te espera!

Y levantó de nuevo su puñal para acabar con Kussul.

—¡Sí, sí!—esclamó revolviéndose en el suelo el walí;—me aguarda el fuego eterno; pero tú me acompañarás en él, porque Dios condena al incestuoso.

Luke-Taleb dejó caer su puñal y se desplomó de rodillas junto al anciano espirante.

—¡Novara!—esclamó el hagib.—¿Quién es Novara?

—Novara es Azorah,—contestó haciendo un esfuerzo Kussul.—Novara es la hija de Abu-Hiram y Zarah. ¡La mujer que has deshonrado, hagib, era tu hermana, y Dios me vengará!

Despues del supremo esfuerzo hecho por Kussul para pronunciar estas terribles palabras, su cabeza se desplomó; cayó sobre el pavimento, chocó en él duramente, rodaron sus ojos en las órbitas con una espresion diabólica y espiró.

Luke-Taleb le contempló por un momento con una mirada fija por la atonía; luego sintió miedo junto á aquel cadáver maldito, se tiñeron de sangre los objetos que le rodeaban, empezaron á dar vueltas á su alrededor, y creyó escuchar voces informes, rugidos estraños, alaridos y risas espantosas: un terror pánico se apoderó de él; saltó sobre sus rodillas, y ciego, loco, se lanzó fuera y se encontró sin saber cómo en el campo, junto al árbol donde habia dejado atado su caballo; le desató, montó en él, y sin volver el rostro á mirar á Cádiar, se arrojó á la carrera sobre el camino de Hins-al-Gebel.

III.

Y corria el negro corcel en medio de las tinieblas, como sobre un camino conocido; corria como corre el huracan en la tempestad; trepaba por las ro-

cas, saltaba por las cortaduras, avanzaba como una flecha por las aristas de la montaña.

Sus herraduras producian un fuego lívido y un ruido seco, sonoro y atronador, al chocar sobre el granito; corria, corria, y su ginete, aun no contento, hundia en sus ijares los acicates.

Ondeaba recrugiendo al aire el estremo de la toca de Luke-Taleb, y recrugia ondeando su alquicel; el torbellino no es más raudo ni pujante que la carrera del caballo, y sin embargo, el hagib le hacia relinchar de dolor, desgarrando inútilmente su carne con los agudos hierros.

Luke-Taleb blasfemaba impaciente; el bruto devoraba la distancia y dejaba atrás valles, colinas y desfiladeros.

Quien hubiera visto á aquel caballero y aquel caballo deslizándose, como una sombra informe, sobre las siluetas de un paisaje bravío, iluminado de vez en cuando por un relámpago y bajo el estridor del trueno, que rugia en la inmensidad, le hubiera creido el conjunto formado por un alma condenada y por el diablo que la arrastraba á sus dominios.

Al fin, allá, al lejos, sobre la cumbre de una montaña, apareció un punto luminoso é inmóvil; luego una masa gigantesca y oscura, y al fin un castillo colgado sobre un abismo.

Era Hins-al-Gebel.

Un instante despues, Luke-Taleb desmontaba en su poterna, y su caballo caia muerto de fatiga á sus piés; un momento adelante, el hagib llegó á la gran cámara del castillo y se detuvo con la mano puesta en el fiador de su puerta.

Solo entonces, despues de la muerte de Kussul, pudo organizar un pensamiento; su cabeza habia estado rodeada de un torbellino de fuego, y sus pensamientos habian sido un caos; entonces pensó en que iba á ver á aquella mujer, y que aquella mujer, creyendo á Kussul, no era Novara la hija del asesino, sino Azorah su hermana. ¿Y si habia mentido Kussul? ¿Y si aquella terrible revelacion solo habia tenido por objeto defender á Novara de toda violencia? Las pasiones acogen y creen siempre lo que las halaga, y Luke-Taleb creyó lo que su corazon queria creer, porque á pesar de todo, amaba á aquella niña con una pasion superior á su venganza; despues de satisfecha esta, aquel amor habia vuelto á recobrar su imperio; Novara era inocente de los crímenes de Kussul; Novara le amaba y podia muy bien ignorar la muerte de su padre; Novara debia hacerle feliz.

Decidido ya, abrió la puerta, pero no adelantó un paso: el espectáculo que se presentó á sus ojos le aterró. Novara estaba sentada en un almohadon y parecia escuchar con delicia á un jóven que descansaba muellemente á sus piés. Era el mismo ginete que, seguido de cien lanzas, habia llegado aquella noche á Cádiar y penetrado en la Cabila; era su hermano Almanssur.

Hablaba de una manera tan dulce y contenida, que sus palabras no podian llegar hasta el estremo de la inmensa cámara, en cuya puerta, y perdido en la sombra, observaba Luke-Taleb.

El hagib adelantó cautelosamente, como un tigre que acecha, cubriéndose con las columnas que sostenian la cúpula, y al fin pudo escuchar lo que decia Almanssur á Novara.

La hablaba de amor, pero de un amor sin objeto: aquella era una galante conversacion; pero pronunciada de tal manera por el jóven walí, que Luke-Taleb no tuvo duda de que Almanssur amaba á Novara, y de que la amaba de una manera violenta.

—Sí,—decía ella, cuando pudo escucharlos Luke-Taleb,—querian casarme con un hombre con quien no podia unirme sin cometer un gran crímen; y luego yo amaba á Abd-el-Rajman. Tú, que eres su hermano, sabrás si él me ama como le amo yo.

—¿Y quién no ha de amarte, luz del cielo?—dijo Almanssur, cuyo acento era débil é inseguro.—¿Acaso ha producido el Señor, que todo lo puede, un conjunto de perfecciones semejantes á las que ha creado para tí?

—¿Dice eso Abd-el-Rajman?—esclamó con alegría la jóven.

—Abd-el-Rajman, señora,—contestó temblando Almanssur—tiene el corazon más duro que el filo de su yatagan, y corta y destroza como él, pero sin sentirlo.

—Nó, nó; Abd-el-Rajman me ama. Cuando yo le esperaba las noches oscuras, noches que eran más hermosas para mí que las que alumbran la luna y las estrellas, porque entonces no podia ver la luz de sus ojos; en aquellas noches tranquilas, yo sentia cuando se acercaba porque me lo decia el alma; salia á su encuentro en los jardines de mi padre, y al abrazarle sentia latir su corazon del mismo modo que el mio, porque me ama como le amo yo. ¿Y sabes tú lo que es amar de esa manera? Pues atiende: es vivir en la felicidad; ver por donde quiera, aunque esté ausente, el rostro del amado; pensar para él y pensar amores; gozar para él y gozar placeres. Es tener el alma prendida en un fuego que calienta sin quemar y luce sin deslumbrar; es vivir en el paraíso.

—¿Y amas de ese modo á Luke-Taleb?

La jóven se estremeció.

Á Luke-Taleb—dijo—le amo como se ama á un hermano á quien no se conoce; yo nunca hubiera sido esposa de Luke-Taleb; no le conozco.

—Quise decir á Abd-el-Rajman.

—¡Oh, á Abd-el-Rajman! ¡Sí, le amo así! ¡No hay palabras para espresar lo que se siente! Pero él lo sabe y lo conoce, porque nuestras almas se entienden.

—¿Y me has seguido por amor á Abd-el-Rajman?

—Te he seguido, walí, porque Dios queria que te siguiese, porque ya te he dicho que era imposible que yo me uniese á Luke-Taleb.

El hagib sentia su corazon próximo á estallar y contenia los gritos desesperados que se comprimian en él.

—¡Imposible!—esclamó Almanssur.—¿Acaso una mujer tiene más voluntad que la voluntad de su padre, de sus parientes ó de sus señores?

—Sí, sobre todo esto está la voluntad de Dios.

—¿Y si á pesar de la voluntad de Dios, no volvieses á ver á Abd-el-Rajman?

—¡Tú me has engañado!—esclamó la jóven, poniéndose de pié.—Tú has fingido letras de Abd-el-Rajman y me has arrancado de la casa de mi padre,

prevaliéndote de la terrible situacion en que yo me encontraba: tú no eres hermano de Abd-el-Rajman.

—¡Yo soy Almanssur!—dijo el walí levantándose tambien.

—¡Qué! ¿Tú eres Almanssur?

—Sí, Almanssur y no Adel; Almanssur, que te ama desde el momento en que te vió, y que está resuelto á conseguir tu amor, aunque para ello sea necesario derramar la sangre de mi hermano.

—¿Eres tú hijo de Abu-Hiram?—dijo ella con espanto.

—Sí, de Abu-Hiram y de Zarah, y el castillo en que nos encontramos es Hins-al-Gebel.

La jóven quedó muda, pero muda con el silencio del terror y de la atonía.

—Ven acá,—la dijo Almanssur sin comprender su terror, tomando la lámpara que les alumbraba y haciendo reflejar su luz sobre un lugar del pavimento.—¿Ves esa mancha roja? Pues bien, esa es la sangre de mi padre. ¿Ves aquella alcoba cuya puerta se pierde en la oscuridad? Allí murió mi madre. ¿Ves aquel ajimez desguarnecido aun? Por allí entró tu padre con sus bandidos. Mi hermano al enamorarte solo ha pensado en su venganza; pero yo al decirte amores, sultana, obedezco á mi corazon.

—¿Es hermano tuyo Abd-el-Rajman?—preguntó con ánsia ella.

—Yo soy Luke-Taleb,—esclamó el hagib, cuya voz retumbó en la oscuridad, y se dejó ver adelantando lentamente como una aparicion á los dos jóvenes.

—¡Tú! ¿Eres tú Luke-Taleb, y no Abd-el-Rajman?—esclamó en un grito desgarrador la dama.

—¿Cómo te nombras?—la preguntó impaciente el hagib.

—Novara,—contestó ella bajando los ojos.

—¡Tu nombre! ¡tu verdadero nombre!—gritó Luke-Taleb.

—Azorah,—dijo la jóven haciendo un esfuerzo desesperado.

—¿Cómo se llamaban tus padres?

—Abu-Hiram y Zarah.

—¿Y tus hermanos?

—Luke-Taleb y Almanssur.

—¿Sabes qué fué de ellos?

—Estaban esclavos en Argel.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Mi madre antes de morir.

—¿Sabia Kussul que tú conocias ese secreto?

—Nó; me lo reveló mi madre en una noche horrible en que estaba abandonada de todos, porque el dedo de Dios la habia señalado con la peste, y no tenia á su lado más que su hija. Despues murió.

—Te comprendo, hermano,—dijo Almanssur lanzando una horrible carcajada;—sabes que la amo, me temes, y pretendes arrancármela con una mentira que has convenido con ella. Nuestra hermana Azorah fué vendida por ese infame Kussul, y Novara es su hija.

—Nó, nó; Kussul fingió venderme temiendo que un incidente cualquiera revelase su crímen y me arrancase de sus manos; Kussul me amaba con lo-

cura y queria que fuese su esclava de una manera completa: entonces, delante de las gentes de su casa, me vendió á un mercader; aquel mercader me tuvo consigo durante dos años; yo me creí verdaderamente esclava; pero un dia, hace un año, ví entrar en mi retrete á Kussul, que me cubrió de galas y me dió un talisman: «Toma, me dijo, este amuleto te defenderá de todos, y te conservarás pura para mí cuando podamos partir á Africa donde nadie nos conozca. Desde hoy pasarás por mi hija y te llamas Novara; he despedido las esclavas que te servian y nadie te conocerá. Guárdate y guarda este talisman, porque si le pierdes serás esclava sin voluntad y harás lo que desee el que le tenga.» Me llevó á su casa, y una noche.....

—¡Se apoderó de tu talisman Luke-Taleb,—esclamó con sarcasmo Almanssur,—y fuiste suya! No se puede negar, hermano, que eres muy poeta y sabes componer romances de encantamiento á la perfeccion.

—Y bien: ¿qué quieres?—dijo Luke-Taleb.

—Quiero lo que será, porque lo quiero. Quiero la posesion de Novara.

—¡Almanssur! ¡Almanssur! No llamemos con un crímen más la cólera de Dios sobre nuestras cabezas.

—¡Crímen! ¿Es decir que me amenazas?—esclamó Almanssur rojo de rabia.

—Te advierto, hermano.....

—¿Y si yo arrastrara conmigo á Novara?

—Impediria de cualquier modo un doble incesto.

—¡Mientes, mientes cobarde y descaradamente, Luke-Taleb!

—Hermanos, hermanos mios,—esclamó Azorah—¿estais entregados á Satanás? No basta que yo, arrastrada por el destino, haya sido la amante impura de mi hermano, sino que es preciso que vea correr vuestra sangre.

—¡Cobardía y traicion,—repuso Almanssur.—Yo te amo más que á mi alma y serás mia; ¿lo entiendes, Novara?—Y asió con violencia á la jóven, pretendiendo arrastrarla fuera.

—Sublóvaronse á un tiempo en Luke-Taleb el orgullo, el amor de hermano, el amor de amante, su generosidad de caballero y el recuerdo del horroroso crímen á que se habia visto arrastrado de una manera fatal: como á la muerte de Kussul vió rojos todos los objetos, rodaron en torno suyo sombras informes envueltas en un torbellino de fuego, y loco ya, desnudó su yatagan y se lanzó sobre su hermano, atropellando á Azorah, que habia caido de rodillas entre los dos.

Un momento despues Almanssur, pálido como un cadáver, con los ojos desencajados, buscaba el talisman de Azorah entre el ensangrentado pecho de Luke-Taleb, muerto de una estocada. Le encontró, le guardó en su seno, asió el cadáver de su hermano, le llevó á un ajimez que se abria sobre el abismo, y le lanzó al torrente, haciéndole depositario de su crímen. Fijó por un momento sus ojos en el oscuro fondo, iluminado por la luz de un relámpago; sonrió de una manera infernal, cerró el ajimez, y se puso á limpiar con su alquicel rojo la sangre de su hermano. Aquella sangre habia caido en el mismo sitio donde Kussul vertió la de su padre. Luego se encaminó á Azorah, que estaba por tierra sin sentido; apagóse la lámpara por sí misma, estremecióse

el castillo bajo el embate de la tempestad desencadenada, y el arcángel del Señor, el terrible arcángel Ariel, pronunció en las alturas con una voz superior al rugido del trueno:

—¡Malditos seais vosotros y vuestros hijos, hasta la cuarta generacion!

VI.

Duda.

Calló el enano, y se limpió con la falda de su hopalanda el sudor que corria por su frente y empapaba sus cabellos; Gaston sentia un malestar horrible, y su cabeza pesada y ardiente como si hubiera encerrado plomo fundido.

Durante algun tiempo guardaron el más absoluto silencio ambos personajes; al fin le rompió Gaston.

—¿Y qué fué de Azorah?—dijo.

—Azorah olvidó á Luke-Taleb, y amó con desenfreno á Almanssur.

—¡Á su hermano! ¡al fratricida!—esclamó con horror el jóven.

—¿Has olvidado que Almanssur poseia un talisman, de quien era esclava Azorah?

—Sí; pero yo no creo en talismanes; me es más fácil creer en la perversidad de Azorah.

—Te engañas; Azorah era buena, sencilla, temerosa de Dios, y llena de virtudes. Azorah estaba poseida por el diablo.

—No te comprendo.

—Sí: Kussul habia buscado un mago, y habia vendido su alma al infierno por poseer un talisman que corrompiese la virtud de los que le poseyesen; y hé ahí la causa de los horrorosos crímenes cometidos en aquella familia: primero habia sucumbido Zarah, luego su hija, despues Luke-Taleb, y en fin Almanssur, al enamorarse de Azorah; si el diablo no hubiera andado en ello, no estaria maldecida la raza de Margarita, que es cristiana, buena y piadosa, y ama sin embargo á tu hermano Geofre con el mismo desenfreno que Azorah, su abuela, amó primero á Luke-Taleb, y luego á su hermano.

—¿Y cómo es nieta Margarita de Azorah?

—Recuerda que su segundo apellido es Venegas.

—Sí, si; pero solo hace ocho años que se conquistó á Granada, y Margarita nació cristiana.

—Así estaba escrito. Seis meses despues de la muerte de Luke-Taleb, Almanssur desapareció: nadie supo más de él; tres meses adelante, Azorah murió dando á luz una niña, que fué sacada por sus servidores de Hins-al-Gebel, y presentada al rey Jucef-ebn-Mohamet, que la amparó; aquella niña creció hermosa, discreta y rica hasta los treinta años que, cumpliendo su destino, vino como Margarita á ocupar á Hins-al-Gebel, que estaba deshabitado.

—Pero Hins-el-Gebel.....

—Es el mismo que llaman en la comarca el castillo del Diablo. Como Mar-

garita, Haxara, la hija de Azorah, encontró en la montaña á un hermoso y valiente cazador que la amó, y quiso casarse con ella; pero la tradicion que ahora existe se sabia ya en el país, y su padre se opuso. El amante, entregado ya por sus amores al diablo, envenenó á su padre, y se casó con Haxara. Aconteció lo mismo; el esposo desapareció á los seis meses, y Haxara murió dando á luz una nieta de Azorah, que fué tambien recogida por sus servidores, y presentada al rey Mohamet-al-Aysery (1). Aquella niña, más hermosa que Haxara, su madre, y que Azorah, su abuela, se llamaba Obeidah. Durante otros treinta años, Hins-al-Gebel estuvo desierto; pero al fin de ellos reclamó de una manera fatal á su víctima, y Obeidah, á pesar de la tradicion, entró en el castillo. Habia entonces treguas entre los reyes de Granada y los de Castilla, y aprovechándolas, fué á buscar el alivio de sus dolencias en el agradable clima y en los sabios médicos de Granada, un caballero cristiano, llamado D. Alvaro de Vargas. Á pesar de esto, sus dolencias no cedieron, y los médicos le ordenaron se trasladase á las Alpujarras; el rey Abul-Hacem, grande amigo de D. Alvaro, le donó un castillo en las montañas, y el castellano se trasladó á él; Hins-al-Melek (2), que así se llamaba la fortaleza, estaba situado en la cumbre de una roca, á dos leguas de Hins-al-Gebel, y se gozaban en él auras puras y luz alegre y brillante; D. Alvaro se restableció rápidamente, y de tal modo, que pudo salir á montería á la llegada de la primavera. El primer dia de caza encontró en la montaña á Obeidah, sola y á caballo: la amó y fué amado. Pero existia una dificultad de gran monta: ella era mora y él cristiano. Obeidah poseia la virtud y el honor suficientes para no consentir en ser manceba de su amante. Esto, en aquella mujer maldita, acontecia de una manera fatal; era necesario que se consumase un crímen por el esposo, para que fuese maldito como la esposa, y para que, como los dos, lo fuese su hijo. El amor sedujo á la mora, que consintió en bautizarse, y D. Alvaro llevó un dia á Hins-al-Gebel á su capellan, á un anciano y digno sacerdote. Al verse entre moros, ante una mujer tan hermosa como Obeidah, y á quien miraba con pasion D. Alvaro, el virtuoso sacerdote se estremeció, y mucho más cuando le dijo el castellano:

—Amo á esta dama, padre mio.

—Pero esta dama es idólatra,—repuso humildemente el sacerdote.

—Será cristiana, y para que la bauticeis os he traido.

—Pero esta dama, ¿está instruida en los misterios de nuestra santa religion?

—Sí; la he instruido yo,—contestó con dureza D. Alvaro.

El sacerdote comprendió que allí no habia fé, sino un amor impaciente, y que se pretendia hacer servir á la religion como un medio impuro.

—No la bautizaré—dijo—sino cuando no tenga duda de que el conocimiento de sus errores, y su fé en Jesucristo, son los que la hacen desear la purificacion del bautismo.

---

(1) El Izquierdo.
(2) Castillo del Rey.

—La bautizareis, padre,—dijo con imperio D. Alvaro, olvidado de su cristiandad y del respeto que se debe á un sacerdote.

—Perdonadme, señor; pero hasta que deba ser, no será.

—Haré que los reyes os propongan al Papa para obispo.

—Nó,—contestó el sacerdote ruborizándose.

—Y para que podais dar limosnas segun vuestra caridad, os donaré un cuento de maravedises.

—El cielo no se vende, señor,—contestó con dignidad el sacerdote.

—Pero se da la caridad,—contestó reprimiendo mal su cólera D. Alvaro.

—La caridad indiscreta, señor, como todas las virtudes, cuando se usan sin una razon justa, producen el mal; y la caridad que deseais, no seria caridad, sino un terrible sacrilegio.

—¡Es decir que os negais!

—Yo no puedo negar la luz y la vida,—contestó el hombre de Dios;—pero dejad que dé primero la luz de la palabra, y despues daré la vida del bautismo.

—¿Creeis que sepa mucho un recien nacido?—objetó ya con grosería don Alvaro.

—Un recien nacido, señor, es un sér débil y frágil; una llama que empieza á arder, y que el más ligero soplo puede apagar; pero esta dama goza de una salud fuerte y vigorosa; está, por las apariencias, muy lejos de la muerte.

—En fin, clérigo,—gritó D. Alvaro,—de una vez: ¡sí, ó nó!

—¡Nó!—pronunció con firmeza el sacerdote.

D. Alvaro le asió de un brazo, ébrio de cólera, y le sacudió con fuerza.

—¿Nó?—le repitió.

—Ved, señor, lo que haceis,—dijo el sacerdote, cuyos ojos se llenaron de lágrimas, nó por sí, sino porque veia que D. Alvaro provocaba la justicia del Señor;—ved lo que haceis; que, injuriándome, injuriais á Dios, y Dios os maldecirá.

—¡Que me maldecirá! ¡Pues bien, que me maldiga!—Y puso su mano sacrílega en el rostro del sacerdote.

—¿Y qué sucedió entonces?—dijo Gaston, levantándose pálido de horror.

—Sucedió—continuó el enano—que el sacerdote lloró por el alma de don Alvaro, y le maldijo en nombre de Dios.

—¿Y luego?—insistió trémulo Gaston, cuya fé le hacia estremecerse con aquellos horrores.

—Luego..... luego.....—dijo el enano—cayó otra vez sangre en el sitio donde habia corrido la de Abu-Hiram y la de Luke-Taleb; se enterró en secreto por los amantes un cadáver en las cuevas del castillo y no se volvió á saber más del sacerdote.

—¿Y se casaron?—preguntó admirado Gaston.

—Sí,—contestó con una indiferencia glacial el enano;—D. Alvaro tomó tan bien sus medidas, que quince dias despues vino al castillo un fraile vendido al oro; uno de esos hombres que la miseria humana arroja en el lugar más sagrado; y un mes adelante y en un mismo dia bautizó á Obeidah, la

puso por nombre doña Juana Venegas y la casó con D. Alvaro. Aquel fraile llegó á ser obispo y murió en olor de santidad. Tan menguada es la vista de los hombres. Seis meses despues murió en batalla D. Alvaro de Vargas, sin confesion, sin tiempo para arrepentirse, porque le partieron el cráneo de un hachazo, y trascurridos tres meses, nació Margarita matando á su madre. Como la servidumbre era cristiana, la llevaron á la córte con sus títulos de nobleza y una carta de Obeidah para los Reyes Católicos, que la apadrinaron en gracia á los servicios y la muerte honrosa de su padre. Hé aquí cómo es que Margarita venga de moros y haya nacido cristiana antes de la conquista de Granada.

—Pero me queda una dificultad: los moros castigan á muerte á los convertidos de su falsa religion, y Obeidah permaneció en territorio musulman.

—¿Olvidas que nadie se atreve á acercarse ni aun á mirar al castillo del diablo? Lo mismo sucedia en aquellos tiempos cuando se llamaba Hins-al-Gebel.

Gaston se dió por vencido.

—Pero si Margarita se casa con mi hermano, va á perderse, y es necesario que no se pierda.

—Sí, es necesario que no se pierda; es preciso que muera doncella, ó que se case lejos de estos sitios; sinó, ¿á qué oponerme yo á esos amores? ¿Crees que tengo celos como tú?

—Y ¿qué haremos?

—Cuenta á tu hermano esa historia.

—No la creerá.

—¿Que no la creerá? ¿Acaso tú no la crees?

Gaston miró en aquel momento al enano, y dudó; sus ojos, cosa que hasta entonces no habia reparado, tenian esa espresion vaga é inquieta, esclusiva de los insensatos: si aquel hombre estaba loco, no merecian fé sus palabras. Y luego, ¿no era bufon, acostumbrado á componer cuentos para entretener á sus señores? ¿Qué tenia de estraño que lo que acababa de referir á Gaston fuese un cuento sombrío para aterrar á los hermanos y separarlos de aquella mujer á quien decia amar con tal fé y tal abnegacion, que casi se hacian increibles? Gaston dudó, y con la duda sintió dilatarse su alma.

—Y dime: ¿quién te ha contado esa historia?—dijo despues de su pensamiento de la manera más natural.

—¿Dudas de mí?—dijo el enano.

—Nó, no dudo de tí, sino de los que te la hayan contado.

—¿Y si te la refiriese un sacerdote?

—La creeria.

—Pues bien, sígueme.

Gaston se levantó y empezó á descender rápidamente precedido por el enano.

VII.

La máscara de hierro.

El enano empezó á descender, y se aventuró, acompañado de Gaston, en un laberinto de gargantas y cortaduras.

Así anduvieron una hora; al cabo llegaron á una pequeña rambla abierta entre dos cerros, y en el centro de ella, sobre una pequeña eminencia dominada por las cumbres cercanas, cubierta de yerba y árboles frutales, y rodeada de un ruidoso arroyuelo, vieron una ermita reducida, terminada por un campanario mezquino, del cual colgaba un negro esquilon.

Al lado del santuario se alzaba una casita de tierra, de un solo piso, con techumbre de retama, y delante de ella una cruz de madera, teñida de un color rojo oscuro, semejante al de la sangre seca despues de mucho tiempo; al pié de esta cruz estaba sentado un hombre, al parecer ermitaño.

El capuz del hábito blanco de este hombre estaba arrojado de tal manera sobre su cabeza, que solo se veia de ella el estremo de una barba revuelta; parecia sumido en una meditacion profunda, tenia inclinada la cabeza, cruzados los brazos sobre el pecho, y abstraido de tal modo, que no se apercibió de la proximidad del enano y de Gaston.

—¿Es ese el sacerdote?—dijo el jóven.

—Sí,—contestó el enano;—ese es el santo cenobita de la *La Cruz del Lloro*, á cuyas palabras darás más fé que á las mias.

Despues de esta contestacion, pronunciada con un acento un tanto acre, el enano avanzó y se prosternó ante el hombre del hábito.

—Padre mio,—le dijo,—bendecidme.

El ermitaño levantó la cabeza, miró por entre la abertura de su capuz al bufon, se puso de pié, le bendijo y se volvió en direccion al santuario.

—Esperad, esperad, padre mio,—esclamó Gaston;—yo tambien necesito ser bendecido por vos.

Volvióse el ermitado al sonido juvenil de la voz de Gaston, le miró en silencio y pareció agitarse bajo sus hábitos en un temblor momentáneo.

—¿Quereis que os bendiga?—esclamó dulcemente.—Sed, pues, bendito y bien llegado al albergue de la penitencia.

Estendió su mano derecha y bendijo á Gaston.

—Esperad aun, hombre de Dios,—insistió el jóven;—vengo con el alma llena de duda y de tribulacion, y necesito que me consoleis.

—¿Dudais de Dios?—repuso con doble severidad el cenobita.

—Nó, no dudo de Dios,—se apresuró á decir Gaston;—pero dudo si está maldecida nuestra raza por él.

—¿Tantos son los crímenes de vuestra familia?

—No le conozco ninguno; han servido fielmente á Dios y al rey de generacion en generacion.

—¿Cómo os llamais?

—Gaston Tenorio.



DON JUAN TENORIO.—Estendió su mano derecha y bendijo á Gaston.

De nuevo pareció que temblaba bajo sus hábitos el anacoreta, temblor que se reprodujo en su voz cuando dijo al jóven:

—¿Y qué quiere de mí un hijo de esa raza?

—Que ilumineis mi razon, que arranqueis de ella la duda.

—Seguidme.

El ermitaño hizo una seña imperiosa al enano, que se sentó al pié de la cruz, siempre acompañado del perro.

Gaston se encontró al fin en una estancia, cuyo aspecto pobre hasta lo miserable, apenaba como apena la vista de un esqueleto; la tierra que formaba las paredes no habia sido revocada, y sus únicos muebles consistian en una tarima, un cántaro, un Crucifijo, una calavera y una Biblia, puestos sobre un poyo de piedras unidas con argamasa, y cubiertas en su plano por dos tablas de abeto.

El cenobita indicó á Gaston la tarima.

—Sentáos,—le dijo.

Al mismo tiempo se echó atrás el capuz del hábito y dejó ver su cabeza descubierta.

Pero no por eso Gaston pudo juzgar de su semblante; le cubria una máscara de hierro de una manera tan completa, que solo se veia bajo de ella el estremo de una negra y rizada barba; sus ojos, que brillaban tras las aberturas de aquel inflexible antifaz con una fuerza estraña, y á los que la condicion del estado penitente no habia podido despojar de cierta espresion altiva, indomable y feroz, que como una sombra vaga se vislumbraba en ellos; sus ojos, decimos, eran de gran tamaño, y su negrísimo color producia un efecto duro, pero majestuoso, soberano, y si se quiere fantástico, entre los humildes accesorios del traje y la morada del cenobita, que por la espresion de su mirada hermosa, noble y distinguida, hacia sospechar en él á un hombre en otro tiempo rico, valiente y caballero, á quien los escesos ó las desgracias en el mundo habian arrojado á las privaciones del desierto.

Gaston observó rápidamente al ermitaño, y éste á su vez abarcó á Gaston en una de esas miradas rápidas como el relámpago, que penetran hasta el fondo del alma de quien es su objeto. Despues de esto el cenobita volvió á su glacial impasibilidad y se sentó al lado del jóven.

—Os escucho, caballero,—le dijo.

—¿Por qué me llamais caballero, y no hijo, como yo os llamo padre?

El ermitaño no contestó; pero en la atenta mirada de sus ojos habia una indicacion de impaciencia.

—Mi hermano—continuó el jóven—ama á una mujer á quien yo amo tambien, señor.

Gaston se detuvo; pero el tenaz silencio del ermitaño no se rompió ni menguó su austeridad.

—Qué, ¿nada teneis que decirme acerca de la situacion terrible en que me encuentro?—esclamó el jóven, á quien parecia estraño el silencio de aquel hombre.

—¿Y qué quereis que os diga? Desde Adan hasta ahora, ha habido tantos

hermanos que han amado á su hermana, que vuestra situacion es una vulgaridad.

—Pero Margarita no es mi hermana.

—Nó, pero es la prometida, la destinada por Dios ó el diablo á vuestro hermano D. Geofre Tenorio.

—¿Conque es verdad que Margarita?....

—¿Está maldecida por Dios? Sí, es verdad.

—¿Y que ocasionará la muerte y la condenacion á su esposo?

—Sí.

—¿Y que su esposo cometerá un crímen antes de casarse con ella?

—Así está escrito.

—Pues bien: vos, que sois un hombre consagrado á Dios; vos, que leeis en el porvenir.....

—¿Quién os ha dicho que yo sea profeta?

—Sabiais, sin embargo, que mi hermano habia de amar á Margarita, que debe ser su esposo, y nadie os lo ha dicho.

—Me lo habeis dicho vos.

—Que la ama sí, pero que la haga su esposa.....

—Ello es necesario que suceda. No creo fácil que haya un hombre que resista á la tentacion, por terribles que sean las desgracias que le amenacen, si se contempla amado por esa mujer.

—Pero ¿sabeis que ella es la muerte y la condenacion?

—Sé que si os encontráseis en la situacion de vuestro hermano, atropellariais por todo. ¿Acaso hay muchos hombres que teman á Dios?

—Caballero, yo creo.....

—Llamadme hermano.

—Pues bien, hermano mio, salvadla, salvadnos.

—¿Y qué soy yo para oponerme á las pasiones humanas? Nada. Pero os daré un consejo: huid. Sois jóven; empezais vuestra primavera; estais en la edad del amor; en la corte hay damas hermosas, discretas, nobles; una hermosura presente os curará del amor que os ha inspirado la que dejais en estas montañas. Y creedme; si fuérais vos D. Geofre, os diria: apresurad vuestra union, apresurad el momento en que ese tesoro de belleza y de virtud os pertenezca: la tradicion miente, sed feliz; pero á vos, niño, que sois puro y bello como vuestra madre; á vos, que teneis un alma de ángel, os digo: la tradicion es verdad; la cólera del Señor está suspendida sobre la raza maldita: ¡huid, Gaston, huid!

El ermitaño habia pronunciado estas palabras de una manera solemne, pero con la solemnidad paternal de un hombre destrozádo por las pasiones, que se cruza delante de un niño en una senda de perdicion.

—¿Sabeis que Geofre es mi hermano?—esclamó levantándose el jóven.

—Sé que habeis venido á pedirme un consejo, y os le doy tal cual le mereceis; en cuanto á vuestro hermano.....

—¡Mi hermano!....

—Dejad ese acento de amenaza, que cuando le dirigís á un sacerdote sienta mal en vuestra boca harto acostumbrada á orar. Sentáos; y si quereis saber

cuánta razon tengo en no interponer mis ruegos á la justicia de Dios, tratándose de D. Geofre Tenorio, escuchad.

Sentóse Gaston, dominado por el misterioso prestigio que emanaba del ermitaño, y éste empezó con voz reposada y grave el relato siguiente, que tomamos por entero y por nuestra cuenta, como una relacion aislada, para poder relatar á nuestros lectores cosas unidas á él, y que por razones que se aclararán más adelante, no podia saber el penitente de la Cruz del Lloro.

VIII.

Una venganza infame.—Leyenda.

I.

El dia 2 de Enero de 1492, á las cuatro de la tarde, cuando el sol descendia al Occidente entre ráfagas de oscuras nubes, un caballero, ginete en una yegua negra, sin más armas que un yatagan y una ligera loriga, avanzaba al galope por el camino que conduce de Granada á las Alpujarras, y antes de llegar al lugar de Armilla.

Aquel camino estaba muy concurrido; parecia que un pueblo entero se alejaba de sus hogares, y que se alejaba con pena, como contra su voluntad, arrojado por la fuerza.

Y así era: Granada se habia rendido á los Reyes Católicos despues de un obstinado cerco; y aquellas mujeres que lloraban, estrechando entre sus brazos á sus pequeñuelos, sobre carretas llenas de muebles, lloraban con justa causa, porque dejaban allá en la ciudad, donde retumbaban las salvas y los gritos de victoria de los cristianos, el retrete donde nacieron sus hijos, y el jardin con cuyas flores habian hecho ramilletes de amor para sus esposos.

Toda esta multitud caminaba en silencio, pero lentamente, al paso de sus acémilas y de sus bueyes, y con envidia al caballero, que, como pretendiendo alejarse del tumulto de alegría de los vencedores, aguijaba á su yegua y avanzaba con rapidez hácia el lugar de Armilla.

Aun no habia pasado una hora desde que el visir Ebn-Comija habia entregado las llaves de la ciudad y sus castillos, en la puerta de la Torre de los Siete Suelos de la Alhambra, al conde de Tendilla, y aun se veia á lo lejos la nube de polvo que levantaban los caballos del rey Boabdil y del escuadron de caballeros que le acompañaban en su destierro á la montaña, cuando el ginete de la yegua llegó á Armilla, y fué detenido por el *¿quién va?* de un atalaya cristiano.

El caballero dijo su nombre y mostró al soldado un pergamino enrodado y sellado á manera de privilegio.

Gracias á él, le dejaron llegar á una gran tienda de campaña, blasonada en sus paños con las armas de Castilla, coronada por el pendon real, rodeada

de hombres de armas, y guardada por contínuos (1) de la reina doña Isabel la Católica.

Algunos moros del lugar, por curiosidad, pero á respetable distancia y fuera de la línea de los atalayas, contemplaban la tienda: cerca de ella se veian algunas mujeres cubiertas con jaiques, y literas, hacaneas y caballos de batalla tenidos del diestro por soldados moros.

El que llegaba, guiado por un alférez cristiano, palideció, porque aquellas literas y hacaneas pertenecian á las damas de su familia y á las esclavas de su haren, y aquellos hombres y caballos á su bandera de ginetes.

Detuviéronse junto á los contínuos, y el alférez hizo anunciar á la reina la llegada del moro por medio de un paje.

Un momento despues el moro entró, levantóse el tapiz que servia, por decirlo así, de antecámara á la tienda, y se encontró delante de la reina.

Era doña Isabel la Católica una dama como de cuarenta años, hermosa y perfectamente configurada: poseia ese aspecto superior que constituye la majestad de los reyes; y cuando dirigia la palabra á un vasallo, aunque fuese con un motivo trivial, no podia calificarse aquella palabra como familiaridad, sino por el contrario, como merced; sabia reprender sin humillar, elogiar sin envanecer; era severa sin dureza, y digna en todo del alto destino que ocupaba: jamás un vencido tuvo que sonrojarse ante ella al hacerle un homenaje como vencedora, ni la desgracia, al recibir sus beneficios. ¡Gran reina elegida por la Providencia para España despues del escandaloso y turbulento reinado de Enrique IV!

Dos hombres la acompañaban: el uno bastaba por todo lo caballeresco, noble y valiente de Castilla, como Isabel bastaba por todo lo real y poderoso de España; aquel hombre era un capitan de caballos de sus reales, la honra de Andalucía, el último cercador de Granada, el vencedor del emir Muza-ebn-Abil-Gazan; era Gonzalo Fernandez de Córdoba.

Servia á la reina con una adoracion de vasallo que rayaba en idolatría, puesto que, á pesar de ser un cumplido cristiano, solia decir más de una vez, al arremeter con la lanza baja contra los moros, al frente de sus ginetes: «¡Por la reina y por Dios!»

El otro hombre era tambien noble, gallardo, valiente; pero con un valor feroz: más jóven que Gonzalo de Córdoba, si no en sus caballerescas hazañas, le igualaba en mando como capitan de caballos; era, como él, contínuo de los reyes; como él, llevaba delante su lanza y su adarga con pajes y escuderos; y como él, era hijo de la rama lateral de una casa ilustre: este hombre era don Geofre Tenorio.

Pero bastaba comparar el semblante de estos dos hombres para comprender á primera vista cuánto se diferenciaban entre sí: Gonzalo de Córdoba estaba favorecido por Dios con uno de esos semblantes que por sí solos hacen amigos; su valiente mirada, por la cual podia llegarse al fondo de su alma, era franca, radiante, límpida, tranquila; jamás aquellos ojos insultaron

(1) Llamábanse así los caballeros destinados á la guarda de los reyes.

al amenazar, ni sus palabras bravearon, ni sus lábios produjeron la sonrisa del desprecio ó del desden. Si un hombre se atrevió á ofenderle, su espada fué siempre más pronta que su lengua; y si aquel hombre llevó la cabeza coronada, si aquel hombre pudo tener algun lugar en el ánimo de la reina, supo como nadie aparentar la ignorancia del agravio para no ponerse bajo el ridículo del sufrimiento; si doña Isabel de Castilla era una reina de hecho, Gonzalo Fernandez de Córdoba era un rey de corazon.

D. Geofre Tenorio inspiraba á primera vista un sentimiento de repulsion invencible; era hermoso, pero con una belleza de líneas duras y angulares; sus ojos, grandes y negros, herian cuando miraban, y su altivez natural se doblegaba mal y de una manera rebelde ante la mirada severa de doña Isabel; pero con los demás, inclusos el rey Fernando, los príncipes de la sangre y los príncipes de la Iglesia, era altanero, disputador é intolerante: trataba como esclavos á sus súbditos; dominaba á su madre, tiranizaba á su hermano, y pensaba con un absoluto desprecio de las mujeres; inclusa la reina, á quien solo tributaba respeto de accion y de palabra. Su honor era orgullo, su ley su voluntad; para cumplirla, atropellaba por todo, como un poder fatal, impulsado por una fuerza desconocida y poderosa. Su vanidad le hacia arrostrar los peligros, y su orgullo íntimo el miedo. En aquellos tiempos de hierro se le apreciaba y se le temia por valiente, y nada hasta entonces se habia cruzado en su camino que no hubiese sido arrollado bajo su planta.

Acompañaba á Gonzalo de Córdoba en el resguardo de la reina, y en aquella situacion escepcional le habia seguido como de noble á noble, aunque no habia sido invitado.

Además de estos dos hombres, habia en la tienda sentadas sobre la alfombra, cabizbajas y llorosas, tres mujeres: la una de ellas era madre del ginete que acababa de entrar, y se llamaba Noema; á pesar de sus sesenta años, se comprendia perfectamente que aquella dama habria sido admirablemente hermosa, y en lo delicado de sus formas y maneras, que habia nacido hija de una raza de señores ricos y poderosos hasta la conquista de Granada.

La segunda de las damas era jóven y de una maravillosa hermosura, á la que daba doble realce su color blanco, con esa blancura mate y pálida que revela un temperamento vigoroso. Sus formas, perfectamente modeladas, eran mórbidas y nerviosas, y sus cabellos, negrísimos y abundantes, peinados en trenzas y en banda á lo largo de su rostro, encerraban, como bajo un arco de ébano, su ancha y majestuosa frente, tersa y límpida como el marfil, que armonizaba con sus cejas negras y sedosas, y con sus hermosos ojos, negros tambien, y en cuya mirada, á través del profundo dolor del momento, se entreveia un tesoro de amor guardado como un misterio en el fondo de su alma.

Aquella mujer se llamaba Ada, y era esposa del caballero de la yegua.

La tercera dama era morena como una africana; sus ojos tenian el brillo deslumbrador del sol, sus cabellos lo suave de la seda, y su aliento el aroma de las flores. Era hermana del ginete moro; lloraba como Ada, y se llamaba Lind-Arahj (1).

---

(1) Por corrupcion, Lindaraja.

El caballero recien llegado abarcó con una profunda mirada todo aquel conjunto. La reina, vestida con un traje de velludo negro, adornado en el cuello y en las mangas con encaje de Flandes, cubiertas las trenzas de sus cabellos rubios con una toca de brocado, cruzado el pecho con una banda roja con castillas de oro sobrepuestas, teniendo á su alcance sobre la mesa un baston de mando forrado de velludo rojo y blasonado como la banda, estaba sentada en el fondo de la tienda en un estradillo, sobre un sillon blasonado.

Junto al estradillo y á la derecha, armado de todas armas, y galan y vistoso segun su costumbre, estaba Gonzalo Fernandez de Córdoba; y á la izquierda, armado tambien de punta en blanco, con el hábito de Santiago sobre las armas, D. Geofre Tenorio.

Hácia la derecha y un poco más retiradas, vestidas con caftanes, túnicas y faldas de damasco y oro de vivos colores y riquísima labor, estaban las tres damas moras, que se habian ataviado con todas sus joyas y galas como para rechazar con su aspecto la lástima de los vencedores. Pero este último esfuerzo del orgullo habia sido contrastado por sus lágrimas de mujer al salir para siempre de Granada, y las habia hecho tan dignas de lástima, como si aquellas lágrimas hubiesen caido sobre los harapos de la indigencia.

El moro pasó rápidamente la vista sobre estas cosas y afectos, pero la detuvo de una manera fija y tenaz sobre D. Geofre Tenorio, que posaba una mirada audaz, y por decirlo así, avara en Ada.

Pero ésta tenia fija la suya en el suelo; las otras dos damas estaban abismadas en su dolor; la reina y Gonzalo de Córdoba contemplaban al moro, y éste solo pudo medir en todo lo que valia la espresion de D. Geofre Tenorio ante la hermosura de su esposa.

En otra cualquiera ocasion, aquel accidente hubiera ocasionado un duelo; pero entonces el moro contuvo la cólera dentro de su alma, aplazó el choque de su odio con el hombre que habia tenido fuerza para inspirárselo en un solo momento, y adelantó hasta el estradillo, á cuyo pié se prosternó.

—Alta y poderosa reina de Castilla,—dijo con voz segura;—si tu alteza se digna aceptar el homenaje de un caballero, hecho vasallo buena y lealmente por fuerza de armas, como sabido es, hé aquí el infante de Granada Sidy Atmet, que con sus tesoros, su familia y sus esclavos te rinde pleito homenaje y se entrega á tu merced.

La reina tendió su admirable mano al moro, que la puso sobre su corazon y sobre sus labios, y se levantó.

—Si sois el infante Sidy Atmet-el-Omeya, dijo la reina con la más cortés benevolencia;—si sois el caballero sin miedo que, acompañado del emir del rey Abd-Allah (1), embestísteis mis lanzas en la villa de la Azubia, y me pusísteis en peligro de cautiverio, ¿cómo es que no viene con vos el emir?

—Noble señora; solo Dios, que todo lo sabe, puede decir qué se ha hecho del infante Muza-ebn-Abil-Gazan desde el dia en que se firmaron las capitulaciones de la entrega de la ciudad.

(1) Boabdil por corrupcion.

—¿Ha muerto?—esclamó la reina con un tanto de conmocion.

—Muza ha huido, señora, de la vergüenza del vencimiento: Muza ha sido más valiente que nosotros; Muza ha vestido por última vez su armadura, empuñado su lanza y cabalgado en su yegua de batalla; Muza no se arma más que para lidiar; Muza no ha vuelto, y ha debido morir.

—¿Teneis noticia, Gonzalo, de algun duelo de solo á solo, de algun lance de armas con los moros despues que se firmaron las capitulaciones?

—Ningun caballero cristiano—contestó Gonzalo de Córdoba con la soltura del que está acostumbrado al trato íntimo de los reyes—ha salido de los reales, señora, ni nadie ha dicho que haya muerto en batalla y por sus manos al emir. Si así fuera, creo que nadie renunciaria á la honra de mostrarse vencedor del primer caballero de Granada, y tal vez del primero que empuña lanza y calza acicate en el mundo en la hora que hablo, si vive. Á no ser don Geofre Tenorio, que ha estado tres noches fuera de los reales gineteando, segun su valiente costumbre.....

—Muza habrá huido para enterrar sus tesoros,—dijo con desprecio Tenorio,—temeroso tal vez de que se los arrebatara la soldadesca.

—Ni Muza es vil,—esclamó con ímpetu el moro,—ni los soldados de tu reina, cristiano, son ladrones. Solo hay aquí de vil.....

D. Geofre, dominado por su orgullo, avanzó como para escuchar mejor las palabras que iban á salir de la boca de Sidy Atmet; pero la reina cruzó ante aquellas palabras su palabra.

—Segun lo que sabeis, Gonzalo,—dijo como si nada hubiese acontecido,—solo D. Geofre Tenorio ha gineteado, aun despues de la tregua y de la capitulacion, alrededor de Granada, á pesar de nuestra prohibicion. ¿Qué nuevas teneis de esto, comendador?

—Ni yo ni mis lanzas, señora,—contesto D. Geofre,—somos *audaces* hasta el punto de contravenir las órdenes de vuestra alteza, y nada sé.

Pronunció Tenorio estas palabras con una altanería tan estraña, que la reina palideció; pero dominándose, dijo con voz severa y perfectamente contenida:

—¡Comendador! nos recordais muy á tiempo vuestra sumision á nos, y queremos aprovechar sin demora vuestra valiente lealtad; cabalgad al frente de vuestras lanzas y preparáos á servir de resguardo al infante Sidy Atmet al señorío de Válor que le donamos en las Alpujarras. ¡Despejad!

Al escuchar aquella órden que le desterraba, humillándole en presencia del hombre con quien ya habia cruzado en palabras su odio, el comendador palideció hasta la lividez, se inclinó ante la reina, pasó junto á Sidy Atmet, lanzándole una mirada implacable, y salió de la tienda.

Poco despues se le oyó llamando con voz colérica á sus alféreces y á sus ginetes.

—¡Me das la taha de Válor, poderosa señora,—dijo el infante,—y te muestras conmigo madre benéfica, más que reina vencedora! ¿Qué he de hacer, pues, para pagar tus beneficios?

—Con el señorío de Válor os doy una grandeza de España; os hago alto entre los altos, despues de nos; pero nos somos sierva de Dios antes que

reina, y todos nuestros ricos-hombres y señores, todos nuestros mesnaderos y vasallos, son cristianos católicos.

—Seré cristiano, señora,—contestó como impulsado por una escitacion febril el infante;—seré señor de Válor, y me llamaré D. Pedro de Córdoba y de Válor.

—Pero atended,—continuó la reina inclinándose hácia él:—despues del emir Muza, de quien Dios tenga piedad si ha muerto, vos sois el caballero más valiente, más noble y más respetado de Granada; os ama el pueblo y os respetan los soldados; todos esos infelices que pasan por delante de nos con la frente baja y los ojos llenos de lágrimas, levantarán, no lo dudeis, la frente en las montañas, y pretenderán reconquistar á Granada; y, escuchad bien: aunque con la ayuda de Dios y de nuestros leales vasallos, nos creemos bastante fuertes para llevar á sangre y fuego hasta el último lindero de España donde se albergue un enemigo de la religion y del trono, al otorgar las capitulaciones hemos tomado bajo nuestro amparo como vasallos á cuantos lo eran antes del rey de Granada; nuestros vasallos son nuestros hijos, y su sangre es preciosa para nosotros. Así, pues, es necesario que no se rebelen las Alpujarras; es necesario que la palabra de Dios y nuestras leyes entren en ellas sin que las preceda otra nueva guerra.

—Las Alpujarras, señora, no se rebelarán mientras se cumplan buena y fielmente, como se cumplirán, las capitulaciones; se cumplirán, sí, porque la fama de tu grandeza ha llegado á nosotros antes que tu espada, y tu fé de reina no se ha desmentido jamás.

—¡Cómo! Hay quien duda.....—esclamó la reina al escuchar el razonamiento, un tanto atrevido del infante.

—¡Dudar! ¿Quién se atreveria á dudar de tí, que eres luz de virtud y vaso de fortaleza entre tu pueblo? Pero se dice.....

—¡Se dice ya!....—observó la reina.

—Sí, poderosa señora, se dice que el rey de Aragon, noble esposo de tu alteza, aconsejado por D. Fray Hernando de Talavera y por el cardenal de España, quiere bautizar por la fuerza á hombres que han nacido en otra ley; que al que resista se le arrebatarán sus hijos y se le arrojará del reino; que si la resistencia fuere armada, se le entregará á la Inquisicion.....

—¿Y dónde habeis oido tan estrañas nuevas?

—Recuerda, señora, que has enviado hasta mí á tu secretario Hernando de Zafra, que me ha entregado este privilegio para llegar á tí, y un resguardo para mi familia y mis servidores; Hernando de Zafra me ha detenido desde esta mañana en los reales de Santa Fé, y mi presencia en ellos ha causado esas palabras que han dicho en alta voz, creyendo sin duda que yo no comprendo el castellano.

—La conquista de Granada, como la empresa del descubrimiento del Nuevo-Mundo, se han hecho por la corona de Castilla, que se afianza en mi cabeza,—dijo la reina con el acento varonil de que sabia hacer uso en los momentos mas solemnes;—Castilla obedecerá mi voz, como la ha obedecido hasta ahora, y solo á Dios, que me ha confiado ese pueblo, daré cuenta de mis acciones y de mis pensamientos respecto á él. En cuanto á vos, infante, que

me habeis rendido voluntaria y libremente pleito homenaje, podeis, si os place, pasar á Africa con vuestros tesoros y vuestra familia: sois mi vencido, no mi cautivo, y el mismo resguardo que os acompañará hasta Válor, os seguirá hasta las riberas del Mediterráneo.

—O tu cautivo, señora, ó tu vasallo,—la interrumpió el moro;—la palabra ó la espada de un caballero no salen jamás en balde de la boca ó de la vaina: á tu merced me he entregado, y tuyo soy con todo cuanto tengo, con todo cuanto valgo.

—Pues bien, señor de Válor; id, tomad posesion de vuestro señorío, y sed para nos tan buen vasallo, como nos apreciamos al honraros vuestro honor y vuestra valentía.

Pronunció la reina sus últimas palabras con tal acento de grandeza y generosidad; habia en aquel acento tanto de consuelo y de promesas para el vencido, que el infante Sidy Atmet cayó á sus piés, se los besó conmovido, y salió acompañado de su familia, conteniendo mal las lágrimas de gratitud que se agolpaban á sus ojos.

Al salir el infante, todos sus ginetes se pusieron en movimiento; abriéronse las literas, entraron las damas, montaron las esclavas cubiertas con sus velos en las hacaneas, y los soldados en sus caballos de batalla; pero aquellos generosos corceles no llevaban sus sillas de acero, ni sus gualdrapas de loriga; ni aquellos valientes zenetes sus jacos damasquinos, ni sus espadas de Fez, ni sus adargas de piel de toro, ni sus lanzas de dos hierros; iban cubiertos de galas como para una boda, y sobre caparazones bordados de seda, por la misma razon que se habian ataviado con sus mejores preseas la madre, la esposa y la hermana del infante Sidy Atmet.

Al mismo tiempo montaron á caballo los ginetes de D. Geofre, armados hasta los dientes, y su pendon rojo y blanco ondeó al impulso de las auras de la tarde.

—Vos sabreis el camino de Válor,—dijo el comendador á Sidy Atmet;—por lo tanto, y puesto que vengo para resguardaros, sed desde ahora capitan de mi bandera.

Habia desaparecido todo lo hostil, todo lo duro, todo lo descortés del semblante de D. Geofre; era entonces un hermoso jóven de veinticinco años, galan apuesto y respetuoso con la desgracia. Sidy Atmet le contempló con recelo, dudando si era aquel el mismo hombre que se habia atrevido á insultarle delante de la reina; pero Tenorio habia cubierto con tal espresion de afecto y franqueza los malos instintos que comunmente se reflejaban de su alma en su semblante, que dudó.

—La reina me hace un gran honor—le dijo—en acompañarme con un caballero tan noble y tan valiente como vos, y sobre todo tan arrojado; me placen los hombres de vuestro temple, comendador.

—La reina me destierra, caballero,—contestó D. Geofre;—se me habia insultado, haciendo caer sobre mí la sospecha del asesinato en cuadrilla del emir, cuyo paradero nadie sabe, y no he podido contenerme; he ofendido..... á la reina, á ciegas, arrastrado por mi irritacion; es mi carácter.

Aquella satisfaccion, marcada por una reticencia, y noble por ella, bastó

para que Sidy Atmet, siempre generoso y leal, olvidase su prevencion hácia el jóven: y era tal el aspecto de franqueza y solicitud con que se habia cubierto, que el moro sintió por él un principio de afecto.

En tanto, la cabalgada avanzaba á buen paso, y llegaron muy en breve al alto del Padul, última de las colinas que se escalonan bajo las vertientes meridionales de la Sierra Nevada, y desde donde se ve por última vez la ciudad.

Al llegar allí, como impulsados por un mismo sentimiento, Sidy Atmet y sus ginetes se detuvieron; echaron pié á tierra, se prosternaron vueltos hácia Granada, y con las frentes unidas á la tierra, rezaron por última vez, á la vista de la ciudad perdida, la azala de almagreb (1).

Oracion murmurada entre lágrimas, con el corazon vacío de esperanza y henchido de desesperacion; oracion solemne, elevada por los vencidos delante de los vencedores, de los cuales no hubo uno, escepto D. Geofre, que no se conmoviera, y dejara ver una lágrima de espansion en sus feroces ojos de soldado, ante aquel valor y aquella grandeza que no habian llorado sino despues de haber vertido á torrentes sangre cristiana por aquella Granada tan querida, donde quedaban sus recuerdos, sus hogares y acaso su amor.

Una hora antes, en aquel mismo sitio, se habia prosternado Boabdil, y lanzado á la ciudad su hondo suspiro de rey destronado; allí habia dejado la señal de sus lágrimas sobre la roca; allí su madre Aixa la Horra, irritada por su dolor, le habia llamado cobarde, y allí estaban las señales de las herraduras de su caballo, lanzado despues de esta afrenta, y con una fuerza desesperada, al camino de las montañas.

Aquel lugar se llama desde entonces el Suspiro del Moro, y hay quien muestra cuatro concavidades en la roca, pretendiendo que sean las huellas de las herraduras del caballo de Boabdil, marcadas al lanzarse á la carrera que alejaba al rey desdichado de un pueblo á que no debia volver.

—Mucho habeis perdido,—dijo D. Geofre al infante cuando hubo montado á caballo.

—Más de lo que habeis ganado, comendador,—contestó tristemente el infante; y aguijando su cabalgadura, siguió adelante á buen paso, y en silencio.

—Poco tiempo despues, la cabalgada se perdió á lo largo del camino entre las primeras sombras de la noche.

II.

Habian trascurrido dos años.

Las Alpujarras estaban tranquilas: es cierto que hasta entonces se habian cumplido fielmente las capitulaciones; que se permitia á los musulmanes el libre uso de sus trajes, de su idioma y de sus costumbres; que no se les afli-

(1) Oracion de la tarde.

gia con tributos; que seguian, en fin, siendo lo que eran, y que solo habian variado de señores.

Pero esta tranquilidad no estaba exenta de grandes inquietudes: fray Hernando de Talavera, antes confesor de la reina, y entonces arzobispo de Granada, predicaba atrevida y desembozadamente contra aquel fiel y honrado cumplimiento, que llamaba impiedad, llegando casi á anatematizar al trono, con gran tolerancia del capitan general del reino y costa de Granada, D. Iñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla; y el inquisidor Torquemada no podia encontrar un moro, ni pasar por una mezquita, sin enfurecerse en lo que llamaba santo celo, é incitar la cólera de los cristianos contra los *perros herejes, infieles y condenados.*

El populacho cristiano de Granada, entresacado de todos los vagos y perdidos de España, se avenia mal con los moros, á quienes envidiaba por sus grandes riquezas, producto de su floreciente industria; y la nobleza, pobre y aventurera, los insultaba, procurando promover una sedicion que los pusiese fuera de la ley, los arrojase á Africa ó á las hogueras del *Santo Oficio*, y dejase sus bienes confiscados, para repartirlos en títulos y mercedes á los afortunados que se encontrasen cerca, y pudiesen tender sus manos avaras á mansalva.

Todo esto lo sabian los moros, y sufrian en silencio; pero el sufrimiento es la gota de agua que cae lentamente en un vaso hasta llenarlo; y el odio que este desprecio les causaba debia necesariamente rebosar un dia, y producir la situacion tan anhelada por los fanáticos y por los ambiciosos.

Entre tanto, como ya hemos dicho, la más profunda paz dominaba en Granada y en las Alpujarras, y sus villas y castillos apenas estaban guardados por escasos presidios (1) de cristianos.

Pero en cada cumbre, sobre cada villa, sobre cada roca avanzada á la frontera, se levantaban torres de atalaya y antiguas fortalezas: las primeras habian sido abandonadas, y en las segundas vivian encastillados nobles y poderosos señores, ya originarios de los moros, ya castellanos favorecidos con mercedes por los reyes; pero todos cristianos y sin hombres de armas, salvos algunos monteros, porque los Reyes Católicos, al dar unidad á España, habian dado un golpe de muerte á los señoríos, quitándoles sus leyes especiales, sus derechos de vida y muerte sobre los vasallos, y el alto y terrible privilegio de sustentar pendon y caldera; lo que queria decir, que podian levantar soldados y mantenerlos á su costa.

Á pesar de esto, estaba tan reciente la abolicion de los fueros feudales, y tan encariñada la nobleza con la práctica de aquellos derechos, que éstos se ejercian allí donde no podia llegar el ojo de los reyes, ni dejarse sentir por débil el grito de los vasallos.

Este feudalismo, pues, podia llamarse con exactitud un feudalismo de contrabando, que no por ello era ménos despótico y absoluto que el que se sustentaba por la ley y por la sancion de los reyes; porque estaba sostenido por

(1) Llamábanse así entonces las guarniciones.

el hambre y la miseria de los pueblos, dependientes de aquellos poderosos y riquísimos ricos-hombres que reunian en sí toda la riqueza, todo el terreno productivo de una comarca.

En la taha ó distrito de Válor habia dos de estos señores: el uno era rico y poderoso, pero humano con el pobre y el desvalido; le hubieran amado sus colonos, á no ser por las circunstancias especiales que existian entre ellos: la mayor parte de los naturales y habitantes del señorío de Válor eran musulmanes, en tanto que el señor era un moro renegado.

Se le respetaba en público, porque tal era la condicion y la necesidad del pueblo vencido; pero en el seno de la familia se le despreciaba y se le maldecia.

Nadie hubiera acudido á su socorro, sino por un exigente compromiso, á pesar de su beneficencia y de su esplendidez; ni ninguno hubiera tenido compasion de él, ni aun en la más suprema desgracia.

Este hombre, tan aborrecido de sus vasallos, era el infante de Granada, Sidy Atmet-el-Omeya, ó como se llamaba entonces, D. Pedro de Córdoba y de Válor.

Vivia en un castillo fuerte y torreado, sobre la villa de su señorío; sustentaba pajes y escuderos, cazadores de monte y cetrería, halcones, caballos y perros; gastaba con esplendidez sus tesoros, y su morada, especialmente en la parte destinada á las mujeres de su familia, era ostentosa y rica como un alcázar.

Cristiano nuevo, cuanta ménos fé tenia, tanto más se recataba de una acusacion ó de una sospecha con las prácticas esteriores: tenia una capilla, donde podia entrar el pueblo cristiano en los dias de precepto; mantenia capellanes; deslumbraba el lujo de los vasos y ornamentos sagrados; no dejaba nunca de mostrarse acompañado de su familia en la misa, y celebraba los oficios de Semana Santa y las festividades de la Pascua con un aparato verdaderamente maravilloso.

Además, habia dado libertad á sus esclavos y á las damas de su haren; se habia circunscrito como esposo cristiano á la encantadora Ada, que se llamaba doña Ana Zegri, en lo que por cierto, y atendida la hermosura de la noble morisca, no hacia un gran sacrificio; y nunca, á pesar de no tener más que cuarenta años, de ser rico y hermoso, nunca, decimos, requirió de amores á ninguna de las moras de la taha, á pesar de que las habia hermosísimas é incitantes hasta el estremo.

Ni habia en su castillo más armas que sus dos arneses de córte y guerra, fabricados en Milan á la castellana despues de su conversion; cuatro picas de de combate, otras tantas espadas y dagas, un hacha de armas, y una docena de arcabuces, y puñales de montería.

El morisco D. Pedro hacia cuanto estaba de su parte para cumplir la palabra empeñada á doña Isabel la Católica por el infante Sidy Atmet; sostenia la paz en las Alpujarras, y en su castillo no habia un solo mueble árabe, ni nada que recordase el islamismo, á escepcion de los ricos retretes que su amor habia dejado á su madre, á su esposa y á su hermana; pero cuyas inscripciones del Koram habian sido reemplazadas con versículos de la Biblia, escogidos con gran estudio por sus capellanes.

Á pesar de esto, la maledicencia se cebaba en él, y habia quien afirmaba haberle visto hacer la ablucion y la azala en la montaña á solas, y que por lo mismo salia con frecuencia á caza.

El otro señor no era ni tan rico ni tan espléndido como D. Pedro de Córdoba y de Válor, ni su castillo, situado á una legua en la cumbre de un monte, tan fuerte ni tan rico en retretes y galerías; aquel castillo estaba por la reina, y el que le habitaba, capitan de un presidio de peones, artilleros y ginetes, era D. Geofre Tenorio, en cuya compañía moraba su madre, noble y hermosa señora, y su hermano D. Gaston Tenorio, niño aun.

Aunque el comendador no tenia en la taha de Válor ni un pedazo de tierra, y se decia que su existencia en las Alpujarras era un destierro honroso, no por eso dejaban de sufrirle como un azote los moradores de las aldeas y alquerías situadas á cierta distancia de Peña-roja, que así se llamaba el castillo; la soldadesca robaba los frutos y las casas, asolaba los cotos y apaleaba á los moriscos; el comendador lanzaba las liebres y las perseguia, seguido de sus monteros y escuderos, por los sembrados; se aposentaba en la primera casa que encontraba al paso, y si por desgracia la curiosidad ó la indiscrecion de una mora la presentaba ante su vista, no cesaba hasta seducirla ó robarla. Era, en toda la estension de la frase, un insoportable señor de la Edad media, desenfrenado, lúbrico y feroz, que despues de deshonrar á una mujer, incendiaba y bañaba en sangre la casa del hermano, del padre ó del marido, si se atrevian á quejarse ó á intentar una venganza.

Era tal el terror que causaba el nombre solo del alcaide de Peña-roja, que cubria en un tupido misterio sus más horrorosos crímenes, porque nadie se atrevia á provocar la terrible cólera de D. Geofre, denunciándolos.

De este modo se comprende el que tres veces á la semana le recibiese en el castillo de Válor y le distinguiese con su amistad D. Pedro de Córdoba, olvidado ya de todo punto el odio instintivo que le habia inspirado don Geofre, á causa de su profundo disimulo y de la apariencia de virtud y de honor con que sabia revestirse delante del morisco.

La misma Ada, cuya hermosura era la causa de las visitas del jóven comendador, habia prescindido de su fanatismo musulman, y parecia alentar los mudos amores que aquel fingia sentir hácia Lind-Arahj, que bautizada con el nombre de doña Elvira, amaba por su parte, y con todo el poder de su sangre árabe, á D. Geofre.

Si Tenorio hubiese sido en realidad lo que aparentaba, doña Elvira le hubiera hecho el más feliz de los maridos; pero estaba escrito que él la hiciera la más infeliz de las mujeres.

III.

Así las cosas, llegó el dia 2 de Enero de 1494.

El cielo estaba encapotado; llovia de una manera lenta y contínua, y la niebla envolvia como en un sudario el castillo de Válor.

Eran las cuatro de la tarde, segun marcaba un reloj de pared traido á gran costa de Venecia, y que formaba parte del mueblaje de una cámara, en

cuyo fondo ardia, en una enorme chimenea de mármol negro, media encina.

Junto á aquella chimenea, y sentados en sillones góticos, estaban Ada y Lind-Arahj, ó lo que es lo mismo, doña Ana y doña Elvira.

Estaban rigurosamente vestidas de luto, con trajes de paño de Segovia, y tristes, porque hacia un año que Noema, ó doña Isabel, madre de D. Pedro de Córdoba, habia muerto, gastada por el sufrimiento del destierro y por el fanatismo de sus creencias, violentadas con su bautismo.

Cerca de un ajimez, de luto tambien y triste y grave, estaba D. Pedro jugando al ajedrez con D. Geofre Tenorio, que como armonizándose con el dolor de aquella familia, llevaba vestidos oscuros.

Nadie hablaba; solo se oia el leve ruido de las piezas sobre el tablero, el gotear de la lluvia, el chascarar de la leña, y de vez en cuando la voz lenta y grave del morisco, que decia:

—¡Jaque al rey!

Aunque gran jugador, aquella tarde D. Pedro, preocupado por siniestros pensamientos, aunque sin orígen ni causa, cometia tales torpezas, que don Geofre le advirtió en una ocasion.

—No os descubrais, D. Pedro; ved que os voy á matar la reina con mi torre.

Aquellas palabras casuales tomaron una entonacion tal en la boca de don Geofre, que el morisco se sintió herido por un sacudimiento nervioso.

—Sí, sí, teneis razon,—contestó;—un paje no cometeria tanta imbecilidad: dejémoslo.

Y arrastró su sillon hasta el hogar, apoyó los piés en un tronco y dobló la cabeza pensativo.

D. Geofre quedó de pié ante la mesa, iluminado de lleno por la luz de la ventana, y contemplando sin rebozo el semblante de Lind-Arahj, cuyo moreno color se sonrosaba de una manera magnífica con el reflejo de la llama; la jóven tenia posada su mirada, húmeda de amor, en D. Geofre, y él hacia penetrar por ella, hasta el ardiente corazon de Lind-Arahj, ese lenguaje misterioso y mudo que parte del alma y va á perderse en otra, en una union cuyo goce no puede concebirse si no se siente.

D. Geofre adelantó lentamente sin apartar aquella mirada de la mirada de la jóven, y fué á sentarse en el hogar.

Á no ser por la aparicion de un paje á la puerta de la cámara, no sabemos hasta dónde se hubiera prolongado la situacion monótona de aquella escena, en la cual ningun personaje hablaba, pero que ocultaba en cada una de aquellas cabezas un mundo de pensamientos.

—¿Su señoría me da vénia?—dijo desde la puerta el paje, que tuvo que repetir por dos veces su pregunta, hasta que D. Pedro le contestó:

—Entrad.

El pajecillo adelantó hasta el morisco, y le presentó una carta sellada con las armas de Castilla.

—¿Quién ha traido estas letras?—preguntó D. Pedro, despues de haber abierto el pliego y leido el escrito.

—Un alférez resguardado por diez lanzas, señor;—contestó el paje.

—Hacedle entrar.

—Ha partido á Peña-roja, señor.

—¿Y cómo sabeis?....

—Me ha preguntado por el camino.

—Despejad.

El pajecillo salió, despues de haber hecho una profunda reverencia á don Pedro.

—Se ha rebelado la Axarquia,—dijo profundamente el morisco,—y la reina me llama al momento.

—¿Y vas á partir?—preguntó con ansiedad Ada.

—¿Y qué he de hacer?—contestó con amargura el morisco.—¿Acaso no he rendido pleito homenaje á la reina doña Isabel? ¿No soy cristiano y señor de Válor? Ha llegado el dia de la paga, y es necesario pagar como caballeros, buena y fielmente. ¡Hola, mis escuderos! ¡mis pajes!

Se abrió la puerta y apareció el pajecillo.

—Que enjaecen mi caballo, que trencen mi arnés y que se armen mis escuderos.

—¡Ahora!—esclamó Ada.—¡Con este recio temporal! ¡Con los caminos intransitables!....

—Doña Ana, cuando yo me llamaba el infante Sidy Atmet jamás me atajaron lluvias ni soles, si fué necesario poner la pica en las fronteras cristianas; eso lo sabe todo el mundo: no quieras que digan que D. Pedro de Córdoba y de Válor ha esperado un solo momento, cuando sus reyes le mandan ir á embestir las taifas moras.

Ada no contestó; pero las lágrimas se agolparon á sus ojos, y su corazon se comprimió bajo el peso de un presentimiento fatal.

—Seguidme, D. Geofre,—dijo el morisco al comendador.—Antes de partir necesito hablaros.

Y firme, sereno, como si no hubiese notado el dolor de su esposa y de su hermana, atravesó la cámara, entró en su retrete y señaló un sillon á D. Geofre, que le habia seguido.

Sentáronse los dos nobles mano á mano.

—Hace dos años que nos conocemos, caballero, y en todo ese tiempo creo haberos dado y haber recibido de vos más de una prueba de amistad,—le dijo gravemente el morisco.

D. Geofre inclinó cortesmente la cabeza.

—Los dos somos nobles. Yo desciendo del gran Ábd-el-Rajman, primer califa de Córdoba, que descendia de Mahoma.

—Yo desciendo de los godos.

—Sé que vuestra raza iguala á la mia, y que, como yo, teneis valor para sustentar vuestra nobleza. Por eso, porque sé que sois un cumplido caballero, voy á confiaros pensamientos que jamás hubiera revelado á otro hombre.

—Vuestra confianza me honra, D. Pedro.

—En mi familia existe un tesoro de hermosura y de virtud, comendador, y creo haber comprendido que codiciais ese tesoro.

—Sin duda os referís á vuestra hermana.

—Hablo por doña Elvira, que ya no es una niña, que se ha criado con el ejemplo de la virtud de su madre y del honor de su hermano, y que cuando os ha dejado ver su alma en sus miradas, es porque el amor que la inspirais rebosa de ella de una manera inevitable.

—Supongo que no me acusareis de una palabra, de una mirada indiscreta.

—¡Acusaros! ¿Y para qué? Si no hubiéseis sido bastante amigo mio para que me fuese grato hacer de vos un hermano, os hubiera dicho, por cima de todas las consideraciones y de todos los respetos: vuestra presencia aquí puede ser fatal; no vengais.

—Y hubiera obedecido, sufrido y callado.

—Pero, afortunadamente, no estamos en ese caso. Escuchadme bien, y pensad en contestarme de una manera terminante. ¿Quereis ser esposo de mi hermana?

De un solo pensamiento, y con la rapidez del relámpago, el comendador llegó hasta el objeto de la demanda del morisco y midió las consecuencias de su introduccion como pariente en aquella familia.

—Sí,—dijo sin vacilar.

Pareció que de la frente de Sidy Atmet se habia despejado una nube oscura; se levantó radiante de gozo, abrazó á D. Geofre y le besó en la frente.

—Ahora os puedo decir—esclamó—lo que pesaba como una losa sepulcral sobre mi corazon. Creia que me engañábais, Geofre; que vuestra amistad era un pretesto de que os serviais para introduciros en mi familia y vengaros del destierro que produjo nuestra fatal reyerta por Muza en la tienda de la reina.

D. Geofre mostró la más franca y natural estrañeza, y para protestar de aquellas sospechas espresó su impaciencia por el momento del enlace.

—Tan pronto será,—dijo D. Pedro—que al salir de aquí, dentro de dos horas, sereis ya esposo de doña Elvira.

D. Geofre palideció, y el morisco tomó aquella palidez por una conmocion de amor.

—¡Dentro de dos horas! ¿Habeis olvidado que el alférez que os trajo las órdenes de la reina partió sin detenerse á mi alcaidía?

—Pero vos no partireis; vos sois un soldado viejo ya en los reales de doña Isabel, y podeis alegar un pretesto cualquiera: decidla que las Alpujarras están inquietas, que temeis una rebelion en el momento en que saqueis vuestros ginetes de la Peña-roja, y la reina os mandará permanecer; si yo parto es porque una negativa mia causaria profundas sospechas.....

—Pero ¿y si ese alférez viene en mi reemplazo y no se trata de mis ginetes, sino solamente de mi persona?

—En ese caso,—contestó el morisco, cuya frente se nubló un tanto,—siempre sereis esposo de doña Elvira.

No habia medio de negarse, sino produciendo un rompimiento, y el comendador se resignó.

En aquellos tiempos, un matrimonio se hacia de la manera más pronta y más sencilla: bastaba la bendicion de un sacerdote y dos testigos, porque aun no se habia celebrado el concilio de Trento que establece las amonestaciones y las fés de soltería, requisito *sine qua non* de nuestros casamientos de hoy.

Despues de la escena habida con D. Geofre, el morisco se encerró con su mujer y con su hermana, y se repitió la misma escena, pero más breve, porque las objeciones de Lind-Arahj fueron mucho más débiles que las que inspiró al comendador su repugnancia á un enlace cualquiera, por ventajoso que fuese. Era de aquellos hombres que se califican de incasables.

Es indescribible la agitacion que sucedió á estas dos conferencias en el castillo, tan silencioso y tétrico antes de la llegada del mensajero de la reina.

Pero ni una gala en aquella mujeres, ni una luz más, ni nada que denunciase una boda; solo en la capilla se veian cuatro blandones ardiendo sobre el altar, y ante él rigurosamente vestidas de luto las dos damas, D. Pedro, D. Geofre, un sacerdote revestido, un ayudante, y como testigos dos hidalgos escuderos del morisco.

Cuando el sacerdote hubo leido las preces y bendecido á los esposos, las dos damas se retiraron á sus retretes, el morisco y el comendador se armaron, montaron á caballo y salieron del castillo.

A una legua de él, D. Pedro siguió el camino de Granada y D. Geofre el de la Peña-roja; cuando el morisco se encontró solo en las tinieblas de la noche, caminando á paso lento delante de sus escuderos, se le comprimió el corazon, un presentimiento funesto nubló su alma, y recordó sin voluntad de una manera fatal las palabras de D. Geofre cuando jugaba con él al ajedrez.

«No os descubrais; os voy á matar la reina con mi torre.»

En aquel momento, poseido de un terror desconocido, volvió riendas hácia Válor; pero le llamaba su honor á la Axarquia: ahogó sus temores, se volvió de nuevo al camino y partió al galope, á pesar de la oscuridad.

IV.

D. Geofre llegó como un relámpago al castillo de la Peña-roja.

Entró en una cámara sombría y tétrica, donde habia un hogar y una lámpara. Junto al hogar estaba sentada una dama, vestida de negro, como de cincuenta años, pero pálida y ajada por el sufrimiento contínuo, cuyas huellas se marcaban en su semblante.

El cuerpo en un escabel y la cabeza en el regazo de la dama, dormia un niño rubio y pálido, como de nueve años, y de una hermosura angelical.

Aquella dama era doña Inés de Alvarado, madre de D. Geofre, y aquel niño su hermano D. Gaston.

El comendador murmuró un *Dios os guarde* desapacible, y se arrojó en un sillon cerca del hogar.

—¡Ferran!—gritó desde allí, como quien llama á un sabueso.

Abrióse la puerta y apareció un escudero.

—¿No ha venido nadie á buscarme?—preguntó con altanería.

—Ha venido un alférez de la reina,—contestó doña Ines de Alvarado, con la misma sequedad que su hijo,—y ha dejado para vos letras del capitan general de Granada.

—¿Es decir—observó D. Geofre con rabia—que la reina doña Isabel se toma el trabajo de escribir por su propia mano á un perro moro, y á mí me cree bastante satisfecho, y aun honrado, con trasmitirme sus órdenes por medio de ese cortesano D. Iñigo Lopez de Mendoza? ¡Ira de Dios! ¿Y dónde está el alférez?

—Ha partido, señor.

—¿Sin esperar respuesta? Bien se ve que poco les importamos los de acá.

—Iba por minutos contados á llevar otra órden igual al alcaide de Audarax,—dijo con más dulzura que la vez anterior su madre.

D. Geofre la arrebató de las manos el pliego y rasgó el sobre escrito.

—¡Qué marche á ponerme á las órdenes de D. Pedro de Córdoba y de Válor!—gritó dando una furiosa puñada sobre uno de los brazos de su sillon, que cayó roto por el suelo.

—Geofre, tened en cuenta que estoy enferma, y que vais á despertar á este pobre niño.

—¿Y qué me importa ¡vive Dios! ese niño, ni qué me importais vos, señora? ¿Vos, que estrañais mi furor al verme pospuesto á un infiel, y enviado bajo sus órdenes, sin que se me crea digno de saber á qué empresa se me lanza? Mi padre, señora, no hubiera tenido tan pronta en un lance semejante vuestra inoportuna observacion.

—Dios tenga piedad de vos, hijo mio, que tan poca teneis de vuestra madre.

—Llamad á mi capellan,—dijo el comendador.

Despues de esto, se levantó y se puso á pasear á lo largo de la cámara, teniendo estrujada entre sus manos la órden del conde de Tendilla, y sin atender á su madre, que oraba en silencio.

El niño dormia.

—Así pasaron algunos minutos, hasta que entró en la cámara un sacerdote anciano.

—¿Qué me quereis, señor?—le dijo con un respeto en el que habia mucho de temor.

—Sentáos á esa mesa y escribid lo que yo os relate.

—El sacerdote se ruborizó por el ministerio en que se le empleaba; pero se sentó, tomó la pluma y un papel, y esperó.

«Al capitan general del reino y costa de Granada,—dijo dictando D. Geofre.—Me es imposible cumplir en estos momentos la órden que vuestra se»ñoría me impone en nombre de su alteza. La comarca que guardo se halla »en un estado de rebelion pasiva, que temo mucho se haga hostil si se aparta »de este presidio un solo soldado.»

—Pero eso no es verdad,—dijo doña Ines;—los moros están sumisos: ved que jamás los Tenorios han mentido.

D. Geofre continuó, como si su madre no hubiese pronunciado una sola palabra.

«Es tan necesaria la presencia de una bandera en esta sierra, como que »los rebeldes están auxiliados por D. Pedro de Córdoba y de Válor, que los »socorre con su oro y acumula armas en su castillo. A pesar de haber con- »traido matrimonio con doña Elvira de Córdoba y de Válor, su hermana, »antes de conocer su rebeldía, mi lealtad no me permite encubrir los delitos »de esa familia.....»

—¡A quien asesinareis, como estais asesinando á vuestra madre, don Geofre Tenorio; á quien deshonrareis, como habeis deshonrado vuestra cruz de Santiago, comendador, enlazándoos á una cristiana nueva; á quien hareis que maldiga Dios por su desesperacion, como debe haberme maldecido!

Tras estas palabras, doña Inés arrastró consigo á su hijo Gaston, medio dormido, y salió de la cámara, hasta cuya puerta la siguió la mirada colérica de D. Geofre.

—Tiene razon esa señora,—dijo meditabundo;—ese matrimonio no debe ser público: rasgad ese papel y empezad de nuevo.

El sacerdote obedeció, y escribió otra vez bajo la palabra del comendador.

«Si estas razones—concluia el escrito—no bastaren á vuestra señoría »para inclinar el ánimo de su alteza á mi permanencia en estos lugares, dis- »puesto estoy á obedecer en el momento en que de nuevo se me mande partir. »Del presidio de la Peña-roja á 2 de Enero de 1494.»

—Dadme acá,—añadió, arrebatando la pluma de manos del capellan, y rasgueando con ella una de esas firmas en que queda impresa la cólera del que las hace sobre el papel.

Despues cerró el pliego, le selló con sus armas sobre cera colorada, y llamó.

—Al momento un hombre á caballo, y este pliego á su señoría el capitan general de Granada.

Media hora despues un ginete partia de la Peña-roja, y D. Geofre entraba en la cámara de su madre, que estaba de rodillas ante un reclinatorio y una imágen de la Vírgen de los Dolores.

—Mañana, señora,—la dijo desde la puerta—vendrá á morar mi esposa en vuestra compañía; preparáos, pues, para ser la madre amorosa y tierna de una nueva hija.

Volvióse tras estas palabras, y doña Inés levantó la vista en una inmensa súplica á la imágen de la Vírgen, y cayó sobre el reclinatorio desmayada.

V.

En aquellos mismos momentos Lind-Arahj estaba sola, reclinada indolentemente en un sillon, en su magnífica cámara en el castillo de Válor.

Ada, afligida por la repentina ausencia de su esposo, que la dejaba abandonada á sí misma, se habia encerrado á llorar en sus habitaciones, y las doncellas de la desposada, terminado su atavío, que se reducia á un peinado

un tanto más ostentoso y á un traje siempre de luto, pero más rico que el que ordinariamente vestia, la habian dejado sola.

El sentimiento de su felicidad se sobreponia en ella al dolor que en otra ocasion le hubiera causado la ausencia de su hermano, y su semblante radiaba reflejando el inmenso amor de su alma.

Alma vírgen y pura que no conocia del amor sino lo que tiene de santo; amor intenso y poético que soñaba un ángel en el hombre amado; sublime sed del espíritu que ansía un hermano en cuyo seno reposar la cabeza, en cuyos lábios poner los lábios, en cuyos ojos beber la vida; amor de niño sin deseos insensatos, sin sueños volcánicos, sin celos y sin envidia; amor que reemplaza en la tierra al que debe sentarse en el cielo; ilusion que pasa y desaparece al primer beso del deseo, como se agosta y muere la flor al primer soplo del viento del estío.

Así amaba Lind-Arahj á Geofre; ella, nacida en un alcázar, crecida entre el misterio de un retrete perfumado en el interior y embellecido fuera con los laberintos de arrayanes, los cuadros de flores y los estanques azules de sus jardines; sin haber visto antes de su conversion más hombres que su padre y su hermano, se habia conservado inocente y cándida como la violeta que pasa su primavera oculta bajo el alcázar de verdura de la selva, sin que lleguen á ella, ni la inconstante mariposa, ni la punzadora abeja. Luego, sujeta á las fórmulas cristianas, protegida por la severidad de costumbres de su familia, no habia visto otro hombre que D. Geofre, que era hermoso, jóven y gallardo, y sabia ser dulcemente simpático y seductor cuando no era rudo, feroz é intolerable.

Aquel amor habia empezado de una manera lenta, pero segura; habia crecido, alentado por el lenguaje de las miradas y la esquisita galantería de D. Geofre, y habia bajado de las gradas del altar santificado en nombre de Dios por la mano de un sacerdote, inmenso, conteniéndose mal dentro del alma, impaciente por desbordarse en palabras y caricias, y puro y dulce como el aroma de la flor que abre su pétalo en la primera alborada del estío.

¡Ay de la vírgen que sueña un amor de los cielos, y está sobre la senda de la vida, enlodada por la planta impura de los hombres! ¡Ay de su cándida inocencia y de su felicidad tranquila! ¡Ella será un ángel caido, un corazon destrozado y un pensamiento loco, como Eva despues de su rebeldía!

Lind-Arahj pensaba encontrar en D. Geofre una paloma amante, y debia muy pronto reconocer en él un tigre sediento de sangre.

Pasó una hora de espera y pasó otra: Lind-Arahj sabia que el mismo alférez que arrancó á su hermano del lado de su esposa habia partido sin detenerse en busca del alcaide de Peña-roja. Tal vez mientras ella le esperaba, D. Geofre cabalgaba al frente de sus ginetes, arrastrado por una órden de sus reyes, sin poderse detener un momento para decir á su esposa cuándo seria su vuelta; y luego iba á revolverse entre el estrago en un campo de batalla: era valiente, y acaso una lanza mora apagaria la luz de sus ojos y helaria su corazon con las tinieblas y el frio de la muerte. Lind-Arahj, con la fuerza de imaginacion de los árabes, creyó verle tendido y sangriento entre horribles montañas sobre cadáveres mutilados, y se estremeció. Entonces el egoismo,

innato en el corazon, le hizo sentir el dolor de Ada por su propio dolor; comprendió que ella necesitaba consuelo, y que del mismo modo lo necesitaria la esposa separada del esposo, y se levantó para ir al retrete de Ada. Pero al abrir la puerta dió un grito de placer, cerró los ojos y se apoyó en el cancel. Unos lábios ardientes y unos brazos temblorosos se posaron en su boca y rodearon su cintura; se sintió levantada en alto por el frenesí de una pasion para ella desconocida; tornó en sí, y vió cerca del suyo, tocándolo, el semblante iluminado por un fuego sombrío de D. Geofre Tenorio.

Lind-Arahj se sintió herida en su pudor: no sabia que existiese otro amor que el amor vírgen que habia soñado; para ella, ser esposo y esposa era ser hermana y hermano, vivir el uno para el otro, unir el espíritu, pero no la materia. La pobre flor habia sentido sobre sí el beso ardiente del estío, y su alma se habia inflamado con un sentimiento desconocido, devorador, inmenso: quiso rechazar á D. Geofre, y no pudo; luchó con aquel nuevo amor tan diferente del primero, y aquel amor estalló como una fuerza espansiva cuando se comprime; se iluminó su razon con una luz siniestra; lloró por sus sueños de vírgen, y cayó desmayada en los brazos de D. Geofre.

Al dia siguiente caminaba escoltada por cuatro lanzas, conducida en una litera y acompañada por su marido, hácia el castillo de Peña-roja: el gavilan huia con su presa. No era ya Lind-Arahj la hermosa y purísima jóven de sonrisa tranquila en su alegría ó lánguida en su tristeza sin objeto. Era un sér que sufria y lloraba dentro de su corazon: el sensualismo la hubiera encontrado más incitante, más seductora, más hermosa; pero la pureza se hubiera remontado suspirando al cielo, porque en aquella magnífica frente estaba impreso en una leve arruga el dolor desesperado del ángel caido.

VI.

Al dia siguiente D. Geofre tornó al castillo de Válor; pero en vez de dirigirse á las habitaciones de Ada, atravesó el patio de armas, se deslizó junto á las caballerizas, subió á una galería y llamó á una puerta situada á su estremo.

Era muy de mañana; pero madrugadores por costumbre los habitantes del castillo, no se dormia ya en aquella habitacion, porque al primer llamamiento de D. Geofre se abrió la puerta y apareció ante él un hombre como de treinta años, de color africano, ojos negros, hermosura ruda y talla aventajada.

Este hombre vestia un sayo y un capotillo de montero, calzas de lana roja y abarcas de piel de toro; en su cintura pendia de un ancho talabarte de cuero bervido un enorme puñal, y sobre su larga y negra cabellera se ceñia un gorro de paño, adornado, segun costumbre de los monteros, con una larga pluma de águila parda.

Al reconocer al comendador, que iba armado de todas armas y cubierto con el hábito y el manto de la Orden de Santiago, el montero se despojó rápidamente del gorro y se apartó para dejarle paso.

—Cerrad la puerta,—dijo D. Geofre, quitándose su yelmo de encaje y poniéndole sobre la cama del montero, en la que se sentó sin ceremonia.

El montero obedeció, y permaneció de pié á una distancia respetuosa de D. Geofre.

—Sentáos,—le dijo este, señalándole un escabel.

—Pero, señor.....

—Sentáos.

—Vuestra señoría me honra demasiado,—contestó el montero, sentándose en el escabel con encogimiento.

—Nunca un valiente está bastante honrado,—insistió D. Geofre.

El montero no supo qué contestar, aunque en la altivez que rebosaba de su semblante se conocia harto claro que existia en él más sorpresa que aturdimiento por aquella imprevista visita.

—¿Cómo os llamais?—le preguntó D. Geofre.

—El servidor de vuestra señoría se llama Juan el Zenete.

—¡Vuestro nombre, vuestro nombre moro!

—¡Mi nombre moro!—esclamó con estrañeza el montero.

—Recuerdo haberos visto en otro traje y en otro lugar hace dos años, en la aldea de Armilla; mandábais, aunque desarmado, los ginetes del infante Sidy Atmet.

—Era su alférez, caballero,—contestó con cierta arrogancia el morisco, repuesto ya de su sorpresa,—y he llevado su bandera en más de una batalla delante de su taifa de zenetes.

—Pero vuestro nombre.....

—Aben-Abed.

—Y ¿dónde están los quinientos ginetes del infante Sidy Atmet?

—En Válor.

—¿Y son valientes?

D. Geofre comprendió que habia cometido una necedad, porque Aben-Abed solo le contestó con una mirada que encerraba en sí toda una historia de recuerdos.

—Sí, sí, teneis razon: los soldados de un capitan tal como el infante debian ser á prueba de hierro y fuego. ¿Vos sois ahora su montero mayor?

—Arrojo las piezas sobre el rastro, como antes lanzaba mi yegua y mi bandera en el corazon de las batallas; ha querido tenerme á su lado, y yo he querido estar con él; se ha bautizado, y me he bautizado; me ama, y le amo; me paga, y le sirvo.

—¿Y le serviriais hasta la sangre?

—¡Por el Dios Altísimo y Único! ¿no os he dicho ya que le amo?

—¿Y si se tratase de un alzamiento en las Alpujarras?

—¿Y habeis venido á decirme eso—contestó con severidad el moro—trayendo esa cruz sobre las armas, alcaide de Peña-roja?

—Es necesario evitar sospechas.

—Y traiciones,—esclamó poniéndose de pié Aben-Abed.

D. Geofre palideció; pero se contuvo, porque se trataba de un africano que hubiera dado al traste con sus proyectos á la menor imprudencia.

—¿Sabeis—dijo con intencion—que soy esposo de Lind-Arahj?

—¿Por qué no la llamais doña Elvira?

—Sobre ser más bello el nombre, es más puro; además, quiero que muy pronto le lleve delante de todo el mundo, como vos la noble bandera del infante en un dia de batalla.

—Pero eso es imposible,—esclamó Aben-Abed, cuyos ojos irradiaron cual si ya escuchase el són de los atabales.

—¡Imposible! ¿Y por qué? No lo han creido así los de la Axarquia.

—¿La Axarquia se ha levantado?—esclamó con arranque Aben-Abed.

—Sí, y vuestro señor el infante Sidy Atmet ha partido para ponerse á su frente; me ha dejado aquí en su lugar, casándome para ello con su hermana, y yo no he perdido el tiempo, ya lo veis.

Aben-Abed se levantó, y empezó á pasear impaciente y pensativo por el aposento. De repente se paró delante del comendador.

—Sé que sois valiente y caballero—le dijo;—sé que mi señor os ama; sé que os ama mi señora Lind-Arahj, vuestra esposa; y cuando el infante Sidy Atmet os ha hecho su hermano, debeis inspirarle confianza.

—¡Cómo! ¿Habiais dudado de mí?

—Perdonadme, señor, porque vivimos en unos tiempos en que todo es asechanza para los moriscos. El infante es rico; la reina le ha hecho grandes mercedes, y la envidian y la aborrecen. Pero vos..... vos es diferente..... no puede creerse que un hombre que ha tomado una esposa tal como la noble y magnífica Lind-Arahj, pretenda asesinarla, venderla. Vos, que la amais, debeis apreciar mi celo. He dudado de vos, porque dudo de todo, porque he llegado á dudar de la justicia de Dios. Pero hablad, hablad, y entendámonos.

—¿Cuántos hombres hay valientes y dispuestos en Válor y los pueblos cercanos?

—Hasta dos mil; pero no tienen dinero para que se procuren pan sus familias mientras estén fuera de sus casas.

—¿Pero tienen armas?

—Todos han entregado su adarga, su lanza y su yatagan, y dos á dos han hecho una yunta para arar con sus caballos de batalla.

—Oro tendrán sobrado; pero ¿cuándo podrá reunirse toda esa gente?

—En dos dias.

—Este castillo es fuerte: antes de todo, á caballo, vos y vuestros amigos más fieles recorred la tierra; decid á nuestros hermanos que el alcaide de Peña-roja con sus lanzas y artilleros les ayudará en esta empresa, y.....

—Esperad; se me ocurre un medio más seguro.

—¿Cuál?

—Veo pendiente de vuestra cadena de caballero vuestro sello.

—Y bien.....

—Esperad un momento.

Salió Aben-Abed, y entre tanto el comendador se puso á observar por la ventana las fortificaciones esteriores del castillo; vió que el infante, por pru-

dencia y por apartar de sí sospechas, habia cegado sus fosos, abierto ventanas en los muros, arrasado las almenas y puesto sobre ellas habitaciones cubiertas de pizarras: no habia rastrillos, ni matacanes, ni nada que indicase en él un estado de defensa; pero, sin embargo, era tal su situacion y la altura y espesor de sus murallas, que cien hombres valientes podian defenderle durante mucho tiempo.

Despues de esta inspeccion, que fué rápida, como pudiera haberlo sido la de un escelente espía, D. Geofre se puso á pasear de la manera más indiferente, esperando á Aben-Abed, que no tardó en volver.

Traia un pergamino enrollado, un tintero y una lamparilla con luz.

—¿Qué es eso?—preguntó con algun cuidado Tenorio.

Aben-Abed dejó su lamparilla y el tintero sobre la mesa, desplegó el pergamino y le mostró á D. Geofre.

Estaba escrito en árabe, y su contenido era de una dimension tal, cual bastaba para espresar el asunto más importante.

—¿Y qué relata ese escrito?—dijo D. Geofre.

—¡Cómo! ¿No entendeis el árabe?—dijo con fijeza Aben-Abed.

—Nó.

—¿Y cómo quereis poneros al frente de una guerra, en que á cada momento os será necesario contestar uno de estos escritos?

—¡Bah! Vos me servireis de secretario, como creo que me servis ahora, porque sin duda habreis escrito ese pergamino.

—Sí, yo lo he escrito.

—¿Y qué contiene?

—Vuestra conversion al Dios Altísimo y Único.

—No creo todavía necesario ese paso.

—Os engañais; no se moverá un solo morisco si no ve este escrito acompañado de vuestro sello.

D. Geofre sostuvo admirablemente su serenidad, y dijo con voz segura:

—Leed.

—Cubríos, comendador,—dijo Aben-Abed, poniéndose su gorra;—cubríos, porque vais á oir la palabra de Dios.

D. Geofre se puso el yelmo, y el morisco leyó con acento solemne:

«En el nombre de Dios clemente y misericordioso: los que seguís el camino recto y buscais la luz; los que confesais á Dios con pureza de corazon y palabras de verdad, escuchad lo que yo, D. Geofre Tenorio, comendador de Santiago, capitan de la reina doña Isabel y alcaide del presidio y la fuerza de Peña-roja, digo y confieso para que lo oigan todas las gentes y me podais tener por hermano vuestro en las fatigas y tribulaciones.—¡Loado sea Dios, el Altísimo y Único, que perdona las faltas y admite el arrepentimiento, castiga con severidad, mas es benigno y paciente!—¡No hay más Dios que él!—¿Hay otro criador que el Altísimo?—Para el que escucha y ve, no hay más Dios que él.—Para el que conoce lo que está manifiesto y lo que está oculto, no hay más Dios que él. Moisés, cuando Dios le habló sobre el monte Sinai, pronunció estas palabras:—«¡No hay más Dios que él!»—Jonás, en el vientre de la ballena, cuando el Altísimo le habló,

dijo:—«¡No hay más Dios que Dios!—Abraham, en el ardiente horno (1), cuando Dios se le apareció, proclamó esta verdad:—«¡No hay más señor que el Altísimo y Único!»—Sí; yo confieso que hasta ahora he tenido ciegos los ojos, porque he seguido el camino de la falsa ley, y solo Dios es Dios, y no tiene adjuntos. Él es Vivo; no hay más Dios que él. Yo confieso que nuestro señor y maestro Mahoma es su servidor y su profeta. ¡Oh Dios! ¡Séle propicío, así como á su familia y á sus compañeros! ¡Bendícele y concédele la divina paz!»

Despues de esta lectura, el morisco estendió el pergamino sobre la mesa.

—Una vez que estais resuelto, por amor á vuestra esposa y por amistad al infante, á ayudarnos y á uniros á nosotros, solo sellando y firmando este pergamino podreis lograr que se pongan bajo vuestra bandera los moriscos.

—Me parece pronto.....—observó vacilando Tenorio.

—Pues ved cómo ha de ser,—repuso el morisco, mirándole con recelosa severidad, porque de otro modo ninguno se ha de rebelar.

—Pero no es necesario que en el alzamiento aparezca mi nombre.

—Pero es necesario que sepan que los soldados de Peña-roja no irán en su daño.

Meditó un momento el comendador.

—¿Conque es preciso?—dijo al fin.

—De todo punto.

—Pues bien, dadme acá.

Aben-Abed acercó el pergamino, y D. Geofre le firmó con mano segura, como si absolutamente aquel acto no contrariase su voluntad; y mientras Aben-Abed hacia caer, derretida por la luz de la lamparilla, sobre un ángulo del pergamino cera colorada de un pedazo que sacó de su escarcela, Tenorio se desprendió el sello de la cadena y le imprimió sobre la cera.

—¿Y cuándo me entregais el dinero?—dijo tranquilamente Aben-Abed, enrollando el escrito y guardándole.

—¿Qué dinero se necesita?

—Por el momento—dijo el morisco—diez mil ducados.

—Pues bien, mañana os los entregaré.

—Pues si mañana pueden estar dispuestas vuestras gentes, mañana la bandera del Islam ondeará sobre Válor.

—¡Mañana!—esclamó con impaciencia Tenorio.—¡Mañana, sí, es preciso que sea pronto!

—Pues hasta mañana.

—Hasta mañana.

—¿En qué sitio nos veremos?

—En la Cruz de los dos caminos.

Salió el comendador; Aben-Abed le acompañó hasta el fin de la galería y le vió alejarse al través del patio.

---

(1) Los musulmanes creen que Neembrod hizo arrojar en un horno inflamado á Abraham, que le predicaba el culto de un solo Dios, y que el patriarca salió sin lesion alguna del horno.

—Es imposible que ese hombre sea traidor,—decia para sí el morisco, volviendo lentamente á su aposento:—el infante le ama; la *señora* le trata como á un hermano; la hermosa Lind-Arahj le adora..... le adora, y el amor de esa mujer puede hacer judío, si quiere, á un cristiano, cuanto más moro.

Aben-Abed suspiró, entró en su aposento, púsose en vez de las abarcas unos borceguíes guarnecidos de espuelas, tomó una lanza y una adarga, bajó á las caballerizas, enjaezó un caballo, montó en él y salió del castillo.

Un cuarto de hora despues estaba en la plaza de Válor rodeado de moriscos, y una hora adelante salieron de la villa en todas direcciones y á caballo hombres armados á la ligera.

Eran las primeras chispas que brotaban del foco de un incendio.

VII.

Al dia siguiente, á las diez de la mañana, un hombre solo, armado con una loriga y cubierto con un bonete de acero, que por su forma y labores dejaba conocer su orígen árabe, se paseaba impaciente delante de una cruz de piedra, levantada sobre una tosca grada al fin de un camino y en el punto en que se partia en dos formando un ángulo agudo.

Arrimada á la cruz habia una larga lanza de dos hierros; al pié de ella una adarga de cuero hervido, claveteada de bronce, bordada en seda y oro, con arabescos y motes, y adornada con tres borlones de oro, mezclados con hilos de seda roja.

Atada á la cruz, por las cadenas de acero que le servian de bridas, estaba una yegua blanca, enjaezada con arneses de batalla, que se componian de una silla forrada de hierro, de cuyo arzon colgaba una maza de armas; de una gualdrapa de mallas y de un frontal de bronce dorado, que se prolongaba en escamas del mismo género sobre su cuello.

El hombre que se paseaba en una longitud determinada, haciendo sonar acompasadamente las sonoras rodajas de sus espuelas de oro y las anillas del talabarte de un magnífico yatagan con empuñadura esmaltada y cincelada, era Aben-Abed, el antiguo alférez ó portabandera del infante Sidy Atmet.

Entonces aparecia en todo su brillo sobre sus magníficas armas de combate su semblante africano, con su tez roja, sus penetrantes y brillantes ojos negros y su rizada y revuelta barba; parecia más que otra cosa, en tiempos en que las valientes huestes agarenas habian desaparecido de España ante la espada de los Reyes Católicos, un fantasma brotado al pié de una cruz como para demostrar cuánta gallardía y cuánto valor se habian hundido en Granada bajo el signo de la Redencion.

De tiempo en tiempo se detenia el morisco y lanzaba una larga y profunda mirada al camino de la derecha. Aquel camino se perdia solitario, como una serpiente aterida á lo largo de las lomas, rompiéndose por las ondulaciones del terreno y perdiéndose al pié de una montaña.

Al cabo de una hora un ginete apareció á lo lejos, galopando sobre aquel

camino, y el morisco palideció; poco tiempo despues un caballero, armado de punta en blanco, y caladas las vistas de su yelmo, paró junto á la cruz, echó pié á tierra, ató su caballo junto á la yegua de Aben-Abed y se levantó la visera.

Era D. Geofre Tenorio.

—Guárdeos Dios,—dijo acercándose al morisco y tendiéndole la mano.

—Él os ayude,—contestó Aben-Abed, estrechándola.

—¿Contamos con gente?

—Sí por Dios; más de lo que creíamos.

—¿Como cuántos?—dijo con algun cuidado el comendador.

—Por lo pronto quinientos, que con los mil de vuestra alcaidía, si contais con ellos.....

—Mis soldados van donde los llevo y lidian por quien quiero.

—¿Habeis traido los diez mil ducados?

—Ahí están,—contestó D. Geofre, señalando unas alforjas de cuero aseguradas á la grupa de su caballo;—si quereis, ayudadme, porque pesan, y os los entregaré.

—No es necesario,—dijo el morisco;—tenemos quien nos sirva; y arrojó un largo silbido.

Como por ensalmo, de entre unos árboles cercanos salieron diez moros á caballo armados de todas armas, se acercaron á Aben-Aded y desmontaron.

—¡Diablo!—esclamó Tenorio.—¿Está armada así toda nuestra gente?

—¿Os parece mal?

—Nó, pardiez; por el contrario, creo que quinientos de esos buenos mozos son capaces de dar guerra á un ejército.

—Como que no falta uno solo de los ginetes del infante, que ya os lo dije, tenian esperanza y han conservado sus armas y sus caballos.

—Pero esas armas y esos caballos debian pertenecer á mi hermano.

—Os engañais. La bandera de mi señor estaba compuesta de gente elegida entre lo más feroz y avieso de todas partes; para ser recibido en ella bastaba ser buen ginete, saber correr una lanza y tener fuerza para partir de un solo golpe de hacha un yelmo de Damasco ó una coraza de Milan. Casi todos eran malhechores huidos de Africa y de los reinos de Europa, que venian á refugiarse á Granada. Cuando la reina doña Isabel levantó la *santa hermandad* (1), vinieron muchos montañeses que renegaron, y de los cuales gran parte, aficionados al valor del infante, le sirvieron á sueldo; los habia flamencos, italianos, franceses, alemanes; era lo que se llama una bandera de capitan de aventuras: como mi señor gustaba de que sus soldados fuesen gallardos y vistiesen ricas preseas, y como ellos eran gente muy capaz de desaparecer á la primera ocasion con un hermoso caballo, una buena espada y una rica armadura, el infante se las hacia pagar reteniéndoles parte de su soldada; aunque todos los que al fin le servian eran moros, habia seguido la misma costum-

---

(1) Fuerza popular muy antigua en Castilla, reorganizada en 1476 por los Reyes Católicos, y destinada esclusivamente á la persecucion de malhechores, que por efecto del mal gobierno de los hombres de Enrique IV infestaban á España.

bre, y cuando sucedió la entrega de la ciudad, habian satisfecho el valor de sus armas y caballos. El infante, al despedirse de ellos, les aconsejó que las vendiesen; pero ellos tenian esperanza de una nueva guerra, y las conservaron.

—Cualquiera diria, sin embargo, que esos arneses acaban de salir de una armería y esos caballos de una caballeriza, segun están de bien parados.

—Un buen hombre de guerra no tiene más querida que su armadura y su corcel de batalla.

Y luego añadió en árabe, dirigiéndose á los moros:

—*Ya ahhbabii nazzeluu hadzihil.—Forllata farrikuu beinaeum sawaan saevaan ma nim dzahabi fihe wasaruv.*

Lo que quiere decir en castellano:

—Amigos, descargad esas alforjas; repartíos por partes iguales la plata que hay en ellas, y partid.

Los diez hombres obedecieron con la exactitud de una máquina, descargaron las alforjas, se sentaron en círculo sobre la yerba, contaron en silencio y brevemente el dinero, le guardaron en sacos, pusieron de nuevo en su lugar las alforjas vacías, montaron á caballo, y partieron al galope por el camino de la izquierda.

—¿Y estará reunida esa gente esta noche?—dijo D. Geofre cuando quedaron solos.

—Lo estarán esta tarde.

—¿Y el castillo está dispuesto?

—He hecho descegar la cava y habilitar el rastrillo.

—¿Sabe algo vuestra señora?

—Afortunadamente ha partido á la alquería del Valle.

—Mejor, mucho mejor; de ese modo nos ahorraremos esplicaciones y lágrimas, y sobre todo estorbos.

—¡Qué! ¿No sabe Ada que su esposo?....

—Lo ignoro. Tal vez..... sí; el apartarse del castillo en un momento de peligro es una prueba de que el infante la ha prevenido.

—¿Y vuestra gente?

—Irá al castillo esta noche.

—¿La señal?

—Un farol puesto en la punta de una pica y un toque de arremetida por todos mis clarines.

—¿Se deberá franquear el rastrillo?

—Nó; á la señal hareis fogaradas, saldreis proclamando al rey Abd-Allah, y entrareis en Válor, donde nosotros estaremos ya.

—Pero meditémoslo antes de dar el golpe. ¿Está seguro de vencer el infante?

—Dentro de ocho dias, la Axarquia habrá vencido á los cristianos: apoyada por nosotros, Granada se levantará; ya estarán reconquistadas las Alpujarras; dentro de quince dias seremos dueños del territorio granadino hasta las fronteras, y nos encontraremos marchando con banderas desplegadas hácia Jaen.

Tan magnífica espectativa hizo sonreir de placer al morisco.

—¡Oh! sí será,—dijo con arranque—porque Dios no puede ver con paciencia el mal cumplimiento de los vencedores en sus pactos con nosotros, y nos ayudará. Adios, hermano mio, adios: voy á recorrer la comarca, á levantar nuevas gentes..... y hasta la noche.

—Hasta la noche,—contestó apretándole enérgicamente la mano D. Geofre.

Los dos montaron á caballo, los dos partieron al mismo tiempo; el uno por la derecha y el otro por la izquierda.

—¡Cuatro hombres á caballo!—gritaba una hora despues Tenorio en la plaza de armas de la Peña-roja.—Estos tres pliegos á los alcaides de Narila, de Cádiar y de los Berchules; esta carta para doña Ana Zegri, en la alquería del Valle.

Los cuatro hombres partieron, y D. Geofre, bizarro y hermoso, seguido de cincuenta lanzas y cien peones, salió á caballo del castillo.

VIII.

Por algun tiempo caminó al paso, adelantando á su gente y acompañado de un alférez, de cuyo rostro no se veia por la abertura de las vistas de la celada más que los bigotes, las narices y los ojos; en cuya mirada dura y cínica se adivinaba al soldado sanguinario y cruel que, despues de haber aventurado su vida delante de una muralla, no respeta nada por sagrado, bello ó débil cuando llega el momento del saqueo, y se contiene mal, sujeto por una órden superior que arranca á su avaricia el oro del vencido, á su lubricidad la pureza de las mujeres y á su instinto feroz la sangre de los niños y de los ancianos.

Soldados de este jaez abundaban en aquellos tiempos, y á pesar de la severidad de los Reyes Católicos, no habia sitio ó toma de ciudad ó fortaleza, que no produjese algun terrible desafuero, aunque fuese castigado á sangre con la más rígida justicia.

A esta especie pertenecia el alférez Alfon Gamboa, oriundo de Portugal, y uno de los más viejos soldados de los tercios castellanos.

—No os pesaria en verdad una jornada de las nuestras,—le decia D. Geofre con cierta familiaridad intencionada.

—Vueseñoría sabe—contestó el alférez—que una buena presa, un buen fuego y una buena moza, no son de despreciar en estos tiempos en que la paz no da más que el sueldo, en que corre un viento que hiela el hierro y se pasan noches harto solitarias en esa endiablada caverna de Peña-roja. Sí, sí; indudablemente nos vendrian muy á tiempo algunas doblas y algunas moriscas.

—Pues poca vida os queda si no lo veis,—repuso D. Geofre.—Teneis que hacer una prision por el rey.

—¡Una prision!— murmuró el alférez, sesgando la boca con desden.—¿Y qué quereis que yo haga en ello? Eso, más que de hombre de armas, es negocio de alguacil.

—Es que se trata de rebeldes.

—¡Ah!—esclamó con una intencion marcada Gamboa.—¿De rebeldes que resistirán?

—Si no resisten, podreis dar por hecha la resitencia y obrar como si así fuese.

—¡Eh! Mejor fuera que me recibiesen á arcabuzazos; así se calienta la sangre y se tienen más ideas. ¡Sí, voto á!.... Pero en fin, como creo que no vendreis con nosotros.....

—Cierto que no: abrid bien los oidos y procurad entenderme en pocas palabras.

Levantóse de todo punto el alférez la visera y fijó una mirada atenta en la fatídica mirada de D. Geofre.

—Suponed que sabeis que yo he renegado y me he puesto á la cabeza de los moriscos.

—Me callo, reuno mi gente, os busco y os prendo.

—Eso es, aunque no exactamente; vos procurais prenderme.

—Es decir, que os dejo escapar.

—¿Habeis visto alguna farsa, Gamboa?

—Sí, sí por cierto: el año 1469, en Valladolid, en el palacio de Juan de Vivero, cuando el casamiento de nuestra reina con su alteza el rey de Aragon. Me acuerdo que los ganapanes estaban en un tablado delante del palacio; que manoteaban y enamoraban á una dama (á cuya señora, que por más señas era hija de un guifero, conocia yo por aquellos tiempos muy particularmente), y acababan por desnudar las espadas y reñir por ella; yo creí que el asunto iba sério; pero ¡bah, bah! mucho ruido, mucho de amago, mucho de amenaza, y nada. A la noche encontré en la taberna á quien habia quedado por muerto, y á quien tuve el gusto de dar una cuchillada de veras. Figuráos que se atrevió á pasarme por delante de las barbas á la dama de la farsa.....

—¿Á la guifera?

—Eso es.

—Pues bien. Vos llegais á donde sabreis más tarde, y me encontrais amorosamente entretenido.

—Me encaro con vos, y vos conmigo.

—Exactamente.

—Os digo lo que vos me direis que os diga, y vos me respondeis lo que mejor os convenga.

—Por ejemplo os enviaré enhoramala.

—Entonces yo tiro de la espada. ¿No es esto?

—Eso es. Yo saco la mia, y.....

—Hacemos como en la farsa: mucho ruido, muchas amenazas, muchas voces. Los soldados hacen lo mismo, y escapais sin que nadie os persiga, llevándoos algo entre las manos.

—Ese algo se respetará,—dijo profundamente D. Geofre.

—Se respetará todo lo que vueseñoría quiera que se respete.

—Lo demás, haced con ello lo que os plazca: desagravios de la paz; herid, matad, violad, todo cuanto querais.

—Y ¿dónde hemos de caer?

—Podrá suceder que haya un verdadero peligro.

—Vueseñoría sabe que el peligro aguza las mientes y aviva la sed.

—Podrá ser tambien que nada suceda. Por lo mismo, no hay necesidad de que sepais el sitio ni el nombre de la persona de quien se trata. Aquí dentro le hallareis con nota de lo que debeis hacer y con el pergamino que os servirá como órden de prision.

—¿Y cuándo he de abrir ese pliego?

—Si á puestas del sol yo no he vuelto á recogerle, os enterareis de su relato.

—Aun quedan dos horas. ¿Será necesario esperar?

—Sí; esperareis en silencio en aquel encinar que se ve al fin del valle; os ocultareis en lo más intrincado, y en un caso yo llamaré con mi bocina. ¿Estais bien informado?

—A maravilla, señor.

—Pues bien, esperemos á nuestra gente: cuando se nos reunan, seguid adelante.

Refrenaron á un mismo tiempo sus caballos el comendador y el alférez, y en poco espacio se juntaron á ellos las lanzas y los peones.

—Instruid bien á la gente para la parte que les toque, y entre tanto, id. ¡Al galope, ginetes, al galope; vosotros, valientes peones, á la carrera!

Obedientes como un mecanismo á la accion de un resorte, lanzas y peones siguieron adelante como un torbellino, y algunos minutos despues se perdieron entre las sendas del encinar.

—¡Oh!—esclamó D. Geofre.—He esperado dos años, pero ha llegado mi dia.

Y revolvió el freno de su caballo, lanzándole á la carrera por un solitario y estrecho camino de herradura.

IX.

Ada y una doncella de su servidumbre estaban sentadas junto á una chimenea en la cámara baja de una alquería, situada entre árboles, acequias y plantíos en el centro de un valle, á una legua de Válor.

La hermosa morisca estaba triste; la espresion de languidez que embellecia su semblante era tal, que nunca la doncella, que la contemplaba con admiracion, la habia visto tan hermosa.

Aquella escena tranquila estaba envuelta en un silencio tal, que se oian las esquilas de los lejanos rebaños que se volvian á su aprisco.

Ada pensaba, y la doncella respetaba su pensamiento; Ada estaba triste, y su tristeza reflejaba en su acompañante.

De tiempo en tiempo Ada levantaba los ojos, que tenia inclinados sobre la alfombra; los elevaba al cielo con una espresion de súplica, pasaba por su frente la mano en que hasta entonces habia reposado su cabeza, como si hubiese querido arrancar de ella un funesto pensamiento, y se agitaba inquieta en su sillon.

Parecia que la devoraba un malestar tenaz, y al fin se levantó y empezó á pasear agitada por la cámara.

—¿Estais enferma, señora?—la dijo la doncella con solicitud.

—Nó, nó,—contestó con impaciencia Ada;—pero necesito estar sola.

La sirviente se levantó y salió.

Apenas quedó sola Ada, cerró la puerta por donde habia salido la doncella y se encaminó lentamente á una ventana, se apoyo en su alfeizar y permaneció algun tiempo inmóvil, con la mirada fija, con una de esas miradas que no ven, porque el alma entera está llena de un pensamiento dominante; mirada profunda, triste y grave, que revelaba lo inmenso de la lucha que debia agitarse entre su corazon y su cabeza.

Por tres veces llevó la mano á su seno, como para sacar de él un objeto, y por tres veces la retiró; al fin pudo más su voluntad que su conciencia, porque temblándola la mano y enrojecidas las mejillas por el rubor, sacó de su pecho una carta que, en la calidad de su materia y en lo esmerado de la letra del sobrescrito, revelaba el pensamiento de agradar de aquel de quien procedia.

«A la hermosa y noble señora doña Ana Zegri;»—decia en el sobre.

Ada desdobló de nuevo aquella carta, que estaba abierta y que sin duda habia sido leida con los ojos del corazon, porque sobre la tersa superficie de su pergamino avitelado se notaban recientes manchas de lágrimas.

«Señora,—decia aquella carta—despues de mi *casamiento* (1) con vuestra »hermana habeis *huido* del castillo para encerraros tras una triple fila de mon»teros, pajes y doncellas en vuestra solitaria alquería del Valle. ¿Quiere esto »decir *que no debo volveros á ver* hasta la vuelta de vuestro noble esposo? No lo »creo. Estoy demasiado acostumbrado á sentir el purísimo *encanto de vuestra her»mosura* y de vuestras virtudes, para poder vivir sin inquietud privado de la »felicidad de vuestra palabra, de *vuestras miradas* y de vuestra purísima y »santa amistad. ¿Será que, *jóven y bella*, no creeis suficiente mi calidad de *es»poso* de vuestra hermana para recibirme sin escándalo en los retretes de »vuestra solitaria alquería? Vuestra virtud exagera la situacion y me ofende. Yo »siempre estaré sumiso á vuestra voluntad, ya me haga *feliz ó desgraciado.* »Esperadme, pues, esta tarde á las tres y no me rechaceis. Causaria *una heri»da profunda en mi corazon una repulsa vuestra; os amo, os amo* como se ama á »una hermana y quiero que *me ameis.* De Peña-roja.—El comendador don »Geofre Tenorio.»

—¡Imprudente, imprudente!—esclamó con un profundo sentimiento Ada. —Esta carta es una declaracion de amor..... ¡Si se hubiera estraviado! ¡Si la hubiesen visto otros ojos que los mios!....

Ada aguardó la carta precipitadamente, y miró con espantó en torno suyo, como quien teme ser sorprendido en una accion vergonzosa: nadie habia, sin embargo, ni en el jardin ni en la cámara.

La hermosa jóven se encaminó á la chimenea con el mismo paso lánguido

---

(1) Subrayamos las frases que más impresion hacian e n Ada.

y grave con que se habia dirigido á la ventana, y al llegar al sillon, apoyó en su respaldo una de sus blanquísimas manos, y permaneció en una posicion de hechicero abandono, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—¡Señor, Señor!—murmuró.—¿Habré yo dado ocasion á la audacia de este hombre? ¿Habrá comprendido?.... Nó, nó, es imposible: yo sé hacer callar á mi corazon; sé ahogar sus latidos dentro de mi pecho y apagar el fuego que brota de él antes de que llegue á los ojos. Pero un hombre que ama es un cazador que acecha, cuando ama á una mujer como yo. Y luego..... puedo haber sido imprudente sin conocerlo, porque hasta el casamiento de Lind-Arabj yo no me conocía..... Imprudente, sí; ¿no acabo de serlo hoy? Cuando supe que iba á verle, que iba á venir, ¿no me he ataviado yo con más esmero, yo, que debia mostrar en mi abandono el dolor que me causa la ausencia de mi esposo?

Coloráronse con un vivo carmin las mejillas de Ada.

—¡Mentira! ¡mentira!—esclamó, empujando en un movimiento brusco el sillon en cuyo respaldo se apoyaba, y que cayó por tierra.—Quiero engañarme á mí misma y no puedo: me he alegrado con la ausencia de Atmet; he sentido latir mi corazon de alegría al recibir la carta de Geofre. ¡Corazon! Es necesario que sufras, calles y mientas, porque tu mentira es el honor de mi esposo. ¡Vanidad! Es necesario que te despojes de estas galas, y vistas el traje de las viudas y de las huérfanas. Es preciso que ese hombre se vuelva escarmentado, que se cure de su loco amor con un desengaño, y que ese amor quede encerrado en mi alma como un rejon roto y envenenado. ¡Hola!—añadió llamando.

Abrióse en aquel mismo punto la otra puerta de la cámara, y un pajecillo lanzó desde ella estas palabras:

—Su señoría el alcaide de Peña-roja.

Ada dió un paso hácia atrás y palideció.

—Levantad ese sillon, niño,—dijo Ada, procurando ocultar su conmocion con las primeras palabras que se la ocurrieron.

El pajecillo adelantó y obedeció.

En aquel breve espacio el semblante de Ada se serenó, se adaptó á la espresion que habitualmente habia tenido para D. Geofre, y solo quedó en él un tinte de tristeza, que podia muy bien atribuirse á la ausencia de Sidy Atmet.

—Que entre ese caballero,—dijo al paje, que esperaba inmóvil y en silencio.

Ada se preparó á la primera impresion de aquella entrevista, que sin la carta hubiera sido un acontecimiento de familia, pero que por ella habia tomado un aspecto delicado y escepcional.

Al entrar D. Geofre encontró sentada á la jóven, que contestó á su saludo con una sonrisa triste, pero afectuosa.

El comendador se sentó, y desconcertado por la acogida tranquila en Ada, recurrió á las vulgaridades usuales en todos los tiempos y en todas las épocas cuando no se tiene otra cosa mejor que decir.

—Hace un horrible frio,—dijo removiendo algunas de las astillas de la chimenea.

—Famosa observacion—contestó con amable familiaridad Ada—para quien acaba de casarse, tiene un castillo bien provisto y abrigado, y cuenta con una adorada compañía á cuyo lado pasar las horas junto al hogar.

D. Geofre miró de una manera profunda á Ada, que no bajó los ojos ni pareció comprender la intencion de aquella mirada.

—¿Habeis recibido mi carta, señora?—la dijo despues de un momento de observacion.

—Sí por cierto,—contestó Ada—y os esperaba.

—¿Me esperábais?....

—Y como sé que os gustan sobremanera las liebres de nuestros cotos y los vinos de nuestros lagares, os he preparado una colacion,—dijo Ada, que empezaba á sentir miedo junto al comendador y ansiaba una compañía cualquiera que desviase la conversacion del terreno peligroso en que iba entrando.

—Nó, no llameis,—dijo D. Geofre, acercando sin reparo su sillon hasta tocar el de Ada;—ya que la suerte hace que al cabo de dos años nos podamos ver solos, no querais privarme de la libertad de deciros todo lo que siento, todo lo que me haceis sentir.

—¿Lo que yo os hago sentir, caballero?—dijo Ada con una severidad que no podia escusar su decoro ante la mirada inequívoca y el acento galanteador de Geofre.

—Comprendo perfectamente la razon de vuestra estrañeza, señora: el honor y la virtud no son en vos vanas palabras ni una ostentacion hipócrita. Sufrís, sufrís en silencio; orais en secreto y os sonreis delante de las gentes: aun delante de mí, que os he observado, que os he comprendido, que observándoos y comprendiéndoos, os he amado.

—¡Basta, caballero, basta!—esclamó levantándose Ada.—Quiero olvidar lo que habeis dicho, ya que no lo puedo dejar pasar en silencio por lo terminante; quiero olvidarlo y os lo perdono, porque creo que estais loco.

Otro enamorador de oficio, convencido como lo estaba Tenorio de que sus palabras caian una á una ardientes como plomo fundido en el corazon de la morisca, hubiera contestado con una sonrisa de incredulidad á las de Ada, que habian sido pronunciadas con dignidad, sin amargura, sin nada que pudiese ofender al hombre más susceptible; pero don Geofre contestó á ellas con una espresion de sufrimiento apasionado, como habia pronunciado sus audaces amores con un acento profundamente respetuoso.

—Estoy loco, sí, teneis razon, y loco sin esperanza: estoy loco por vos y no debeis culparme; no sabeis cuánto poder tienen vuestra divina hermosura, vuestra dulce voz, vuestra alma de ángel.

—Pues bien, si estais verdaderamente loco hasta el punto de decir amores á la esposa de un hombre con cuya hermana os habeis unido, no os maravilleis si os dejo, no os quejeis si no vuelvo á veros..... no insistais; dejadme, dejadme y olvidad; si no es ya que os habeis propuesto turbar la triste paz de la ausencia de mi esposo con ese galanteo inútil, estraño, y que, sobre todo, me ofende y me avergüenza.

—Os he preguntado si recibísteis mi carta, y ahora os pregunto si habeis meditado su contenido.

—¡Meditado!.... Nó, nó en verdad..... Hablábais allí de amor; pero yo creia aquel amor el de un hermano.

—Aquel amor es el de un hombre desesperado, Ada; el de un hombre que os ama desde que os vió, con un amor que nunca habia sentido..... Perdonadme y no os revistais de esa espresion severa que me destroza el alma; ya os he dicho en mi carta que respetaré vuestra voluntad, ya me haga feliz ó desgraciado: sentáos, señora, sentáos y escuchadme..... porque nada teneis que temer de mí.

—Me estais dando tormento, Geofre,—contestó Ada—y si os escucho es para concluir de una vez, para apurar la amargura de vuestra conducta y huir de vos.

—¡Huir!—dijo con pasion D. Geofre.

—¡Huir! ¿He dicho huir?—esclamó con espanto Ada.

—Hace mucho tiempo que huís, señora; que luchais, y cada esfuerzo que haceis es un paso que os aproxima á mí: habeis comprendido que nuestro amor.....

Ada hizo un movimiento.

—Nuestro amor, señora, nacido á un mismo tiempo; combatido con todas nuestras fuerzas, espresado por vuestros ojos..... como me lo estais espresando ahora.....

—¡Salid, salid, D. Geofre!—esclamó aterrada la jóven, á cuyos ojos se agolpaba el llanto.—Si habeis comprendido..... si habeis visto, olvidad..... sufrid..... pero sed honrado y puro, amadme con el amor del martirio, con el amor de la desesperacion; pero vos que sois valiente, que arrostrais los peligros, que los dominais, sed valiente para vuestro corazon, aprended valor de una mujer.

—¡Conque me amais!....—esclamó D. Geofre con la ansiedad de un adolescente que enamora por la primera vez.

Ada apartó de sobre su frente las bandas de sus cabellos, y fijó en D. Geofre sus hermosísimos ojos, con una mirada tan radiante, tan intensa, tan brilladora, que el jóven sintió inflamarse su alma en un fuego terrible que lastimaba su corazon y hacia vacilar su pensamiento.

—¿Y de qué os servirá mi amor desdichado?.... Sé que estais poseido por mí de una de esas pasiones que nada respetan; que avanzan rápidamente hácia su objeto, aunque esté en el borde de un abismo; que le arrastran y se arrastran con él; sé que me amais con ese amor que mata..... y moriréis, porque yo no os daré la vida..... nunca, entendedlo bien: nos hemos encontrado tarde y nos separan dos abismos.

—Habeis dicho, señora, que mi amor es una de esas terribles pasiones que nada respetan, y juzgándome os habeis juzgado, porque me amais hasta el punto de haber infundido sospechas á vuestro esposo.

Ada palideció de una manera mortal.

—Pero os he salvado sacrificándome,—continuó D. Geofre.—¿Por qué no habeis sido libre como Lind-Arabj?

—¡Lind-Arahj! ¡Mi pobre hermana! ¡Tan hermosa, tan pura, que tanto os ama! ¿Habeis pensado bien, Geofre, que debeis amor y felicidad á esa niña, que es vuestra esposa, que es mi hermana?

—Lind-Arahj, señora, no será jamás mi mujer.

Ada dió un grito de alegría, que reprimió apenas exhalado.

—¡Teniais celos!—esclamó con acento de reconvencion Geofre.

—¡Celos! ¡Celos de mi hermana! Nó, nó, caballero. Yo no tengo celos de nadie. No os amo, no os amaré.....

—Os casaron como se casa á las moras,—esclamó profundamente don Geofre,—sin consultar vuestra voluntad, arrojándoos en el tálamo de un hombre á quien no conociais, á quien no habeis amado, de quien no habeis tenido hijos. Llegásteis, sí, á comprender que era noble y bueno; le apreciásteis, le compadecísteis y aparentásteis para con él un amor que en vos era un favor.

—¡Caballero!

—Un favor, señora, digno de vuestra virtud. ¿No ha podido todo el mundo envidiar por feliz á Sidy Atmet?

—Pero vos sabeis que no lo es; vos sabeis que el amor no se finge, que el amor no se oculta; vuestra osadía y vuestras esperanzas me lo prueban: esa prueba que hoy he obtenido me obliga á partir mañana en busca de mi esposo.

—¡Á la Axarquia, donde arde la guerra!

—Prefiero la guerra de las lanzas á la que me declarais aquí, Geofre.

—¿Y quereis confirmar las sospechas de vuestro esposo, yendo á buscarle de una manera que solo una urgente necesidad justificaria? ¿Sabeis que me ha casado con Lind-Arahj por vos? ¿Sabeis que mi casamiento me ha justificado con él? ¿Sabeis que he consumado un horrible sacrificio, porque he perdido toda esperanza?

—¿Y qué esperanza habeis perdido?—esclamó con ansiedad Ada.

—La esperanza de que Dios llamase á sí á Sidy Atmet y os hiciese mi esposa.

—¡Oh, qué horror!

—Me juzgais mal, señora; yo no deseo la muerte de ese noble y valiente amigo: hubiera defendido su vida á costa de la mia; pero si hubiera muerto.....

—¡Os hubiérais alegrado!

—Nos hubiéramos alegrado los dos:—recargó D. Geofre, infiltrando en Ada una mirada que la hizo bajar los ojos.

—Suceda lo que quiera,—dijo—huiré de aquí mañana; iré á la Axarquia, Geofre.

—¡Que huireis! ¿Y me dejaria yo arrebatar esa felicidad que un leve impulso puede arrojar entre mis brazos? Nó, nó. Llegaria un tiempo en que me culpariais de cobarde. Lo habeis dicho, Ada; nuestro amor es de los que salvan los abismos y lo arrostran todo. Dudais, estais pálida, llorais..... habeis contenido tanto tiempo la espansion de vuestra alma, que la primera palabra mia la ha hecho estallar..... ¡Oh! seria yo un imbécil.

D. Geofre se levantó.

—¡Oh, sed generoso!—esclamó Ada, arrojándose á sus piés.—¡Salid, abandonadme, no volvais á verme más!

Ada, arrojada á los piés de D. Geofre, llorosa, enamorada, trémula, con la frente levantada hácia el semblante del jóven, mostraba su hermosísimo cuello y el nacimiento de su seno, dejando descubierta, por un accidente de la posicion, una magnífica piocha de brillantes que prendia sus adornos interiores, y que hasta entonces habia estado cubierta por una golita de encaje de Flandes.

—Á vos, al ménos, os quedan recuerdos mios,—dijo D. Geofre, señalando la piocha;—esa joya era de mi madre, y yo la regalé á vuestro esposo..... con un pretesto..... para vos, y la teneis sobre vuestro seno.....

—Sí, sí; yo os amo, Geofre: os amo desde que os ví; pero huid, huid, porque nunca seré vuestra manceba..... ¡jamás!

—El amor lo perdona todo, Ada, y una violencia en amor es un recuerdo de felicidad.

—¿Quién habla aquí de violencias?—esclamó Ada levantándose.—¿Quién se atreve á mancillar los oidos de la nieta de Aben-Ismail, de la esposa de Sidy Atmet? ¿Sabeis, Geofre, que yo puedo tener un amor desesperado dentro del alma, que lo confesaré, que moriré por él, pero que jamás lo mancillaré con la impureza? Amadme en buen hora, decídmelo, escuchadlo de mi boca; pero no humilleis ese amor, que es noble, puro y grande, porque es mio: un amor que yo defiendo con todo el valor de mi raza africana; una sed que jamás apagaremos. Os he dicho que mi amor es la muerte, y le habeis aceptado. Pues bien: amémonos y muramos..... ¡Pero el adulterio!.... ¡el incesto!.... ¿Quién que tenga alma para amar puede tenerla para cometer esos dos horribles crímenes?

D. Geofre se dejó caer sobre un sillon, dominado por un respeto estraño en él, que era audaz hasta lo imposible. La virtud y la firmeza de Ada le habian asombrado.

Pero el asombro, como todas las pasiones débiles, pasaba en D. Geofre con la rapidez de una tormenta de verano, y la sombría luz de su razon brilló al fin en el fondo de su alma con todo su siniestro esplendor.

—Afortunadamente lo habia previsto,—murmuró;—ya se pone el sol, y no puede tardar el alférez Alfon Gamboa.

Ada, humillada, confusa, con remordimientos delante de aquel hombre á quien, si no habia concedido amor, se lo habia confesado, lloraba en silencio, como si toda su alma se hubiera deshecho en lágrimas.

D. Geofre comprendió que no debia mostrarse indiferente á aquel dolor tan intenso y tan noble; adaptó la entonacion de su voz á lo grave de la situacion, y la dijo afectando un profundo sentimiento:

—Olvidemos sueños de un amor desgraciado que la religion y el honor condenan, señora: sois fuerte, digna y pura, y os admiro; pero mi alma no ha merecido de Dios la merced de ser tan fuerte, tan noble como la vuestra: si yo permaneciese aquí, cerca de vos, esos terribles lances se repetirian, porque vuestro amor me arrastra. Mañana partiré, señora; mañana iré á la Axarquia.

—¿Conque es decir—esclamó Ada—que me condenais á la dura alternativa de la vergüenza y el dolor?

D. Geofre creyó lo que han creido todos los amantes: que la amenaza y el terror podrian más que la súplica y la violencia, y entró, con la mejor buena fé del mundo, en el terreno en que más neciamente puede colocarse un hombre respecto á una mujer.

—Cuando, como yo, se tiene el corazon desgarrado, señora,—esclamó;—cuando no hay felicidad ni paz posibles sobre la tierra, una campaña como la de la Axarquia es un don del cielo.

—¿Y estais en ese triste estado de desesperacion?

—Vos me habeis dicho que os ame y muera.

—Pero no con una muerte que se va á buscar con los brazos cruzados delante del enemigo, sino con la muerte que Dios envia al desgraciado, compadecido de sus sufrimientos. Esperar así la muerte es una virtud; buscarla, un crímen y una cobardía.

—Crímen y cobardía á que vos me arrastrais, señora.

—¿Y no podeis salvaros sin mi deshonra?—esclamó Ada de una manera indefinible.

—Nó,—contestó con calma Tenorio.

—Pues bien, morid, caballero, morid;—repuso Ada, cuyo enérgico carácter se habia rebelado ante las condiciones de D. Geofre.

En el momento en que, cansado de fingir, se hallaba próximo á desbordarse el carácter violento de Tenorio, el mismo paje que servia la cámara entró pálido y azorado.

—¿Qué sucede?—esclamó D. Geofre, levantándose, como impelido por el terror del paje.

—Ginetes y peones han cercado la casa, señora,—esclamó el niño.

—¡Mi casa! ¡Mi casa cercada! ¿Y por quién?

—Un alférez que espera en la antecámara pregunta por su señoría el alcaide de Peña-roja.

—¡Ah!—esclamó D. Geofre profundamente.—¡Pregunta por mí! Hacedle entrar.

—¿Qué significa esto?—esclamó con ansiedad Ada.

—Esto significa, señora,—dijo rápidamente Tenorio—que por vuestro amor he renegado de Dios, que he levantado mi bandera contra mis reyes y he puesto en armas la taha de Válor.

—¡Ah!—esclamó Ada.—¡Sois un hombre fatal! ¡Os habeis perdido y nos perdeis!

—Nos perderemos ó nos salvaremos juntos, señora.

Alfon Gamboa, armado de todas armas, con la espada desnuda, un pergamino en la mano y seguido de cuatro hombres, que quedaron á la puerta, adelantó con un aspecto y una prosopopeya tales, que Tenorio se hubiera reido, á no desempeñar un papel principal en aquella farsa convenida de antemano.

—¿Es vuestra señoría—dijo Gamboa con acento solemne—doña Ana Zegri, esposa del señor de Válor?....

—Yo soy, caballero.—contestó sin dejarle concluir Ada.

—Lo siento ¡voto á!....—esclamó el alférez, que no sabia hablar de otra manera más cortés;—pero sois mi prisionera, señora.

—¡Vuestra prisionera!—esclamó D. Geofre contestando por Ada, á quien la sorpresa habia enmudecido.

—¿Y vuestra señoría—continuó Gamboa recargando lo ahuecado de su voz—es D. Geofre Tenorio, comendador de Santiago y alcaide?....

—Sí, sí,—esclamó con impaciencia el jóven;—yo soy el alcaide, por la reina, del castillo de Peña-roja.

—Pues aunque me pese..... ¡diablo! ello es preciso; entregadme vuestra espada, caballero.

—Mirad lo que decís,—observó en tono de amenaza Tenorio.

—Mirad vos bien, que sus altezas me mandan prenderos muerto ó vivo.

—Han hecho bien en anteponer lo primero, porque mientras yo sea lo segundo, no entregaré mi espada más que por la punta.

Y con un desembarazo y un brio que honraban su nombre de valiente, desnudó su espada.

—Ved que si me herís, capitan, podrá embrollarse el negocio,—dijo con cierta prisa Alfon Gamboa, que no fiaba mucho en las buenas intenciones de Tenorio al ver la terrible espresion de su semblante.

—¡Hola, teneis miedo, señor alférez!—esclamó con desprecio el comendador.

—¡Miedo! ¡Miedo yo, que estuve en la batalla de Olmedo y en toda la guerra de sucesion! ¡Voto á!.... ¡Entregadme vuestra espada!

D. Geofre asió á Ada, la arrastró consigo, la cubrió con su cuerpo y embistió á Gamboa.

La jóven pugnaba por desasirse, y gritaba pidiendo socorro: á sus gritos acudieron armados los monteros que la acompañaban en la alquería, y acometieron al alférez.

—¡Rayos de Dios! ¡Pues va de veras, de veras sea!—esclamó Gamboa.—¡Hola! ¡á mí! ¡Por su alteza, arremeted, valientes!

Avanzaron los soldados, inundóse la cámara de gente armada, y Ada se desmayó.

—¡Atrás, atrás todos!—gritó D. Geofre.

Los soldados se apartaron de su paso, y Gamboa bajó su espada.

—Se ha desmayado,—dijo Tenorio mirando con codicia á Ada, mientras los hombres de armas acorralaban los monteros.—¿Está cercada la casa?

—Sí señor,—contestó Gamboa.

—¿Y tomados los caminos?

—Sí señor.

—Pues que no quede uno que lo cuente.

—¿Ni las mujeres?....

—Ni las mujeres ni los pajes.....

—¿Y luego?....

—Incendiad y matad ¡vive Dios! Pero pronto, mi caballo; ayudadme á sacar fuera esta dama.

En un momento D. Geofre estuvo á caballo, teniendo delante de sí, sobre el arzon y profundamente desmayada, á la morisca.

—¿Habeis avisado al paso en la alquería de la Rambla?

—Esperan á useñoría.

—Un hombre que guie.

El alférez llamó por su nombre á un infante, que adelantó.

—Á la carrera, á la alquería de la Rambla,—esclamó Tenorio arrimando las espuelas á su caballo.

Hombre y bruto partieron. Ada continuaba desmayada entre los brazos de Tenorio, y antes de que volviese en sí, llegaron á poca distancia de una casa situada entre viñedos.

Era ya de noche, y la luna, resplandeciente luna de Enero, inundaba en una luz mate y fantástica la montaña cercana, la reducida vega y el pajizo techo de la alquería.

Un hombre estaba apostado en la avenida del camino que conducia hasta ella, entre setos y árboles frutales, y adelantó con la gorra en la mano y temblando hácia D. Geofre, que palideció al ver el rostro del campesino al resplandor de la luna.

Aquel hombre vestia luto por su esposa, seducida, abandonada y muerta de vergüenza por D. Geofre, de quien el desdichado marido no habia osado tomar venganza.

D. Geofre adelantó hácia la casa hasta llegar á su puerta, donde paró.

—¿Estás solo?—le dijo el comendador.

—Hace un año que lo estoy,—contestó con dolor el campesino.

—¿Te han dado treinta escudos?

—Sí señor; pero no habia necesidad: yo estoy para serviros, señor.

Quien no conozca el aflictivo estado de las gentes del pueblo en aquellos tiempos de hierro, comprenderá mal la sumision de un hombre hácia otro que habia amargado su vida de una manera tan cruel.

—Tenme las riendas,—repuso Tenorio.

Aquel hombre obedeció, y el comendador echó pié á tierra, deslizó del arzon á Ada, la recibió en sus brazos, desmayada aun, y con una fuerza y ligereza prodigiosas entró con ella en la casa.

El labriego y el soldado se sentaron bajo el emparrado, por entre cuyos áridos sarmientos penetraba la luz de la luna; el primero triste y silencioso, y el otro silbando el aire de un cantar picaresco.

Media hora despues D. Geofre salió; su semblante estaba iluminado por la espresion de una alegría repugnante, y su boca una sonrisa cruel.

—Cuando vuelva en sí esa dama, cuidad de que no salga,—dijo al soldado.—Tú, procura que vuelva en sí,—añadió, dirigiéndose al labriego.

Sin decir más montó á caballo y partió. El labriego entró en la casa, y el soldado, á guisa de atalaya, empezó á pasear por delante de la puerta con el mosquete terciado al brazo.



DON JUAN TENORIO.—Ténme las riendas,—repuso Tenorio.

X.

De pié sobre la torre vigía del castillo de Válor, fijos los ojos hácia la parte en que estaba situado el de Peña-roja, y armado de todas armas, esperaba Aben-Abed impaciente á que brillase en la rambla cercana la señal convenida con D. Geofre.

Era ya entrada la noche: jamás un silencio más solemne habia dominado la poblacion, el castillo y las montañas, á pesar de que nadie dormia en los primeros, y de que avanzaban por cuatro partes distintas, entre las quebraduras de las segundas, los presidios de Peña-roja, Cádiar, Narila y los Berchules, con sus alcaides á la cabeza.

Parecia que la naturaleza callaba, dominada por el silencio del terror, por el gran crímen que iba á consumar sobre un pueblo engañado el feroz comendador Tenorio.

Aben-Abed escuchó al fin con alegría, perdido entre el silencio, brotando de él y acercándose lentamente, el crugir de las cureñas de las lombardas, el sordo rumor de los pasos de los caballos y el áspero chocar de las armas; vió partir pálidos y temblorosos destellos de la luna sobre las limpias armaduras, vagar, perderse y aparecer como fuegos fátuos aquellos mates reflejos, y unirse al fin, remedando una laguna ondulante, en el valle, al pié del pueblo y del castillo.

Despues, en medio de aquella masa brilladora, apareció de repente una luz rojiza, y al mismo tiempo una multitud de trompas de guerra lanzaron el ronco són de arremetida, y toda aquella masa cerrada avanzó rápidamente hácia el pueblo.

—¡Ellos son, ellos son!—gritó Aben-Abed, separándose de las almenas y corriendo á la oscura entrada de las escaleras.—¡Arriba!—esclamó.—¡Arriba!

Brotaron de la oscura boca de la espiral hombres completamente armados, uno de los cuales llevaba un pendon rojo.

—¡Clavadlo sobre las almenas!—gritó Aben-Abed.—¡Encended las luminarias! ¡Ha llegado la hora!

El morisco desnudó su espada, frenético de alegría, se avanzó al adarve, y al mismo tiempo que los otros moriscos lanzaban al campo haces de ramaje encendido, ondeó el pendon y gritó con toda la estension de su voz:

—¡Granada! ¡Granada! ¡Granada, por el magnífico y poderoso rey Mohamet Abu-Abd-Allah (1)!

Un alarido informe contestó desde el campo, voz confusa é inteligible, que á estar cerca hubiera dejado oir á Aben-Abed el grito de guerra de los castellanos:

—¡Santiago y San Lázaro!

(1) Boabdil.

Y siguieron avanzando hácia el castillo en un zumbido informe y atronador.

Como por encanto brotaron hogueras en las plazas, en las calles y en los alrededores de Válor, y á su luz, cual espectros lanzados á una terrible y nocturna danza fantástica, brotaron y pasaron hombres armados gritando y rugiendo por delante de los rojizos reflejos de los fuegos; se abrió la poterna del castillo, y un bizarro escuadron se derramó de ella, al galope de sus caballos, por la cresta del monte, llevando entre sus armas una bandera recrugiente al viento de la noche y al raudo empuje de la carrera.

Aben-Abed avanzaba delante, afianzada la lanza, inclinado sobre el arzon de su yegua, lanzándola á toda su carrera y haciéndola saltar por las asperezas del terreno sin miedo y sin prudencia.

Se veia al fin con las armas en la mano, arrojaba su grito de guerra por el Islam, y enloquecia.

Pero de repente detuvo su yegua, aplicó el oido y palideció; habia escuchado clara y distintamente la voz de D. Geofre, que avanzaba con sus ginetes al encuentro del escuadron morisco, gritando con un júbilo infernal:

—¡Por la reina doña Isabel, Santiago y San Lázaro! ¡Cierra España!

—¡Oh! ¿Qué es esto?—esclamó Aben-Abed, cruzándose delante de sus ginetes y deteniéndolos.—¡El castellano avanza en batalla! ¡Nos han vendido!.... ¡Pues bien, que compren caras nuestras vidas! ¡Que vean cómo mueren sobre el campo los leones de Granada!

Y afianzando la pica en el ristre, se arrojó, seguido de sus ginetes, en medio del escuadron de D. Geofre Tenorio, que avanzaba por aquella parte.

Caian ante él cuantos encontraba á su paso; á cada uno que rodaba por tierra, Aben-Abed gritaba con una voz sofocada por el estruendo del combate y el estampido de las lombardas, que comenzaban á demoler el castillo:

—¡Comendador D. Geofre Tenorio! ¿Dónde estás, traidor? ¿Dónde estás, cobarde?

Y la voz de Aben-Abed era semejante al rugido de una pantera hambrienta; y repetia aquel grito, acompañándole siempre de un golpe de muerte.

Cien veces se abrió paso por medio de las tropas castellanas, y cien veces se revolvió en la pelea llamando á voces y buscando al comendador: rompió la lanza y asió el hacha de armas; su brazo era semejante á un rayo; amagaba, y tras el amago sucedia la muerte; y gritaba, llamando siempre á Tenorio, revolviéndose en el corazon de la pelea, que se habia hecho encarnizada.

Al fin, entre un tropel de ginetes moros, descubrió un manto blanco, y su vista de águila distinguió una cabeza desguarnecida y una cruz de Santiago. Aquella cabeza era la de Tenorio, y aquella cruz la de su encomienda.

El alcaide se batia como un leon; adargaba con una destreza maravillosa su cabeza descubierta, y disparaba á diestro y siniestro una granizada de fendientes con su ancha espada de á dos manos. Estaba solo, cercado de enemigos, y se revolvia entre ellos sin recibir una herida ni dejar de causar por cada golpe una muerte.

Aben-Abed arremetió hácia él, rompió por los moros, y gritó:

—¡Apartad! ¡Afuera, afuera todos! ¡Dejádmele! ¡Es mio!

A aquella voz que dominaba el tumulto y que era harto conocida y respetada por los moros, abriéronse todos en círculo y dejaron al morisco frente á frente con el comendador.

—¡Ah! ¡eres tú!—esclamó Tenorio.—Me alegro ¡voto á Satanás! porque te buscaba.

Aben-Abed no contestó; embistió á D. Geofre, y los dos caudillos se encontraron con la pujanza de dos estatuas de hierro lanzadas una contra otra por una fuerza eléctrica; en D. Geofre aquella fuerza estaba sostenida por sus instintos sanguinarios y feroces, por su fatal propension al mal y por su deseo de venganza contra Sidy Atmet; en Aben-Abed su impulso nacia de una valiente y generosa cólera, de una ardiente sed de sangre del miserable que se habia introducido, astuto como la serpiente y traidor como ella, en una familia que le habia acogido en su seno para ser herida de muerte.

Por un accidente muy comun en las batallas de aquel tiempo, ésta se habia dividido en grandes grupos, cada uno de los cuales era una nueva batalla aparte.

Los zenetes que rodeaban á D. Geofre y á Aben-Abed formaban uno de estos grupos aislados: habian comprendido que se trataba de un duelo de solo á solo, y circunvalaban, con una doble línea de acero, aquel reducido palenque, donde apenas podian revolverse los campeones.

Era una lucha de tigre contra leon, en que solo se oian golpes y rugidos, y se cuidaba más de ofender que de defenderse: cada golpe hacia rodar por tierra una pieza de arnés; cada arremetida obligaba á los valientes corceles á sentarse sobre sus ancas, y producia nueva sangre; pero aquella sangre era siempre de Aben-Abed.

Parecia que el terrible genio del esterminio dirigia la espada del comendador, y que el de la fortaleza daba poder al morisco para resistir á aquel terrible enemigo.

Nunca Tenorio habia encontrado una víctima más tenaz, ni Aben-Abed un adversario tan invulnerable.

El comendador, irritado ya, furioso por tan dura resistencia, asió su maza de armas, la volteó en un doble círculo sobre su cabeza, y la lanzó al morisco: el arma pasó silbando sobre él, chocó en el creston del capacete, le arrastró consigo, y fué á dar en la espalda de un zenete, que cayó de su yegua como si le hubiese herido una bala.

Cubrióse instantáneamente el lugar que habia dejado vacío aquel desdichado, y la lucha de los dos caballeros continuó.

Rompiéronse las espadas, perdiéronse las hachas de armas y solo quedaron los puñales de *misericordia* (1).

El combate se convertia en lucha: embistiéronse por última vez los caballos, y al cruzarse los dos enemigos, se aferraron como impulsados por un mismo pensamiento; pero D. Geofre era más fuerte; se sostuvo firme en los arzones,

---

(1) Arma con que los antiguos caballeros remataban en los duelos á muerte á sus adversarios vencidos.

arrancó de los suyos á Aben-Abed, le retuvo con el brazo izquierdo como pudiera haberle retenido una argolla, y sepultó por tres veces su puñal en el cuello del morisco por entre el falso de la armadura. Aben-Abed abrió los brazos, dió un grito, y cayó desplomado á los piés del caballo del comendador, esclamando:

—¡Asesino!.... ¡Maldígate Dios!

La muerte heló sus palabras, y Tenorio, antes de dar tiempo á los zenetes de que le acometiesen, rompió por ellos con todo el empuje de su caballo; les arrancó al pasar una lanza, revolvió, les embistió, los contuvo y huyó á mezclarse con los suyos, que empezaban á penetrar en el pueblo y tenian cercado el castillo.

Desde la noticia de la muerte de Aben-Abed, que corrió con la celeridad del viento entre los moriscos, cundió en ellos un terror pánico: ya no lidiaban, ó por mejor decir, su resistencia era la que podia oponer un gavilan á un águila; la villa fué entrada, entregada al saqueo y á todos los horrores de una guerra de bandidaje; y los que estaban encerrados en el castillo, estrechados más y más, combatidos de contínuo por la artillería, que derrumbaba sus torres y los sepultaba entre los escombros, arrojaron las armas y pidieron gracia.

Pero las habian con un hombre cuyo corazon era de acero, ó que, por mejor decir, no tenia corazon más que para el mal; los castellanos siguieron avanzando en batalla, provistos de escalas en las primeras filas y precedidos de D. Geofre, que gritaba como quien escita lebreles en montería:

—¡Avanzad, avanzad! ¡Entrad esos perros á sangre y fuego! ¡Que no quede uno!

Por desdicha para los moriscos, los soldados de D. Geofre eran lo más á propósito que habia en el ejército castellano para fechorías de guerra: duros, valientes é insensibles; avezados á la crueldad por el ejemplo de su jefe, eran un escuadron de demonios sobre los cuales ondeaba fatídicamente el pendon de la cruz.

Estrechados por todas partes, envueltos en un torbellino de fuego, polvo y humo, los cercados comprendieron que no les quedaba otra esperanza que morir matando; el genio del Islam debió enorgullecerse en medio de su dolor: nunca, ni en los mejores dias de Granada, derramó tanta sangre el alfanje musulman, ni entapizaron el polvo del combate alquiceles tan horriblemente rojos; en vez de espadas solo se veian hachas; estallaban las lombardas y los mosquetes, lanzando sobre los cercados un huracan de hierro, y los castellanos no pusieron la planta en el castillo sino hollando montones de cadáveres, y cuando solo quedaban dentro de él mujeres, pajes, dueñas y sacerdotes.

Y sobre aquel estrago resonaba fatídica y terrible, como debe serlo la trompeta del ángel esterminador en la destruccion universal, la voz de don Geofre, que gritaba enronquecido saltando sobre cadáveres:

—¡A sangre y fuego! ¡Que no quede uno! ¡Herid, matad, violad!

—¡Somos vírgenes!—esclamaban las doncellas de Ada, arrastrándose á los piés de los soldados.

Y las vírgenes caian.

—¡Somos niños!—gritaban llorando los pajes.

Y caian precipitados por las murallas.

—¡Somos sacerdotes del Señor!—esclamaban los ancianos capellanes de Sidy Atmet.

Y escitada la soldadesca por la voz de D. Geofre, los sacerdotes eran sacrílegamente asesinados.

Ni uno solo quedó: las llamas envolvieron el castillo, y á la luz de aquella inmensa hoguera, que se lanzaba en furiosos y rugientes torbellinos, como lenguas de fuego perdidas en la inmensidad, se veian los soldados de Tenorio buscando entre el incendio las riquezas que podian arrebatarle, y pereciendo á veces bajo el desplome de las torres.

D. Geofre en tanto, provisto de una antorcha, buscaba un cadáver entre los cadáveres del campo: buscaba á Aben-Abed, y le encontró: el morisco tenia apretada una mano sobre su jaco en la parte izquierda del pecho; Tenorio apartó aquella mano, agarrotada por la muerte, rasgó con su puñal la sobrevesta, deshebilló el jaco, rompió las vestiduras y sacó ensangrentada de sobre la carne de Aben-Abed la profesion de fé musulmana que el dia anterior habia sellado y firmado.

—¡Oh!—esclamó, mirando con desprecio el cadáver.—¡Habias creido, imbécil, tenerme sujeto con esta prueba de traicion á Dios y al rey! Mi venganza ha podido más que tu prudencia. ¡Denúnciame ahora!

Rasgó en pequeños pedazos el pergamino, y quemó á la luz de la antorcha el fragmento en que estaban su firma y su sello: luego, volviéndose hácia el castillo reducido á escombros, sobre los cuales ondulaba un penacho de humo, añadió con feroz alegría:

—¡Que se levanten esos clérigos! ¡Que se levanten los escuderos de Sidy Atmet! ¡Que se levanten la capilla y el altar con el castillo para que pueda probar Lind-Arahj que es mi esposa!

Una vez satisfecho su horrible objeto, Tenorio mandó tocar á recoger; encomendó á sus alféreces el saqueo y el degüello de la villa, y solo, seguido de algunas lanzas, se encaminó á la alquería donde habia dejado á Ada.

Era un hombre infatigable: galopaba sobre el camino de la montaña, con la misma soltura que si acabara de levantarse del lecho, á pesar de que habia sostenido durante cuatro horas una lucha formidable, y añadido á su horrible cuenta de sangre un centenar de cadáveres.

Al volver un recodo del sendero, escuchó pisadas de caballos y ruido de voces que se acercaban; poco despues detalláronse sombras informes trepando por la cuesta, y se oyó distintamente el chocar de las armas contra los arneses.

—¿Quién va?—gritó Tenorio, afianzando su pica.

—¡Santiago y San Lázaro!—contestó una voz conocida.

—Adelante, Alfon Gamboa,—esclamó el comendador, aguijando su caballo y avanzando al encuentro del alférez.—¿Habeis concluido?

—¡Sí pardiez! Concluido; lo que se llama perfectamente concluido,—contestó con voz un tanto vinosa el alférez.—Nada queda; lo que valia algo lo

hemos trasladado á las grupas de nuestros caballos; hemos bebido un vino de ángeles, y hemos dejado á las doncellas y á los pajes abrazados en un sueño de que no despertarán tan pronto.

—¿Todos?.... preguntó con terrible fijeza el comendador.

—Ha sido una fiesta completa, señor,—contestó Gamboa;—y para que nadie pueda divertirse en el mismo sitio, hemos puesto fuego á la casa. Allá han quedado, armando un ruido de quince legiones de demonios, los bueyes y las mulas encerradas en el establo.

—Bien, muy bien, alférez; aguijad y reuníos á la bandera que está en Válor; recoged la gente, que ya debe haber concluido; despedid en mi nombre á los alcaides de Narila, Cádiar y los Berchules, y retiráos á la Peña-roja.

Dicho esto, aguijó su caballo, se cruzaron sus lanzas con las que seguian á Gamboa, separándose rápidamente un escuadron de otro, y en poco espacio se perdió para ambos entre el silencio el ruido de sus respectivas carreras.

XI.

Aun no habia mediado la noche cuando Tenorio llegó á la alquería de la Rambla, donde habia dejado á Ada; aun brillaba la luz á través de la ventana situada sobre la puerta, pero ni una voz ni un sér viviente se dejó oir ó apareció á su llegada.

El atalaya, segun el pensamiento de D. Geofre, debia haberse dormido, y el comendador echó pié á tierra y adelantó, decidido á darle un trato de cintarazos; miró en torno suyo á la altura de sus ojos, y nada vió sino la puerta abierta sobre un fondo oscuro; avanzó cuidadoso hácia aquella parte, y tropezó en un objeto: era el soldado que habia dejado de atalaya, muerto á puñaladas, desarmado y tendido delante de ella.

En un solo pensamiento la imaginacion de Tenorio adivinó la causa y las consecuencias de aquella muerte: Ada habia comprado al labriego, le habia escitado á cometer el homicidio, y libre por él; habia huido; tras pensar esto, el comendador se precipitó dentro de la casa, subió rápidamente las escaleras, y entró en la habitacion, alumbrada por la luz que se percibia desde el esterior: en ella habia un modesto lecho vacío y revuelto, algunos muebles toscos y una mesa de pino sobre la que estaba puesta la luz.

Toda la energía de Tenorio se aniquiló de un golpe: sintióse desvanecer; una nube opaca oscureció sus ojos, y se vió obligado á llamar en su ayuda cuanta fuerza tenia su alma, para rehacerse de la terrible impresion que causó en él la huida de Ada: entonces conoció que amaba á aquella noble y valiente jóven, que la amaba con ese amor que se sobrepone á los deseos y que ennoblece al sér que le siente; luchó furioso con su impotencia, y su furia se deshizo en lágrimas de dolor; por la primera vez mojaba el llanto las mejillas del comendador, y por la primera vez tambien el remordimiento royó su corazon como una barrena que se revuelve dentro de una masa de bronce; su cerebro se comprimió como si le apretase un tornillo; zumbaron sus oidos, erraron sus pensamientos incoherentes, revueltos, confusos; latie-

ron sus sienes, y cayó desplomado sobre aquel lecho vacío, cuyas almohadas, que besaba delirante, conservaban aun el perfume de los cabellos de Ada.

—¡Conque la amo!—gritó levantándose de repente en uno de esos violentos arranques de los insensatos.—¡La amo! ¡Yo que he despreciado siempre al amor, porque es la enfermedad de los débiles y los locos! ¡Vanidad y miseria! ¿Y ha de ser para mí un mundo, un mundo entero esa mujer? Pues bien; ¡por el espíritu de Satanás que ha de ser mia, eternamente mia! Yo probaré mi amor, y si solo es un deseo, le ahogaré en un océano de hastío, y seré libre, libre ¡vive Dios! como lo he sido hasta ahora, sin freno y sin medida á mi voluntad.

Pareció que esta decision le volvia la calma, pero una calma semejante á la de un condenado á muerte que apela de su sentencia á un tribunal superior: entonces y solo entonces reparó en un papel que estaba sobre la mesa, cerca de la luz, que le alumbraba por completo; junto á aquel papel habia una piocha de brillantes, enrojecida por la punta, que se bañaba en una charquita de sangre vertida sobre la mesa, y un poco más allá una pluma de paloma ensangrentada por su estremo y sin cortar, como habia sido arrancada del ala del ave.

—¡Me ha escrito!—esclamó Tenorio, tomando con estremecimiento el papel.—¡Me ha escrito con su sangre al respaldo de mi carta de amores! ¡Oh, infeliz, infeliz!

Por un momento pasaron delante de D. Geofre Aben-Abed, el castillo de Válor, las jóvenes doncellas, los venerables sacerdotes y los inocentes pajes sacrificados á su terrible venganza contra Sidy Atmet, y tembló, pero de una manera rápida y fugitiva; pasó la mano por su frente para enjugar el sudor que corria por ella, y leyó con los ojos del alma las sangrientas líneas que habia escrito para él la mano de Ada:

«Habeis colmado vuestra infamia, comendador de Cristo,—decian;—el ver»gonzoso desórden de mis ropas y el lugar en que me encuentro, me han re»velado mi vergüenza y vuestra degradacion. Todo lo sé, todo; me habeis ro»bado esposo, paz, felicidad, y no puedo perdonaros. Pero si os acordais de »que la hermana del infante es vuestra esposa; que podeis, huyendo con ella, »apartar de sus ojos lo horrible de vuestra injusta venganza; si la haceis »feliz..... ¡que os perdone Dios!—Ada.»

—¡Dios, Dios!— esclamó Tenorio.—¡Que me perdone Dios! ¡Para hacerme creer, necesitaba todo su amor!.... pero ¡huyendo, dejándome abandonado en mi soledad, en mi rabia, me entrega á Satanás! ¡Mi venganza! ¡Oh, sí, la cumpliré, terrible, inmensa!.... Sidy Atmet, al insultarme, al retarme en la tienda de la reina, creyó que me satisfaria con un bote de lanza ó un corte de hacha!.... ¡Oh, se engañó!.... ¡Los hombres, los imbéciles se miden de solo á solo! ¡los Tenorios esterminan!.... ¡Yo esterminaré!

Y tomando la piocha de brillantes, la carta y la pluma, que guardó cual si se tratase de tres reliquias en su escarcela, bajó reposadamente la escalera, haciéndola crugir bajo el peso de su armadura, salió de la alquería, montó á caballo, gritó á sus gentes: «¡á Peña-roja!» y partió.

XII.

En un suntuoso lecho de nogal, entallado y dorado, ennoblecido en su prominente testero por el blason de los Tenorios, bajo un pabellon de damasco carmesí, yacía, ó por mejor decir, moria una mujer.

Junto á aquel lecho, bañando en lágrimas los encajes de los almohadones y arrodillado sobre la alfombra, sollozaba un niño; una dama jóven, hermosa y conmovida sostenia entre sus brazos á la enferma, y un sacerdote rezaba en voz lenta y grave las preces de la agonía.

Una dueña y cuatro doncellas estaban arrodilladas en el centro de la cámara, y dos atléticos escuderos se apoyaban á ambos lados de la puerta, en su marco de encina.

Dos bujías amarillas, colocadas sobre una mesa delante de un Crucifijo, y un velon de plata con los cuatro mecheros encendidos, iluminaban aquella habitacion, reflejando de una manera mate y dura en sus proyecciones de piedra, arrancando pálidos destellos de las molduras de algunos retratos de familia, y perdiéndose en una media tinta vaga en el ennegrecido techo de pino, formado por enormes vigas, en que quedaban escasos restos de una ornamentacion pintada segun el gusto árabe.

Aquella habitacion destartalada y fria, en la cual penetraba á veces el viento, silbando por entre los mal unidos vidrios y las rajadas maderas que guarnecian y servian de resguardo á sus ajimeces abiertos en tres lados de los muros; aquella habitacion, decimos, era el interior de una torre del castillo de Peña-roja, ocupada despues de la conquista por la soldadesca del presidio, á que habia servido de cuartel, y despojada por ella, sin miramiento á las artes, de sus magníficos estucos, en los cuales se habia fijado sin duda muchas veces la mirada de molicie de ricos y poderosos walíes.

D. Geofre Tenorio habia arrastrado contra su voluntad á su madre á aquel nido de lechuzas, cuya desnudez habia cubierto, ó querido cubrir con retratos de familia, algunos sillones antiguos, restos de la casa de su padre, y una feísima alfombra comprada á una iglesia. A esto llamaba el comendador, con énfasis, la cámara de retiro de su *señora madre.*

En vano aquella infeliz mujer, hecha anciana antes de tiempo por el desamor y el trato tiránico de su hijo, le habia suplicado que la permitiese permanecer en la córte al lado de la reina: Tenorio necesitaba tener junto á sí un sufrimiento en que embotar lo punzante de su alma, y el de su madre era un sufrimiento intenso, que habia hecho triste su juventud, amargado su amor de esposa, y encanecido su rubia y brillante cabellera antes de que llegase la edad en que las pasiones se hielan y se marchita naturalmente la flor de la esperanza.

El aspecto que presentaba aquella estancia pertenecia al género de aquellos que comprimen el alma y la torturan, que la hacen pasar por una horrible escala de impresiones dolorosas y desconocidas, como son terribles y apenadores esos recónditos sufrimientos del corazon que pasa una á una por todas las crueles pruebas del aislamiento, del vacío, de la desesperacion.

Allí estaba la más horrible de las desdichas, envuelta en paños de Cambray, bajo reposteros de terciopelo: la agonía de una madre á quien asesina un hijo, y está próxima á dejar abandonado sobre la tierra á un huérfano, cuya tumba abrirá su hermano, como ha abierto la de la madre.

Y sobre todo esto, la aterradora faz de la tísis, de esa enfermedad que no acaba con su víctima sino despues de haberla desecado para la muerte; el delirio de la fiebre, lo más lastimoso de la miseria humana; palpitante allí, con su palidez, su locura y su terror; la honda desesperacion de la impotencia, las lágrimas del dolor y las preces de la religion: todo esto, que no se concibe bien si no se siente, y cuyo sentimiento no deseamos á fé á nuestros lectores, constituian una de esas pavorosas escenasen que llena el cuadro la figura de un agonizante que oscila entre la vida y la muerte, como una luz que se oscurece y se dilata, falta de pábulo, antes de estinguirse totalmente.

Por mucho tiempo este cuadro sombrío estuvo envuelto en un silencio, que solo interrumpian la voz del sacerdote, los sollozos de Gaston, la tos seca y convulsiva de doña Inés y los suspiros de conmocion que se exhalaban del corazon de Lind-Arahj.

Medió la noche y escuchóse el prolongado grito de vigilancia de los atalayas del castillo; poco despues resonó un *¿quién va?* vigorosamente pronunciado en la plataforma de la torre en donde moria doña Inés, y luego se oyó rechinar el rastrillo y pasar sobre él, retumbando, pisadas de hombres y caballos.

Aquel ruido cesó: volvió á crugir el rastrillo, y Lind-Arahj, separándose del lecho de la enferma, salió de la cámara, ó mejor dicho de la torre, atravesó una galería y avanzó hácia un hombre que adelantaba por ella.

—Vuestra madre se muere, Geofre,—esclamó la jóven, cuya voz apenas hacia perceptible el terror.

—Vuesa merced se equivoca, señora,—contestó el que llegaba;—soy el alférez Alfon Gamboa.

La voz del soldado, vinosa y tarda, revelaba á un hombre que acababa de salir de una orgía: de una manera instintiva, el terror de Lind-Arahj se dobló al sonido de aquella voz.

—¿No ha vuelto al castillo el comendador?—preguntó á Gamboa.

—El comendador tardará,—contestó el alférez, buscando un apoyo en la pared.

—¡Que tardará, cuando ha entrado en el castillo su bandera!—repuso palideciendo Lind-Arahj.—¿En dónde está vuestro capitan?

—¡Oh! Ha sido una magnífica fiesta,—contestó Gamboa;—tan buena como la mejor de en tiempos del rey D. Enrique, cuando yo era paje del asistente Diego de Merlo, y andaban á lanzadas el duque de Medinasidonia y el marqués de Cádiz; una hermosa fiesta en que no han faltado ni mujeres ni vino, ni luminarias. ¡Hermosas luminarias á fé! ¡Sí, voto á!....

—¡Una fiesta! ¡mujeres! ¡embriaguez!—esclamó con indignacion Lind-Arahj.—¡Y en tanto su madre se muere!.... Nó, no lo permitiré. Haced que monte á caballo un ginete, y que se avise al comendador..... ¿oís?.... un ginete á caballo.

—Perdonad, señora; pero yo no os conozco: yo no puedo ir á turbar las ocupaciones de su señoría.

—¿Que no me conoceis?—esclamó Lind-Arahj.—Qué, ¿no sabeis respetar, á pesar de vuestra embriaguez, á la esposa de D. Geofre Tenorio?

—¡Ah! Hé ahi una noticia que el comendador tenia reservada, sin duda para sorprendernos con una hermosa fiesta.

Lind-Arahj tembló al impulso de un presentimiento inesplicable: la ignorancia de su enlace con Tenorio en un alférez de su bandera era tan estraña, que no podia esplicarse la causa, y la hacia temblar.

Recordó entonces que, en el escaso tiempo que hacia estaba en el castillo, ni una sola vez la habia llamado doña Inés con el dulce nombre de hija; que al presentarla Tenorio á su madre, habia pronunciado con una entonacion estraña la palabra *esposa;* que su presencia en el castillo habia producido miradas maliciosas, sonrisas mal recatadas y escenas violentas entre la madre y el hijo, de las cuales solo habia llegado el eco hasta ella.

—Se habia visto además tiranizada por Geofre, relegada al retiro de su cámara, y tratada de la misma manera brutal que una hermosa y jóven esclava por un sultan de Oriente.

Lind-Arahj habia despertado de su puro é inocente sueño de amores; habia vivido diez años en tres dias, y la aterraban las palabras de Alfon Gamboa.

—Sea lo que quiera,—esclamó—es preciso que venga el comendador: avisadle; su madre está espirante y llama á su hijo.

—Eso debia suceder, y se esperaba,—contestó sesgando la boca y con un horrible cinismo Gamboa;—pero que vos seais la esposa del comendador..... no puede ser..... nó ¡voto á cien legiones!

Lind-Arahj lo olvidó todo ante la enérgica negativa del alférez.

—¿Que no puedo yo ser esposa del comendador? ¿Qué dice este hombre?

—Digo que, como vos, y tan hermosas, han venido á morar por quince dias, ó á lo más por un mes, á la cámara del comendador muchas moriscas que han dicho lo que vos decis.

—¿Creeis que no ha unido un sacerdote mi suerte á la de vuestro amo?—gritó Lind-Arahj con acento terrible.

—¡Y bien!.... ¡bien podrá ser!.... De más le creo capaz..... ¡Seria chistoso!.... ¡Una verdadera hazaña..... digna de él!

—¡Idos! Estais vergonzosamente embriagado,—esclamó Lind-Arahj—y no debia esperar de vos más que dislates. ¡Digna gente para tal capitan!

Y pasó de largo.

—¡Embriagado!—esclamó contestando Gamboa.—Echad la culpa á los vinos del infante Sidy Atmet. ¡Embriagado!.... Bien puede ser... . ¡Diablo! Sangre y vino..... Hay bastante con la mitad para volver loco á un toro.

—¡Sangre y vino en la casa de mi hermano!—contestó volviendo sobre sus pasos Lind-Araj.—¿Habeis dicho eso?

—Digo—contestó el alférez—que no se embriagará nadie más en la alquería del Valle.

—¡Esplicáos, alférez, esplicáos!—esclamó con angustia Lind-Arahj.

—Pues..... figuráos que una casa se quema.....

—Pero la alquería.....

—Ha álumbrado cuatro horas..... y luego nada..... escombros, pajes y doncellas muertos bajo ellos..... y nada más.

—¡Dios mio! ¿Y mi hermana?

—¿Y quién es vuestra hermana, señora?

—¡Doña Ana Zegri, imbécil!—esclamó con una pasion indescriptible Lind-Arahj.

Pareció obrarse una reaccion en el alférez: su embriaguez se esclareció, miró con interés á la jóven, y sus rudas facciones se conmovieron.

—¿Sois verdaderamente hermana de Sidy Atmet?—la dijo.

—Sí, sí; su hermana, caballero, su hermana.

—¿Teneis algun pariente en estas cercanías?

—Mi hermana, doña Ana Zegri.

—¿Nadie más?

—Nadie.

Gamboa procuró dominar del todo su embriaguez y coordinar sus pensamientos.

—Esta mujer—se dijo—va á morir: el que ha asesinado á su familia no se detendrá ante su juventud y su abandono..... Hagamos una obra buena, ya que tantas malas hemos hecho..... Saquémosla de aquí, y quién sabe.....

Lind-Arahj respetaba el silencio del alférez, porque comprendió que el pensamiento que le ocupaba era en su favor.

—Voy á sacaros de aquí, señora,—la dijo al fin;—pero con ello me condeno á no volver más al castillo.

—Y temeis perder vuestra soldada, ¿no es verdad?

—¡Diablo! Pues no habia pensado en ello,—contestó el alférez rascándose la estremidad de una oreja.

—¡Oh, por eso no tengais cuidado! ¡Venid, venid conmigo!

Lind-Arahj siguió adelante, y entró en un aposento inmediato acompañada de Gamboa. Abrió un cofre y sacó de él una caja de tafilete.

Esta gargantilla, estas arracadas y este prendido de diamantes son vuestros, si me llevais al momento al castillo de Válor.

Alfon Gamboa, á pesar de su dureza, se estremeció; pero pudo más en él la codicia que la piedad.

—¿Que esto es mio si os llevo al castillo?—esclamó el alférez, cuya sórdida avaricia, escitada por el valor de las joyas, acabó de disipar su embriaguez.

—¡Vuestro es, sí!—contestó Lind-Arahj.—Pero pronto; antes de que vuelva ese hombre. ¡Tengo miedo de estar aquí!

—Pues bien, cobijáos en vuestro manto mientras yo enjaezo mi caballo.

Poco tiempo despues, Alfon Gamboa se hacia abrir la poterna, y temeroso del comendador, galopaba impulsado por la fatalidad hácia el castillo de Válor, llevando á Lind-Arahj sobre el arzon delantero de su caballo.

Mientras estuvo sobre el camino en que podia encontrar al comendador, Gamboa le apretaba los acicates, y el valiente bruto corria con ardor; pero cuando pasó de la Cruz de los dos caminos le puso al paso; paso tardo que

le permitia anegar á su placer su repugnante mirada en la lánguida hermosura de Lind-Arahj.

La luna, elevada á toda su altura, brillaba opaca, pálida y nacarada, sobre el pensativo semblante de la jóven, en reflejos mates y azulados; nunca el alférez habia contemplado formas tan hermosas, ni abarcado con su membrudo brazo un talle tan reducido, tan redondo, tan elástico. La ansiedad agitaba el seno de la jóven, y por su boca entreabierta se exhalaba una respiracion entrecortada, ardiente, emanacion del estado violento de su alma, pero incitante; lo que bastaba para arrastrar á una infamia á un hombre ménos corrompido y brutal que el alférez Gamboa.

Si un movimiento de compasion, resto de un sentimiento humano escondido bajo el cieno de su alma, le habia hecho pensar en salvar á aquella desventurada niña, lentamente aquel impulso generoso se evaporó: primero la codicia y luego la impureza, colocaron al alférez bajo el influjo de sus costumbres soldadescas y desenfrenadas; y libre, en medio de la noche, ginete de un magnífico caballo, árbitro del porvenir de una mujer hermosa y pura, que llevaba consigo un tesoro, se creia el más feliz de los hombres. Aquella felicidad del crímen tenia para él un nuevo aliciente: robaba una hermosa querida á Tenorio, al hombre que tantas veces se habia puesto como un superior entre él y una mujer.

Y es que el poder eterno é inescrutable que todo lo rige, llevaba á una expiacion terrible al asesino, al ladron, al impuro, arrastrado por una nueva víctima.

El alférez caminaba sin cesar, pero lentamente, sobre el camino de Válor; entraba por mucho en su feroz pensamiento hacer ver á la desdichada Lind-Arahj las ruinas de su hogar, patentizarla su abandono sobre la tierra, ofrecerse á ella como un salvador, y obligarla, cualquiera fuese el medio, á buscar una proteccion entre sus brazos.

Lind-Arahj, impaciente, abstraida en pensamientos y terrores fatídicos, pero sin esplicacion, sin más orígen que el estraño diálogo tenido con el alférez en Peña-roja, miraba hácia adelante, ansiando ver la montaña donde el dia anterior se levantaban aun, esbeltas y pintorescas, las torres del castillo de Sidy Atmet.

Apareció por fin la montaña, pero truncada: en el sitio donde antes se levantaba el castillo, dominaba un resplandor rojizo y una columna de humo, haciéndola en cierto modo semejante á un cráter en cuyo fondo arde contenido un volcan.

Lind-Arahj dudó: creyó que aquella no era la montaña de Válor; pero las siluetas cercanas, la villa, los accidentes del terreno, no la permitieron dudar mucho tiempo: sus ojos se fijaron espantados en aquel incendio que se estinguia, devorando su último pábulo, y un frio mortal ahogó los latidos de su corazon y las palabras de su boca.

Alfon Gamboa sintió el estremecimiento de la jóven, y ansioso de apurar su terror, para hacer más valedera su proteccion, aguijó á su caballo, y le hizo trepar á la carrera por el áspero camino que se torcia sobre la arista de la montaña.

A medida que el caballo se aproximaba á las ruinas, se hacian más perceptibles sus horribles detalles, sobre los que temblaba el resplandor de una llama impura; escuchábase el crugir de las maderas y los gemidos profundos y débiles de los que espiraban bajo el incendio.

Gamboa puso, en fin, su caballo en una eminencia que dominaba á las ruinas, y dijo con voz hueca señalando á Lind-Arahj los escombros:

—Ha arrasado el castillo como arrasó la alquería; nadie queda de los vuestros sino vuestra hermana deshonrada y el señor de Válor, que si no muere en la Axarquia, morirá á manos del comendador.

Lind-Arahj no contestó: tenia fija una mirada inmensa, diáfana, sobrenatural, en aquella hoguera implacable que devoraba los últimos restos del castillo.

De repente se deslizó del arzon; avanzó entre las ruinas pisando escombros y cadáveres, y saltando y riendo como una niña entregada á la locura de la alegría.

Alfon Gamboa comprendió entonces todo lo horrible de la situacion. Lind-Arahj no habia podido resistir el aspecto de la destruccion que le revelaba el degüello de su familia, y su razon habia cedido su lugar en su cerebro á la locura: reia, pero de una manera más desgarradora cien veces que el llanto y los gritos de la desesperacion: avanzaba riendo y danzando, como en un dia de fiesta, y avanzaba en derechura al foco del incendio.

El alférez se estremeció, más que por el peligro de la jóven, por las joyas que llevaba consigo, y se arrojó del caballo, que no podia penetrar en las ruinas.

—¡Esperad, esperad, señora!—gritaba Gamboa, saltando sobre los escombros.—¡Vais á perecer: esperad!

Pero Lind-Arahj no le oia: seguia adelante, y se perdió tras el ángulo de un muro que lamian las llamas y estaba próximo á desplomarse.

El alférez forzó su carrera y dobló aquel ángulo; pero el espectáculo que descubrió desde allí le detuvo, dejándole inmóvil y aterrado.

En el fondo de una hoya rugiente é inflamada se revolvia un torbellino de fuego; en sus bordes, como salamandras humanas, se agitaban muchos hombres armados que se ocupaban en revolver los escombros para socorrer á los heridos que gritaban bajo ellos; y ocupados en esta triste tarea, avanzaban hácia el sitio por donde marchaba Lind-Arahj, en la direccion en que él se habia detenido: por un momento, aquellos hombres, distraidos en su faena, no repararon en la jóven ni en el alférez; pero al fin la risa insensata de ella escitó su atencion: la rodearon, la reconocieron, y al cabo descubrieron á Gamboa, que se preparaba á huir.

Un alarido terrible se exhaló de todas aquellas bocas; alarido de amenaza, bastante á intimidar á un leon, cuanto más al alférez, que no era valiente sino cuando se trataba de una traicion y estaba bien acompañado.

—¡Un *rumy* (1), un *rumy* asesino!—gritaron en árabe.—¡Á él, hermanos, á

(1) Cristiano.

él: la infeliz doncella nos pide venganza! ¡El valiente Aben-Abed nos grita desde allá abajo! ¡Nuestros hijos, nuestros hermanos, nuestras esposas y nuestros padres han sido asesinados! ¡Al fuego con el *rumy;* al fuego con el asesino!

Y se lanzaron á toda su carrera con las espadas desnudas, rodeando el lugar donde se encontraba Gamboa, y aullando como lobos furiosos.

El alferez ni aun siquiera desnudó su espada, dominado por el terror: comprendió demasiado bien que no se podia esperar piedad de una gente á quien con tanta inhumanidad habian asesinado á sus familias é incendiado sus hogares, y cayó de rodillas, sin valor siquiera para elevar su alma á Dios.

En un momento, todos aquellos hombres furiosos le rodearon; le hirieron cien espadas; se sintió arrastrar, despedazar y empujar hácia la hoguera; gritó, y sus gritos se perdieron en el grito unísono de los moriscos; opuso la resistencia de la inercia, y se sintió lanzado á aquel horrible cráter, en cuyos mugidos creia escuchar palabras de venganza; viósele por un momento torcerse entre las llamas como un reptil que se arroja al fuego, y desaparecer, por último, bajo el derrumbe de un trozo de muralla.

Como una sola gota de agua calma por un momento la sed más horrible, así aquella gota de venganza refrescó por un instante el alma de los moriscos; y como si el incendio se hubiese satisfecho con una víctima expiatoria, lanzó un rugido salvaje, se torció entre los últimos fragmentos del maderámen, se elevó en una larga espiral, y solo quedó en las ruinas un lecho de humeante brasa.

Todo habia concluido: la venganza de Tenorio estaba satisfecha; pero al espantoso precio de una familia y de un pueblo asesinados, uniéndose á ella, como accesorio, la muerte de su madre.

En vano buscó el comendador á Ada y á Lind-Arahj: habian desaparecido, y un misterio profundo las ocultaba á sus pesquisas.

Quince dias despues de aquella noche de muerte, y al mismo tiempo, llegaron á la vista de Válor el infante Sidy Atmet, vencedor de los rebeldes de la Axarquia, y un correo de la reina al castillo de Peña-roja.

Cuando el infante llegó hasta el sitio donde antes estaba su castillo, le miró sombriamente, revolvió su caballo, y acompañado de una escasa comitiva de escuderos, se encaminó á rienda suelta al castillo de Peña-roja: al llegar á la Cruz de los dos caminos, encontró un lucido escuadron de lanzas, entre el cual, montado en una mula y desarmado, marchaba preso el comendador D. Geofre Tenorio.

De una sola ojeada el infante se convenció de que no podia arrancar el preso á los soldados, y se limitó á avanzar á un lugar desde donde podia ser oido por él.

—¡Alcaide de Peña-roja!—gritó el morisco;—¡he sido tan imbécil que, jugando contigo al ajedrez, me he descubierto y has matado mi reina con tu torre; pero tu sangre me pertenece, cobarde, y la cobraré!

Y revolviendo su caballo, se perdió con sus escuderos por una senda del bosque cercano.

D. Geofre Tenorio estuvo preso dos años en una torre de la Alhambra por

la reina doña Isabel, á quien se habia amparado Ada y contado sus desdichas; pero como no habia pruebas legales de aquel horrible crímen, los reyes le soltaron, no sin enviarle desterrado á Válor, como si hubiesen querido poner el remordimiento delante del asesino.

D. Geofre compró un castillejo en las inmediaciones, donde se encerró con su hermano Gaston y algunos monteros.

En cuanto al infante Sidy Atmet, Ada y Lind-Arahj, nadie volvió á saber de ellos.

IX.

Un buen sacerdote.

Gaston no acabó de oir esta historia que le horrorizaba, á pesar de que, como hemos dicho, el ermitaño solo le habia relatado lo que podia saber el infante Sidy Atmet; nosotros, valiéndonos de nuestro poder de novelistas (si se nos permite llamarnos así) la hemos completado al hacernos cargo de ella con todos los detalles que hemos podido haber á las manos en los apuntes que nos sirven de guia.

Pasaron dos meses desde aquel primer dia de primavera tan fecundo en aventuras, y durante ellos, Tenorio no dejó pasar velada en que no departiese acerca de sus amores con Margarita: todas ellas, y siempre al mediar la noche, salia del castillo del Diablo á caballo, y atravesaba solo, soñando en sus amores, breñas y desfiladeros hasta llegar á su morada: nunca, ya fuese la noche clara ú oscura, reparaba en un bulto embozado, que asido al freno de un caballo, esperaba en la rambla cercana; y cuando Geofre se habia alejado, ataba las riendas á un espino, trepaba por la montaña, subia al otro lado del tajo, y despues de templar cuidadosamente una guitarra, fijaba los ojos anhelante en un ajimez, iluminado en sus vidrios de colores por una luz en la torre fronteriza, y esforzando su voz para que se pudiese percibir, á pesar del ruido del torrente, entonaba una cancion de amores.

Margarita la escuchaba; sabia que aquella voz era la de Gaston, y como una repulsa muda, cerraba las maderas de la ventana, ahogando con esto hasta lo más insensato de las esperanzas del enamorado jóven.

El jorobado por su parte sufria y callaba; pero veia con terror acercarse el dia en que, segun la tradicion, debia verificarse el casamiento de Margarita y D. Geofre.

Pero nada revelaba en él su sufrimiento: consecuente á su destino de bufon, reia siempre por todo y para todo; se echaba en la alfombra á los piés de los dos amantes, tañia su laud y cantaba romances á su amor; Margarita le arrojaba un confite y D. Geofre un escudo, despues de lo cual salia, dejándolos solos. Entonces buscaba á Gaston; habia un punto de cita para aquellos dos amadores insensatos: aquel punto era la ermita de la Cruz del Lloro.

El buen ermitaño sabia sus secretos, los consolaba, y algunas veces,

cuando su tristeza se lo permitia, les contaba historias caballerescas, espantables proezas y lances de guerra; pero jamás una historia de amor.

Así pasaron dos meses: ni Gaston ni el cenobita habian vuelto á hablar de la tremenda historia de D. Geofre; pero siempre el hombre de Dios aconsejaba al jóven que se apartase de unos lugares donde una pasion insensata podia lanzar un horrible crímen entre dos hermanos rivales

Gaston prometia al ermitaño partir para el ejército de Italia: hablaba de la partida á su hermano, que escuchaba con un placer sin igual esta resolucion; pero cuando llegaba la hora de la marcha, el amor podia más que la prudencia, y Gaston no partia.

Una tarde de las más calurosas de verano, despues de la puesta del sol, Gaston y el cenobita estaban sentados al pié de la Cruz del Lloro: ni una hoja de los árboles se movia, ni se escuchaba otro ruido que el de la corriente de un arroyo y el revolar de los pájaros que se tornaban á su nido.

Gaston, abismado profundamente en el pensamiento de su amor, apoyaba la frente en sus manos, y el ermitaño parecia inquieto, entregado á una lucha poderosa que le hacia levantarse de repente, pasear agitado y murmurar palabras rápidas, vagas, aisladas, vacías de sentido: de vez en cuando se paraba, miraba por un instante la entrada de un sendero, y volvia á sentarse al pié de la Cruz ó á seguir su paseo.

Una de aquellas veces parecióle percibir pasos lejanos: dobló su atencion, y aseguróse de que alguien avanzaba por el sendero; poco despues apareció en él un hombre con traje de montería, y se paró cuando pudo ser visto por el ermitaño.

Éste le hizo una seña, y el montero volvió á ocultarse entre los breñales.

El cenobita observó si Gaston habia reparado en la llegada de aquel hombre, le vió entregado á su pensamiento, y partió apresuradamente hácia las cercanas quebraduras.

Allí esperaba el montero.

El ermitaño se despojó entonces de su máscara, y dejó ver un semblante noble y hermoso, pero pálido, como si toda la sangre de sus venas hubiese sido chupada por un vampiro.

—¿Quiere Dios que sepa al fin el paradero de la *señora?*

—Nó, nó señor,—contestó el montero, que tenia su gorra en la mano;—en estos dos meses hemos recorrido toda la Andalucía y Castilla; hemos preguntado en todos los conventos; hemos ofrecido oro..... Nada sabemos, señor.

—¿Y ellos?

—La madre no mejora; el hijo sigue bien; es hermosísimo, pero cada dia se parece más á su padre.

Condensóse hasta la lividez lo pálido del ermitaño.

—Si no traes más nuevas que esas,—dijo el montero—¿á qué has venido?

—D. Geofre Tenorio, por cumplir la voluntad de Margarita, se casa esta noche con ella.

—¡Se casa!

—Pero no encuentra un sacerdote.

—Qué, ¿ha esterminado Dios á los ministros cristianos?

—En Válor hay un convento de capuchinos; tres en Motril; dos en Almuñécar; pueden contarse hasta dos mil frailes en las Alpujarras.

—¡Sabrán la historia de ese hombre y serán justos y buenos!

—Margarita se ha obstinado en casarse en el castillo del Diablo.

—¡Y no hay ninguno que se sobreponga á supersticiones de mujeres y de locos!....

—Ninguno; pero el comendador ha sabido que vuestra señoría habita en la Cruz del Lloro ....

—¡Cómo! ¿Ha sabido que yo existo?—esclamó el ermitaño, cuyo semblante se iluminó con un flébil colorido.

—Sabe que, retirado del mundo y cerca del castillo maldito, vive un sacerdote penitente.

—¿De modo, que piensa en que yo le case?

—Sí señor.

—¿Y quién ha dado noticias mias á ese hombre?

—Su hermano D. Gaston.

—¡Dios lo quiere!—esclamó el ermitaño levantando los ojos al cielo.—Y pues así está decretado, ¡cúmplase su voluntad!

—Llegó á mi noticia por uno de los escuderos del castillo, y he creido que debia.....

—Has hecho bien, Hernando..... vete.

—¿Y no tiene su señoría nada que mandarme?

Quedóse un tanto pensativo el ermitaño.

—¡Aun no es hora!—dijo; pero instantáneamente añadió:—Por lo que pueda ocurrir, un caballo y doce hombres montados contigo en la rambla de Cádiar. Si necesitas dinero, espera.

—Aun tenemos los mil castellanos de oro que están enterrados.....

—Bien, bien; á eso no hay que tocar..... vuelve esta noche á la ermita.

Aquel singular personaje tornó á ponerse su máscara de hierro, y á un mismo tiempo el montero se alejó por los breñales, y el ermitaño se encaminó á la Cruz.

Empezaba á oscurecer, y Gaston permanecia aun abismado en sus pensamientos. El cenobita le tocó suavemente en el hombro.

—Cada dia crece vuestra tristeza, Gaston,—le dijo con dulzura;—es necesario, hijo mio, que os sobrepongais á todo: ¿habeis pensado bien lo que vale una mujer?

—En asuntos de amor, el corazon no piensa; siente.

—En buen hora; pero cuando ese sentimiento está aislado en sí mismo, cuando no se le comprende, ó si se le comprende se desprecia por el sér que le inspira, debemos.....

—Debemos morir.

—¿Habeis pensado bien que sois cristiano, hijo mio?

—Estoy solo sobre la tierra, señor.

—Teneis un hermano.....

—Ese hermano no me ama.

—Pero vos no sereis tan insensato que.....

Detúvose el ermitaño.

—¿Qué?—esclamó Gaston.

—Que querais oponeros á la voluntad de vuestro hermano.

—¿Es decir que Geofre se casa?—esclamó levantándose y palideciendo el jóven.

—Nó, no he dicho tanto; pero eso naturalmente debe suceder: doña Margarita de Vargas y Venegas es noble, jóven, hermosa y rica; ama á vuestro hermano, y.....

—¿Qué quereis significarme, señor?

—Que como vos tambien la amais, debeis poner entre vuestro amor y ella el tiempo y la distancia. Creedme; partid, hijo mio, partid. Si no teneis dinero, yo os le daré.

Coloráronse las mejillas del jóven.

—Tened presente que os he adoptado por hijo; que no teneis padre; que vuestro hermano no se cuida de vos. A más de eso, os daré letras..... de un amigo mio para el gran Gonzalo de Córdoba, y si quereis, podeis partir esta misma noche: decidíos, y os indicaré el sitio donde encontrareis un caballo y doce hombres armados, con los cuales y con vuestro valor podeis hacer bizarramente vuestra primer campaña.

—Quien quiera que seais, santo y noble amigo, que me habeis dado consuelo y consejos, yo os agradezco cuanto por mí haceis; pero conozco que no puedo separarme de estos sitios: hay una fuerza poderosa que me enclava en ellos, y á la cual no puedo resistir.

El ermitaño miraba fijamente el noble y hermoso semblante del jóven, entristecido por la espresion de un dolor recóndito y tenaz, y á haber podido levantar su inflexible máscara, se hubieran visto dos lágrimas rodando lentamente por sus mejillas.

—Nada conseguiré,—dijo para sí.—He hecho todo lo que he podido, y más de lo que debo, por salvarle; ahora, que le socorra Dios.

Un ronco y prolongado ladrido interrumpió el pensamiento del ermitaño.

—¡Alvar! ¡Es Alvar!—dijo Gaston.

Apenas habia acabado de decir estas palabras, cuando por la loma cercana apareció el bufon, trotando, asido á la piel de su perro.

—¡El comendador llega!—esclamó desde el momento en que pudo ser oido.—¡Viene á buscaros, padre mio!

—Ya lo oís, Gaston; vuestro hermano se acerca,—dijo el ermitaño;—no querais que acontezca en mi presencia una escena desagradable.

—Viene á llevaros al castillo del Diablo.

—¡Quién sabe!....

—A que le caseis.....

—Bien puede ser.....

Gaston meditó un momento, se nubló su frente, y dijo al fin al cenobita:

—Teneis razon; yo no debo esperar á mi hermano. Adios.

Y partió sin direccion fija.

—Seguidle, Alvar, seguidle,—esclamó el ermitaño, volviéndose al sitio donde antes estaba el enano; pero éste habia tambien desaparecido.

En cambio, un caballero bajaba, al paso de su caballo, la loma cercana; era ya de noche, y el ermitaño entró en su aposento y encendió luz.

Entre tanto el ginete llegó á la puerta, desmontó y entró sin descubrirse.

Era D. Geofre Tenorio.

—Guárdeos Dios, fraile,—dijo, mirando de alto á bajo al ermitaño, que no contestó.

Parecia dominado por una atonía profunda: sus miradas estaban fijas, á través de la máscara, en el semblante del comendador, y la mano, con que sostenia una lamparilla de hierro, temblaba visiblemente.

—¿Qué me quereis?—dijo despues de un momento de silencio con la voz alterada por una conmocion profunda.

—¿Sois sacerdote?

—El hábito que visto, la morada en que me encuentro y el humilde templo cercano, dicen por sí mismos que, además de anacoreta y penitente, he recibido la sagrada Orden del sacerdocio.

—Podiais muy bien ser uno de esos holgazanes que cuidan de buscar un desierto cercano ó poblado, para estar al alcance de la caridad mundana, y que más que á Dios pertenecen al diablo.

—Soy sacerdote, caballero,—contestó con dignidad el ermitaño.

—¿Y cómo os llamais?

—Perdonadme; pero por penitencia y por voto estoy obligado á ocultar mi nombre con el silencio, como oculto bajo esta máscara mi semblante.

—¡Gran pecador habreis sido!

—Mucho he pecado; mucho me han hecho pecar los hombres.

—Y decidme: si yo os buscase para celebrar un matrimonio.....

—¿No teneis capellan, caballero? Sin embargo, pareceis noble y rico.

—Mi capellan es un imbécil, y mi novia una hermosa tirana que se ha empeñado en casarse en su castillo del Diablo, y no en otra parte: mi clérigo teme al demonio, y como él todos los frailes y curas de las Alpujarras. Si vos teneis miedo tambien á lo endiablado de la casa de doña Margarita, haré que uno de mis criados se tonsure, vestiré de monagos á mis pajes, y despues de hecha la ceremonia, iré á comprar su firma para el testimonio á un padre grave, que de seguro tendrá ménos miedo al dinero que al castillo.

—Antes de que cometais ese sacrilegio, os casaré, caballero, os casaré.

—Sin duda debeis haber sido soldado.

—He sido capitan por mi desdicha, caballero.

—¡Capitan de España!

—Sí, bajo las banderas de los Reyes Católicos.

—Me alegro, pues de ese modo brindareis á la hermosura de mi novia despues que la hayais hecho mi esposa.

—Os casaré, caballero, y volveré á mi penitencia.

—¡Cómo! ¿No os descubrireis el rostro?

—Ni mi rostro ni mi nombre.

—No sé cómo podreis entonces autorizar el matrimonio.

—Signaré la partida, poniendo bajo ella: *El ermitaño de la Cruz del Lloro.*

—¡Magnífico nombre, con que podré acreditar sin duda que un hijo mio es legítimo cuando haya necesidad de bautizarle!

—El guardian de San Francisco en Cádiar testificará bajo su firma y sello, solo al ver mi escritura, que soy un religioso de su Orden, á quien el Vicario de Cristo permite vivir en la soledad y en la penitencia.

—De ese modo, sea.

El ermitaño guardó silencio.

—Esta noche, es decir, dentro de una hora, mis escuderos y mis servidores vendrán á buscaros, y os conducirán.

—Escusadles ese trabajo, caballero,—contestó el ermitaño; las breñas me conocen; la oscuridad no me espanta: yo iré solo.

—Sea como querais, dijo D. Geofre, mostrándole un bolsillo como en señal de despedida.

—Tengo hecho voto de no recibir limosna,—dijo con un tanto de altanería el ermitaño.

—En ese caso, mejor; no puedo negar que tengo buena suerte: busco un fraile, y encuentro un santo; mi casamiento debe, pues, ser afortunado. Ved que oscurece y que dentro de una hora os esperamos.

Y sin decir más, guardó el bolsillo en su escarcela, salió de la ermita, montó á caballo, y partió.

X.

Fatalidad.

Al pié del castillo, cerca de su poterna y parado en medio del sendero que á él conducia, estaba un bulto informe poco despues de haber concluido la escena que hemos marcado en el anterior capítulo.

Este bulto esperaba impaciente, y de tiempo en tiempo se volvia á mirar á una ventana, iluminada en el interior, en la cual habia una sombra de mujer, que por la tenacidad con que permanecia en ella, á pesar de ser la noche oscura y triste, debia esperar tambien.

Oyéronse al fin pisadas de caballos sobre el sendero, que se acercaron, dejando ver un ginete.

Refrenó éste un tanto su caballo al reparar en el bulto plantado en medio del camino, y pronunció un *¿quién va?* enérgico.

El preguntado no contestó, sino que se deslizó á lo largo del muro en direccion á una pequeña plataforma sobre el tajo.

Por un momento detúvose indeciso el ginete; pero al fin avanzó en la direccion que habia tomado el bulto, dejando la de la puerta del castillo.

La sombra siguió rápidamente y dobló el ángulo de una torre: el ginete desmontó, arrojó las riendas sobre el cuello á su caballo, que permaneció inmóvil, y siguió el mismo camino que el que escapaba.

Pero al desembocar por la vuelta de la muralla, le encontró de pié junto á sí.

—¿Quién va?—repitió el ginete.

-Vuestro hermano D. Gaston Tenorio, comendador,—contestó el bulto.

—¿Qué significa esto?

—Esto significa que os vais á casar.

—Si no teneis otra cosa que decirme, podiais haber escusado venir á decírmelo en este sitio.

—Sí; tengo que deciros otra cosa, hermano.

—¡Ah! Sin duda vendreis á quejaros porque no os he convidado; ¿qué quereis? creí ahorraros con ello un pesar.

—¿Es decir que conoceis mi amor á Margarita?

—Lo que conozco, niño, es que sois un insensato.

—¿Y si yo os suplicase que no os casáseis?

—¡Por Belcebú, que nunca os creido tan necio! Idos, Gaston, si verdaderamente estais enamorado; partid de aquí: os daré dinero y servidumbre, y os mantendré en la córte ó en la guerra.

—Sabed que antes de ahora no he aceptado ese ofrecimiento de otro hombre que me lo hacia de una manera más desinteresada que vos.

—¿Es decir que venís á mí con la estraña pretension de que os ceda la dama?

—No exijo de vos más de lo que vos exigiriais de mí: los dos amamos á esa mujer; los dos necesitamos para poder vivir saber que otro hombre no la posee: si vos llegais á ser dueño, yo muero, como moririais vos, si la amais cual yo la amo, al verla en poder de otro. Pues bien; no es la vida lo que os pido, sino que no desgarreis mi alma con los celos de verla en brazos que no son los mios: lo que os pido es que, pues sois mi hermano, partais conmigo vuestro dolor y no me asesineis para ser feliz.

Geofre escuchó un tanto á Gaston, y luego le dijo con voz reconcentrada:

—¿Y hariais lo que me pedís si os amase Margarita?

—Sí,—esclamó con firmeza el jóven.

—Pues cabalmente porque lo hariais vos, creo que no debo hacerlo yo: creedme, Gaston,—añadió, tomándole con cariño una mano;—partid; sois muy jóven: nuevas impresiones os curarán de ese amor que ella no ha alentado; sabe Dios cuánto me pesa no haber usado antes de este momento de mis fueros de hermano mayor, para haberos enviado á los reyes nuestros señores; habeis abierto los ojos á la razon, apartado del mundo, encerrado, cuando vivia nuestra madre, en un castillo, y desde su muerte, en mi prision de la Alhambra; despues hemos venido aquí, y no habeis visto más que campesinas salvajes: hé ahí por qué Margarita os enloquece.....

—Vos habeis conocido y poseido muchas nobles y hermosas damas, y sin embargo, la adorais.

—¿Conque me exigís formalmente que renuncie á ese enlace?

—Os lo pido, os lo suplico.

—¿Y si yo os dijera que he tenido demasiada paciencia en dar oidos ni por un solo momento á esa locura?

—Os recordaria la terrible noche en que, muriendo mi madre, os encargó que no me hiciéseis desventurado.

—Lo que significa que, para cumplir la voluntad de aquella buena mujer, debo yo sujetarme á vuestros caprichos.

—Es que se trata de una pasion, D. Geofre,—contestó con acento incisivo Gaston.

—¡Observo que me llamais D. Geofre, caballero!

—Os llamo así desde el momento en que no os reconozco como hermano.

—¡Ira de Dios! Esto ya es demasiado. Idos, Gaston, idos, y no tenteis á Satanás.

—La amenaza cuadra mal en vos que, segun vuestra costumbre, herís antes de amenazar.

—¿Qué quereis decir con ese acento misterioso, niño?

—Quiero decir que quien sin amago, sin reto, abusando de la noble confianza de un caballero, arrasó su hogar, deshonró á su su esposa y abandonó á su hermana, que es su legítima y verdadera esposa ante Dios, no debe amenazar, sino herir.

La atonía habia enmudecido á D. Geofre.

—No os comprendo bien,—dijo al fin con estupor;—habeis hablado de deshonras, de esposas.....

—Sí, de la deshonra de Ada, del abandono de Lind-Arahj.....

D. Geofre no le dejó concluir; le asió de un brazo, y le atrajo á sí con furor.

—¿Sabeis?.... ¿Habeis sido tan insensato?....

La cólera entorpecia las palabras del comendador.

—Os he suplicado,—contestó Gaston—antes de usar de mi poder; os he suplicado mientras podia llamaros mi hermano; pero ahora, caballero.....

—¿Ahora, qué?

—Os amenazo á mi vez.

—¿Que me amenazais? ¿Estais loco, Gaston?

—Estoy desesperado lo bastante para, si no partís conmigo, revelar á Margarita la historia de Sidy Atmet.....

—¡Ahora mismo,—esclamó D. Geofre, pretendiendo arrastrar á su hermano,—vais á seguirme! ¡Esta misma noche partireis escoltado para Granada!

—Soy noble y ahijado de la reina, ¿lo entendeis, comendador? Las leyes me librarán de vuestra violencia, y ¡casáos en tanto en buen hora! ¡Yo la buscaré!.... ¡Yo buscaré á Lind-Arahj, y la arrojaré entre vos y Margarita! ¡Oh! ¡Y me vengaré de ella, de vos!

—Parece que habeis tomado por empresa—dijo con voz lúgubre Tenorio—el que se fije en mí un horrible pensamiento; en que la locura ó el infierno cieguen mi alma, y..... huid, huid, Gaston; libradme de vos, de mí mismo: huid: yo os lo aconsejo, yo os lo suplico.

—¡Huir! Nó, nó,—esclamó Gaston, cuya vista estaba fija en la poterna del castillo, que acababa de abrirse:—mirad, Margarita os ha visto desaparecer en la sombra con un hombre, y os ama tanto, que os busca.

En efecto; se veian al reflejo de una antorcha algunos criados, entre los cuales se destacaba una forma blanca.

—¡Gaston, Gaston! ¡hermano mio!—esclamó Geofre,—huid; aun es tiem-

po: cubríos con vuestra capa, y yo procuraré que no os reconozcan.

—No huiré, D. Geofre; y pues ella se cuida tanto de vuestra vida, bueno será que os vea en compañía de vuestro hermano.

Oyóse entonces la voz sonora de Margarita, que adelantaba y llamaba con ansiedad á D. Geofre.

Gaston se avanzó hácia aquella forma blanca, que subia como una fatalidad el sendero que terminaba en el borde del tajo, donde estaban Geofre y Gaston.

—¡No pasareis de aquí, insensato!—esclamó el comendador, asiendo á su hermano.

—¡Margarita!—gritó Gaston.

—¡Callad, callad!—esclamó con agonía D. Geofre, poniendo su mano sobre la boca de Gaston.

Pero el jóven forcejeaba con su hermano, loco, furioso, irritado por sus celos y su amor; D. Geofre comprendió que si llegaba Margarita, Gaston no se contendria; poseido por el vértigo del miedo, no vió ya en el jóven un hermano, sino un insensato que nada respetaba; un enamorado furioso que podia hacer oir á Margarita horribles secretos que él no habia podido olvidar, y que se reproducian sangrientos y amenazadores en cada uno de sus sueños; el miedo inspiró á su alma un pensamiento horrible, y estrechó convulsivamente á Gaston entre sus membrudos brazos, espantado de aquel pensamiento.

Margarita adelantaba, buscando entre la oscuridad á Geofre, y Gaston mordia la mano que le impedia gritar.

Á medida que ella se acercaba, el comendador retrocedia, arrastrando consigo á su hermano, y al fin llegó á un sitio donde no habia más allá: una enorme torre avanzaba sobre el saliente de una roca cortada á una altura horrible sobre el torrente, y á su borde, tocando ya el abismo, se replegó Tenorio con su hermano.

—¿Me jurais callar, Gaston?—esclamó el comendador con acento reconcentrado.

—¡Nó, nó!—contestó el jóven con una voz sofocada por la mano de don Geofre.

Resonó ya más cerca la voz de Margarita; las antorchas de los criados lanzaban sus rojos y móviles destellos sobre las rocas inmediatas, y olvidado del abismo de una manera fatal, Tenorio retrocedió aun; faltó apoyo á su pié, y cayó por la cortadura abrazado á Gaston.

Un grito supremo, un doble y prolongado grito de muerte rasgó el espacio, y fué á herir los oidos de Margarita y los de su acompañamiento; tras este grito se escuchó otro, pero más profundo, más lúgubre; luego el sordo ruido de un objeto que rebotaba sobre las rocas, y despues nada..... nada más que el zumbar del torrente, que se revolvia mugiendo en el fondo de la cortadura.

Un ronco ladrido rompió este silencio horrible: aparecieron de repente por entre las rocas el enano y su perro, y luego Margarita y sus criados, que se avanzaron al borde del tajo.

En él, asido por el vuelo de su veste á un espino, ensangrentándose las manos en las rocas, con los ojos desencajados, la boca entreabierta y el semblante lívido, estaba un hombre suspendido sobre el abismo, luchando de una manera impotente por ganar el borde de la roca, mientras con el peso de su cuerpo se desgarraban los vestidos que le retenian en el espino.

Aquel hombre era D. Geofre: aquel hombre estaba solo.

Margarita no pronunció una sola palabra; aterróse ante aquel horrible espectáculo, y permaneció muda, inmóvil, con el semblante desencajado, estendidos los brazos hácia su amante, inclinada sobre el abismo y fijos los ojos, con una atonía mortal, en los de Tenorio.

Alvar, el noble y generoso bufon, vió el terror y el peligro de su señora; arrojó una mirada indescribible á D. Geofre, y esclamó, dirigiéndose á su perro:

—¡Leal, leal! ¡avanza, amigo mio, avanza! ¡Sálvale, sálvale, y no te haré correr más por la montaña! ¡Avanza, leal, avanza!

Y el gigantesco perro se acercó al borde, avanzó sobre el espino, tendiéndose sobre él, inclinó la cabeza, alcanzó con un violento esfuerzo las ropas de Tenorio, atravesó en ellas sus colmillos, se apoyó en sus patas, y ayudado por Alvar, que tiraba de sus lanas, puso sobre el borde al comendador.

Apenas éste se sintió en terreno firme, se puso de pié: su traje estaba desgarrado y cubierto de sangre sobre su pecho; destrozados sus guantes y heridas sus manos; la espresion de terror de su semblante habia desaparecido con el peligro, y altivo, poderoso, dominando con el feroz temple de su alma lo horrible de la situacion, sacó un pesado bolsillo de su escarcela y le arrojó á los piés del enano.

Alvar reparó entonces que del puñal del comendador no quedaba en su cintura más que la vaina, y arrojó el bolsillo al torrente.

Una hora despues, el ermitaño de la Cruz del Lloro salia del castillo del Diablo: habia dado la bendicion nupcial al comendador D. Geofre Tenorio y á la alta y poderosa señora doña Margarita de Vargas y Venegas, y descendia solo y á paso precipitado por el sendero que conducia del castillo á la llanura.

Al llegar á su pié, torció en direccion al torrente, costeó su borde izquierdo, se aventuró en las breñas y avanzó anhelante; al llegar al punto situado bajo el castillo, hirió sus ojos el reflejo de una linterna, y vió á su luz tres objetos; acercóse, y aquellos objetos se detallaron: eran Gaston, muerto y horriblemente mutilado; el enano, que cavaba una sepultura en la arena, y el valiente leal que, tendido entre su dueño y el cadáver, miraba con una espresion de inteligencia rara el dolor de su amo.

—La tradicion se ha cumplido,—esclamó con voz profunda el ermitaño.—D. Geofre ha consumado su último y más horrible crímen, y Margarita es su esposa.

—¡Tres puñaladas!—esclamó el enano, saltando de la hoya y alumbrando el pecho del jóven.

Despues de esto volvió á su faena, y ninguno de aquellos dos personajes pronunció una sola palabra.

La sepultura se habia construido en un alto, donde jamás llegaban las



DON JUAN TENORIO.—.....Acercóse, y vió á Gaston muerto, al enano que cavaba su sepultura en la arena, y al valiente Leal que.....

aguas del torrente, y al amanecer del dia inmediato apareció una cruz tosca, formada por dos ramas enlazadas con juncos, coronando aquella eminencia.

XI.

Remordimiento.

Nadie sospechó en el castillo el horrible crímen de D. Geofre: se habian creido sin dificultad sus palabras; estaban las montañas tan infestadas de monteros-bandidos, que cuando no podian robar la caza en los cotos, acometian á las gentes ricas para hacerlas cautivas y exigir por su libertad un enorme rescate, que nadie dudó que fuese uno de aquellos miserables el hombre que el puñal de D. Geofre habia lanzado al torrente.

Los moradores del castillo vieron, sí, la cruz de la sepultura de Gaston; pero atribuyóse este piadoso cuidado á los camaradas del bandido, y nadie pensó en arrancar su secreto á aquella tumba solitaria.

Alvar, aunque lo sabia, le habia sepultado con todos sus dolores en el fondo de su alma, y seguia cantando y diciendo chistes á los piés de los esposos, como siempre, con su apariencia alegre y su diccion descuidada, fácil y festiva.

D. Geofre habia procurado en vano sobreponerse á su conciencia, en la que gritaba incesantemente la sangre de su hermano: queria refugiarse en sus recuerdos, y de entre ellos brotaba la sombra de su madre pidiéndole su hijo querido; procuraba ahogar en su imaginacion á aquel fantasma, envolviéndole en otros pensamientos, y no habia uno de ellos que no le reprodujese la memoria de una mujer deshonrada ó de un infeliz asesinado. Recurria á la oracion, y la oracion huia de sus lábios y de su alma; creia aliviar su horrorosa situacion abandonando los negros techos del castillo del Diablo, y por donde quiera creia escuchar en los innumerables ruidos de la naturaleza, las palabras que Dios pronunció tronando en los oidos del primer fratricida: «¡Cain! ¿qué has hecho de tu hermano Abel?» Huia despavorido á guarecerse de sus remordimientos entre los brazos de Margarita, y en medio de sus caricias, de sus trasportes de mujer enamorada, se cruzaba para Tenorio la imágen de su hermano Gaston, ensangrentada, pálida, celosa. Dormíase fatigado por la vigilia, y el remordimiento llenaba de espantosas expiaciones sus sueños; tuvo horror de sí mismo, llegó á horrorizarle Margarita, causa inocente de su crímen, y temió su presencia, porque cual si la mano de Dios la hubiese legado parte del castigo del crímen, le preguntaba cada dia:

—¿Qué se ha hecho de vuestro noble hermano D. Gaston?

El comendador fingia haber recibido nuevas suyas del ejército de Italia, y esquivando el entrar en más detalles, huia de ella.

Llegó á perder su amor: y su hastío, su taciturnidad, la ferocidad de su carácter, fueron desarrollándose lentamente hasta hacerse insoportables á Margarita.

—Vuestro hermano me hubiera amado más,—esclamó un dia llorando la jóven.

D. Geofre no pudo contenerse: promovió una escandalosa reyerta; injurió y maltrató á su esposa, y dejándola desmayada, salió jurando no volver más á aquella morada maldita.

En efecto; D. Geofre no tornó. Viósele por última vez vestirse la armadura, enjaezar su caballo por sí mismo y partir como alma que lleva el diablo.

Nunca el hombre recuerda más á Dios que cuando es desgraciado, ni ha existido ni puede existir impío que no reconozca al fin su poder por la magnitud con que pesa sobre su conciencia á la hora del crímen.

D. Geofre creyó, pero creyó como cree Satanás: blasfemando y sin esperanza; creyó pronunciando las desesperadas palabras de Cain:

«*Mi culpa es muy grande para merecer el perdon..... Todo el que me hallare me matará* (1).»

Acordóse entonces del ermitaño de la Cruz del Lloro.

—Aquel hombre,—se dijo—cuando tan dura penitencia se ha impuesto, debe ser un gran criminal.

Y arrastrado por una estraña simpatía de crímen, encaminó su caballo á la ermita.

Llegó y la encontró abandonada, el santuario profanado, abierto el techo y ennegrecidas las paredes por el tacto del humo de las hogueras del vagabundo ó del bandido que se acogian por una noche á aquel pobre asilo para no volver más: la cruz habia sido arrancada de su sitio, y por acaso quedaba algun resto despojo del fuego en el interior.

—Aun este último asilo se me cierra,—esclamó D. Geofre levantando con desesperacion los ojos al cielo;—parece que todo se vuelve en contra mia y que estoy maldito de Dios. ¡Pues bien, caminaré á la ventura, ya que no puedo huir de mí mismo; seré lo que pueda ser: si lo primero que encuentre al paso es un convento, monge; si un castillo, me haré matar!

Volvió á montar, apretó los acicates al caballo, abandonó las bridas, y el animal partió por donde quiso.

Mientras galopó dentro de la jurisdiccion del castillo del Diablo, no encontró sobre su camino ni un pueblo, ni una choza, ni una ermita: la vegetacion natural y vigorosa no daba señales de haber sido impulsada por las manos de los hombres; selvas espesas, valles profundos cubiertos de espinos, nopales y ortigas; torrentes que se precipitaban entre rocas, y ásperas crestas, sobre las que jamás parecia haber cruzado una senda marcada por plantas humanas.

El sol acababa de aparecer en el horizonte: habian pasado seis meses desde el casamiento de Tenorio y Margarita, y era uno de los primeros dias de Octubre; los dorados rayos de aquel magnífico astro se abrian paso por entre los amarillos festones de los árboles, y un viento frio y pesado arrastraba en largas ráfagas, silbando entre los troncos, las hojas marchitas á quienes el estío

(1) Sag. Bib. Génesis, cap. IV, vers. 13 y 14.

habia robado su verde primaveral, para entregarlas sin vida al otoño, que debia diseminarlas sobre la tierra para que sirvieran de lecho á las escarchas del invierno.

Por un momento el gastado corazon de D. Geofre se dilató ante el espectáculo de la naturaleza, que se despojaba lentamente y una á una de sus ajadas galas, como el corazon árido y triste que ha apurado todas las fuertes sensaciones de la vida, y entra desnudo de ilusiones en la fria y descarnada vejez.

Aquel espectáculo tenia lenguaje, y un lenguaje elocuente para D. Geofre: su corazon habia pasado por todas las impresiones más fuertes de la vida; habia gozado todos sus placeres; el amor, la guerra, el mundo, se habian rendido durante mucho tiempo á sus piés; el huracan de sus pasiones habia derrocado muchas virtudes, muchas flaquezas; el abrasador recuerdo del crímen quemaba su frente; el lugar de las ilusiones habia quedado vacío en su corazon, y aquel vacío se habia llenado lentamente, hasta rebosar, con el agudo y tenaz dolor del remordimiento: para él, como para la naturaleza el sol de los espacios, el astro de la esperanza no alumbraba sino de una manera triste, débil, fria; alguna vez creyó que como los prados y los árboles, despues de un crudo invierno, volverian á mostrarse verdes y frondosos, su alma, despues de una expiacion terrible, encontraria abierta otra vida imperecedera y tranquila.

Pero estos destellos de fé pasaban en su alma con la misma rapidez que pasa un relámpago entre las tinieblas de una noche de tempestad: despues de pensar un momento en Dios, volvia la blasfemia á sus lábios y aguijaba al corcel ansioso de acabar aquel su último viaje, llegando á un término cualquiera de partida.

Para él no existia nada, y estaba resuelto á hacerse matar si no encontraba un asilo donde ocultarse de sí mismo, ocultándose á los hombres.

Cada vez que este pensamiento ardia en su cerebro, recordaba la máscara de hierro del ermitaño de la Cruz del Lloro.

—Aquel debia ser un gran criminal, repetia;—yo le buscaré, y si no ha muerto, le encontraré.

Al cabo de dos horas de marcha violenta, encontró un camino delante de sí que atravesaba una tierra cultivada: las colinas inmediatas estaban cubiertas de viñedos y salpicadas de casas, y allá al lejos, á media legua de distancia, sobre una de ellas se levantaba una poblacion pintoresca.

Al mismo tiempo la vista de D. Geofre distinguió un castillo en una altura y un monasterio en la vertiente: en un punto hirió su oido el són de una campana que tocaba á misa y el lejano clamor de una trompeta que exhalaba un toque de llamada.

—¡Muerte y penitencia á la par!—esclamó D. Geofre.—Pues bien: probemos por la primera vez la ayuda de Dios; vamos al convento; si la religion nos rechaza, embestiremos el castillo.

El comendador aguijó, y en pocos momentos llegó á la portería del convento, que era de franciscanos, y pertenecia á Cádiar.

Al acercarse á la poblacion, D. Geofre la reconoció, y recordó que el ermitaño de la máscara de hierro le habia dicho que el guardian de aquel convento

autorizaria su partida de desposorios apenas viese su escritura. En efecto; habia enviado á uno de sus escuderos con la partida, y aquel mismo dia habia vuelto con una certificacion en regla del guardian, que se firmaba Fray Pedro de los Dolores.

Por este nombre, pues, preguntó Tenorio desde lo alto de los arzones al portero, rollizo fraile que se apresuró á contestar con gran servilismo á aquel caballero que montaba un hermoso caballo, aunque un tanto sudoroso; que ceñia un arnés embutido de arabescos de oro, y mostraba sobre él un manto y una cruz de Santiago.

—El reverendo guardian nuestro padre—dijo con solicitud—tendrá á grande honra el ver á vuestra señoría. Ha estado mucho tiempo enfermo, y nadie durante su dolencia ha entrado en su celda sino su médico y su confesor; pero ayer bajó ya al coro, y dentro de algunos dias volverá al desierto á cumplir un voto penitente.

—¿Ha sido gran pecador, segun eso, vuestro guardian?

—Dios me libre de pensar mal de mi superior,—contestó el fraile;—seis años hace que entró en el convento, y dos que es nuestro guardian, y en todo ese tiempo nada hemos visto en él que no sea digno de un santo. Dígame useñoría, si le place, su nombre.

—Manifestad á vuestro guardian, fraile, que el comendador D. Geofre Tenorio desea hablarle en penitencia.

El donado se santiguó con el pensamiento al escuchar aquel nombre, que se habia hecho terrible en la comarca, y partió.

Volvió poco tiempo despues acompañado de otro fraile, que trascendia á morisco y á soldado desde una legua por su semblante, que era un verdadero tipo africano, y por su manera arrogante y marcial que rebosaba de él, á pesar del tosco buriel de su túnica franciscana.

—¿Sois el comendador D. Geofre Tenorio?—dijo aquel fraile con acento duro y breve.

—Yo soy,—contestó con altivez el comendador.

—¿Buscais al guardian de esta casa, Fray Pedro de los Dolores?

—Sí.

—Seguidme, caballero.

D. Geofre desmontó, atravesó un átrio, un pórtico y un claustro, siguiendo al segundo fraile, que le hizo esperar á la puerta de una celda durante algun tiempo.

—Entrad,—dijo al fin saliendo y cerrando tras sí la puerta cuando hubo entrado D. Geofre.

Éste notó que aquella puerta se cerraba con llave; pero resuelto á todo, adelantó en la celda hácia una mesa, detrás de la cual estaba sentado un hombre enteramente envuelto en un ropon azul y cubierta la cabeza con un capuz.

—¿Os han dicho que un gran criminal desea hablaros en penitencia?—dijo Tenorio, ensayando por la primera vez un acento de humildad.

—Me han dicho que D. Geofre Tenorio estaba á las puertas de esta casa, que es una casa de Dios, y me he maravillado de que tanta iniquidad haya encontrado al fin un camino de salvacion.

—¡Qué!—esclamó ruborizándose de orgullo Tenorio,—¿ha llegado hasta aquí la noticia de mis faltas?

—¿Hay acaso en las Alpujarras alguien que ignore vuestros crímenes? ¿No humean aun la sangre y las ruinas de Válor?

Creyó Tenorio haber oido alguna vez aquella voz severa; pero era tan débil y contenida, que su recuerdo no se esclareció.

—Á pesar de esas iniquidades,—dijo Tenorio,—vos, que sois un varon justo, habeis dicho que mi planta está puesta en el camino de la luz. ¿Qué haré para llegar á ella?

—Pedid á Dios que vuestra soberbia no os descamine.

—¡Mi soberbia! ¡Y yo, yo D. Geofre Tenorio, que jamás he doblado la rodilla ni aun delante del amor, vengo á arrojarme á vuestros piés!....

—Cuando hace seis años, en un dia de suprema desgracia, me encontré solo sobre la tierra; cuando no me quedaba más consuelo para mis dolores que la misericordia de Dios; errante como vos, como vos desesperado, pero no desesperado por el crímen, me trajo á la ventura mi caballo hasta este albergue de paz y caridad; no penetré en él como vos, turbando su soledad y su silencio con el crugir de las armas, sino que me cubrí de túnica penitente y vestí cilicio sobre mi carne. Me traia la fé, y á vos os trae la desesperacion, y sin embargo, vos habeis nacido cristiano, mientras que yo.....

—Vos..... vos..... ¿Sois acaso morisco?

El fraile se agitó violentamente en su sillon de baqueta, pero contestó con voz dulce y contenida, como hasta entonces:

—Nada os importa quien yo sea, caballero; podeis decirme, si os place, qué quereis de mí.

—Es imposible,—murmuró para sí Tenorio;—él no se contendria delante de mí por todos los hábitos del mundo; era demasiado valiente..... acaso algun pariente suyo..... Y bien, que cargue Satanás con todo; ello en algo ha de parar.

—¿No me contestais, caballero?—dijo el guardian.

—¡Ah! Perdonadme, señor; pero creo haberos dicho que deseaba que me escucháseis en penitencia.

—Os escucharé, sí; pero no en este lugar.

—¿Dónde pues?

—Hay en esta comarca, á dos leguas de Cádiar, un castillo, á quien llama el vulgo del Diablo: al pié de ese castillo corre un torrente; en el lecho de ese torrente hay una eminencia, y sobre ella una cruz; al pié de esa cruz os escucharé, caballero.

—Tened presente,—dijo Tenorio, sin poder ocultar un estremecimiento,—que en ese castillo.....

—Mora doña Margarita de Vargas y Venegas, vuestra hermosa y noble mujer.

—He jurado no volver más á ese castillo.

—Paréceme que le teneis miedo.

—¡Miedo! ¡Miedo yo, fraile!.... Lo que sabes de mí, tus palabras, tu misterio, todo me indica, ó que eres profeta de Dios, ó alma de Satanás; pues bien,

seas quien fueres, aunque haya de acometerme el infierno entero, iré..... me encontrarás en la cruz de la sepultura; pero ten presente que iré solo y bien armado.

Tras esto salió de la celda, y la puerta se abrió, antes de que llegase á ella, por el fraile que le habia guiado.

Tenorio atravesó como un venablo el claustro, la portería y el átrio, montó á caballo y partió, mientras que el fraile con facha de soldado entraba en la celca.

—Hernando,—dijo el guardian—para esta noche mis armas y mi caballo.

—Mire vueseñoría que aun está débil para un encuentro.

—Mi arnés, mi adarga, mi espada y mi caballo—repitió con imperio el fraile—para esta noche. Entendedlo bien.

Y tras esto, se perdió por otra puerta en el interior de la celda.

XII.

La justicia de Dios.

No era hombre Tenorio que faltase á una cita, aunque fuese á presencia del diablo mismo; y aunque nosotros podemos decir que tuvo un miedo intenso cuando pisó la misma tierra que ocultaba el cuerpo de su hermano, debemos ser justos y añadir que tuvo tambien valor sobrado para dominar lo pánico de aquel miedo, y esperar durante dos horas al estraño guardian de San Francisco de Cádiar.

Verdadero valor, inmenso, maravilloso, porque no retaba con él solamente á los hombres, sino tambien á la cólera de Dios.

Lo que pasó en su alma durante aquellas dos horas, prolongadas por el terror y la agonía á una eternidad, hubiera sido bastante para matar de espanto á otro que á Tenorio.

Si por una casualidad nuestro libro cae entre las manos de un hombre tan desdichado por el crímen como D. Geofre, ese solo hombre comprenderá cuánto callamos, porque no lo comprendemos sino de una manera incompleta, porque afortunadamente para nosotros no hemos probado el amargo torcedor del remordimiento.

Fué una agonía del alma, comprimida bajo el peso de funestos recuerdos, torturada por crueles dolores, rasgada por un arrepentimiento inútil; fué la cólera del hombre enérgico, avezado á satisfacer su voluntad, que lucha por arrojar de sí influencias que le dominan y le acosan, sin poder librarse de ellas; fué la soberbia de Satanás, doblegada por la mano de Dios, y el fanatismo del impío, que no sabe creer sino en un Dios de venganzas, á quien atribuye unas pasiones tan sombrías como las que á él mismo le han arrastrado al crímen; fué la suprema desesperacion del réprobo, con sus visiones rojas, sus rumores informes, su hiel del infierno; fué, en fin, la reaccion de la conciencia, violentada hasta entonces, reclamando su perdida paz, su ya imposible felicidad.

El mundo es injusto cuando arroja sobre la agonía del crímen el despre-

cio social: si el desgraciado es digno de lástima, nadie más desgraciado, nadie más infeliz que el que se ha hecho odioso para sí mismo.

Pero como todo tiene fin sobre la tierra, le tuvo la espera de D. Geofre; era ya la media noche: parecia que el emplazador habia elegido esa hora fantástica en que se dice que los muertos abandonan sus tumbas y atraviesan escuadrones de íncubos el rayo de la luna; en que los duendes despiertan y se ungen las brujas para volar sobre una escoba á los placeres satánicos del sábado.

El reloj del castillo del Diablo resonó fatídicamente sobre el tajo, retumbando en las rocas sobre el ruido del torrente y vibrando con lentitud doce campanadas.

Un rumor, leve al principio y despues distinto, reveló á Tenorio que se acercaba un hombre, y que aquel hombre iba armado, por el crugir de las piezas de un arnés.

Una sombra informe apareció doblando la punta de una roca, y poco despues la luna, elevada ya á su mayor altura, arrancó trémulos destellos del bruñido acero de que venia cubierto el que se acercaba.

Tenorio tomó su adarga, probó si su espada salia con facilidad de la vaina, y esperó en pié é inmóvil, como una estátua de acero, delante de la cruz.

El que se acercaba llegó junto á él, le contempló un momento con fijeza, y viéndole con la visera calada, le preguntó:

—¿Sois el comendador D. Geofre Tenorio?

La voz de aquel hombre era exactamente igual á la del guardian de San Francisco de Cádiar.

—Yo soy,—contestó Tenorio, alzándose la visera.

Su semblante era el mismo semblante de siempre: duro, inflexible, audaz, sereno; y si parecia algo pálido, era por efecto de la luz de la luna, que le bañaba por entero.

El otro hombre le contempló aun de una manera doblemente fija, y alzándose á su vez la visera, dijo breve y acentuadamente:

—Yo era el infante Sidy Atmet-el-Omeya; yo era D. Pedro de Córdoba y de Válor, el esposo de Ada, el hermano de Lind-Arahj, el ermitaño de la Cruz del Lloro, el guardian de San Francisco de Cádiar, Fray Pedro de los Dolores, y ahora soy Satanás, que se venga, Tenorio.

D. Geofre apenas habia escuchado al noble morisco, absorto en la contemplacion de su semblante, horriblemente demacrado y pálido, y al que la luz de la luna hacia aparecer verde; sus ojos, iluminados por una cólera sombría, estaban fijos, penetrantes, hundidos en sus órbitas como dos lumbreras de un recóndito infierno; su boca, entreabierta y lívida, parecia helada por la muerte; y la inmovilidad de aquel semblante daba espanto, como le daria el de un cadáver cuyos ojos estuviesen abiertos é inflamados con una mirada diabólica.

De repente recordó Tenorio la horrible tradicion que se enlazaba á la historia de Margarita; recordó que, segun ella, el diablo, disfrazado de ermitaño, debia casar á los dos amantes en el solar maldito, arrebatar al esposo, matar á la madre é introducirse en el corazon del hijo; al impulso de un terror supers-

ticioso menguó todo su valor: el infante Sidy Atmet estaba ante él con las mismas armas que llevaba el dia en que le vió por primera vez en la tienda de la reina, y su semblante, demacrado y pálido por la enfermedad y por los dolores, iluminado por todas las venganzas que hervian en su alma, no parecia pertenecer á la tierra.

Añadiase á esto la fatal influencia del sitio, de la hora y de las causas de aquella entrevista: Tenorio, como hemos dicho, se aterró, se doblaron sin fuerzas sus rodillas, y cayó sobre ellas.

—Yo habia pedido penitencia al sacerdote,—esclamó con voz trémula—y no sangre á mi enemigo.

Sidy Atmet le contempló con desprecio y cólera.

—¡Vergüenza y oprobio!—esclamó.—Que un soldado cruel asesine, robe y deshonre, cabe en la ferocidad humana; pero que un comendador de Cristo, un caballero noble y valiente, cometa los más execrables crímenes, devore como un tigre y despues se tienda como un perro ante el hombre cuyo corazon ha despedazado..... eso queda únicamente para la raza vil de los Tenorios.

—¿Es un hombre quien se atreve á decirme esas palabras,—esclamó don Geofre poniéndose en pié de un salto y rechinando los dientes de cólera—ó un cadáver, una sombra que se defiende cobardemente con la tumba?

—Tan mudado me encuentras, que apenas puedes creer que existo,—esclamó con amargura Sidy Atmet.—Es que el Señor, en su justicia, ha dejado caer sobre mí todo el peso de la desgracia; es que el Dios Altísimo y Único castiga al apóstata de su ley, permitiendo que un miserable como tú le haya robado amor, honra y felicidad; es que he esperado mucho tiempo mi venganza, y la desesperacion ha gastado mi cuerpo y mi alma.

—¡Esperad, esperad!—contestó D. Geofre, procurando dar á su acento una entonacion de desprecio.—¿Acaso no se me ha visto en las Alpujarras con la frente descubierta ante la luz del sol?

—Si me hubiera satisfecho tu miserable vida, ya no existirias Tenorio; si no ansiara el que apreciases todo el valor de mi venganza, ahorraria palabras, y ya tu sangre hubiera humedecido la tierra que cubre el cadáver de tu hermano. Pero quiero que sepas por qué he esperado; quiero que, al morir, tu rabia y tu desesperacion se doblen ante el porvenir de la consumacion de mi venganza.

Detúvose un momento Sidy Atmet como para organizar su relato, y continuó:

—Yo tenia una esposa noble, hermosa y buena. ¿Qué has hecho de ella, Tenorio?

El comendador no contestó.

—Yo amaba á una hermana, pura, amante y cándida, que te entregué para que la hicieras feliz. ¿Dónde está tu esposa, comendador?

Persistió en su tenaz silencio D. Geofre.

—Al volver de la campaña de la Axarquia encontré mi noble hogar arrasado, incendiado, muertos bajo sus ruinas mis servidores. ¿Por qué has destruido con traicion, Tenorio, el techo que te habia dado amor y amistad? Eres un infame. Si en el momento en que yo probé tu cobarde venganza te

hubiera encontrado ante mí, la suerte del duelo hubiera decidido de la vida ó de la muerte de uno de los dos; pero despues que en medio de mi rabiosa desesperacion pudo penetrar un rayo de pensamiento, comprendí que una vida era poco para satisfacer tantos crímenes: el que habia asesinado á una familia, debia caer con su familia; tú no la tenias, y era necesario esperar á que te la hicieses; me importaba entre tanto vivir desconocido, y me hice fraile; la austeridad que el estado de mi alma me imponia, me hizo pasar por santo entre aquellas gentes, que al morir su superior me eligieron para ocupar su lugar: engañé, siendo falso sacerdote, al Dios de los cristianos, como antes habia engañado á ese mismo Dios de Ismael, renegando de su ley; engañé á los hombres, fingiendo una humildad que no sentia, y todo por mi venganza. Llegó al fin un dia: una dama de orígen árabe vino á morar al castillo de Muley-Hacem; poco despues, un servidor de aquella dama, Alvar, el jorobado, el bufon de tu esposa doña Margarita de Vargas y Venegas, se arrojó en penitencia á mis piés, me confesó unos amores insensatos hácia su señora, me refirió una tradicion absurda, y yo aproveché para mi venganza aquellos amores y aquella tradicion; tus monteros, comprados por mí, te incitaron á salir á caza el mismo dia y por el mismo sitio que yo sabia por el enano que Margarita habia de salir á buscar el amante de la tradicion en la montaña; me trasladé á la ermita de la Cruz del Lloro, bajo pretesto de penitencia; cubrí mi rostro con una máscara de hierro, y la casualidad hizo todo lo demás. Conocí á tu hermano, á ese pobre niño á quien tu puñal ha abierto las puertas del paraíso, y que sin duda ruega ahora al Altísimo por tu alma, y no me conmovieron ni su inocencia, ni su juventud, ni su hermosura; amaba á la que debia ser tu esposa, y yo le escité, pensando en hacerte fratricida. ¿Qué me importaba aquella jóven existencia, si por ella podia traer la condenacion eterna sobre tu alma? El hermano esterminó al hermano; el esposo de Lind-Arahj, viva y loca por su esposo, se enlazó á otra mujer, por medio de la palabra de un falso sacerdote, que os maldijo en vez de bendeciros..... y esperé aun; tenias esposa, pero era necesario que tuvieses un hijo, y ya le tienes, porque Margarita está en cinta: tantas pasiones, tantos ensueños desesperados, la muerte de tu hermano Gaston, á quien amaba, á pesar de haberle arrojado á tu ferocidad, dieron fiebre á mi cabeza; me pusieron entre la vida y la muerte; pensé que Dios me arrebataba mi venganza; pero no ha hecho más que retardarla: al fin me he levantado del lecho, y estoy ante tí, fuerte como nunca, ansioso de tu sangre, de la honra de Margarita y de la perdicion de tu hijo.

—¿Has concluido ya, Sidy Atmet?—dijo reconcentradamente Tenorio.

—Solo me resta decirte, que despues que mi acero te haya abierto las puertas de la eternidad, Margarita y tu hijo quedarán á mi merced, y vengaré en ellos á mi esposa y á mi hermana.

—¿Nada más tienes que decirme?—repuso Tenorio.

—Nada.

Apenas habia pronunciado el morisco esta palabra, cuando, con la rapidez del rayo, Tenorio se arrojó sobre él y le asestó una terrible puñalada entre el falso de la gola y del yelmo; pero la daga se rompió, como si hubiera sido de

cristal, en los anillos de la malla damasquina que, como una segunda armadura, defendia al infante.

Tenorio, por la primera vez de su vida, tuvo miedo, un miedo cruel, invencible: creyóse más fuerte que el morisco, y se aferró á él; por un momento crugieron coseletes y grevas: rechinó el acero contra el acero, y los membrudos brazos de D. Geofre procuraron derrocar al infante, que se sostuvo firme, como una estátua de bronce; desplegó sus fuerzas hercúleas, que le habian valido con razon el renombre de segundo caballero de Granada, despues del emir Muza-ebn-Abil-Gazan, primera y desgraciada causa de aquella historia funesta, y arrojándole lejos de sí, echó mano á su yatagan, gritando:

—Los puñales para los asesinos: la lucha para los jayanes; caballeros como yo, comendador, no saben matar sino con espada, y faz á faz, contra otra espada.

Tenorio embistió espada en alto, pero de una manera débil; sus fuerzas de cuerpo y alma estaban fatigadas por el embate anterior; le pesaba la espada; su adarga, torpe y tarda, le defendia mal; por la primera vez, al sentirse sin razon y sin justicia, se encontró sin vigor y sin voluntad: en aquel momento supremo, sobre la tumba de su hermano, ante el hombre á quien tanto habia ofendido, comprendió toda su iniquidad; su corazon se dilató en una esperanza infinita de la misericordia de Dios; hízose rápidamente atrás; arrojó su espada al torrente, y mientras el infante se reprimia, absorto por aquella estraña accion, se despojó del yelmo; cayó de rodillas ante su enemigo; inclinó la cabeza y esperó, orando por la primera vez.

Y como si el infante hubiera leido en el pensamiento de Tenorio, se acercó á él, alzó á dos manos su ancho yatagan, y murmuró.

—Si hay en tí dolor y expiacion, que te perdone Dios; pero cúmplase su justicia sobre la tierra.

Brilló como un relámpago el arma del morisco, y la cabeza del comendador D. Geofre Tenorio rodó sobre la tumba de su hermano.

Al dia siguiente apareció otra cruz en la eminencia, junto á la sepultura de Gaston.

XIII.

El amor del jorobado.

El dia siguiente llegó al castillo un caballero pálido y triste: una melancolía profunda daba á la hermosura de su semblante un aspecto fatal, y sus armas eran negras como sus ropas.

Pidió hospitalidad y le fué concedida; Margarita, lastimada por la ausencia de su esposo, abstraida en sus dolores, no habia notado la larga permanencia del incógnito en el castillo, á pesar de que le encontraba con suma frecuencia, y de que sus ojos le decian amor, amor que ella no comprendia.

Aquel caballero era Sidy Atmet, que consecuente á su plan de venganza,

á pesar de la terrible expiacion de Tenorio, la acechaba ansioso, pretendiendo pór todos los medios posibles llevarla á cabo.

Pero sus sombríos pensamientos quedaban reducidos á sí mismos. Margarita no reparaba en las miradas ni en la muda galantería del morisco, que cuando era preciso hablar ú obrar, enmudecia ó temblaba ante la debilidad de una mujer.

Nadie le conocia en el castillo; para Alvar, que nunca habia visto su semblante, y que solo le hubiera reconocido por la voz, el infante era mudo.

Pero si el enano no habia podido reconocer al morisco, no por eso habia dejado de notar que el objeto visible que retenia en el castillo era amor por la castellana.

Los celos se sublevaron en el alma del bufon: si habia respetado á D. Geofre, era por el amor de Margarita; pero tratándose de un hombre en quien ella no reparaba, nada habia que le contuviese, sino su respeto á entrometerse en lo que directa ó indirectamente dependia de su señora.

Observó, sí, al caballero, y se dió tanto á espiarle, que le vió más de una vez en la montaña departiendo mano á mano con hombres de mala traza.

Alvar se hizo, pues, el perro, el guardian íntimo de Margarita; cuando la jóven le despedia de su lado, procuraba ocultarse en un lugar cualquiera, desde donde pudiese verla ó estar al alcance de su voz, y durante la noche dormia tendido á la puerta de su cámara.

Así pasaron tres meses desde la muerte de D. Geofre.

Era la madrugada del dia 25 de Febrero del año de 1500.

En la misma cámara donde ciento veinte años antes se cometió el primer crímen de aquella familia, en la misma alcoba donde nació Margarita, estaba ésta postrada en un lecho, sufriendo esa terrible prueba de la maternidad impuesta por Dios, como una expiacion del amor, á las mujeres.

Habia un movimiento activo, pero silencioso: entraban y salian doncellas y sirvientes; se respiraba ese olor punzante que se exhala de la habitacion de un enfermo, por más que esté perfumada, y el aspecto de la gran cámara era un tanto estraño.

Alvar, replegado sobre sí mismo, unido por decirlo así á su perro, formando con él una masa negra é informe, estaba sentado en el suelo junto á la puerta de la alcoba, medio oculto por las plegaduras de los tapices, todo alma y todo oidos para los profundos sollozos y los agudos gritos que de tiempo en tiempo partian del fondo de la alcoba.

Sentado junto á la chimenea, en que lucia un brillante fuego, estaba Sidy Atmet, prestando no menor atencion á lo que sucedia en la alcoba, que el enano Alvar.

Cuatro escuderos de pié é inmóviles, parecian más bien atender al infante que al estado de su señora; y el jorobado, atento á todo, no quitaba ni por un momento la vista de ellos.

Llegó un punto en que los gritos de Margarita fueron horribles, en que se levantó el enano, llegó á la puerta de la alcoba el infante, y adelantaron hasta el centro de la cámara los escuderos.

Aquellos gritos cesaron; volvió el silencio, pero no por eso retrocedieron los que habian adelantado.

—¡D. Geofre! ¡D. Geofre, amor mio!—esclamó con voz débil la jóven al ver el contorno de un hombre en la puerta, y creyendo que quien en aquella situacion suprema se le acercaba no podia ser otro que su esposo.

El infante penetró en la alcoba, adelantó hasta el lecho, y levantó sus tapices.

—Que se vayan esas mujeres,—esclamó con angustia Margarita;—que nos dejen solos; hacedlas salir.

El infante despidió con un ademan de imperio á la partera y á las doncellas que la acompañaban.

—Pero, caballero,—dijo aquella mujer—ved que.....

—Salid,—esclamó impaciente Sidy Atmet;—¿no oís que la señora necesita estar sola?

Salió la servidumbre, y quedaron solos Sidy Atmet y Margarita; el enano, replegado bajo los tapices de la puerta, escuchaba con toda su atencion.

—Acercáos, Geofre, acercáos,—dijo la dama con voz ya más débil;—¿dónde habeis estado durante tres meses?

El infante calló.

—¡Cuánto he sufrido, amor mio, durante ese tiempo; cuánto sufro ahora! Acercáos, acercáos más; dadme vuestra mano.

El infante asió temblando la mano de Margarita.

—¡Os estremeceis!—esclamó ella al notar aquel temblor.—¡Os estremeceis, porque sabeis que voy á morir!

Helóse la sangre en el corazon de Sidy Atmet, y parecióle que la carne se despegaba de sus huesos.

—Pero no morirá nuestro hijo; está aquí sobre mi seno; no he querido decirlo á esas gentes, porque he tenido miedo.

El enano se arrastró bajo las colgaduras en direccion al lecho.

—¡Miedo! ¿Y de qué?—murmuró el infante.

—No conozco vuestra voz, amado mio;—repuso en acento mucho más débil Margarita;—apenas la oigo; pero acercáos, acercáos y escuchad: he soñado tres noches seguidas que un estranjero entraba en el castillo y estaba en él mucho tiempo: luego, una noche sentia dolores agudos; tras estos dolores daba á luz un hijo, y moria; pero mi espíritu, pequeñito como una luz, se quemaba flotando en torno de mi hijo, que lloraba, y á quien el estranjero arrebataba entre sus brazos: yo, mi alma, seguia, seguia á mi hijo; le veia entregado á una mujer estraña, y luego..... luego todo se oscurecia; despues volvia á iluminarse mi sueño, y le veia crecido: era un hermoso mancebo de veinte años, y yo le reconocia, yo sabia que era mi hijo; pero el infeliz no tenia nombre, ni más pan que el que ganaba por el crímen; el estranjero le habia robado sus ejecutorias, sus escrituras de pertenencia, y le dejaba abandonado!

Detúvose Margarita, fatigada de su relato, y luego de repente se alzó, asióse al cuello de Sidy Atmet, que estaba inclinado sobre ella, y gritó de una manera sobrenatural y desgarradora:

—¡Salvad á mi hijo, salvadlo! ¡Salvadlo, porque sois su padre!

—Le salvaré, señora, le salvaré,—esclamó el infante, conmovido ante aquel dolor de madre;—seré para él mejor que lo hubiera sido Tenorio.

—¡Mejor que su padre! Pues ¿quién sois vos?

—Yo soy el infante Sidy Atmet-el-Omeya,—contestó sombriamente el morisco.

—¡Luces, luces!—esclamó Margarita, cayendo sin fuerza sobre las almohadas.

—¡Hola, pajes! ¡Hola, escuderos!—esclamó el infante.

A su voz, el enano vió que la cámara se inundaba de gente armada; dió un rugido salvaje, saltó sobre el lecho á cuyo pié se encontraba, y se avanzó al infante, á quien habia reconocido por la voz.

—Tú eres el ermitaño de la Cruz del Lloro,—gritó;—tú, el que has casado á Margarita, falso sacerdote; tú, el que en nombre de Dios representas á Satanás: ¿qué has hecho de D. Geofre Tenorio?

—Su sangre ha caido sobre su cabeza,—esclamó Sidy Atmet, en torno del cual se agrupaban sus escuderos y los hombres de armas del castillo, á quienes habia comprado.

—¡Muerto!—gritó Margarita, incorporándose sobre el lecho.—¡Muerto por tí!

Y cayó inerte, pálida, reteniendo entre sus brazos á su hijo.

—¡Le habeis asesinado!—esclamó el enano, rechinando los dientes.—¡A él, al hombre á quien ella amaba!.... ¡Vas á morir, infante!

Pero cuando levantaba el puñal sobre Sidy Atmet, se sintió asido por los brazos, sujeto y desarmado por las gentes del morisco.

Sidy Atmet miraba con estupor, horrorizado, á aquella pobre madre, á aquella infeliz viuda, que moria gimiendo sobre el seno de su hijo por los amores perdidos de su esposo.

—¡Estaba escrito!—esclamó levantando los ojos al cielo, á través de un velo de lágrimas.—Donde quiera que ese hombre ha puesto la planta, ha caido la cólera de Diós.

Margarita le escuchaba y temblaba asida á su hijo; el enano rugia; los escuderos y los soldados callaban aterrados.

—Si la certeza de que vuestro hijo tendrá en un caballero noble y leal un padre y un arrimo,—esclamó solemnemente Sidy Atmet,—basta, señora, para que murais en paz; que no amargue ese temor vuestra agonía: juré vengarme en vos, en vuestro hijo, en su raza, si me era posible; pero el crímen me espanta, señora: lo infame de la venganza no se ha hecho para mí; vuestro hijo será mi hijo, y haré de él, no lo dudeis, un caballero y un cristiano.

Margarita levantó la cabeza; miró con los ojos mates á Sidy Atmet; estendió hácia él una mano que el infante asió entre la suyas; aquella mano estrechó convulsivamente la del morisco, y luego se heló con el frio de la muerte.

La tradicion del castillo del Diablo se habia cumplido.

. . . .

Al salir el sol de aquel dia, las campanas del convento de San Francisco de Cádiar doblaban lúgubremente, y una procesion de frailes atravesaba en paso lento la distancia que separaba al monasterio del castillo del Diablo.

Por primera vez las preces cristianas y las salmodías fúnebres resonaron en la comarca maldita; y como si un poder misterioso hubiera querido purificar con el fuego aquella tierra que hollaba la religion por la planta de sus ministros, al asomar la cruz por la primera eminencia, desde la cual se veian las torres fatales, una llama roja, inmensa, coronada por un torbellino de humo, las envolvió enteramente. Viéronse saltar espantadas por la montaña las gentes que habian quedado guardando el cadáver de su señora, y luego una forma negra é informe vagando sobre los adarves y llevando entre sus brazos otra forma blanca é inerte.

—Adelantad, adelantad, hermanos,—esclamó con voz profunda el superior de los religiosos;—que ese desdichado cadáver repose en tierra sagrada: adelantad, hermanos, por amor de Dios.

El hombre que así hablaba en nombre de la caridad, de la humildad y de la religion, habia tronado en más de una batalla con su robusta voz de soldado, habia lanzado su bandera en medio del estrago, y la habia sacado teñida en sangre hasta el ristre.

Aquel hombre era el infante Sidy Atmet.

Los religiosos apresuraron la marcha: era un espectáculo estraño el de aquellos humildes sacerdotes, que se deslizaban rápidamente sobre las peladas crestas de un paisaje selvático, llevando por armas su ardiente caridad, y por bandera una cruz.

Cuando subian el repecho de la roca donde ardia el castillo, se detuvieron aterrados: sobre la plataforma de la torre más alta aullaba horrorosamente un perro gigantesco y de formas estrañas; un hombre monstruoso, asido á un cadáver de mujer, cantaba fatídicamente, sirviéndole de acompañamiento el rugido del incendio que coronaba el torreon, único que quedaba en pié en el castillo.

Á pesar de esto, sus palabras se escuchaban perfectamente.

Incendio, tu roja huella
Apresura; llega, ven:
Yo la amé radiante y bella;
Yo la adoro así tambien.
Ruge, incendio; horrible zumba;
Yo te espero sin terror:
Nupcial lecho en la honda tumba
Hallará mi eterno amor.

Y estrechaba entre sus brazos el cadáver y le cubria de besos y lágrimas, y al par lanzaba una carcajada horrible, inmensa, insensata.

Sidy Atmet se olvidó de todo; rompió por medio de los religiosos, y avanzó á la carrera por la pendiente de la montaña.

—¡Alvar, Alvar! ¡desdichado!—gritó con voz de trueno;—bajad, bajad, si

aun es tiempo; no querais hacernos sufrir el horrible espectáculo de vuestra muerte.

—¡Ah! ¡eres tú, infante! ¿Quieres vengarte aun?—gritó Alvar, cuyo rostro estaba desencajado.—Da gracias al infierno de que vives, y déjame celebrar mis bodas.

El morisco comprendió que era imposible salvar á aquel insensato, y cayó de rodillas orando por su alma.

—Te has olvidado de una cosa, Sidy Atmet,—gritó el enano, inclinándose sobre el adarve.—¿Dónde están la ejecutoria y los bienes del hijo del fratricida?

Sidy Atmet se levantó y miró con espanto al enano; no podia haber previsto el horrible resultado de su locura, y por el momento solo habia sacado del castillo al recien nacido. Sus pergaminos, lo que pudiera haber de valor, habia quedado en él.

Alvar adivinó el pensamiento del morisco; dejó el cadáver de Margarita sobre las almenas, se inclinó, alzóse con un pesado cofre y le lanzó á la montaña.

—El oro y la nobleza—gritó Alvar—para los que quedan en la vida; para los que la aborrecen, el descanso de la muerte.

Asió de nuevo el cadáver: lanzó al espacio su último canto, y desapareció entre el incendio que envolvia enteramente el torreon.

El cofre rodó hasta Sidy Atmet: se hizo pedazos contra una piedra, y se esparcieron sobre el terreno dos libros con cubiertas de terciopelo, un legajo de papeles, oro acuñado y alhajas de gran valor; aquellos objetos eran el nombre y la fortuna del recien nacido.

Una hora despues, solo habia escombros calcinados donde estuvo el castillo; en vano se buscaron los cadáveres de Margarita y de Alvar: los que presenciaron aquella horrible escena, los que conocian la tradicion, creyeron que el diablo en figura de enano se habia llevado el alma y el cuerpo de Margarita; pero el infante Sidy Atmet oró todos los dias por su eterno descanso, y no dejó de ir todas las tardes á la humilde cabaña donde se criaba un hermoso niño.

Aquel niño que con tan fatales auspicios vino al mundo, se llamó don Juan Tenorio.

Habia nacido el mismo dia y á la misma hora en que nació en Gante Cárlos de Austria, que fué despues el gran emperador D. Cárlos V.

FIN DEL PRÓLOGO.

DON JUAN TENORIO.

PRIMERA PARTE.

DIEZ AÑOS DE AMOR.

LIBRO I.

LA ENTRADA EN EL MUNDO.

CAPÍTULO I.

En que el autor empieza á descansar de los horrores del prólogo con el comienzo de un cuento de amores.

El domingo 23 de Enero de 1520, á las doce de la mañana, y bajo la luz y el calor confortante de un hermoso sol de invierno, sobre el camino que conduce de Madrid á Andalucía, y ya muy cerca de la imperial y coronada villa, caminaba un hidalgo jóven, como de veinte años, ginete en un potro cordobés, y acompañado de tal servidumbre, que era bastante á demostrar por sí sola lo noble y lo rico del mancebo, que sobre estas dos cualidades llevaba á la vista en su rostro y su persona una hermosura deslumbrante y una gentileza maravillosa.

El viento, el sol y la lluvia, durante un largo viaje, habian estendido sobre su piel un color postizo, que cuando saludaba, descubriéndose respetuosamente ante algun reverendo fraile, ó persona de valer encontrada por acaso, se recortaba vigorosamente en una línea decidida sobre el color blanquísimo de la parte superior de su frente, que habia protegido de la intemperie el sombrero.

Montaba con la soltura peculiar de los andaluces; contenia con una maestria notable las fogosidades del bruto, y hablaba al mismo tiempo con una familiaridad digna, familiaridad de noble, con un hombre alto, fornido, moreno, como de cincuenta años, que cabalgaba á su izquierda sobre un caballo negro de gran alzada.

Este hombre iba armado á la gineta, es decir, con casco, coselete, lanza y espada, á más de un arcabuz pendiente del arzon posterior, y dos pistoletes cuyas culatas afiligranadas asomaban por unas anchas pistoleras en el anterior.

Detrás de estos dos, que podremos llamar personajes, no atreviéndose á alinearse con ellos, ni consintiendo mezclarse con una docena de criados que precedian y escoltaban una pesada carroza de camino, iba un lacayo, como de veinticinco años, tipo picaresco de esa raza escéntrica y admirable que nos han legado las comedias de nuestro teatro antiguo; mozo de semblante epigramático (si se nos permite esta calificacion), de sonrisa burlona, mirada vaga y continente un si es no es altivo; punto intermedio, durante ciertas horas del dia, entre el ayuda de cámara, el maestresala, el escudero y el mayordomo, criados que pueden llamarse el estado mayor de un hombre rico y elegante de entonces, y los palafreneros, cocheros, marmitones y pinches que constituyen la planta baja de una casa en que se come y se gusta de ser bien servidos; pero cuando se trataba de ciertos servicios estraordinarios, como cita ó billete de amores, seguimiento de tapadas ó acompañamientos nocturnos, este punto, hasta entonces intermedio, se elevaba de repente á la quinta potencia; con él solo era su amo comunicativo sin restricciones; llegaba á ser casi un sócio, enamorando ó entreteniendo á las doncellas de las damas de su señor, ó sosteniendo á su lado y por igual un juego de estocadas, en que los envites se daban con una igualdad á veces fastidiosa; nuestro mozo, en fin, era el *fac totum* de la vida reservada de su amo, mientras el mayordomo, el maestresala, el escudero y el ayuda de cámara eran, por decirlo así, los representantes de la administracion y de la etiqueta en la vida pública.

Los otros doce servidores que hemos apuntado pertenecian á esa raza bastarda que nace, vive y muere en las caballerizas, solemnes bribones, si salen de ingénio agudo, ó bestias humanas y estólidas en el caso contrario; pero maliciosos todos y holgazanes, siempre dispuestos á hablar mal de su amo y á sisar las raciones de los caballos.

El lujo de sus libreas, la calidad de sus cabalgaduras y lo limpio y uniforme de sus armas, demostraban que servian á un caballero rico, y á más de rico, soldado.

El coche ó carroza que hemos dicho marchaba entre esta especie de resguardo, seria, á existir hoy, un monumento de las artes y del buen gusto, á pesar de su volúmen, de su pesadez, de su enorme delantero y su prolongada zaga: elegante su caja, como la de una litera de córte, de dimensiones colosales, hasta el punto de poder contener cómodamente ocho personas, estaba escultada en el esterior con escudos, flores, génios y amores; llevaba en sus adornos el sello del gusto de su época, verdadera época del renacimiento, en que la arquitectura gótico-bizantina habia cedido su puesto á las majestuosas líneas y los esbeltos follajes del gusto greco-romano; aquellos blasones, flores, figuras y lazos estaban pintados y dorados; talladas bajo sus enormes yantas las ruedas, con rayos salomónicos y cubos labrados; se habia apurado, en fin, todo el dispendioso lujo que, despues de las severidades de las leyes suntua-

rias de los Reyes Católicos, habia acometido á España, como un cáncer corrosivo, desde el principio del reinado de D. Cárlos de Austria y el advenimiento al poder de los flamencos, que habia traido á ella su padre el rey archiduque Felipe el Hermoso.

En el interior acrecia el lujo: el revestimiento y los almohadones eran de terciopelo blanco, floreado de oro; las cortinillas de las ventanas (porque entonces no se conocian los cristales embutidos), las cortinillas, decimos, de rico encaje flamenco, y la alfombrilla de seda y plata.

Á pesar de este lujo, aquella no era una carroza de córte; se habia construido espresamente para camino por unos moriscos de Granada, que acostumbrados á la ornamentacion árabe, no habian sabido armonizar sus adornos sin darles cierto sabor, característico por lo oriental, en su tracería y sus colores geométricamente contrapuestos; se habia provisto de lugar para un equipaje, y el que entonces llevaba, voluminosísimo, cubierto por dos grandes cueros en el delantero y en la zaga, hacia sospechar que condujese dentro de sus cofres maravillas en arte y riqueza, quien así arrojaba carrozas deslumbrantes al fango de caminos tan malos como los que, á pesar de la grandeza y y el poderío de la España de entonces, la cruzaban en todas direcciones.

Diez mulas negras y poderosas, con jaeces y caireles moriscos, tiraban á duras penas de aquella pesada máquina, merced á los votos y escitaciones del zagal, y á los latigazos y juramentos del mayoral, encaramado como en un castillo ambulante sobre el equipaje.

De tiempo en tiempo, el jóven hidalgo de que hemos hecho mencion el primero, volvia riendas, llegaba al coche y hablaba sonriendo con una dama, única persona que ocupaba el interior.

Aquella dama armonizaba admirablemente con el deslumbrante lujo de la carroza: envuelta en sedas, pieles y encajes, abrigada la cabeza con una toquilla de brocado, forrada de armiños, no dejaba ver entre lo voluminoso de su traje otra cosa que sus manos, admirables y contornadas, y su semblante moreno, ardiente, incitador. Pálida, con una palidez nerviosa; profunda en la mirada de sus grandes ojos negros; espresiva en la sonrisa de su reducida boca; favorecida en su hermosura con un marco de negros, pesados y lustrosísimos rizos; mostrando edad entre los treinta y los cuarenta años, en que no puede llamarse á una mujer niña, ni disputársela, cuando es hermosa, ese segundo atractivo de la mujer, que consiste en que es verdaderamente mujer; aquella dama, decimos, valia lo bastante para que no fuese estraño el contínuo cuidado del jóven, ni su mirada avarienta, ni su sonrisa voluptuosa. Ella escuchaba sus palabras, que siempre eran galantes y solícitas, con un descuido afectuoso, como pudiera serlo el de una madre ó el de una hermana; no contestaba, ni aun parecia apreciar las ardientes miradas del jóven; abreviaba cuanto podia, pero de una manera discreta, la conversacion, y obligaba al mancebo á separarse cada vez más triste de la portezuela. Pero despues que la dama le habia perdido de vista, palidecia como al impulso de un pensamiento profundo y terrible, suspiraba, y á veces sus ojos se llenaban de lágrimas.

Bueno será decir al lector que, sosteniendo esta lucha, acometiendo él, si

bien de una manera contenida, y disimulando ella con un tacto admirable, habian pasado quince mortales dias invertidos en el camino, desde su salida de Granada hasta llegar á la vista de Madrid.

Al fin la dama veia delante de sí á aquel reptil inmenso, tendido sobre el horizonte, exhalando por cima de su parda silueta el gas mefítico de sus albañales, encerrando, como un pandemonium, lo miserable de sus ambiciones y lo hediondo de sus cortesanas. La dama no conocia á Madrid: era el término de su viaje, y le contemplaba con ansia; porque creia encontrar en él lo que faltaba á su corazon: un retiro donde sufrir en paz; una casa sombría y solitaria donde defenderse de las miradas y de la hermosura de su jóven conductor; lo que demuestra, aunque lo digamos antes de tiempo, que la hermosísima andaluza estaba enamorada cuanto una andaluza puede estarlo, y que sin duda debia tener poderosos motivos para no acusar el recibo de aquel amor, ó mejor dicho, para no pagarlo á la vista.

El jóven hidalgo, por su parte, no pensaba ménos en la dama que lo que ella pensaba en él; solo habia quince dias que de una manera estraña y por un encargo sagrado la conocia, é igual tiempo que habia trabado relaciones con el sombrío escudero que, cabalgando á su izquierda, le acompañaba.

Aquel hombre era un guardian enfadoso; cuidaba de la dama con la abnegacion y la asiduidad de un perro; se colocaba siempre, como un obstáculo, entre ella y él; guardaba y espiaba su aposento en ventas y mesones, y si por acaso, con pretesto de mal tiempo ó cansancio, se introducia el jóven en la carroza, poniase á la portezuela, cuya cortina, como á la deshecha, cuidaba de descorrer la dama; ó si era de noche, con una familiaridad que solo se tomaba en tales ocasiones, se introducia en el carruaje.

El mancebo tuvo mil vehementes tentaciones de trabar reyerta con el escudero: le contradijo, le escitó, fué cáustico y mordaz, hizo todo cuanto buenamente puede hacerse para provocar una riña, y solo encontró un esclavo paciente que disimuló y sufrió; pero que jamás se alteró ni dejó de tratar al jóven con respeto.

Si, por el contrario, éste se familiarizaba con él, el escudero ó rodrigon de la dama le seguia el humor; si, para tentar su codicia, con un pretesto honroso, le regalaba una joya, aquel hombre la guardaba, sin dejar de ser por ello tan celoso guardian como hasta entonces de la hermosísima andaluza; y si, desesperado el jóven, le echaba á su lacayo, como se echa un perro de presa á un toro para sujetarle, el lacayo se aterraba á la primera mirada profunda del escudero, y nada acontecia.

Nuestro jóven hidalgo hizo cuanto pudo para quedar de único y absoluto guardian de la dama, pero sin haber conseguido más que irritarse en vano, y empeñarse en unos amores, cuanto más exigentes, ménos comprendidos en la apariencia.

—Dentro de cuatro horas llegamos á Madrid, Sr. Hernando Alarcon,—dijo el jóven al escudero, despues de su última visita al carruaje.

—Sí,—contestó brevemente el otro;—dentro de cuatro horas nos separamos.

—Creo, si os parece, que debiamos enviar delante á Gabilan.

—¿Y para qué?

—¿Para qué? Suponed que la señora no acepte una habitacion en mi casa.

—Supongamos que nó.

—¡Prefiere un meson!

—Quien os ha encargado su custodia por el camino, debe haberos dicho algo.

—Sí, me dijo: «Cuidareis de la dama á quien os envio; la respetareis, y no la preguntareis ni su nombre ni su estado.»

—Ese es un encargo de un moribundo, D. Juan; encargo que debeis cumplir como si fuera un encargo de Dios, porque aquel hombre, desde que nacísteis, ha sido para vos un padre sobre la tierra.

—Dios le tenga en el cielo, Sr. Alarcon; pero ¿á qué hacerme ese encargo al morir? ¿Para qué necesitaba mi resguardo esa dama, que es rica y contaba con vuestra fidelidad y vuestro brazo? Yo veo en esto algo más que vos.

—¿Y qué veis, señor?

—Os lo voy á decir francamente: vuestra señora debe ser parienta muy próxima de mi buen padre Fray Pedro.

El escudero miró profundamente al jóven.

—Sin quererlo,—continuó D. Juan—he descubierto algo acerca de su vida.

—¿De la vida de la dama?

—De la del guardian de San Francisco de Cádiar.

—¡Ah, de la vida del guardian! Una vida ejemplar y penitente, como hay pocas.

—Sin embargo, habia quien murmuraba de él.

—¿Y de quién no, D. Juan?

—Se decia que con frecuencia visitaba á cierta jóven y hermosa dama; que aquella dama estaba loca por amores, y que de los tales amores habia un hijo ó una hija, cosa que no supieron asegurarme.

—¿Y os han dicho el tiempo en que eso sucedia?

—Nó, nó á fé.

—Ya veis que eso nada prueba.

—Nada en efecto, si fuera aislado.

—No creo que tengais noticias.....

—Os diré: yo estaba muy tranquilamente en Alemania, como paje del emperador; era rico, honrado por su majestad, y llevaba el ilustre nombre de Tenorio; ni amaba, ni temia: era, pues, muy feliz.

—¿Y ahora no lo sois, D. Juan?

—Nó, no lo soy, Sr. Hernando Alarcon; por el contrario, soy muy desgraciado.

—Desgracias de jóven, D. Juan.

—Desgracias tanto más aflictivas, cuanto ménos dispuesto se está á ellas: yo no he conocido á mis padres; el cielo me deparó uno, y le amé cuanto se puede amar en el mundo; yo esperaba que el rey nuestro señor, emperador ya de Alemania, me armase caballero, me hiciese capitan y me enviase cerca del buen anciano; pero un dia me llamó.....

—Y os armó caballero, y os hizo su gentil-hombre y su capitan.

—¡Pero con qué motivo! «Vuestro padre adoptivo se muere,—me dijo mostrándome una carta—y me pide por merced que le envie al más querido de mis pajes, á mi compañero de infancia, á vos, D. Juan; partid, pero partid con vuestra banda de capitan y con la llave dorada de mi cámara.» D. Cárlos de Austria me armó caballero por la mañana, y por la tarde á solas me abrazó, y partí de Ratisbona. Cuando llegué á Cádiz, Fray Pedro de los Dolores moria; apenas tuvo fuerzas para besarme en la frente y para darme un pliego cerrado, que guardo en mi cartera.

—¡Un pliego cerrado!—esclamó con sorpresa y disgusto el alférez.—Nada me habeis dicho de él.

—Ese pliego es para mí.

—¡Para vos!

—Fray Pedro sin duda habia previsto lo que sucede: que yo amaria á su hija.

—¡Á su hija!—esclamó profundamente Alvarado.—Segun eso, ¿creeis que doña..... que la dama que acompañais es su hija?....

—Sé que me dijo: «D. Juan, si alguna vez se aclara para vos, lo que Dios no quiera, el misterio de mi vida, sabreis de cuánto me sois deudor. Prometedme, pues, que sin saber en qué consiste esta deuda, me la pagareis buena y fielmente.»

—Empeñé mi palabra de honor.

—Pues bien, continuó mi buen padre;—en Granada vive un escudero, antiguo servidor mio, llamado Hernando Alarcon; buscadle y entregadle este otro pliego. Por él os hará conocer á una dama, cuya existencia, cuya paz sobre la tierra me interesan tanto como si fuera mi más próxima parienta: vais á conocer á esa dama, D. Juan; sois enamorado, audaz y vehemente como vuestro padre; juradme respetarla como si fuera vuestra hermana.

—Lo que no habeis cumplido muy bien, Sr. D. Juan.

Palideció un tanto Tenorio, y miró profundamente al escudero.

—Paréceme que me habeis lanzado un mentís á la cara.

—Nó por cierto; solo he querido decir que la amais, y procurais hacérselo entender.

—¿Sabeis lo que ha hecho hasta ahora D. Juan Tenorio?

—Creo saberlo.

—Ha despreciado á las mujeres y á los que le han sido insolentes.....

—Proseguid vuestra narracion, D. Juan.

—Sr. Hernando Alarcon, si nuestra buena inteligencia se rompe; si en vez de servirme os obstinais en estorbarme, lo sentiré ¡vive Dios! pero de ello será preciso tomar algun partido.

—Partido que debeis tomar desde ahora.

—¿Tendreis la bondad de decirme cómo?

—Olvidando á esa dama.

—Necesito ante todo saber lo que contiene el pliego cerrado que guardo en mi cartera.

—¡Abridle, pardiez!

—Esperad, y concluiré el encargo de mi buen padre: «Respetad á esa

dama como á una hermana,—me dijo;—si la amais, huid de ella; si no podeis huir, si ella os ama, porque Dios lo quiera, abrid entonces ese pliego, y obrad segun vuestra conciencia.» Ya veis: tengo deseos de saber su contenido; para ello es necesario que esa hermosa señora me ame, y yo he empezado enamorándome de ella.

La conversacion habia tomado un giro que disgustaba á todas luces á Alarcon.

—Dejad, pues, de ser el guardian celoso de esa dama, porque os juro que estoy decidido á todo trance á acercarme á ella, á hablarla con libertad sin testigos importunos.

—Conocí á vuestro padre y os conozco, D. Juan: sé que poco os importan los peligros y los sacrificios, si estais enamorado de mi señora; pero cumpliré fielmente mi encargo; me pondré entre ella y vos, siempre, como hasta ahora; si echais mano á vuestra espada, haré un paso atrás; si avanzais aun, me cruzaré de brazos; si me herís, moriré.

—¡Sin defenderos!—esclamó con estrañeza D. Juan.

—Sin defenderme.

—Pues ¡voto á cien legiones! señor escudero, acepto vuestra vigilancia; redobladla en buen hora: yo os juro, que sin que haya de tocaros mi espada, llegaré hasta esa dama, y si logro ser amado de ella, no os lo recataré.

—Habré cumplido entonces, D. Juan, con mi deber; lo demás lo habrán hecho Dios ó el diablo.

—Por lo mismo, ni os preguntaré el nombre de esa señora, ni su estado, ni su condicion; cuando hayamos llegado á Madrid, os entregaré el cofre cerrado que me dió para ella Fray Pedro de los Dolores, y habremos concluido.

Despues de estas palabras, D. Juan se rebozó en su capa, echóse el sombrero á la cara para ocultar la impresion que le habia causado el diálogo anterior, inclinó el cuerpo sobre los arzones, y como si su espíritu, mal contenido y turbulento, le impeliese, picó al caballo y partió al galope, adelantándose á Alarcon.

Entonces su lacayo íntimo, Gabilan, sacó tambien su caballo al galope, pasó junto al alférez, mirándole maliciosamente, y se acercó á su amo.

—El aguilucho empieza á estender las alas,—dijo para sí Alarcon;—este muchacho acabará por ser lo que fué su padre; procuraremos que ella no sea su primera víctima, y despues el Señor dirá. ¡Hacérsela conocer! ¡Una mujer, que con las desgracias y los años ha crecido en hermosura! ¡Vamos, ha sido la última imprudencia del infante Sidy Atmet!

Suspiró el alférez, continuó á su paso, y muy pronto vió perderse en una ondulacion del terreno, sobre el puente del Jarama, á D. Juan Tenorio y á su lacayo Gabilan.

CAPÍTULO II.

Empiezan los misterios indispensables en toda novela, si ha de interesar á los lectores.

Cerca del lugar de Pinto, y á la puerta de un pequeño torreon bizantino, que en aquellos tiempos era como un centinela viejo al lado de un mal camino abierto naturalmente por el contínuo paso y las llantas de carros y carretas, y que hoy ha ennoblecido la mecánica moderna con un ferro-carril, flamante á la hora en que escribimos; á la puerta de aquella torre, medio gótica, medio árabe, puerta que estaba cerrada y enmohecida en sus refuerzos de hierro. habia sentados un hombre y una mujer, ocupados en concluir un frugal refrigerio, y hablando mano á mano de una manera tirada, y que daba por lo mismo á su conversacion un sabor de grave é interesante.

El aspecto de estos dos séres era asimismo estraño: el uno era una vieja de semblante cobrizo, formas enérgicas y demacradas, cabellera revuelta y ojos negros, grandes, rasgados, móviles y astutos; á pesar de lo frio de la estacion, estaba casi desnuda, puesto que no podian llamarse vestidos su desgarrado jubon y su cortísima y estrecha falda, que un tiempo debió estar adornada de cintas y lazos, y que entonces solo mostraba hilachos y remiendos; sus piés pequeños, pero descarnados y curtidos, calzaban unos viejísimos zapatos de seda, rotos por todas partes, y los únicos objetos de algun valor que llevaba sobre sí, eran una cadena de plata rodeada con muchas vueltas al cuello, de la que pendia un relicario, y una guzla, especie de guitarra morisca, con tapa de marfil y delicados embutidos de plata y ébano en forma de arabescos.

Esta pobre mujer demostraba á primera vista á un individuo de esa raza egipcia que ha llegado hasta nosotros, como un tipo especial, bajo el nom-

bre de gitanos; tipo miserable y abyecto, en el que han desaparecido todas las formas sociales que constituyen en el hombre un sér privilegiado, y solo quedan los salvajes instintos de la naturaleza.

El hombre que la acompañaba diferia de ella en aspecto, en edad, en traje y en raza: era un jóven de veintiseis años, segun se podia juzgar de su semblante, bello, pero duro, enérgico, y un tanto altivo é insolente. Tenia un caballo del diestro, enjaezado con arneses de córte; iba armado con un coselete y una espada; mostraba además su caballo un arcabuz á la grupa y un par de pistoletes al arzon; y en cuanto á su traje, consistia en una gorrita de terciopelo con pluma, un jubon verde galoneado de oro, unos gregüescos de paño del mismo color y adorno en sus cuchilladas, unas calzas de grana, y sobre ellas, hasta por cima de las rodillas, unas botas de gamuza armadas de enormes espuelas; gastaba guantes de ante con vueltas de cuero negro, y sobre todo esto una capa corta, ancha y con mangas á los costados á manera de capote.

Este hombre comia pausadamente, y como entreteniéndose, más que satisfaciendo una necesidad, queso, que dividia en sutiles láminas con una navaja morisca.

La vieja apenas comia tampoco, fijando en él una mirada avara y conmovida.

—Conque ello es preciso,—dijo como siguiendo una conversacion comenzada.

—Preciso de todo punto, madre mia,—contestó el jóven;—la Santa Hermandad agobia á mis amigos con una persecucion que cada dia se hace más activa; Guadarrama no es ya un lugar seguro, y si me prendiesen..... ¿qué se diria de mí en la córte?

—Se diria que eres un malhechor, como dirian de mí que soy una bruja.

—Creeis de buena fé en vuestras locuras, madre mia, y vais á dar ocasion al Santo Oficio para que haga con vos una de sus herejías. Creedme, he venido á buscaros.....

—¿Para pedirme untos y dineros?

—Vuestros untos, madre, sirven maravillosamente para las grietas de los cascos de mi caballo, y sin vuestro dinero, es decir, sin el mio que yo os doy á guardar, difícil me seria pasar por noble y caballero.

—¿Es decir que tú no crees en la virtud del *sebo del gran cabron?*

—Lo que creo, madre, es que á vuestra casa de Mahudes van unas mozas tales, que será lástima que la Inquisicion las adorne con su sambenito. ¿Va todavía aquella morenilla de ojos negros, mejillas sonrosadas y manitas pequeñas y redonditas como copos de algodon?

—Aquella es una dama de alto copete; una *señora* de linaje, hijo Pedro. Aquella no es bruja.

—Pues entonces, ¿á qué iba á buscaros?

—Fué á que le dijese la buenaventura.

—¡Estará enamorada!

—Está loca.

—¿Y por quién, madre?—dijo con cierto disgusto Pedro.

—Por un barbilindo paje del rey-emperador; por un mancebo á quien Dios maldiga.

—¿Tanto mal os ha hecho?

—Ya sabes que en tratándose de un Tenorio, yo que no aborrezco á nadie, yo que tanto sufro por haber amado tanto, concibo ideas horribles, desesperadas.

—¿Es D. Juan Tenorio?....

—D. Juan.

—¿Y ama..... á ese niño?

—Ese niño, Pedro, será un dia un sér terrible; ese niño, que ahora juega y se divierte con el amor, mañana matará por él; no te pongas nunca delante de su paso, Pedro, hijo mio.

—D. Juan Tenorio es mi amigo; si él supiese.....

—¿Que eres salteador?.... ¿que eres hijo de una gitana?.... ¿de una bruja?.... ¡Ira de Dios! ¿Y qué eres tú ménos que él? Lo que le llevas de edad le llevas de linaje, y si yo hablara.....

—¿Qué podriais decir? ¡Lo de siempre! ¡Tú eres hijo de D. César de Avendaño y de doña Catalina de Zayas! Pero eso es mentira; la verdad es, que ni vos sois lo degradado que apareceis, ni yo lo alto que suponeis.

—¿Qué soy yo pues?

—Vos no sois gitana.

—Me crees morisca, y para ello no tienes más pruebas que mi color. ¡Ay! Ya pasaron los dias en que los mios hacian sus cabañas de mimbres á la orilla de las corrientes, y dormian tranquilos, arrullados por el canto de sus amantes, sobre los jaeces de sus caballos; los hermosos tiempos en que los caballeros castellanos se enamoraban inútilmente de nuestros dorados semblantes, de los hoyitos de nuestras bocas y de los preciosos piececitos con chapines de seda, bordados de aljófar, que asomaban bajo nuestros briales rojos, negros y azules; ya pasó el tiempo en que el sol nos besaba como un amante y la luna empalidecia de celos al vernos. Vino el *Santo Oficio*, y los pobres gitanos, que á nadie hacian mal, ni se comian los niños crudos, se desbandaron como manada de ovejas que ve venir al lobo.

Este lenguaje sencillo y poético, lenguaje del hijo de la naturaleza, discordaba por su sentimiento y su dulzura con la repugnante faz de la vieja, como discordaria el canto del ruiseñor en la boca de un cuervo centenario. Esto, por otra parte, demostraba que el tiempo puede alterar las formas, afearlas, cubrirlas con un aspecto repugnante, al paso que el espíritu, hijo de Dios, eterno como Dios, no tiene pasado ni porvenir, pues vive siempre en el presente; en una palabra, que es siempre jóven.

—Sí, sí; habreis sido muy hermosa, madre mia,—dijo el mancebo, contestando á las últimas palabras de la vieja;—acaso esa hermosura haya sido la causa de mi nacimiento: nunca me habeis dicho el nombre de mi padre.

—Pero he comprado para tí ejecutorias y bienes: hace seis años te reconoció por hijo D. César de Avendaño, aprovechando la muerte de su mujer, y encontrando muy cómodo el haber á la mano dinero para desempeñar sus bienes.

—Pero bien sabeis, madre, que ese hombre los ha vuelto á empeñar; que al morir solo me dejó por herencia un mayorazgo, pingüe, es verdad, pero cuyas rentas cobran los usureros, y que me ha sido preciso para vivir unirme á algunos hidalgos, tan pobres y tan arrojados como yo. Es cierto que hasta ahora no han faltado en mi casa de la calle de la Almudena ni pajes ni lacayos, ni una carroza en mis cocheras, ni media docena de buenos caballos en mis cuadras; pero esto no puede durar: ayer dimos un terrible golpe al equipaje del inquisidor general, que venia de Segovia, y hoy he sabido que sus alguaciles, sus familiares, su guardia de soldados de la Fé y todos los cuadrilleros y hombres de la Santa Hermandad, en diez leguas á la redonda, andan desalados tras de nosotros.

La vieja palideció de una manera mortal.

—Y á pesar de eso, ¿te has atrevido á salir al campo con tu gente?

—Ayer, madre mia, íbamos vestidos como toscos campesinos; llevábamos cada cual una cabellera postiza y un antifaz de cuero: hoy, mis amigos visten su propio traje, montan hermosos caballos, ciñen relucientes espadas, y rien, beben y enamoran en ese lugarejo cercano; nos acompañan además una docena de cazadores, y nadie puede creer otra cosa sino que hemos salido á correr liebres; pero en realidad.....

—¿En realidad, qué?

—En realidad los he sacado de Madrid para evitar las imprudencias de la embriaguez en gentes que han tomado dinero nuevo; así los tendré cuatro ó seis dias, y al cabo olvidarán, como si no hubiese sucedido, lo del inquisidor; en esos cinco ó seis dias vos desenterrareis de noche la plata y las alhajas que hemos ocultado en la casa de Mahudes; fundireis las vajillas y el oro, que se harán barras y se venderán en Sevilla; y en cuanto á los diamantes, los llevaremos más tarde á Italia, á Flandes ó á Alemania.

—¿Conque tan bueno ha sido el golpe?

—Las costas de las quemas de herejes producen mucho, madre mia; y ya sabeis que el inquisidor general tiene un tino admirable para encontrar la herejía en las casas bien acondicionadas y fuertes. ¡Un cofre lleno de dinero y de alhajas! ¡Un cofre que vale un millon de reales!

—¡Vírgen bendita! ¿Pero tan sin resguardo iba el señor cardenal Adriano?

—¡Voto va! Llevaba diez cuadrilleros á caballo y veinte soldados de la Fé. Pero ya sabeis que cada uno de mis amigos necesita diez hombres, y todo fué obra de un centenar de tiros disparados en un cuarto de hora, el inquisidor escapó á los primeros disparos en su mula negra, seguido de sus familiares; su resguardo huyó ó quedó en el campo, y nosotros incendiamos el coche, cargamos los objetos de valor en las mulas, aprovechamos la noche, y aquí nos teneis: nada, gota de agua que cayó en el mar. Pero es necesario que esto concluya.

—Sí; es necesario que esto concluya,—dijo con malignidad la vieja;—mientras te he servido de encubridora, has encontrado muy buena, muy bendita á la pobre Aurora; ya te encuentras rico, y pues..... necesitas desempeñar los bienes del padre, que yo te he regalado; vivir á lo noble; buscar un alto empleo en la córte, y medrar: entonces la pobre vieja, la gitana, no se

atreverá á pisar los umbrales de la casa de su hijo, porque sus lacayos la darán de puntapiés y la echarán los perros. Pero el noble, el hermoso señor será muy feliz con las rameras encopetadas; llegará á ser capitan, coronel, maestre de campo, qué sé yo..... Eso te agradaria mucho, Pedro; pero á mí no me conviene.

—Pero ¿y por qué, madre mia?

—¡Porque no te veré!

—¿Que no me vereis? Al contrario: mirad; vos tambien debeis abandonar esta vida errante, cambiar de aspecto, vestir como todo el mundo viste, como todo el mundo vive; dejad ese capricho por la mendicidad, que en vos es un vicio.....

—Y viviré ahogándome en vuestras ciudades, en el fondo de una de esas profundas calles, oyendo de contínuo el ruido de vuestros vicios, los lamentos de vuestra cobardía: nó, nó; yo soy un águila vieja acostumbrada al sol y á la lluvia, al calor y al frio; yo huyo de los pueblos, que no son más que cementerios corrompidos de gusanos que se llaman hombres y mujeres; yo me moriria de tristeza en ellos, como un pájaro acostumbrado á los espacios, á quien enjaulan; vivo mejor así: no sabes cuánto me agrada dormir en el verano bajo un árbol, y en el invierno en una choza ó una cueva, al lado de una hoguera; el alba me despierta con su luz, y cuando abro los ojos, mi vista no encuentra límites en una pared ni en un cortinaje, sino que se estiende y se gasta en la inmensidad de los cielos ó en los distantes horizontes: mi guitarra me alegra; á su són baila el campesino, el pastor deja su ganado, las zagalas agitan en alegre danza sus burdos y rabicortos briales; cuando no quiero ver á los hombres, me pierdo en las montañas, y los sábados evoco á mi amante y á mis hermanas; me adormezco con la noche, y ningun ruido turba mi sueño; duermo tranquila, y mi espíritu ve aun nuestros errantes pueblos de blancas tiendas, nuestros valientes mancebos y nuestras hermosas vírgenes de semblantes dorados y ojos negros. Nó, nó; yo viviré como vivió mi madre: ella no entró más que una sola vez en las ciudades, presa por la Inquisicion; ella no salió sino para la hoguera: yo viviré y moriré como mi madre.

—Pero podreis vivir en el campo, en una linda casita que yo edificaria para vos.....

—Y donde veria siempre un mismo cielo, unas mismas praderas, unos mismos árboles; siempre las mismas montañas, perdidas en el horizonte. Quiero ser libre como hasta ahora; hoy aquí, mañana allá.

—Hace seis años, madre, que vivís á los alrededores de Madrid,—contestó como valiéndose de una poderosa réplica el jóven.

—¿Y qué ha acontecido en esos seis años?—contestó profundamente la vieja.—Mírame bien, Pedro: ¿soy la misma mujer que vino de las Alpujarras?

—Habeis perdido algo sin duda.

—He envejecido horriblemente, Pedro; acuérdate, acuérdate de cuando yo era aun hermosa, tan hermosa, que teniamos que huir de los tiranuelos de los lugares, que se enamoraban de la linda gitana. No tengo más que cuarenta años, y aparento setenta; y es que he sufrido mucho; es que yo para vivir

necesito amanecer aquí, y dormir sobre el horizonte que he visto al despertar por la mañana: los gitanos son como las flores, Pedro; para no agostarse, ellas necesitan ser regadas todos los dias con agua pura y clara; para no entristecer, nosotros necesitamos tambien cada dia una atmósfera nueva: la tristeza para nosotros es la muerte.

—Pues bien; si para vivir necesitais emociones contínuas, viajaremos, no estaremos dos dias en un mismo lugar, cambiareis de climas, de países.....

—Y viajaré en coche, servida por criados, sabiendo dónde voy..... nó; vivir verdaderamente, es no saber á dónde se va ni de dónde se viene, lo que se tuvo ayer, ni lo que se tendrá mañana. No podemos entendernos, Pedro.

—Pues bien, madre mia; ya que no podeis vivir sino de ese modo, no me opongo á ello; pero os ruego que no os opongais tampoco á que yo viva como necesito vivir.

—El lobo siempre será hijo del lobo, por más que lo amamante una cabra,—repuso la vieja;—ya que lo quieres, sea. Dentro de tres dias te espero en Mahudes; vé á la noche.

—¿Y como cuánto dinero creeis que tengamos?

—¡Miseria humana!—esclamó la vieja.—Para vosotros, el dinero lo es todo; si no hubiera dinero, no habria crímenes.

—Pero en fin.....

—En fin, podrás contar con cuatro millones de ducados.

Dió un salto sobre el escalon que estaba sentado Pedro, y se puso de pié pálido de emocion.

—¡Habeis dicho cuatro millones!....

—Sin contar lo que valga tu parte del robo del inquisidor.

—Pero todo el dinero que yo os he entregado.....

—No ha sido gran cosa, es cierto, pero yo lo he hecho producir.

—¡Vos, madre mia!—esclamó asombrado el jóven.

—Ese dinero, hijo del robo, se ha multiplicado por la usura.

—Ahora comprendo que hayais envejecido, madre,—esclamó con acento de remordimiento Pedro;—os habreis visto obligada á tratar con esos judíos, genoveses ó flamencos, que están esquilmando á España; habreis contrariado vuestra alma.....

—En cambio, el hijo de la gitana se llama D. Pedro de Avendaño; tendrá un palacio, le servirán lacayos con libreas de oro, le amarán esas hermosas cortesanas que tanto le agradan, vivirá contento y feliz, y no tendrá necesidad de disfrazarse para buscar en los caminos el oro de los placeres. Entre tanto yo, la pobre gitana, la bruja horrible y fea, caminaré alegre y satisfecha por esos mundos, recordando, para ser feliz, la felicidad de mi hijo.

—¡Oh madre, madre mia!—esclamó Pedro, arrojándose entre sus brazos.

Un destello sublime brilló en los ojos de la gitana, é instantáneamente aquella luz se apagó; marcóse en ellos una espresion dolorosa, terrible; fijó la vista en un punto del espacio cual si viera en él un objeto, rechazó á Pedro, tendió hácia aquel punto los brazos, tembló convulsivamente, y dió un grito de horror.

—¡Era tan hermoso, tan hermoso!...—esclamó, llorando de una manera desgarradora.

Pedro habia sorprendido mil veces aquel arranque en Aurora, y siempre habia sospechado que aquella conmocion se referia al recuerdo de un amor perdido.

Por un momento no se atrevió á interrumpir el dolor de su madre, que se rehizo de repente, enjugó sus lágrimas, tomó su guitarra morisca, y se puso á cantar:

La alondra dejó su nido,
Nido que el amor formó,
Cuando su lumbre en oriente
Alzaba espléndido sol.
Tocó su lumbre al ocaso,
La alondra al nido tornó:
El árbol era una hoguera,
Humo y dolores su amor.

Aquellas dos coplas, coplas improvisadas por el dolor, hacian pensar en una historia sombría, misteriosamente oculta tras la sencilla hipérbole de aquel canto triste y leve, suspirado por la voz y por la guitarra, con un sentimiento dulce, melancólico, profundamente dolorido. Pedro habia preguntado siempre á su madre la significacion de aquel canto, y entonces, como siempre, no pudo contenerse.

—Vuestra trova, madre mia, se refiere sin duda á vuestros amores.

—Yo era una hermosa hija de las riberas y de las flores: solo tenia catorce años; era una niña.

—¿Y mi padre os sedujo?

—No quiero recordar, Pedro,—gritó la vieja;—ya hace muchos años de esto, y ninguno de los mios vive.

—Jamás me habeis dicho el nombre de mi padre.

—¡Tu padre, tu padre! ¡Yo no conocí á tu padre!

—¡No conocísteis á mi padre y yo soy vuestro hijo!

—¡Mi hijo!.... ¡sí!.... ¿Crees tú que si no lo fueras haria por tí lo que hago? ¿Para qué te necesitaba yo si no fueras mi hijo?

Pedro bajó la cabeza, porque atendidas las costumbres de Aurora y los sacrificios que por él habia hecho de aquellas costumbres, sus razones eran concluyentes.

—¿Conque os obstinais, en fin,—dijo despues de un momento de silencio—en seguir vuestra vida?

—Sí, hijo mio Pedro, sí; yo te agradezco cuanto por mi felicidad deseas; pero el mejor medio de que yo sea lo ménos desdichada posible, es seguir en mi vida de siempre. Tú crece, hijo mio, crece, hazte poderoso; eres rico, bello, jóven, valiente; tienes entendimiento pronto y genio resuelto; allá en Italia y en Flandes, en las remotas Indias, hay abiertos, para un noble, anchos y buenos campos de batalla; tú conoces la vida del salteador; un sol-

dado de aventuras, en una guerra de conquista, no es otra cosa que un salteador, con quien la justicia no se entromete, porque mata y roba á la sombra de una bandera; crece, hijo mio, crece, porque mañana quizás te necesite tu madre.

—¿Y os vais?

—¿Y qué quieres que haga aquí? ¿No me has abrazado ya? ¿No sabes dónde me encontrarás dentro de tres dias? ¿Quieres algo más de mí?

—Sí, y perdonadme, madre mia; creo que estoy enamorado.

—¡Enamorado! ¿Y de quién?

—Ya os recordé aquella morenita que encontré hablando con vos en Mahudes.

—¿La enamorada de D. Juan?

—Sí,—contestó sombriamente Pedro.

—Aquella mujer vive en el cubo de la Almudena; todas las tardes se asoma á sus miradores.

—¿Y ama profundamente?

—Mi hijo es hermoso, noble y rico: las mujeres, casi todas las mujeres, son como las mariposas; vuelan alrededor de todas las luces, y se queman en aquella junto á la cual giran más de cerca.

Pedro sacó una preciosa cartera, y escribió en ella con lápiz las señas que le habia dado su madre, despues de lo cual la abrazó y montó.

—Adios, y que él te bendiga, hijo mio,—dijo la gitana.

—Me da pena el que os separeis así de mí, madre; descalza, cubierta de harapos, temblando de frio.....

—Así he pasado, Pedro, mi juventud, y así pasaré mi vejez; y adios, que ya baja el sol y me queda mucho que andar para llegar antes de la noche á donde he de dormir.

Tras esto, se alejó saltando y cantando su romance de costumbre:

La alondra dejó su nido,
Nido que el amor formó.

Pedro la contempló con ternura, y cuando la vió trasmontar una pequeña loma, enfiló su caballo á una de las cercanas calles del pueblo.

Pero de repente le detuvieron los gritos de su madre, que le llamaban, y la vió aparecer de nuevo pálida y aterrada.

CAPÍTULO III.

De como antes de hablar de cosas de algun interés debe evitarse estar cerca de una puerta cerrada.

—¡Hola! ¡eh, gitana!—esclamó, al mismo tiempo que Aurora se asia á la estribera de Pedro, D. Juan Tenorio, que trasmontaba al galope la loma, seguido de Gabilan.—No te asustes, prenda; no soy ni alguacil, ni cuadrillero, ni siquiera soldado de la Fé.

Aurora se rehizo, y Pedro retiró la mano, que habia empuñado la culata de un pistolete.

—¡Ah! Sois vos, D. Juan,—esclamó, adelantando al encuentro del jóven, que se sorprendió agradablemente á su vista.

—¡Sr. D. Pedro de Avendaño!—esclamó Tenorio con la franca espresion de un adolescente;—¿vos por estos caminos? Se tratará de algun recreo tan bueno como vuestro..... ¿eh?

—Hemos salido á correr liebres, D. Juan.

—Ya veis que yo las he corrido tambien sin esperarlo,—contestó Tenorio, señalando á la gitana;—pero de distinta especie que las vuestras.

—Yo soy una pobre mujer que á nadie hago daño,—contestó Aurora;—canto y danzo, caballero; y aunque vieja y fea, digo la buenaventura.

—Cierto que no podeis quejaros, D. Juan,—dijo el otro, como enteramente estraño á Aurora;—la buenaventura sale á recibiros á las puertas de Madrid.

—Bien la habré menester en él, segun vengo, D. Pedro.

—¿Pensais en haceros favorito de Xebres?

—Yo no quiero nada con flamencos, nada con estranjeros; pienso en hacerme enamorado.

—¡Diablo! Eso ya lo érais.

—¿Qué entendeis vos por enamorarse?

—¿Vais á seguir vuestro camino? En ese caso, enviemos vuestro lacayo á avisar á mis amigos, que tambien lo son vuestros, y en buena compañía departiremos sobre el amor. Será una alegre disputa, porque cada cual lo comprende segun lo siente.

Gabilan se habia prevenido para un próximo mandato, y esperaba con la solicitud de un buen criado que sabe servir por sola una indicacion de su amo.

D. Juan le indicó con un ademan que desmontase, y Gabilan estuvo un momento despues asido al freno del caballo del jóven; á un mismo tiempo Avendaño y Tenorio echaron pié á tierra.

Aurora se sentó en el suelo, y Tenorio, asiendo de un brazo á su amigo, se adelantó desandando el camino que habian traido.

Cuando llegaron á lo alto de la loma, el primero señaló al segundo una comitiva que se veia á una respetable distancia á lo largo del camino.

—¿Veis aquel coche, Avendaño?—le dijo.

—Sí, le veo; ¿y á qué asunto me haceis reparar en él?

—Hace quince dias que me acompaña en mi viaje desde Granada.

—Eso significa que viajais como un rey, mi querido D. Juan.

—Nó, porque yo creo que el viaje más cómodo es el que se hace más pronto, y ya veis que, por el tiempo invertido, no habremos andado muy deprisa.

—¡Ah! Pues entonces vendrá en ese coche una dama á quien habrá sido necesario dejar descansar toda la noche, y hacer entrar al oscurecer en un pueblo para que no tenga miedo al camino.

—En efecto, Avendaño, es una dama, mejor dicho, un ángel.

—Que habeis robado sin duda de alguna casa cerrada como un convento. Vais cumpliendo lo que prometiais de paje de su majestad, y no me sorprende.

—¡Ojalá fuese un hurto! Eso significaria que la tal dama me amaba. Nó, amigo mio, nó; es un encargo, un encargo póstumo de un pariente mio.

—¡Cómo! ¡No amaros á vos! ¡al bello D. Juan! ¡al sueño de las meninas de la reina doña Juana! Vamos: ¡eso es imposible!

—Escuchad, Avendaño,—dijo D. Juan con la candidez del niño, del jóven novicio aun en el mundo;—volvamos á lo que ha motivado nuestra conversacion: ¿qué entendeis vos por verdadero amor?

—¡Diablo! Me haceis una pregunta harto embarazosa para mí, que sabeis ó debeis saber (porque mi historia es muy pública en la córte), que antes de ser reconocido por mi difunto padre y señor, D. César de Avendaño, he pasado por todas las alternativas de una vida pobre y agitada; he visto el mundo más desnudo que vos, ó por mejor decir, desnudo enteramente; y á pesar de eso, hay en esa suma de afectos y pasiones que componen el corazon humano un sentimiento que jamás he comprendido: yo creo que el amor es la exageracion de un afecto; por lo mismo, no le vemos en su preciso y exacto valor; yo creo que cuando amamos estamos locos.

—Pues me basta con eso: yo estoy enamorado, D. Pedro, y enamorado de de buena ley.

—Es decir que teneis suficiente juicio para conocer que estais loco.

—Os diré, Avendaño; hasta ahora las mujeres no habian producido en mí más que indiferencia ó desprecio.

—Eso significa que teniais el corazon muy jóven y muy puro.

—Ahora es diferente: la primera vista de la mujer que viene en aquel coche me hizo palidecer; cumplí torpemente y balbuceando mi encargo; me separé con pesar de ella: la recorde, la soñé y sentí que mi corazon se dilataba cuando la volví á ver; á la tercera vez ya no me causó miedo, sino deseo, y sucesivamente he conocido que mi corazon cambiaba, y que una voluntad enérgica llenaba el lugar de la timidez.

—Eso significa que sereis un amador audaz, y que alcanzareis mucho en amor.

—Por las muestras, creo que os equivocais, D. Pedro.

—¡Cómo! ¿No os ama?

—Ya os lo he dicho.

—Apostaria á que está enamorada de vos. ¿Es blanca ó morena?

—Morena como el sol, y con los ojos más negros que la noche.

—¿Qué edad tiene?

—Cuarenta años.

—¡Cuarenta años!—esclamó deteniéndose en su paseo Avendaño.—¡Una mujer que puede ser vuestra madre, y aun tener de vos un nieto, y estais enamorado de ella, D. Juan!

—Procurad no estarlo vos cuando la veais, D. Pedro, porque reñiriamos de seguro.

—¡Diablo! De ese modo, la tal señora á los quince años debió ser un asombro.

—Lo es hoy.

—Os creo, D. Juan, os creo: habeis visto muchas hermosas y jóvenes damas; yo mismo sé de algunas que os han codiciado, que os lo han dicho con los ojos, con la boca y con la pluma; debeis tener formado un gusto esquisito; pero hé aquí que el coche empieza á subir el repecho, y que la veremos muy pronto.

—Volvámonos.

—¿No esperamos?

—Tengo un proyecto.

—¿Cuál?

—Hacer que esa gitana la diga la buenaventura.

—¡Ah! quereis un pretesto para declararos.

—Quiero tenerlo para poderlo hacer más pronto.

—Aun no sois lo que sereis. ¡Hola, gitana!—esclamó Pedro como si absolutamente no conociese á Aurora.

—Aquella se levantó y vino hasta los dos jóvenes.

—¿Qué quereis de la gitanilla, pimpollos?—dijo con ese acento meridional, recargado y zalamero de los gitanos.



DON JUAN TENORIO. — ..... Y la mostró á Aurora, que la tomó; en aquel momento Pedro, como distraido, empezó á silbar.....

—Mi buena madre,—dijo D. Juan;—quiero probar la ciencia quiromántica.

—¿Quieres, hermoso, que te diga la buenaventura?

—Sí.

—Por la mano, por el rostro ó por los naipes.

—Por la mano.

D. Juan se despojó la mano izquierda de un precioso guante de gamuza, y la mostró á Aurora, que la tomó: en aquel momento, Pedro, como distraido, empezó á silbar un aire estraño y singular.

—En el nombre de Dios sea,—dijo la gitana;—estas cuatro rayas que se cruzan, formando ocho ues con sus ángulos, signifiean que tendrás una larga vida, amor mio.

—¿Y no ves más que eso?

—Sí que veo, señor; eres rico, y llegarás á ser poderoso.

—Adelante, buena madre, adelante.

—Estas tres rayas que se juntan en una y van á parar al corazon, quieren decir que amarás á tres mujeres.

—¿Amo ya á alguna de ellas?

—Sí.

—¿Es hermosa?

—Sí.

—¿Jóven?

Aurora se detuvo un momento. Pedro seguia silbando inalterable.

—Nó,—dijo al fin con seguridad la gitana.

—¿Me ama?

—Sí.

—¿Me lo ha dicho?

—Nó.

—¿Lo sabe?

—Por tus ojos.

—¿Será mia?

—Sí, si tú quieres.

—Para creerte necesito una señal segura. ¿De qué color son sus ojos?

—Negros.

—¿Es blanca ó morena?

—Morena.

—¿Qué edad tiene?

—Cuarenta años.

—¿Está muy cerca de mí?

—Muy cerca.

D. Juan miró profundamante á la gitana: su semblante tenia toda la atencion, toda la gravedad que pudiera haber tenido el de una antigua pitonisa.

—¡Su nombre, su nombre, en fin!—esclamó Tenorio mirando con un temor supersticioso á Aurora.

—El nombre de una persona es la obra de los hombres: yo no conozco ni puedo conocer más que la figura, que es la obra de Dios; el pensamiento, que viene de los astros: la edad, que es tiempo, y corresponde á las lunas. Yo, por

tí, que has nacido para ella, puedo decirte si vive ó nó, si está cerca ó lejos, si te ama ó te aborrece. Te he dicho ya todo lo que puedo decir, porque en amores no me revela más tu mano.

—Y justo es que mano en quien tan buena ventura has sabido leer te deje un buen recuerdo suyo.

D. Juan se quitó una sortija hermosísima y de gran precio que llevaba en la mano izquierda, y la entregó á la gitana.

—Mil años vivas y mil años la goces, ramillete de perlas,—dijo Aurora;—que Dios te bendiga y te haga afortunado.

—¡Qué! ¿Me amenaza alguna desgracia?

—¿Quién sabe, D. Juan, lo que el mundo guardará para tí? Aun eres jóven, puro y bueno; pero tu padre te ha dejado una herencia de lágrimas: que Dios te bendiga, hijo mio, y que tenga piedad de tí.

La gitana pronunció estas palabras con acento conmovido, y se preparó á marchar.

—Esperad, buena madre, si no os enoja,—la dijo Tenorio deteniéndola;—aun os queda una buenaventura.

—Esperaré, mi gentil mancebo. ¿Es acaso á ese cuervo que tiene los caballos? Desde ahora, por el rostro, le pronostico que morirá calzado y al aire.

—Mala landre te coma, bruja,—contestó Gabilan al verse aludido de una manera tan poco grata;—que el diablo me lleve si no trasciendes á legua á cordoban quemado.

D. Juan Tenorio atajó con una profunda mirada la locuacidad de su lacayo, á tiempo que, trasmontando la loma, asomaba el cejijunto Alarcon, tras el cual aparecieron los lacayos y el coche.

—¡Diablo!—esclamó el llamado D. Pedro de Avendaño mirando al coche. —¡Pues no poneis vuestras miras en bajo terreno, D. Juan! Si la garza que os enamora es tan rica y tan hermosa como su carroza, nos vais á dar envidia, amigo mio.

—¡Voto va!—esclamó Tenorio, que miraba á punto el carruaje.—¡No faltaba más que esto! ¡Eh, ganapanes, á tierra! ¿No veis que la carroza se ha clavado en el fango hasta los cubos?

En efecto; á pesar de las enormes yantas de sus ruedas, el carruaje se habia atascado en un bache, y las mulas pugnaban en vano por arrancarle.

Alarcon y los lacayos desmontaron, y empezó una de esas faenas que sin duda no ha dejado de ver quien haya viajado algo por los caminos de España. El gran peso del carruaje, lo abultado de la carga y lo blando del terreno en que se habia atollado, hacian aquella operacion larga y fatigosa.

Al notar la detencion del carruaje, y á la vista de la servidumbre que le rodeaba, la dama abrió la vidriera y sacó la cabeza un tanto asustada.

—¿Qué sucede, Alarcon?—dijo al escudero.

—Lo que ha sucedido cien veces en el camino, señora,—contestó éste;—ese mayoral del infierno nos ha hecho atascar.

—Decid el camino del infierno,—contestó el mayoral—y diriais mejor. Esto es cosa que nos sucede todos los dias y á todas horas.

—Es necesario descargar,—dijo uno de los lacayos, mientras el zagal y el mayoral latigueaban en vano á las mulas.

—Sí, sí, es preciso,—dijo el zagal—á ménos que no querais que salten los tiros y se reviente el ganado.

—Ya lo oís, señora,—dijo Alarcon;—habremos de detenernos algo: ¿quiere useñoría descansar entre tanto en ese pueblo cercano?

—Hace un hermoso dia, Hernando,—contestó con languidez la dama;—andaré un poco.

—Ya lo oís, D. Pedro,—dijo Tenorio á su amigo, mientras Alarcon abria la portezuela;—va á bajar, y esta es una ocasion magnífica; la ofreceré mi brazo. Si me entretuviérais entre tanto al rodrigon.....

—¡Bah! Por eso no quede: avancemos.

Apenas habia puesto la dama los piés en el camino, cuando D. Juan se acercó á ella, y de la manera más respetuosa la ofreció su apoyo.

La dama pareció contrariada un tanto; detúvose un momento, y al fin se asió al brazo de Tenorio, que se estremeció al contacto de aquella pequeña mano.

Entre tanto, Avendaño habia trabado una conversacion perentoria con Alarcon, deteniéndole cuando se preparaba á acompañar á su señora.

—Yo os conozco: ¡diablo! ¡sí, pardiez!—esclamó con una sorpresa que no era fingida;—yo os he visto en las Alpujarras.

Alarcon, por su parte, se detuvo; reparó en el jóven, y palideció; parecióle haber visto otra vez, muchos años atrás, aquel semblante, pero de una manera vaga, como el recuerdo de un sueño sombrío; una semejanza estraña con otro sér, á quien queria recordar de una manera fija, sin conseguirlo; un sér, en fin, que sin saber por qué, le interesaba.

—Sí,—dijo con volubilidad Avendaño;—recuerdo haberos visto hace cuatro años, en una ocasion en que fuí á visitar una de mis posesiones.

—Si me permitís, caballero..... ¿vuestro nombre?

—D. Pedro de Avendaño.

—¡D. Pedro de Avendaño, rico y propietario en las Alpujarras!—pensó Alarcon.—¡Pues no es él! Y..... ¿dónde me habeis visto, caballero?

—Esperad,—dijo Avendaño, tomándose tiempo para contestar, no porque necesitase evocar un recuerdo, sino para dar tiempo á que D. Juan y la dama se alejasen;—esperad..... ¡diablo! un pueblo acabado en on..... y empezado en la..... ¿Laon?.... no; ¿Lagon?.... ménos. Un bello, un bellísimo pueblo, rodeado de limoneros, donde hay unas chicas hermosas como el amor.

Alarcon veia alejarse á D. Juan y á su señora, y preguntó ya con una impaciencia marcada:

—¿Y ese pueblo pertenece á las Alpujarras?

—Á las Alpujarras ó á sus términos comarcanos.

—¿Será Lanjaron?

—Eso es, sí; ¡admirablemente!.... ¡Lanjaron!.... ¿Pardiez!.... tengo una cabeza dada al diablo.

—Y yo tengo el disgusto, caballero, de deciros que os habeis equivocado. Nunca he estado en ese pueblo; y perdonad, pero las condiciones de mi empleo..... el servicio de mi señora..... Que Dios os guarde.

Inclinóse profundamente, giró sobre sus talones, y se separó de Pedro, sin tomarse tiempo para recibir la orgullosa indicacion de su saludo.

Éste por su parte se encogió de hombros en el ademan de un hombre que acaba de cumplir un encargo que nada le importa, y dijo para sí:

—¡Pardiez! Bastante tiempo le he dado para declararse, exigir una cita y apretar una mano; en un hombre que sabe cómo se hacen tales cosas, esto es muy sencillo. Ahora, procuremos no hacer aquí una figura desairada, ó como diria mi amigo Tieppolo en su jerga de pintor, una figura fuera del cuadro. Mas hé allí á D. Juan, que no se porta demasiado mal: ya ha hecho trabar conversacion á la dama con mi madre. Ese mozo da buenas señales; aun es aprendiz, pero muy pronto será maestro.

En efecto: la dama de la carroza hablaba con Aurora; pero esto no consistia en la mayor ó menor habilidad de D. Juan (que, y permítasenos este paréntesis, habia enmudecido al lado de la dama, poseido exactamente por el mismo temor que habrán probado algunos de nuestros lectores al hacer su primera declaracion, y que no es otra cosa que la representacion de ese pudor poético y misterioso que acompaña al primer amor; amor puramente entusiasta, vago, inocente y cándido; amor que sueña un ángel en una mujer, y que por lo mismo es impetuoso y tímido, á la vez dulce y apenador; una luz que alumbra y no quema; una sed que escita y no mata); D. Juan, decimos, habia sentido mucho, habia temblado, habia querido mirar frente á frente aquellos hermosos ojos, y habia vacilado ante ellos, y callado tanto como habia sentido; un incidente, enteramente estraño á sus proyectos, era la causa de que la gitana y la dama se hubiesen acercado de una manera interesada, y hubiesen tenido necesidad de hablar, para esplicarse de cualquier modo el efecto que habia causado en entrambas el choque de su mirada.

Al acercarse la dama al lugar donde estaba sentada Aurora, la mirada de ésta, que antes solo espresaba una curiosidad instintiva, se alteró; marcáronse en ella á la vez el espanto, el dolor, el asombro; se estremeció, palideció, alzóse de repente, reprimió de una manera perceptible un grito que ya, por decirlo así, asomaba á sus lábios, y volvió la espalda como para huir.

La impresion que recibió la gitana habia sido tan imprevista, y por lo mismo tan clara su demostracion, que la dama comprendió que su memoria debia tener algo de comun con el pensamiento de aquella mujer, que de tal modo se habia conmovido al verla.

El deseo de que se nos demuestren las cosas que nos parecen misteriosas es tan natural, tan anejo á la condicion humana, que no debe parecer estraño el que la dama, al ver que su misterio se le escapaba, adelantase con un tanto de precipitacion, y dijese á Aurora:

—Esperad, buena mujer, esperad.

La gitana se detuvo, y preguntó con la voz un tanto insegura:

—¿Qué me quiere vuestra señoría?

En verdad, la dama no podia decirla: «Me ha parecido estraño el efecto que ha causado en vos mi presencia: decidme qué hay de comun entre las dos, para que así palidezcais y pretendais huir á mi vista.» Esto hubiera sido

resignarse á no saber nada, cometer una torpeza, y la dama, sin saber por qué, deseaba penetrar hasta el fondo del alma de aquella mujer.

Así es que, teniendo en cuenta su talante de gitana, la dijo sin vacilar:

—Decidme la buenaventura.

La gitana se acercó, y la dama, deshaciéndose del brazo de D. Juan, en lo que mostraba desear que el conocimiento de su horóscopo se circunscribiese á ella sola, se separó un trecho con la gitana, trecho que por cortesía aumentó el jóven.

Esta es la situacion en que se hallaban colocadas ambas mujeres, cabalmente cerca de la puerta de la vieja torre gótico-bizantina, cuando se separaron, despues de su breve diálogo, Pedro y Alarcon.

El primero, consecuente á su pensamiento de no ser una cosa estraña, una figura fuera del grupo, se dirigió en derechura á D. Juan.

—Os veo muy gratamente ocupado—le dijo tendiéndole la mano—para no comprender que mi presencia.....

—¡Oh! Vuestra presencia.....

—No dudo, D. Juan, que otra ocasion os sea muy tolerable, muy amable..... pero ahora, adios. Ya nos veremos, ¿eh? Vivo en la calle de la Almudena; allí todo el mundo me conoce. Adios, pues.

—Adios, D. Pedro; en el monte de Leganitos.....

—Mejor que eso, si quereis pasar esta noche una buena velada, id á la hostería de Toledo á las ocho; ¿os conviene? ¡Sí! Pues adios.

Estrecháronse cordialmente la mano los dos jóvenes; Pedro recibió su caballo de Gabilan, montó, y saludando de nuevo á Tenorio, picó y se entró en el pueblo, no sin haber abarcado en una rápida, pero profunda mirada, mirada de inteligente, á la dama que hablaba con su madre: aquella mirada le costó un suspiro.

—Es una hermosura brillante,—esclamó;— y ¡vive Dios! que no se le conocen sus cuarenta.

Á su vez y al mismo tiempo que Pedro junto á Tenorio, Alarcon habia llegado junto á la dama; pero no hubo entre ellos palabras, ni más que una mirada significativa de mando, y de mando imperioso en ella, y una obediencia absoluta y respetuosa de parte de él, que comprendiendo la intencion y el lenguaje de aquella mirada, se apartó á una distancia desde la cual no podia oir lo que hablasen las dos mujeres.

Cuando pasó por delante de él Pedro, le saludó, recibió su exiguo saludo, y le siguió con la vista hasta que dobló la esquina de la primera calle de Pinto.

—Yo conozco ese semblante,—pensó mordiéndose los lábios, impaciente por no poder desenmarañar su pensamiento;—yo le conozco, y sin embargo, puedo jurar que esta es la primera vez que veo á ese hidalgo. Es un parecido vago, un recuerdo que se desvanece como el humo cuando quiero fijarlo. Pero no importa; él es amigo de D. Juan..... ¡Oh! D. Juan me servirá, y por lo mismo, es menester no exasperarlo.

Y dando vueltas á su pensamiento, sin dejar por ello de atender á la dama, se puso á pasear como un centinela en un espacio determinado.

D. Juan, á un estremo opuesto, hacia lo mismo; Gabilan, teniendo los caballos del diestro, miraba con un descuido intencionado aquella escena, que no dejaba de aparecer estraña, y los lacayos y demás servidumbre se ocupaban sobre el camino en su tarea de desatollar la carroza.

Despues de marcados estos detalles, que no hemos creido oportuno dejar pasar desapercibidos, volvamos á la dama y á Aurora.

—Decidme la buenaventura,—habia dicho la primera á la segunda.

—¡La buenaventura!—contestó la gitana con acento tan dulce como el que habia usado para espresar sus recuerdos de amor y de juventud.—¡La buenaventura! ¿Y por qué no la mala?

—He debido decir mi horóscopo, ¿no es verdad?

—Es ciertamente necio el que siempre hayamos de suponer dichas, cuando acaso estamos más cerca de los dolores.

—Es decir que yo.....

—Nada puedo decir aun á vuestra señoría.

—¿Por qué me dais tratamiento?—esclamó la dama, mirando fijamente á Aurora.

—La noble alcurnia y las grandes riquezas, si no siempre alcanzan á dar nobleza á un semblante, cuando se la prestan es de una manera tal y tan señalada, que no se puede dudar de ellas.

—Esa es una consecuencia que cualquier lacayo de buena casa alcanzaria,—contestó con desden la dama—y que por lo mismo es muy vulgar, procediendo de una hechicera.

—Mi raza, señora, conoce la ciencia de la adivinizacion por medio de los signos; pero de esto á resucitar muertos y á causar maleficios, va mucha distancia, noble señora.

—¿Necesitais, pues, mi mano?

—Es el medio que tenemos más fácil y ménos violento, porque vos no querreis valeros de la *nigromancia*.

—¡Es decir, de la adivinizacion por medio de los muertos!—esclamó con cierto horror la dama.—Nó, nó; me basta la *quiromancia*. Hé aquí mi mano.

—Á otra persona que á useñoría pediria yo en la palma de la mano una hoja del libro de su destino. Para deciros el vuestro, señora, me basta con el semblante.

—¿Y qué veis en él?

—Desgracias en amor, señora; todo cuanto habeis amado, lo habeis perdido.

Palideció la dama.

—¿Y cómo lo he perdido?

—Si yo os pudiese contar vuestra historia de otro modo que por los efectos generales, seria semejante á Dios, señora.

—¿Y estais segura de que no os engañais?

—¡Engañarme! Para que yo me engañe, es preciso que Dios borre de sobre el semblante humano ese mudo lenguaje que habla de una manera tan clara como la palabra escrita; que altere el órden de los astros y de los planetas, las revoluciones de la tierra y el curso de las aguas. Mientras eso no suceda, señora, yo no puedo engañarme; porque mi ciencia no es una mentira, sino

una ciencia llena de luz para el que la ha recibido de padres á hijos de una generacion de sabios, que en otra edad ya remota fueron reyes y sacerdotes, y hoy son vagabundos, errantes y miserables, á quienes quema la Inquisicion y desprecia la canalla. Nó, la gitana, noble señora, al deciros que habeis perdido cuanto habeis amado, no ha mentido.

—Y..... ¿amaré aun?—preguntó tímidamente la dama.—Si amo, ¿cuál será mi suerte?

—¡La desgracia desespera!—contestó la gitana con acento solemne;—la desesperacion estravía..... el estravío..... ¿quién sabe á dónde puede conducirnos?

—Os he preguntado.....

—¿Qué si amareis aun? Amais ya; es decir, amais de nuevo; con un amor que os espanta, y que por lo mismo, no quereis confesaros.

—¿Quién ha podido deciros eso?

—Siempre vuestro semblante. Él dice que sufrís, y que sufrís por amor; no por un amor pasado, sino por un amor presente. Vuestra conciencia os dice que no debeis amar..... y os revelais contra vuestra conciencia.....

—Mi conciencia.....

—La conciencia, que es la razon y la justicia, mientras el corazon es la pasion y el deseo.

Miró fijamente la dama á Aurora, más con la espresion de un juez que mira, que con la timidez de un reo que suplica.

—Basta,—la dijo;—me estais engañando, y os engañais. Engañándome, porque sin duda, aunque no me espliqueis el cómo, conoceis mi pasado y mis desgracias; engañándoos, porque á la vista de un jóven hermoso, noble y cándido, juzgándome mal, os habreis dicho: ella, que tanto ha sufrido, no podrá ser indiferente al encanto de un amor tan puro, tan noble, tan respetuoso como el de ese niño; corazon desnudo de ilusiones, de placeres, lo olvidará todo..... ¡todo¡ ¿me entendeis?

—Si Aurora sabia algo del pasado de aquella mujer, tuvo la fuerza de espíritu bastante para conservar la dura impasibilidad de su rostro.

—Si la ciencia pudiera engañarse, las palabras de vuestra señoría me bastarian para probarme que he llegado á leer en el fondo de vuestra alma. Negais con demasiado ardor para que vuestra negativa sea sincera y.....

—¡Basta! Olvidad que he sido débil hasta el punto de demandar á una gitana la noticia de mi destino. Si me conoceis, tomad; no quiero que veais desmentida para con vos mi caridad para con todos; si no me conoceis, guardad eso en memoria mia.

Tras estas palabras entregó á la gitana un pesado bolsillo, volviéndola inmediatamente la espalda.

—Esperad, esperad, noble señora.—la dijo la gitana;—las palabras del bien siempre serán santas y buenas, por más que las pronuncie una boca tan miserable como la mia.

La dama se volvió á medias.

—¿Qué me quereis aun?

—Amad, noble señora, amad; pero tened siempre presente que la desgra-

cia, que el sufrimiento, que los dolores, tienen un goce infinito: el conocimiento de que se ha luchado con el mal, de que se ha salido de la lucha heridos en el corazon, destrozados, muertos, pero venciendo, siendo mártires; esto vale más que el remordimiento con que se paga un placer que vuela, y no deja tras sí más que vergüenza y hastío.

Dicho esto, la gitana volvió la espalda y se alejo precipitadamente, antes de que hubiese podido contestarle la dama, que poseida por una fascinacion profunda, tuvo fijos los ojos en ella hasta que desapareció trasmontando la loma.

—¡Oh! esa mujer.....—esclamó con terror, y se interrumpió; volvióse á D. Juan, se acercó á él y se asió de su brazo, alejando con una mirada á Alarcon, que se acercaba al mismo tiempo.

—Es que, señora,—dijo el escudero—el carruaje.....

—Sí, ya veo que está libre..... pero..... deseo andar un poco..... que nos siga despacio.

Alarcon se separó de mal talante, como uno de esos criados que á fuerza de antiguos han llegado á hacerse una especie de autoridad especial, á quienes se manda poco, sin que por esto suceda que obedezcan mucho.

De cualquier modo, el escudero montó á caballo más cejijunto y tétrico que hasta entonces, y nuestros dos jóvenes siguieron andando en silencio por el borde derecho del camino.

Entrambos deseaban hablar, y entrambos esperaban que el uno de ellos fuese el primero en promover la conversacion. Él, enamorado é impaciente, acechaba una ocasion propicia para formular en palabras su amor; ella, cuidadosa por las palabras de la gitana, esperaba una oportunidad para demandar un servicio á D. Juan. En éste, la lucha se agitaba entre el deseo y la timidez, timidez inesplicable á no atribuirse á la falta de costumbre; porque si bien el amor se engendra, crece y se dilata por sí mismo en el alma, la manera de espresar este sentimiento al sér que lo causa de un modo esplícito por medio del lenguaje, forma el estilo y la práctica, para lo cual el galanteo, como todos los oficios (porque creemos que lo sea) necesita de una escuela en la cual, á más del ingenio, entra por mucho la esperiencia. Creemos haber indicado que D. Juan era novicio en el amor.

Ella estaba contenida por una consideracion de respeto á su decoro; si D. Juan no sabia hablar de amor, le espresaba con tal facilidad, de un modo tan elocuente con los ojos, que ella no podia alegar ignorancia, si bien estaba libre de una contestacion, puesto que hasta ahora, á ménos que nosotros no lo sepamos, no ha podido haber respuesta sin pregunta, y es cosa notoria cuánto más natural sea valerse para ello de la boca que de los ojos.

Pero sin embargo, una mujer, en la situacion de aquella dama, no podia demandar un servicio sin verse por ello comprometida á pagarlo, ó lo que es peor, á dar ocasion de que se la creyese con deseos de satisfacer el precio, cosa con la cual no quedaria muy bien parado su decoro.

La misma escuela, el destino, la naturaleza, en fin, de la mujer ha hecho que la sociedad la prescriba como un deber el disimulo y la mentira, vicios que se la enseñan, y con los que se la arma para hacerla despues un misterio

inesplicable, una contradiccion eterna entre la mujer natural y la mujer social. Hemos hecho esta digresion inoportuna, para tomarnos la más inoportuna licencia de aconsejar á aquellos de nuestros lectores que sean enamorados ó celosos por temperamento, que en la mujer no se debe creer todo lo que se ve, ni fiar en deducciones, ni aventurar pensamientos acerca de lo que no se ve.

La dama de nuestro cuento era un ejemplo patente del límite hasta donde puede llegar el dominio sobre sí misma, ó sea el disimulo de la mujer. Tenemos más de un indicio de que estaba aficionada á D. Juan; pero ninguno, ni el más leve, de que el jóven se hubiese apercibido de ello, á pesar de que, aunque tímido, no era torpe; razon que demuestra que nada se le habia dejado ver.

Por lo mismo, el inesperto amor de nuestro jóven estaba contenido por el temor de una repulsa; no conocia ninguno de los mil medios que tiene á su disposicion un hombre, ya avezado en la estrategia del amor, para descubrir sin descubrirse; se veia precisado á hacer servir á sus miradas y á sus suspiros el oficio de baterías; encontraba en el semblante de la dama lo inalterable de una muralla á prueba, de una de esas fortificaciones que solo se toman despues de un reñido combate y á la escalada; se decidia á asaltar, y la palabra agresora llegaba á los lábios, los entreabria y se ahogaba antes de articularse en un sonido.

Aconteció en D. Juan lo que en un soldado bisoño, más altivo y valiente, que palidece á la vista del enemigo, que lucha consigo mismo antes de decidirse á medir con él sus armas; pero que una vez resuelto, domina su terror, cierra los ojos y embiste, sin que despues de esto haya nada que le contenga sino la muerte.

La muerte que allí amenazaba á D. Juan, hablando en sentido figurado, era una negativa redonda, tenaz, del género de aquellas que privan de toda esperanza á un hombre que no es necio.

—Os doy las gracias, señora,—dijo al fin el jóven, pronunciando estas palabras de una manera torpe é incompleta.

Estremecióse la dama, porque aunque débil y descompuesto, su jóven enemigo la acometia de frente, y se veia obligada á parar el primer golpe.

—¡Las gracias!—dijo afectando una fria sorpresa.—¿Y de qué?

—Desde que os conozco, esta es la primera vez que puedo hablaros sin testigos enfadosos.

—Sí,—repuso ella, saliéndose de la línea en que la acometia D. Juan;—quiero valerme de vos para que me ayudeis á hacer una obra de caridad.

—¡Ah!—esclamó Tenorio con una entonacion inesplicable.—¡Sois caritativa!

—Creo haberlo demostrado en este largo viaje, en que con tanta frecuencia me he visto rodeada de mendigos.

—Y sin embargo, señora, algun pobre necesitado se ha separado constantemente de vos sin consuelo.

—Mirad,—continuó la dama;—quiero hacer una buena obra á medias con vos.

—¿Á medias conmigo? ¿Y qué es ello, si me permitís?

—Esa pobre gitana que acaba de decirme la buenaventura.....

—¡Ah! la gitana.....—esclamó con estrañeza D. Juan.

—Sí; quiero ampararla, tenerla á mi lado; me ha inspirado una gran compasion.

—De modo que.....

—Necesito que se la busque.

—Se la buscará, señora.

—Ahora mismo.

—¿Ahora mismo?

—Sí: debe andar por estos alrededores; y un hombre á caballo..... un hombre que no sea torpe.....

—Anton Gabilan.....—esclamó Tenorio.

—¿Quién es ese hombre?

—Mi lacayo, señora: un mozo á propósito, no digo yo para buscar una gitana, sino para engañar y burlarse del diablo. Si me permitís..... ya que quereis.....

—Sí, sí;—dijo la dama despues de un momento de silencio, como volviendo en sí de un pensamiento profundo.

D. Juan se detuvo, lanzó un silbido y siguió andando; oyóse en el momento el galope de dos caballos, es decir, el de D. Juan y el del lacayo, que nunca encargaba á otro los servicios de su amo, y llevaba de la mano su montura.

—¿Qué me manda vuestra señoría?—dijo saltando del caballo y descubriéndose, todo á un tiempo, cuando hubo llegado junto á D. Juan.

—¿Has reparado bien en la gitana?

—¿En la que me ha pronosticado una muerte al aire?....

—La mujer con quien yo he hablado,—contestó severamente D. Juan.

—Sí señor;—dijo ya con más circunspeccion Gabilan.

—¿La reconocerás?

—Sí señor.

—A buscarla al momento.

—¿Y qué haré cuando la encuentre?

—La traerás..... ¿á mi casa?—preguntó D. Juan á la dama, que contestó afirmativamente con la cabeza.

—La traerás contigo á mi casa,—dijo D. Juan, trasmitiendo esta órden.

—Ya sabeis, señor, que esos vagabundos solo hacen lo que quieren.

—La darás este bolsillo.

—¿Y si se niega?

—La prenderás por la Inquisicion.

—¡Dios mio!—esclamó la dama.

—La Inquisicion, señora, es como todos los tribunales; se sirve á sí misma, pero no por eso deja de servir á los suyos.

—Pero.....

—Sabed que yo soy familiar del Santo Oficio.

—¡Vos, vos!—esclamó con terror la dama.

—Yo, sí; mirad,—dijo D. Juan, abriéndose el jubon y mostrándola una medallita de oro, en que estaba esmaltada en blanco y negro la cruz dominica.

—¡Vos familiar de ese terrible..... de ese santo tribunal!

—Todos los servidores del emperador lo son.

—Pero ¿estais seguro de que no correrá riesgo?

—Segurísimo.

—Entonces.....

La dama se detuvo.

—Acuérdate, Gabilan, de que eres soldado de la Fé,—dijo ya decididamente D. Juan;—apodérate de ella; entrégala en la cárcel del tribunal, sin acusacion, como sospechosa, y avísame al momento. ¡Eh! ¿qué haces aun ahí? ¡Á caballo, y pronto! Si tú solo no bastas, pon en movimiento las justicias de esos pueblecillos; esta noche he de tener noticias.

Saltó de nuevo Gabilan en su caballo, dejó el de D. Juan á uno de los criados, y partió á la carrera en la direccion que habia tomado Aurora.

—¡D. Juan, D. Juan!—esclamó la dama;—Dios perdone mi curiosidad si produce algun daño á esa desgraciada.

—¿Curiosidad habeis dicho? ¡Luego no era caridad!

—Sea lo que quiera..... Vos no sabeis á lo que me veo obligada.

Estas eran las primeras palabras de confianza que dejaba escuchar la dama á D. Juan.

—¡Obligada! ¿Y quién os obliga?—esclamó éste con fiereza.

—Respetad, os suplico, lo que yo no os digo, porque no puedo.

—¿Sois casada?

—Nó.

—¿Viuda?

—Tampoco.

—¿Por qué, pues,—dijo D. Juan yéndose de una vez á fondo—no habeis querido aceptar mi amor?

El golpe dió de lleno en el corazon de la dama.

—Porque yo no os amo,—contestó con embarazo despues de un momento de silencio;—porque yo no puedo amaros.

—¿No podeis?....

—Dispensadme, D. Juan, de estas réplicas que me lastiman; dentro de poco nos separaremos, y no debemos volvernos á ver.

—¿Y cómo podré deciros entonces, señora, lo que haya sido de la gitana?

—¡Ah!

—Creo, pues, inútil buscarla..... si vos..... si os negais, en fin, á que yo tenga la felicidad de volveros á ver.

—Esperad, esperad..... buscad un medio para averiguar..... para descubrir mi paradero.

—¡Qué! ¿No sabeis á dónde vais?

—Nó.

—¿Y no podeis mandar á vuestro criado?

—Sí; pero no me atrevo.

—¿Que no os atreveis?....

—Os suplico otra vez que respeteis mis razones.

—Pero haciendo que un criado mio siga la carroza..... de todos modos, en ella va mi equipaje.....

—No os fieis de eso; la carroza parará en el primer meson que encuentre, y despues Alarcon se compondrá de modo que no podamos ser seguidos.

—Pero ¿vais á permanecer en Madrid?....

—¡Oh, eso sí!

—Entonces, ya os he encontrado,—esclamó el jóven con alegría.

—¡Cómo!

—Supongo que la casa en que vivais tendrá rejas ó balcones á una calle pública.

—Así debe ser.

—Pues bien; esta noche arrojad á la calle un pañuelo, en el cual cuidareis de envolver algo de peso para que el aire no lo arrastre. Por ejemplo, este mio.

—¿Y para qué?

—Esta misma noche hago yo fijar por todas las esquinas de Madrid un cartel, que aparecerá mañana, en el cual ofreceré un hallazgo exorbitante al que me presente el pañuelo.

—¡Ah!

—¡Me comprendeis! El que lo haya encontrado, conocerá el sitio, y me lo dirá; una vez conocida la casa, de mi cuenta corre penetrar en ella. Tomad el pañuelo, tomadlo.

La dama lo tomó maquinalmente y lo guardó.

—¿Y ahora no me concedereis ni una leve esperanza?

La dama se detuvo entonces, como si nada hubiera oido, y llamó á Alarcon, que llegó con más prisa de lo que hubiera deseado Tenorio.

—Me siento cansada,—dijo;—haced acercar la carroza.

D. Juan, una vez á la vista del escudero, no se atrevió á insistir; dió la mano á la dama, que entró en el carruaje, montó á caballo, y siguió adelante el convoy.

Apenas éste se perdió de vista en una revuelta del camino, quien hubiera estado cerca de la puerta del torreon de Pinto hubiera escuchado el áspero chirrido de un cerrojo, luego el crugir de unos goznes entorpecidos por el moho, y luego hubiera visto abrirse la puerta y salir una mujer rebozada en un manto de bayeta; una palurda, pero con las trazas de una palurda hermosa.

Despues de esto, un hombre con traje negro, capa y espada, se asomó recatadamente al dintel, y cuando se aseguró de que por nadie podia ser visto, sacó fuera un caballo, tambien negro, con arneses de baqueta del mismo color, cerró la puerta cuidadosamente, metió la enorme llave en una de sus pistoleras, montó y se encaminó al pueblo, murmurando:

—Un robo al señor cardenal por valor de un millon de reales..... bien. Un capital de cuatro millones de ducados..... portentoso. Un hidalgo que es ladron y que usurpa un nombre..... magnífico. Galanes y damas que se ha-

cen decir la buenaventura contra los edictos del Santo Oficio..... bien..... bien..... muy bien.

Este monólogo patentizaba que aquel hombre habia escuchado y mirado desde cerca cuanto habia acontecido, lo que viene á justificar nuestra conviccion sobre que no es prudente ni oportuno hablar de cosas importantes junto á una puerta cerrada.

CAPITULO IV.

En el que se da una pequeña muestra de lo que eran un inquisidor lego y un ama de cura no lega en el año de 1500.

Este hombre entró en Pinto y llegó hasta la plaza, no sin ser saludado á su paso por los labriegos de una manera tal, que indicaba por sí sola que si no habia mucho amor ni mucha intimidad en los últimos respecto al primero, existia un sentimiento muy parecido al terror, con cuya demostracion gozaba sin duda nuestro hombre; puesto que, despues de contestar grave y altaneramente á aquellos saludos, se trasparentaba, por decirlo así, en su semblante una sonrisa de fruicion, mezquino y repugnante goce de déspota, y de déspota vulgar, cuando recibe el homenaje del miedo.

Pero si hubiera tenido ojos por detrás, esta sonrisa se hubiera desvanecido ante la mirada de odio con que, volviendo la cabeza los campesinos cuando habia pasado, parecian indemnizarse del servil «Dios bendiga á vuestra señoría» que habian pronunciado con la cabeza baja y descubierta al pasar por su lado.

Aquel hombre se dirigió en derechura á la casa del párroco, situada junto al muro de la iglesia, y sin echar pié á tierra se introdujo en el gran portalon, que servia á un tiempo de zaguan, recibimiento y cocina, sin desmontar, exactamente como si aquel recinto privado no fuese ni más ni ménos que un camino ó una calle pública.

—Me hareis la merced, señora Marta,—dijo á una vieja que se ocupaba en cocinar en el hogar á su llegada, y que al sentir las pisadas del caballo se habia vuelto toda asustada;—me hareis la merced de tenerme este animal y llevarle al establo.

—Dios os perdone, señor receptor, el cuidado en que me habeis pues-

to,—dijo la vieja sonriendo de la manera más amable.—No creí sino que se nos echaba encima alguno de esos excomulgados señores, que están desde esta mañana alborotando y escandalizando el pueblo. ¿Querreis creer que el señor cura se ha visto en un grave peligro?

—¡Cómo, cómo! ¿En peligro un sacerdote, y en peligro en medio de su parroquia?—dijo el receptor (pues ya sabemos que lo era), desmontando y sentándose gentilmente en un sillon de baqueta.

—Pues ahí vereis, señor; no hay religion, no hay temor de Dios; es menester que el Santo Oficio tome en esto mano, y una mano fuerte.

—Pero ¿qué ha sucedido, señora Marta?

—¡Nada, nada!—esclamó la vieja con una entonacion de sarcasmo, que queria decir: mucho..... muchísimo..... horrores.....

—Pero ya veis,—dijo de una manera suave é insinuante el receptor;—ya veis, señora Marta, que si el Santo Oficio, de que soy un miembro (indigno sin duda), no conoce los delitos, no podrá castigarlos.

—Pues bien, señor receptor, en el pueblo.....—y la vieja se acercaba misteriosamente al recien llegado—en el pueblo están los siete pecados mortales.

—Es decir, siete buenos mozos, ginetes en otros tantos caballos, acompañados de una docena de cazadores y de una jáuria de sabuesos. ¿Es eso todo lo que teniais que decirme?

La vieja hizo un candil con sus lábios apergaminados, contrariada por la sonrisa cáustica del receptor, que encontraba un placer supremo en despojar de su novedad á la confidencia de la vieja.

—¡Lo sabiais!—esclamó ésta con asombro.

—El Santo Oficio lo sabe todo, señora mia, todo; hasta los pensamientos.

—No lo dudo, no lo dudo,—contestó la vieja;—pero aun así, ya hace más de cuatro horas que alborotan y escandalizan, y todavía no están presos.

—Lo estarán, lo estarán. ¿Teneis noticia de que se haya escapado algun reo de la justicia del Santo Oficio?

—¡Escapar! ¿Qué es escapar? ¡Eso no pueden pensarlo más que los herejes!.... ¿Y habeis traido muchos familiares?—añadió, interrumpiéndose de repente y mirándole, no sin cuidado, la vieja.

—Cuando se trata de personas como esas no se trae gente, señora Marta; eso seria una imprudencia.

—Lo que es imprudente, señor receptor, es dejar espuestas á las doncellas á las tropelías de esos réprobos. ¿Qué diriais si yo, si mi Inesita, hubiéramos sido violadas por esos judios?

—¡Cómo, cómo! Pues ¿qué ha sucedido?

—¡Qué ha sucedido! Ya se ve que si el Santo Oficio todo lo sabe y todo lo descubre, hay en él personas, y personas principales, que tienen muy corto el olfato.

—Todo cristiano fiel y católico, entendedlo, es un miembro, por pequeño y débil que sea, del tribunal de la Fé; de manera que vos, que sois cristiana, y cristiana piadosa y ardientísima, que sabeis sin duda el horrible crímen de esos *herejes condenados*, representais los ojos y los oidos del Santo Oficio.....

¿Y qué, qué ha sucedido?—añadió agitándose impaciente en el sillon el receptor.

—¡Suceder! Nada. ¡Pues bonita soy yo cuando tocan á mi recato! ¡Les hubiera sacado los ojos!

—Pero ¡por la sangre de Jesucristo! acabad de una vez. Ello es que ha habido crímen.....

—¡Crímen! Más que eso, más que eso..... Blasfemia, intentos horribles; ¡intentos de sacrilegio!

—¡Ave-María purísima!—esclamó el receptor, santiguándose y con acento compungido.—¿Y qué más, qué más?

—¿Quiere más vuesamercé?

Aquello era irritar la cólera de la serpiente.

—Quiero saber hechos,—esclamó impaciente el inquisidor (porque lo era nuestro personaje, si bien lego y seglar), perdiendo un tanto su aplomo y su entonacion suave é hipócrita;—hechos: porque aunque la intencion sola basta, en muchos casos, para que el Santo Oficio relaje á un pecador y le entregue al brazo de la justicia secular para la hoguera..... los hechos..... pues; los hechos..... Vos no sabeis lo que son los hechos.

—Ni permita Dios que lo sepa, si han de ser como los que intentaban esos excomulgados.

—Acabaremos porque yo no os pregunte como un amigo,—esclamó el inquisidor, tomando de repente un aspecto y una entonacion terrible,—sino porque os interrogue en nombre de Dios, cosa que os haria sospechosa y me obligaria á delataros..... porque en asuntos de fé..... pues..... ya sabeis que lo primero y más interesante para cada cual es su alma, y.....

—¡Jesus, Jesus! Señor receptor, ¿habeis sospechado..... no me consolaré jamás..... ¿de mí?.... ¡cristiana vieja sin mezcla de moro ni de!....

—¡Por amor de Dios!—esclamó el receptor.—Ya sabemos vuestra cristiandad; pero.....

—El caso es que esos siete maldecidos.....

—La vieja se aproximó al inquisidor y le hablo junto al oido, como si temiese que le escuchasen las paredes.

—Veamos, veamos,—esclamó aquél.

—Querian..... Perdonadme si me ruborizo.....

—¡Por Dios!

—Pues..... querian que el señor cura dijese una misa cantada.

—Pues no veo en eso..... nó, no veo nada de reprensible...... si la pagaban.....

—Daban por ella cien doblones.

—¡Cáspita!.... Pues no entiendo..... nó..... el señor cura debió.....

—Es que querian que la dijese en calzoncillos blancos.

—¡Jesus! ¡Jesus mil veces!—esclamó el inquisidor, saltando del sillon como si le hubiese lanzado un resorte.

—Pues no es eso lo peor.

—¿Más? ¿Todavía más?

—Mucho, muchísimo más. Querian que yo y mi sobrina Inesita hiciésemos en camisa el oficio de diácono y subdiácono.

—*Exurge, Domine, et judica causam tuam*,—esclamó el receptor persignándose con una celeridad maravillosa y volviendo á persignarse, como si lo hubiese tomado por tarea. ¡Horror! ¡abominacion! ¡sacrilegio! ¿Y qué sucedió despues?—añadió deteniéndose de repente.

—Despues hubiera sucedido mucho, si Inés no se hubiera escapado por el corral, y el señor cura no se hubiese subido á la cámara; yo me quedé sola siendo una Judit, una.....

—¿Y se fueron, en fin?

—¡Oh! ¡si no se hubieran ido!.... ¿No os digo, señor receptor, que son los siete pecados mortales?

—Pero en carne y hueso; que irán á la hoguera..... hace ya falta un auto de Fé; ¡á la hoguera, á la hoguera con ellos! Es necesario estirpar la herejía....

—¿Y con qué fuerza los vais á prender?....

—Llamaré á la justicia.

—Apalearán á la justicia, como ya han apaleado á los mozos del pueblo.

—Pero ¿quiénes son esos hombres, Dios mio?

—Caballeros, señor; gente principal, de los cuales el que ménos lleva al pecho una encomienda y una espada á la cintura que mete miedo.

—¡Miedo!—esclamó el inquisidor, procurando dar á su voz una firmeza que no tenia.—¡Miedo! El Santo Oficio no teme á nadie, ni al emperador en persona; el Santo Oficio es el brazo de Dios sobre la tierra; el Santo Oficio mide por igual, con una vara que jamás se dobla, al miserable y al poderoso..... ¿Y les habeis conocido?

—Nó, nó señor; ¡estaba tan turbada!

—¿Ni sabeis cómo se llaman?

—Ménos, mucho ménos; pero si quereis..... están allá, en la taberna, al fin de la calle Real.

—Iremos, iremos,—esclamó el inquisidor, paseándose á lo largo del zaguan, pensativo.

—Ireis vos solo, señor receptor; vos solo..... porque vos..... ¡oh!.... vos sois un caballero principal y los conocereis, y..... en fin, os respetarán; á nosotros los pobres paletos nos tratan peor que á perros..... ¡qué cristiandad!.... ¡qué caridad!.... ¡uf!

—Y decidme..... (ante todo las buenas costumbres.....) ¿qué tal cara, qué tal gesto les ponia Inesita?

—¡Ay, Dios mio, señor! La pobrecilla huyó como una oveja cuando ve al lobo, y se salió del pueblo, temiendo que no estaria en él segura.

Demasiado sabia el receptor dónde habia estado desde dos horas antes la muchacha.

—Y..... ¿ha vuelto?—preguntó con un acento indefinible el inquisidor.

—¡Oh, sí señor! Pero encendida como una grana, jadeando; se ha agitado mucho, señor, y..... ya se ve, ha andado á la ventura, y cuando entró venia como asustada, medio llorosa.

Sonrióse deliciosamente, pero de un modo ambiguo, el inquisidor.

—Es muy buena mujercita, muy honrada; es un pimpollo..... de la igle-

sia..... que debe ser..... esposa de Jesucristo..... Pero..... es preciso oir las abominaciones de esos miserables..... están en la taberna..... allá voy..... ¡guárdeos Dios! ¡Ah! Pensad de camino mi caballo, y decid al señor cura que esté visible para cuando vuelva.

—Vaya con Dios vuesamercé..... pero cuidado, por la Vírgen Santísima..... Son siete demonios, acompañados de una cohorte de diablos.

—Descuidad, descuidad, señora Marta..... y hasta luego.

El inquisidor tomó la pieza adelante.

—Es chistoso,—decia para sí;—ahora que nadie nos ve ni nos oye, dan envidia esos bravos mozos que tienen puños para apoderarse de lo que no es suyo, y gracia y humor para divertirse..... Bonito hubiera estado D. Crisóstomo en calzoncillos blancos entre el ama y su sobrina. ¡Su sobrina! ¡su sobrina es mia, y esos miserables se han atrevido á poner en ella los ojos! ¡Sin compasion! ¡tengo un arma terrible en mis manos! ¡usemos de ella! ¡Un buen mozo!.... un buen mozo está mejor quemado que enamorando chicas..... y luego..... el robo del inquisidor..... cuatro millones de ducados..... ¡á la hoguera, á la hoguera!

Y apenas acabadas de murmurar estas palabras, llegó al estremo de la calle Real y delante de una casa de donde salia, como de un infierno, el rumor de la orgia más atronadora que han oido los pasados ni oirán las gentes venideras.

El inquisidor se detuvo un tanto á la puerta; pero al fin, ocultando bajo su jubon la cruz dominica, entró con la cabeza alta y sonriendo, como quien se prepara á alternar con amigos, y con amigos de cierta estofa y costumbres.

En verdad, no se le podia negar que era valiente.

CAPITULO V.

En que salen á la luz pública los en que personificaba el ama del cura los siete pecados mortales.

Como todo libro, por poco que valga, tiene su prólogo, prólogo por el cual puede juzgarse de la bondad de la obra, del mismo modo la taberna de Pinto, respecto al personal que la ocupaba, tenia en el momento de que vamos hablando un no ménos elocuente proemio, que consistia: primero, en diez y ocho ó veinte caballos atados en las rejas del piso bajo por la parte esterior; segundo, en una jáuria de sabuesos atraillados, que movian entre sí un infernal estruendo; tercero, en una docena de jayanes, que vestidos cada cual con una librea distinta, bebian, cantaban y reian sentados á lo largo de una estrecha mesa, en la que no se toleraban jarras vacías, ni se llevaba bien el que fuese escaso el número de las llenas.

Andaban, pues, á judío el postrero, ocupados en la servidumbre de esta gente, el tabernero, dos paletos, su mujer y dos hijas mozas; siendo de advertir que estas últimas no se paraban junto á los lacayos, sino que, con las manos llenas, subian una estrecha escalera, y en lo alto de ella desaparecian tras una puerta que se cerraba discretamente, y tras de la cual se oian voces de hombres y de mujeres, alzadas en todas las entonaciones posibles, desde el aire del canto popular, hasta las estrepitosas voces y sonoras carcajadas de la orgía.

Desde el momento en que el receptor puso el pié en el umbral de la taberna, obtuvo la conviccion de que el desórden que se agitaba en el piso bajo no era, como hemos dicho, más que el prólogo, la avanzada de otro desórden mayor, de raza más pura, desencadenado en todo su esplendor en lo alto de las escaleras.

—¡Oh ¡Una y cien veces afortunados y alegres jóvenes,—dijo para sí el inquisidor sin pasar de la puerta;—vosotros teneis escelentes pulmones y escelentes fáuces; ahogais todos vuestros cuidados en vinos y amores. Sois fuertes y bellos, y os apoderais del oro y de las mujeres; pero no os envidio: si vosotros teneis vuestra juventud y vuestra hermosura..... imbéciles, yo viejo, enfermo y encorvado, tengo tambien..... ¡oh! tengo más que vosotros..... pues..... porque vosotros os embriagais con mal vino..... os revolcais como cerdos entre miserables rameras..... y yo..... yo sé tender como una red la palabra «Santo Oficio» y coger con ella..... en fin, señores, yo sin escándalo..... Guarde Dios á vuesa merced, signor *Tieppolo Branchiforte*,—esclamó interrumpiéndose de repente al ver un jóven que, habiendo descendido á saltos las escaleras, iba á ponerse de otro salto en la calle, huyendo de una turba de jóvenes y mujeres que le perseguian.

—¡Oh! Por Dios, Sr. Gaspar de Somoza, dejadme pasar en caridad,—dijo aquel jóven;—*per Bacco*, toda esa turba de *madonnas* se ha empeñado en que yo haya de bailar con el vientre más que repleto, y ya comprendereis, mi caro señor, que esto es una barbaridad.

Creemos que supondrán nuestros lectores que, mientras el signor Tieppolo pronunció esta invocacion, tendrian tiempo sobrado sus perseguidores para llegar á él y cogerle; pero esto no habia sucedido, porque el fugitivo, en tanto hablaba, habia tomado la espalda al receptor, y poniéndole por delante de sí como un muro humano á la puerta, barreada en su anchura y solo franqueada en un claro, con cabida para una sola persona, como se acostumbraba en muchas tabernas en los pueblos pequeños, habia impedido, reteniéndole y valiéndose de él como de un escudo, el que nadie pudiese tocarle.

—¡Oh! soltadme, diablo travieso,—esclamó el inquisidor;—¿no veis que esas hermosas damas no se contienen? ¿Qué calculais que podrá ser de mí, estando puesto como un obstáculo entre ellos y vuestra gentil persona?

Soltaron las meretrices la risa, pero los seis hidalgos se contuvieron; no habian bebido el vino suficiente para entrometerse asi, como quien dice, con botas y espuelas, en un terreno de danza y chacota con un hombre que era inquisidor, y además de serlo, tenia fama de quemador implacable y furibundo.

—Eh, madamas, hacéos atrás,—esclamó la voz robusta de D. Pedro de Avendaño;—tú, Tieppolo, deja en libertad á su señoría, y vosotros haced calle.

Obedecióse puntualmente esta voz, como obedece un soldado la voz de mando de su jefe, y D. Gaspar se adelantó.

—¡Oh, mis queridos amigos,—esclamó—y cuán alegres y cuán felices sois! Bien se echa de ver que sois jóvenes y ricos, y que por lo tanto no teneis ni penas ni cuidados.

—Cierto, señor inquisidor,—dijo Avendaño, pronunciando estas palabras exprofeso, como un aviso para los que ignorasen con quién se las habian; —cierto que sí: nostros no podemos tener los cuidados que vos..... ¡Oh! El Santo Oficio os abruma. Apostaria á que venís.....

—Nó, no vengo á lo que pensais; este pueblo es muy cristiano, y no hay que venir á él á cobrar multas..... y en fin..... esto nada importa. Paréceme, y esto es lo más importante por el momento, que os asusta..... que al méno s os contraría mi presencia.....

—¡Oh! señor.....—murmuró haciendo una reverencia Avendaño.

—¿Por qué temeis al Santo Oficio?.... ¿eh? ¡Bah! no hay temor; todos sois, mis queridos hijos, buenos cristianos viejos, temerosos del rey, adictos á la Inquisicion..... no hay por qué..... todos hemos sido jóvenes y nos han gustado las mozas y el vino..... y aun..... vamos, si no os enojais.....

—Agradecemos..... estimamos.....—dijo Avendaño, adelantándose á la espresion de D. Gaspar;—vuestra compañía nos seria muy grata..... pero.....

—¿Pero qué?

—Estas damas han menester llegar antes de la noche á Madrid; ya sabeis, vos que sois tan doctor, que hay una ordenanza.....

—Cierto.

—Una ordenanza que dice: «Todas las mozas de partido se recogerán, etcétera, y no podrán estar despues de puesto el sol fuera de la mancebía, so pena, etc., etc.»

—¡Oh! Bien, muy bien; nada contra las ordenanzas, nada contra los edictos: yo ignoraba, en verdad, que estas señoras..... pero en fin..... si es así..... Adios, hijos mios, adios.

—Pero ¿no quereis que os acompañemos?

—¡Acompañarme! ¿Para qué?

—Ayer robaron, segun hemos oido decir.....

—A su señoría ilustrísima..... ¡bah!..... su señoría es su señoría, y mi merced..... ¡oh! mi merced es demasiado pobre..... y luego, de aquí á casa del cura..... ya veis. Conque adios, hijos mios, adios. Sobre todo mucho juicio, y mucha memoria acerca de los edictos de la Santa Inquisicion.

Tras estas palabras, y una sutil y marcadísima sonrisa, el inquisidor se separó de la puerta, y tomó con paso lento, y con las manos cruzadas á la espalda, el camino de la plaza.

—¡Oh, oh, oh!—murmuraba para sí;—los siete..... siempre los mismos siete; bien hace la señora Marta en llamarles los pecados..... y creo que yo haré muy bien en no entrometerme..... Vamos..... siempre que pienso en ellos hallo ineficaz el Santo Oficio, y me parece sentir en el vientre la punta de una de sus terribles espadas..... pero un millon por una parte..... cuatro por otra..... en fin, la prudencia y la paciencia son dos grandes, grandísimas virtudes..... bien podrá ser..... veremos.

A punto que acababa este pensamiento, torcia la esquina de la calle Real, y solo entonces se quitó de la puerta Avendaño; tras él, impacientes y preocupados, estaban sus amigos y las mujeres; desde el encuentro de Tieppolo con el inquisidor, habia cesado toda la baraunda en la taberna, á la manera que la caida de una piedra establece el más profundo silencio en un estanque en que cantan á la vez una multitud de ruidosas ranas.

Pero del mismo modo que una vez llegada al fondo la piedra, y tras un momento de espera, torna á elevarse más ruidoso el desapacible canto; del

mismo modo, apenas alejado D. Gaspar, tornó el estruendo, pero más atronador.

—*¡Per Dio!*—esclamó el italiano;—¿qué pensais, señores, que debemos opinar de la presencia de ese cuervo?

—¡Arriba..... á la mesa!.... consultémoslo con las botellas,—gritaron en coro hombres y mujeres.

—Señores y señoras, queridos amigos mios, amigas adoradas, ¿quereis prestarme un momento de atencion?

—Habla.

—¿Sí?

—¡Sí..... sí..... sííí!....

—Ante todo, para que me podais escuchar, un poco de silencio.

Establecióse éste profundísimo.

—Soy de opinion que, sin perder tiempo, nos escurramos bonitamente hácia Madrid.

—Nó.

—Sí.

—Eso seria escitar sospechas.

—Tiene razon Avellaneda; es demasiado intempestiva la marcha para que no se crea que tenemos miedo.

—¿Y quién tiene aquí miedo, señor capitan Perez? No seré yo por cierto.

—¡Ni yo! ¡ni yo! ¡ni yo!—esclamaron á un tiempo todos.

—Pero tened presente lo de la misa de esta mañana,—repuso Avendaño.

—De eso tiene la culpa el signor Tieppolo, que es un hereje.

—Ni más ni ménos que vos, caballero Alvarado.

—¿Quereis escucharme, señores?

—Te estamos escuchando hace un siglo, Avendaño.

—Volvámonos á nuestra danza.

—¡Viva! ¡viva!—esclamaron todos en coro; y sin esperar á más, tomaron arriba las escaleras, y un momento despues retumbaba la orgía como si nada hubiera acontecido.

Avendaño habia hecho con aquella turba de insensatos lo que un ginete prudente con un caballo poderoso, que resiste al freno que le contiene, dejándole correr hasta que se cansa; nuestro hombre, harto esperimentado, y sobre todo harto conocedor de aquellos con quienes las habia, cedió, pero por un momento, contando con que el desórden y el cansancio serian para él unos poderosos auxiliares; creia que era necesario escapar, porque de una manera instintiva habia adivinado, tras la sutil é hipócrita sonrisa del receptor, un peligro próximo: es cierto que aquel hombre le conocia; pero era más cierto que la amistad de los inquisidores no pasaba jamás del límite donde empezaban los intereses del Santo Oficio, que con sus amigos, y particularmente con él, se habia mostrado sordo y ciego á sus locuras de jóvenes, puesto que ellas jamás habian atentado á la religion ni á sus ministros; pero aquel mismo dia Tieppolo, y tras él todos, habian pasado aquel límite: sin intencion, de una manera fatal, habian llevado el escándalo á la casa de un párroco, y el desacato hasta la más santa de las ceremonias, hasta el más

grande de los misterios cristianos: un inquisidor habia sobrevenido á las pocas horas, y esto, segun Avendaño, no podia ser casual.

Habiá además meditado que desde el desacato hasta la aparicion del receptor, solo habia trascurrido el tiempo estrictamente necesario para ir y volver á Madrid, aunque un tanto deprisa; sospechaba una denuncia, y esto le tenia en brasas; cualquier ruido en el esterior, dominado y vago por el estruendo del interior, parecíale hijo de las pisadas de los familiares y de los soldados de la Fé que se acercaban. Hubo un momento en que aquellos pasos fueron distintos, avanzaron y pararon en la puerta, que se abrió: antes de que apareciese en ella una figura, Avendaño se levantó pálido y sombrío, y puso la mano en la empuñadura de su espada.

Pero en vez del negro conjunto de un alguacil, apareció en ella un lacayo jóven y buen mozo, ostentosamente engalanado con un rico traje de caza y una pequeña fusta en la mano.

Este mancebo buscó con la vista á su amo, le encontró, y no pasó de la puerta; al verle Avendaño, se dominó y fué hácia él.

—¿Has descubierto algo de nuevo?

—Nada, señor,—contestó el lacayo, á quien habia enviado de esplorador Pedro.

—¿Nada, absolutamente nada?

—Sí señor, sí; algo he visto, pero nada que oliese á esbirro ni á soldado.

—Y bien; ¿qué es lo que has visto?

—Nada que sea lo que vuesamercé me ha indicado.

—No importa..... ¿qué?

—Un ginete que llevaba á la grupa una gitana.

Un estremecimiento profundo corrió desde los piés á la cabeza por Avendaño, helándole el corazon.

—Una gitana..... y bien..... ¿qué importa eso?—repuso dominándose.—¿Has dado la vuelta al pueblo?

—Sí señor.

—¿Y nada?

—Nada, señor, nada.

—Vete.

El lacayo desapareció.

—¡Una gitana!—murmuró sobrecogido Avendaño.—Y bien..... ¿qué tiene eso de estraño? Gitanas hay por todas partes..... y luego..... si fuera ella..... ¡mi madre!.... ¡Oh, nó!—añadió Pedro, pasándose la mano por la frente, como si hubiera querido arrancarla sus terribles pensamientos;—no puede ser..... ¡la Inquisicion!.... Pero la Inquisicion lo hubiera hecho con aparato, como lo hace todo..... hubiera enviado una nube de alguaciles y una taifa de ginetes..... además..... yo la conozco..... un hombre solo no la prendaria..... Y sin embargo, ¡si fuera ella!

Este último pensamiento dominó á todos los demás, y se apoderó de su alma; representósele lo horroroso de que un hijo se olvidase en medio de una orgía de su madre, á quien tal vez dentro de poco destrozaria el tormento, y esta suposicion horrible le llevó naturalmente al deseo de salvarla; este deseo

á buscar un medio, y la misma dificultad de encontrarlo le condujo á un recuerdo luminoso.

—Señores, hermosas damas,—dijo adelantándose de repente al centro de la habitacion—el Santo Oficio está sobre nuestro camino, y se acerca.

Á aquellas terribles palabras sucedió lo que debió acontecer en Babilonia al aparecer la terrible mano en el festin de Baltasar; es decir, siguió á ellas el más profundo silencio, y las copas, que ya tocaban á los lábios, cayeron sobre las mesas.

—¡La Inquisicion!—esclamó el capitan Perez.—¿Y qué se nos da de ella? ¿Acaso no tenemos bulas de exencion?

—¡Silencio!—esclamaron algunas voces que encontraron aquellas palabras altamente sediciosas, y sobre todo soberanamente aventuradas.

—¡Qué se nos da de la Inquisicion!—esclamó Avendaño, tomando en cuenta aquella pregunta.—Diriais bien, capitan, si las cosas hubiesen marchado como hasta aquí; pero desde ayer han cambiado de aspecto.

Aquella referencia tácita al robo del inquisidor general iluminó con un flébil colorido la mayor parte de aquellos semblantes, y el audaz interrogador olvidó, por inútil, la palabra que ya agitaba sus lábios.

Nadie pensó en chancearse.

—¿Teneis pruebas, Avendaño?—dijo uno de ellos.

—¡Pruebas..... pruebas!.... Si las tuviera, no hubiera esperado un solo momento; tengo indicios, indicios graves; y cuando los tengo.....

—Algo hay de seguro,—observó otro;—nuestro amigo Avendaño nunca se equivoca.

—Pues bien, si me concedeis esa infalibilidad, no os burleis del peligro, y procuremos prevenirlo.

—¿Y cómo?.... ¿huyendo? Cabalmente España no puede sufrir á los flamencos; está irritada por la ausencia del emperador; las ciudades resisten pagarle el servicio que exige para los gastos de su coronacion en Alemania: y ¡diablo! yo me burlo de la Inquisicion..... ¡vivan las comunidades! ¡seremos comuneros! alzaremos á la reina doña Juana y cerraremos las puertas al emperador.....

—¡Famosa contestacion para dicha con más recato y en otro lugar, Avellaneda!—esclamó severamente Avendaño.—Por ahora, eso seria una insensatez..... antes es necesario probar todos los medios.

—¿Y cuáles?.... ¿qué?.... Sepamos....—esclamaron todos.

—Yo creo poder fiarme de un amigo nuestro que, como familiar del Santo Oficio, nos servirá en cuanto pueda y valga: ese amigo es D. Juan Tenorio.

—No niego que es valiente y generoso,—dijo otro;—pero ¿de qué nos servirá ese paje?.... Si se tratase de mujeres..... pero ¡los inquisidores!.... ¡oh! los inquisidores son un alimento muy duro para ese barbilindo.

—Ese barbilindo, Alvarado, es ya capitan y gentil-hombre; la Inquisicion respeta sus grandes riquezas, y sobre todo, le asiste el favor de su majestad. Además, su misma juventud, su aficion á las mujeres, su audacia, en fin, nos favorecen. Amaestrémosle, amigos mios; hagámosle, hasta donde sea prudente, uno de tantos; envolvámosle en un lance con nosotros, de modo que

necesite salvarnos para salvarse, y entonces podreis apreciar cuánto vale mi pensamiento.

—Pero—dijo otro—Tenorio asiste al emperador.

—Tenorio está ahora mismo cerca de Madrid; es más, esta noche, si quereis, le veremos en una brillante y alegre fiesta..... en compañía de estas honradas señoras.

A aquella noticia de la continuacion del escándalo se alzaron unánimemente todas las voces en una entonacion de aplauso: era negocio perdido: aquella gente no temia á Dios, ni al rey, ni á la Inquisicion.

—Conque ya veis, señores,—dijo Avendaño, aprovechándose de aquel entusiasmo,—que para recibir dignamente á un hombre tal y tan rico como don Juan, es necesario que nos esforcemos.

—Es preciso que se nos tenga por príncipes,—esclamó Tieppolo;—que reproduzcamos en cuanto nos sea posible las delicias de Cápua; un festin á la *neroniana*, solo que suprimiremos el incendio de Roma, quiero decir, el de Madrid, por prudencia y necesidad, y las vestales por carencia del género; pero tendremos mesalinas, hermosas y magníficas mesalinas ¡vive Dios! ¡Ved, ved á *Lucrecia!*—añadió el pintor, señalando á una ramera que descansaba lánguidamente en su hombro, y á quien por antonomasia habia confirmado con el nombre de la célebre matrona romana;—ved cómo se la encadilan los ojos. ¿Y cuál va á ser el teatro? Supongo que habreis pensado en un lugar conveniente.

—¡La hostería de Toledo!—contestó con solemnidad Avendaño.

—¿En el salon amarillo?—insistió el italiano.

—Pues ¿dónde queriais que fuera? El salon amarillo, con todas sus dependencias y á puerta cerrada. ¿Qué tal? ¿podremos sorprender á D. Juan?

—¡Oh! ¡ah! ¡sí! ¡bravo! ¡magnífico!—esclamaron todos.

Escepto Avendaño, nadie se acordaba ya del Santo Oficio; y el estruendo surgia fuera de la habitacion, exhalándose por puertas y ventanas, alegre, inmenso, prolongado, superior á toda comparacion.

—¡Vinos de todas partes del mundo!—gritó, afectando la alegría característica de una bacanal, Avendaño.

—¡Y mujeres!—esclamaron algunas voces.

—¡Pardiez! ¿Y qué habiamos de hacer sin mujeres?

—Atencion, señores,—dijo otro:—¿tiene moza conocida D. Juan?

—D. Juan va á recibir esta noche el bautismo de amor,—contestó Avendaño.

—¡ Oh,oh, oh! ¡viva, viva!—gritaron levantando todas las copas.

—Es necesaria una sacerdotisa digna,—observó Tieppolo.

—¡La sevillana!—dijo uno.

—¡Eh! ¡Ya nos salís con vuestra sevillana, Alvarado!—contestó con desden el pintor;—es demasiado pervertida para un principiante; sobre todo, es gorda y vieja; allí no hay más que soliman, arrebol y trapos almidonados; se necesita otra cosa más espiritual, más elástica..... más..... en fin, me atrevo á proponer á la bolera.

—¡A la Flora!—esclamaron con admiracion todos, y con envidia todas.

—La Flora, señores, es la reina, la sultana, la diosa sobre todas las flores un tanto ajadas y marchitas de nuestros prados de amor. Debemos decidirnos por la Flora.

—Pero la Flora, para jugarle una pasada á su oidor indiano, necesitará un tesoro.

—Es que se trata de un jóven hermosísimo,—esclamó tomando parte en la discusion Avendaño;—de un jóven á quien se verá precisada á envidiar la Flora, á pesar de su rostro de ángel, su talle de serpiente, sus ojos de azabache y sus cabellos de seda; de un mancebo que, además, está enamorado. Creo que debemos aceptar la inspiracion de Tieppolo.

—¡Sea! ¡bien! ¡aprobado!—gritaron en monton.

—Y como el pensamiento es suyo, creo además que debemos comisionarle, enviarle de embajador.

—¡Embajador que llevará un rico presente!—observó Tieppolo.

—¿Os basta con esto?—contestó Avendaño, sacando gallardamente de su dedo una rica sortija y mostrándola al pintor.

—¡Por la Stigia, por Pluton y por todos los dioses infernales! Esta tumbaga vale muy bien cinco mil ducados; la creo exorbitante para un presente, que no viene á ser más que una especie de muestra. Esto es comprometer á D. Juan á que se arruine, porque, de seguro, la Flora se enamorará como una loca..... de sus doblones, si los tiene.

—D. Juan es riquísimo.

—Pero no creo que le quede mucha sangre si se apodera de él semejante sanguijuela.

—¿Qué sabemos?.... ¿Apostais á que se enamora ella de él?

Las mujeres, que hasta entonces se habian mostrado estrañas á esta escena, soltaron una carcajada insolente.

—¡Enamorarse Magdalena! (este era el nombre de bautismo de la dama en cuestion). ¡Enamorarse ella!....—observó con acento de burla una rubia, que estaba muellemente recostada sobre las rodillas de uno de los sócios.—¿Qué dices á eso, Petra?

—Digo,—contestó gravemente una hermosa morena, con una voz en que se adivinaba un alma eminentemente sensual;—digo que nos hemos enamorado tú y yo, y todas, de cosas harto despreciables, y que tratándose de un hombre como el que se nos pinta..... aunque la Magdalena está enamorada de sí misma, y es interesada como un flamenco..... ¿quién sabe? ¿puede ella decir querré ó no querré?

Habia en las últimas palabras de la meretriz la entonacion de un sarcasmo tan característico, que no podia dejarse de traslucir la envidia que tras él se ocultaba.

—Tú no puedes hablar de esto,—repuso con desden su interlocutora;—tienes el corazon muy tierno y muy tonto, Petrilla, y estás muy llena con tus ojazos azules y tu pelo de panocha.

—¡Paz, paz, silencio!—esclamaron á un tiempo los hombres, que veian venir una riña.

—Tened la bondad de no estraviar ni embrollar los asuntos, princesas,—

esclamó en acento melodramático Tieppolo;—os suplico que reserveis vuestros bellos arranques de cólera para cuando yo necesite pintar un cuadro en que tomen parte la envidia y la ira. Silencio, pues, pimpollos, ó será necesario que os encerremos para poder hacer algo de provecho.

Y luego, volviéndose gravemente á Avendaño, continuó:

—¿Quedamos en que yo sea el embajador?

Contestóle un grito de aprobacion general.

—Dadme, pues, esa sortija; es lástima ¡vive Dios! pero en fin..... creo que si ha de ser esta noche, debo montar inmediatamente.

—Y partir, contestó Avendaño.

—¿Iremos, supongo, de gala?

—Como príncipes.

—¿Llevaremos á estas alborotadoras del infierno?

—Por supuesto.

—Pues Dios os guarde, amigos mios..... ¡ah, me olvidaba! ¿á qué hora?.... No hablo de nosotros, sino de Magdalena; yo creo que, en vez de formar parte del concurso, debia ser una aparicion, una novedad; ¡eh! como si dijéramos, una sorpresa estudiada.

—¡Dice bien, dice bien! ¡un paso de comedia!

—Entonces me llevo dos de vuestros lacayos, Avendaño, y dejadme hacer.

Y sin decir más, tomó la sala adelante, abrió la puerta, y salió.

Un momento despues, Avendaño, asomado á una ventana, le vió alejarse al galope, seguido de dos lacayos.

—Ahora nosotros,—dijo con el tono de autoridad de un jefe que manda;—las mujeres á la grupa de los lacayos, y por distintas partes á Madrid; los hombres del mismo modo. ¡Arriba! A las ocho todo el mundo, con sus mejores joyas y vestidos, en la hostería de Toledo.

Acabaron de apurarse las copas, y un cuarto de hora despues no habia en aquella habitacion más que manteles manchados, copas rotas y sillas tiradas por tierra.

Pero, en cambio, quedaban cien escudos de oro en el arca del tabernero.

CAPÍTULO VI.

De lobo á lobo.

A la oracion de aquel mismo dia llegó un hombre embozado á la portería del convento de Dominicos de Madrid, y preguntó en acento breve é imperioso al lego portero por el padre-maestro Fray Tomás de la Santísima Trinidad.

El lego tiró de la cuerda de una campana, á cuyo són, urgentemente repetido, se presentó otro fraile, á quien el embozado hizo la misma pregunta.

El segundo fraile se inclinó profundamente como el primero, tomó una luz de la portería, echó á andar el claustro adelante, subió, siempre seguido por el embozado, las anchas escaleras, y despues de atravesar una crujía, entró con él en una celda.

—*¡Ave-María!....*—dijo desde allí con voz gangosa y servil.

—*Gratia plena*,—contestó desde adentro otra voz breve y severa.

—El Sr. D. Gaspar de Somoza,—dijo el fraile introductor sin adelantar un paso.

—Sea bien y bien venido el señor receptor á esta santa casa,—contestó la misma voz, pero un tanto dulcificada.

Tras estas palabras de fórmula, el lego desapareció, cerrando tras sí la puerta, y el inquisidor entró, sombrero en mano, en la celda, que era espaciosa, aseada, cómoda y con un lujo especial, lujo frailesco, característico por lo tanto, pero que no por eso dejaba de representar un gusto relativo á la época y al lugar en que se ostentaba. Cuadros al óleo, en tabla y lienzo, todos de la escuela italiana y de los mejores maestros; estantes recargados de libros en fólio; sillones de baqueta; copa ó brasero de bronce; estera fina y mesa de

nogál, tallada, enorme, sobre la cual habia un magnífico Crucifijo de marfil; un Breviario encuadernado en tafilete, con manecillas de plata; un tintero enorme de pórfido rojo, que en su tiempo fué un vaso etrusco, y que entonces era, aunque destinado á un uso muy distinto del pensamiento de su escultor, una preciosa antigüedad; y un velon colosal, del cual ardian á la par los cuatro mecheros.

Además de esto, á través de las cortinas de una alcoba, se veia un lecho alto, ancho, blanco, capaz por su sola vista de inspirar sueño á un desesperado, y sobre él otro Crucifijo de ébano con adornos de plata, de no ménos mérito y valor que el que estaba sobre la mesa.

No era aquella la horrible y desnuda celda de un monge ascético, sucia, denegrida, alumbrada por una lámpara de luz opaca, que refracta un rayo amarillento sobre un cráneo humano, al que está adherida aun la tierra infecta de la huesa; era, por el contrario, una habitacion en que las comodidades se habian combinado para obtener una suma de comodidad enorme y positiva; allí se respiraba por entero y libremente, se vivia bien; se comprendia que en aquel arcon, situado á los piés de la cama, habia algo más denso, pesado y sonante que aire; en fin, se podia sentir cualquiera inclinado á hacerse fraile, aunque no fuera más que para vivir pacíficamente, sin cuidados y sin ruido, tabique de por medio con el mundo.

Era de suponer en el habitante de aquel aposento un sér bienaventurado, rollizo, moíletudo, de voluminoso abdómen, colosal morro, enorme papada y manos semiesféricas, porque así comprendemos que pongan á un individuo la carencia de cuidados y el contínuo uso del jamon conservado en manteca, del vino añejo y de las esquisitas confituras de monjas y penitentes: á escribir nosotros con libertad, segun nuestro deseo, así le hubiera concebido y procurado representar á nuestros lectores; pero la historia, que es el severo espejo de la verdad, el daguerreotipo exacto, por decirlo así, de personajes, de caractéres, de hechos y consecuencias, no nos permite esa ampliacion, sino que nos presenta en el maestro Fray Tomás de la Santísima Trinidad, del Orden de predicadores, presentado en teología y censor de imprenta nombrado por el Santo Oficio, un hombre alto, de cabeza calva, pero notable por lo demacrado, enérgico y protuberante de sus formas; de cuerpo flaco, en torno del cual caia en anchas y severas plegaduras su hábito dominico; de mirada relampagueante (si se nos permite esta frase), aviesa, torva y contínuamente recelosa, y boca y entrecejo contínuamente alterados y fruncidos.

En cuanto al apellido, lugar de nacimiento y cargo que tuviera en la Inquisicion el tremendo fraile, la historia incurre en una omision culpable, que nosotros nos guardaremos bien de llenar con una mentira. ¡Tal es y á tanto llega nuestra conciencia de escritores!

Pero lo que no podamos aclarar en noticias lo haremos en hechos, y por lo pronto, para que nuestros lectores puedan tener un punto de partida hácia el círculo esterno, dentro del cual giraban el pensamiento y el alma de nuestro fraile, diremos que el ascetismo retratado en su semblante, si no era el ascetismo puro y desinteresado de un monge (si es que existe algo desinteresado en la vida), era verdadero, pero puesto en práctica y ostentado como

un medio: nuestro fraile tenia ambicion, una ambicion mundana, cimentada en la soberbia y en sus instintos de despotismo: practicaba la humildad, la obediencia, la caridad y la abstinencia; pero todo cortado por el patron con que media estas virtudes el Santo Oficio, de quien era un servidor celoso y absoluto: el buen doctor tendia de una manera fatal é irresistible hácia una mitra de arzobispo, como un periodista en nuestros tiempos se afana por engañar al pueblo y se hace diplomático, tendiendo á un baston de jefe político ó una subsecretaría de Hacienda, y como nosotros, pobres novelistas, sudamos tinta y nos devanamos los sesos, soñando en un dia en que podamos ser editores á lo Fermin Didot.

Y es que, si el hombre no tuviese esa preciosa cualidad de soñar despierto, no sabemos cómo podria tolerar las realidades y el áspero trabajo de su presente, sin las doradas esperanzas del porvenir.

Volviendo al dominico, habia en su carácter otro centro, ó por mejor decir, su carácter era una rueda, cuyo eje se apoyaba en dos polos de diamante; el uno ya sabemos que era la ambicion, y el otro tenia mucho contacto con el primero, puesto que consistia en esa sed insaciable y rabiosa de riquezas que se llama avaricia.

Todo esto lo sabia mejor que nosotros el inquisidor-receptor D. Gaspar de Somoza, y habia entrado en la celda, no como un amigo que visita á otro, ni como un pobre que busca amparo, sino como un empresario que necesita un sócio conveniente.

El receptor (hagamos su descripcion, puesto que en este momento tenemos templada la pluma para ello), el receptor, decimos, era un hombre ni alto ni bajo, ni feo ni hermoso, ni jóven ni viejo, ni grueso ni flaco; su materia estaba en armonia con su espíritu: era uno de esos hombres que se ven en todas partes, todos los dias y á todas horas; que tienen siempre una sonrisa para el alegre, un suspiro para el triste, un chiste para el calavera, una galantería para las cortesanas y una palabra meticulosa, devota y abstracta para el fanático en religion: era una masa dispuesta á amoldarse á todas las formas; un semblante que copiaba la espresion de todos los otros con quienes trataba con algun interés, como el camaleon trasparenta los colores de los cuerpos sobre que se pone: era, en fin, un egoista vividor de profesion, con facultades para serlo, provisto además de todos los vicios, flaquezas y miserias á que está afecto el corazon humano.

En nuestros dias, un hombre así vive y medra; en aquellos tiempos era un sér terrible, porque para darle elementos existian á la par la corrupcion social, el despotismo político y la intolerancia religiosa.

Hoy un hombre como aquel es usurero, corredor de bolsa, agente de elecciones ú otra cosa por el estilo; trescientos años antes era, en toda la estension y la fuerza del símil, una serpiente de cascabel.

Y ya que hemos llegado á tocar el carácter y la índole de la época en que acontecian los estraordinarios sucesos que vamos relatando, concédanos el lector benévolo un tanto de espacio para que, por medio de una breve reseña histórica, se haga cargo, si no lo conoce, del carácter de la época, á la cual, entre tanto nos lee, tenemos la pretension de trasladarle.

Para ello nos será preciso tomar como punto de partida el fallecimiento de doña Isabel la Católica, acaecido en 1504.

Durante los últimos treinta años de su vida, puede decirse que prestó á España su carácter, su severidad, su valor y su grandeza; y una prueba incontestable de ello es que, despues de su muerte, si bien España no tornó á la escandalosa disolucion de los tiempos de Enrique IV, menguó en poder, volvieron las rivalidades, se perdió en grandeza más de lo que se ganó en cultura, y empezó, si bien muy lentamente, el descenso que debia traernos al estado de debilidad en que nos encontramos.

Heredó á doña Isabel la Católica, por lo tocante á Castilla y sus posesiones, su hija doña Juana, cognominada con el sobrenombre de *Loca*. El matrimonio de esta princesa con el archiduque Felipe el Hermoso, hijo de Maximiliano I, emperador de Alemania, que trajo consigo el ascendiente de una poderosa casa estranjera, produjo, como era inevitable, consecuencias que no podian ménos de influir de una manera fatal en los destinos y la política de España.

Heredero Felipe, por su madre María de Borgoña, de todos los Estados de esta casa, á escepcion del ducado de su nombre, que habia sido refundido en la corona de Francia por Luis XI, era considerado como un príncipe de alta é indisputable gerarquía. Con aquellos Estados, los de los Países-Bajos, y el derecho de herencia de los del Austria, habia traido á su matrimonio con doña Juana casi tanto como recibia.

España, pues, iba á ser constituida en un pedazo más de un gran imperio, compuesto de partes esencialmente distintas, y cuyo régimen de gobierno no podia amalgamarse.

Felipe se habia mostrado tan poco afecto á España como á su esposa, y no hubiera venido á tomar posesion de la corona de Castilla, á no ser impulsado por los enemigos de D. Fernando el Católico.

La ocupacion de su trono por un estranjero no podia ménos de herir á España en su nacionalidad, y su orgullo y su instinto de independencia se sintieron heridos por el temor de un poder estraño. Felipe no dejó tras sí, despues de haberse mostrado un momento sobre el trono español, otra cosa que la memoria de una feroz rivalidad entre naturales y estranjeros, rivalidad que fué, digámoslo así, el gérmen de las funestas revueltas que más tarde ensangrentaron á Castilla.

Muerto el rey á lo mejor de su edad, dejando por heredero á un niño de siete años (que más adelante fué el famoso Cárlos V), aclamado éste rey por las Córtes del reino, en union con su madre, representó una minoría que, funesta como siempre lo han sido las minorías para las naciones, fué más deplorable por la incapacidad de la reina, incapacidad que era reputada por demencia, y que, como hemos apuntado, la valió el sobrenombre de *Loca*.

Su exagerado amor por Felipe el Hermoso la hacia tocar al ridículo; llegó hasta el estremo de tener consigo en una cámara enlutada el cadáver del rey; hablaba con él como si pudiese escucharla; pretendia que no estaba muerto, sino hechizado, y retirada de todo trato, dejaba el timon del gobierno en manos de su ministro, que lo era, por fortuna, el cardenal Cisneros.

España, pues, necesitaba un regente, y por mucha antipatía que la no-

bleza sintiese hácia D. Fernando el Católico, pudo más la consideracion del bien procomunal que los odios singulares.

Aceptada la regencia por D. Fernando, éste gobernó segun su antiguo régimen, tendiendo siempre á la resumpcion de todos los poderes de la autoridad real, y conservando la índole de moverse siempre y para todo en línea curva.

Nuestras armas en tanto triunfaron en Nápoles: el cardenal Cisneros, á un tiempo hombre de Estado y caudillo, tremoló sus estandartes en Mazarquivir, en Bujía y en otros puntos de África; y el reino de Navarra, despues de algunos reveses sufridos en la guerra contra Luis XII, rey de Francia, quedó unido por fuerza de armas á la corona de Castilla, á pesar de la invasion proyectada por el monarca francés.

En 1516 murió el Rey Católico, y por buena suerte, quedó la regencia encargada á las hábiles manos del insigne D. Fray Francisco Jimenez de Cisneros, á quien se le habia asociado el cardenal Adriano.

Puesto que ya hemos citado á este último en una de nuestras anteriores páginas, digamos algo acerca de su historia.

Desde dean de Lobaina habia ascendido, por influencias del emperador Maximiliano, y posteriormente por las de su hijo el archiduque Felipe, á las más altas dignidades, y á la muerte del segundo habia sido nombrado regente de España en union con Cisneros, durante la menor edad de D. Cárlos; esto equivalia á nombrar regente absoluto al célebre fraile francisco, puesto que el cardenal Adriano Florencio, más á propósito por su carácter dulce y por su vasta erudicion para la enseñanza del jóven rey que para los negocios del Estado, que requerian en aquellas circunstancias una singular firmeza, se apartó voluntariamente de ellos y se dedicó con ardor á la educacion de D. Cárlos.

El cardenal Adriano, pues, influyó poco ó nada en los grandes acontecimientos, en las fatales revueltas de aquel tiempo, y cuando más tarde subió á la silla de San Pedro, llevó á ella una conciencia tranquila y una virtud respetada por la Historia.

Pero si bien no causó males, su poquedad de carácter estorbó el que pudiese reprimir, cuando fué necesario, cuando se encontró solo, por la muerte de Cisneros, las ambiciones y tropelías de los flamencos, que aportó á su venida á España D. Cárlos de Austria en 1517.

Aun vivia entonces Cisneros; pero viejo, cansado por un largo gobierno generalmente azaroso y turbulento. Contribuyó en gran parte á su muerte la ingratitud del jóven rey, que inmediatamente despues de su llegada tomó las riendas del Estado, y contestó de una manera fria, por sugestiones de sus cortesanos estranjeros, á la carta en que le felicitaba Cisneros; contestacion en que le daba *las gracias y le deseaba descanso.*

Pocos años despues murió, oprimido por los pesares y por la estraña conducta observada para con él por D. Cárlos, aquel ilustre político, dejando á la Historia un nombre esclarecido, y al mundo un modelo de virtudes.

Encontróse, pues, por la muerte del Rey Católico, un príncipe de diez y seis años, dueño de unos Estados y de un poderío de que no habia memo-

ria en Europa desde Carlo-Magno. El círculo de su corona abarcaba á Castilla, Leon, Aragon, Navarra, Nápoles, Sicilia, los Países-Bajos, el Franco-Condado y los Estados de Borgoña; bien pronto, por la muerte del emperador Maximiliano, su abuelo, iba á ceñir la corona de Austria, y para el porvenir le quedaban los imperios de Alemania, de Méjico y de los Incas, arrojados estos últimos á sus piés por Hernan-Cortés y Pizarro, como dos joyas más añadidas al riquísimo tesoro del Nuevo Mundo, que Cristóbal Colon habia conquistado á su abuela doña Isabel la Católica.

Los españoles, sin embargo, no se deslumbraban con lo magnífico de este panorama; veian en él más ostentacion que poder, más brillo que positivismo. En nada se parecian entre sí los naturales de estos diversos reinos, y bajo la mano de un mismo señor debian ser necesariamente supeditados los intereses de los unos á los de los otros.

España estaba con razon celosa y descontenta; para ser entonces una nacion de primer órden, la bastaban su unidad peninsular y sus posesiones de Ultramar; además de esto, su exaltado espíritu de independencia tenia poderosos motivos para rebelarse: Cárlos de Austria, como hemos dicho, habia importado al gobierno estranjeros que todo lo habian invadido, en mengua y desdoro de las franquicias nacionales, contándose entre estos advenedizos, á más del cardenal Adriano, al insolente favorito Guillermo de la Croix, envanecido con sus riquézas y sus dictados de marqués de Arescot, príncipe de la Curia, señor de Xebres (nombre por el que más comunmente se le cita en la Historia), de Beaumont, de Seninghen, de Renti, de Montcornet, Arames, Bierbek, etc., etc.; y no podian sufrir sin irritarse la multitud de flamencos, que insultaban con sus desafueros y su orgullo el orgullo español, de suyo quisquilloso y descontentadizo.

Acusábase á estos estranjeros de codicia, de rapacidad, y los más entusiastas por D. Cárlos de Austria, á su advenimiento al poder, fueron los primeros en trocar su afeccion por sentimientos opuestos.

Añádase á esto que los primeros cargos del Estado estaban conferidos á los flamencos, y se concebirá hasta qué punto debia rayar el descontento de los españoles, encariñados con sus fueros, y que se acordaban aun, con vanagloria, de la grandeza del reinado de los Reyes Católicos, de la espulsion de los moros y el descubrimiento de las Américas.

Como era preciso, este orgullo ofendido, esta dignidad ajada, estos fueros escarnecidos, fermentaron, un dia en que tantos elementos corrosivos debian producir su efecto, efecto terrible que no tardó en demostrarse; á las quejas privadas, á los agravios particulares siguieron las murmuraciones públicas, los odios generales: escuchóse rugir la tempestad antes de que apareciese, y al fin se mostró en las representaciones de las ciudades, reclamando sus inmunidades; en la oposicion de las Córtes á conceder servicios, tanto de hombres como de dinero; en la inobediencia parcial de las cédulas y provisiones reales, y en los motines que, si bien pasajeros, aparecian acá y allá, como en los fugitivos y pálidos relámpagos que preceden al desencadenamiento de la tormenta: hablábase de una manera vaga, pero contínua, tenaz, de conquistar por las armas lo que no se concedia al derecho; y los nombres

de Juan de Padilla, de Juan Bravo, de Francisco Maldonado y otros buenos caballeros, se pronunciaban con entusiasmo y confianza, si bien de una manera recatada y misteriosa.

Á la partida del rey para su coronacion de emperador de Alemania, el descontento llegó á su colmo, agitóse la nacion, rugieron los odios y se levantó el sangriento pendon de la guerra de las comunidades.

Ésta, sin embargo, no tuvo lugar hasta algun tiempo despues de la fecha en que se encuentra marchando nuestro relato.

Enemigos somos de ostentarnos eruditos, puesto que para serlo no se necesita más que leer algunos libros, armonizar con mayor ó menor tino las noticias adquiridas en ellos, formar con todas un cuerpo, y aducir algunas consecuencias: esto es cosa que lo hace cualquiera; pero necesitábamos dar claridad á la entrevista de D. Gaspar de Somoza y Fray Tomás de la Santísima Trinidad, y para ello nos ha sido preciso decir algo acerca del estado político de la España de entonces, sacrificando á la historia algunas páginas de la novela.

Volvamos á anudar nuestro relato.

El receptor, armado de su más suave y cariñosa sonrisa, con los ojos un tanto, por decirlo así, entornados, estaba al otro lado de la mesa mirando al fraile, que con la mano estendida sobre un voluminoso infólio manuscrito, miraba sin reserva á su visitante, y de una manera que parecia decir:

—¿Á qué viene este hombre aquí?

—Vengo reverendo padre,—dijo el inquisidor, como si hubiera comprendido la espresion de aquella mirada, sentándose sin ceremonia en un sillon, y despues de los saludos de fórmula;—vengo á veros para un asunto que, aunque importante, veo que os molesta, distrayéndoos de asuntos de más interés sin duda.

—Nó, no tal,—dijo el fraile, cerrando el manuscrito, sobre cuya cubierta se leia en letras gordas y rasgueadas: *La Celestina;*—esto, aunque en verdad importante, como lo es la censura de todo lo que ha de pasar por medio de la imprenta al conocimiento vulgar, no es urgente: es una copia de la tragicomedia de Calisto y Melibea, que un librero de Valencia ha pasado al Consejo para su aprobacion, y que á ratos perdidos me entretengo en revisar.

—¡*La Celestina!* hermoso libro á fé, en el cual el Sr. Rodrigo de Cotta nos ha mostrado cómo se debe hablar en castellano. Hermoso libro, pero sucio..... ¿No opinais lo mismo..... eh?

—Opino que sin quitarle una letra se debe imprimir.

—¿Y cómo, padre-maestro, os parece que podrá sentar á los oidos castos?

—La catástrofe es espantosa..... en ella está la moralidad: todos los malvados perecen..... y luego, no tiene nada que sea en contra de la religion ni del Santo Oficio. ¿Y para qué me necesita vuesamercé, señor receptor?—añadio el fraile, apartando á un lado el manuscrito.

—Sois, padre, uno de los miembros más sabios, más celosos y más rígidos del Consejo de la Suprema (1).

(1) Tribunal superior del Santo Oficio, compuesto del inquisidor general y dos ó más inquisidores.

—Todos sirven á Dios,—contestó el fraile, ocultando bajo un acento de humildad el goce que procuraba á su orgullo la adulacion del receptor.

—Indudablemente, indudablemente,—se apresuró á decir D. Gaspar;—pero sin embargo, si no hubiese estranjeros en el reino.....

La reticencia del receptor queria decir: si no hubiese estranjeros, no hubiera venido el cardenal Adriano, y vos, padre-maestro, seriais inquisidor general.

—En verdad que el rey.....—dijo con cierta reserva meticulosa el dominico;—el rey es demasiado jóven..... yo creo..... habrá disturbios..... los españoles se avienen mal con estas cosas..... pero el Santo Oficio..... ¡oh! el Santo Oficio redoblará su vigilancia, su celo, su rigor..... y todo irá bien; el que se levante, caerá.

—Sabeis, sin embargo, que los flamencos son propensos á la herejía, y que hay entre ellos cabezas inquietas y ambiciosas. Ya conoceis que el robar, el amenazar á un sacerdote, y mucho más si es príncipe de la Iglesia.....

—¡Oh!—esclamó en una entonacion indescribible de amenaza el fraile.

—Es un sacrilegio, un crímen enorme que jamás se ha cometido por españoles.

—Ni se cometerá,—esclamó con energía Fray Tomás.—¡Horror! Eso significaria haber perdido todo temor, todo respeto..... El Santo Oficio se veria obligado.....

—La Inquisicion, padre, no puede ver más que por sus ojos y por los de sus servidores y súbditos fieles. Si éstos no ven, ó no quieren ver, si un delito se comete y no se denuncia..... ya veis..... el lobo se paseará disfrazado con piel de oveja entre el rebaño sin que lo conozca el pastor.

—¡Los edictos, los edictos, señor receptor! ¿Creeis que de nada sirven los edictos?

—Creo que se escuchan..... pero creo tambien que no se cumplen.

—¿Y cómo podreis probar eso?—preguntó con severidad el fraile.

—Por el testimonio de mi vista y de mis oidos, padre.

—¡Habeis visto y oido!

—He visto á hombres que deben mucho, quizá todo lo que son, al Santo Oficio y al rey, y que sin embargo se hacen decir la buenaventura; he sabido que hay ilustres y valientes mancebos, la flor del reino, que para sostener sus vicios se disfrazan y salen como salteadores á los caminos reales; he visto que estos mismos hombres hacen escarnio de la religion, pretendiendo que un digno párroco (¡no puedo decirlo sin indignacion!) celebre el santo sacrificio en camisa, asistido por su ama y sobrina.

Brillaron de una manera singular los ojos del dominico.

—¿Estais, pues, pronto á formalizar una denuncia?

—Sí, padre mio, sí; pero debo advertiros.....

—¿Qué?....—preguntó con estrañeza el dominico.

—Que todos ellos, escepto dos personas, están fuera de la jurisdiccion del Santo Oficio, por bulas de nuestro Santísimo Padre Leon X.

—¡Privilegios de exencion!—esclamó furioso el fraile.—Esto no puede continuar así; el Santo Oficio se halla coartado á cada paso; la herejía cunde,

y los más criminales tienen buen cuidado de armarse como de una coraza con una bula de exencion; ¡gran cuenta tendrá que dar á Dios el Pontífice romano!.... Esto no puede continuar; la religion vacila: ó el Papa, ó nosotros.

—Hé ahí, hé ahí lo que yo digo,—esclamó D. Gaspar, que veia al fraile en el terreno que le convenia;—Dios quiere probar nuestra constancia, nuestra fé, y para lo mismo permite que nuestro Santísimo Padre sea nuestro enemigo, y que malos consejeros inspiren en nuestro daño fatales pensamientos á nuestro, católico rey D. Cárlos. ¿Qué creeis que hubiera sido de la Inquisicion, á no morir el canciller Selvagio?

El fraile palideció y tembló, aunque levemente.

—El Santo Oficio hubiera sido reformado,—continuó el implacable don Gaspar;—como si dijéramos, reducido á la nulidad, y una vez desvirtuado el saludable temor que inspira, se encontrarian los inquisidores á merced de sus enemigos.

—Pero Dios favorece su causa, y castiga de muerte al impío; ya vísteis cómo su justicia cayó terrible y pronta sobre el canciller.

—¿Acaso no quedan enemigos al tribunal? El primero y más terrible es el cardenal arzobispo de Tortosa, Adriano Florencio, nuestro inquisidor general.

—Que ha resistido, sin embargo, los embates de Roma.

—Por debilidad, por esa debilidad que le hace ceder siempre.

—Por su influjo han sido quemados en dos años diez y seis mil impíos, y la cólera de Dios ha resplandecido.

—Siempre por su debilidad: hasta ahora no ha tenido más influencia que la nuestra; pero ahí está el señor, el ilustrísimo señor Guillermo de la Croix, que como sabeis, ha dispuesto al emperador de una manera poco conveniente á los intereses del Santo Oficio.

—Dios peleará con nosotros y venceremos,—esclamó arrastrado por un fanatismo entusiasta el fraile;—¿acaso no tuvo que luchar el venerable Fray Tomás de Torquemada, lumbrera de nuestra Orden, con los escrúpulos de la reina Isabel y con la tenaz oposicion del cardenal Cisneros? Y recordad: aquella santa é ilustre reina llegó á ser el más firme sosten del tribunal de la Fé, y el noble, el grande cardenal ha sido uno de los más celosos y rígidos inquisidores generales. ¿Dudareis aun en vista de tanto milagro? ¿Tendreis la desgracia de haber perdido la fé?

Esta última parte de la perorata del inquisidor habia sido pronunciada de una manera terriblemente amenazadora, á pesar de lo cual no se alteró un solo músculo del semblante del inquisidor lego.

—No dudo ni puedo dudar; creo solo que estamos en un momento de prueba; creo que no debemos cegar, ni permitir, ni mostrarnos débiles, sino esperar, dejar pasar la tormenta y obrar.

—No creo que estemos en el caso de dejar impunes.....

—¡Y quién lo piensa! Esperemos, acechemos, y cuando llegue nuestro dia..... un golpe seguro, terrible. Por ahora basta con sustanciar procesos, como si se tratase de muertos ó ausentes; procesos secretos que, por lo mis-

mo, alentarán á los acusados con la certidumbre de la impunidad, y los tendrán puestos al alcance de nuestra mano y descuidados cuando llegue la ocasion precisa.

—Los nombres de los reos,—dijo el inquisidor, tomando una pluma y poniéndola sobre una hoja de papel.

—D. Juan Tenorio,—pronunció de una manera acentuada D. Gaspar—capitan de guardias de su majestad, su gentil-hombre de cámara con entrada, familiar del Santo Oficio, y privilegiado con bula de exencion por el Papa, acusado de haberse hecho decir la buenaventura y de amistad con D Pedro de Avendaño, D. Félix de Alvarado, D. Miguel de Avellaneda, D. Cristóbal Perez, el Sr. Tieppolo Branchiforte, D. César Megía y D. Guillen Mendaña, acusados de sacrilegio, de escándalo contra las buenas costumbres y de robo, á mano armada, contra su señoría ilustrísima el cardenal obispo de Astorga, Adriano Florencio, inquisidor general.

El dominico levantó la pluma y miró asombrado á Somoza.

—Nada se ha dicho de ese robo,—esclamó destellando un relámpago de sus terribles ojos negros.

—Y sin embargo, lo sé yo,—repuso con una sonrisa especial de orgullo y satisfaccion el receptor.

—Nada ha dicho su ilustrísima.

—Lo comprendo, á pesar de haberle despojado de un millon de reales en oro acuñado y alhajas. El señor cardenal ha preferido sin duda esta pérdida, que para él no es gran cosa, á publicar que ha habido quien se atreva contra su persona; esto, ya veis, le hubiera quitado mucha influencia, y segun sus miras..... la ancianidad del Papa..... un personaje llamado á un porvenir tal como espera á su ilustrísima, sacrifica..... pues..... pero nosotros, que lo sabemos, debemos evitar ese sacrificio; inquirir, obtener, restituir..... pero de una manera discreta, en silencio.....

—¡A los calabozos de los relapsos!

—Nó, no es eso; todos ellos, como os he dicho, tienen bulas de exencion; además, les seria muy fácil justificarse de la acusacion de robo; y en cuanto á lo del sacrilegio, avocarian el proceso á Roma, se harian allí absolver á fuerza de oro, y se vendrian acá á darnos una estocada en el vientre; porque es gente capaz..... la conozco bien..... muy capaz de ello.

—¡Esto no puede continuar así!—esclamó Fray Tomás, descargando un furioso puñetazo sobre la mesa.—¡Imposible, de todo punto imposible!

—Sin embargo, ello sucede ciertamente, y mientras sea debemos obrar, sí, pero obrar con cautela; en cuanto á mí, tuve en un principio las mismas ideas que vuestra paternidad; pero despues he buscado un medio, y creo haberle encontrado.

—¡Un medio! ¿Y para qué?

—Para restituir el millon á su ilustrísima, y sobre todo para hacer entrar en las arcas del Santo Oficio cuatro millones de ducados procedentes de robos y estafas.

La avaricia pudo más que la prudencia en el fraile, y se retrató en sus ojos, dejando ver á Somoza, que habia logrado ponerle en buen terreno.

—¡Cuatro millones de ducados!—esclamó.

—Ya veis que yo siempre valgo, que siempre soy un miembro muy útil. Decidme: ¿esperábais, cuando estábais leyendo *La Celestina*, recibir tan buena noticia?

—Concedo que habeis hecho mucho por las arcas del tribunal, y que ahora..... Pero ¡vuestras seguridades!... Ya sabeis que no siempre se puede confiar en las denuncias.

—¡Denuncias! Lo he oido yo mismo..... figuráos que sé por casualidad que una inocente niña, una oveja engañada, tiene un punto de cita con su seductor; que logro con un mensaje falso apartarle del lugar, y le sustituyo; que mientras á puerta cerrada me ocupo en amonestarla y en volverla al buen camino, oigo hablar á dos personas que han venido á sentarse en el dintel de aquella puerta, no creyendo ser escuchados; que descubro lindezas como la del robo y la de los cuatro consabidos millones, y sé además el punto, precio y la hora fija de la entrega. Yo hubiera podido muy bien hacer el negocio por mí mismo; pero siempre amigo de vuestra paternidad, he querido partir con vos..... la gloria que indudablemente nos resultará del feliz desenlace de este asunto.

—¿Y qué hay que hacer?—dijo enteramente vencido el fraile.

—En primer lugar, dar sepultura por el momento á toda denuncia que pudiera venir contra cualquiera de esos señores apuntados en vuestra lista; la prision de uno solo de ellos entorpeceria el negocio principal, que es la restitucion.

—Se hará,—dijo el dominico, escribiendo algunas líneas bajo los nombres inscritos en el papel.

—En segundo lugar, espiar y tener agentes de confianza esta noche en la hostería de Toledo, donde los susodichos tienen proyectada una zambra.

El fraile tomó otra hoja de papel; escribió en ella llenando dos carillas, la cerró en forma de pliego, la selló con las armas dominicas sobre una gruesa oblea, y llamó con la campanilla.

Presentóse un lego.

—Esta órden, al momento, al alguacil Trujillos.

—Ved que no es cosa de alguaciles, padre.

—Pero esa gente necesitará que alguien les sirva.

—Así lo creo.

—Pues no tengais cuidado; hablarán tan sin temor, que sabremos todo cuanto podamos saber. Continuad con vuestro plan.

—Por último, debe seguirse, espiarse con el mayor disimulo á una gitana.

—¿La conoceis?

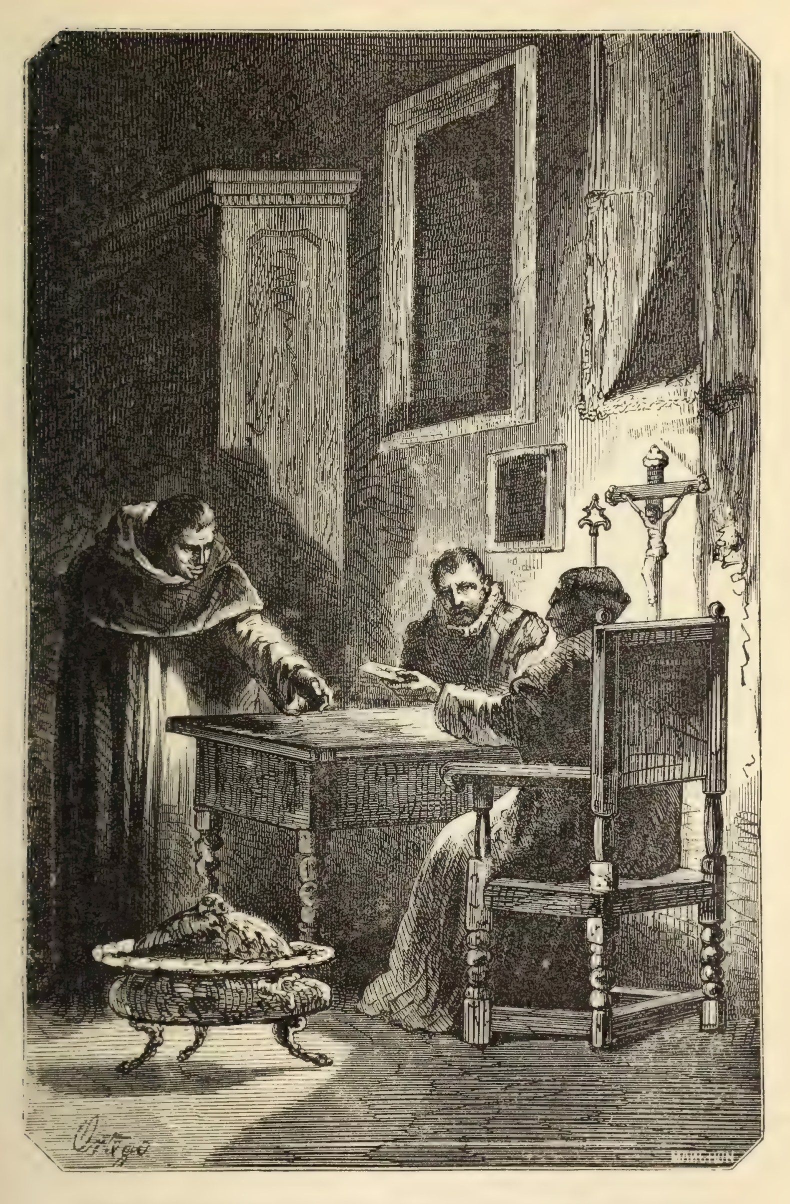
—Era una de las dos personas que hablaban junto á la puerta, y la vi por las rendijas.

—¿Y dónde estábais?

—En la torre de Pinto.

—¿Y quién era la mujer con quien estábais encerrado?

—La sobrina del cura del pueblo,—contestó ruborizándose levemente, á pesar de sus picardías, D. Gaspar.



DON JUAN TENORIO.—Esta órden, al momento, al alguacil Trujillos.

—A quien habeis logrado hacer entrar por el buen camino.

—He hecho lo que he podido, padre.

—Bien, bien; encargáos vos del asunto de la gitana; valéos de todos nuestros familiares secretos: ¿por qué sitios anda esa mujer?

—A los alrededores de Madrid.

—Aquí teneis una lista de las personas á quienes para el efecto y bajo sigilo podeis dirigiros.

El fraile buscó y sacó de entre sus papeles una lista, que entregó al receptor.

—¡Bien, bien, muy bien!—dijo éste, repasándola con la vista.—Conozco á la mayor parte. Creo que nada tenemos que hablar de este asunto: ocultacion de denuncias, si las hubiere; observacion de los espresados, y luego..... yo volveré..... yo volveré.

—*¡Ave-María!*—dijo entonces á la puerta un lego.

—*Gratia plena*,—contestó el fraile:—¿qué se le ofrece?

—Un embozado acaba de dejar para vuestra paternidad, y bajo sigilo, esta carta.

—Ya tenemos una,—esclamó no muy contento el receptor.

—Deme acá,—dijo el fraile.

El lego adelantó, entregó una carta al dominico, se inclinó, y salió.

Aquella carta, escrita con una letra muy menudita y esmerada, decia:

«No vengais esta noche; pudiérais ser visto: mañana os esplicaré lo que ahora no puedo.»

Una M. servia de firma al escrito.

—Deciais bien; ¡una denuncia!—esclamó el fraile, plegando de nuevo y con mal humor el escrito.

—¿Una denuncia sobre los consabidos?

—Nó, nó. Hacedme el favor de que ronden sigilosamente, lo más pronto posible y durante toda la noche, la casa del oidor indiano; ya sabeis quién es: en Puerta de Moros.

Y con un ademan despidió á D. Gaspar, que despues de una salva de cumplidos, salió los claustros adelante restregándose las manos.

—¡Ah! Ya sé de qué denuncia se trata; ¡y qué bien nos comprendemos su paternidad y yo!.... Hemos nacido el uno para el otro: es cierto que yo trabajo algo más..... pero en fin, sirvámosle. ¡Si se la habrá puesto hacer una de las suyas á ese diablillo! Nada tiene de estraño..... ¡es tan hermosa!

Y saliendo del convento, se perdió á paso largo por las revueltas y oscuras callejas de aquella parte de la villa.

CAPÍTULO VII.

En el que se da una pequeña muestra de lo gran señor que era D. Juan Tenorio.

Habia en aquellos tiempos en Madrid, en el monte de Leganitos y en el mismo sitio que hoy ocupa el estremo izquierdo de la calle de San Bernardino, un edificio de un solo piso, flanqueado en sus dos ángulos anteriores por dos torrecillas esbeltas, cuyas cúpulas, semejantes á las que se ven aun en la Casa-Panadería, estaban cubiertas de plomo y terminadas por dos cruces con sus correspondientes veletas. El techo general del edificio, algo más bajo que el último cuerpo de las torres, era de pizarra, alto, pendiente é interrumpido por una multitud de lucanas con antepecho y puertas pintadas de verde, segun el estilo flamenco; y en cuanto á la fachada, se componia de un pórtico de piedra berroqueña, á cuyos lados se unian dos alas que iban á terminar en las aristas de las torres.

Una puerta colosal, flanqueda por enormes pilastras, daba paso á un estenso zaguan, de donde partia el arraque de las escaleras; sobre esta puerta corria un cornisamento volado, con una balaustrada de mármol que servia de balcon; y la puerta de éste, recargada tambien de pilastras y adornos, estaba enriquecida en la parte superior por un blason enorme, que con los accesorios heráldicos, las estátuas que lo sostenian y la cornisa que le resguardaba, constituia el complemento del pórtico, en el que se habia atendido, más que al buen gusto y á la severidad del arte, al lujo de un inmenso trabajo, prestado en aglomerar follajes, cintas, filetes, festones y recortes; aquella aglomeracion de relieves era, por decirlo así, un presentimiento material de Churriguera.

Cuatro rejas colosales y cuatro balcones sobre ellas á cada lado del pórtico, formaban con las torres el conjunto principal de aquella casa, que aten-

dida la fealdad, la irregularidad y la pobreza del aspecto general del Madrid de entonces, podia llamarse palacio.

Allí mismo, dos años antes, no existia otra cosa que un hacinamiento de casuchas negras y desvencijadas, que servian de asilo á un vecindario miserable; la casa, pues, acababa de construirse; aquel mismo dia el carpintero y el tapicero habian terminado su adorno y su mueblaje, y solo un mes antes la habia dado por enteramente concluida, firme y corriente el maestro de obras, que no se habia olvidado de poner entre los adornos del pórtico un profundo *fecit* entre su nombre (la historia no hace de él mencion alguna), y la cifra del año 1520.

Á la caida de la tarde de aquel mismo dia 23 de Enero, una espléndida servidumbre con libreas de gala ocupaba el zaguan y las avenidas de la casa; salia un olor apetitoso y confortante por los tragaluces de las cocinas, y todo en fin demostraba que aquella casa y aquella servidumbre pertenecian á un gran señor, ó por lo menos á un hombre maravillosamente rico.

Notábase cierta impaciencia en aquella gente; un contínuo ir y venir á las embocaduras de las calles inmediatas; una espera, en fin, que se iba haciendo un tanto larga.

Parado en la esquina de la casa que daba sobre el prado de Leganitos (hoy convertido en calle y limitado por unas tapias) estaba un hombre ya de edad provecta, vestido á lo soldado, pero con lujo: llevaba un gaban ó capotillo de paño negro; una gorra de terciopelo con una pequeña pluma, semejante á un marabut; una gola de Cambray bordada y rizada; un coleto de ante bordado y galoneado de oro; gregüescos acuchillados de terciopelo negro, así como las mangas de su justillo; daga con guardamano y espada de gavilanes, en un talabarte de marroquí, con hebillas doradas; calzas de grana, botas de montar con espuelas de plata, y guantes de gamuza bordados.

Este hombre, aunque ya pasado de los cincuenta años, era uno de esos viejos que parecerian jóvenes, á no ser por sus cabellos grises, sus indispensables arrugas y el tinte de gravedad pensadora que dan á un semblante los años y la esperiencia. Por lo demás, comprendiase que habria sido en su juventud, y aun algunos años atrás, un arrogante mozo: visto por la espalda, se le hubiera tomado por un jóven, segun lo apuesto, erguido y gentil de su persona, y no podia dudarse de que habia sido soldado ante lo marcial y altivo de su talante.

Este hombre se impacientaba tambien, y cada vez que escuchaba el paso de un caballo, se animaban sus ojos y avanzaba, volviendo á su atenta espera, más impaciente cada vez que le engañaba un nuevo choque de herraduras sobre el empedrado de las calles vecinas.

Al fin, al ponerse el sol, resonó de nuevo aquel ruido, pero más rápido, y un ginete avanzó al escape prado arriba y contuvo su caballo junto al que esperaba.

—¡Su señoria!—le dijo.

Sin tomarse tiempo para contestar, el otro volvió la espalda y la esquina, adelantó rápidamente á lo largo de la fachada, entró en el portal y montó en un caballo, despues de gritar con voz robusta:

—¡Hola! ¡eh! ¡cuatro escuderos! ¡ya tenemos ahí á su señoría! ¡todo el mundo listo, y que se le reciba como á un rey!

Despues de esto, arrancó con el caballo, siguiéronles en los suyos los escuderos, precedióle el ginete que habia llegado como correo, y partieron al galope; pero apenas entró en la plazuela de Santo Domingo, cuando desembocó en ella D. Juan Tenorio, seguido de ocho lacayos; los otros cuatro de que hemos hecho mencion anteriormente pertenecian á la servidumbre de la dama de la carroza, y habian quedado con ella.

—Dios te guarde, José,—dijo Tenorio al que habia salido á su encuentro.

—Dios bendiga á vuestra señoría,—contestó el otro gorra en mano y con un acento que representaba á un tiempo una profunda conmocion y una gran alegría.

—Á casa, á casa,—dijo el jóven sin detener su caballo;—estoy impaciente por llegar: tengo que decirte muchas cosas.

—Todo está dispuesto, señor.

—Pues aprieta las espuelas, y vamos.

En pocos segundos el pequeño escuadron desembocó en Leganitos, y don Juan desmontó, arrojó las bridas á un escudero, y entró, sin mirar siquiera á la numerosa servidumbre, que formada en dos filas y descubierta, ocupaba todo lo largo del zaguan.

—Ve delante y aprisa, José,—dijo á su mayordomo (que tal era);—tengo grandes deseos de verme solo contigo.

José saltó las escaleras arriba, como pudiera haberlo hecho un muchacho: á cada puerta que llegaba, un criado de gran librea levantaba un tapiz inclinándose respetuosamente; era aquel, en toda la estension de la frase, un verdadero servicio de rey.

Llegaron al cabo á un aposento ricamente alhajado, y sobre cuya mesa ardian en dos candeleros de plata seis bujías de cera perfumada, delante de una chimenea encendida.

D. Juan arrojó sobre un sillon su gorro, su capa y su espada, y se sentó en otro que le habia puesto junto á la chimenea el mayordomo.

—¿Cómo estamos de servidumbre, José?—le dijo.

—He cumplido exactamente las órdenes de vuestra señoría, y estaba preparado á darle cuentas,—dijo José sacando una cartera.

—Es decir, que tenemos.....

—Seis escuderos, dos ayudas de cámara, cuatro pajes de córte, dos maestresalas, dos cocheros, doce lacayos, diez palafraneros, cuatro mozos de limpieza, un cocinero y seis marmitones. Además he reservado para mí los hon rosos oficios de mayordomo y secretario de vuestra señoría.

—Bien, muy bien. De modo que todos son.....

—Cuarenta y nueve criados, sin contar el humilde servidor de vuestra se ñoría y los que le han acompañado en el viaje.

—Y ni una sola criada..... Bien; no quiero desórdenes ni riñas en mi casa. ¿Y de caballos?

—¿Cuántos trae consigo el señor?

—El mio, el de Gabilan y los de esos lacayos que traigo.

—Se pueden añadir diez cordobeses y cuatro árabes para la persona de vuestra señoría, uno para mí, doce para los lacayos, y ocho franceses y diez y seis mulas de tiro.

—Total, sesenta y un animales. ¿Y de carrozas, coches y demás?

—¿Cuenta vuestra señoría con la que ha hecho construir en Granada?

—Nó, nó; esa pienso regalarla á la señora.

—La señora no la aceptará.

—¡Tú tambien!

—Digo á vuestra señoría lo que pienso.

—Lo mismo piensa el Sr. Hernando Alarcon. Pero volvamos á nuestros coches, que de ella habremos de hablar despacio; ¿cuántos tengo?

—La carroza de camino que.....

D. Juan hizo un gesto de impaciencia.

—Ten presente, José, que si me la devuelve, la quemo.

—Una carroza de diario y otra de córte; tres coches, uno de ellos de camino; cuatro literas y dos sillas de mano de ceremonia.

—¿Crees que con ese tren y esa servidumbre habremos hecho tanto como el primer grande de España?

—Creo, señor, que solo el emperador estará servido por más gente, pero no mejor que vuestra señoría.

—¿Y podremos sostener ese tren sin empeñarnos?

—Las rentas del señor suben á ochenta mil ducados.

—Sabia que era rico, pero nunca pensé que lo fuese tanto.

—La noble y hermosa señora doña Margarita de Vargas heredó de su señor padre estensas posesiones en Castilla, y de su noble madre casi un tercio de las Alpujarras; su señoría, el comendador D. Geofre Tenorio, era dueño de un pingüe patrimonio en Asturias: además de eso, el noble y poderoso infante, mi señor (perdonadme, no sé llamarlo de otro modo), recibió á la muerte de doña Margarita un tesoro en alhajas, que conservo en mi poder, y una buena cantidad en escudos de oro. Apadrinado vuestra señoría por los señores Reyes Católicos, paje despues de su majestad, su educacion y su mantenimiento se han sufragado con las rentas reales. Además de eso, el emperador, que os ama notablemente, como sus abuelos, que os habian adoptado, os ha aliviado de tributos por vuestras posesiones hasta el dia, en que por gracia os ha declarado dueño de vuestros bienes y de vuestra voluntad, y exento de tutoría antes de cumplir los veinticinco años: el infante, retirado del mundo, encerrado en un convento, dejó á mi cargo los bienes de vuestra señoría y los suyos. Yo, soldado y duro, hombre de pocos gastos, puse las rentas en manos de mercaderes genoveses, de los que aconsejo á vuestra señoría no las retire, y en veinte años la suma total de esas rentas ha subido á un valor diez veces más del que tenian, sin que falte una teja ni un puñado de tierra en vuestros bienes. Así, pues, podemos gastar tres veces más de lo que gastamos, y aun nos quedará un sobrante de consideracion.

—Bien, muy bien; ¿y dónde están establecidos esos mercaderes?

—Son los Sres. Gichiardini y Giacomi, en Venecia.

—Pues vete preparando á vender todos mis bienes libres.....

—Es que lo son todos, señor; porque D. Alvaro de Vargas, abuelo de vuestra señoría, era el tercer hijo de su casa, y el señor comendador no habia mayorazgado su patrimonio.

—Pues bien; véndelos al momento por lo que den.

—Pero señor.....

—Quiero estar enteramente libre, puesto que esos genoveses dan tan buena cuenta del dinero que se les confia.

—¡Yo, que habia pensado en que el señor vinculase sus bienes en una grandeza de España con título de duque!....

—¿Y para qué?.... ¿para que un vil denunciador ó una baja intriga cortesana me entregase á la Inquisicion ó al destierro?.... ¿para dar lugar á que llegase un dia en que mis bienes fuesen confiscados?.... ¡Nó, nó!.... ¡Yo necesito para vivir oro, mucho oro!....

—Y aunque por una desgracia, que juzgo imposible, perdiéseis vuestras tierras, vuestros castillos, vuestras casas, siempre os quedaria una suma enorme en poder de los Sres. Gichiardini y Giacomi.

—Nó, nó; al momento, desde mañana: reserva solo esta casa; y con el dinero que produzca la venta, compra en los alrededores de Madrid una casa de campo con un coto de caza.

—Si es la voluntad de vuestra señoría.....

—Sí, cuanto más pronto mejor: tengo proyectos..... proyectos en que tendrás parte, mi buen José. Por ahora hemos concluido. Haz llamar á dos de mis ayudas de cámara.

José tocó una campanilla, y acudió un maestresala que trasmitió las órdenes; un momento despues, dos gentiles mancebos estaban delante de don Juan.

—¿Cómo os llamais?—les preguntó D. Juan.

—Baltasar, señor,—contestó uno.

—Juan, señor,—añadió el otro.

—Pues bien, Juan,—dijo Tenorio,—vé y recoge una maleta á Sebastian, uno de los lacayos que han venido conmigo; saca las ropas y vestidos que encontrarás en ella, y vuelve. Tú procura ver de qué modo puedo quitarme este forro negro que ha puesto sobre mi rostro el camino.

—Si vuestra señoría quiere pasar á la cámara de vestir.....

—Sí, sí, vamos á ella.

—¿Y no come el señor?—preguntó el mayordomo.

—Nó; estoy convidado por unos amigos, y comeré con ellos; creo que te encargué que te proveyeras de unas espadas y otras armas.

—Y así lo he hecho, señor.

—Pues bien, envíame una espada y una daga de córte; si en tanto me visto llega Anton Gabilan, hazle entrar.

El mayordomo se inclinó y salió; D. Juan Tenorio y el ayuda de cámara entraron en una habitacion inmediata.

CAPITULO VIII.

De como no hay dulzura sin amargura.

La hostería de Toledo, cuya memoria encontramos difusamente consignada en nuestro manuscrito, era entonces el establecimiento más caro, si no el mejor de Madrid: estaba de moda, y se encontraba contínuamente lleno por la más alta sociedad; allí no se veian capas pardas, ni sombreros gachos, ni espadas de gavilanes; abundaban en cambio capas negras y lustrosas, gorras y ferreruelos de terciopelo, jubones de brocado y espuelas doradas. En una palabra, era el lugar elegido por la gente rica y alegre para sus solaces, y se podia contar siempre de una manera segura con esquisitos condimentos, vinos generosos, y lo que era mejor, en circunstancias dadas, con una discrecion á toda prueba.

La hostería de Toledo estaba situada frente por frente del hospital de la Latina, y á través de su puerta, eternamente defendida por un tapiz, se veia un espacio lleno de mesas y sillas, simplemente blanqueado, con paredes ennegrecidas por el humo de las candilejas de hierro, que se encendian á media tarde, y estaban constantemente ardiendo hasta el amanecer; á un lado estaba el despacho, y en él, perenne, contínuo desde por la mañana hasta una hora avanzada de la noche, un valenciano, que no parecia otra cosa que andaluz, segun hablaba, mentia y se comunicaba con todo el mundo, sin faltarle nunca un saludo ceremonioso para un noble, una espresion picaresca para una criada, un juramento para un maton, y una seña inteligente para una encubierta.

Acontecia que algunas veces dejase su mostrador para seguir por un estrecho pasadizo á una pareja, cuya mitad consistia en una mujer rebozada

en un manto; entonces se deslizaba rápidamente junto á ella, abria una puerta, y dejaba franca una escalera por la que los antedichos subian, no sin haber recibido al paso una profunda reverencia del hostalero.

Despues de esto la puerta volvia á cerrarse, y la llave desaparecia en uno de sus bolsillos.

Esto acontecia á lo ménos diez veces cada noche.

A aquella hostería, pues, se encaminó el Sr. Tieppolo Branchiforte á caballo, poco tiempo despues de su salida de Pinto; dejó su montura á los dos lacayos que le seguian, y se encaminó con el aire más omnipotente del mundo hácia el mostrador, donde, echado sobre sus brazos, le esperaba sonriendo el hostalero.

—¡Ah, solemne bribon!—esclamó Tieppolo, restallando su fusta:—ya te alegras y tienes razon..... *¡per Baco!* Ha llegado la hora en que ganes honradamente doscientos escudos, y nos demuestres hasta dónde llega tu poder de hostalero-ladron y esperimentado. Se necesita el salon amarillo.

—¿Para cuándo?

—¿Para cuándo? Ahora mismo..... sobre la marcha.

—Afortunadamente, puedo disponer de él.

—Mejor que mejor: con eso nos ahorramos el trabajo de hacerlo desocupar y de batanarte las costillas.

—¿Mesa para cuántos?

—Diez seis personas, que han de ser tratadas.....

—Como diez y seis emperadores.

—Servidumbre á propósito; es decir, discreta y que no se asombre de nada.

—¡Pues no faltaba más! ¿Cuándo os han dado que decir mis mozos?

—¡Van á venir personas!....

—Bien: personas..... os comprendo..... gente de respeto; gente á quien no se puede servir de cualquier modo.

—Será necesario—añadió el italiano con el acento insinuante peculiar á los de su nacion—que nos hagas un pequeño servicio.

—Sabe vuesamercé que estando en mi mano..... pudiendo.....

—Todo se reduce á que á cierta hora..... ¿ves aquellos dos gentiles mozos que me esperan?

—Sí señor.

—Míralos bien.

—Los conoceria dentro de diez años.

—Esos dos mancebos vendrán á una hora determinada, y subirán..... á aquel pasadizo oscuro que corresponde al salon amarillo.

—Bien, muy bien.

Y la emprenderán probablemente á estocadas..... con..... no importa con quién.

—¡Pero..... señor!.... ¿Habeis meditado?....

—Treinta escudos.

—Mi casa.....

—Nada acontecerá á tu casa.

—El escándalo..... el crédito padece.....

—Si padece tu crédito, te indemnizaremos.

—Teneis tal manera de mandar, señor, que nada se os puede negar.

—Así, pues, listos tú y tu gente: una cena magnífica, un servicio sorprendente.

—Nada faltará.

—Y sobre todo mucha prudencia.

—Descuidad, señor.

Tieppolo arrojó un bolsillo sobre el mostrador; se embozó, calóse la gorra á los ojos, montó á caballo, y partió seguido por los lacayos.

Apenas el italiano habia desaparecido, cuando el hostalero empezó á poner en movimiento su gente: era un general diestro y esperimentado, que manda á un mismo tiempo, y con un órden y una precision admirable, diez distintas operaciones: cada ramo de por sí, lo correspondiente al adorno, al servicio, á los manjares, á los vinos, era prevenido á un tiempo y sin desórden. Jaime, que así se llamaba nuestro hombre, daba una batalla á su modo, ó por mejor decir, preparaba un campo en el que habian de ser vencidos por la embriaguez y los escesos una turba de calaveras y cortesanas.

Así es, que embebecido en lo que él llamaba lo sublime de su profesion, no reparó en un hombre, que parado á dos pasos del mostrador contemplaba, al parecer con la mayor indiferencia, aquella actividad que hacia ir y venir cargados y presurosos á una docena de criados, y es muy posible que no hubiese reparado en él á no haber tenido nuestro hombre cuidado de demostrarse.

—Paréceme, maese Jaime, que tenemos larga tela entre manos,—le dijo.

El hostalero se estremeció al sonido de aquella voz.

—¡Ah, sois vos!..... Y bien, sí..... se me ha mandado preparar.....

—Una cena espléndida: lo sé.

—Sí, sí, ciertamente; una cena que me pagan muy bien, y que por lo mismo es necesario no desmerezca. Ya veis, mi buen nombre.....

—Cierto..... pero creo que no teneis servidumbre á propósito; y por lo mismo, yo, que me creo capaz de sacaros airoso dirigiendo á vuestros criados, vengo á vos, provisto de una escelente carta de recomendacion.

—A ver, dadme,—contestó dominándose maese Jaime;—tal puede ser vuestra carta, que.....

—¡Oh! descuidad..... es una carta tan buena como otra cualquiera y mejor que muchas.....

—Sí, sí,—contestó palideciendo Jaime, despues que hubo leido la carta;—en verdad que nada se puede negar á esta persona. Quedáos, pues; pero como vos no os empleareis en una servidumbre ordinaria.....

—Seré maestresala.

—Sed lo que podais ser. Por mi parte, cumplo con mi deber franqueándoos mi casa; no será culpa mia si esos señores desean quedarse solos..... porque ya veis, pagan, son nobles y.....

—Haced todo lo que ellos os hayan dicho que hagais.

—Bueno será que vos tengais en cuenta.....

—Nada os acontecerá por esto. Silencio, pues, y disimulo. Haced de

modo que vuestros mozos no cometan torpezas, y que estén junto á mí del mismo modo que si lo tuviesen por costumbre.

Tras esto, el embozado se separó del mostrador y salió. Jaime le vió alejarse con aire compungido.

—¡El Santo Oficio,—dijo;—el Santo Oficio en todas partes! ¡Quiera Dios que no se me indigeste la cena de esos señores! Pero en fin, con la Inquisicion, chiton.

A pesar de todo, maese Jaime siguió haciendo sus preparativos como si nada hubiese acontecido.

CAPÍTULO IX.

De cómo D. Juan Tenorio echó á perder una broma.

Quien dos horas despues hubiera penetrado en el salon amarillo de la hostería de Toledo, habiendo pasado antes por su salon de despacho, se hubiera sorprendido del mismo modo que quien, no habiendo visto nunca una comedia de magia, se ve trasportado de repente desde un aposento negro y húmedo á un magnífico y refulgente alcázar, cuya descripcion fuese digna de la fantasía oriental que soñó entre placeres las maravillas de las mil y una noches.

Era un salon espacioso, simétrico, alto de techo; era este de ensambladura dorada y tallada, y su friso se apoyaba sobre paredes enriquecidas con un magnífico damasco color de paja, estampado en plata, sobre la cual arrancaban vivos destellos multitud de candelabros de seis brazos, colocados simétricamente en la pared delante de colosales espejos, cuyos marcos tenian toda la profusion de follajes, colores y dorados, hijos del gusto de ornamentacion de aquella época; entre aquellos espejos, y con marcos no ménos ostentosos, habia cuadros en los cuales la voluptuosa licencia del pensamiento parecia contrapesar la medianía de la ejecucion, y bajo este adorno, en derredor de las paredes, y sobre una rica alfombra, se veian magníficos y cómodos sillones, forrados de tela del mismo género que la que entapizaba las paredes.

Todo este resplandor, todo este brillo, toda esta riqueza estaba aumentada por los candelabros y el servicio de plata de una larga mesa, en derredor de la cual, para completar el efecto, habia hombres y mujeres jóvenes, deslumbrantes de juventud y de belleza, cubiertas de brocados, de joyas y de pe-

drería, y en cuyos semblantes se notaba la misma espresion de licencia que en los cuadros de la estancia.

Un hombre vestido de negro, jóven, severo, pero servicial y pronto, con daga y espada, dirigia á seis ú ocho mozos ocupados en el servicio, que entonces solo consistia en vinos, puesto que, segun las sillas colocadas en torno de la mesa, faltaban aun dos personas, y no se habia empezado la cena.

Estraño parecerá á alguno de nuestros lectores, concienzudo y amigo de la propiedad, el que en aquellos tiempos en que estaba tan atrasado, respecto á nuestros dias, el gusto de las casas públicas, presentemos en la hostería de Toledo un aposento tal cual fuera digno de un palacio. Pero creemos haber dicho que aquella hostería ó taberna era esclusivamente frecuentada por la nobleza, y debemos añadir que aquella magnífica habitacion no era propiedad del hostalero, sino producto de la asociacion de un centenar de ricos hidalgos, que habian querido tener un escenario digno de sus orgías. Aquello era un casino, por decirlo así, de cierto género, y al cual pertenecian como sócios Avendaño y sus seis amigos.

Solia acontecer, por resultado de las leyes de la sociedad, que entonces llamaban ellos *hermandad de vino y amor;* solia suceder, decimos, que el número de los convidados se aumentase con los que no lo habian sido, porque segun las *ordenanzas* que allí regian, todo hermano tenia derecho á penetrar libremente en los dominios de la cofradía, sin que hubiese para él nada oculto ó reservado, cosa, sin embargo, que no le dispensaba de su parte de gasto, segun otro justísimo y previsor capítulo de las antedichas ordenanzas.

Acontecia con frecuencia el que los vapores del vino, juntos con la provocacion de las mujerzuelas, que eran las comensales ordinarias, produjesen algun lance de estocadas, ó alguna enemistad, que generalmente se solventaba con un duelo, despues del cual la amistad perdida volvia á anudarse, si no habia habido muerte, en el mismo lugar de su ruptura; sucedia tambien que, durante estas fiestas de fraternidad, se contrapunteasen otros por idéntica causa que los primeros, y que se siguiese la misma marcha de duelo, avenimiento y orgía; aquel era un verdadero movimiento contínuo de escándalo, de sangre y de lodo.

A pesar de esto, la justicia no habia tomado nunca parte contra tales y tan graves faltas á la ley general del reino, á las pragmáticas reales contra el duelo y á los edictos del Santo Oficio respecto al abuso de costumbres. Los alguaciles de entonces, como los de ahora, temian entrometerse con gentes bastante ricas, para tener siempre razon y cargar el muerto sobre la parte más flaca, que lo eran ellos.

Así, pues, el escándalo, la impureza, la embriaguez y el juego eran los señores absolutos é inviolables de la hostería de Toledo.

Pero en la noche á que nos referimos no habia en el salon amarillo más personas que las congregadas de antemano. Eran éstas las mismas que habian estado todo el dia en la taberna de Pinto, á saber: siete mujeres y seis hombres; Avendaño y D. Juan aun no habian llegado, y para ellos, vacías y respetadas, estaban dos sillas á la cabecera de la mesa en el lugar de preferencia.

En el personal de estas damas y caballeros habia algo de nuevo, esto es, un poco más de embriaguez en el cerebro y de licencia en las palabras, y un deslumbrante lujo en los trajes.

Aquellas mujeres, hermosas y jóvenes todas, cubiertas de sedas, de encajes, con collares de perlas, con diademas de rubíes y diamantes; prendidos velos de plata á cabelleras rubias como el oro ó negras como el azabache; morenas ó blancas; incitantes y lánguidas; de miradas ardientes, palabra provocadora y sonrisa sensual, eran siete tentaciones de Satanás, siete tizones del infierno, como hubiera dicho en su cólera, á haberlas visto, el padre maestro Fray Tomás, del Orden de predicadores.

Y hubiera tenido razon. Existia allí, bajo aquel lujo, envuelta en blondas y saturada de perfumes, toda la lepra del corazon humano, todo lo abyecto y lo vergonzoso á que puede descender en el olvido de sí mismo el espíritu; una pústula completa de ese cáncer horrible que ha corroido, corroe y corroerá á la sociedad; un cuadro repugnante, pero verdadero; una *peste* mortal, de la cual no se librará el género humano, sino cuando la conciencia y el sentimiento de su dignidad hagan del hombre en general un sér en el lleno del objeto para que ha sido creado, y para el cual ha nacido predispuesto con tan maravillosas facultades.

Acaso por la maldicion que pesaba sobre su raza, D. Juan Tenorio habia tropezado con el crímen, el vicio y la impureza, al dar el primer paso sobre el camino de la vida en su entrada en el mundo.

Su entrada en el mundo, decimos, porque aun cuando ya contaba veinte años, y estaba completamente formado en cuanto tiene relacion con la sociedad de la alta clase en que habia nacido, y adornado de cuantas prendas debe poseer un caballero para ser tenido por cortés, gentil y valiente, habia pasado sus primeros años, hasta entonces, en medio de la rígida atmósfera que emanaba del severo y grave ceremonial de la casa de Austria, y educado con el emperador, habia recibido ideas de virtud, y de virtud si se quiere exagerada; de la ascética palabra del cardenal Adriano; Guillermo de la Croix, cumplido caballero y hombre altamente recomendable, cuando no se trataba de oro ó mando, habia hecho de él uno de esos generosos españoles, cuya memoria en nuestros dias es un poema, y la mujer, este espíritu tentador que sedujo á Adan y causó la muerte de su descendencia, aun no habia conmovido aquella alma vírgen, en la cual el amor no era todavía otra cosa que un presentimiento.

Pero habia sonado la hora en que esa edad del amor, esos diez años en que el hombre no es otra cosa que un niño que se encariña con un juguete, empezase para D. Juan, y estaba escrito que su primera leccion de amor la debiese á la pasion satánica de una ramera.

Si D. Juan Tenorio, en vez de encontrar el mal en su camino, hubiese encontrado el bien, no tendria hoy su nombre la terrible popularidad que le rodea como una aureola de sangre; no se hubieran empleado en la descripcion de su carácter tantos esclarecidos ingenios, ni la humilde pluma mia rasguearia para tí, mi querido lector, una de las fases, á través de la cual puede llegarse hasta el fondo del carácter de nuestro héroe: en una palabra,

no tendriamos novela, porque como quiera que D. Juan era, por decirlo así, una masa blanda, pura y vírgen, dispuesta á amoldarse en una forma cualquiera y á recibir el colorido que aquella la prestase, á haberle recibido en su seno la virtud, hubiera sido un bienaventurado, uno de esos hombres de los cuales no se puede disponer sino para escribir la vida de un santo.

Yo creo que en general, no contando con las escepciones, lo que aconteció á D. Juan acontece á todos los hombres; su carácter es hijo de las impresiones; las impresiones de un mismo género ó análogas, muchas veces repetidas, forman las costumbres, y las costumbres son leyes invariables é invencibles. El hijo de un carnicero es torero; el de un ladron es, por lo ménos, contrabandista. La clasificacion de las costumbres, y no otra cosa, es la que constituye las *castas sociales*; si todos recibiésemos una educacion igual y creciésemos bajo el influjo de un mismo ejemplo, seriamos iguales en toda la acepcion de la igualdad.

No es, pues, nuestra la culpa, ni merecemos que se nos tache de inmorales por algun murmurador de oficio, si retratamos con colores vivos y verdaderos, si bien hasta cierto punto, la clase de gente con que se encontró envuelto nuestro personaje á su entrada en el mundo.

Así es, que cuando se abrió la puerta del salon amarillo y apareció Avendaño, precediendo como un introductor á D. Juan, el primer efecto que causó en el jóven aquella coleccion de mujeres, en cuyos ojos se adivinaba la embriaguez, y cuya compostura era deshonesta hasta el escándalo, fué una impresion de repulsion decidida; luego rubor, hastío y cólera á la vez: creyó que quien así le arrojaba en medio de un lupanar le hacia un insulto, y á duras penas se contuvo por un resto de timidez, cuando Avendaño, con la soltura de un hombre de mundo, le asió de la mano, se adelantó y dijo á su gente, que tal podia llamarse:

—Amigos mios, os presento en D. Juan Tenorio á un caballero digno por su nacimiento, por su posicion y su hermosura, de que todos y cada uno de por sí nos consideremos altamente honrados con su amistad.

—¡Salud á D. Juan Tenorio!—esclamó Tieppolo, levantándose y yendo á él con una copa llena de vino de Palermo.

—Gracias, gracias, caballero,—contestó el jóven;—nunca bebo más que agua.

Tieppolo se hizo atrás en medio del murmullo de la concurrencia (murmullo hijo de admiracion por su hermosura y de estrañeza por su sobriedad), y miró á Avendaño con una espresion que podia traducirse de este modo:

—¿Nos habeis traido un libertino ó un novicio?

D. Juan comprendió aquella mirada, y temiendo ponerse en ridículo, se apresuró á decir:

—Sentiré, señores, que mi presencia por primera vez entre vuesasmercedes, sirva ni en lo más mínimo para destruir el solaz que os habeis propuesto. Dispensadme, pues, si yo, poco esperimentado, no puedo igualaros en el buen decir y la gentileza; pero todo es empezar, señores, y con tan buen ejemplo no desconfio de poder felicitarme en poco tiempo de ser un digno miembro entre vosotros.

—¡Viva! ¡viva!—esclamaron algunos necios que no supieron interpretar el profundo desprecio que se traslucia en las últimas palabras de D. Juan, mientras los demás, y especialmente las mujeres, guardaron un profundo silencio.

—El vanidoso—esclamó la Petra por lo bajo á una de sus compañeras—nos desprecia. ¡Pues ya!....

Un motin característico acompañó á estas palabras.

—Es hermosísimo, Petrilla,—contestó la Lucrecia;—mira ¡qué ojos, qué frente, qué cuello!.... Tiene razon en estar orgulloso; yo seria su esclava.

Lucrecia suspiró.

—Es un hipócrita,—decia otra á su amante.

—Nó, sino un novicio,—contestó aquél, que no era otro que el capitan Perez.

—Tiene la soberbia y el ademan de un rey.

—Y las manos de una princesa.

—Y una boca de claveles.

—Y un talle de dama.

—No os canseis, amigas mias,—dijo en medio de las cuatro cabezas que habian murmurado aquellas palabras Avellaneda.—Es un leoncillo, que muy pronto será un leon.

Estas observaciones, preguntas y respuestas, habian acontecido mientras todos estaban aun de pié, y en tanto se colocaron en su lugar, y despues de mil cumplidos, Tenorio y Avendaño.

Sentáronse al fin y se empezó á servir la cena: era aquel el primer banquete dado con órden en el salon amarillo; este órden tenia por principio á D. Juan; su gran compostura habia sido como un patron para aquellos seis calaveras, que se abandonaban con frecuencia á los escesos, pero que, cuando era preciso, sabian ostentar su alcurnia en las escogidas y ceremoniosas maneras que constituian la aparente severidad de las clases superiores de entonces. En las mujeres, aquel silencio, aquella compostura, procedian de una emocion profunda: D. Juan tenia bastantes elementos para enamorar á su sola vista á cualquiera de ellas; se habian puesto en competencia, y advertidas por las primeras palabras del jóven de su rígido decoro, se amoldaron á él y dejaron de ser por un momento lo que eran, para parodiar lo que no podian ser.

La hermosura maravillosa y el altivo y aristocrático aspecto de D. Juan, habian producido su efecto: envidia y atencion en los hombres, deseos y rivalidad en las mujeres.

D. Juan, por su parte, estaba contrariado; se encontraba mal allí; le faltaba aire: queria pasar por hombre de mundo, y cometia torpezas. Esto para ellos significaba que el jóven valia más, por cuanto no estaba corrompido; para ellas representaba un nuevo incentivo, porque suponia un alma pura, un corazon virgen.

Por lo tanto, de todo se habló ménos de galanteo; la situacion de los hermanos del vino y del amor se hallaba bastardeada, oprimida bajo una dignidad y un decoro diametralmente opuestos á su instituto; algunas cenas más como aquella, y el burdel se convertia en convento.

D. Juan habló del emperador de Alemania, y alguna vez de las alemanas; cortés y galante, se entusiasmó con el valor y la caballerosidad romancesca de los españoles, y con la hermosura y el amor verdaderamente oriental de las españolas; D. Juan, al hablar del amor, no hacia más que traducir su alma, alma noble é inmensa que necesitaba en la mujer un ángel, y en la tierra un paraíso; poesía pura, elocuente y bellísima del niño que todo lo ve á través de su entusiasmo, con las ilusiones vírgenes y el corazon lleno de risueñas esperanzas; amor tan distinto del que sentian aquellas miserables rameras, como lo es la soberbia del infierno en contraposicion de la conciencia de su sublimidad en un espíritu divino, pero que sin embargo las causaba la misma envidia que siente Satanás por la gloria de Miguel.

Avendaño era el único en quien no influia, al ménos de aquel modo, Tenorio: tenia el espíritu libre y pronto á su voluntad; observaba y pensaba con exactitud; era un hombre de cálculo; tenia ante sí la imágen de su madre; se asia á D. Juan Tenorio como á un aliado para salvarla; dudaba y sufria.

De vez en cuando su vista se posaba en el negro personaje que hacia el oficio de maestresala. Nunca le habia visto, y un instinto secreto, uno de esos sentimientos que no se esplican, le obligaba á mirar con cuidado y prevencion á aquel hombre, que por su parte, fuerza es decirlo, no daba motivo para producir una sospecha.

Y es que hay en el espíritu humano un don precioso: el de conocer por el semblante la clave del carácter de otro hombre; es lo que se llama adivinacion por el rostro, por la mirada, por la manera de hablar, por el acento; es, en fin, un instinto, y Avendaño le poseia. Aquel instinto le habia hecho sospechar de aquel hombre, y estaba seguro de no hacerle una injusticia, recelando de él, á pesar de que no le conocia.

Uníase este secreto temor á la incertidumbre sobre la suerte de su madre, y á la impaciencia por la llegada de Magdalena, con quien contaba para corromper á D. Juan; una vez logrado esto, el jóven era suyo, y suya por lo mismo su influencia. Habia interrogado cien veces con los ojos á Tieppolo, y éste le habia contestado de una manera afirmativa. Sin embargo, Magdalena no aparecia.

Pero de repente, y cuando ya su impaciencia llegaba al colmo, oyóse en una estancia inmediata ruido de espadas; esto no era nuevo en la hostería de Toledo, y sin embargo, todos se levantaron, todos dejaron las sillas y se adelantaron al centro de la sala.

—Señores,—gritó Avendaño—no salgais; os lo suplico: ¿qué nos importa lo que suceda fuera? ¡Alguna riña por embriaguez ó por mujeres! Ello pasará.

En aquel momento, y como para desmentir á Avendaño, oyóse un golpe pesado, un angustioso grito de ¡Dios me valga! y tras esto un silencio profundo.

Como, cuando el terror pánico cunde entre un ejército, arrojan los soldados las armas y escapa cada cual por donde puede, del mismo modo, de una manera irreflexiva, sin pararse en consideraciones de ningun género, hombres, mujeres y criados escaparon por otra puerta opuesta á aquella tras la cual habia resonado la riña.

Avendaño vió desaparecer al maestresala, y se precipitó tras él, y en ménos tiempo del que hemos invertido en decirlo, D. Juan Tenorio se encontró solo.

¡Huir! Nunca habia huido, ni jamás huyó: valiente y audaz, permaneció en el mismo puesto en que se encontraba, sereno, atento, con la gorra en la mano, y la mano siniestra apoyada en la empuñadura de su espada; un instante despues la puerta se abrió, y una mujer pálida y azorada se precipitó en el salon.

CAPÍTULO X.

Ella y él.

La mujer que habia penetrado en la sala venia envuelta en un manto, aterrada, con los brazos estendidos, los ojos dilatados y la boca entreabierta; al ver á D. Juan Tenorio se detuvo un momento, le miró, y al fin se asió á él temblando.

—Amparadme, caballero, amparadme,—esclamó, mirando con temor á la puerta por donde habia entrado.

D. Juan, por el momento, no contestó á la dama; le habia sobrecogido su maravillosa hermosura; se sentia abrazado por ella, y su rostro, nacarado y brillante, casi tocaba al suyo; esto, que podia muy bien ser el resultado inmediato de su terror, no impedia el que D. Juan se encontrase dominado por aquella aventura, que hasta entonces no podia ser más grata para él, puesto que se hallaba entre los brazos de una mujer hermosa.

Además, nada se escuchaba detrás de aquella puerta, que con tanto espanto miraba la desconocida, y ésta creyó sin duda llegado el momento de separarse de D. Juan.

—¡Ah! Perdonad, caballero,—dijo con una confusion que, si era fingida, lo era á la perfeccion;—vos sin duda estrañareis..... mi terror..... ¡oh! ha sido horroroso..... espadas..... sangre.....

—Pero ¿qué ha sucedido, señora?—contestó D. Juan sin dejar de mirar á la dama.

—¡Ay, yo no sé!.... perdonad..... pero ahora... ni recuerdo, ni sé dónde estoy. Sacadme de aquí..... acompañadme por favor.

—¡Qué! ¿Os han abandonado?—esclamó D. Juan que no podia comprender

se dejase sola y á merced del primer advenedizo una mujer tal como aquella.

—Lo que importa, caballero, es que salgamos,—dijo con un tanto de impaciencia la dama;—ha habido sangre; puede sobrevenir la justicia.....

—Aunque eso no fuese, señora,—dijo D. Juan, tomando su capa de sobre un sillon,—siempre me tendriais á vuestra voluntad; por lo demás, nada temais estando á mi lado.

La desconocida, por toda contestacion, se asió de un brazo de D. Juan, y le llevó fuera consigo.

Nada notó el jóven á su paso por las habitaciones inmediatas; cuando llegaron al fin de la escalera, un hombre situado junto á su puerta la abrió, y la dama, rebujándose en su manto, arrastró suavemente á D. Juan hasta ponerle fuera de la hostería.

—Embozáos, caballero,—le dijo ella cuando estuvieron en la calle;—me importa que no os conozcan.

—¿Sois casada?—la preguntó el jóven.

—¡Ay, nó! Nunca he pensado en serlo.

—¿Teneis parientes?

La dama calló, y D. Juan no creyó ser cortés insistiendo.

—Decidme, pues, señora, qué deseais.

—Que me acompañeis hasta que yo os pida que os separeis de mí; ¿me prometeis obedecerme?

—Os lo prometo, señora.

—Pues bien, andemos más de prisa.

La dama se apoyó lánguidamente en el brazo de D. Juan; habia en aquel suave peso algo que causaba en el jóven una impresion que jamás habia sentido: parecíale que se establecia una misteriosa intimidad entre ella y él; que aquella presion equivalia á un lenguaje mudo, pero que no por eso dejaba de ser elocuente; sentia con un placer recóndito el leve ruido del rápido paso de la dama, el crugir de su ancha falda de seda, y el denso, entrecortado y suave aliento de su boca; el viento agitaba de tiempo en tiempo sus pesados rizos, y entonces una fugitiva y perfumada atmósfera envolvia la cabeza de D. Juan.

A cada momento la dama apresuraba su marcha, y la presion de su brazo sobre el de D. Juan llegó á ser apasionada, imprudente; parecia que aquel brazo le aprisionaba, más bien que se apoyaba en el suyo. Tenorio, sin embargo, atribuia esta circunstancia á terror.

Al fin, en la calle de Segovia, la incógnita torció por una calleja empinada, se paró junto á un postigo, y dijo á su acompañante:

—Aquí es.

D. Juan, de una manera instintiva, miró al reflejo de la luna la casa delante de la cual la incógnita se habia detenido, y á primera vista, su pobre y denegrido aspecto le pareció duramente contrapuesto á la gentileza y al rico atavio de la dama; ésta no le dió tiempo para seguir en sus observaciones.

—¡Qué! ¿No llamais?—le dijo.

—Yo creia, señora, que tratándose de vuestra casa.....

—Esta no es mi casa, caballero; llamad tres veces quedito.

D. Juan obedeció, y un momento despues, y de una manera silenciosa, se abrió la puerta, tras de la cual no se veia otra cosa que un fondo profundamente oscuro.

—Adios, pues, señora,—la dijo D. Juan;—si alguna vez me necesitais.....

—Os necesito ahora.

—¿Que me necesitais?

—¡Ay, Dios mio! Y si no os necesitara, ¿para qué habia yo de haberos traido á una casa que no es mia?

Este estraño lenguaje producia en D. Juan un efecto difícil de esplicar, porque no era estrañeza, ni temor, ni aun cuidado, teniendo sin embargo mucho de estas tres cosas.

—Venid conmigo, venid, niño,—esclamó ella con una conmocion profunda y lánguida.—Dejad que yo os guie.

Y asiéndole de una mano, le condujo adentro; cerróse la puerta, y D. Juan se sintió llevar por una escalera y un corredor, despues de lo cual entró en un aposento iluminado por dos bujías, y amueblado, si no con riqueza, al ménos con todo el gusto de la época.

—¡Ah, gracias á Dios!—esclamó ella, quitándose el manto y arrojándolo sobre un sillon;—sentáos, caballero, sentáos, y despues del trabajo que ha costado traeros aquí, no permanezcais como un novicio. ¡Dios mio, y qué hermoso es!

D. Juan no sabia dónde estaba: su cabeza era un torbellino de pensamientos y de pasiones delante de aquella mujer que le miraba de una manera nueva para él; se encontraba dominado, sufria y gozaba; aquellas formas magníficas hablaban á su corazon, sin sobreponerse á otras formas que no olvidaba un punto; aquellas formas le recordaban el semblante de la dama de la carroza; ¿qué habia de comun entre aquellas dos mujeres, enteramente distintas en edad, en color, en aspecto, y que sin embargo parecian refundirse en una sola? Hé aquí lo que D. Juan no se podia esplicar; pero lo sentia de una manera tal y tan profunda, que al fin su mirada fué tan densa, tan magnética, tan fija como la de la incógnita. Eran dos almas que se confundian en un sentimiento nacido al mismo tiempo y espresado del mismo modo. Era que habia llegado la hora de que el amor, verdaderamente considerado, inflamase el alma de D. Juan.

Sintióse interesado por aquella mujer, y por lo mismo con deseo de rasgar el velo del misterio que la envolvia.

Ella, creyendo haber hecho y dicho bastante, esperaba.

Aprovechemos, pues, la ocasion que nos da la timidez de nuestro héroe, para hacer la descripcion, si podemos, de estos personajes.

Ella era una mujer como de veinte á veintiseis años; esbelta, mórbida, blanca y escesivamente simpática; pálida, con la palidez nerviosa de la pasion, de tez densamente nacarada; con ojos brillantes, negros, magníficos, con pestañas de escesiva longitud, espesas y convexas; con cejas dibujadas como dos líneas de azabache, ligeramente arqueadas, sobre una frente límpida, noble, admirable; con cabellos azulados en fuerza de negros, amontonados y desordenados con un gusto esquisito sobre aquella frente y en torno

de aquel semblante, con cuya blancura formaban un contraste enérgico y de admirable efecto; magníficamente modelada en las formas de su cuello, de sus hombros, de su seno y de su talle; con manos que parecian arrancadas á una estatua griega, y animados por Dios; espléndidamente vestida con una túnica de damasco bordada, pudorosamente prolongada hasta los hombros y las manos; esta mujer era, decimos, poderosamente hermosa, pero con una de esas hermosuras que no se prestan á ser descritas, que solo viéndolas se comprenden.

D. Juan era, si cabe, más hermoso: tenia toda la belleza de la mujer, ennoblecida por todo lo varonil del hombre; sus ojos negros y poderosos tenian en su mirada algo de sobrenatural, de fantástico, de inmensamente profundo; por aquellos ojos, al par dulces y terribles, se veia el fondo de un abismo oscuro, del cual partian relámpagos, ya fuesen de amor, de amenaza, de cólera, de desprecio, de cuantas pasiones, en fin, dividen y subdividen el corazon humano; D. Juan hablaba con ellos, pero de una vez, y por decirlo así, con una palabra decisiva, que siempre era heróica, siempe grande; aun en la calma se adivinaba en sus ojos al leon humano.

Su desarrollo muscular, sin ser el de un Alcides, era perfectamente á propósito para los más fuertes ejercicios; esbelto, alto, delgado y en estremo gentil, poseia esa soltura y esa majestad de accion que distinguen á las razas priviligiadas; en D. Juan la naturaleza se ostentaba vírgen, poderosa; habia heredado toda la hermosura del cuerpo y toda la grandeza del espíritu de su madre, con el valor frio, audaz é incontrastable de su padre.

Fuerza es decir que muchas de las cualidades que se adivinaban en don Juan existian marcadas profundamente en su hermosa compañera; en gran parte pertenecian á una misma de esas grandes familias que se llaman tipos, y que establecen entre sus individuos notables parecidos, tanto en lo moral como en lo físico.

Y como esta conveniencia de instintos, de deseos y de necesidades constituye esencialmente lo que se llama simpatía, y como la simpatía no es otra cosa que el principio del amor, hé aquí esplicado el por qué ella y él se comprendian, se acercaban, unian en un mismo pensamiento sus miradas y se encontraban bien, gozaban el uno á la vista del otro.

Un espacio tal como el que hemos invertido en las anteriores descripciones, pasaron observándose recíprocamente los dos jóvenes, y antes de que se entablase una conversacion sostenida.

—Y bien, ¿qué pensais de mí, caballero?—dijo ella.

—Pienso que sois muy hermosa,—contestó él.

—¡Ah! ¡ah! Ya veo que no sois tan tímido como me habian dicho.

La frente de D. Juan se nubló ligeramente.

—¡Ah! ¿Conque era cosa convenida el que nos viésemos?—dijo él con cierta altivez.

—No sé, no sé aun. ¿Sois D. Juan Tenorio?

—Si, si señora; D. Juan Tenorio soy.

—¿Y os pesa el haberme conocido?—esclamó ella, cuya frente se nubló á su vez á impulsos del grave y soberbio acento de Tenorio.

—Me pesa, señora, el que nos hayamos conocido de este modo.

Un vivo rubor, más vivo que el que hubiera sentido otra cualquier mujer, porque era la primera vez que la de quien nos ocupamos lo sentia, coloró por un momento sus pálidas mejillas.

—Teneis razon, caballero, no debiámos habernos conocido; ó al ménos, ya que nos conocemos.....

—¿Qué?....

—¡Pluguiera á Dios que no valiérais tanto, ó que no fuera yo lo que soy!

—¿Y qué sois vos?—esclamó Tenorio, que no comprendia bien.

—¿Qué soy yo? Yo soy Magdalena, caballero,—dijo con amargura ella;—esa Magdalena que todos ambicionan, que todos galantean, que todos ponen á precio; yo soy esa mujer que no conociais y á quien habeis deseado conocer.

—¿Que yo he deseado conoceros?—esclamó con estrañeza D. Juan.

—Vos, sí, vos,—esclamó con arranque ella.—¿Á quién habeis enviado junto á mí?

—Os han engañado, señora, y me han insultado, ¡vive Dios!—esclamó Tenorio—mezclando mi nombre en ese engaño.

—¡Oh! esperad..... Aquí debe haber algun misterio; me han comprado para un hombre á quien yo no conocia, y me han comprado por un valor exorbitante. ¿Cuánto creeis que podrá valer esta sortija?

Magdalena sacó del seno la joya que habia entregado Avendaño á Tiepolo para seducir á la jóven.

Mientras D. Juan la examinaba, ella, atenta á la espresion de su semblante, se convenció de que era la primera vez que veia aquella sortija.

—Este diamante, señora, es de gran precio,—dijo Tenorio.

—¿Y creeis que una mujer que es pobre, que á pesar de todo, por un milagro ha conservado puro su corazon entre el cieno de su vida, tendria disculpa vendiendo su amor por esa alhaja?

—Conque vos......—esclamó, no atreviéndose á proseguir, D. Juan.

—Yo soy una pobre mujer; una pobre mujer, D. Juan, que hasta ahora se creia feliz.....

—¿Y no lo sois ahora?

—Nó; ahora soy muy desgraciada.

—Desgraciada, señora, ¿y por qué?

—¿Me amariais, D. Juan?—esclamó Magdalena, acercándose á él y asiéndole una mano.

—¡Amar! ¿Y qué entendeis vos por amar á una mujer?

—¿No habeis amado nunca?—esclamó con alegría Magdalena.

—Nunca.....—contestó balbuciente D. Juan; porque desmintiendo á su boca, se levantaba en su corazon la imágen de la desconocida del viaje.

—¡Nunca! ¡no habeis amado nunca! ¡oh, Dios mio! Si yo pudiera creer, esperar á lo ménos..... Escuchad, D. Juan: yo tampoco he amado; yo hasta ahora me habia burlado del amor, y sin embargo, desde que os he visto no me conozco; paréceme que hay otro sér en mi sér, que mi corazon y mi espí-

ritu se han engrandecido..... y tengo vergüenza; tiemblo, yo que nunca he temblado; gozo y temo, sufro y espero.

—¿Y todo por mí?—esclamó con un cándido arranque D. Juan.

—Por vos, sí, por vos.

—¿Y eso es amor?

—Sí, porque tengo celos.

—Esplicadme mejor.....

—Escuchad: hasta ahora he tenido algunos amantes,—contestó ella, bajando ruborosamente los ojos;—pero amantes de un dia, de una hora, de un momento; me he arrojado á sus brazos enamorada, y me he separado de ellos con hastio, porque jamás encontraba el hombre de mi pensamiento; porque hay muy pocos hombres, D. Juan, que no maten el amor al tocarlo; porque hay muy pocos que sepan tomar, sin lastimarla, entre sus manos el alma de una mujer; y una mujer como yo, D. Juan, todo es alma, alma que arde sin estinguirse en un fuego devorador, alma sedienta; alma que encuentra un raudal de consuelo, y le apura y le guarda celosa para ella sola: yo os amo, D. Juan, sin saber por qué; yo iba á buscar una aventura, y he encontrado un señor; conozco que he nacido para ser vuestra esclava, y lo seré. Ahora decidme: ¿quereis ser mi dueño? Pero escuchad: si alguna vez necesitais de mi vida, decidme: «Magdalena, quiero que mueras,» y moriré sonriendo; pero si aceptais mi alma, no me digais jamás: «Magdalena, yo amo á otra, yo he amado á otra;» ¡oh! nó, porque entonces yo no sé lo que me sucederia..... pero seria horroroso.

—No he amado jamás,—repitió el jóven, dominado por la espresion, por el acento, por la mirada de Magdalena.

—¡A mí, á mí sola! ¡Oh, Dios mio, Dios mio! Yo no os pido más sino que me tengais á vuestro lado, que me mireis siempre así, como me mirais ahora; ¿no es verdad que os parezco muy hermosa? ¿que yo soy muy hermosa? ¡Oh! Y vos sois más hermoso que yo, más puro..... más puro, nó, esclamó interrumpiéndose.....—¿qué importa que la desgracia ó la casualidad hayan arrojado mi cuerpo al mundo? Yo tengo el corazon vírgen, jóven, inmenso. El hombre, la mujer, son alma, no cuerpo. Vos me amareis, ¿no es verdad? Y me amareis mucho, sí, mucho, y á mí sola.

—Magdalena,—contestó D. Juan—lo que me haceis sentir jamás me lo ha hecho sentir otra mujer; hay en mi espíritu una fuerza indomable que me impulsa hácia vos; hay en mi pensamiento algo que yo nunca habia sentido, un vértigo poderoso que lo oscurece y lo ilumina en sombras profundas y vivísimos resplandores. Creedme, Magdalena; segun yo comprendo, sois para mí lo que Eva para Adan; y si gozar con vuestra vista, con vuestras palabras, con todo lo que emana de vos y vive en vos, y gozar de una manera inmensa, es amar, yo os amo, Magdalena, y os juro que un amor tal le siento por primera vez.

La mirada de la jóven se reconcentró, por decirlo así, en un foco de pasion, partió de ella un relámpago ardiente, sombrío, que se apoderó del alma de D. Juan, quemándola, como pudiera haberlo hecho el fuego del infierno. La palidez de Magdalena se condensó; se llenaron de lágrimas sus ojos,

y estrechando con una fuerza convulsiva la mano del jóven, esclamó:

—D. Juan, me perteneces como te pertenezco yo; eres mio para toda una eternidad; y yo juro, por la salvacion de mi alma, ser tuya hasta en la tumba. Tú me has salvado, engrandeciendo mi alma con tu amor; yo te salvaré impidiendo que la tuya se pervierta; lo que el mundo me ha enseñado será un tesoro de esperiencia para tí; y si te bastan mi amor y mi hermosura, serás feliz sobre la tierra, amado mio, y yo tendré en tí un ángel de redencion y un hermano de paz.

—Salgamos de aquí,—dijo D. Juan;—un amor como el nuestro se mancha entre estas paredes; venid conmigo; en mi casa.....

—¡Un escándalo! Nó; todo el mundo me conoce, y os señalarian con el dedo. Mañana nos veremos, ¿no es verdad?

—Si, pero ¿dónde?

—¿Dónde vivís?

—En Leganitos.

—Pues bien; yo os avisaré.

—¿Y os quedais?

—Si quereis acompañarme.....

—¿Acaso no os he acompañado hasta aquí?

Magdalena tomó su manto, y se le puso pensativa.

—Mirad, D. Juan,—dijo como inspirada de repente por un pensamiento;—entre los dos existe aun algo, que es necesario que desaparezca; existe esta sortija.

—¡Oh! Es verdad,—esclamó D. Juan, tomándola y yendo á abrir una ventana.

—¿Qué vais á hacer?

—Lo que debia haberos arrojado en el lodo, debe ir al lodo.

—Guardadla, D. Juan.

—¿Y para qué quiero yo esto?—esclamó con desprecio el jóven.

—¿No decís que quien se ha valido de vuestro nombre para esta aventura os ha insultado?

—Sí.

—Pues bien; guardad esa sortija para devolvérsela por el cañon de una pistola cuando le conozcais.

—Pues qué, ¿no le conoceis vos?

—D. Juan, nada sé de esto, sino que D. Juan Tenorio deseaba conocerme. Perdonadme, si ahora no me siento en estado de esplicaros cómo y por qué estraña casualidad nos hemos conocido..... tengo fiebre, y mi cabeza arde..... mañana me conocereis, D. Juan..... Ahora, acompañadme á la casa donde debo dormir por la última vez.

D. Juan, dominado por el estraño poder de aquella mujer, ó por mejor decir, por las impresiones del momento, salió con ella de la misma manera misteriosa que habia entrado.

Magdalena no se apoyaba ya en su brazo como la impura manceba vendida al oro, sino como una hermana casta y amante que se sostiene dulcemente al arrimo de su hermano.

CAPÍTULO XI.

En que se demuestra lo que pueden, gastados á tiempo, algunos doblones de á ocho.

No era Avendaño hombre á quien fácilmente se escapaba una presa; asi es, que el fingido maestresala, que habia dirigido la servidumbre de aquella cena escepcional, pretendió en vano ponerse fuera de su alcance una vez en la calle; Pedro le seguia como su sombra, pero en silencio, adaptando su paso al suyo, mientras estuvieron en calles concurridas, por las cuales el incógnito, aunque andaba deprisa, no era con tanta, sin embargo, que su marcha pudiera llamarse fuga; pero cuando se encontró en las revueltas callejas de la villa, apresuró el paso, apresurólo Avendaño, corrió el seguido, y el que seguia corrió tambien.

Llegaron al fin de este modo, dando vueltas y revueltas, á un oscuro arco formado por un camarin de la iglesia de San Andrés.

Era ya tarde para aquellos sitios y no pasaba nadie; una lámpara, mecida por el viento, delante de un Cristo, alumbraba opacamente el cobertizo.

—¡Hola! ¡eh, mancebo!—gritó Avendaño;—aguardad.

Pero el seguido, al escuchar esta intimacion, dió á correr con más fuerza, metiéndose de nuevo en el laberinto de callejas que rodean la calle de Segovia.

A pesar de la velocidad de su fuga, Avendaño, más robusto ó más ligero, le iba al alcance, y al fin llegó casi junto á él en la Cuesta de la Vega.

Tampoco habia en ésta más personas que los dos hombres, y dominaba un profundo silencio. Alumbraba opacamente la luna, y á lo lejos se veia la luz que la piedad de los devotos sustentaba delante de la Vírgen de la Almudena.

El desconocido se sintió alcanzado; se volvió de repente, estendió el brazo derecho, é instantáneamente ardió en su estremidad un resplandor vivísimo y fugitivo: era el fogonazo de una pistola.

Avendaño dió un salto de tigre, se avanzó á aquel hombre, y antes de que pudiese ponerse en defensa, le asió violentamente del brazo, y le desarmó.

—¡Ah, vil asesino!—exclamó el jóven.—Bien; desde el primer momento habia yo conocido en tí á un bribon.

—Perdonad, perdonad, señor,—contestó aquel hombre, procurando en vano desasirse de la mano que le sujetaba;—yo habia creido..... con la turbacion..... hemos escapado aturdidos de la hosteria..... y..... perdonad otra vez..... si yo os hubiera conocido.....

—¡Ah, ah! ¡el alguacil tiene miedo á los alguaciles! Es donoso.

—¿Y quién os ha dicho que yo sea alguacil?

—Si no eres alguacil eres espía,—repuso con acento amenazador Avendaño.

—Os juro, señor, por la Santísima Vírgen de la Almudena.....

—Lo que necesito no son juramentos.

—¡Ah!—esclamó con cierta esperanza el preso;—¿necesitais de mí?

—¡Vive Dios! ¿Y para qué habia de seguirte, bribon?

—¿Y que quiere de mí vuesamerce?

—¡Sígueme..... y sígueme bien! porque de otro modo, yo, que tengo pistolas mejores que las tuyas, te levanto la tapa de los sesos.

—¿No me resultará daño?

—Consistirá en tí. Bien podrá suceder que salgas de mi casa con algun peso en los bolsillos.

—¡Ah!

—¡Adelante!

—Vamos, pues, señor.

Avendaño, llevando á su lado á aquel hombre, sin perder uno solo de sus movimientos, previniéndolo todo, como quien era maestro de cierta clase de ciencia que adivinan nuestros lectores, le condujo con tal seguridad, como si le llevara preso y atado, á una gran casa situada en el medio de la calle de la Almudena.

A la primera aldabada se oyeron pasos en el interior; abrióse la puerta, y apareció un lacayo con una linterna.

—Entra,—dijo el jóven al desconocido.

Apenas entrambos pasaron de la puerta, ésta se cerró; y en silencio, del mismo modo que habian llegado hasta allí, subieron una escalera, atravesaron un corredor y entraron, despues de atravesar una antecámara y una cámara alfombradas, en un pequeño aposento á manera de despacho: el criado encendió un velon de bronce, y salió.

Apenas quedaron solos, Avendaño cerró las puertas por que habian pasado, y vino á sentarse detrás de la mesa, junto á la cual, en pié, descubierto y temblando, estaba el desconocido.

Como por incidente, y para demostrar que Avendaño se trataba y vivia como un hidalgo rico, diremos que el mueblaje y el adorno de la habitacion

en que se encontraban representaba, si no un escesivo lujo, un gusto y una belleza como bastaban para llenar cumplidamente, y aun con esceso, las necesidades de un jóven calavera que estaba perfectamente relacionado y pasaba por muy favorecido en bienes y fortuna.

—Siéntate,—dijo Avendaño á su acompañante,—porque tenemos que hablar mucho y largo.

—Dispensadme, señor.....

—Siéntate.

El desconocido se sentó.

—¿Cómo te llamas?

—Sebastian do Porto Pereyra.

—¡Hola, hola! Pues nadie diria que eres portugués.

—Os diré, señor; mis abuelos vinieron á España cuando la famosa guerra de sucesion. Mi padre el señor Francisco.....

—Nó, nó; me importa muy poco tu genealogía. ¿En qué te ocupas?

—Ahora en nada.

—¡Cómo! Pues ¿qué hacias en la hostería de Toledo?

—Habia sido recibido por maese Jaime para el oficio de maestresala de la noble hermandad de vino y amor.

—Es estraño, sin embargo, que nada nos haya dicho Jaime. Eres altamente sospechoso, amigo mio, y me vas casi decidiendo á sujetarte á la prueba del tormento.

—¡Bah, señor! Vos no teneis traza de inquisidor.

—En cambio tú la tienes, y grave, de familiar ó esbirro del Santo Oficio.

Y el dedo severo é inexorable de Avendaño señalaba el pecho del desconocido.

Habia tal fijeza, tal seguridad en aquella indicacion, que el otro, por un movimiento instintivo, se llevó las manos sobre el pecho, aunque no habia nada que encubrir en él.

—¡Ah, ah! si no está fuera, estará dentro,—dijo Avendaño con el placer de aquel á quien sale bien una estrategia.—¡Hé ahí la fuerza de la costumbre! Abrete la ropilla.

—Os suplico señor.....

—Abrete la ropilla, repito,—esclamó Avendaño con un acento de terrible amenaza.

El intimado se abrió temblando la ropilla, y bajo ella un objeto brillante destelló la luz del velon. Era una medalla de plata esmaltada.

—¡Ah, ah! ¡familiar secreto del Consejo de la Suprema!.... bien..... ¿Luego no eres maestresala? ¿luego me has engañado? ¿luego, deduciendo una consecuencia inmediata, tampoco eres Sebastian do Porto Pereyra?

—Ved lo que haceis,—dijo aquel hombre con gravedad—porque despues de haber visto esta placa, no tratais conmigo, sino con el Santo Oficio.

—¡Oh! es verdad; tienes razon; el Santo Oficio es un cuerpo demasiado respetable para que no se le trate con una profunda veneracion, aun en la persona del menor de los suyos. Por lo tanto, veamos hasta qué punto llega tu dignidad.

Avendaño tiró de uno de los cajones de su mesa, metió en él una mano, la sacó llena de doblones de á ocho, que apiló en carros, formando con ellos una línea de batalla, en la cual estaban fijos de una manera profunda los ojos del desconocido.

—Veamos, pues, si te crees dignamente tratado. ¿Cuánto tiempo necesitas para ganar en el Santo Oficio otro tanto?

—Al ménos diez años, señor.

—Eso es una indignidad; un servidor como tú debia al ménos guardar en su cofre todos los meses una suma como esta.

Brillaron los ojos del familiar secreto, y se dulcificó su semblante; el demonio de la codicia acababa de darle un beso en la frente.

—Supongo, señor, que me quereis tomar á vuestro servicio.

—No supones del todo mal.

—Pero ese servicio tendrá que ser secreto.

—Se entiende, reservadísimo; eres un hombre inteligente.

—¿Y me pagareis siempre así?

—Segun el servicio; de ese modo te esforzarás.

—Sois muy generoso, señor.

—Ve ahí, pues, que el hombre obra á ciegas; si me hubieras muerto, hubieras perdido una mina.

—Perdonadme, señor; se cometen muchos desaciertos en este mundo por no saber con quién se trata.

—Quedamos, pues, en que me servirás y engañarás al Santo Oficio.

—Será necesario que me respondais de vuestra prudencia.

—¿Quién lo duda? Para darte una prueba de ello, no necesito saber tu nombre.

—Eso importa poco; me llamo Antonio Ferrer.

—Eres familiar secreto. ¿En qué te ocupas públicamente?

—Soy mayordomo de D. Gaspar de Somoza.

—¡Ah! ¡ah! Pues puedes servirme aun en otro oficio.

—¿Cuál, caballero?

—Despacio; arreglemos el primero, y despues hablaremos del segundo.

—Como gusteis, señor.

—¿Con qué objeto fuiste á la hostería de Toledo?

—Para dar noticia de todo lo que allí sucediese al inquisidor de la Suprema, Fray Tomás de la Santísima Trinidad.

—¿Y quién ha hablado de nosotros á ese hombre?

—Mi amo D. Gaspar.

—¡Oh! ¿Y desde cuándo?

—Desde esta noche.

—¿Y sabes tú del asunto que se trata?

—Solo sé que á mí y á un camarada mio se nos ha encargado que estemos siempre en observacion de los siete caballeros comprendidos en esta lista (y mostró un papel á Avendaño); que sepamos si alguno de ellos va á la casa del oidor D. Rodrigo Mejía, y que se prenda á una gitana que anda por los alrededores de Madrid.

Avendaño se levantó sobresaltado.

—¿Y se ha preso á esa gitana?

—Nó señor; lo más importante esta noche era espiar la hostería y la casa del oidor.

Avendaño metió de nuevo por tres veces la mano en el cajon, y sacó otros tres puñados de oro.

—Aquí queda mucho,—le dijo;—más aun que el que hay aquí, cien veces más, está al alcance de mi mano. Sírveme bien, y te haré rico. Si me haces traicio , si el Santo Oficio se entromete en mis asuntos, perderás mis beneficios; interés tuyo es el que yo esté libre.

El esbirro hizo una señal afirmativa.

—Guarda ese oro, y hé aquí mis condiciones: nada has visto en la hostería sino una cena entre hidalgos, en que no ha habido desórden, ni juramentos, ni blasfemias.

—Descuidad.

—No ha ido á la hostería una mujer que se llama Magdalena, entiéndelo bien; esa señora no ha salido de su casa.

—Para esto hay más ojos que los mios.

—Ciégalos con oro.

—Los cegaré.

—Mañana al amanecer quiero saber todo cuanto me interesa.

—Lo sabreis, señor.

—¿Está observada la casa del oidor?

—Allí está un camarada mio.

—¿Tienes confianza en él?

—Como en mí mismo.

—¿Estará solo?

—Importa poco que esté acompañado.

—En ese caso, vamos á ver á ese hombre,—dijo Avendaño, sacando una razonable cantidad de doblones del cajon y metiéndolos en un bolsillo de seda.

Poco despues, él y el esbirro avanzaban á buen paso á la plazuela de San Justo adelante en direccion á Puerta de Moros.

CAPÍTULO XII.

De como D. Gaspar de Somoza se encontró de repente lo que tanto se temia tratándose de los siete.

Pero al entrar en la calle de San Justo, y delante de la misma casa donde algunos años despues, y bajo el reinado de Felipe II, vivió su secretario de Estado Antonio Perez, Antonio Ferrer se detuvo.

—¿Por qué te paras?—le preguntó Avendaño.

—Me paro, señor,—dijo Ferrer, bajándose hasta tocar con la mano al suelo,—para recoger algo, que si lo dejamos aquí no faltará quien lo guarde.

—¿Y qué es ello?

—Un pañuelo, señor, en que hay algo envuelto.

—Alguna pérdida.

—Un rico pañuelo de Cambray, por cierto..... y dentro un ramillete de flores italianas de seda.

—¡Oh, oh! ¡Pues has hecho un buen hallazgo!

—Esperad,—dijo Ferrer;—este pañuelo tiene armas bordadas en las puntas.

—¡A ver! Dame acá.

Avendaño examinó el pañuelo á la luz de la luna, y distinguió su blason: era un leopardo de oro en banda negra, sobre fondo rojo, con corona de duque.

—¡Oh! Yo conozco al dueño de este pañuelo; pero ¿á qué ha venido por aquí? No es camino. ¿Conoces tú bien á Magdalena?

—¿A la Flora?

—Sí.

—Creo conocerla lo bastante para poder contestaros á algunas preguntas, señor.

—¿Hay por aquí alguna casa donde pueda ir esa mujer con un amante?

—Nó y sí: por aquí se baja al callejon del Conde, en la calle de Segovia.

—Sí, pero este no es camino desde la hostería de Toledo,—pensó para sí Avendaño; y luego añadió alto:—Me quedo con este pañuelo y este ramillete, Ferrer.

—Como gusteis, señor.

—Creo que ya estamos en Puerta de Moros.

—Sí, y aquella es la casa del oidor. Esperad.

Ferrer silbó de una manera leve, como una culebra. A aquel silbido adelantó un hombre que estaba oculto en la sombra, y al ver á dos se detuvo.

—¡Adelante, Alfonso, adelante!—dijo Ferrer.

—¡Ah! ¿eres tú, Antonio?

—Sí, yo soy. ¿Ha habido novedad?

—Sí: acaba de entrar ella.

—¿Y quién es ella?—dijo Avendaño.

El llamado Antonio observó con recelo al jóven, y se hizo atrás.

—Su señoría—dijo con cierta intencion Ferrer—es un noble y rico caballero con quien yo me he obligado por nosotros dos. Le he recibido por nuestro señor.

—El asunto, sin embargo, es algo áspero; porque tratándose del padre-maestro.....

—¿Y qué tiene que ver el padre-maestro aquí?—observó Avendaño.

—¡Ah! ¿su señoría no sabe que Fray Tomás?....

—¿Qué?....

—Que Fray Tomás ha sacado de la Inquisicion á la Magdalena, y que del mismo modo puede volverla á meter; y á nosotros con ella, si sabe..... si averigua.....

—Pero en fin, ¿qué sucede?

El preguntado consultó con una mirada á Ferrer; y éste, con otra, le indicó que respondiese.

—Sucede que la Magdalena y un gentil mancebo acaban de entrar por aquel postigo.

Y señaló uno perdido en la sombra.

—Y ese mancebo..... ¿llevaba una gorra de terciopelo con plumas?

Y con un joyel de diamantes que brillaba como el sol á los rayos de la luna.

—Le viste el rostro?

—Nó señor, estaba muy lejos; pero la Magdalena, que es muchacha de gusto, venia asida á su brazo con demasiada estrechez para que no fuera un buen mozo nuestro hombre.

—¿Hay contigo alguien más guardando la salida?

—Nadie, señor: yo solo.

—Pues vete; Ferrer te informará de lo que debes hacer. Además, ten presente que no has visto entrar ni salir á nadie por el postigo.

Por segunda vez, y á la deshecha, consultó Antonio á su camarada con los ojos, y por segunda vez recibió una indicacion afirmativa.

—Muy bien, señor,—dijo.

—Ahora, id á mi casa; presentad por señal á quien os abra esta, daga, y esperadme.

—Si vuestra señoría quiere, le enviaremos para resguardo algunos de nuestros compañeros.

—Nó, nó: quiero estar solo.

—Que Dios guarde á vuestra señoría. ¿Cuánto tiempo esperaremos?

—Hasta que yo vaya: en todo caso, no os ha de faltar qué comer, ni dónde dormir.

Los dos rufianes se separaron, y mientras pudieron ser vistos por Avendaño, guardaron el más profundo silencio.

Al fin, Alfonso lo rompió.

—¿Qué significa esto, Ferrer?—dijo parándose en el momento en que doblaron la primera esquina.

—Esto significa que para nosotros dos tengo en el bolsillo cien doblones de á ocho.

—¡Luz de Dios! ¿y por dónde eso?

—Es nuestro salario por servir á ese caballero.

—¡Contra la Inquisicion!....

—¿Y qué nos importa? ¿No sabemos lo bastante para servir bien á quien nos paga, engañando al que nos tiene siempre de punta por algunos miserables reales de plata? Así podremos salir de ahogos..... jugar..... triunfar como caballeros.....

—Sí, sí; pero ¿has llegado á averiguar?....

—Yo creo que todo es por los ojos de la Flora.....

—¡Y vaya si tiene suerte la tal paloma!

—Tambien es la mujer más hermosa de Madrid.

—Pero Fray Tomás.....

—Fray Tomás será el último que lo sepa; y cuando eso suceda, ¿dónde estaremos nosotros? Esto es un rio de oro, Anton.

—Pues sirvamos mientras corra.

—Sí; pero tratándose de D. Pedro de Avendaño, hay que servirle bien.

—Como él lo pague, yo te juro que ha de ser suyo hasta el último alguacil de la Inquisicion.

¡Maravilloso poder del oro! Ni aun aquel terrible Tribunal, que castigaba de una manera espantosa los abusos de confianza, podia estar seguro de no ser vendido por sus subordinados.

Aquellos dos bribones se embozaron en sus capas negras, callaron, apretaron el paso, llamaron á la puerta de la casa de Avendaño, y anunciándose en su nombre y mostrando la daga, fueron introducidos, no sin quedar espiados por dos tremendos criados, que fieles á su amo, sabian cuánto debia desconfiarse de tales señas y á tales horas.

Entre tanto Pedro se paseaba impaciente por Puerta de Moros; eran las doce,y sucesivamente sonaron la una, las dos y las tres de la mañana.

—¡Diablo!—murmuraba para sí, un tanto incómodo.—Las circunstancias traen á los hombres á cosas que jamás hubieran pensado en hacer. Héme aquí guardando los amores de una cortesana y de un adonis. ¡Y todo por ese bribon de Tieppolo! Si no se le hubiera ocurrido el maldito pensamiento de aquel sacrilegio..... ¡Vamos! hay gentes que son peores que una tormenta..... ¡Echarnos encima la Inquisicion! Pero ¿quién puede haber dicho á Fray Tomás?.... Ella, ella sola..... Acaso sea ese un lazo..... Tal vez, mientras yo le supongo entre los brazos de esa mujer, esté entre los brazos del tormento..... pero nó: él acaba de llegar; es familiar..... pero es riquísimo, y una confiscacion de sus bienes..... ¡Vamos! esta escena es una horrible pesadilla; si despierto felizmente de ella..... ¡Oh! ¡yo juro al Sr. Gaspar de Somoza!.... ¡Ese hombre es una víbora!.... ¡Las tres!.... ¡Diablo! ¿Quién viene aquí á estas horas?

Sonaban pasos, y se veia el reflejo de una linterna. Un hombre solo avanzaba cautelosamente á lo largo de la calle, y miraba con una atencion singular el postigo de la misma casa delante de la cual se habia paseado durante dos horas Avendaño.

—¡Oh, oh! Es el Sr. Gaspar de Somoza,—dijo el jóven, que no tuvo tiempo para otra cosa que para embeberse cuanto pudo, y embozado hasta los ojos, en el vano de una puerta.

En efecto; era el receptor, que cuidadoso y servicial, venia, segun su costumbre, á revistar sus espiones.

La vista de lince del inquisidor percibió á Avendaño, y tomándole por uno de los suyos, se acercó sin reserva á él.

—¡Hola, bien, perfectamente!.... ¡Así os quiero, hijos mios!.... Cumplís bien, y la paga será magnífica..... magní.....

De repente la voz del inquisidor se cortó; apagó su linterna, dió media vuelta rápida, se encorvó, y dió á correr, deslizándose pegado á la pared.

En vez del rudo y vulgar semblante del esbirro, habia visto un magnífico sombrero de castor con plumas, y entre su ancha ala y el embozo de su capa la profunda mirada de dos feroces ojos negros.

El inquisidor habia huido como una raposa sorprendida en un hurto; pero habia huido en vano: en dos saltos Avendaño le cortó la retirada.

—¡Eh, alto ahí, Sr. D. Gaspar!—esclamó el jóven.—Nos hemos encontrado en un sitio y á una hora que no me permiten dejaros ir sin ciertas esplicaciones.

—¡Esplicaciones en este sitio y á esta hora!

—Cabalmente por lo mismo, como os he dicho ya, necesito esas esplicaciones.

—¡Y bien! yo..... me retiraba.....

—¿Y os retirábais, viendo de paso si vuestros satélites cumplian bien vuestras órdenes?

—Os aseguro..... os afirmo.....

—Lo que yo puedo afirmaros es que nada sabreis de su boca, como no haga Dios con ellos el milagro que hizo con Lázaro.

Avendaño aventuraba una mentira para aterrar al receptor, y lo consiguió de una manera estupenda.

—¡Eh!.... ¿cómo?.... ¿qué decís de muertes?.... yo no os entiendo, señor.

—Lo que yo no entiendo es cómo sabeis secretos que á nadie se han confiado..... cómo os atreveis á meteros en cosas de hombres, el menor de los cuales.....

—¡Oh! por piedad, D. Pedro..... yo nada sé..... nada sé..... me han dicho, en verdad, cosas horribles..... pero estas son cosas..... del padre-maestro..... cosas, en fin, en que yo nada tengo que ver.

—¿Ni teneis nada que ver en mandar prender gitanas?—dijo ferozmente Avendaño;—¿en cercar de asechanzas á mis compañeros y á mí?....

—Os juro que nada sé sobre..... os lo juro á fé de cristiano..... Y luego esto está entre nosotros..... El señor inquisidor general no se ha quejado..... y si se queja..... ¿quién ha de sospechar de vosotros?

Avendaño quedó mudo de terror; hasta entonces no sabia que nadie tuviese conocimiento de ello, y la primera noticia que llegaba á él, salia, por decirlo así, de la boca de la justicia.

—¿Sabiais?..... es decir..... ¿os habeis atrevido á sospechar?.... ¡miserable!....—esclamó Avendaño, cuyo pensamiento estaba teñido de sangre.

—Nadie, nadie lo sabe más que yo,—esclamó el inquisidor con angustia.

—¿Nadie más que vos?.... Sí, eso es..... y la persona que os lo ha denunciado.

—Esa persona habeis sido vos.

—¡Yo!

—Sí, vos. ¿No estuvísteis ayer con vuestra madre junto á la torre de Pinto?

—Supongamos que lo estuviera: ¿y eso qué prueba?

—Estábais junto á la puerta.

—Es verdad.

—Yo estaba detrás de aquella puerta.

—¡Oh! nos espiábais: luego teniais indicios.

—Nó, nó; me llevó allí el pecado..... D. Pedro..... estaba encerrado con una mujer. Todo fué una casualidad.

—¿Y esa mujer?....

—Esa mujer no oyó nada..... nada.....

—Pero ¿quién era esa mujer?

—¡La sobrina del cura de Pinto!—esclamó D. Gaspar de la misma manera que pudiera haberlo hecho un sér puesto en el tormento, porque en realidad sufria el tormento del terror.

—¿Y decís que nadie lo sabe?

—Yo..... solo yo..... y lo olvidaré..... os lo juro por la salvacion de mi alma.

—¡Oh! sí, lo olvidareis,—esclamó fatídicamente Avendaño.

—Y seremos..... buenos amigos.....

—¡Amigos!.... hasta la muerte..... sois un escelente señor, D. Gaspar; teneis á veces cosas..... que..... pero todo es una broma..... un poco pesada, pero que pasa.....

—Cierto..... si yo tuviera mal corazon.....

—Supongo que tambien será una broma lo de Magdalena.

—Antojos, puramente antojos, D. Pedro.

—¡Ah! sí..... pero ya es tarde..... dadme vuestra mano, y no tembleis; se trata de gente hidalga..... idos, idos á recoger, y mañana nos veremos.

—Pues hasta mañana, señor..... os espero..... comereis conmigo..... sí, ¡eh! conque hasta mañana.

Y temblando como un pájaro que se ve libre de un gavilan, se separó á buen paso, respirando por primera vez libremente, despues de su encuentro con el jóven, cuando se vió fuera del alcance de su mano.

—¡Mañana!.... ¡mañana en la eternidad!—esclamó roncamente Avendaño, estendiendo en direccion al receptor su brazo armado de una pistola.—Sabes demasiado para que yo te deje en disposicion de hablar.

Y antes de que acabase de pronunciar estas palabras, ardió el cebo, sonó una detonacion, silbó una bala y el receptor cayó.

Poco despues se abrió el postigo, y una mujer se asomó á la ventana, colocada sobre él.

El que salia miró rápidamente, y vió un hombre en tierra y un bulto que se alejaba.

—¡Oh! ¡un asesinato!—esclamó tirando de la espada y corriendo tras el.

—¡D. Juan, D. Juan! cuidado,—esclamó la dama de la ventana.

Pero Tenorio, que él era, se puso en seguimiento de Avendaño. Al verse éste seguido, se detuvo por reflexion.

—¡Ah! ¿Sois vos, D. Juan?—esclamó reconociéndole.—Famoso sobresalto me habeis causado.

—¡Sobresalto!—esclamó con dureza Tenorio.

—Seguid, seguid por Dios,—contestó Avendaño;—no nos detengamos en este sitio.

—¡Oh! ¡oh! ¡teneis miedo!—dijo con un acento indescribible D. Juan.

—Miedo, sí, un miedo terrible á la Inquisicion, de la que acabo de libraros.

—¡Con un asesinato!

—Pensad como querais; pero adelante, y despues ¡vive Dios! cuando estemos lejos de aquí, os daré cuantas esplicaciones me exijais.

Y sin decir más, echó adelante, y le siguió Tenorio, dominado por un terror vago, pero profundo, que helaba su alma como hiela el corazon la hoja de un puñal.

Avendaño le habia dicho que por su causa habia asesinado á un hombre, y esto bastaba para conmover de una manera terrible el alma aun pura y buena del jóven.

Avendaño siguió adelante á paso largo. Las calles estaban desiertas y oscuras, porque la luna se ponia y ya las rondas se habian retirado; entonces no habia alumbrado ni serenos. La imperial y coronada villa estaba, pues, tenebrosa, muda, entregadas sus calles á enamorados y gente de mala vida; sin embargo, ningun sér viviente encontraron los dos jóvenes desde Puerta de Moros hasta el prado de Leganitos.

Al llegar á sus árboles, Avendaño se detuvo bajo uno de ellos. D. Juan se le unió.

—Os he traido aquí, D. Juan,—dijo el primero,—porque estais cerca de vuestra casa, porque este es un sitio solitario, y porque en él se pueden dar con seguridad las esplicaciones *más ruidosas.*

Avendaño recargó el acento en su última frase.

—Decís, caballero, que por mí.....

—Digo y repito que por vos, D. Juan, he cerrado la boca de la manera posible á un hombre que pudiera haberos perdido.

—Mirad bien lo que decís.

—Reparad vos que estábais encerrado como un amante en la casa de una mujer que tiene grandes relaciones con alguno del Santo Oficio.

—Esto, por más verdad que sea, no disculpa un asesinato.

—Hablad más bajo ¡pardiez! y procurad no pronunciar esa palabra; es una imprudencia.....

—¿Y qué tengo yo que ver en eso?

—Vos pasariais por cómplice de esa muerte.

—¡Cómplice yo de una cobardia! ¡cómplice! Yo jamás tendré cómplices, caballero; me basto yo solo para todo.

—Sin embargo, la casualidad hace á veces por nosotros lo que nosotros nunca hariamos.

La frialdad con que razonaba Avendaño, y la seguridad de su voz, cuando podia decirse que aun tenia las manos teñidas en sangre caliente, producian en Tenorio un efecto inesplicable; sentia horror y respeto á la vez por aquel heroismo del crímen; Avendaño se aprovechó del efecto que producia.

—Esta noche habeis encontrado á una mujer que no conociais y de quien sin embargo os habeis enamorado.

—¿Y quién llevó hasta mí á aquella mujer?

—Yo.

—¡Vos! ¡vos! ¡de una manera misteriosa, valiéndoos de una mentira, de una farsa!

—Nunca habiais amado, caballero, y queriais saber lo que era el amor; si yo os lo hubiese presentado de una manera esperada, no hubiérais amado; os conozco bien; han influido en vos el lugar, la ocasion, el amparo que habeis creido prestar á esa jóven, á quien ahora de seguro amais.

—No sé qué interés.....

—¿Qué interés podia yo tener en ello más que complaceros? Necesitábais una querida hermosa, y os la he proporcionado, D. Juan, de una manera nueva. Creo que si no me lo debeis agradecer, no debeis tampoco echármelo en cara.

El cinismo de Avendaño imponia á Tenorio tanto como su serenidad.

—Por desgracia,—continuó aquel,—habiamos olvidado una circunstancia unida á la existencia, al destino de esa mujer; si no hubiésemos estado espiados por el Santo Oficio; si yo no hubiese conocido por instinto á un espía y le hubiera comprado, no hubiera podido saber que estábais en peligro, no hubiera podido salvaros, y á estas horas estariais vos, estariamos nosotros en un calabozo de la Inquisicion.

—¡Por esa mujer!....

—¡Por ella!....

—Pero ¿quién es esa mujer? ¿qué tiene que ver?....

—Esa mujer tiene la desgracia de haber inspirado una pasion terrible á un inquisidor.

—Ved lo que decís.....

—Los hombres son débiles, D. Juan. Adan estaba asistido de la gracia, era el querido de Dios, y sin embargo, Eva le perdió.

D. Juan habia entrado en el mundo por un camino de espinas, y su alma empezaba á desgarrarse; sentia una repugnancia invencible hácia todo lo que le sucedia, y estaba enclavado, sujeto por una mano suprema á aquel tormento silencioso, roedor, que sin ser remordimiento, tenia mucho de ello, como si proviniera, no de faltas propias, sino de crímenes heredados, y callaba, dominado siempre por aquel terror íntimo.

Avendaño continuó:

—Afortunadamente, informado con oportunidad, llegué á tiempo de salvaros. *Me ha sido preciso matar*,—esclamó el jóven con voz profunda;—y por más que el asesinato repugne á mi corazon, por más que me horrorice su recuerdo, he asesinado para precaver nuestro comun asesinato; he tenido que luchar con las únicas armas que se dejaban á mi eleccion.

—Pero teniais espada, y supongo que el *otro* la llevaria tambien.

—Como la ha llevado siempre, como parte de su traje. Tranquilizáos, don Juan; creo que mi brazo no ha hecho otra cosa que servir de instrumento á la justicia de Dios, porque se trataba de un gran criminal.

—Dejad á Dios que castigue los crímenes,—esclamó con desesperacion D. Juan.—Un noble no tiene, ni puede tener, más armas que su espada; un noble mata con razon, pero solo un verdugo asesina á sangre fria.

—Si se hubiera tratado de otro hombre, yo hubiera puesto mi razon en la punta de mi espada, porque es bueno que sepais que yo no soy cobarde,—contestó con altivez Avendaño;—pero hay miserables—añadió con cólera—á quienes, para que no muerdan villanamente, es necesario matar como perros.

—¿Y quién era ese hombre? ¿un alguacil sin duda?—esclamó Tenorio con un acento lleno de esperanza, porque (debemos advertirlo) un alguacil en aquellos tiempos no era considerado como prójimo.

—A un alguacil se le hace callar con dinero, D. Juan; el hombre de quien se trata era noble y rico.

—Noble, rico ¡y cobarde!—esclamó con estrañeza Tenorio.

—Aquel hombre se llamaba D. Gaspar de Somoza.

—¡El tio de Inés de Ulloa! ¡un hombre enlazado con lo más noble de España! ¡el cuñado del noble y valiente comendador Ulloa!—esclamó con espanto Tenorio.—El mismo á quien yo debia visitar como á un amigo, y á cuya casa me veré precisado á ir de duelo por un duelo que yo he causado. ¡Oh! Sois para mí un conocimiento fatal, Avendaño; me habeis dado un amor del infierno, y habeis teñido ese amor con sangre, y con sangre de un amigo.

—Que os hubiera arrojado sin dolor á la hoguera del Santo Oficio. Retiráos, D. Juan; estais preocupado, dominado, como yo lo estoy, por ese ter-

rible acontecimiento. Si mañana quereis más esplicaciones, os las daré del modo que querais. Suspended hasta entonces vuestro juicio, y dormid tranquilo.

—¡Dormir!

—Y procurad en otra ocasion ser prudente: anoche, embebecido sin duda con la hermosura de Magdalena y la naciente pasion que os inspiraba, habeis perdido sobre vuestro camino una prenda que lleva vuestro nombre.

—¡Una prenda que lleva mi nombre!

—Cierto; un pañuelo blasonado en el que estaba envuelto un ramillete.

—¿Y dónde habeis encontrado ese pañuelo y..... ese ramillete?

—En la calle de San Justo.

—¡Oh! ¡dadme, dadme!—esclamó el jóven con arranque;—no sabeis cuánto bien me habeis hecho con guardarme esas prendas.

Avendaño sacó de un bolsillo de sus gregüescos el pañuelo y el ramillete, y los entregó á Tenorio, murmurando para sí: «Primer amor de niño.»

D. Juan lo olvidó todo por un momento; levantóse ante él, poderosa, absoluta, la imágen de su compañera de viaje, y besó el ramillete.

—¡Oh, oh! Mucho y en poco tiempo ha adelantado vuestra pasion, don Juan,—esclamó Avendaño.

—¡Mi pasion!....—repitió el jóven.—¡Desdichado de mí! Venid á verme mañana, Avendaño; necesito que me espliqueis cuánta razon habeis tenido para hacer lo que habeis hecho. Desearé, os lo juro, encontraros digno de mi amistad, porque hay en mí un sentimiento secreto que me arrastra hácia vos.

—Valiente, entusiasta y generoso,—pensó para sí Avendaño.—¡Lástima que me haya visto obligado á echarlo por el mal camino! Adios, adios, don Juan,—dijo apretándole con cariño las manos.—Mañana nos volveremos á ver; entre tanto, confiad en mí.

Y sin esperar á más se embozó, tomó el Prado adelante, y se perdió en la oscuridad.

D. Juan permaneció un momento en el mismo sitio, y despues, con paso lento, meditabundo y asombrado, llegó á su palacio, llamó y entró.

Le esperaba Gabilan.

Al ver á su amo pálido y demudado, el leal criado le contempló con interés.

—¿Viene herido el señor?—dijo.

—Nó, nó,—contestó maquinalmente D. Juan.

El lacayo no creyó deber insistir, y tomó las escaleras arriba, precediendo á su amo hasta el dormitorio.

—¿Cena ó almuerza el señor?

—Nó.

—¿Me necesita el señor?

—¡Sí, pardiez! ¿Y la gitana?

—La tengo encerrada en mi aposento.

—¿Y cómo te has compuesto?

—De la manera más sencilla: cuando la encontré, empecé por ofrecerla un bolsillo.

—¿Le tomó?

—Le rehusó.

—¡Oh, oh!

—Pero cuando supo que venia de vuestra parte.....

—¿Le aceptó?

—Sí señor, y no solo eso, sino que se prestó á seguirme, y montó por sí misma á la grupa de mi caballo.

—¿Y no ha estrañado?....

—¿El que la encierre? Por el contrario, me lo ha exigido; dice que quiere estar sola, que no quiere ver á nadie más que á vos.

—¡Esto es raro! Llámame mañana temprano.

—¿A qué llama temprano el señor? Ya son las cuatro de la mañana.

—Llámame á los ocho.

—¿No se desnuda el señor?

—Nó; aviva esa chimenea y tráeme una botella de vino.

—¡Es estraño!—dijo para sí Gabilan, yendo por la botella.—Nunca he visto así á mi amo; parece que han pasado por él diez años. Aquí acontece algo. Es necesario seguirle á todas partes, porque este Madrid..... ¡oh!.... este Madrid es terrible.... y el señor, que no lo conoce..... pero ¡soy un animal! Esa palidez puede ser á causa de una noche de amor..... pero ¡tan pronto! ¿dónde? ¿cuándo? El señor no es hombre de irse á *picos pardos;* debe ser una conquista..... ¡Y bien!.... otros que valen ménos..... yo, por ejemplo, las he hecho súbitas..... Hé aquí el vino..... lo que fuere sonará, y si yo no lo sé antes de mucho, seria necesario afirmar que solo lo sabian él y el demonio.

Y dando punto y remate á su monólogo, si no á su pensamiento, llegó á la mesa en que se apoyaba su amo, y puso sobre ella una salvilla en que habia dos botellas y una copa de oro. Arregló la chimenea, y permaneció de pié á alguna distancia.

—Anton,—le dijo su amo—vete á descansar.

Gabilan se inclinó, lanzó una rápida, picaresca y última mirada al melancólico y pálido semblante de D. Juan, y salió murmurando:

—Está visto; mi amo está enamorado. Pero ¿quién será ella?

CAPÍTULO XIII.

Magdalena.

En aquellos tiempos acontecia en Madrid lo que en muchos pueblos de las provincias meridionales de España; es decir, que la esplosion de un arma de fuego no era cosa bastante para que nadie dejara la cama, y mucho ménos para que se abriesen una puerta ó una ventana; lo que generalmente acontecia era que, sin incomodarse nadie, ni hacer reparo en ello, sonasen en alguna boca piadosa, más por costumbre que por caridad, las terribles palabras de *¡Dios te haya perdonado!*

Esto que, como decimos, es característico en algunos pueblos de España, no sabemos si lo será del mismo modo en todas partes; lo que sí es cierto, es que esta indiferencia escandalosa, y si se quiere criminal, servia y sirve, en más de un caso, para que el perpetrador tenga tiempo de ponerse en cobro, prevenir lo que se llama en jurisprudencia *la cohartada*, y burlar el rigor de las leyes y la vindicta pública despues de un tenebroso y cobarde asesinato.

Afortunadamente, hoy tenemos alumbrado hasta cierta hora; serenos que no siempre duermen, y guardias municipales que, si no bastan para impedir el homicidio, algunas veces aprovechan para prender al agresor: ya esto es algo, y sirve de prueba de que estamos en marcha y llegaremos un dia, pronto ó tarde, á vernos perfectamente garantidos contra todo abuso de fuerza.

Pero en 1520, lances como el que hemos descrito acontecian con mucha frecuencia: todo, en fin, se reducia á enterrar al muerto, tomar declaraciones á los vecinos, que afirmaban, siempre bajo juramento, no haber oido, no saber nada, y á formular un proceso, que llamaremos fantástico, puesto que el reo no existia: proceso cuyas costas se hacian pagar á la familia del di-

funto y que iba á aumentar con un legajo más el alimento de los ratones de una escribanía, bajo cuyo polvo quedaba enterrado *per in secula*, como el desdichado cuya muerte le habia promovido.

Si Magdalena, en vez de ser una hermosa jóven, ligera y frívola, entregada enteramente al galanteo y al cuidado de su adorno, hubiera sabido estas cosas, de seguro, despues del pistoletazo administrado al receptor, hubiera cerrado la ventana y se hubiera tornado al lecho; pero ella era estraña á todo lo que no tenia relacion con su vida: tembló cuando vió á D. Juan meterse en aquella lúgubre aventura, y permaneció en la ventana aterrada, temblorosa, cubierta de sudor frio y mirando fascinada al sitio donde habia caido D. Gaspar.

Al principio creyó que solo seria una simple herida, que aquel hombre se levantaria, que le veria desaparecer, librándola del terror de su proximidad; pero no se levantó: pasaron un cuarto de hora, media, una, dos; el bulto permaneció en el mismo sitio. Magdalena aplicó atentamente el oido; ni un ¡ay! ni un sollozo, ni un débil grito de socorro. Entonces, y solo entonces, comprendió que se habia cometido un asesinato, y un instinto secreto le dijo que aquella sangre se habia vertido por ella; representósele que el asesino se habia detenido para esperar á D. Juan, que habia desaparecido con él, y que tal vez el jóven estaria tendido en otra oscura calle como aquel desventurado.

Á este pensamiento, su corazon sintió un vehemente deseo de salir, de buscarle, de socorrerle, si era preciso. Pero ¿cómo salir sola? ¿cómo avisar á nadie? Un poder inexorable la sujetaba en aquella ventana, y vió, ó por mejor decir, pudo ver cómo la luna, estrechando cada vez más la faja luminosa que proyectaba sobre la parte superior de la pared fronteriza, desaparecia al fin, dejando la calle sepultada en una tiniebla densa, y cómo la bujía, colocada en una elegante mesa en el fondo de su dormitorio, se estinguia, pasando lentamente por las alternativas de dilatacion y opacidad que conocen todos nuestros lectores, puesto que es muy comun en la vida ver apagarse una luz.

Pero en situaciones dadas, ese reflejo de la luna, que mengua lento, invariable y seguro; la agonía de esa luz que oscila, proyectando fantasmas caprichosos en las paredes, en el marco de un cuadro, en la plegadura de un cortinaje; en situaciones especiales, decimos, ese paso de la luz á la sombra es una verdadera agonía que nos hace más terrible, con su colorido fantástico, esa otra que es un punto intermedio entre el hombre y el cadáver.

La habitacion, como la calle, habia quedado á oscuras, y sin embargo, para Magdalena habia, á sus piés, á pocos pasos del lugar que correspondia perpendicularmente á su ventana, una área luminosa, dentro de la cual estaba un hombre tendido boca abajo sobre un lecho rojo, que parecia humear, produciendo una aureola pálida; los nervios de la jóven estaban duramente escitados, y padecia uno de esos terribles fenómenos de la vision que á veces centuplica los cuerpos y las luces; que nos representa un objeto, aunque no exista, en el mismo punto en que le hemos contemplado; que crea, en fin, verdaderos espectros hijos de la imaginacion, del cerebro, del sistema nervioso.

Por la teoría de estos fenómenos es solamente como puede comprenderse el que una persona que tiene fundada reputacion de veraz, asegure que ha visto un fantasma; de ese solo modo tambien comprendemos nosotros los milagros del magnetismo.

Podia asegurarse que Magdalena estaba sujeta á una influencia magnética; no pensaba, se estremecia inerte, dolorida en el corazon y en la cabeza; aquella influencia tenia su orígen en el inmenso amor que en pocas horas le habia inspirado D. Juan.

Hubo un momento en que en aquel círculo de luz vió vagar como fuegos fátuos otras luces; junto á aquel cuerpo negro y tendido, otros cuerpos negros tambien, pero de pié y móviles; les vió bajarse, examinar al muerto, hablar acaloradamente, destacarse, en fin, uno de ellos del grupo y acercarse al postigo situado bajo la ventana.

Por un movimiento instintivo, la jóven se retiró á medida que aquel objeto se acercaba; la hoja de la ventana, dejando de ser contenida por la interposicion de su cuerpo, se cerró por sí misma, y Magdalena, ya en demasia sobreescitada, cayó en su lecho, con el que habia tropezado, al mismo tiempo que resonaba un golpe seco y duro sobre el postigo.

Por un momento todo permaneció en silencio; despues, y por intérvalos iguales, resonaron hasta tres golpes, más fuertes y retumbantes progresivamente.

Oyéronse pasos en un corredor, despues rechinar el postigo por dos veces, y luego tornaron á oirse los pasos, pero duplicados; se acercaron, y un golpe dado al parecer con la mano retumbó en el interior, en una puerta cercana. Magdalena no le oyó, porque estaba desmayada; volvieron á sonar los golpes, y sucedió igual silencio; oyéronse los mismos pasos dobles que se alejaban, sucedió un silencio de corta duracion, volvieron á retumbar débil y sordamente las pisadas, rechinó una llave en una cerradura; un leve resplandor, vago al principio y despues enérgico, iluminó una antecámara; avanzó, detalló sobre los cristales de una puerta la bordadura del cortinaje, y en fin, aquella puerta se abrió, crugiendo, y dió paso á un hombre solo que traia una linterna en la mano, que por su construccion proyectaba solo por delante un rayo de luz, dejando en la sombra á la persona que la traia.

Aquel hombre examinó minuciosamente el dormitorio, y vió la bujía estinguida en una palmatoria de plata, sobre una mesa en que quedaban los despojos del tocado de una mujer elegante; notó que junto á aquella mesa habia dos sillas muy próximas, y que la ventana estaba abierta; despues se volvió, y el foco luminoso de su linterna reflejó sobre un lecho revuelto.

Medio tendida sobre aquel lecho, caida en él de cara, con un pié tocando al suelo y otro pendiente; medio desnuda y destrenzada la cabellera, estaba Magdalena más hermosa que nunca en su abandono, y pálida como una muerta.

Tembló la mano de aquel hombre y tembló su corazon; agolpóse á él toda su sangre, y esclamó con un acento de indecible angustia:

—¡Magdalena!

Magdalena no le oyó, y creció el temblor del incógnito, que se acercó á



DON JUAN TENORIO. —.....Dejó la linterna sobre un sillon y acabó de colocarla sobre los colchones.

ella, la cubrió pudorosamente con las ropas del lecho, dejó la linterna sobre un sillon, y acabó de colocarla sobre los colchones.

Cambiada la luz de la linterna, podemos reconocer á aquel personaje: era Fray Tomás de la Santísima Trinidad.

Pero no con sus hábitos dominicos: vestia severamente de negro; llevaba espada, y un gorro de seda calado hasta las orejas, y un anchísimo sombrero, ocultaban su cerquillo y parte de su frente.

Como suponemos que nuestros lectores querrán saber el por qué de la estraña presencia de tal personaje en tal sitio, á tales horas, con tal traje y tal interés, nos permitirán, para que podamos complacerlos, el que retrocedamos al punto en que Avendaño se separó de D. Juan.

Con más prisa de la que nosotros podemos significar, este terrible personaje se encaminó á su casa.

—¿Han venido dos hombres?—dijo al primer criado que encontró á mano.

—Sí señor,—se le contestó.

—¿Dónde están?

—En la antecámara.

Avendaño siguió adelante, llegó al sitio indicado, y encontró en él á los dos esbirros, con los cuales se trasladó al mismo aposento donde habia recibido anteriormente á Antonio Ferrer.

Los dos tunos estaban de pié y descubiertos, afectando el más profundo respeto.

—Sentáos,—les dijo brevemente Avendaño.

—Señor.....—observó Ferrer.

—Sentáos; desde hoy somos camaradas.

Miráronse mútuamente y con sorpresa los dos esbirros.

—Camaradas, aunque no queramos,—continuó con una calma glacial Avendaño;—camaradas, porque hay entre nosotros un asesinato que nos une.

Palidecieron los dos á esta noticia.

—¿Un asesinato, señor?—dijo Ferrer.

—Sí, un asesinato cometido por mí sobre la persona de D. Gaspar de Somoza.

—¿Y qué tenemos que ver con eso?—esclamó brutalmente el otro.

—Ese asesinato se ha cometido en el mismo sitio que estábais destinados á vigilar, y por consecuencia, delante de vosotros, si no encontrais un medio para quitaros el muerto de encima. Es decir,—continuó Avendaño, dejando caer á plomo sus palabras sobre el corazon de los esbirros,—que junto al postigo del oidor D. Rodrigo Mejía ha sido muerto de un pistoletazo el inquisidor D. Gaspar de Somoza.

—¡Muerto! ¡enteramente muerto!—esclamó Ferrer.

—Para haberle dejado en situacion de hablar, era de todo punto inútil haberle herido.

—Siempre el negocio es embrollado, pero así tiene un arreglo bastante duro para nosotros.

Avendaño abrió el cajon y apeló á su recurso supremo; es decir, arrojó sobre la mesa y á puñados el oro.

—Por ése dinero—dijo Ferrer á su camarada—bien podemos consentir en pasar por acuchillados.

—No comprendo bien,—dijo el otro.

—Todo consiste en que nos presentemos ahora mismo al padre-maestro con nuestros correspondientes chirlos, que para que nadie se entere tendremos cuidado de hacérnoslos mútuamente.

Avendaño admiró en lo que debia todo el valor salvaje de aquellos tunantes, y arrojó una doble cantidad de oro sobre la mesa.

—¿Y ha visto alguien el hecho?—preguntó Ferrer.

—Dios y yo,—contestó Avendaño.

—Con Dios tenemos tiempo de ajustar cuentas,—observó Ferrer, guardando el oro en sus bolsillos;—pero con la Inquisicion hay que presentarlas pronto, y tales, que no se conozca el hurto. ¿Teneis algo que prevenirnos?

—Inútil es advertiros que digais que los agresores eran muchos, y que no habeis conocido á ninguno.

—Eso estaba de más prevenírnoslo, señor; y como conoceis que estas cosas cuanto más prontas..... nos permitireis.....

—Id con Dios; pero tened siempre presente que aquí hay mucho oro y aquí mucho acero.

Y esto dijo Avendaño sucesivamente, señalando el cajon entreabierto y la espada que pendia de su cintura.

—¡Oh, señor!—esclamó Ferrer.—Os serviremos hasta la muerte.

—Id, pues, id, y obrad con cautela. Hasta mañana, ¿eh?

—Hasta mañana, señor.

Los esbirros salieron, y media hora despues llamaban estrepitosamente á la portería del convento de Santo Domingo.

—¿Se muere alguien?—esclamó el portero despues de un largo espacio.

—No se muere, hermano, se ha muerto, y abra pronto por caridad,—dijo Ferrer.

—No tenemos hábitos; id á los franciscanos.

—¿Y quién os pide hábitos? Abrid á la Santa Inquisicion.

A pesar de que la Inquisicion, llamando á un convento de Santo Domingo, llamaba á su casa, la puerta se abrió con el mismo terror que pudiera haberlo sido otra cualquiera.

—Alumbradnos á la celda del padre-maestro Fray Tomás de la Santísima Trinidad.

—¡Su paternidad!.....

—¡Alumbre!

El lego se resignó; cerró la puerta y echó á andar el claustro adelante, murmurando para sí:

—Muy aporreada viene esta noche la Santa Inquisicion.

En efecto, Ferrer llevaba entrapajada y sangrienta una mano, y Alfonso mostraba una cuchillada á lo largo de su mejilla; heridas hechas prudentemente y á mano corta, como si dijéramos, contrahechas; heridas en que no se habia lastimado hueso, ni interesado arteria, pero que eran bastantes á

demostrar hasta qué punto llegaba la sed del oro y el instinto de existencia en aquellos hombres.

Cuando subieron las escaleras, atravesaron el claustro alto, y llegaron á la puerta de la celda del padre-maestro, el lego se detuvo y miró con una confusion que nada tenia de afectada á los dos hombres.

—Y ahora, ¿qué hacemos?—les preguntó con el más cándido embarazo.

—¿Qué hemos de hacer sino llamar?

—Pero.....

—Si sois tan menguado que no os atreveis, apartad,—dijo Ferrer, haciendo á un lado al lego y dando con la mano una fuerte palmada en la puerta de la celda.

Allí no se dormia, porque se sintió un ruido semejante al que produce una silla que se aparta de una mesa para que pueda levantarse el que la ocupa; y una voz breve y seca, la voz de Fray Tomás, contestó desde adentro:

—¿Quién es?

—Padre-maestro,—contestó Ferrer,—abra vuestra paternidad á la Santa Inquisicion.

Apenas pronunciadas estas palabras, se oyeron pasos precipitados en el interior de la celda, y la puerta se abrió.

—¿Qué me quiere la Santa Inquisicion?

—Como súbditos fieles y respetuosos, padre-maestro, por el bien de la fé y de su Santo Tribunal, solicitamos hablarle á solas.

—Vaya con Dios y en paz, hermano Bernardo,—dijo el padre-maestro al lego, que se inclinó en un saludo frailesco, y se alejó.

—Entrad, entrad,—dijo Fray Tomás cerrando la puerta cuando hubieron penetrado Ferrer y Alfonso.—¿Qué sucede?

El fraile se sentó en el sillon, y los dos esbirros permanecieron en pié y descubiertos al otro lado de la mesa, sobre la que se veia abierto el ejemplar manuscrito de *La Celestina*, de que ya hemos hecho mencion.

—¿Qué sucede, padre?—dijo Ferrer con un temor que verdaderamente sentia, porque era terrible abordar la cuestion, tratándose de un hombre tal como el padre-maestro.—Suceden cosas horrorosas.

Fray Tomás los miraba de una manera profunda, y la sangre con que venian manchados le tenia en brasas.

—Sí, sí; ya veo..... y veo—dijo—que venís malamente heridos, hijos mios; sois valientes, y duro debe haber sido el lance de que habeis salido tan mal parados. Pero en fin..... hablad..... quien se haya atrevido á tratar de ese modo á hombres tales como vosotros..... á unos dignos y piadosos miembros del Santo Oficio, ¡yo os afirmo en *verbo de sacerdote!*....

—¡Ah! señor, quisiera Dios que solo tuviéramos que lamentar estos arañazos; eso seria asunto de un poco de romero mascado..... pero otra pérdida..... otra desgracia..... el Santo Oficio..... la religion..... la iglesia española han sufrido una pérdida irreparable..... que.....

—Acabad de una vez ¡vive Dios!—esclamó el fraile, que no pudo contenerse.

—Mi señor..... mi noble y digno señor D. Gaspar de Somoza.....

—¿D. Gaspar decís?—esclamó el fraile, levantándose de repente pálido y cuidadoso.—¿Qué ha sucedido á D. Gaspar?

—Mi señor ha muerto, padre,—contestó haciendo un esfuerzo Ferrer.

Por un momento, el semblante de Fray Tomás pasó desde el rojo violado al amarillo lívido; sus lábios se agitaron, pretendiendo formular palabras que morian ahogadas en su garganta, y sus ojos, sus feroces ojos negros, se inyectaron de sangre.

—¡D. Gaspar ha muerto!—esclamó con los dientes cerrados y los lábios descoloridos y convulsos, pronunciando una á una y terriblemente acentuadas las sílabas de aquellas palabras.

—Tened por seguro, señor,—dijo Ferrer todo confuso,—que cuando no le hemos salvado es porque no hemos podido.

—¿Conque es decir que ha muerto asesinado?

—Nadie detiene una bala, señor, sino la voluntad de Dios.

El padre-maestro cerró instintivamente los ojos.

—¡Muerto! ¡enteramente muerto!—esclamó.

—Muerto en el acto, sin decir *¡Jesus!* herido en la cabeza.

Fray Tomás miró fijamente á los dos esbirros, y su rostro adquirió un tinte tal de ferocidad, que Ferrer tembló.

—¡Villanos! ¡cobardes! ¡rufianes!—esclamó el fraile despues de un momento de silencio, como si éste le hubiera servido para reconcentrar sus fuerzas y pronunciar con todas ellas sus palabras.—¿De qué servís, pues? ¡Se os han perdonado todos vuestros crímenes, todas vuestras impiedades, todas vuestras impurezas, para poner en vuestras manos, manos que se creian terribles, la espada de la religion, y en el momento en que se necesitan esas valientes espadas, retroceden y se doblan como vendos delante de la del primer maton que se cruza con ellas! Y venís heridos, zurrados y cabizbajos, como perros que arroja de sí el jabalí, para decirnos: «¡D. Gaspar de Somoza ha muerto!» ¡Vergüenza! ¡execracion! ¡Ya no estraño el que el populacho os mire con desden, ni que, para lanzar un insulto á un cobarde, se le llame soldado de la Fé, soldado del Papa! ¡Ira de Dios!

La cólera del fraile tronaba; tronaba como la tempestad más furiosa de los trópicos; Ferrer y Alfonso temblaban de veras.

—¡Ya se ve! Si se hubiera tratado de una miserable mujerzuela, de una riña de taberna, esas valientes espadas hubieran tendido cientos de cadáveres! ¡pero defendiendo la religion, cumpliendo un deber, es distinto! Pues bien; volved al sitio de donde habeis salido, ya que para nada servís: ¡á los calabozos! Parad donde debiais parar: ¡á la hoguera!

—¿Me permite vuestra paternidad, señor?....—esclamó balbuciente Ferrer, que era quien habia tomado sobre sí el peso del negocio.

—¡Pretendeis justificaros!—dijo con una profunda fijeza el fraile, pero con ménos exaltacion, cediendo en la espresion de su cólera, á la manera que un caballo afloja en la carrera cuando se ha entregado á ella segun su voluntad.

—¡Justificarnos! Padre, nó,—contestó Ferrer humildemente;—porque nuestra mejor justificacion hubiera sido haber quedado muertos al lado de

mi señor; pero sí referiros lo que ha sucedido, y de qué manera no hemos podido morir.

—Quien huye se salva,—dijo el dominico;—pero para Dios no hay fuga imposible; su santa y omnipotente mano alcanza á todas partes.

Esta alusion al Santo Oficio no alteró la gravedad del semblante de Ferrer.

—Es que no hemos huido.

—¿Que no habeis huido, y estais vivos, mientras que ese desventurado señor?....

—Vuelvo á suplicar á vuestra paternidad.....

—Hablad, pues.

—Mi señor me habia encargado que asistiese á cierta cena que debian tener unos libertinos en la hostería de Toledo.

—Y..... ¿quiénes eran esos libertinos?

Ferrer relató los siete nombres de los hidalgos que conoce el lector, y el de D. Juan Tenorio, nombres que sabia de memoria Fray Tomás.

—Se dirian iniquidades contra la religion y contra el rey,—dijo el fraile.

—Al contrario, señor; se habló de cuán peligroso seria el no reprimir con mano fuerte los principios de rebelion que se notan en algunas gentes, porque esto seria alentar á los herejes y á los perturbadores del bien público.

Por cima del dolor y de la cólera se pintó una espresion de asombro en el semblante del dominico.

—¡Milagro patente—dijo—que el diablo se meta á predicador! Pero, aparte de eso, habria impurezas; asistirian esas infames mujeres.....

El fraile se detuvo realmente ruborizado.

—Es cierto, señor, que todos ellos, escepto D. Juan Tenorio, tenian al lado su manceba; pero estas mujeres estaban honestamente vestidas, hablaban con recato.....

—¿Os conocian, Ferrer?—esclamó no sin oportunidad Fray Tomás.

—Nunca me habian visto, señor; estaban en entera libertad.

—Y..... ¿decís que D. Juan Tenorio no tenia consigo moza?....

—Nó señor.

—¿Ni fué despues?

—Nó señor.

Quedóse pensativo el fraile.

—¿A qué hora se acabó esa cena?

—A las diez.

—Y vos, ¿qué hicísteis entonces?

—Cumpliendo con las órdenes de mi señor, fuí á buscar á Alfonso, y á rondar con él en Puerta de Moros el postigo de la casa del oidor D. Rodrigo Mejía.

—¿Y qué órdenes teniais?

—La de vigilar la entrada y la salida por aquel postigo.

—Gran interés debian tener en ello la religion ó la salud del reino. Y..... ¿entró ó salió alguien por aquel postigo?

—Nadie, señor.

—¿A qué hora empezó á guardarle Alfonso?

—A las nueve.

—¿Y á cuál aconteció la muerte de D. Gaspar?

—A las tres.

—Contadme las particularidades de esa desgracia.

—Poco antes de las tres, mi señor, creyendo sin duda que su vigilancia redoblaria la nuestra.....

—Se presentó en el sitio, y.....

—Apenas habia llegado, cuando por un lado de la calle aparecieron dos embozados, y sin pronunciar una palabra, embistieron.

—Lo que demuestra que habia un interés en que aquella puerta estuviese franca.

Ferrer conoció que habia cometido una necedad contra las prevenciones de Avendaño, y se apresuró á decir:

—Yo creo conocer á la gente que se me acerca, y tomaria sobre mi alma el que aquellos hombres eran ladrones.

—Bien, bien,—dijo el fraile con impaciencia;—pero en fin.....

—En fin, señor, nosotros embestimos á la vez y pusimos en fuga, aunque á costa de dos pequeñas heridas, á los agresores. Les seguimos, pero de repente escuchamos un pistoletazo. Como habiamos dejado solo á nuestro señor, dejamos escapar á los que huian y nos volvimos..... á nadie encontramos..... á nadie más que..... á D. Gaspar..... á mi pobre señor, muerto. Entonces hemos venido á buscar á vuestra paternidad.

—¡Habeis hecho mal! ¡muy mal! Debiais haber quedado uno allí al ménos, haber buscado una ronda, pero ya no hay remedio..... sin embargo, es necesario..... ¿Os molestan mucho vuestras heridas?

—Esto no merece la pena, señor, rasguños, simples rasguños,—dijo Ferrer, acercándose á la mesa para mostrar su herida al fraile.

La mirada de éste chocó entonces, por acaso, en el guardamano de una daga que Ferrer llevaba á la cintura, y que se hacia notable por un escudo esmaltado sobre él.

—¿Sois noble, Ferrer?—le preguntó el dominico.

—Vuestra paternidad sabe que soy hijo de un morisco, señor.

—Sí, sí, y por lo mismo estraño que lleveis sobre vos blasones.

—¡Yo!.... ¡señor!.... ¡blasones!

El dedo del fraile señaló severo y rígido el guardamano de la daga en que estaba esmaltado un escudo heráldico.

—¡Ah!—esclamó Ferrer dominándose;—este es un despojo de la riña de esta noche.

—¿Un arma que habeis encontrado en el suelo?

—Sí señor, eso es.

—Dadme esa daga, Ferrer.

El esbirro se acordó estremeciéndose de Avendaño, pero á pesar de todo, entregó el arma.

—Ahora—dijo el dominico—buscad una ronda, traedla cerca del convento, y esperadme.

Los dos esbirros se inclinaron, y salieron. Al encontrarse en la calle, Ferrer dijo á su compañero:

—Estamos perdidos, Alfonso.

—¡Perdidos! Ya lo creo; hemos hecho traicion al Santo Oficio.

—Nó, no es eso; hemos hecho traicion á D. Pedro de Avendaño.

—Pues yo creo que le hemos obedecido y hemos ganado en demasía nuestro oro. Por lo pronto, me escuece la herida más de lo regular.

—Pues creo que si logras curártela muy lejos de Madrid, no habremos hecho poco.

—No te entiendo.

—¿Te acuerdas de la daga que nos dió D. Pedro para que la mostrásemos como señal á sus criados?

—Sí, y bien.....

—Bien..... eres un animal; esa daga que tiene un blason en su guardamano, como si dijéramos, el nombre de su amo, y en la que ha reparado ese terrible fraile, es la misma que me dió D. Pedro. ¡Maldita soberbia! ¿A quién se le ocurre señalar un arma, que para enviar un prójimo al otro mundo no necesita más que buena punta y buen temple?

—¿Y qué nos importa que por la daga conozcan ó nó á su dueño?

—¡Conque nada nos importa, imbécil! Mañana prenden de seguro á don Pedro y le ponen en el potro, y lo canta todo, todo, hasta el año de los doblones que nos ha dado.

—¡Ah! Es verdad.

—¡Es verdad, es verdad! ¡y vaya si es verdad! No sirves más que para jugar á los dados y plantar limpiamente una puñalada entre la quinta y sesta costilla. Por lo demás, eres un perro alano sin pizca de olfato. Aprieta, aprieta el paso, hijo; es necesario concluir.

—¿A dónde vamos?

—Á mi casa.

—¿Para qué?

—¡Voto va! ¡anda y déjate conducir!

Poco despues, este par de bribones pararon á la puerta de un casucho, en una calle de la villa que nuestra historia no nombra, limitándose á decir que era apartada, medrosa y oscura, y Ferrer, sacando una llave de su bolsillo, abrió la puerta, y entró con su camarada.

Sin perder tiempo encendió una luz, tomó un mugriento papel, y escribió con letras gordas y desiguales, y pésima ortografía, una carta, cuyo pensamiento era el siguiente:

«Sr. D. Pedro: Todo se lo ha llevado la trampa; la daga que me dísteis esta »noche, y que por desgracia tiene vuestras armas, está en poder del inquisidor »de la Suprema, Fray Tomás de la Santísima Trinidad. Habeis sido demasiado »generoso conmigo para que no os avise; componéos como podais; en cuanto »á mí, dentro de poco estaré á muchas leguas de Madrid. Guardáos, guar»dáos, y agradecedme el que me haya acordado de vos.—Vuestro humilde »criado, Antonio Ferrer.»

—Ahora, sobre la marcha, sin perder un minuto, esta carta á D. Pedro.

Yo, entre tanto, voy á buscar la ronda que me ha pedido Fray Tomás. No vuelvas aquí. Estaré junto á la puerta de Toledo. Conozco á los guardas, y nos abrirán.

—¿Y luego dónde iremos?—preguntó tristemente Alfonso.

Ferrer sonó con un ademan lleno de gravedad los doblones que abultaban su bolsillo, y contestó:

—En otros tiempos hemos hecho más con ménos; por todas partes se va á Roma: véame yo fuera de Madrid, que luego trabajo le mando al que haya de echarme el guante.

—Alfonso se apretó resignado el chirlo de la cara, que con el frio de la noche se le habia abierto y amoratado, tomó la carta, se embozó, y salió.

Antonio Ferrer lanzó una mirada trágica á su chiribitil.

—¡Oh tú,—dijo,—noble casa, que me has visto tantas y tantas veces feliz y satisfecho! Yo te abandono; no tendrás, nó, en mi ausencia otro huésped tan ilustre como yo, ni jamás podré olvidar los buenos momentos que he pasado bajo tu techo entre naipes, dados, vino y princesas. Pero si algun dia vuelvo, y vuelvo cargado de este género (y sonó otra vez su bolsillo), yo te prometo convertirte en palacio, humilde y misterioso burdel mio.

Tras esta patética despedida, Ferrer se embozó á lo maton, lanzó una última y triste mirada á su albergue, y salió sin cerrar la puerta, importándole poco lo que podia ser de su negro jergon y su mugriento menaje.

Despues de esto, no hemos vuelto á saber ni tener indicio de nuestros dos magníficos bribones. Pero es de presumir que alcanzarian el cielo por haber padecido martirio de horca en la tierra.

CAPÍTULO XIV.

Aun seguimos con Magdalena, lo que quiere decir que este capítulo no es en rigor capítulo, sino la continuacion del anterior.

Abrióse poco despues de los acontecimientos anteriores, la puerta del convento de Santo Domingo; y salió un hombre embozado en una larga capa, calado á los ojos un ancho sombrero, y levantada el halda por el estremo de una espada. Aquel hombre era Fray Tomás de la Trinidad, en fin, porque no queremos abusar del misterio tan usado por los novelistas de todas clases y condiciones, con unos lectores tan amables como suponemos á los nuestros.

Estamos, pues, en familia; un escritor de novelas no es otra cosa que un narrador de cuentos, que no pudiendo reunir á sus oyentes, se sirve como de un medio de la imprenta; no hay nada más ridículo que hacer el *bú* con los personajes á cada paso y con cualquier pretesto.

Este intercalo escéntrico podrá parecer inoportuno; pero una vez puesto por delante de la pluma, y atendiendo á la franqueza del autor (bueno será que sepais que el autor es franco), ¿por qué no darle salida? Todo se reduce á haberos defraudado del asunto algunas líneas de impresion.

Fray Tomás, pues, aunque nosotros le hemos dado á conocer sin su prévio permiso, habia tomado las más sérias precauciones para no ser conocido, puesto que, además del alto embozo y del calado sombrero, se habia provisto de un antifaz (hoy careta) impenetrable.

Nadie tampoco hubiera sospechado en él un padre-maestro, inquisidor y censor de imprenta por el Santo Oficio; su paso era firme y arrogante; llevaba su capa como el más apuesto andaluz; la posicion de su espada revelaba á un hombre acostumbrado á llevarla, y su castoreño se inclinaba bizarra-

mente sobre su lado derecho, como el del más gallardo capitan de los tercios viejos españoles.

Dirigióse en paso rápido á la esquina más próxima situada á la derecha de la portería, y antes de llegar á ella, distinguió las linternas de una ronda.

—¿Quién va?—esclamó su jefe apenas divisó al dominico.

—La Santa Inquisicion,—contestó éste, ahuecando la voz para no ser conocido.

—Venga en honra y gloria de Dios el Santo Oficio,—contestó servilmente el alcalde de cuartel, que no era otro el que acaudillaba á diez soldados de la guarda de la villa y á cuatro alguaciles de ronda.—¿En qué podemos servir á Dios y al Santo Tribunal de la Fé?

Fray Tomás sacó por debajo de la capa, y en silencio, una mano en que se mostraba un pliego.

El alcalde se puso la vara de justicia debajo del brazo, sacó de su ropilla unas antiparras, se las caló, hizo seña á un alguacil de que se acercase, y á la luz de su linterna rompió solemnemente el sello de Santo Domingo, y quitándose respetuosamente el sombrero, leyó con acento gangoso estas palabras:

«En nombre de Dios y de la Santa Inquisicion, para honra y afianzamiento »de la fé católica, el alcalde de ronda que reciba y lea este decreto, servirá y »auxiliará, bajo pena de excomunion mayor, como si á nos sirviera, y por la »sola fé de nuestro sello, á la persona por quien este decreto le fuere presen»tado, sin exigir que declare su nombre ú oficio, ni se descubra el rostro si »le tuviere cubierto.—De nuestro Consejo secreto.» (Seguian la fecha y el sello de la Inquisicion, sin otro nombre ni firma.)

Despues de la lectura, el alcalde se puso el sombrero, guardó respetuosamente el escrito, volvió á su lugar las antiparras y á la mano la vara, y dijo con el mismo acento servil y contenido de que ya habia usado:

—Estoy á disposicion de vuestra merced.

—¡Antonio Ferrer!—dijo Fray Tomás, desfigurando como antes la voz.

Nadie contestó.

—¿Quién os ha indicado que viniéseis aquí?—dijo el dominico con la misma entonacion fingida.

—Un hombre, señor, que despues de intimarnos esa órden en nombre del Santo Oficio, se alejó de nosotros más que deprisa.

Fray Tomás empezó á considerarse engañado, y rugió sordamente.

—Seguidme,—dijo al alcalde, poniéndose en marcha delante de la ronda que le acompañó.

Parecian aquellos hombres seis fantasmas negros, alumbrados por cuatro linternas, cuyo efecto sombrío dulcificaban un tanto los abigarrados colores y el brillo de las armas de los guardas de la villa.

Pasaban plazas y callejas como gente que tiene prisa, abandonados á un paso largo y sostenido, y al cabo llegaron á Puerta de Moros. Al enfilar con el respaldo de la casa de D. Rodrigo Mejía, el inquisidor se detuvo, y siempre con la voz afectada, dijo:

—Reconoced el sitio.

Inclinaron los alguaciles al suelo las linternas, vagaron un momento, y al fin se reunieron en un centro comun. Aquellas eran las luces que habia visto desde su ventana Magdalena.

—¿Qué es ello?—preguntó el inquisidor acercándose.

—Un cadáver, señor.

—Reconocedle,—dijo el dominico.

Los alguaciles le volvieron.

Entonces, alterado por un mohin horrible, pudo verse á la luz de las linternas el ensangrentado semblante de D. Gaspar de Somoza. La bala, que habia penetrado por la parte posterior de su cráneo, habia volado su frente, y en la tremenda espresion de dolor y de agonía marcada en su rostro, estaba fijo, como el signo del dedo de Dios, el repugnante sello de sus mezquinas pasiones.

Fray Tomás, de una manera íntima, involuntaria, sintió levantarse en el fondo de su pensamiento la idea de la Providencia, y se estremeció.

—Dadme una linterna,—dijo dominando su terror.

Uno de los alguaciles se apresuró á entregarle la suya.

—Cuando yo haya entrado en aquella casa (y señaló el postigo de la del oidor), llevad cuatro de vosotros ese cadáver á una iglesia, á la más próxima, y vuesamercé, señor alcalde, quedad guardando la calle; detened y prended á cualquiera que pase, sin miramiento alguno, y esperad mi salida.

Despues de esto se encaminó al postigo. Su negra figura era la que habia hecho retroceder hasta su lecho á Magdalena.

Hemos llegado al punto en que nos separamos de la marcha directa de nuestra relacion, y ya saben nuestros lectores por qué y cómo Fray Tomás habia penetrado en el dormitorio de Magdalena.

Enlacemos, pues, nuestra narracion con aquellos antecedentes.

La inmovilidad de la jóven, su palidez y lo profundo de su desmayo aterraron al dominico. La llamó repetidas veces, la observó anhelante, pálido, sufriendo una cruel agonía, y le fué necesario hacer un violento esfuerzo para separarse de aquel lecho, junto al cual le enclavaba un poder irresistible. Pero apenas, desatentado y ciego, como un hombre dominado por el vértigo, dió algunos pasos en direccion á la puerta, cuando un débil gemido se exhaló de los lábios de Magdalena.

Fray Tomás volvió sobre sí mismo, y escuchó palpitante entre temor y esperanza.

Dejóse oir un nuevo gemido más articulado, más distinto, como la espansion de un corazon que, comprimido por un dolor profundo, se rehace y vuelve á la vida.

—¡Oh, gracias, gracias, Señor!—esclamó Fray Tomás.—¡No estaba muerta!

—¡Muerta! ¿Quién habla de muertes?—dijo la jóven, incorporándose penosamente sobre el lecho.—¿Qué ha sido de él?

—¡El! ¡él!—esclamó el dominico con un acento indefinible por lo sentido y profundo.

La razon de Magdalena empezaba á esclarecerse, y reconoció á Fray Tomás.

—¡Bendito sea Dios, que os trae junto á mí!—esclamó ella en un grito desgarrador que espresaba todo lo dolorido de su alma.

—Sí, sí, aquí estoy, Magdalena,—dijo Fray Tomás,—á pesar de haberme tú prevenido que no viniese esta noche.

—Vos me amais como un padre, señor, ¿no es verdad?—dijo Magdalena.

El fraile se estremeció y calló.

—Sin vos, ¿qué seria de mí?—continuó ella.—Me habeis salvado, me habeis arrancado á la muerte, habeis sido caritativo y bueno como un ángel para mí, ¡mujer perdida, infame ramera encenagada en los vicios!

—Tu santa patrona, hija mia,—contestó el fraile asombrado, porque no sabia á dónde iria á parar el estraño exordio de Magdalena,—tu santa patrona fué una gran pecadora, y su arrepentimiento, su dolor por sus faltas, la hicieron tan digna del cielo como la más pura y casta de las vírgenes.

—Es, padre,—dijo ya con un tanto de resolucion la jóven,—que para mí no ha sonado aun la hora de la penitencia.

Alzó Fray Tomás los ojos, que hasta entonces habia tenido inclinados, y miró severamente á la jóven.

—Sé que ofendo vuestros oidos, padre,—continuó ella;—sé que pago mal vuestros beneficios, y por lo mismo, os pido perdon.

—¡Perdon! ¿Y de qué?

—De haberos engañado.

Toda la sangre de Fray Tomás se reconcentró en su corazon.

—Sí, de haberos engañado. ¿Sabeis por qué yo permanecia en esta casa, donde me habeis prescrito que viva? Por miedo. Si hubiéseis querido que fuera vuestra manceba (perdonadme señor), el terror que me hubiera causado el volver á aquel horrible calabozo, me hubiera arrojado sin voluntad en vuestros brazos.

Fray Tomás levantó con altivez la frente, colorada con un flébil rubor.

—Sé que os ofendo hablando así,—dijo la jóven,—y si no lo he hecho en confesion, es porque hubiérais pretendido disuadirme de mis intentos, y yo quiero llevarlos á cabo. Pero quiero tambien que me conozcais tal cual soy, sin fingimiento por mi parte, y es necesario que me escucheis.

El fraile inclinó de nuevo la cabeza.

—Yo era una pobre huérfana,—dijo Magdalena;—la mujer que me tenia consigo murió, y niña aun, abandonada, me ví reducida á la servidumbre; crecí, y crecí hermosa; hubo un hombre que halagó mi orgullo, y fuí suya sin amor; aquel hombre pervirtió mi corazon, le preparó al mal, y cuando villanamente me abandonó, corrompida ya, acostumbrada á una existencia invertida en correr tras los placeres, encontré penosa, horrible la servidumbre; para procurarme pan, no tenia más que dos caminos: corromperme enteramente, ó servirme como de medio de subsistencia de lo único que habia aprendido en las alegres reuniones de mi primer amante: de la danza morisca. Me presenté al galan del coliseo de la Cruz, y fuí bolera. Mi hermosura ó mi habilidad me valieron aplausos sin número y amantes á millares; bailé, y adquirí oro, mucho oro; acepté el amor de nobles caballeros, y su amor me hizo rica; fuí la envidia, durante mucho tiempo, de las más orgu-

llosas y bellas damas de Madrid. No se hablaba más que de la Flora (habian dado en llamarme así); si sacaba una tarde al baile una flor en los cabellos, al dia sigüiente todas aparecian con flores del mismo género y colocadas de igual manera. En una mirada mia estribaba el que dos hidalgos se diesen de estocadas; y más de uno, desesperado por mí, ha ido en su locura á sepultarse con su amor en un claustro.

Mientras hablaba así Magdalena, tenia reclinado sobre la almohada un brazo y sobre su mano la cabeza, cuyas anchas trenzas medio cubrian su semblante ruboroso. Su voz, al hacer la confesion de sus faltas, era melancólica, triste y gravemente acentuada. Nunca aquella mujer habia sido tan peligrosa como entonces, que levantaba de una vez y enteramente el velo de su pasado y de su corazon.

—Hubo un hombre,—continuó Magdalena, fijando una profunda mirada en Fray Tomás,—un hombre severo, duro como el diamante, entregado á la meditacion y á la penitencia, que oyó hablar de mí con escándalo. Aquel hombre era poderoso: una sola palabra suya bastó para derrocarme de mi trono de flores y arrojarme á un oscuro y horrible encierro. De aquel hombre se decia que habia amado tanto, que habia sufrido tanto, que su corazon se habia secado. Pero Dios es inmenso, poderoso y justo, y siempre deja lágrimas, para consuelo suyo y de los otros, en el corazon más árido. Aquel hombre terrible, ante quien todos se estremecian, tuvo una sola lágrima para la pobre Flora cuando escuchó sus desgracias, y aquella lágrima la salvó. Sin ella, el tormento hubiera desgarrado sus carnes, y la hoguera quemado sus ojos.

Fray Tomás se estremeció.

—Por aquel hombre, las puertas de la Inquisicion se abrieron para mí, y me ví libre, servida, en una noble casa. Aquel hombre erais vos, padre. Pretendísteis arrancarme á mi destino, y me pusísteis bajo la vigilancia de otro noble señor que tiene demasiada caridad, pues por ella permite que todo el mundo me crea su manceba. Pero yo estaba harto acostumbrada á mi vida libre, para sufrir con resignacion el fastidio que me rodea por todas partes en esta casa.

—Casa en la que, hija mia, no te se tiene presa,—observó Fray Tomás.—Mejor hubiera sido un convento; pero.....

—Comprendiais demasiado bien—se apresuró á decir Magdalena—que yo jamás seria buena monja; que hubiera muerto desesperada.

—Pero..... y bien: ¿á dónde vas á parar con todo ese relato?—dijo ya un tanto impaciente el dominico.

—Escuchad, padre,—dijo Magdalena, fijando en el fraile sus grandes ojos negros;—yo amo á un hombre.

—¡Que amas..... á un hombre!—esclamó con asombro Fray Tomás.

—Sí, sí, le amo; os parece estraño, porque sabeis que nunca he amado, porque creiais que nunca llegaria á amar; y sin embargo, ¿no me encontrais hoy mejor que ayer?

—No te entiendo.

—Sí; ¿no os parezco mejor de lo que era?

—¡Es decir que ese amor!.....

—Me ha salvado, padre.

—¡Salvarte el amor! ¡El amor, que es el infierno de la vida!—esclamó el fraile con voz lúgubre.—¡Salvarte el amor, que es la muerte y la condenacion!

—¡Nó, padre, nó; el amor es la luz y la vida!

—¡La luz! ¡la vida!—repitió Fray Tomás de una manera indefinible.

—Sí, padre, sí,—dijo ella con un entusiasmo y un sentimiento inesplicables;—es la luz, porque para mí el mundo era un cáos antes de ayer; no comprendia esas santas palabras que me habeis repetido tantas veces: «El hombre es hermano del hombre; el hombre debe ser un ángel, y no un lobo; la caridad es el lazo eterno, dulce, infinito, que une á un sér con los demás séres, y á todos éstos con él; el alma no ha nacido para arrastrarse en el cieno, sino para elevarse á Dios: desdichado de aquel para quien la materia lo es todo, porque su espíritu está muerto, y muerto estará por toda una eternidad.»

—¡Magdalena, Magdalena! Te estoy oyendo hablar de una manera que me asombra,—esclamó el fraile.

—Es porque amo,—continuó ella;—es porque he encontrado un hermano sobre la tierra, y mi alma se ha engrandecido, se ha inflamado de repente en un fuego dulce, inmenso, que alienta sin quemar y no deslumbra; es porque desde entonces todo ha cambiado para mí: he comprendido cuánta grandeza, cuánta inmensidad se encierra en el corazon; me he elevado á una altura desconocida, y desde allí he visto con vergüenza, padre, el abismo infecto en que he estado perdida. ¡He tenido vergüenza..... vergüenza de mí misma! ¿Lo entendeis bien? ¿Os atrevereis á decir que no me he salvado?

El fraile la miraba atónito, y la escitacion febril de la jóven se iba haciendo contagiosa para él.

—He comprendido—dijo—cuánta dignidad tiene mi alma, por el inmenso poder con que se ha alzado de la oscura ignominia en que estaba sumergida, apenas ha habido un poder misterioso y recóndito que la ha dicho: «¡Esa es la luz, mírala.»

—¿Y por qué no has pensado siempre así?

—Porque el mundo ha arrojado su aliento impuro sobre mi cuna; porque los hombres á quienes he conocido hasta ahora, eran demasiado miserables para poderme revelar que habia en la vida otra cosa que pasiones mezquinas, miseria y lodo, soberbia é impureza. No es mia la culpa, nó: el mal, el vicio, la mentira, me han rodeado siempre.

—¡Siempre..... siempre!.... ¿Y no ha habido una mano, Magdalena, que ha procurado levantarte del cieno? ¿No ha habido una voz amiga que te ha hablado de deberes; que te ha revelado uno á uno los recónditos misterios del alma; que te ha amado, acaso en demasía, más de lo que debiera, lo bastante para conocer que el amor es la muerte y la condenacion?

La voz del fraile temblaba al pronunciar estas palabras: Magdalena bajó los ojos, tembló y se ruborizó.

—Ha habido un hombre que ha tenido compasion de mí,—dijo con voz

trémula:—un hombre que jamás me ha dicho amor, porque respeta su dignidad y sus deberes; pero que no ha podido ocultarme, por más que se haya dominado, la terrible pasion en que arde su alma por mí: yo tenia mucho que agradecer á ese hombre, y..... he tenido lástima de él.

—¡Lástima!....—murmuró con orgullo y amargura el fraile.

—¡Lástima, sí! pero mezclada á un terror cruel que me helaba la sangre y separaba la carne de mis huesos.

—¡Terror! ¿Y por qué? ¿Acaso no te habia salvado? ¿Qué serias sin él á estas horas?.... ¡Ceniza!

—¿Por qué tenia terror? Porque sé que llegará un dia en que la pasion ciegue á ese hombre; en que el sufrimiento gaste su firmeza, y olvidado de todo, me exija un amor que me ha horrorizado siempre. Si ese hombre me dijera: «sé mi hija, Magdalena,» yo le amaria como á mi padre; pero como un amante..... no sé, señor, no sé..... pero conozco que nada podria obligarme; es un horror invencible el que me inspiran los amores de ese hombre; solo el pensar que podria llegar un dia..... ¡Oh, nó, nó, no pensemos en ello!.... Ahora ménos que nunca.... Ese pensamiento me mataria.... y ese temor me ha salvado.

—¿Y podrás decirme cómo?—preguntó el fraile, en cuya voz contenida, intensa y ronca, se adivinaba el terrible estado de su alma.

—Inspirándome el pensamiento de huir, haciéndome aceptar un medio cualquiera de fuga.

—¡Y le has encontrado!

—Escuchad: esta tarde, al oscurecer, me puse á la ventana; nadie pasaba por la calle, y yo estaba triste, distraida. De repente sonaron pasos de caballo, y un hidalgo se detuvo bajo mi ventana, y me saludó. Entonces era aun la mujer perdida, y me alegré, porque aquel hombre habia sido uno de mis amantes.—¡Oh, oh! ¡hermosa como siempre, Magdalena! me dijo, pero triste; deben probarte muy mal los añejos amores de tu oidor indiano. (Ya sabeis que paso por la manceba de D. Rodrigo.)—Sí, estoy triste, le contesté maquinalmente.—De modo que, hermosa señora, repuso, si quisiérais divertiros, se os presenta una bella ocasion.—Ya ha pasado ese tiempo, caballero, insistí.—Se trata de un hermosísimo mancebo que desea conoceros, jóven, inocente, y sobre todo muy rico.—¡Bello oficio haceis!—Por vuestra felicidad.—¡Ah! ¡Conque ha llegado la hora de que yo sea feliz! dije riendo.—¡Oh! no os riais, porque si la felicidad es el dinero, tales muestras traigo, que no os dejarán duda acerca de lo poderoso y noble de vuestro pretendiente.—¿Y cómo se llama ese noble, hermoso y rico señor?—D. Juan Tenorio.—Yo no recordaba haber oido nunca aquel nombre; pero, sin saber por qué, me agradó; parecia que un presentimiento estraño me indicaba que habia de amar á su dueño; amarle como no habia amado hasta entonces.—¿Y en qué consiste la señal que me traeis? dije al hidalgo.—No son cosas para tan de lejos, me contestó. Bajad á esta reja, y podreis juzgar.—Bajé, y mi antiguo amante sacó de su escarcela una sortija, y me la dió.—Esto es para vos, me dijo; una pequeña muestra de afecto del hombre que os enseñará á amar.—¡Que me enseñaria á amar! Aquellas palabras resonaron como un eco perdido en el fondo de

mi alma, y miré la sortija con interés: era un brillante hermosísimo y de gran valor. Yo, hasta ahora,—observó ruborizándose la jóven,—he sido escesivamente interesada; comprendí que quien así arrojaba por muestra tan hermoso regalo debia ser rico y poderoso, y tuve una tentacion; por otra parte, el vago temor que me inquietaba, la esclavitud á que me veia reducida, acabaron de decidirme.—Decid á ese caballero, dije al otro, que acepto su memoria; que pase mañana á estas horas por aquí, y que yo haré de modo que podamos hablar.—Nó, no es eso, me dijo; es necesario que vayais esta noche á la hostería de Toledo.—¡Imposible!—Nada es imposible para la voluntad de una mujer.—¿Pero sabeis que D. Rodrigo?....—Engañad á D. Rodrigo; escapáos; no tendreis necesidad de volver.—Pero ¿se me exige de una manera decidida?....—De todo punto.—No tengo con quien ir.....—A las ocho, es decir, dentro de tres horas (ya veis si os dejo tiempo) os esperarán una litera y dos lacayos en Puerta Cerrada.—Iré.—Pues escuchad, y escuchad bien: para que podais juzgar del efecto que produce en D. Juan vuestra hermosura, para que podais enamorarle mejor, se ha preparado una pequeña farsa.—Siempre me han gustado las intrigas, y acogí sin resistencia, casi con placer, esta proposicion.—Cuando llegueis, en la hostería, cerca de la habitacion donde os esperamos, me dijo el hidalgo, espresándome el plan, los lacayos que os acompañen tirarán de las espadas; no os asusteis; se trata solo de fingir una riña; en aquel momento, como si efectivamente la riña hubiese sido verdad, entrais en la habitacion en que estemos, procurando parecer aterrada; sois hermosa, muy cómica, y estareis interesante hasta no poder más. Luego, cuando hayais conocido á D. Juan, cuando le hayais atraido á vos, gobernáos como podais; sois feliz en esto de inventar mentiras. ¿Conque ireis, y no olvidareis nada de lo que debeis hacer?—Iré, y me escederé á mí propia, le contesté.—Entonces me besó la mano, se despidió de mí, y partió. Decidida á huir de esta casa, interesada por otra parte con la novedad de la aventura, busqué y encontré la llave del postigo, y os escribí una carta para que no viniéseis, porque ignoraba si me veria obligada á volver.

—¿Y sucedió tal y del mismo modo que como se habia pensado?—preguntó Fray Tomás.

—Sí, aun mejor,—contestó suspirando Magdalena.—Cuando entré en el salon de la hostería, como una mujer que huye, que necesita amparo, encontré una mesa solitaria, ricamente cubierta y espléndidamente iluminada, y delante de ella..... ¡oh! delante de ella un jóven, casi un niño, hermoso como un ángel, y en cuya mirada atenta se adivinaba la bravura de un leon. Aquel jóven, segun supe despues, era D. Juan Tenorio.

—¿Y permanecísteis allí?

—Nó; logré arrastrarlo conmigo, y le llevé á una de esas infames casas en que yo he perdido lo más lozano, lo más bello de mi juventud. Allí, padre, el que me habia parecido un ángel, lo fué en efecto para mí: su pureza me hizo pensar en la pureza de ese amor de que yo siempre me habia burlado, y al que habia escarnecido. Pensé en el amor de la esposa honesta y pura que puede ostentarse con orgullo al lado del sér amado; pensé de la familia, en

lo que no habia pensado nunca; en una vejez rejuvenecida por hermosos hijos, y mi corazon se desgarró; tuve vergüenza y miedo, y conocí que era vírgen.

—¡Vírgen!

—Sí,—esclamó con orgullo Magdalena;—vírgen de alma, vírgen de amor, vírgen de felicidad: me inundó una alegría infinita, porque me habia trasformado en otro sér enteramente distinto, y me veia amada de una manera noble, inmensa; D. Juan era mi ángel de redencion.

—¡Con el que piensas casarte!

—Jamás seré su manceba.

—¡Oh! ¡oh! ¡Dios es incomprensible!—dijo el fraile.

—Incomprensible, sí; Dios hace milagros, y puesto que en mí se ha efectuado una maravilla, dejadme libre, padre.

—¡Que te deje libre despues de los escándalos y de los crímenes cometidos por tí esta noche!

—Decid cometidos por la desgracia.

—Aquí, al pié de tus ventanas, han muerto á un hombre.

—Lo sé.

—Asesinado por miserables.

—Eso acontece á cada paso en Madrid.

—¡Acaso por D. Juan!....

—D. Juan estaba sentado en aquella silla, junto á mí, cuando sonó un tiró; el golpe que debe haber muerto á ese desdichado.

—¡Cómo! ¿no hubo más?

—Nada más.

—¿No escuchaste ruido de espadas?

—Nó señor.

—¡Oh! ¡se me engaña!—esclamó el fraile paseándose á lo largo del dormitorio:—esto no puede quedar así; ¡se atreven á mí! ¡me venden!.... ¡Oh! ¡oh! ¡imprudentes! acabarán por despertar en mí pasiones que duermen..... ¿Y dices que D. Juan?.....

—¡D. Juan! ¡oh! ¡sabe Dios lo que será de D. Juan!

—¡Cómo!

—Sí, D. Juan salió á la ventana al oir el tiro, vió un hombre en tierra y otro que huia, y se lanzó por las escaleras, salió y alcanzó al asesino.

—Será muy posible que D. Juan pare en la Inquisicion.

—¡Dios mio!

—El asesinado es un inquisidor.

—Pero yo os juro, padre, que D. Juan, cuando aconteció esa desgracia, me estaba diciendo amores,—esclamó Magdalena con un acento desgarrador.

El fraile movió fatídicamente la cabeza.

—¿Os quereis vengar del amor que le tengo?—esclamó llorando la jóven.

—¡Vengarme! nó; lo que quiero es apartarte de ese peligro.

—¡Lo que quereis es perderme!

—¡Perderte, Magdalena!

—Sí, perderme; prended á D. Juan, prendedlo, y os juro por la sangre de nuestro Redentor que mi venganza será terrible.

—¡Tu venganza!—esclamó con desprecio el fraile.

—¿Sabeis cómo yo me vengaria de vos? Pues escuchad: me haria bruja, cometeria sacrilegios, procuraria que me prendiese la Inquisicion, y obraria de tal modo, que á pesar de vuestro poder, me quemarian. ¡Oh! ¡y cómo habiais de llorar, padre!

Magdalena se sonrió á través de sus lágrimas, como saboreando su venganza.

—¡El infierno se apodera de mí!—murmuró de una manera ininteligible Fray Tomás.—¡Oh! ¿por qué al morir la otra en aquella terrible noche, no morí con ella?

—Vos no prendereis á D. Juan,—le dijo Magdalena arrancándose del lecho y asiéndose á sus hombros.

—¿Y por qué no he de prenderle?

—Porque no querreis que yo muera.

—¿Y qué me importas tú?

—¿Qué os importo yo? ¿Creeis que no conozco el sentimiento que os une á mí, el dolor que ha enflaquecido vuestro rostro y encanecido en un año vuestros cabellos? ¿Creeis que haya una mujer que no conozca que es amada, por muy discreto que sea el amante?

Fray Tomás se aterró.

—¡Yo..... amar!.... ¡mentira! ¡yo no amo!.... ¡impostura y blasfemia!.... ¡Nó..... nó!

—Si yo hubiera querido ser vuestro demonio tentador,—dijo Magdalena,—¿qué seria de vos? ¡Un alma condenada!

Un nuevo estremecimiento agitó al fraile.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! ¿no he sufrido bastante para que tengais compasion de mí y purifiqueis mi alma? ¿No he purgado aun mi primer crímen, ó es que estoy sentenciado á un infierno sin fin?

—Pues bien, señor, haced una buena obra; heríos en el corazon; sed mártir voluntario, y Dios tendrá compasion de vos. Escuchad: sois pastor de la Iglesia; habeis encontrado una oveja perdida; cuando esta oveja quiere volver al rebaño, no la aparteis de él. Os juro que soy otra, que llegaré á ser una esposa honrada, una buena madre de mis hijos; en vuestras manos están mi paz, mi amor, mi felicidad, mi salvacion; no me las robeis, por Dios; tened compasion de mí.

Magdalena lloraba asida á la capa de Fray Tomás, de rodillas á sus piés, y él, vuelto de espaldas, ocultaba sus lágrimas.

—Dejadme libre, señor,—repetia ella,—y seguiré siendo como hasta ahora vuestra hija. ¿No me escuchais, señor?

—¿Pero consentirá en casarse contigo ese hombre?—dijo procurando dominar su voz Fray Tomás.

—D. Juan hará lo que yo quiera que haga, padre mio.

—Pues bien; ¿qué derecho tengo yo para hacer desgraciadas á dos criaturas que pueden ser tan felices? Libre eres. Pero estás sola; es preciso que,

pues has llegado á conocer la virtud, y Dios ha permitido que lo mismo que sirvió para perderte te salve; es preciso, repito, que vivas de hoy en adelante como vive una jóven honesta. Yo te buscaré una familia honrada, en cuya compañía estés como una hija, retirada, oculta..... Mañana saldrás de aquí; desde el momento que salgas, puedes ver á D. Juan; pero ten presente que me tienes por padre, y que seré severo: ¡adios!

Dicho esto, el fraile salió; mucho despues de haberse perdido el ruido de sus pasos, Magdalena estaba aun de rodillas en el mismo sitio.

CAPÍTULO XV.

D. Juan.

D. Juan dormia en tanto, pero con uno de esos terribles sueños que, en vez de servir de descanso, torturan, aterran, vagan y se revuelven en un cáos de impresiones distintas, en que lo bello y lo terrible se unen con un lazo misterioso; sueños informes que parecen el resultado de una linterna mágica dirigida por el diablo; en que el pensamiento funciona de una manera enteramente nueva, trocándolo todo, variando las formas comunes y creando ideas que no pueden esplicarse, porque para definirlas falta un punto de comparacion conocido; uno de esos sueños en que se rie, se grita y se llora; de los que se despierta con fiebre y bajo fatídicas influencias.

El amor, el terror, el deseo, el hastío estaban apoderados durante aquel sueño del alma vírgen de D. Juan, en la que el sentimiento, llevado á su más alto grado de percepcion, dominaba esclusivamente, pudiendo decirse que era su esencia. Soñó el amor, como aquella alma debia soñarlo, encantador, dulce, delicado como un perfume; un amor de los cielos, un recuerdo del espíritu á la eternidad, de quien es hijo; se vió reclinado en los brazos de Magdalena, sobre una cándida nube, flotando en un espacio, cuyo ambiente era tibio, enlanguidecedor, suave y fácil á la respiracion, como un elemento de vida, y cuya luz era vaga, diáfana, blanca y trasparente: flotaba en la inmensidad, y como ella, era inmensa la mirada de amor de Magdalena, y como sus auras, suave su aliento, y como la atmósfera, tibio y blando el dulce calor que emanaba de sus brazos. Magdalena tenia alas matizadas de un dorado color más brillante que el del oro, más trasparente que el del brillante; Magdalena era un ángel y le elevaba al cielo.

D. Juan se sentia llevado, y su sér se saturaba hasta la cavidad de sus huesos de aquel suave y puro deleite; su corazon se dilataba en la inmensidad, y sentia en él, unido en una fusion misteriosa, el corazon de Magdalena.

Era aquel un descanso celeste, una fruicion purísima, una espansion del espíritu, que bajo el influjo del sueño abandonaba su cárcel mortal y se elevaba á su orígen; pero de repente las fáuces de D. Juan aspiraron fuego, la nube de vapores se deshizo en sangre, y se sintió estrechado entre los brazos de una mujer hermosa, en cuyos ojos satánicos brillaba la luz sombría del infierno, y cuyo rabioso amor mordia su cuello y su semblante, arrancándole gritos de dolor. Y aquella mujer era tambien Magdalena.

Lanzábale de sí aquel rojo torbellino, y al caer creíase abrumado por el frio peso de un cadáver horrible, de cuya frente caia un raudal de sangre sobre la suya; y aquel cadáver le estrechaba tambien entre sus brazos, y le asfixiaba con el aliento infecto de su boca. D. Juan luchaba con el espectro, le vencia, ponia sobre él su planta, y se sentia arrastrado por aquel cadáver como sobre un carro estraño, y con una rapidez horrible, á una region medrosa; D. Juan veia ante sí, en torno suyo, tocándole por todas partes, una niebla de color impuro, que variaba de tono con una rapidez maravillosa, haciendo girar un millon de círculos compuestos de innumerables figuras, en cuyas formas se habian apurado todos los caprichos de los contrastes: aquí una cabeza de mujer hermosa hasta lo imposible estaba unida á un cuerpo de serpiente, que se agitaba ondulando con la fuerza y la elasticidad del acero; allá un raquítico jorobado pasaba volando con dos alas de dragon y llevando sobre sí una vieja horrible, engalanada como una vírgen en los dias de sus bodas; cuantos delirios pudo soñar la fantástica imaginacion de Goya (1) en sus cuadros de duendes y brujas; cuantos terrores ha creado el incomprensible espíritu humano estaban allí, acompañados de cuantos ruidos, discordancias y armonías existen en la naturaleza; tropas de guerra, choque de espadas, ayes tristísimos, gritos de alegría, de combate, de dolor, de triunfo; pujantes detonaciones, dulces cantos, alegres risas, feroces mugidos, silbos agudos, estridentes rechinamientos; la voz informe de todos los animales, de todos los vientos, de todas las tempestades, se elevaba formando una disonancia sola, tremenda, monstruosa, á la que se unia la risa insensata de D. Juan, risa cruel, solo tolerable en el sueño, pero que tortura y mata cuando se produce en la vida real; risa que desgarraba su corazon, y que al par le hacia llorar de dolor.

Y por una y cien veces pasó de una impresion dulce á otra sombría; por una y cien veces quiso lanzar de sí el vértigo, y no pudo; siguió el sueño cruel, inmenso, arrastrándole consigo, hasta que cansado el espíritu, agotó su coleccion de fantasmas; entonces cayó en un letargo profundo, oscuro, semejante á la muerte, y la impresion del no ser le despertó.

Estaba vestido encima de la cama; junto á ella, en una mesa próxima, habia una botella vacía y una copa vertida junto á una lámpara de plata, que

(1) Célebre pintor español de caricaturas fantásticas.

arrancaba débiles destellos de algunas monedas de oro y de la empuñadura de una daga. Junto á la mesa, inmóvil y de pié, estaba Anton Gabilan, y á través de las rendijas de las contrapuertas de los balcones, se revelaba en líneas blancas y diáfanas la luz del dia.

—Las ocho, señor,—dijo el lacayo respetuosamente.

—¡Ah! ¿Estabas ahí, Gabilan?

—Dormia tan profundamente vuestra señoría, que no me he atrevido á despertarle.

—Abre aquel balcon.

Gabilan obedeció, y D. Juan, arrojándose del lecho, sin arreglarse el traje, se puso á pasear por el dormitorio.

—Siempre me has servido con actividad y reserva, Gabilan.

—He hecho cuanto he podido por servir dignamente al señor.

—Tengo tantas cosas que encargarte, que no sé por dónde empezar. Tú eres madrileño, ¿eh?

—Sí señor, nacido en las Vistillas.

—Serás, pues, un gato cazador.

—Un poco, señor.

—Si fuera preciso averiguar, sin dar sospechas ni indicios, las personas que viven en una calle.....

—Lo averiguaria en dos horas.

—Pues bien, ten presente mi primer encargo: es preciso averiguar qué personas viven en la calle de San Justo.

—Lo sabré al vuelo.

—Despues será necesario que te introduzcas en una casa.

—Eso será más difícil, si no hay dueña ó doncella.

—Además, puesto que eso es para más tarde, ronda por Puerta de Moros, y averigua con prudencia y á la deshecha qué ha sucedido allí esta noche.

—Lo haré, señor.

—Ahora tráeme la gitana.

Salió Gabilan, y Tenorio se sentó en un sillon, pálido, desencajado, mostrando aun en su semblante las cien impresiones que habia recibido aquella noche.

—¡Qué sueño tan horrible!—murmuró.—¡Si fuera una profecía! Si esa mujer que me ha parecido un ángel fuera un demonio..... la amaria del mismo modo..... hé aquí, Sr. Avendaño, que ya no necesito que me digan lo que es amor; me lo ha enseñado una mujer en muy pocas horas. Pero sin embargo, yo he oido decir que el amor es esclusivo, y mi corazon me arrastra hácia dos mujeres: envio á Gabilan á averiguar el paradero de la dama á quien tanto guarda el Sr. Alarcon, y no me olvido de enviarle á Puerta de Moros. ¡Allí] vive Magdalena! ¡Una ramera! ¡mentira! El corazon siente por sí mismo, y el mundo no puede darle leyes: él las atropella, las desconoce..... ¡Dios mio! creo que estoy furiosamente enamorado de esa mujer..... es tan pura..... ¡tan pura, á pesar de su impureza! y la otra..... ¡oh! ¿quién sabe? la guarda un misterio: pues bien; yo romperé, yo aclararé ese misterio. ¡Ah! ¿sois vos, buena madre?

Entraba en aquel momento la gitana, acompañada de Gabilan.

—Sí, yo soy, D. Juan; querias verme, y yo queria verte; á no ser así, no me hubieras visto.

Gabilan se retiró discretamente.

—¡Que querias verme! ¿Cómo te llamas?

—Aurora, hermoso,—contestó la gitana.

—Pues bien, Aurora, ¿para qué querias verme?

—Para llegar por tu medio á otra persona.

—¿Y qué persona es esa?

—La dama á quien dije ayer la buenaventura.

—¡Es singular! Porque esa dama desea hablar contigo, es por lo que yo te he hecho traer á mi casa.

—Eso significa que no ha olvidado mis palabras, y que yo no me he engañado.

—Si eres tan sabia, podrás asegurarme.....

—Ya te he dicho que, si quieres, esa dama te amará. Acaso te ame ya.

—¿Entiendes tú de flores?

—Sé cómo se habla con ellas.

—Ve, pues, si ahí dice algo.

D. Juan sacó del cajon de su mesa un ramillete, el mismo que habia recibido de Avendaño con el pañuelo; aquella no era por cierto la estacion de las flores, pero se habia cubierto su falta con otras admirablemente contrahechas, y que por su colocacion y el desórden con que estaban agrupadas, demostraban que se habia hecho con precipitacion el ramillete.

La gitana le tomó, y le examinó.

—¡Oh, no me he engañado!—dijo para sí.—¡Es ella! ¡Solo ella sabria dar lenguaje á esta seda! ¡Solo una mujer de su raza cuidaria de tener siempre flores!

—¿No lo entiendes?—dijo D. Juan.

—¡Oh! sí, sí, noble señor; lo entiendo demasiado; solo que estaba admirando estas flores; ¡de seguro no están hechas en España! Solo una mujer de Oriente puede tenerlas tan hermosas: mira qué terciopelo el de este anémone morado.

—¿Y qué significa esa flor?

—Te dice que tengas confianza; pero este ajenjo indica amargura; este brezo soledad; ¡oh, qué nardo tan hermoso!

—Y ese nardo.....

—Te cita, D. Juan. Es una cita de amor.

—¡Pero aun quedan otras flores!

—Sí; hay regardiolas, flores de ciruelo silvestre, brezo y balicero.

—¿Y qué quieren decir todas juntas?

—Dicen: ven; estoy sola y llena de amargura; tengo confianza y ansiedad á un mismo tiempo; ven, pero con precaucion, porque hay dificultades.

—Pero ese ramillete habla de una manera vaga; de ese mismo modo se puede citar á un amigo.

—Sí, pero para un amigo no se hubieran vertido tan suaves perfumes en el ramillete; esto solo se hace con los amantes.

—¿Y si te engañases, Aurora?

—Nó, nó; ya te lo dije: esa mujer te ama con pasion.

—Lo dices de una manera tan sombría.....

—¡Oh! no hagas caso de mi acento; hace mucho tiempo que tengo el corazon lleno de amargura. Pero yo no he venido á hablar de tus amores ó de tus deseos. Necesito ver á esa dama, y verla á solas.

—¿Qué puede existir entre ella y tú para que así deseeis conoceros?

—¡Oh! ¿quién sabe, D. Juan? Si ella te ama, lo sabrás un dia.

—Creo que podria saberlo ahora mismo, porque el secreto está sin duda en el nombre de esa mujer.

—¿Y puedes saber ahora mismo su nombre, su nombre legítimo? Porque el que tiene de seguro es prestado.

—Pues no conozco ninguno de los dos.

—¡Cómo! ¿no conoces á doña.....

—¿Doña..... acaba.....

—Nó, nó; yo no sé hasta qué punto seria funesto el que yo pronunciase ese nombre. ¿No dices que puedes saberlo ahora mismo?

—Sí, está aquí,—dijo D. Juan, sacando de una cartera un pliego cerrado.

—Y bien, ¿por qué no le abres?

—He jurado, por mi fé de cristiano y mi honra de caballero, no abrirle hasta que sea amado por esa dama.

—Pero la verás muy pronto; lo sabrás muy pronto.

—¡Ay, no lo sé!

—¿Que no lo sabes?

—Ignoro dónde vive.

—¡Que ignoras dónde vive! Pues ¿por dónde ha llegado á tus manos este ramillete? ¿Cómo te cita una mujer que no te indica su casa?

—Me lo ha entregado D. Pedro de Avendaño.

—De modo, que D. Pedro sabe el paradero de la dama, y te lo oculta,—esclamó palideciendo Aurora.

—D. Pedro no sabe nada.

—Necesito ver á esa señora al momento.....

—Es imposible ahora mismo.

—¡Imposible! ¿Y por qué?

—Será preciso que antes averigüe yo.....

—Se ocultan de tí, D. Juan, y á pesar de los deseos de esa dama, será muy posible que no la encuentres.

—¡Oh, quién sabe!

—Pero si eso tarda..... yo no puedo permanecer aquí, D. Juan; el aire de las ciudades me ahoga, y tengo miedo: creo que voy á caer entre las garras de la Inquisicion; ¡oh! y si caigo.....

La gitana se estremeció, y levantándose de repente, añadió:

—Me voy, D. Juan.

—¡Que te vas!

—Sí, pero volveré cada semana..... los sábados por la noche.

—Espera, espera aun un momento; quizá dentro de poco sepamos..... ¿Qué quieres, José?—dijo D. Juan interrumpiéndose al ver á su mayordomo á la puerta.

—Ignoraba que vuestra señoría se hubiese levantado, y venia á entregarle una carta que dejaron para vos con urgencia antes de amanecer; he entrado dos veces, pero dormiais, señor, y no he querido inquietaros.

José miraba entre tanto con recelo á la gitana.

—Dame esa carta, amigo mio,—dijo D. Juan.

El mayordomo se la entregó.

Una palidez mortal cubrió el semblante del jóven, apenas leida la carta, y dijo á José:

—Al momento, tú mismo, vé á casa de D. Pedro de Avendaño.

—¿Y dónde vive ese caballero?

—En la calle de la Almudena, pregunta por él; mira qué sucede en la casa, y vuelve al momento.

El mayordomo salió.

—¡Qué!—dijo la gitana;—¿puede suceder algo en casa de D. Pedro?

Y aprovechando la profunda distraccion en que habia caido Tenorio despues de la lectura de la carta, se la arrebató de las manos, y antes de que tuviese tiempo de recobrarla, devoró su contenido.

«Sr. D. Juan Tenorio,—decia:—os escribo con un pié puesto en el estribo; »la Inquisicion lo sabe todo: yo parto, no sé á dónde; confio en vuestra amis»tad, y espero que me digais lo que acontece en mi casa. Yo os enviaré un »hombre seguro. Adios.—*D. Pedro de Avendaño.*»

Leer las anteriores líneas, dejar caer la carta, dar un grito desgarrador y escapar, fué cosa de un momento en Aurora. Cuando D. Juan tornó en sí, habia desaparecido.

—Aun no hace veinticuatro horas que estoy en Madrid,—dijo el jóven,—y ya tengo un infierno en el corazon. ¡Amor, sangre, delirios! ¡Oh, y la Inquisicion sobre mi camino!.... No soy el mismo que ayer, nó; tengo más vida..... pero vida más amarga; en mi corazon se han abierto fuentes desconocidas..... Y no hay duda.....—añadió recogiendo del suelo la carta que habia dejado caer Aurora;—la fatalidad me persigue. Pues bien; lucharé con ella; combatiré este doble amor que divide mi corazon desgarrándole..... seré lo que Dios quiera que sea..... pero aclararé los misterios que me cercan. ¡Hola!

Apareció un paje.

—Un ayuda de cámara,—dijo Tenorio.

Como si hubiese presentido aquella órden, y la esperase, Baltasar apareció en la puerta, y adelantó.

—Que enganchen una carroza,—dijo el jóven al paje,—y vos vestidme bien y pronto.

En media hora, D. Juan estuvo gallardamente ataviado con una ropilla de terciopelo negro, un ferreruelo del mismo género y color, y unas calzas de seda: todo era negro en su traje, y no llevaba otras joyas que una cadena dorada, de la cual pendia una placa de oro con la cruz de Santiago, esmaltada, que asimismo estaba bordada en seda en su ferreruelo; su espada y su

daga eran admirables por sus cinceladuras, y doradas, como convenia á un tan rico y noble caballero.

Apenas estaba concluido lo que llamaremos su tocador, cuando entró Gabilan jadeando. D. Juan despidió al ayuda de cámara, y se quedó solo con el lacayo.

—¿Qué sucede?—le dijo.—¿Has averiguado algo?

—Nada de provecho, señor; y cuando yo no averiguo.....

—¿Fuiste á la calle de San Justo?

—Sí señor; en la tal calle no hay más que tres casas y una tienda de comestibles.

—Bien; ¡y en esas tres casas!....

—Esperé á la puerta de la tienda, previendo que de cualquiera de aquellas casas saldria un criado, y me engañé.

—Debiste esperar.

—No fué necesario, porque si no fué él, fué ella: una linda, lindísima fregona, señor. Ya veis, una mujer para ciertas cosas es mejor que un hombre..... se las hace el amor.....

—Bien, bien.....

—Como digo, asalté á la doncella y la tomé al abordaje; es decir, despues de dos requiebros y de cuatro suspiros, logré llevármela al rincon más oscuro de una buñolería.

—Y allí.....

—Allí, como era natural, la enamoré, la conquisté, la cité, y despues me puse en el negocio..... me ha contado veinticinco cuentos; en su casa, en la casa que sirve, vive un alcalde del crímen, soltero y viejo; sobre él, una dueña vieja y soltera; más arriba dos costureras (espero, si no me sirve la doncella de escoba, hacerme servir de las doncellas de labor, que son más humeadoras y más parlanchinas); en fin, junto al tejado mora un zapatero. Nadie ha entrado ni salido de fuera en aquella casa. En la otra vive.....

—Si no nos interesa quién vive, adelante.

—En fin, en la tercera, que coge todo el costado de la calle por el lado de la iglesia, no vive nadie.

—¿Es un casaron grande, con rejas en el piso bajo y balcones en el principal?

—Sí señor; pero la puerta tiene telarañas.

D. Juan recordó que justamente junto á la pared de aquella casa habia encontrado el pañuelo y el ramillete Avendaño.

—No importa que nadie viva,—dijo;—esa casa es la que se ha de observar.

—La observaré y haré que sea observada, señor. Prosiguiendo: despues de adquirir estas noticias, dejé á la fregona, y no satisfecho aun, tomé el camino del meson de Italia, con intencion de saludar al hidalgo que acompañamos.....

—¡Oh! Eres un criado admirable, Gabilan.

—Sí, ¡pero aguarda! La dama, el escudero y los lacayos habian salido á media noche, llevándose los últimos en hombros el equipaje y sin decir á dónde iban.

—¿Y la carroza?

—La carroza estaba en el patio y las mulas en la cuadra.

—¿Y no preguntaste al mesonero?

—Le pregunté, sí señor; ¡hola! le dije, rica y noble gente hospedais.—Rica y noble y generosa, contestó el tunante, sonándose el bolsillo.—¿Y están ahí? —¿Y qué os importa? me dijo.—Os diré: yo soy lacayo que sabe su obligacion; estoy sin acomodo, y desearia.....—Pues habeis llegado tarde.—Bah, venid conmigo y beberemos un vaso.

—En la taberna desembuchó nuestro hombre; me dijo que á media noche habian salido sus huéspedes, pagándole generosamente y encargándole que enviase la carroza y las mulas á D. Juan Tenorio, de quien todos le darian razon, porque era un gran personaje.

—¿Nada tampoco por ahí?—dijo con disgusto Tenorio.—¿Y en Puerta de Moros?

—En Puerta de Moros ménos que en ninguna parte; nada, absolutamente nada.

—Será preciso, Gabilan, que te mandes hacer camisas.

—¡Ah! las costureras de la calle de San Justo.....

—Sin que por eso dejes de ir todos los dias á comer buñuelos.

—Es el caso, señor, que hablando con franqueza.....

—Estás sin blanca..... ¿eh? Gastas como un rey.

—De lacayos.

—No importa; por el lacayo se conoce al amo; toma.

Sacó de uno de los cajones de la mesa una docena de doblones de oro, y los dió á Gabilan.

—Ahora monta á caballo.

—¿Voy á acompañar á vuestra señoría? He visto una carroza en el patio.

—Sí.

—¿Y voy de guía?

—Sí, vé delante; infórmate dónde vive, en el cubo de la Almudena, el comendador D. Gonzalo de Ulloa, y anúnciame.

Cuando D. Juan ponia el pié en el estribo de la carroza, entraba José.

—¿Qué habeis averiguado?—le dijo el jóven, deteniéndose.

—La casa de D. Pedro de Avendaño está ocupada por la Inquisicion,—dijo el mayordomo al oido de D. Juan.

—¿Quién es aquel hombre?—dijo el jóven reparando en uno de facha y ademan misterioso que entraba por el zaguan.—Vé é infórmate, José.

El mayordomo llegó á aquel hombre, que al unirse á él, le preguntó:

—¿Vive aquí D. Juan Tenorio?

—Sí señor,—contestó José.

—En nombre y por órden del Santo Oficio, dadle este pliego.

El familiar se alejó tras esto, y José, temblando, fué á dar el pliego á D. Juan.

—Del Santo Oficio,—dijo.

—Tenorio abrió el pliego, le leyó sin inmutarse, le guardó, cerró por sí mismo la portezuela, y dijo al cochero.

—A la calle de la Almudena.

CAPÍTULO XVI.

En que el autor introduce en su libro una nueva y hermosa dama.

Hay un momento en el dia, en que una mujer, sies verdaderamente hermosa, jóven y pura, parece más hermosa que nunca: nos referimos á ese momento en que, despues de haber dormido los sueños de un amor entusiasta ó de una pureza virginal, abre una jóven su ventana para mirar, empezando un nuevo dia, los rayos dorados y brillantes de ese esplendente sol que brilla sobre una tierra vaporosa y humedecida por el rocío.

Flor de la vida, corazon tranquilo, goza con esas puras auras matinales que vienen á morir suspirando entre sus cabellos desordenados y sueltos, pero más bellos en su desórden; su seno, que no comprimen galas, se dilata suavemente, y sus ojos brillantes y puros vagan distraidos y tranquilos, lanzando indistintamente su mirada de paz y de inocencia á los azules horizontes, á las verdes llanuras, al rio que ondula sobre ellas como una serpiente de plata, á la torre de la cercana iglesia, cuya campana toca á la oracion que murmuran sus lábios, y á las florecillas y enredaderas de su pequeño jardin encerrado en sus tapiales, y al cual no ha llegado aun el rayo germinador del sol.

Una jóven, si no enteramente semejante al tipo que hemos descrito, muy parecida á él, acababa de abrir las celosías de sus miradores en una casa situada en el cubo de la Almudena, á la misma hora en que D. Juan despertaba de su sueño.

Aquellos miradores, abiertos en un ángulo de la casa, correspondian por una parte al Campo del Moro y á la Cuesta de la Vega, y por otra á un patio en que desembocaba la puerta de entrada.

La irregularidad de las antiguas construcciones permitia á veces que desde un mismo punto, y contando con las dos caras de un ángulo, se pudiesen ver el esterior y el interior de una casa.

Por el aspecto delicado y distinguido de la jóven; por el gusto de su ancho y flotante traje blanco; por el rico mueblaje de la habitacion á que correspondia el mirador á que estaba asomada, y por el movimiento doméstico que se notaba en el patio y sus departamentos adyacentes, podia decirse que aquella casa pertenecia á una familia noble y rica.

En efecto; en aquella casa moraba el comendador D. Gonzalo de Ulloa, viudo de una hermana del inquisidor D. Gaspar de Somoza, que soltero y rico vivia con su cuñado y con su hermosa hija Inés de Ulloa, jóven de diez y siete años, que era la que á la sazon, tras las abiertas celosías de sus miradores, fijaba una mirada distraida en la vega.

A pesar de su juventud y de lo fresco y brillante de su hermosura, Inés habia llegado al completo desarrollo de la mujer; era alta, esbelta, delgada, espiritual como una de esas creaciones que soñó Rafael antes de trasladarlas al lienzo; lánguida y deliciosamente abandonada en su accion, era una flor que se balanceaba sobre su tallo cuando atravesaba los salones de la casa de su padre para ir á dar un beso en la frente al anciano en su mismo lecho cada mañana; era su ángel que le despertaba, tocando sus ojos con sus alas, y que le hacia entrar bajo una grata impresion en cada nuevo dia en que se dilataba su vida.

Vigorosa y pura la naturaleza de Inés, no habia nada tan negro y brillante como sus ojos y sus cabellos, dulces, ardientes y apasionados los unos, sedosos y ricos en número los otros; su semblante puramente ovalado, ligeramente moreno y deliciosamente mórbido, se alzaba sobre su cuello virginal, sobre sus redondos hombros y su alto seno: si alguno de nuestros jóvenes lectores necesita aun más detalles, detalles imposibles porque se niegan á la pluma, les aconsejamos que apelen á la estatua de la Vénus púdica; nosotros concebimos en Inés unas formas esbeltas, un tanto largas, y con una redondez de contornos semejantes á los de aquel hermoso resto de la escultura antigua.

A pesar de que su juventud, y de la casi reclusion á que la condenaban las costumbres rígidas de su padre, que habia tenido un tacto maravilloso para escoger las dueñas y doncellas de su servidumbre; á pesar de que esto, decimos, parecia suponer por sí mismo un estado de paz y de inocencia enteramente completo en Inés, respecto al amor no sucedia así: por el contrario, estaba enamorada con toda la fuerza de ese amor que nadie conoce, que está guardado como un misterio en el fondo del alma, amor pudoroso y tímido que enlanguidece el espíritu, y crece y se desarrolla, apoderándose enteramente de él; amor que llega á ser una ley tiránica que todo lo subyuga, que embellece con una suave palidez á la que lo siente, que da á su rostro esa belleza superior, de primer órden, de la pasion; pero que es un tósigo lento que mata al fin, si el amor del sér amado no le dulcifica y le torna en un elemento de vida con su influencia.

Nosotros concebimos perfectamente cómo el espíritu del amor germina en

el espíritu humano, le modifica y aun le hace variar de índole, convirtiéndose en una segunda naturaleza, más fuerte, más poderosa, puesto que ha vencido á la primera; cómo ese amor, ajeno por decirlo así, se sobrepone al amor propio, á la conveniencia propia; hasta qué grado de sumision, de adoracion, de locura, puede llegar una mujer tal cual lo era Inés por el hombre amado.

Hacia un año que Inés habia sido llamada por su padre, en ocasion en que le visitaba un estraño; jamás habia acontecido otro tanto: mucho debia valer el hombre á quien D. Gonzalo permitia se acercase su tesoro.

Inés no pensó en ello, pero instintivamente encontró demasiado sencillo su traje, demasiado pobre su tocado. Atavióse, pues, de una manera rápida; no hizo más que variar de traje, que no era ni más rico ni más bello que el que habia sido desdeñado, y prenderse una flor en los cabellos; pero existe un poder tal en la coqueteria más inocente de una mujer pura, que basta que ella haya presidido á su tocador, que haya dispensado á su adorno algunos pequeños detalles, para que aumenten su hermosura, al modo que un toque maestro de un pintor de genio ilumina una bellísima pintura, que nadie hubiera creido sin concluir aun sin aquella última pincelada.

Inés se presentó, hermosa como una hurí, y vaporosa como una hada, ante la visita de su padre.

Aquella visita era D. Juan Tenorio.

Á pesar de la enorme escepcion que se permitia D. Gonzalo para el jóven, de haber sido acusado con énfasis este obsequio, de haber encomiado el bueno del comendador con todo el fanatismo y la poesía del amor paternal las dotes morales de su hija, ya que no su hermosura, cosa que hubiera sido inútil, puesto que estaba á la vista, D. Juan, niño entonces en alma, si bien hombre en persona, no sintió la impresion que acaso se habia prometido el comendador, ni sus palabras, corteses y escogidas, como debian serlo las de un noble de su linaje, educado en la córte y al lado del rey, pasaron del rígido límite de la etiqueta al más elástico de la galantería. Permaneció un cuarto de hora despues de la llegada de Inés, despidióse al fin ceremoniosamente de la jóven, y salió casi, puede decirse, sin haber reparado en ella.

Pero Inés se sintió sobrecogida á la vista de D. Juan con un sentimiento repentino, nuevo, enteramente desconocido para ella; se sintió herida en el corazon, y estuvo ruborosa, tímida, balbuciente. D. Gonzalo, con la cortedad de vista de casi todos los padres, interpretó de la manera más favorable los distintos aspectos de los dos jóvenes; el amor en Inés le pareció timidez, falta de costumbre en verse de cerca y sentada de silla á silla con un jóven; la indiferencia de D. Juan fué calificada por él de rígido decoro, de una afectacion de serenidad, galante en sí misma, puesto que debia tener por objeto el no hacer salir los colores con indiscreciones á su hija; indiscreciones que, segun él, no podian consistir más que en alguna mirada un tanto fija, un tanto observadora, un tanto avara. D. Juan fué, pues, para el comendador un modelo de caballeros; Inés, la más tímida, la más inocente de las doncellas.

—¡Oh! jóvenes los dos.....—pensó el padre;—los dos hermosos, nobles y ricos..... ¡Qué matrimonio tan feliz!

D. Gonzalo soñó; D. Juan era un escelente partido, y en aquellos tiempos, como en estos, ni debia ni debe culparse á un padre porque procure acercar á su hija (siempre de un modo conveniente) lo que se llama en toda la estension de la frase un marido aceptable. Confió en que el trato iria nivelando aquellos dos forzados aspectos, que vendria una intimidad decorosa, y tras ella una declaracion. D. Gonzalo daba de barato el que esta declaracion abusase un tanto de los medios, puesto que es sabido que el amor no sabe declararse sin misterio..... Esperó, en fin, pero esperó en vano: D. Juan volvió muy de tarde en tarde, ceremonioso como siempre, y siempre armado de una carta de Fray Pedro de los Dolores.

Inútil es decir que, resentido el comendador de la indiferencia que representaba la larga espera de Tenorio para repetir sus visitas, no volvió á llamar á ellas á su hija.

Pero ésta habia recibido una impresion demasiado profunda para olvidarla, y habia alentado aquel amor en silencio, hasta hacerlo su sueño, su bello ideal. Las pasiones, cuanto ménos satisfechas son, por una consecuencia precisa, se hacen más exigentes. La de Inés con D. Juan llegó á identificarse como una necesidad vital con su alma.

Primero oró por su amor, hizo promesas á los santos, y esperó en vano; era demasiado terrenal la súplica de Inés para que fuese escuchada por el cielo, y desesperada ya, apeló al infierno.

Hemos exagerado un poco, puesto que el recurso que se ocurrió á Inés fué la quiromancia, ciencia de charlatanes, que si en otro tiempo ha sido tenida en mucho por los supersticiosos, hoy ha ido á ocupar el lugar que ocupan otras muchas mentiras que eran sus hermanas.

Por aquel tiempo fué cuando Inés, que pasaba el verano con su padre en una quinta, junto al pueblecillo de Mahudes, consultó á Aurora más de una vez, de una manera secreta, el destino de su amor á D. Juan.

En una de estas ocasiones fué cuando la conoció Avendaño, y á pesar de creerla bruja, como hemos consignado anteriormente, se enamoró de ella.

Aurora habia hecho nacer insensatas esperanzas en el alma de Inés; habia apurado toda la fraseología de constelaciones, signos é influencias; habia acabado de enloquecerla, y la pobre jóven no tuvo ya más pensamiento ni más deseo que el pensamiento y el deseo que se referian á D. Juan, á quien no habia vuelto á ver.

Aquella mañana en que la presentamos á nuestros lectores, los hermosos ojos de la jóven tenian una espresion tal de languidez y de voluptuosidad, que su belleza se habia elevado á lo sublime. Miraba tristemente aquel hermoso sol que se levantaba en el horizonte para alumbrar al mismo tiempo dolores tan intensos como el suyo, placeres tan inefables como los que ella soñaba. La brillante luz de los espacios, el tranquilo piar de las aves, el rumor sonoro que, perdido y vago, se desprendia, exhalándose como un aliento, de un pueblo que despertaba á la vida, comprimian su corazon, porque su corazon estaba muerto.

A pesar de esto, Inés, que toda era amor; Inés, en quien la pasion á don Juan no habia entibiado el amor á su padre, se separó de sus miradores para

poner límite al sueño del anciano con su beso de paz; salió de su dormitorio y de sus habitaciones, atravesó un salon, y llegó á una puerta; detúvola el rumor de dos voces que hablaban tras ella.

Una era la de su padre: otra la de su mayordomo. ¿Qué podia haber acontecido para alterar de aquel modo las costumbres de D. Gonzalo, en cuyo dormitorio, desde hacia mucho tiempo, no entraba nadie antes que su hija?

Inés escuchó, más por cuidado que por indiscrecion.

—¿Dices, Pedro, que no está en casa mi cuñado?

—Nó señor.

—¿Y que no ha venido todavía, como de costumbre, Antonio Ferrer?

—Nó señor.

—¿Y para eso me has despertado?

—He creido, señor, que debia.....

—¡Que debias! Sin duda debias ser ménos imbécil.

—Sin embargo, es estraño..... nunca el Sr. D. Gaspar ha dejado de avisar, si las obligaciones de su empleo le han obligado á pasar la noche fuera..... Además de eso, la verdadera causa de mi venida es otra.

—¿Y por qué no decirla?—repuso severamente D. Gonzalo.

—Porque se trata de una persona á quien el señor no profesa gran afecto.

—¿De quién? Acabemos.....

—De D. Juan Tenorio.

—¿Y qué tenemos con D. Juan Tenorio?—esclamó con acento indisplicente el comendador, que no podia olvidar la indiferencia del jóven hácia su hija.

—Ya sabia yo que habia de disgustar al señor, y por lo mismo.....

—Has andado con rodeos..... En fin, ¿qué hay de D. Juan?

—Un lacayo de ese caballero acaba de llegar en nombre de su amo, anunciándole.

—¡Anunciándole! ¿Está ahí?

—Nó señor, pero no tardará mucho en llegar.

—¿De dónde, pues, sale ese hombre? ¿Tan pronto ha olvidado el buen trato, ó cree que no tenemos criados que nos asistan para dejar el lecho?

—Parece en efecto estraño, señor, que un tan cumplido caballero como D. Juan..... pero ello es cierto que.....

—Bien, bien; llamad á mi ayuda de cámara, y cuando venga ese señor, introducidle en el salon de recibo.

Inés se retiró de puntillas y aceleradamente; la noticia de que iba á venir D. Juan, la certeza de verle, la aterraron y la hicieron feliz á un mismo tiempo; pasó por las mismas habitaciones que antes con más celeridad que habia ido, y se puso en espera tras las celosías de sus miradores. No tardó en oirse en la calle el ruido de un carruaje, y poco despues paró una carroza á la puerta, y salió de ella un jóven. Era D. Juan.

Inmediatamente fué introducido.

Inés vaciló entre el deseo y la timidez; sabia que podia ver sin ser vista á D. Juan tras del cortinaje de las vidrieras del gabinete de su padre, y pesó

en su mente si debia ir ó permanecer en sus habitaciones: la cabeza decia que nó; el corazon que sí; el último, como acontece siempre, triunfó; y la jóven, conteniendo el aliento y palpitante, fijaba un momento despues su intensa mirada en D. Juan por entre una abertura del cortinaje y á través de los vidrios.

D. Juan ya no era el mismo niño de frente tersa y radiante, mirada tranquila y sonrisa indiferente; Inés veia, con los ojos del alma, sobre la frente de D. Juan una nube oscura; en sus ojos una espresion sombría, terrible, que los iluminaba con un fuego opaco, pero intenso y aterrador; su boca, que ella recordaba tan bella, estaba contraida por una espresion dolorosa, y el todo de su conjunto representaba al hombre que, lanzado á los azares de la vida, adquiere ese ademan, ese aspecto peculiar del leon, que demuestra el instinto acometedor y la fuerza de resistencia.

D. Juan se habia trasformado, pero Inés le encontraba más hermoso; aquella espresion de valor audaz, aunque contenido, aquel talante orgulloso; aquel negro y severo traje; aquella frente altiva y terrible, valian más sin duda que el aspecto del jóven paje con su paz de niño y sus galas de brocado: Inés acabó de sellar su corazon, de llenarlo, por decirlo así, comprimiéndolo con los amores de D. Juan, amores que ella creia imposible satisfacer, y que la devoraban.

Tenorio se paseaba gravemente en la cámara, con ese paso de lenta y acompasada impaciencia de una fiera de raza pura que se revuelve en una jaula; su semblante, en el que se habia fijado de una manera inmóvil, como un carácter, una espresion profundamente sombría, estaba inclinado sobre el pavimento, y algunas veces se levantaba altivo, resplandeciente, iluminado por un relámpago opaco exhalado de sus ojos. D. Juan se habia efectivamente trasformado; su alma poderosa se habia dilatado de repente, cumpliendo su destino, en el momento en que el amor habia besado sus lábios, y el crímen, crímen de otro, pero, segun él creia, cometido por su causa, vertido una gota de amarga hiel en su corazon.

Además, el lugar en que se encontraba no era el más á propósito para dulcificar aquella impresion, puesto que estaba en la casa del asesinado.

D. Juan habia previsto que aun no se sabria nada en ella, y habia procurado anticiparse á la noticia, como para huir del dolor, de las lágrimas, de las imprecaciones contra el asesino, que debian oirse allí, sin duda, muy en breve.

Nada en efecto se sabia, y la casa estaba silenciosa y tranquila.

Abrióse una puerta en el fondo de la cámara, situada al frente de aquella tras la cual observaba Inés, y entró D. Gonzalo de Ulloa.

Era un alto y delgado señor, bien llegado á los cincuenta años, de blancos y largos cabellos y bigotes canos; su rostro era duro por hábito más que por carácter; sus ojos miraban siempre á todos, escepto á su hija, con una severidad estrema, y sobre su traje, enteramente negro, se destacaba con vigor una roja encomienda de Santiago.

D. Juan salió al encuentro de D. Gonzalo, le tendió la mano, y le saludó ceremoniosamente.

—Espero, señor, que me dispensareis mi venida á vuestra casa en tales horas,—dijo D. Juan.

—Creo, caballero, que debe ser grave el motivo que os trae.

—Solo mi impaciencia, señor, por cumplir el encargo de un hombre que ha sido muy vuestro amigo, que me ha servido de padre y que ya no existe.....

—¿Un grande amigo mio que ha muerto?—esclamó D. Gonzalo.

—Sí, sí señor; D. Pedro de Córdova y de Válor, Fray Pedro de los Dolores.

—¡Muerto!—esclamó D. Gonzalo palideciendo.

—Sí, muerto, señor, muerto hace un mes entre mis brazos.

—¡Dios lo ha querido, y es preciso resignarse á su voluntad! ¡Noble y valiente caballero! ¡digno y santo sacerdote! ¡oh! ¡el modelo del honor! ¡Él era moro, él habia sido vencido, y sin embargo, cumplió fielmente el pleito homenaje rendido á los reyes de Castilla, doblegando la rebelion de sus hermanos en la Axarquia! ¡Infeliz caballero!

—¡Os amaba y os distinguia, comendador! ¡Decia deberos la vida, y os consideraba como un hermano!

—¡La vida! ¡Lo que yo hice en el último encuentro de la Axarquia lo hace cualquier caballero! ¿Y cuál es el encargo, D. Juan?

—Se reduce simplemente á que escucheis y deis fé á todo lo que os diga de su parte un escudero suyo, llamado Hernando Alarcon.

—¿Ese hombre está en Madrid?

—Llegó anoche conmigo de Andalucía.

—¿Y dónde pára?

—Lo ignoro, señor comendador. Venia acompañando á una dama, tan rodeada de misterio; que yo, por más que lo he procurado.....

Iluminóse con una espresion de inteligencia el semblante de D. Gonzalo.

—¿Y permanecereis mucho en Madrid, caballero?

—Poco tiempo, dos meses á lo más; el emperador, mi señor, me necesita.

—Dios quiera que vuestra lealtad y vuestro valor no se vean obligados á prolongar esa ausencia.

—No creo que mi lealtad se vea provocada.....

—¿Quién sabe? El reino ruge..... Pero, dejando eso aparte, me acompañareis á almorzar.....

—Dispensadme, señor; pero.....

En aquel momento se abrió la puerta, y un paje dijo en alta voz anunciando:

—Su paternidad, Fray Tomás de la Santísima Trinidad.

D. Juan palideció levemente.

—¡El padre-maestro!—dijo el comendador;—que éntre, que éntre. Hé aquí otro grande amigo de vuestro padre adoptivo, que se alegrará en gran manera de conoceros, D. Juan.

Abrióse al punto la puerta, y Fray Tomás, cubierto de piés á cabeza con su hábito dominico, adelantó como un fantasma.

Ulloa y Tenorio se pusieron de pié; el fraile, grave y tétrico, les saludó cortésmente.

—Dispensadme, Sr. D. Gonzalo,—dijo,—y dispensadme vos, caballero, si me veo obligado á separaros un momento; necesito hablaros de un gravísimo asunto, comendador.

—El Sr. D. Juan Tenorio, mi ilustre amigo,—dijo D. Gonzalo, sirviéndose de estas palabras como de una presentacion,—me dispensará le suplique que pase á esa habitacion próxima.

—¡D. Juan Tenorio!—murmuró el fraile, mirando de una manera singular al jóven, á quien precedia D. Gonzalo hácia el mismo aposento donde estaba oculta Inés.

Por pronto que la jóven quiso evadirse, no tuvo tiempo; la puerta se abrió, y entró D. Juan. Por fortuna estaba tan distraido el comendador, que no la vió.

Cerróse la puerta, y D. Juan se encontró á solas, admirado, delante de Inés, que temblaba y no acertaba á pronunciar una palabra.

Dejando por un momento en esta situacion á los dos jóvenes, diremos lo que aconteció entre el fraile y el comendador.

—Es necesario—dijo el primero—que os armeis de valor, D. Gonzalo.

—¡Me pedís valor! ¿Acaso no le habeis probado?

—Sé que resistísteis, con una resignacion verdaderamente cristiana, el terrible golpe de la muerte de vuestra esposa.

—Y en el momento en que hablamos, acabo de recibir otro,—dijo profundamente el comendador.

—¡Cómo! ¿Sabeis?.... ¿Os ha dicho D. Juan?....

—Sí, D. Juan me ha dicho que Fray Pedro de los Dolores, nuestro amigo, ha muerto.

El fraile ahogó un grito.

—¿Y no os ha dicho más?

—¿Qué mas?

—D. Gaspar de Somoza ha sido asesinado esta noche.

D. Gonzalo no contestó; tornáronse lívidas sus mejillas, se comprimieron terriblemente sus lábios, y saltaron dos lágrimas á sus ojos.

—¡Asesinado! ¡asesinado! ¡Oh! ¡Yo estrañaba la venida de D. Juan! ¡noble jóven! ¡Pero mi hermano! ¡Quiero verle, padre! ¡verle al momento! ¡jurar sobre su sangre vengarle del asesino!

Y dominando su dolor, sereno, inmenso, se alzó y llamó.

Apareció un paje.

—Mi capa, mi espada y mi sombrero.

El paje se los sirvió. El comendador y Fray Tomás salieron apresuradamente sin acordarse de D. Juan.

CAPÍTULO XVII.

De la triste manera con que empezaron para Inés los amores de D. Juan.

La casualidad arrojaba otra mujer ante el paso de D. Juan; ángel humano sentenciado al infierno de sus amores, debia marcar una época importante, casi capital, en la vida de nuestro héroe.

Inés era hermosa, lo bastante para interesar á un hombre tan impresionable como Tenorio; pero el jóven se hallaba entonces bajo fatales influencias, y no supo hacer otra cosa, por el momento, que saludarla ceremoniosamente.

Inés no contestó; estaba sobrecogida, pálida, dominada por la pasion, de pié en medio de la estancia, fascinada y fijando en D. Juan una mirada tan intensa, tan profunda, tan brilladora, que pocos momentos despues de encontrarse delante de la jóven, no pudo ménos de conocer el género de sentimiento que la inspiraba.

Era tan profundo el amor de Inés, le habia guardado tanto tiempo en el fondo de su alma, se habia familiarizado de tal modo con el recuerdo de don Juan, y estaba tan desesperada, tan enferma del corazon, que atropellando por todo, por ese pudor virginal, que hace que una mujer mienta, mostrándose indiferente al sér que ama, le dejó conocer todo cuanto por él sufria, todo cuanto de él esperaba, y solo un resto de dignidad, de orgullo femenil, impidió el que, trocados los papeles, no espresasen sus lábios lo que de una manera tan clara dejaban ver sus ojos.

Habia en la vida de D. Juan, desde su nacimiento, un enlace progresivo de consecuencias fatales. Sin los crímenes de su padre, no hubiera venido á la muerte de su madre á poder del infante Sidy Atmet; sin la muerte de éste, no

hubiera amado á la incógnita del viaje, y sin la lentitud de este viaje, no hubiera llegado á punto de renovar su antiguo conocimiento con Avendaño en circunstancias precisas, que habian traido consigo los amores de Magdalena, la muerte del inquisidor, y por consecuencia la entrevista casual con Inés.

La maldicion lanzada por Dios sobre la descendencia de Azorah y Almanssur tronaba aun fatídica y terrible sobre D. Juan, con la misma severidad que sobre sus abuelos.

Y si se profundizaba en las razones de esta fatalidad eterna, inevitable, vengadora; si se levantaba el velo que encubria la existencia de las personas que formaban con D. Juan el complemento de su historia, se podia encontrar el secreto de un gran crímen propio ó heredado; la consecuencia de una maldicion semejante á la que pesaba sobre D. Juan.

¿Y cuál podria ser el crímen de Inés? ¿Acaso su desventurado amor? Nó; porque un amor noble y grande como el suyo es la suma, el resultado de unas pasiones puras, castas, que en circunstancias favorables deben necesariamente producir prácticas de virtud, porque el amor de Inés era la consecuencia de una esquisita sensibilidad, con la que se alienta, siendo su hermana, una ardiente caridad, y la caridad es la primera virtud, ó por mejor decir, la resupcion de todas las virtudes.

Si sobre Inés pesaba el castigo de un crimen, no era ciertamente suyo, y más adelante tendremos ocasion de conocer que ella habia sido destinada á los amores de D. Juan como una víctima expiatoria.

Esta misma singularidad del destino de Inés, era la que daba un aspecto y un colorido escéntrico á sus amores; ella era la que la forzaba á faltar á lo que en el mundo se llama recato, y no es otra cosa que el disimulo de las pasiones, exigido tiránicamente al corazon por la sociedad, so pena del anatema y del desprecio público.

D. Juan estaba en esa dichosa edad en que el vigor y la juventud del alma la dan una elasticidad, un movimiento maravilloso; por más que hubiesen variado su carácter los acontecimientos espantosos acaecidos en torno suyo desde su llegada á Madrid, como quiera que aquellos acontecimientos habian sido imprevistos y ajenos á su voluntad, y aunque por resultado de ellos amaba ya con intensidad á dos mujeres, su vanidad juvenil encontró un placer infinito en los amores de Inés, y por consecuencia de esta vanidad, su atencion se fijó en quien la causaba. Veia temblando delante de sí, contestando de una manera tímida y ardiente, en palabras entrecortadas á sus palabras de fórmula, hermosa como una ilusion, pura como el fuego, ruborosa y cándida, á una niña, para quien parecia haber despojado Dios de su hermosura y de su candidez á uno de sus ángeles. D. Juan amó en ella la belleza y el goce del orgullo, como habia amado en la incógnita el misterio y la superioridad, y en Magdalena la pasion.

Aquellos dos amores, demasiado exigentes ya para encontrarse mal contenidos en un mismo corazon, llegaron á hacerse terribles, atormentadores, comprimidos por el nuevo amor de Inés. Tantos afectos no cabian en el alma de D. Juan, y encerrados en ella, le destrozaban.

Parecen inverosímiles á primera vista esas pasiones repentinas que des-

cribimos en nuestro héroe; sin embargo, nada más cierto que la existencia de esas organizaciones impresionables, que presididas por una imaginacion volcánica, ven, admiran y desean en un mismo momento, y creemos que nadie desconocerá que en muchas ocasiones, ó por mejor decir, casi siempre se tiene por amor lo que no es otra cosa que deseo, y de aquí el que sean tan vulgares las defecciones despues de la posesion, en personas que se creian profundamente enamoradas.

D. Juan, como casi todos los hombres, no amaba á un individuo de la especie mujer, sino á toda la mujer, á toda la especie. ¿Acaso es otra la ley de la naturaleza? ¿Podrá jamás esta ley ser derogada por las exigencias sociales, ni estas exigencias ser satisfechas más que en la apariencia? Para probar esta verdad, tenemos á nuestro favor la historia de las miserias humanas.

Así es que D. Juan, arrastrado por su carácter, audaz ya, por la doble razon de que la noche anterior habia equivalido para él á la mano que quita una venda de sobre los ojos á quien nada ha visto, y por la debilidad y la sumision de Inés, entró en el camino del galanteo, que más adelante hizo de su nombre una celebridad en amor.

—Si mi presencia no os es molesta, señora; si nada hay que pueda contrariaros; si os dignais escucharme,—dijo D. Juan despues de algunas frases generales cruzadas entre él y la jóven,—permitidme que aproveche los breves momentos en que me veo junto á vos, libre de la rígida mirada de vuestro padre.

—Mi padre ignora que me hallo aquí, D. Juan,—contestó tímidamente Inés,—que me hallo sola junto á vos; nos separa una sola puerta.....

D. Juan señaló otra puerta opuesta á aquella.

—¡Oh, nó!—esclamó Inés;—¡sola! ¡sola! con vos.....

—¿Acaso no está conmigo para defenderos mi amor?

Inés ahogó un grito de alegría.

—Vuestro amor, D. Juan.....—y se detuvo temblando, encendida como una rosa á la que besa, tras el frio de una larga noche, el ardiente rayo del sol.

—Inés,—dijo D. Juan,—hace mucho tiempo que os amo.....

—Pues bien, D. Juan; mi padre.....

—Vuestro padre es severo..... y..... es necesario que me escucheis, que yo oiga vuestra voz, vuestra adorada voz, sin que haya ningun temor que la contenga..... lo quiero, y vos lo querreis tambien.

Inés escuchó estremeciéndose aquel imperioso acento que la imponia su voluntad y absorbia en el fondo de su alma la poderosa é irresistible mirada de D. Juan, que como complemento de su mandato, abria la puerta que conducia á la otra habitacion.

Inés miró tímidamente á D. Juan, vió su voluntad fija en su mirada, inclinó la frente, y pasó.

Tenorio entró tras ella.

—Hace mucho tiempo que os conozco, Inés,—la dijo;—solo una vez os he visto, y sin embargo, no he podido desechar de mí el recuerdo de vuestra

hermosura, de vuestros encantos, del poderoso prestigio que emana de todo vuestro sér.

—¡Ah, D. Juan!—esclamó la jóven, cediendo á las tiránicas exigencias de su estado;—me hablais de una manera que no comprendo.

—¿Por qué os violentais, Inés? Acaso un solo momento en que hemos tenido la felicidad de encontrarnos sin testigos importunos, ¿no ha bastado para que nos comprendamos?

—¡Dios mio! ¿qué habeis visto en mí para que os creais autorizado á hablarme así? Dejadme, D. Juan; si me amais, tengo razon para deciros que no os comprendo, porque yo veo el amor de distinto modo que vos.

—¿Es decir que habeis amado?

—He leido libros de amores, D. Juan.

—¿Y en ellos habeis aprendido?....

—Que quien de veras ama, siente demasiado para poder decir tanto, tan pronto y á primera vista, como vos me habeis dicho; que quien de veras ama, sufre y calla, y espera á que el tiempo traiga las cosas á un estado tal, que la palabra que se recata haga daño en el corazon. El que, como vos, no respeta el misterio del alma de una mujer; el que de repente abusa de su poder, manda y exige, ese no ama, D. Juan; ese juega con el amor.

Inés habia aprendido á amar por sí misma; habia soñado en su sed de amor una entrevista solitaria con el hombre amado, y la habia soñado en su pureza con un respeto tal, como el que habia espresado en sus palabras.

—De modo, señora,—dijo D. Juan un tanto mortificado, porque si bien estaba provisto de audacia, carecia de esperiencia;—de modo, que vos amais y habeis sido amada de ese modo.

—¡Yo..... yo..... caballero!....—esclamó Inés asustada.....—yo no he amado..... á nadie..... yo no amaré.

Inés no comprendia que en el solo hecho de sostener con un hombre una conversacion de amores, se revelaba enamorada, ó lo que era peor, complaciente.

—Y sin embargo, con sola la ayuda de vuestros libros de caballerías,—dijo D. Juan,—sabeis más que yo en ese punto.

—¡Más que vos, Dios mio, que vivís de contínuo en la córte, y habeis sido amado tantas veces!

El cándido amor de Inés la hacia creer que su tesoro habria sido codiciado por un millon de mujeres, y esta creencia habia dado á su acento toda la hechicera entonacion de esos celos vagos que hacen feliz á un amante.

—¡Amado!—esclamó D. Juan.—Nadie me ha amado ni me ama, señora..... soy muy infeliz.

D. Juan, el mismo jóven que el dia anterior habia preguntado á Avendaño la significacion del amor, mentia ya en amores descaradamente, y empezaba á desarrollarse de una manera peligrosa su instinto de seduccion.

—¡Infeliz! ¿Sois infeliz, D. Juan?—esclamó Inés conmovida.

—Sí; infeliz..... por vos.....

—¡Por mí!

—Figuráos que yo he soñado con vos una ventura que por inmensa creo imposible.

—¿Y qué ventura es esa que habeis soñado?

—He soñado que seriais mi esposa.

Inés se llevó la mano sobre el corazon, como si hubiese recibido una herida cruel.

—¡Ah, D. Juan!—dijo de una manera imposible de describir en su verdadero valor, porque cedia ya sin fuerzas á su pasion, fascinada por el irresistible encanto que tenian para ella la hermosura, la mirada, la sonrisa y las palabras de D. Juan.—¿No me engañais?

—¡Inés, Inés! ¿Sentiriais que os engañase?

—Es que..... D. Juan..... yo os amo,—esclamó Inés, cubriéndose de rubor,—os amo desde el momento en que os vi.

D. Juan se sintió dominado por la espresion inmensa de las palabras de Inés, y se estremeció, como si presintiese lo fatal de aquel amor.

—¡Me amais! ¡como yo os amo!....

—¡Como me amais vos!.... Permitidme, D. Juan, que dude; permitidme que os abra mi corazon, y no culpeis mis palabras; no me culpeis, si me dejo arrastrar por la pasion que tanto tiempo me ha desgarrado el alma; yo amo tanto como es imposible que vos me ameis, ¡y nunca seré feliz!....

Inés se detuvo de repente, se levantó enrojecida de vergüenza, y se dirigió á la puerta.

—Inés, Inés mia, ¿os vais?—dijo D. Juan.

Inés se detuvo y volvió el rostro estremecida, obedeciendo á la fascinacion que ejercia sobre ella el jóven.

—Olvidad, caballero, mis palabras,—le dijo;—son el resultado de mi locura..... de un momento de olvido..... Si verdaderamente me amais..... respetad el estado á que me ha traido una pasion futura..... Ved á mi padre: es noble, me ama; su palabra, como mi corazon, no están empeñados á nadie; no me volvais á ver sino para hacerme vuestra esposa..... y entonces..... ¡oh! entonces no temeré que mi pasion me arrastre..... me parecerá débil..... Bàsteos saber que, si no soy esposa vuestra, lo seré de Dios..... y ved que para la primera vez que me habeis hablado de amores, os he dicho más de lo que debo á mi cuna y á mi estado.

Despues de esto, Inés dió otro paso hácia la puerta.

—Venid, Inés.....—la dijo D. Juan con la exigencia implacable de todo enamorado;—no sabeis cuánto soy feliz, cuánto gozo con vuestra divina hermosura, cuando así me quereis privar de ella.

—¡Oh! ¿Y si viene mi padre, D. Juan?

Inés sentia tanto ó más que el jóven una inmediata separacion, y disimulaba mal su sentimiento.

—¿Si viene vuestro padre?.... y bien, ¿qué importa? ¿Acaso no soy noble para pagar cumplidamente vuestro honor?

—¿Qué quereis decir, D. Juan?.... ¿Por qué nombrais el honor?

—Siéntate á mi lado, Inés mia, dijo D. Juan, asiéndola una mano;—no



DON JUAN TENORIO. —Salid; no quiero que penseis que huyo de vos.

sabes cuánta soberana ventura guardas para mí. Yo te adoro como á la memoria de mi madre.....

Tenorio atrajo á sí á la jóven, y acercó al suyo su rostro: Inés sintió el aliento de su boca; pero antes de que tocase á la suya, su pureza se rebeló; lanzó de sí á D. Juan; su hermosa frente se alzó con altivez, magnífica, teñida de rubor, y sus ojos negros y brillantes reconcentraron una severa mirada.

—¡Sois un miserable, D. Juan!—esclamó, pronunciando lentamente sus palabras.—Salid; no quiero que penseis que huyo de vos.

Y con un ademan y una dignidad propios de una reina de los tiempos heróicos, estendió un brazo, y señaló la puerta por donde habian entrado.

Un relámpago de orgullo humillado, un fugitivo color de vergüenza, pasaron á un tiempo por los ojos y por el semblante de D. Juan.

Por un momento, cambiada la situacion, entrambos jóvenes se miraron con la frente erguida, altiva, provocadora. La jóven se defendia con su dignidad, como pudiera haberlo hecho una matrona romana en los tiempos de pureza del pueblo-rey. D. Juan era demasiado noble para descender á una infamia vulgar, y salió, pero con el corazon lleno ya de una venganza terrible en amor.

Apenas salió el jóven, toda la energía de Inés se desplomó, como un cadáver á quien deja de animar una influencia galvánica. Inclinó la frente sobre el pecho, dió algunos pasos vacilantes hácia un estrado, y se arrojó desesperada sobre él.

—¡No me ama!—esclamó.

Y como si aquel pensamiento hubiera disuelto su corazon, rompió á llorar de una manera desgarradora.

Lentamente aquellas lágrimas se secaron; su semblante adquirió una inmovilidad glacial; y cuando su padre volvió y la notició la muerte de su tio, no asomó una sola lágrima á sus ojos, pero sus lábios murmuraron para su corazon:

—Era necesario que D. Juan me hiciese conocer su terrible amor en un dia fatal.

Inés estuvo durante quince dias postrada en su lecho con fiebre, y su enfermedad fué atribuida por todos al amor que profesaba á D. Gaspar. Pero nosotros sabemos que era por el amor de D. Juan. Cuando la ciencia, ó por mejor decir, la naturaleza, la arrancó del borde de la tumba, D. Gonzalo se trasladó con ella á una quinta á poca distancia de Madrid.

CAPÍTULO XVIII.

Que se ocupa esclusivamente de la descripcion de un pueblo y de dos casas de campo.

Esta quinta ó casa de campo estaba situada sobre una estrecha senda de travesía, que empezaba en el camino de Hortaleza, yendo á terminar en el pueblecillo de Mahudes, y prolongándose á la derecha de un sendero rural, que iba á morir bajo el emparrado de un cortijo.

Éste, el pueblo y la quinta determinaban en el terreno los vértices de un triángulo equilátero, y sus techumbres, pajizas en el uno, pardas en el otro y plomizas en el tercero, se atalayaban por cima de los setos y árboles frutales de algunos cercados.

La quinta era un edificio á la flamenca, pesado, antiguo, irregular; estaba horadado por rejas, ventanas, respiraderos y galerías; tenia un frontispicio gótico sobre una esplanada, levantada del terreno por una doble galería, y sobre ella, cubriendo enteramente como un toldo su gran estension, habia un emparrado, árido entonces, cuya armazon estribaba en columnas de mármol, alzadas de trecho en trecho sobre el rebellin ó borde de piedra berroqueña que orlaba la esplanada.

En el verano, tupida aquella escueta armazon por verdes pámpanos, interceptaba los rayos del sol, refrescaba la atmósfera, y hacia de aquel, que llamaremos átrio, un lugar delicioso; pero en el invierno, su aspecto descarnado, herido por una luz fuerte, frecuentemente enlodado por los charcos que la lluvia depositaba en las desigualdades de su pavimento desquebrajado; aquel lugar, decimos, daba frio, inspiraba tristeza, pero dejaba juzgar de una manera desembarazada del edificio, que entonces, por su gran puerta ojiva, sus dentellones góticos, su enorme blason, sus techos de pizarra y sus agudos botareles, parecia un castillo degradado, al que se habian arrasado

los muros del recinto, y añadido rejas, ventanas y perforaciones de todo género.

Aquella fachada de piedra, severa, surcada de grietas y teñida con ese color oscuro y seco que solo dan los siglos á los monumentos, componia un ala del edificio, estrecha y larga, en que se comprendian, en el piso bajo las caballerizas, las despensas, las cocinas y el zaguan, con la correspondiente escalera de anchos peldaños, balaustrada calada y descansos enormes; y en el superior las antecámaras, la gran cámara de respeto, los dormitorios, el comedor y el oratorio, cada una de cuyas habitaciones se enlazaba con sus vecinas por un laberinto de callejones oscuros y estrechos que correspondian con dobles puertas de escape á la ancha galería, sostenida por una doble arcada, á la cual daban las puertas principales.

Desde esta galería ó corredor se veia un patio enorme, notoriamente nuevo y adherido al antiguo edificio, por su construccion de ladrillo, sus enormes pilares y su más reciente fecha; alrededor de este patio, por fuera de los sotechados, como en las paredes del interior, habia clavados, en una numerosa coleccion, despojos de caza tales como cabezas de venados, cabras monteses, jabalíes, zorros y lobos muertos en los cercanos montes del Pardo y en los ásperos desfiladeros de Guadarrama.

Constituian esta parte del edificio las habitaciones de la servidumbre, los graneros, las bodegas, las dependencias, en fin, de una casa de campo, y en el centro del patio pululaba de contínuo una multitud ruidosa de gallinas, patos, pavos y conejos.

A espaldas de esta parte del edificio se abria el estenso cercado de una huerta que, prolongándose en una forma irregular, iba á unirse al seto del cortijo, con el que le ponia en comunicacion un pequeño postigo.

El cortijo era, en toda la estension de la frase, un edificio rústico, con el techo cubierto de cañas, cuya hojarasca seca le servia de revestimento, y cuyas paredes, sustentadas en los ángulos por puntales de madera, estaban formadas por tapiales de tierra; allí todo era sencillo, y estrechamente reducido á las necesidades de sus moradores; inmediatamente, despues del emparrado, que cubria un pozo, un gallinero y un abrevadero, y despues de la puerta, habia un zaguan-cocina, un dormitorio, un establo y un corral, y sobre estas piezas un palomar y un granero.

Pero, unido á esta misma casa, habia un pabelloncito un tanto esmerado y colocado en alto, al que se subia desde el esterior por una escalera de madera; este pabellon, enlucido por dentro y amueblado con un gusto muy superior al de un labriego, consistia en tres piezas, á saber: una salita, un gabinete ó retrete, como se decia entonces, con una chimenea de piedra y un dormitorio.

La construccion de este edificio era sólida, y en vez de estar adherido á la casa rústica, podia decirse que le servia de apoyo.

La jurisdiccion de este cortijo y de su adyacente consistia en un gran espacio de tierra de labor, resguardada por un seto que se prolongaba hasta el pueblo, que se levantaba un poco más allá triste y silencioso.

Hoy no quedan de esta poblacion más que algunas casas diseminadas y

ruinosas, y su terrible fama: Mahudes es el Barahona de Madrid; sus moradores tuvieron en tiempos pasados (no nos atrevemos á decir si le tienen hoy) un terrible renombre de brujos; nadie en aquella época pasaba por él que no tuviese una gran necesidad, y aun así permanecia poco tiempo, y como suele decirse, en brasas; no tenia iglesia ni ayuntamiento; sus habitantes iban á oir misa á las ermitas cercanas, y en lo civil dependian de la municipalidad de Chamartin; era gente malcarada, poco devota y numerosa en viejas, por las que, acaso, se habia echado encima su mala nota de brujería, y de las cuales hacia la Inquisicion una saca cada dos ó tres meses.

Sin embargo de esto, jamás los más solícitos familiares, á pesar de haber espiado al pueblo en los dias, ó mejor dicho, en las noches de conventículo, lograron ver un aquelarre ni recrearse con la figura del *Gran Cabron*. El fanatismo y la ignorancia tenian una esplicacion plausible para esto: el carácter de santidad inherente á todos y cada uno de los miembros del tribunal de la Fé, era lo bastante para desvirtuar con su proximidad los maleficios, y ahuyentar á los espíritus rebeldes; lo cual, siendo cierto, significaba que para estirpar de todo punto en el pueblo tan infame vicio, era bastante radicar en él una guardia compuesta de alguaciles; pero la Inquisicion, como lo demuestra su título, no se habia creado para corregir, para remediar, sino para buscar, y como quien busca con buena voluntad siempre halla, hé aquí que el Santo Oficio tenia un admirable depósito de brujos.

Sea de esto lo que quiera, lo que no permitia duda era lo abyecto y pobre de sus habitantes: aquel era un pueblo de mendigos y de holgazanes, en que habia un crecido número de gitanos, y no escaseaban los ladrones.

Pero lo más notable sin duda del pueblo era un casaron situado en una pequeña eminencia, ahumado y ennegrecido por un incendio que habia derrumbado la mayor parte de sus techos, permitiendo que se viera el cielo á través de sus ventanas: solo quedaban en él, hasta cierto punto habitables, algunos sótanos, pero abandonados, sucios y medrosos. Este edificio estaba fuera del pueblo, y en sus anchos patios y solares descubiertos, en que crecian libremente las yerbas parásitas, era donde se suponia el punto de reunion de las brujas.

Nadie vivia en él; nadie le frecuentaba: no habia sendero hasta la puerta, y sin embargo, algunas noches los habitantes de Mahudes creian ver un resplandor rojizo oscilando sobre sus negras paredes, y escuchar una voz desapacible que entonaba un cantar estraño.

Por lo demás, esta casa, el cortijo y la quinta tenian el prestigio del misterio: inhabitada la una, al ménos ostensiblemente; ocupado el otro por gentes que nadie conocia en la comarca, y cerrada siempre la puerta de la quinta, como suele decirse, á piedra y lodo, eran el contínuo pretesto de las murmuraciones y del recelo de los vecinos, que nada, sin embargo, podian decir que fuese exacto acerca de estos tres edificios.

Pero ese misterio habrá de desaparecer muy en breve para nosotros, puesto que nuestra accion se traslada por algun tiempo á aquellos tres lugares, razon que nos ha parecido bastante para emplear en su descripcion un capítulo.

CAPITULO XIX.

De lo que sucedió una noche en la casa deshabitada.

A la vaga luz de la luna, y ya tarde, atravesando los campos, adelantaba un ginete de la parte de Guadarrama hácia Mahudes. Cuando entraba en un sendero solitario, este hombre aguijaba su caballo y le hacia galopar con ardor, murmurando blasfemias que arrancaba de entre el ala de su sombrero y el embozo de su capa el viento de la noche; pero cuando se veia obligado á deslizarse á poca distancia de un caserío ó lugar habitado, caminaba de una manera natural, al paso, como quien vuelve descuidado y tranquilo á su casa.

En esta manera, y rodeando por fuera las tapias de Mahudes, llegó poco despues de media noche al altillo donde campeaba el casaron incendiado, y se entró á caballo en él hasta un patio cuyo estado de ruina, á la luz de la luna, era espantoso.

Silbaba el viento tristemente entre sus secos cardos silvestres, y algunos murciélagos enormes giraban revolando, como almas condenadas, en la atmósfera contenida dentro de sus paredes negras, desvencijadas, entre las que se sostenia mal una galería de piedra del gusto bizantino.

En la parte baja de aquella galería, por cuyo techo, roto á veces, á veces desnivelado, penetraban los rayos de la luna, proyectando en la sombra densas penumbras; en la parte baja, decimos, y más ó ménos patentes por las alteraciones que los escombros habian hecho en el plano, se veian algunos boquerones oscurísimos que un tiempo habian sido puertas, y que, despoja-

das de su maderámen por la miseria pública, se habian ensanchado y redondeado de una manera informe.

El ginete echó pié á tierra en aquel patio, ató su caballo á una de las pilastras de la galería, observó si no tenia compañero en aquel lugar medroso, y lanzó, poniéndose las dos manos en la boca á manera de embudo, un grito enteramente semejante al de la lechuza.

Pasó un momento, y otro grito igual respondió desde el fondo de uno de los boquerones, y poco despues vagó en él un resplandor débil.

El hombre avanzó con paso seguro hácia aquel boqueron, como quien conoce bien un terreno; penetró por él, se torció por sus oscuros senos, guiado por el resplandor, y llegó á su fin.

Era un espacio infecto, húmedo, tenebroso, horrible; las infiltraciones del terreno habian petrificado sus paredes, que destilaban agua, y sobre aquel revestimento, causado por los años, se sentia el paso estridente y seco de los reptiles.

Aquel espacio daba horror.

En él, acurrucada en un ángulo, temblando de frio y medio desnuda, calentando sus crispadas manos en una hoguera de yerbajos y espinos que alimentaba de tiempo en tiempo con un remanente colocado junto á ella, estaba Aurora, la gitana.

Al ver al hombre que se acercaba, se puso de pié, se abalanzó á él de un salto, le abrazó, y le cubrió de besos y lágrimas.

—¡Pedro, hijo mio Pedro! ¿eres tú?—esclamó llorando de alegría Aurora. —¡Cuánto has tardado! Hoy hace un mes, un horrible mes que pasó aquí las noches esperándote; un mes de ánsia, de terror, de frio, porque aquí hace mucho frio.

—¡Oh, madre, madre mia!—esclamó Avendaño, sentándose en una piedra, y reteniendo á Aurora sobre sus rodillas;—no he podido venir antes; he tenido miedo á la Inquisicion.

—Pero ¿qué has hecho, pobre hijo mio?—esclamó asustada la gitana.

—Yo no he hecho nada; lo ha hecho la fatalidad.

—¡La fatalidad!.... pero en fin.....

—He muerto á un hombre.

—¡Frente á frente! ¡de una manera leal! ¿no es verdad, hijo mio?

—Por la espalda, madre, de un pistoletazo; una espada se mancha y denuncia á su dueño; una bala es mejor..... una bala se pierde.

—¡Asesinado!—dijo con repugnancia y dolor Aurora.

—No me quedaba otro medio, madre; aquel hombre no hubiera medido conmigo su espada, porque era cobarde..... con la cobardía de los infames. Os juro que no tengo por esa muerte ni una sombra de remordimiento, ni lo tendré jamás.

—¿Y quién era?—dijo toda trémula Aurora.

—Era D. Gaspar de Somoza.

—¡Ah, ah! ¡por eso doña Inés tiene luto!

—¿Quién es doña Inés, madre?

—¡Quién es doña Inés!—contestó Aurora, fijando una mírada grave en

Avendaño y levantándose de sus rodillas.—¿Te acuerdas aun de aquella morenita que vino á que yo la dijese la buenaventura de esa gran casa de campo que se ve desde el camino?

—Sí; pero ¿qué tiene que ver esa jóven?....

—Esa jóven, hijo mio, es doña Inés de Ulloa.

—¡La hija de D. Gonzalo de Ulloa! ¡del cuñado de D. Gaspar!

—Sí, la enamorada de D. Juan.

—¡Inés! ¡D. Juan! ¡siempre la fatalidad, madre! Pero olvidemos eso, puesto que ya no tiene remedio. He pasado un horrible mes escondido, alejado de Madrid, porque se me habia dicho que mi casa.....

—¡Tu casa!

—¡Ha sido ocupada y sellada por la Inquisicion! Lo sé porque D. Juan lo dijo así á un criado fiel que yo le envié aquel mismo dia.

—¡Siempre D. Juan!

—Pero vos..... yo tenia sospechas..... uno de mis lacayos vió á la grupa de un ginete, el mismo dia que nos vimos en Pinto, á una gitana; pero no seriais vos.

—¿Y por qué no? ¡Yo era!

—¡Erais vos!

—Sí; yo que iba á ver á D. Juan.

—¿Sabeis, madre, que ese hombre es nuestro destino?

—Por lo mismo le huirás, hijo mio, ¿no es verdad? Yo no sé por qué, creo que ese hombre te ha de matar.

Avendaño hizo un gesto de desprecio.

—Nó, no te burles, hijo mio, porque..... seria horrible..... y sin embargo, no puedo desechar ese pensamiento.

—¿Y qué os queria D. Juan?—dijo Pedro, desentendiéndose de la observacion de Aurora.

—Tenia encargo de buscarme, de la dama á quien dije la buenaventura en Pinto.

—¡Ah, ah! ¡D. Juan está en relaciones con aquella dama!

—Nó, ignora dónde vive; pero yo lo sé, ó por mejor decir, lo sabré. ¿Dónde encontraste tú aquella noche un pañuelo con un ramillete?

—¿Un pañuelo que habia perdido D. Juan?

—Nó; un pañuelo que habia aventurado.

—Le encontré en la calle de San Justo, madre,—dijo Avendaño despues de recordar un momento.

—¿Y habia ya sucedido la muerte?

—Sí.

—¿Y lo sabia él?

—Me habia sorprendido en ello.

—Hijo mio, ese hombre es familiar del Santo Oficio.

—¿Y habeis creido que D. Juan?....

—¿No crees tú que es tu fatalidad?

—De eso, madre, á que sea un denunciador, hay mucha distancia. Don Juan es un cumplido caballero.

—Que será tu desgracia.

—Parece que os habeis empeñado, madre, en que yo aborrezca á don Juan. Siempre habeis querido mal á los Tenorios. ¿Os ha tratado mal don Juan?

—¡Oh! nó, nó, hijo mio; por el contrario, me ha recibido muy bien; pero le tengo miedo: sin él, estoy segura de que no andarias errante, huyendo de la justicia; no te hubieras tampoco manchado en sangre.

—Sin él y sin vos, madre mia.

—¿Sin mí?.... ¡Pues qué! yo.....

—Si no hubiese creido que podiais estar entre las garras del Santo Oficio, no hubiera pensado para salvaros en valerme del poder y de la influencia de D. Juan; no le hubiera hecho conocer á la Flora; no hubiera ido aquella noche á guardar sus amores con ella, ni hubiera encontrado á D. Gaspar, ni hubiera perdido mi daga, que es la que me ha denunciado. Sí, sí, D. Juan me es fatal, pero de una manera inocente; no tiene él la culpa, nó. ¡Y hasta en mis amores!.... ¿conoce á Inés, madre?

—No lo sé.

—Si la conoce, la amará, porque es un ángel de Dios. No la he visto más que una vez en vuestra casa, y no he podido olvidarla.

—Preciso será que la olvides. La muerte de su tio..... la situacion en que te encuentras.....

—La buscaré y la robaré, madre.

—¿Y qué harás embarazado con una mujer? Dejarte prender como el pájaro que se enreda en liga.

—Dejadme hacer, madre. Yo os aseguro que no me prenderán.

—Y entonces, ¿á qué has venido aquí?

—Primero á veros, á salir de la ansiedad en que estaba; además, para saber si contamos con algo.

—Contamos con todo, hijo mio.

—¿Con todo? Y bien, ¿cómo haremos? Cuatro millones de ducados en dinero abultan mucho, madre.

Aurora se levantó de junto á la hoguera, fué á una piedra situada en un rincon oscuro, la levantó y sacó de debajo de ella un objeto envuelto en un paño.

—Esto se lleva en cualquier parte, hijo mio,—dijo desliando el paño, y sacando de él una caja de tafilete como de una tercia de largo, y seis pulgadas de alto y ancho.

—¡Qué! ¿Hay ahí cuatro millones de ducados?

—Los diamantes son dinero, hijo mio,—dijo abriendo la caja;—mira qué hermosos son.

En efecto, deslumbraba tanta riqueza y formaba un duro contraste con lo hediondo y tétrico del lugar en que se encontraban.

—Pero estos diamantes son moriscos, es decir, están montados á la morisca, y esta caja tiene arabescos.

—Es cierto,—dijo con alguna confusion Aurora;—eso consiste en que los genoveses en quienes yo tenia depositado tu dinero, y de quienes lo he reco-

gido, aprovecharon la ocasion de la partida de un morisco riquísimo para Africa, y adquirieron este tesoro, que yo he guardado aquí, sin dormir, para tí.

—¡Oh, y qué buena sois, madre!—esclamó creyéndola de buena fé Avendaño, porque eran muy frecuentes los casos de que moriscos riquísimos, temerosos de la Inquisicion, malbaratasen sus joyas para evitar que les fuesen robadas al embarcarse, tomando su valor en órdenes sobre Venecia ó Génova.—Esos mercaderes—prosiguió Avendaño—deben haber ganado la mitad.

—¿Y qué nos importa, si hemos podido reducir nuestro dinero? Así sé que mi hijo puede partir á Francia ó á Italia, donde nadie le conoce, y ser allí feliz, muy feliz, ¿no es verdad?

—Para eso será necesario que me acompañe Inés.

—¡Inés! ¡Inés! ¿Acaso no encontrarás á millares otras más hermosas que ella?

—Teneis miedo, madre, de que yo permanezca á los alrededores de Madrid?

—Sí, miedo, terror, un terror cruel.

—Os juro que no me prenderán. Esos seis demonios que podian comprometerme, los enviaré lejos de aquí, les daré dinero y no los volveré á ver más. ¿Habeis desenterrado lo del inquisidor? ¿Dísteis con el sitio?

—Sí, allí,—dijo la vieja, señalando otro lugar del sótano;—debajo de aquella piedra; ya está trocado por buenos doblones de oro.

—¿Y qué ha producido?

—Unos cincuenta mil ducados.

—Con eso sobra para que se alejen y me dejen en paz. Y vos, ¿qué vais á hacer, madre mia?

—Yo..... yo..... estaré donde tú estés; te seguiré á donde vayas.

—¿Vivís aun en la misma cabaña? He pasado por ella, la he encontrado cerrada, he llamado, y nadie me ha respondido.

—Hace un mes, Pedro, que te espero guardando tu tesoro.

—¡Pobre madre mia! Pero esta noche es necesario que durmais en vuestro lecho; bastante habeis velado; además, quiero que prepareis otro para mí y me procureis de cenar, porque no he comido en todo el dia.

—¡Que no has comido! ¡Dios mio!—dijo palideciendo la gitana.....—y á estas horas..... ¡oh! ¡con tanto dinero y tan pobre! ¡no tener que dar de comer á su hijo!....

—Pues bien, madre, bastantes veces hemos pasado sin comer hasta nuestro viaje á las Alpujarras; peores tiempos eran aquellos.

—Sí, pero desde entonces acá, te has hecho á malas costumbres. ¡Lecho duro y vientre vacío! Nó, nó.

—¿Y qué hacer?

—Pediré á mis vecinas, y luego..... despues que hayamos cenado, pasaremos hablando toda la noche; tengo tan pocas veces ese placer.....

—¿Os vais ya, madre?

—¿Pues qué, tú te quedas?

—Espero á mis amigos.

—Esas amistades, Pedro, acabarán de perderte.

—Ya os he dicho que pienso deshacerme de ellos.

—¿Y los esperas aquí?

—Sí, esta noche; no deben ya tardar; quizá me estén esperando.

—¿Tardarás mucho, hijo mio?

—Dos horas acaso,—contestó Avendaño.

—¡Oh! en dos horas hay bastante tiempo,—dijo la gitana para sí.—Adios, hijo mio, adios; que la Santísima Vírgen quede contigo.

Aurora salió entonces cantando, alegre ya porque habia visto á su hijo, su triste cancion de costumbre:

La alondra dejó su nido,
Nido que el amor formó.....

—¡Pobre madre mia!—esclamó Avendaño.—¡Cuánto me ama, y siempre esa triste cancion! ¡Cuándo llegará el dia en que yo descubra su misterio! Debo ser hijo de un noble; ¡oh! creo distinguir allá algunas sombras,—añadió saliendo del sótano;—sí, serán ellos; probemos.

Por tercera vez resonó en las ruinas el grito de la lechuza; á él contestaron, nó uno, sino tantos como hubiera podido producir una bandada de estas aves nocturnas.

—Siempre imprudentes y locos,—dijo Avendaño adelantándose.

—Pues qué, ¿serán estas ruinas tan temibles, que en cada eco produzcan un alguacil, amigo mio?—esclamó el signor Tieppolo.

—¡Silencio! ¡silencio por Dios, caballeros! ¿No sabeis en dónde estamos?

—¡Ah! ¿es un lugar misterioso?

—¿Un lugar peligroso?

—¿Una ratonera?

—Acaso, acaso sea lo último que decís, Alvarado.

—¡Bah! Pues buenos gatos se necesitan para tales ratas,—contestó Tieppolo, dejando caer su mano sobre la voluminosa culata de su arcabuz.

—Señores, señores, un poco más de órden; sabed que estamos en un palacio de brujas.

A esta revelacion, aquellos seis descreidos levantaron un grito informe de burla y chacota á las brujas; una especie de reto al diablo.

—¿Y no temeis nada?—dijo Avendaño.

—¡Bah! hoy no es sábado, sino mártes,—dijo Tieppolo.

—Ya veis que hoy es un dia fatal.

—Pero no dia de brujas.

—Puede ser más bien noche de familiares y soldados de la Fé.

Aquellas palabras establecieron un silencio profundísimo.

—¿Y á qué diablos han de venir aquí?—dijo Avellaneda.

—Este es un convento de brujas; aquí celebran sus aquelarres y se solazan los sábados: la Inquisicion las acecha; pero ellas son más prudentes que nosotros, y nunca ha podido sorprenderlas el Santo Oficio.

—¡Bah! teneis razon; somos unos insensatos,—esclamó el capitan Perez; andamos á salto de mata, y aun alborotamos. ¿Para qué nos queriais, Avendaño?

—Venid conmigo, caballeros, venid,—dijo Avendaño.—Bueno seria, sin embargo, que uno se quedase de atalaya.

—Yo,—dijo Mejía;—me agrada el aspecto de estas ruinas, y no me hago violencia: id vosotros, id; lo que trateis, será tan bueno estando yo presente como ausente.

—Tened en cuenta la señal.

—Descuidad, Avendaño.

Mejía empezó á pasearse con su arcabuz al brazo, ni más ni ménos que un centinela, y Avendaño y los otros cinco entraron en el sótano.

El primero avivó el fuego, y su oscilante luz alumbró á aquellos seis hombres.

No eran los mismos hidalgos de la hostería de Toledo, es decir, no vestian del mismo modo: llevaban gorros de piel de liebre, sayos de paño burdo, ceñidos por un cinturon de cuero, en que se sujetaban un puñal y dos pistoletes; calzaban abarcas, y pantalones de lana azul, gruesa, y basta, y sobre todo esto caia un capotillo de capuz; muchos de ellos tenian á la vista, pendientes de un boton del sayo, una careta de cuero, y todos arcabuces.

Avendaño vestia del mismo modo, con la diferencia de que llevaba sombrero, capa, espada y daga, y botas de montar con espuelas.

—Os he mandado venir, caballeros,—dijo Avendaño,—para noticiaros que es ya imposible que permanezcais por más tiempo en España.

—¿Se nos persigue?

—Se nos acosa; y á no ser por mis precauciones y por mi conocimiento del terreno, estaríamos presos á estas horas, lo que puede suceder de un momento á otro.

—Las cosas de D. Juan Tenorio nos han perdido,—dijo gravemente Tieppolo;—estábamos tan bien antes de ellas.

El nombre de D. Juan sonaba ya como una maldicion en los oidos de Avendaño.

—Nó, no es D. Juan, es la fatalidad;—repitió, como si se contestase á sí propio.

—La fatalidad ó D. Juan, sea como quiera; en fin, ello es que, segun yo creo, tenemos mocito para rato..... y no ha de ser lo que ha sucedido lo peor.

—¿Vos tambien, Perez?—esclamó Avendaño.

—Qué, ¿ha habido ya quien os diga?....

—Sí; una gitana me ha dicho que D. Juan Tenorio me matará.

—No diré yo tanto, pero sí que he soñado tres noches con el espresado caballero.

—Por lo mismo creo que debemos tomar una medida muy pronta.

—Sí, prontísima,—esclamó Tieppolo;—debemos encastillarnos.

—¡Encastillarnos!

—Sí; he descubierto en la vertiente occidental de Guadarrama un casti-

llejo perdido entre quebraduras y arruinado; pero que con algun dinero.....

—Decís que ese castillejo.....—observó Avendaño.

—Tiene todos los visos de una atalaya morisca.

—Será tamaño como el puño,—añadió el jóven.

—Nó; cuatro torres con sus correspondientes bastiones, y su plaza de armas.

—¿Y con cuánto dinero? Vos, que sois arquitecto y pintor, mi querido Tieppolo.....

—Seria cosa de tres mil ducados y de quince dias.

—Entrambas cosas importan poco,—dijo Avendaño.

—¡Oh, oh! Conque es decir que tenemos dinero.....—observó Perez,—ó que al ménos vos le teneis.

—Le tenemos, capitan.

—¿Y de dónde diablos ha venido?—esclamó Tieppolo.

—Del inquisidor general.

—Yo creia que á ese negocio se le habia llevado la trampa, y que la restitucion de ello, directa ó indirecta, es lo que nos tenia en cierta seguridad.

—Nada se ha restituido,—contestó Avendaño;—levantad aquella piedra, y sacad un cajon, donde encontrareis cincuenta mil ducados en doblones de oro.

A aquella noticia levantóse un grito de locura y de alegría.

—¡Por Júpiter, por Baco y por Mercurio!—esclamó Tieppolo.—¡A siete mil y tantos ducados cada uno!....

—A más, puesto que yo no tomo mi parte.

—A nada,—dijo Perez;—ese dinero será el fondo de la compañía.

—Haced de ello lo que quisiéreis; vuestro es,—dijo Avendaño;—en cuanto á mí, me separo de vosotros.

—¿Que os separais de nosotros, D. Pedro?

—Sí; yo soy el que principalmente traigo la persecucion sobre vosotros.

—¡Nó, nó, nó!—esclamaron todos.

—Amigos hemos sido, amigos somos y amigos hemos de morir, D. Pedro,—esclamó con fuego Tieppolo.

Aquella amistad era una segunda fatalidad para Avendaño.

—Pero tened presente, señores, que yo necesito quedarme en España, y no solo en España, sino cerca de Madrid.

—Nos quedaremos todos.

—Sí, todos.

—Todos, todos.

—Gracias, muchas gracias, amigos mios,—dijo Avendaño verdaderamente conmovido;—pero seria muy imprudente.

—¡Y diablo! ¿por qué nos han de prender mejor juntos que separados?—dijo Tieppolo.—Nó, nó; vos sois el más espuesto, el más conocido, y no os abandonaremos. ¿Os acordais de nuestro juramento de sangre?

—Sí; pero las circunstancias.....

—No hay circunstancias que obliguen á un caballero á faltar á lo que una vez ha prometido.

Véase lo que puede la costumbre; en fuerza de ella, se nombraba aun caballero Tieppolo, á pesar de tener delante los despojos de un robo.

—Pensadlo bien, señores.

—Pensado lo tenemos,—insistió Tieppolo;—ó todos nos salvamos, ó todos perecemos: ¿no es verdad, amigos mios?

—Sí, sí, síí,—esclamaron todos.

—¿Reparamos ese castillejo?—añadió Tieppolo.

—¡Bien!

—Reuniremos en él hasta un centenar de hombres de *buena vida.*

—¡Magnífico!

—Nos declaramos independientes en cuanto se nos moleste, y somos los señores de la comarca.

Avendaño habia creido escapar arrojando oro á sus amigos, y este oro, por una fatalidad, le estrechaba más con ellos.

—Pero ya han pasado los tiempos de los señoríos con jurisdiccion independiente,—dijo Avendaño;—el reunirnos, el fortificarnos, traeria sobre nosotros todos los soldados de Madrid y de los contornos.

—Harto hará el cardenal Adriano en atender al incendio que ruge por todas partes; y al cabo, si nos vemos en un apuro..... con levantar bandera por Castilla contra los flamencos, tendremos un ejército.

—Sea lo que querais,—dijo Avendaño desesperado;—en cuanto á mí, creo que mejor estariais esperándome en Italia ó en Flandes, adonde yo no tardaria en ir á buscaros.

—Nó, nó..... juntos..... todos juntos.

—Pues bien; llevãos ese dinero, apoderáos del castillo; reclutad la gente; seremos bandidos en grande, bandidos á la italiana. ¿No es eso lo que quereis?

—Sí, sí, sí.

—Pues bien; sea. En cuanto á mí, necesito separarme de vosotros por esta noche.

—Prometednos antes.....

—¡Voto á Dios! ¿Cuándo he faltado yo á mis promesas?

—Es verdad, sí; id con Dios, Avendaño.

Cada uno de aquellos hombres estrechó las manos del jóven, que se separó al fin de ellos, dejando en su poder los cincuenta mil ducados; y llevando consigo, oculto bajo sus vestidos, su verdadero tesoro, montó á caballo, salió de las ruinas, y partió.

Atravesó campos, barrancos y lomas, y á distancia de más de una legua de Mahudes, echó pié á tierra junto á una cabaña, y llamó á su puerta.

Nadie contestó.

El jóven se sentó en una piedra resignado.

—He venido muy deprisa,—dijo,—y mi pobre madre está ya vieja y cansada; es necesario esperar.

Y cansado él tambien, dominado por sus terribles pensamientos, que le daban fiebre, inclinó la cabeza sobre el pecho y se durmió.

La luna acababa de ponerse, y la noche se hizo oscurísima.

CAPÍTULO XX.

De cómo una gallina, por los altos juicios de Dios, puede influir en los destinos humanos.

A veces los incidentes más triviales suelen determinar grandes acontecimientos: por una mujer se perdió Troya, y por otra se emancipó Roma en tiempo de los Tarquinos, sin contar con que las mayores revoluciones, los cataclismos sociales más espantosos, han tenido casi siempre, si no por causa, por pretesto, lo que, bien examinado, nada hubiera valido en sí sin el influjo de las circunstancias.

Aurora habia salido del casaron de Mahudes, y estaba parada cabalmente en el punto en que podia tomar el camino del cortijo de que hemos hablado, ó el de la casa de campo de los Ulloas.

La gitana se hallaba en un grave apuro: su hijo tenia hambre. Esto, para una madre, y una madre que ama, es asunto de la más alta importancia. Si se hubiera tratado de ella..... ella estaba acostumbrada á las privaciones, á la intemperie, á la desnudez, al calor, al frio; podia decirse que sin las emociones materiales de estas necesidades, sin las exigencias más amargas de la vida, y sin la contínua lucha en que su satisfaccion la empeñaba, Aurora no hubiera podido tolerar su existencia: gitana de raza pura, no sabia vivir más que con el fruto de la vagancia, de la mendicidad y de la rapiña; tenia al alcance de su mano inmensas riquezas, y cargaba voluntariamente sobre sí una miseria horrorosa, ya fuese por una estraña mania, ya porque de una manera exagerada respetase un dinero que no consideraba como suyo desde que lo habia destinado á su hijo.

Así es que Aurora no se hubiera impacientado por algunas horas de ham-

bre; pero se trataba de Pedro, y ella, la mujer sóbria por naturaleza, encontraba horroroso el que el jóven le hubiese dicho: *Madre, tengo hambre*, y no satisfacerla al momento.

—Yo podria darle—dijo—mis negros mendrugos, mi queso roido de ratones; pero él se ha acostumbrado á la vida de gran señor..... Nó, nó..... es necesario inventar, encontrar un medio. Ir á una de esas casas de campo, llamar, pedir..... es demasiado tarde para eso..... comprar..... creerian que iba á sorprenderles, á robarles..... Nó, nó; ¡robarles! hé aquí una cosa que no se me habia ocurrido, y que, sin embargo, es la mejor. ¡Robar! ¿y dónde? Esos miserables labriegos siempre tienen, á pesar de su sueño, un ojo y un oido abiertos; me sentirian, me maltratarian, me entregarian á la justicia..... La quinta de D. Gonzalo, sí, la quinta de D. Gonzalo está bien provista..... allí hay descuido; los criados son unos holgazanes, y duermen á pierna suelta, como aquel que de nada se cuida..... y luego, si me sorprenden..... doña Inés es caritativa; conocerá que la necesidad me obliga, y en vez de maltratarme, me dejará volver con las manos llenas. ¡Sí, sí, á la quinta de don Gonzalo!

Una vez resuelta Aurora, se puso en marcha; pero á los pocos pasos se detuvo.

—Pero ¿por dónde?—continuó pensando;—¿por dónde entrar?.... las tapias son altas..... por la casa..... imposible..... la puerta es demasiado fuerte..... por el postigo del cercado..... si resiste á mis esfuerzos, treparé por las higueras que están unidas á la tapia..... y luego, ya sé el camino..... ¡Oh! sí; aunque quisiera, me seria imposible olvidarlo.

Volvióse atrás, tomó el camino del cortijo, rodeó por fuera del seto, y llegó á las tapias de la quinta.

—Por aquel sitio recordaba haber visto un claro en el seto; buscóle, y le encontró; pero al entrar por él se detuvo de repente: un fuerte resoplido y un golpe seco sobre el terreno la indicaron que á poca distancia habia un caballo.

En efecto; atado á los espinos estaba un hermoso animal, que Aurora reconoció al examinarle de cerca.

—¡El caballo de Gabilan!—dijo;—el mismo en que aquel dia fuí conducida á Madrid; ¿qué hace aquí D. Juan? ¡pero D. Juan no está aquí! ¡habria dos caballos! ¿y maese Gabilan? ¡Ah, torpe de mí! ¡en aquella casa está la paloma! ¡el fraile la guarda demasiado, la hace vigilar, y el lacayo aprovechará las altas horas para cumplir algun mensaje de su amo!

La gitana miraba atentamente el pabellon adherido al cortijo que se veia, como á tres tiros de arcabuz, entre los árboles, enteramente bañado por la luna, pero silencioso y oscuro.

—Nó, nó,—dijo la gitana;—allí se duerme; el lacayo sin duda ronda. ¿Sabrá D. Juan algo? ¿Tendrá celos? ¿Y qué me importa? Pedro me espera allá abajo; concluyamos, pues.

Y se encaminó al postigo de la tapia; pero al llegar á él, creyó distinguir un bulto en la sombra.

—¿Será aquel Gabilan?—se dijo.—¿Y qué puede hacer ese pájaro en el postigo del cercado de D. Gonzalo?

La gitana se pegó á la pared, y se deslizó junto á ella, silenciosa como un espectro, hasta llegar junto al postigo.

Entonces pudo ver que no se habia engañado: era Gabilan, que tanteaba con un hierro la cerradura de la puerta, y blasfemaba.

—¡Por los cuernos de Belcebú!—decia maese Anton entregado á un terrible mal humor;—yo no sirvo para esto; en diez años no abriré; si se tratase de dados, seria cosa hecha el volver siempre el nueve; pero estas llaves..... ¡Ira de Dios!

—Acabarás por impacientarte y hacer un disparate, mochuelo mio,—dijo Aurora á media voz.

Gabilan no era hombre que tan fácilmente se asustaba, y se volvió de la manera más serena del mundo.

—¡Calle!—esclamó;—¡la bruja!

—Tan bruja como tú, ladron, solemne pillo. ¿Qué haces ahí?

—Vengo á robar; y tú, ¿á qué vienes?

—Á robar tambien.

—Pero entendámonos: yo vengo á robar una noticia de la que no he podido hacerme por ningun dinero.

—Y yo á robar una gallina, que me seria difícil comprar á estas horas.

—¡Calla! ¡y venimos los dos á casa de D. Gonzalo!

—¡Ya lo ves!

—De modo que tú, que sin duda eres ladrona vieja y esperimentada, sabrás manejar unas llaves maestras.

—Cierto que sí.

—Pues me has venido como llovida del cielo, porque ya me estaba impacientando ese postigo.

—Y á mí tú como de la gloria, porque las tapias son demasiado altas.

—Ayudémonos, pues, mútuamente; yo tengo las llaves, y tú la maña.

—¡Paso, seor lacayo! Primero necesito saber qué clase de noticia es la que buscas aquí,—dijo Aurora, que se acordó de que por entonces vivia en la quinta Inés, á quien tanto amaba Pedro, y que allí podia estar encubierta una intriga de amor.

—¡Hola! ¡Conque necesitas saber á qué vengo!—dijo el lacayo.—Pues mira: será muy posible que no te lo quiera decir.

—¡Hola! ¡más posible será el que yo no abra la puerta!

—¡Tendrás que saltar la tapia!

—La saltaré.

—Gritaré ¡ladrones!

—Me encontrarán contigo.

—¡Diablo! ¿y para qué quieres tú saber la noticia que yo necesito?

—Podria suceder que yo pudiera dártela.

—Son amores de mi amo.

—¡Ah, se trata de la dama de camino!—dijo Aurora probando el terreno.

—¿Quieres decir de aquella á quien dijiste la buenaventura?

—Cabalmente.

—Pues bien, esa es; es decir, esos son los amores.

—¿Y cree tu amo que está en esta casa?—dijo interesada ya Aurora.

—Quien lo cree soy yo.

—¿Y qué razones tienes para eso?

—Espliquémonos lealmente, gitana: ¿serás capaz de guardar un secreto?

—¿Por quién me tienes, racimo de horca?

—Siempre es bueno ser prudente. Tengo empeñada mi palabra á mi amo de encontrar á esa señora.

—¡Cómo! ¿se ha perdido?

—Nó; es que todavía no se la ha hallado.

—Pues yo creo que vive en la calle de San Justo.

—¡Hola!—dijo admirado Gabilan.—¿Sabias eso?

—Yo sé todo lo que quiero; busco y encuentro.

—Pues bien tendrias que buscar; porque la dama, si ha vivido allí, ya no vive.

—¿Se ha trasladado aquí?

—No sé si se ha trasladado, ni puedo asegurar si vivia en la calle de San Justo.

—Sin embargo, parecias estar seguro.

—Mi amo habia encontrado cierta señal. Pero ahora..... la casa está vacía, enteramente vacía; como que, aburrido, sin ver nada, sin poder averiguar nada, me informé de quién era su dueño.

—¿Y qué te dijo?

—¡Oh! no me fuí con él á las claras, sino que le dije: Teneis, señor, una hermosa casa en tal parte.—Es un palacio, y ved..... está desalquilada..... si vuestro amo es rico, le podria convenir.—¡Desalquilada! le dije; ¿desde cuándo?—Desde hace ocho dias.—¿Y quién ha vivido en ella?—¿Os interesa? —Interesa á mi amo.—¿Y quién es vuestro amo?—D. Juan Tenorio.—¿Ese noble, hermoso y rico señor que acaba de venir de Andalucía?—El mismo. (Has de saber, gitana, que no sé cómo se las ha compuesto su señoría; pero el caso es que á las dos semanas de estar en la córte, campando por su respeto, ya le conocen todas las damas, le hacen la córte todos los padres y le respetan todos los valientes.) El dueño de la casa abrió una boca tamaña, y despues un libro mugriento, en el que leyó á duras penas: el Sr. Hernando Alarcon, con su sobrina y cuatro criados, ha tomado para vivir la casa de la calle de San Justo; añadiendo á su alquiler por dos meses cincuenta doblones, para que nadie sepa que vive en ella; esta casa estaba encargada desde un mes antes para unos forasteros. Se ocupó el 23 de Enero á media noche.

—Muy de memoria sabes eso, Gabilan.

—Ya lo creo, como que, no contento con hacérmelo leer tres veces, me lo hice copiar en este papel pecador que siempre llevo conmigo. Le he leido tanto para que no se me olvide, que le he aprendido ni más ni ménos que un Ave-María.

Gabilan sacó de sus gregüescos un papel harto arrugado y sucio.

—Pues no puede quejarse tu amo.

—Trabajo por servirle como un leon; pero con mala suerte. El papel tiene una segunda parte lastimosa, que echa por tierra todas mis esperanzas.—El dia 8 de Febrero, seguia en el libro, el Sr. Hernando Alarcon me presentó las llaves de la casa á media noche, dejando en mi favor los alquileres aun no vencidos, y dándome otros cincuenta doblones para que continuase el secreto.—Ya veis, me dijo, que se me pagaba bien. Pero tratándose de vuestro amo.....—Contad con cien doblones, con mil, si lograis averiguar dónde vive ese hombre.—Lo averiguaré, me dijo.

—¿Y lo averiguó?

—¡Diablo! ni más ni ménos que yo.

—Y entonces, ¿á qué vienes aquí?

—Vengo á la ventura.

—¿Y por qué aqui y nó á otra parte?

—Te diré: mi amo viene con frecuencia, casi todos los dias, por estos sitios!

—¡Ya! á aquella casita que se ve entre dos árboles,—contestó Aurora, señalando el pabellon del cortijo.

—¡Pardiez! debes ser el diablo, bruja, todo lo sabes.

—No son un secreto los amores de D. Juan con Magdalena.

—¿Y qué amores?.... pero este es otro asunto. Como te decia, muchas veces, particularmente de noche, acompaño á mi amo.

—¡Hola! ¿Conque tu amo viene de noche?

—¿Y qué te importa?.... ese no es el asunto; tratábamos del Sr. Alarcon.

—¿De la dama de la buenaventura?

—Lo mismo da; pues bien, una madrugada que estaba yo cansado de velar.....

—Es decir, que D. Juan pasó la noche.....

—Charlando á caballo con doña Magdalena, que estaba en su ventana,—observó gravemente Gabilan.

—D. Juan es muy niño.....

—Está muy enamorado y no tiene frio; pero yo, que no lo estoy, tomé á buen partido pasearme á lo largo del cercado para entrar en calor.

—¿Y á qué viene eso? ¿Crees que yo no tengo nada que hacer para que así alargues el cuento?

—Y como sí viene; figúrate que al llegar á ese claro de la cerca por donde habrás entrado, ví abrirse la puerta de la quinta y salir cuatro hombres que bajaron las escaleras del terrado y montaron en cuatro caballos, que otro hombre, ginete ya, tenia de las bridas. Aquellos hombres eran Alarcon y los cuatro lacayos que habian acompañado á la dama. Iban solos, enteramente solos. Alarcon, antes de volver la esquina, se quitó el sombrero y saludó á los balcones de la quinta; miré y no ví nada..... nada..... absolutamente nada. Entonces monté á caballo, y embozado hasta los ojos los seguí; entraron en Madrid, le atravesaron, salieron por la puerta de Toledo, siguieron adelante á buen paso, y yo, atrasándome, seguí adelante hasta la primera venta en que pararon; me oculté entre unos árboles y aguardé: dos horas despues salieron, y me encajé en la venta. Como soy soldado de la Fé, apenas

vió el ventero el escudo de la Inquisicion, se apresuró á decirme que, segun habia entendido, aquellos hombres llevaban camino derecho á Andalucía.

Iban solos; luego la dama se habia quedado aquí..... indudablemente aquí; pero el caso era saberlo de cierto, y por lo mismo, me ha hecho buscar unas llaves maestras, porque esa casa es un convento; si hay mujeres, no se las vé..... si yo hubiera podido enamorar á una, aunque hubiera sido más vieja que Adan.....

—El caso es que todavía tu amo.....

—Mi amo no sabe nada..... y si se le acaba la paciencia, será cosa que no llevarán muy á bien mis costillas.

—De modo que tú te alegrarias de salir de dudas.

—Te daria un beso en albricias, bruja.

—Pero si yo te pregunto alguna vez algo que me interese, ¿me responderás?

—Como no sea en contra de mi señor.....

—Ta..... ta..... ta..... Creo que no sabes nada esta noche.

—Lo sabré mañana.

—Es que podria yo evitarlo.

—¿Cómo?

—Avisando á D. Gonzalo.

—Es decir.....

—Que si me juras contestarme una vez á lo que te pregunte, yo misma averiguaré cuanto deseas saber.

—Por jurado, por prometido: ¡diablo! así como así, mi amo es un hombre que marcha siempre de frente y no tiene secretos.

—Dame las llaves.

—Pero supongo que no irás á hacer una de las tuyas.

—¿Una de las mias? ¡vive Dios! parece que tienes miedo.

—¡Miedo! Precisamente miedo, nó; pero en fin, ello ha de ser. Cierto que mejor quisiera, en vez de esto, un lance de estocadas..... pero se ha empeñado él, y en queriendo una cosa D. Juan..... Toma, y veamos cómo te compones.

—¡Hola! ¿quieres recibir una leccion del *buen oficio?*

—Siempre es bueno saber.

—Pues atiende bien.

Aurora metió una de las llaves maestras en la cerradura, y abrió sin ruido, despues de haber esplicado en dos palabras á Gabilan el mecanismo.

—¿Habrá perros?—dijo Aurora deteniéndose.

—¡Calle! ¿la bruja tambien tiene miedo?

—¡Oh! A los perros sí; basta con que haya un perro en un pueblo, para que no podamos pasar por él sin cuidado. ¡Somos gitanos!

—Y dicen que os comeis los niños crudos.

—Si me dejaras tu daga.....

—Por eso no quede. Todo se reduce á echarla mañana un puño nuevo.

—Mala horca, tunante.

—Mala peste, hechicera.

—¿Esperarás?

—¡Esperaré!

—Pues hasta luego.

—Que el diablo te guie.

Aurora tornó á cerrar la puerta por dentro, y avanzó por una senda, mientras Gabilan, embozándose en su capa, se acurrucaba contra el dintel del postigo.

CAPÍTULO XXI.

De como Aurora encontró á la dama buscada, que velaba más de lo justo.

La gitana avanzó por la huerta, daga en mano, deslizándose junto á la pared y cuidando siempre de marchar á la sombra que la luna, ya próxima al horizonte, proyectaba á alguna distancia de ella.

De tiempo en tiempo se detenia, escuchaba con atencion, y se inclinaba sobre la tierra para percibir mejor; pero nada se oia más que el lejano ladrido de algun perro de cortijo y el zumbar del perezoso viento entre las desnudas ramas de los árboles.

—Yo he entrado aquí muchas veces, muchas, y por todas partes; no debo equivocarme,—dijo deteniéndose cerca de la casa.—Frente de este sendero encontraré una puerta. Ya no es lo principal el gallinero, sino cierta habitacion situada al fin de cierta galería, donde, si hay algun huésped, debe habitar precisamente: hubo un tiempo en que maldije la negra fortuna mia, que me obligaba á entrar en esta casa; pero no hay mal que para bien no suceda. Dios no permite nada en vano. Recordemos: tras de esa puerta hay un pequeño patio; si se tratase del robo, abriria otra puerta que debe estar en frente..... pero para lo otro es necesario buscar una escalera de ojo en un rincon de ese patinillo. A este lado de la casa no dormirá nadie, si se siguen las mismas costumbres; y si duermen, desafio al de oido más fino á que me sienta. Pero ¿y si hay perro?.... si hay perro.....

Aurora apretó con vigor la daga, como contestándose á sí propia; cobró aliento, avanzó, llegó á una gran puerta, y valiéndose de las llaves, la abrió sin ruido como el postigo.

En efecto, no se habia engañado: un patio tétrico, oscuro, alto y estrecho,

en el que la sombra se hacia densa, no permitiendo distinguir sus detalles, fué lo inmediato tras aquella puerta que Aurora no cerró, previniendo un caso de fuga, y avanzó con seguridad hácia un ángulo.

Palpó las paredes y encontró una estrecha entrada.

—¡Ah!—dijo,—no me habia engañado; ya hace mucho tiempo sin embargo;—y subió de una manera tan recatada y tan segura, á pesar de la oscuridad, que hubiera sido imposible, á escucharla, haber creido que aquel leve, uniforme y rápido ruido procedia de una persona.

Del mismo modo, y sin tener ya que abrir ninguna puerta, atravesó corredores oscuros, subió escaleras estrechas y llegó á la galería; la luna se habia puesto ya enteramente, y la oscuridad era densa. Aurora se deslizó á lo largo de las puertas y de las rejas, que estaban oscuras y silenciosas, y llegó á una al fin de la galería, por cuyas rendijas se veia una opaca luz. Mirando por ellas, la gitana vió una antecámara, en la que se perdia un resplandor débil, emanado de una habitacion interior, en la que, como en las anteriores, dominaba un profundo silencio.

—¿Será aquí?—pensó.—Si me engañára.. .. en ese caso, he dejado abiertas las puertas, y todo es asunto de un momento: ver, huir y desaparecer. En empeños mayores me he visto. ¡Ea! valor.

Aurora avanzó aun, y encontró otra puerta que cedió al empuje de su mano. Esta circunstancia la detuvo.

—No debe estar sola,—dijo;—¿y quién la ha de acompañar? Solo para un amante se tienen las puertas francas á estas horas. Pero nó; D. Gonzalo, aunque hace poco tiempo era un viejo peligroso, hoy es un viejo inútil..... los criados..... ¡bah! no es ella mujer que doble su orgullo hasta ese punto..... Debe estar sola..... adelante; todo consiste en que me vea..... Si me ve..... si es verdad que desea verme, como me dijo D. Juan, todo está concluido.

Y sin meditar más, empujó la puerta y entró. Un reloj de pared ó de sobremesa marcó entonces dentro de la habitacion y de una manera aguda la una.

Aurora llegó á la puerta interior y miró á través del cortinaje. Una dama hermosa, admirablemente vestida en su sencillez, estaba sentada junto á una especie de velador, y escribia.

Su ocupacion era estraña. De tiempo en tiempo leia á media voz, con entusiasmo, en un dialecto estranjero y duro, trozos que tenian una admirable cadencia, tan sonora, tan enérgica, como la de los mejóres pasajes del Tasso y del Dante. Luego quemaba á la luz de la bujía el papel que habia leido, y tornaba á escribir otro.

—¡Loca! ¡aun la queda esa manía!—esclamó dolorosamente Aurora.—¿Y qué escribirá?

La gitana aprovechó la distraccion de la dama, pasó inclinándose bajo el cortinaje sin tocar á su plegadura, se deslizó silenciosamente sobre la alfombra, y se colocó detrás de la dama.

Esta escribia de derecha á izquierda en estraños caractéres renglones unidos que venian á ser de una misma longitud, aunque terminaban dejando un gran márgen en el papel. Aquellos caractéres azules, puramente iguales y re-

dondeados en sus nexos ó rasgos, eran caractéres árabes, y aquellos renglones, versos que debian ser trasladados de memoria ó improvisados con una maravillosa facilidad.

La gitana leyó aquellos versos; lo que prueba que no solo le era familiar el dialecto árabe, sino tambien su escritura. Aquellos versos, traducidos á nuestro romance, tenian la significacion siguiente:

Rojo pabellon de sangre
Que en la inmensidad se asienta,
Parece el cielo, que triste
Sobre el desierto refleja.

Volcan de encendidas llamas
Es el sol que centellea,
Reverberando sus rayos
En las áridas arenas,
Donde errante peregrino
La cansada planta quema;
Fuego su pecho respira,
Fuego envuelve su cabeza;
Y á su sed y á su cansancio
Ni fuente ni sombra encuentra.

¡Ay del que errante camina,
De dolor el alma llena,
Y de amores y placeres
Siente sed, y no la templa!

¡Ay del que soñó á la sombra
De hermosa y jóven palmera,
Del oasis en la grama
Reclinada la cabeza!
¡Ay del que soñó venturas!
¡Ay del que creyólas ciertas,
Y su edem miró trocado
Por un infierno en la tierra!

¡Ay del que cruza el desierto
Y nunca á su linde llega!
¡Ay del que vive maldito!
¡Ay del que descanso anhela,
Y aun de la tumba horrorosa
El descanso se le niega!

La gitana tembló al leer aquellos versos, y conoció que seria imprudente el mostrarse en aquella situacion ante la dama; ésta tenia la vista sobre el

papel, y una lágrima sola y ardiente habia caido de sus ojos sobre aquel hondo suspiro, escrito en medio de la soledad y del silencio de la noche, é inspirado por la desesperacion y el vacío del alma. Aurora se retiró, como habia venido, detrás de la puerta; la dama quemó aquel papel como los anteriores; se levantó, enjugó sus ojos, y dijo con voz sonora y dulce, pero triste:

—¡Esperanza!

A aquel llamamiento se abrió una puerta en el interior, y apareció una doncella soñolienta.

—Os he hecho esperar, y teneis sueño,—dijo con dulzura la incógnita:—no volverá á suceder; no me distraeré.

La criada no supo contestar á aquellas palabras tristes en sí mismas, porque representaban una disculpa dada por un superior á un inferior, por la sola razon de encontrarse en una casa estraña con una servidumbre á quien no pagaba, que no era la suya.

Aurora se conmovió aun más.

—¡Ira de Dios!—dijo.—¡Ella, acostumbrada á mandar esclavas hermosas y á ser servida de rodillas, encontrarse en el caso de disculparse con esa acémila de Astúrias! ¡Sí; está sola, sola! ¡Dios mio! ¡yo tambien estoy sola!

—¿Se va á desnudar su señoría?—dijo con acento servil la criada.

—Sí, hija mia,—dijo dulcemente la dama.—Ya es la una.

—¿Y no cena su señoría?

—Nó.

—Si su señoría siente apetito más tarde.....

—Nó, nó.

—Por si acaso, pondré la cena junto á la cama, de manera que su señoría no tenga que levantarse. ¡Hace un frio!

Esto significaba que la asturiana abusaba de la dulzura y de las consideraciones á que su orgullo exagerado obligaba á la dama en una casa estraña.

—Haced lo que gusteis,—contestó la dama; pero como arrancándose de la distraccion en que estaba sumergida, añadió:—¿Qué, no se ha cenado esta noche en familia? ¿Ha recaido doña Inés?

—Nó, nó señora; doña Inés vino á visitar á vuestra señoría; pero.....

—¡Qué!....

—La encontró ocupada, triste..... y se fué, previniéndome que no incomodase á vuestra señoría.

—¡Querida niña!—esclamó con ternura la dama; y luego añadió con un tanto de fijeza, dirigiéndose á la criada.—Hacedme la merced de que no vuelva á acontecer esto otra vez. Avisadme cuando vengan vuestra señora ó vuestro señor, aunque esté orando..... ¿lo entendeis?

—Sí señora. Yo queria; pero.....

—Nó, no os culpo; os advierto y deseo que en adelante tengais en la memoria lo que acabo de deciros. Desnudadme.

Despues de esto, y en el espacio que se tardó en aquella operacion, no se habló más entre la dama y la criada.

Cuando la primera estuvo en el lecho, la segunda acercó á él una mesa,

salió de la cámara y entró con una gran batea ó bandeja, que dejó sobre la mesa.

—Eso es inútil,—dijo la dama;—os habeis empeñado..... sea. ¿Están cerradas las puertas?

—Sí señora.

—Pues retiráos. Buenas noches.

—Dios las dé muy buenas á vuestra señoría.

Despues de este saludo indispensable entre españoles, la criada desapareció por una puerta del interior, y todo quedó en silencio.

Entonces la gitana adelantó; pero, por más que hizo, la era imposible ocultarse, y la dama la vió desde el lecho.

—¿Quién va?—dijo en una voz que hacia opaca el terror.

—Si os asustais, señora, no pasaré de aquí,—dijo Aurora.—No pretendo haceros daño.

La dama reconoció sin duda la voz de Aurora.

—¿Vos sois?....—dijo á media voz.

—Yo soy la gitana que hace un mes.....

—¿Me dijo la buenaventura?

—Sí.

—¿Y quién os envia?

—¿Enviarme? Nadie. La casualidad.

—¿La casualidad? Acercáos.

Aurora llegó hasta el lecho.

—Decís que os trae la casualidad..... ¿Y quién os ha dicho que yo estaba aquí?

—La casualidad tambien, señora.

—¿Y á qué veniais aquí tan tarde?....

—Venia á robar.

—¡Dios mio!—esclamó asustada la dama.

—A robar una gallina, señora,—se apresuró á decir la gitana.

—¿Qué, tan desdichada sois que os veis obligada á robar vuestra comida?

—¡Oh! nó señora; por pago de mi buena, ó por mejor decir, mala ventura, me dísteis un bolsillo lleno de oro, y soy rica, acaso más que vos.

La dama miró con fijeza á Aurora.

—Más que vos, porque estais sola y lo habeis perdido todo; ¿qué importa que tengais oro?.... El oro no llena, no satisface al corazon.

—¡De seguro alguien os envia!

—Nadie, señora. Y á no ser por la necesidad.....

—Pero si os creeis rica.....

—Yo no podia ir á ninguna parte á media noche, en medio de los campos..... me hubieran temido, porque me creen bruja.

—¿Teneis verdaderamente poder?—dijo la dama con un acento estraño que revelaba una terrible esperanza.

—Poco tengo, señora, cuando no me ha bastado para procurarme, sin salir de mi casa, una cena para mi hijo.

—¡Dios mio! ¿teneis un hijo, y un hijo que no tiene que comer?

—Ya veis que tambien soy desdichada, señora.

—Lleváos, lleváos mi cena; decís bien: esta es una casualidad; sin ella, en una casa estraña, no hubiera podido más que daros oro..... un oro inútil por el momento.

—Inútil siempre, señora..... ¿Qué creereis que aconteceria á una gitana de mi porte si diera á trocar un doblon de á ocho?

La dama miró con curiosidad á Aurora.

—Creerian que no habria podido adquirirlo sino robando ó por medio de hechicerías, y darian con ella en la cárcel ó en la Inquisicion. Si yo acepté vuestro bolsillo, fué para tener un recuerdo vuestro, señora.

—¿Y qué os importaba?....

—Sois desgraciada, y yo lo soy tambien.

—¡Desgraciada! ¿Sabeis que soy desgraciada?

—Sí, de una manera inmensa.

—Y..... ¿en qué consiste mi desgracia?

—Amais.

—Y ese amor que vos creeis en mí, ¿ha de ser desgraciado?

—Ya os lo dije, señora.

—Y entonces, ¿para qué me lo recordais?

—¿Necesito acaso recordároslo? ¿No vive dia y noche con vos desde que vísteis á D. Juan?

La dama palideció.

—¡Me dijísteis que todo lo que habia amado lo habia perdido!—esclamó la dama.

—Y es verdad,—contestó solemnemente la gitana.

—Debeis conocerme para saber mi historia.

—No os conozco, señora. Cuando os dije la buenaventura, os veia por primera vez.

—Recuerdo que palidecísteis, que os aterrásteis al verme, y que esta circunstancia fué la que me impulsó á pediros la buenaventura.

—Me causaron una profunda impresion vuestras desgracias, señora, desgracias que por mi ciencia adiviné en vuestro semblante.

—Os habeis obstinado, y veo que hasta que Dios quiera sereis un misterio para mí.

—Lo que sé de vos, lo que puedo deciros, os lo he dicho.

—¿Y afirmais que amo?

—Sobre la salvacion de mi alma lo juraria. Teneis sed de amor.

—Y si ese amor fuera verdad, ¿lo serviriais?—dijo la dama, levantándose sobre el lecho y mirando con una fijeza intensa á la gitana.

—¡Qué, señora! ¿No podeis resistir á ese amor? ¿No podeis dominarlo?

—¿Y por qué dominarlo más allá de lo que el recato de una mujer noble y honrada exige? D. Juan es libre y yo soy libre tambien.

—Ese, señora, es un amor del infierno.

—¡Me conoceis! ¡sí me conoceis!—esclamó la dama.—Yo no creo en vuestra ciencia; si fuera verdad, el infierno me hubiera oido cuando le he pedido el amor de D. Juan.

—Y acaso el infierno os escucha, señora.

La dama se estremeció de nuevo.

—El cielo sabe que le he combatido con todas mis fuerzas, que le combatiré..... hasta donde pueda..... ¿Sabeis que he sido durante veintiseis años la mujer más desgraciada del mundo? ¿Sabeis que he estado diez de ellos loca? ¿Sabeis que me lo han robado todo entre Dios y los hombres, y que me encuentro sola, jóven aun, sedienta de felicidad y..... y hermosa? Porque yo soy hermosa lo bastante, apasionada lo bastante para hacer ver el cielo, el cielo radiante del amor más inmenso á un hombre, aunque ese hombre valga lo que D. Juan.

En efecto; la dama era hermosísima, incitante, voluptuosa como una tentacion, y en el estado en que se encontraba, sus ojos tenian una espresion profunda, intensa, brilladora: podia decirse que su mirada quemaba.

—D. Juan está loco por vos, señora,—dijo la gitana,—y vuestro ramillete.....

—¡Cómo! ¿ha encontrado mi ramillete?

—Sí, sí señora.

—¿Y le ha entendido?

—Se le he hecho entender yo.

—¡Cómo! ¿vos sabeis?....

—¿El lenguaje de las flores? Sí; como el valor de los caractéres africanos en que se escriben ciertos romances tristes, muy tristes, que luego se queman.

—¡Oh, Dios mio!—dijo la dama sonriendo tristemente;—todo lo sabeis; sabreis tambien por qué no me ha buscado D. Juan.

—D. Juan os ha buscado y os está buscando, señora.

—¿Y os envia?

—Ya os dije que nó; pero esta noche he encontrado á su lacayo tanteando las puertas de esta casa.

—¡Qué imprudencia, Dios mio!

—Sin esa imprudencia, señora, yo no hubiera sabido que vos estábais aquí; me hubiera reducido á robar una gallina, y si Gabilan hubiera penetrado solo, torpe é ignorante de esta casa, tal vez hubiera tenido que volverse, despues de causar un escándalo y sin averiguar nada.

—¿Y qué motivos teneis vos para conocer esta casa?

—Hace diez y siete años..... en este mismo dormitorio..... pero aquel fué un sueño terrible..... que he olvidado ya.

—¡Se cometió aquí un crímen!

—Un crímen horroroso, señora, en ese mismo lecho; pocos momentos despues de haber nacido doña Inés..... pero ya he olvidado..... he sufrido tanto desde entonces.....

—¿Y qué nos importan los crímenes ajenos?—dijo lánguidamente la dama. —Habladme de D. Juan.

—Eso es lo mismo que rechazar un crímen pasado para pensar en un crímen próximo,—se atrevió á decir Aurora.

—¡Crímen! nó; si conoceis mi historia, debeis saber.....

—Sé y creo, señora, que un amor como el que sentis no le habeis sentido hasta que os lo ha inspirado D. Juan.

—¡Yo soy Vírgen!

—¡Oh! sí, teneis razon..... pero.....

—Y bien, dejádmele ver; me satisfago con eso: ¿sabeis que me ha estado diciendo su amor durante quince dias con sus miradas, y que he tenido valor para mostrarme indiferente á ellas? ¿Sabeis que al separarse de mí me lo ha declarado, y que no le he contestado? ¿Sabeis que podré ser su hermana, su madre, pero su amante?....

—Habeis dicho que sois libre, que teneis un derecho á amar y á ser amada, que estais sedienta de amor..... ¿no habeis pensado nunca en hacer á don Juan vuestro esposo?....

—¡Yo!....—esclamó con espanto la dama;—escuchad: no sé, no sé; creo en mi fortaleza, y dudo de ella; hay momentos en que si D. Juan se presentase delante de mí, nada podria negarle; esos son los momentos de delirio, de locura, que me causa su recuerdo: no sabeis cuánto poder tiene ese niño para mí.

—¡Ay! ¡lo comprendo demasiado, señora!

—¡Y no querreis que yo sea feliz antes de que el tiempo blanquee mis cabellos y empiece el invierno de mi vida! ¡No creeis que Dios, si me ha conservado tan hermosa como cuando era jóven, y pura de todo amor, ha sido para que me ame D. Juan!

—Creo, señora, que en esto hay una fatalidad que no comprendemos.

—Pues bien, dejadme luchar; os juro que resistiré cuanto pueda los amores de D. Juan..... y si cedo al fin..... he sufrido demasiado para que Dios no me perdonase mi única falta.

—Pues bien, señora, D. Juan sabrá.....

—¿Pero de una manera discreta?

—De una manera natural; yo haré de modo que el lacayo no sospeche nada, sino que simplemente sepa que estais aquí, y él obrará por su propio interés de tal manera, que D. Juan se crea empeñado en una dificilísima conquista. ¿Teneis á vuestro arbitrio una doncella?

—Sí.

—Y habeis comprendido.....

—Servirá al oro.

—¿Y sale alguna vez de la casa?

—Sale cuando quiere.

—Haced que con cualquier pretesto salga mañana.

—¿Y para qué?

—Dejadme hacer; pasado mañana teneis una carta de D. Juan.

—¡Dios mio!

—Hacedla salir á una hora determinada.

—Por la tarde.

—Pues bien, señora, ¡adios!

—¿No os veré más?

—¿Y para qué quereis verme?

—Necesito saber de vos..... preguntaros.....

La gitana tembló.

—¡Oh! sí, sí; otro dia, señora. Esta noche es ya tarde; me espera mi hijo, estais cansada. Que te guarde Dios, señora.

—¿Y os vais así?

—¿Qué quereis de mí?

—Vuestro hijo tiene hambre: utilizad mi cena..... ¡decís que el oro no os sirve de nada!

Aurora tomó pan, algunos asados y frutas secas, y fué á envolverlos en su mugriento y desgarrado brial.

—Nó, nó,—dijo la dama, buscando entre sus ropas una llave y dándosela:—tomad; abrid aquel armario y sacad un pañuelo, un paño cualquiera, algo que sea limpio.

Aurora obedeció; abrió una especie de armario-ropero, y sacó á la ventura un pañuelo de Cambray, en cuyas puntas estaba bordado un escudo banda de oro con mote árabe sobre campo verde. Aquel mote decia: «Solo Dios es vencedor.»

Aurora reprimió un grito al ver aquel escudo, y se volvió á la dama.

—¡Oh! no me habia engañado,—dijo.

—¡Cómo! Qué, ¿habeis dudado?

—Puede confundirse un recuerdo con un parecido.

—¿Qué quereis decir?

—Que vos, señora, sois doña Elvira de Córdova y de Válor.

—¡Qué! ¿no lo sabíais?—esclamó Lind-Arahj, que ella era.—¿No lo sabiais, y sin embargo, me habeis dejado entrever en vuestras palabras el conocimiento de mis desdichas?

—¡Oh, señora! dudaba,—dijo trémula la gitana;—dudaba, porque..... porque estais más hermosa que nunca..... que no se conoce en vos la huella de vuestros terribles dolores ....

—¡Sabeis hasta el fondo todas mis penas!.... ¡Sí, sí! es verdad..... yo debia haber sospechado de vos..... ¡Vos me dijísteis hace un mes que todo lo que habia amado lo habia perdido..... y yo, imbécil, creí en que esa ciencia embustera de que blasonais, os daba vagos indicios de mí..... y habia creido valerme de esa ciencia..... ¿Quién sois? ¿quién sois?

Doña Elvira ó Lind-Arahj (la llamaremos así, puesto que ya la hemos dado á conocer á nuestros lectores, que sin duda desde mucho antes la habrán adivinado) se habia arrojado del lecho, y miraba con una fijeza terrible á Aurora, que pálida y aterrada, estaba en medio de la estancia apretando convulsivamente el pañuelo en que habia envuelto los manjares.

—¿Quién sois? ¿quién sois?—repetia profundamente Lind-Arahj.

—¡Yo..... yo!....—balbuceó la gitana.

Lind-Arahj, fuerte y poderosa aun, la asió de un brazo y la arrastró hasta ponerla cerca de la luz: entonces sus ojos se fijaron en ella con una intensidad terrible; su pensamiento hizo esfuerzos desesperados para retroceder á recuerdos lejanos; lentamente aquella mirada fué despojando el semblante de Aurora de sus arrugas, de su flacura, de sus canas, de su color atezado, y al

fin la vió trocada en otra, morena, jóven, sonriente: veinte años habia huido, y el recuerdo apareció, en fin, exacto, esplendoroso, indudable.

—¡Aurora!—esclamó Lind-Arahj.—¡La hermosísima gitana de los valles! ¿Eres tú? ¿tú?

La gitana tambló como un lobo cogido en un lazo, y procuró desasirse.

De repente el rostro de Lind-Arahj se puso pálido, muy pálido; sus ojos negros brillaron como los de una pantera que defiende su cubil, y apretando convulsivamente el brazo de Aurora, la preguntó con una voz opaca y sombría, semejante á un rugido:

—¡Y mi hijo! ¡y mi hijo! ¿Dónde está mi hijo?

La gitana se aterró: un vértigo horrible zumbó en su cabeza; sus ojos se estraviaron; hizo un violento esfuerzo para desasirse, pero Lind-Arahj la asió del cuello con la mano que la quedaba libre.

—¡Nó, miserable gitana, ladrona de niños, no has de escapar! ¡Ó tu vida, ó mi hijo!

Las manos de Lind-Arahj, que parecian tan blandas y delicadas por su morbidez y su hermosura, apretaban, como si hubieran sido de hierro, el cuello y el brazo de Aurora.

—¡Mi hijo, mi hijo!—esclamaba frenética Lind-Arahj.

—Vuestro hijo, señora,—contestó medio ahogándose la gitana,—murió quemado por su padre.

Á aquellas terribles palabras, Lind-Arahj se alzó de repente tiesa, rígida como un cadáver; soltó á Aurora, sin fuerza ya para retenerla, se alzó sobre las puntas de sus piés, estendió los brazos, dió un grito horrible, y cayó.

—Aurora, al verse libre, no se detuvo ni un momento: escapó, cerró rápidamente al paso las puertas, que de otro modo hubieran servido de rastro á haber sido perseguida, llegó al postigo, le cerró del mismo modo, y despertó á Gabilan, que dormia.

—¡A caballo, á caballo!—esclamó sin darle tiempo á que despejase su sueño.

—¡Pardiez! ¡mil rayos! Pues ¿qué sucede?

—Todos los criados de la quinta.....

—¡Diablo!

—¡A caballo, Gabilan!

—¿Nos persiguen?

—Sí.

—Pues ¡voto va! piés han de tener, si alcanzan al Corzo.

Y sin apresurarse mucho, se apretó el talabarte, afianzó en él sus pistoletes, puso la espada en disposicion de prestarse á un próximo lance, fué al seto, sacó de él el caballo y montó:

—¡A la grupa, bruja!—la dijo.—¿Qué diablos llevas ahí?

Aurora, por una casualidad, no habia perdido el pañuelo en que llevaba las provisiones.

—¿Qué llevo aquí?—contestó sombríamente Aurora.—¿Y qué te importa? Dame el estribo.

Gabilan estendió el pié izquierdo, sobre cuya ancha bota puso el suyo

Aurora, se asió al arzon, se acomodó en la grupa, y el caballo partió.

—Con este hacemos dos viajes juntos,—dijo Gabilan;—pero no haré yo el tercero; seria cosa de ir derechamente al infierno.

Aurora no contestó.

—¿Por dónde tomamos?

—El camino de Hortaleza adelante.

Gabilan obedeció.

—¿Sabes que nada se escucha?—dijo despues de un corto espacio, refrenando su caballo y poniéndole al paso.

—Habrán tomado otra direccion.

—¿Y cómo diablos te has compuesto para echarte encima un ojeo?

—Me han sentido.

—Pero ¿no has descubierto?

Aurora dudó si en el estado á que habian llegado las cosas debia poner á D. Juan Tenorio sobre la huella de Lind-Arahj. Pero su odio, odio terrible en un tiempo para la hermana del infante, se sublevó en su corazon.

—Que le ame, sí,—se dijo;—que se envenene con su amor..... por ella mi rostro ha enflaquecido y mi cabellera blanqueado.....

—¿Te ha puesto muda el miedo?—dijo Gabilan, que esperaba impaciente una respuesta.

—Nó; pero cuando se tienen buenas nuevas se deben hacer esperar; así saben mejor.

—¡Hola! ¿Conque está ahí la dama?

—Ahí está.

—¿La has visto?

—Sí.

—¿La has hablado?

—Nó.

—¿Y cómo haremos?

—De un modo muy sencillo y muy cómodo para tí.

—¡Hola!

—Se trata de una doncella.

Gabilan produjo un ligero chasquido con la lengua.

—¿Doncella de vestir, eh?

—Así debe ser, porque está desnudando á su señora.

—Pero ya sabes que esa casa es un convento.

—¿Y si mañana tuvieses ocasion de enamorarla?

Volvió á repetir Gabilan su picaresco chasquido lingual.

—¿Y es buen bocado?

—Una asturiana frescota y rolliza.

—¡Diablo! pues no me disgusta: si es jóven.....

—Diez y seis años.

—¿Bonita?

—Muy regalon andas.

—Es que la conquista de mi amo me cuesta ya tres conquistas.

—Serán cuatro.

—Pero ¿cómo sabes?.... ¿Has hablado con la doncella?....

—Nó; la he oido hablar con su señora desde una reja que daba al dormitorio.

—Y de seguro.....

—Su señora la indicó que se dispusiese para salir mañana.

—Bien, bien, magnífico. ¿Y no sabes la hora?

—Nó.

—Poco importa; un atalaya más. Pero, entre tanto, ¿á dónde vamos? Hénos ya cerca de Hortaleza.

—Pára.

Gabilan refrenó el caballo; Aurora se deslizó al suelo.

—Adios, pimpollo,—le dijo;—toma tu daga.

—Y tú, toma tus llaves y estos diez doblones; mi amo conquista á lo grande, y me tiene bien provisto.

—Nó,—dijo la gitana, entrándose en un sendero;—guárdalos para echar un guardamano nuevo á tu daga.

Aurora no queria poner á precio su odio, y se alejó corriendo; sus últimas palabras resonaron á lo lejos.

—Bien, no me opongo,—dijo para sí Gabilan;—siempre serán diez doblones más.

Y por tercera vez, mientras revolvia el caballo, repitió su lengua su característico chasquido.

En un momento, y al galope, volvió á encontrarse cerca de la quinta; estaba ésta silenciosa y oscura; solo se veia una luz á través de los cristales de un balcon, confinado junto al ala izquierda del edificio; aquel balcon correspondia á las habitaciones que ocupaba Lind-Arabj.

Prudente Gabilan, dió la vuelta al otro costado, y observó el mismo silencio.

—¡Bah!—dijo—terrores de mujeres; no hay nada más cobarde que un ladron, y mucho más si es gitano. Vamos á dar la noticia á D. Juan.

Gabilan metió otra vez su caballo por el mismo claro del seto, le ató al mismo espino, y adelantó por una vereda en direccion al cortijo. Pero en el sitio donde esperaba encontrar á D. Juan, debajo de una ventana del pabellon, solo encontró su caballo atado á un arbusto.

—¡Diablo!—esclamó Gabilan, repitiendo, no ya una, sino tres veces su chasquido;—hé aquí lo que son las mujeres: si resisten á un asalto, se rinden á un bloqueo. ¡Bah, bah! Mi amo crece como la espuma; dentro de poco volará por su cuenta. ¡Dos en un palmo de terreno!—añadió pasando su mirada del cortijo á la quinta.—Pues bien..... ¡magnífico, bravo!

Y concluyendo su monólogo con una descarga redoblada de chasquidos, volvióse por el mismo sendero, llegó á su caballo, tendióse junto á él, se envolvió en la capa, y poco despues roncaba ruidosamente, ni más ni ménos que pudiera hacerlo un provincial gerónimo en el fondo de su celda y rebujado en su lecho.

CAPÍTULO XXII.

Revista del mes anterior.

Conocidas la quinta y el casaron de Mahudes, nos resta conocer interiormente, introducirnos en el cortijo y en su pabellon contiguo.

Para esto, y llenando la laguna de treinta dias que habrán encontrado los lectores en nuestra historia, haremos, por lo tocante á D. Juan y á Magdalena, la revista de aquel mes, durante el cual les hemos abandonado.

Este capítulo será, por lo mismo, un tanto largo, y pedimos permiso á nuestros lectores, si es que aman la claridad y el órden, para dividirle en períodos, ordenados por la subsiguiente numeracion romana.

Esto así, empecemos retrocediendo al dia en que Inés rechazó de una manera tan enérgica los amores un tanto licenciosos de D. Juan.

I.

Profundamente herido en su orgullo, lastimado en su corazon, sintiendo por la primera vez el rubor en su frente, por un reproche á su honor, el jóven salió del retrete donde le habia dado tan dura leccion la pureza de Inés, y sin detenerse á considerar de qué manera juzgaria el comendador su desaparicion de su casa, atravesó el estrado solitario, cruzó las antecámaras, bajó á saltos las escaleras, se precipitó en su carroza, y gritó á Gabilan, que á su vista habia montado á caballo:

—Al convento de Santo Domingo.

Lacayo y carroza partieron al galope: en tanto hacian la travesía, D. Juan sacó de su ropilla el pliego que habia llevado á su casa un familiar del Santo Oficio, y le leyó de nuevo.

«Sr. D. Juan Tenorio,—decia aquel pliego despues del *Jesus, María y* »*José* del encabezamiento, indispensable en aquel tiempo en los escritos de »ciertas gentes, y en particular de los frailes:—si no lo habeis á enojo, tened »la bondad de venir á esta vuestra celda dentro del dia de hoy, y á la hora que »gusteis, puesto que os va en ello más de lo que pensais.—Del convento de »Santo Domingo de esta villa de Madrid, á 24 de Enero de 1520.—Humilde y »respetuoso servidor y capellan de vuestra señoría, *El padre-maestro Fray* »*Tomás de la Santísima Trinidad.*»

Esta carta nada tenia de alarmante, nada que no fuese muy conforme á las leyes de urbanidad y de etiqueta corrientes en aquellos tiempos; pero, para darle cierto carácter amenazador, por bajo de la firma, y en tinta roja, campeaban las armas de Santo Domingo, que se habian hecho terribles desde que las habia adoptado por sello esclusivo la Inquisicion.

No se ocultó esto al jóven; pero, con su indómita y natural bravura, lanzó al escrito una mirada de desprecio, ya que no podia lanzarla al semblante de quien se lo enviaba, y murmuró:

—¡Y bien, suceda lo que quiera! No seré yo el que retroceda, por estrecho y áspero que sea el camino que me presenta el mundo.

Y armado ya con esta resolucion, un tanto aventurada en sus pocos años, bajó de la carroza delante del convento de Santo Domingo, y encontró ya á Gabilan, que habia desempeñado su destino de gentil-hombre-volante, digámoslo así, á las mil maravillas.

—El hermano lego, señor,—dijo Gabilan, gorra en mano,—dice que su paternidad no está en el convento, pero que ha dejado prevenido que si gustais..... que si no os molesta, podeis pasar á su celda.

—¿Tardará mucho el padre-maestro?—preguntó Tenorio con dureza al portero.

—¡Tardar! ¿quién sabe, señor?.... podrá ser.....

Meditó un momento Tenorio; pero estaba tan ansioso de salir al fin de aquellas aventuras, de un modo cualquiera, que se hizo conducir á la celda. Este paso era sin duda esperado por Fray Tomás, puesto que su familiar, fraile corista, jóven y buen mozo, de palabra chispeante y cortés, estaba al parecer prevenido, y le hizo los honores durante media hora que tardó en llegar Fray Tomás.

Venia pálido, meditabundo, sombriamente triste, y una línea azulada, marcada por bajo de sus ojos, y el color rojo de éstos, parecian denunciar una noche de vigilia y de lágrimas.

Á su llegada, el familiar saludo respetuosamente á D. Juan Tenorio, besó la mano al fraile, y salió.

—¡Celoso cumplidor sois de las órdenes del Santo Oficio, caballero!—dijo Fray Tomás de una manera ronca, sentándose en un sillon y haciendo sentar al jóven.

—Soy su familiar; me jacto de católico, y sirvo con lealtad al rey,—contestó D. Juan.

—Eso no impide, sin embargo, el que vuestra señoría esté mezclado en cierto negocio poco edificante, poco arreglado, por una parte á las buenas costumbres, y por otra á las leyes.

—En cuanto á las buenas costumbres, nada tengo de qué acusarme, señor; en cuanto á las leyes (aquí la voz de D. Juan, aunque contenida, se hizo un tanto convulsiva y vibrante); en cuanto á las leyes, de tal modo son respetadas por mí, que siempre tengo dispuestas la mano y la espada, no solo para guardarlas, sino para hacerlas guardar. Vuestra observacion, padre, solo es tolerable viniendo de vos, que por vuestro estado y dignidad.....

—¡Estoy en el caso de insultar á mansalva!—contestó con cierta amarga, aunque leve ironía, el fraile.

—No he querido decir tanto, señor.

—Pero basta para demostrar que vuestra señoría.....

—Os suplico, padre, que me dispenseis de oiros ese tratamiento; vuestro carácter os releva de ello.

—Basta para demostrar que vos,—continuó el fraile, sin contestar al cumplido de Tenorio,—sois un jóven impetuoso y arrogante, y que, á pesar de que de todos modos tendria yo razon, esta entrevista seria ruidosa, á no ser yo sacerdote.

—Permitidme advertiros que hasta ahora, señor, no habeis hecho más que acusar; pero los hechos, los hechos, padre,—dijo Tenorio con cierta impaciencia.

Miró Fray Tomás con fijeza á Tenorio, y en vano quiso descubrir en su altiva frente ni una sombra de ese vago temor que no puede ocultar el más audaz, cuando ha cometido un crímen, y venir sobre sí una acusacion.

—Esta noche se ha cometido un asesinato por vuestra causa.

Subió la sangre, como la llamarada de un incendio, al rostro de Tenorio, que inmediatamente se puso pálido como un cadáver.

—Si se ha hecho por mi causa, ha sido sin mi conocimiento,—dijo con una voz solemnemente fija,—sin que yo pudiese haberlo sospechado, y por circunstancias, segun he sabido despues, creadas por cierto varon que debia estar apartado de miserias y flaquezas.

A su vez Fray Tomás se puso rojo y lívido.

—Segun vuestras mismas palabras, confesais que conociais el asesinato.

—Casi le he visto cometer.

—Con callarlo os habeis hecho cómplice.

—Tened presente, de hoy para en adelante, que D. Juan Tenorio ni es alguacil, ni denunciador.

—Ante el Santo Tribunal de la Fé, el que denuncia es un miembro acepto y escogido.

—Si hay hombres que se prestan por temor á ciertas cosas; si hay miserables que sirven de rodillas y envileciéndose oficios viles, hay caballeros..... entendedlo bien, caballeros para quienes el tormento, la muerte, las ven-

ganzas, los insultos incontrastables, son preferibles á su envilecimiento voluntario.

—Y sin embargo, ved lo que son las pasiones; no se tiene por vil el conocer á un asesino, tener al lado espada y no castigarle, si con aquel asesino nos vemos obligados á guardar ciertas consideraciones.

—Hay asesinatos que no deben llamarse tales.

—No comprendo que una cosa sea y no sea al mismo tiempo.

—Espero hacerme entender, padre, en muy pocas palabras. Hay asesinatos tales, marcados y prevenidos por la ley; asesinatos que consisten en herir con ventaja y sin peligro á un hombre; pero en muchas ocasiones, cuando un criminal hipócrita y de alta clase, defendido por la ley..... ó por los hombres que administran esa ley, comete crímenes, cada uno de los cuales mereceria una horca, y los comete á mansalva, el esterminar á ese hombre, no solo es cumplir un precepto de Dios, sino tambien librar á la humanidad de un lobo, proteger, por lo mismo, á los débiles.

—De modo que vos.....

—Yo no digo cómo obraria en un caso semejante; digo sí que para castigar al asesino de D. Gaspar de Somoza, necesitaba saber si habia cometido un acto de justicia ó un crímen; si la Inquisicion no se me hubiese adelantado, si ese hombre no hubiera huido, á estas horas sabria á qué atenerme, porque le habia emplazado.

—Teneis una manera estraña de juzgar las cosas, y si seguís así, os vereis precisado á marchar contra la corriente del mundo, lo que es muy peligroso, D. Juan.

—Pereceré ó seguiré adelante, pisando lo que malamente se me oponga, padre.

—De modo que obrareis segun vuestras pasiones.

—Nó, sino segun mi conciencia.

—Paréceme que teneis una estraña manera de ver las cosas.

—Lo poco que he visto, padre, me demuestra que las veo enteramente al revés de como se ven en general.

—De modo que, segun eso, como ya os he dicho, os pondreis en pugna con lo más reconocido, con lo más autorizado por las costumbres.

—Y permitidme, padre: ¿qué entendeis vos por costumbre?

—¿En definiciones me meteis, caballero?—dijo ya más sereno y comunicativo el fraile.

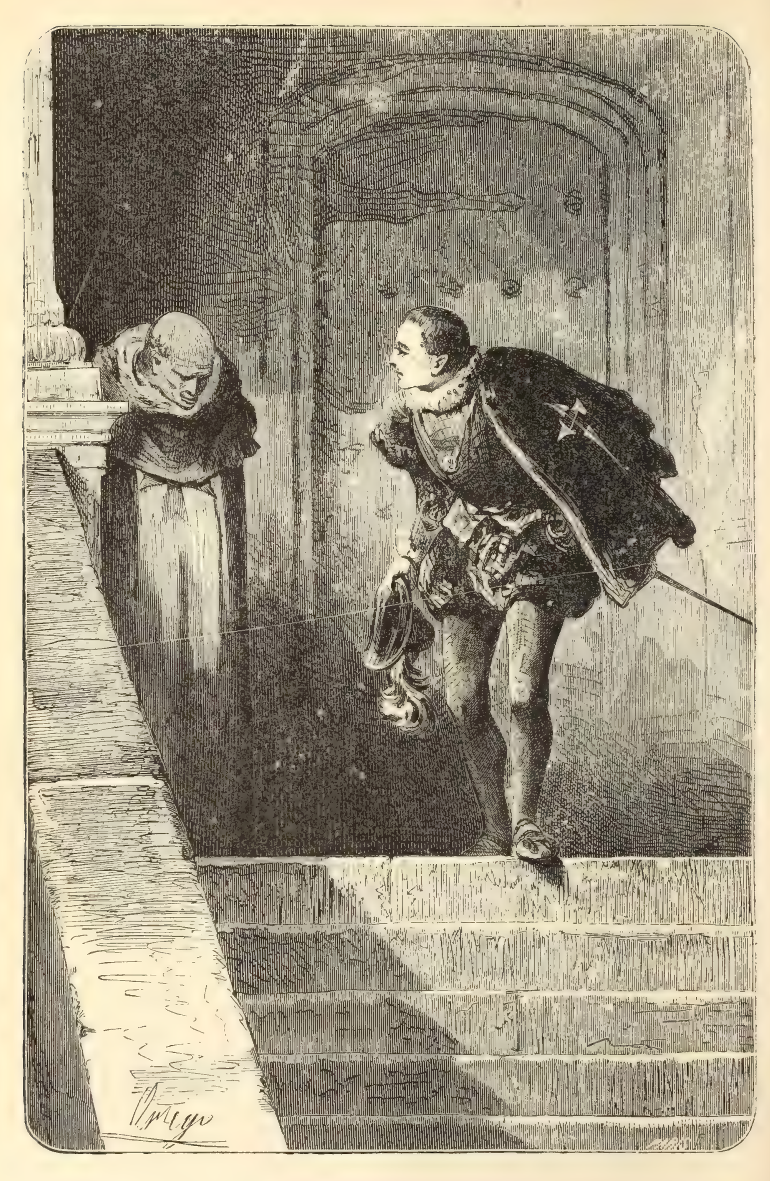
—Cosa que no me parece un empeño para vos, que sois doctor en teología.

—Costumbre no es otra cosa que un uso admitido generalmente por una inveterada repeticion de actos semejantes.

—Por el contrario, yo creo que la mayor parte de las costumbres no son otra cosa que la evidencia, la muestra de la nulidad humana, de la incapacidad, del temor.

—¡Cómo! Ved que blasfemais.

—Y decidme: ¿qué otra cosa es que un imbécil aquel que no sabe dar otra razon de sus actos, sino el que los ve practicar á los demás; qué otra cosa es



DON JUAN TENORIO. — Don Juan salió, no sin que le acompañase el fraile hasta la escalera.

que un hombre nulo, el que no puede hacer nada sin copiar; ni qué más que un cobarde el que, cuando le acusais una ridiculez, un abuso, no sabe contestaros de otro modo que encogiéndose de hombros, y diciéndoos: es necesario ir con la costumbre?

—Segun eso.....

—Yo obraré siempre por las eternas leyes que están escritas en el corazon humano, obraré segun mi razon me dicte que deba obrar, y cederé tal vez á las flaquezas mias, pero á las ajenas nunca.....

—Obrareis segun vuestro corazon.....—dijo profundamente el fraile,—¿y si el corazon os estravia?

—Apelaré á la razon.

—¿Y si esa razon es impotente?

—Haré lo que por una ley eterna hacen todos: cederé á la fuerza superior.

—Nos hemos estraviado de la cuestion principal.

—Nó, hemos avanzado partiendo de ella á consecuencias. Lo que ahora es necesario conocer son los fines.

—¡Los fines! Ya conocereis que es natural que un juez desee ver esclarecido por la boca de un amigo un asunto que se presenta tenebroso.

—Ved como hemos vuelto al principio, padre.

—Pero como en ese principio nada de criminal os toca, D. Juan; como en la parte sucesiva que habeis tomado en él habeis obrado segun vuestra conciencia: como estoy convencido de vuestro honor y vuestra valentía, solo me queda aseguraros que por más que en esto y de una manera indirecta pueda aparecer vuestro nombre, ese nombre no saldrá jamás de las actuaciones de un proceso secreto.

—Creo que D. Pedro de Avendaño tendrá el honor suficiente para no tomar mi nombre en un asunto que nada tiene que ver conmigo.

—Avendaño ya os ha tendido un lazo. Os ha hecho conocer á una mujer.....

—Por más que eso sea cierto,—dijo Tenorio, eludiendo una respuesta,—os afirmo lo que ya os he dicho antes: mi nombre no sonará en ese proceso, que además es muy posible que no tenga una sola declaracion de Avendaño.

—¿Quién sabe?

—Podrá suceder muy bien que no pueda reducirle á prision el Santo Oficio.

Habia un tinte tan siniestro en el acento con que dijo D. Juan estas palabras, que Fray Tomás quedó pensativo. Despues de esto, la conversacion fué corta y pálida, porque era forzada, reduciéndose solo á algunos detalles relatados por Tenorio acerca de la muerte de Sidy-Atmet, á recíprocos ofrecimientos y á una cortés despedida, despues de lo cual D. Juan salió, no sin que le acompañase el fraile hasta las escaleras.

Cuando volvió á su celda, sentóse de nuevo en su sillon, apoyó el codo en la mesa y el semblante en la mano.

Es entusiasta, jóven y hermoso,—dijo;—ese niño la enamorará: ella es satánica, exigente, fascinadora; le haré su esclavo; espíritu inquieto él, alma

apasionada ella, no habrá consideraciones humanas bastantes para contenerlos; entrambos tienen un gran corazon, una gran voluntad, un gran pensamiento; tal vez se salven el uno al otro; probemos: en todo caso, siempre hay tiempo.

Tras esto, el fraile tomó la pluma y escribió dos cartas, que cerró y puso bajo un mismo sobre, despues de lo cual llamó.

—Llevad esto á su destino,—dijo á un lego.

El sobrescrito general era: «Al señor oidor D. Rodrigo Mejía;» el de la carta inclusa: «Á Andrés Ceballos, familiar del Santo Oficio, en el cortijo del Vivero.»

Cuatro horas despues de esto, D. Juan Tenorio recibió el siguiente billete, primorosamente plegado y perfumado:

«Venid; os espero con ánsia; soy libre; seguid al portador.—*Magdalena.*»

D. Juan Tenorio besó cien veces el billete, dió un doblon al portador, se hizo ensillar un caballo, y se trasladó al cortijo.

II.

Una forma blanca y gentil esperaba á la puerta; era Magdalena.

Pero nó la Magdalena que la noche antes, descompuesta y fuera de sí, se habia presentado por primera vez á D. Juan, sola y mintiendo; nó la Magdalena que antes de amarle le habia arrastrado á un lugar infame, donde la inocente pureza del jóven habia hecho resonar en su corazon de una manera nueva una cuerda ignorada, nó la mujer frenética que habia bebido á raudales en la hermosura y en la poderosa mirada de D. Juan un amor tan puro como bastaba para hacerla conocer lo abyecto de su ignominia, sino una mujer purificada, por decirlo así, ruborosa por la memoria de sus faltas, tímida por ellas, y por ellas desesperada.

Magdalena, antes de amar habia vivido y marchado por el mundo á ciegas; habia cedido á sus necesidades, á sus caprichos, á sus placeres, y cuando pudo conocer lo horrible del laberinto en que se habia aventurado, no fué sino para adquirir la triste certeza de que algunos pasos dados en la vida determinan el porvenir, le fijan y le sepultan en un abismo, del que es imposible salir. Magdalena se habia purificado, es cierto; pero por medio del fuego, quemando su alma, sentenciándose al martirio de sus recuerdos y á los terrores de su porvenir. Amaba á D. Juan y habia jurado vivir solamente por él y para él.

Esta resolucion, que la hubiera hecho feliz á no ser lo que era, ó lo que habia sido, la torturaba. Ella no podia exigir nada, ni aun ser amada esclusivamente, puesto que habia sido durante mucho tiempo la impura mariposa de alas de oro, que habia revolado en torno de todo cuanto era brillante, por más que fuese falso. Habia venido, en fin, á perder sus alas, quemándolas en una llama más intensa, más brilladora, más pura; habia caido junto á ella,

pero á sus piés; aquella luz la alumbraba, pero desde una altura á que ella no podia subir.

Para Magdalena empezaba la expiacion.

Su semblante grave, dulce y melancólico, no era ya aquel semblante eternamente alegre, de sonrisa maliciosa y mirada lasciva; habia en él dignidad, una dignidad que habia acrecido su hermosura, dándole ese tinte lánguido y triste, que tanto seduce en una mujer bella, porque es la representacion de un alma que siente, porque, como un nuevo encanto, idealiza (permítasenos esta frase) sus formas, dándoles algo de espiritual, de vago, de fantástico; algo de más allá de la vida.

Es imposible describir cuánta seduccion, cuánto poder daba á Magdalena su nuevo aspecto; D. Juan, por su parte, quedó mudo de admiracion; el sol poniente iluminaba con un reflejo dorado el semblante de Magdalena, y su sonrisa era tan lánguida como el colorido de aquella luz que se acercaba al horizonte, próxima á desaparecer tras él.

Hay situaciones en que todo concurre á determinar el estado del espíritu: la luz diáfana de que, por su situacion despejada, estaba rodeado el cortijo, su aspecto completamente campestre, su pajizo techo, sus paredes pardas; aquel rojizo resplandor lanzado sobre ellas por el sol en rayos horizontales que prolongaban indeterminadamente las formas, dándolas unas proporciones fantásticamente monstruosas; el aroma silvestre que el fresco viento de una tarde de invierno hacia ondular en anchas y suspirantes oleadas, llevándole consigo; el ligero ruido del seco varillaje de los despojados álamos; la distante esquila del rebaño que tornaba á su aprisco; el canto lánguido y popular del labriego que volvia perezosamente con sus bueyes que arrastraban el arado; el són de la campana de alguna aldea, que retumbaba á lo lejos como una voz del cristianismo; la reunion, en fin, de una multitud de circunstancias enteramente desconocidas para el que jamás ha salido de las ciudades, constituian un todo voluptuoso, embriagador, puro, que venia á ser como un fondo favorable para la hermosura de Magdalena ante la vista, el corazon y el pensamiento de D. Juan.

—¡Oh! bien venido, amigo mio,—dijo ella al jóven, tendiéndole la mano; —os esperaba, os esperaba con impaciencia, porque sabia que no habiais de tardar. ¿Sabeis que ya tengo casa, casa que es enteramente mia?

—¡Cómo! ¿vivís aquí?

—Aquí precisamente nó, sino en esa linda casita.

Y señaló el pabellon que hemos dicho anteriormente estaba unido al cortijo.

—Y vivís.....

—Enteramente libre, caballero, pero sujeta á las buenas costumbres. Ya no me podreis ver sola. Me he trasformado; tendreis que sufrir la presencia de una buena mujer y los cumplimientos de su marido; además de eso, tendreis por testigos cuatro ó seis mozos de labor.

—¿Es decir que os habeis hecho campesina?

—Prefiero la soledad; en el estado en que estoy, D. Juan, el ruido del mundo me haria daño; no hay en él un solo eco que no tenga para mí una significacion.

—¡Qué hermosa estais, amada mia!—dijo D. Juan, que no pudo pasar por más tiempo sin espresar su admiracion.

—Os parezco hermosa, ¿no es verdad? ¿Más hermosa que ayer?

—Sí, ayer erais una tentacion y hoy sois un ángel.

—¿Y me amais como se ama á los ángeles, caballero?

—Yo no sé cómo os amo; pero sé que vuestras miradas me dan sed, una sed terrible de goces en que no habia pensado hasta ahora.

Magdalena palideció.

—¡Ah, D. Juan,—dijo,—ya no sois el hombre de ayer!

—Hoy os amo más.

—Nó, no es eso; ayer erais el hombre de la pureza, hoy sois el hombre del deseo.

—Habeis abierto un infierno en mi corazon.

—Y vos habeis avanzado de una manera terrible en la vida. Me dais miedo, D. Juan.

—¡Miedo! ¿y por qué?

—Creí que vuestro amor me salvaria, y vuestro amor acabará de perderme.

—Magdalena, nuestro amor ha sido sellado con sangre.

—Pero no he sido yo quien la ha causado.

—La ha causado por vos la fatalidad.

—¿Es decir que nuestros amores serán fatales?

—Escuchad, Magdalena: he tenido un horrible sueño.

—¿Y qué habeis soñado?

—Os he visto de dos distintas maneras: como ángel y como demonio.

—¡Ah, D. Juan! Lo bello de lo primero está más que suficiente ennegrecido por lo segundo.

—Teniais un traje blanco, pudorosamente cerrado en el cuello, como ahora, solo que se prolongaba en el espacio, y me mirábais de una manera tan intensa, tan enamorada y tan dulce como ahora.

—¿Y qué era entonces?

—Angel; teniais alas de oro; me llevábais en vuestros brazos en una nube; pero de todo vuestro sér no me tocaba, aunque estaba unido á vos, más que un fragante y suavísimo perfume; yo dormia y soñaba dentro de mi sueño; era una doble fascinacion.

—Yo he soñado que era feliz, D. Juan, que habia olvidado mis dolores, y que estaba unida á vos..... como.....

—¿Cómo?—dijo D. Juan.

Magdalena se ruborizó, y pronunció la palabra hermana, no atreviéndose á pronunciar otra más dulce.

—¡Qué! ¿no podemos ser más que hermanos, Magdalena?

—Tambien soñé—añadió ella—que éramos amantes.

—¿Y qué aconteció despues?

—Aconteció que aquel amor me destrozaba el corazon, que me sentia derrumbada de mi dulce lecho de flores á un infierno horroroso, donde no podia separarme de vos. Y aquel amor crecia, crecia hasta hacerme dar gritos de dolor.

—Yo he soñado tambien que os tenia entre mis brazos, que brillaba desnuda á mis ojos toda vuestra hermosura, que me despedazábais en vuestro delirio de amor, y yo gemia y gritaba; pero aquellos gemidos y aquellos gritos eran de amor, de un amor insoportable, y que sin embargo no bastaba á apagar mi sed.

—¡Ah, D. Juan! ¡seamos hermanos!—dijo Magdalena.

—Seremos lo que podamos ser.

—¡Callad! ¡mis huéspedes vienen! Me han dejado sola un momento, acaso porque sabian que ibais á venir. Aquí hay misterios, y creo que estamos espiados.

—¡Espiados! ¿y por quién?

—Callad; venid esta noche, y hablaremos por la ventana como dos novios. Por ahora, es necesario fingir que nada vemos por nuestra parte, y que nos recatamos.

—Pero ¿no decís que sois libre?

—Para todo, ménos para ser vuestra querida.

—¡Ah, ah!

—Ya están ahí; silencio: meditad un pretesto cualquiera.

En efecto; un hombre como de treinta años, y una mujer de veinticuatro, aparecieron bajo el emparrado. El hombre traia un azadon al hombro, y la mujer un cántaro en la cabeza.

Era el primero de un talante más distinguido del que debia suponerse en un labriego, pudiendo pasar más bien por soldado que ha hecho campañas y ha aprendido maneras en el mundo, un tanto sombrías, si se quiere, pero escogidas; llevaba mal su traje rústico y su pesado azadon. D. Juan vió fijeza y profundidad en su mirada, y cierto desden altivo en su frente; pero nada tenia de estraño hubiese sido otro, y hubiese venido á parar á lo que ostentaba al presente.

Ella era una de esas robustas hija del campo, que serian hermosas, si el viento, el sol, las lluvias y la faenas fuertes no hubiesen puesto rígida y empañada su piel, y robustecido en demasía sus formas. El rojo de sus mejillas era exagerado, un tanto ásperos sus cabellos y ancho su talle, y la voz, de que pudo juzgar en el momento de su llegada D. Juan, bronca y dura, aunque modulada por una espresion de respeto.

—¿Tenemos algo en que servir á vuestra señoría, caballero?—dijo la mujer, poniendo su tratamiento al nivel del traje y del talante de D. Juan.

—Sí, sí, mi buena María,—dijo Magdalena;—este hidalgo deseaba un vaso de leche, y acababa de pedírmelo en este momento.

—Si no es más que eso,—dijo el labriego,—entrad, señor, y descansad; mi mujer os lo servirá.

En tanto que hablaba, los ojos del labriego estaban fijos de una manera inquisidora en Magdalena.

—¿Habeis necesitado algo, señora?—la dijo.

Aquella pregunta equivalia á «¿por qué habeis dejado vuestra habitacion?»

Magdalena comprendió que no estaba libre más que en la apariencia; se enrojeció su semblante, y contestó:

—Nó, nó, mi buen Andrés: nada necesito; habia bajado..... á esparcirme un momento; pero ya es hora de recogerme á mi aposento. ¿Enviareis á que me enciendan la chimenea?

—Iré yo mismo, señora.

Magdalena hizo á D. Juan una reverencia tan respetuosa como si no le conociera, y subió al pabellon, precedida de Andrés, que la daba la mano.

D. Juan, contrariado, y dominándose mal, tomó el vaso de leche que le sirvió María, le gustó, le puso sobre una mesa, y dijo á la labradora despues de un gran espacio:

—¿Es parienta vuestra esa jóven?

—Nó señor,—contestó brevemente María;—es una huérfana que han encargado á nuestro cuidado.

—Y quien os ha hecho ese encargo, ¿qué derechos tiene sobre ella?

—Mi marido os informará, si os importa, caballero,—contestó secamente María.

—¿De qué tengo que informar á este señor?—dijo Andrés, que volvia de acompañar á Magdalena.

—Hablábamos de esa señora.....

—¡Ah! ¿de doña Magdalena?

—Sí, eso es, de doña Magdalena,—dijo con su altivo y dominante acento el jóven;—esa señora no tiene parientes, segun creo; es mayor de veinticinco años, y sin embargo, paréceme que hay quien se apropia el derecho de protegerla.

—Esa dama me ha sido entregada, señor, para que la sirvamos mi mujer y yo: ella ha consentido; se nos paga bien, y nada tenemos que ver en lo demás.

—Sin embargo, paréceme que la tratais con autoridad.

—Os habeis equivocado, caballero; habeis tomado lo seco de mis palabras de un modo distinto del que debiais: es mi carácter.

—¿Es decir que sois su criado?

—Criado, nó; huésped.

—Sea como quiera; criado ó huésped de esa señora, para mí es igual; y pues decís que es libre.....

—Libre enteramente, señor.

—En ese caso, nada tengo que ver con vosotros. Que os guarde Dios.

Y sin una palabra más, salió de la casa, ató el caballo á un puntal del emparrado, subió la escalera que conducia al piso alto del pabellon, empujó la puerta, y entró.

—¿Sabes, Andrés,—dijo María,—que el mancebo es un tanto determinado?

—Tanto peor para él.

—Será necesario avisar á Fray Tomás.

—Aun nó; mientras no llegue cierto caso.....

—Es que ella está enamorada.....

—No importa.

—Y él loco.

—Será necesario resignarse á escuchar tus sandeces,—dijo al fin estallando Andrés.—No hablemos más de esto: nadie sabe mejor que yo lo que debo hacer.

—¡Ay, Andrés, y cuándo dejarás de ser feroz!

Andrés apartó á su mujer de la puerta, la cerró, y sin hacer caso de sus murmuraciones, subió por una escalera de mano á una compuerta del techo, atravesó un desvan, llegó á un pequeño aposento situado al fin de él, abrió un ventanillo y miró por un agujero á la habitacion inmediata.

III.

Era ésta pequeña, pero bellísima: el techo y las paredes estaban pintadas al fresco, á la pompeyana, con adornos rafaelescos en los recuadros, enjutas y cartelas; algunas pinturas místicas al óleo cubrian acá ó allá aquellos adornos, y una ancha puerta-vidriera, medio cubierta al fondo por un cortinaje de damasco rojo, revelaba un dormitorio.

Una mesa de nogal, con tapete de seda, mostraba sobre sí algunos libros de devocion, un tintero y un velon de bronce, cuya luz se unia al reflejo de la llama de una chimenea.

Cuando Andrés se puso en acecho, Magdalena estaba sentada en un sillon, junto á la mesa, y de pié, junto á él, apoyada la mano en su respaldo, estaba Tenorio.

—Decís que se nos espía,—observó el jóven, siguiendo una conversacion empezada.

—Sí, D. Juan,—contestó Magdalena.—¿No habeis reparado en el gesto de ese hombre? ¿No os parece que su semblante, sus maneras y sus palabras desmienten el traje que lleva?

—Sí, sí, de todo tiene ese hombre: de soldado, de bandido..... ¡qué sé yo!... de todo ménos de labrador.

—¿Y no os dice nada tampoco este aposento?

—Me dice que es una discordancia estraña del cortijo.

—Como que ha sido edificado espresamente para mí.

—¡Para vos! ¿Y por quién?

—Por Fray Tomás.

El nombre del fraile se habia hecho difícil á los oidos de Tenorio.

—¿Qué hay de comun entre vos y ese hombre, Magdalena?—dijo no pudiendo contener por más tiempo sus celos, aunque le pareciesen humillantes.

—Prometedme que no os alteraréis.

—¿Tal concepto teneis formado de mí?

—Creo que sois violento, D. Juan.

—Tratándose de vos.....

—Sea como quiera, prometedme escuchar con calma lo que tengo que deciros.

—Os lo prometo. Y bien.....

—Ese hombre me ama.

El rostro de D. Juan se nubló. Los celos habian empezado á destrozar su alma, y en aquel momento se le hacian insoportables.

—Pero ese hombre no debe amaros, señora.

—Vos no me debeis amar tampoco.

—Yo soy libre.

—Nó; si Fray Tomás por sus votos pertenece á Dios, vos perteneceis por vuestra hidalguía al mundo.

—¿Qué quereis decir?

—Quiero decir, que ese mundo injusto, tiránico y cruel siempre, no nos permite ser felices.

—No os entiendo.

—Vos, sin deshonraros,—dijo Magdalena,—no podeis ser esposo de una ramera.

D. Juan calló, sin saber por el momento lo que debia contestar.

—Ni yo, despues de haberos conocido, D. Juan, puedo seguir, ni aun para vos, en esa vida. Nó; yo no seré jamás vuestra manceba.

—Es decir que nuestros amores.....

—Son unos amores desgraciados.

—¡Acaso porque no sois libre!—dijo con orgullo Tenorio.

—¿Quien os ha dicho que mi corazon?....

—¡Fray Tomás!....

—Fray Tomás, caballero, es un hombre demasiado desgraciado, un hombre demasiado generoso.

—¡Desgraciado, generoso!—balbuceó D. Juan, á quien á todas luces desagradaba la conversacion.

—Sí, desgraciado, porque me ama, y yo no le amo; generoso, porque adorándome se sobrepone á sus celos por mi felicidad, y me permite recibir, en el mismo aposento que habia edificado para mi amor, á un hombre que es su rival.

—Creo, señora, que debiamos evitar estas esplicaciones.

—¿Y por qué, D. Juan? Quiero que me conozcais tal cual soy, no tal cual me habeis creido.

—Yo no conozco ni quiero conocer más, sino que me inspirais un amor de Satanás.

—Y decidme: ¿cómo podré yo considerar la pasion que me inspirais, pasion insensata, pasion que ardió en mi alma á la primera mirada, que me ha costado ya lágrimas y terrores, que me ha hecho arrepentirme de mi pasado, porque mi pasado me separará de vos?

—Nada puede separarnos, Magdalena, amándonos como nos amamos.

—Sí, nos separará mi voluntad. Mi voluntad, D. Juan, que es tan firme, tan irrevocable como la vuestra.

—¿Y esa voluntad es hija del miedo?....

—Si yo tuviera miedo, no seria ciertamente por mí, D. Juan; aunque el ser vuestra querida trajese sobre mí la más horrible venganza, lo se-

ria..... ¡sobre todos los terrenos! ¡sobre la salvacion de mi alma! pero tiemblo por vos.

—¿Por mí?—esclamó Tenorio, cuyo orgullo se sublevó.

—Sí, por vos. ¿Acaso creeis que todas vuestras riquezas y vuestro favor con el emperador os servirian de algo, tratándose del terrible Tribunal de que puede disponer como de un arma ese hombre?

—Vuestras palabras, Magdalena, ennegrecen mi alma y la iluminan. Yo no sabia, hasta que vos me lo habeis hecho comprender, cuánta fuerza, cuánta obstinacion, cuánta voluntad existe en mí. Os amo, os adoro, estoy loco por vos, y creo que el infierno mismo no podria arrebataros á mi pasion sin esterminarme.

Y sentándose de repente en el taburete en que apoyaba sus piés la jóven, se apoderó de una de sus manos, y la estrechó convulsivamente contra sus lábios.

—¡Oh! ¡oh! esto ya es algo,—murmuró tras de su escondite Andrés.

—Soltad, D. Juan,—dijo retirando su mano Magdalena;—á más del temor de que mis amores os pierdan, hay otro poder que me disputa á vos.

—¿Y cuál es ese otro poder, señora?

—Mi virtud.

D. Juan miró atónito á Magdalena, no como acusándola su pasado, sino como estrañando el que existiese una virtud tal, que pudiera sobreponerse al amor, segun él le sentia. En D. Juan aquel amor era inmenso, porque estaba acrecido por el deseo.

—Sí, mi virtud,—continuó ella, no comprendiendo bien la espresion de la mirada de D. Juan;—¿os estraña escuchar en mi boca la palabra virtud? ¿Creeis que yo estoy pervertida, viciada? Nó, D. Juan. Yo he sido impura, porque he vivido entre la impureza, porque ésta era para mí una costumbre, porque yo no veia más que la parte corrompida del mundo; pero existia en mí el gérmen del bien, gérmen que vos habeis desarrollado, y que me ha trasformado en una mujer enteramente distinta de lo que era. Sé que seré horriblemente desgraciada, pero he meditado mucho desde anoche acá, y he acabado por resolverme.....

—¿A qué, señora?—preguntó con ansiedad Tenorio.

—A ser vuestra hermana, simplemente vuestra hermana, ó á encerrarme con mi desesperacion en un claustro.

—Y entonces, señora, ¿para qué me habeis hecho soñar amores?

—Yo os he obligado á que me ameis..... como vos me habeis obligado á mí..... estamos en iguales circunstancias. ¡Oh! vos no conoceis aun el mundo, y no podeis comprender cuán grande es un amor que se santifica con el martirio, cuando podria apurar el deleite.

—Sin embargo, vos me habeis dicho, señora, que hay un poder que se opone.....

—Y bien, si yo pudiese sobreponerme á esa voz interna que me grita: ¡nó! cuando mi corazon dice: ¡sí! ¿qué me importarian todos los inquisidores, todos los tormentos del mundo?

—¡Tú serás mia, Magdalena!—dijo D. Juan con un acento que estremeció á la jóven.

—¡Vuestra! ¡vuestra! ¿Acaso no lo soy?

Magdalena fijó en D. Juan una mirada tan profunda, tan ardiente, tan brilladora, que el jóven cayó á sus piés.

—¿Qué haceis, D. Juan?

—Pediros mi vida, Magdalena.

—Pues bien,—dijo ella;—¿sereis mi esposo?

La voz de la jóven temblaba como si le hubiese parecido una audacia inmensa aquella proposicion.

—¡Vuestro esposo! ¿Acaso no me habeis comprendido? ¿Acaso creeis que yo podria aceptar de vos otro amor que el que me perteneciese por entero?

—Pero ¿no temeis, señor,—esclamó la pobre mujer, temblando de alegría y de temor,—no temeis que el mundo?....

—¿Y qué me importa el mundo, alma mia? ¿Acaso ese mundo me dará la felicidad cuando yo se la pida?

—¡Murmurarán de vos!

—¡Mataré á quien murmure!

—Nó, nó, imposible; yo no puedo ser vuestra esposa.

—¡Entonces, me mataré yo!

—¡Vos, D. Juan, mataros vos! ¡Mataros por mí! Nó, nó; suceda lo que quiera..... y ved que en ello, señor, no tengo otro interés que el amor que me inspirais..... suceda lo que quiera, seré vuestra esposa.

D. Juan se alzó, estrechó contra su corazon á Magdalena, y un doble beso crugió en el aposento.

—¡Oh! pues esto es ya más,—observó de nuevo Andrés desde el agujero.

—Idos, D. Juan, idos,—esclamó la jóven;—en el estado á que han llegado las cosas, no debemos vernos tan de cerca; temo que se nos espie, que se piense mal de nosotros, y que una venganza, una celosa venganza destruya nuestra felicidad.

—¡Oh! descuidad; mañana mismo solicitaré mi licencia del emperador.

—Será necesario acompañar una informacion,—dijo temblando Magdalena.

—¿Y qué importa? Si vuestros padres no son nobles, yo haré que lo parezcan.

—¡Ay señor,—esclamó Magdalena,—yo no tengo padres!

—¿Han muerto?

—No los he conocido jamás; nadie los conoce.

—¡Cómo! ¿sois?....

—Hija de la desgracia ó del crímen.

D. Juan miró ya con un doble interés á Magdalena; aquella jóven tan hermosa, en la que el corazon era tan grande como el amor, cuya inmensidad era indudable, parecia estar disculpada de las faltas de su pasado por la desgracia de su nacimiento. De repente, Magdalena creció á sus ojos. Era huérfana y estaba sola en el mundo; D. Juan era una de aquellas organizaciones fuertes para quienes la debilidad ajena es un motivo de respeto, y se decidió á serlo todo para Magdalena: padre, hermano y esposo á un tiempo.

Habia además en la orfandad de la jóven algo que halagaba su esclusi-

visimo: ella no tenia para oponer á su amor ni aun el amor de familia, del cual D. Juan hubiera tenido celos. D. Juan necesitaba para él solo un corazon, un corazon que no tuviese latidos, ni cuidados, ni temores más que para él.

—Pero alguien os habrá criado, señora,—dijo;—en vos no hay huellas de fatiga ni de mendicidad; vuestras formas son tan delicadas y tan puras, que demuestran que no las han alterado el trabajo ni las privaciones. Cualquiera diria que hasta aquí, ó hasta hace muy poco tiempo, habeis vivido, no solo en la abundancia, sino al arrimo de una familia noble, junto á la cual habeis adquirido vuestro altivo talante y vuestro noble trato. Nadie, señora, creeria encontrar en vos una hija del acaso.

—D. Juan, vuestras palabras me obligan á referiros lo que sé de mi historia; historia muy breve y muy triste.

Tenorio se sentó de nuevo en el taburete, y la asió una mano, que ella no se cuidó de retirar.

—Hace veintiseis años, el de 1494, que estando en Madrid la reina doña Isabel, vivia en su alcázar y entre su servidumbre un copero llamado Juan Quiñones. Este hombre habia ascendido á este destino desde halconero, oficio en que era muy diestro: habia tambien sido soldado y valiente durante la guerra de Granada, y la reina le distinguia á la par, por su honradez, su valor y su habilidad. Habia además otro motivo para que la reina le protegiese. Juan se habia enamorado de una judía hermosa, pero pobre, y la judía á su vez se habia enamorado de él; estos amores no habian pasado más allá de las miradas y de los suspiros, porque el halconero, demasiado cristiano para casarse con una judía, era tambien demasiado honrado para seducir á una doncella. Hubo, pues, dificultades, pero las venció el amor. Sarah, que así se llamaba ella, comprendió que todo consistia en la diversidad de religion; huyó de casa de sus padres, se acogió á la reina y la pidió que la tomase bajo su amparo y la hiciese cristiana. La reina acogió á la jóven, que solo tenia diez y siete años, la hizo instruir y fué su madrina de bautismo, despues de lo cual la tomó á su servicio de la manera que lo permitia su clase.

»Allegados de este modo Juan é Isabel (que así se llamó Sarah, tomando el nombre de su noble y poderosa madrina), no por eso el halconero fué más esplícito, aunque no dejaba dia en que, con cualquier pretesto, no se personase más de tres veces en el aposento donde Isabel bordaba ó cosia entre las costureras de la reina, y cada vez las miradas eran más fijas, los suspiros más profundos; Isabel no podia dudar de que Juan la amaba, pero, quitado el obstáculo del judaismo, tampoco podia comprender su silencio. Dióse á buscar la causa del retraimiento de Juan, y averiguó que lo que le contenia era la firmeza y continuacion de sus padres y de sus hermanos en la ley de Moisés.

Entonces Isabel, la costurera, se arrojó á los piés de Isabel, la reina, y la pidió permiso para separarse de ella. La reina se lo concedió, y la dió oro y alhajas, porque se trataba de una gran empresa: la cristiana nueva se habia propuesto convertir á toda su familia.

»Y como el amor todo lo puede,—observó Magdalena, estrechando suave-

mente la mano con que D. Juan asia la suya,—se amañó de tal modo Isabel, dió tan á tiempo á su padre muestras inequívocas de la munificencia de la reina, que vencido el avaro Roboan, comprado por su hija, asió un dia de su esposa Raab y de sus dos hijos, abjuró de su religion, y bajo el padrinazgo de la reina fué bautizado y empleado de veedor de abastos en la villa de Madrid.

»Entonces, ya sin obstáculos, desbordóse el amor de Juan, y la reina tuvo ocasion de ser de nuevo madrina de Isabel; pero esta vez fué para casarla con el halconero, que podia decirse habia servido de causa para que entrase en el gremio de la Iglesia toda una familia de judíos. Juan fué nombrado copero de la reina, en recompensa de una cristiandad tal que habia sabido sobreponerse al amor.

»A pesar de la intensidad de este amor, el matrimonio no habia tenido fruto de bendicion durante dos años, y continuaban aun con los mismos empleos en la servidumbre de la reina ambos esposos, sin tener familia que les impidiese entregarse enteramente al servicio. Isabel, pues, habia llegado por la continuidad á hacerse una costumbre para la reina, que tuvo ocasion de apreciar en lo que valian las buenas prendas de la bordadora.

»Llegó en esto el mes de Setiembre de 1494, y una noche la reina llamó á Juan Quiñones.

—Sé que tienes deseos siempre de servirme, Juan.

»Juan, turbado por la gran merced que le hacia la reina hablando mano á mano con él, no supo más que callar y ponerse colorado.

—No tienes hijos, y yo te daré uno.

»Aquí Juan, por más que quiso, no pudo callar.

—¿Un hijo, señora?

—Un hijo precisamente, nó, Juan, sino una pobre huérfana, á quien quiero que ames y protejas como si fuera tu hija, porque es mi ahijada.

»Juan aceptó con reconocimiento la honra que le hacia la reina; su mujer dejó de ir á la cámara de las labores, porque tenia una hija de quien cuidar, y Juan dejó de ser copero, porque para no perder de vista á aquella niña, á quien la reina queria que se educase de una manera conveniente, no podia seguir la córte, que en aquellos tiempos no estaba fija. Cuarenta dias despues de aquel en que habia recibido á la huérfana, montó á caballo una mañana, por órden de la reina, y fué hasta Sevilla acompañando un coche, en que iba escoltada por arqueros reales una noble dama, á quien en todo el camino no pudo ver el rostro. Aquella niña, amadrinada por la reina, era yo. Aquella dama, mi madre.

»Durante todo el camino, la incógnita fué cubierta con un antifaz y un manto; cuando llegaban al fin de la jornada, la dama se hacia servir la comida, y no la consumia sino cuando estaba enteramente sola y encerrada: nadie habia visto su rostro, ni nadie, por alto que fuera su poder, hubiera podido verla, porque protegia su incógnito una cédula real.

—Y de ese modo, ¿cómo pudo descubrir vuestro padre adoptivo que aquella mujer era una dama, y á más de eso vuestra madre?

Magdalena separó suavemente de sí á D. Juan, se levantó, entró en el dormitorio, y sacó de él un cofrecito de cedro.

—Vais á ver, D. Juan, lo que nadie ha visto más que Juan, su esposa Isabel, el inquisidor Fray Tomás y yo.

Despues de esto, Magdalena abrió el cofre, y de entre sus pobres joyas sacó una cajita de nácar, incrustada de oro, cuidadosamente envuelta en un pañito de seda. Dentro habia una magnífica cruz de brillantes, pendientes de no ménos rico broche que cerraba una gargantilla de perlas hermosísimas.

—¿Ceeis, D. Juan, que quien posee esta alhaja puede llamarse pobre?

—¡Oh, nó, nó; este collar debe tener un valor inmenso!

—Pues bien, nunca me ha ocurrido el pensamiento, ni aun en dias de miseria, de venderlo, como nunca se me hubiera ocurrido el vender á mi madre.

—¡Qué! esta alhaja.....

—Durante la última jornada en que Juan Quiñones acompañó á aquella dama, le llamó junto así, y le hizo entrar en el coche.—Vos teneis en vuestro poder una niña que se llama Magdalena, dijo aquella señora profundamente conmovida.

La voz de Magdalena, al pronunciar estas palabras, temblaba; era dulce, tímida, apasionada, y una lágrima vacilaba en sus hermosos ojos.

—Sí señora, respondió Juan asombrado; he adoptado á esa pobre huérfana,—dijo Magdalena, continuando su relato.—¿Y la amais? añadió la dama con doble interés.—No tengo hijos, señora, ni espero tenerlos; Magdalena será mi hija.—¡Ah! no la oculteis nunca que tiene una madre que la ama; no eviteis el que me ame tambien; porque no soy culpable en ser su madre..... porque me separa de ella la fatalidad.—La dama lloraba amargamente, y al referírmelo lloraba Juan.

Y Magdalena lloraba tambien al decirlo á D. Juan, que estaba conmovido, y conoció que era una ridiculez el tener celos del amor de una hija para con su madre.

El mismo Andrés Ceballos, á pesar de su ferocidad, se sentia conmovido tras de su escondite, desde donde no perdia una sola palabra.

—La desgracia, una horrible desgracia, continuó la dama, me impide el que jamás pueda estrechar contra mi corazon á la hija de mi alma. Para que tenga un recuerdo mio, tomad (entonces sacó de su seno esta cajita y la dió á Juan). ¡Dios bendiga á la noble y caritativa reina doña Isabel, añadió mi pobre madre; sin ella, no podria yo dejar este recuerdo á mi hija!

—¡Oh! era una gran reina doña Isabel la Católica,—esclamó con entusiasmo D. Juan;—yo tambien soy su ahijado, y siento ¡vive Dios! el que haya muerto, porque no puedo verter mi sangre en su servicio. Pero la verteré por su nieto el emperador. ¡Nacimos en una misma hora, en un mismo dia! Si yo fuera rey, le llamaria mi hermano. Pero continuad, Magdalena.

—La reina, para que aquella pobre madre pudiera dejar algo á su hija, abrió un dia su guarda-joyas y la regaló este collar.—Decid á mi querida Magdalena, continuó la dama, que guarde siempre esta cruz en memoria de la reina, en memoria mia; si esa alta y poderosa señora vive cuando ella pueda servirla, que sea su esclava, porque se lo debe todo. Sin la reina, ¿qué seria de mí? ¿qué seria de ella?—En vano Juan quiso saber el nombre de la

dama, en vano quiso ver su rostro. Ella le despidió dulcemente, y las últimas palabras que le dijo, fueron:—Decid á mi hija que ore por su padre y que no le maldiga: yo le he perdonado, que le perdone ella tambien.

—¿Y no pudo Juan averiguar?....

—Nó, no pudo de ningun modo, al llegar cerca de Sevilla, se acercó á ellos un hombre solo y á caballo; llevaba el rostro cubierto con un antifaz, y mostró á Juan una órden de la reina en que se le prescribia le entregase á mi madre y se volviese desde el mismo punto. La dama salió del coche, montó á la grupa del desconocido, que se entró en la ciudad, y Juan se tornó. Mi madre habia desaparecido como un alma que se pierde en la eternidad.....

—Pero la reina.....

—Juan se atrevió á preguntarla, y solo tuvo una respuesta severa. Nueve años despues, aquella ilustre señora murió. Yo me acuerdo, como de un sueño, de que algunas veces haciamos un corto viaje, y Juan me llevaba engalanada, con este collar prendido, á una gran casa guardada por hombres armados, y de que á través de muchas ricas habitaciones, entrábamos en una donde encontrábamos á una dama hermosa todavía, que me tomaba sobre sus rodillas, me besaba y me llamaba su hija. Aquella dama era la reina doña Isabel. Un dia Juan entró en la habitacion donde yo estaba con su esposa, aterrado, trémulo, fuera de sí; la reina habia muerto, y el dolor de Juan no era más que el eco de la consternacion de un reino que habia perdido á su madre.

»Juan me tomó sobre sus rodillas y me besó llorando. Desde la muerte de la reina todo cambió: la renta que percibia para mi manutencion de las arcas reales empezó á faltar, y al fin fué suprimida por el rey D. Felipe; la misma soldada de Juan escaseó, á pesar de que habia ganado sus inválidos con su sangre sobre los campos de batalla, y la miseria asomó á nuestras puertas. Ni Juan ni su mujer se acordaron de que este collar podia hacerlos ricos. Era para ellos un depósito sagrado. El dolor y la pobreza, á que no estaba acostumbrado; el vernos á su mujer y á mí careciendo hasta de lo necesario, minaron su existencia y cayó en el lecho para no levantarse más. Entonces tenia yo quince años, y era hermosa, hermosísima, segun decian nuestros conocidos. Juan me llamó junto á sí, me contó mi historia, me entregó esta joya, y como si la muerte no hubiera esperado á más, se apoderó de su presa.

»Quedamos solas, pobres y sin amparo; Isabel no contaba más que treinta y cuatro años; tenia esa hermosura fuerte y privilegiada de las razas de Oriente, y se conservaba bella, más bella aun por la melancólica espresion de su dolor. La miseria la hizo recurrir de nuevo al trabajo, y todos los dias salia á llevar su labor y á recibir su mezquino precio: trabajaba dia y noche, y yo trabajaba con ella: así vivimos un año; lentamente la belleza de Isabel empalidecia: era delicada, y la mataba el trabajo; pero jamás se quejaba, y yo no comprendia que se asesinaba por mí, porque no me faltase pan. Al fin llegó á un punto en que no pudo pasar más allá: un dia desperté y la encontré con fiebre. ¡Vos no sabeis lo horrible que es una enfermedad para un un pobre! No se llama al médico, porque no se tiene para pagarle; y si hay un médico caritativo, es inútil, porque el médico solo no cura: ¡falta dinero

para los medicamentos! Se piensa en el hospital, pero el hospital aterra; y solo cuando no hay remedio, cuando la curacion es imposible, cuando el terror de la muerte es mayor que el que inspira el pensamiento de ocupar un lecho, cuyas ropas están saturadas con el sudor de cien cadáveres, cuando la naturaleza se rinde, cuando ya el enfermo es casi un cadáver, entonces y solo entonces se entra en un hospital.

—¡Un hospital!—esclamó interrumpiéndose la jóven.—Dicen que un hospital es un asilo de caridad. ¡Mentira! un hospital no es más que la muestra, el testimonio de la miseria humana y del confinamiento del desgraciado. Si se practicase la caridad por todos, ¿cómo comprender la indigencia? No existiendo la indigencia, ¿para qué servirian los hospitales?

Esta teoría social habia salido con un profundo acento de desprecio de los lábios de la jóven.

—Sin embargo, Magdalena.....—esclamó D. Juan.

—Nó, no creais—añadió ella adivinándole—que yo niegue la caridad, la ardiente caridad del que funda un hospital, nó; lo que yo culpo, lo que yo desprecio es ese egoismo, esa insensibilidad general que los permite, ó por mejor decir, que los hace necesarios. Si cuando un semejante nuestro está enfermo; si cuando sufre, sus vecinos, sus allegados, corriesen á su socorro; si cada uno pusiese un poco de su parte, no habria necesidad de hospitales ni asilos: yo creo, D. Juan, que los hombres deben ser hermanos..... yo creo que la caridad no debe practicarse en conjunto, sino por cada uno de por sí. Hé ahí por qué digo que un hospital, que un asilo, que un hospicio, no son otra cosa que el testimonio de la miseria humana.

—¿Y si yo fundase un hospital?—dijo D. Juan pensativo.

—¡Oh! hariais bien, obrariais de una manera digna de ser recompensada por Dios, porque, en fin, más vale el horrible lecho de un hospital, que una muerte más horrorosa entre el hambre, la desnudez y el abandono.

Despues de esta interrupcion, Magdalena volvió á tomar el hilo de su relato.

»Llegó un dia en que, desesperada ya Isabel, pronunció la palabra *hospital;* yo me aterré, y fuí en busca de mi joya.—No irás al hospital, madre mia, la dije.—¡Oh! no busques, me contestó Isabel, porque yo he temido que pensases en servirte de esa alhaja, y la he depositado en lugar seguro. Esa alhaja no te pertenece; es de tu madre.—Pero tú, Isabel, eres tambien mi madre..... estás enferma.....—Nó, no pensemos en eso..... jamás..... por ella podrás encontrar un dia á tu madre. ¿Quién sabe? No hablemos más.—Inútiles fueron mis lágrimas y mis quejas; Isabel no cedió. Aquel mismo dia entró en el hospital de la Latina, y un mes despues murió.

»Quedé sola en el mundo. Un anciano sacerdote, el confesor de Isabel, me buscó entonces, me entregó esta alhaja, y me proporcionó trabajo y habitacion en casa de una bordadora de oro.

»Encontréme, pues, al cumplir los diez y seis años, hermosa, inocente y abandonada á mí misma; durante cuatro años mi existencia se invirtió en un trabajo penoso y en una servidumbre humillante; la bordadora tenia celos de lo que sus conocidas llamaban mi hermosura, y se vengaba de ella humillán-

dome. Yo, sin embargo de esto, sufria á aquella mujer porque era honrada. Pero el sufrimiento gasta poco á poco la constancia, hasta que la destruye; cansada de esperar una mejora en mi suerte, empecé á prestarme á las galanterías de los adoradores, que aprovechaban una ocasion de hablarme, y acabé por preferir el ser señora y deshonrada, á ser pura y esclava. Entonces conocí por mi desdicha á D. Pedro de Avendaño.....

—¡Avendaño!—esclamó palideciendo horriblemente D. Juan.

—¡Oh! Avendaño hizo lo que hacen todos: era rico y noble, y no debia pensar en una bordadora más que para hacerla su querida; yo tampoco exigia más. Enloquecida por el sufrimiento, me arrojé á sus brazos, despedacé al principio mi alma, y despues me acostumbré á las orgías, á los desórdenes; yo era la mujer más codiciada, la mujer mejor servida de Madrid. Pero llegó un dia en que Avendaño me abandonó.

D. Juan escuchaba con una terrible espresion á Magdalena; sentia que un odio cruel germinaba en su corazon para Avendaño.

Magdalena continuó su historia de un modo semejante á como habia referido su última parte la noche antes á Fray Tomás: cuando concluyó, la frente de Tenorio estaba cubierta de sudor.

—Pero estas desgracias—añadió ella cuando hubo concluido—las he olvidado ya, y han sido compensadas, puesto que sin ellas no os hubiera conocido, D. Juan; y si no os hubiera conocido, sabe Dios lo que hubiera sido de mí. Vos me habeis revelado lo que son el amor y la conciencia, y me he encontrado pura; mi alma no se ha viciado..... ni se viciará..... lo juro por la cruz de mi madre.

Magdalena se puso la gargantilla, que no era más blanca ni nacarada que su cuello.

—Ved,—dijo sonriendo á D. Juan;—sin vos, esta joya hubiera permanecido oculta en ese cofrecillo; no me la hubiera puesto jamás.

—¡Jamás! ¿Y por qué?

—Porque yo nunca hubiera permitido que los ojos de un amante de un dia, al descubrir mi seno, hubieran visto sobre él la cruz de mi madre; porque, desde hoy en adelante, solo la veré yo, si sois mi hermano; solo vos, si sois mi esposo.

—¿Y si yo quisiese probar vuestro amor, Magdalena?

—Hariais mal, D. Juan.

—¿Seriais invencible?

—No digo lo que seria, pero sé que lucharé con todas mis fuerzas.

—Pues bien, yo os juro combatiros cuanto me sea posible; os juro tambien que sereis mi esposa, pero despues de haber sido mi amante.

—Hágase la voluntad de Dios,—esclamó Magdalena levantando los ojos al cielo.—Entre tanto, aunque yo me resigne á esa lucha, será necesario que no nos volvamos á ver de este modo; será necesario que no entreis aquí hasta que.....

—¿Éntre como amante?

—Hasta que entreis como esposo ó como hermano.

—En ese caso, adios, dulce enemiga.

—Adios, D. Juan, y Dios quiera que no os pese el sujetarme á esa prueba.

Á pesar de estas protestas y de la firmeza que se atribuia la jóven, al entreabrirse y cerrarse la puerta, resonó un doble é imprudente beso.

Andrés se aseguró de que Magdalena habia quedado sola; la vió sentarse cerca de la mesa, abismarse en sus pensamientos y llorar.

—Decididamente,—dijo Andrés retirándose de su acecho,—esa mujer ha nacido para ser desgraciada. ¡Imbécil! ¡cuando la seria tan fácil hacer un esclavo de Fray Tomás!

Tras esto, bajó del desvan, abrió la puerta del cortijo, salió cautelosamente y examinó los alrededores. Todo estaba en silencio. D. Juan habia partido.

Entonces subió por la escalera del pabellon, y llamó á la puerta.

—¿Quién es?—preguntó Magdalena con sobresalto.

—Soy yo, señora,—contestó Andrés.

Abrióse poco despues la puerta, y entró.

Á la luz del interior pudo notar que tenia puesto aun el collar, cuya cruz se ocultaba bajo la cotilla.

—He esperado á que saliera ese caballero—dijo—para ponerme á vuestras órdenes.

—Ese caballero, Andrés, es mi prometido.

—Creia, segun pude juzgar, que no le conociais.

—Sabedlo, pues, pero no volverá á entrar aquí; podrá suceder, sí, que venga todas las noches á hablar conmigo por la ventana, para lo que será oportuno alejeis vuestro perro. Es un animal feroz.

—Le enviaré al pueblo, señora.

—Á más, mientras ese caballero hable conmigo, velad vos, ó al ménos alguno de vuestros mozos. Este lugar es solitario y apartado.

—Velaré, señora; si acontece algo, con tirar del cordon de vuestra campanilla.....

—Bien, bien. Buenas noches.

—¿No quereis cenar?

—Nó, me siento mala..... levemente..... esto pasará con el sueño.

—Si quereis que os acompañe mi mujer.....

—Nó, nó,—se apresuró á decir Magdalena.

—En ese caso, que Dios os dé buenas noches.

Andrés salió, y Magdalena entró en su dormitorio; vacilaba su cabeza, latia apresurado su corazon; la cruz de brillantes de su madre ardia sobre su seno y la gargantilla la hacia sentir en derredor de su cuello una sensacion voluptuosa. Magdalena se sentia desfallecer de amor, y trémula, palpitante, se dejó caer de rodillas sobre su reclinatorio, y elevó á Dios una súplica fervorosa.

Pero como si Dios, para probarla, la dejase abandonada á sí misma, el golpe de una piedrecilla resonó en su ventana.

Magdalena no pudo contenerse; se levantó, fué á ella, y la abrió. D. Juan habia vuelto, y estaba á caballo debajo de la ventana; no habia tenido valor para esperar á otro dia la práctica de esa ocupacion nocturna que, en el len-

guaje de los amantes españoles, y en especial de los andaluces, se llama, no sabemos por qué, *pelar la pava*.

Era cerca del amanecer cuando D. Juan se alejó, y cuando Magdalena cerró la ventana. Habia empezado la lucha, la lucha protegida por el misterio y el silencio de la noche, perdida en la inmensidad de la sombra y el espacio, y ardorosa é incitante como el deseo que la presidia. Magdalena la habia sostenido con valor, pero no sin salir herida en el corazon. Aquella lucha la daba miedo.

Acostóse, en fin, desalentada, sin fuerzas, enteramente subyugada á don Juan, y éste llegó á su casa enteramente esclavo de Magdalena.

IV.

El alma de D. Juan, tan tranquila, tan inocente á su llegada á Madrid, estaba ya afectada con el desarrollo de grandes pasiones. Lo que Aurora le habia predicho á bulto, á la vista de las líneas de su mano, siguiendo la rutina del charlatanismo de los gitanos, se habia cumplido en parte: amaba á tres mujeres. Lo que el instinto de Aurora habia temido, se realizaba tambien: Tenorio aborrecia á Avendaño.

Aquellos amores y aquellos odios nuevos, y por lo mismo más exigentes para la jóven alma de D. Juan, se revolvian dentro de ella, fermentaban, se empujaban, por decirlo así, recíprocamente, y de este cáos de afectos resultaba una vacilacion de la voluntad entre ellos, puesto que D. Juan, enérgico para todo, no podia, no sabia clasificar, subordinar entre sí cada uno de aquellos afectos. Si Magdalena se habia apoderado de su alma, sus sentidos pertenecian á Lind-Arahj, su orgullo á Inés, su odio á Avendaño; y esta lucha destellaba raudales de fuego que iluminaban el pensamiento de D. Juan y formaban su esperiencia, bien así como las chispas arrancadas del choque de dos pedernales producen la luz aplicadas sobre una materia inflamable.

D. Juan poseia un talento claro, una imaginacion viva y una lógica profunda; á fuerza de luchar, clasificó al fin sus afectos y se durmió, una vez satisfecho de sus deducciones, murmurando estas palabras:

—Magdalena será mi esposa; la dama incógnita mi querida; doña Inés mi esclava, y Avendaño mi odio, mi enemigo á muerte.

Más adelante tendremos ocasion de ver cómo se cumplieron los pronósticos de D. Juan.

V.

Atento por igual á cada uno de sus propósitos, todas las noches hablaba por la ventana con Magdalena; todos los dias Gabilan salia de la casa á seguir en su empeño acerca del descubrimiento de Lind-Arahj, y el jóven, con más

frecuencia de lo que antes habia acostumbrado y con pretesto de la muerte de D. Gaspar, redoblaba sus visitas á casa de D. Gonzalo de Ulloa.

El vencimiento de cada una de estas empresas parecia haber sido ordenado por el destino de una manera singular. Durante quince dias, Magdalena se habia mostrado inexorable, y en muchas ocasiones su ventana se habia cerrado tras alguna palabra atrevida de D. Juan. Gabilan habia descubierto que la dama habia quedado sola en Madrid; se tenian esperanzas, y esto era ya algo: en cuanto á doña Inés, á pesar de haberse restablecido de su enfermedad, se habia negado obstinadamente á la vista del jóven.

D. Juan tuvo paciencia y redobló sus ataques por la parte que estaba más espuesta á sus tiros. Magdalena, empeñada en una apuesta de resistencia, empezaba á ceder; ya consintió en recibir de dia y á solas á D. Juan, le toleraba ciertas dulces intimidades, pero cuando el jóven pensaba triunfar, la mano de Magdalena, aunque trémula, asia siempre el cordon de la campanilla. Don Juan se desesperaba, pero era necesario ceder á aquella terrible defensa.

Pero ¿qué podia, en fin, una pobre mujer enamorada contra un amador audaz, y á más de eso, hermoso é incitador? Acabó por desear lo mismo que disputaba, se defendió en los últimos momentos, más por sucumbir con honra que por desear el triunfo, y al fin una noche, aquella misma noche en que Gabilan supo el paradero de Lind-Arahj, la puerta de aquel pabellon tan defendido se abrió en altas horas. Magdalena, trémula, desfallecida de amor, cayó entre los brazos de su vencedor, y D. Juan vió al fin sobre el hermoso seno de la jóven, antes de ser su esposo, la cruz de brillantes de su madre.

Tambien en aquel momento un hombre se separó de la mira que correspondia al desvan del cortijo, y dijo con voz reconcentrada:

—Hé aquí lo que debia suceder: Fray Tomás es un imbécil; lo quiso, y ha sido; debe saberlo, y lo sabrá.

Aquel hombre era Andrés Ceballos.

Antes del amanecer se abrió la puerta del pabellon, y resonó en ella un beso indescribible.

—Juan, Juan mio, alma de mi alma, adios,—dijo hechiceramente conmovida Magdalena.

—Hasta la noche, corazon mio,—dijo D. Juan.

Resonó otro beso, crugió la escalera bajo la planta del jóven, y al torcer la esquina para tomar su caballo, tropezó con Gabilan, que estaba en pié contra ella y dormido.

—¿Quién va?—dijo con sobresalto.

—¡Ah! eres tú, Gabilan. ¿Qué hacias ahí?

—Os guardaba el sueño, señor.

—¡Durmiendo!

—Quien ha de trabajar debe dormir. Hoy me espera un buen planton, señor.

—Tráeme el caballo.

Gabilan obedeció, y amo y lacayo se alejaron; cuando estuvieron á una distancia tal que no podian ser oidos desde el pabellon, aunque hubieran hablado en voz alta, Gabilan dijo recatadamente á su amo:

—Ya la tengo, señor, ya la tengo.

D. Juan estaba distraido, no pensaba más que en Magdalena, y no comprendió á Gabilan.

—¿Qué es lo que tienes, imbécil?—le dijo.

—¿Qué he de tener, señor? la dama.....

—¿Qué dama?

Gabilan, á esta pregunta, se detuvo, temeroso de que faltase algun sentido á su amo. Pero á la débil luz del alba vió en su semblante una espresion tal, que no permitia el pensamiento de que se hubiesen amenguado sus facultades; el rostro de D. Juan resplandecia, y sin embargo, daba miedo su espresion grave y profunda; el conocimiento del amor bajo su faz material, la posesion entera de él, el recuerdo de esas confesiones, que solo hace una mujer cuando ya no se pertenece, habian causado en D. Juan una impresion profunda, incalculable. Empezaba á gozar los placeres satánicos de su sueño misterioso, y su semblante resplandecia con la torva hermosura del ángel caido.

Gabilan comprendió que debia callar, y calló; pero D. Juan, cuya curiosidad habia escitado, le interrogó.

—Creo haberte oido decir que has encontrado.....

—Sí, sí señor,—dijo Gabilan;—he encontrado á la dama del viaje.

—¡Ah!—esclamó lanzando un largo suspiro D. Juan.—¿Y dónde vive?

Gabilan estendió el brazo hácia la quinta de los Ulloas, y contestó lacónicamente:

—Allí.

D. Juan no contestó; apretó las espuelas á su caballo, y se encerró en sí mismo. Necesitaba anegar toda su alma en el tormento de su felicidad.

Apenas amo y lacayo se perdieron de vista desde el cortijo, cuando se abrió la puerta de éste y salió un mozo, que tomó á buen paso el sendero que conducia al camino.

Aquel mozo llevaba una carta de Andrés Ceballos, concebida en estos términos:

«Doña Magdalena es ya la querida de D. Juan.»

Aquel fatídico renglon fué á hacer saltar de su lecho á Fray Tomás de la Santísima Trinidad.

VI.

Lind-Arabj permaneció largo tiempo sin sentido; nadie vino en su socorro, nadie habia oido la estraña conversacion sostenida entre ella y la gitana, y cuando tornó en sí, se encontró sola.

El reloj de la cámara dió entonces las siete de la mañana. Una línea blanquecina se detallaba sobre el fondo oscuro del dormitorio, en las puertas del balcon, y la lámpara de noche chascaraba próxima á estinguirse. Lind-Arabj adelantó hasta el balcon y le abrió; á través de sus cristales, empañados por

la helada de la noche, se veia un cielo diáfano, uno de esos cielos fuertemente azules de invierno, á quienes no empañan las emanaciones de la tierra, que duerme aterida bajo el hielo.

Lind-Araj sintió una recóndita y triste satisfaccion; aquel hermoso dia no la alegraba por la pureza de su cielo, ni por lo radiante de su sol, que iluminaba ya con sus primeros rayos las puntas nevadas de Guadarrama, sino porque se prestaba de una manera natural á la salida de su doncella Esperanza.

No era ya el amor el que la impulsaba hácia D. Juan; habia en aquel deseo otro sentimiento más sublime, más grande: su amor de madre.

La gitana habia escapado, merced á su desmayo, y era necesario que aquella mujer, que de una manera tan terrible estaba enlazada á su historia, fuese presa, obligada á declarar por el terror y por el tormento. Lind Arahj necesitaba para ello del amor de D. Juan, y estaba resuelta á sacrificar sus últimos escrúpulos, á dar rienda suelta á su pasion por el jóven, á fascinarle, á encontrar por su medio á su hijo.

Su hijo, que debia ser hermoso y valiente como su padre; su hijo, en quien su amor de madre no sospechaba, no temia existiese la misma ferocidad, el mismo instinto cruel del comendador; su hijo, á quien ella protegeria sin presentársele jamás, con quien partiria sus tesoros sin que él conociese la mano que se los ofrecia; su hijo, que seria el amigo, que era ya el hermano de quien pensaba hacer su esposo.

El corazon humano es un abismo sin fondo. No hay nada tan metafísico, tan casuista como él, cuando se ve obligado á armonizar sus deberes con sus deseos. La esposa, si bien la esposa de un dia de D. Geofre Tenorio, afrontaba al fin, enamorada y loca, un enlace con el hijo de aquel mismo comendador; Lind-Arahj se creia libre para ello, y hé aquí las razones en que se fundaba:

—Yo verdaderamente—se decia—no he amado jamás: era una niña cuando aquel hombre funesto fijó en mí sus miradas; es cierto que creí amarle, pero me engañaba; aquel no era amor, era el desarrollo de mis pasiones; si hubiera amado á aquel hombre, le hubiera deseado como deseo á D. Juan: cuando desperté de mis sueños de pureza entre sus brazos, me horrorizó, le tuve miedo, me avergoncé; el hijo, fruto de aquella violencia, fué maldito por mí antes de ver la luz, porque era el hijo del asesino, del sacrílego, del miserable: nó; en mí no hubo voluntad, sino desgracia; yo soy vírgen, enteramente vírgen, porque siento en mí la misma pureza que hace veintiseis años, antes de que Geofre me hiciese su víctima. Si no luchase con mi pureza, si escuchase solo á mi corazon, ya me hubiera arrojado á los brazos de D. Juan. Sí, sí; yo soy libre: ni mi corazon ni mi pensamiento aceptaron al comendador; estaba ciega, y su crímen no debe arrancarme mi felicidad. Además, nadie conoce mi historia. Mi hermano murió, y Alarcon callará. Si encuentro á mi hijo, le protegeré; pero jamás sabrá que soy su madre.—Y luego añadia, obedeciendo á un fatalismo oriental:—¿Por qué Dios me ha devuelto la razon? ¿Por qué, en vez de marchitar mi hermosura, la ha acrecido de tal modo, que no puedo mirarme al espejo sin abrasarme en mis propias miradas? ¿Por

qué esta sed de amor que me consume, sino porque está escrito que esta hermosura y este corazon ardan en la hermosura y en el corazon de D. Juan?

No siempre, sin embargo, habia pensado del mismo modo Lind-Arahj respecto á Tenorio. Desde el momento en que le vió, se sintió subyugada á su hermosura; hermosura poderosa, porque, como hemos dicho ya, D. Juan era una semejanza perfecta de su madre; hermosura irresistible, que habia hablado al sensualismo, nó al alma, nó al corazon de Lind-Arahj: aquella alma estaba desesperada, y aquel corazon seco por la desgracia; pero quedaba la materia, esa materia que á veces domina al espíritu, su señor, y le esclaviza; Lind-Arahj lo comprendió y se aterró; luchó con aquel deseo fatal, le dominó por algun tiempo; pero al fin, por un estraño misterio de la vida, el espíritu se identificó con la materia: el deseo se convirtió en amor, el amor en locura, y la locura en enfermedad del espíritu, terrible, inmensa, rabiosa; un poco más de sufrimiento, y Lind-Arahj lo hubiera olvidado todo, hubiera roto por su recato, y hubiera buscado á D. Juan.

Su amor para con el jóven era superior á su amor de madre: no sabemos por qué deseaba más el encontrar á D. Juan, si por él mismo, ó porque le ayudase al descubrimiento de la suerte de su hijo.

Porque Lind-Arahj, si bien por el momento se habia aterrado hasta desmayarse al escuchar la terrible revelacion de Aurora, al volver en sí habia recordado circunstancias que parecian desmentirla. Su vista de madre habia comprendido que aquella mujer la engañaba, que su hijo vivia, y habia resuelto á todo trance llegar por medio de D. Juan hasta el fondo de este misterio.

Mientras estaba envuelta en este torbellino de pensamientos, su vista erraba distraida sobre el campo; pero acontecieron en él tales cosas, que su atencion se fijó.

Un coche de camino, negro y enorme, tirado por seis mulas negras tambien, y rodeado de una escolta de soldados de la Fé, habia parado en el camino de Hortaleza, en la embocadura de la senda que conducia al cortijo del Vivero.

Lind-Arahj habia reconocido á aquellos terribles soldados por sus cascos redondos, sus coletos rojos y sus cruces por mitad negras y blancas; y como quiera que la Inquisicion, por el terror que la acompañaba, bastaba para dominar á todos los terrores y á todas las pasiones, Lind-Arahj fijó su atencion en aquel coche y en aquellos soldados.

¿Qué iban á buscar allí? No se trataba de la quinta, puesto que se habian detenido mucho más allá; ni del pueblo, porque hubieran seguido adelante: el punto amagado por el Santo Oficio era el cortijo.

En efecto; apenas se detuvo el coche. se abrió la portezuela, y salió de él un fraile dominico. La escelente vista de Lind-Arahj le reconoció á pesar de la distancia: desde su estancia en la quinta habia visto algunas veces á aquel fraile entre las escasas visitas del comendador Ulloa: era Fray Tomás.

Pero más sombrío, más lívido, más alterado que nunca; su paso en direccion al cortijo era rápido, seguro, terrible; parecia reflejarse en él un pensamiento decidido y profundo.

Seguianle á pié un capitan de la Fé, espada en mano, y diez soldados que habian dejado las lanzas al pié de sus monturas, y llevaban afianzados los arcabuces.

Antes de que llegasen al cortijo, salió de él un hombre, se adelantó y habló algunas palabras con el fraile; despues de esto siguieron adelante, subieron el fraile y el hombre, que era Andrés Ceballos, las escaleras del pabellon que ocupaba Magdalena, abrieron y entraron, en tanto que los soldados rodearon el cortijo.

Permítasenos que, usando de nuestro poder de traslacion, como escritores, refiramos lo que no pudo ver Lind-Arahj, por impedirlo las paredes del pabellon.

Andrés Ceballos quedó en la antecámara, y Fray Tomás entró, atravesó la cámara y llegó al dormitorio, al pié del lecho de Magdalena.

Una lámpara de noche, colocada sobre una mesita junto al lecho, le iluminaba por completo. Magdalena dormia, y sin duda la halagaba un hermoso sueño, porque en su boca entreabierta se dibujaba una sonrisa de deleite; sus negros cabellos, desordenados, ondulantes y profusos, caian parte sobre las almohadas, parte sobre sus hombros y su cuello; sobre su redondo y desnudo seno, suavemente agitado por su aliento, relumbraba la cruz de brillantes, y sus bellísimos brazos, cruzados sobre su talle, sujetaban las revueltas ropas del lecho.

Fray Tomás por aquella vez no apartó los ojos de los encantos de Magdalena; por el contrario, parecia que aquella mirada intensa, profunda, terrible, deseaba reducir á cenizas su hermosura; la estatua inmóvil del esterminio, á quien se hubiera cubierto con un manto y un hábito, no hubiera parecido más sombría ni fatídica.

Por un momento el semblante del fraile permaneció lívido, ceñudo, con la boca entreabierta y convulsa, y los dientes terriblemente apretados. Al fin, aquella boca se contrajo, y de ella salió tembloroso y ronco el nombre de Magdalena.

La jóven despertó estremecida, abrió los ojos, se reclinó sobre uno de sus brazos, y miró de hito en hito al fraile. Al reconocerle, empezó á temblar, se cubrió precipitadamente con las ropas del lecho, y se replegó dando un grito á un ángulo de la pared en que aquel se apoyaba.

—Magdalena,—dijo con severidad el fraile,—me has engañado.

La jóven no contestó, pero acreció su temblor.

—Magdalena,—repitió el dominico,—yo habia hecho callar mi corazon para un esposo, pero nó para un amante.

—Y bien, ¿qué teneis de comun conmigo?.... ¿quién os ha dado derecho?....

—Magdalena, tú estabas acusada de heregía, y yo te saqué de la Inquisicion; tu vida arde por mí, y es mia, enteramente mia.

—¡Acordáos de Dios!—esclamó Magdalena.

—¡Dios! ¡Dios! Hace mucho tiempo que Dios me ha maldecido; hace mucho tiempo que en vano busqué en la soledad y el retiro del claustro la paz de mi alma; hace mucho tiempo que sufro, y no quiero sufrir más de lo justo, no quiero añadir á mis tormentos el tormento de los celos.

—Vos me habeis permitido que D. Juan sea mi esposo.

—Y D. Juan es tu amante.

—¡Mi amante! ¡sí!—esclamó la jóven sin poderse ya contener;—mi amante á quien adoro, porque es hermoso y jóven, y noble..... y me ama..... Mi amante, sí; no sabes cuánta felicidad he apurado siéndolo; aunque me encarceles de nuevo, aunque me quemes, el solo recuerdo de esa felicidad bastará para hacerme feliz.

—Sea en buen hora,—esclamó el fraile;—tu insensatez llega hasta el punto de provocarme..... acaso quedaba en mí alguna piedad, algun dominio sobre mí mismo..... pero tu desprecio..... tu desprecio, miserable ramera, te pierde. ¡Hola!

—¿Qué vais á hacer?

—Llamo á mi gente.

—Esperad, esperad; sé que sois implacable, y que nada alcanzaré de vos..... y os seguiré; pero para que no os maldiga, concededme una gracia.

—¿Cual?

—Que no se me despoje de dos prendas que voy á tomar, sino despues de mi muerte.

—¿Y qué prendas son esas?

—Este collar que me representa á mi madre, y esta piocha que me ha regalado D. Juan, y me recordará sus amores.

—¡Oh! ¡oh! guarda cuanto quieras, guarda; engalánate, sí..... esas dos alhajas podrán servirte de dote, porque vas á casarte, Magdalena.

—¡A casarme!—esclamó con estrañeza la jóven.

—Sí, á casarte con Dios.

—¡Yo!.... ¡yo monja! ¡yo sacrílega!—esclamó con horror Magdalena.—¿Para qué? ¿Para ser como vos un alma condenada bajo un hábito religioso?

El fraile se estremeció.

—Pues bien: si rehusas ser monja, serás relajada por el Santo Oficio, entregada á la hoguera.

—Escuchad, escuchad,—dijo con angustia la jóven:—si yo consiento en ser monja, ¿qué acontecerá á D. Juan?

—¡Oh! Condiciones.....

—Sí, condiciones; juradme que no atentareis á la vida de D. Juan, que no le hareis daño, y consiento en profesar, en perderlo para siempre.

La jóven se habia vestido entre tanto debajo de las ropas de su lecho, y saltó de él, asió de una mano al fraile, y le llevó junto al Crucifijo del reclinatorio.

—Jurad, sacerdote,—le dijo;—jurad ante este Señor eterno y justiciero, que todo lo ve y lo sabe, jurad no hacer nada en daño de mi esposo.....

—¡De tu esposo!....

—De mi esposo, ante Dios, sí,—esclamó Magdalena;—¿creeis que yo le hubiera pertenecido de otro modo?

—¡Tu esposo!.... ¡ha jurado!....

—Al pié de ese Crucifijo, de rodillas junto á mí.

—¡Oh! ¡oh! entonces..... entonces.....

Magdalena alentó una esperanza.

—No sé..... no sé..... pero..... perdóname, Magdalena..... es imposible..... mientras yo viva..... jamás consentiré..... ¡Oh! si os viese unidos, seria capaz de esterminaros.

—Pero si una vez habeis sido generoso, señor.....

—Ni una palabra más..... ni una,—dijo el fraile;—toma esas joyas y sígueme..... mientras yo viva, no le volverás á ver..... despues..... despues de muerto, ¿qué me importa?

El fraile lanzó una carcajada hueca y fatídica. Magdalena comprendió que nada recabaria de él; abrió el cofrecillo de cedro, tomó una piocha de brillantes (la misma que veintiseis años antes habia dejado Ada sobre la mesa de la Alquería del Valle, que habia sido heredada de su padre por D. Juan, y regalada despues por su valor y hermosura á Magdalena), se la prendió en el pecho y tomó su manto.

El fraile salió, y tras él, enteramente cubierta, Magdalena. Lind-Arahj, que aun observaba tras los cristales del balcon, vió aparecer de nuevo al fraile acompañado de una mujer enteramente cubierta con un manto; bajaron la escalera, siguieron adelante en direccion al camino, rodeados por los soldados, llegaron al coche, entraron en él, y poco despues aquel estraño convoy, volviendo hácia Madrid, dejó de ser visto por Lind-Arahj.

El cortijo y el pabellon habian quedado cerrados y solitarios como antes, y cual si nada hubiera acontecido.

Aquella escena, que en otra ocasion hubiera conmovido á Lind-Arahj en favor de la víctima que arrastraba entre sus garras la Inquisicion, entonces apenas pudo distraerla en tanto acontecia. Sufria demasiado para que le fuesen sensibles los dolores ajenos, y quedó abismada aun en sus pensamientos junto á los cristales.

No habia trascurrido un cuarto de hora desde el suceso anterior, cuando otro objeto la llamó profundamente la atencion. Era un ginete, que como ejercitando su caballo, le hacia dar vueltas como en un picadero delante de la quinta, sin dejar por eso de mirar cuidadosamente, aunque á la desecha, á sus balcones.

La vista de aquel hombre causó una turbacion estraña á Lind-Arahj; habia reconocido en él á uno de los lacayos que habian acompañado en el viaje á Tenorio, porque aquel hombre era Gabilan.

—¡Oh! sin duda le envia D. Juan,—esclamó;—sin duda Aurora no era otra cosa que una mensajera suya..... ¡Oh! en ese caso, acude á la cita..... ¡Dios mio! ¿qué debo hacer?

En el momento de obrar vacilaba la razon de Lind-Arahj, y todos sus escrúpulos, todos sus terrores se agolpaban de repente á su pensamiento.

La lucha que en él se agitaba dió tiempo á Gabilan para cansarse de sus evoluciones ecuestres, y tomando hácia el camino, se detuvo en su lindero, y con la mayor audacia del mundo, ató su caballo á un árbol, echó á su pié la capa, y se tendió sobre ella, dando frente á la quinta. Gabilan habia resuelto hacer su atalaya tendido.

—¡Oh, es indudable!—dijo Lind-Arahj,—ese hombre espera..... Y bien, no esperará en vano.

Lind-Arahj se retiró medio aterida del balcon; despues de haberle cerrado, se metió en la cama, y tiró del cordon de una campanilla.

Abrióse poco despues una puerta, y apareció la doncella.

—¿Ha llamado la señora?

—Sí, hija mia,—contestó Lind-Arahj.

—¿Ha pasado bien la noche la señora?

—Sí, hija mia, sí; vestidme.

Esperanza preparó las ropas de Lind-Arahj, á quien vistió en silencio; cuando estuvo concluido su atavío, fué al balcon.

—¡Oh! ¡hace un dia hermosísimo!—dijo como si le viera por primera vez;—¡un verdadero dia de primavera! ¡Gracias á Dios!

Y abrió los cristales, arrojando á lo largo una mirada sobre el campo; Gabilan estaba indolentemente tendido al pié del árbol, boca arriba, encorvadas las piernas en puente, y puestas la una sobre la otra; pero apenas vió á Lind-Arahj, se alzó, se puso de pié de un salto, y adelantó hácia el balcon: Gabilan temió que se le escapase la dama, y ésta, evitando una imprudencia, se retiró de la balaustrada y cerró el balcon. Gabilan se detuvo en el mismo punto, pero siempre tenaz; si no avanzó, no retrocedió.

—Parece que D. Juan no esquiva el comprometerse sériamente,—dijo para sí Lind-Arahj,—cuando de tal modo obran, sin duda por sus instrucciones, sus criados. Esta audacia debia resentirme..... y sin embargo.....

La frente de Lind-Arahj se coloró, pero no por eso se separó de los cristales. Ella era más imprudente que el lacayo de D. Juan, á pesar de que éste, no contento aun, mostraba una carta que tenia entre los dedos.

La sangre de Lind-Arahj ardió, y lo olvidó todo.

—Venid acá, Esperanza,—dijo á la doncella, que arreglaba el lecho y que vino junto á ella;—¿qué hace ese hombre?

—Hace señas, señora.

—¿Hácia aquí?

—Sí señora, hácia aquí,—contestó Esperanza, porque la direccion de aquellas señas era indudable.

—¿Le conoceis?

—Nó señora.

—Es necesario saber qué quiere ese hombre.

La doncella miró de hito en hito á Lind-Arahj.

—Escuchad, Esperanza: creo que el mensaje de ese hombre debe interesarme,—dijo Lind-Arahj poniéndose colorada, porque, sin esperiencia en aventuras de amor, no sabia mentir.

—¡Ah, señora! ¿Y qué quereis que yo haga?—dijo la asturiana, que aunque torpe, comprendió que se la exigia un servicio.

—Mirad.....—dijo aun más encendida Lind-Arahj;—saldreis..... ¿podeis salir?

—Sí señora; los criados están ocupados ahora en la parte de adentro de la casa.

—Bien, cobijáos. Si os preguntan por casualidad que á dónde vais.....

—Diré que voy á Madrid, á avisar á vuestro confesor.

—Nó, nó; para eso era más natural enviar un criado; decid que vos misma vais á confesar.

—Bien; y luego.....

—Pasareis al lado de ese hombre.....

—Pero como ese hombre no me conoce.....

—No importa; pasareis, entrareis en el camino, y os dirigireis hácia Madrid.

—¿Y cuándo, señora?

—¡Cuándo!—esclamó Lind-Arahj, que estaba acostumbrada á ser obedecida por una sola indicacion;—¡ahora mismo!

Esperanza lanzó una mirada á Gabilan, que aun continuaba plantado delante del balcon, mirada muy semejante á la quien examina un adversario con quien se ha de medir, y no hubo de parecerle mal su apostura, puesto que se dió más prisa que la necesaria en entrar en la habitacion en que dormia, cerca de su ama, tomar su manto y salir del dormitorio: Lind-Arahj permaneció anhelante junto al balcon.

Algunos momentos despues, Esperanza bajaba la escalinata del terraplen, y atravesaba la pradera situada delante de la quinta, en ese paso rápido y levantado que es característico en las criadas jóvenes cuando van á asuntos tan importantes como á una correduría de amores por sus amas.

Gabilan, hombre ducho y práctico en este género de operaciones, la vió venir de frente, la examinó en una sola ojeada, mientras silbaba de una manera picaresca un aire popular, y la dejó pasar de largo, no sin lanzarla una mirada incendiaria y retorcerse el mostacho izquierdo. cosa que, hagamos honor á su pudor doncellil, puso colorada como una cereza á Esperanza.

Pasó, y entró en el camino; Gabilan esperó hasta ver qué direccion tomaba, y cuando se hubo encaminado hácia Madrid, fué reposadamente á su caballo, le desató, montó y avanzó al galope tras la doncella.

Muy pronto tomaron el costado de la quinta, y Lind-Arahj los perdió de vista. Entonces, y solo entonces, temió haber dado un paso demasiado aventurado, y se dejó caer sobre un sillon, anonadada por tantas sensaciones, trémula de impaciencia, contando, por los latidos de su corazon, los momentos de espera.

Gabilan en tanto habia puesto su caballo á nivel de la doncella, y el sombrero sobre la ceja derecha.

—¿A dónde bueno, *rollito de manteca?*—la dijo sin más preámbulos, apenas estuvo á una distancia tal que podia ser oido sin forzar la voz.

Esperanza se sobrecogió un tanto, siguió andando, y se sonrió de una manera involuntaria, porque la invocacion de Gabilan habia sonado á sus oidos como un requiebro, y más aun, como un requiebro que agrada.

Gabilan habia estado oportuno. Esperanza era una montañesa criada en casa del comendador, y su mediana estatura era gruesecita, no tanto para hacerla parecer un globo con patas, pero lo bastante para que no se la conociese un hueso. Era agraciada, tenia bonitos ojos pardos, hoyitos en la barba

y en las mejillas, cuello corto y redondo, seno abultado, y era blanca, blanquísima y sonrosada; además de eso, andaba, como suele decirse, con garbo; era ancha de hombros y caderas; llevaba bien su manto, y sobre todo, tenia diez y seis años. Gabilan tembló por su corazon, y se asustó, porque la doncella le habia gustado más de lo justo.

—¡Diablo, diablo! ¿No contestais, reina? Ved no os pese mañana el haberme recibido con tanto desvío..... porque, en fin..... podria suceder.....

—¿Y qué podria suceder, seor lacayo?—contestó deteniéndose de repente y afectando seriedad Esperanza.

—Podria suceder,—contestó Gabilan, lanzándola una fulminantísima mirada,—pues..... podria suceder que tú y yo.....

—¡Calla! ¡y me tutea!

—Pues..... prenda..... podrian acontecer grandes, grandísimas cosas.

Gabilan concluyó su frase con un chasquido lingual.

—Vamos, dejadme ir por mi camino,—dijo Esperanza echando á andar de nuevo.

—Hagamos el camino juntos..... ¿quién sabe si ésta no será nuestra primera jornada?

Volvióse á detener Esperanza.

—Si no me dejais, me vuelvo.

—¡Hola! ¿tanto te pesa ir en mi compañía? Yo no sé por qué las mujeres habeis de mentir siempre.

—¡Cómo que yo miento!

—¡Vamos! Estoy conociendo que no te pesaria el hablar conmigo mano á mano un cuarto de hora seguido en aquella venta que se ve allá abajo.

—¡Pues me gusta la franqueza! ¿Y qué teneis vos que decirme?

—En primer lugar, que eres muy bonita para que no te haga falta, como á un santo dos velas, un amante.

Esperanza, á quien habia gustado tanto Gabilan como á éste le habia gustado ella, le contestó con suma torpeza:

—¡Sabed que yo soy honrada, amigo!

—¡Como si las muchachas honradas no se casaran, y como si para casarse no fuera preciso hablarse y tratarse, y conocerse y reconocerse! Porque, en fin..... esto de casarse..... ¿me has entendido? pues bien, no hablemos más; hé aquí mi brazo.

Gabilan, durante esta tirada, habia echado pié á tierra, y sin miramiento se habia acercado y presentado en arco su brazo izquierdo á Esperanza.

—¡Quitad! ¡vaya!.... dijo ésta;—si nos vieran.....

—Pues hé ahí lo que yo digo..... dos amantes nunca están mejor que cuando no los ve nadie.

—¿Y qué más teneis que decirme que lo que me habeis dicho?

—En primer lugar..... sin mentir..... ¿á qué has salido?

—Voy á Madrid.

—¿Á Madrid, á las ocho de la mañana, en invierno, y sola?....

—Voy á confesar.

—¡Oh, oh! ¿á confesar conmigo?

—¿Con vos? ¡pues no faltaba más!....

—Sin embargo, bueno es que sepas que tengo que hacerte algunas preguntas. Por ejemplo, ¿quién es la dama que estaba asomada hace poco á un balcon de la quinta?

—Seria mi ama.

—Nó, no era doña Inés.

—Mi ama doña Elvira.

—¡Bonito, bonitisimo nombre!

—¿Y qué quereis con mi ama?

—¡Con tu ama! No soy yo quien quiere; es otro.

—Cosa que á mí nada me importa.

—¡Cómo! pues ¿cómo has de ganar tu dote?

—Ved que nos pasamos de la venta.

—¡Ah! ¿conque te parece bien el que nos quitemos del roce público?

—Me parece que nadie podrá pensar bien de mí si me ve hablando con vos.

—Es decir que quieres.....

—Quiero saber qué es lo que quereis con mi ama.

—Hé aquí una doncella fiel,—dijo sonriendo maliciosamente Gabilan á punto que entraban en la venta;—una doncella que se sacrifica por su señora.

—Yo no me sacrifico por nadie.

—¡Hola, hostalero!—dijo Gabilan;—este caballo á la cuadra, y un aposento para esta dama y para mí.

—¡Cómo! ¿pensais que vamos á estar aquí alguna hora?

—Perdona, paloma mia..... pero no veo que haya en esto motivo para enfadarse..... por el contrario..... no.....

—Acabad, porque estoy deprisa; ¿por qué traeis en boca á mi señora?

—En cuanto á tu señora, pronto concluiremos: todo se reduce á esta carta.

—¿Y esta carta la interesa?

—¡Mucho!

—¿Conoce á quien se la envia?

—Y tanto, que te juro que no te reñirá.

—Dadme.

—Toma.

Gabilan, al dar la carta á Esperanza, retuvo su mano, asiéndola por la estremidad de los dedos, y la aplicó un sonoro beso.

—¡Ah, don atrevido!—esclamó Esperanza, dándole un bofeton con la mano que le quedaba libre, y escapando.

—¡Eh! ¡la contestacion esta tarde! ¿lo oyes?.... Pues ¡calla!.... ¡échale un galgo!.... ¡y tiene la mano más pesada que áspera! ¡Diablo!.... Percances del amor..... Pero yo te juro, doncella, que no tardarás en ser el número cuatro de mis conquistas por D. Juan.

Despues de esto, maese Anton se echó al coleto, sin duda como remedio de la bofetada, un cuartillo de vino, pagó, montó á caballo, é impaciente por llevar á D. Juan la nueva de que su carta estaba en buen camino, partió á la carrera, y tardó muy poco en desaparecer por la puerta de Fuencarral.

CAPÍTULO XXIII.

De como Lind-Arahj reparó en que D. Juan Tenorio era un tanto ambiguo escribiendo cartas de amor.

Era la primera vez que Esperanza desempeñaba una comision de tal género, y sin embargo, entró triunfante en el dormitorio de la dama; y ya era tiempo, porque Lind-Arahj empezaba á desesperarse.

—Tomad, señora,—la dijo, jadeando de cansancio.

—¿Qué es esto?—dijo afectando estrañeza Lind-Arahj.

—Una carta.

—¡Una carta, una carta! Ya lo veo. Pero ¿de quién?

—No lo sé.

—¡Y así tomais cartas para mí del primer advenedizo!

—Como me habiais enviado.....

—Os envié para ver si ese hombre os seguia, para que me contáseis lo que os aconteciese; pero nó para que entráseis en contestaciones, y mucho ménos para lo que habeis hecho.

—¡Ah, señora! perdonad, yo creia.....

—Ya no tiene remedio. Dadme acá.....

Esperanza la entregó temblando la carta, que quemó, por decirlo así, á su contacto los dedos de Lind-Arahj.

—¿Os ha visto alguien?

—Nó señora; cuando salí, no habia nadie.

—Pero al entrar.....

—Habia dejado un postigo de la puerta entornado.

—Id, y descobijáos.

Apenas quedó sola Lind-Arahj, abrió temblando la carta, que estaba es-

crita en el papel más rico y elegante que se conocia entonces, y exhalaba un suave perfume.

«He recibido vuestro ramillete, señora,—decia—y mi corazon le ha com- »prendido acaso con sobrada confianza en mi felicidad; ¿llamábais con él á »un amante ó á un amigo? Contestadme, por compasion, señora, porque »vuestro amor me destroza el alma, mientras es para mí una duda. ¿Habeis »comprendido cuánto os amo? ¿Ó es que triste, sola, huérfana en el mundo, »vuestra alma necesita otra alma para exhalar en ella vuestros dolores ó para »compartir los tesoros de felicidad que oculta? ¿Necesita vuestra debilidad un »brazo fuerte en que apoyarse, ó al que vuestro amor se enlace en vínculos »eternos? Disponed de mí; mi alma y mi brazo os pertenecen. Para ensan- »char mi corazon, necesito que llene vuestro amor un lugar que en él está »vacío. Llenadlo, llenadlo, señora; y si para amar necesitais grandeza, nada »más grande que mi corazon, cuando vuestro amor le llene. Espero, espero »mucho. No me hagais desesperar.—*D. Juan.*»

—¡Un lugar, un solo lugar vacío!—esclamó profundamente Lind-Arahj, posando sobre este período de la carta una mirada tal, que la hubiera quemado, á materializarse su fuego;—¡un solo lugar! Yo necesito todo tu corazon, D. Juan, todo tu sér, cuerpo y alma; tu carta es misteriosa, ambigua..... ¿Quién habla aquí? ¿el corazon ó el deseo? ¿el amante ó el esposo? ¡Oh! sí; yo te contestaré..... mi contestacion te llenará de orgullo ó de felicidad; pero pronto sabré lo que deba esperar de tí.

Lind-Arahj fué á su mesa, tomó papel, y escribió con mano trémula.

«¡Os amo..... os amo! ¡venid! pero venid á la luz del sol; soy libre, y vos »lo sois. D. Gonzalo, en cuya casa me encuentro, debe conocer nuestro »amor. Solo cuando le autorice, me vereis, D. Juan.—*Doña Elvira.*»

Cerró la carta, y llamó.

—Nadie debe saber—la dijo—que habeis recibido esta carta.

—Nadie lo sabrá, señora,—contestó la doncella.

—De mi cuenta corren vuestro dote y vuestra suerte, si me sois fiel.

—¡Ah, señora! ¡descuidad!

—¿Debeis volver á ver al hombre que os dió esta carta?

—Creo que podré verle esta tarde.

—Pues para entonces tened pensado el medio de que podais verle sin ser vista de nadie.

—Lo pensaré, lo haré.

—Guardad esta otra carta y dádsela.

—Muy bien, señora.

—Id á ver si se ha levantado doña Inés.

En el breve espacio en que Lind-Arahj se quedó sola, estallaron con toda su fuerza las pasiones comprimidas en su alma; su amor de madre y su amor de amante luchaban con una fuerza horrible; estaban á punto de realizarse sus dos más exigentes deseos: iba á conocer á su hijo (porque no dudaba que su hijo existia), y á devorar el amor de D. Juan. Pero aquel hijo, ¿podria enorgullecer á la madre? Aquel amor, ¿podria hacer feliz á la amante?

Lind-Arahj dudó, y con la duda de su alma se elevó á toda su fuerza;

fuerza incalculable, inmensa, terrible: alzóse, en fin, con ella, resuelta á todo, dispuesta á arrostrar su destino, y desde aquel momento, preparada á la lucha, sus pasiones se reconcentraron, creando un foco de fuerza y de resistencia en el fondo de su corazon; su semblante adquirió una inmovilidad sombría, y cesaron sus terrores y sus dudas; estaba resuelto á todo, ménos á perder á D. Juan; su amor la habia hecho esclava á su voluntad, y esclamó para sí, como arrojando un guante á su suerte:

—He sufrido mucho; he respetado mucho: de hoy más, ni sufrimiento ni respeto. Si amando á D. Juan cometo un crímen, el crímen no es mio, es de la fatalidad.

Y como en aquel momento Esperanza la dijese que doña Inés la esperaba, salió de sus habitaciones, atravesó la galería, y entró en las de doña Inés.

CAPÍTULO XXIV.

Lo que son dos mujeres que aman á un mismo hombre.

Difícil seria encontrar en el mundo real, juntas y frente á frente, dos mujeres tan hermosas como Lind-Arahj y doña Inés, ni cuyos semblantes fuesen tan parecidos en cuanto á la espresion que el estado de sus almas reflejaba en ellos.

Las dos amaban, y en las dos el amor no era esa llama de vida, ese principio de existencia, sin el cual no es ésta más que una agonía contínua, si no un elemento roedor, terrible, que las devoraba, haciendo de su vida, no ya una agonía, sino un infierno.

Inés, por instinto, habia huido de D. Juan; pero llevando consigo su amor, á la manera que una gacela herida huye del cazador, reteniendo aun la saeta clavada en sus entrañas. Lind-Arahj temblaba al aproximarse á don Juan, pero no se detenia, del mismo modo que un pajarillo vuela aterrado hácia las fauces de una serpiente que le fascina.

Las dos sabian que aquel amor era para ellas la fatalidad y la muerte; pero la una no le podia lanzar de sí, y la otra no sabia apartarse de su influencia: D. Juan, causa inocente de aquellos recónditos y agudísimos dolores, no los comprendia, porque no podia comprenderlos, y amaba á aquellas dos mujeres, esclavo siempre del deseo insaciable que formaba la base de su carácter.

Desde el momento en que Inés habia visto rasgarse el velo purísimo que embellecia sus amores, se habia trasformado; era un alma aniquilada, un alma sin esperanza, que sufria en silencio, pero con las mejillas pálidas, la frente nublada y resignada á su suerte. Para ella no habia más porvenir

grato que el descanso de la tumba, á cuyo borde la contenian su fé religiosa y el amor de su padre. Inés, á los diez y siete años, era una mártir.

Y desde el momento en que Lind-Arahj se habia reconocido arrastrada por D. Juan de una manera invencible hácia el crímen, hácia el más repugnante de los crímenes, el incesto; desde el momento en que se habia considerado condenada por Dios á una expiacion terrible, su semblante y su corazon se habian contraido, y se habia desarrollado en ella con una fuerza infinita el deseo de compensar su infierno con algunos momentos de inefable goce en la vida.

Inés era la pureza que padece y calla resignada; Lind-Arahj, el deseo impuro, que se revela, desgarra y quema. A la una la quedaba la esperanza de que Dios aceptase su sacrificio; á la otra, ni aun la misericordia de Dios podia consolarla, puesto que marchaba hácia el crímen, conociéndole, con la frente levantada y el corazon rebelde.

Así es, que entre estas dos mujeres no habia ni sonrisas ni confianzas, ni ninguna de esas dulces intimidades que constituyen el carácter de la amistad en las mujeres. Las aproximaba, sí, una misteriosa simpatía; pero eran demasiado profundos sus dolores respectivos, para que pudiesen ser confiados.

Sin embargo de esto, llegó el momento en que aquellas dos mujeres se uniesen por un sentimiento más fuerte que la amistad, por el odio; y debia ser la fatalidad la que estableciese entre ellas esta pasion terrible.

Lind-Arahj necesitaba facilitar su camino á la presentacion de D. Juan en casa del comendador Ulloa, presentacion que su amor esperaba del jóven, y sabia que el mejor conducto para significarse con el comendador era su hija.

Así es, que dominándose, afectando una calma y una amabilidad que realmente no poseia, entró en el retrete de doña Inés, se acercó á ella, la abrazó y la besó en la frente.

Era la primera vez que esto sucedia: doña Inés y la huéspeda de su padre se habian tratado hasta entonces con esa cortés deferencia, indispensable entre gentes de mundo; pero sin pasar jamás, como hemos dicho, el límite donde empiezan las intimidades: se llamaban amigas, como en general se comprende esta palabra en el mundo, y no pasaban de ser dos buenas conocidas.

—Vuestra doncella, señora,—dijo Inés á Lind-Arahj,—acaba de decirme si podria recibiros, y esto me lastima un tanto.....

—Estais enferma, doña Inés, y esto contribuye á que yo tema ser importuna.

—¡Importuna! ¡importuna vos, mi buena amiga! Es cierto que desde la muerte de mi buen tio sufro, lloro..... es natural..... pero la amistad es un bálsamo consolador..... vuestra presencia me alivia.

Doña Inés se ruborizó, porque no sabia mentir á sangre fria.

—¡Oh! Yo creia que además del dolor que debe causaros la pérdida de nuestro tio, existia en vos otro sentimiento profundo, un sentimiento que nos hace amar la soledad, porque para él no podemos encontrar consuelo sino en el aislamiento, en el pensamiento de Dios.

—¿Otro sentimiento más profundo que el dolor que me causa la muerte de mi tio?—repuso enrojeciéndose aun más doña Inés.

—Vuestro padre es severo, señora, escesivamente severo.

—¡Oh! pero mi buen padre me ama demasiado para que pueda causarme disgustos lo rígido de su carácter.

—¡Ah! nó, no digo que vuestro padre no os ame con delirio..... quiero decir que tal vez algun amor que temais revelarle.....

—¡Ah! nó, nó señora,—esclamó doña Inés asustada, porque creyó que conocian su secreto;—yo no amo á nadie..... á nadie; me he prometido á Dios, y á no ser porque mi padre quedaria solo y abandonado, seria monja.

Lind-Arahj comprendió que el alma de doña Inés guardaba un amor sin esperanza, y compadeció á aquella pobre niña, demasiado jóven aun para ser ya desgraciada.

—¡No amais! ¡no amareis!—dijo entrando en el terreno que la convenia; —dichosa vos, dichosa mil veces.

Doña Inés suspiró, pero no contestó.

—Pues bien; yo sí amo,—dijo Lind-Arahj, á quien tardaba ya llegar á su objeto.

—¡Oh! dichosa vos si ese amor puede haceros feliz.

—Amo á un hombre, que por su corazon, su hermosura y su hidalguía, bastaria para satisfacer el amor de la más exigente. Pero ese hombre es demasiado noble, demasiado honrado para permitirse nada que pueda redundar en menosprecio mio. Ese hombre es D. Juan Tenorio.

—¡D. Juan Tenorio!—esclamó doña Inés ahogando un grito y palideciendo de una manera intensa.

—¿Le conoceis, señora?—dijo Lind-Arahj, en cuya alma empezaban á germinar sus celos africanos á la vista de la conmocion de doña Inés.

—Sí, sí señora..... le conocemos..... es amigo, ó era amigo de mi padre.

—¡Qué! ¿no son ya amigos?

—No sé..... no sé..... pero mi padre le nombra con disgusto; está mal prevenido contra él.

—Mal prevenido contra D. Juan..... ¿y sabeis la causa?

—Jamás me entrometo en las cosas de mi padre, doña Elvira; respeto su silencio, pero sé que nunca piensa bien ó mal de una persona sino con muy poderosas razones.

—Es necesario que yo vea á vuestro padre..... necesario de todo punto, y para que le preparáseis, para conocer, más bien, sus disposiciones hácia don Juan, era para lo que, además del cuidado que me inspira vuestra salud, habia venido á veros.

—¿Es decir que estais de acuerdo con D. Juan?

—He recibido hoy de una manera estraña un billete suyo.

—¿Un billete?

—Sí, le encontré en mi balcon hace poco al abrirle. Mirad.

Doña Inés, con la vista empañada por el vértigo, leyó la carta, y la leyó con toda su alma.

—Mucho os ama D. Juan, señora,—dijo;—mucho os ama, si es verdad lo que dice.

—¡Si es verdad! ¿y por qué no ha de serlo? ¿Creeis que miente D. Juan?—dijo con ímpetu Lind-Arahj.

—Dios me libre de pensar mal de tan noble caballero; además, no tengo ningun motivo; apenas le conozco: he hablado así usando de una frase general..... pero vos le conocereis bien..... le habreis tratado.....—añadió con cierta intencion doña Inés.

—Mi hermano D. Pedro le encargó, antes de morir, me acompañase en mi viaje de Granada á Madrid, y durante quince dias, creo, segun he podido juzgar de su conducta, que he tenido la felicidad, ó tal vez la desgracia, de inspirarle amor.

Una mirada límpida y profunda de Inés vino á caer sobre la intensa mirada de Lind-Arahj: aquellas dos mujeres se comprendian ya, y no existian para las dos secretos.

—Durante quince dias, es decir, desde hace mes y medio, porque vos llegásteis hace un mes.

—Sí, sí, doña Inés.

—Y sin embargo, debeis haber rechazado sus amores, cuando.....

—Los he rechazado, sí, porque los temia.

—¡Temerlos! ¿Acaso no sois libre?

—Libre como la luz, doña Inés; pero puedo ser su madre.

—Es cierto que le doblais la edad; pero ¿acaso hay nada más brillante que vuestra hermosura? Mucho debeis haber desesperanzado á D. Juan cuando se ha permitido.....

—¡Qué!

—Se cuentan de él galanterías y atrevimientos sin número desde que ha llegado á Madrid, y acaso esa sea la causa de que mi padre.....

—¡Galanterías! ¿Y qué jóven de su edad, aunque esté profundamente enamorado, deja de decir amores á una jóven hermosa, pura y cándida, si se encuentra por acaso junto á ella. Pero esos son entretenimientos de un momento, ráfagas que pasan por delante del sol de los amores, pero que no le oscurecen; ved sinó como yo me he ocultado á D. Juan, y D. Juan me ha buscado; yo no he alentado sus amores, y sin embargo, ved su carta.

—¡Ah! nó, nó,—dijo doña Inés, disimulando con una sonrisa indiferente el rudo golpe que acababa de darla en el corazon Lind-Arahj;—D. Juan tenia las esperanzas de un ramillete; sois dichosos, señora: os amais; sois libres, nobles y ricos; vuestro orígen árabe da á vuestro amor un prestigio poético que acrece vuestra hermosura, y os veo ya doblemente embellecida por la felicidad de ser esposa de ese hermosísimo y enamorado D. Juan. No creo que mi padre, que ahora por la última voluntad de vuestro noble hermano y por vuestro consentimiento representa para vos una autoridad paterna, pueda tener reparo en autorizar vuestro empeño con D. Juan. No creo necesario tampoco el que yo intervenga. Ved, ved dónde viene (en efecto, D. Gonzalo abria á punto la puerta del retrete de su hija); yo misma os daré ocasion para que podais revelaros á él.

Dijo con tanta seguridad, con tanta indiferencia sus últimas palabras Inés, que Lind-Arahj dudó acerca de los amores entre aquella y D. Juan.

En tanto el comendador, rigurosamente vestido de luto como Inés y Lind-Arahj, adelantó, saludó á ésta, y besó á su hija en la frente.

—En verdad que no esperaba encontrarte tan dulcemente acompañada, Inés mia; esta señora parece retraerse de nosotros, que por nuestra parte estamos tambien harto retraidos. Todos deploramos grandes pérdidas.

—Doña Elvira, padre mio, es mi mejor amiga, mi más querida amiga; pero sufre, sufre además de la muerte de su señor hermano, y en vos consiste que no sufra tanto.

Lind-Arahj se puso roja á aquella imprevista indicacion de sus amores.

—¿Sufrís, señora, y consiste en mí que sufrais ménos?

—Permitidme, padre mio; no he cuidado aun mis pájaros, y mientras desempeño esa ocupacion, os dejaré solo con doña Elvira. Es cosa demasiado séria para ser dicha delante de gentes, por más próximas que sean.

Y levantándose con una hechicera coquetería, asió suavemente por debajo de la barba la cabeza de Lind-Arahj, y sonriendo lánguidamente, la besó en la boca. Aquel beso quemaba. Despues de esto salió, y cuando no pudo ser vista, reventó el llanto que á duras penas habian contenido sus ojos, y sin acordarse de los pájaros, se dejó caer en un sillon, esclamando desesperada: ¡Oh miserable, siempre miserable; y á más de miserable, traidor!

Doña Inés comprendió con el corazon despedazado que amaba entonces más que nunca á D. Juan.

—Y bien, señora,—dijo D. Gonzalo cuando quedó solo con ella;—¿qué es lo que os hace sufrir en mi casa? ¿Cómo puedo yo aliviar vuestro sufrimiento?

—En vuestra casa, señor,—contestó bajando los ojos Lind-Arahj,—he recibido una noble hospitalidad, he encontrado en vos un padre, y si sufro no es ciertamente por nada que tenga relacion con vos, señor.

—Pero en fin, sufrís.....

—Sí, sí señor.....—contestó Lind-Arahj ruborizándose.

—¿Y consiste en mí el que dejeis de sufrir?

—Sí, puesto que yo, obedeciendo la voluntad postrera de mi hermano y mirando á mi honra, me he impuesto voluntariamente para con vos las obligaciones de una hija.

—Y mi hija, mi hermosa hija, ¿necesita que yo?....

—Necesito, señor, consultaros sobre un asunto de gran importancia para mí. Pienso casarme.

—¡Casaros!—esclamó con estrañeza D. Gonzalo.

—Casarme, señor; ¿acaso no soy libre?

—Sí, sí, indudablemente; pero no sabia..... al ménos D. Pedro, vuestro hermano, al remitirme una carta en que se trataba de vos y que puede llamarse su testamento, no me dice que estuviéseis enamorada.

—¿Y esa carta, señor?....

—Esperad, esperad un momento, doña Elvira.

Gonzalo salió, y poco despues volvió con una carta, que entregó á Lind-Arahj.

—Leed, señora, leed,—la dijo.

Lind-Arahj leyó la carta, que estaba concebida en los términos siguientes:

«Señor comendador D. Gonzalo de Ulloa: Me siento próximo á mi último »trance, y cuando recibais estas letras, habré dejado de existir; sin vos, sin »vuestro valor, hubiera muerto hace veintiseis años, y esta merced vuestra, »que os hizo mi amigo, por la que os he tenido presente mientras vivo, es »bien que sirva para que os quede memoria de mí despues de mi muerte. »Todo lo he perdido; con el amor, la felicidad; con la familia, el corazon; con »los amigos, el consuelo: muertos los altos y poderosos Reyes Católicos, mis »señores; muerto mi favorecedor el sabio y poderoso cardenal Cisneros; »muerto mi noble amigo el gran Gonzalo de Córdoba, solo me vivís vos, como »si Dios no hubiera querido dejarme enteramente desnudo de amistad en la »hora tremenda, en que con tanto temor me acerco á su juicio. De toda mi »familia solo me queda un tesoro, y ese tesoro es mi hermana doña Elvira: »hermosa aun y sola despues de mi fallecimiento en el mundo, si vos no la »servís de padre, se verá abandonada á si misma. Yo creo conocerla, D. Gon»zalo; no ha amado jamás; tiene el *corazon vírgen*, y si la misma grandeza de »ese corazon, si el dolor de sus desgracias la han defendido hasta ahora de »amores vulgares, puede acontecer que encuentre en su camino un alma in»mensa como la suya; puede acontecer que ame; y si eso sucede, amará »con todo el poder de un alma que ha sufrido, que está sedienta de goces, »de amor, de felicidad. Sed el padre de mi hermana. Mi escudero Hernando »Alarcon, el más fiel de mis servidores, os la entregará. He creido notar que »ese hombre contiene mal una loca aficion á mi hermana, y que podrá lle»gar un dia en que lo olvide todo y la moleste. Para evitar que, perdido mi »respeto despues de mi muerte (porque se acuerda aun de que yo he sido el »infante Sidy Atmet), ceda á sus sueños y sea un tormento para doña Elvira, »he hecho que la acompañe además una persona que podrá ser doblemente »peligrosa; esta persona es mi hijo adoptivo D. Juan Tenorio.»

Lind-Arahj, al leer este pasaje de la carta, comprendió la razon de la presencia de D. Juan durante el viaje, y el celoso cuidado de Alarcon en impedir que el jóven se acercase. La carta continuaba.

«D. Juan no conoce á mi hermana, y Alarcon va encargado de sostener el »más riguroso misterio, y de hacer de modo que D. Juan, al llegar á Madrid, »pierda sus huellas. Como yo he procurado apartar á Alarcon de doña El»vira, procurad vos apartarla de D. Juan. Creo conocer á ese jóven; con la »audaz voluntad de su padre, con su valor frio, con su ardiente pensamiento, »tiene el corazon de su madre, su hermosura, su terrible poder, su encanto, »y lo aventurero de su carácter. D. Juan se enamorará de mi hermana; »¡quiera Dios que ella no se enamore de él! En otras circunstancias, yo hu»biera muerto uniéndolos; pero á más de que la edad es desproporcionada, »de que el carácter de D. Juan no es para el matrimonio, y de la diferencia »de caractéres, hay *fatalidades* que lo impiden: el padre de D. Juan murió á »mis manos. Procurad, pues, evitar que se traten, que se vean; pero si Dios »lo dispusiese de otro modo, si llegase el caso que tanto temo, entonces y

»solo entonces entregad á mi hermana el adjunto pliego que os incluyo, sig-»nado con mi sello.»

Hasta aquí lo que se referia á D. Juan y Lind-Arahj; lo demás se reducia á la enumeracion de sus bienes, que eran cuantiosos, y que habia cedido á su hermana cuando necesitó ser pobre para ser fraile; bienes cuyas rentas, segun él, ascendian á treinta mil escudos; además se quejaba de que seis años antes le hubiese sido robado á su hermana un tesoro en diamantes y alhajas moriscas.

Lind-Arahj notó con placer que su hermano no habia creido bastante la amistad de D. Gonzalo para revelarle el secreto de su desdichado casamiento con D. Geofre, la existencia de su hijo y de sus diez años de locura; el infante Sidy Atmet habia arrastrado consigo á la tumba el secreto de las desgracias de su familia, y podia levantar la frente sin temor ante D. Gonzalo y considerarse enteramente libre.

—Encuentro aquí que teneis para mí una carta cerrada y sellada, señor,—dijo Lind-Arahj á D. Gonzalo.

—Sí, sí, es cierto; y temeroso de que se me estravíe, la llevo siempre conmigo.

—Ha llegado el caso de que me la mostreis, D. Gonzalo.

—Tened en cuenta que vuestro hermano me encargó que solo en el caso de que ameis á D. Juan y seais amada por él, os la entregue.

Lind-Arahj sacó de su seno la carta de D. Juan y la mostró al comendador.

—¡Cómo! ¿Ese hombre os ama?—esclamó D. Gonzalo palideciendo.

—Sí, sí señor; y pienso casarme con él.

—¿A pesar de la voluntad de vuestro hermano?

—Si viviera D. Pedro, se lo suplicaria de rodillas; vos estais en su lugar, y os lo suplico, señor.

—¿Tan enamorada estais, doña Elvira?

—Si no lo estuviese, D. Gonzalo, ¿pensaria en hacerle mi esposo?

—Pero considerad.....

—Suceda lo que quiera, señor, estoy resuelta á sufrir *todas las consecuencias de ese enlace.*

—Pero advertid que D. Juan no habla aquí de matrimonio, que esta carta tiene todos los visos de un galanteo.

Era la segunda vez que Lind-Arahj oia esta suposicion, y no pudo contenerse.

—Bastará que yo lo quiera, para hacer caer á mis piés como á un esclavo á D. Juan.

—¡Oh! ¡y qué bien os conocia vuestro hermano, señora!

—Y bien, D. Gonzalo. ¿Ceeis que debo sacrificar mi corazon á temores que pueden muy bien ser infundados? ¿Creeis que no he sufrido bastante para desear la parte de felicidad que me corresponda en la tierra?

—Solo me resta, señora, entregaros la carta de vuestro hermano; si despues de conocerla insistís, estaré pronto á complaceros en cuanto podais exigir de mí.

Pronunciadas estas palabras, D. Gonzalo se abrió la ropilla, sacó de ella una cartera, y de ésta una carta cerrada que Lind-Arahj, á pesar de sus esfuerzos por dominarse, abrió temblando.

«Cuando leas esta carta, hermana,—decia,—habrás faltado á tus más sa»grados deberes; habrás meditado y arrostrado un crímen. *¡Acuérdate!* la in»famia del padre te prohibe, te hace imposible el amor del hijo. Sé mártir »antes que criminal; y si escuchas mi voz, que te habla desde la tumba, Dios »te consuele y te bendiga, Lind-Arahj. Solo te queda un convento, y aun así, »pídele á Dios que tu clausura sea bastante poderosa para defenderte de la »audacia que, si ahora no tiene, tendrá D. Juan. Pero si te obstinas, si cedes »á tus pasiones, si te crees disculpada con la violencia de D. Geofre, y acep»tas el amor de D. Juan, aunque te compadezco como hermano, no puedo »apartar de tí la justicia divina, y te maldigo como sacerdote.»

Lind-Arahj se estremeció, dobló la frente sobre su pecho, y sus manos arrollaron la carta de una manera convulsiva.

—Y bien, señora,—dijo D. Gonzalo,—¿insistís?

Lind-Arahj dudó: la voz de su hermano, que tan severamente la imponia sus deberes, resonó en su corazon; pero otra voz mágica, más poderosa que ella, incitante y dulce, la decia: ¡yo te amo! y aquella voz era la voz de don Juan.

La pasion se sobrepuso al deber, y alzó en fin la cabeza, serena, radiante y embellecida por el rubor.

—¡Me caso!—dijo con un acento breve y decidido.

—Y bien, señora, ¿qué quereis de mí?

—Deseo ver en vuestra casa y hablar en ella delante de vos á D. Juan.

—D. Juan puede venir cuando guste, señora.

Y como aquella escena, por los antecedentes que conocen nuestros lectores, respecto al antiguamente proyectado casamiento entre D. Juan y doña Inés, se hiciese enojosa al viejo, besó la mano á Lind-Arahj, y salió.

Ésta se despidió brevemente de doña Inés, entró en su aposento, y se arrojó ante su reclinatorio.

—¡Oh hermano, hermano mio!—esclamó:—tú, que has sabido ser mártir; tú, que sin duda estás en presencia de Dios, ruega por mí; el amor de don Juan me arrastra: tú sabes cuánto he luchado con él; cuánto en esta lucha he llorado y sufrido..... pero ya no puedo más, y ese amor me condena; no es mia la culpa, nó, porque ese amor es mi destino.



DON JUAN TENORIO. — Y bien, señora, — dijo don Gonzalo, — ¿insistís?

CAPÍTULO XXV.

En que los amores de Lind-Arahj tienen por el momento un desenlace forzado, que no por eso deja de ser tan bueno como otro cualquiera.

Lind-Arahj pasó orando, luchando y esperando todo el tiempo que trascurrió hasta la tarde; ni la oracion; ni la lucha pudieron sobreponerse al pensamiento fijo que dominaba su alma.

Al fin vió aparecer en el confin de la pradera á Gabilan, y poco despues Esperanza salió, desempeñando su cometido con la misma fidelidad que por la mañana, con la sola diferencia de algun tiempo más invertido, porque sin quererlo, habia pensado en ciertas cualidades físicas del lacayo; se habia familiarizado un tanto con él; no habia encontrado fuese digno de enojo el que un mancebo tan gallardo se atreviese á besarla una mano, y llegó casi á tener remordimientos de su pasado bofeton.

De aquí provino que, una vez frente á frente con Gabilan en la venta, se aventurase con él en algunas profundas consecuencias acerca del matrimonio.

Estaba escrito que do quier se presentase D. Juan hiciese víctimas, no ya solamente por sí mismo, sino que tambien por sus dependientes y criados.

Esperanza volvió un tanto más pensativa que habia ido, y puso en noticia de su ama que recibiria al dia siguiente una contestacion de D. Juan.

Llegó la noche, y Lind-Arahj se acostó antes de la hora acostumbrada: necesitaba la soledad y el silencio; pero ni aun rodeada de ellos, pudo conseguir otra cosa que un insomnio calenturiento. Cuantos terrores crea el delirio de una imaginacion impresionada por sensaciones fuertes, la torturaron bajo mil distintas fases; su pasado y su presente se revolvian con su porvenir, con un porvenir horroroso y terrible; aquello era un remordimiento anticipado.

La figura de D. Juan, pero sangrienta y fatídica, se levantaba en medio de aquel torbellino de fantasmas, fascinándola siempre, mandándola con su mirada, enardeciendo su sangre con su hermosura. Lind-Arahj no dormia: estaba en esa situacion horrible en que el sueño ocupa el espíritu, y los ojos están abiertos, lúcidos, dotados de un poder maravilloso; ni para el pasado ni para la distancia habia tiempo ni objetos interpuestos á ellos. Veia, abarcándola bajo un mismo punto de vista, toda su vida pasada. D. Geofre, Ada, el infante Sidy Atmet, el incendio del castillo de Válor, su locura de diez años, su hijo, Aurora, cuanto habia pasado por ella; vivia, rugia, gritaba y reia á un tiempo; y luego, al fin de esta escala maravillosa, sirviendo de eslabon á su pasado con su presente, D. Juan, siempre D. Juan. Á través de las paredes diáfanas veia un cielo brumoso, y en aquel cielo, luchando con las neblinas, una luna pálida, triste como la lámpara de un sepulcro, sobre una tierra opaca y silenciosa, donde los árboles parecian fantasmas, y los lejanos horizontes mares de revuelta niebla: de en medio de aquel silencio no surgia ningun ruido; pero de repente se escuchaba el sordo paso de un caballo; sus pisadas se acercaban más y más, pero opacas, débiles; un hombre envuelto en una capa cabalgaba sobre aquel caballo, llegaba á una casa aislada, desmontaba, ataba su corcel á un árbol, subia unas escaleras y llamaba á una puerta: de repente, de detrás de la casa salian hombres armados, trepaban por las escaleras, con las espadas desnudas, y aquel hombre, al verlos, se precipitaba sobre ellos. Trabábase una lucha, pero lucha de un momento: aquel hombre era cercado por todas partes, resistia como un leon, y al fin, agobiado por el número, era sujeto, envuelto en un ropon oscuro y trasportado á un coche: aquel coche desaparecia, en fin; desaparecian los hombres; se perdia lentamente el ruido de las pisadas, y todo quedaba en silencio.

Despues de esto, la imaginacion de Lind-Arahj, como si se hubiese cansado de su actividad, se detuvo, sintió frio, un frio agudísimo, y su insomnio se despejó..... Estaba en el balcon, al aire libre, y mal envuelta en su manto; el sonambulismo la habia llevado hasta allí; lo que habia visto era verdad: un hombre habia sido acometido y preso al ir á entrar en el pabellon del cortijo del Vivero.

Pero ¿qué la importaba esto á ella? Ella no pensaba más que en su hijo y en D. Juan. Esperaba encontrar al primero, y estaba segura de los amores del segundo; se rehizo, cerró el balcon, entró aterida en el lecho, y se durmió.

. . . .

. . . .

Tres dias estuvo esperando la contestacion de D. Juan; tres dias eternos, tres siglos de penas, de dudas, de delirios, de desesperacion: al cuarto, Esperanza entró en su retrete, y la dijo que el lacayo de D. Juan habia llamado sin miramiento á la puerta de la quinta, y preguntaba por ella. Grave seria el motivo que le traia cuando á tanto se aventuraba.

Lind-Arahj rompió por todo, é hizo introducir á Gabilan en su retrete. El leal lacayo, cuyo rostro no estaba más que cuidadoso, palideció al ver sola á Lind-Arahj, y no pudo contener la indiscreta pregunta que se agolpó de su corazon á sus lábios.

—¡Qué! ¿no está con vuestra señoría mi amo?—esclamó.

—¿Qué decís?—contestó asombrada Lind-Arahj.

—Digo, señora, que si no sabeis de mi amo, se le ha tragado la tierra.

—¡Qué! ¿no sabeis de D. Juan.

—Hace cuatro dias, señora, que salió de su casa, y no ha vuelto aun.

—¡Dios mio!

—Ha desaparecido, señora; le he buscado, y no le he encontrado; pensaba hallarle aquí, y vos tampoco sabeis de él.

—Pero ¿no sabiais á dónde iba, cuando salió, vuestro amo?

—Iba..... iba allí.....—contestó Gabilan, yendo al balcon y señalando al cortijo.

—¡Deciais que iba allí!—esclamó palideciendo Lind-Arahj.

—Sí señora.

—¿Allí vivia una mujer?

—Sí señora.

—Hace cuatro dias que esa mujer fué presa por la Inquisicion.

—¿Y luego?.... ¿y luego, señora?

—Luego,—contestó temblando Lind-Arahj,—á la noche, ya tarde, un hombre que habia subido á la puerta, fué acometido por muchos hombres.

—¿Y preso?

—Sí.

—¡Oh, señora! rogad á Dios por él y por ella, porque á estas horas.....

Lind-Arahj miró, con los ojos desencajados de espanto, á Gabilan.

—A estas horas, señora, ¿quién sabe lo que habrá hecho de ellos la Inquisicion?

Lind-Arahj dió un horrible grito, y cayó desmayada: Gabilan, rugiente, colérico, meditando cien terribles venganzas, salió del retrete y de la quinta, montó á caballo, y entró blasfemando en Madrid.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

LIBRO II.

EL BAUTISMO DE SANGRE.

CAPITULO I.

En que volvemos á encontrar á D. Juan Tenorio.

Era un lugar triste y desnudo; un espacio cuadrado de diez piés de plano por seis de altura; una piedra seca y corroida constituia el pavimento y las paredes, y una bóveda rebajada del mismo material parecia pesar con una gravedad sofocante sobre aquellas paredes; una puerta fuerte, barreada de hierro, perdida en un profundo dintel, era la única abertura de aquel espacio, y la reja de gruesos y espesos barrotes, practicada en su parte superior, su único respiradero.

Un lecho que, segun la moda de aquella época, podia llamarse suntuoso; un sillon de igual manera notable; una mesa con tapete de seda y un velon de plata, disonaban enérgicamente en aquel lugar, que bajo todos aspectos no podia considerarse sino como un fuerte y profundo calabozo.

Y lo era en efecto: allí no habia tiempo, ó por mejor decir, el tiempo no tenia medida, ni el silencio límite; llenaba aquel reducido espacio un ambiente denso, caliginoso, sofocante; la luz, contínuamente encendida en los cuatro mecheros del velon, reflejaba de una manera fuerte en los cercanos muros; aquella era la tumba de un vivo, á la que, para ser repugnante, porque horrorosa ya lo era, no la faltaba más que la supresion de los muebles

que la hacian materialmente cómoda, estar envuelta en tinieblas, y una coleccion de reptiles que se arrastrasen sobre un pavimento húmedo é infecto.

El sér viviente que allí estaba encerrado era D. Juan Tenorio. Pero nó el D. Juan que hemos dejado al fin del libro anterior; habia en él variaciones notables, tanto en lo moral como en lo físico: considerado bajo este último aspecto, no nos atrevemos á decidir si habia ganado ó si habia perdido; este fallo pertenecerá á nuestras lectoras cuando le hayamos descrito de nuevo; antes era un adolescente imberbe, sonrosado, con lábios frescos y puros como el esmalte del coral, con piel blanca, tersa y trasparente, y con ojos que si frecuentemente eran graves y de mirar profundo, y algunas veces fieros é indomables, se dilataban otras en una mirada fascinadora, con esa bellísima espresion del amor primero, dulce, tranquilo y descuidado como la inocencia. Al adolescente habia sucedido el hombre; el suave y aterciopelado bozo de sus lábios se habia convertido en barba fuerte, brillante, rizada y negrísima; aquella barba orlaba unas mejillas blancas y poderosamente pálidas, pero tersas y ligeramente brillantes; aquella palidez no era ni la palidez de la enfermedad, ni el resultado de la demacracion, hija de los desórdenes; era una palidez nerviosa, producida por la pasion; una palidez bella, que daba á su semblante algo de fantástico y sombrío, contrapuesta al negro color de su barba, de sus ojos, de sus cejas y sus cabellos, que caian en desordenados rizos sobre sus hombros. Pero en lo que más se notaba la variacion operada en D. Juan era en su mirada, mirada indescribible, porque era el resúmen de cien pasiones indómitas; mirada en que se marcaban al mismo tiempo la tétrica y opaca desesperacion del leon encerrado despues de un insulto, reconcentrada en punto luminoso y centelleante, y la fijeza sombría de la venganza que espera, y fermenta y ruge dentro del alma; venganza silenciosa y terrible, fuerza escondida que brillaba á veces con el relámpago y volvia á sumergirse en las tinieblas de una calma amenazadora, más imponente que la rabia que se desborda, grita y bravea; no podia dudarse ante aquella mirada un pensamiento fijo, incontrastable y fatal; aquella mirada era una de esas que dan pavor al más valiente, que causan miedo.

La cabeza de D. Juan habia adquirido en la cautividad un continente poderosamente altivo; su frente ancha, magnífica, resplandeciente sobre aquellos ojos soberanos, tenia toda la majestad de un rey, y de un rey avezado á dominar sobre un pueblo de gigantes. Sus formas se habian robustecido; su negra ropilla de seda, desaliñada y abierta en razon del calor, dejaba ver un cuello blanquisimo, suavemente modelado en su musculatura, bello como el de una mujer, puramente alzado, sobre sus redondos hombros maravillosamente mórbidos; su pecho, perfectamente desarrollado, se levantaba agitado por una respiracion pujante, y sus manos, siempre hermosas, habian adquirido un aspecto de fuerza muscular tal, que no podia concebírselas en otra situacion mejor que empuñando una lanza ó una espada.

D. Juan, pues, habia llegado á ser, por las circunstancias y por las variaciones impresas en su carácter, uno de esos hombres que parecen formados para representar sobre la tierra ese inmenso poema de todas las pasiones in-

dómitas y terribles que se llama Luzbel; no ese Luzbel del fanatismo á quien se pinta con rabo y alas de murciélago; no esa hedionda creacion de la ignorancia, vulgar y mezquina representacion de las pasiones más abyectas y miserables del corazon humano, sino el sér eterno, inmenso y poderoso que, creyéndose un Dios, se rebeló contra Dios; ese espíritu condenado á quien puede llamarse el dios del orgullo y de la venganza, y que parece creado por un misterio insondable para dar vida á pasiones funestas que no pueden tener su orígen en el Dios de la eternidad, en el Dios perfecto, en el Dios omnipotente, en el sublime espíritu de la caridad, de la bondad, de la santidad.

Al ver á D. Juan sentado en aquel sillon, con las rodillas plegadas á la altura de su pecho, los codos apoyados en ellas, el semblante entre sus manos, cuyas uñas se clavaban en sus mejillas, la boca entreabierta y terrible, como si diese paso á una muda blasfemia; con su palidez mate y sus ojos dilatados, inmóviles, fijos, lúcidos y brillantes como un fuego terrible; con la cabellera negra, densa, ensanchada como una aureola lúgubre en torno de su cabeza; al verle así, repetimos, era preciso estremecerse y pensar en el orgullo indomable, en la venganza terrible de Satanás.

De tal modo habian influido en aquel carácter enérgico sus estraños amores, sus odios y su cautividad: si D. Juan, lo repetimos, hubiera encontrado sobre la vida, y de una manera contínua, pasiones dulces, caractéres generosos y entusiastas como el suyo, hubiera sido un poema viviente del bien; pero se habian cruzado ante él amores satánicos y hombres avezados al crímen; habia aspirado el olor de la sangre, y su instinto, feroz y rebelde se habia desarrollado. D. Juan debia ser, pues, el poema viviente del mal; un sér funesto, rodeado de lágrimas y de sangre, cuyos sueños debian estar poblados de lúgubres fantasmas.

¿De dónde venia? Lo ignoraba. ¿A dónde iba? Lo ignoraba tambien. Por mejor decir, D. Juan no habia pensado nunca en lo que era ó en lo que podia ser: espíritu inmenso, marchaba con la frente erguida y provocadora sobre un camino ignorado, sin temor, sin irresolucion, de frente siempre, resuelto á todo, inalterable como la fatalidad.

Sus recuerdos le embravecian; no podia olvidar nunca, como jamás un corazon valiente olvida un insulto, aquella noche en que, yendo en busca de un amor insaciable, dilatado el corazon é inundada el alma de felicidad, se vió acometido por una multitud de hombres enmascarados; recordó que su noble y valiente espada habia encontrado siempre un coselete ó una loriga sobre el pecho de sus enemigos; que habia sido traidoramente acometido por la espalda, sujeto, atado y envilecido con una mordaza; que una venda habia cerrado sus ojos, y que se le habia conducido contra su voluntad, á pesar de su cólera, á aquel lugar, en el cual no sabia cuánto tiempo estaba encerrado. El que sufre como sufria D. Juan; el que, como él, indomable y audaz, se ve sujeto, y sujeto por una fuerza brutal, no puede apreciar un tiempo que no tiene noche ni dia, y que pasa lentamente, como acontece siempre que se espera: D. Juan creyó pasada una eternidad desde el dia en que habia sido encerrado, y hubo ocasion en que, careciendo de un espejo, se arrancó ca-

bellos para ver si habia encanecido; pero cuando los contemplaba negros y brillantes, cuando sentia circular en sus arterias, como lava, su jóven sangre, sus ojos arrojaban una mirada de reto al porvenir, y se lanzaba del lecho ó del sillon para recorrer, impaciente, terrible, en un círculo interminable, la reducida estension de su calabozo.

Pero ¿á qué edificio pertenecia aquel? D. Juan no lo sabia, como no sabia tampoco el tiempo trascurrido desde el momento de su prision. Tenia, es verdad, presente siempre, como si no hubiera pasado, el momento en que, henchida el alma de amor y desvanecida la cabeza en magníficos sueños, habia llegado hasta la puerta de las habitaciones de Magdalena. Resonaba aun, como entonces, en sus oidos el tropel de las pisadas de los que subian la escalera contra él espada en mano; recordaba que aquellos hombres no habian querido herirle, sino prenderle, y que siempre que su espada habia alcanzado á un cuerpo, su punta habia encontrado un coselete impenetrable. Luego se habia sentido sujeto por detrás; una infame mordaza habia ahogado su voz, y una venda y un capuz robado la vista á sus ojos. Siempre sujeto, habia sido arrastrado por un coche, cuyas ruedas, silenciosas por el camino, habian retumbado al fin sobre el empedrado de las calles de una poblacion, y despues de mil vueltas y revueltas habia parado delante de una gran puerta, á juzgar por la pesadez de su rotacion sobre los goznes. Despues habia sido sacado del coche, conducido en peso, á pesar de sus esfuerzos, y llevado á una gran profundidad, por escaleras de espiral, en cuyos peldaños retumbaban de una manera hueca y sonora los pasos de sus conductores, de cuyas bocas no salia una sola palabra. Al fin rechinaba otra puerta, avanzaban aquellos hombres algunos pasos, le depositaban en un lecho, le despojaban del capuz, de la venda y de la mordaza, y antes de que D. Juan se recobrase de su cólera y de su sorpresa, desaparecian, cerrando tras sí la puerta.

D. Juan no olvidaba nada de esto; lo tenia siempre ardiendo en su imaginacion, y cada dia más que pasaba en su cautiverio, daba mayor fuerza á su cólera, mayor intensidad á sus sombríos pensamientos de venganza.

La primera vez que, despues de su encierro, fueron á llevarle alimento, D. Juan, que se habia preparado desde el momento en que sintió que se aproximaba alguien, se lanzó al hombre que entraba, y á quien hubiera ahogado, á no haber sido esto previsto; cuatro hombres más se lanzaron en el calabozo, le sujetaron de nuevo, no sin una porfiada lucha, le pusieron grillos, cadenas y esposas, y dejaron la comida al alcance de su mano.

D. Juan, durante los tres primeros dias, gritó, blasfemó, se irritó, y no tocó á la comida; su terrible cólera pudo más que su robusta salud, y la fiebre se apoderó de él: durante mucho tiempo, un sopor denso, sombrío, lleno de delirios y de visiones sangrientas, le sepultó en un estado de enajenacion tal, que estuvo á punto de perder la razon: un hombre vestido de negro y enmascarado, un hombre que debia ser médico, veló todo aquel tiempo junto á su lecho; D. Juan, en medio de su delirio, veia pasar por delante de sí las sombras de sus solícitos servidores, y se prestaba de una manera instintiva á sus cuidados; queria vivir para vengarse, y como todo estaba subordinado á su voluntad de hierro, lanzó de sí la enfermedad, y despertó de

ella resignado ya, tranquilo, mudo y sombrío; no volvió á acometer á su carcelero; comió, procuró conservarse, y esperó.

Pasaba el tiempo en aquella horrible espera: crecia la impaciencia de don Juan, pero impaciencia altiva, orgullosa, que se revolvia dentro del fondo de su alma, sin revelarse por la voz ni por el semblante; entre tanto, su barba y sus cabellos crecieron, empalideció su rostro, y sus ojos adquirieron la terrible espresion con que los hemos presentado al principio de este capítulo; desarrolláronse en él las pasiones; creció su amor con la ausencia, y la duda de lo que habria sido de Magdalena, contribuyó á hacer más intensa la ferocidad que habian producido en él su cautiverio y su voluntad contrariada. Comprendió por sí mismo toda la horrible verdad del poder del fuerte contra el débil, y esto le hizo déspota, al mismo tiempo que la crueldad con que se le trataba, cruel: aquel carácter funesto se iba creando paso á paso, y su noble alma, su alma de niño, se habia trasformado en un alma endurecida por el sufrimiento, y ansiosa de venganza.

Y en medio de esto, siempre las fantasmas de aquellas tres mujeres, siempre su amor por Magdalena, su deseo por Lind-Arahj y su empeño por Inés.

Cuando D. Juan pensaba que aquellas tres mujeres podian serle arrebatadas por la suerte durante su prision, juraba esterminar á su incógnito enemigo, enemigo que no podia ser otro que Fray Tomás.

Pero, sin embargo, dudaba: si él hubiera estado preso en la Inquisicion, de seguro se le hubiera interrogado; ¿y si por acaso era víctima de uno de aquellos procesos tenebrosos, en que para nada, sino para sentenciarlo, se contaba con el acusado, y por resultado de él estaba condenado á envejecer, enloquecer y morir en aquel horrible encierro?

Mucho ménos hubiera bastado para fijar el carácter de D. Juan, y al poco tiempo de estar preso, ya su alma habia llegado á lo que debia ser.

Pero como todo concluye en el mundo, sea cualquiera el desenlace de los acontecimientos, llegó un dia en que se abrió la puerta del calabozo y entró el eternamente enmascarado carcelero. Aquel hombre jamás habia pronunciado una sola palabra delante de D. Juan, aunque tambien es cierto que éste nada le habia preguntado, siendo igual y tenaz por entrambas partes el silencio; pero en aquella ocasion el negro guardian se dirigió á D. Juan, y dejó sobre el lecho ropas y armas.

—¿Consentirá vuestra señoría—dijo aquel hombre—en prestarse al último precepto que se le impone?

D. Juan miró con altivez á aquel hombre, en cuya voz creyó reconocer á Andrés Ceballos.

—¿Qué se pretende hacer de mí?—contestó D. Juan.

—Se suplica á vuestra señoría que se vista esas ropas y se ciña esas armas.

—¿Para qué?

—Vuestra señoría va á quedar libre, pero antes será preciso que me prometa por su palabra de caballero dejarse conducir con los ojos vendados al lugar donde es necesaria su presencia.

D. Juan lanzó una rápida mirada á la espada que estaba sobre el lecho, pero un resto de prudencia le contuvo, y en silencio se despojó de su traje y vistió las ropas que se le habian traido. Nada faltaba desde la rica camisa de Cambray al gorro de terciopelo; ropas verdaderamente de noble y que parecian haber sido hechas á su medida. Sobre el jubon y el ferreruelo lucia la cruz de Santiago, y encerrada en una cajita, pendiente de una cadena de oro, acompañaba á aquel equipo la medalla que servia de distintivo á los grandes familiares del Santo Oficio.

Cuando D. Juan se ciñó la daga y la espada, no pudo ménos de reparar en la brillantez y en el admirable cincelado de su guardamano y su empuñadura; por una costumbre inveterada en él y comun á todos los hombres que comprenden cuánto vale para un lance el conocimiento del arma de que disponen, D. Juan tiró de aquella espada, la hizo silbar describiendo algunas cuchilladas en el aire, la probó en una estocada rápida contra las maderas del lecho, y se convenció de dos cosas: primera, de que no habia perdido nada en cuanto á direccion y soltura; y segunda, de que era aquella la mejor de cuantas armas habia empuñado. Además, notó que en la hoja habia grabada una inscripcion, y la leyó; aquella inscripcion decia: Soy de Lisardo el Estudiante.

¡Lisardo el Estudiante! Aquel hombre por sus amores y sus desgracias era demasiado célebre desde hacia veinte años, y á pesar de las circunstancias especiales en que se hallaba colocado D. Juan, aquel incidente le causó una impresion misteriosa, subyugándole á una influencia inesplicable.

—¿Es necesario que se me venden ya los ojos?—dijo el jóven con un acento que demostraba cuánto le era violenta esta exigencia.

—Suplico á vuestra señoría que no vea en esto más que una simple precaucion.

—¿Es decir que se me teme?

—Acaso.

—Haced, pues, lo que querais.

El carcelero, no sin respeto, se acercó á D. Juan, sacó de su bolsillo un largo pañuelo negro doblado á manera de faja, y le vendó, despues de lo cual le asió de la mano y le condujo á través de callejones y escaleras, donde no se oia ningun género de ruido, á un lugar en que el aire atmosférico le dió en el rostro, produciendo sobre él la misma dulcísima sensacion que el beso de la vírgen de los primeros amores.

La mano que le guiaba le hizo entrar en un coche, y D. Juan se encontró solo en él. Poco despues, el coche partió; oyóse retumbar su rotacion como bajo estrechas bóvedas, en las cuales multitud de puertas se abrian y cerraban sucesivamente, y al cabo el coche rodó sobre un suelo empedrado, y don Juan pudo escuchar el movimiento que vivia y se agitaba en torno suyo; por los gritos de los vendedores, las conversaciones de los transeuntes, y el ir y venir de cabalgaduras y carruajes, no podia dudar que atravesaba una poblacion, y que aquella poblacion era Madrid.

Por un deseo natural é irresistible, se llevó la mano á la venda y se la bajó un tanto, pero aquella infraccion de su promesa fué inutil; las ventanas del

coche estaban herméticamente cerradas, y no salió de unas tinieblas sino para entrar en otras: D. Juan volvió la venda á su anterior estado, y despues de otra multitud de vueltas y revueltas, el coche retumbó de nuevo sobre un pavimento sonoro, bajo un techo, y paró.

D. Juan oyó rechinar una llave en la portezuela; una mano asió la suya, y una voz conocida, la misma voz del carcelero ó de Andrés Ceballos, le dijo:

—Bajad.

Bajó D. Juan; aquella mano le guió algunos pasos; partió el coche, y cuando se hubo perdido su ruido, la misma voz le dijo:

—Un momento despues de que yo os haya dejado, quitáos la venda; estais en el convento de Santo Domingo, y Fray Tomás de la Santísima Trinidad os espera en su celda.

Apenas pronunciadas estas palabras, le soltó la mano, oyéronse unos pasos precipitados que se alejaban, y D. Juan se arrancó la venda y miró.

Al principio, sus ojos, acostumbrados á la luz artificial, vacilaron ante el reflejo de la fuerte luz de un dia de verano; el sol á toda su altura, arrojaba sobre el estenso claustro un resplandor vivísimo, y el cielo parecia escandecido. D. Juan nada vió; estaba solo delante de un altar, en que, á pesar de la hora, ardia una lámpara delante de una hermosa estatua de una Vírgen de la Concepcion.

Por más que los hombres, las cosas y los sucesos hubiesen alterado, modificado y dado, por decirlo así, un carácter fijo á los instintos de D. Juan; por más que este carácter fuese siniestro y fatal, era antes que todo religioso; y al encontrar por primera vez, al salir de su cautiverio, con la primera impresion de la luz de la libertad, ese purísimo trasunto en que los cristianos adoran la más poética, la más sublime, la más grande de las abnegaciones y de las santidades despues de Dios, la Vírgen Madre; á su despecho, del fondo de aquel corazon, que se habia endurecido, se elevó un himno sublime, un sentimiento de fruicion purísima, de agradecimiento, de ternura, y cayó de rodillas delante del altar, murmurando esa dulce y sentida oracion, que en fuerza de repetirla, no sabemos apreciar cuánto vale en todo el esplendor de su sencillez: el *Ave-María;* á no haber sido D. Juan maldito, su fé le hubiera salvado.

La fé, que es la esperanza; la fé, que es la caridad, como la caridad y la esperanza son la fé.

Pero aquel dulce destello de un alma que aun no habia muerto, aquella preciosa lágrima de gratitud, se perdieron y se secaron, como se pierde un relámpago entre las oscuras nieblas de la tempestad, y como la arena árida y abrasadora evapora y seca una gota de rocío.

D. Juan se alzó de repente altivo y audaz al recordar las últimas palabras del incógnito; zumbaba aun en sus oidos el nombre de Fray Tomás; lanzó una mirada de inmensa desesperacion á la Vírgen; se puso la gorra, se lanzó á lo largo del claustro; subió las escaleras con el paso firme y rápido de un gigante, y llamó con un solo golpe, seco, breve y fatídico, á la puerta de la celda de Fray Tomás.

Aquella puerta se abrió como si la hubiese repelido su mano, y el mismo

corista jóven que hemos visto en otra ocasion, apareció tras ella, grave, pálido y triste.

—D. Juan Tenorio,—pronunció á la puerta D. Juan.

—D. Juan Tenorio,—repitió como anunciando el corista.

—¡D. Juan Tenorio!—retumbó dentro, como un gemido más allá de la vida, como un suspiro de *ultra-tumba*.

De la misma manera firme y fatídica que habia llegado hasta allí, D. Juan atravesó la celda, y se detuvo en la puerta de la alcoba, mudo, fijo, severo y tétrico como un fantasma.

D. Juan esperaba encontrar un hombre, y encontró un cadáver: Fray Tomás de la Santisima Trinidad moria consumido por la tísis en el fondo de aquella alcoba.

CAPÍTULO II.

De cómo conoció D. Juan á Lisardo el Estudiante.

Por un momento se miraron frente á frente el fraile y el jóven, y no nos atrevemos á decir qué palidez era más densa, qué mirada más sombría, si las del uno ó las del otro.

Fray Tomás hizo una seña á los religiosos que le rodeaban, y que salieron, quedando solos él y D. Juan.

—Acercáos, caballero,—dijo el fraile, esforzándose para hacer inteligibles sus palabras.

D. Juan adelantó dos pasos, fija siempre la vista en el moribundo.

—Sentáos, sentáos,—dijo con impaciencia Fray Tomás,—si no es ya que teneis miedo de que os contamine mi enfermedad.

D. Juan asió un sillon, le acercó al lecho, y se sentó.

—En fin, ¿qué me quereis?—dijo con notables muestras de estar provisto del peor humor del mundo.

—Quiero que me perdoneis, D. Juan.

—¡Perdonaros! ¿conque habeis sido vos?....—esclamó con fiereza el jóven.

—Sí; yo he sido.

—¿Vos, el que de una manera infame me ha privado de mi libertad? ¿Vos, el que me ha hecho sufrir insultos, el menor de los cuales no podria satisfacerse con la sangre de cien hombres?.... ¿Vos, el que escudado antes con vuestros hábitos, os habeis atrevido á mí?.... ¿Vos, el que protegido ahora por la muerte, me pedís de una manera cobarde perdon?....

—¿Y creeis D. Juan que no le merezco?.... ¿Creeis que mientras vos ha-

beis estado preso, he sido yo feliz? ¡Ni aun he vivido! ¿Creeis que tan pronto se llega al estado en que yo me encuentro? Y nada importan la dolencia, la muerte del cuerpo: lo horrible, lo cruel es la dolencia del espíritu, la muerte del alma..... y yo, D. Juan, estoy condenado.

El jóven se levantó instintivamente, repelido, por decirlo así, por la mirada vidriosa y mate del fraile, en cuyo foco recóndito y opaco brillaba un fuego infernal.

—Condenado, sí,—esclamó Fray Tomás, alzándose de repente,—y condenado por vos. Sin vos, yo hubiera podido acaso dominar mi espíritu, hacerle dócil, olvidar; pero vos me habeis causado celos..... vos me habeis robado á Magdalena, y vos me habeis condenado.

—¡Magdalena!—esclamó el jóven, á quien repugnaba que aquella boca contraida y lívida, á la que asomaba una espuma sanguinolenta, pronunciase el nombre de su amada.—¿Y qué teneis vos que ver con Magdalena?

—¡Oh! nada, nada; es verdad: yo os habia llamado para obtener vuestro perdon, y no debia hablaros de ella..... nó..... y sin embargo, está siempre delante de mí; ¿y sabeis por qué?..... porque se parece á Teodora..... á Teodora, que me llama desde allá abajo..... porque ella murió desesperada..... como muero yo..... y se condenó.

D. Juan temió habérselas con un loco: sus ojos estaban desencajados, descompuesta su faz; todo revelaba en él la enajenacion del espíritu, y una enajenacion furiosa.

—¿Y no quereis perdonarme?—esclamó el fraile, colérico, más como el que se irrita por no ver obedecido un mandato, que como el que necesita y ruega.....—No quereis perdonarme, porque he tenido celos de vos, y os he encerrado..... ¡Oh, oh! es que puedo volveros á encerrar, y conque yo quiera, sereis juzgado..... juzgado por la Inquisicion, ¿lo entendeis? Aquí..... aquí,—esclamó metiendo la mano convulsivamente bajo su almohada,—aquí están las pruebas de vuestra complicidad en el asesinato de D. Gaspar de Somoza; pruebas terribles que os llevarán si yo quiero á la hoguera, porque vuestros cómplices son sacrílegos.

D. Juan, á pesar de su valor, miró en torno suyo, temeroso de que las palabras del fraile fuesen oidas por alguien. ¡Tanto se temia entonces á la Inquisicion! Nadie habia, sin embargo, que pudiera oirlos.

—Segun eso, D. Pedro de Avendaño no ha sido juzgado,—dijo Tenorio, disimulando mal su interés al pronunciar estas palabras.

—Le habeis defendido vos.

—¡Yo!—esclamó con estrañeza Tenorio.

—¿No os ama Magdalena?

D. Juan creyó que no comprendia bien estas palabras, y el fraile, que tenia fijos en él los ojos, lo adivinó.

—Si yo no hubiera quemado las primeras diligencias de ese proceso.—dijo con voz opaca, débil y lúgubre;—si yo no hubiera alejado á la Inquisicion de la casa de D. Pedro; éste, aunque huyó, hubiera sido preso pronto ó tarde..... y el tormento..... ¡oh! el tormento hace hablar á los hombres más valientes, á los hombres más duros: hubiera pronunciado vuestro nombre.....

—Hubiera mentido.

—Lo hubiera pronunciado, y entonces la Inquisicion no hubiera respetado, ni vuestro nombre, ni vuestras riquezas; tratándose del crímen que yo he ocultado, hubiérais sido relajado, D. Juan, y Magdalena se hubiera vengado de mí muriendo con vos y por vos.

—¡Oh! y si solo por ella os habeis contentado con tenerme preso, no sé dónde ni cuánto tiempo, ¿para qué necesitais mi perdon?—dijo con un amargo sarcasmo Tenorio.

—¡Vuestro perdon! ¿Sabeis por qué? Porque yo os he ofendido; porque yo os he robado vuestro amor y vuestra libertad; porque yo acaso con el sufrimiento he endurecido vuestra alma, como me lo prueban vuestra fria inmovilidad y vuestra punzante mirada. ¡Para qué quiero vuestro perdon! Para escuchar junto á mí una voz amiga que me ayude á sufrir la horrorosa muerte que ya está apoderada de mí. ¿Sabeis lo que me sucede cuando veo entrar cabizbajos y severos, con los brazos cruzados y las manos perdidas en las mangas de sus túnicas, á esos sacerdotes de mi Orden, que vienen á hablarme de un tránsito breve y de una bienaventuranza próxima? Me dan horror, porque no es el cielo el que me espera, porque muero impenitente, porque tengo aun sobrado orgullo para confesar mis faltas, y me condenaré.

—En fin, padre,—dijo Tenorio con una calma que daba horror,—¿creeis que despues de haber estado sin libertad una eternidad, no tengo yo otra cosa que hacer más que convertirme en agonizante?

Fray Tomás dió un grito desesperado, se mordió colérico los brazos, y se mesó los largos cabellos que crecian á ambos lados de su calva.

—Ni uno solo,—esclamó,—ni uno solo; ni ella, á quien tanto he amado; ni él, á quien podia haber reducido á polvo, á ceniza; y él me debe la vida. ¡El infierno!.... ¡mentira! ¡el infierno de allá no puede ser más terrible que el que estoy sufriendo, que el que he sufrido aquí, en esta celda maldita!

Una tos seca, terrible, cortó la palabra al fraile, y un círculo de sangre orló sus lábios. D. Juan sintió removerse en el fondo de su alma un pequeño resto de sensibilidad, la lágrima sola y amarga que sirve de límite entre el hombre más cruel y la fiera.

—Si yo os rechazo, Fray Tomás,—dijo,—tengo razones para ello; ¿acaso no sois mi enemigo, mi único enemigo?

—Pero Dios perdonó á sus verdugos,—esclamó el fraile.

—Dios era Dios, y yo soy hombre..... hombre á quien se ha insultado, hombre de quien se ha dispuesto contra su voluntad, hombre que ha fermentado en su corazon, durante su cautividad, pasiones que no tenia: el odio y la venganza; hombre á quien nada podeis pedir, porque le habeis robado lo más precioso que tiene el hombre: la virginidad y la paz del alma.

—Yo era como tú,—esclamó el fraile;—como tú puro, como tú noble, como tú hermoso; yo era como tú, y tú serás como yo: á mí me perdió una mujer pura, y á tí te ha perdido un amor de niño.

D. Juan no contestó, maravillado del estraño giro que tomaban los pensamientos del fraile; pero de repente el recuerdo de una impresion cercana

destruyó su estrañeza; aquel recuerdo descansaba en la hoja de la espada que llevaba ceñida, y en la cual habia un nombre.

—¡Vos sois Lisardo el Estudiante!—esclamó Tenorio.

El fraile miró con espanto al jóven.

—Yo era Lisardo,—dijo,—y no he podido dejar de serlo: he procurado olvidar en el retiro del cláustro, y me ha perseguido siempre ese fantasma que se llama amor; he escitado otras pasiones, procurando ahogar en ellas mis insensatos amores, y me he hecho avaro, ambicioso é hipócrita, sin dejar de ser sensual; he macerado mi carne, y la maceracion y el cilicio han enardecido mi sangre; he apartado de mí á la mujer fatal que me recordaba á mi antigua amante, y la tísis me ha devorado..... la tísis, la enfermedad del espíritu, el fuego lento de un corazon que arde comprimido, de una cabeza cuyo pensamiento no encuentra al dilatarse más que dolores sombríos; el fuego que no se apaga sino cuando ha devorado su presa..... ¡y me creian santo! ¡imbéciles! ¡y temblaban ante mí, tomando por severidad lo que era hastío de la vida, sufrimiento, cansancio! ¡temblaban ante mí, el más miserable de los miserables!

Una tos seca, tenaz, horrible, interrumpió al fraile, y un nuevo círculo de sangre tiñó sus lábios. D. Juan, en tanto, de pié, mudo y severo, le escuchaba notoriamente contrariado. Fray Tomás se sobrepuso aun á su estado, y continuó:

—Te he llamado para pedirte perdon..... y me le has negado.....

—¿Y de qué os servirá mi perdon?

—Acontece que un hombre muy cargado se siente próximo á desfallecer; pero si hay una mano caritativa que le alivie de una parte de su peso, cobra esperanza y ve con ménos terror su camino: yo, yo acaso te he perdido, y esta es una grave falta, que añadida á las que ya pesan en mi conciencia.....

—¡Miserable condicion humana!—esclamó D. Juan.—Conocemos el mal despues que le hemos causado, y nos arrepentimos cuando aquel mal no puede servirnos de nada, cuando no tiene remedio. Me habeis robado á Magdalena, á Magdalena, á quien, á pesar del juicio del mundo, estaba resuelto á hacer mi esposa ante los hombres, como ya lo era ante Dios.

—¿Y si te digo el lugar donde se encuentra?....

—Os perdonaré cuando sepa que la habeis respetado,—esclamó el jóven, cuya alma se habia abierto de repente á la esperanza y á la felicidad;—os perdonaré con toda mi alma, y si es que aun mis oraciones tienen toda la pureza necesaria para llegar á Dios, rogaré por vuestra eterna paz.

—¡Magdalena! ¡tu perdon!—esclamó el fraile dudando entre estos pensamientos, como el avaro que se ve obligado á perder su tesoro por la confesion del lugar en que se oculta.—¡Magdalena! ¡y la buscarás y será tuya!.... ¡nó! ¡nó! ¡nó!

Los ojos de D. Juan dejaron caer sobre la ya cadavérica mirada del fraile una mirada tan intensamente amenazadora, que Fray Tomas se aterró y cayó de espaldas contra la almohada; sus ojos rodaron en sus órbitas, desgarróse su pecho, brotó la sangre á borbotones de su boca, y su voz se ahogó.

—¡Magdalena!.... ¡perdon!.... ¡Dios!....—murmuró en palabras entrecortadas.—¡Salvadme!.... ¡salvadme!....

—¿Dónde está Magdalena?—gritó Tenorio asiéndole de un brazo con una fuerza brutal.

—¡Ah! ¡quieres matarme!—esclamó con espanto el fraile.—¡Socorro!.... ¡socorro!....

El esfuerzo hecho para dar estension á estas palabras, acabó con sus últimos restos de energía: desde entonces no habló ni una palabra más; pero su mano, desatentada y trémula, buscó ansiosa debajo de la almohada, y asió un objeto. D. Juan vió un grueso pliego cerrado, y se avanzó á él: la mano del moribundo le retuvo con una fuerza desesperada, sus ojos irradiaron por un momento como una luz que se dilata antes de apagarse, y posaron en D. Juan una mirada satánica; pero instantáneamente aquella mano cedió y aquellos ojos se estraviaron; agitóse el fraile en una contraccion suprema, y lanzó un grito envuelto en un vómito de sangre.

El primer cuidado de D. Juan fué examinar el pliego. En su sobrescrito decia: «Despues de mi muerte, á D. Juan Tenorio.» Luego miró al fraile, y solo encontró un cadáver horroroso y repugnante.

D. Juan guardó el pliego entre su ropilla, lanzó una postrera mirada al cadáver, y esclamó con un acento indefinible:

—Salgo de nuevo al mundo bajo un influjo fatal; necesitaba la vida de este hombre, y me la roba Dios.

Estas fueron sus palabras de *perdon;* despues de ellas, compuso su semblante, atravesó con paso lento la celda y el claustro, y se encontró en la calle.

Solo entonces, se detuvo.

—¿Tendré aun casa?—se dijo.—Sea como quiera, yo no la he vendido; y en todo caso, lo peor que puede sucederme será el desahogar mi cólera sobre la cabeza de un inquilino.

Y con el mismo paso lento se encaminó al monte de Leganitos.

CAPÍTULO III.

De las cosas que vió D. Juan antes de llegar á su casa, y de las novedades que encontró, con otras no menores que habian acontecido durante su prision en el reino.

Sin saber cómo, D. Juan se encontró poco despues en calles henchidas de una multitud impaciente, que se empujaba y procuraba abrirse paso para colocarse más cerca de la puerta de un edificio, por la cual salia una procesion estraña, compuesta de frailes, soldados, hombres vestidos de negro (vulgo alguaciles) y unas tristes, escuálidas figuras, cuyo traje solo bastaba para erizar los cabellos del más bravo. Aquel traje se componia de una coroza y de un sambenito; los que lo llevaban eran penitentes, reconciliados y relapsos; la procesion de que formaban parte un auto de fé, y el edificio de donde aquella procesion salia la Inquisicion.

Muchos de nuestros lectores ignorarán acaso lo que era una coroza, un sambenito y un auto de fé; nosotros, á fuer de cumplidos narradores, vamos á procurar hacer brevemente la reseña de aquel espectáculo terrible y la descripcion de sus partes.

En primer lugar, marchaban cuatro soldados de la Fé á caballo, armados á la ligera y mostrando sobre sus vestas rojas la cruz dominica, emblema, como ya hemos dicho, de la Inquisicion; tras estos soldados, y tocando á un mismo tiempo sus instrumentos, con libreas tambien del Santo Oficio, seguian á caballo cuatro trompeteros y dos timbaleros; seguidamente, un fraile capuchino llevaba una cruz verde, y una doble y larga fila de frailes, con velas verdes tambien, se prolongaban formando calle, y cantando en coro salmos penitenciales; despues de las comunidades de todas reglas, aspectos y colores venian los dominicos con velas amarillas, y entre ellos y una numerosa es-

colta de soldados, precedidos por el pendon de la Fé, que llevaba un alférez á caballo, iban hasta cincuenta personas de ambos sexos, jóvenes las unas, provectas las otras, y viejas muchas, descalzas, en camisa, con una soga al cuello, y ataviadas con lo que hemos llamado coroza y sambenito.

La primera consistia en una especie de tubo amarillo, alto y cónico, puesto á manera de sombrero en la cabeza; el sambenito, en una dalmática ó escapulario, larga hasta las rodillas, de tela de lana, y tambien de color amarillo; entrambas prendas estaban enriquecidas con accesorios rojos, que pertenecian á tres géneros distintos: las que solo tenian una cruz de San Andrés marcaban á los penitenciados: éstos debian presenciar el auto de fé y llevar de por vida el infame sambenito, que debia deshonrarlos á ellos y á sus más lejanos parientes; los segundos, es decir, los reconciliados, llevaban las mismas cruces y además una coleccion de llamas rojas, mirando al suelo; á éstos se les reservaba un papel más sério, debian morir, pero simplemente agarrotados; los terceros, es decir, los relapsos, llevaban tambien cruces y llamas, pero para arriba, y además ridículas figuras de diablos, culebras, sapos y alimañas, que eran negras, como si el autor de este bello atavío hubiese tenido por objeto establecer un enérgico contraste con lo rojo de las cruces y de las llamas sobre el fondo amarillo de las corozas y del sambenito: á estos desdichados tocaba la peor parte, y lo marcaban bien el terror inmenso de sus semblantes desencajados; debian morir de muerte de hoguera, impenitentes, sin auxilios religiosos; esto es, debian pasar de la vida al infierno por una puerta de fuego.

Cerraban la procesion los altos dignatarios del Santo Oficio, y un fuerte resguardo de ginetes, y aquel fúnebre cortejo, estrañamente ruidoso, con los cantos sombríos de los frailes y los gritos de espanto de los condenados, adelantó lentamente por medio de la multitud, que se apiñaba silenciosa á ambos lados de la calle.

D. Juan habia sido envuelto, sujeto, y por decirlo así, enclavado entre aquella multitud, y le fué forzoso ver aquellos detalles repugnantes: en otra ocasion se hubiera conmovido al aspecto de tanta miseria; pero entonces vió pasar á aquellos infelices con la misma indiferencia que si hubieran sido un rebaño de bueyes que marchaban al matadero.

Pero de repente su mirada se iluminó, fijándose tenazmente en siete hombres que, vestidos de negro, y con el traje de familiares del Santo Oficio, marchaban entre los inquisidores; aquellos hombres eran Avendaño y sus seis camaradas.

—¡Ira de Dios!—esclamó D. Juan.—¿Qué hacen esos hombres ahí? ¿Por qué van entre los verdugos, y nó entre los sentenciados? Esto es estraño..... Pero yo tambien soy familiar, tengo un traje conveniente, y á costa de ver ese repugnante espectáculo, puedo salir de dudas acerca de esos hombres.

Y luego, empujando á los que tenia á su alrededor, dijo con voz robusta:

—¡Paso á la Santa Inquisicion!

A aquellas palabras, solemnes siempre y terribles, la multitud abrió calle, y D. Juan, saliendo de ella, fué á mezclarse con los familiares, poniéndose al lado de Avendaño.

No le dijo ni una sola palabra: el jóven iba cabizbajo, sombrío, y profundamente distraido; Tieppolo, el Sr. Tieppolo Branchiforte, marchaba á su lado, y Mejía, Perez, Avellaneda y comparsa seguian detrás. Cada uno de estos señores llevaba una vela amarilla en la mano.

Ninguno habia reparado en D. Juan; pero éste, para hacerse notar, llamó á dos sirvientes del Santo Oficio, que conducian una cesta con velas, tomó una, y acercándose más á Avendaño, le dijo:

—Permitidme que encienda, caballero.

Al sonido de la voz de D. Juan, Avendaño se estremeció; le miró, y una espresion de estrañeza se marcó en sus ojos: habia variado tanto D. Juan, que dudaba.

—Dispensad, caballero,—le dijo;—pero ¡esto es estraño! Os pareceis, como una gota de agua á otra gota, á un grande amigo mio.

—Nada tiene de estraño,—contestó D. Juan.

—La voz, la mirada, el empleo.....

—Lo comprendo bien.....

—Pero, perdonad; mi amigo es más jóven..... sí, mucho más jóven; no puede ser.

—¿Esto quiere decir que he envejecido?

—¡Cómo! ¿sois vos?....

—Yo soy D. Juan Tenorio.

—¡Pardiez! ¡D. Juan!—esclamó Avendaño.—¿Conque ya estais enteramente mejorado? ¿Conque de hoy más no escucharemos á vuestro inflexible mayordomo la eterna frase: los médicos prohiben espresamente que vea nadie, absolutamente nadie, á su señoría?

—¡Ah, ah!—dijo para sí D. Juan;—¿conque yo he estado enfermo? Bueno es saberlo.

Y luego añadió, dirigiéndose á Avendaño:

—No estrañeis la conducta de mi buen José; habrá sido capaz de ser feroz, para cumplir las órdenes de esos asesinos que se llaman médicos.

—Tan feroz, que contínuamente ha sido rechazada la doncella de cierta dama, que, segun corre de público en la córte, era vuestra prometida.

La sangre se reconcentró de un golpe en el corazon de D. Juan.

—¡De mi prometida!—dijo.

—Sí; de doña Elvira de Córdova y de Válor.

D. Juan suspiró, porque al nombrarle á una dama amada por él, su corazon habia pronunciado el nombre de Magdalena.

—¡Doña Elvira!.... sí..... es verdad..... esa dama y yo estábamos á punto de entendernos, cuando..... cuando me atacó esa terrible enfermedad; pero de esto, á ser mi prometida.....

—Creo tener motivo para asegurar que amais con pasion á esa señora.

—Sí, sí en verdad..... pero su nombre era un misterio..... ¿cómo le sabeis?

—Doña Elvira se ha presentado en la córte, y ha puesto casa.

—¡Oh, oh! ¿se ha separado de D. Gonzalo?

—Creo que no se entendian muy bien doña Elvira y doña Inés.

De nuevo la sangre refluyó al corazon de D. Juan: aquel hombre fatal,

destínado á salirle al encuentro por todas partes, acababa de nombrarle á la tercera mujer á quien amaba.

—¡Ah! ¡Doña Ines! ¿y cómo está esa hermosa señora?

—Cada dia más pura, más bella y más inocente, D. Juan; pero triste aun: no ha podido olvidar la muerte de su tio.

—¿Segun eso, la tratais?

—¡Ya lo creo! como que dentro de seis meses, último plazo fijado por su padre, caso con ella.

—¡Que casais con doña Inés!

—Sí, D. Juan.

—¡Segun eso, os ama!

—Debe amarme.

—¡Cómo! ¿sois su galan, y no sabeis?....

—Ya os he dicho que doña Inés está triste, y debo añadiros que la domina una manía estraña: no puede dejársela sola, porque inmediatamente se entrega á un llanto desesperado, y no ha sido posible conseguir que deje el luto, á pesar de que ya ha pasado, como bien sabeis, más de año y medio desde la malhadada muerte de su tio.

—¡Año y medio!—esclamó Tenorio.

—Sí, puesto que estamos á 31 de Agosto de 1522.

—Sea como quiera, D. Pedro,—dijo Tenorio violentándose,—os doy el plácemė, si es que esa boda puede haceros feliz.

Durante este diálogo, el *auto* habia recorrido desde la Inquisicion hasta los Caños del Peral, y los timbaleros estaban ya próximos á una de las entradas de la Plaza Mayor, que entonces consistian en estrechas, altas y tortuosas callejas, cuyos aleros casi se besaban.

Creció el cántico de los frailes, y á medida que se acercaban al quemadero, haciase más profundo y fatídico el silencio: no se oia más que la tremenda salmodía penitencial, los gemidos de los sentenciados, y las voces de los sacerdotes que los exhortaban; los balcones estaban colgados y llenos de espectadores, pero silenciosos tambien, como la multitud que se estrechaba á lo largo de las paredes en la calle: aquel silencio de pavor demostraba que, si los españoles sustentaban la Inquisicion y la creian santa, no se habian familiarizado lo bastante con ella para sonreirse y hablar á su aspecto: era aquel un Tribunal de sangre que dominaba por el terror, y que hubiera caido desplomado sobre sus cimientos el dia en que aquel terror se hubiese amenguado en un átomo.

D. Juan y Avendaño, armonizándose con el recogimiento general, callaron y siguieron en paso lento la procesion de la Fé.

Al fin, aquella procesion desembocó enteramente en la Plaza, en esa plaza donde aun recuerda el pueblo de Madrid alegres fiestas, donde se eleva la estatua ecuestre de un rey, y donde tantas veces se ha levantado el negro y horrible torbellino de las hogueras del Santo Oficio.

D. Juan Tenorio era uno de esos hombres que, avanzados á su época, no participan de su fanatismo: firme en sus creencias, comprendia perfectamente que las armas invencibles del Cristianismo eran la persuasion, la tole-

rancia y el ejemplo de las virtudes; comprendia tambien que el terror hace esclavos, pero no adeptos. Espíritu generoso y noble, aborrecia los abusos de fuerza, los asesinatos sociales y el despotismo, que haciendo criminal al poderoso, envilece al débil. No vaya á creerse por esto que desnaturalizamos el carácter de nuestro héroe, atribuyéndole por cuenta propia tendencias liberales que no eran de su época: D. Juan reconocia y acataba el poder y la omnipotencia real, y la santidad, la inmunidad y la inviolabilidad del sacerdocio; pero como rindiendo un culto á creencias arraigadas y reconocidas en su época, y antes y despues de ella, no doblegándose servilmente ante los abusos de aquellos dos altos poderes: D. Juan Tenorio, así como Juan de Padilla, Juan Bravo y Francisco Maldonado, que vivieron y murieron en su tiempo, y como Juan de Lanuza, que cayó manchando en sangre los rotos fueros de Aragon bajo el gobierno de Felipe II; así como ellos, decimos, D. Juan Tenorio era realista puro, pero antes que realista, celoso de las franquicias y de los fueros nacionales, firme defensor del bien público, y siempre dispuesto á desnudar su espada en pró de las inmunidades del reino y de las leyes, tan santas y respetadas por los antiguos españoles.

Hoy se cree que aquellos cuatro mártires de la dignidad nacional eran lo que son los hombres de partido de nuestros dias, y se les ha hecho gritar: ¡viva la libertad! ni más ni ménos que si hubiesen sido *progresistas*.

Esto á todas luces es un reparable anacronismo.

Por resultado de sus creencias y de sus opiniones sociales, D. Juan Tenorio, que habia oido hablar mucho de autos de fé, pero que á pesar de no escasear las quemas en su tiempo, y de ser familiar del Santo Oficio, no habia presenciado ninguno, se encontró mal, ante aquel espectáculo de la miseria humana, en el estrado ó tablado destinado á los inquisidores y á los familiares: además de esto, todo el mundo le miraba con estrañeza, y era objeto de la observacion más marcada por dos causas, que se referian, primero á su súbita aparicion despues de una enfermedad de diez y ocho meses, que todo el mundo creia verdadera, y por sus cabellos, que no habiendo sido cortados en la prision, estaban sobradamente largos, contra la moda de aquel tiempo, en que se usaban cortados á cepillo.

Deseaba además ir á su casa y hacerse esplicar por su mayordomo lo de la enfermedad; examinar á Gabilan; saber á punto fijo hasta qué grado podia contar con Lind-Arahj, las razones del casamiento de doña Inés, y otras cien noticias de que, como conocerán nuestros lectores, debe estar necesitado un hombre que, durante diez y ocho meses, ignora lo que ha sido de su casa.

Ayudó además á alejarle de aquel sitio otra circunstancia más terrible aun; en la gradería de los sentenciados, en la parte superior, en el lugar destinado para los relapsos que debian morir de muerte de fuego, habia siete mujeres jóvenes y hermosas, que fijaban de una manera suprema, á través de sus lágrimas, miradas de honda desesperacion en Avendaño y sus compañeros, que apartaban la vista de ellas, insuficientes para salvarlas: aquellas siete mujeres, eran las siete alegres mozas de partido que nos tomamos la libertad de presentar al lector en Pinto y en la hostería de Toledo.

¿Y Magdalena? D. Juan la buscó estremecido, pero no estaba allí; acaso gemia aun en los calabozos del Santo Oficio.

D. Juan no pudo resistir la lucha de tan encontrados afectos; y despidiéndose de Avendaño y de los otros seis hidalgos, escapó, y en paso apresurado se encaminó á su casa y llegó á ella.

La puerta estaba herméticamente cerrada, y cerrados los balcones como si nadie habitase aquella casa. Antes de llamar, D. Juan meditó que en las circunstancias estrañas en que se encontraba, era necesario obrar con cierta reserva, y determinó no presentarse por sí mismo, sino ir á un lugar donde no fuese conocido, y desde él enviar una carta á su fiel mayordomo José. Así, pues, tomó á buen paso por las calles que hoy forman el barrio del cuartel de Guardias, y en la más desierta y estrecha se entró en una tienda de comestibles.

Sentada detrás del mostrador habia una jóven como de diez y ocho años, blanca, guapa, gruesecita y de un aspecto cándido, que se ocupaba en dar el pecho á un robusto niño, y que á la presencia de D. Juan se levantó con solicitud y estrañeza, porque sin duda no estaba acostumbrada á que frecuentasen su casa tan nobles y gallardos parroquianos.

—¿En qué puedo servir á vuesamercé, caballero?—le dijo sonriéndose y dejándole ver dos hileras de preciosos dientes.

—Hacedme la merced de tintero y papel, hermosa,—dijo D. Juan.

—¡Ah, señor!—contestó ella;—ésas son cosas de mi marido; pero esperad, si gustais, un momento, y le llamaré.

Dicho esto entró en la trastienda, y llamó; poco despues estaba un hombre detrás del mostrador, frente á frente de D. Juan, y entre los dos se cruzaba una mirada de admiracion y de duda.

—¡Gabilan!—esclamó al fin D. Juan.

—¡Señor!....—esclamó temblando de alegría Gabilan.

—¿Quién habia de conocerte, vive Dios! Has echado barriga, Anton.

—Eso quiere decir que me he casado, señor.

—¿Que te has casado? ¿casado tú?—esclamó D. Juan, soltando una carcajada homérica.

Gabilan, por única contestacion, señaló dramáticamente á la tendera y al niño.

—¡Oh! ¡oh!—dijo D. Juan;—parece buena mujercita, cándida; ¡oh! ten cuidado, Gabilan.

—¿Qué sois vos?.... ¿es vuestra señoría D. Juan Tenorio?—dijo ella.

—Sí, yo soy..... señora. ¿Cómo os llamais?

—Esperanza.

—¡Ah bribon!—dijo D. Juan;—¿conque esta es la doncella de doña Elvira?

—Sí, sí señor; era la doncella de doña Elvira, señor, y sigue siéndolo á pesar de ser casada.

—¡Cómo! ¿No vive contigo tu mujer?

—Por el contrario, señor, doña Elvira es la que vive con nosotros.

—¡Doña Elvira!—esclamó D. Juan, levantando la compuerta del mostrador.—Vé á anunciarme, Gabilan.

—¡Ah, señor! Está enferma por vos,—dijo ruborizándose Esperanza,—y una noticia así, de repente, la podria hacer mal.

—¡Cómo! ¿Enferma por mí?

—Todos lo hemos estado; es decir, José y yo..... ya veis..... no saber de un amo tan querido..... pero ¿dónde habeis estado, señor?

—He estado enfermo, Gabilan.

—¡Enfermo! Eso es lo que hemos dicho á todo el mundo, y vuestra enfermedad tiene alborotado á Madrid; solo la autoridad de vuestro médico, á quien se ha pagado á peso de oro, ha podido impedir el que la justicia haya tomado parte en el negocio. Ya se ve, nadie más que el medico, José y yo entrábamos en vuestra habitacion.

—¿Y habeis engañado tambien á doña Elvira?

—Doña Elvira os vió prender, señor, y hé ahí su enfermedad; está aterrada, llora, viste luto.

—Pero ¿cómo es que se ha separado de D. Gonzalo de Ulloa?

—Entrad, señor, si gustais; en primer lugar, este no es sitio digno de vos; en segundo, nada podriamos hablar acerca de ciertas cosas, porque tratándose de doña Elvira, mi mujer es una bachillera. A más de eso, tendreis necesidad de comer, y aunque mi mesa no sea lo más á propósito para vuestra señoría, ahí están los Genoveses..... aceptais, ¿eh?

—Acepto por mi cuenta.

—¡Cómo, señor! ¿Quereis privarme del placer de hospedaros de una manera tal como debo? ¡Nó! ¡nó! ¡Hola, Miguel!

Apareció un muchacho asturiano al llamamiento de Gabilan.

—¡Bravo, Anton, bravo! Te haces servir, eres propietario: ¡magnífico!

—Así, así, señor; mi mujer me ha traido un dote de mil ducados, pero esto no me satisface.

—¡Cómo!

—No puedo ya ser vuestro lacayo, señor: ¿á dónde voy yo con este vientre y todo eso por añadidura?—Y Gabilan señaló á su mujer y á su hijo.—Me he arruinado, señor: ya no sirvo; voy á estallar de fastidio.

Y el buen Gabilan suspiró de una manera ruidosa.

—Vé á la hostería de los Genoveses, Miguel,—prosiguió Gabilan;—haz que traigan una comida de seis escudos, con sus correspondientes vinos generosos y servicio como para un rey; vé y di que te envio yo. Entrad, señor, entrad, y honrad mi pobre casa.

El muchacho partió; D. Juan Tenorio entró, atravesó la trastienda, subió una escalera y fué introducido por Gabilan en un entresuelo, lleno en su mayor parte hasta el techo de fardos, cajones y frascos, en medio de los cuales habia un reducido espacio, ocupado por una mesa cubierta de librotes y papeles, con un descomunal tintero, y dos sillas á ambos lados. D. Juan se sentó en la del testero, y Gabilan, con la gorra en la mano, permaneció respetuosamente de pié.

—Siéntate, Anton, siéntate,—le dijo Tenorio;—han variado las circunstancias: ya no eres criado, sino una especie de mercader, que se hará rico, si tiene el mismo talento para el tráfico que para el servicio.

—¡Ah, señor! No he tenido mucho que digamos.

—Pues no veo que tengas de qué quejarte, si todo esto es tuyo... .

—Págado al contado, señor; tengo algunos miles de ducados; soy alcalde de barrio; llevo el pendon de la cofradía de los Tenderos en el *Corpus Christi* y demás procesiones; soy veedor por la villa..... pero estoy casado, tengo como decis vientre, se me han acortado las piernas y no puedo montar á caballo; en una palabra, yo no he nacido para esto, y soy hombre muerto. En razon me debeis un desagravio, señor, porque todo lo que me sucede es obra vuestra.

—Lo que quiere decir que yo te he casado.

—Tanto da, puesto que por los amores de vuestra señoría conocí á mi mujer. Es preciso, señor, que el hombre tenga momentos de estupidez, para que en uno de ellos se case. Decididamente fuí un estúpido.

—Tu mujer es jóven.

—En buen hora.

—Parece honrada.

—Procuro que lo sea.

—¡Oh, oh! ¿Y podrás decirme cómo?

—Fingiéndome enamorado y procurando que esté completamente satisfecha de mí. Ya veis que esto de satisfacer todos los caprichos y todas las sandeces inherentes á una mujer, que tiene la manía de estar enamorada furiosamente de su marido, es una horrible desgracia.

—Eres un marido singular.

—Es que soy un marido á la fuerza.

—¡Cómo!—esclamó Tenorio,—¿te han obligado?.... ¡Pobre Anton!

—¿Obligarme? Diré á vuestra señoría: ella es la que me ha obligado, haciendo y prestándose á hacer cuanto ha sido mi voluntad, sin quejarse, sin pedir nada, sin ponerse triste, con sus ojazos siempre sonriendo, siempre brillantes. Yo creo, señor, que cuanto más esclava es una mujer del hombre á quien ama, tanto más le domina. Mi mujer, sin pensarlo, sin saberlo, me ha vuelto loco, ha logrado que no pueda vivir sin ella, que me punce la idea de que nadie pueda hablar mal de ella, y me he casado. Pensar así ha sido una bestialidad, á que me ha conducido mi mujer con su inocencia. Si me hubiera exigido algo, hubiera sido como pedir peras al olmo..... si al ménos me hubiera dado motivos para tener celos.....

—Pues no creo muy difícil el que, si me empeño, llegase á agradarme tu mujer.

—¡Cómo, señor! Despues de ser la causa de que yo haya estropeado mi primera carrera, ¿tendriais valor para echarme á pique la segunda?.... Eso seria cosa de ahorcarse.

—Vamos; descuida, que harto tengo yo en qué pensar para entretenerme en decir requiebros á tu mujer.

—Y sobre todo que eso os deshonraria..... ¡una tendera!.... quitad allá, señor; vuestras miras deben dirigirse á más altura..... á lo superior, á lo escabroso. Ahí teneis por lo pronto á doña Inés; ¡y qué hermosa está, señor!

—Pero doña Inés se casa,—dijo sombriamente Tenorio, dejando de repente el acento de broma que habia usado hasta entonces.

—Hé ahí en lo que consiste lo escabroso de la conquista; porque aunque la tal damita aborrece al que ha de ser su marido, y os ama..... pero ¡con qué amor!.... es sobre todo honrada de una manera feroz.

—¿Que me ama doña Inés?

—Hasta el punto de no haberlo podido disimular; por ejemplo: yo he estado un dia ocupado en arreglar la cuenta de una partida de azafran, y se me ha presentado una linda sirvienta, que me ha dicho sonriendo y con la voz más dulce del mundo:—Necesito que me hagais un favor, maese.—¿Y qué favor, prenda?—¿Cómo sigue D. Juan Tenorio?—¡Ah! ¿Estais enamorada de D. Juan?—Nó, pero me importa su salud.—Eso quiere decir que si no sois vos la interesada, lo será vuestra ama.—Puede ser.—¿Y quién es vuestra ama?—A estas preguntas siguieron las negativas; las negativas fueron combatidas con algunos besos y algunas monedas, y á costa del horrendo sacrificio de hacerla el amor, engañando á mi Esperanza, pude hacerla desembuchar que quien así se interesaba por vuestra señoría era doña Inés de Ulloa.

—Eso significa dos cosas á la vez.

—¿Cuáles, señor?

—La primera que aun sabes serme útil, y que puedes seguir en mi servicio.

—¿Y la segunda?

—Que doña Inés no se casará con Avendaño.

—¿Cómo sabe vuestra señoría?....

—He hablado hace poco, durante el auto de fé, con ese hombre.

—¡Cuántas cosas han pasado, señor, durante vuestra prision!

—Lo que más me maravilla, es cómo Avendaño, á quien la Inquisicion habia puesto en fuga, asista hoy en medio de los inquisidores, y como un personaje poderoso, á un auto de fé.

—Yo tampoco lo comprendo. Poco despues de haber desaparecido vuestra señoría, la Inquisicion dejó libre la casa de D. Pedro, y aparecieron una mañana, en las tablillas de las iglesias, edictos en que se mandaba que nadie fuese osado á murmurar de la buena fama y cristiandad de D. Pedro de Avendaño, ni de la de otros seis caballeros que allí se nombraban. Decia el edicto, que la Inquisicion habia sido engañada por falsos acusadores, y que, al dejar libres y salvos á los calumniados, castigaria de una manera severa al calumniador. Pero eso no quita para que hayan sido presas y sentenciadas las mancebas de esos caballeros, que á estas horas quizás estén ya hechas cenizas. ¡Es mucho ese Tribunal de la Fé!

—Es un Tribunal infame, Gabilan, un Tribunal que deshonrará á nuestro tiempo delante de los tiempos venideros.

—Sí; pero hágame la merced vuestra señoría de no decir aquí esas palabras, no sea que haya algun familiar escondido dentro de esos sacos.

—Dices bien; nada respetan..... yo mismo.....

—¿Habeis estado en la Inquisicion?

—Te advierto que no quiero que se me pregunte en dónde he estado.

—Como gusteis, señor. ¿Y os podré preguntar qué pensais hacer ahora?

—Ahora pienso en comer.

El pequeño criado de Gabilan habia motivado la anterior respuesta, apareciendo á la puerta, seguido por un mozo que venia cargado con una enorme cesta, y armado en cada mano por dos botellas que traia asidas por el cuello.

Gabilan desembarazó la mesa, la cubrió, y despidió á la servidumbre.

—¿En qué año vivimos, Gabilan?—le preguntó Tenorio cuando quedaron solos.

El ex-lacayo miró estupefacto á su amo.

—¡Cómo, señor! ¿De tal manera habeis vivido, que no sabeis?....

—Te he preguntado para que me contestes, nó para que me preguntes.

—Pues bien, señor; estamos á 31 de Agosto de 1522.

—No me ha engañado D. Pedro; ¡año y medio! ¿Y durante todo ese tiempo se ha hecho creer buenamente mi enfermedad?

—Cuando el señor vuelva á su casa, se encontrará con un crecidísimo número de cartas, siendo de advertir que éste se ha reducido desde hace mucho tiempo al número de ciertas nobles y hermosas damas; éstas han sido más tenaces. La portería es un contínuo ir y venir de dueñas y doncellas.

—¿Y el emperador?

—En Alemania.

—¿Y los flamencos?

—¿De qué flamencos habla su señoría?

—De Xebres y los suyos.

—En España.

—¿Es decir que estamos del mismo modo que antes?

—Peor, señor, mucho peor, porque han muerto en el cadalso Juan de Padilla, Juan Bravo y Francisco Maldonado.

—Eso significa que.....

—Eso significa que ha habido un año de guerra por las comunidades, y que han sido vencidas por la nobleza, que ha ido en masa contra ellas, contándose por uno de sus más encarnizados enemigos á D. Pedro de Avendaño.

—Hé ahí lo que es el mundo, Gabilan: interés, puro interés: si Avendaño hubiera estado perseguido por la Inquisicion, hubiera sido comunero.

—Añadid á eso que, durante la guerra, ha mantenido una compañía de caballos á su sueldo, y que, por no sé qué méritos, ha sido creado marqués del Aguila.

—¡Oh, oh! ¿y sobre qué estados ha titulado ese caballero?

—Sobre un castiliejo que estaba abandonado en Guadarrama, y que de la noche al dia apareció reedificado y lleno de gente armada. Se dicen muchas cosas de ese castillo: los que creen en agüeros, relatan acerca de él verdaderos cuentos de vieja, y dicen que el diablo, á quien ha vendido su alma don Pedro, le favorece: los que están más por las cosas de esta vida, afirman que que en ese castillo habitan hasta un centenar de bribones, á quienes nunca se ve entrar ó salir durante el dia, pero á los que se escucha de noche armando una baraunda infernal en torno de mesas cubiertas de vinos y man-

jares. Dicen que todo se permite dentro del castillo, ménos la falta de respeto á D. Pedro de Avendaño, á sus seis amigos y á una gitana..... á aquella misma gitana á quien vuestra señoría me mandó prender en otro tiempo. Además de eso, no se puede salir á dos palmos fuera de Madrid sin ser robado; desaparecen las doncellas, las casadas y las viudas, y yo mismo tuve, no hace mucho, que defender á estocadas á mi Esperanza.

—¿De modo que, segun esas voces, D. Pedro es capitan de ladrones?

—Ni más ni ménos.

—¿Y cómo el capitan general, el ayuntamiento y la Santa Hermandad toleran semejantes desafueros?

—Por acá, señor, y hasta ahora, no se han tenido ojos, oidos ni manos más que para las comunidades. ¡Pobre reino, si no viene pronto el emperador! Además de eso, creo que, por mucho que se procurase, seria punto ménos que imposible el probar nada.

—¿Y vive D. Pedro en el castillo?

—Nó, nó señor; vive en Madrid, en su antigua casa, que ha amueblado y enriquecido con un lujo que escandaliza; ese hombre debe ser muy rico. ¿Creereis, señor, que sostiene á sueldo una compañía de aventureros italianos, con los cuales ha ayudado al alcalde del Ronquillo en los alborotos de Segovia, y al almirante y al condestable D. Iñigo de Velasco en la batalla de Villalar? Dicen que su compañía es una verdadera compañía de demonios.

—Serán *bravos*, gente aviesa; y si así es, no me estraño de que se cometan desafueros y robos, aunque sea contra la voluntad de D. Pedro. Eso nada importa: es asunto de la justicia, nó nuestro..... Pero doña Inés..... ¿cómo ha logrado ese hombre reducirla?

—En esto hay un misterio que nadie comprende.

—¿Misterios, tratándose de doña Inés?

—Perdonad, señor; pero yo creo que doña Inés se sacrifica.

—¡Se sacrifica! ¿y por quién?

—Por su padre.

—¿Y qué tiene que ver su padre con D. Pedro?

—Si yo pudiera instruir al señor, el misterio no existiria.

—Pues es necesario que desaparezca; es necesario averiguar.

—Apele vuestra señoría á la gitana.

—¿Y qué puede decirme esa mujer?

—Esa mujer es la única persona á quien respeta D. Pedro; y aun ha habido alguien que, sorprendiéndolo en un descuido, le ha escuchado llamarla madre.

—Es necesario que vuelvas á mi servicio, Gabilan.

—¡A vuestro servicio, señor! Quisiera Dios que eso no fuera imposible.

—Ya sabes que no reconozco esa palabra, que no me gusta escucharla.

—Sin embargo, señor, cuando se ha engruesado de este modo.....

—No se trata aquí de un servicio activo, sino de un servicio de astucia, de inteligencia; tú eras listo, y los cálculos de tu comercio deben haberte perfeccionado.

—Me han hecho un tanto más receloso y precavido, señor.

—Pues bien; sin moverte de Madrid, sin salir casi de tu tienda, puedes servirme.

—Es que, si vuestra señoría tiene en ello un empeño, dejaré yo mi mujer, mi hijo, mi tienda y mis talegos: de vos vengo, y á vos voy: antes que todo, D. Juan.

—¡Magnífico, maese Anton, magnífico! Así te quiero. Y dime: ¿por dónde anda aquel Sr. Andrés Ceballos?

—¿Creerá vuestra señoría que desde las estocadas de aquella noche en que os prendieron ha desaparecido como gota de agua en el mar?

—Pero siempre un hombre deja rastro de sí, y tú eres un buen sabueso. Además, aquel prójimo tenia una mujer.

Palideció Gabilan.

—¡Cómo, señor! ¿otra? ¿quereis que cargue con otra?

—Gabilan, las mujeres no hablan sino cuando quieren, y una que seria reservada para su marido, no tendria nada callado para su amante.

—Pero es el caso, que esa mujer tambien ha desaparecido.

—Se la busca.

—A veces no basta buscar. Ha pasado año y medio.

—Búscala alrededor de la Inquisicion, donde encontrarás al marido.

—Y me permitirá vuestra señoría que le pregunte de qué servirá el que yo me ponga á punto de estocadas con el Sr. Andrés Ceballos por causa de enamorar á su mujer.

—Necesito tener noticias ciertas de doña Magdalena.

—Yo aconsejaria al señor que buscase á esa dama en la Inquisicion; y puesto que vuestra señoría es familiar.....

—¡En la Inquisicion! ¿Crees tú que doña Magdalena puede estar allí?

—¿Dónde habeis estado vos, señor?

Gabilan era terco, y tornaba con un rodeo á su primera pregunta; pero D. Juan no contestó.

—Escucha bien, y prepárate para desempeñar estas tres cosas: en primer lugar, necesito tener noticias dentro de tres dias de doña Magdalena; saber mañana si doña Inés querrá recibirme en su quinta, y ver esta noche á doña Elvira.

—Lo último hecho, lo segundo posible, y lo tercero endiablado.

—Mil escudos por el hallazgo.

—¡Cómo, señor! ¿crees que se me enjugará el vientre, que se me alargarán las piernas, y volveré á estar sin mujer y sin chiquillo por mil escudos más ó ménos? Lo que me impide el serviros como quisiera, no es el interés; ¡mal rayo! Perdonadme si voto, señor, pero me habeis hecho salir los colores al rostro con vuestra oferta.

—Por lo mismo, tu orgullo te estimulará á servirme.

—El afecto que tengo al señor y nada más. Si viérais cuánto y cuánto os hemos recordado doña Elvira y yo, ella con lágrimas, yo con cólera; ella ha gastado doblones, y yo paciencia y zapatos en vuestra busca; pero..... ¡ya..... nada!.... ¡han debido teneros muy apartado!

Gabilan probaba otro medio de satisfacer su curiosidad, pero nada consiguió; el silencio de D. Juan acerca de aquel asunto era tenaz.

—Ahora sepamos de mi casa. ¿Qué hay en ella de nuevo?

—Nada, señor, continúa la misma servidumbre, todo en el mismo estado.

—¿Y no sospechan?

—Nó señor.

—¿Y el médico?

—Callado como una tumba.

—Sin embargo.....

—Nadie ha pasado de las primeras antecámaras de vuestra señoría; además, todos los dias entraban media docena de redomas de la botica, cuyo contenido iba á parar por la noche á la calle. El señor conocerá que se ha fingido bien.

—¿Y si yo hubiese partido por mi voluntad?....

—Sabiamos que vuestra señoría habia sido acometido y preso. Casi, casi hemos perdido la esperanza, y le hemos llorado.

—¿Y qué direis hoy cuando se sepa que he estado en el auto de fé?

—Eso corre por nuestra cuenta; lo peor que podrá suceder es que nos haya vuestra señoría desmentido, revelando á alguien que no ha estado enfermo, y esto daria lugar á murmuraciones y á conjeturas. Además, que los que os hayan asistido ó guardado, podrán revelarlo.....

Esta era la cuarta vez que la curiosidad de Gabilan acometia.

—Nada se sabrá: nadie podrá desmentiros, pero por lo mismo será necesario que avises á José que aleje la servidumbre y que me espere por el postigo.

D. Juan habia acabado de comer, y se puso de pié; el sol declinaba ya, y las campanas de las parroquias y de los conventos repicaban, dando á conocer que la *Justicia de Dios habia resplandecido* y que el auto de fé estaba terminado.

D. Juan y Gabilan se estremecieron: el uno por el recuerdo de aquellas siete infelices; el otro por el pensamiento de que su amo podia haber sido quemado ó asesinado por la Inquisicion.

Al mismo tiempo se escuchó á lo lejos el doble de las campanas de Santo Domingo, que sin duda plañian por la muerte de Fray Tomás.

D. Juan Tenorio salió al oscurecer contristado y sombrío de casa de Gabilan, atravesó callejas escusadas y entró en su casa, sin ser visto de nadie, por un postigo.

CAPÍTULO IV.

Continuacion del anterior.

D. Juan encontró á su buen José más viejo que le habia dejado; el leal mayordomo vió con lágrimas de alegría que su amo era más hombre que cuando le habia perdido.

Del mismo modo que á Gabilan, el jóven recató á su mayordomo el sitio donde habia estado durante aquellos diez y ocho meses, y volvió á informarse más por estenso de los accidentes de su fingida enfermedad. Abonaban el dicho de Gabilan, por parte de sus relaciones de córte y galanteo, una multitud de billetes; pero el número de los escritos por manos de enamoradas, era escesivamente mayor que el acumulado por manos masculinas.

Se habian apurado en los primeros todas las figuras poéticas y retóricas, en que envolvia el amor el lenguaje ampuloso, raro y simbólico que estaba de moda en los escritos de aquellos tiempos; Góngora no fué, rígidamente hablando, el inventor de su estravagante estilo, sino más bien quien organizó, depuró y exageró el ya atormentado dialecto castellano: para dar una muestra de cómo las damas que pasaban por cultas y entendidas espresaban su amor, copiamos uno de los billetes que se habian remitido á D. Juan, inspiracion del enamorado magin de una alta dama de la córte, cuyo nombre ocultamos por respeto á su descendencia:

«Tal es el dolor que siento; tal el ánsia que por la malandanza de la per»dida salud de vuesamercé padezco; tal la congoja que dan á mi ánima sus »quebrantos, que mal la lega pluma mia decir pudiera lo que tal dolor, tal »ánsia y tal congoja en mis entrañas, que para su amor están laceradas, por »amor de vuesamercé, de dolores, ánsias, y congojas labran; pero ¿qué tanto

»que la ruda pluma, á servir de lengua á quien la desventura de no poder ha»blaros tiene, resista y se niegue, si la misma ánima dolorida y en lutos de »muerte velada, sin el sol de sus finezas y donosuras, tinieblas siente y en »lluvia de lágrimas se anega? Reparáos, señor, y cobrad las rosas de vuestra »faz y el clavel de vuestro aliento, si es que no quereis que vuestra bien ena»morada, sin morir muriendo, en vida sin vida, quebrantos y torcedores »padezca.....»

Y habremos de renunciar á seguir copiando aquel fárrago ininteligible, aquel volver y retornar de frases, que con tanto tormento del lenguaje se esforzaban por sublimar el pensamiento, para ponernos en armonía con don Juan, que leyó el empiezo y la firma de una, y por ella y por la batería de redomas, untos y brevajes depositados sobre una mesa, comprendió que el buen José habia tomado tambien sus medidas, que difícil le hubiera sido despues de ellas, á él mismo probar que no habia estado enfermo, y enfermo de gran peligro.

Despues de satisfacer la ansiedad de su mayordomo, de dejarse mirar y remirar, de sufrir todas las cariñosas demostraciones de aquel escelente servidor, y de informarse de todo lo concerniente á su casa, llegó el punto en que supiese cuanto habia acaecido en el reino durante su prision.

Aquellos acontecimientos habian sido gravísimos. La ambicion y los desafueros siempre crecientes de los flamencos; la debilidad del cardenal Adriano; la indignacion de los españoles, que veian con un profundo sentimiento y una indignacion rugiente derrumbarse una á una, y con la dignidad nacional, sus antiguas y veneradas leyes y sus libres franquicias, trajeron las cosas á punto de rompimiento. El rey era muy jóven; se abusaba de su autoridad, y á su sombra se cometian desmanes que motivaron un levantamiento nacional.

Representaron primero las ciudades, y desatendidas, alzaron su bandera, uniéndose unas á otras en un lazo de heroismo, bajo el nombre de Comunidad, y Juan de Padilla, capitan de Toledo, desnudó por primera vez su espada para teñirla en sangre de los imperiales, y no entregarla sino á los piés de un patíbulo, en que debia escribir con su sangre generosa una página ilustre sobre el gran libro de la independencia y de la libertad nacional.

¡Juan de Padilla, alma noble, franca y enérgica, que en vez de doblegarse al poder ominoso de la tiranía, se quejaba en voz alta del estado deplorable á que habia venido Castilla! ¡El bravo comunero, cuyo entusiasmo era contagioso y hacia resonar como un perdido eco de gloria su palabra mágica en el corazon de los leales! ¡El buen caballero, que al gritar ¡viva el rey! embestia espada en alto á los nobles, que adheridos al monopolizador poder real, acataban hasta el servilismo cuanto de aquel monopolio emanaba, ya fuese injusto ó perjudicial á los intereses de España!

El pueblo toma parte con un número crecido de nobles y eclesiásticos, entre los cuales se contaban Juan Bravo, Francisco Maldonado y el obispo de Zamora: el furor no tiene límites; ahorcan y destrozan los segovianos á los empleados reales; son hechos pedazos, donde quiera se les encuentra, los diputados que en las Córtes de la Coruña votaron un subsidio de dos millones

de maravedises para el rey; Medina del Campo es incenciada en su totalidad por los imperiales, perdiéndose en aquella rica poblacion tesoros mercantiles, y todo parece asegurar una larga guerra de desastres.

Dura un año ésta: estrechados por todas partes los comuneros, sucumben en Villalar; al dia siguiente mueren degollados Juan de Padilla, Juan Bravo y Francisco Maldonado; derrúmbanse en Toledo las casas del primero; áranse y siémbranse de sal los escombros; se levanta sobre ellos una columna infame; su esposa, la valiente doña María de Pacheco, descendiente de la noble familia de Mendoza, se ve obligada á huir, disfrazada de labradora, á Portugal, y el obispo de Zamora, despues de un lento martirio, muere ahorcado á manos del feroz alcalde Ronquillo. Todo tiembla y calla, y el sangriento espectro de la opresion se levanta macilento y lúgubre sobre España.

Era que el genio de la tiranía preparaba ya el reinado omnipotente de Cárlos V y el sombrío gobierno de Felipe II.

En Villalar murieron con Padilla los fueros castellanos; en aquel mismo siglo debian morir con Lanuza los fueros de Aragon, y algunos años despues, el fanatismo se encargaba de dar un golpe á la riqueza y á la poblacion de España, asesinando y lanzando de ella cuatro millones de moriscos y judíos.

Esto era fatal. En tiempo de Isabel la Católica, el pueblo se habia aliado al trono para matar el feudalismo de los grandes señores. En tiempo de Cárlos V y de los dos Felipes, su hijo y su nieto, el feudalismo se vengó del pueblo, ayudando al trono y robusteciéndole en su daño. Llegó, pues, á los reyes su época de omnipotencia, y la servidumbre al pueblo; era aquel el paso de transicion de la edad media á la edad moderna, y al fin llegó un dia en que el pueblo, de una manera tambien fatal, se vengase de tantos años de opresion y de escándalo. El siglo XVIII mostró á la Europa atónita un trono volcado y una nobleza proscripta; los pueblos escucharon la voz de gigante de la revolucion, y al fin España, en medio de una guerra de independencia, proclamó una Constitucion liberal en 1812; al fin España, despues de haber sufrido durante cuatro siglos el azote de la Inquisicion y del despotismo, empezó á comprender que habia algo superior á todo: la dignidad nacional y los derechos sociales.

Pero, viniendo á D. Juan, la impresion que le causó el relato de aquellas desdichas, hubiera contribuido á fijar su carácter, si ya no lo hubiese estado. Una profunda indignacion se apoderó de él. Se le habia tenido preso, cabalmente en una situacion en que ningun noble que se estimó en algo dejó de desnudar la espada, ya en pró, ya en contra de las comunidades, y el temor de que su enfermedad pretestada, enfermedad misteriosa, de cuya gravedad nadie habia podido juzgar por sí mismo, se atribuyese á cobardía, traicion al rey ó medroso respeto á las comunidades, le mortificó de una manera incalculable. D. Juan se habia hecho, con sus galanteos de un dia, numerosos enemigos de padres, hermanos y maridos demasiado débiles para reclamarle el honor de su esposa, de su hermana ó de su hija; gente que, si no le habia buscado espada en mano, podia vengarse hiriéndole en su honor, acusándole de traidor, cuando no de cobarde.

Y en tanto que él, sujeto contra su voluntad, habia faltado de su puesto

de honor; él, inocente; él, puro; D. Pedro de Avendaño, el asesino, el amenazado por la Inquisicion, se habia cubierto de gloria, en aquella rápida campaña, al frente de sus ginetes. Esta circunstancia acabó de sellar el odio que D. Juan profesaba á Avendaño, y deseoso de saber si los papeles que habia arrancado de las manos de Fray Tomás le daban alguna luz respecto á su enemigo, despidió á José, se encerró en su recámara, y abrió el pliego.

En efecto, dentro de él habia un cuaderno de papeles y un abultado manuscrito. En el primero estaba consignado todo lo que D. Gaspar de Somoza habia revelado al fraile acerca de Avendaño; las declaraciones de Antonio Ferrer y de Alfonso (aquellos dos bribones que han pasado ya por nuestra pluma), y cuantos apuntes y observaciones bastaban para esclarecer el carácter de la persona en cuestion. D. Juan Tenorio supo entonces cómo se habia esplotado su inesperiencia por un bandido; conoció la historia de los amores de Magdalena y Avendaño de una manera estensa, y cada una de aquellas páginas escritas fué como un sello de bronce escandecido y aplicado sobre su corazon. Leyó y releyó aquel terrible proceso, y buscó en vano la causa de su sobreseimiento: Fray Tomás sin duda habia mentido al decir que por respeto á su nombre, puesto que el de D. Juan no aparecia en él. Entonces desdobló el otro manuscrito, suponiendo en él la aclaracion de aquella duda, y su título y sus primeras páginas le interesaron en su lectura.

Aquel manuscrito, que hacemos imprimir á continuacion, se titulaba:

MEMORIAS

DE

LISARDO EL ESTUDIANTE.

I.

De mi nacimiento y mis primeros años, hasta que mi padre me envió á la Universidad de Salamanca.

Nací en Córdoba, el 15 de Agosto de 1480, de padres nobles, cuyos nombres callo, por temor de que mis desdichadas aventuras, y las estrañas y terribles situaciones á que me he visto arrastrado, mancillen lo único que conservo puro y sin mancha en el fondo de mi corazon, desgarrado por la desgracia y las pasiones: la memoria de aquellos por cuya union vine en mal hora al mundo.

En los tiempos de mi nacimiento, no habia más que dos sendas abiertas á la ambicion: la caballería y la Iglesia. Para ser más que un aventurero en las armas, era necesaria una gran fortuna, llamarse señor de vasallos, tener un solar, una mesnada y un escudo con *pendon y caldera* (1). Para la Iglesia bastaba estudiar latin y teología, y con esto, y con algunos cientos de escudos con que procurarse en la córte un beneficio eclesiástico, podia decirse que estaba asegurada una suerte que, con mucha frecuencia, terminaba en una mitra ó en un capelo. Ya he estado muy cerca de lo primero, y nunca, desde hace algun tiempo, he creido que fuese un sueño insensato lo segundo.

(1) En heráldica, el pendon y la caldera significan que quien los usaba podia sustentar gente de armas á sueldo y mantenimiento.

Mis padres, pues, me destinaron á la Iglesia, y me pusieron en manos de un *dómine;* pero, aunque el estudio me era fácil, existia en mí un gérmen que me le hacia odioso, aun en la edad en que las pasiones no son más que presentimientos; yo sabia que aquellos estudios me destinaban á la Iglesia, y habia algo dentro de mí que repugnaba de una manera invencible este destino; cuando cumplí los quince años, este misterio se reveló. Mi pasion decidida era la mujer, la mujer hermosa con todos sus incentivos, todos sus vicios y todas sus virtudes; yo, entonces ya, á pesar de ser un niño, no hubiera amado á una mujer que no hubiera sido más que linda, á pesar de todas las bellezas del alma, ni á una maravillosamente hermosa que no hubiera tenido una pureza de ángel y una mirada de vírgen, pero en cuyo fondo hubiera ardido ese fuego infinito del amor insaciable, devorador, sensual, que llama el mundo lujuria.

Yo necesitaba una mujer especial; crecí soñando en ella, y cuando ya desesperado habia hecho un vicio de mi pensamiento, la encontré: no habia deseado un imposible; la mujer de mi sueño existia en la naturaleza.

Pero de aquella mujer me separaban condicion y estado; yo era noble, pero simplemente noble, sin poder anteponer un don á mi nombre; ella era rica-hembra, esposa de un hombre respetable en Andalucía, poseedor de diez castillos, y con tesoros bastantes para sostener armado un ejército; yo era hijo de una familia acomodada, pero todos nuestros señoríos se reducian á algunas aranzadas puestas en arriendo; y nuestros vasallos, á una dueña de mi madre, un esclavo que hacia las veces de escudero, y un rocin viejo en que cabalgaba mi padre. A pesar de esto, creí que habia alcanzado mucho con descubrir mi tesoro, para que pudiera aspirar aun á gozarlo.

A pesar de esto, la dificultad acreció mi pasion: di tormento á mi inteligencia para encontrar un medio de acercarme á ella; me puse á su paso en la iglesia, á la puerta de su casa, y me introduje haciéndome el amante de una de sus criadas. Muy pronto tuve ocasion de hacerme sorprender en las habitaciones donde me introducia mi amante, y sorprender por ella. La criada huyó, y yo quedé temblando delante de la condesa, nó de temor, sino de amor: ella temblaba tambien, pero su cólera no era de indignacion, sino de celos; nos habiamos comprendido sin hablarnos mucho tiempo hacia, y nos amábamos en secreto: entonces me arrojé á sus piés, la revelé mi pasion; que solo la esperanza de llegar sin impedimentos hasta ella dentro de una casa en que la multitud de criados imposibilitaba todo otro medio por imprudente, me habia impulsado á hacerme introducir por la doncella; y como no hay quien más pronto perdone que una mujer enamorada, la condesa palideció á mis primeras palabras de amor, y no supo al fin defenderse de él; los celos de la doncella fueron contrapesados con oro por mi verdadera amante, y seguí escalando todas las noches dos casas: el hogar paterno y los balcones del conde.

Esto duró mucho tiempo, si es que dos años pueden llamarse largos, cuando se pasan por mitad entre los brazos de una mujer á quien se adora. Nuestras precauciones eran tales, que en una sorpresa no hubiera podido culparse á la noble dama, debiendo recaer la culpa en su doncella, y en tal

caso yo estaba resuelto á sacrificarme por el honor de mi amante, contrayendo un enlace desigual con la criada.

Pero está escrito por la justicia eterna que los mismos medios de que nos servimos para cometer un crímen sirvan de indicio y se vuelvan contra nosotros. Mientras yo partí con la criada y en secreto mi amor á la señora, aquella sufrió y encontró en el dinero la contraposicion de sus celos. El silencio de su intermediaria costaba á la condesa un rio de oro, y al fin la criada se encontró rica. Creyóse en el caso de no sufrir más y de poseerme enteramente, y me exigió el que huyese con ella como amante ó como esposo. Mi negativa fué fatal. Una noche, cuando yo reposaba en los brazos de mi amada, se abrió de repente la puerta del dormitorio, y apareció el conde acompañado de dos hombres enmascarados; la condesa se desmayó, yo corrí á mi espada y me defendí como un leon, pero en vano; me acribillaron á estocadas, y al dia siguiente me encontré en mi casa, en mi lecho, horriblemente magullado y dolorido, cubierto de vendajes y rodeado de mi familia. Me habia encontrado la justicia tendido, inmóvil, como muerto, al pié de los balcones de la condesa, desde los cuales, segun supe despues, creyéndome muerto, me habian arrojado á la calle.

Dos meses estuve entre la vida y la muerte; cuando me restablecí, se me pidió declaracion por la justicia; yo habia previsto esto, y salvé enteramente el honor de la condesa, declarando que habia sido herido en la calle en ocasion que hablaba con una de las mujeres de la servidumbre del conde, por hombres á quienes no conocia. Todo quedó cubierto.

Algunos dias despues, recibí un billete que contenia estas solas palabras:

«Habeis sido discreto, y os perdono. Pero si deseais vivir, partid, no permanezcais más de ocho dias en Córdoba.»

Unióse á esto el que mi padre, escandalizado de que destinándome al claustro me hubiese atrevido á tener amores, proveyéndome de algunos dineros, una carta de recomendacion y un criado, me puso, ginete en una mula y armado de bayetas y libros, camino de Salamanca.

Pero antes de salir, me informé de la condesa; nadie habia encontrado variacion en ella; ó el conde habia aplazado su venganza, ó satisfecho con haber castigado su ofensa, poniendo á cubierto su honor, dejaba tranquila á una mujer á quien no amaba, y con la cual se habia casado por razon de conveniencia.

Pero de la doncella no se volvió á saber más; díjose que habia huido con un escudero; mas sin duda el conde, despues de aprovechar su denuncia, debió cerrar su boca de tal modo, que no pudiese revelar su secreto. A no ser así, aquella mujer me hubiera buscado.

He aquí en qué disposicion de ánimo salí de la casa paterna: lleno el pensamiento de visiones, de amor y de sangre, y enteramente indispuesto con la profesion á que se me destinaba.

II.

De cómo llegué á Salamanca y conocí á Claudio, primera causa de mis más tristes y funestos amores.

Quince dias despues de mi salida de Córdoba, entraba yo en esa ciudad, emporio de las ciencias, madre de tantos sabios, lugar alegre siempre con la risa de sus estudiantes, y donde el *ergo* parece levantarse irritado por cima de los botareles de su bella catedral. Allí no hay que esperar más que argumentos, galanteos, fiestas y estocadas: durante la noche, alternan por igual el puntear de las vihuelas de los enamorados, el estallar en las oscuras rejas de los besos de los favorecidos, ó el reñir desesperado de los celosos; el Tormes arrastra indiferente, entre el rumor de sus ondas y envueltos en uno, estos discordes ruidos, y alguna vez, á media noche, las melancólicas y graves notas del órgano de un convento se unen al precipitado paso de un estudiante, que arrastra, en las tinieblas y espada en mano, sus bayetas, en busca de alguna aventura.

A no haber llegado yo á Salamanca terriblemente impresionado, la hubiera encontrado como era; el lugar más á propósito para llenar hasta el colmo los deseos del mancebo más exigente. ¿Queriais ciencia? Allí brotaba á raudales. ¿Ansiábais amor? Desde la miserable meretriz hasta la altiva dama os rodeaba, sonriendo por donde quiera la hermosura. ¿Erais jugador? El oro y los dados sonaban eternamente en sus hosterías. ¿Pendenciero? Podia faltaros valor, pero jamás espada con la cual medir la vuestra. ¿Erais afecto á la amistad? Ninguna más desinteresada y noble, ninguna más llevada hasta el duelo y la sangre, y toda clase de sacrificios, que la de aquellos alegres estudiantes, tan fuertes en las aulas como decidores é irresistibles, tratándose de donaires ó amores.

Hé ahí lo único que ansiaba de todas las promesas que tenia siempre ante el recien llegado á aquel revuelto pandemonium: la amistad. Necesitaba un amigo en cuya alma depositar parte de la amargura de la mia, y ese amigo se me presentó por sí mismo, comprendió mi aislamiento y mi tristeza, y procuró arrancarme de ella por medio de sensaciones fuertes; agotó para mí todos los recursos de sus vicios de jóven; me arrastró á los saraos, á las mancebías, á las casas de solaz; me hizo su padrino cuantas veces le fué necesario reñir en duelo; y cuando me apercibí del objeto de su solicitud, encontré en el fondo de mi alma otra pasion nueva. Amaba á Claudio como á un hermano.

A medida que pasó el tiempo, nuestra amistad estrechó hasta hacerse íntima; nuestras bolsas eran comunes á entrambos, los insultos hechos al uno se estendian al otro, y nuestras espadas eran una sola. Pero hasta entonces Claudio no me habia llevado á su casa.

—Lisardo, me dijo un dia, tú debes estar quejoso de mí.—¡Quejoso! ¿Y

por qué? le contesté.—Jamás has entrado en mi casa, y si has llegado á buscarme, nunca has pasado de la puerta.—Sé que tienes una hermana, Claudio.—Sí, dijo pensativo, una hermana de diez y siete años, á quien sirvo de padre, que es hermosa y está destinada á Dios.—Antes de ahora he comprendido que tu casa es una especie de clausura.—Pero nó para tí, dijo; eres demasiado amigo mio para considerar el destino de mi hermana y no enamorarte de ella; vamos á mi casa.

Claudio me presentó á su hermana Teodora, por su desdicha y la mia. Desde el momento en que nos vimos, conocí que, andando más el tiempo, seria para ella un inmenso sacrificio el ser monja, y un tormento infinito el silencio para mí.

Teodora no era una de esas hermosuras que deslumbran á primera vista, y en cuyas formas encontramos al analizarlas grandes defectos: su belleza era semejante á uno de esos suaves y delicados perfumes que nada hacen sentir á la primera aspiracion, pero que lentamente se infiltran en nuestros órganos, se apoderan de ellos, los saturan, y nos enlanguidecen en delicias purísimas é inesplicables. La regularidad de las formas de aquel semblante, en que dominaba una dulce paz; lo descuidado de las miradas de sus ojos garzos; lo sencillo del peinado de sus rubios cabellos, cubiertos por una toquita blanca, y la casta redondez de su seno, velado por un ancho hábito de voto, nada decian á primera vista que no fuese puro y tranquilo. Pero cuando una mirada curiosa se posaba en la riqueza y en la brillantez de sus dorados cabellos; cuando se deleitaba con un recóndito deseo en aquellos lábios tan puros, tan rojos y tan frescos, en aquellas mejillas tan mórbidas, tan tersas y tan densamente pálidas; cuando, entre el doble velo de sus largas pestañas, partia de aquellos ojos tan grandes, tan brillantes y tan bellos una mirada tímida, en cuyo fondo se adivinaba en un punto misterioso un alma nacida para el amor y los placeres, que dormia descuidada bajo el manto de la inocencia; cuando á un mismo tiempo se adivinaba tanta castidad y tanta lascivia; cuando suponia para sí, quien contemplaba extasiado aquella magnífica frente de vírgen romana, un pensamiento encendido de amor; cuando se la creia ver en medio de la fiesta balanceando aquel talle tan reducido y al mismo tiempo tan fuerte, asidas las manos de alabastro á nuestras manos, dejando vagar libremente nuestras avaras miradas sobre la deslumbrante blancura de aquel cuello, de aquellos hombros y de aquel seno, que cubria severo y enojoso el blanco mongil; al creerse envuelto en el poderoso y rápido compás de su paso lanzado en la danza, aspirando el doble perfume de su aliento escitado y de sus cabellos flotantes, bajo el encanto de su palabra, de su mirada y de su sonrisa; cuando sobre todo esto se deliraban joyas y brocados, y al despertar del sueño, que desaparecia como una de esas figuras que fingen las nubes y deshace el viento, se la veia en otra vision contrapuesta, atravesando un claustro sombrío y silencioso; encerrado el semblante pálido y enfermo en una horrible toca; apagada la luz de sus ojos, y desfigurado el gallardo talle por un ancho ropon de órden; al soñar en estos dos opuestísimos estremos, entre lo que podia ser y lo que iba á ser, era preciso amar, y amar con la rabia y la desesperacion de Satanás.

Al analizar de este modo la hermosura y el sér de Teodora, comprendí que era necesario, para hacer un sacrificio á la amistad, ser fuerte, pero con la fortaleza de un mártir, y me propuse no volverla á ver más.

Pero ¿acaso el hombre posee por igual la razon y la voluntad? ¿tiene libertad? Los teólogos dicen que sí; las pasiones que nó. Yo he tenido la desgracia de probarlo por mí mismo: de todos los afectos, el más fuerte, el más incontrastable, el que más resiste á la voluntad, el que crece de una manera monstruosa cuanto más se le comprime, es el amor. No importa que en contra suya estén la religion, la sociedad, la familia, la honra, la amistad: el amor contrariado rompe por todo. Así me aconteció: olvidé por ella mis pasados amores, me sobrepuse á la voluntad de mis padres, al voto de Teodora, á lo que debia á la buena amistad de Claudio, y ya, decidido, me presenté de nuevo en su casa, sin temor ni otro cuidado que el disimular mi pasion, para hacer su logro más seguro. Los acontecimientos sucesivos, fatales, como lo han sido siempre para mí, hicieron un imposible de lo que, en los principios, no era más que una grave dificultad.

III.

De cómo acabaron por entenderse Teodora y Lisardo.

Claudio, en este tiempo, se habia trasformado: de alegre y comunicativo que era, se convirtió en triste, cejijunto y receloso; huia de las gentes, y me dejaba largas horas en libertad con su hermana, de la cual cuidaba una dueña, no tan jóven que desempeñara de una manera impropia su destino, ni tan vieja que aun no hiciera desear una mirada de sus ojos negros y una sonrisa de su boca, poblada aun de blancos, pequeños é iguales dientes.

Doña Beatriz, viuda de un alférez, era lo que puede llamarse una mujer de treinta y cinco años, perfectamente conservada, y que, en sus tiempos, debió haber sido incitante y hermosa.

Nacida y educada en la casa de Claudio, casada en ella, y tornada despues de su viudez, habia visto nacer á Teodora; la servia de madre, y se la oia lamentarse del voto que obligaba á la pobre jóven, sin ser suyo ni tener parte su voluntad, á sacrificarse á un estado al que se oponian su gusto y la naturaleza. Doña Beatriz tenia sus ideas acerca de los votos, y decia sin rebozo que era una atrocidad el que, estando una madre próxima al alumbramiento, ofreciese, para salvarse, un hijo á Dios: decia, y decia con razon, que esto era poner usuras al favor divino; que, en caso de votar, votasen por sí mismas, y nó por el prójimo, por más que ese fuese pariente tan allegado como hijo; y en fin, que si el voto se habia hecho para salir bien del paso, no debia tener lugar, puesto que doña María, madre de Teodora, habia muerto veinte dias despues de su nacimiento, y á todas luces, y de una manera palpable, por resultado del parto.

Pero Teodora contestaba que estaba resuelta á cumplir el voto de su madre; lo que consistia en que, dos tias suyas, monjas en Santa Clara, la tenian vuelto el seso con sus zalamerías monjunas, y en que no habia amado aun, ni conocia cuánta felicidad podia dejar con un hombre á las puertas del claustro.

Por esta razon, doña Beatriz, á quien no se ocultaba la aficion con que yo miraba á Teodora, nos dejaba cierta decente libertad, esperando que al fin el amor podria más en ella que el voto de su madre.

Yo tambien conocia que estaba protegido por la dueña; pero, sin embargo, existia en la dulce hermosura de Teodora un poder inesplicable que contenia mis palabras, y reducia mis declaraciones á tímidas miradas y á suspiros contenidos.

Otra mujer hubiera jugado con aquel amor de niño: Teodora le aspiraba; le respondia del mismo modo, pero sin temor; siempre tenia para mí palabras místicas, por costumbre más que por índole; me preguntaba acerca de lo más misterioso y oscuro del Cristianismo, y yo la contestaba teológicamente, pero de una manera torpe, porque pensaba entonces cuánto más dulce y bellas serian en aquella boca purísima palabras de amor.

Lentamente, aquel amor mudo fué creciendo, hasta hacerse exigente, y no pude ya contenerme más tiempo: la desesperacion me dió audacia; formé una resolucion, y la primera vez que me vi solo con ella, me arrojé á sus piés, y la revelé temblando mi amor.

Aquella revelacion fué como una luz sombría para el alma de Teodora; sus pálidas mejillas se enrojecieron; sus ojos se animaron con una espresion divina, y tembló, aterrada y feliz á un mismo tiempo.

—Lisardo, me dijo, habeis hecho muy mal en hablarme de amores; me habeis hecho daño.—¿Que os he hecho daño, señora?—Sí; me habeis herido en el corazon.—¿Quiere eso decir que me amais, señora?—Esto quiere decir, Lisardo, que soy muy desgraciada.

Teodora calló, se recogió en sí, luchó con su conmocion; me miró de una manera tal, que no pude dudar de que me amaba con tanta pasion como era amada por mí, posó en mí una mirada avara y triste, y luego, conteniendo mal las lágrimas que se agolpaban á sus ojos, se levantó y huyó, encerrándose en una habitacion cercana.

Nadie me veia, y me acerqué á aquella puerta: Teodora estaba de rodillas, y lloraba de una manera desconsolada. Fué necesario que yo recordase que estaba en casa de Claudio, para que no forzase aquella puerta y me prevaliese de todas las ventajas que me daba sobre Teodora el estado de su espíritu. Yo habia temblado al espresar mi amor, temiendo verle rechazado de una manera dura; pero aquel amor habia sido contestado con lágrimas, y habia crecido, como el agua, en ocasiones dadas, embravece, en vez de apagarle, un incendio.

Salí, soñando aventuras que no debian realizarse, y nunca me pareció un tiempo más largo que el que trascurrió hasta la hora en que yo acostumbraba á ir á casa de Claudio. Llegó en fin, y entré en la cámara de Teodora, con el corazon anhelante, y el pensamiento fluctuando entre temor y espe-

48

ranza. No encontré más que á doña Beatriz, que estaba triste y preocupada; la pregunté por Teodora, y la dueña me miró con interés.

—La amais, Lisardo, ¿no es verdad? me dijo.—La adoro, señora, y por ella seré capaz de faltar á la voluntad de mis padres, á cuantas consideraciones hay que puedan obligar á un hombre, porque ella es todo para mí.—¡Pobre niña! repuso la dueña.—Ya sé que está destinada al claustro, contesté.—Quisiera Dios que esa fuera su mayor desgracia; allí podria morir desesperada, pero en paz, á solas con sus penas.—¡Qué! ¿Amenaza otra desgracia mayor á Teodora?—Su hermano quiere casarla.

Aquella brusca revelacion produjo en mí un efecto inesplicable: sentí cólera, celos, miedo, todo á la par, y no pude contenerme.

—¡Casarla! ¿Conque es decir que lo que se ha hecho respetar á Lisardo se permite á otro hombre? ¿Que para mí el voto de Teodora ha sido un obstáculo, y para otro no lo es?—Claudio no violentará á su hermana; la suplicará de tal manera, que la pobre niña cederá; pero las galas de boda serán para ella mortajas fúnebres: es un ángel de Dios; estaba mal en la tierra, y parece que los hombres han tomado por empeño el que se remonte al cielo.

La dueña, al pronunciar estas palabras, me miraba de una manera intencionada.

—¿Y podreis decirme, señora, la contesté respondiendo á aquella mirada, de qué manera puedo yo ser funesto á Teodora?—Amándola, me contestó.—Yo creí que vos autorizábais mi amor, señora, la dije con timidez.—Y no os habeis engañado; yo pensaba que vuestro amor la salvaria, pero vuestro amor la pierde.—¡Oh! si ella me amase.....—Hé ahí dónde está el mal; en que os adora.—¿Y creeis que yo no puedo hacerla feliz?—¡Oh, Dios mio!—me contestó;—los enamorados no tienen memoria; ¿no os he dicho ya que Claudio ha empeñado su palabra á un hombre?—Pero ella se opondrá.—Ella cederá. —¿Y decís que me ama?—Escuchad: ¿no habeis reparado en la taciturnidad y en la tristeza de mi amo?—Lo he atribuido á amores desgraciados.—La causa es más terrible: D. Claudio es jugador.

Aquella segunda revelacion me aterró más que la primera: un jugador es capaz de todo: el honor, el amor, la amistad llegan hasta el juego; más allá no hay nada: el juego es una ciega y horrible avaricia, que ennegrece y pervierte el alma más generosa; el juego es la pasion más funesta de las pasiones humanas, y de ella penden el honor, la familia, el porvenir, como el de un hilo quebradizo. Claudio en verdad era un caballero cumplido, un hermano amante, un amigo desinteresado y fiel, un corazon valiente y un alma entusiasta: y sin embargo, era jugador, y podia llegar á ser por lo mismo un infame.

¡El juego! Desde entonces no hay para mí nada más horrible que un naipe ó un dado. Si Claudio no hubiese jugado, seria yo ahora el más feliz de los hombres.

—Pero Claudio jugará por entretenimiento, la dije, puesto que es inmensamente rico.—¡Era rico! contestó la dueña.—¡Era! ¡Conque ya no lo es!—Venid, venid conmigo, Lisardo, y juzgad.

La dueña me llevó consigo y me hizo entrar en una cámara, que parecia

acababa de ser despojada; sobre las tapicerías se veian lugares cuadrados de color más limpio que el general, y por los que se adivinaba que allí habia habido cuadros.

—Aquí habia treinta tablas que valian un tesoro, dijo con tristeza; esas tablas las habia heredado Claudio de sus padres, que las habian heredado de los suyos; esas tablas han sido vendidas á un usurero, y jugado su importe en una noche. Venid: entremos en este retrete; aquí estaban los retratos de familia; tambien han sido vendidos; quedaban los de sus padres, y se vendieron tambien.—Pero sus tierras, sus rentas.....—Vendidas ó empeñadas.—¿Conque nada le queda?....—Nada, ni el dote para que su hermana tome el velo.

Una alegría inmensa me hizo sonreir de placer; hasta entonces, á más del voto, me habia contenido en mis amores la riqueza de Claudio, por temor de que se me creyese interesado; pero siendo pobre, más pobre que yo, no pudiendo hacer á su hermana monja, Claudio, que me amaba como á un hermano, me preferiria á otro cualquiera, y Teodora seria mia.

—Vuestro señor, dije á la dueña reposando en mi esperanza, casa á Teodora porque no puede hacerla monja; ¿no es así?—Claudio no casa á su hermana; la vende como ha vendido los retratos de sus padres, como venderá su ejecutoria cuando haya perdido el precio de su hermana.

La dueña lloraba al decir estas palabras, y á mis ojos brotaban lágrimas de cólera.

—Eso es imposible, dije, imposible de todo punto. Claudio no puede haberse apartado de sus deberes hasta ese estremo.—Pedid á Dios que la tormenta no esté tan próxima, que la sintais estallar de repente sobre vuestra cabeza.—¡Cómo! esclamé aterrado.—Escuchad, todo voy á decíroslo..... mañana, si la suerte es contraria á Claudio..... mañana no tendremos pan.—¿Que no tendreis pan?.... esclamé horrorizado.—Como hoy no tenemos servidumbre, todos los criados han sido despedidos, y aun á mí, á mí, que he nacido en la casa, á mí que los he visto nacer, á mí que los amo como una madre..... se me ha despedido..... se me ha dicho que no se me puede pagar mi salario..,.. y yo me he desprendido de mis ahorros, hasta de la sortija de bodas, que me regaló mi difunto marido, para que pueda probar, por última vez, fortuna el hijo de mis antiguos señores.

La dueña no pudo contenerse; su llanto se hizo desconsolador, y brotaba de sus ojos á raudales.

—Hoy, hoy, prosiguió la dueña, á no ser que Dios haga un milagro, si pierde esos últimos reales, la suerte de Teodora está decidida.—¿Y nada sabe ella?—Nada..... hasta ahora Claudio ha hecho los mayores esfuerzos para ocultar el estado de su fortuna á su hermana, que por otra parte está demasiado absorta con vuestros amores para reparar en lo que sucede á su alrededor.—¿Y estará jugando ahora Claudio?—Ha salido esta mañana, y aun no ha vuelto.—Voy á buscarle.....—¿Y para qué?—¿No decís que cuando pierda su último real violentará á Teodora? Pues bien, perdido lo vuestro, será necesario que pierda tambien lo mio. Yo no he jugado nunca..... jugaré..... entablaré un juicio de Dios con la suerte, y si los dados ó los naipes me son trai-

dores, apelaré á mi espada.....—¡A vuestra espada contra Claudio!.... ¡contra vuestro amigo!.... ¡contra el hermano de vuestra esposa!....—¡De mi esposa! ¿habeis dicho de mi esposa? —Id, Lisardo, id..... probad fortuna..... si ganais, no os detenga el temor..... oro, mucho oro..... pero si perdeis..... si perdeis, os juro que antes de permitir que se sacrifique á Teodora, yo misma la arrojaré á vuestros brazos..... yo misma la obligaré á que huya con vos..... ella antes que todo, y despues..... despues, tiempo queda de echar mano á la espada.

Parecióme que la dueña era para mí un ángel de redencion; una esperanza dulcísima iluminó mi alma, y partí. Llegué á mi posada, tomé algunos cientos de escudos, que debia al cariño y á la solicitud de mi buena madre, y algunas alhajas de mediano valor, y salí en busca de Claudio, como un desesperado.

VI.

De cómo descubrí por primera vez en mí el instinto de la avaricia.

Yo nunca habia jugado, y por lo mismo no conocia ninguna de esas infames casas en que el hombre se rebaja y se prostituye hasta el punto de hacerse inferior á la prostitucion de la mujer. Pero si yo lo ignoraba, conocia en cambio cien compañeros, para los cuales las casas de juego eran lugares cuotidianos. Me dirigí al primero que encontré, é hice que me llevara á una de aquellas casas. No encontré en ella á Claudio, y hubimos de buscarle en otra; al fin le encontramos en un estremo de la ciudad, entre tahures y rameras, y tan absorto en el juego, que no reparó en mí. Es verdad que la mesa estaba rodeada por una valla humana que miraba asombrada correr sobre ella el oro. No se oia más que el resonar del dado en el cubilete, una voz ronca que pronunciaba de una manera impaciente un número bajo, y otra voz alterada, la voz de Claudio, que marcaba con una febril escitacion y una ánsia vergonzosa el número nueve..... y una vez, dos, tres, ciento, aquel número nueve trajo á su lado y á montones el oro de su contrario, y una vez y otra su criado, especie de tuno, á quien aun no habia despedido, recogia el oro que embarazaba la mesa, y lo arrojaba en un profundo saco.

En el juego, la sed del oro es insaciable. Solamente siendo jugador pueden hacerse esas enormes ganancias. El que juega por casualidad y gana, cuando ve ante sí una cantidad superior á sus esperanzas, teme perderla, y huye. Pero el jugador de raza es semejante á un vampiro; como éste no cesa de chupar hasta haber estraido la última gota de sangre de las arterias de su víctima, aquél no cesa de jugar hasta que ha estraido la última moneda del bolsillo de su adversario: aun es más voraz que el vampiro; éste concluye, aquél no acaba nunca; tras el dinero contante viene el juego á la palabra; tras el crédito se juega el amor, tras el amor la nobleza (en aquellos tiempos



DON JUAN TENORIO. — La mesa estaba rodeada por una valla humana.

se vendian las ejecutorias), tras la nobleza la vida; y si fuese posible que un cadáver jugase y que tuviese alma, aquella alma seria propuesta, aceptada y jugada. El juego, más que interés, es un vicio que escita los sentidos; nada importa que se juegue lo imposible, con tal de que la pérdida ó la ganancia hagan gozar ó sufrir.

Claudio ganaba un tesoro, y sin embargo, porque era jugador seguia jugando. A los pocos momentos de estar yo allí, su contrario quedó enteramente desplumado; entonces puso á un punto todas sus rentas y las perdió. Tras las rentas, sus bienes libres; tras los bienes, lo último que juega un caballero, su espada; y tras su espada, lo último que juega un amante, su querida.

Nada más vergonzoso, nada más hediondo que aquel pacto miserable, al que se sujetaba por amor una ramera, una mercadera de amor. Aquella mujer estaba allí; era una rubia que habria sido hermosa, pero que estaba gastada por los abusos y los desórdenes; miraba el juego con una serenidad, que nadie, ni aun los espectadores, sentian en aquel terrible duelo de suerte contra suerte, y bebia á sorbos, en un gran vaso de plata, vino caliente.

La ramera fué tasada, ó por mejor decir, puesta contra mil escudos de oro. Solamente el tamaño de sus vicios podia haberse evaluado en aquella enorme suma; por lo demás, era una moneda falsa, enteramente falsa, que Claudio hubiera arrojado lejos de sí despues de haberla ganado. Claudio la aceptó por lujo de generosidad, por galantería de jugador; resonó el dado, cayó sobre la mesa, y perdió: su contrario habia marcado el punto más alto. Los mil escudos fueron rebajados de la deuda contraida por el otro, y el juego siguió.

Lentamente, y de una manera reñida, Claudio fué perdiendo lo que habia ganado, y al fin su lacayo empezó á verter oro sobre la mesa; la suerte habia cambiado de todo punto, poniéndose de parte del otro.

Desde que entré y vi á aquel hombre, no sé por qué me causó daño su semblante y me repugnaron sus miradas; sin ser jugador ansié cruzar con él una partida, pero nó de dados, sino de espadas; nó de oro contra oro, sino de vida contra vida; y sin embargo, aquel hombre tenia marcadas en su semblante todas las espresiones que distinguen á un cobarde receloso, pero cubiertas como bajo un velo traidor por unas formas hermosas y varoniles, por una juventud brillante y por una audacia y una volubilidad, que no eran otra cosa que la falta de pudor del jugador y del libertino.

Aquel hombre no era estudiante, sino uno de esos nobles aventureros que se agolpaban en busca de oro y amor alrededor de aquella universidad, adonde concurria lo más noble, lo más bello, lo más inteligente y lo más rico de España.

Sin saber por qué, aquel hombre me inspiraba terror, un terror cruel que no era miedo, puesto que embravecia; un terror como el que causan una gran desgracia ó una fatalidad.

La aversion que me causaba aquel hombre me impulsó á unir mis esfuerzos á los de Claudio; yo veia á éste perder de una manera rápida; desconfiaba

por instinto de la suerte, y una voz interna y desconocida me decia: *juega y ganarás*. El juego me aterraba, pero sobre el tapete estaban lanzados aquel dia el porvenir de Teodora y el mio. Estremecióme el pensamiento de que Claudio perdiese su último escudo, y me lancé á una mesa próxima, de la que acababa de levantarse un jugador perdido.

Saqué á puñados la plata que llevaba en los bolsillos, y me senté frente al ganancioso, que recogia su dinero. «¿Quereis jugar?» le dije. Aquel hombre me miró de una manera fija, y sin duda conoció que yo era nuevo en el ejercicio, porque se sonrió como dispensándome una proteccion de superioridad, y me contestó: «Juguemos.»

El cubilete quemaba en mis manos, y sin embargo, ganando siempre; muchas veces mi contrario no tenia necesidad de tirar, porque yo habia sacado el punto más alto. El juego de dados es terrible; en un segundo puede perderse toda una fortuna, y siempre, por poco que se juegue, es fuerte por la rapidez.

Antes de un cuarto de hora, un monte de oro brillaba delante de mí sobre el tapete: mi enemigo habia sustituido con una espresion de cólera su insolente sonrisa; me miraban con envidia los jugadores y las rameras me provocaban. Estaba en uno de esos momentos en que el demonio pasa con alas de oro por delante de nosotros, ofreciéndonos cuantos goces se compran y se venden en ese inmenso mercado que se llama mundo. Me sentia embriagado como nunca, porque la embriaguez del oro me era desconocida, y entonces comprendí la obstinacion del jugador, lo que debe llamarse la avaricia del juego; del fondo de mi alma se levantó un sentimiento que dormia, y ansié oro, mucho oro, para ser omnipotente. Nada más sensual que los sueños que inspira ese brillo deslumbrador del dinero apilado, que parece decir á los sentidos: desead; yo soy la realidad: no temais ser deformes, ni imbéciles, ni viejos; yo os haré hermosos, sabios y jóvenes; yo soy para vosotros lo que el espíritu rebelde para Jesus: puedo subiros á la cumbre del monte, y deciros: ¿qué quereis de cuanto alcanzais á ver desde aquí? Yo soy la tentacion de la realidad. Yo soy la verdad de la mentira.

¡Miserable de mí! Desde entonces acá aun no he podido olvidar aquel monton de dorados doblones; y despues que el amor, los crímenes y los desengaños han destrozado mi corazon, sobre sus ruinas se ha levantado esa voz satánica que grita: yo soy la omnipotencia del mundo; yo soy la verdad de la mentira; y he apilado oro, mucho oro, y á pesar de ello, he encontrado imposibles; he sido el juguete y el escarnio de los caprichos del amor.

A pesar de mi embriaguez, de mis sueños volcánicos, en que se revolvian Teodora, mis padres, yo, los hijos en que ya pensaba, lanzando mi imaginacion al porvenir, y recorriendo punto por punto con esa maravillosa actividad del pensamiento toda una vida de goces y placeres, por ese estraño fenómeno de la doble actividad del espíritu, no perdia un solo incidente de la mesa en que jugaba Claudio, que estaba muy próxima á la que yo ocupaba. Claudio perdia rápidamente, y á cada pérdida redoblaba las *puestas;* yo ganaba: á un jugador sucedia otro delante de mí, y luego otro; se me miraba con envidia; en cambio, nadie tenia lástima de Claudio: al fin éste no pudo

poner ni un escudo, y cesó de escucharse el ruido del dado en el cubilete; todo habia concluido. Por mi parte, yo habia concluido tambien: nadie tenia dinero para jugar conmigo.

El que jugaba con Claudio recogió lentamente sus ganancias, y se levantó.

—¿Os vais? le dijo Claudio.—¿Teneis algo más que jugar, amigo mio?—Sí. —¿De dónde diablos habeis sacado vuestros recursos? dijo con desconfianza el otro. Creo que no os queda ni una sola teja.—Es verdad; pero me queda algo que vale un tesoro.—¿Y qué es ello, si gustais?

Claudio se detuvo un momento; su semblante se enrojeció y se puso pálido sucesivamente, y al fin dijo haciendo un supremo esfuerzo:—Me queda mi hermana.

No hubo uno solo de aquellos séres corrompidos que, á pesar de su perversidad, no se estremeciese: el mismo antagonista de Claudio quedó mudo de sorpresa; y en cuanto á mí, eché mano de una manera involuntaria á la empuñadura de mi espada.—Os juego la mano de mi hermana, insistió Claudio, como aquel á quien no han contestado á una propuesta de venta, y porfía; y os la juego contra diez mil doblones de oro.—La mano de vuestra hermana no os pertenece, Claudio, dijo el otro; me habeis dado palabra de que seria mi mujer; no estoy en el caso de regalaros ese dinero.—Me retracto de esa palabra, D. César (así se llamaba aquel hombre).—Y yo os juro tenderos de una estocada, como soy D. Cesar de Montalto, si llevais á cabo esa vergozosa traicion á vuestra fé empeñada.—Creo que mi espada alcanza donde la vuestra, y si aqui hay algo de vergonzoso, es vuestra cobardía en no quererme dar desquite.—Juguemos, pues, ¡vive Dios! dijo D. Cesar; pero si por medio de esta supercheria me ganais, hasta dejarme reducido á la posicion en que la mala suerte os ha puesto, y me negais la mano de vuestra hermana, os podeis dar por muerto de seguro.—Acepto, dijo Claudio, sentándose de nuevo y tomando el cubilete.—Atended bien, señores, dijo D. Cesar, dirigiéndose en derredor suyo, como quien se provee de testigos para asegurarse de la palabra de un hombre de quien desconfia; mi amigo Claudio juega conmigo á su hermana Teodora, contra diez mil doblones de oro.—¡Mentís! dije terciando en la conversacion; Claudio está loco, y sus palabras no tienen valor; si le tuvieran, antes de consentir ese infame, inaudito y miserable tráfico, me haria matar, matando, por todos vosotros á estocadas.—¡Y yo! ¡y yo! ¡y yo! gritaron algunos jóvenes y generosos estudiantes poniéndose á mi lado.

Al escuchar mi voz, Claudio, que hasta entonces no me habia visto; Claudio, que me habia recatado siempre aquel vicio fatal; Claudio, que era mi amigo, casi mi hermano, se levantó vacilante, se arrojó entre mis brazos, ocultó la cara en mi pecho, y rompió á llorar, anonadado de vergüenza.

—Teneis razon, caballero, dijo D. César; ambos estamos locos: yo no he debido aceptar esa horrible proposicion, yo no he debido permitir que el nombre puro y digno de la que ha de ser mi esposa, resuene con tanto menosprecio entre estas miserables paredes. Si Claudio quiere desquite, se le daré, aunque nada le queda, sobre su palabra.

En la espresion del semblante de aquel hombre, y en lo trémulo de su

voz, conocí que aquellas palabras, que parecian la emanacion de un alma en que queda un resto de dignidad, eran inspiradas por el miedo.

—No es necesario que seais generoso, D César; ¿creeis que bastan para que podais dar un desquite dos mil doblones de oro?—¡Dos mil doblones! ¿tienes dos mil doblones, Lisardo? dijo Claudio arrancándose de mis brazos y mirándome con estravío.

Entonces hice seña á uno de los criados de la casa, que cargado con un talego en que estaban mis ganancias, se preparaba á acompañarme, y le mandé que vertiese el oro sobre la mesa. Claudio se apartó de mí, y de pié asió convulsivamente el cubilete, le agitó, le volvió sobre la mesa y le levantó. D. César no tuvo que vacilar para recoger el dinero; habia aparecido el blanco; era casi imposible perder contra la nada. Sin embargo, por si se repetia aquel incidente, en cuyo caso hubiese ganado Claudio por el privilegio de mano, tiró: la suerte era insolente, y se saboreaba con la ansiedad de la víctima: D. César sacó el uno.

Mi dinero desaparecio, pero nada se volvió á decir de Teodora; la partida estaba terminada, y todos salimos. Yo harto preocupado, no me despedí de nadie, y sin voluntad, de una manera instintiva, me encaminé á largo paso á casa de Teodora.

Aun estaba en su oratorio; pero la buena doña Beatriz me recibió con ansiedad.

—¿Le habeis encontrado? me dijo.—Sí, la contesté.—¿Jugando?—Sí.—¿Perdiendo?—Ya no le queda ni aun su espada, porque ha perdido hasta el honor.

Doña Beatriz se aterró, quiso contestarme, y no pudo, y en aquel momento llamaron á la puerta.

—Es él, dijo la dueña, y viene acompañado de ese hombre fatal á quien ha prometido su hermana.—¿De D. César?—¿Le conoceis?—Es el que ha ganado á Claudio toda su hacienda.—¿Y qué hacemos?.... Creo que no debe encontraros aquí.—Esperad..... tengo un deseo, quiero escucharlos; ese hombre es un infame.—¡Oh! sí, sí señor, y en todo caso vos nos defendereis.

Sonaban ya pasos cercanos, y la dueña y yo nos ocultamos tras una de las puertas que correspondian á la cámara. Poco despues, Claudio y D. César entraron, y el primero cerró tras sí la puerta.

El uno venia demudado, el segundo sombrío y receloso.

Ni una palabra hablaron aquellos hombres. Claudio abrió la puerta que conducia á los aposentos de su hermana, y salió con ella, conduciéndola de la mano.

—Ha llegado el momento, hermana, dijo mientras D. César se inclinaba respetuosamente ante Teodora, de que mi amigo sea mi hermano, y segun hemos convenido, espero que le escucharás por última vez, antes de ser su esposa.

Teodora tembló como una víctima ante el sacrificio, y no tuvo fuerzas para contestar á Claudio, que la dejó sola con D. César. Pero antes de que éste pudiera hablarla, ella se adelantó.

—Espero, le dijo, que no me obligareis á sostener con vos una conversacion que me disgusta, y que, sobre todo, es inútil..... no quiero oiros ni una sola palabra, y en el momento en que la pronuncieis, me retiro. Estoy destinada al claustro, y mi hermano, que bien lo sabe, debia haberme dispensado de vuestros galanteos. A más de eso, si en mi corazon hay algo de amor mundano, no será ciertamente para vos..... Siento decíroslo, pero me parece preciso para curaros de esa loca pasion que decís sentir por mí..... me repugnais de una manera invencible, y moriria mil veces de muerte de fuego, despues de sufrir los más agudos tormentos, mejor que ser vuestra esposa. No me culpeis, señor..... no os odio..... no os conozco..... mi corazon os repugna, sin saber por qué..... y siento, os lo repito, el verme obligada á decíroslo con toda la energía de mi palabra, para desengañaros. Espero que no insistireis más, y despues de agradeceros un amor que ciertamente no merezco, os vuelvo á suplicar que me dispenseis. Que os guarde Dios.

Teodora hizo una ligera reverencia á D. César, le volvió la espalda, y tornó á entrar por donde habia salido.

Aquel hombre se precipitó á la puerta, y yo entreabrí la mia; pero se contuvo, y se volvió espantosamente pálido y colérico.

—¡Miserables! esclamó; conocen mis deseos, y los irritan para sacar mayor precio; pero yo les juro que, en vez de ser mi esposa, será mi querida.

¡Así interpretaba aquel hombre, por la medida de sus vicios, la dignidad de Teodora!

Y sin buscar á Claudio para despedirse, salió de la cámara, y poco despues oimos un furioso golpe en la puerta de la calle; yo me precipité en su seguimiento, pero doña Beatriz me contuvo.

—¿A dónde vais, Lisardo? me dijo la dueña deteniéndome.—¿A dónde? A matar á ese hombre.—¿Y qué adelantareis con eso? Dar un escándalo.—Otro medio hay, dije iluminado por una inspiracion súbita.—¿Cuál?—Huir con Teodora.—¡Huir! esclamó escandalizada la dueña.—¿Preferireis el que esa infeliz niña quede abandonada en manos de un hermano que ha sido capaz de proponerla al juego, delante de tahures y rameras, contra diez mil doblones?—¡Miserable!—¿Y no confiais en mi honor, y en mi espada?—Sí, sí, confio en vos, Lisardo; en el estado en que nos encontramos, cualquier estravío es preferible á dejarla abandonada en manos de un hombre para quien ya el juego es una locura, un frenesí..... seria capaz de entregarla sin defensa á quien se la pagase..... ¡Oh, Dios mio, Dios mio!.... Pero en el momento, apenas salgamos de esta casa..... un sacerdote, una bendicion..... y sed felices..... ¿Qué importa que no seais ricos, si teneis amor, paz y honor?—¡Esta noche!—Sí, esta noche, á las doce; no hagais ruido ni seña; detenéos en el mismo postigo del jardin, y venid solo..... enteramente solo.—Vendré..... reducidla antes vos.—Eso seria malograr la empresa; nó: vos la arrastrareis, porque no sabeis cuánto os ama..... yo jamás os lo hubiera dicho en otra situacion..... pero os conozco, Lisardo: sois honrado, y ya os miro como su esposo..... idos..... idos..... será necesario que lo tengais preparado todo..... el sacerdote, los testigos..... y el tálamo, añadió la dueña sonriéndose.—¡Os alegra ese estraño enlace! dije tristemente, porque, sin poderme esplicar la causa, presen-

tia una desdicha.—¡Oh! sí me alegra, porque si lograis vencer sus escrúpulos por el voto, que los vencereis, porque realmente no es voto, sino una promesa simple, yo sé cuán felices podeis ser. Claudio se pondrá por las nubes, pero vos sabreis hacerle callar, y por otra parte, se verá precisado, para vivir, á irse á Italia con el Gran Capitan. Yo os acompañaré, y os serviré de criada.—¡Quiera Dios que no seais testigo de un desastre!—¡Bah! idos..... con los preparativos de esta boda de repente, os alentareis..... ¿no sirve para nada en vos la hermosura de vuestra esposa?—¿Y por qué no hablarla ahora?—¡Ahora!.... ¡estando aquí su hermano!—Decís bien: quedad con Dios, y hasta la noche.—¡A las doce, por el postigo del jardin!

Salí, y no me fué difícil encontrar un sacerdote que se prestase á unirme con Teodora aquella misma noche. Ella me amaba; doña Beatriz me protegia; la religion me auxiliaba: todo parecia asegurar un feliz suceso á mis amores, y sin embargo, no podia desechar de mí el presentimiento de una gran desgracia; no podia olvidar el fatídico semblante de D. César de Montalto.

V.

De cómo se cumplieron mis presentimientos.

Dieron las doce de aquella noche, y solo, sin más compañía que mi espada, me encaminé á la casa de Teodora, torcí las tapias del jardin, y llegué al postigo. Apenas puse en él la mano, cuando una voz contenida dijo desde adentro: «¿Sois Lisardo?— Yo soy, contesté.» El postigo se abrió, y una mano que temblaba me asió entre la oscuridad. «¿Está todo dispuesto? me dijo la dueña, que ella era.—Sí..... pero..... Teodora.....—Está más enamorada de vos que lo que yo creia.—¿Y cómo sabeis?.... ¿Os ha dicho ella?....—Nó, pero ha rechazado las proposiciones de su hermano, primero, con el voto, y despues, cuando Claudio, desesperado, le ha revelado toda la verdad, á pesar de la imposibilidad de ser monja por falta de dote, se ha obstinado; han llegado las amenazas, y las ha resistido; pero Claudio está furioso, y ella tiembla..... venid..... venid..... aprovechemos el tiempo; creo que se nos quiere ganar por la mano.....—¡Cómo!—He visto hablar al lacayo de mi amo con D. César.

De nuevo, y de una manera profunda, me conmovió aquel nombre, y sentí que un vapor de sangre subia de mi corazon á mi cabeza: la dueña en tanto, temblando como yo, me guiaba por una escalera; me hizo atravesar algunas habitaciones, y entreabriendo al fin una puerta, me dijo en voz apenas perceptible:—¡Ahí está!

Y en efecto; sentada junto á una mesa, apoyando en ella su brazo, y el semblante en su mano, abandonado el otro brazo, fijo los ojos en un libro abierto, que sin duda no leia, á juzgar por su inmovilidad, estaba Teodora, vestida con un sencillo traje blanco, desordenados los cabellos, y más hermosa que nunca. Durante un corto espacio, vacilé entre mi razon y mi amor:

éste me impelia hácia Teodora; aquella repugnaba un paso que, aunque parecia aconsejado por una necesidad imperiosa, tenia, sin embargo, todo el aspecto de una sorpresa al amor, y de una traicion á la amistad; al fin, el amor triunfó: empujé la puerta, que giró silenciosamente sobre sus goznes, adelanté en silencio, me arrodillé junto á ella, así la mano que pendia abandonada á su costado, y la besé con pasion.

Teodora pareció despertar de un sueño; se estremeció, volvió á mí su hermoso semblante, y entonces pude notar que estaba cubierto de lágrimas. Una triste sonrisa vagó en sus lábios, y sin retirar la mano que yo estrechaba temblando entre las mias, me dijo con un acento, cuya honda y melancólica dulzura no he podido olvidar jamás: «¿Á qué venís Lisardo? no debíamos volvernos á ver.—¿No volvernos á ver, señora? esclamé aterrado.—Nó; mañana entro en el convento.—No entrareis, porque no querreis que yo muera.—¡Morir! el mundo es muy bello, muy rico de esperanzas, y vos sois muy jóven y valeis mucho. Ese mundo os consolará de la pérdida de unos amores desgraciados, que no debian haber sido, puesto que os hacen sufrir.—Y esos amores, señora, ¿no dicen nada á vuestro corazon?» Teodora se encendió de un pudoroso rubor, y me miró procurando dominar la llama de pasion que ardia en sus ojos. «Mi corazon, dijo tímidamente, me dice que sois un dulce amigo que desea mi paz.— ¿Y vuestra felicidad, señora?—Estoy destinada á Dios, y seré muy feliz en el claustro.—Nó, no sereis feliz; pretendeis engañarme y no podeis conseguirlo; vuestra mano quema y tiembla, vuestro seno se agita, vuestros ojos os desmienten; vos no habeis nacido para monja, señora. ¿Qué hareis en el claustro cuando el amor y el deseo os combatan? ¿Á quién recurrireis cuando la desesperacion desgarre vuestra alma, y vuestra hermosura palidezca, destrozada por el fuego inestinguible é insaciable de vuestro pensamiento? ¿Ni cómo podreis olvidar los amores de Lisardo, que morirá de seguro cuando falte á su alma el alimento de vuestras miradas y el encanto de vuestra divina belleza?» Teodora me miró con terror. «Alzad, alzad, Lisardo, me dijo; alzad, idos; tengo miedo junto á vos: vuestro semblante, vuestras miradas son las de un insensato.....—Un insensato, señora, que está resuelto á arrancaros á todo trance del fatal destino que os habeis obstinado en aceptar por vuestro.—Sin duda creeis, Lisardo, que os amo mucho cuando así os atreveis á mí, dijo Teodora afectando una severidad que no sentia.—Yo no sé cuánto podais amarme; solo sé, y esto es bastante, que os amo con un poder tal, que me arrastra contra mi razon, contra mi voluntad, á oponerme á que os sacrifiqueis.—De modo que, si no me amáseis, nada os importaria ese sacrificio, suponiendo que lo sea.—¿Si no os amase? ¿Acaso es eso posible? ¿Acaso se os puede ver sin adoraros, ni adoraros antes que todo, antes que.....—Callad, callad, y en estos mundanos devaneos no pronuncieis el nombre de Dios, dijo Teodora adivinándome; de Dios, que sin duda quiere poner á prueba mi fortaleza cuando os atrae junto á mí en tal hora, en la situacion en que me encuentro.—Pues bien, si quereis que no me condene, que Dios por impío y por sacrílego no me castigue, sed mi esposa..... de otro modo, podreis muy bien entrar en un claustro; pero yo sabria penetrar en él y arrebataros á la clausura ó morir.—¡Arrebatar una es-

posa á Dios!—Nó, sino una víctima á los hombres..... ¿Habeis olvidado, señora, que los estravíos de vuestro hermano os impiden profesar?—¡Ah! ¡lo sabeis! repuso avergonzada Teodora.—Sí, lo sé todo; como sé que si no me seguís esta misma noche, vuestro hermano os obligará con un escándalo á que seais la esposa de otro hombre.—¡Oh! eso es imposible, me engañais para obligarme.....—Vuestro hermano os ha maltratado hoy, y cuando entré llorábais. ¿Por qué os obstinais, señora, en negarme la felicidad con vos? ¿Por qué rechazais mi mano, que os unirá á mi existencia; mi espada, que os defenderá del mundo entero?—Estoy sujeta á un voto, Lisardo.—¿Y ese voto es mayor que vuestro amor hácia mí?....—¡Dejadme, dejadme! y no me pregunteis, no me obligueis á pronunciar una mentira ó un sacrilegio; yo no debo amaros; no puedo amar más que á Dios.—¿Y creeis que Dios tendrá celos de mí?—¡Oh! esa es una horrible burla, Lisardo.—Nó, Teodora, nó; Dios no quiere que os sacrifiqueis; Dios no ha encencido en vuestro corazon esa llama purísima del amor más noble para apagarla..... nó; Dios no quiere nada inútil; Dios no os ha dado esa incomparable hermosura, esa encendida mirada, esos encantos voluptuosos, sino para que seais el ángel de un hombre sobre la tierra, para que trasmitais tanta belleza, tanto corazon, tanta dulzura, á hermosos hijos en que os vereis rejuvenecida. ¿No habeis pensado nunca, señora, en la felicidad junto á un esposo que os adore? ¿en la felicidad de besar la purísima boca de un hermoso niño que os sonreirá como los ángeles?....—Dejadme, esclamó Teodora, procurando desasir su mano de las mias; sois el espíritu tentador, Lisardo..... conoceis por mi desdicha que os amo, y abusais de ese amor.....—No os defiendo..... no quiero que ese amor, que es mi porvenir y mi existencia, se me escape por cobarde de entre las manos, y estoy resuelto á todo; á todo, señora, como quien defiende su vida desesperado.—¿Y seriais capaz.....—Si entra alguien por aquella puerta, señora, le mato.—¡Dios mio!—Resolvéos, Teodora; me amais, y ese amor, tarde ó temprano, os arrastrará..... seguidme cuando aun es tiempo..... Todo está preparado. Doña Beatriz nos acompañará, y esta misma noche un sacerdote unirá nuestras almas con el matrimonio.» Una flébil llamarada iluminó el semblante de Teodora, que posó en mí una mirada indescribible, y me tendió los brazos; pero de repente retrocedió aterrada, y se dejó caer en el sillon esclamando: «¡Dios, Dios!.... ¡entre nosotros está Dios! ¡huid y dejadme morir en paz!—Nó, Teodora, no os dejaré; vuestra razon se estravia y creeis vuestro voto irrevocable: un voto no es acepto á Dios sino cuando se cumple con entera y libre voluntad..... vuestro corazon rechaza ese voto y le cumple de miedo. Dios quiere el corazon, nó la esclavitud, nó el terror; Dios aborrece á los cobardes..... y..... nada hareis con cumplir ese voto, sino contrariar la voluntad divina, que os ha destinado á amar. A más de eso, ¿creeis, señora, en mi sinceridad?—¡Oh! sí, Lisardo, sí os creo.—Pues bien, el Pontífice romano, el Vicario de Dios sobre la tierra, la mano que tiene poder de atar y desatar, os absolverá de ese voto; hasta entonces sereis mi esposa, nó mi mujer.» Una esperanza inmensa, embellecida por la doble espresion del amor y del deseo, lució en los ojos de Teodora. «¿Y me asegurais, dijo trémula de emocion, que el Papa?....—Roma, señora, os absolverá.» Por un momento

nada me contestó; por la primera vez aquella alma poderosa, lanzado el temor que la inspiraban mis amores, se mostró á mí en toda su inmensidad; sus ojos me envolvian en una mirada intensa, profunda, dulcemente llena de promesas, y ya vencida á mi amor, se arrojó en mis brazos llorando de placer.—¡Oh, Dios mio, Dios mio! dijo; ese voto funesto despedazaba mi corazon; pero tú, Lisardo, le has roto, y soy tuya, tuya..... tu esposa por toda una eternidad.

En aquel momento sentí abrirse de golpe la puerta, y escuché una voz colérica:—¡Su esposa!.... ¡vos su esposa! dijo; eso será si yo quiero.

Teodora se arrancó estremecida de mis brazos, y yo me torné hácia el que con tanta audacia se atrevia á entrometerse en mis asuntos; aquel hombre era D. César de Montalto, que me miró de piés á cabeza con insolencia. «Paréceme que en todo sois afortunado, mancebo, me dijo con sarcasmo; esta mañana os vi ganar un rio de oro, y esta noche os contemplo anegado en un mar de amores; pero recordad: el oro que ganásteis fué para mí, y ese amor, ese amor tan inmenso, ó por mejor decir, esa mujer tan hermosa, será tambien mia.—Salid de aquí, le dije, conteniendo mal mi mano, que instintivamente habia buscado la empuñadura de mi espada.—No creo que tengais derecho á intimarme órdenes de esa naturaleza, me contestó: creo que ambos estamos aquí con igual razon: vos habeis comprado una dueña que os ha traido hasta Teodora; yo me he hecho con un criado que me ha abierto camino.—Podrá suceder tambien, repuse fuera de mí, que encontreis una espada que os abra las puertas del infierno.—¡Bah! dijo con una cobarde seguridad aquel hombre; creo conoceros: vos no comprometereis la honra de vuestra amante, dando un escándalo en la casa de vuestro amigo.—Mucho confiais en mi hidalguía, mucho en el terror de esa dama, añadí, señalando á Teodora, que fascinada, trémula, temblaba de cólera, paseando una mirada vaga sobre el semblante de aquel hombre y sobre el mio; pero será necesario que yo destruya esa seguridad, lanzándoos de aquí.—¡Lanzándome! gritó aquel hombre sin temor de ser oido. ¿Y quién ha de lanzarme? ¿tú, tú, miserable sopista, que no sabes obtener el amor sino robándolo?—¡Gritais, gritais para que os oigan, porque sabeis que Claudio es tan infame como vos; porque le habeis comprado su hermana!....—¡Por piedad! Lisardo, esclamó Teodora.—¡Oh! sí; suplicad, señora, evitad lo que no tendria otro resultado que el de asegurarme más vuestra posesion: aquí estamos dos hombres frente á frente, por igual, en vuestro aposento; tanto el uno como el otro os debemos una reparacion, y si vuestro hermano sobreviene en igualdad de circunstancias, no preferirá por cierto al que nada tiene, al que nada vale.....» Ciego de cólera, le interrumpí, echando al aire la hoja de mi espada. «Decís que estamos dos, esclamé, y esto es cierto; pero será necesario que no quede más que uno vivo.—¿Me amenazais? ¿quereis asesinarme? esclamó aquel hombre palideciendo.» Teodora se lanzó á mí llorando, y se puso entre los dos; la dueña, aterrada por aquel fatal incidente, entró en la cámara y ayudó á Teodora. D. César me creyó perfectamente contenido por las dos mujeres, y ya no tuvo límites su insolencia; levantó la voz, y me insultó de tal modo, que en vano doña Beatriz y Teodora quisieron evitar el que me deshiciese de ellas, y avan-

cé furioso sobre D. César. «Defendéos como hombre, le dije, ciego de cólera, si no quereis morir á mis manos como un perro.» D. César tembló, y sin poner mano á la espada, se arrojó á la puerta; pero yo la habia cubierto: Teodora se habia desmayado; la dueña, asustada, se ocupaba enteramente, en socorrerla, y estábamos enteramente libres, uno en frente de otro, D. César y yo. «Defendéos, dije por última vez, avanzando un paso hácia él; defendéos ¡vive Dios!» Aquel hombre se creyó enteramente perdido; mis ojos y mi semblante le aterraban sin duda, porque tenia fija en ellos una mirada atónita, y empezó á gritar desesperadamente, pidiendo socorro.

No sé cómo fué; pero el temor de que aquellos gritos fuesen oidos, la situacion de Teodora, mis celos, mi indignacion, el profundo odio que aquel hombre me habia inspirado, me cegaron, y di un golpe, un verdadero golpe de asesino, porque aquel hombre ni aun puso mano á su espada, y cayó como caen los cobardes, sin lucha, arroyados por el más fuerte.

Parecia que con aquella sangre que corria se despejaba el vértigo que hasta entonces habia envuelto mi cabeza; un sudor frio y amargo, el sudor del crímen, inundó mi frente; sentí un terror superior á mi amor, y pensé en huir; pero ya no era tiempo: habia cometido un crímen inútil; pálido y sombrío como un espectro, Claudio estaba cruzado de brazos en la puerta, y tras él, alumbrándole con una linterna, su criado.

—¿Qué haceis aquí? me dijo; ¿qué sangre es esa que corre? ¿qué mujer aquella que está desmayada?.... Acabad de una vez, y ya que habeis asesinado mi honra, arrancadme la vida: ¿debia yo esperar esto de vos?—Tampoco debias esperarlo, Claudio, de ese hombre.—Ese hombre era un infame, gritó furioso Claudio.—Sin embargo, le destinabas para esposo de tu hermana.—Claudio se puso rojo de vergüenza; pero, reponiéndose, continuó:—Lisardo, has faltado conmigo á lo que debias, á mi amistad y á mi honor.—¿Y acaso no hay un medio de reparar?....—Despues de esa sangre, me dijo, señalando el cadáver de D. César, no hay medio posible..... ¿y sabes por qué ahora mismo no mido contigo mi espada?.... porque podria ampararte la suerte, y entonces tú y esa infame os uniriais sobre mi tumba. Pero cuando Teodora haya profesado, cuando no puedas obtenerla sino cometiendo un sacrilegio que os ponga bajo el brazo de la ley, al alcance del Santo Oficio, para entonces, Lisardo, aplazo la satisfaccion de mi honra; entre tanto, tú, dijo á su criado, carga con ese muerto y sácale por el postigo del jardin á la calle; vos, honrada dueña, ocupáos en limpiar esa sangre que con vuestras tercerías habeis causado..... y tú, Lisardo, vete.

Sin voluntad, dominado por lo terrible de la situacion y por la severa palabra de Claudio, miré desesperadamente á Teodora, envainé mi espada, y salí.

Al dia siguiente se encontró á D. César muerto en una calleja escusada, y Teodora entró en el convento. En cuanto á Claudio, nadie supo por entonces qué habia sido de él, y su casa fué ocupada por los acreedores; en cuanto á mí, cada vez más exigente mi amor, los proyectos más insensatos, los sueños más desesperados se agitaban y comprimian en mi cabeza. Creí perder el juicio, y pluguiera á Dios que esta desgracia hubiera prevenido las que debian acontecer andando el tiempo.

VI.

De como volví á encontrar á Teodora y torné á perderla.

En vano pretende el hombre sobreponerse á su destino; éste le persigue incansable, y dirige su planta al término á que ha sido destinado.

Durante seis meses despues de aquella noche fatal, mi vida no fué, propiamente dicho, otra cosa que un martirio lento, tenaz, un insomnio desesperado, una locura indefinible: ni me vieron las aulas, ni me lograron los amigos, ni el sol bañó mi frente con su luz de oro. Permanecí encerrado en mi posada pensando ó soñando en Teodora, devorando con rabia los remordimientos de mi crimen, sin otra memoria de lo pasado, ni más esperanza para mi porvenir que aquella misma desesperacion roedora y tenaz que me consumia. Durante este tiempo, ni contesté á las cartas que me enviaban mis padres, ni hice más que llorar, delirar y rugir.

Mi carácter fué lentamente formándose, y llegó á tanto lo agudo de mis sufrimientos, que no pudiendo tolerarlos, me hice egoista, y procuré lanzarlos de mí. Hasta entonces, un resto de respeto me habia contenido en buscar á Teodora; pero al fin pudo más mi deseo que las consideraciones del respeto, y me decidí á procurarme, por todos los medios posibles, la parte de goce material, si no de felicidad, que podia quedarme sobre la tierra.

Entonces se levantó ante mí, bajo un aspecto desconocido, como un fantasma sensual, la hermosura de Teodora. Medité en cuántos placeres me habia robado con ella mi mala ventura, y me apresté á combatirla.—¿Qué importa, me dije, que la encierren en un claustro? Aun no debe haber profesado: ella me ama con la misma intensidad que yo la amo, y no podrá resistir mis súplicas. Sus tias son monjas en Santa Clara: allí debe estar ella; busquémosla. Si me sigue, será mi esposa; si resiste, la robo; si perezco en la demanda, ¿qué importa? mil muertes son preferibles al tormento que padezco.

Armado con esta resolucion, y por primera vez, despues de seis meses, salí á la calle. Asombrábanse los que me encontraban, dudando si era yo el que veian: ¡tal me habian trasformado los sufrimientos! Vagué todo aquel dia en torno del convento; le reconocí, y vi que podia entrarse en él, con poco trabajo, por las tapias del cementerio, que daban á un lugar medroso y apartado, en que solo habia negros paredones y casas destruidas; más allá de las tapias se veia la severa mole del convento, cuyas paredes hubieran querido penetrar mis ojos, ansiosos de la hermosura de Teodora.

Y allí, delante de aquellas tapias, estuve hasta que el sol se ocultó en el horizonte, y hubiera permanecido, á no ser por un incidente que me llenó de felicidad.

Uno de los costados del convento correspondia á una calleja estrecha y so-

litaria; á un lado habia una taberna, y en frente de ella una reja cubierta con celosías. Por aquella reja salió una mano, y un pañuelo blanco se agitó tres veces en direccion al lugar en que me encontraba.

Nadie más que Teodora podia ser la que tales señas me hacia, y fuera de mí, me encaminé á la taberna, entré en ella, y subí á la habitacion, cuyas ventanas daban en frente de las celosías del convento.

Una de aquellas celosías se abrió en el momento de estar yo frente á ella, y á la blanca luz del crepúsculo vi á Teodora, con hábitos de novicia, pálida, conmovida, y abarcándome en una mirada inesplicable. No hubo temor ni prudencia que nos contuviera. Ella no era ya la misma niña de semblante dulce y puro; era una mujer que amaba con pasion y contenia mal el deseo: la actividad de su espíritu habia acrecido su hermosura, que iluminada con la llama de un amor inmenso, deslumbraba. Ella fué la primera que rompió el silencio, prevaliéndose del sentimiento de admiracion que me tenia absorto.

—¡Conque eres tú al fin, Lisardo! me dijo; ¡conque te has acordado ya de esta pobre mujer, que ha perdido por tí la paz de su alma, que solo en tí piensa, que solo por tí vive, y que todo lo esperaba de tí!—¡Que esperabas, Teodora! le contesté; ¡pues qué! ¿ya no esperas?—¿Acaso aun eres mio? ¿acaso no habrás encontrado otra más dichosa que yo, junto á la cual suspire tu amor?—¡Otra! ¡otra, alma mia! ¿y quién podria ocupar el lugar que tú tienes en mi corazon, que es todo tuyo, enteramente tuyo?—¡Ah, Lisardo! ¡no sabes cuántos celos, cuántos horribles celos han desgarrado mi alma desde que estoy aquí encerrada! ¿Por qué no habré pensado siempre como ahora? Tu amor ha sido una luz fatal para mi espíritu: he conocido que la vida sin la felicidad es una agonía contínua, mucho peor que la muerte; porque es ser sin ser, ó no ser más que para sufrir. Mira: durante mis largas y desesperadas noches de invierno, cuando me arrastraban al coro esas horribles fantasmas que se llaman monjas, con sus semblantes cadavéricos, sus miradas torvas y envidiosas, su aliento infecto y sus negros ropones, mi imaginacion volaba fuera de los muros del coro y de la iglesia, y se trasladaba á un alegre sarao donde tú danzabas, hablabas, reias y suspirabas amores con otra mujer que era ménos bella que yo, ménos pura que yo, y que te amaba ménos; y tú adorabas á aquella mujer, que era tu esposa, y la arrebatabas impaciente y celoso del sarao, y te arrojabas entre sus brazos. Entonces, una sorda cólera rugia en mi corazon, y hubiera hecho pedazos á aquellas monjas, haciendo callar su monótono y triste canto, y destruido aquel órgano, en cuyas vibraciones creia yo percibir voces terribles que se mofaban de mi agonia; hubiera roto muros y puertas, para volar junto á tí, y esterminarte en los brazos de aquella mujer odiosa. Pero mi pensamiento no tenia la fuerza de su deseo, y enferma y loca, salia del coro, atravesaba los oscuros claustros, y entraba en las celdas de mis tias, para sufrir el tormento de una larga noche de delirios contenidos y silenciosos. Así he pasado seis meses, que han sido seis eternidades, esperándote, y dudando; así he pasado seis meses entre la vida y la muerte, alentando solo con la esperanza de que algun dia me sacarias de aquí para hacerme tu esposa..... y nunca..... nunca hubiera profesado.

Por algun tiempo, nada supe responder á tanta pasion: la calle era demasiado estrecha, y estábamos cerca, muy cerca; casi podiamos tocarnos con las manos, y me pareció sentir su abrasado aliento sobre mi frente, pálida de pasion.

—¡Mia! ¡mia para siempre! dije con asombro, porque nunca creí que la fortuna allanase tanto el camino á mis deseos por parte de ella; ¿y tu voto, Teodora?» Oscurecióse un tanto su hermosa frente, y me contestó ruborizándose: «Dios me perdonará, porque no puedo cumplirlo; pero ¿es acaso, Lisardo, que te arrepientes ya de haberme amado, y buscas un medio para abandonarme en la soledad?—¡Abandonarte! Como tú has pasado el tiempo separada de mí entre dolores, yo he sufrido un infierno, privado de la dulce luz de tu hermosura; he querido respetar como tú la santidad del lugar en que te encuentras, y como tú, no he podido, y te he buscado; te amo ahora más que nunca, y estoy resuelto á sacarte de esta clausura para enlazarte á mi amor.—¿Y cuándo, Lisardo mio? esclamó con una apasionada impaciencia Teodora.—¿Están francas para tí todas las puertas que conducen al cementerio del convento?—Sí, me contestó estremeciéndose ligeramente.—¿Y puedes ir á él sin ser notada?—Sí, puedo quedarme en la celda con pretesto de enfermedad, y salir á maitines cuando todas las monjas estén en el coro. —Pues bien, esta noche.....—¡Esta noche! ¡tan pronto!—¡Pronto! Nunca es pronto cuando se espera con tanta impaciencia como nosotros esperamos.—Entonces será necesario que te deje ahora para prepararme..... si tengo valor.—Nunca ha sido el amor cobarde, Teodora, y lo tendrás.—Sí, lo tendré porque me esperas tú, y eres mi vida; adios..... ten presente, Lisardo, que te espero con impaciencia, y que mucho debo adorarte cuando á tal punto de locura me has traido.» Yo la repetí una y mil veces mi amor, y ella, encargándome que me procurase un vestido y un manto para poder seguirme, sin ser tan notada por el hábito, ropas que debia darme la dueña doña Beatriz, cuya casa me indicó, cerró la celosía, permaneció aun un momento tras ella, y partió.

No podia acontecer mejor lo que yo deseaba, y sin embargo, sentia dentro de mí una inquietud y un temor que amargaban lo dulce de mi próxima ventura; recordé que seis meses antes me habia sentido impresionado del mismo modo antes de acercarme al momento en que Teodora debia ser mia, y temblé. ¿Moriria alguien aquella noche? No habiendo quien se opusiera, ¿cuál debia ser el muerto? ¿ella ó yo?

Lancé, al fin, de mí aquellos funestos presentimientos, y saliendo de la taberna, tomé apresurado hácia la casa donde vivia doña Beatriz. Pero no habia aun salido de la calleja, cuando sentí tras mí pasos precipitados y una voz que gritaba muy cerca: «*Tente, no le mates.*» Torné el rostro y ví delante de mí un hombre embozado hasta los ojos, calado sobre el embozo el sombrero, y una espada desnuda en la mano. Apercibir esto y tirar de la mia, fué todo obra de un momento. Entonces aquel hombre me dijo con voz descompuesta: «No es sitio seguro este para reñir.» Y volviendo atrás, por sus mismos pasos echó adelante; yo le seguí: llegó á las tapias del convento, entre las casas deshabitadas delante del postigo del cementerio, y se detuvo; yo me

desembocé para reñir; entonces aquel hombre me dijo con voz doblemente lúgubre: «Aquí han de matar un hombre, Lisardo; enmienda tu vida.» Y sin decir más, desapareció.

Por un momento permanecí mudo en aquel mismo sitio, dudando si habia sido un hombre ó un espectro el que me habia hablado; si habia oido un aviso del cielo, ó una amenaza de la tierra. En otra ocasion, tal vez esto me hubiera contenido; pero entonces estaba resuelto á todo. Fuí á mi posada, hice que mi criado preparase dos caballos y un coche, que debian esperarnos fuera de la ciudad, y me trasladé, siguiendo las señas de Teodora, á casa de doña Beatriz.

Asombróse al verme; dudó de sus sentidos, y me palpó, dudando si tenia delante un fantasma. Cuando se convenció de que yo era Lisardo en carne y hueso, no pudo contener su alegría. «¡Oh! gracias á Dios, esclamó, que habeis parecido, para dar la salud á mi ama, si es que aun la amais.—¿Que si la amo, cuando esta noche la saco del convento y desposo con ella?—¿La habeis visto? ¿la habeis hablado? ¿y cómo? ¿dónde? ¿cuándo?» Satisfice la curiosidad de la dueña, refiriéndoselo todo; la hice que se preparara á acompañarme á la media noche, y ya cerca de la hora partí; tomé conmigo todo el dinero que tenia, y antes de que sonasen los maitines, previsto de una llave maestra y de los vestidos de Teodora, aguardé impaciente junto al postigo del cementerio. La dueña y mi criado esperaban en la calle inmediata.

Era la noche oscura, tranquila y silenciosa. Salamanca dormia envuelta en su pabellon de sombra, y no se escuchaba más que el silencioso revolar de los murciélagos y el silbido opaco de las lechuzas, que anidaban en el monasterio; algunas veces una ráfaga de viento unia su ténue y perezoso suspiro á aquellos ruidos nocturnos, que luego cesaban para volver por intérvalos desiguales. Otro hombre, en la situacion de espíritu en que yo me encontraba, y en un lance semejante, hubiera retrocedido. Nunca he sido cobarde, y sin embargo, entonces sentia un terror pánico; de tiempo en tiempo me parecia escuchar entre las arruïnadas casas situadas á mi frente un paso silencioso, y luego destacarse sobre las tapias, en medio de las tinieblas, una sombra más densa que ellas, de la altura de un hombre; pero el ruido cesaba cuando fijaba mi atencion, y la sombra se hundia ó desaparecia en las tinieblas cuando se esforzaban por hacerla distinta mis ojos.

Al cabo la sonora campana del convento tocó á maitines, y los latidos de mi corazon respondieron á cada uno de sus golpes; introduje la llave en la cerradura, empujé, y la puerta cedió en silencio. Entonces encontré un ámbito, en cuyo desigual terreno mi paso tropezaba por donde quiera con una tumba y hollaba las flores plantadas en torno de ella por una mano piadosa; frente á mí, y alumbrada por una lámpara opaca, habia una campanilla y un altar, y en aquel altar un crucifijo de bronce; una vez dominado el pavor, avancé y entré: parecióme que los divinos ojos del Dios crucificado se movian en sus órbitas y me miraban de una manera amenazadora; y sin embargo, tal era el poder de mi pasion, que seguí adelante, torciendo á diestra mano por una puerta abierta en la capilla; allí continuaban las tumbas: era un pequeño

claustro tenebrosamente alumbrado por algunas lámparas, y severo y tétrico por los rebajados arcos de su arquitectura bizantina. Allí, no sabiendo á dónde dirigirme, me detuve y me acerqué á la pared, ocultándome en la sombra tras el sarcófago de una tumba.

No esperé mucho tiempo: aun retumbaba en el humilde campanario el toque de maitines, cuando escuché un paso precipitado, furtivo, que se deslizaba á lo largo del pavimento de piedra del claustro, y el leve crugido de una ancha y flotante falda. Yo la reconocí, y aun me pareció percibir el perfumado ambiente que rodeaba su hermosura; y no me engañé: era ella, Teodora, que no alcanzando á verme, se detuvo y miró en torno suyo.

La luz de una lámpara cercana inundaba su hermosísima frente, sobre la que aun se plegaba la toca de novicia, y su blanco hábito no podia ocultar lo gallardo de su talle, lo gentil de su apostura. Yo la contemplé en silencio, inmóvil por un momento, absorto y extasiado; habia en sus hermosos ojos una impaciencia, cuidado y amor, y su purísima boca tenia la espresion de un recóndito sufrimiento. Blanca figura alzada en medio del recinto de la muerte, entre las tinieblas de la noche, con la mirada resplandeciente y el corazon lleno de vida y amor: era una aparicion celeste, un ángel de consuelo que descendia para mí del santuario, y cuyas miradas, cuyos suspiros, cuya alma, cuyo sér entero eran mios, solamente mios. No pude contenerme más, y antes de mostrarme á ella de repente, por temor de sobrecogerla, la llamé por su nombre.

Teodora volvió hácia mí; me vió, tembló, y cuando yo adelanté y la estreché delirante de amor entre mis brazos, cuando besé una y cien veces aquella fragante boca, cuyo aliento abrasaba, ni me rechazó, ni correspondió á mis caricias. «Sí, sí, Lisardo mio, me dijo: soy tuya, soy tu esposa; pero vámonos de aquí; esta es la casa de Dios.» Aquellas dulces palabras me separaron de ella y seguí contemplándola, asido de sus manos, con una delicia inesplicable. Aquel fué el solo momento de felicidad pura y tranquila de que me acuerdo haber gozado en mi vida.

Teodora tomó las ropas que yo llevaba conmigo, se quitó la toca, el velo blanco y el hábito, y se vistió una hermosa falda de seda, una gola de Flandes y un justillo de brocado, poniéndose sobre todo esto un manto que la envolvia enteramente. Cuando hubo variado de traje, tomó el velo y le puso sobre el sarcófago tras el cual habia estado escondido. «Adios, Angelica, dijo, dulce hermana de desgracia, pobre víctima del amor y de la crueldad de tu familia: ya no podré poner flores sobre tu tumba, pero te dejo mi velo de vírgen: ¡ay! ¡ese velo me hubiera matado como á tí! ¡como á tí me hubiera deshecho el corazon en lágrimas de hiel! Adios, pobre hermana mia, adios.» Y Teodora, tras estas palabras, que habia pronunciado profundamente conmovida, besó el frio mármol del sarcófago, se asió de mi brazo, y me dijo con un acento tan triste que me estremeció:—Vámonos de aquí.

Yo me dirigí con ella á la salida.—¿Quién era esa Angelica? la pregunté.—Era, me contestó, una hermosa jóven que amaba á un hombre como yo te amo, que fué encerrada en el claustro como yo, á quien conocí hace seis meses, al entrar aquí, y á quien me unieron sus dolores, tan semejantes á los mios. Su

amante, desesperado, se hizo matar en duelo por el hermano de Angelica; ésta profesó hace ocho dias, y ayer murió.

Era tan sombría esta conversacion en aquel sitio, que me causó un pavor doble del que habia sentido hasta entonces, y me apresuré á salir de aquel lugar, que tanto, y de una manera tan estraña, me imponia miedo, arrastrando conmigo á Teodora.

Pero, al pasar ésta por delante del Crucifijo de la capilla, me retuvo.—Espera, Lisardo, me dijo: ante nosotros está el Señor crucificado: él sabe que, si no cumplo mi voto, que si pido dispensa de él al Papa, es porque no puedo reducirme á cumplirle; pero júrame, con la mano puesta sobre sus divinos piés, que respetarás mi castidad mientras ese voto no sea dispensado.—¿Y quién lo ha de dispensar? ¿y para qué? esclamó una voz robusta tras de nosotros.

Aquella voz estremeció á Teodora, y me aterró más de lo que hubiera podido aterrarme un rayo que hubiese caido á mis piés, porque era la voz de Claudio.

Llevaba un vestido de capitan de los tercios de Italia; le envolvia una capa roja, y le cubria un ancho sombrero gris con plumas negras.

—¡Eres tú, Claudio! esclamé con furor; ¡tú. á quien el infierno pone siempre ante mí cuando voy á tocar la felicidad!—¡Miserable! esclamó Claudio; cuando, compadecido del sufrimiento de mi hermana y del tuyo, os perdono dentro de mi corazon; cuando vengo de Italia á sacarla del convento, y á arrojarla en tus brazos, te encuentro rondando con escándalo á Teodora, hablando con ella, prometiéndola venir á robarla de la santa casa donde Dios guarda aun su honor, por mi mano, porque yo estoy aquí: indulgente aun, te advierto, por ver si te arrepientes.....—¿Eres tú el hombre de esta tarde? esclamé fuera de mí.—Sí, sí, yo era, que queria probar si quedaban aun en tu corazon creencias y honor; pero me he engañado: no eres más que un infame seductor que va á morir á mis manos.—¡Hermano, hermano! ¿por qué te has de poner siempre entre nosotros como una fatalidad? dijo Teodora, á quien hasta entonces no habia dejado hablar el terror. ¿Por qué no has de creer en la honra pura y sin mancha de tu hermana, en el noble y honrado amor de Lisardo?—¡Vuestra honra! ¡mentís! Si tan honrados sois, ¿por qué no habeis esperado? ¿Podia yo acaso obligarte á pronunciar un sí delante del altar? ¿Podias ser monja si no querias serlo? Suponiendo que yo hubiese tenido las entrañas de tigre, ¿acaso no llegaria el dia en que, por la ley, cumplidos tus veinticinco años, perdiese yo sobre tí mi autoridad, y pudieras ser su esposa? Pero ¡ya se ve! la liviandad es impaciente; á la prostituta la tarda el tiempo, y no sabe vivir sino con las impuras caricias del ladron, del miserable.—¡Claudio, Claudio! grité; ved cómo tomais en boca el nombre de vuestra hermana, porque, aunque lo sea, no permitiré que vuestra torpe lengua la ultraje.—Apartad, apartad, Claudio, esclamó con una altivez indescribible Teodora; ¡vos no podeis hablar de liviandad ni de honra; vos, el que habeis vendido los retratos y las ejecutorias de vuestros padres; vos, el que habeis querido vender á vuestra hermana! Vos no podeis llamar á nadie ladron ni miserable, porque me habeis robado mi herencia y mi dote, y lo

que importaba más, mi felicidad. Apartad, y dejadme el paso franco.

La cólera, la verguenza, el choque de cien pasiones encontradas no permitieron por el momento á Claudio ni hablar, ni moverse; pero cuando pasó la primera impresion, cuando su lengua y sus miembros se soltaron, no hizo otra cosa que lanzar un rugido, desnudar su espada, y acometer colérico y furioso á Teodora. Yo paré con mi capa el primer golpe, y fuera de mí, desnudé mi espada y acometí ciego de furor á Claudio. No sé lo que sucedió despues, sino que Claudio cayó á la primer embestida atravesado de parte á parte, y yo recibí una estocada y caí tambien. Por el momento nada sentí, sino que me zumbaban los oidos y un velo de sangre oscureció mis ojos; luego hice esfuerzos desesperados y vi..... Estaba de pié en medio de la capilla; sentia correr mi sangre sin dolor en la herida, y nadie habia junto á mí, ni Teodora ni Claudio. El Cristo me miraba de una manera tan intensamente sombría, que mis cabellos se erizaron, se detuvo mi sangre y huí; pero en medio del cementerio me acordé de Teodora. ¿Qué habia sido de ella? ¿habia huido, ó habia vuelto á su celda? ¿estaba acaso en peligro? Este pensamiento me dió valor, volví atrás, pasé por delante del Cristo estremeciéndome, y entré en el pequeño claustro bizantino: al pasar por delante de la tumba de sor Angela, miré; el velo de novicia habia desaparecido; esto parecia significar que le habria recogido Teodora, y seguí adelante; á medida que avanzaba, sentia frio, un frio como nunca habia sentido; el rumor de mis pasos resonaba en mis oidos de una manera hueca, como si aquellos órganos se hubiesen convertido en piedra; mi vista adquiria lucidez, una lucidez maravillosa y terrible, y veia prolongarse de una manera infinita aquel claustro, brotar en él de la sombra blancos sepulcros, y agitarse en las penumbras de los arcos oscuras sombras. Mi paso era firme, audaz, rápido; marchaba como impulsado por una mano poderosa é irresistible, y no sentia ni pavor, ni cuidado. Luego empezó á resonar lejos, muy lejos, casi perdida en la distancia, una lúgubre salmodía y el doble de muchas campanas; á medida que redoblaba la rapidez de mi paso, se hacian más distintos aquellos clamores; al fin reconocí los terribles salmos que se cantan en los entierros, y seguí adelante; de repente brotó de la sombra un resplandor sombrío que adelantó, y creció, revelándose al fin en hachones amarillos que llevaban hombres enlutados; luego venia una clerecía con manga y cruz de difuntos, y despues de muchos sacerdotes un ataud cubierto con una bayeta negra. Sobre ella iban un bonete y dos espadas de estudiante, cruzadas, y detrás un acompañamiento numeroso de estudiantes y pueblo.

Yo conocia á todos aquellos estudiantes, á muchos de los eclesiásticos y á algunos de los curiosos que seguian el entierro; y sin embargo de haber pasado todos ellos junto á mí, ninguno parecia reconocerme; crecia el tremendo concierto de las salmodías funerales; retumbaban las campanas doblando sobre mi cabeza; todo aquel ejército de fantasmas giraba en derredor mio, y mi vista se fijaba de una manera profunda é instintiva en el ataud donde llevaban el cadáver.

Yo seguia el entierro revuelto entre la multitud; seguimos aun mucho tiempo adelante, y las campanas parecian seguirnos por el aire; yo las oia

siempre y cada vez más lúgubres doblando sobre mi cabeza; al fin llegamos á un templo, y la puerta se abrió de golpe con el mismo seco, terrible y estridente fragor con que podriamos suponer se abririan las puertas de la eternidad; el entierro penetró en una iglesia oscura, inmensa, altísima; la luz de los hachones se perdia en su medroso espacio, y en la densa sombra de las altas bóvedas oscilaban, y se estendian y temblaban sus débiles reflejos, remedando fantasmas caprichosas. Aquello era un sueño horrible; al són de los instrumentos fúnebres y de las voces de los sacerdotes, se habian unido las fantásticas armonías de un órgano inmenso, y las voces dulces, pero tristes y fatídicas, de muchas religiosas que cantaban desde un coro bajo, tras cuya reja y á la opaca luz de una lámpara se veian agitarse, y pasar y tornar sus velos negros. La iglesia estaba llena de gente, y yo me asombraba de la sombría palidez de aquellos hombres, de sus semblantes horriblemente demacrados y de sus ojos hundidos en sus alvéolos que giraban desde su oscuro fondo, destellando la chispa opaca de un fuego recóndito; yo reconocia todas aquellas voces que cantaban, pero de una manera remota, y una sola parecia revelarme el presente, dulce, sonora y mágica, tras la reja del coro entre las religiosas. En tanto, aquel estraño frio que helaba mis miembros crecia, y volvia á correr mi sangre con más fuerza, como un arroyo que se desata despues de haber sido contenido, y fria como el hielo. Mi curiosidad por conocer cuál podia ser aquel difunto por quien se celebraban á tal hora unos funerales tan ostentosos crecia, y se apoderaba de mí cada vez más exigente, y al mismo tiempo un poder misterioso parecia retener inmóviles mis plantas sobre el pavimento de la iglesia; al fin hice un esfuerzo, y avancé: tenia que atravesar una masa compacta de personas, y sin embargo de que ninguno se apartó, yo adelantaba de la misma manera desembarazada y libre que si hubiese estado solo en la iglesia. A medida que pasaba y veia aquellos semblantes tétricos que se volvian sombriamente hácia mí, les reconocia; pero aquel era un reconocimiento terrible: ninguno de aquellos hombres representaba á un vivo; todos habian pasado; todos eran amigos ó conocidos á quienes habia visto muertos, ya en Córdoba, ya en Salamanca; muchos habian caido á hierro en los grandes duelos de nobles contra nobles, en que durante el segundo tercio del reinado de los Reyes Católicos se habian encarnizado el marqués de Cádiz, el duque de Medinasidonia y otros señores, ó en duelos particulares, por un naipe, un dado ó una ramera. Todos parecian reconocerme como yo les reconocia á ellos, y á pesar de esto, ni una sola palabra, ni un saludo, ni una señal de inteligencia se cruzaba entre nosotros. Y así, pasando entre cadáveres, llegué á aquel otro cadáver tendido é inmóvil entre blandones dentro de un ataud, sobre un paño fúnebre: estaba descubierto, y pude examinarlo de una manera completa; entonces sentí despegarse la carne de mis huesos; parecióme que mi espíritu se arrancaba de mi materia, y una sombra oscura y sangrienta rodó en torno de mi cabeza, rugiendo como cien pujantes torbellinos; aquel cadáver tendido, inerte, por quien retumbaban unidas en las preces funerales las voces roncas de los sacerdotes y las dulces y sentidas de las religiosas, aquel cadáver era yo; era una doble forma de mi sér, de mis vestidos, de mi herida; las espadas, cru-

zadas sobre la tapa del ataud, estaban ensangrentadas, la una en la punta, la otra en la empuñadura; la primera era la de Claudio, la segunda la mia.

Aquello era demasiado estraordinario para que yo no dudase de mis propios sentidos; por otra parte, tendia la mano hácia una persona ó un objeto cercano, y no encontraba nada, nada más que aire, en tanto que mi vista distinguia perfectamente formas, trajes, colores, vida, movimiento y voz; dudé, y en medio de aquella horrible duda, me volví y pregunté á una mujer que estaba cubierta con un velo. «Decidme, señora, ¿á quién entierran?—¡A Lisardo el Estudiante, me contestó una voz que me hizo estremecer.—A Lisardo! Pues entonces, ¿quién soy yo?—Tú eres Lisardo el Estudiante.—¡Yo él y él yo! ¡imposible! Esto es un delirio horrible; no puede ser.» Entonces aquella mujer se quitó el velo, y vi su semblante pálido, horriblemente pálido, salpicado de manchas lívidas. «Yo soy tu primera amante, Lisardo, me dijo; yo vendí mi honra y la honra de la condesa, y el conde me dió tósigo. Dios me manda prevenirte que te arrepientas, porque tu salvacion peligra. ¡Lisardo, oye la voz de Dios!» Apenas aquella mujer pronunció estas palabras, se cubrió con el velo y se hundió entre la multitud; en su lugar quedó un hombre embozado. A impulsos de un deseo incontrastable, me dirigí, dudando aun, á aquel hombre. «Decidme, caballero, esclamé, ¿cúyo es ese cadáver?—Es Lisardo el Estudiante, contestó otra voz que me hizo estremecer doblemente que la primera.» Tendí la mano colérico para arrancarle el embozo, pero éste cayó por sí mismo, como un vapor que se dilata y desaparece, y quedó ante mí D. César de Montalto, lívido y amenazador. «Tú me asesinaste, Lisardo, esclamó; me asesinaste inconfeso y cargado de crímenes; me he condenado: mira cómo vives, porque yo vagaré siempre en torno tuyo, ansioso de venganza.» Y tras estas palabras desapareció.

Quedó en su lugar otro hombre, cuyo rostro tranquilo y noble demostraba un dolor profundo, y á quien tambien brotaba sangre de otra profunda herida; mi corazon se desgarró al reconocerle, y apagada ya la ira, abrí los brazos para precipitarme en los suyos; pero solo encontré aire. «Yo soy Claudio, me dijo; Dios ha tenido compasion de mí, y me ha salvado: Dios me envia á advertirte, Lisardo.....—¡Perdon, hermano mio, perdon!.... esclamé. —Perdon, ¿y de qué? Lo que habia de suceder estaba escrito. Dentro de poco, tierra sagrada encerrará la corrupcion de mi carne, y la luz de Dios inunda mi alma.—Pero ¿y yo? ¿y yo? ¿qué es de mí? ¿estoy muerto ó vivo?—Los dias de tu vida aun no se han contando, Lisardo; pero tu alma está muerta, si sigues en tu camino de perdicion.—¿Acaso es un crímen amar?—*Dios visita la iniquidad de aquellos que le aborrecen*, Lisardo; *Dios la visita hasta su tercera y cuarta generacion.*—¡Generacion! ¿y cuál será mi generacion? ¿acaso tendré yo hijos?....—Tú amas sobre todas las cosas, antes de quien es antes que todo, á mi hermana Teodora..... tú la has disputado á Dios, tú la has apartado de Dios..... tú por ella aborreces á Dios.—Pero ¿mis hijos?.... ¿de quién serán mis hijos?—Desdichado de tí, si un dia Teodora te hace padre, porque entonces serás maldito.—¡Padre! ¡padre! ¿conque es decir que Teodora será mia?.... ¿y qué me importan entonces el cielo ó el infierno? ¡campanas que que doblais, clérigos que cantais, monjas que plañís, sombra que finges mi

cadáver, cadáveres que me rodeais!.... yo me rio de vosotros si Teodora es mia..... Mi alma arde en su alma, y su infierno es mi infierno.» Y tras estas palabras, mi garganta soltó una carcajada larga, estridente, que se perdió, retumbando como cien truenos en los ángulos de las altas bóvedas; las campanas exhalaron un clamor agudo; el órgano perdió su armonía en una vibracion prolongada, infinita, como un suspiro emanado de la eternidad; por un momento retemblaron en los ámbitos del templo las voces de los sacerdotes y de las religiosas, y el nombre de Lisardo se perdió en la inmensidad; al apagarse de repente las luces que iluminaban el cadáver, todo desapareció: un silencio profundísimo y unas tinieblas más profundas me envolvieron; faltó tierra bajo mis piés, y me sentí caer, atravesando un cáos, en medio del cual mi pensamiento moria, y solo me quedaba una vida oscura, sin recuerdos, sin presente, sin deseos, y un instinto de lucha impotente contra aquel no sér misterioso en que se perdia una partícula de mi sér. Luego pasé á un estado indefinible, en que sentia que nada sentia; misterio incomprensible del sueño, en el que parece que va á resolverse para nosotros el gran misterio da la eternidad y de la verdad; situacion que apenas se percibe cuando cesa de percibirse, y de la cual se despierta con el corazon aterrado, erizados los cabellos y cubierta la frente de sudor.

Yo desperté; cuanto habia visto desde que fuí herido no fué otra cosa que un terrible delirio, ó más bien un aviso de Dios, real y verdadero, que se ocultaba á la razon bajo la apariencia del delirio. Estaba en un lecho, rodeado de personas que me miraban con ansiedad, y en cuyos semblantes estaba retratado el más profundo dolor. Eran tres: doña Beatriz, un anciano doctor, amigo mio, y mi criado. Al reconocerlos quise hablar, y no pude; me palpé y me encontré con el pecho cubierto por un ancho vendaje, bajo el cual me producia agudos dolores una herida; ardia mi cabeza, y un dolor punzante la torturaba, como si la hubiera tenido partida por un hachazo; aunque no podia hablar ni moverme, oia perfectamente lo que hablaban aquellas tres personas en voz contenida. «¿Se salvará, doctor? decia la dueña.—La herida es grave, decia el médico, pero ese horrible delirio ha pasado; la fiebre cede, la respiracion es fácil, y con la ayuda de Dios, espero que antes de quince dias podrá dejar el lecho.—Id, id, dijo la dueña á mi lacayo; decid á mi señora que vuestro amo se salvará. ¡Oh, Dios mio! si á más de la pérdida de su hermano y de la muerte de sus amores, aconteciese otra horrible desgracia, la pobre señora moriria. Id, id, y que no llore más que por uno.» El lacayo partió, y poco despues el doctor. Doña Beatriz se quedó velándome, sentada junto á mi lecho, y fijos en mí los ojos. Poco despues, un reloj cercano dió cuatro campanadas. Habian pasado cuatro horas desde el momento en que entré en el monasterio, y aquellas cuatro horas, despues de mi fatal duelo con Claudio, las habia pasado entre los terrores de mi vision de muerte.

Pero aquellos terrores fantásticos fueron nada en comparacion de los que me hizo sufrir la certeza de que Teodora sufria: mi obstinacion por pronunciar palabras que se ahogaban en mis fauces, y los esfuerzos desesperados, producto de esta obstinacion, me causaban dolores agudísimos, y mi cabeza

vacilaba y ardia: si hubiera durado mucho aquella situacion, no sé lo que hubiera sido de mí.

Al fin, al amanecer, pude hacer escuchar á doña Beatriz el nombre de Teodora.—¡Teodora! esclamó la dueña llorando; no penseis en ella, Lisardo; olvidadla, al ménos por ahora, si quereis vivir.—¡Olvidarla!.... no puedo..... quiero verla.—¡Verla!..... ya no la vereis más..... sino en la otra vida.—¡Que no la veré!.... ¿acaso no me ama ya?—Entre ella y vos habeis abierto un abismo, que está lleno con la sangre de su hermano.

Tenian estas horribles palabras tanta verdad, que me desvanecí de nuevo, y volví á mis delirios; delirios pavorosos, insufribles, en que se perdia mi alma, llena de desesperacion y de remordimientos; delirios en que sufrí todo un infierno de penas, y que llenaron mi alma de terror, y de un terror tal, que se sobrepuso en mí al amor de Teodora.

Un sentimiento estraño en mí, el del arrepentimiento, pero de un arrepentimiento exagerado, como lo eran todas mis pasiones, labró lentamente una resolucion fatal, cuyo cumplimiento debia poner el colmo á todas mis desgracias: pensé en retirarme del mundo y en hacerme religioso. Una vez decidido, aunque no podia lanzar de mí el amor de Teodora, le encerré como un misterio en el fondo de mi alma. y ya restablecido, sin preguntarla por ella, comuniqué mi resolucion á doña Beatriz: me despedí de mis amigos, di mis ropas, mis joyas y mi dinero á mi criado, y sin reservarme más que un humilde traje, mi espada y mi daga, últimas cosas de que debe separarse un noble, y la cantidad meramente necesaria para hacer mi viaje á Madrid, monté en una mula, y acompañado de unos trajineros, me trasladé á aquella villa.

Aquel mismo dia me presenté al prior de la Orden de predicadores, y me confesé con él, espresándole mi arrepentimiento y mi deseo de abrazar la vida religiosa. El superior era un hombre anciano, provisto de una gran esperiencia, y profundo conocedor del corazon humano: á través de mis palabras de arrepentimiento, vió lo que realmente se ocultaba en el fondo de mi alma; comprendió que pronto ó tarde, aquél, que más que arrepentimiento era el resultado de una amarga desesperacion, desapareceria ante el grito imperioso de las pasiones, y quiso impedir una desgracia mayor oponiéndose á que pusiese entre mi voluntad y mi amor un voto terrible, al que no podia faltar sin cometer un crímen más repugnante, más imperdonable aun que los que aquel amor me habia ya hecho cometer. Su voz de anciano procuró despertar en mi corazon de jóven cuantos deseos, cuantas tentaciones guarda el mundo para un amante afortunado; me citó repetidos ejemplos de mujeres que habian enlazado su suerte á la de un hombre teñido con la sangre de sus parientes; se esforzó en demostrarme cuánta fuerza tiene una pasion, y á cuánto podia arrastrarme cuando ya no me fuese posible satisfacerla sino ofendiendo á Dios, al mundo y á la misma mujer causa de un amor tan profundo como el mio; apuró su elocuencia para probarme que la muerte de Claudio habia sido un acontecimiento fatal, en que ni mi voluntad ni mi corazon habian tenido parte, y me demostró que en un estremo, siempre lamentable, podria Dios perdonar tal vez al fratricida, pero nunca al sacrílego; hizo cuanto pudo para apartarme de la nueva senda de perdicion en que iba

á aventurarme; pero vivian aun de tal manera en mi memoria los terrores de aquella horrible vision, me creia yo tan llamado al retiro y á la penitencia, que por más que el previsor sacerdote conociese cuánto aventuraba en ello, se creyó obligado á ceder, y fuí admitido al noviciado.

Al fin se cumplian los deseos de mis padres; pero no era el cielo, sino el infierno, el que me arrojaba á los piés de un altar. Un año despues todo estaba consumado: el estudiante era sacerdote, y Lisardo se llamaba Fray Tomás de la Santísima Trinidad.

Mientras vivió el anciano superior, hubo siempre una voz severa que me repitiese contínuamente mis sagrados deberes: habia descubierto en mí una ambicion inmoderada, pasion con que habia procurado dominar en mi alma el amor, y aquella ambicion fué siempre domada, humillada, combatida por él: en vano en las conclusiones teológicas, en los ejercicios científicos con que cultivaban su espíritu aquellos predicadores tan doctos y tan sabios, hacia yo gala de una erudicion profunda y de un brillante ingenio; en vano sacaba la mejor parte en las controversias teológicas: se me admiraba, se me envidiaba, se decia que era el doctor en quien la gran juventud se unia á la gran ciencia; yo no pasaba de ser un sacerdote, respetado sí, pero al que no se conferia ningun oficio superior en la Orden á la categoría de simple religioso. Aquella oposicion, que yo no encontraba justificada, me irritó: descendí á conspiraciones internas y tenebrosas en union con otros jóvenes, que si no tenian mi ciencia, poseian la ambicion y el orgullo en un grado portentoso; descendí á miserias repugnantes, á luchas innobles, y ennegrecí mi alma con odios villanos: me hice fraile en toda la estension de la palabra; pero fraile que ocultaba su soberbia, su odio y sus pasiones bastardas tras una apariencia de rigidez monástica; que hacia decir á los que no sabian penetrar en mi alma á través de aquella armadura: «Fray Tomás será un santo.» Y aun lo dicen ahora, ahora que tengo desgarrado el corazon y volcanizada la cabeza por todo un infierno de remordimientos.

Murió al fin el anciano superior, y le sucedió un religioso jóven, uno de mis compañeros de rebelion, y subí; sucesivamente fuí ascendiendo á las dignidades más codiciadas en un convento de la Orden, y al fin fuí nombrado inquisidor y censor de imprenta por el Santo Oficio.

Desde el momento en que el claustro no fué para mí un lugar de penitencia, sino una escala por la que podia llegar á las más altas dignidades eclesiásticas, mi amor, que habia dormido en el fondo de mi pensamiento, tornó con más exigencia, cuanta era más imposible; mis sueños, que antes de la muerte de Claudio solo eran para Teodora, se partieron entre ésta y mi sed de oro, mando y honores. Pero no era ya el dulce y puro amor del estudiante, que tenia por objeto á una esposa, sino el deseo de un hombre que devora en su pensamiento á una manceba impura: cuando pensaba en que Teodora podia rechazar con horror aquellos amores, mi vista se volvia instintivamente á la Inquisicion, al tormento, al terror. Era necesario que por cima de todos los respetos, de todos los imposibles, Teodora fuese mia, enteramente mia. Luché durante mucho tiempo con aquella pasion que me aterraba, porque á pesar de todo, aunque haya provocado la justicia divina, nunca he perdido el temor

de Dios; pero como si Satanás hubiera temido que un triunfo de mi razon sobre mi voluntad le arrancase una presa que ya creia segura, me rodeó de visiones tentadoras: nunca mi encendido pensamiento recordó tan hermosa á Teodora; nunca sus desnudas formas se representaron á la impura adivinacion de mi deseo de una manera más incitante; jamás se sostuvo en un corazon humano una lucha tan horrible entre la pasion y el deber, ni nunca se asentó el crímen triunfante sobre tan sangrientos despojos. Cedí al fin sin fuerzas, aterrado, pero resuelto, y desde que me resolví, obré.

Estaba escrito que las dificultades irritasen mi voluntad, que siempre imperiosa, se habia hecho despótica en el claustro sobre el servilismo y la abyeccion de los inferiores y con la práctica de mis terribles poderes de inquisidor. Fray Tomás de Torquemada no fué más intolerante, ni más cruel, ni más sanguinario que yo; pero aquel prelado de mi Orden era funesto por fanatismo, y yo lo era por perversidad, por odio á los hombres, sobre cuya cabeza queria vengar mis desgracias, causadas de una manera fatal por otros hombres.

Así es que, cuando busqué á Teodora, y no la hallé, aquella perversidad se desbordó; los mismos crímenes que habian sido motivados por mi amor, y que yo no podia ni debia culpar, fueron aprovechados por mí: formulé una oscura denuncia; revelé, cubriéndome con el incógnito, *el horrible crímen* de una novicia que abre á un amante las puertas de un convento, y aquella denuncia, que yo mismo habia escrito, vino á mis manos. Pusiéronse en campaña alguaciles y familiares, y se buscó por todas partes á Teodora: era acaso la primera víctima que escapaba á las tenebrosas pesquisas del Santo Oficio; su rastro se habia perdido; muerta la dueña doña Beatriz, muertas sus tias, ninguna noticia se tenia de ella en Salamanca; la vida retirada que habia hecho desde su más tierna juventud en la casa de su hermano, la hacia desconocida de las gentes, y en el convento de Santa Clara solo se sabia que por el tiempo á que se referia la noticia pedida por la Inquisicion, se habia encontrado una mañana un lago de sangre delante del Cristo de la capilla del cementerio, y sobre una tumba el velo y el hábito de una novicia que habia desaparecido: en aquella época el convento habia noticiado esto al obispo, que en vano habia procurado averiguar otra cosa sino que aquella misma mañana citada se habia encontrado un hombre con traje de guerra, muerto á hierro, junto á las tapias del convento, y del cual solo se sabia que se llamaba Claudio, que era hermano de la novicia fugitiva, y que habia sido estudiante.

Solo el que ha alentado y acariciado un pensamiento, puede comprender la impotente rabia que se apoderó de mí ante la nulidad de mis esperanzas: mi deseo creció á medida que se iba haciendo imposible; creció mi austeridad, mi rigor, mi ascetismo, y desde entonces crecieron mis honores y mi prestigio monástico: nunca la Iglesia ha presentado una carrera más brillante que la mia; apenas contaba veintiun años, y ya se habia prescindido para mí en muchas ocasiones de la edad indispensable para que me fuesen conferidos cargos que hasta entonces solo se habian confiado á ancianos; sobre mí pesaban las cargas más honrosas y más vitales de la Orden: se recono-

cian mi ciencia, mi celo y mi prudencia, y ya se me creia santo; el confesonario me veia abrumado siempre de penitentes, y mi paciencia era tenida por rigidez, por la sensibilidad de una virtud austera, que se espanta de la más leve falta; á mí venian los más desesperados de su salvacion, y la contínua confidencia de esos horribles crímenes, á los cuales no alcanza la ley, porque matan y destruyen sin sangre, sin escándalo, por medio de las pasiones; el hediondo hábito de las flaquezas y de las miserias más repugnantes, exhalado hasta mis oidos á través de la oscura reja del confesonario; la historia entera de los afectos, las faltas y las virtudes incompletas del corazon humano; lo hediondo y lo insensato del amor del mundo, lo necio del fanatismo, lo feroz del orgullo, lo insaciable de la avaricia; un infierno completo de impurezas, de dolores, de deseos, de luchas, todo, en fin, cuanto de más miserable y odioso existe, se infiltraba todos los dias y gota á gota sobre mi corazon, desecándole, torturándole, haciéndole insensible á fuerza de sufrir sensaciones fuertes. Mi vida, pues, combatida en su conciencia por sus propias miserias, asediada fuera por las miserias ajenas, era un tormento inesplicable: vivia en una atmósfera letal, en que no se respiraba más que fuego.

Una tarde, á la hora de sesta, me encaminaba yo en paso lento, atravesando la iglesia, al confesonario. El sol, bajo ya, penetraba en rayos verticales por los vidrios de colores del roseton gótico, abierto en la parte superior de la ábside. Aquel rayo, en el que parecian flotar átomos de oro, iluminaba con un color sombrio, trasparente y fantástico el espacio del templo, y se prolongaba, refractando de una manera brillante sobre el mármol del pavimento, que habian pulimentado las rodillas de los fieles, y hacia partir mates reflejos de los dorados de los retablos, de los basamentos y de los cuadros; nadie habia, ni un sér viviente, á escepcion de una mujer cubierta con un manto, que oraba arrodillada delante del tabernáculo, y yo, que avanzaba lentamente, inclinada la cabeza, con los brazos cruzados y perdidos en las mangas de mi túnica, y haciendo resonar mis pasos de un modo sonoro en los ecos de la bóveda.

Nunca el confesonario en que yo acostumbraba á sentarme habia estado tan olvidado; escondido en el oscuro ángulo de una de las gigantescas capillas del templo, parecia replegarse en él como para proteger el misterio de esas revelaciones de la conciencia cristiana ante el sacerdote de Jesus, que se llaman confesion; apenas llegaba hasta él el reflejo de aquel dorado rayo del sol, que brillaba en la nave de la iglesia; todo tenia aquella tarde un carácter sombrío, y sin saber por qué, parecíame sombría tambien aquella tapada que oraba ante el altar.

Y siempre allí como en el lecho, como en el estudio, como en la Inquisicion, como en todas partes, el encendido recuerdo de Teodora; siempre aquel fantasma sarcástico, huyendo delante de mí, y sonriéndome, como si quisiera decirme: desea y sufre; desea y desespera.

Dominado por aquel eterno pensamiento, que habia llegado á ser un principio inseparable de mi espíritu, un imposible desesperador, me senté en el confesonario, me envolví en mi manto, y calé la capucha sobre mi rostro.

No sé cuánto tiempo permanecí abismado, anegando todo mi sér, toda mi

existencia en mi pensamiento; pero de repente me tornó á la vida esterior una voz dulce y dolorida que me pedia confesion.

Aquella voz hizo vibrar mi corazon y crisparse mis nervios; aquella voz fué para mí á un tiempo una armonía dulcísima y un eco aterrador; dudé aun, y me lancé fuera del confesonario: la mujer se levantó asombrada; el manto cayó sobre sus hombros, y la melancólica luz del crepúsculo iluminó su frente; no me habia engañado: era Teodora.

Por un momento nos miramos atónitos: yo dominado por la sorpresa y por la conmocion; ella por la curiosidad y la estrañeza; pero cuando eché atrás mi capucha, cuando sus ojos vieron mi semblante, palideció, estremeciéndose; me miró con espanto, y huyó. Sin meditar lo grave de mi traje ni la dignidad de mi ministerio, arrastrado por aquel exigente deseo, que habia llegado á ser para mí un elemento de vida, me lancé tras aquella forma adorada, que se desvanecia á lo largo de la nave, perdiéndose tras los oscuros arcos: apresuré mi paso, y descompuesto, asombrado aun, llegué á la puerta de la iglesia, y salí. En aquel momento Teodora subia en un coche que la esperaba delante de la verja del atrio, y apenas se cerró la portezuela, partió. Un paje á caballo seguia al coche, y en él se reconcentraron mis esperanzas. Id, id; prended á aquel paje, dije fuera de mí á algunos que pasaban por la calle: prendedle por la Santa Inquisicion; es un hereje: excomunion mayor al que no obedezca la voz de Dios, que le habla por mi boca.

Aunque el coche marchaba con alguna rapidez, los que habian escuchado mi voz, aterrados por la amenaza de excomunion, se lanzaron tras el paje, que seguia descuidado, á alguna distancia, el coche; le rodearon, asieron el freno de su caballo, le arrojaron de él y le trajeron hasta mí á empellones. Era un jóven como de trece á catorce años, pero alto ya, robusto y desarrollado; un espanto intenso y una palidez lívida demostraban cuánta impresion habia hecho en él el nombre del Santo Oficio; y cuando yo mandé que fuese conducido de mi órden á uno de los calabozos secretos, fué preciso que luchasen con él y le tapasen la boca para impedir su fuga y acallar sus gritos desesperados. Sobrevinieron al fin algunos alguaciles, y fué conducido á la cárcel del Tribunal.

Yo me trasladé á ella en el momento que terminé de escribir una carta para Teodora, que llevé conmigo. El paje estaba ya en un calabozo, y cuando entré, le encontré llorando desconsoladamente. Me quedé solo con él, y le interrogué: «¿Cómo os llamais? le dije.—Guillen Lopez, me contestó.—¿Qué edad teneis?—Trece años. —¿De qué vivís?—Soy paje de doña Elena de Santa Cruz.—¿Y cómo es que acompañábais á una dama que no era vuestra señora?—¡Oh, sí señor! la dama que iba en el coche era doña Elena. —¡Doña Elena! recordad si no iba con ella otra dama, otra dama que entró á orar en la iglesia de Santo Domingo.—Es que esa, señor, es doña Elena.» Ó mis ojos habian creido reconocer en aquella dama del confesonario la voz y el semblante de Teodora, ó ésta habia cambiado de nombre. Sin embargo, á pesar de la ansiedad en que aquella duda me ponia, la dominé y seguí interrogando al paje: «¿Dónde vive vuestra señora..... doña Elena? —En la quinta de su señoría el comendador D. Gonzalo de Ulloa, mi señor.

—Y ese caballero, ¿es su pariente ó su amigo?....—Es su esposo, padre.» ¡Su esposo! Esta palabra retumbó en mi cerebro, como si la mano de un gigante hubiera dejado caer sobre mi cabeza una clava de hierro. «¡Casada, casada! esclamé; ¿y desde cuándo?—Solo hace dos meses, señor.—¿Y su esposo?....—Está en el ejército de Italia.—¡Cómo ausente á los dos meses de casado con una mujer tan hermosa! dije, sin recatarme de este pensamiento, que habia creido pronunciar para mí.—Mi señor, dijo el jóven, partió con sus escuderos, lloroso y triste, dos horas despues de haberse casado.» Pronunció el paje con una intencion tal estas palabras, que me hizo observar con interés su semblante. Era un hermosísimo jóven, rubio, blanco, sonrosado, con magníficos ojos negros y formas purísimas, espirituales y cándidas como las de una vírgen hermosa: vestia una bella librea de seda, bordada de oro, y era esbelto, de aventajada estatura y gentil talante. A pesar del candor de sus pocos años, ardia en sus ojos una llama tal de inteligencia y de pasion, que revelaban una de esas almas precoces, almas de hombre encerradas aun en un cuerpo de niño. No hay nada más receloso que un desgraciado en amores, y sentí despedazarse mi alma por dobles celos: celos del esposo, celos del paje, celos rabiosos y roedores como un tósigo. «¿Y no sabeis la causa, continué, de que vuestro señor abandonase tan pronto á su esposa? —¡Oh! nó señor; solo sé, como ya os he dicho, que se separó de ella abatido y con las lágrimas en los ojos.—¿Sabeis si alguna órden repentina obligó á vuestro señor á partir para Italia?—Nó, nó señor; partió voluntariamente.—¿Y vuestra señora?....—Mi señora.....» El paje se detuvo. «Sabed, le dije, para obligarle á hablar, que estais acusado de heregía ante el Santo Tribunal de la Fé, y que se os pregunta, no sin causa.—¡Acusado yo de heregía! contestó el paje, mirándome fijamente. Eso es imposible; yo no tengo enemigos, y soy muy buen cristiano.» Estas respuestas tan precisas en un jóven de edad tan temprana, me probaron que las habia con una de esas organizaciones privilegiadas que se adelantan al tiempo, y que tal vez, sin haber descubierto nada, porque podia suceder que preocupado yo con el recuerdo de Teodora, hubiera creido oir su voz y ver su semblante en otra mujer, me hubiera descubierto de una manera imprudente al paje. «Y bien, le dije, si no estais acusado, podeis estarlo, y en mí consiste que salgais al momento de aquí ó que quedeis sepultado en este calabozo por toda una eternidad.»

El paje se estremeció y fijó en mí con ansiedad sus hermosos ojos. «¿Consentireis en servirme? le dije.—¿Y en qué os he de servir, señor?—Dentro de un momento saldreis de aquí, y llevareis esta carta á vuestra señora.» El paje palideció y tomó temblando la carta. «Se la entregareis en secreto, y que conteste ó nó, ireis á verme mañana al convento de Santo Domingo, donde preguntareis por Fray Tomás de la Santísima Trinidad.—Iré, padre.—Vuestro caballo está fuera: venid; guardáos bien de decir que habeis estado en la Inquisicion, y sobre todo, servidme bien, porque de otro modo, aunque os oculteis en un abismo, en él os encontraria el Santo Oficio para volveros á traer aquí.»

El paje salió, montó á caballo, partió, y yo me trasladé al convento. Al dia siguiente se presentó el paje y me entregó una carta cerrada con una oblea

negra. «A vos el que os firmais Lisardo y escribió á Teodora, se toma la libertad de contestaros una dama que *no os conoce.* Teodora murió como ha muerto Lisardo, y doña Elena de Santa Cruz es esposa de D. Gonzalo de Ulloa.» Yo nunca habia visto la escritura de Teodora; pero aquella letra que revelaba haber sido escrita por una mano convulsiva, las huellas de algunas lágrimas estampadas sobre el papel, me decian aun que Teodora me amaba como siempre, acaso con más pasion que nunca, y que en el doble sentido de su carta me prescribia prudencia. Aquella carta, más que esperanza, era una seguridad, y yo adiviné que no debia buscar, sino esperar, y que no esperaria mucho tiempo.

Por lo tanto, escribí una carta, que como por descuido dejé abierta, para que pudiera ser leida por el paje. «Perdonadme, señora, la decia, el que un »error haya dado causa á lo que ha acontecido; creí encontrar en vos otra »persona..... Perdonad; pero si alguna vez necesitais de los consuelos ó el »apoyo de la religion, siempre tendreis en mí un ministro del Señor, dis»puesto á serviros de guia.—De este convento de Santo Domingo á 26 de »Enero de 1502.—*El doctor D. Fray Tomás de la Santísima Trinidad.*»

Yo esperaba el resultado de esta carta, y no esperé en vano; quince dias despues llegó á mi celda un anciano sacerdote, y me notició que estando enferma doña Elena de Santa Cruz, esposa del comendador D. Gonzalo de Ulloa, en cuya casa desempeñaba el cargo de capellan, doña Elena, conocedora de mi santidad, me suplicaba la favoreciese, yendo á su quinta á escucharla en penitencia, para lo cual, si era servido, me esperaba en la puerta del convento un coche.

Yo alabé la piedad de aquella buena señora; tomé mi manto, me hice acompañar de mi familiar, entré con él y con el capellan en el coche, y me trasladé á la quinta de los Ulloas.

Jamás he necesitado llamar más en mi ayuda á la fuerza de mi espíritu que cuando, al abrirse la puerta de una cámara de la quinta, fué anunciado mi nombre por un maestresala. Iba á volver á ver á aquella mujer fatal, cuyo amor me habia arrastrado al asesinato, á la impiedad, al fratricidio, porque tal podia llamarse la muerte de Claudio, y que al fin, perdida como yo en aquellos amores satánicos, me empujaba al sacrilegio. Y sin embargo, pude dominarme al escuchar aquel divino acento que mandaba introducirme con una impaciencia convulsiva; y mientras hubo gentes en nuestra compañía, mi semblante permaneció frio, impasible y severo, en tanto que un oido atento hubiera podido escuchar las fuertes palpitaciones de mi corazon.

Pero cuando quedamos solos, con pretesto de la confesion, aquella forzada indiferencia desapareció: la situacion en que nos encontrábamos era demasiado estraña, demasiado forzada para que no se revelase en la espresion de nuestros semblantes y de nuestras miradas. «¡Te has casado, Teodora! esclamé.—¡Te has hecho fraile, Lisardo! contestó ella.—Hubo un momento en que creí haber recibido un aviso del cielo.—Y yo me he encontrado abandonada y sola en la tierra.—¡Y has buscado amparo y consuelo en un esposo! repliqué con sarcasmo.—Como tú has buscado paz y reposo en el claustro, me contestó con amargura.—¡Paz! ¡reposo! sí; es verdad: mi existencia ha

encontrado en este hábito todo lo que la faltaba: una apariencia con que encubrir la rabia, la desesperacion, el infierno de mi alma.—¡Estaba escrito que fuésemos desgraciados, Lisardo!—¡Y para eso, Teodora, para decirme eso me has llamado!—Te he llamado..... no sé por qué..... hay en mí una voz recóndita que contínuamente pronuncia tu nombre, un pensamiento tenaz que hace latir mi corazon á tu recuerdo.....—¿Me amas todavía?....—¡Qué! ¿acaso tú no me amas ya? repuso Teodora levantándose sobre el lecho.—Perteneces á otro hombre.....—¡Yo!.... ¡pertenecer á otro hombre! ¿Y cómo has podido pensar eso?—Lo dice harto claro el nombre de Ulloa que llevas unido al tuyo. —Enhorabuena mi nombre le pertenezca; pero ¡yo! ¡mi amor! ¡mi alma!.... ¡éstos no son más que tuyos!» Estremecióme el amor resuelto, insensato de Teodora; allí no habia lucha, sino escitacion; ella misma se arrojaba en mis brazos, y yo tenia miedo, un miedo misterioso, el presentimiento de una horrible desgracia, y vacilé. «Tú no me amas, dijo con una indolencia satánica Teodora, contestando á algunos tímidos reparos mios; si me amases, no me pondrias delante el temor de Dios ni de los hombres; si tu amor fuera como el mio, se sobrepondria á todo, á todo..... hasta á la eternidad.—Pero mi amor, Teodora, no puede sobreponerse á los celos.—¿Es decir que no me crees?.... ¿que piensas que te engaño?....—Mira: lee esta carta, esclamó despues de haber saltado del lecho y haber buscado una que me mostró en un cofrecillo. ¿Qué dice aquí? Quejas y súplicas de un hombre enamorado, de un hombre que nada ha obtenido de mí, y que sin embargo es mi esposo.» En efecto, D. Gonzalo de Ulloa escribia á su esposa desde Italia, y su carta hubiera podido servir de modelo á un amador desdeñado y sin esperanza. «Pero, y bien; si no perteneces á ese hombre, ¿por qué te has casado con él?—Por cubrir mi honor, Lisardo. ¿Qué crees que hubiera pensado el mundo de mí, viéndome sola, sin parientes, abandonada? Aunque me hubiesen visto morir de hambre y de desnudez, me hubieran creido corrompida..... á más de eso, yo no tenia medios para vivir, y queria vivir para tí; si hubiera muerto sin apagar la sed de mis amores, hubiera muerto desesperada.—No comprendo que exista un hombre tal que, unido á una mujer como tú, con los derechos que dan las leyes y la religion á un esposo, haya respetado una voluntad que hacia ilusorios aquellos derechos.—¡Ay! si no fueran tan insensatas las esperanzas de los enamorados, D. Gonzalo no hubiera cedido; hubiera abusado de su poder, faltando al pacto solemne que precedió á nuestro casamiento..... y yo....., yo violentada...... infiel á tu amor, aunque sin culpa, me hubiera castigado de una manera terrible: me hubiera dado la muerte.—Pero, esclamé frenético de desesperacion, ¿dónde has conocido á ese hombre?....—En casa de mi dueña doña Beatriz, donde me refugié despues de aquella terrible noche.—¡Aquella noche, maldígala Dios!—¡Oh, terrible! Nunca puedo apartarla de mi memoria..... la sangre de mi hermano, tu sangre, mi terror, todo se me representa á un tiempo, y me parece que una voz terrible me dice: «¡Maldita seas! ¡Amas al matador de tu hermano; rompes en tu pensamiento el voto que hiciste á Dios! ¡Amas á un sacerdote!» ¡Pero eso es mentira! Mi corazon lo rechaza, ni tú ni yo hemos buscado, hemos causado nuestras desgracias: si nos amamos de tal modo, cúlpese á la fatalidad que ha rodeado

siempre de obstáculos invencibles nuestro amor; y si los vencemos desesperados, rompiendo por todo, injusta será la mano que nos castigue, cruel y bárbaro el castigo que se nos imponga.»

Mi amor, para ser contenido, hubiera necesitado una resistencia tenaz, heróica: por el contrario, aquella pobre mujer, más enamorada que nunca, me allanaba el camino: olvidé lo que debia á Teodora, lo que debia á mí mismo, y al fin llegué al logro de lo que tanto habia ansiado, pero cuando mis placeres eran crímenes tan horribles como el adulterio y el sacrilegio.

Durante mucho tiempo, fuí en público el confesor de Teodora; en secreto el amante, que disfrazado, entraba todas las noches en alta hora por el postigo de un cercado, y volvia á salir antes de amanecer.

Sin la posicion en que nos encontrábamos respectivamente colocados Teodora y yo, hubiera sido el más feliz de los hombres; pero aquellos amores delirantes, infinitos, insaciables, siempre voluptuosos, siempre bellos, estaban amargados y ennegrecidos por lo hediondo del adulterio de un fraile con una mujer casada: ella sufria y callaba, procurando ahogar sus dolores en la embriaguez de su amor; yo devoraba mis tormentos, anegándome en un mar de impureza que llegó al fin á darme hastío: amaba á Teodora, pero con un amor inquieto, roedor; sufria más que gozaba, y á todo esto se unia un terror que en vano pretendia dominar: Teodora estaba en cinta.

Esto, en otras circunstancias, hubiera colmado mi felicidad; pero entonces era para mí un nuevo infierno.

El que, por acaso, despues de mi muerte, lea estas tristes Memorias, encontrará estraña acaso la posicion en que hallé á Teodora: esto tenia una esplicacion en la misma fatalidad que perseguia á aquella desgraciada, y en la cual no me atreveré á decir si tenia yo parte. D. Gonzalo la habia conocido antes de mi profesion. Nada se sabia de mí. Los primeros meses que pasaron despues de la muerte de Claudio, Teodora se creyó curada de su amor por el dolor, y solo conoció que aquel amor no habia empalidecido, sino que se conservaba oculto en el fondo de su alma, cuando llegó hasta ella la fama de mi profesion. Sin saber cómo, el mundo sabia mi historia; corria un romance impreso en Córdoba, aunque trocado el nombre, puesto que yo nunca me he llamado Lisardo sino de una manera fingida, que aun adopto por el honor de mi familia, y no se decia el convento á que me habia retirado, ni el nombre que despues habia elegido, ni el verdadero nombre de Teodora. El misterio de esos nombres murió con ella, y morirá conmigo, puesto que D. Gonzalo, engañado por una fé de bautismo falsa, proporcionada por doña Beatriz á Teodora, para ponerla á cubierto de la justicia y de la Inquisicion, solo la conocia con el nombre de doña Elena de Santa Cruz.

Pero á pesar de que la mano misteriosa que escribió el romance, y que debió ser la de un amigo mio, á quien mi criado contara la historia; á pesar de que aquella mano hubiese alterado nuestros nombres, llamándola, á ella Teodora y á mí Lisardo, los sucesos eran tan marcados, que no pudo dudar de mi profesion. Por aquel tiempo murió doña Beatriz, sola, hermosa y pobre; avaro D. Gonzalo de sus amores, consintió en ser, más que su esposa,

su hermana, y se unió á él, haciéndole prometer que respetaria su voluntad. D. Gonzalo creyó que todo cesaria ante lo solemne del matrimonio. Pero se engañó: Teodora se mostró firme en su propósito; él era caballero, y partió.

Teodora, pues, escudada con lo sagrado de una promesa, le podia hacer morir de desesperacion; pero si era sorprendida por él en su embarazo, no podia decirle: «tengo derecho á conceder á un amante lo que defiendo á un esposo,» y la llegada de D. Gonzalo podia ser fatal; era posible, y el pensar solo en ello me estremecia.

VII.

Del tristísimo fin de mis amores.

Como sucede generalmente que lo favorable, por más que deba esperarse, rara vez se cumple, y que lo adverso, aunque remoto, las más veces sucede, aconteció lo que yo tanto temia. D. Gonzalo llegó, pues, á su quinta ocho meses despues de mi último encuentro con Teodora.

Desde aquel dia no volví á verla sino como confesor; toda otra entrevista era imposible: no desconfiaba D. Gonzalo de mí, puesto que no me conocia; pero habia sospechado, á pesar de las más graves precauciones, y como al profundizar un poco era muy fácil ver, vió que su honor, al ménos ante los hombres, habia sido manchado por su esposa.

Desde entonces D. Gonzalo adoptó una horrible resolucion; despidió á toda la servidumbre que sabia cuánto tiempo habia pasado ausente en Italia, y solo reservó de ella el jóven paje Guillen Lopez, que destinó al servicio inmediato de Teodora. Por lo demás, tomó una escasa servidumbre, y la confinó al estremo opuesto de las habitaciones que su esposa ocupaba en la quinta.

D. Gonzalo, despues de una esplicacion ruidosa con ella, la intimó que no volveria á salir de su aposento mientras durase su embarazo, y se constituyó en su guardian, pero no la hizo ni una sola pregunta acerca de su cómplice.

Sus sospechas habian recaido en el paje, y esto habia sucedido por el interés y la audacia con que el jóven servidor, desde el momento en que habia vislumbrado el secreto de nuestros amores, habia pensado en aprovecharse de las ventajas que le daba la situacion estraña y comprometida de Teodora.

Siempre en acecho D. Gonzalo, no tardó en creer pruebas de culpabilidad el asíduo cuidado del jóven, sus miradas encendidas, y la altiva indiferencia de Teodora, que D. Gonzalo creia una prudente reserva.

En tanto, yo tenia el alma helada de Terror, y Teodora se habia prepa-

rado á todo lo que la pudiese acontecer; era un alma valiente que se resignaba sin temblar.

Al fin llegó el terrible momento. Una noche dormia yo en mi celda, cuando me despertaron unos fuertes golpes dados á su puerta. Abrí sobresaltado, y encontré frente á mí un escudero del comendador. «Mi señor llama á vuestra paternidad con urgencia, me dijo aquel hombre, cuyo aliento fatigado demostraba que habia hecho con gran prisa su camino desde la quinta al convento.—¿Hay alguien enfermo? le pregunté, disimulando mi ansiedad.—Nada sé de cierto, señor, me contestó; pero en el aposento de la señora se oyen gemidos.»

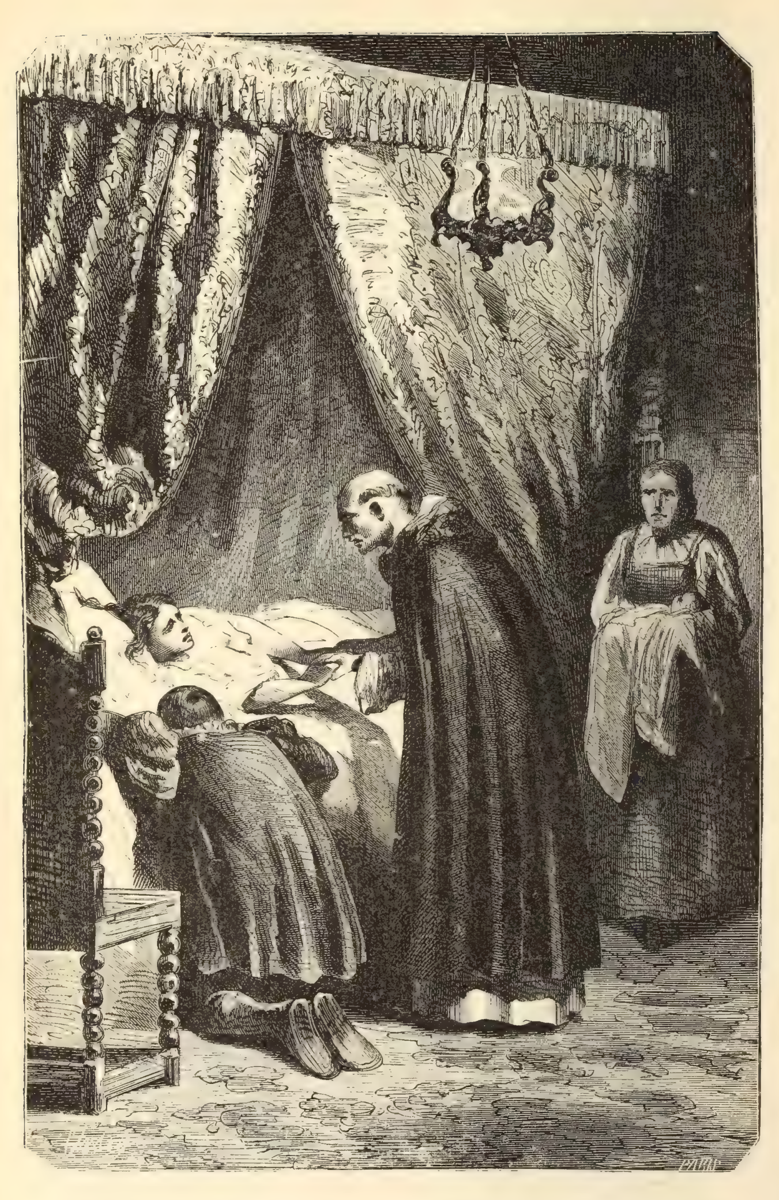
¡Gemidos en el aposento de Teodora! Era indudable que habia llegado la hora del alumbramiento, y aquella hora podia ser fatal; y resuelto á todo, entré á mi alcoba, busqué mi daga, la oculté bajo mis hábitos, subí en el coche y me trasladé á la quinta.

Estaba silenciosa: no velaban en ella más que Teodora, D. Gonzalo, el médico y el mayordomo. En la misma cámara de Teodora, y sentados junto á una chimenea, estaban D. Gonzalo y el doctor hablando acaloradamente y en voz baja cuando yo entré. A mi vista aquella conversacion cesó; D. Gonzalo hizo una señal de inteligencia al doctor, y éste salió, dejándome solo el comendador. De vez en cuando, un grito contenido salia detrás del cortinaje del lecho de Teodora. D. Gonzalo me miró de una manera estraña por un momento, y despues me dijo: «Seguidme.» Me dominaba la situacion, y le seguí maquinalmente á través de algunas habitaciones, hasta una cuya puerta cerró con llave. «Sentáos, padre, me dijo.» Me senté, y D. Gonzalo continuó: «Muy pronto hará un año que me uní á una mujer á quien yo amaba, porque además de ser maravillosamente hermosa, parecia estar enriquecida por Dios con todas las virtudes, con todas las dotes que puede ambicionar un hombre en la mujer que elija por esposa. Aquella dama, que era noble y habia sido rica; aquella dama, que por desgracia de familia, cuyo secreto he respetado, se encontraba sola en el mundo, aceptó una alianza conmigo, pero de una manera estraña. Declaróme que habia ofrecido á Dios su castidad, y que no romperia jamás su voto por ninguna consideracion mundana. Jóven yo, y acostumbrado á ser dichoso en amor, creí de buena fé que los reparos de doña Elena (os hablo de mi esposa) no eran más que la espresion exagerada de un pudor contraido por el ejemplo de virtudes domésticas y por la rigidez de sus costumbres. Esto la embelleció, la acreció en valor á mis ojos, y acepté. Un mes despues doña Elena fué mi esposa.

Pero me habia engañado: pudor, desesperacion ó fanatismo fueron invencibles para mí, y adquirí la triste certeza de que no habia hecho más que sacrificar mi libertad ante las aras del capricho de una mujer bastante hermosa, bastante cándida, para haberme engañado sin pretenderlo. Otro esposo hubiera usado ó abusado de sus derechos para ser marido; pero doña Elena tenia sobre mí un dominio semejante al que pueden ejercer la santidady la virtud sobre un alma noble y generosa. Comprendí que era un imposible para mí; reconocí mi corazon y adquirí el convencimiento de que el vivir junto á aquella mujer, cuya influencia sobre mis pasiones habia acre-

cido con el incentivo del imposible, me enloqueceria. Por ello, la misma noche que nos unimos, y despues de una grave y solemne esplicacion, alterado, conteniendo mal el llanto que la desesperacion agolpaba á mis ojos, tomé conmigo algunos de mis escuderos, monté á caballo y partí para Italia, donde me puse bajo las banderas del Gran Capitan.

Ni lo brillante de los hechos de armas, que se sucedian rápidamente en aquella memorable campaña; ni el ver cada dia humillado el orgullo francés, y vencidos por do quiera capitanes tales como Nemours, Aubigni, Chavannes, Bayardo, Ivo de Alegre y La Paliza; ni el haber tomado parte en el célebre desafío de Barleta, en el cual, aunque no fuimos declarados vencedores, solo quedaron vivos dos caballeros franceses; ni las señaladas y contínuas victorias que alcanzaban nuestras armas, y en las que, como desesperado, habia obtenido siempre un lugar honroso, bastaron para apartar de mi memoria los exigentes deseos que me inspiraba doña Elena. Al fin pudo en mí más el amor que la desesperacion; dejé el suelo de Italia, tan glorioso para los españoles, y vine. ¿Sabeis en qué estado he encontrado á mi esposa? ¿Sabeis que mientras yo esponia á cada momento mi vida, cansado de ella, doña Elena faltaba de una manera infame á sus deberes? Lo sabeis sin duda, porque sois su confesor; pero lo que no sabeis es cuánto pienso vengarme, hasta qué punto voy á satisfacer.—Tened presente, le dije, dominando mi terror, que antes que esposo sois cristiano, y que Dios, el mismo Dios, nos ha dado un gran ejemplo de caridad, perdonando á la mujer adúltera.—Vosotros los frailes, me contestó, aconsejais y creeis fáciles de ejecutar los ejemplos del Evangelio, porque no sentís, porque no amais, porque no estais desesperados. Pero un hombre como yo, que ha empeñado su corazon, y le ha perdido, se venga, padre, y se venga matando.—Y si pensais así, si meditábais ese crímen, ¿por qué habeis llamado junto á vos á un sacerdote de paz y caridad? le dije, no pudiendo dominar ya mi horror.—Lo que está determinado por mí, padre, sucederá, me dijo levantándose; yo no os he llamado para que me aconsejeis, sino porque soy cristiano, y quiero que sus almas al ménos se salven.—¡Sus almas! ¿de quién hablais, señor?—De ella y de su amante, contestó con una calma feroz el comendador.—¡Su amante! esclamé; ¿y quién es su amante?» Miróme fijamente por un momento el comendador, y de tal modo, que me hizo bajar los ojos. «¡Qué! ¿no conoceis á su amante? me preguntó con sarcasmo; ¿tan torpe sois, que no habeis reparado en la solicitud, en la adoracion con que mira á doña Elena mi paje Guillen Lopez?» Al escuchar la pregunta del comendador, yo temblaba por mí; y al oir el nombre del paje, se sublevaron del fondo de mi alma unos celos horribles. No hay nada más débil ni más visionario que un corazon que ama de la manera que yo amaba, y dudé de aquella pobre mujer que moria por mí desesperada; el fuego sombrío de la venganza más cruel que puede inspirar el infierno dominó mi alma, y olvidada la prudencia, así convulsivamente una mano de D. Gonzalo. «¿Decís que el paje..... que ese mancebo es su amante? le pregunté.—Sí, me contestó, no puedo dudarlo; ella misma me lo ha revelado.—¡Ella!—¡Qué! ¿acaso os lo habia recatado á vos, que sois su confesor, á vos, que debeis saberlo todo!—Sabia que doña Elena era desgraciada; pero no



DON JUAN TENORIO.—¡Oh, padre, padre mio!—me dijo:—
no olvideis jamás este terrible momento.

habia sospechado jamás que pudiera haberse prostituido.—¿No es cierto que ponerme así en escarnio delante de un criado, rebajarse hasta tal punto por liviandad, por vicio, es un crímen infame que merece la muerte?» A pesar de que en mí se habia desarrollado un odio sin piedad, aquella palabra me estremeció. «¡La muerte! ¡la muerte! ¿Estais seguro de que despues de vengaros no gritará con más fuerza en vuestra alma ese amor desesperado?—Aunque grite, me contestó con una calma feroz el comendador, es ya imposible evitarlo.—¡Imposible! ¿y por qué? ¡tan implacable sois!—¡Implacable!.... No sé si lo seria por dos veces.—¡Justicia de Dios! Pues ¿qué habeis hecho?—¡Nada! He obligado á una persona á que dé tósigo á doña Elena; y ese tósigo que debe matar á la adúltera y al fruto de su infamia, roe ya sus entrañas.» No escuché más; di un grito horroroso, me arrojé á la puerta, que tenia la llave puesta, la abrí, atravesé las habitaciones interpuestas á la de Teodora, y llegué á su lecho. Junto á él habia una gitana; aquella mujer estaba pálida, y temblaba sobrecogida de terror, teniendo en sus manos una criatura recien nacida que lloraba; Teodora, moribunda, estaba arrojada, revolviéndose sobre un lecho descompuesto y ensangrentado; detrás de mí, pálido como un cadáver y fatal como una maldicion, mirando horrorizado su venganza, estaba el comendador. Dios ó el infierno me ayudaron, y pude contenerme aun. Teodora contenia sus gritos; la gitana temblaba; el recien nacido lloraba; don Gonzalo se estremecia de tiempo en tiempo, luchando impotente contra su conciencia, y yo sentia rugir dentro de mí á un mismo tiempo la cólera, la desesperacion, la venganza.

Hubo un instante en que los dolores del tósigo se calmaron en Teodora: se esclareció su razon, y nos vió junto al lecho.—¡Oh, padre, padre mio! me dijo, no olvideis jamás este terrible momento; no lo olvideis, y rogad á Dios por mí; vos, D. Gonzalo, vos que habeis sido tan cruel para una pobre madre, para una pobre mujer á quien disculpariais si conociéseis su historia, recibid su perdon; pero, si quereis que no muera enteramente desesperada, amparad á mi hija: dadla vuestro nombre; sed su padre.

Nunca habian tenido tal poder ni tal fuerza de sentimiento las palabras de Teodora: á medida que las pronunciaba, flaqueaban las rodillas de D. Gonzalo, hasta que al fin cayó desplomado sobre ellas. « ¡Perdon, señora, perdon! esclamó asiendo una mano de Teodora.—Salvad á mi hija, esclamó la infeliz. —¡Vuestra hija! ¡vuestra hija lo será mia! esclamó en un arranque D. Gonzalo; y si este sacrificio es inmenso, que me perdone por él Dios.» Como si Teodora no hubiese esperado á más para morir, hizo un esfuerzo, asió una de mis manos, la besó débilmente, y murió.

Despues de esto no sé lo que allí aconteció, porque no teniendo valor para presenciar por más tiempo aquel horrible espectáculo, huí, y me encontré, sin saber cómo y solo, en el campo. Le atravesaba, frenético, sin direccion, cuando me sentí asir de repente por el manto; volvíme aterrado, vi junto á mí á la misma gitana que habia visto junto al lecho de Teodora, teniendo á mi hija en los brazos. «Perdonadme, padre mio, esclamó aquella mujer. —¡Perdonaros! ¡dejadme! ¿qué tengo yo que ver con vos? —Sois un sacerdote, señor, esclamó la gitana, y estais obligado á consolar y á proteger á los

débiles.—¿Y qué habeis hecho? ¿quién os amenaza?—Yo soy una pobre gitana que vive en Mahudes, y que ejerce el oficio de partera.» Una luz siniestra iluminó mi espíritu. «¿Y os han llamado para que asistais á doña Elena? —Sí señor.—¿Y os han obligado á que la mateis?....—¡Oh! ¡perdon, señor, perdon! me dieron un vaso, y me dijeron: «Dad esto á esa mujer.—¿Y qué es esto? pregunté.—¿Qué os importa?» me contestaron. Yo conozco las yerbas, y por el olor y el color de la bebida conocí que habia en ella cicuta. «Nó, nó, dije; esto mata.—Pues bien: matad ó morid;» me dijeron. Yo tengo un hijo, señor, un hijo que sin mí pereceria: tuve miedo, y maté.—¿Y serás capaz de declarar delante de la justicia?—Me quemarian, señor.—¡Y si yo fuese inquisidor, y te protegiese?—¡Oh! si no me hacen daño, diré todo lo que querais.—¿Y el paje?—¿El paje?.... yo no sé; pero he oido gritos en un aposento próximo; luego he visto salir dos hombres, á quienes conozco como bandidos. —¿Y temes que te persigan?—Temo que, para cerrar mi boca, me haga matar ese señor.—Ven, ven conmigo.

La gitana me siguió: entré en Madrid; la hice ocultar, y despues supe por su medio el paradero de los bandidos: Guillen Lopez habia sido muerto á puñaladas y enterrado por ellos mismos en la quinta. Nadie habia vislumbrado el crímen, ni los mismos asesinos sabian la causa. Aurora, que éste era el nombre de la gitana, si habia sospechado algo, lo callaba.

Nunca la venganza ha escitado tan enérgicamente á un alma como entonces á la mia: juré esterminar al comendador, y esterminarle de una manera lenta, con los más horrorosos suplicios que guarda en sus calabozos secretos la Inquisicion; pero un poder superior, mi amor de padre, me contuvo: don Gonzalo, por una contradiccion muy comun en el corazon humano, en que gritan á un mismo tiempo los deberes, los afectos y las pasiones, habia llorado de una manera inconsolable la muerte de una mujer que nunca le habia amado, y á quien no debia más que dolores; la habia llorado con la amargura del remordimiento, y se habia impuesto, como una expiacion, el deber de hacer feliz á su hija; la habia hecho bautizar como si hubiera sido su hija legítima, y la habia presentado bajo este nombre á todos sus amigos, á todos sus nobles conocidos: hubo murmuraciones, á pesar de que el comendador habia hecho á fuerza de oro que se pusiese en la partida de bautismo una fecha anticipada dos meses; pero aquellas murmuraciones, como sucede con todas, cesaron cuando se cansaron los maldicientes: se aceptó al fin por hija del comendador á doña Inés, y si hoy hubiese alguno que le negase sus legítimos derechos de padre, lo contradeciria con su espada, con su corazon y con su conciencia á un tiempo. Él mismo, por el amor y la costumbre, no se confesaria, no reconoceria nada en contra de aquella estraña creencia.

Y sin ella, ¿qué hubiese sido de mi pobre hija? Dios es justo y no quiso castigar en la inocente el crímen de los padres. Por lo mismo, mi hija fué una égida para el comendador, desarmando mi venganza. Ella hizo que yo frecuentase su casa, por ella nos llamamos amigos, y en efecto lo somos, porque todo, hasta el odio, lo destruye el tiempo, y la muerte de Teodora fué un acontecimiento fatal.

Y así, con el corazon destrozado, viendo crecer á mi hija en discrecion, pureza y hermosura, he pasado diez y siete años sin poderla llamar hija, sufriendo eternamente por ella el recuerdo de Teodora, de la que parece una reproduccion exacta: el mismo candor, la misma pureza, la misma mirada, en cuyo foco arde un fuego misterioso que hace comprender con cuánta pasion amará esa niña, ó por mejor decir, con cuánta fuerza de voluntad, con cuánta constancia, con cuánta abnegacion ama ya á un hombre fatal.

Mis Memorias acerca de Teodora deben concluir aquí. Lo demás de mi vida es un tejido de ambiciones, de crímenes, de impurezas. Tan cierto es que una vez puesta la planta en la resbaladiza pendiente de las faltas, el hombre no se contiene, sino que se siente descender de un estravío vergonzoso á otro mayor. Escribir toda mi historia, seria lo mismo que estender una podre infecta y repugnante ante la vista de las generaciones venideras, é indisponerla con la humanidad, que puede producir hombres á quienes el primer crímen lleva tan lejos como el mio me ha llevado á mí.

Aquí debe concluir mi historia. Tengo la desgracia de creerme como Cain, demasiado culpable para que me alcance la misericordia de Dios, y mi último pensamiento no es para el cielo, sino para la tierra. En ella dejo una hija, y esa hija va á ser sacrificada por el que ella cree su padre. Si estas Memorias, segun mi testamento, no pueden ir á parar á vuestras manos, D. Juan Tenorio; si una curiosidad indiscreta viola su misterio, que maldiga Dios al violador. Pero, si por acaso, llegan á su destino, escuchad vos, D. Juan, y cumplid mi voluntad: para vos se han escrito estas Memorias, durante algunas noches de infinito sufrimiento, y cuando ya era mortal la tísis que me arroja al sepulcro.

Inés, mi pobre Inés os ama, no sabeis con cuánto poder, con cuánta voluntad, con cuánto delirio. Mi Inés, D. Juan, podrá ser vuestra esposa; pero no será, lo conozco bien, no será jamás vuestra manceba, ya se vea obligada á obedecer al que pasa por su padre, ya la liberteis vos, vos que sois tan valiente, tan noble y tan generoso, del miserable que no ha dudado en valerse de un medio infame para obtenerla; cuando este hombre se ha levantado aterrándome del fondo oscuro de su nada, para decirme: esa es tu hija, hija del crímen, y la quiero para esposa, yo no me atreví á él, porque mi conciencia gritaba muy alto, y temia una denuncia. Pero cedí, como cedió D. Gonzalo, confiado en vos. Un asesinato me repugnaba, y solo me hubiera valido de él cuando no me hubiera quedado otra esperanza. Era ya demasiado débil para medirme con él y partirle el corazon; pero te lego mi espada, D. Juan, espada valiente que jamás ha dejado de teñirse en sangre, ni de sacar la mejor parte entre mis manos. Tú no tienes nada por qué temer á Avendaño: mátale..... mátale, y únete á mi hija. Ella será para tí la felicidad y la salvacion..... tu ángel de paz..... Tus otros amores son insensatos, impuros, indignos de tí. Mata á Avendaño, y sé dueño de mi hija y de mis tesoros..... pero mátale bien: ese hombre es hijo de la gitana que sirvió de verdugo á D. Gonzalo la noche funesta en que murió Teodora; esa gitana le ha provisto

de un arma terrible para D. Gonzalo y para mí, con ese fatal secreto. Mátale bien..... mata á la gitana..... y sé feliz..... ó si, al ménos, mi hija tiene la desgracia de no inspirarte amores, la enorme suma que te lego en mi testamento sirva de dote á doña Inés para el claustro.

. . . .

. . . .

FIN DE LAS MEMORIAS DE LISARDO EL ESTUDIANTE.

CAPÍTULO V.

De como D. Juan empezó á procurarse su venganza particular contra Avendaño, y la que le encargaba en su testamento Lisardo el Estudiante.

Dejábase notar una vacilacion y una desigualdad tales en las últimas páginas del manuscrito de Lisardo ó Fray Tomás, como mejor quieran nuestros lectores; habia tal precipitacion en el relato de los últimos sucesos, que bastaban para hacer comprender que aquellas tristes Memorias se habian concluido, por decirlo así, á la carrera, por quien se sentia seguido de cerca por la muerte.

D. Juan las leyó sin perder una sílaba, pero frio é impasible; cuando concluyó, las cerró con desprecio, y quedó abismado en su pensamiento, apoyados los brazos en la mesa y la cabeza en las manos.

—¡Miserable fraile!—esclamó con voz ronca;—llama fatalidad á su impureza, desgracia al dominio de sus pasiones..... ¡Su hija!.... ¿conque Inés es su hija? ¿y Avendaño, el noble D. Pedro de Avendaño, el hijo de una gitana? ¡Vive Dios, que he tenido buenos encuentros en el mundo!.... Ya la muerte me ha desembarazado de uno, y creo que habré de acabar yo con los otros..... en particular, ese D. Pedro..... será necesario probar en su pecho el temple de la espada de Lisardo, pero nó por él, nó por Inés, sino por Magdalena..... ¡Magdalena! Y ni un recuerdo para ella en las Memorias de ese miserable..... ¡ni una indicacion de su paradero!.... ¡Pero D. Juan,—añadió levantándose de repente con energía,—tú la amas, tú deseas encontrarla, y la encontrarás!.... sí, la encontrarás..... en cuanto á Inés, ¡oh! en cuanto á Inés, yo te juro, Avendaño, que no será tu esposa. ¡Hola!

Al llamamiento de D. Juan, se presentó José á la puerta.

—Entra, amigo mio, entra,—le dijo D. Juan;—mañana me presento á la córte; ¿crees que estoy bastante pálido para poder pasar por recien convalecido de una larga y peligrosa enfermedad?

—El señor está más bello que antes; en cuanto á la palidez, podrá pasar por la huella de una dolencia para los ignorantes; pero esa hermosa palidez, para el que algo conoce las pasiones y los temperamentos.....

—¡Ah, ah! me olvidaba de que tengo en tí casi un médico.

—Las costumbres de mi raza hacen, señor, que cada jefe de familia conozca algo de medicina por esperiencia, algunas yerbas medicinales por tradicion, y nada más. Pero de una manera muy imperfecta: con perdon sea dicho, curamos del mismo modo á un hombre que á un camello.

—Tu eres árabe, ¿no es verdad, mi buen José?

—Nacido en el Kairwan, señor; crecido en Alepo, donde fuí mercader, y bautizado en Granada, donde serví á sueldo al infante Sidy Atmet, despues de la conquista.

—Y dime, ¿cómo consideran los árabes la amistad?

—La amistad entre nosotros es un sentimiento puro, superior al amor, porque es desinteresado: un amigo para nosotros es un hermano, por el que todo lo aventuramos: honra, hacienda y vida.

—Y si ese amigo os es traidor; si ese amigo os vende; si ese amigo comercia con vosotros.....

—Entonces es nuestro enemigo.

—¿Y cómo considerais los árabes la enemistad?

—¡La enemistad de un árabe!—contestó sombriamente José,—la enemistad es la pasion voraz que corroe el alma, mientras ésta no se dilata con la venganza. Si un árabe se encuentra pérfidamente engañado, mata.

—¿Y en qué razones os apoyais para ello?

—¡Razones! ¿Las tiene el odio? ¡El odio es ciego! Basta que un hombre haya sabido inspirárnoslo. Por otra parte, el miserable que se ha cubierto con una apariencia de virtud para introducirse en el baño de vuestras mujeres, para meter las manos en vuestras arcas, para arrastraros, abusando de vuestra confianza, á servir, sin saberlo, sus miserables fines, es un ladron de amor, de hacienda ó de honra. La pérdida de cualquiera de estas tres cosas basta para matar la felicidad de un hombre. Quien os las roba, no solo es un ladron, sino un asesino, y merece la muerte, una muerte sin piedad, á sangre fria.

—¿Sabes, José, que yo debo tener algo de árabe?

—Descendeis, señor, por vuestra madre, de la poderosa tribu de los caballeros *Beni Egas* (Venegas).

—Por lo tanto,—dijo D. Juan, desciñéndose la espada de Lisardo,—haz que mi armero monte esta hoja, que es escelente, en una empuñadura de oro, en la que se cincelará mi blason.

—¡Cómo, señor!—dijo José, mirando la hoja y reparando en su inscripcion;—¿habeis comprado la espada de ese famoso estudiante, Lisardo, del que hace veinte años se cantan romances?

—Escucha, mi buen José: sin que esto mortifique tu fidelidad, deseo que

nada se me pregunte acerca de lo que ha sido de mí, de lo que he hecho durante el tiempo que he estado fuera de mi casa; puedo haberlo pasado en el cielo ó en el infierno, en Europa ó en América..... nada importa esto.

—Sin embargo, hay quien pretende que habeis estado preso en la Inquisicion.

—¿Y quién?

—Doña Elvira.

—Sin embargo, doña Elvira ha enviado todos los dias su doncella á preguntar por mí.

—Eso significa, señor, que Gabilan ha sido discreto con su mujer, que ésta no ha podido recabar nada de mí, y que su ama ha dudado.

—Pues bien, es necesario que esa duda no se destruya. Mañana abro mi casa á todos mis conocimientos, y la abro con un baile; ¿cómo estamos de dinero?

—Maravillosamente; el señor puede gastar, sin hacer una gran mella en sus arcas, lo bastante para deslumbrar á la córte.

—Eres el más honrado de los mayordomos, José..... tu nombre deberia ponerse entre las cosas raras y memorables.

—Pobres tiempos estos, en que es una virtud rara el ser honrado. Pero lo que me inquieta, señor, no es el dinero.

—¿Y qué entonces?

—El tiempo; ¡para mañana á la noche!

—El dinero es la verdadera varita de las siete virtudes; gasta largamente, y esto es todo.

—El salon grande necesita tapicerías. Las que tiene son antiguas.

—Apela á los genoveses.

—El señor querrá libreas nuevas para la servidumbre.

—Siempre hay en Madrid cien sastres hambrientos.

—Se necesitan candelabros nuevos, alfombras hasta el portal, y el cubrir una mesa de una manera conveniente, porque el señor no querrá que sus convidados se vean en la precision de retirarse temprano del baile por hambre, requiere alguna preparacion.

—Todo se reduce á que cosan algunos hombres y algunas mujeres desde ahora hasta mañana á la noche, y á que no guisen sino para mí en la famosa hostería de Toledo.

—La vajilla.....

—Y qué, ¿no tenemos vajilla?

—Está bien antigua.

—Mucho ha andado la moda en diez y ocho meses. Apela al platero del rey. Y en fin, no me opongas más dificultades. Mañana á estas horas mi casa ha de estar dispuesta á recibir dignamente á la córte. Por lo tanto, haz escribir cartas de convite á toda la grandeza, á todos los nobles, á todas las damas notables de Madrid, incluyendo en ellas tres para D. Gonzalo de Ulloa y su hija doña Inés, para doña Elvira de Córdoba y de Válor, y para D. Pedro de Avendaño con sus consabidos amigos. Mañana por la mañana firmaré esas cartas.

—Aun quisiera advertir á vuestra señoría.....

—¿Qué?

—La noticia de su restablecimiento y de su nueva presentacion causará tal efecto, que las damas se mortificarán, si se ven obligadas á presentarse sin ricos estrenos. Puede alhajarse un palacio y vestirse una servidumbre en veinticuatro horas; pero el atavío de una dama que pasa por apuesta y gentil, es ya negocio más sério. Nos van á acusar de precipitacion.

—Que se compongan como puedan; en cuanto á acusaciones, que piensen como quieran. Lo único bueno que he sacado de mi enfermedad, es un absoluto desprecio al mundo. Así, pues, no hablemos más de este asunto; gasta cuanto sea necesario, y punto redondo.

José conoció que la voluntad de su señor, siempre enérgica, se habria hecho indomable.

—En ese caso, y para aprovechar el tiempo, vuestra señoría me permitirá que le deje.

—Espera; necesito escribir una carta que enviarás al momento á su destino.

José esperó, y D. Juan escribió las siguientes líneas:

«Alto y poderoso señor: Ruego á vuestra señoría que, como inquisidor general, y para pesquisas que interesan mucho á la religion y al Santo Oficio, »mande averiguar al momento si en la cárcel del Tribunal existe emplado un »familiar que se llama Andrés Ceballos, en cuyo caso le ruego encarecida»mente le haga comparecer ante mí en un término perentorio. De Madrid »á 31 de Agosto de 1522.—*El familiar*, *Juan Tenorio.*—Al ilustrísimo, reveren»dísimo y escelente señor cardenal, monseñor Adriano Florencio, inquisidor »general y regente del reino.»

Cerró D. Juan la carta, la selló y la entregó á José, que salió, llevando de paso el encargo de hacer entrar á Gabilan.

Mientras éste llegaba, D. Juan encerró en su papelera las Menorias de Lisardo y el proceso de Avendaño, y por incidencia reparó, al arreglar algunos de sus papeles, en el pliego cerrado que le habia entregado el infante Sidy Atmet, con encargo de que no le abriese sino cuando fuese amado por doña Elvira.

—Y bien,—dijo D. Juan;—el buen padre habia previsto que yo amaria á su hermana, y sin duda me aconseja que me case con ella. Eso es ya imposible. Yo no me puedo casar con tres mujeres: dejemos, pues, el escrito del infante en su olvido, y no le desairemos. Ello puede ser como yo pienso, pero de una sospecha á una certeza hay distancia. Si por acaso es peor su contenido, ¿á qué conocerlo? Duerma en paz.

El pliego fué al fondo de la papelera, al mismo tiempo que entraba Gabilan.

—Seor Anton,—le dijo su amo despues de haberle mirado con cierta noble familiaridad algunos momentos;—paréceme que vuestro vientre no es tan voluminoso que os impida continuar en mi servicio activo.

—Haremos un esfuerzo, señor.

—¿Supongo que, conociéndome, no habrás perdido de vista á ciertas gentes?

—¿De qué gente habla vuestra señoría?

—De D. Pedro de Avendaño.

—Ya he dicho al señor que ha sido creado marqués del Águila, que tiene un castillo.....

—No basta eso..... ¿en qué se ocupa? ¿qué hace?

—Vive á lo grande; galantea de público á doña Inés, y mantiene de secreto diez queridas, que renueva todos los meses.

—Tampoco es eso: un servidor que se precia de astuto debe averiguar todo lo que importe á su amo, por reservado que sea.

—Y bien, señor; yo creo que en ese castillo del Águila sucede algo estraordinario.

—No basta suponer; es necesario poder afirmar.

—De modo, que vuestra señoría quiere.....

—Tú has sido soldado, Gabilan, y de los buenos escaladores del duque de Arcos; conoces á primera vista la parte flaca de una fortaleza, el punto más conveniente de ataque, el lugar oculto y descuidado por donde se puede entrar á mansalva.

—Sí, sí señor, es cierto; pero en aquellos tiempos era yo más ágil, y sobre todo, no me habia casado.

—Será preciso, pues, que yo me encargue de descargarte un poco de los cuidados de tu mujer.

—¡Oh! ya veo que el señor no me entiende: quiero decir que, cuando yo era mozo, tenia la imaginacion más despierta; valia indudablemente mucho más. Con el matrimonio se pierde de ingenio indudablemente, señor; se baja un escalon hácia el animal, Pero con todo.....

—Es preciso averiguar qué gente es la que rodea á D. Pedro; introducirse en su hogar, observarle, estar en disposicion de poder participarme hasta sus miradas, hasta sus menores palabras.

—Será necesario,—dijo Gabilan,—que como el señor se hace servir por mí, yo me haga servir por otros.

D. Juan abrió bizarramente la parte inferior de su papelera, y sacó de ella un pesado talego, que entregó á Gabilan. Éste no escluia de la fidelidad á su amo un fuerte tanto por ciento, por razon de sisa, y le alegró un si es no es para su coleto el peso del oro.

—Mañana necesito noticias, seor Anton,—dijo D. Juan;—procurad, pues, dármelas completas, claras, indudables; se trata de un castillo que tal vez sea necesario entrar al asalto, si se tiene un pretesto para ello: procura, pues, encontrar ese pretesto; y si hallas una razon, mucho mejor.

—¿Es decir que soy desde ahora el esplorador y el campeador de su señoría?

—Cabalmente: hago la guerra á un enemigo mio por mi cuenta, y desde ahora echo sobre tí las ordenanzas de guerra: un traidor se ahorca; un descuidado se corrige con un trato de cuerda..... yo te castigaré, sin embargo, de otro modo, en consideracion á tus antiguos servicios.

—¿Y cómo, si gustais, señor?

—Haciéndome rehenes en tu mujer.

Hizo Gabilan un mohin tan significativo, que D. Juan estuvo á punto de soltar la risa.

—Te advierto que doña Inés es todavía una mujer á quien amo.

—Eso, señor, complica un poco la situacion.

—¿Porque se casa?

—Nó, porque está retraida de una manera feroz.

—Retraida, ¿eh? Pues bien, veamos hasta dónde llega ese retraimiento.

D. Juan fué á la mesa y escribió en un papel riquísimo, para el estado de la industria de aquellos tiempos, una galante y cortés invitacion á D. Gonzalo de Ulloa y á su hija para el baile de la noche siguiente.

—Mañana,—dijo Tenorio, entregándola á Gabilan,—esta carta á D. Gonzalo; mañana temprano.

Gabilan dió vueltas á la carta entre los dedos, y no pudo contener su curiosidad.

—Seria donoso—dijo—que, despues de tener D. Pedro el negocio tan adelantado, se lo echase á pique el señor.

—Observo que has contraido un enorme defecto, Anton, dijo D. Juan.

—¿Y cuál, señor, para corregirlo?

—Bien será necesario. Te has hecho sobremanera curioso; este vicio debe habértelo trasmitido tu mujer.

—Señor.....

—Ni directa ni indirectamente, nunca; ¿lo entiendes? No me preguntes nada, ni tengas curiosidad por nada. Haz que éntre mi ayuda de cámara.

—Yo no preguntaré más á vuestra señoría; pero en esta ocasion esperaba.....

—¿Qué?

—Por ejemplo, que se acordase el señor de cierta dama que ha sufrido y llorado por él.

—¿Y quién es esa dama?

—Esa dama, señor, es doña Elvira; y ya se ve, ó yo no entiendo de amores, ó creo que debia vuestra señoría haberme dicho: Gabilan, di á doña Elvira que me espere esta noche, que en fin.....

—Malo, malísimo, Sr. Gabilan; observo que, á más de curioso, sois un hombre venal.

—¡Venal yo, señor!

—¿Quién os manda interesaros por otra persona que yo? Conque es decir que si yo tuviese acerca de esa dama, nó amor, sino deseo; si yo la galantease sin comprometerme á nada, ¿seriais capaz de uniros á ella y á vuestra mujer en una alianza ofensiva, y conspirariais contra mí?

—El señor me desconsuela,—esclamó con cierta compuncion Gabilan;—el señor ha olvidado mis servicios; ¡yo, yo conspirador contra su señoría! ¡yo, que me he casado por su causa! ¡yo, por doña Elvira!.... Aseguro á vuestra señoría que por mí ya puede hacer un destrozo en todo el sexo, empezando por mi mujer. No me quejaré..... pero ¡dudar de mí, señor!.... ¿Qué motivos teneis para ello?

—Vé, vé, mi buen Gabilan; di á doña Elvira que antes de las diez estaré

á su lado, y no te olvides de hacer entrar á un ayuda de cámara.

—¡Oh, oh!—esclamó Gabilan, cruzando las antecámaras:—decididamente mi amo no es el mismo..... ha aprovechado el tiempo que ha pasado Dios sabe dónde de una manera maravillosa..... ¿dónde diablos habrá estado? Ello es cierto que no se puede ya jugar con él..... y por otra parte, ella..... si fuera ella sola, podria dejársela de servir para asistir á la parte más fuerte..... pero ese Sr. Alarcon ó demonio..... Vamos, Sr. Gabilan, estais entre la espada y la pared, y es necesario que ahora, más que nunca, apeleis á vuestro inagotable ingenio. ¡A un tiempo á dos tales como D. Juan y doña Elvira! Pues sí, ¡cien rayos! yo les serviré de tal modo, que cuando me necesiten, no necesite yo á nadie.

Y calándose la gorra á la ceja, buscó al ayuda de cámara, le envió á don Juan, salió del palacio, y atravesó meditando y á paso tardo la distancia que le separaba de su casa.

CAPÍTULO VI.

De cómo en algunas mujeres el amor ausente y combatido llega á un maravilloso estado de fijeza y de escentricidad.

Gabilan tenia su tienda y su casa en la calle de la Palma baja, y el aspecto de ellas era humilde; sus habitaciones de entresuelo, escepto la en que tenia á un tiempo el almacen, la caja y el escritorio, eran profundas, oscuras y alumbradas opacamente por la luz que penetraba, ya cansada, en la profundidad de un patio estrecho que se elevaba hasta un quinto piso.

Pero esto importa poco á Esperanza, puesto que en cierto rincon apartado se abria una estrecha y negra escalera, salvada la cual se desembocaba en un magnífico departamento que ocupaba toda la planta del piso principal de una casa ostentosa y rica, cuya fachada daba á la plazuela de las Comendadoras, y á la cual el almacen de maese Anton servia, por decirlo así, de postigo.

Cuando Gabilan estaba en la tienda, Esperanza, siempre con su pequeño hijo en los brazos, subia aquellas escaleras, atravesaba galerías, cámaras y retretes, y entraba en un hermosísimo aposento, cuyos balcones, enriquecidos con cristales de Venecia y celosias de Túnez, daban al Mediodia sobre un estenso y bello jardin á la oriental.

En este aposento todo era rico y de un gusto maravilloso; las tapicerías rojas con flores y matices de oro sutilmente perfilados, sin pesados brillos y por lo tanto sin chillones reflejos, recibian su complemento de majestad de un techo pintado al fresco, representando uno de los hechos más gloriosos para la historia árabe de Granada: la batalla de los infantes.

Veíase aquella famosa sierra Elvira con sus escuetas vertientes, sus pro-

fundas grietas volcánicas y sus desiguales crestas donde jamás ha estendido su blanco sudario de nieve el invierno; allá en lontananza se alzaba Granada sobre sus colinas, al pié de la gigante sierra donde la nieve es eterna; el pintor habia sido profuso en verdores, aguas y rosadas nubes, en lo cual anduvo un tanto licencioso, puesto que aquella memorable batalla acaeció en el mes de Junio de 1329, año que, segun fama, fué de un calor escesivo. Pero si se echaba allí de ménos un ambiente inflamado por los estivos rayos del sol de Andalucía, en cambio nada habia que pedir al asunto principal de la batalla. Estaba representada ésta en el momento en que, desvandada la hueste castellana, acosados los pocos valientes caballeros que defendian á los infantes D. Pedro y D. Juan, caian éstos sobre la arena sangrienta, entre las revueltas y pujantes haces de la caballería infiel. Conocíase claro que aquella pintura habia sido hecha para satisfacer el orgullo de un moro, acaso descendiente de aquel formidable Aben-Ozmin, que figuraba en primer término arrollando ante su negro bridon de batalla á los infantes vencidos. Los cristianos estaban en una situacion lastimosa; los moros se apoderaban de los pendones castellanos; hacian cautivos, y la feroz embriaguez del triunfo iluminaba con una alegría cruel sus tostados semblantes. Sea como quiera, aquel jactancioso fresco sobre aquellas ricas paredes, sobre aquel pavimento de mosáicos, sobre aquellos magníficos y ostentosos muebles, producia un efecto grandioso, contribuyendo á la majestad del conjunto, y patentizando de una manera indudable la riqueza de la persona que habia sabido enriquecer su morada con tan costosos accesorios.

Durante las horas calurosas del dia, la luz no entraba en aquel aposento sino á través de celosías, cortinas y tapices, y en una entonacion lánguida; por la noche, una rica lámpara velada por pantallas de seda, relegada á un ángulo, se perdia débilmente, sin fuerza para detallar los objetos, dejándolos envueltos en una media tinta fantástica, y los abiertos balcones daban libre paso á un fresco ambiente, saturado con los perfumes de las flores y de los limoneros del jardin cercano.

Al fondo de la cámara y frente á los balcones, tras dobles cortinajes de seda y gasas, se abria un pórtico dorado del gusto del renacimiento, rico en follajes, flores, genios, blasones y adornos, tras el cual y entre accesorios de un gusto y un valor maraviloso, se ostentaba un lecho, que parecia embellecido y destinado por la sensualidad y la molicie para el placer y el descanso.

En el fondo de esta alcoba se abria una pequeña puerta con hojas de cedro, y tras ella un lindísimo y pequeño retrete, en que se habia refinado cuanto faustoso lujo y cuanta belleza puede suponerse en el tocador de una dama dada al culto del amor, de lo bello, de lo elegante, de lo voluptuoso. Mesas de mármol recargadas de magníficos búcaros de porcelana, llenos de flores, entre esos pequeños y lindísimos diges que encierran en costosas materias cuantos perfumes, esencias y cosméticos ayudan á sostener fresca y brillante la hermosura de una dama que sale trasformada, en una ilusion encantadora, de aquel santuario misterioso donde pocas veces entra un marido y donde goza un amante las más delicadas y bellas sensaciones; la más clara

luz de unos ojos elocuentes de dulces promesas; la más pura voluptuosidad de una lánguida sonrisa; el perfume indescribible de unos soberbios cabellos que se contienen mal en las manos de una doncella; la belleza púdica á un tiempo, é incitante, de unas formas que se trasparentan tras leves gasas, y que van ocultándose sucesivamente tras brocados y joyas; la marcha lenta de esa trasformacion de aspecto, ó por mejor decir, de la alianza de lo rico con lo hermoso; la suprema coquetería de esas miradas indescribibles que parecen ocultarse avaras en el foco de un espejo infiel que las refracta maliciosamente sobre los ojos del sér amado; una multitud de encantos, ó por decirlo mejor, un poema completo de goces delicados, íntimos, superiores al frenesí de la pasion, y que solo obtiene uno de esos amantes que llenan á un tiempo el corazon, la cabeza y el orgullo de una mujer; goces, en fin, que no se describen, que se indican mal, y que solo pueden apreciarse en toda su estension en el momento en que se sienten.

Y sin embargo; en aquel retrete tan deliciosamente alhajado, donde la voluptuosidad de las formas producia un ambiente de molicie, donde todo parecia armonizado para el amor por un alma volcánica y entusiasta, jamás habia entrado un amante: aun no habia rechinado sobre sus dorados goznes la pequeña puerta relegada á un ángulo, y al parecer oculta, para servir de entrada al favorito de la caprichosa hada de aquel recinto encantado; ni el gran espejo de Venecia habia refractado más que miradas sombriamente tristes y profundamente inquietas de una mujer desesperada que, contínuamente vestida de luto, si hacia reproducir en él su magnífica figura por un momento, era solo para juzgar si los sufrimientos habian empalidecido una belleza destinada por una tenaz esperanza á un amante que se creia perdido.

Aquella mujer era Lind-Arahj.

Sola y triste, espléndidamente asistida por una numerosa servidumbre, á cuya cabeza, como mayordomo, estaba Alarcon, que habia sido llamado de las Alpujarras, pasaba su vida de una manera fatal, encerrada en aquellas tres habitaciones, las más retiradas y las más bellas de la casa, adonde, solo para asistirla, llegaba Esperanza, la antigua doncella que, sin pretenderlo, habia impuesto la coyunda matrimonial á Gabilan.

Todos los dias Esperanza salia, lloviese, ventiscase ó hiciese buen tiempo; atravesaba las calles que separaban su tienda del palacio de D. Juan, y daba una recia batalla al mayordomo José en averiguacion del paradero de don Juan. Pero José se encogia de hombros, tan aburrido como la doncella; Lind-Arahj aumentaba cada dia un poco á su desesperacion y otro poco á su amor, y al fin de los diez y ocho meses de encierro de D. Juan, podia decirse que su amor y sus sufrimientos la habian puesto loca.

Pero cuando Esperanza, el dia en que D. Juan se presentó de repente en la tienda, salvó á saltos, y palpitante, la escalera de comunicacion; cuando entró pálida, y temblando de alegría, en el retrete de Lind-Arahj, y la dió aquella inesperada noticia, palideció, tembló, se llevó la mano sobre el corazon, como si hubiese recibido un golpe insoportable, se alzó con ímpetu del estrado, y se encaminó por primera vez hácia la tienda; pero á mitad del ca-

mino se detuvo, volvióse lentamente, y se dejó caer en el divan, murmurando:

—¡Nó, nó! ¡hace diez y ocho meses!.... Tal vez el D. Juan de hoy no sea el mismo D. Juan de ayer..... y además..... nuestros amores apenas habian empezado..... nada hay que me autorice, que me disculpe.....antes que todo, es necesario hacerme valer á sus ojos; antes que todo, soy mujer.

Lind-Arahj hizo, pues, lo que hace toda mujer que quiere ser apreciada: se preparó á ocultar su amor en el fondo de su alma, y á no permitir á su semblante ni á sus palabras otra espresion ni otro lenguaje que el de una amistad solícita, pero separada del amor por una línea marcada de indiferencia.

Así es que cuando D. Juan llegó á la casa de Lind-Arahj por la puerta principal á través de los criados, y fué introducido en el recibimiento, mortificóle un tanto el encontrarle desierto y el escuchar la servil y fria fórmula de costumbre, pronunciada por un maestresala:

—Su señoría, mi noble ama, suplica á vuestra señoría la dispense si le hace esperar un momento.

Tras de lo cual y una reverencia en arco salió, no sin haberse doblegado en otra profunda reverencia antes de desaparecer tras de la puerta.

D. Juan se encontró mortificado; se le recibia ni más ni ménos que como á un conocido con quien no hay bastante confianza para prescindir de la etiqueta; y una de dos, ó el amor de doña Elvira no era amor, sino cálculo, ó el *decorum* femenil se sobreponia en ella á la pasion. De cualquier modo, habia en aquella conducta algo superior al amor, tal como D. Juan le necesitaba: como una esclavitud, como una abnegacion, como una idolatría.

Lind-Arahj, por su parte, necesitaba contenerse para presentarse á don Juan despues de un espacio bastante para dejar á cubierto el decoro; desde el momento en que le fué anunciado habia corrido á su encuentro, y de pié, impaciente, con una mano puesta sobre el fiador de una puerta, esperó temblando, de una manera muy semejante á como tiembla una actriz que espera su primera salida ante un público á quien vuelve á presentarse despues de mucho tiempo, y por quien no sabe, ó por mejor decir, no se atreve á asegurar cómo será recibida.

Al fin, despues de un cuarto de hora, dominándose de una manera heróica, empujó aquella puerta, atravesó majestuosamente la cámara, y fué á sentarse en el estrado.

Por mucho que D. Juan hubiese puesto en accion su gigante pensamiento durante su encierro; por más que su genio privilegiado hubiese llegado, adivinándolas, á grandes consecuencias, partiendo de fatales principios; aunque hubiese sondeado y analizado su corazon, y comprendido por él á la mujer; por más que se hubiese familiarizado con su bello ideal, tratándole íntimamente, por decirlo así, en la larga soledad de su prision, y llegado por esta misma familiaridad y por la comparacion del resultado que habia operado en él el amor sin restricciones de Magdalena, á crearse una línea de conducta que él creia invariable para la mujer, le faltaba lo que no reemplazan las más

profundas y exactas teorías: la fuerza, el aplomo y la seguridad adquiridas por la costumbre. D. Juan habia formado su corazon, pero le faltaba el saber ser dueño de su semblante, de su palabra, de su mirada; era, en fin, un estudiante que ha concluido su curso, pero á quien falta la práctica.

Así es, que á pesar de haberse propuesto el aparecer cortésmente frio é indiferente á Lind-Arahj, no pudo reprimir la impresion que le causó su vista.

Lind-Arahj, para recibir á D. Juan, habia sustituido sus lutos por un traje de damasco sencillo, sin bordados ni joyas, pero admirablemente á propósito, por su color, por su corte y por sus adornos, para hacer resaltar su hermosura. Ancho, flotante, escaso para cubrir sus redondos hombros y sus deliciosos brazos, marcaba de una manera incitante sus magníficas formas, plegándose con una hechicera elegancia en torno de su talle, ceñido simplemente por una cinta azul: una camisa de encaje de Flandes, claro y trasparente, se ceñia en una golita rizada alrededor de su cuello, como una débil defensa puesta á la desnudez por un pudor casi vencido, y sobre aquella golita descansaba, arrollándose, un tesoro de brillantes rizos, que de tiempo en tiempo agitaban las auras que, entrando á través de los balcones abiertos en razon del calor, difundia en derredor un esquisito perfume arrancado á aquella magnífica cabellera, y una sola flor, una rosa de Alejandría, resaltaba su purísimo carmin entre el revuelto desórden de los rizos.

Lind-Arahj habia empalidecido como D. Juan; pero como á él la suya, aquella palidez habia acrecido de una manera inmensa su hermosura; por decirlo así, la habia idealizado; y aquellos lábios de un leve color de rosa, entreabiertos y suspirantes por la pasion; aquellos ojos, que brillaban de una manera fija y sobrenatural sobre la mirada asimismo profunda y conmovida del jóven; aquel seno, que se levantaba poderosamente, dilatado por el deseo; el conjunto mágico, en fin, de todos los afectos que se retrataban en aquel divino semblante, produciendo una espresion imposible de hacer comprender, porque no hay lenguaje para ella, desconcertaron á D. Juan, le dominaron, alterando su semblante, y fijando en él la espresion del goce infinito que le causaba la delirante, aunque muda acogida de aquella mujer, que tenia una hermosura bastante para haber hecho fijarse un empeño, y un empeño tenaz, en el alma de D. Juan.

Pero aquellas tan esplícitas espresiones pasaron como pasa uno de esos relámpagos, que producidos por el calor, inflaman instantáneamente el espacio en una noche de verano. Dejaron de estar iluminados aquellos dos hermosísimos semblantes por la llama recíproca de una pasion igual; cada una de sus almas apuró con una delicia indecible aquel tesoro de fidelidad que mútuamente se habian prodigado, y al rehacerse mútuamente, se hicieron para sí la concesion de sus deseos.

—¡Oh! sí,—me ama,—dijo para sí Lind-Arahj; será mi esposo.

—Su alma es mia,—pensó D. Juan;—será mi querida.

Pero como ambos pensasen de un mismo modo, como ignorasen hasta qué punto circunstancias desconocidas podian alterar sus propósitos, se colocaron mútuamente en el terreno de una cortés reserva. Eran dos conquistado-

res empeñados en una misma empresa, y antes de medir sus fuerzas, se reconocian.

—¡Oh, D. Juan!—esclamó doña Elvira de la manera más natural;—¿de dónde salís, qué ha sido de vos?

—Mi vida ha sido muerte, señora,—contestó D. Juan,—porque mi vida es la divina luz de vuestros ojos.

—¡Ah, D. Juan!—esclamó ella afectando una hechicera espresion de incredulidad,—me hareis pensar que habeis pasado este tiempo muy gratamente ocupado, y que las venturas de amor os han puesto tan bien con él, que no acertais á ver sino con sus ojos en todas partes y para todas.

—En cuanto á vos, señora, pruebas teneis sobradas de cuánto os amo..... desde antes de esta fatal enfermedad, que me ha puesto en las inflexibles manos de los médicos.

—¿Y os han hecho sufrir mucho esos miserables?—esclamó Lind-Arahj, en cuyo acento, dulcemente íntimo y ligeramente tembloroso, se revelaba la emocion que en vano pretendia contener.

—Me han robado, señora, cuanto puede hacer aceptable la vida,—contestó con acento profundo D. Juan;—me han reducido á un rabioso estado de impotencia y desesperacion; me han trasformado entre sus manos, y han endurecido mi corazon, le han hecho de diamante.

—¡Ah! ¡os han atormentado!—esclamó ya sin reserva Lind-Arahj, revelándose como la mujer enamorada que se estremece ante la pintura de los sufrimientos del sér que ama.

—Han torturado mi alma, señora; me han alejado de todo cuanto amo; me han imposibilitado de correr á una lid donde han debido brillar todas las nobles espadas de España; me han hecho perder una á una la fragancia de esas hermosas flores del alma, que se llaman ilusiones, y me han arrojado al mundo, disecado, muerto, como un cadáver viviente..... pero acaso lo exigia mi salud.

—¡Vuestra salud! ¿Me haceis la ofensa, D. Juan, de recatarme, á mí, que soy vuestra amiga, vuestra más tierna amiga, lo que pueda haberos acontecido durante ese funesto y largo plazo que habeis pasado en una prision..... aherrojado tal vez, insultado, acaso despedazado por la tortura?....

Lind-Arahj pronunció sus últimas palabras como un gemido.

—Escuchad, señora,—dijo D. Juan, y tened presente que estaba resuelto á que nadie vislumbrase jamás esa prision, que me ha herido en mi voluntad y en mi orgullo.

—¿Conque era verdad?

—Sí, es verdad, señora.

—¿En la Inquisicion?

—En la Inquisicion.

—¿Y de qué os acusaban?

—De nada.

—¡Oh! Si de nada os acusaban, no os habrán preguntado nada; no os habreis visto en el caso de negar, y.....

—El tormento, señora, hubiera sido inútil para mí; hubiera muerto sin

acusarme, mintiendo, en el caso de que mi enemigo hubiera sido tan infame que hubiera querido asesinarme.

—Y..... ¿quién era ese enemigo, D. Juan?

—Lo ignoro, señora.

—Y yo lo sé..... yo le vi..... vi prenderos la noche del mismo dia en que prendieron á una mujer, y en el mismo sitio en que ella fué presa..... acaso esa mujer.....

—Esa mujer, señora, era una pobre mujer; un devaneo sin consecuencia, al que un fraile hediondo quiso dar importancia; esa mujer no existe.

—¡Que no existe!

—Hoy ha habido un auto de fé, señora.

—¡Oh! ¡qué horror! ¿Y habeis visto morir impasible á una mujer á quien habeis amado?

—Ya os he dicho, señora, que aquello era un simple galanteo ménos que eso; una cómica, una bolera, una de esas mujeres cuya posesion se compra por lujo; una mujer á quien se arrojan á un tiempo oro y desprecio.

—¡Oh! ¿Dónde habeis adquirido esas costumbres, D. Juan?

—¡Costumbres corrompidas! ¿No es eso lo que quereis decir, señora? Teneis razon, y vuestra pureza no concibe cómo en un país donde se lleva el rosario junto á la espada, donde se exagera el decoro, donde tan duramente se juzga á la mujer, existan hombres que se llaman católicos y caballeros, y que sin embargo se disputan los viles favores de una miserable prostituida, enlodada con todas las impurezas, y afeada con todos los vicios; una mujer que, por más que cubra las apariencias, no es otra cosa que el sepulcro blanqueado de que habla el Evangelio; y sin embargo, yo que adoro la pureza, yo que rindo á Dios un culto entusiasta, yo que ambiciono en la mujer de mi amor el trasunto de un ángel, he caido en el lodazal como todos, y he perdido, ó por mejor decir, he aparentado perder mi tiempo en miserables devaneos; y es que existe una cosa fatal á la que cede con facilidad el que entra sin esperiencia y con malos tropiezos en el mundo, y esa cosa fatal es la costumbre.

—Costumbre en la que habreis perdido la flor de vuestra alma, D. Juan,—dijo dolorosamente Lind-Arahj;—costumbre á la cual debereis tal vez la adquisicion de un pobre concepto de la mujer, el sentimiento vulgar del amor.

—He cedido al orgullo, señora,—contestó D. Juan,—y le he cifrado en el vencimiento de una apuesta; pero despues que he vencido, he desdeñado el triunfo, me he alzado del lodo, y me he levantado sin mancharme á la pura region en la cual únicamente podia encontrar vuestro amor.

—¡Mi amor! ¡mi amor! ¿Es acaso esta palabra el resultado de una apuesta que habeis empeñado con vos mismo?

—Es decir que creeis.....

—Creo, D. Juan, que no debiais llamar más que empeño al sentimiento que os inspiro.

—Empeño, sí, teneis razon; tengo empeño en hacerme amar de vos, porque solo amándoos, y siendo amado, puedo ser feliz.

—Segun vos, y concediendo que me ameis, la felicidad se cifra en el amor.

—El amor, señora, es la primera necesidad del alma; el amor nos produce y al amor vamos; por él vivimos: un espíritu sin amor es un espíritu condenado, porque el amor es el cielo.

—Muy libre andais en rendir un culto idólatra al amor para ser familiar del Santo Oficio.

—¡Idolatría! ¡nó, señora, nó! Obedezco la eterna ley de la naturaleza: marcho de frente al fin para que he sido creado; amo, porque he recibido al nacer el gérmen del amor.

—¿Y si yo, D. Juan, os negase ese amor, al ménos para mí?

—Negariais una verdad que brilla en mis miradas, que resuena en mi voz, que late en mi corazon, que arde en mi alma.

—¡Verdad! ¡ilusion! fantasma encendido mientras huye, pero que desaparecerá desde el momento en que se convierta en una realidad; creo conoceros, D. Juan, y creo que lo que vos llamais amor no es otra cosa que un fatal deseo, que hará horrorosamente desdichada á la mujer que sea su objeto.

—¡Oh, señora!....

—Escuchad,—dijo Lind-Arahj, inclinándose hácia D. Juan hasta el punto de hacerle aspirar de una manera fuerte el perfume de sus cabellos:—en vos, el deseo es la existencia; donde quiera encontreis la mujer, la gloria, el mando, tendereis la mano para apoderaros de ellos, y si os huyen os obstinareis; vencereis siempre, porque habeis nacido para vencer, pero despreciareis lo que habeis ambicionado en el momento en que sea vuestro, y correreis de nuevo tras otros empeños: nada os importará que queden tras vos corazones destrozados, desesperaciones incurables, ilusiones marchitas; vuestro destino es destruir, y destruireis..... yo os lo aseguro.

—Y permitidme, hermosa doña Elvira, ¿á quién debeis ese juicio?

—Lo debo, D. Juan, á la esperiencia.

—¿Esperiencia de mí en amor? ¿Acaso he sido tan dichoso que haya escuchado de vuestros divinos lábios la confesion de esa inapreciable ventura? ¿He podido ser tan insensato, tan miserable y tan ciego, que habiendo podido guardarla como un tesoro, la haya, no diré desdeñado, pues la sola suposicion de desden tratándose de vos es una blasfemia, sino despreciado en todo lo que vale, en toda la suprema felicidad que encierra?

—¡Oh! desdichada de la mujer que ama y cree; desdichada de la infeliz que, perdida la paz de su alma, desespera; infeliz de la que os ha ambicionado, D. Juan, os ha abierto su alma vírgen, y os ha debido desengaños y amargura.

—Es que vos no podeis quejaros de eso..... porque hasta ahora, quien espera y desespera soy yo.

—Pero vive Inés de Ulloa, D. Juan; vive con el jóven corazon despedazado; vive devorando en silencio el desesperado amor que la habeis inspirado, y en su inmensa desgracia es donde yo he aprendido lo fatal de vuestros amores.

Lind-Arahj habia tendido un lazo á D. Juan; tenia celos de Inés, celos crueles; habia querido probar cuanto aquellos celos eran fundados, y los sintió desarrollarse en su alma, nó ya como una sombra vaga, sino como una

realidad, ante el fugitivo color que aquel ataque no esperado enrojeció, como el reflejo de una conmocion interna, el semblante de D. Juan.

—¡Inés de Ulloa!—esclamó Tenorio reponiéndose;—¿y habeis creido amor una ilusion de niño, uno de esos primeros y débiles presentimientos del amor, que pasan con la misma facilidad que se conciben?

—Dejando tras sí un corazon jóven y puro, lacerado y escarnecido en la aurora de la vida..... Habeis sentido hácia doña Inés, que es un ángel de pureza y de hermosura, un principio de afecto, y no la habeis amado con toda vuestra alma..... es, D. Juan, que no sois capaz de amar; es que el amor es un sentimiento demasiado esquisito, demasiado dulce, demasiado íntimo para que pueda hacerse sentir en vuestro corazon endurecido por una voluntad exigente y por un sentimiento de independencia que os hace rechazar todo lo que puede enlazarle á un afecto dominante, por más embellecido que esté el yugo; es, D. Juan, que habeis nacido para hacer la desgracia de los que os amen; es que no me habia engañado, D. Juan, y he sido una necia en tener..... celos de doña Inés..... sí, celos..... ¿qué me importa que sepais de mi boca que os amo, como lo habeis sabido por mi pluma?.... Si eso halaga vuestro orgullo, gozad, D. Juan; si es que mis amores pueden enorgulleceros, gozad, sí; pero sabed que este amor.....

—Me hará feliz, el más feliz de todos los hombres, señora,—esclamó don Juan, apoderándose de una mano de Lind-Arahj, y llevándola apasionadamente á su boca.

Lind-Arahj se sintió morir al contacto de aquellos ardientes y temblorosos lábios; pero dominada por sus celos, retiró la mano de una manera enérgica, y miró severamente á D. Juan.

—Hubo un tiempo—le dijo—en que soñé partir con vos una felicidad inmensa, la felicidad del amor de esposa; hoy, D. Juan, nada espero de vos, y me resigno á la suerte de Inés; desde hoy no os voleré á ver más, y sufriré en silencio el castigo de haber cedido á deseos insensatos que todo parecia prohibirme: mi hermano tenia razon: despues de amaros, no me queda más esperanza ni más porvenir que un claustro.

—Vos sereis mia,—dijo D. Juan, reclinándose negligentemente en su sillon, y arrojando sobre Lind-Arahj un torrente de fluido magnético, emanado de sus ojos por el deseo.

—¡Vuestra! ¡vuestra, D. Juan!—esclamó ella estremeciéndose;—¡vuestra! no me atrevo á profundizar en la intencion de vuestras palabras, porque una sospecha cruel me contiene; porque creo.....

—¿Acaso no creeis en mí, señora?....

—Temo que llameis amor á un empeño.

—Tengo empeño, sí, empeño en vencer esa misteriosa y tenaz resistencia que os separa de mí cuando vuestro corazon os impele á mis brazos; quiero ser para vos el único pensamiento, el único deseo, el único fin; quiero que me lo sacrifiqueis todo: corazon, alma, razon, porvenir; quiero, en fin, teneros por completo, sin voluntad loca, ardiendo en la llama inestinguible de mi amor; quiero probar en vos, señora, ese placer infinito que nadie ha probado; ese placer que es un tósigo lento y dulce, que nos mata, conduciéndo-

nos lentamente entre un mar de inefables delicias de la vida á la eternidad; quiero, en fin, dilatar en vuestra alma enamorada esta alma inmensa que comprimida, inquieta, rugiente, se revuelve dentro de mí, me tortura y me hace sufrir un infierno en la tierra; quiero apagar en vuestros lábios y sofocar en vuestros brazos este incendio sombrío en que arde mi alma sin esperanza; quiero probar hasta dónde llega lo inmenso de mi amor confundiéndolo con el vuestro.

Lind-Arahj, arrobada, ébria de amor, abandonada á la mirada, á la palabra y al pensamiento de D. Juan, como una barquilla que arrastra el huracan sobre un mar tempestuoso, hacia sentir al jóven todo el poder de su inmensa pasion, toda la magia de su incitante hermosura, embellecida por el deseo. Lind-Arahj absorbia sin reserva, en la encendida mirada de sus negros ojos, la audaz mirada de D. Juan, y se estremecia, vacilaba, se sentia sin voluntad, esclavizada por el poder de la hermosura y por el imperio de la palabra de aquel hombre, que era para ella en amor el principio y el fin, y se sentia arrastrar insensiblemente hácia él; hubo un momento en que sus ojos irradiaron una llama sobrenatural, se entreabrió su boca en un gemido indescribible, abrió los brazos, se dejó caer en los de D. Juan, y devoró sobre sus lábios un beso inmenso, satánico, abrasador; D. Juan sonrió enorgullecido por el triunfo, pero de repente su faz se nubló con una palidez siniestra, la cólera estremeció su corazon, y sus lábios lívidos y convulsos contuvieron mal una palabra del señor irritado que manda á un esclavo rebelde. Lind-Arahj apenas habia tocado á sus brazos, cuando le habia rechazado lanzándole de una manera brusca lejos de sí; la conciencia, el honor, el pudor, se habian levantado de repente del fondo de aquella alma tan combatida, tan escitada, y las terribles palabras, escritas por la mano moribunda del infante Sidy Atmet, recordándola sus deberes, habian retumbado en su oido lúgubres, inmensas, amenazadoras.

Al estado de delirio que revelaban antes las miradas, las palabras, el aspecto de Lind-Arahj, sucedió la espresion de cansancio y de languidez del que, acometido por una afeccion terrible, torna en sí destrozado, jadeante, sin memoria de sus padecimientos, pero sintiendo aun sus efectos. Lind-Arahj se sentó de nuevo en el estrado; pasó por su frente, cubierta de sudor, su blanco pañuelo de Cambray, y sin temor ya, serena, indiferente, como si se hubiese trasformado en otra mujer distinta:

—¡Oh! perdonadme, D. Juan,—le dijo,—si os he hecho testigo y acaso parte de uno de los dolorosos momentos en que la razon me abandona, y entra de lleno en la terrible enfermedad que me ha aquejado durante diez años; perdonadme si mi locura os ha engañado, haciéndoos tal vez creer lo que no existe; ya os lo he dicho, solo el retiro del claustro puede curarme..... ú ocultar en su oscura soledad los restos de una fatal dolencia.

—¿Es decir, señora, que sois y no sois á un mismo tiempo? Permitidme que me asombre, y que ponga en duda esa locura á que apelais para defenderos; en vos, no puedo dudarlo, existe para mí tanto amor como el que mi alma atesora para vos, y si luchais, si le conteneis, no es por cierto porque vuestra razon flaquee..... es acaso..... no sé..... os lo repito: me asombran

vuestro temor, vuestra lucha..... ¿acaso existe algo entre los dos que haga ese amor imposible? ¿ó por ventura hay imposibles para el amor?

—Sí, D. Juan, sobre el amor está el orgullo.

—¡Ah! el orgullo.....

—Sí; ¿acaso vos os arrastrariais por el lodo, os mancillariais, hariais el sacrificio de vuestra vanidad por una mujer? Nó, D. Juan, antes que todo somos nosotros para nosotros mismos, y solo un alma vulgar, una mujer que no ama, puede satisfacer su deseo sobre lo esclusivo de su amor, sobre lo honrado de su nombre.

—Confesais, en fin, que no es una locura.....

—¿Y quién os ha dicho que no sea un amor insensato el que me ha arrastrado á confesaros mi amor, el que casi me ha hecho vuestra?

—¿Y creeis, señora, que siempre vendrá á vuestro socorro el orgullo?

—Siempre, D. Juan, me apartarán de vos la dignidad y el egoismo, porque yo, lo sé bien, no puedo contar con vos sino como con el amante de un dia. Os conozco por mi desgracia. Lo que ahora es un sufrimiento, mañana seria una desesperacion inmensa que romperia mi alma. Yo no he debido ceder ni aun á demostraros mi amor; yo he debido esperar al ménos á que el deseo os arrastrase hasta tomarme por esposa, y entonces hubiera aceptado el martirio de vuestro amor, hubiera caido destrozada, pero honrada, noble y pura. Os lo juro, D. Juan, las mujeres de mi raza no han nacido para mancebas..... es imposible: el sentimiento de esa afrenta apagará siempre mi pasion, y me defenderá; y si me amais, D. Juan, de esa manera fatal, si sufrís como yo sufro, si os obstinais como yo me obstino, la lucha será larga, tenaz, igual por entrambas partes..... y nunca vencida; lucha en que gastaremos nuestro corazon y nuestras fuerzas, y que quizá convierta en odio nuestros amores. De vos nace esa lucha, porque las exigencias están de vuestra parte, y por la mia os afirmo, D. Juan, que os habeis empeñado en un imposible.

—Podrá suceder, señora; pero es necesario que me escucheis, para que podais juzgar de que no es mi carácter, sino mi destino, el que me impide el caer á vuestros piés y acabar la lucha ofreciéndoos mi mano.

Lind-Arahj bajó la cabeza, se contuvo un momento á duras penas, y rompió á llorar.

—¡Perdonadme, señora, perdonadme! —esclamó D. Juan;—sé cuánto desgarro vuestro corazon; pero, creedme: el matrimonio no se ha hecho para mí; hubo un tiempo en que hubiera arrojado mi mano y mi corazon á una mujer; pero aquella mujer hubiera sido horriblemente desgraciada: mi espíritu no puede sufrir nada que le domine, que le ate; he nacido para vivir libre como el aire, para estender las alas á mi voluntad, sin rumbo fijo, adonde me lleve mi destino: hoy á la guerra, mañana al amor: yo no pertenezco á la raza de esos hombres de que se hacen maridos; creo que casarse es comprar una mujer al precio de la libertad, y yo, ni vendo la mia, ni quiero amor comprado. Mi alma, capaz de todos los sacrificios, ante ese solo no cede, y armado del más profundo desprecio para el mundo, quiero que los que me amen le desprecien como yo. Os adoro, señora, y os lo juro, sereis

mia, y tan mia, que llegará un momento en que direis con orgullo: «Yo soy la amante de D. Juan; D. Juan es mio;» y lo seré, señora, pero por mi libre voluntad.

—Habeis jurado que seré vuestra amante, y lo seré tal vez, D. Juan,—esclamó Lind-Arahj;—pero si lo soy, si por vos lo olvido todo, todo lo que me robeis os lo cobraré. Entre tanto, os suplico que por esta noche me dejeis, D. Juan; cuando os plazca, venid; siempre me encontrareis consagrada á vuestra amistad: enamoradme en buen hora; os autorizo; poned en práctica todos vuestros medios de seduccion; quiero probarme; quiero saber hasta dónde llega mi fuerza de voluntad.

D. Juan se levantó; besó tranquilo, sonriendo y de una manera ceremoniosa una mano de Lind-Arahj, y salió; apenas habia llegado á la antecámara, cuando su rostro se nubló.

—Creo—dijo para sí—que esa mujer, á pesar de su insensato amor, es mi imposible.

—¡Oh!—esclamaba al mismo tiempo Lind-Arahj;—D. Juan no podrá jactarse de que es mi amante, pero tampoco será mi esposo.

Brilló su mirada con una espresion en que se leia una resolucion decidida; sonrió lánguidamente, llamó á Esperanza, se metió en el lecho, y soñó con los amores de D. Juan.

Al dia siguiente recibió un billete, en que éste la convidaba al baile que daba en su palacio aquella noche.

CAPÍTULO VII.

De cómo fué el baile de D. Juan.

La noticia de que D. Juan habia recobrado la salud cundió con un éxito maravilloso en los altos círculos de Madrid; las damas se sintieron sobrecogidas por un dulce temor, y los hombres palidecieron, y casi casi se aterraron. Habia dado tan buena muestra de sí nuestro héroe en los seis meses que precedieron á su prision; habia sido tan seductoramente galan con las unas, tan hidalgamente feroz con los otros, que su nueva aparicion debia necesariamente causar, y causó, una impresion profunda en la sociedad en que habia quedado tan fijo el recuerdo de las escentricidades de D. Juan.

Pero lo que sublimó hasta el frenesí á aquella impresion fueron los billetes de convite que lacayos vestidos de gran librea circularon por palacios y casarones pertenecientes á los altos conocimientos de D. Juan. Como José habia muy bien previsto, las damas se sobrecogieron al medir de una ojeada el pequeño espacio que se las concedia para atender á lo que en una mujer que pasa por elegante constituye lo más grave, lo más delicado, lo más importante de su vida: el efecto de su adorno. D. Juan causó, sin quererlo, una verdadera revolucion, de que fueron víctimas, primero el bolsillo de los maridos, y luego los piés de las doncellas y las manos de las costureras; solo despues de cubierta la primera y urgente necesidad del traje y del adorno, se entró en la discusion de las causas que pudieran presidir al pensamiento de D. Juan. ¿Por qué daba un baile un hombre rico, hermoso y soltero; y sobre todo, por qué incluia de una manera esplícita en los billetes á los hombres el nombre de sus hijas, de sus hermanas y de sus esposas? Indudablemente D. Juan queria elegir en un pleno concurso una esposa ó una querida, ó

acaso ambas cosas á la par; por lo tanto, el baile, en rigor, no era baile, sino una esposicion, un certámen de hermosura, elegancia y talento, en la que debia ser juez el esquisito gusto de D. Juan.

Los maridos y los padres habian comprendido lo propio, y por lo tanto, ninguno de los primeros hubiera vacilado en negarse al convite, á no impedirlo el temor del ridículo que esta resolucion debia causar necesariamente; y ninguno de los segundos, engañados por el amor paterno, dejó de concebir esperanzas de que el candor ó la agudeza, la hermosura ó la gracia de sus incitantes vástagos fueran bastantes para aportar á su casa las ventajas de un enlace con un hombre tan noble, tan poderoso y tan rico como D. Juan Tenorio.

Pero el estado de D. Juan, por una circunstancia en que éste, descuidado siempre, á pesar de su alcurnia y de su posicion, de las exigencias sociales, no habia reparado, hacia en cierto modo casi imposible el baile, atendida la rígida etiqueta, que emanada de las altivas costumbres de la casa de Austria, constituyó el grave carácter que distingue aun á la nacion española. D. Juan era soltero; á más de soltero, solo: nadie, ni una parienta, que aunque hubiera sido respetablemente vieja y horrorosamente fea, hubiera bastado para hacer de una manera oficial los honores de la casa á las damas, podia autorizar la presencia de éstas en un sarao, cuyo convite se hacia por un hombre, á cumplirse rígidamente la etiqueta. D. Juan no hubiera oido las graves notas de la danza, ni los vivos y voluptuosos acordes de la zambra y del bolero, bailes moriscos, de los cuales no se desdeñaban para fin de fiesta, por decirlo así, las más graves y rígidas hermosuras; y decimos que no los hubiera oido, porque en aquel caso su sociedad se hubiera reducido á hombres, cosa que hubiera hecho árida y horriblemente monótona aquella fiesta, para cuyo esplendor se habian invertido en veinticuatro horas muchos miles de doblones.

Pero existe en la sociedad una frase tan elástica, tan acomodaticia, que todo lo salva y á todo se adapta: esta frase, de creacion moderna, no se conocia entonces; pero como los pensamientos han sido, son y serán siempre los mismos antes, ahora y luego, comprendióse que aquello era una magnífica *escentricidad* (y hé aquí la frase) á que entonces llamaron *donosa rareza*; y una vez considerado el convite bajo este aspecto, se rompió por cima de las costumbres, se atropelló la etiqueta, y despues de una ligera discusion en cada familia, acontecida en el momento inmediato á la lectura del billete, los hombres aflojaron la bolsa, y las mujeres se dedicaron á la gran empresa de hacer una obra enorme en elegancia en el angustioso término que se les concedia.

Á disponer nosotros de la paciencia de nuestros lectores, nos desviariamos un tanto del asunto para relatar algunos apuros visibles, algunas nonadas desesperantes, que alteraron matrimonios y familias en agrias disputas, quejas y reproches sobre la culpabilidad de un descuido ó de una demora, que hacian esperar con un afan palpitante un adorno, un traje, un velo ó un aderezo en la hora precisa, afanes que solo conciben las mujeres que se han visto en tales apuros, y los maridos que han probado que el amor más apa-

sionado es en muchas ocasiones un asunto vulgar y secundario, que por lo ménos queda en suspenso y postergado, quizá al más inútil y pobre detalle de un prendido; porque como dijo Salomon, *vanitas vanitatum et omnia vanitas.* Hay sus dudas de si en estas profundas palabras no tuvo otra intencion aquel magnífico rey de la escritura que retratar de un solo rasgo á la mujer.

D. Juan habia puesto, pues, en revolucion á toda la belleza militante de la imperial y coronada villa; habia hecho cruzar más de un pensamiento encendido por algunas hechiceras y magníficas cabezas, y despertado una esperanza ambiciosa en más de un padre, un tutor ó de un pariente; creiase que D. Juan, siempre *escéntrico*, ó como se decia entonces, siempre *singular*, queria hacer pasar en muestra por delante de sí, como ya hemos dicho, una esposa y una docena de queridas. Era imposible que certámen en que se aspiraba á un premio tal como D. Juan, no estuviese concurridísimo, y sobre todo brillante.

D. Juan, sin embargo, no habia pensado en el tal baile, sino bajo el dominio de su orgullo: acontecia entonces, que como ahora un grande empeñado se despide para Paris y se esconde en Vallecas, ó cuando más se aleja de incógnito á Vizcaya, en cuyo escondite, por decirlo así, permanece mientras sus rentas se desempeñan un tanto hasta ponerse en disposicion de volver á ser empeñadas; del mismo modo acontecia entonces que más de un rico mayorazgo, cuyas relaciones se habian hecho demasiado íntimas con judíos ó genoveses, que venian á ser una misma cosa, se alejase por algun tiempo de la córte para encerrarse con algunos criados tras los viejos paredones solariegos de un antiguo castillo, no sin despedirse para Italia, Alemania ó Flandes.

D. Juan temió por esto que se interpretase maliciosamente su enfermedad, y se achacase, á más de los motivos, cuya suposicion ya le habia inquietado, á falta de medios, y se propuso gastar tanto y de tal manera en un solo dia, que no quedase género de duda de que su enfermedad no habia sido un pretesto al ménos por aquella causa.

A más de esto, y para aumentar el lujo de los gastos, D. Juan hizo anunciar entre el pueblo que aquel mismo dia se daria una cuantiosa limosna á todo pobre que se presentase á su mayordomo durante las primeras horas de la mañana; y como entonces era una época de guerra, en que los advenedizos pululaban por todas partes, en que la opresion, matando la industria, producia un gran número de mendigos, en que la guerra civil de las comunidades habia arruinado muchas familias, y la rigidez con que eran tratados los moriscos y los judíos acrecia la miseria, matando sus artes y paralizando sus capitales, de aquí que acudiese una inmensa y hambrienta multitud, á cada uno de cuyos individuos se dió un pan y un ducado. La cifra total de esta limosna llegó á ser enorme, puesto que se daba sin exámen á todo el que pedia, y á veces con repeticion en una misma persona.

Aquello no era caridad, sino orgullo; pero D. Juan llegó á su objeto: si alguien pudo sospechar que el mal estado de sus intereses le habia obligado á ocultarse, hubo de confesarse engañado ante la vista de aquel rio de plata,

que brotaba de las arcas, al parecer inagotables, del jóven. Sin embargo, como para todas las suposiciones hay razones plausibles contra todas las pruebas, hubo quien afirmó que D. Juan no habia estado enfermo, sino en América, de cuyo suelo riquísimo y vírgen habia traido tesoros inmensos.

Esta duda, este misterio, al que daba una deslumbrante y fantástica brillantez el insensato despilfarro de D. Juan, alborotaron la córte, le pusieron á la cabeza de todas las notabilidades, y el nombre de Tenorio llegó á ser la representacion de todo lo rico, lo generoso y lo bello, segun se conciben estas cualidades desde el punto interesado en que se coloca para juzgar á los hombres el mundo.

Atraida, pues, por la fama de este acontecimiento, una gran multitud de desocupados y curiosos invadió el monte de Leganitos, y pasó bajo la sombra de los árboles cercanos todo el dia avizorando aquella casa, en que hervia una servidumbre tan espléndida, entre una multitud tan harapienta como la que inundaba su zaguan en demanda de una tan buena limosna como la decretada por D. Juan; viéronse con asombro á la caida de la tarde penetrar por aquella puerta asturianos cargados con angarillas de viandas, como se habian visto durante el dia, tapiceros acompañados de carros llenos de adornos y muebles; se admiraron los trenes que se lavaban en el patio y los caballos que se sacaban á tomar el fresco en la parte esterior de la casa. Pero en lo que nadie reparó, porque en verdad no era cosa reparable, fué en un hombre vestido de negro, que rompiendo con ciertos fueros y brutalidad entre la gente, se entró por el zaguan adelante, y se perdió por el emboque de las escaleras.

Sigamos á aquel hombre que llegó á la primera antecámara, se hizo anunciar á D. Juan Tenorio, y que fué introducido en el momento, como si hubiese sido esperado con deseo.

Cuando aquel hombre llegó al retrete de D. Juan, éste acababa de vestirse; llevaba simplemente un traje de terciopelo negro sin adornos, abierto en el cuello y orlado en éste y en las mangas por un rico y blanquísimo encaje. La única joya que llevaba era una cadena de brillantes sobre los hombros, con una placa en que estaba esmaltada la cruz de Santiago; pero aquella joya valia un tesoro.

Al entrar el hombre de lo negro, D. Juan despidió á sus ayudas de cámara, y quedó solo con el recienvenido.

—No me habia engañado,—dijo mirándole fijamente,—servís al Santo Oficio.

—Tanto le sirvo,—contestó bruscamente el otro,—que solo por mandato de su señoría ilustrísima el inquisidor general, he consentido en volver á ver á vuestra señoría.

—¿Y en qué os fundais para esquivar mi presencia, maese Andrés?

—En que sin duda os obstinareis en saber de mí cosas que ignoro y que no revelaria, aunque me fuesen conocidas.

—¿Es decir que tratais de ser fiel á un hombre que ya no existe?

—Pero existe mi cuerpo sobre la tierra y su oro dentro de mis arcas. Sin él, que me salvó del Santo Oficio.....

—¡Hola! Habeis sido hereje.

—He tenido la desgracia de no ver siempre la luz del Evangelio, y esto es otro motivo de agradecimiento en mí para Fray Tomás: él me convirtió á.....

—A su provecho.

—¡Cómo! ¿Seriais capaz, señor, de pensar mal de ese santo?

—Lo sé todo, Sr. Andrés Ceballos, y si no lo supiera no os hubiera llamado. Ignoro, sin embargo, hasta qué punto hayais estado ligado con Fray Tomás; pero cuanto más fuertes hayan sido esos vínculos, con tanta mayor razon os vereis obligado á trasmitir á mí todos los deberes á que con él estábais comprometido, puesto que soy su albacea testamentario, ó por mejor decir, si así me place, su heredero.

—Confieso á vuestra señoría que ignoraba.....

—Ved, pues,—dijo D. Juan, sacando un pliego sellado, lleno por las cuatro llanas de letras y terminado por tres signos y otras tantas firmas de escribanos;—ved y aseguráos de lo que sin duda os parece muy estraño, porque segun noto, Fray Tomás, para servirse de vos, os ha revelado una parte, pero nó el todo de sus secretos.

—¿Y cuándo ha recibido vuestra señoría este documento?—dijo Andrés Ceballos, fijando en D. Juan una mirada tan profunda que le hizo palidecer á impulsos de la cólera.

—Creo que os permitís desconfiar de mí.

—Nó, nó, señor, no desconfio del honor y de la verdad de las palabras de vuestra señoria; pero sin embargo, hay aquí algo que yo, conocedor del carácter de Fray Tomás, no comprendo; os nombra su heredero universal, cuando existe una persona con quien tiene contraidas grandes deudas.

—¿Doña Inés de Ulloa?

—Tened presente que yo no he nombrado á doña Inés, pero puedo hacer referencia *á su padre* D. Gonzalo de Ulloa.

A su vez D. Juan miró de un modo intenso á Ceballos; habia pronunciado la frase *su padre* con un acento y una intencion, que tenian mucho de estraño.

—Ayer antes de morir, Fray Tomás me espresó terminante cuanto era su voluntad el que yo tomase por esposa á doña Inés, y hoy un escribano ha venido á poner en mis manos ese testamento, que no es otra cosa para mí que el dote de esa noble y hermosa señora que se me entrega de antemano. Yo no os aseguraré cuanto mi corazon pueda aceptar ó resistir ese enlace, pero sí que para decidirme á él, necesito salir de dos dudas, en cuyo esclarecimiento podeis ayudarme.

—¿Y cuáles son esas dudas, señor?

—En primer lugar, vos no ignorais que mi corazon y mi mano están empeñados á otra mujer.

—¿A doña Magdalena, señor?

—A doña Magdalena, sí,—contestó D. Juan palideciendo de emocion.

—Pero ¿ha meditado vuestra señoría lo que á ser posible, á realizarse ese enlace, opinaria de él el mundo?

—No os he pedido consejo, Andrés,—dijo severamente,—y no os he autorizado á aventurar palabras acerca de una mujer que es ya para mí y para Dios mi esposa. Lo que quiero es que me digais, puesto que debeis saberlo, dónde está, qué es de ella.

—Aunque quisiese, señor, no podria. Fray Tomás, para la prision de esa dama, no contó conmigo.

—Pero indudablemente contó con alguien; y para que ese alguien sea encontrado y preguntado, es para lo que os necesito.

—Lo que puedo asegurar á vuestra señoría es que no está doña Magdalena en la Inquisicion.

—Poco me importa donde esté si lo sé al fin; por lo tanto, buscad á los hombres que acompañaron á Fray Tomás cuando fué presa, y seguid por ellos el rastro; nada os importe el gastar; en cualquier parte donde os encontreis tendreis carta abierta para pedir dinero por la cantidad que necesiteis. Encontradla, y nada me importa cuanto cueste.

Quedó un momento pensativo Ceballos.

—Pero, ¿y doña Inés?—dijo.

—Si doña Magdalena ha muerto, se ha casado ó se ha hecho religiosa, os juro que me casaré con doña Inés.

—¿Sabe vuestra señoría que las capitulaciones matrimoniales entre esa dama y D. Pedro de Avendaño fijan su casamiento para de aquí á seis meses, y que una circunstancia cualquiera puede hacer que ese matrimonio se efectúe en una hora?

—Porque lo sé es por lo que os he dicho que me es necesario salir de dos dudas, y que cuento con vos para ello: en cuanto á la primera, ya os he espresado lo que siento; en cuanto á la segunda, necesito saber hasta qué punto sea odioso ó grato á doña Inés su casamiento con D. Pedro, y que necesito saberlo por mi mismo juicio para obrar en su conciencia. Vos, sin duda, podreis facilitarme el salir de esa duda aproximándome de una manera conveniente á doña Inés.

Quedóse un tanto pensativo Ceballos.

—Os prevengo—le dijo D. Juan—que me contrarian mucho las vacilaciones.

—Perdonad, señor, pero sois un misterio para mí; un misterio que no he podido desvanecer, á pesar de mi esperiencia, en año y medio que os he tenido bajo mi mano, y que me hace temblar por doña Inés.

—Vuestros escrúpulos, pues, me obligarán á que yo ceda esta herencia á D. Gonzalo de Ulloa, y levante mano enteramente de este asunto.

—Estoy dispuesto á servir á vuestra señoría.

—¿Buscando á doña Magdalena?

—La buscaré.

—Y ¿poniéndome en contacto con doña Inés?

—Podreis llegar hasta ella por medio de mi mujer, que la asiste desde el momento en que, para serviros, me fué necesario encerrarme en la Inquisicion.

—Tened presente que no me gustan las posiciones falsas, que me fatigan las sorpresas y me repugnan los escándalos.

—Sin pasar de mañana, diré á vuestra señoría el medío seguro de ver sin testigos á doña Inés.

—¿Y cuándo partireis en busca de doña Magdalena?

—Mañana.

—En ese caso, idos y volved; entonces os daré mis órdenes y carta para que se os facilite dinero donde quiera que vayais.

—Hasta mañana, pues, señor.

Ceballos salió, D. Juan guardó el testamento de Fray Tomás, dió el último toque á su atavío, y se encaminó al gran salon de recibo.

Hasta entonces puede decirse que no habia visto nada de la renovacion de su salon, ni empleó en su exámen más que una rápida mirada. José habia puesto en accion una multitud de elementos, habia desplegado ese lujo de contrastes que hacen tan rico el gusto oriental, y habia operado una de esas trasformaciones que, hechas con tiempo, honran siempre al que las ha concebido, y que realizadas en veinticuatro horas, constituyen una maravilla. Brillaba la luz por todas partes, partiendo de riquísimas y costosas lámparas, sobre tapicerías flamencas, porcelanas, muebles dorados, cortinajes de seda y tul, divanes de brocado y alfombras de terciopelo de seda, de lana, blancas las unas, caprichosamente labradas las otras, muelles y vigorosamente matizadas todas ellas; habia reposteros de un valor infinito en la gran cámara destinada para el refrigerio, como se decia entonces, porque más satisfechos de la riqueza de nuestro lenguaje, no habian necesitado aquellos españoles apelar al dialecto francés, y no se usaba ni se soñaba en usar ninguna frase de allende los Pirineos: refrigerio entonces significaba lo que hoy *ambigú*, y un sarao lo que hoy se llama, hasta por las criadas que se reunen fuera de la puerta de Atocha, *soirée*. Viviase y gastábase entonces á la española, mandábase á la española, conquistábase á la española, y se tenia orgullo á la española; nadie habia pensado entonces que existiese un modo de gobierno mejor que el monárquico-inquisitorial, y sin embargo, se reclamaban fueros populares, municipales y aristocráticos; de vez en cuando se alzaba un remolino revolucionario, tal como la guerra de las comunidades, ó como un poco más tarde el que tuvo por objeto sostetener los fueros de Aragon y acabó cercenando la cabeza de Lanuza y desgarrando el noble libro de aquellas antiguas libertades; se apelaba á las Córtes para negar servicios á los reyes, y se mataba á puñaladas á los inquisidores. Aquella era una época tan buena como cualquiera y mejor que muchas, á pesar de no tener enciclopedistas ni filósofos, y de no conocerse los delirios de .Cabet, y los furiosos insomnios sociales, políticos y religiosos de Proudhon. España entonces mandaba con voz muy alta, por la voz de sus cañones; contenia á Roma y rechazaba á Lutero, y todo, hasta el lujo y la corrupcion de su nobleza, era magnífico. Llámasela fanática por el siglo XIX, y es lástima, en verdad, que este bello siglo esté tan obcecado que no conozca que si en materias de religion se ha hecho impío, lo que no pasa de ser un fanatismo negativo, le quedan sus fanatismos políticos y sus fanatismos sociales y otra multitud de fanatismos, porque está escrito que el hombre sea siempre fanático.

Quede sentado, ya que por acaso estas consideraciones se han deslizado á lo largo de nuestra pluma, que el siglo XVI era tan bueno, considerado en sí mismo, para España, como el mejor, y mejor que otros muchos que le han sucedido y que le sucederán; y tornemos á nuestra narracion.

José, pues, habia dejado satisfechas las exigencias de D. Juan; se habia gastado mucho dinero; se habia rejuvenecido, por decirlo así, el mobiliario de su casa, y por esta parte estaba satisfecho.

No era ni más ni ménos que la oracion, cuando D. Juan, enteramente solo, adelantó al recibimiento al sonido de la voz de un maestresala que gritó:

—El señor comendador D. Gonzalo de Ulloa.

Abrióse de par en par la hasta entonces cerrada puerta, y D. Gonzalo, llevando asida de la mano á su hija doña Inés y del brazo á Lind-Arabj, adelantó y saludó ceremoniosamente á D. Juan.

El jóven no pudo ménos de reparar en la horrible palidez, en la dura demacracion de los diez años de vejez que habian caido sobre D. Gonzalo, como en lo maravilloso de los encantos que en dos años habian enriquecido la hermosura de Inés; comprendió cuán inmenso sacrificio habia hecho por él Lind-Arabj viniendo al baile acompañada de una mujer cuya presencia la hacia palidecer, y necesitó hacer un esfuerzo para recibir de una manera serena al comendador.

Despues de la lectura de las Memorias de Lisardo, D. Gonzalo habia crecido en proporciones, pero en proporciones siniestras, ante el pensamiento de D. Juan. Hasta entonces solo le habia considerado como un hombre severo á quien los años y las circunstancias parecian dar cierto derecho para ser uraño y regañon. Pero al fin se habia descorrido el velo y aparecido la causa verdadera de aquel tétrico malestar. D. Gonzalo era el hombre cuyo corazon corroe el remordimiento, á quien torturan sus recuerdos, apena su presente y aterra su porvenir. D. Juan comprendió que el amor que profesaba á aquella Inés, que no era su hija, debia considerarse como la espansion de un espíritu atormentado, que busca algo dulce y consolador entre las desdichas que le aquejan.

D. Juan aborrecia el crímen, y por lo mismo se le hizo odioso el comendador; compadecia á las víctimas, y sintió hácia doña Inés el principio de un afecto harto diferente del que hasta entonces le habia inspirado.

Contribuia á desarrollar esta aficion en D. Juan el poder de la hermosura de la jóven, el goce del orgullo satisfecho por el conocimiento de su amor, lo delicado y altivo de su silencio, y la espresion de sufrimiento que entristecia su pálido y bello semblante.

D. Juan ansió dilatar su corazon en la pura intimidad de Inés, borrar con sus lábios enamorados la espresion melancólicamente suspirante de aquella dulce boca, estrechar entre sus brazos convulsivos, y sentir estremecerse entre ellos, aquel seno que parecia guardar tan hondos dolores, y absorber con ánsia cuanta voluptuosidad se encerraba en aquella mirada tan melancólica, tan profundamente desesperada, tan apasionadamente triste.

Y cuando su pensamiento, despues de reposar en Inés, se volvia á Lind-Arabj, cuando su mirada se posaba en la altiva mirada de la ilustre morisca, que parecia retarle á una lucha de amor y de firmeza, y al mismo tiempo retrocedia á Magdalena, D. Juan se repetia su eterno pensamiento.

—Magdalena será mi esposa, doña Elvira mi querida, y doña Inés mi esclava.

Lo que hemos apuntado pasó rápidamente por D. Juan en el momento en que recibió el profundo saludo del comendador, y las sonrisas lánguida y triste en Inés, y altiva y sarcástica en Lind-Arabj.

—¡Oh! D. Juan,—dijo el comendador sonriendo y procurando cubrir con una apariencia de comunicativa amabilidad el verdadero estado de su alma; —por más que la tenacidad con que os habeis recatado á vuestros amigos merezca una amarga queja, no puede negarse que apareceis de nuevo como el sol despues de una noche de tinieblas, es decir, circundado de resplandores.

D. Juan respondió con una sonrisa á este florido cumplimiento, al que faltaba para ser oportuno el haber sido dirigido á una dama, y volviéndose á las dos que acompañaba el viejo, las dijo con galantería:

—Cuando de soles se trata, seria necesario ser muy ciego para no sentirse deslumbrado ante la hermosura de estas damas. Doña Inés es siempre un ángel, doña Elvira siempre una diosa.

Inés se ruborizó, murmuró un débil cumplido, y Lind-Arabj sonrió de una manera forzada.

—¿Diosa de qué, D. Juan, si lo teneis á bien? dijo.

—Diosa de la fortaleza, señora,—contestó D. Juan.

—Decid más bien diosa de la constancia,—dijo D. Gonzalo sentándose en un estrado entre doña Inés y Lind-Arabj.—¿Creereis, D. Juan, que á pesar de su juventud, de su belleza y de su alcurnia, se ha obstinado en permanecer doncella, causando la desesperacion de jóvenes hidalgos, ricos y enamorados?

—¡Oh! no es mia la culpa,—contestó Lind-Arabj;—al corazon no se manda: puede hacérsele callar; pero cuando le repugna, es imposible hacerle responder.

—Creo que no acontece la propio que á doña Elvira á vuestra hermosa hija, comendador,—dijo D. Juan.

—¡Oh! nó; en efecto, doña Inés se casa; es decir, debe casarse, ó hay quien espera, y con fundamento, que se casará.

—Segun entiendo, su prometido ha avanzado ya hasta los contratos, y creo que debe darse por cosa hecha.

—¿Y quién os ha dicho tanto, D. Juan?

—¿Quién?—dijo Tenorio señalando á un noble ostentosamente engalanado que avanzaba hácia él al frente de otros seis jóvenes;—vedle dónde llega, mi amigo D. Pedro de Avendaño.

Aquel singular personaje tendió la mano á D. Juan, llegando á él en el momento que pronunciaba su nombre.

—¡Oh! guárdeos Dios, mi noble y buen amigo,—dijo estrechando la dies-

tra de D. Juan;—bien venido soy á vuestra casa, puesto que os hallo ocupándoos de mí con quien dentro de poco debe hacer mi felicidad, segun ayer os dije.

—Si Dios quiere, D. Pedro, si Dios quiere,—contestó D. Juan apretando de una manera tan enérgica la mano del jóven, y mirándole de tal modo, que le hizo palidecer.

—Querrá Dios porque yo lo quiero, D. Juan,—contestó Avendaño desasiendo friamente su mano de la de D. Juan.

—¿Y vosotros, señores?—dijo el jóven dirigiéndose á los otros seis, que segun el antiguo dicho del ama del cura de Pinto, constituian con Avendaño los siete pecados capitales.

—¡Oh! perfectamente, D. Juan.

—A vuestras órdenes, como siempre.

—Admirados de volver á encontraros *¡diabolo!* y vaya si os hemos buscado; no ha faltado más sino que, como el Dante, hayamos hecho un viaje á los infiernos.

—Donde de seguro no me hubiérais encontrado.

—¡Oh! ¡oh! ¿Quién sabe, D. Juan, si ha podido llevaros hasta ellos alguna Laura?

Eran las intenciones del Sr. Tieppolo tan trasparentes, que D. Juan receló que se sospechase la verdadera causa de su ausencia; pero como reposar en aquellas intenciones hubiera sido justificar aquellas sospechas, se separó despues de haber cruzado con ellos algunas frases generales, y se adelantó para recibir á los que llegaban sucesivamente y cada vez en mayor número.

D. Juan habia temido que su fiesta hubiera estado poco fuerte en damas, y sobre todo en damas casadas, y se equivocó: muy pronto los salones estuvieron llenos de una brillante multitud, y por todas partes se cruzaron sobre él miradas dulces, incitantes ó lánguidas, y le sonrieron hermosísimas bocas: D. Juan se veia asediado, codiciado y disputado por una masa entera del sexo débil, á quien en muchas ocasiones deberia llamarse fuerte; tratado con adulacion y respeto por padres y hermanos, y con un receloso temor por amantes y maridos; y sin embargo de eso, el hastío que más tarde debia ennegrecer su vida, acometió á aquella alma inquieta, en la que las impresiones más fuertes pasaban con una velocidad, por decirlo así, eléctrica, atropellando deseos para encontrar otros nuevos y más obstinados, más difíciles: no supo qué hacerse allí entre tanta hermosura y tanta riqueza como se revolvia y se inclinaba ante él cual una turba de esclavos y odaliscas en torno de un sultan. D. Juan, para gozar, hubiera necesitado encontrar una lucha obstinada en cada una de aquellas mujeres; un enemigo á muerte en cada uno de aquellos hombres. Desde el momento en que tácitamente se habian echado á sus piés, su desprecio se hizo superior á su vanidad, y se desdeñó aun de pisarlos.

Pero para que no fuese absoluto el fastidio de D. Juan, existian allí, entre aquella servil concurrencia, cuatro séres que eran lo bastante para satisfacer en parte sus instintos de lucha. En D. Gonzalo estaba representado el misterio

triste y sombrío que se ocultaba mal tras una sonrisa forzada; en Inés, el sufrimiento del amor contrariado, pero altivo, que sufre y no se rinde; en Lind-Arahj, el amor que se obstina pretendiendo dominar, y lucha con todos los esfuerzos de la hermosura que incita y el pensamiento que conspira; en D. Pedro, un enemigo á muerte que finje mal, se contiene á duras penas, y se deja ver en relámpagos sombríos, emanados de una mirada amenazadora.

D. Juan se creia destinado por la Providencia para castigar los crímenes del comendador; su voluntad exigia el triunfo de la pureza de Inés; su deseo le arrastraba á Lind-Arahj, y su odio implacable le unia en un lazo de muerte á Avendaño.

Muy pronto su atencion, su corazon y su cabeza se fijaron en aquel centro de accion; aprovechó los primeros sonidos de la música, y tendió la mano á Inés.

La pobre jóven se estremeció, miró tímidamente á D. Juan, vaciló, y al fin, como quien hace un esfuerzo para decidirse, se levantó de repente y entregó su mano á D. Juan, que rodeó su cintura y se lanzó con ella en el baile.

Entonces y solo entonces comprendió D. Juan el poder de la mujer pura á un tiempo é incitante, que habia leido en las Memorias de Lisardo; Inés era Teodora que habia resucitado, ó hablando con más propiedad, que existia reproducida en su hija: al principio, las miradas de la jóven estuvieron tenazmente inclinadas; luego, por una, dos y tres veces, se pusieron en contacto con la mirada audaz, desapiadada y fija de D. Juan; vacilaron, tornaron á inclinarse, y al fin se posaron, inmensas, radiantes, obedeciendo á una voluntad más poderosa que la razon, sin ceder ante la sonrisa de triunfo de don Juan, que leia en aquellos ojos un amor que habia acrecido con los sufrimientos, con la desesperacion, con el combate entre la pureza y el deseo; pero al mismo tiempo habia en aquella mirada un tinte tal de desesperacion, una amargura tan intensa, que revelaba el pensamiento íntimo de aquella alma desgarrada, esto es, morir, pero morir triunfando, arrastrando en su caida como despojos los deseos malogrados de D. Juan.

A cada vuelta en que el rápido compás de la danza agitaba á un tiempo á cien mujeres hermosas, parecia crecer lo deslumbrante de la hermosura de doña Inés, la sobrcescitacion de su alma, la felicidad muda de aquel ardiente contacto con D. Juan, á que le permitian entregarse sin ceder las costumbres; el amor, la sensualidad, la fatiga, habian estendido una leve tinta rosada sobre sus pálidas mejillas y dado á sus ojos un fulgor casi satánico; desprendiase un fuerte perfume de su sér, perfume singular parecido solo á sí mismo, y que aspiraba al par D. Juan que el de sus trenzados cabellos, sin que se mezclasen ni confundiesen en uno solo; vibraba su fuerte y redondo talle estremecido por un temblor nervioso, leve, contínuo, como la oscilacion de un fuego interno, y sin intencion, sin notarlo; su brazo estrechaba fuertemente y de igual modo convulso la cintura de D. Juan; su redondo seno se comprimia sobre el pecho del jóven; una de sus manos asia con fuerza otra de Tenorio; sus ojos lanzaban y recibian á un mismo tiempo, fijos, dila-

tados, diáfanos, un torrente de flúido magnético, y sus alientos se confundian, sus semblantes se inflamaban, y sus bocas se aproximaban cada vez más. Llegó un punto en que aquellas bocas se chocaron, é Inés despertó de repente de aquel ensueño de voluptuosidad en que la habia sumergido aquella pasion volcánica encendida por la naturaleza en el fondo de su alma; y mal encubierta por el influjo de sus rígidas costumbres, pugnó por desasirse de D. Juan, pero D. Juan la retuvo, la estrechó más contra su seno, y la fascinó enteramente con su mirada y con su palabra; estalló el alma de Inés, incapaz de resistir por más tiempo, dominada por lo fuerte de su emocion, agotadas sus fuerzas, vencida enteramente, y cayó sin sentido entre los brazos de Tenorio como una encina que ha resistido, aunque doblegándose, los embates del huracan, pero que al fin cae herida por el rayo.

Dos semblantes empalidecieron al mismo tiempo en que tuvo lugar este incidente: el uno de celos, el otro de cólera; dos semblantes cuyas miradas se encontraron con las de D. Juan que se habia vuelto en torno suyo como buscando un socorro inmediato; dos miradas de reto en que se exhalaban las almas de Avendaño y Lind-Arahj, que habian seguido en la danza como dos testigos importunos á Inés y D. Juan, y no habian perdido uno solo de los detalles que hemos marcado.

Pero esta rápida espresion de odio y cólera, de celos y despecho, llamarada inmensa de dos amores cruelmente ofendidos, pasó, desapareciendo tras una solicitud hipócrita; difundióse á lo largo de los salones la noticia del accidente de Inés; cesó la música; agolpáronse damas y galanes en el lugar de la escena; atribuyóse en alta voz al calor el desvanecimiento de Inés, pero en el fondo de las conciencias se acusó á su verdadera causa: al amor. El semblante de la jóven, demudado y pálido, espresaba su dolor, y las lágrimas brotaban á sus ojos; gemia profundamente, dilatábase con trabajo su seno comprimido, y todo parecia indicar en aquel desmayo la esplosion de un afecto escitado por una pasion mal contenida hasta entonces y revelada en público de una manera inevitable.

Doña Inés fué vuelta en sí por los más esquisitos cuidados; el comendador la vió en fin abrir los ojos, revolverlos en torno suyo de una manera avara, y fijarlos al fin sin reserva, elocuentes como un lenguaje divino, en el semblante de D. Juan. Si alguien hubiera dudado, esto por sí solo habria desvanecido sus dudas, y se cruzaron por lo bajo las observaciones más picantes, recayeron sobre Avendaño las miradas más significativas, fué objeto de las frases más epigramáticas; aquel accidente imprevisto parecia fijar la opinion pública acerca de los proyectos de D. Juan; supúsosele destinado al tálamo de Inés, y se aplaudió esta brillante conquista, en que aparecia una víctima tan ilustre como Avendaño, tratándose de amor, hermosura y galantería; encontróse el jóven bloqueado por sonrisas burlonas, por miradas implacables; notó que estaba colocado en esa terrible posicion que el mundo llama ridículo, y le devoró para no aumentarle, demostrándose herido por él; lejos de hacerse ajeno á Inés, tomó por ella todo el interés que debia suponerse en quien se sabia de público que iba á ser su esposo; y cuando el baile siguió, estuvo admirablemente comunicativo; rió, se esforzó, y fingió de una manera

tal y tan segura una serenidad y un descuido que no tenia, que hubo algunos que, conociendo su esperiencia, temieron haberse equivocado en su juicio acerca del desmayo de doña Inés.

Lind-Arahj era acaso la que más sufria y la que más serenidad mostraba, dominándolo todo sus celos, su amor, su odio; no habia abandonado ni un momento á Inés desde la reposicion de su desmayo, y aparentaba para con ella el afecto más solícito en el mismo punto en que, siguiendo los impulsos de su corazon, la hubiera esterminado. Inés, por su parte, habia creido necesario destruir con su aspecto la mala impresion que podia haber causado su desvanecimiento, y aunque sabia de antiguo que D. Juan le habia sido disputado por Lind-Arahj, y sospechaba que acaso era la única causa del mal éxito de sus amores con Tenorio, sufria, callaba y se mostraba dulcemente amable con su enemiga.

En el semblante pálido y torvo de D. Gonzalo, se notaba en cambio una secreta espresion de gozo: todo lo habia adivinado; parte de aquellos cuatro corazones eran cuatro páginas en que leia de una manera clara y terminante la verdad del amor, de los celos, del empeño, del deseo. D. Gonzalo, reducido por Avendaño á una posicion precaria, veia con placer acercarse una situacion más tirante aun, entre aquellas cuatro personas, que las situaciones anteriores, y esperaba no sin fundamento, que llegado el preciso caso de una ruptura, el poder de D. Juan la libertaria de un enemigo, ó por mejor decir, de un señor que ya se le habia hecho insoportable.

D. Juan era el único acaso que no habia reparado en nada de lo que, rugiendo sordamente, le rodeaba; su amor propio estaba satisfecho; le embriagaba aquel brillante éxito delante de la córte; estaba en la posicion de un señor que dispusiera del corazon y de los afectos de cuantos estuviesen al alcance de su influencia; aspiró el servil terror de los maridos, la abyecta y estúpida adulacion de los padres y los esfuerzos de conquista de las damas más hermosas: bailó con todas; aventuró y recibió promesas, dilató una vez su espíritu, se embriagó con su poder, y juró no volverse á empeñar en pasiones aisladas, sino volar libremente, recogiendo á su paso cuanto de hermoso, noble y rico le arrojase á su paso la fortuna; se sintió engrandecido por la pequeñez de los demás, y rey en una sociedad de sumisos esclavos, su alma avara gozó de antemano, y ansió que se terminase aquel baile en el momento que nada tuvo que vencer, ni nada que desear que no le hubiese sido prometido por una palabra, una mirada ó un suspiro.

Esto consistia en que la sociedad de entonces estaba tan corrompida en general como lo está la de hoy, en que don Juan se habia puesto de moda, y se le habia elevado á la categoría de un imposible, ó al menos de una difícil esperanza.

D. Juan habia, pues, logrado cuanto se propuso al dar su baile: nadie pudo seguir en la creencia de que se hubiese aislado por falta de recursos un hombre que de tal manera gastaba, ni por cobarde quien de una manera tan clara habia retado, galanteando á sus mujeres, á los más valientes, á los más respetados. La fama de D. Juan creció hasta un punto exagerado, y desde

entonces pudo decirse que empezó verdaderamente su vida de aventuras y galanteos.

No es nuestro propósito seguir paso á paso cada una de aquellas aventuras; colocado por la fatalidad en medio de una sociedad impura, D. Juan debió ser su azote, y lo fué. Su olvido ó su desprecio castigó con amarguísimos pesares las infamias de más de una cortesana, y su espada vengó á ciegas más de un crímen oculto é ignorado.

CAPÍTULO VIII.

De cómo D. Juan empezó á servirse de la intriga para sus amores.

Pasaron muchos dias, y la vida de nuestro héroe se redujo á efímeros goces de placer y de orgullo. Empezaba, despues de haber aspirado el encanto de la novedad, á fastidiarse de aquella nueva vida: nada le satisfacia. Gabilan no habia aun adelantado en su empresa de esploracion del castillo del Aguila; Andrés Ceballos habia partido á Sevilla, y sus cartas nada decian acerca de Magdalena; se la buscaba, y esto era todo, y María, su mujer, aunque puesta en relaciones con D. Juan, nada le decia acerca de doña Inés que le fuese favorable. La puerta de Lind-Arahj se le habia cerrado, y reducido á fáciles conquistas, se aburria de una manera clásica.

Pasaron así cuatro meses, plazo demasiado largo para que el impaciente carácter del jóven no se revelase: habia ya probado la impotencia en la prision y tornaba á probarla libre: su dinero corria, tronaban sus amenazas, y sin embargo, ni Gabilan, ni Ceballos, ni María podian darle ninguna nueva que le fuese satisfactoria; creyó que luchaba contra imposibles, y se obstinó: tras la obstinacion vino el cansancio, y tras el cansancio el desprecio; sin saber ya qué hacer, contenido en las demostraciones por su orgullo, mal servido por sus agentes, lanzó su imaginacion tras un recurso estremo: era necesario presentarse de una manera decidida y pedir formalmente la mano de Inés, pero esto tenia el inconveniente de lanzarlo á una senda de traicion, puesto que jamás habia pensado en casarse con ella; sin embargo, la Providencia por oscuros rodeos ayudaba en cierto modo á aquella existencia abandonada á las pasiones: si hubiese dado el grave paso de demandar á Inés en matrimonio, aquel paso hubiera sido decisivo; antes que todo era hombre de

honor: una vez empeñada su palabra, la hubiera cumplido; una vez cumplida, el amor de Inés le hubiera salvado.

Pero es indudable que un mal espíritu ó una fatalidad obstinada asediaban á D. Juan. En el mismo momento en que habia mandado enganchar un coche, y se hacia vestir por sus criados, apareció en su recámara Gabilan con el aire más misterioso del mundo.

—¿Qué ha sucedido?—le preguntó su amo.

—¡Suceder! nada, absolutamente nada;—pero al decir esto, Gabilan revolvia una carta entre sus manos.

D. Juan despidió su servidumbre y se quedó solo con su antiguo lacayo.

—Vamos, acaba,—dijo Tenorio, viendo que el misterio de Gabilan habia tomado el aspecto más neciamente impertinente que puede darse:—¿á qué viene tanta hinchazon, señor mio?

—Permitidme, señor, que me enorgullezca,—contestó el tunante;—acabo de hacer la más bella, la más difícil de mis conquistas.

—Observo, Gabilan, que te permites conmigo necedades.

—Dispensadme, señor, pero esta conquista es el número cinco de las que hago por vuestra causa, y gracias á ella he puesto á vuestra señoría en el caso de que concluya en una hora la conquista de doña Inés.

—¡Ah! ¿de doña Inés se trata?

—Esta noche podrá el señor llegar hasta su aposento, segun me dice en esta carta la mujer del Sr. Andrés Ceballos.

D. Juan arrebató la carta á Gabilan; en ella no habia más que estas líneas:

«Anton mio: Puedes llevar á tu señor la buena nueva de que esta noche encontrará abierto el postigo del cercado. Adviértele que se prepare de tal modo, que pueda atravesar, sin ser sentido, por donde es preciso y peligroso para llegar hasta el aposento de doña Inés.»

—¡Oh! ¡oh! ¿y cómo os habeis compuesto, maese Anton?—dijo D. Juan guardando la carta.

—Me he provisto de buen caudal de paciencia, le he gastado económicamente, y tanto he ido y venido, tanto he fingido y suspirado, que al fin, hace quince dias, he logrado domesticar la virtud cerril de María.

—Pero ¿qué tiene esto que ver con doña Inés?—repuso D. Juan, á quien mortificaba un tanto el deber, el logro de sus deseos á los amores de su lacayo.

—Tiene que ver, señor; porque las mujeres, segun la opinion de vuestra señoría, hacen más por amor que por dinero. María os engañaba, os daba largas y os chupaba el oro; á mí no me engañará á buen seguro; he tenido la fortuna de agradarla más de lo justo; tiene un corazon de montañesa, es decir, valiente y decidido, y una vez resuelta, no hará más de lo que yo quiera.

—Está visto, Anton, que eres más afortunado que yo.

—Tened presente, señor, que se toma con más facilidad una cabaña que un castillo.

—¡Oh! A propósito de castillo; ¿qué tenemos acerca del señor marqués del Aguila?

—Los tunantes que le sirven siguen dejándose obsequiar en la taberna; pero cuando llega el caso de hacerles desembuchar, se tornan los estúpidos

más insolentes del mundo: cada uno de ellos es un pillo que vale por diez, y que deben temer demasiado á D. Pedro cuando tanto se resisten al oro.

—Será necesario, Anton, que puesto que eres tan afortunado, te conviertas en espía; es necesario averiguar algo que permita un lance de guerra contra esa gente.

—Me he afirmado en la opinion, señor, de que el tal D. Pedro de Avendaño y sus seis eternos amigos, no son otra cosa que unos valientes capitanes de ladrones.

—Será necesario enviarles un cebo.

—¡Oh!—esclamó Gabilan abriendo enormemente la boca en la más suprema espresion de asombro;—hé ahí un buen pensamiento, señor.

—En efecto, si se les envia por su demarcacion, es decir, por los lugares donde acostumbran á andar, un par de carros cargados con efectos de valor y mal defendidos; si tras esos carros y á cierta distancia va un hombre sereno y sagaz, un hombre como tú, capaz de seguirlos sin ser notado y de conocer su guarida, podrá obtenerse la prision de alguno, hacerle cantar en el tormento y arrancar por medio del corregidor una órden de prision.

—Pero para eso, señor,—dijo Gabilan, á quien no agradaba mucho la ventura por lo que tenia en sí de peligrosa para él;—para hacer cantar á uno de esos prójimos, basta con prenderlo, acusarlo y darle tormento.

—Nó, nó; es necesario, Gabilan, que exista un cuerpo de delito, y á más del cuerpo de delito, que el que esté preso se crea abandonado. Ahora las noches son largas, frias y oscuras, y por lo mismo, nadie transita; por lo tanto, será necesario que de alguna manera hábil sepan esas gentes, cuando haya de suceder, que pasará bajo el alcance de su mano un rico botin. No hay que hablar más en esto.

—Como quiera el señor..... pero.....

—¿A qué hora crees tú que podremos ir á la quinta?—dijo D. Juan desentendiéndose de la réplica de Anton.

—A las ánimas,—contestó el lacayo suspirando.

—Pues bien; haz disponer dos caballos para esa hora, y ven á buscarme.

Por más que lo grave del proyecto preparado contra D. Pedro de Avendaño preocupase á Gabilan hasta el punto de hacerle desear una discusion, D. Juan le cortó la palabra, le señaló la puerta, y le despidió.

Llegaron al fin las ánimas: una tras otra doblaron las campanas de todas las iglesias, conventos y oratorios de Madrid, cuando se abrió la puerta de la recámara de D. Juan, y la cabeza de Anton asomó, un si es no es indisplicente, por la abertura. No habia dejado de pensar en todo el dia acerca del endiablado proyecto de su amo, y cuanto más reposaba en él, le parecia más peligroso. Por lo tanto, su voz era un poco dura é impaciente.

—¿Me da vénia su señoría?—dijo desde la puerta.

D. Juan levantó la cabeza de sobre el testamento de Fray Tomás, en cuyo estudio se ocupaba; le plegó, le guardó en su bolsillo, se ciñó la famosa espada y la daga de Lisardo el Estudiante, se puso una capa negra y un ancho sombrero sin pluma, y abriendo la puerta á que asomaba la cabeza Gabilan, tiró adelante, bajó al patio, montó, mandó á Gabilan que le siguiera, y partió.

—Guia,—le dijo cuando estuvieron fuera de las tapias que servian, como ahora, de muros á la villa.

Gabilan sacó su caballo adelante, y no se dijo ni una palabra más. Lloviznaba un tanto, de esa manera menuda y friísima que hace parecer á la lluvia nieve pulverizada; soplaba un fuerte nordeste, y reinaba la más profunda oscuridad: era una noche lóbrega.

A pesar de esto, los caballos galoparon con ardor hasta cierto punto, en que plantó el suyo en firme de repente Gabilan.

—¿Qué acontece?—le preguntó su amo.

—Nada nuevo, señor,—contestó el lacayo;—pero para no ser sentidos, debemos echar pié á tierra en este lugar.

—¿Está muy lejos la quinta?

—A un tiro de arcabuz.

D. Juan desmontó, Gabilan cobró los caballos, los ató á un árbol y echó á andar delante de su amo. Así anduvieron algunos minutos.

De repente se detuvo Gabilan.

—Aquí es, señor,—dijo;—empujad ese postigo, entrad, y que la Vírgen de la Almudena y vuestra espada os asistan, si es necesario.

D. Juan tendió las manos adelante, encontró una puerta que cedió á su empuje, y entró.

Adelantó un trecho entre las densas sombras de aquella noche, sobre un sendero resbaladizo por la lluvia, hasta que le contuvo una voz de mujer.

—¿Quién es?—dijo aquella voz.

—Ah, sois vos, María,—dijo Tenorio reconociendo su acento.—¿Qué haceis aquí?

—Estoy de atalaya, señor,

—¿Y cuál es vuestro encargo?

—Esperaros para que no suceda una desdicha.

—¡Cómo!—dijo con altivez D. Juan;—pues ¿qué peligro puede amenazarme?

—Está en la casa el marqués.

—¿El marqués del Águila?

—¿Y quién otro pudiera ser?

—¿Quién sabe? Guarda tantos misterios esta quinta.....

—Muchos, señor, muchos; por lo mismo, será prudente que os recateis, no por temor, que ya sé que sois valiente como un leon, sino por mi pobre señora.

—¡Ah! vuestra señora..... Todo estaba escusado.....

—¿Con qué?

—Con que hubiese quitado toda la esperanza al marqués.

—El marqués es hombre que puede sin duda mucho.

—Y á quien sin duda se ama mucho tambien.

—Por aquí, caballero, ponemos muy mala cara á todo lo que no se llama D. Juan.

—¡Ah, ah!

—Sois hombre que hace milagros, no solo por sí mismo, sino hasta por sus criados.

—Lo que quiere decir, hermosa María, que el tunante de Gabilan es más dichoso que yo.

María se desentendió de esta observacion, y buscando una mano de don Juan, la asió con otra, que el jóven no hubiera sospechado, por los recuerdos que conservaba de María, que fuese tan mórbida ni tan suave como lo era en realidad.

—Venid, señor, venid,—le dijo;—recoged vuestra espada y procurad no hacer ruido con vuestras espuelas; tenemos que atravesar un gran trecho hasta llegar á mi aposento, y pudiéramos ser sentidos.

D. Juan se dejó conducir por María, y atravesaron las mismas puertas, subieron las mismas escaleras, y llegaron á la misma galería á que en otro tiempo llegó, segun recordarán nuestros lectores, Aurora la gitana; con la diferencia de que no se prolongaron á su fin, sino que se detuvieron en el principio.

María empujó una puerta, y entraron en un aposento iluminado por una lámpara de noche.

Aquel aposento era reducido, y segun todas las apariencias, de escape. A la izquierda habia una alcoba, á la derecha una puerta de servicio, y al frente otra de comunicacion. Estaba alhajado con aseo y con gusto, y era, más que la vivienda de una criada, el aposento de una doncella de confianza.

D. Juan, observador siempre, reparó en que tras la entreabierta puerta del fondo habia una antecámara oscura, y á su frente una puerta por la que, merced á una luz situada en el interior, se veia un riquísimo lecho. Aquel sin duda era el dormitorio de doña Inés.

Por pronto que María quiso cerrar aquella puerta, D. Juan tuvo tiempo de hacer estas observaciones, y del exámen de las cosas pasó al de la persona con quien se hallaba en relaciones, en cierto modo íntimas por el momento.

Al presentar por primera vez en escena á la esposa de Andrés Ceballos, dijimos que era una de esas hermosuras campestres, á quien el viento, el sol y las lluvias empañan y ponen rígida la tez; pero por esa misma razon de la influencia, de la temperatura y de la luz sobre el físico, en los diez y ocho meses que llevaba de permanencia al lado de doña Inés, en una casa en que las comodidades podian llamarse exageradas, su tez habia lanzado, por decirlo así, la escama producida por la intemperie, se habia aclarado su color, sus cabellos se habian hecho flexibles con el esmero, y su seno y su talle se habian alzado y reducido, comprimidos por un justillo: habia dejado sus ropas de aldeana por otras de córte; su peinado era á la moda; habia adquirido, ó por mejor decir, recordado maneras cortesanas; se habia trasformado en fin, y como quiera que la naturaleza la habia hecho hermosa, aparecia en ella su belleza un tanto enérgica en formas y algo exagerada en el desarrollo muscular, pero incitante, con mirada vibradora y boca maliciosa, que al sonreirse dejaba ver una de esas hermosísimas y fuertes dentaduras, que son tan comunes en los campesinos, del esmalte más puro y brillante. Además de esto, habia adquirido de una manera prodigiosa ciertos resabios de Gabilan, y su malicia de campesina se habia sublimado con las picardías del lacayo su amante.

Cómo se compuso Gabilan para reducir á sus amores á aquella especie de honra salvaje, es cosa que ignoramos, por más que nos hemos esforzado á descubrirlo; pero creemos que debieron contribuir mucho á ello las brutales costumbres de Ceballos para con su costilla.

—¿Y hace mucho tiempo que está ahí el marqués del Aguila?—dijo despues de estas observaciones D. Juan.

—Vino al oscurecer, y segun costumbre, no saldrá hasta la media noche.

—Paréceme que vamos á jugar una mala pasada al señor marqués.

—Sois muy malicioso, D. Juan, y no creo que tengais para ello motivo.

—¡Oh! perdonad; tengo el defecto de todos los enamorados; creo que me aman, y además, vos misma acabais de decirme que hago milagros.

—¿Os parece poco en la virtud de mi ama el que os reciba de noche en su aposento y sin conocimiento de su padre?

—Sí, en efecto; pero hay aquí cierta puerta que conduce á cierto sitio, que creo que no me abrireis, María.

—Ni se abrirá jamás, caballero.

—Esperad un momento: creo que aquí no nos escucha nadie.

—Nadie en verdad.

—Supongamos que yo quisiera pasar de la puerta antedicha.

—Supongámoslo, puesto que suponer no es prometer.

—Y que aprovechando esta ocasion.....

—¿Cuál?

—La de la presencia del prometido de doña Inés, á quien creo que esta señora no ama.

—¡Oh! Eso es tan cierto, como que puedo probároslo con las órdenes que tengo.

—¿Cuáles?

—Como el marqués es audaz, y ha dado más de una vez pruebas de impaciente.....

—¡Ya!

—Doña Inés teme que la haga pasar una noche en vela, y para evitarlo hemos imaginado un medio inocente: dentro de media hora.....

—Media hora, que debia contarse sin duda desde mi llegada.

—Teneis el defecto de quererlo adivinar todo, caballero; dejadme proseguir. Dentro de media hora yo fingiré que le llama con urgencia un paje de su servidumbre. Entonces el marqués, á quien se habrán dado ciertas tímidas esperanzas para que confie, saldrá en aquel mismo momento. Doña Inés entra en su dormitorio y cierra la puerta por dentro. El marqués vuelve al verse burlado, y entonces yo le doy cierto billete, en que doña Inés se disculpa con el peligro de su virtud, y le desea muy buenas noches. El marqués se marcha, vos sois introducido, y podeis pasar con ella amigable y honestamente dos horas.

—Bien imaginado; pero el marqués no se irá.

—Pasará la noche en un sillon.

—Y saldrá mañana por la puerta principal por medio de los criados; cosa que no dejará de ser un escándalo.

—¿Y seria capaz de mancillar de ese modo el honor de su prometida?

—D. Pedro es capaz de todo: vos misma habeis dicho que es impaciente, y á más de eso, yo sé que está cuidadoso de que le arrebaten la novia, y que no reparará en cometer una infamia, si esa infamia le asegura su mano.

—Eso seria horroroso.

—Pero hay un medio de evitarlo.

—¿Cuál?

—Supongamos que vuestro aposento comunica con el estrado.

—No hay que suponerlo; comunica en realidad.

—Pues bien: cuando el marqués conozca la burla, y vuelva y encuentre sola la cámara, no le deis la carta; dejad solamente abierta esa puerta.

—¿Y para qué, caballero?

—Vos sois hermosa; á más de eso, todas las mujeres se parecen á oscuras; engañais al marqués; todo se reduce á que calleis mucho, cosa que él tomará por pudor, fingís cuanto sea necesario, y cuando le sintais dormido, salís, dejándole encerrado aquí mismo.

—Sois un libertino infame, D. Juan.

—Por el contrario, os proporciono una magnífica aventura.

—Que no estoy de humor de aceptar.

—Haceis mal, puesto que nada esponeis.

—¿Sabeis que estais chistoso, D. Juan?

—Examinemos el plan. El marqués, ¿no conoce la situacion del dormitorio de doña Inés?

—Nó.

—Pues bien, cuando el marqués salga, engañado por vuestro aviso, y mientras se encierra doña Inés, os llevais las bujías y dejais la cámara á oscuras.

—Y bien.....

—El marqués vuelve indudablemente, le conozco bien; juzga favorablemente de aquella oscuridad, y adelanta; busca y halla una puerta abierta, la de vuestro dormitorio.

—Sí, sí, muy bien; pero ahí entra lo que yo no quiero entender.

—Dejadme concluir: vos, que estais junto á la puerta, cerrais, y mi hombre queda entorilado.

—Pero entorilado conmigo.

—Cosa que nada importa.

—¡Cómo! ¡qué! ¿sabeis, señor, lo que decís?

—D. Juan se sonrió de tal manera mirando á María, que ésta, que no habia perdido por la seduccion de Gabilan el bravío orgullo de su honra salvaje, se ruborizó.

—A la primera ocasion,—continuó implacable D. Juan,—huís el bulto: el marqués, por no dar un escándalo, se resigna á pasar la noche lo más cómodamente posible, y se apodera de vuestro lecho, que yo supongo vacío; despierta al amanecer y sale bonitamente y sin chistar por el postigo. Su orgullo le hace callar un chasco que le pondria en ridículo, y nada se sabe, nada, absolutamente nada. Ya veis que mi plan tiene un desenlace natural y admirable.

—Será todo lo que querais, señor; pero yo encuentro eso horriblemente infernal.

—¿Es decir que ni por mí quereis hacer esta pequeña farsa?

—¡Pequeña farsa, caballero! ¡pequeña farsa! ¡Como si no fuera preciso poner en ella por primera partida mi honor!

—No creia yo, María, que tendriais un honor tan quisquilloso y quebradizo.

—Pues ahí vereis, caballero.

—¡Diablo, es lástima! Sois una hermosísima montañesa, que mereceis un destino mejor que el de ser esposa de ese feroz Andrés, ó doncella de servir, por más que sirvais á una dama tal como doña Inés.

—¿Y cuál es ese destino?

—Querida de un marqués.

—No veo composicion, caballero, ni entiendo aun bien cuál sea vuestro objeto.

—Teneis razon; nos falta aun una parte del plan.

—Que será tan buena como la anterior; veamos: me divierte veros formar castillos en el aire.

—Burláos enhorabuena; no por eso será ménos cierto que vuestro dormitorio tiene comunicacion con el de doña Inés.

—¿Y qué os importa eso?

—Sabeis que tengo sitiada su virtud, que no deja de ser una plaza fortísima.

—Ya lo creo, inespugnable.

—No tanto: yo me jacto de buen capitan; tengo y he tenido siempre fuerza de voluntad, y he aprendido además que lo primero que debe procurar el sitiador de una fortaleza, son confidentes dentro de ella; así se conocen los medios de resistencia con que cuenta el enemigo, los mejores puntos de ataque, las entradas y las salidas.

—¿Y teneis aquí confidentes?

—Ya veis que conozco perfectamente el terreno.

—Me alegraria de saber quién es el vergante.....

—Pudiera muy bien ser el diablo.

—Cosa que no dudaré tratándose de vos, porque debeis ser muy su pariente.

—La verdad en fin es, que vuestro dormitorio comunica por una puerta, una antecámara y otra puerta, con el dormitorio de doña Inés.

—Exactamente.

—Y como esas puertas dependen de vos, me introducireis.

—Eso es; y yo, la hermosa montañesa, como vos decís, venderé á mi señora, me faltaré á mí misma, y todo por un capricho vuestro: habeis pensado muy mal de mí, caballero; pero os perdono con la condicion de que no me volvais á hablar de esto.

—¡Decididamente!

—Os lo afirmo.

—¿Y si yo me prevaliese de vuestra debilidad de mujer?

—Gritaria, caballero, hasta que me oyesen los muertos.

—Lástima es que no haya dejado la historia el ejemplo de una doncella tal como vos, para saludaros con su nombre; pero á falta de ello, permitidme que os admire y os llame la Lucrecia de las doncellas.

—Creo que os burlais.

—Por el contrario, me felicito de que hayais salido ilesa de la prueba.

—¡Cómo! ¿habiais dudado de mí?

—Sabed que en la duda está la honra, señora María; si yo no hubiese confiado un tanto en vos, no os hubiera probado. Por otra parte, vuestra señora es demasiado bella: se halla por su cuna, por su posicion y por su talento al embate de poderosos señores: una doncella es una confidente, y yo necesitaba saber si vos érais la doncella que convenia á la tranquilidad de mi corazon respecto á ese punto.

—¡Cómo! ¿á vuestro corazon?

—Sí, yo amo á doña Inés; bien lo sabeis.

—¡Y doña Magdalena!

—¡Oh! es cierto que amé á doña Magdalena, pero pasó el amor con los celos; ya sabeis que he tenido motivos.....

—Lo que no impide el que hayais enviado en su busca á Andrés.

—Me interesa la suerte de aquella pobre mujer; pero mi amor.....

—¡Vuestro amor!....

—Necesita un alma pura como la de doña Inés: no tengo celos de D. Pedro, porque sé que no le ama; pero odio á muerte á todo el que pudiera mancillar, aun con su aliento, esa flor tan fragante, de la cual yo no deseo más que el perfume. Dudaba, nó de ella ni de vos, sino de la fatalidad; y ahora, viéndola guardada por vos, estoy tranquilo: esos sueños de pureza no se desvanecerán, porque os lo juro, no será esposa del marqués.

—¿Y la amais así, caballero?

—Os lo juro.

—¡Ay! ¡D. Juan! ya habeis vuelto loca á esa pobre niña, y creo que la vais á matar.

—¡Loca! ¡nó! la amistad no enloquece; la amistad no mata; pero permitidme, ya que tan buen concepto me habeis hecho formar de vos, que os demuestre mi afecto con una memoria.

—¡Oh! gracias, caballero, gracias; quiero que como habeis juzgado de mi honradez, juzgueis de mi desinterés.

—No teme el fuego quien no teme quemarse,—dijo D. Juan asiendo una mano de María y poniendo en uno de sus dedos una sortija.

La jóven palideció de emocion; el brillante lanzaba, á la luz de la lámpara, cien cambiantes de fuego.

Hay situaciones en que solo se sabe callar, y María calló.

—Creo que muy bien habremos invertido media hora en nuestra conversacion,—la dijo D. Juan.

—Sí, sí, teneis razon,—contestó ella;—mi señora estará impaciente, y es necesario empezar á representar nuestra comedia.

D. Juan creyó entrever algo de intencion en el acento de María.



DON JUAN TENORIO. — Aquel era el dormitorio de doña Inés.

—Decididamente,—dijo para sí, mientras ella se encaminaba á una puerta cercana;—para el que sabe aprovecharla, la hipocresía de las mujeres es mucho más cómoda que la imprudencia de los hombres; se habla más, es cierto, pero los resultados son más precisos. ¡Pobre marqués, ó mejor dicho, afortunado marqués del Aguila! ¡le proporciono un hermoso entretenimiento! Me debe por lo ménos la tercera parte del valor de la sortija.

—Esperad aquí un momento,—le dijo volviendo María, cerrando la puerta de su aposento, y saliendo despues por otra de escape que dejó abierta.

D. Juan quedó á oscuras, pero vió antes perfectamente la puerta que comunicaba con el interior; entró por ella, cerró tras sí sus cerrojos, adelantó, pasó otra puerta, y se encontró en un retrete lindísimo, alumbrado por la luz de una lámpara, y en el que habia un lecho magnífico.

Aquel era el dormitorio de doña Inés.

D. Juan volvió á salir, y se colocó detrás de la última puerta. En él la prudencia se habia hecho habitual, y temió, si se equivocaba acerca de las intenciones de María, provocar un lance desagradable.

Esperó algunos minutos, y al fin oyó que la puerta del dormitorio de María se cerraba; que despues resonaba en él contenida la voz de un hombre, á la que nadie contestaba, y al fin reconoció el acento duro y exigente de Avendaño.

—Ha cumplido perfectamente María,—dijo separándose de la puerta: —ahora veamos si hay verdaderamente virtud ú obstinacion en doña Inés.

Y se dirigió á la segunda puerta, la abrió y miró: doña Inés estaba sentada sola é inmóvil, delante de su tocador, y D. Juan avanzó lentamente.

CAPITULO IX.

De como D. Juan vió con sorpresa que la cita de doña Inés no era una cita de amor.

Inés parecia descuidada en su soledad; pero sus límpidos ojos negros estaban fijos en el espejo, en el fondo del cual se reproducia la figura de don Juan, que adelantaba.

Llegó un momento en que la fué imposible permanecer ajena á la presencia de Tenorio: la mirada del jóven, por medio del espejo, y de una manera inversa, se habia posado en su mirada.

Inés no gritó, ni hizo lo que en aquella situacion hubiera hecho una mujer vulgar; levantóse y se volvió lentamente á D. Juan. A pesar de esto habia en su semblante una indicacion de sorpresa.

—¿Cómo es que os encuentro aquí, caballero?—le dijo;—ciertamente que no comprendo cuál sea el motivo ni el objeto.

—Y yo comprendo perfectamente vuestra estrañeza, señora,—dijo D. Juan con el mismo acento de que hubiera usado en otra situacion ménos escéntrica;—comprendo vuestro asombro.

—No es asombro el que me causa vuestra presencia aquí,—dijo doña Inés, dejando notar en su voz un sentimiento triste y doloroso á la par;—hace algun tiempo que ya no me asombro de nada: solo quiero saber el motivo y la causa de vuestra introduccion en mi dormitorio á una hora tan avanzada.

—Las circunstancias, señora, deciden de las situaciones; creo que esta noche me esperábais.

—En efecto, caballero; os he hecho avisar que os esperaba, y vos habreis creido.....

—Que vencida al fin por mi amor.....

—Os habia llamado de noche á solas con misterio..... ¿No es esto?—dijo Inés con un doloroso sarcasmo.

—Me toca á mi vez no comprenderos, señora.

—Teneis razon; lo que sucede, lo que particularmente me sucede es incomprensible. Yo jamás, D. Juan, os hubiera llamado, y en realidad no sirvo más que de intermediaria.

—Es decir, señora.....

—Es decir, D. Juan, que os espera mi padre.

—¡Vuestro padre! ¡vuestro padre! ¿y para eso (permitidme que lo estrañe, que lo deplore), me habeis llamado y me habeis hecho concebir esperanzas?

—¡Concebir esperanzas! ¿Acaso tiene necesidad vuestra alma de esas esperanzas? ¿Acaso soy yo para vos más que una de esas mujeres á quien habeis dicho galanteos, y á quien habeis encontrado más fuerte ó más honrada que las demás? ¡Esperanzas!—dijo dolorosamente Inés:—quien tiene esperanzas, ama..... vos, cuando más, teneis empeño, D. Juan.

—Empeño de ser feliz.....

—¡Feliz conmigo! ¡conmigo, que he nacido para el llanto y para la desgracia! Nó, D. Juan. Os engañais ó pretendeis engañarme.....

—¡Qué! ¿Sois desdichada, señora?

—¡Desdichada! Nó, nó en verdad..... ¿He dicho que soy desgraciada? ¿Quién se cree feliz? Por lo demás.....

—Os casan, ya lo sé, con un hombre noble, rico, hermoso, y que os adora.

Inés se estremeció.

—Con un hombre á quien sin duda amais.

Inés levantó la cabeza y miró á D. Juan con la misma espresion de quien rechaza una ofensa.

—Yo no amo á nadie, D. Juan,—dijo, con un acento tal, que parecia decir: «no amo á nadie más que á vos.»

—Y sin embargo, os casais.

—Me casan, D. Juan; y si digo que soy feliz, es porque yo tengo por felicidad el obedecer á mi padre.

—De modo que os sacrificais, señora.

—¿Quién os ha dicho eso, caballero? Seré para mi esposo lo que he sido para vos: un imposible.

—Pero eso es horroroso, señora. ¿Sabeis á dónde os puede conducir esa obstinacion? ¿Sabeis hasta dónde alcanzan los derechos de un esposo?

—Moriré, D. Juan,—contestó Inés ruborizándose: y como si estas palabras hubieran surgido de una manera involuntaria de su alma, añadió con precipitacion:—mi padre está impaciente y os espera.

—¡Que espere!—esclamó D. Juan en un arranque entusiasta:—por vos haria yo esperar al mundo entero; y si solo he venido aquí por vos, solo para vos seré.

—Mi destino, D. Juan, me pone siempre, y contra mi voluntad, á vuestro

paso: jamás habeis sido generoso conmigo; os habeis prevalido de las situaciones; y aun hoy, sin saber cómo, os encuentro en un lugar que debe ser sagrado para todo el que, como vos, rinde culto al honor: yo creo, D. Juan, que vos escuchareis mis súplicas y saldreis..... ireis á encontrar á mi padre.

—Y decidme, señora: ¿á quién debeis culpar de mi presencia aquí? ¿quién me ha llamado?.... Por el sitio por donde yo he entrado hasta aquí, solo entra un amante..... ó un ladron.

Pronunció D. Juan esta última palabra con una intencion tal, que doña Inés dió instintivamente un paso atrás.

—No comprendo bien lo que quereis decirme con ese estraño lenguaje.

—Os digo, señora, que si como amante nó, como ladron, y tenedlo bien en cuenta, procuraré obtener la felicidad que me negais.

—¡Oh! Sabia que érais audaz, D. Juan..... pero nunca llegué á sospechar que fuéseis.....

—¿Un infame?.... Teneis razon, señora; infame seré, si prevaliéndome de vuestra debilidad ó de vuestro amor.....

—¿De mi amor, D. Juan?

—Sí; de vuestro amor, que arde entero para mí en vuestra alma. ¿Lo pudiera yo desconocer? Mi vista os estremece; mis palabras os conmueven; vuestros ojos obedecen al corazon y hacen traicion á la cabeza; sé que sois mia, enteramente mia, que vuestra alma me pertenece, y sin embargo, lucho contra una fuerza escondida, que no comprendo, y que conozco os arranca de mis brazos.

—¡D. Juan, D. Juan!—esclamó con acento solemne doña Inés:—vos no habeis querido ser feliz, si ser feliz en el mundo es ser amado; al ménos, habeis repelido de vos la felicidad del amor. Dios, que es justo é incomprensible, no ha querido que nuestras vidas se unan, y ha desunido nuestras almas poniendo entre ellas un horrible obstáculo.

—¿Un obstáculo, señora?....

—Sí, vuestra impureza.

—Vuestra madre, señora, era como vos; como vos luchaba, y como vos cedereis, cedió.

—¡Mi madre!—esclamó Inés no recogiendo otras palabras que aquellas de las últimas de D. Juan;—¿conocísteis á mi madre, caballero? Pero ¡soy una insensata en preguntaros eso! Mi madre murió cuando aun yo era niña, y vos sois muy jóven. ¡Oh! ¡madre mia, madre mia! ¡tú no me hubieras sacrificado!

—Y si os sacrifican, señora, ¿por qué no recurrís á mí? ¿Creeis que mi corazon y mi espada no sean bastantes para salvaros?

—¡Vuestro corazon! ¡vuestra espada! ¡sangre! ¡nó, nó! ¿Qué importa la vida de una pobre mujer? Nada; sobre ella están su deber y su honra. Evitad, pues, un escándalo, y si os negais á ver á mi padre, salid, D. Juan, salid.

—Y bien, señora, eso es imposible en este momento.

—¡Cómo!—esclamó Inés con dignidad y cuidado.

—No penseis mal de mis palabras, señora, sin conocer la causa; os he di-

cho que me es imposible salir por donde he entrado, porque esa salida está cubierta.

—¡Cubierta! ¿Y por quién?

—Por el marqués del Aguila.

—¡Por D. Pedro! ¿Y qué interés tiene ese hombre en que permanezcais aquí?

—D. Pedro, señora, está ahora mismo en el dormitorio de vuestra doncella María.

—¡D. Juan, habeis seducido á mi doncella!—dijo adivinándole Inés;—¡habeis preparado una intriga! ¡me habeis deshonrado!

—Seguidme escuchando, señora, porque si alguna culpa hay en este enredo, no es mia.

—Os suplico que concluyais, D. Juan,—dijo Inés con el acento de la mayor alarma.

—Mi descargo es breve y sencillo. María me dijo que me esperábais.

—Es cierto..... os esperaba por órden de mi padre.

—Y que para deshaceros de D. Pedro, habiais meditado una evasiva inocente.

—Es verdad.

—Pues bien, cuando María fué á ponerlo en práctica, yo quedé esperando, solo y á oscuras, en su aposento.

—Seguid, caballero.

—Pasó algun tiempo, y sentí que se acercaba alguien; percibí despues pasos de hombre y el crugir de la falda de una mujer; el hombre hablaba y la mujer callaba; por la voz reconocí al marqués del Aguila. El silencio de la mujer despertó en mí, perdonadme, un sentimiento de celos; quise asegurarme de la verdad, y recurrí á la puerta más inmediata, tras la cual me puse en acecho; el marqués se espresaba con cierta libertad; nadie le contestaba, pero por sus palabras era evidente que le acompañaba una mujer, á quien llamaba Inés.

—Esto es horroroso, D. Juan,—esclamó la jóven.

—Afortunadamente, en el momento en que me disponia á salir, oí sonar una puerta inmediata; quise salir de dudas; me dirigí al sitio donde sentí el ruido, y mi corazon se dilató; os ví, señora, tranquila, descuidada, sin conocer la traicion de vuestra doncella.

D. Juan habia sido arrastrado por su empeño hasta la mentira, y no retrocedia ante ella.

—¡Oh, sí, esa es una horrible traicion, D. Juan,—esclamó doña Inés;—traicion que no quedará sin castigo!

Y fué á coger el cordon de una campanilla.

—¿Qué vais á hacer, señora? ¡un escándalo! ¡no conoceis el carácter de D. Pedro!

—Y bien, ¿qué hacer?—esclamó Inés desesperada.

—Hay situaciones, señora, en que no hay más que un camino que elegir.

—¿Y cual?

—El de la muerte.

—¿Es decir,—repuso Inés, mirando de una manera intensa á D. Juan,—que creeis que D. Pedro debe morir?

—Sí, si han de vivir, ó vuestra felicidad ó vuestro honor.

—¿Mi honor?

—Ese hombre, señora, es para vos un hombre fatal.

—¡Morir! ¿Y cómo?.... ¡Oh, nó!

—Ved si encontrais otro medio mejor; por todas partes hallareis el mal para vos.

—Os digo, D. Juan, que si un estremo me lleva delante del altar con ese hombre,—dijo doña Inés ruborizándose,—jamás seré su mujer.

—¿Olvidais á lo que se atreve esta misma noche, en este momento, junto á vos?

—¡Oh! me aterrais, D. Juan. Será ese hombre capaz de suponer.....

—Los enamorados son ciegos y tontos; tal habria en el caso de don Pedro, que tomaria á una negra bozal por una princesa de la India. Ya se ve; ¡pueden llevar á tantos errores un silencio obstinado y una tiniebla densa!....

—Y ese hombre acaso se jactará.....—observó doblemente ruborizada Inés,—se jactará de haber obtenido favores mios.

—El marqués callará como callan todos los amantes durante los tres primeros dias: acaso al pedir vuestra mano no haya tenido D. Pedro otro objeto que acercarse á vos..... acaso ha seducido á vuestra doncella, y ésta, no atreviéndose á vos, le engaña tal véz por cuenta propia.

—Me estais haciendo aspirar, D. Juan, cieno y miseria,—dijo con pura dignidad Inés,—y jamás hubiera creido verme obligada.....

—A escuchar tanta impureza: teneis razon, y ese es uno de los motivos que me hacen odiar con más fuerza al marqués..... pero si vos me autorizais, yo os prometo.....

—¡Qué, D. Juan!

—Tengo espada al costado y amor en el corazon.

—¡Un duelo! ¡un duelo por mí! ¿y las pragmáticas, D. Juan?

—¿Qué me importan, si vos os salvais?

—¿Me amais hasta ese punto, D. Juan?

—¿Que si os amo? Os amo tanto, señora, que arrostraria por vos el envilecimiento en la tierra y la cólera de Dios en el infierno.

La mirada de Inés se encendió en una llama brillante, pero se apagó al momento, no sin haber dicho á D. Juan en aquel relámpago más de lo que le hubiera dicho una mujer frenética y sin pudor.

D. Juan, obstinado en su propósito de arrastrar á Inés á una pasion inmensa, representaba una farsa: creyó, y creyó mal, aconsejado por su amor propio, que Inés habia llegado ya á aquella situacion; que lo que pretendia únicamente era salvar las apariencias, y que era, por lo tanto, aquel el momento de empeñar la batalla.

—Os he dicho, señora,—continuó,—que por vos entraria en el infierno, porque os amo de una manera insensata.

Tras esto presentó un sillon á Inés, que hasta entonces habia estado en pié, y en el que se sentó conmovida.

—Me permitireis, señora, que os hable de mi amor,—prosiguió D. Juan, afectando con una maestría admirable ese acento tembloroso y tímido de los jóvenes que hacen su aprendizaje de amor.

—Hablad, caballero,—dijo Inés.

—Otro, señora, veria en esa concesion una esperanza, pero ese otro os juzgaria mal.

—Sí; teneis razon, muy mal,—dijo Inés con una voz insegura, á pesar de que habia procurado dominarla.

—Pero yo, señora, que conozco la pureza de vuestra alma; yo, que sé cuánto tiene de fuerte y poderoso, porque me habeis dado repetidas muestras de ello, no espero más que de una manera vaga, como se espera un milagro.

—¡D. Juan, D. Juan!—dijo Inés sonriendo tranquilamente,—¿creeis mucho en lo maravilloso?

—Cuando se tiene delante un ángel, es preciso creer en el cielo, y del cielo.....

—¿Qué?

—Vienen los milagros. Por eso no creo insensata, muy insensata..... mi esperanza.

—Habeis hablado de ángeles, D. Juan.

—Porque hablo con vos, Inés.

—Y vos, que sois discreto, que sentís profundamente, concebireis un amor puro.

—Comprendo el amor en su verdadera significacion, Inés.

—Y decidme: ¿cómo comprendeis el amor?

—El amor, señora, á mi modo de ver, no es el fuego que devora, sino la luz que alumbra; el amor no es la necesidad de la materia, sino la fruicion del espíritu.

—¿Y cómo me esplicariais eso, D. Juan?

—Para esplicároslo, señora, seria necesario que yo volviese á recordar textos sepultados en los librotes, en cuyo estudio perdí cuatro ó cinco años en la Universidad de Salamanca. No creo oportuna, ni agradable para vos en este momento, una disertacion escolástica, en la cual nos encontrariamos á cada paso con una abstraccion.

—Segun eso, vos encontrais abstracto el amor puro; lo que equivale á decir que no creeis en su existencia sobre la tierra.

—Creo, señora, que las cosas son ó no son, con relacion á sus resultados; creo, señora, nó que os amo con pureza, porque ese amor solo existe en el cielo; pero creo, sí, en mi fuerza de espíritu; creo que puedo dominarme y que jamás mi amor dejará de respetar vuestra voluntad, por más que mi pasion se desborde y me ponga en tortura: eso es lo que creo, como creo que mi amor tendrá el aspecto de pureza, mientras vos no paseis de ser mi amiga, porque si vos llegais á amarme, señora, todos vuestros deberes, toda vuestra virtud, toda mi voluntad, no podrán impedir.....

—¿Qué, D. Juan?

—El que acontezca ese milagro que os he dicho.

—¿Segun eso, el que se realice el milagro, consiste en que yo os ame?

—De seguro, señora.

—Estais mintiendo, D. Juan, no sé con qué objeto,—exclamó Inés arrastrada por una fuerza superior á sus medios de resistencia;—estais mintiendo, y perdonadme esta frase, porque si en amor consiste.....

Inés se detuvo y se puso encendida como la púrpura.

—Seguid, señora, seguid,—exclamó D. Juan, que creyó se acercaba el momento decisivo de la victoria.

—Si en que yo os ame consiste....—continuó trémula Inés,—ese milagro debia ya haberse efectuado.

La mirada de la jóven volvió á iluminarse, y no se apagó; por el contrario, brillaba con todas las promesas de la pasion, con toda la intensidad del deseo, con toda la embriaguez de la felicidad sobre la mirada fascinada de D. Juan.

—¿Que me amais así, señora?—dijo Tenorio afectando la mayor admiracion.

—Sí, os amo desde que os vi,—dijo en voz baja y contenida por la pasion Inés;—creo que os amaba antes de amaros, y que os amaré despues de muerta; os amo como vos no sois capaz de concebir; antes que todo; á despecho de todo: os amo y muero, porque vuestro amor para mí es un tósigo mortal.

—Señora.....—murmuró D. Juan, verdaderamente afectado por tanta pasion;—ved que aventurais una prueba peligrosa, porque no me siento con fuerzas bastantes para no enloquecer; sabiendo que vos, la mujer más hermosa del mundo, la mujer más pura.....

—¿Creeis comprender bien mi corazon, D. Juan?

—Creo, señora, que luchais contra una prevencion que habeis concebido de mí en mal hora.

—¡Prevencion! Recordad, D. Juan, qué hicísteis la primera vez que os vísteis á solas conmigo.

—¡Oh señora! entonces era un niño.

—Un niño en que se desarrollaban ya los gérmenes impuros del hombre: un niño impaciente y audaz que marchitó mi amor antes de tocarle, dejándome ver lo oscuro de su alma. Siempre que la suerte os ha arrojado junto á mí, D. Juan, os habeis mostrado tal cual sois; exigente, altivo, audaz. Vos habeis atribuido á la pureza, á la inocencia que se asusta, mi lucha y mi resistencia. Os habeis engañado. ¿Qué me importaban el cielo ó el infierno, el aprecio ó la deshonra del mundo, si hubiera obtenido vuestra alma por entero, si os hubiérais abrasado en mi amor, como yo me abraso en el vuestro? ¡Pureza! ¡mentira! Vuestro orgullo os ciega, y no comprendeis que es mi corazon quien os desea y mi corazon quien os rechaza. Yo soy vuestra, D. Juan, pero vuestra en el pensamiento, en el sueño; en la realidad, jamás: os he adivinado, por mejor decir, os he comprendido. Lo que os impele á mí, es un deseo. Sois audaz y valiente; habeis encontrado resistencia, y os habeis obstinado en vencerla. Si por mi fortuna, yo no conociese tan bien esta desdicha, os hubiera abierto mis brazos, os hubiera hecho sentir cuanto puede delirar,

cuanto puede adorar una mujer; hubiera apurado á torrentes la felicidad, pero luego..... luego..... vos os hubiérais arrancado sonriendo de mis brazos, y me hubiérais vuelto la espalda..... ¡Nó! ¡nó! eso hubiera sido horrible..... superior á todo sufrimiento, y eso jamás será. Partiremos en buen hora por igual, yo con vos, vuestra impotente lucha; vos conmigo, mi sed de amores: hé ahí D. Juan, que somos hoy y seremos mañana, y luego y siempre, cada uno de por sí, un imposible para el otro. Hé ahí por qué mi padre podrá casarme, tiranizarme mi esposo, sin que otro posea jamás lo que solo debia ser vuestro, y no lo es porque no lo quiere Dios.

—¿Y para decirme eso, señora, me habeis llamado?

—No os he llamado yo, ya os lo he dicho; os necesita mi padre.

—¿Y si yo obligase á vuestro padre á romper obligaciones con D. Pedro? ¿á que no le entregase vuestra mano?

—No seria vuestra esposa.....

—¿Y qué podiais temer siéndolo?

—Una suerte doblemente horrible.

—¿Creeis, pues, que yo sea un infame?

—Creo, D. Juan, que odiareis siempre todo lo que pueda poner trabas á vuestra voluntad; una esposa es un lazo que estorba mucho á hombres como vos, y acabariais por romperlo de cualquier modo.

—¿Estamos, pues, en duelo, Inés?

—En duelo hasta la muerte de uno de los dos.

—Si venzo, señora..... no os lo agradeceré.

—Si no venceis, D. Juan, echáos la culpa á vos mismo.

D. Juan estaba á punto de perder la paciencia. Lind-Arabj se le habia rebelado, y doña Inés le retaba. ¿Dónde estaba, pues, el poder mágico de su hermosura y de su espíritu, que habia arrebatado á tantas bellezas, como el huracan arrastra las hojas secas, y que se veia contenido, rebramando como contra dos rocas, por aquellas dos mujeres? Polvo y vanidad; porque de Luzbel abajo no ha habido soberbia que no se haya visto contenida y humillada por un imposible, y no era este solo el que habia de humillar á D. Juan.

Por un momento, pensamientos bastardos pasaron por la mente de Tenorio: estaba solo con aquella mujer, le sobraba valor para afrontar las consecuencias de una lucha ruidosa..... pero este pensamiento fué rechazado con desprecio, apenas concebido: D. Juan necesitaba triunfar por la fuerza moral, nó por la fuerza física: mientras doña Inés no se echase á sus piés, sumisa como una esclava, no podia llamarse vencedor.

Tenia la evidencia de que llegaria aquel momento; no habia llegado aun, y se contuvo.

—Siempre sujeto á vuestra voluntad, señora,—la dijo,—esperaré á que el tiempo y la esperiencia desvanezcan la desfavorable opinion, que acaso la misma fuerza de mi impaciente amor os ha inspirado, y puesto que no sois vos quien me llama, sino vuestro padre, os ruego hagais que llegue hasta él.

Doña Inés tomó una bujía, la encendió, abrió una puerta de su dormitorio, y precediendo á D. Juan, atravesó una cámara, abrió otra puerta, y con su voz de ángel anunció á su padre la llegada del jóven, que entró.

Inés se volvió á su dormitorio conteniendo el llanto, que como siempre, se agolpaba á sus ojos despues de una lucha con D. Juan.

Al abrir la puerta, fatídico, sombrío, altivo, encontró en medio del dormitorio á D. Pedro de Avendaño, y un grito de terror se exhaló de sus lábios.

—Temedlo todo por vos, señora,—la dijo roncamente el jóven;—temedlo todo por él.

Y tras estas palabras, volvióse, atravesó la puerta del dormitorio de María, y desapareció.

Era evidente que D. Pedro lo habia escuchado todo tras aquella puerta.

CAPÍTULO X.

En que D. Juan conoce otro corazon destrozado en su entrevista con D. Gonzalo, con otros graves sucesos que pasaron con doña Inés.

Un crímen es, por decirlo así, el primer escalon descendente de una horrible escala cuyo fondo se pierde en un abismo insondable; una vez dado el primer paso, no hay poder, no hay medio para evitar el siguiente. Una falta produce otra falta, y en general el temor á la ley, el deseo de conservacion, y sobre todo la ruptura de los respetos sociales y religiosos dentro de la conciencia, hacen que una mano manchada con sangre continúe manchándose, si las circunstancias ó las fatalidades la arrastran.

Hé aquí lo que acontecia á D. Gonzalo; en sus primeros años, el despecho del amor, la rabia de los celos y la influencia de ese rígido y descarnado espectro que se llama por los hombres honor y por la filosofía vanidad, le habian hecho arrollar ante su paso dos existencias. Despues de esto, se habia visto obligado por su seguridad á ceder á bajezas á que en otra ocasion no hubiera descendido; habia amargado su corazon con un remordimiento voraz, y al fin habia venido á pedirle el precio del crímen y á hacerle su esclavo D. Pedro de Avendaño.

D. Gonzalo se encontró sujeto, enclavado en el centro de aquel círculo fatal que giraba en derredor suyo retronado como un torbellino; tormento infinito, rueda erizada de abrojos que despedazaban contínuamente, sin destruirlos, su amor, su orgullo, su voluntad; horrible situacion de esclavo encadenado, cuyo rostro azota sin cesar la mano insolente de un dueño sin piedad; horrible vacío en el cual flota y se revuelve como en un cáos una desesperacion rabiosa é impotente.

Solo D. Gonzalo sobre la tierra, sin hijos, sin parientes, enervado ya por

los años, calló, sufrió y esperó con terror el dia en que Inés, aquel ángel á quien amaba con más intensidad que si hubiera sido su hija, por lo mismo que no lo era, fuese sacrificada como la víctima expiatoria á un hombre á quien aborrecia.

D. Gonzalo habia procurado, dando un largo plazo al enlace de Inés, que la casualidad ó la fortuna la librasen de Avendaño; pero ni la suerte ni el acaso se le habian mostrado favorables. D. Pedro marchaba con paso firme y adelante por la senda de la fortuna; se le honraba en la córte por rico, noble y valiente, y le acogian las damas por hermoso.

Mientras D. Juan estuvo separado de la escena, puede decirse que él fué su lugarteniente, pudiendo habérsele llamado el segundo Tenorio: vestia con gusto y lujo; mantenia caballos, escuderos y pajes; vivia en una casa elegante; jugaba bizarramente y por entretenimiento, sin empeñarse jamás en un desquite si perdia, y sin negarlo si ganaba; sostenia á la vez diez queridas; reñia por una mirada, una palabra ó una sonrisa, y pasaba el tiempo por mitad entre Madrid y su castillejo del Aguila.

La fama habia dado una gran importancia á este castillo: nadie habia entrado en él; pero aunque se ignorase lo que acontecia en su interior, no podia dejarse de notar el contínuo movimiento de dilatacion y concentracion, por decirlo así, de las gentes que le habitaban. Al amanecer abriase la poterna, y una cohorte de aventureros de todas castas y naciones, pero feroces todos, vestidos de una manera uniforme y armados hasta los dientes, salian y se desparramaban, dilatándose cuál hácia Madrid, cuál á los pueblecillos circunvecinos, donde era cada uno de por sí un pequeño déspota por su fuero y por su espada. Al anochecer, uno á uno iban llegando y desapareciendo tras la poterna hasta encerrarse dentro del castillejo, á lo que podia llamarse su concentracion.

Cuando D. Pedro estaba en el castillo, no emanaba de él otro ruido que el grito de alerta de los atalayas, y alguna vez el sonido de una dulce voz que cantaba á la guitarra, ó el alegre estrépito de una orgía de nobles; pero cuando estaba ausente, por cada una de las claraboyas, saeteras y respiraderos de las torres del castillo, surgia un rumor informe, zumbador, en que resonaban por igual vasos que se rompian, voces que amenazaban, gritaban ó blasfemaban, y alguna vez crugir de armas y estallidos de mosquetes; solia acontecer que un hombre muerto cayese de los adarves á las profundidades del foso, en el cual, al dia siguiente, no aparecia nada más que algun fango removido. Añádase á esto que no se tenia memoria de que nadie hubiese pasado de noche junto al castillo sin haber sido robado ó muerto, ni de dia sin haber sido apaleado ó escarnecido, y se concebirá cuánta razon se tenia entonces para mirarle con prevencion, y cómo tras la prevencion podian venir las consejas maravillosas, las supersticiones y los agüeros.

Decididamente D. Pedro debia ser hombre muy temido ó muy respetado, cuando la justicia no habia tomado en cuenta los escesos y aun crímenes que se cometian alrededor de su morada, ni la Inquisicion metídose á averiguar qué fundamento podian tener las suposiciones de heregía y nigromancia que se atribuian al castillo del Aguila.

Pero á pesar de que su género de vida constituia á D. Pedro en un contínuo peligro, pasó mes tras mes sin que nada viniese á librar á D. Gonzalo de su empeño, y en fin, los incidentes del baile de D. Juan precipitaron el plazo.

Á duras penas D. Gonzalo, inventando siempre nuevos pretestos, pudo contenerle durante cuatro meses. Llegó un dia en que D. Pedro se obstinó, llegó á las amenazas, y fijó el consorcio definitivamente para dentro de un mes.

Entonces fué cuando D. Gonzalo, que amaba á Inés lo bastante para que le horrorizase su enlace con D. Pedro, recurrió á D. Juan, llamándole por medio de Inés. Así es, que cuando Tenorio entró en su aposento, no pudo ménos de asombrarse ante el aspecto abatido, casi miserable, del comendador.

—¡Oh!—esclamó mirándole con afan, como el que parece mira su medio de salvacion;—gracias á Dios que habeis venido, D. Juan. Sentáos, sentáos y permitidme que cierre las puertas.

—¿Tan importante es, D. Gonzalo, lo que teneis que comunicarme?

—Sí, si son importantes el honor y la vida,—contestó D. Gonzalo, volviendo despues de cerrar las puertas.

—No sé de qué honor ni de qué vida trateis, comendador,—dijo Tenorio, afectando no comprender el sentido de las palabras de D. Gonzalo.

—Se trata de mi honor y de la vida de doña Inés,—contestó el comendador.

—¿Y quién se atreve á atentar á ellas?

Miró D. Gonzalo de una manera profunda á Tenorio, y sacando de un cajon de su mesa un papel cuidadosamente plegado, le dijo:

—Creo, Sr. D. Juan, que vuestra pregunta es ociosa, puesto que un hombre á quien habeis conocido tan bien ó mejor que le he conocido yo, os ha hecho graves, terribles, importantes revelaciones.

—¿Y qué hombre es ese á quien los dos hemos conocido, D. Gonzalo?

—El confesor de mi esposa, el protector de..... mi hija.

—Ignoro, comendador, de quién me hablais.

—Os hablo, caballero, de Fray Tomás de la Santísima Trinidad.

—¡Ah! ¿Y decís que ese hombre me ha revelado?....

—Leed,—dijo el comendador, poniendo el papel en las manos á D. Juan.

—Y bien; aquí dice que piensa llamarme, instituirme su heredero, con la condicion de que me case con doña Inés, y añade que está resuelto á demostrármelo todo: esta carta puede servir para probar una intencion, nó un hecho.

—Pero para demostrar que la intencion ha sido cumplida, basta saber que habeis sido nombrado por Fray Tomás heredero de unos bienes que no os pertenecen sino bajo condicion.

—Es cierto; al dia siguiente de la muerte de Fray Tomás me fué presentado judicialmente este testamento; pero como no pienso cumplir la cláusula por la cual se me instituye heredero, he aprovechado la ocasion de venir á vuestra casa, para entregarlo á doña Inés con una cesion en forma á su pié, que podeis ver si os place.

D. Juan sacó el testamento de su ropilla, y le mostró á D. Gonzalo.

—¿Y por qué, caballero,—dijo con amarga severidad el comendador,—re-

chazais la mano de doña Inés, *si nada sabeis de ella que pueda haceros repugnar un enlace?*

El comendador dijo estas palabras con una intencion marcada y mirando á D. Juan con una fijeza tenaz; sin embargo, el joven no se conmovió.

—Rehuso este enlace—dijo—porque doña Inés no seria feliz conmigo.

—¿Y por qué, caballero?

—Porque no la amo.

—¿Que no la amais? ¡Mentira! ¿Por quién habeis venido esta noche sino por ella? ¿Con quién habeis pasado dos horas desde que entrásteis hasta que habeis llegado junto á mí? ¿Creeis que soy ciego, ó sordo, ó imbécil, D. Juan? ¿Creeis que yo permitiria lo que ahora mismo sucede en mi casa, si el infierno no me obligase á permitirlo? Os llamo, porque sé que lo sabeis todo; os llamo, porque aunque doña Inés no es mi hija, la amo por costumbre, por fatalidad; os llamo, porque estoy al borde de un abismo en que me es forzoso arrojar á ese ángel ó arrojarme yo; os llamo, en fin, porque necesito una mano que me defienda, un corazon que me apoye.

—¿Y creeis que yo puedo libraros de D. Pedro?

—Sí; podeis matarle, D. Juan: tarde ó temprano le matareis, porque sentís hácia él un odio sin fin; y si eso ha de suceder, hacedlo antes de que doña Inés sea sacrificada.

—Os juro, D. Gonzalo, no tomar parte en vuestros asuntos.

—¿A pesar de haberos encargado un moribundo, un santo, que hiciéseis feliz á esa pobre niña, á esa hija de la desgracia?

—Fray Tomás, D. Gonzalo, era un insensato como vos: ¿creeis que podria yo honradamente tomar parte en vuestros crímenes, sosteniéndolos. Nó. Lo que yo haga será por doña Inés, pero por doña Inés sola.....

—Y bien, caballero; poco amais á esa señora, cuando sabiendo las condiciones de su orígen, no quereis salvarla de una vergüenza pública.

—¡De una vergüenza pública, D. Gonzalo! ¿Acaso hay alguien que pueda penetrar en la horrible historia de Lisardo el Estudiante?

—¡De Lisardo!—esclamó con estrañeza el comendador;—¿y qué tengo yo que ver con ese heróe de romance?

—Es que ese heróe de romance ha existido; es que ese que creeis un sér fantástico es el padre de doña Inés; es que ese hombre era Fray Tomás de la Santísima Trinidad.

—¿Y dónde teneis las pruebas de eso?

—Os basta mi palabra.....

—Permitidme que dude de ella, D. Juan.

—¡Cómo!

—¿Acaso no habeis pretendido ocultarme que conociais el orígen de Inés?

—He procurado, D. Gonzalo, no heriros en el corazon, y esto es todo. ¿Qué hubiérais vos hecho en mi lugar?

—El comendador bajó la cabeza confuso.

—Os creo, os creo, D. Juan,—le dijo;—pero lo que no puedo creer sin asombro y sin repugnancia—esclamó irguiéndose de repente—es que un hombre que se llamó sacerdote, que pasó por virtuoso, á quien se creyó justo,

haya cubierto sus crímenes de tal manera con otros horribles crímenes, y haya envilecido á un mismo tiempo á un marido engañado, á una mujer culpable y á una víctima inocente; lo que no puedo creer sin horror, es que exista tal perversidad, tal hediondez en el corazon humano, y se cubra con tales y tan santas apariencias.

—Sin embargo, creo, D. Gonzalo, que en esto de apariencias no hayais andado vos muy respetuoso. Por ejemplo, entre las relaciones y el enlace público de vuestra familia, y el que yo conozco, no existe ninguna semejanza, caballero.

—Eso os lo habrá esplicado en sus revelaciones Fray Tomás.

—Fray Tomás solo me ha dicho en sus Memorias que Inés era hija suya y de su amante Teodora, ó porque lo entendais mejor, de doña Elena de Santa Cruz.

—Y bien, caballero, y bien.....

—Y bien, de vuestra vida pública resulta que doña Inés es hija legítima de D. Gonzalo de Ulloa y de doña Beatriz de Somoza, lo que retrasa la edad de doña Inés en dos años; esto es, que ahora solo aparece por su fé de bautismo de diez y siete años, cuando realmente cuenta diez y nueve. De todo lo cual resulta: que doña Inés no es vuestra hija; que por celos asesinásteis á su madre; que engañado por las apariencias hicísteis dar de puñaladas á un paje inocente; y que para poner á cubierto vuestro honor, por razones que están fuera del alcance de mi inteligencia, habeis falsificado una madre para doña Inés. ¿Y quereis que yo me envuelva y me pierda en ese miserable torbellino de crímenes, de impurezas y de mentiras vergonzosas? Nó. Lo que yo en este asunto haga, lo repito, lo haré por doña Inés; por vos, nada..... absolutamente nada.

Y D. Juan se levantó.

—Esperad, esperad,—le dijo con angustia D. Gonzalo,—y aunque no me ayudeis, aunque no me tendais vuestra mano poderosa, dejad que delante de vos me justifique. Os ruego, D. Juan, que me escucheis.

D. Juan se sentó de nuevo.

—¿Conoceis mis amores con doña Elena?—dijo penosamente el comendador.

—Sí,—contestó D. Juan.

—La ví, y la amé: aquella pobre niña habia quedado sola en el mundo; yo no desconfié ni de su nombre ni su estado; acepté las condiciones que bajo apariencia de pureza me hizo jurar que respetaria, y me casé con ella de secreto.

»Despues de mi vuelta y de la horrible catástrofe á que dieron lugar mis pasiones, pasiones necesarias en un esposo ofendido y que siente honor y dignidad en su corazon; despues de la muerte de aquella infeliz mujer, mi amor hácia ella renació con más fuerza, más desesperado, y se reconcentró en su hija, en esa desgraciada Inés, venida al mundo para amar, desesperar y morir de dolor.

»Quise legitimarla y declarar mi matrimonio. Eso era imposible; despues de muerta no podia probarse la existencia de doña Elena de Santa Cruz; en

vano busqué sus parientes, sus deudos; nadie la conocia. Recurrí á los libros parroquiales, y hallé que su partida de bautismo y la de defuncion de sus padres eran otras tantas falsificaciones. Inés, pues, no podia ser legitimada; era un caso estraño que no habian previsto las leyes; viva su madre, hubiera podido llegarse á la verdad, ó al ménos hubiera sido hija de una espósita, de una mujer desconocida; pero muerta, ¿cómo probar su identidad con aquella falsa Elena de Santa Cruz?

»Entonces Fray Tomás apeló á un recurso estremo; serviale de amanuense un hidalgo pobre, pero sagaz, á propósito para cualquier empeño. Este hidalgo se llamaba, á pesar de su pobreza, D. Gaspar de Somoza, y tenia una hermana jóven y bella, ambiciosa cuanto necesitada, y cuanto necesitada dispuesta á todo lo que sin mancharla con la deshonra, cosa que hubiera impedido un enlace ventajoso, en el cual estaban circunscritas todas sus esperanzas; dispuesta, digo, á todo lo que pudiese arrancarla de su oscura miseria, doña Beatriz se dejó enamorar por mí sin amarme, y cuando la pedí su nombre para la que yo llamaba mi hija, por condicion de mi enlace con ella, reconocióla ante testigos por hija suya habida de mí, y para cubrir su honor, honor vendido, se avanzó la fecha del nacimiento de Inés en la partida de bautismo á nueve meses despues de mi casamiento con doña Beatriz; casamiento desgraciado como el primero, y en que mi segunda esposa cayó, como la madre de Inés, asesinada, nó por un tósigo, sino por el rigor de una clausura. Y bien; ¿no he procurado yo que todas las amarguras recaigan sobre mí? ¿No he tenido bastante caridad con esa desdichada, á quien realmente nada debo, para que no se tenga caridad conmigo? ¿No merezco, D. Juan, que me salveis?

—Es decir, que mientras habeis sido fuerte, os habeis desembarazado por medio del puñal, del veneno ó de la opresion, de los que os estorbaban; y ahora, viejo é inútil, buscais un brazo jóven para que os sirva de verdugo.

—Busco en vos un hijo, D. Juan,—contestó doblegando su altivo carácter el viejo.

—¿Un hijo que mate?

—Nó; un hijo que defienda á una pobre mujer, á un anciano, solos y abandonados en el mundo; un corazon noble y un valiente brazo que tenga compasion de tanta miseria.

—¡Oh! Dios castiga tarde ó temprano, y vuestra lucha no es otra cosa que una rebeldía contra su justicia.

—¡Que Dios castiga! Castígueme en buen hora; la desgracia me ha hecho cometer crímenes y bajezas que jamás hubiera consumado. ¿Acaso no he sido el juguete de los hombres? ¿Qué han hecho ellos sino servirse de mí? Desde Fray Tomás á D. Pedro de Avendaño, incluyendo á mi cuñado D. Gaspar, todos se han prevalido de mi situacion estraña en su provecho; todos me han amenazado con decir al mundo lo que era ya demasiado terrible sabiéndolo Dios. Todos han introducido sus dedos en mi corazon, y han desgarrado sus heridas; todos han sido crueles, porque á todos he pedido piedad, y me la han negado. Ya se ve; eran hombres, y su interés, su vil interés estaba antes que todo. ¿Qué les importaban mis agonías, mis terrores, mi desesperacion? Nada. Pero aten-

ded bien: D. Gaspar, el miserable amanuense á quien mi oro y mis influencias alzaron hasta el nivel de los más altos caballeros, comerció con mis secretos sobre la impura sangre de su hermana, y me esclavizó. D. Gaspar ha muerto herido por la mano de Dios, por medio de ese miserable Avendaño que hoy me esclaviza; Fray Tomás—aquí se hizo cavernosa la voz del comendador—me ha arrastrado durante su vida á graves, á enormes faltas; me ha hecho su instrumento, se ha servido de mí á su placer, me ha torturado y me ha estado engañando hasta el fin; me he visto obligado á vestir luto por el uno, á llorarle entre amigos y deudos, á fingir un dolor que no sentia; durante mucho tiempo, Fray Tomás y yo hemos representado una comedia, comedia horrible, cuyo desenlace debia ser fatal. Hipócrita, receloso y sombrío, ni aun conmigo se permitia confianzas acerca de cosas que, aunque nunca me las habia dicho, eran para mí demasiado trasparentes. ¿Podia yo dudar de los vínculos que le unian á Inés en vista de su amor de padre, al que no sabia cubrir su profundo disimulo? Y sin embargo, yo que habia muerto á un inocente creyéndole culpado, me humillé ante el miserable fraile, á quien hacia terrible el poder de la Inquisicion; la mano de Dios le ha castigado, secando, desgarrando su corazon con el dolor y el remordimiento, y haciéndole morir desesperado por medio de la tisis; hoy D. Pedro de Avendaño, el asesino, el ladron, el miserable, el hombre á quien sin duda el infierno ha revelado terribles secretos, despues de contener la venganza de Fray Tomás, de desarmarle, de reducirle por temor á la impotencia, me amenaza, me aterra, me impone condiciones. D. Pedro caerá, yo os lo aseguro; caerá ante vuestra espada, porque le odiais, y vuestro odio es mortal; pero caerá despues de haber destrozado el corazon de mi hija. ¡De mi hija, D. Juan! Yo la he visto nacer, yo amaba á su madre, y ese amor ha pasado entero á la hija. ¿Creeis que yo he podido ser indiferente á ese ángel que ha crecido entre mis manos, que me ha prodigado el dulce nombre de padre, que ha calmado con su dulzura los acerbos dolores de mi corazon, y que me ha despertado todos los dias de mis sueños de remordimiento con su puro beso de paz? Nó, D. Juan; lo que existe en mí de malo, lo debo á los hombres. Mi corazon siente, mi corazon ama, y para mí Inés es mi hija, mi hija querida. No puedo considerarla de otro modo. Algunas veces, siempre, creo que mi sangre es su sangre, y son necesarios todos mis acerbos dolores para desvanecer en mí esa ilusion. Pues bien: por esa querida hija es por quien os suplico de rodillas, D. Juan; por esa noble y santa jóven, que os ama con el amor de los ángeles, y á quien debiais amar si pensárais en ser feliz sobre la tierra.

D. Gonzalo, en efecto, se habia arrastrado á las plantas del jóven, que le miraba con la fria y cruel impasibilidad del juez que, convertido en ley, ni siente más que la justicia, ni se conmueve ni vacila. D. Juan contestó severamente:

—Os habeis equivocado en gran manera, comendador,—le dijo,—cuando habeis pensado valeros de mí; si D. Pedro de Avendaño os obliga amenazándoos con vuestros crímenes, consecuencia son de esos mismos crímenes las obligaciones en que con él os encontrais. Eso es asunto vuestro, enteramente vuestro. En cuanto á doña Inés, me pesa, y Dios bien lo sabe, el que

las culpas de sus padres caigan sobre ella; pero siempre respetaré el precepto de Dios, que dice: «castigaré las iniquidades de los padres sobre los hijos hasta la cuarta generacion.»

—¡Vive Dios! D. Juan, que vuestra obstinacion en negaros á favorecerme no es otra cosa sino soberbia. Vos matareis á D. Pedro, pero le matareis por vuestra cuenta, sin que nadie tenga que agradeceros esa muerte. Vuestra vanidad, vuestro instinto de dominio, os hacen duro y cruel, en tanto que vuestro corazon se estremece á impulsos de la piedad, del amor, de la indignacion. Os habeis empeñado en ser terrible, y lo sois ya; el mundo os ha dado tan mala muestra de sí, que no creeis en nada de cuanto tiene de bueno, de fiel y puro. Seguid, D. Juan, seguid. Mi pobre hija no os deberá nada; pero llegará un dia en que los dolores propios disuelvan ese corazon, hoy tan fuerte; en que se levanten delante de vuestra conciencia víctimas desdichadas; en que querais gritar, y ahogueis vuestros gritos como los ahogo yo; en que busqueis amparo, y no le halleis, y se os mofen; en que querais apartar de alrededor de vuestra cabeza cien espectros ensangrentados, y os sintais impotente, enlazado á ellos por vuestro destino: pedid á Dios que no eche sobre vuestra cabeza las faltas de vuestros padres, porque entonces sufrireis el horroroso martirio de un castigo que creereis injusto; id, D. Juan, id, y que os perdone Dios.

Tenorio sintió sublevarse su corazon al acento desesperado del comendador; pero éste le habia juzgado bien; se avergonzó de ceder, de ser débil, y no lo fué; lastimó su corazon comprimiéndolo, y salió despues de saludar ceremoniosamente á D. Gonzalo.

Pero apenas estuvo fuera de aquella casa, aquel esfuerzo operó una reaccion terrible; irritóle el haberse encontrado combatido por tan distintos afectos; desdeñado por Inés y apostrofado por D. Gonzalo, decendió á su corazon para buscar en el fondo la esplicacion de su conducta, y halló con repugnancia que era el sentimiento vulgar de una venganza innoble; quiso volver, pero siempre soberbio, se contuvo. D. Juan era un hombre que jamás volvia atrás una vez empezado su camino, por más que sus pies se ensangrentasen en abrojos y una pendiente rápida le arrastrase á un abismo; pero como podia muy bien encontrar sobre su camino y delante de su espada á don Pedro, juró esterminarlo sin compasion la primera vez que lo encontrase á su paso.

Despues de esta resolucion, su espíritu poderoso se sobrepuso á todo, picó á su caballo, entró en Madrid, y se encaminó á casa de la más bella de sus queridas.

En tanto Inés entreabria la puerta del aposento del comendador; estaba éste anonadado, lloroso, pálido, temblando á un mismo tiempo á impulsos de la cólera y del terror. Una vaga y sombría espresion iluminaba sus ojos, fijos en dos pistoletes colgados frente á él en la pared, y entre aquellas lágrimas, aquella palidez y aquel terror, una sonrisa horrible, satánica, contraia sus lábios.

—«Son dos infames,—se dijo:—el uno, por su amor insensato, me aterra; y el otro, por su vanidad brutal, me abandona; entre los dos está mi hija.....

mi hija, que necesariamente ha de ser infeliz. Pues bien; perezca yo entre prisiones, y sálvese ella: si mi brazo es débil, los hombres han inventado la pólvora..... un pistoletazo á cada uno, un pistoletazo en el corazon..... entonces, si mi Inés no es feliz, al ménos no será más desdichada.....»

De repente el suave contacto de una mano que se posaba en su hombro le arrancó de su pensamiento; volvió la cabeza y encontró ante sí á Inés, que le sonreia, tranquila y dulce como un ángel. Pero al ver el semblante sombriamente entristecido del comendador, su sonrisa se borró, reemplazándola una espresion de cuidado y de solicitud.

—¿Estais enfermo, padre mio?—le dijo.

—Enfermo, sí, enfermo del alma, pobre hija mia.

—¿Y qué motivos teneis para ello, señor?

—¿Qué motivos? Aun no he podido acostumbrarme, Inés, á la falta de tu tio; aun me aflige el no haber vengado su sangre, y sobre todo esto, me hacen tanta falta los consuelos de nuestro buen amigo Fray Tomás.....

—Pero en cambio, señor, dentro de muy poco tiempo tendreis un hijo en D. Pedro; un hijo que os amará como os amo yo.

Sin duda debia estar muy poco acostumbrado D. Gonzalo á encontrar tan sumisa á este enlace á doña Inés, puesto que en su rostro se representó el asombro más espontáneo.

—Sí, preciso será que suceda,—dijo;—he empeñado en mal hora sin duda mi palabra, pero soy noble y debo cumplirla. ¿Quién habia de creer que repugnases una alianza con un mancebo tan gentil, tan noble, tan valiente?....

—¡Repugnar! nó, nó, padre mio, os engañais; yo nunca he mirado sin afecto á D. Pedro.

El comendador miró de nuevo con mayor asombro á la jóven, y le pareció que dos lágrimas mal contenidas brotaban á sus ojos al decir estas palabras.

—¿Dónde os hallábais, señora,—la dijo con severidad,—cuando yo estaba encerrado con D. Juan?

—¡Oh! ¿dónde estaba? En mi cámara.

—¿Y qué haciais en ella? ¿por qué habeis venido á verme?

—Oia á D. Pedro de Avendaño, y he venido á anunciaros, padre mio, que por mi parte estoy dispuesta á que se hagan estas bodas cuanto antes.

—¿Sabiais para qué habia yo llamado á D. Juan?

—Lo ignoro, señor.

—Sin embargo, creo que debeis haber hablado con él.

—Lo necesario, señor, para decirle que deseábais hablarle.

El comendador calló, dominado por una duda cruel; acaso aquella niña, que siempre habia sido para él un ángel, sacrificaba á su reposo la felicidad, la paz de su vida; acaso nada sabia, y desesperada por el desamor de D. Juan, con quien D. Gonzalo no dudaba que habria hablado, aceptaba el enlace con D. Pedro, como quien, hastiado de la vida, apura un tósigo que ha de matarle lentamente.

Cualquiera de estas dos suposiciones aterraba al comendador, porque cualquiera de ellas representaba el sacrificio de Inés.

—He llamado á D. Juan—la dijo—para terminar un asunto en que tú, Inés mia, eres la primera persona.

—Supongo, señor, que no habreis pensado en aventurar nada que pueda alterar el cumplimiento de vuestra promesa, ó por mejor decir, de nuestras promesas á D. Pedro.

—Eso, hija mia, hubiera consistido en D. Juan.

—¿Cómo, señor, os hubiérais atrevido?....

—Tú ignoras que existe un documento en que está consignada la última voluntad de un hombre, y en ese documento se trata de tí.

—¿Y qué documento es ese?

—Un testamento.

—Testamento, ¿y de quién?

—De Fray Tomás de la Santísima Trinidad.

Al pronunciar estas palabras, el comendador observaba con una atencion profunda el semblante de Inés, que no se alteró ni demostró más interés que el que siempre habia demostrado por el religioso.

—¡Ah, mi bueno, mi indulgente confesor! ¿y para qué me ha recordado en su testamento ese escelente señor?

—Fray Tomás, hija mia, ocupó durante su vida grandes y honrosos cargos; era, preciso es decirlo, un tanto apegado á los bienes terrenales, y llegó á poseer grandes riquezas; todas esas riquezas te las ha legado.

—¡A mí! ¿y por qué?—contestó con una estrañeza natural Inés.

—Fray Tomás te vió nacer y crecer, hija mia; te amaba como un padre, como te amo yo; no tenia parientes, y te instituyó su heredera, pero bajo una de dos condiciones.

—¿Cuáles, padre mio?

—Lee, lee,—dijo D. Gonzalo, desdoblando el testamento que estaba sobre la mesa;—mira, aquí espresa que es su voluntad que te cases con don Juan.

D. Gonzalo miró de nuevo á Inés, que tampoco se conmovió.

—Y bien, padre mio, eso es imposible. D. Juan no me ama, y en cuanto á mí, siento contra él una prevencion decidida.

—Previendo sin duda Fray Tomás este caso, ha dejado escrita otra condicion; caso de no casarte con D. Juan, sus bienes debian ser tu dote para monja.

—Tambien eso es imposible; tenemos empeñada nuestra palabra á don Pedro, y yo no me siento con vocacion para el claustro.

—Creo, hija mia, que en tí hay un profundo misterio; creo que te sacrificas.

—¡Sacrificarme! ¿y por qué? ¿para qué?

—Siempre has mostrado una repugnancia invencible á D. Pedro, y ha sido necesario que yo te lo suplique, que te lo mande, que haya sido déspota contigo, para que consintieses en dejarte ver de ese hombre; cuando aceptaste sus amores y firmaste el contrato, lo hiciste con las lágrimas en los ojos. Has tenido que hacerte una terrible violencia para recibirle sola, ó acompañada de tus dueñas, en los momentos en que la gota ó las dolencias me han

impedido estar á tu lado, y en fin, he visto en tí una víctima que se resignaba: ahora eres más que eso; eres una víctima que anhela el sacrificio que la espanta y se corona para él de flores; tú amas, pobre hija mia, amas con toda la pasion de tu alma, pero á quien amas es á D. Juan.

—Os juro, señor.....

—No puedo dudarlo; ¿acaso he podido olvidar, ó ha olvidado nadie de los que asistieron al baile dado por D. Juan hace cuatro meses, la impresion terrible que causaron en tí las audacias, el poder satánico de que ha dotado el infierno á D. Juan? Todos vieron y todos callaron. Desde entonces D. Pedro de Avendaño sufre y odia. No es ya el amor, como antes, el que le impele hácia tí, sino una apuesta tácita con D. Juan, apuesta horrible de la que todo lo temo. Antes te hubiera visto con placer aceptar resignada la mano de D. Pedro; pero ahora me estremezco. Por eso llamé á D. Juan.

—Y D. Juan os contestaria diciéndoos que nunca habia pensado en mí, —observó con una indiferencia completa Inés.

—Nó, D. Juan me dijo, que si no se casaba contigo era porque jamás se casaria.....

—Ya veis, padre mio; me ha desdeñado de la manera más galante posible, y mas vale así; ¿sabeis lo que hubiera sucedido si hubiera aceptado?

—Indudablemente hubiera habido sangre.

—Lo que era necesario evitar á todo trance.

—¡Evitar! Es necesario que ese hombre muera, que muera para que tú vivas. Mientes, Inés, demostrando esa serenidad; tu corazon está destrozado, las lágrimas hierven dentro de él, y el mio lo está tambien. ¿Qué importa que una venganza infame se cebe en mí? Nada. Si no puedes ser la esposa de don Juan, si no puedes serlo de nadie, más dichosa serás en el claustro, en el que te harán poderosa y respetada el pingüe dote que te ha legado Fray Tomás y mis ricos bienes, hija mia.

—Recordad, señor, que no há mucho que deciais que habiais empeñado una palabra, que erais noble y debiais cumplirla.

—Pues bien, esa palabra no se cumplirá, te lo juro; será necesario para ello..... y bien, lo que sea necesario sucederá.

—Es decir que hareis matar á D. Pedro de Avendaño.

—¡Sí, vive Dios! ¿qué importa uno más ó ménos sobre tantos?

—No os comprendo, señor.

—Creo, Inés, que el comprenderme demasiado es lo que te obliga á tomar con tanto ardor el empeño de salvarme uniéndote á D. Pedro.

—La más viva espresion de asombro se pintó en el semblante de Inés al escuchar las últimas palabras del comendador.

—¡De salvaros, señor! ¿y quién os amenaza? ¿Se habrá atrevido ese hombre, porque sois débil y solo, porque no teneis hijos ni parientes, á amenazaros, á aterraros?

—Sí, el hombre á quien dices amar, me ha amenazado de una manera horrible.

—¡Él! ¡él! que dice arder en el fuego de mi amor; él, que de tal manera me importuna; él, que me ha obligado al fin en fuerzas de rendimientos!....

¡y ese hombre os amenazaba! ¡Es decir, que no estamos rodeados sino de infames! De una parte D. Pedro; de otra D. Juan.

—Y en medio tú, hija mia, como el precio de una apuesta.

—Pues bien, señor; suceda lo que quiera,—dijo doña Inés,—conozco á D. Pedro; sé, ó por mejor decir, adivino todo lo terrible de su cólera, tiemblo por vos, y me caso con él. Escribídselo así al momento; para dentro de tres dias. En cuanto á D. Juan, devolvedle este testamento..... que herede por sí, ya que tambien de él se trata, ó que reparta esos bienes entre los pobres.

—Yo creo que mejor, mucho mejor seria escribir á la abadesa del convento de Santa Clara de Sevilla. Esa dama me debe obligaciones; ha sido tan desgraciada como tú puedes serlo, y te protegerá. No hay necesidad de que seas monja; el claustro puede servirte de asilo.

—¿No quereis comprender, en fin, señor, que tengo deseos de pertenecer á D. Pedro de Avendaño?

—¡Tú, tú!—esclamó levantándose asombrado el comendador;—¡tú enamorada! ¡tú anhelante por D. Pedro! ¡tú, que adoras á D. Juan; tú, que sufres por él, y morirás por él! Tú lo sabes, Inés, todo..... y haces un inmenso sacrificio.....

—Os suplico, señor, que no hablemos más de esto; es mi voluntad, mi firme voluntad..... Escribid á D. Pedro, y decidle lo que yo no le digo, porque no debo..... decidle que le adoro.....

El acento con que Inés, fatigada ya de su ficcion, pronunció su última frase, aterró al comendador; aquel «le adoro» en los lábios de la jóven era la espresion más profunda de un odio inmenso, indestructible; cruel D. Gonzalo quedó mudo por un momento, y doña Inés, despues de besarle en la frente como siempre, huyó, temiendo prolongar aquella escena, que ya le era insoportable.

Cuando se encontró en su dormitorio, cerró todas las puertas, se arrojó vestida sobre el lecho, y libre de testigos, dió salida á todo el inmenso dolor de su alma en un llanto desesperado.

—¡Sola, sola en el mundo!—esclamó;—sin padres, sin amor, sin amparo, sin esperanza.

El pensamiento de Inés era una horrible verdad: impulsada por su amor á D. Juan, ignorando para qué de una manera tan estraña podia haberle llamado el comendador, cedió á la tentacion de su deseo, fué á las puertas de la cámara del viejo, y lo escuchó todo; conoció, pues, lo horrible de su orígen, se vió sacrificada al crímen por el temor de D. Gonzalo, y desdeñada por don Juan; sufrió cuanto puede sufrir un corazon humano: la suerte de su madre, el misterio de su desgracia, sus faltas en amor con Fray Tomás, de que ella era el resultado; el recuerdo de aquella otra mujer á quien habia amado como madre, y que no era otra cosa que una mujer comprada; las terribles revelaciones que la sorprendieron, cambiando en un solo momento su destino y su pensamiento, y forzándola á odiar todo lo que hasta entonces habia amado; todo este cataclismo moral que revolvia su alma, despedazándola en cien contrarios afectos, la embriagaron, por decirlo así, y la hicieron delirar de una

manera incoherente y vaga; tuvo á la vez odio y lástima; más fuerte para el espíritu humano que la costumbre; como el amor de hija hácia D. Gonzalo habia llegado á constituir en ella una necesidad, una parte esencial de su alma; como ella era naturalmente buena, y oyó resonar estremecida el angustioso grito de socorro del viejo, que habia escuchado impasible Don Juan, dominada en el primer momento por la duda y por el amor, resolvió sacrificarse por aquel hombre, que sin ser su padre, la amaba como una hija. Pero cuando pasó el primer momento de prueba, cuando las lágrimas dilataron un tanto su corazon, se levantó en él un grito misterioso, la voz de su madre; su muerte estaba sin venganza; ella no debia aceptar nada del asesino; debia vengarse ó al ménos considerarse libre..... Libre ya, ¿qué la importaba el mundo que la habia robado la felicidad con su impureza? Doña Inés cayó bajo el dominio de una fascinacion mayor, más incontrastable, la fascinacion del amor; cedió sin fuerza al poder fatal que la impulsaba á D. Juan; se alzó de repente del lecho, tomó una pluma, y escribió con la mano trémula y el corazon palpitante:

«Venid, D. Juan; soy vuestra, enteramente vuestra. La hija que no lleva el nombre de su madre, la que ha recibido un apellido de limosna, la que ha besado y sonreido en su amor de niña á una mujer, que la habia aceptado á cambio de oro y honor, no puede exigiros que seais su esposo..... todo lo sé; he oido todo lo que esta noche habeis hablado con D. Gonzalo; he querido despues de esto hacer un sacrificio, y no puedo. He querido salvar á ese miserable viejo á quien tanto he amado, y que me lo ha robado todo, siendo una fatalidad para mis padres. Venid; pero antes de venir, matad á D. Pedro de Avendaño; os lo suplica vuestra amante, la mujer que os adora y os adorará siempre.—*Inés.*»

Hasta entonces la jóven habia añadido á su nombre el apellido del comendador; pero en aquella situacion la pluma se resistió á ponerlo sobre el papel.

Despues de cerrada esta carta, tiró fuertemente del cordon de una campanilla, y apareció María.

—Al momento—la dijo—esta carta á D. Juan. Que la lleve un escudero.

—¿A estas horas, señora? ¿Habeis olvidado que estarán cerradas las puertas de Madrid?

—Tomad esos diez doblones y dádselos al que ha de ir. Los guardas le abrirán.

María salió, y doña Inés entre tanto abrió sus cofres, tomó sus alhajas, sus mejores trajes, su dinero y sus efectos más queridos, y los encerró en otro cofre más pequeño.

—¿Qué estais haciendo, señora?—la dijo al volver María.

—¿Habeis cumplido mis órdenes?

—Sí señora; Sebastian ha bajado ya á las caballerizas á enjaezar su caballo.

—Pues bien; en tanto vuelve, buscad vuestras ropas y haced vuestro cofre.

—¡Cómo, señora! ¿se trata de un viaje?

—Sí; de un viaje con D. Juan.

María calló, porque nada tenia que reponer á la respuesta de doña Inés, y se puso á hacer el cofre en silencio. Nada la preguntó su señora acerca del

incidente de haber encontrado á Avendaño en su dormitorio; habia corrido enteramente un velo sobre su pasado, y solo pensaba en su porvenir.

Doña Inés esperó con ansiedad la vuelta del enviado. Sebastian volvió al fin con el billete siguiente:

«Alma de mi alma: Creo Dios, compadecido de mí, ha producido las causas que te hacen aceptar mi amor. Tú serás mi ángel sobre la tierra, y acaso apartarás de mí el influjo fatal que me persigue. Te escribo con el corazon dilatado por el amor más noble. ¿Que no eres digna de ser mi esposa? Hasta ahora no he comprendido lo cruel, lo terrible de mi obstinacion. Espérame, luz de mi alma, espérame mañana á media noche. Yo hubiera volado á tus brazos al momento; pero temo que, colocada bajo la influencia de un sentimiento poco duradero, te arrepientas mañana; yo deseo que tu alma entera me acepte; no quiero deber nada á la fuerza ni á las circunstancias. Si mañana á la noche encuentro cerrado el postigo de la cerca, conoceré por ello que te ha faltado resolucion ó amor, y esperaré sufriendo como hasta ahora.—*Tu D. Juan.*»

Un horrible grito de María la aterró, apenas acababa de leer esta carta; luego se abrió de golpe, forzada por un empuje rudo, la puerta que comunicaba con el dormitorio de la doncella, y entraron cuatro hombres enmascarados, que no la dieron tiempo ni aun de gritar; uno de ellos avanzó, la arrancó la carta de D. Juan, mató la luz, la vendó los ojos, y á pesar de su resistencia, ahogando sus gritos, la arrastró fuera. Mientras atravesaron la quinta, doña Inés oyó la voz desesperada de D. Gonzalo, y un terrible estruendo de voces y espadas, entre las cuales sonaba de tiempo en tiempo una detonacion. Luego nada oyó sino el rodar de un coche que avanzaba rápidamente, mientras que un hombre la retenia entre sus brazos.

CAPÍTULO XI.

Noema.

En el momento en que los raptores se alejaban, un ginete que, oculto hasta entonces tras un seto, habia observado desde afuera la confusion y el desórden promovidos dentro, avanzó su caballo, picó y partió á escape.

Muy pronto adelantó al coche y á los ginetes que le acompañaban; y aunque algunos, escitados por aquel incidente que debia ser estraño á ellos, le siguieron con intencion de alcanzarle, era de tan buena raza el caballo, que en poco tiempo se les perdieron, la forma en las tinieblas, y el ruido en la distancia.

Al ruido seco y redoblado de la carrera se unia desapacible choque de hierro contra hierro, cosa que demostraba que el ginete iba armado.

Y así siguieron, hasta que llegaron á un punto en que el viento era más frio, y donde ese débil reflejo, que se trasparenta vago é indeciso en el firmamento más oscuro y encapotado, se estrechaba entre las masas oscuras del desfiladero de una montaña.

El ginete se detuvo allí; desmontó, y se oyó en seguida el choque del acero sobre un pedernal; brillaron rápidas chispas, se encendió una mecha, y poco despues ardia una hacha de viento que el ginete descolgó del arzon.

Entonces pudo verse un hombre como de treinta años, alto, fornido, moreno, de fisonomía enérgica y angular, ojos negros y duros, barba completa y boca altiva y entreabierta, tras la cual se veian, como una estrecha línea blanquísima, la union de dos hileras de fuertes y agudos dientes. Llevaba un capacete empavonado, bajo el cual salian en desórden los ásperos anillos de una larga cabellera negra; sobre su pecho, y cerrándose , sin más traje interior en torno de su cuello de toro, lucia un coselete de guerra, y sobre él

una bandolera, de la que se enganchaban, chocando contra el espaldar, cuatro pistoletes. Llevaba á más de esto pendiente de un ancho talabarte de cuero una enorme espada con empuñadura de metal dorado y calado; y lo restante de su traje lo componian, un coleto, del que solo se veian las mangas, unos gregüescos de paño oscuro, unas calzas rojas y unas botas de campaña, guarnecidas de tremendas espuelas de hierro.

El aspecto del hombre y del caballo se asemejaban tanto relativamente entre sí, que parecian haber sido formados el uno para el otro.

El hombre, llevando de la mano al caballo, avanzó la rambla arriba; á medida que adelantaban, la pendiente se hacia más áspera y escabrosa, el terreno más estrecho: al fin llegaron á un punto en que la montaña tajada impedia el paso, prolongándose el sendero en el interior de una alta grieta calcárea.

Entró el ginete, ató su caballo á la maleza, que casi cubria la entrada, ocultándole por la parte de adentro, y ya solo, siguió un ascenso más trabajoso , más difícil que el que habia salvado hasta allí.

Por último se alzó sobre una plataforma en cuyo centro habia un pedrusco.

De su oscuro fondo tomó una barra de hierro, llegó con ella al pedrusco, introdujo por bajo la barra, y tras un poderoso esfuerzo, le hizo girar sobre un mecanismo de hierro. Quedó debajo manifiesto un estrecho pozo, por el que apenas cabia un hombre, y por el que se aventuró, sirviéndole de medio de descenso las escabrosidades de la roca.

A poca profundidad sus piés tocaron en tierra, y la luz de la antorcha dejó ver una estrecha arcada de ladrillo y una escalera ruinosa.

El incógnito descendió á saltos, siguió luego adelante con paso rápido á lo largo de una suave pendiente, subió otra escalera, y llegó á un muro de piedra, en uno de cuyos enormes sillares tocó á un fuerte resorte de hierro, despues de haber dejado en un ángulo la antorcha; cedió la piedra, saltó el hombre por la abertura, tornó á cerrar, y se encontró en una galería, cuyos arcos daban sobre un adarve.

Nada se oia; nadie velaba por aquella parte; solo tras un muro cercano, y exhalándose por un ajimez morisco, por el que emanaba el débil resplandor de una luz, se escuchaba el dulce acento de una mujer que cantaba á media voz, y como al descuido, acompañada por una guitarra, un romance africano. El hombre se arrastró hasta el pié de aquel ajimez, y lanzó por tres veces un ténue silbido, semejante al de la culebra.

No tardó mucho en destacarse en el ajimez, el contorno de una mujer que miró con cuidado, y despues se arrojó una cuerda, que afianzó á la columna de la doble ventana.

El incógnito asió la cuerda, trepó por ella y penetró en un pequeño, pero bellísimo retrete.

Al fondo de él habia un divan de seda que podia servir de lecho; frente á él, el ajimez por donde habia entrado el incógnito, y en las paredes laterales dos puertas de cedro de rica escultura griega entre tracerías árabes.

Por estraño que fuese el aspecto de aquel retrete, era más estraña aun por

su traje y por su escéntrica y maravillosa hermosura, una mujer que estaba recostada indolentemente en el divan á la llegada del hombre.

Cuando se acercó á ella el incógnito, estaba incitantemente reclinada, con los ojos velados por las entreabiertas pestañas, lanzándose levemente aire con un abanico de plumas.

—Y bien, Joshafat,—le dijo en árabe puro, del cual dispensamos por más de una razon á nuestros lectores;—¿á dónde ha ido ese maldito de Dios? Sus gentes son como raposas, que nunca vuelven á su cubil sin una presa.

—La esclava Noema—contestó tambien en árabe Joshafat—tendrá desde hoy más con quien partir su amor ó su odio con el señor.

—¡Otra esclava! ¿Conque está escrito que la sombra descienda sobre él?—dijo lanzando un relámpago por sus entreabiertos ojos Noema.—¿Y es hermosa?

—Como un arcángel del sétimo cielo.

—¿Nazarena?

—Sí.

—¿Cuántas primaveras han dado luz á sus ojos?

—Diez y siete.

—Ménos veces ha inflamado el sol del estío las montañas de mi tríbu desde que las buenas hadas me trajeron á la luz,—dijo con orgullo salvaje Noema.

—En las tierras de Occidente, las flores están encerradas más tiempo en su capullo; pero su perfume es más suave.

—¿Y tendrán sus ojos la luz de mis ojos?

—Tus ojos son de leona; los suyos son de gacela.

—Yo me llamo Noema (1).

—Y ella se llama Inés.

—¿Y qué es Inés?

—Inés es el nombre de una mujer santa, á quien adoran los cristianos.

—¿Y adora Pedro á la mujer que tiene ese nombre?

—¿Si la adora? ¿No ha provocado por ella la cólera del leon?

—¡Ah! Tiene amante.

—Sí; y es D. Juan.

—¡D. Juan! ¡Ah! ¡el cristiano á quien dicen que aman todas las mujeres!.... el que se jacta de hacer morir de amor: ¿no es ese?

—Sí.

—Y bien; yo te habia ordenado que buscasen un hombre como el amigo de Pedro; uno de esos hombres que trasladan los semblantes de los vivos, como Tieppolo ha trasladado el mio á un lienzo.

—¿Quereis conocer á ese cristiano?

—Sí; quiero saber de qué color son los ojos de ese que mata de amor.

—Ese hombre, Noema, es tan hermoso como tú, tan terrible como tú, tan desapiadado como tú.

—¿Y has traido contigo su traslado?—dijo Noema saltando del divan.

---

(1) Noema en árabe significa hermosa.

—¿Qué me darás por él?

—Yo no tengo ni un dinero; te daré placer.

—¿Cuándo?

—Cuando haya conocido al hombre del traslado; entre tanto, no puedo saber si tu lábio es mentiroso ó veraz.

—Júrame que en viendo á D. Juan.....

—Lo juro por la piedra de Kaaba.

Joshafat, en virtud de este juramento, á que jamás falta un árabe, sepultó su membruda mano en uno de los bolsillos de sus gregüescos, y sacó una cajita de terciopelo, dentro de la cual habia un medallon de oro con el retrato de D. Juan en marfil en el anverso y un rizo de sus negros cabellos en el reverso. Noema se apoderó de él, y corrió á la mesa, sobre la cual estaba una lámpara; se apoyó de codos en ella, y fijó una ansiosa mirada en el retrato.

—Esa alhaja—dijo Joshafat con el acento de un vencedor que encarece su mercancía—ha sido robada por su doncella á una duquesa, y ha costado dos lunas de vanas palabras al *Andaluz*, que á más de lo que vale el marco, me ha hecho soltar por él diez doblones.

Noema no contestó á Joshafat, porque no le oyó; estaba absorta en el exámen del retrato, que estaba maravillosamente ejecutado.

—¡Le aman todas!—esclamó sombriamente Noema;—esas cristianas tiemblan, ceden y mueren ante una mirada de señor. Kair-Eddin tendria un serrallo en Europa más numeroso que el que tiene en Africa. Y bien: éste no es más que un árabe renegado que engaña á los cristianos, y que no ha podido olvidar entre ellos la espresion que ha fijado en su boca, la costumbre de lanzar un grito de guerra, y en sus ojos la contínua caza del tigre..... ¡un hermoso árabe por Allah!

Y luego, volviéndose á Joshafat, esclamó con un interes salvaje:

—¿Y este hombre ama á la cristiana?

—Sí; y lo sé por un mercader de comestibles, que ha sido su lacayo.

—De modo que este hombre será celoso, y matará.

—D. Juan es la muerte, Noema.

—Pues bien, que mate; es necesario que Pedro muera, porque yo le amo; porque yo, la hermosa, la sultana, he sido ofendida, insultada por él. ¿Acaso será ese hombre tan cobarde como vosotros?

—Es que D. Pedro tiene la mirada de la serpiente, que fascina y mata, y su brazo es un brazo de hierro. Es porque D. Pedro está rodeado siempre de servidores fieles, á quienes paga á peso de oro, y que harian pedazos al que tocase al pelo de su almilla. ¿Por qué tú, que le aborreces, no le matas? ¿No te he dejado mi puñal? ¿No he buscado para tu venganza yerbas en la montaña?

—Escucha, Joshafat: yo no sé si amo á ese hombre, ó si he nacido destinada á ser su esclava. El me adivina, él conoce mi amor y mi odio, bebe con placer mis lágrimas, y me desprecia. Cuando no le tengo ante mí, soy capaz de todo. Pues bien, yo haré de modo que muera sin que yo le vea, sin que pueda contener el brazo que le hiera; yo lanzaré contra él un enemigo que no tiemble, que no tenga compasion ni espera, y ese enemigo le tengo; es este, este valiente señor.

Y Noema golpeaba el retrato.

—¿Y crees tú que D. Juan se prestará á servir de brazo á tu venganza?

—Yó tengo una mirada tan dulce como la del antilope, y mi voz, cuando dice amores, suspira; yo soy muy hermosa, y tengo para amor sonrisas tan puras y tan bellas, como las leves olas en que se riza el mar al impulso de las auras que preceden á la aurora. D. Juan es árabe, y aspirará mi dulce canto de amores, y se adormirá con él sobre mi seno, como un niño en el regazo de su madre. Yo haré que por mí se sublime el odio que por ella siente contra ese maldecido D. Juan, y le matará, te lo juro, le matará sin que yo haya pronunciado una palabra de venganza.

—¿Y luego, Noema?

—¡Luego!....—esclamó estremeciéndose la jóven,—llanto de amargura caerá sobre mi corazon, porque le amo, y renacerá en él una venganza más terrible sobre su asesino..... y su asesino morirá..... morirá, sí..... porque para defenderle de mi cólera no tendré esa mirada incontrastable, terrible, con la que me hiela y me domina Pedro.

—Hágase la voluntad de Allah, Noema; como tú eres esclava de D. Pedro, yo soy esclavo tuyo..... ¿qué quieres de mí?

Noema tomó de un pequeño cofre una hoja de pergamino y un tintero de oro, los llevó al velador, y escribió en el pergamino en árabe lo siguiente:

«Luz del cielo, magnífico señor, que luces como un astro de eterna brillantez en un firmamento de sombra, entre pálidas estrellas; una doncella de ojos negros, á quien llaman la hermosa las gentes de su tribu, te envia paz y amor.

»¡Oh, y cuán serena la noche, cuán puras las auras, cuán bella la luz de la luna, que cubran en su misterio, halaguen con su aliento y alumbren con su pálido reflejo la hermosa frente del amado, á quien la elegida embriague con un edem de delicias.

»Ven, lumbre de mis ojos, centella de amor, que ardes en mi alma, ven: la doncella de las trenzas negras te espera.»

Despues de escrito el pergamino, le enrolló, pasó por él una hermosísima sortija con una gruesa esmeralda, en señal de esperanza, le saturó con perfumes, le envolvió en un paño de seda sujeto en sus estremos por cordones de oro, y le entregó á Joshafat.

—Mañana—le dijo—harás que llegue esta gacela (1) á D. Juan, Joshafat. Si te sigue, condúcele; yo esperaré.—Joshafat guardó la gacela.—Ahora, vete; Pedro no debe tardar, y si te encontrase aquí.....

—D. Pedro está muy distraido con sus amores cristianos, Noema,—dijo Joshafat, dejando caer una á una estas palabras sobre el corazon de Noema.

—¡Sus amores cristianos! Y bien... ¿qué te importa eso, esclavo? Tú no debes tener más voluntad que la de tu señor... Me estorbas... quiero estar sola; vete.

Joshafat lanzó una mirada indescribible á Noema, una mirada de reto, y

(1) Materia de que los árabes usaban en vez de papel para escritos importantes, ó de amor ó de lujo.

luego fué al ajimez, se descolgó por la cuerda, y cuando estuvo abajo silbó como á su llegada. La jóven recogió entonces aquella especie de escala, la guardó bajo el divan, se acercó de nuevo á la mesa, y se puso en silencio á contemplar el retrato de D. Juan.

Conociase que en aquel exámen se empeñaba la cabeza, quedando enteramente libre el corazon; el alma de D. Juan, sorprendida por el pintor durante un momento en su semblante, habia sido fijada en la miniatura, y Noema aspiraba aquella alma con toda la fuerza de su inteligencia.

«Es altivo, decia, y su altivez no sufrirá un insulto; es audaz, y acometerá la empresa más difícil por dar en tierra con su enemigo; es firme en su voluntad, y se obstinará en su venganza; hermoso como una dama y fuerte como un beduino, está acostumbrado á ser amado y temido. Bien; ese hombre me amará, y no seré yo quien le ame, sino quien le domine. Me serviré de él, y luego le romperé como un mueble inútil. Este hombre me conviene, y será mio.»

El són de una trompeta cercana la arrancó de repente de sus pensamientos; levantó la cabeza en el ademan de una gamuza que siente al cazador sobre su huella, tembló ligeramente, guardó el medallon en el cofre de donde habia sacado el tintero, la gacela y la sortija, se arrojó un chal sobre los hombros, y murmurando *él es*, abrió la puerta lateral de la izquierda, avanzó á oscuras, y se asomó á un mirador calado que daba sobre el patio de armas de un castillo. Aquel castillo era el del Aguila.

En el patio, iluminado por antorchas, habia ocho ó diez hombres armados como de guarda, y otro, con traje de caballero y espada al costado, abria por sí mismo una gran puerta. Inmediatamente entraron otros diez hombres á caballo, armados á la gineta, y entre ellos, y acompañada de cerca por D. Pedro de Avendaño, una litera cerrada, conducida por dos jayanes.

El del traje de caballero, es decir, el que habia abierto la puerta, adelantó hácia D. Pedro, le tendió la mano, y le dijo en una entonacion natural, que permitió llegasen sus palabras hasta Noema:

—Habeis hecho una feliz jornada por lo que veo, amigo mio.

—No tanto como creeis,—dijo el otro:—ella está aquí; pero aun falta él, signor Tieppolo.

—¡Oh! si nos empeñamos, creo que él tambien vendrá.

Hablaron despues algunas palabras en voz baja, y siguieron adelante hasta perderse con la litera bajo los arcos de las galerías del patio.

Noema creyó oir gemidos sofocados de mujer, y á la presencia de su rival su corazon latió á impulsos de un odio inmenso. Parecia sobrecogida, y permaneció enclavada en el mirador. Luego oyó pasos en las galerías cercanas; ir y venir de gentes, puertas que se abrian y cerraban, y luego en fin nada; un silencio profundo y una oscuridad absoluta.

Llegó un punto en que ya no pudo contenerse; se arrancó del mirador, atravesó el retrete, abrió la puerta de la derecha, y atravesó una antecámara alumbrada por una lámpara opaca; abrió otra puerta, y salió á una galería.

Entonces se detuvo y miró en torno suyo; una especie de jayan brutal, arrimado á una pica y recostado en un ángulo, dormia con el descuido de



DON JUAN TENORIO.—Entonces se detuvo, y miró en torno suyo.

quien cree seguro el lugar que guarda. Noema volvió silenciosamente á la puerta, la cerró, apagó la lámpara que clavada en la pared alumbraba la galería, y se deslizó por ella sin producir ruido, semejante á un fantasma.

Á medida que llegaba junto á una puerta, se detenia; todo estaba en silencio y pasaba; al fin llegó junto á una, tras la cual se escuchaba ruido de voces, de risas y de botellas.

Aquella puerta estaba entreabierta; la empujó y adelantó. Siguió una antecámara, se torció por una puerta de servicio, atravesó una habitacion á oscuras, y se detuvo tras una puerta de cristales, por cuyas cortinillas de holanda bordada se trasparentaban las luces de la habitacion inmediata. Alrededor de una mesa cargada de copas y botellas habia siete hombres; aquellos siete hombres eran Avendaño, Tieppolo, Perez, Mejía, Avellaneda, Alvarado y Mendaña; los siete pecados mortales, en fin, del ama del cura de Pinto.

Escepto Avendaño, sus seis camaradas eran los mismos de siempre, decidores, calaveras y dispuestos á todo; menudeaban los tragos, salian á torrentes las palabras y las carcajadas, y solo D. Pedro era el que representaba un disgusto sombrío. Cuando llegó á su escucha Noema, el signor Tieppolo Branchiforte acababa de llenar las copas, y levantaba en alto la suya.

—Á la salud, al amor—gritó—de la hermosa doña Inés de Ulloa, de la esposa de nuestro valiente amigo D. Pedro.

Todas las bocas contestaron ruidosamente al bríndis, todas las copas se levantaron en alto, se chocaron, y se apuraron de un sorbo. Solo una boca permaneció muda, una mano inerte y una copa inmóvil; aquella boca, aquella mano y aquella copa pertenecian á D. Pedro de Avendaño.

—¡Qué! ¿no brindais por vuestro amor, amigo mio?—esclamó Tieppolo —*per Venere é tutti quanti*, ¿para qué, pues, sino para alegraros habeis arrancado á esa paloma de su nido?

—*Mio caro*, *carisimo amico*,—contestó Avendaño violentándose para hacerse amable;—estais muy espuesto á equivocaros, ó por mejor decir, ya os equivocais. Confundís á los gavilanes con las palomas.

—¡Oh *maraviglia!* una virtud fuerte,—esclamó Tieppolo.

—Al ménos obstinada, amigos mios.

—¡Bah!—esclamó Mendaña,—el boticario de la aldea inmediata debe ser muy práctico en la fabricacion del zumo de adormideras.

—¡Una traicion, y una traicion con doña Inés!—esclamó Avendaño,—nó caballeros, nó; yo no puedo, la amo demasiado para....

—Para ser un imbécil,—repuso Tieppolo.

—Querido Branchiforte, ¿habeis amado alguna vez?

—¿Que si he amado? Esperad; será necesario que para eso haga exámen de conciencia; jamás me he metido en averiguar si he sido amante de una mujer, por amor ó por deseo.

—Habeis estado siempre perdidos entre rameras..... como lo he estado yo, —dijo con cierto desprecio Avendaño,—y no es entre el lodo donde se aspira y se aprecia el puro perfume del amor. Yo concibo que un hombre enamorado trueque su amor en aborrecimiento si sufre crueles desdenes, si se ve pospuesto á un rival; pero que cometa una bajeza, que procure obtener por

la violencia ó por el amago lo que no ha debido al amor, es una bajeza de que no creo capaz al que aliente en el corazon grandes pasiones.

—¿Y á qué diablos, entonces, habeis dado el escándalo de arrancar á viva fuerza una mujer de su casa,—dijo con una lógica contundente Alvarado,—si sabeis que no os ama y no pretendeis prevaleros de vuestras ventajas?

—Harto se conoce que no sabeis lo que son celos. ¿Sabeis, señores, lo que hubiera acontecido á no andar yo tan avisado?

—Doña Inés hubiera permanecido en su casa; al fin y al cabo, obligada por el viejo se hubiera casado y despues de casada..... ¡bah! sois gentil, conoceis el arte del amor, y la hubiérais hecho amaros.

—Mirad, caballeros,—dijo mostrándoles la carta que habia recibido Inés de Tenorio, y que él mismo la habia arrancado de las manos.

La carta se leyó, se comentó, se analizó y dió por resultado la fórmula de una proposicion.

—Pido—dijo Tieppolo—que se haga una ratonera para D. Juan, si aun es tiempo, en la casa de D. Gonzalo de Ulloa.

—¿Habeis meditado—dijo Mejía—que D. Juan es un raton demasiado formidable para que se piense en cazarle de cualquier modo y en cualquier ratonera?

—Eso está ya meditado y puesto en práctica, amigos mios.

—¿Cómo?

—Ahora mismo hay en la quinta de D. Gonzalo veinte de nuestros hombres más decididos; nadie verá nada estraño en la quinta durante el dia de mañana; pero D. Juan, al pasar el postigo, encontrará cuatro brazos fuertísimos.

—Yo hubiera preferido un duelo,—dijo con cierta noble hidalguía Avellaneda.

—¿Es decir que creeis una traicion lo que se tenia preparado á D. Juan?

—Creo, Avendaño, que sois demasiado valiente para tenderle de una estocada.

—¿Y quién os ha dicho que eso no sucede despues?

—Pues no entiendo para qué sea entonces la prision; á no ser que pretendais obligar á doña Inés á que sea vuestra por terror, lo que equivaldria á la fuerza ó al narcótico, medios ruines que ya habeis desdeñado.

—Tengo la desgracia de tratar con gentes que carecen de memoria ó que son demasiado confiadas. ¿Hay alguno de vosotros que no se acuerde de cierta noche en que, amenazados por la Inquisicion, no éramos otra cosa que bandidos fugitivos?

—Sí, es cierto,—dijo Mendaña;—pero vos tuvísteis, no sé por dónde, un tremendo secreto de que valeros contra ese fraile, y la Inquisicion calló; tuvimos suficiente dinero para obrar de una manera organizada y en grande, y hemos acrecido nuestro oro sin que nadie sospeche; hemos servido lealmente al emperador; vos sois marqués y nosotros capitanes; creo que el asunto del inquisidor general, y la diablura del Sr. Tieppolo en Pinto, son cosas olvidadas de todo punto, mucho más no existiendo ya Fray Tomás.

—Todo, todo lo sabe D. Juan, á quien ese fraile llamó á sí antes de morir. D. Juan me aborrece y dispondrá—no lo dudeis—de las armas que tiene en

contra nuestra; por lo tanto, es necesario adelantarnos y arrancarle esas armas.

—¿Y cómo sabeis que D. Juan?....

—Le he oido esta noche, mientras estábamos, él en el dormitorio de doña Inés, y yo en el de su doncella.

—¿Y D. Juan ha sido con doña Inés tan esplícito como vos lo fuísteis con Fray Tomás acerca de ese misterio que no comprendemos?

—Nó, D. Juan nada la ha revelado; pero por la intencion de sus palabras he comprendido que todo lo sabe; más que eso, que tiene pruebas.

—Pues bien, un duelo.....

—¿Y me respondeis, señores, de que antes de ese duelo no pueda D. Juan tomar sus medidas para vengarse en el caso de ser muerto? Dado caso de que su soberbia le haga creerse invencible, ¿se puede asegurar que yo le mato en el acto, que no le quede siquiera una hora de vida en que poder revelarlo todo á la Inquisicion y al corregidor? Ya no tenemos secretos que nos defiendan, y nuestra vida particular es demasiado tenebrosa para que no temamos que se haga pública; nó, señores, nó; yo tengo mejor imaginacion que vosotros.

—Veamos.

—D. Juan Tenorio será preso mañana á la noche en la quinta de D. Gonzalo, y traido aquí, donde se le hará conocer de una manera misteriosa á Noema.

—¡Ah!—esclamó Avellaneda,—entonces D. Juan es sin disputa hombre perdido; me acuerdo que cuando compré esa maldita africana al capitan de la *Vírgen del Cármen*, que la habia apresado á bordo de una galeota de Argel en las aguas de Levante, creí poseer á Satanás convertido en mujer; vos mismo, que os empeñásteis en que os la vendiese y que sois amado por ella, podreis juzgar del poder de su hermosura; pero en lo que no habeis meditado, D. Pedro, es en que yo, á pesar de ser su señor, no pude poseerla, y en que vos mismo os vísteis obligado á enamorarla; si no le gusta D. Juan, ó bien si siente por vos uno de esos exagerados amores de Oriente, es cosa inútil, de todo punto inútil, el hacerla trabar conocimiento con D. Juan.

—D. Juan es maravillosamente hermoso.

—Pero al mismo tiempo es maravillosamente altivo; su mirada manda, no enamora; ella es altiva tambien, y lo más natural es que choquen de una manera dura, como dos fuerzas opuestas.

—Os equivocais, Avellaneda; D. Juan Tenorio es árabe por su madre; habla perfectamente el africano, que le enseñó su padre adoptivo, el infante Sidy Atmet; tiene una mirada magnífica, una mirada de sultan, y una belleza oriental; sus ojos, como los de ella, arden, y á la primera mirada, á la primera palabra, se comprenderán, se acercarán y se unirán; además, creo tener bastante poder sobre Noema para que represente en esa comedia un papel que le será muy grato, y hará creer á D. Juan que le ha hecho robar por amor y que le retiene preso por amor; esto halagará á D. Juan: el aspecto de la habitacion que el Sr. Tieppolo, satisfaciendo mis deseos, edificó y pintó para Noema; su ostentoso traje; su belleza tentadora; lo misterioso y bello de la aventura, entretendrán á D. Juan, que nada sospechará, porque será difícil que crea que, estando en mi poder, podia yo darle amor en vez de hierro.

Si tiene sobre sí esos papeles que nos comprometen, ella se los arrancará; y si no los tiene, nosotros, en su ausencia, haremos de modo que podamos llegar á su papelera. En todo caso, Noema le matará con ópio y amor, y despues que esté muerto, doña Inés entrará en el convento que más la plazca. ¿Qué os parece de mi proyecto?

—Creo que edificais un soberbio palacio sobre arena, es decir, que fundais vuestras esperanzas en una cosa tan movediza como la mujer.

—Siempre hay tiempo de recurrir á la espada.

—Me parece que ese es el camino más corto, y como tal, el mejor.

—Nada aventuramos; D. Juan estará perfectamente guardado por los más feroces de nuestros moriscos, que como sabeis, son unos verdaderos perros de presa. Sin embargo, como en el resultado de este plan estamos interesados todos; como no he venido á hablaros de ello sino constituyéndonos en consejo, creo que teneis derecho á proponer lo que os parezca más acertado; es más, que debeis hacerlo.

—Por mi parte, opino—dijo Tieppolo—que es preferible á todo el asegurar á D. Juan; *¡per Bacco!* una vez en nuestro poder, le tenemos en rehenes de lo que pueda acontecer; por lo demás, no me parece fuera del caso que la prision de D. Juan se disfrace y se embellezca con el amor de la *signora* Noema. *¡Diabolo!* no tendrá de qué quejarse; por algunos momentos no me amargaria el estar en su lugar. *¡Bellissima donna!*

Tras esto, el italiano apuró una enorme copa de Jerez y se cruzó de brazos sobre la mesa, mirando á sus amigos como quien pide respuesta á una opinion emitida con pretensiones.

—Aprobado por mi parte,—dijo Alvarado.

—Y por la mia,—dijo otro.

—Aprobado,—esclamaron todos,—levantando las copas y apurándolas.

—Para en el caso de que D. Juan conozca la ratonera y no se acerque á ella, creo que debemos estar preparados.

—Preparémonos, pues.

—Entonces los triunfos serán espadas.

—Cabal.

—Pero siempre será bueno reservar una malilla de oros; ya sabeis que con ella se da mate al tribunal más severo.

Miráronse unos á otros los seis amigos de D. Pedro.

—Pido que se me oiga,—dijo Tieppolo.

—Hablad, amigo mio,—dijo Avendaño.

—El sostener las espadas nos tiene muy mal de oros; mantener cien jayanes que ganan un escudo diario de soldada, á más su parte en las aventuras. Hace mucho tiempo que no hemos podido dar un golpe; y yo, por mi parte, maldito sea si poseo más que este doblon de oro.

El italiano sacó la moneda espresada de su bolsillo, y la mostró dramáticamente á los otros seis.

—Yo, por mi parte, estoy peor que vos, Sr. Branchiforte,—dijo Avellaneda;—estoy ni más ni ménos que un estudiante en invierno y un cómico en verano; he llegado al caso de deber la limpieza de mis valonas á la lavandera.

—No estamos mejor los demás,—esclamó el capitan Perez,—y nos veremos en el caso de ir á tomar nuestras plazas en los tercios del rey para vivir con nuestras soldadas.

—Así y todo, preciso seria,—añadió Mendaña,—puesto que terminan dentro de un mes las prórogas de nuestras licencias.

—¡Oh, caballeros!—esclamó Avendaño;—habeis sufrido escaseces, y yo no las he evitado. Perdonadme, y reparad para ello que yo he estado demasiado distraido con esos malditos amores.

—Creo que no esteis vos mejor que nosotros, Avendaño,—dijo Mejía;—habeis gastado como un insensato; debeis estar lleno de deudas.

—Yo soy inmensamente rico,—dijo el jóven á media voz y con un alto sentimiento de orgullo.

—¡Rico, y rico inmensamente!—esclamó Tieppolo, mientras los otros callaban, dominados por la admiracion.

—Sí, señores; poseo un tesoro, de cuya existencia no os he dado parte, porque contaba con él para un lance estremo.

—¡Un tesoro!—esclamaron algunos.

—Y como en el caso de que D. Juan no caiga en el lazo que le tengo preparado, podrá suceder que por un incidente inevitable venga con él á las espadas, y sea muerto, ó le mate y me prendan, es necesario que cada uno de vosotros sepa dónde se oculta ese tesoro.

El silencio que sucedió á estas palabras fué solemne; todos agolparon su alma á sus oidos para escuchar mejor, y Noema, por su parte, desde su escondite redobló su atencion.

—En mi cámara, señores, detrás de mi retrato, hay un revestimento de estuco que forma parte de la decoracion; el lugar que ocupa el cuadro está señalado con una línea. Pues bien; buscad el centro de ese cuadrado, y rompced en él la pared; allí, á un pié de profundidad, encontrareis una caja de hierro; aquel es el tesoro.

La muestra de confianza que Avendaño habia dado á sus amigos, y que cada uno de por sí merecia, arrancaron una especie de *hourrah* de entusiasmo; Noema, por su parte, necesitó contenerse para no lanzar un grito de placer.

—Gracias, gracias, amigo mio,—dijo Tieppolo,—por la noble confianza con que nos honrais; pero se me ocurre una cosa en que hasta ahora no habiamos pensado: ¿estais seguro de que no nos puede escuchar alguien?

—¡Bah! ¿y quién? Ya sabeis que nuestros soldados hacen perfectamente el servicio; hay una atalaya en las galerías que no dejará pasar á nadie, y en el retrete de Noema hay un vigilante.

—Sin embargo, Avendaño, despues de lo que habeis dicho, estaria inquieto, si no me convenciera por mí mismo. Voy á hacer una pequeña ronda.

Noema, al escuchar la pregunta de Tieppolo, habia previsto lo que podia acontecer, y habia huido á tiempo, tornándose á sus habitaciones en silencio. Noema quiso que si hacian una visita, encontrasen todos los vigilantes alerta, para que los siete amigos se creyesen más seguros, y al entrar en su habitacion dió un fuerte portazo, corrió con estruendo el cerrojo, y permaneció

escuchando tras la puerta; sintió que el vigilante despertaba, le oyó maldecir porque se habia apagado la lámpara, y lanzar poco despues un «¿quién va?» amenazador.

—El capitan Tieppolo Branchiforte,—contestaron cerca.

El vigilante dió con el regaton de su pica un golpe de honor en el pavimento.

—¿Por qué estais á oscuras?—le preguntó severamente el italiano.

—Una ráfaga de viento acaba de apagarme la luz,—contestó el bandido.

—¿Hay alguna novedad?

—Ninguna, mi capitan.

—¿Hay reposo en las habitaciones de la señora?

—Sí señor.

—Voy á mandar que os traigan luz.

Resonaron de nuevo los pasos y un segundo golpe de honor, despues de lo cual todo quedó en silencio.

Noema se retiró silenciosamente de la puerta, entró en su retrete, y se arrojó en el divan.

—Pedro hace de mí un instrumento para satisfacer el odio de sus celos,—murmuró con voz reconcentrada.—Será necesario que me lo proponga; pues bien, sí, que venga; yo aceptaré, y no lo seré, porque no caerá D. Juan en la ratonera: ¡nó, vive Dios! Me considera como á una esclava; pues bien, yo no le consideraré como un señor á quien se ama, sino como un tirano á quien se detesta; él me ha comprado, y yo seré libre, libre por mí misma. ¿Qué me falta para serlo? Oro. Ese oro está en el aposento de Pedro, detrás de su retrato, y ese oro será mio.

El ruido de una llave en la parte opuesta á aquella por donde habia entrado interrumpió su pensamiento, y cerró los ojos fingiéndose dormida, pero mirando por entre sus largas y sedosas pestañas; se abrió la puerta de la izquierda, y apareció en ella un hombre que se adelantó con lentitud y se inclinó sobre el divan. Aquel hombre era D. Pedro de Avendaño.

La miró algun tiempo profundamente, pero en aquella mirada habia más cuidado que amor.

—Duerme,—dijo al fin,—y levantándose, atravesó el retrete y salió por la puerta opuesta.

Un momento despues, Noema dormia realmente soñando en su venganza.

CAPITULO XII.

De cómo Gabilan, á fuerza de pensar, encontró un medio escelente para servir á su amo sin arriesgar el pellejo.

Gabilan daba un banquete, por decirlo así, mercaderesco; es decir, que á él asistian tenderos honrados sin duda, pero dados al culto de lo positivo; razon por lo que se habia atendido con preferencia á los manjares sólidos, y se habia escluido el agua de los líquidos.

Aunque Gabilan, educado en el magnífico despilfarro de su amo, era en su mocedad un si es no es pródigo, en atencion á su nuevo estado social y á lo que le permitian sus recursos, se habia morigerado un tanto; habian cesado sus escursiones á las hosterías, habia dado de mano á sus amigos, se habia hecho, en una palabra, miserable, y todo este milagro se debia á la influencia de una pequeña persona, de una tierna *Esperancilla*, hija de su esperanza.

Si quereis hacer al hombre útil á la sociedad, casadlo.

Por lo tanto, el despilfarro que se permitia con sus colegas el veedor de la villa, habia causado aun entre los favorecidos un verdadero asombro, puesto que aquella comida, evaluada en la menor cantidad posible, ascendia á cien ducados, y esto sin contar los vinos generosos, esceso á que le habian llevado sus aristocráticos humos de lacayo de gran señor, ni las conservas de las monjas, ni otras mil delicadezas que eran, por decirlo así, una peligrosa novedad para la mayor parte de sus convidados.

La comida en realidad no era comida, sino almuerzo, puesto que se efectuaba á las diez de la mañana, y almuerzo aristocrático, porque no se celebraba en él ningun santo de dias, ni aun era dia de fiesta. Los más recelosos

de los convidados no pasaron de suponer que el Sr. Anton Gabilan queria seducirlos para algun monopolio.

Habia otra cosa tambien que no sabian esplicarse los mercaderes, y era la presencia en la mesa de un alférez de cuadrilleros, del platero de S. M., de un escribano del crímen y de cuatro alguaciles de la villa.

La esplicacion, sin embargo, estaba en lo que ellos no podian adivinar, á saber: en el compromiso que habia contraido Gabilan con su amo, de conocer el castillo del Aguila y de hacer pasar por ladrones á sus moradores. Para esto era necesario un golpe de mano ingenioso en que podia haber peligro, y Gabilan, á fuerza de cavilar, vino á sacar en claro una cosa que hoy se propala orgullosamente como una teoría flamante; es decir, que la asociacion constituye la fuerza, y que, á más de esto, perfecciona por la discusion el pensamiento, aportándolo á su mayor grado de perfeccion.

Así es que, apenas concebida esta luminosa idea entre sábanas, aquella misma mañana Gabilan se apresuró á ponerla en práctica, empezando por proveerse de una bolsa y dirigirse á cierta hostería de no muy bello aspecto, pero de escelente fama, situada en Puerta Cerrada.

Al fin tuvo la satisfaccion de verlos alrededor de la mesa, llenos los carrillos, alegres y decidores, y un si es no es alterados por el vapor del vino y los manjares.

Durante los primeros platos, no se habló de otra cosa que de especias, jabones y semillas; alguna vez, hablando del estado de la industria, se trajeron á cuento y con una segunda intencion por Gabilan los bandidos, y como cabalmente esta era la comidilla del cuadrillero, del escribano y de los alguaciles, se resumió en este asunto la conversacion, y Gabilan creyó llegado el momento de pronunciar el magnífico discurso que traia preparado de antemano.

—El escándalo ha llegado á su colmo,—dijo;—los hombres de bien están consternados; el comercio honrado se resiente y los labradores son esclavos de esos miserables, á quienes se ven obligados á pagar tributo. Ya más de una vez las iglesias de los pueblos vecinos han sido saqueadas; robadas las doncellas; corrompidas las casadas; el pueblo se queja; el rey lo sabe; la justicia se ve violada; la Inquisicion escarnecida; la Santa Hermandad burlada, y sin embargo, ¡los bandidos viven! ¿Y á dónde iremos á parar si esto continúa? Iremos al lamentable estado de no encontrarnos seguros ni en lo más retirado de nuestras casas; á vivir en un contínuo celo; á ver en cada semblante desconocido un enemigo de nuestra bolsa, de nuestra vida y de nuestra honra; se perderá la confianza, y se resentirá el comercio; nos estremecerá un golpe dado de noche á la puerta de nuestras casas, y nuestros hijos esconderán aterrados sus cabezas en el regazo de sus madres.

—¿Y creeis que todo eso lo hará una docena de desarrapados que se guarecen hoy en Guadarrama, donde siempre ha habido ¡ladrones?—exclamó recargando el acento en esta frase el alférez de cuadrilleros;—porque para que lo sepais, señor veedor, en España siempre ha habido ladrones.

—Y los habrá hasta la consumacion de los siglos,—dijo con una calma verdaderamente curial el escribano, royendo el hueso de una chuleta.

—¿Que los habrá? ¡porque los hay hoy!—observó con un amargo acento de declamacion Gabilan.

—¡Diablos!—esclamó el escribano,—¿y qué creeis que seria de nosotros si no hubiese homicidas, violadores, calumniadores, ladrones, asesinos, *etcétera*, *etcétera?*

—¿Qué hariamos si no hubiese ladrones?—esclamó levantándose Gabilan en un rapto admirable,—¿conque es decir que los ladrones son una cosa necesaria?

—Nó, nó,—esclamó un tanto cuidadoso el escribano al ver el giro que tomaba la conversacion;—los ladrones *in se* son perjudicialísimos, pero sirven...

—¿Y para qué sirven?

—Para establecer un punto de comparacion honrosa entre ellos y los que no lo son.

—Pero entre tanto, la verdad del caso es que los hombres honrados no pueden salir sin escolta fuera de las puertas de Madrid, cosa que, perdóneme vuesamercé, señor alférez, es en descrédito de la Santa Hermandad.

—Todos saben, maese,—contestó con cierto desden el cuadrillero,—que la Santa Hermandad no há menester de aguijon para cumplir con sus deberes; pero dígame vuesamercé, ¿qué puede hacerse contra unos tunantes que tienen sin duda la virtud de hacerse invisibles cuando les conviene?

—¿Qué se hace? ¿creeis que sea muy fácil ver en el fondo de los mares?

—No comprendo vuestra pregunta.

—Pues no encierra ningun misterio; ¿sabeis, por ejemplo, dónde pueden pescarse magníficas lampreas? ¿eh? pues bien; arrojais un anzuelo, y le poneis un cebo.

—¡Ah! ¿se trata de pescar ladrones?

—Cabalmente; á la gente astuta es necesario tratarla con astucia, y eso ha comprendido mi noble señor D. Juan Tenorio.

—¡Ah, D. Juan Tenorio se ocupa de ladrones! ¿Le han robado ó incendiado alguna de sus posesiones?

—Basta que sean suyas para que todo el mundo las respete. D. Juan ha escuchado las quejas de los débiles, y como por su órden de caballería es amparador de desvalidos......

—¿Os ha encargado que os hagais de algunos pescadores para atrapar á esa gente?

—Me ha dicho: buscad algunos hombres honrados que por mi cuenta y su provecho me sirvan.

—¡Ah! ¡ah!—esclamó el escribano;—esto es distinto. D. Juan Tenorio es un honrado y valiente caballero, y creo que tendremos todos una gran satisfaccion en servirle.

El golilla miró en torno suyo, y observó que todos, inclusos los alguaciles, acogian su dictámen con marcadas muestras de aprobacion.

—¿Y en qué consistirá el cebo?—dijo con un tanto de cuidado el joyero del rey, porque presentia que estaba próximo el momento en que pretendiesen servirse de él.

—Nadie mejor que vos puede proporcionárnoslo.

—¡Yo!—contestó algo hosco el platero.

—Sí, vos..... ¿no habeis concluido en estos dias una custodia y un servicio de altar para Segovia?

—¿Y creeis que yo vaya á aventurar un tesoro porque vuestro amo tenga el gusto de atrapar algunos ladrones?

—¿Y quién os dice que lo aventureis?

—Pues no lo entiendo..... se ha tratado del cebo.

—Y de él se trata; suponed que vos mandais hacer dos cajones exactamente iguales.

—Supongámoslo.

—Una vez en vuestra casa, delante de todo el mundo, en vuestra tienda, colocais la custodia, los cálices, los copones y demás alhajas en el susodicho cajon que clavais, teniendo cuidado de decir á los que os pregunten, que aquello va á marchar para Segovia por caminos estraviados, y para más seguridad, con gran recato durante la noche.

—¡Y bien!....

—Una vez hecha correr esta voz, llenais de piedras el otro cajon semejante.

—¡Ah, ah! ya comprendo,—dijo desarrugando el entrecejo el platero;—esto es otra cosa, maese, otra cosa muy distinta. ¡Verdadero cebo, vive Dios!

—¿Y con qué cabo,—si gustais, señor Anton,—se ha de anudar el cebo?

—Con cuadrilleros de la Santa Hermandad.

—Ya, pero si va resguardada la trampa por nuestros arcabuces, no caerán los ladrones en ella.

—Pero ¿no podeis escalonaros por trechos en el camino, ocultos en las arboledas, en los setos, en las desigualdades del terreno? A la señal que dé el que conduzca el carro, salís de vuestro escondite..... circunvalais á los ladrones, y los atrapais.

—Tened presente que son más de ciento.

—¿Y qué importa? Llevad doscientos hombres.

—Todo lo encontrais llano; pero no teneis presente que en estas aventuras es más fácil encontrar balas que confites..... y luego ese maldito castillo.....

—¡Hola! conque creeis que el castillo del Aguila.....

—Yo no creo nada, maese, nada; pero se dicen unas cosas de ese don Pedro, de ese marqués.....

—Si contribuís á que ese marqués aparezca como un ladron.....

Gabilan se contuvo porque conoció ya tarde que el alférez le habia tendido un lazo.

—¡Ah! ¿conque es decir que interesa á D. Juan Tenorio el que ese marqués sea conocido por ladron?

—Yo no he dicho eso.

—Nada importa que nada hayais dicho, si todos lo hemos adivinado.

—Juro que os engañais.

—¿Y á qué viene eso? Suponed, ó por mejor decir, creed, porque es la verdad, que estais entre gentes honradas, á quienes no pesará hacer un servicio á D. Juan Tenorio.

Menudeaban entre tanto las copas, y el vino se iba haciendo señor de las cabezas.

—¿Y cuándo se ha de dar el golpe?—dijo el cuadrillero.

—Esta noche,—dijo Gabilan.

—¡Diablo! Eso es muy pronto,—dijo el platero;—será necesario mandar hacer los cajones.

—No paseis por eso pena, yo os los enviaré.

—Reunid á los cuadrilleros.

—Están reunidos en dos horas.

—Y sobre todo, dad tiempo á que la noticia llegue á los ladrones.

—Haced lo que os he dicho; publicad que el carro con las alhajas parte esta noche para Segovia, y perded cuidado; esos bribones tienen espías en todas partes.

—Esta noche saldrá el carro de mi casa y de Madrid por la puerta de Fuencarral,—dijo el joyero,—y si en que yo lo diga consiste, todo el mundo creerá que va dentro de él un tesoro.

No habia más asunto de que tratar, y Gabilan se levantó. Eran las doce de la mañana. Despues de una corta conversacion general, empezaron los cumplimientos, separóse cada cual por su lado, y Gabilan, orgulloso por el medio que habia encontrado para salir del apuro en que le habia puesto D. Juan, se encaminó á su casa.

Apenas habia entrado en la calle de la Palma Baja, cuando vió venir hácia él un hombre atlético, mal encarado, feroz en una palabra, Joshafat, que adelantó hácia él y le tendió la mano.

—¿En qué puedo serviros, Sr. Bartolomé?—dijo el tendero con un tanto de cuidado al morisco.

—Estoy esperándoos desde antes de la salida del sol, maese.

—Lo siento en el alma,—contestó Gabilan;—pero los asuntos de mi tráfico..... espero que me perdoneis y vengais á mi casa á tomar un vaso de vino frio en la trastienda. Hace un calor del infierno.

—Nó, nó, os lo agradezco; solo os necesito durante un momento.

—¿Y para qué?

—Para entregaros este billete, que una dama me ha encargado os entregue con recomendacion de que lo lleveis al momento á D. Juan Tenorio.

—Lindo y cuco billete,—dijo Gabilan tomándolo.—Nunca he visto ninguno cerrado por el estilo. Y decidme..... ¿quién es esta dama?

—La dama..... la dama..... ¿y qué os importa eso?

—En verdad..... sí..... pero.....

—Entregadlo á D. Juan, y decidle que si quiere servirse de mí, me encontrará durante tres noches seguidas, á la oracion, en la hostería de Toledo.

Dicho esto, Joshafat apretó fuertemente la mano á Anton, y dejándole con la palabra en la boca y el pergamino de Noema en la mano, dobló la esquina y se alejó á largo paso.

Gabilan suspiró, porque veia en aquello un nuevo enredo; pero temeroso de provocar con una imprudencia el enojo de su amo, tomó para Leganitos, y le encontró ocupado en la lectura de un billete.

CAPÍTULO XIII.

Los tres billetes en árabe.

D. Juan recibió de buen talante á Gabilan.

—Y bien,—le dijo,—¿qué tenemos de nuevo?

—Esta noche, señor, espero llegar hasta el misterio del castillo del Águila.

—¡Ah, ah! no esperaba yo ménos de tí.

—Pero será necesario, señor, pagar de alguna manera los servicios de las gentes de quienes me ha sido preciso valerme.

—Ponga yo en claro lo que deseo, y nada me importa lo demás. ¿Y qué es eso verde que tienes en la mano?

—Un billete para vos, de parte de una dama, señor.

—¿Y quién te ha dado ese billete?

—Un tunante, señor, que me ha dicho que si le necesitais, le encontrareis tres noches, contando desde hoy, en la hostería de Toledo, á las diez.

—¡Ah, ah! una cita,—dijo D. Juan desatando los cordones de oro del paño de seda y desenrollando el pergamino.—¡Es de ella, de ella al fin! ¡Lo queria mi voluntad!

A pesar de esto, no creyó debia fiarse enteramente de su juicio.

—¿Tú conoces perfectamente al Sr. Alarcon?

—¿Tan menguado de memoria me haceis, señor, que en dos años haya trascordado al escudero de doña Elvira?

—Tienes razon; esta carta no debe ser de doña Elvira.

—¡Cómo! ¿de doña Elvira? De nadie ménos que de ella.

—¿Y qué pruebas tienes?

—¿Pruebas? Ninguna; solamente la facha del Sr. Bartolomé, que es quien me ha dado el billete.

—¿Y dónde habeis trabado conocimiento con ese sugeto, Sr. Gabilan?

—No le he trabado yo; ya sabe vuestra señoría que un dueño de casa abierta está al tope de todo el mundo.

—¿Dé modo que habeis recibido en vuestra casa un espía?

—¿Espía, señor?

—Sí, un espía contra mí: no puedo dudarlo; esta carta es un lazo que se me tiende.

—Afortunadamente le ha previsto vuestra señoría, y no caerá en él..... es decir, le evitará.

—Os engañais, amigo mio; iré, y en castigo de vuestra ligereza, me acompañareis vos.

—¿Olvida vuestra señoría que esta noche es la destinada para cazar algunos de los tunantes del castillo del Aguila?

—Afortunadamente tenemos tiempo. En primer lugar, que vos, señor mio, habreis preparado la cacería de manera que no hagais absolutamente falta.

—Sin embargo, señor.....

—No comprendo que hayas podido valerte de otras gentes que de los cuadilleros de la Santa Hermandad y de algun tunante que se encargue de poner en noticia de los ladrones que pasará al alcance de su mano una rica presa.

Gabilan espuso en dos palabras el plan á su amo.

—Perfectamente..... noto que no has perdido nada de tu antigua travesura, y veo que estás enteramente en disposicion de acompañarme esta noche.

—¿A las diez, señor?....

—Nó, á la oracion; tengo aquí un billete en que se me avisa que se tiene armada para mí una ratonera: ¿comprendes bien, Gabilan? una ratonera.

—Y bien, una ratonera puede ser una casa en que se haya puesto por cebo una mujer hermosa.

—Cabalmente; es en la quinta de D. Gonzalo. Mira lo que me dicen.

D. Juan mostró á su doméstico otro pergamino, que estaba tambien escrito en árabe.

—¿Y qué quereis que saque yo en limpio de esto?

—¡Ah! ¿no entiendes el árabe? Otro hubiera aprovechado las lecciones con que entretenia su tiempo contigo el infante.....

—¡El infante!.... No me acuerdo, señor, de haber tratado con ninguna persona real.

—¡Imbécil! Fray Pedro de los Dolores.

—¡Ah! ¿Y qué dicen esas letras?

—La traicion acecha,—contestó D. Juan leyendo,—el tigre se oculta al lindero de tu camino, D. Juan, y se oculta entre flores. No vayas esta noche á la quinta de D. Gonzalo.

—¿Sabeis, señor, que me parece que esta carta y la que yo he traido están escritas por una misma mano?

—Así parece, Gabilan, y por lo mismo es de presumir una de dos: ó que aquí hay amor y celos y se pretende alejarme de doña Inés, ó que realmente se atenta en contra mia y se me quiere salvar.

—Es decir.....

—Que aunque estaba citado á las doce con doña Inés, iré á la oracion,

para lo cual elegirás en mis caballerizas el caballo que sea más á propósito.

—Es decir, señor, que á la oracion aquí.

—Cabalmente, Sr. Gabilan.

—¿Y no parece á vuestra señoría que seria bueno llevar algun resguardo?

—Lo que me parece es que te olvidas con frecuencia de mi carácter. Vete, y cuida de que todo esté á tiempo.

—Que Dios os guarde, señor.

Gabilan salió mohino y cabizbajo, y D. Juan quedó meditando sobre los billetes. Nada mejor, para la empresa oscura en que se aventuraba, que una docena de valientes jóvenes; pero Tenorio no podia disponer de ellos, y pensó en sus lacayos. Adoptado este pensamiento, tenia puesta la mano en un llamador, cuando entró su mayordomo.

—¡Oh! bien venido, mi buen José,—le dijo;—en tí pensaba este momento.

—¡En mí, señor! En cambio yo siempre estoy pensando en vos; y no es esto lo estraño, porque en fin, casi casi os he visto nacer; sino que creo que piensa en vuestra señoría todo el mundo, es decir, todo el mundo, tratándose de las damas de Madrid.

—¿Qué es ello?

—Un objeto, señor, de parte de una dama.

José entregó á su señor una cajita de oro esmaltada y cubierta de arabescos.

—¿Quién te ha dado esto, José?

—Una dueña, á quien no conozco.

—Me hastío ya, José; esta es una persecucion. ¡Dios de Dios! pues no faltaba más sino que por aberraciones mujeriles, ó por codicias, ó por torpes planes, esté yo al contínuo tope de ambiciosas miserables y de infames rameras.

D. Juan soltó con desden la caja sobre la mesa.

—Ya se ve, como el señor es noble, jóven, hermoso, rico, y sobre todo soltero..... si el señor se casara.....

—Señor José, os prevaleis del cariño que os tengo para hacerme proposiciones ruinosas. Dejad correr el mundo, amigo mio; yo necesito una vida agitada. A propósito, iba á llamarte, porque esta noche voy de aventura, y necesito una escolta. ¿Cuántos lacayos tenemos?

—Veinte, señor.

—¿Jóvenes y valientes?

—Yo nunca hubiera admitido al servicio de D. Juan Tenorio cobardes; además, si el lance es de empeño, yo iré con ellos.

—Nó, nó, José.

—Es que sentiria mucho, señor, que volviéseis á caer enfermo otra vez.

—Desde que me acometió aquella enfermedad, han pasado ya dos años, José, y no creo que sea fácil una recaida.

—Sin embargo, señor, si hemos de creer en presentimientos..... El corazon me augura grandes desgracias.

—¡De modo, que si somos retados, debemos, por temor de las desgracias, negar cobardemente la cara al peligro!

—De ningun modo, señor; un caballero debe preferir siempre una tumba honrada á una existencia infame.

—¡Oh! En cuanto á tumba, estoy seguro, sin poder esplicarme la razon, que estoy muy lejos de ella; me siento con mucha vida, José; pero en cuanto al alma..... Siento terrores profundos, desconocidos, como el recuerdo de otra vida, y he llegado á dudar..... José..... á dudar de Dios.

D. Juan inclinó la cabeza sobre la mesa, y José calló, porque comprendia hasta el fondo del alma á su amo.

Pero aquella debilidad, aquel grito de dolor que se habia permitido don Juan, acaso por la primera vez, y delante del más fiel de sus servidores, fueron pasajeros, y volvió á su semblante su fria dignidad, y la espresion de fuerza incontrastable que le caracterizaba.

—Que esta tarde,—dijo,—y cerca del oscurecer, estén armados y dispuestos esos veinte lacayos para cuando yo los necesite. Para nadie, absolutamente para nadie estoy visible. ¿Lo entiendes? Quiero descansar un dia: quiero olvidarme de todo.

José conoció que su amo deseaba quedarse solo, se inclinó profundamente, y salió.

D. Juan permaneció inmóvil durante algunos segundos.

—El cielo ó el infierno, sin duda,—se dijo,—me destinan para ser el vengador de grandes crímenes. ¡Inés, pobre Inés! Es necesario salvarla, es necesario obtenerla. En vano pretende descifrar el enigma de los opuestos sentimientos de mi corazon. Amo á tres mujeres, y para todas soy la fatalidad; las tres me aman, y las tres se han hecho para mí un imposible. ¡Magdalena!

Al pronunciar este nombre, exhalado por un suspiro de su corazon, tenia la vista fija en la caja de oro que habia traido José.

—Esa caja—se dijo—debe encerrar un billete; ¿si fuera de ella?

Tenorio vaciló en abrir la caja, temiendo desvanecer la aventurada esperanza que le habia hecho concebir su deseo; al fin la abrió, y un fuerte y delicioso perfume se exhaló de ella. En efecto, dentro habia un papel cuidadosamente plegado. D. Juan le desplegó con anhelo, y arrojó sobre él una mirada ansiosa; estaba tambien escrito en árabe. D. Juan leyó:

«Si tu valor, cristiano, no es mentira,—decia el papel,—si no recelas una traicion en la cita de una dama, una desdichada, que por tí muere, te llama. Mucho tiempo hace que te amo, sin que mi boca te lo haya dicho, y hoy muero, sino te alcanzo, porque eres el alma de mi alma. Yo no sé cuántas obligaciones pueden aquejarte, D. Juan, ni cuanto puedas estar libre; pero si eres generoso como eres bello, si quieres aceptar el presente que te hago de mi hermosura, encontrarás á mi dueña desde la oracion hasta las doce, en el monte de Leganitos, junto á la fuente. Si bienes, Dios te bendiga, porque serás la luz y la vida para un alma que muere, y adorándote se abrasa.»

Este billete vino á poner el colmo á la perplegidad de D. Juan; por último, las mil ideas que cruzaron por su imaginacion le decidieron, y concluyó por dividir su tiempo de la manera siguiente:

—A la oracion, á la quinta de D. Gonzalo; á las ánimas, á Leganitos; á las diez, á la hostería de Toledo.

CAPÍTULO XIV.

Herir por los mismos filos.

Poco despues de la oracion de aquella noche, y á un mismo tiempo, por la puerta de Fuencarral y la de Bilbao, salieron dos comitivas, harto diferentes entre sí. Era la una un escuadron como de veinte hombres ó más, armados á la gineta y cubiertos con grandes capas. La otra consistia en un carro cubierto, tirado por cuatro mulas y acompañado de dos hombres á caballo.

El carro caminaba lentamente, el escuadron avanzaba al trote, y cuando se reunieron en el camino, el segundo adelantó instantáneamente al primero.

Llegaron, sin embargo, á un punto en que dos hombres solos se destacaron y adelantaron hácia el cercado de una gran casa aislada, dieron la vuelta, y se acercaron á un postigo.

Al llegar á él, un oido atento hubiera podido percibir un paso recatado y rápido, como de una persona que huia á la proximidad de los embozados.

La ratonera, pues, estaba armada.

A pesar de la oscuridad, podian contarse hasta diez hombres, divididos en dos grupos de á cinco, á ambos lados del postigo.

Se detuvieron un momento, puesta la mano en el postigo, antes de empujarle; se trataba de pasar una línea, tras de la cual era lo ménos malo una violencia, y lo más probable una puñalada; en cuanto á los que esperaban, poseian la conviccion de que quien habia de entrar por aquella puerta era D. Juan Tenorio. Al fin, como era necesario, la indecision cesó, crugió el postigo, adelantó una sombra embozada, é instantáneamente, con la precipitacion del miedo y en silencio, los que esperaban se arrojaron sobre ella y la sujetaron, no sin encontrar una desesperada resistencia; pero los acometedores no pudieron dejar de maravillarse; el apresado temblaba como un pájaro sorprendido y cogido en un lazo, y guardaba un silencio tenaz, un

silencio de miedo. D. Juan Tenorio no hubiera temblado, y hubiera sido muy difícil contener su voz; probablemente aquel no era D. Juan Tenorio. Con una rapidez maravillosa, ataron al apresado, le taparon la boca, le arrojaron por tierra y avanzaron al postigo, pero habian acudido tarde; un grupo de hombres habia penetrado por él, lucieron de repente linternas debajo de las capas, y D. Juan Tenorio, sereno, altivo, dominador, sin poner siquiera mano á la espada, apareció en medio de la mitad de su gente.

—Inútil es que resistais,—dijo;—la quinta y la huerta están cercadas, y caeriais todos en mi poder, aunque fuéseis valientes como leones.

—¿Y qué quiere de nosotros vuestra señoría?—dijo con un tanto de altivez el que parecia jefe de aquella gente.

—Vuestras personas. Lo cual quiere decir que cuantos ménos delitos cometais, ménos rigurosa será la ley con vosotros.

—¿Y quién ha dicho á vuestra señoría que nosotros cometemos delitos?

—¿Qué habeis hecho con uno de mis lacayos que acaba de entrar por ese postigo? ¿Arman así celadas y acometen cobardemente hombres honrados?

—Es que, señor.....

—Luego sabeis.....

—Lo que yo sepa, podré decirlo á D. Juan Tenorio.

—Pues bien, á tierra las armas por ahora.

—¿Me empeña vuestra señoría su palabra de honor de sacarme en salvo de lo que me pueda acontecer si le sirvo?

—Si me eres fiel, no solo te protegeré, sino que te pagaré.

—Pues bien, muchachos,—dijo el bandido;—entregad vuestras armas á esos honrados señores.

Los bandidos, cabizbajos y mohinos, se dejaron desarmar por los lacayos de D. Juan, y se pusieron á su merced. El lacayo, que tal era el que habia servido para representar á oscuras el papel de D. Juan, fué desatado, y don Juan se hizo seguir por el jefe.

—¿A dónde vamos, señor?—le dijo.

—Donde podamos hablar sin ser oidos de nadie; toma una linterna, y apartémonos un tanto de este sitio.

El bandido obedeció; adelantó hácia la quinta, y se detuvo debajo de una higuera, en que habia un asiento de piedra. Frente por frente, y á alguna distancia, se veian las rejas de un ala del edificio, en una de las cuales brillaba una luz.

—¿Con qué objeto habeis acometido la casa del comendador?—preguntó D. Juan.

—Primero, con el único objeto de robar á Doña Inés.

—¡Robada! ¡en poder de D. Pedro de Avendaño! ¡ella! ¡poder de Dios! ¡y vosotros, miserables, le habeis ayudado!

—Nosotros, señor,—contestó el bandido,—servimos á quien nos paga.

—Sí, sí, teneis razon; y por lo mismo, yo os pagaré doble, cien veces más de lo que os pague D. Pedro, si me servís.

—Yo no me he negado á servir á vuestra señoria.

—¿Cómo te llamas?

—Pablo del Salto.

—Pues bien, Pablo, desde ahora te tomo á mi servicio; ¿respondes tú de los que te acompañan?

—Si corre el oro, respondo de ellos.

—Toma, pues, y pide, pide hasta que te sacies,—le contestó D. Juan sacando un bolsillo de mallas lleno de doblones de oro;—pero ten presente que si me haces traicion, mueres.

—Descuidad en cuanto á eso, señor; os serviremos hasta la sangre.

—Pues bien; en primer lugar, es necesario que D. Pedro ignore que yo he venido aquí esta noche.

—Para eso será necesario que todo continúe en la quinta en el mismo estado.

—¿Y qué estado es ese?

—D. Gonzalo y su mayordomo están encerrados en una cámara retirada de la parte esterior de la quinta, y en otra su servidumbre.

—¿Está en ella la doncella de doña Inés?

—Nó señor; ha acompañado, ó por mejor decir, se la ha robado con su señora.

—Si guardais reserva, D. Pedro estará confiado, y valiéndonos de su confianza, sacaremos de sus manos á doña Inés.

—Eso, señor, será imposible, mientras no se tome por fuerza de armas el castillo del Aguila.

—Aun así podeis servirme.

—¿Y de qué modo, señor?

—D. Pedro, así que me haga esperar por vosotros en vano un dia y otro dia, os mandará volver al castillo.

—¡Ah! ya comprendo; vuestra señoría desea que cuando le ataque por fuera, nosotros le ayudamos por dentro.

—No cabalmente eso. Yo solo basto para entrar en esa infame guarida á escala franca; lo que deseo es que á costa de vuestras vidas defendais á doña Inés, y si me la entregais salva, os cubriré de oro.

—No hay que hablar más, señor.

—Vamos, pues: voy á hacer que se os devuelvan vuestras armas; pero tened presente que soy demasiado fuerte para que os atrevais á hacerme una traicion.

Despues de esto se levantó, fué al sitio donde sus lacayos guardaban á los bandidos, les hizo dar sus armas, y salió.

Apenas se habia cerrado el postigo, y D. Juan y los suyos montado á caballo, cuando resonó á lo lejos, perdido en el silencio de la noche, el estampido de un arcabuz, luego otro y otro, hasta empeñarse un fuego nutrido y obstinado. D. Juan volvió su caballo hácia el sitio donde sonaba el fuego, y gritando ¡adelante! y recogiendo al paso á Gabilan y los otros diez lacayos que estaban por la parte principal de la quinta, se alejó al galope.

En tanto, en una de las rejas, desde las cuales hemos dicho que se veia el sitio donde se retiraron D. Juan y Pablo del Salto, estaban dos hombres fuertemente adheridos á los hierros, como si hubieran querido romperlos.

Eran D. Gonzalo y su mayordomo.

—¿Le has visto, Pedro, le has visto?—decia el comendador;—es él, él, que viene á dar órdenes á sus bandidos; él, que se ha negado á ser el esposo de mi hija, y me la roba para hacerla su manceba.

Pedro no contestó, como si nada hubiera acontecido.

En tanto D. Juan, al frente de su pequeño escuadron, avanzaba rápidamente hácia el fuego que, segun el resplandor de los disparos, se habia empeñado á una legua de Madrid, sobre la izquierda del pueblo de Fuencarral. Gabilan marchaba en silencio detrás de su amo, y sin poderlo evitar, no tenia más que un pensamiento, pero pensamiento que le ponia en tortura: habia tomado demasiado cariño á su mujer, á su hija, y sobre todo á sus sacos de azafran, para no encontrar harto duro el trocar todo esto por una bala.

—Mucho se defienden esos malsines,—decia para sí,—y es necesario confesar que son más valientes de lo que yo quisiera..... ¡valientes! ¡insensatos! ¿á quién se le ocurre hacer tan obstinada resistencia á la justicia?

Y como naturalmente el monólogo interno de Gabilan no impedia el que su amo corriese á mata caballo, ni por otra parte podia dispensarse de seguirle, aconteció de que antes de que acabase su soliloquio, acortada la distancia, tuvieron lugar algunas balas perdidas de pasar sobre su cabeza.

D. Juan se embraveció con el peligro, aguijó aun más á su caballo, y ya no fueron balas perdidas las que pasaron, sino verdaderos proyectiles de muerte. El caballo de Gabilan se detuvo de repente, se estremeció y calló; una bala le habia herido en el pecho.

El tendero veedor, ex-lacayo, vió pasar junto á sí como una exhalacion á sus antiguos compañeros.

—Cáspita,—dijo desembarazándose de su montura;—pues el lance no deja de ser caliente: pobre *coronel*, te han dejado frio.

Gabilan se calló, y con la mayor sangre fria del mundo, y para evitar otro percance, se tendió detrás de su caballo, cubriéndose con él como un parapeto.

Alrededor de un carro, y acometidos por una veintena de ginetes y una escuadra de infantes de la Santa Hermandad, además de una multitud de vecinos de Fuencarral, que provistos de hachas y escopetas habian acudido á la voz de ladrones, se defendian unos treinta hombres enmascarados con la bravura de tigres, divididos en guerrillas de á cinco, cada una de las cuales estaba mandada por uno que parecia jefe: allá, muy lejos, y entre una cuadrilla de paisanos con antorchas, cerca del fuego y cubiertos con las tapias del pueblo, la escelente vista de Gabilan creyó descubrir al escribano y los alguaciles, sus comensales de por la mañana. D. Juan habia cargado de refresco y por la espalda á los bandidos, y éstos, desordenados por aquel imprevisto ataque, empezaron á desbandarse, y el combate se dividió: durante algunos minutos continuó aun el fuego, y al fin cesó, oyéndose la carrera y los gritos de los ginetes que perseguian á los fugitivos. Gabilan creyó llegada la hora de levantarse, pero al hacerlo encontró tras sí, inmóvil como una estatua, una sombra oscura.

—¿Quién va?—gritó echando mano á su daga.

—Bien cuadra en un cobarde el que se espante de las sombras,—esclamó una voz de mujer que le era muy conocida.

—¡Ah! ¡ah! la bruja,—esclamó Gabilan.—¿Y quién te ha dicho, espantajo, que la prudencia sea miedo?

—D. Juan tiende lazos cobardes á sus amigos; ¿es que D. Juan está tambien más por la prudencia que por el peligro?

—¿Y quién te ha dicho que D. Juan tiende lazos á nadie?

—¿A dónde iba D. Juan?—preguntó la gitana.

—¡Hola! ¿crees tú que yo no estoy más que para satisf :cer tu curiosidad cada vez que te venga en mientes?

—En una ocasion te hice un servicio, y me juraste por él que me contestarias á lo que te preguntase.

—Es cierto, y no tengo inconveniente en contestarte; D. Juan ha salido esta noche de Madrid á diligencias propias.

—D. Juan ha recibido hoy un billete escrito en árabe.

—¡Cómo!—esclamó con sorpresa Gabilan;—yo no sé nada de eso.

—Sí, un billete de doña Elvira de Córdova y de Válor.

—Ignoro lo que me dices; pero tú..... ¿qué razones tienes para pensar?....

—D. Juan ha recibido ese billete, y esta es la verdad.

—Pues si lo sabes,—dijo Gabilan, que creyó oportuno conceder algo para descubrir mucho;—si lo sabes, ¿por qué me lo preguntas?

—Para saber lo que piensa hacer D. Juan.

—¿Crees tú que D. Juan me confie sus asuntos?

—Sí, porque tú eres su.....

—Yo soy su criado, su más fiel criado.

—Un criado que le sirve sin escrúpulos.

—Bien, ¿y qué?

—Y que por lo mismo alcanza su confianza.

—Aunque eso fuera cierto, yo no te haria partícipe de ella.

—Pues bien, sea como quiera; di á D. Juan que si sigue en su odi hácia D. Pedro de Avendaño, y en su empeño hácia doña Elvira, marcha á un abismo. Dile que el peligro para él no está donde cree, ó donde podia creer, y que mientras yo viva nadie de los que yo pueda dominar, atentará á su vida; pero que contra él velan enemigos ocultos á quienes no conoce; que la traicion le espera en la sombra, y que si no sigue los consejos que le doy por medio de tí, caerá.

—¡Hola! ¿conque amenazan traidores á D. Juan? ¿á un señor tan bueno, tan generoso?.... Y esos enemigos, ¿no tienen nada que ver con D. Pedro?

—Si D. Juan se obstina ciego en seguir su camino, ¡ay de él!

—¿Y por qué si te interesa su suerte?....

—Su suerte debia serme indiferente, y sin embargo..... yo no sé..... hay momentos en que le aborrezco de muerte..... momentos en que todo lo espondria por él ménos una cosa.....

—¿Y esa cosa?

—Es D. Pedro de Avendaño.

—¡Bah, bah! no creo que estén muy en armonía los dos hidalgos.

—Pues bien, ten presente lo que voy á decirte, y díselo á tu amo. Él ha tendido un lazo á D. Pedro, él es su enemigo, y quiere deshonrarle, matarle.

Pero si eso sucede, mi venganza, la venganza de la gitana, será terrible.

Despues de esto, Aurora se alejó sin dar tiempo á Gabilan de que le contestase, y su forma se perdió instantáneamente entre las tinieblas.

Gabilan, al verse solo, avanzó hácia el lugar de la refriega, en el cual se habian agrupado D. Juan, sus lacayos, los cuadrilleros, las gentes del pueblo, el escribano y los alguaciles; cosa que demostraba, refiriéndonos á estos últimos, que ya no habia ni asomo de peligro.

En medio de estas gentes habia veinte hombres atados, maltratados por golpes, en que habian desahogado su cólera los cuadrilleros y pintado un terror y una agonía mortales en sus semblantes; los demás bandidos habian logrado escaparse, y acá y allá, en un reducido espacio y en torno del carro, habia algunos cadáveres. El alférez *Taja-recio*, con el capacete en la mano, se enjugaba el sudor que corria por su frente, y juraba y renegaba mirando de una manera tal á los bandidos, que se estremecian.

—¡Ah, canallas!—esclamaba;—me habeis muerto tres hombres y estropeado á cinco..... pero ¡voto á....!—aquí algunos cintarazos—yo os juro que despues de esto os haré trabar estrecho conocimiento con la Inquisicion..... ¡Sacrílegos! ¡salir á mano armada contra alhajas de iglesia!

D. Juan estaba sombriamente furioso; le habian muerto dos lacayos, y no sabia qué habia sido de Gabilan, que se presentó al fin, cojeando, á pié, y cubierto de sangre.

—¡Ira de Dios! ¿Dónde habeis estado, que no os he visto desde hace una hora, bergante?

—Debajo de mi caballo, señor; y á no ser por una persona que me ha ayudado.....

—Y bien; ¿qué persona es esa que tanta impresion te ha causado?

—Esa persona, señor,—dijo con misterio Gabilan, acercándose al oido de su amo,—es Aurora la gitana.

—¡Ella, ella aquí!

—Ella, señor, como todas las aves de mal agüero, está donde quiera que hay desgracias.

—¿Y no la has detenido?

—¿Dónde creeis, señor, que estaria mi alma, si ella no me hubiese sacado de debajo del Coronel, cuando ya me estaba ahogando..... pero mande vuestra señoría montar, y vamos, porque tengo que revelarle cosas..... cosas, en fin, que necesitan ser dichas á solas.

Gabilan, á pesar de estas necesarias circunstancias, relató rápidamente á su amo lo que habia hablado con Aurora.

D. Juan se estremeció instintivamente; pero dominándose, mandó montar á caballo á los suyos; Gabilan, cuya cojera era acomodaticia á las circunstancias, se encontró un poco aliviado, montó en uno de los caballos de los lacayos muertos, y despues de haber hecho poner en el otro los arneses del Coronel, siguió á D. Juan, que se encaminaba á buen paso á Madrid.

Dos horas despues estaban depositados los muertos en la iglesia de Fuencarral, los heridos en uno de los hospitales de Madrid, y los ladrones en la cárcel.

CAPÍTULO XV.

Misterios y estocadas.

A punto de sonar las ánimas de la noche de que vamos ocupándonos, una mujer, tímida un tanto y recelosa, cumplidamente envuelta de los piés á la cabeza en un manto, desembocó por una de las calles del que ahora se llama cuartel de Guardias, y no sin haberse detenido un tanto irresoluta á la entrada de la arboleda del monte de Leganitos, siguió adelante, y solo se detuvo en el centro junto á una fuente de grandes dimensiones, pero más que por ellas, notable por su mal gusto, sobre cuyos caños se alzaba una cruz de piedra alumbrada por un farolillo de luz opaca, colgado de un tosco pescante de madera. A aquella fuente y á aquella cruz, que eran muy antiguas, no habia tocado aun la bellísima mano del renacimiento.

La tapada se detuvo, y á la escasa luz del farol, quien hubiera estado próximo, hubiera podido notar, á pesar de la ancha y severa plegadura del manto, que era gallarda y erguida con la lozanía de la juventud.

La tapada buscó un asiento, le ocupó y esperó, no sin marcadas señales de impaciencia; pasó una hora desde su llegada y pasaron dos: eran las diez.

A medida que trascurria el tiempo, crecia la inquietud y la impaciencia de la incógnita, y al fin, cuando sonaron las diez y un cuarto, se levantó impaciente, arregló su manto, y se puso en marcha. Pero en aquel momento, un embozado, que debia tener razones para encubrirse, puesto que llevaba el embozo de la capa subido enteramente hasta el ala del sombrero, llegó junto á ella.

—Esperad, esperad, señora,—la dijo desfigurando la voz, como si se tratase de un lance de máscaras;—¿aguardábais á alguien?

—Segun, caballero, segun quien seais, os podré contestar,—dijo la mujer desfigurando más la voz que el hombre.

—Decidme, pues, ¿cómo se nombra el esperado?

—Si yo esperase á alguien, ese alguien se llamaria D. Juan.

—Y ese D. Juan, ¿tiene apellido?

—Y noble y respetado, caballero.

—¿Y si el que esperáseis fuera D. Juan Tenorio?

—¿Y quién os ha dicho que si D. Juan Tenorio fuese el esperado, se ocultaria tanto? D. Juan Tenorio no tiene por qué ocultar la frente al peligro, ni al amor.

—Hablais tan bien de ese caballero, que no puede dudarse que por él venís, ó que por él os envian.

—Permitidme, hidalgo, y concluyamos; si yo hablo bien de D. Juan Tenorio, es porque su fama le abona.

Dicho esto, la tapada siguió adelante.

—Esperad, esperad, y puesto que es preciso, ved si soy yo el que buscais.

El embozado se descubrió, y la luz del farol del Cristo reflejó en el hermoso semblante de D. Juan.

—Ahora, caballero, puedo deciros que vos sois á quien esperaba.

—No puede negarse que cumplís prudentemente vuestros encargos.

—No es porque yo tenga costumbre, caballero, de andar en estos enredos.

—¿Enredos los llamais?

—¿Qué quereis? A mí me agradan siempre las cosas á la luz del sol.

—¡Ah! sin duda porque es de noche os recatais tanto.

—Acaso, caballero.

—Y es lástima ¡vive Dios! Debeis ser muy hermosa. A pesar de desfigurar vuestra voz.....

—¿Qué, caballero?—esclamó con cuidado la incógnita.

—Poseeis ese acento dulce y consentido que revela á una mujer acostumbrada á oirse llamar hermosa de boca de enamorados.

—Seguidme, caballero, seguidme,—dijo con precipitacion la encubierta.

—Segun eso, no sois vos mi enamorada,—dijo con cierta galan volubilidad Tenorio.

—¡Oh! ¡nó, nó, caballero!—dijo ella con el acento precipitado y repulsivo de una mujer que se cree ofendida.

—De modo que vos seriais para mí.....

—No seria nada para vos.

—De modo,—dijo,—que si yo fuese audaz.....

—Entonces, caballero, no llegariais á la dama á quien verdaderamente debeis amar, si es que debemos amar á los ángeles que nos aman.

—Creo que soy tan afortunado, que amándome ángeles, me envian ángeles por mediadores.

—Acabemos, señor; me estais haciendo perder el tiempo y comprometiéndome; ¿quereis seguirme, sí ó nó?

—Y decidme: siguiéndoos, ¿tendré la certeza de que os volveré á ver?

—¿Y para qué quereis verme?

D. Juan, en quien la audacia habia llegado á lo épico, aprovechó el momento en que la encubierta dejaba ver una blanquísima mano para arreglarse el manto, y la asió y la llevó á sus lábios. La tapada lanzó un grito de dolor.

—Si me prometeis dejaros ver de mí, os seguiré á donde querais,—la dijo D. Juan al oido en voz baja y apasionada.

—¡Oh! no puedo, no puedo, D. Juan.

—¿Que no podeis?....

—¡Soy casada!

—¡Casada! Y bien, tendreis dos en vez de uno; un marido y un amante; es lo ménos que necesita una mujer de corazon.

—Pero ¿habeis olvidado, D. Juan, que os esperan?

—Y no iré si no me prometeis..... si no me citais.....

—Vos quereis perderme, D. Juan, y no estoy loca.

—¿Os conozco yo?

—Sí.

—¿Y sois hermosa?

—Entre los dos, D. Juan, creo que soy más hermosa que en lo que me aprecian.

—Por lo mismo debeis.....

—Venderos mi alma, que es lo mismo que venderla al diablo; ¿no es verdad?

—Yo glorificaria vuestra alma.

—Volviéndome loca.

—Lo estais ya.

—Habia temido el venir á esperaros, y que me miráseis con curiosidad.

—Vamos; esto es negocio concluido. Creo que debemos dejar para otra noche el ir á buscar á quien os envia, si es que os envia alguien.

—Y tanto, D. Juan, que hasta que me digais el nombre de esa persona, no me conocereis.

—Si yo quisiera conoceros, me era muy fácil; estamos solos, hay luz, y no creo que sea una gran defensa un manto.

—Estoy segura, D. Juan, de que nada hareis que contrarie mi libre voluntad.

—¡Oh! ¿quién sabe?

—Antes que enamorado sois caballero, respetuoso y galan.

—Entonces voy á seguiros,—la dijo,—pero llevando conmigo la solemne promesa de que volveré á veros.

—Os juro que me volvereis á ver muy pronto, D. Juan.

—Tened presente que soy tenaz.....

—Dios quiera, D. Juan, que no lo seais demasiado.

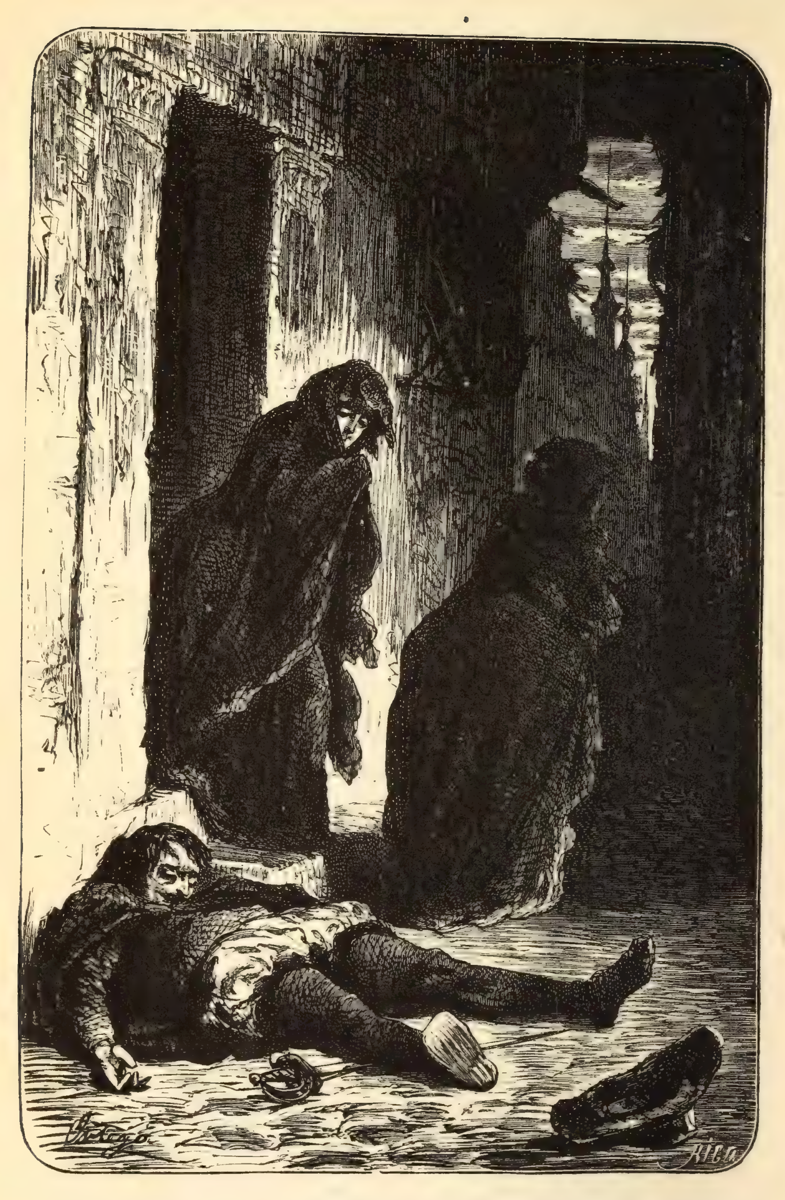
—¿Quereis mi brazo?

—No soy bastante noble, D. Juan, para servirme de él.

—Pero teneis, lo aseguro, la nobleza de la hermosura.

—Si así lo creeis, y esto es bastante, acepto.

La tapada se asió del brazo de D. Juan, y le guió; embebecido el jóven con su reciente y misteriosa aventura, no reparó apenas en que habian salido del monte de Leganitos y se habian destacado tras él de la espesura dos personas. Era la una un hombre, la otra una mujer: él iba enteramente embozado; ella llevaba un manto harapiento.



.....Salieron dos mujeres rebujadas en mantos, que pasaron temblando y en paso precipitado junto al cadáver de Alarcon.....

A la salida del monte de Leganitos se detuvo la mujer.

—¡Cómo! ¿no veis que podemos perderlos?—dijo el hombre.

—Nó, vos los seguireis,—contestó la mujer.—Estoy inquieta, horriblemente inquieta, y no puedo contenerme más; adios, y hasta mañana; sed prudente, porque D. Juan es terrible.

—Seré todo lo que pueda ser. Que Dios me tenga de su mano.

Y sin decir más palabra, la mujer retrocedió; y como encontrase cerrado el portillo de San Bernardino, rodeó hasta llegar á un sitio en que las tapias no eran muy elevadas, y las saltó; el hombre siguió á buen paso á Tenorio y á la tapada á través de las oscuras calles, penetró con ellos en el antiguo recinto de la villa, se detuvo en una esquina de la calle de los Mancebos, y les vió entrar en una de sus casas.

—Para haber sucedido esto,—murmuró roncamente el embozado,—era preferible haber concluido en el principio.

Y tras estas palabras, en un paso sostenido y contínuo, que marcaba su cólera y su impaciencia, esperó paseando lentamente de esquina á esquina, cruzando el ancho de la calle.

D. Juan fué conducido por la tersa y mórbida mano de la encubierta por unas estrechas, oscurísimas y pendientes escaleras; notó que se le hacia pasar un tortuoso corredor y atravesar algunas habitaciones, y que al fin se le dejaba encerrado en otro aposento.

Al cabo, despues de media hora de espera, rechinó una puerta; D. Juan esperó que una luz aclarase aquel misterio, y la oscuridad no se rompió; en cambio, el silencio se alteró por el crugir de un traje de mujer que adelantó y permaneció en medio de la estancia, inmóvil y en silencio.

Aquella para D. Juan era una aventura vulgar. Tal vez era alguna de sus amantes abandonadas que se prevalia del misterio y de la sombra para traerle de nuevo á sus brazos. D. Juan estaba demasiado acostumbrado al frenesí del amor de las mujeres, y no consiguiendo arrancar ni una sola palabra á su nueva conquista, salió al fin, humillado en su orgullo, avergonzado de su debilidad, y jurando no volver á pasar las puertas de aquella casa, ni empeñarse más en semejantes aventuras.

La misma mano que le condujo hasta allí le llevó hasta la salida, y cerró, quedando dentro. D. Juan se resolvió á aclarar con la luz del dia aquel misterio. Era cerca del amanecer, y se apoyó de espaldas en la puerta.

Pero aun no habian pasado cinco minutos, cuando sintió pasos presurosos, y un bulto se le puso delante.

—¿Aun no estais satisfecho, D. Juan?—le dijo una voz convulsiva.

Aquella voz fué un rayo de luz para el jóven, porque era la voz del morisco Hernando de Alarcon.

—¡Ah, ah!—dijo el jóven,—¡bello oficio haceis, amigo mio!

—¿Qué quereis? No todos somos lo suficientemente parecidos en hermosura á la hermosura de las mujeres, para alcanzarlo todo por nosotros mismos.

—Creo,—dijo D. Juan, dominando la impresion de cólera que le habian causado las palabras del morisco,—que os permitís faltarme al respeto, Sr. Alarcon.

—Creo, D. Juan, que mis palabras son demasiado terminantes, para que se dude de ellas.

—¿Querreis decirme qué perro rabioso os ha mordido, Sr. Alarcon?

—Vos acabais de salir de una cita de amores con mi señora.

—Bien pudiera ser. ¿Y qué quiere decir esto?

—Eso quiere decir, D. Juan, que estais maldito de Dios; que como vuestro padre y vuestro abuelo, y vuestros progenitores, sois incestuoso.

—Observo,—esclamó palideciendo de cólera D. Juan,—que procurais que yo os mate.

—Nó, porque me siento bastante para mataros.

—¿Y podriais decirme las razones que teneis para ello?—dijo D. Juan, demostrando en lo convulsivo de su voz que se contenia á duras penas.

—Sí, puedo decíroslo: yo amo á esa mujer.

—Apartad; estais loco,—dijo D. Juan, pretendiendo apartarle de su paso. —¿De qué mujer hablais?

—De la hermana del infante Sidy Atmet; de Lind-Arahj.

D. Juan no conocia el nombre árabe de doña Elvira, y le apuró en el fondo de su alma con la delicia de un enamorado.

—¿Y qué teneis vos que ver con esa dama?—le dijo con desprecio;—y sobre todo, miserable, ¿quién os autoriza para mancillar la virtud de la hermana de mi padre adoptivo?

—¡Su virtud! ¿Y os atreveis vos á hablar de ella? ¿vos, que salís de una cita vergonzosa á que ella os ha provocado?

—¡Mentís!—repitió furioso D. Juan.

—Pero ¿á quién culpo yo de esto?—esclamó Alarcon;—á mí mismo, á mi imprevision; yo he debido evitarlo matándoos, y os he dejado vivir, pero os juro que, aunque tarde, no podreis volver á estas infames citas.

—Si fuese un pensamiento puro y desinteresado el que os impulsase, dado caso que sea cierto, que lo niego con indignacion, el que doña Elvira se rebaje hasta ese punto; si fuera, repito, el honor de un padre, de un hermano ofendido ó de un servidor leal el que desatase de este modo en injurias vuestra lengua, no digo que podria escucharos, porque yo jamás escucho insolencias; pero cuando vos mismo os atreveis á decir que amais á vuestra señora, y poneis en ella vuestra torpe lengua, solo me resta castigaros.

Y D. Juan, con una serenidad y una calma heróicas, se hizo fuera del dintel y desnudó la espada de Lisardo.

—¡Ah, ah!—esclamó con una alegría feroz el morisco;—al fin el leoncillo se irrita; bien, me alegro; por Allah y por Mahoma, que voy á hacer un gran servicio al género humano, purgándole de un mónstruo como tú.

Y sacó su espada, viniéndose á embestir á D. Juan.

Era la primera vez que las circunstancias traian á nuestro héroe á un lance de solo á solo; Hernando de Alarcon era fuerte, ágil, arrojado, y acometia con un ímpetu salvaje. D. Juan era el valor sereno, que ni se descompone, ni se precipita; ardia la cólera en su corazon, pero contenida, fermentando en silencio: su espada firme, atenta, apenas parecia moverse, sino en una rápida y vigorosa parada, tornando otra vez á la línea de guardia con la

velocidad del relámpago; brillaban opacamente los aceros á la débil luz del alba, que asomaba, y brillaban al par bajo las alas de los sombreros la mirada sombría de Alarcon y los serenos y altivos ojos de D. Juan.

El brazo de éste parecia de hierro, y no habia adelantado ni retrocedido una línea del lugar en donde, al ser acometido, habia fijado la planta: parecia que esquivaba el herir á su enemigo, que atendia solo á la defensa; pero de repente, y al ver descubierto á Alarcon, lanzó un grito salvaje, partió á fondo, y su espada entró con la rapidez y la fuerza de una bala en el pecho del morisco, por cuya espalda asomó la punta ensangrentada. Alarcon dejó caer el brazo, vaciló un momento, dió una vuelta sobre sí mismo, se apoyó en la pared, pretendiendo sostenerse, y al fin cayó desplomado.

—¡D. Juan, D. Juan!—esclamó haciendo un terrible esfuerzo;—me has muerto buena y lealmente: procura no matar á D. Pedro..... porque D. Pedro es..... tu.....

Al oir el nombre de D. Pedro, Tenorio se inclinó sobre el herido; pero en aquel momento una tos convulsiva desgarró su pecho, y un vómito de sangre brotó de su boca. Tenorio se bajó hasta él: estaba muerto.

En cuanto á que la mujer que le habia anegado aquella noche en placeres fuese Lind-Arahj, lo rechazó como un absurdo: es cierto que aquella mujer parecia ser admirablemente hermosa; pero D. Pedro de Avendaño estaba en posicion de disponer de una hermosura completa para hacerla servir su venganza, enervando á su enemigo; y como el odio es ciego é infinito, el resultado final de los tumultuosos pensamientos de D. Juan, despues de la muerte de Alarcon, fué acrecer el odio que existia entre él y su rival, y decidirle más y más á tenderle á sus piés en la primera ocasion.

Así fué que, como quien está acostumbrado ya al homicidio, D. Juan limpió en su capa la fatal espada de Lisardo, la envainó, se embozó hasta los ojos, y á paso largo tomó la salida de la calle.

Apenas habia traspuesto la esquina, cuando se abrió la puerta de la casa y salieron dos mujeres rebujadas en mantos, que pasaron temblando y en paso precipitado junto al cadáver de Alarcon y tomaron una direccion opuesta á la de D. Juan.

Algun tiempo despues estaba allí una coleccion completa de gentes de justicia; y como el muerto estaba muerto, y los vecinos, segun las costumbres de entonces, habian estado sordos, Alarcon fué á la sepultura, y la justicia, impotente, se contentó con hacer algunas pesquisas inútiles.

Hablóse durante aquel dia y los dos posteriores del lance, ó por mejor decir, del muerto, y despues nadie volvió á hablar ni á acordarse de ello.

Solo existia una mujer que conociese al matador, y esta mujer era Aurora la gitana.

CAPÍTULO XVI.

En que D. Juan, por conveniencia propia, se desembaraza por el momento de Gabilan.

Cuando D. Juan entró en su casa, encontró á Gabilan paseándose, con todas las señales del peor humor del mundo, en la antecámara de su dormitorio. El veedor tenia cruzado un brazo sobre el pecho, apoyado en su mano el codo del otro brazo, y en la mano de éste la cabeza; estaba aun armado, manchado con la sangre del Coronel y con la facha más risible que darse puede. D. Juan entraba distraido, Gabilan lo estaba tambien, y por un accidente casual, el amo tropezó con el lacayo.

—¿Qué diablos has venido á hacer aquí, Anton?—le preguntó el jóven.

—Estaba esperando: es decir, entre sentado y en pié, he pasado seis horas largas.

—¿Sucede algo notable?

—Para vuestra señoría nada; para mí mucho.

—Creo, pues, que siendo asunto tuyo, podias muy bien haberte pasado esas seis horas en la cama, en vez de venirme á acechar, como si yo fuese un hombre difícil.

—Es el caso, señor, que aunque hubiera querido, no hubiera podido, puesto que se ha negado á abrirme la puerta de mi casa mi mujer.

—¿Y bajo qué pretesto, señor mio?—contestó D. Juan con algun interés, porque habia concebido una sospecha.

—Para que hubiera habido pretesto, era necesario que me hubiese contestado, y lo ha hecho ni más ni ménos que lo hubiera hecho un muerto.

—Esto es grave, Anton, gravísimo; esto merece castigo: tu mujer se burla de tí.

—Mi mujer tiene razon, señor, y lo que hace es castigarme.

—¡Oh, oh! no creia que fueses un marido tan dócil.

—Entendámonos; si la culpa estuviese de parte de mi mujer, seria distinto.

—Es decir.....

—Que la culpa está de mi parte, y todo por servir á vuestra señoría: esto no puede continuar así, de ninguna manera absolutamente, señor; me arruino, me pierdo, echo á pique la paz de mi familia, me comprometo.

—¡Eh! ¡eh! ¿á dónde vas á parar con toda esa retahila?

—Voy á parar en decir que ya es tiempo de que yo me pare. Que soy un hombre casado, y como tal, mi libertad está limitada á muy poca cosa. Escediéndome á pasar las noches fuera, doy lugar á escenas desagradables, porque mi mujer, señor, es horriblemente celosa, y yo he llegado tambien á tener mis síntomas de celos, y de tanto pensar en ello, ha dado en dolerme la cabeza, porque ya sabeis que no hay animal más receloso, astuto ni vengativo que la mujer; y si llega á saber ó sospechar los enredos en que me meto por servir á vuestra señoría, será capaz de hacer una atrocidad.

—Lo que no ha impedido, señor veedor, el que hayais encontrado muy agradable vuestro galanteo con la mujer de Ceballos.

—Hé ahí otra cosa que me inquieta, señor; porque como se dice: no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague; y si pago yo lo que debo al Sr. Ceballos en la misma moneda.....

—Y en fin, ¿á qué se reduce todo esto?

—A nada que yo crea interese mucho á vuestra señoría, porque al cabo ya no sirvo; como decís muy bien, he echado barriga, y con la barriga un miedo que nunca he conocido; ya no soy el mismo, y un caballero tan valiente como vuestra señoría, necesita otro género de servidores, que debe sin embargo despedir en el momento en que se casen.

—Pero si te has hecho cobarde y barrigon, Gabilan, con los recelos que te inspira tu mujer y con las picardías de los mercaderes, con quienes te ves obligado á tratar, has adquirido un caudal de astucia y de bribonadas inapreciables; eres por lo mismo un servidor rarísimo; tu estado y tus obligaciones te hacen amar el dinero, y por lo tanto á propósito para todo. Veamos, yo necesito de tí un nuevo y urgente servicio.

Estremecióse Gabilan.

—Servicio importantísimo, del que penden quizá mi porvenir y mi fortuna, porque pienso cambiar de vida.

—¡Cómo señor! ¿será posible que os haya tocado Dios en el corazon?

—Me ha tocado el hastío; estoy cansado ya de Madrid, de amores, de desórdenes; esto no puede continuar. Pienso en casarme, Gabilan, y despues de casado, en viajar pacíficamente.

—¡Casaros! ¡casaros vos, señor! ¡si eso fuera posible!

—Y bien, ¿qué sucederia?

—Que cambiariais absolutamente, como yo he cambiado.

—Pues bien, eso no deja de importarte mucho.

—Y tanto, cuanto me intereso por vuestra señoría.

—Aun más por tí mismo.

—No diré que nó, puesto que me dejais en paz y podré pasar todas las noches en mi casa.

—Aun más; ¿te vendria mal ser mi mayordomo?

Abrió tanto ojo, como suele decirse, Gabilan.

—¿Y qué piensa hacer el señor con José, con el escelente José?

—José pasará á ser mi administrador, y tú podrás enviar á paseo á los mercaderes y pegar fuego á tus especias, puesto que todo ello no podria producirte una ganancia de tres mil ducados, á que ascenderá tu sueldo.

—Si vuestra señoría me permite que le dé un consejo.....—esclamó con cierta efusion el tendero.

—Siempre has sido oportuno, Gabilan; te autorizo.

—Pues bien, señor, poned en práctica vuestro pensamiento cuanto antes.

—La brevedad ó la tardanza consistirán en tu habilidad y buen servicio.

—¡Cómo, señor! ¿consiste en mí el que os caseis ó dejeis de casaros?

—Sí, puesto que tú me has de buscar la novia.

—¡Yo! ¡yo!—esclamó Gabilan, cuyo asombro llegó al colmo.

—Sí, todo consiste en buscar una dama que se ha perdido.

—¡Ah!—esclamó Gabilan con esa entonacion que demuestra que se ha llegado á la resolucion de un enigma.

—Sí, en cuanto descubras el paradero de doña Magdalena, me caso.

—Pero para eso, señor, habeis enviado á Sevilla al señor Andrés Ceballos.

—El señor Andrés Ceballos, por más de una razon, no me inspira confianza.

—Pero y bien; supongamos que yo llego á adquirir noticias, y que esas noticias son fatales, es decir, que ha muerto, ó que se ha casado, ó que ha profesado..... ¿No os casareis con otra, señor?

—Si eso sucediera, me casaria con doña Inés.

—¿Aunque estuviese deshonrada, como es muy posible, por D. Pedro?

—Todo se reduciria á matar á Avendaño.....

—¿Y os casariais aun con la viuda? dijo maliciosamente Gabilan.

—Entonces me casaria con doña Elvira.

—¡Ah, señor!—saltó sin poderse contener Gabilan,—por ahí debiais empezar: esa antes que todas las otras. ¿Quereis una esposa noble, hermosa, rica, que os ame? Ninguna mejor que doña Elvira. En cuanto á hermosa, trae alborotada á la córte; y sin haber dado ella motivo alguno, ya por su causa ha habido riñas y estocadas. ¿Y amor? ¿quién podria amaros más que ella, señor? ¿ella, que sufre y sueña por vos, que os está nombrando eternamente?....

Hablaba con tal entusiasmo Gabilan, que la mirada de D. Juan se concentró en sus ojos de una manera profunda y con una significacion indudable; aquella mirada parecia decir:

«¿Os han encargado que me hagais conocer el alma de doña Elvira?»

Gabilan comprendió aquella mirada, y se apresuró á decir:

—Nada de lo que he dicho al señor pasa de ser el resultado de las observaciones de mi mujer, que es su doncella íntima, que vive con ella más que conmigo, y que ha sorprendido en doña Elvira todo lo que siente su alma.

—Puede haber error, y sobre todo, por ahora no pienso en un enlace con doña Elvira. Atengámonos á doña Magdalena. Hoy mismo marcharás.

—¡Hoy, señor!

—Ya sabes que soy impaciente y pronto en mis resoluciones.

—Pero mi mujer.....

—Afortunadamente estás de enojo con ella, y así te evitarás los lloros y los gritos de despedida.

—Pero será necesario disponer.....

—Cuando hay dinero, todo está dispuesto.

—Es verdad, señor; pero permítaseme una pregunta.

—¿Qué?

—Si encuentro á doña Magdalena.....

—Me avisas al momento, monto á caballo, llego, me caso, partimos de Sevilla, y nos vamos á pasar lo que queda del invierno en Venecia.

—Pero, ¿tiene presente vuestra señoría que es capitan de Guardias del emperador, que la licencia que trajo de dos meses la ha prorogado á dos años, y que le será difícil y tardo el conseguir una licencia de matrimonio, y á más una licencia para el estranjero?

—Ya en otro tiempo pensé en casarme con doña Magdalena, y tengo la real licencia; en cuanto á la salida de España, el emperador me distingue, me honra; en una palabra, me ama, y haré cuanto quiera. Esto nada importa.

—Si no importara, no hubiera importunado con una observacion necia á vuestra señoría. Es necesario tener presente que soy mercader, que para dejar de serlo necesito traspasar mi tienda y mis generos, y teniendo una seguridad, dejaria encargado el traspaso á uno de mis compañeros.

—Pues hazlo, porque de todos modos, que encontremos ó nó á esa dama, saldremos de España. No puedo acostumbrarme para ciertas cosas á otro servicio que al tuyo, y te reclamo.

—¿Y ha de ser hoy sin remision?

—Hoy mismo. Cuando yo me levante ya has de estar fuera de Madrid.

—Lo que quiere decir que vuestra señoría me proveerá de cartas y dinero.

—Entra, y concluyamos.

D. Juan abrió la puerta de su recámara, cuyos balcones estaban cerrados, y á la que alumbraban dos bujías puestas en candeleros de plata, y ya próximas á estinguirse; un ayuda de cámara que dormia esperando á su amo en un sillon, se puso en pié de un salto al sentir sus pasos.

—Poned otras bujías, y dejadnos solos,—le dijo D. Juan.

El ayuda de cámara obedeció.

—¿Me necesitará despues el señor?—dijo.

—Nó; cuando os necesite os llamaré.—Quedaron solos D. Juan y Gabilan.

Tenorio escribió tres cartas: una de ellas para que su mayordomo José proveyese en un término perentorio á Gabilan de todo lo necesario para un viaje inmediato; otra para Ceballos, dándosele á reconocer como adjunto para las pesquisas, y la tercera para Magdalena en el caso de que fuera encontrada. Provisto de estos documentos, Gabilan salió, y D. Juan quedó murmurando:

—Ya que estoy desembarazado de tí, y tu mujer queda libre, sabremos si era ella ó doña Elvira la dama de esta noche.

Tras estas palabras cerró cuidadosamente una y otra puerta de su antecámara y recámara, y cuando de nadie podia ser visto, desnudó su espada y se puso á limpiar con un paño la sangre de Alarcon.

CAPITULO XVII.

De cómo D. Juan con todas sus prevenciones se quedó, respecto á la dama de la cita, tan á oscuras como al principio.

Cuando D. Juan se levantó, ya entrado el dia, habia desaparecido de su semblante todo lo que pudiera haberlo hecho estraño por inusitado; era el mismo semblante noble, hermoso, altivo, impenetrable; se habia vestido, segun su costumbre, de negro, y nadie hubiera sospechado, al ver aquella hermosa espada con empuñadura de oro, que en manos de D. Juan habia continuado siendo el arma de muerte de Lisardo el Estudiante.

Pero de una manera misteriosa pesaba más en el costado del jóven, y se habia establecido una relacion terrible entre él y su espada, porque aquella espada era su único testigo.

D. Juan, envuelto en una riquísima capa, salió solo y á pié. Hacia un hermoso dia, y el sol fulguraba con una brillantez mágica en medio del cielo, de ese cielo tan refulgente y diáfano en España; el jóven adelantó distraido hasta la fuente de Leganitos, y se detuvo en el mismo sitio en que la noche anterior habia encontrado á la tapada.

Aquel sitio, así como su espada, era elocuente para él; y como si su influencia hubiera podido iluminarle con una idea aceptable, meditó un momento, pareció decidirse, y se encaminó á la calle de la Palma Baja y al almacen de comestibles de Gabilan.

Lo primero que encontró fué á Esperanza, que estaba apoyada de codos en el mostrador, y profundamente pensativa.

—¡Oh, hermosa Esperanza!—la dijo;—paréceme que os contraría mucho la ausencia de Anton.

Al sonido de la voz de Tenorio, la jóven alzó sus grandes y cándidos ojos, y los posó tranquilamente en D. Juan.

—Es cierto, y á vos debia quejarme, puesto que vos me le robais.

—Nó; pues si fué ella,—dijo para sí el jóven,—tiene demasiado dominio sobre sí misma; la incógnita de anoche, por su conducta, parecia estar locamente enamorada. Probemos.

Y levantando la voz, la dijo:

—Sí, es cierto que os le robo, pero por poco tiempo; despues será posible que no volvais á separaros, porque en casándome le hago mi mayordomo.

Esperanza escuchó no más que con la sorpresa natural esta nueva de casamiento, y casi con alegría.

—¿Os casais, D. Juan?....—le dijo:—¿y con quién? ¿Con doña Elvira?

—Entremos dentro si os place, Esperanza,—dijo D. Juan, poniéndose descaradamente en un terreno de conquista.

—¿Adentro?—contestó con cierta maliciosa coquetería Esperanza;—teneis una fama demasiado terrible, señor, para que no se murmure de mí si os recibo en ausencia de mi marido.

—No me parece mucho más prudente el que yo esté á la vista de los que pasan, hablando con vos entre sacos y aceiteras; eso pareceria muy estraño en mí, y demostraria un gran empeño de mi parte.

Esperanza pareció convencerse, levantó la compuerta del mostrador, y dejando á su mancebo en la tienda, llevó á D. Juan al mismo entresuelo-almacen en que en otra ocasion le habia introducido Gabilan.

—Hénos al fin solos, D. Juan,—dijo Esperanza con el descuido más confiado;—supongo que como hace tanto tiempo que no venís á ver á mi señora, deseais que yo os anuncie.....

—Nó, no se trata de eso; se trata de vos.

—¿De mí?

—Sí á fé, de vos; creo que no os atiende todo lo que debiera Anton.

—Al contrario, señor: y aunque os dé las gracias por el interés que os tomais por mí, debo hacerle justicia. Anton, mi pobre Anton, me adora.

—Lo que no impide que se esceda.

—Aun conserva algunos vicios: por ejemplo, anoche vino cerca de la una.

—Acaso vendría de algun devaneo.

—Estoy segura de que seria de alguna grave ocupacion.

—Sin embargo, no le abrísteis.

—¡Cómo! ¿lo sabeis?

—Se me ha quejado de ello amargamente Gabilan.

—Pues bien, yo no tengo celos..... pero quiero que se me respete, que no se me haga velar, que no se me tenga con cuidado; yo sabia que siempre tiene lecho y cena de que servirse en vuestro palacio, y le castigué haciéndole pasar en él la noche.

—¿Quién sabe si no le abrísteis porque no estábais en vuestra casa?

—¡Ay Dios! ¿y dónde, pues, queriais que estuviera?

—Acaso con doña Elvira.

—Bien pudiera haber sido: ¡la he acompañado durante tantas noches desesperadas! pero anoche fué un verdadero castigo, en que no entró por nada la casualidad, porque estaba en mi lecho.

—¿Y habeis dado, por venganza, el escándalo de que vuestro mancebo

sepa y diga que habeis dejado á vuestro marido en la calle?

—El mancebo no duerme en la casa, caballero.

—De modo, que si vos quisiérais.....

—¿Y qué habia de querer yo?

—¿Teneis libertad?

—Toda la que quiero.

—¿Y amor?

D. Juan posó una mirada, que equivalia á la palabra más significativa, en Esperanza, y tal, que ésta no pudo dejarla pasar sin demostrar que la esquivaba.

—Creo, D. Juan, y Dios me perdone,—dijo riendo,—que en esa palabra y en esa mirada os dirigís á mí.

—Cierto; estoy furiosamente enamorado de vos.

—¡Bah! os proponeis sin duda demostrarme que estais de buen humor.

—¡Nó, pardiez! teneis unos divinos cabellos, una tez que afrenta á las azucenas, un cuello incitante, un seno divino..... y os deseo; Esperanza, creedme.

—Y suponiendo en vos ese deseo,—dijo ya con gravedad, pero sin afectacion Esperanza,—¿qué conseguireis con satisfacerle? Nada. Yo no soy para vos ni aun ese deseo, y os hastiariais, os avergonzariais de haber sido débil, y de haber sembrado amarguras, por un vano capricho, en una pobre familia.

—¿Y si fuese más que deseo, si fuese amor?

—¡Amor! ¡amor para mí!—esclamó con estrañeza Esperanza;—vos necesitais mucho más de lo que yo soy para amar.

—¿Y si os diese una prueba?

—Quisiera conocerla.

—He procurado apartar de vuestro lado á Gabilan, para dejaros enteramente libre.

—Creo, señor, que le habeis enviado en busca de la mujer á quien verdaderamente amais, puesto que vais á hacerla vuestra esposa.

—Ha sido un pretesto.

—¿Os obstinais, pues, en hacerme creer?.....

—Me obstino en conseguir.

—Yo me obstinaré en no creeros.

—De modo que.....

—Ganaré tiempo, y llegará un dia en que me olvideis naturalmente.

—Ese dia no llegará jamás.

—¿Conque es una pasion, D. Juan?—dijo riendo siempre Esperanza.

—Yo no diré que sea una pasion, sino un deseo exigente.

—¿Os empeñais en él?

—Sí.

—Pues bien, D. Juan, tenedlo por imposible.

—¿Por qué?

—Porque para que yo accediese á ese deseo, era preciso que estuviera enamorada de vos, y yo no puedo estarlo.

—¿Tan feo os parezco?

—Al contrario; sois hermosísimo, pero yo estoy enamorada de otro.

—¿Y de quién, si gustais?

—De Gabilan, caballero; del padre de mi hija.

—¡Báh! no es mal mozo; pero se ha puesto muy gordo.

—¿Creeis, D. Juan, que las mujeres no aman más que la hermosura?

—Nunca me he metido en deslindar la razon del amor de las mujeres.

—Pues bien, D. Juan; se ama porque se ama, y esta es la mejor contestacion que puede darse.

—Pues bien, yo procuraré que vos me ameis.

—No lo procureis, D. Juan.

—¿Es acaso imposible?

—No diré que lo sea, pero el que yo os amara os podria ser fatal.

—No os comprendo.

—Si yo os amara, seria porque creyera que era verdaderamente amada; y si me veia abandonada, deshonrada..... vamos, ni aun en juego quiero pensar en ello. Seria capaz de matar.....

Tomó un tinte tal de gravedad en estas últimas palabras el acento de Esperanza, que D. Juan vaciló, y fijó sus ojos en los de la jóven.

—¿Veis? habeis dado lugar á que yo haya dicho una necedad que os ha impresionado.

—¿Quereis saber por qué os amo, Esperanza?—dijo D. Juan afectando un acento profundamente conmovido.

—Sí quiero..... sí, D. Juan.

—Os amo, porque vos habeis querido que os ame.

—¿Y qué motivos teneis para suponer eso?

—Que os observé anoche perfectamente mientras hubo luz.

—Es decir, que yo estaba tapada y muda.

—Tapada sí; muda nó, pero desfigurada la voz. Por cierto que ibais en nombre de otra persona.

—¡Que iba yo! ¿Y por qué esa suposicion, cuando no teneis ninguna prueba?

—¿Y quién os ha dicho que no la tenga?

—Vuestro comedimiento conmigo. Si estuviérais seguro de que yo os amaba, hubiérais ido derecho al objeto; no lo habeis hecho, porque dudais, lo que al ménos significa que vuestras pruebas son dudosas.

—No lo negaré; pero dudosas de una manera leve.

—¿Y qué pruebas son esas?

—La primera este billete, Esperanza.

D. Juan la mostró el billete árabe que habia recibido el dia anterior.

—¡Ay, Dios mio! ¿y creeis, D. Juan, que yo, que no sé leer ni escribir, os haya escrito esto, y á más haya encerrado ese billete en una caja tan rica?

—En cuanto á la caja, sois dueña del bolsillo de vuestro marido, y podeis haberla comprado á un morisco, que puede tambien haber escrito este billete, que es árabe.

—¿Y para qué, decidme, habia yo de escribiros en una lengua estraña?

—Hé ahí, hé ahí donde está la fuerza de mi prueba,—esclamó D. Juan.

—Esplicadme vuestras razones, porque cada vez os comprendo ménos.

—Sabeis por Gabilan, sin duda, que yo hablo y escribo el árabe.

—Os juro, D. Juan, que nada de eso me ha dicho mi marido.

—Ha podido decíroslo, lo que basta para que yo lo tenga por prueba de que fuísteis vos la dama de la casa á oscuras.

—Seguid, porque aun no os habeis esplicado.

—Sabeis tambien que doña Elvira es morisca.

—Y bien.....

—Con estos antecedentes, os habeis dicho: D. Juan ama á doña Elvira; si yo hago de modo que D. Juan pueda creer que ella es quien le cita, asistirá.

—Niego vuestro juicio, porque si doña Elvira os hubiera citado pretendiendo no ser conocida de vos, hubiera evitado todo lo que habria contribuido á despertar en vos una sospecha.

—Vuestra respuesta me confirma en mi creencia, y me demuestra que teneis un gran talento, Esperanza.

—¡Cómo, señor!

—Era de suponer que doña Elvira no se sirviera del árabe, puesto que así, de cierto modo, se descubria. Pues bien; vos me habeis sabido interesar, y despues me habeis obligado á que os ame, á que os desee, á que os adore.....

—Paso, paso, D. Juan; tengo un medio de salvarme de vuestro amor.

—¿Cuál?

—¿Habeis quedado citado con esa mujer?

—Sí.

—Pues bien, acudid á la cita; pero en vez de ir desprevenido, llevad con vos una linterna sorda, y cuando esteis encerrado con ella, abridla, y entonces, convenciéndoos de que no soy yo, dejareis de importunarme.

—Os engañais; os amaré más, porque sereis para mí una novedad completa.

—Creo, D. Juan, que me vais á obligar á que mientras esté mi marido fuera, me encierre, por temor á vos, en un convento.

D. Juan se desconcertó.

—Suspendo mi juicio,—la dijo,—en vista de vuestra heróica defensa; pero tened presente que si sois vos, mañana á la noche no tendré piedad.

—Pues bien, D. Juan; os prometo esperaros mañana á la noche en mi ventana, para que me conteis el fin de vuestra aventura.

El jóven salió; no ya dudando, sino convencido de que no se trataba de Esperanza, y dando la vuelta á la plazuela de las Comendadoras, entró á probar fortuna en casa de doña Elvira, en cuyo estrado fué introducido despues de un momento de espera.

La hermosa morisca se mostró afable, pero profundamente sorprendida á la vista de D. Juan.

—Bien venido seais, amigo mio,—le dijo;—si no me engaño, hace cuatro meses que nos vimos por la última vez.

—Recordad, señora, y disculpadme con vos misma.

—Recuerdo que, á pesar de todo, D. Juan, os aseguré que las puertas de mi casa estarian siempre abiertas para vos.

—No es esta la ocasion, señora, de que yo os importune con mis amores; hoy debeis estar mal preparada á una lucha de amor.

—¿Y por qué, D. Juan?

—Estais pálida, triste, señora; por más que pretendais ocultarlo, sin duda os sentís mal: debeis haber recibido una gran impresion de pesar ó de felicidad.

—Puede decirse que entrambas cosas á la par. Me he visto libre providencialmente de un hombre que me tiranizaba, y he tenido el disgusto de ver, por causa de la muerte de ese mismo hombre, á la justicia en mi casa.

—¡Cómo! ¿la muerte de Alarcon?....

—¿La sabeis, D. Juan?

—La sabe todo Madrid; se le ha encontrado esta mañana en la calle de los Mancebos muerto, atravesado de una estocada.

D. Juan apeló á la más perspicaz de sus miradas; pero nada encontró en el semblante de Lind-Arahj que le hiciese concebir sospechas, á haber sido ella la dama de la cita, que debió escuchar el lance y aun las palabras que mediaron entre él y Alarcon.

—Hacia algunas noches—dijo—que mi mayordomo no se recogia en casa, no sé por qué razon; era morisco y valiente, con sus puntas de pendenciero, y nada tiene de estraño el choque en que ha sucumbido. Lo siento á fé un tanto, porque mi odio no llega hasta el punto de desear á nadie la muerte.

—¿Odiábais á ese hombre?

—Me era insoportable. Ese hombre, D. Juan, me amaba.

—¡Miserable!—esclamó D. Juan.

—Es cierto que jamás llegó á decírmelo; pero despues que llegamos á Madrid, en sus miradas, en su molesta solicitud, en todo, habia una eterna declaracion de amores; sin embargo, antes de que yo fuese á vivir con D. Gonzalo de Ulloa, sus demostraciones no pasaban del afecto de un hombre que habia sido jóven conmigo y que conmigo habia llegado al estío de la vida; partió á ponerse al frente de mis bienes y de mis negocios en Andalucía; despues, cuando me fué imposible continuar en la casa del comendador, le llamé, porque necesitaba junto á mí un hombre que se pusiese al frente de mi casa: entonces empezaron las demostraciones más esplícitas, aunque silenciosas. A él, D. Juan, es á quien yo hubiera hecho cargo de algunas estocadas dadas de noche á los que rondaban mis rejas. Ved la causa de que yo me haya considerado libre por la Providencia. No me ha afectado este lance, porque yo he sido testigo desde mi juventud de grandes desgracias; mi corazon se ha endurecido, D. Juan, y la muerte de ese hombre, si le ha conmovido, no ha sido más que por un sentimiento de costumbre.

—Esa muerte es la que me trae junto á vos; estais sola en el mundo.....

Los ojos de Lind-Arahj se arrasaron en una lágrima.

—¡Sola! ¡sola y desgraciada!

—Mi brazo, señora.....

—Viviré como hasta aquí, D. Juan; envejeceré, y los cuidados que no me procure el afecto, me los procurará el oro.

—¿Rechazais mi amistad?

—¡Rechazar yo vuestra amistad! Nó, D. Juan; pienso siempre en vos, pero no puedo esperar teneros siempre junto á mí, como á un amigo del corazon.

—Sois implacable, señora.

—¡Implacable! ¿y por qué?

—Me vereis morir á vuestras plantas, sin tenderme vuestra mano.

—¡Morir! nó; los empeños contrariados irritan, pero no matan. Quiera Dios que vuestra porfía no cambie vuestra aficion en odio. Por lo demás, si alguno de los dos sufre, soy yo la que apuro el sufrimiento.

D. Juan vió cuánta serenidad y resignacion habia en Lind-Arahj, y se levantó cubriendo mal la irritacion que le causaba una resistencia tan obstinada.

—Puesto, señora,—la dijo,—que no me necesitais, me despido de vos.

Sin duda Lind-Arahj habia alentado la esperanza de vencer á D. Juan, porque palideció, le miró con la espresion desesperada de quien ve alejarse para siempre lo que más ama, y no pudo contenerse; dejó caer la cabeza entre sus manos y rompió á llorar en silencio.

Aquello era rendirse, y rendirse á discrecion.

D. Juan se sintió arrebatado por aquel llanto á una atmósfera embriagadora; arrojóse por un movimiento instintivo á los piés de Lind-Arahj, la apartó las manos del rostro, y la miró frente á frente; y aquella mujer, que tanto le amaba, le miró á través de sus lágrimas, de una manera dulce, triste y avara á la vez; sus ojos le devoraban, su pecho se levantaba agitado, y sus lágrimas se deslizaban, trasparentes, purísimas, á lo largo de sus mejillas, yendo á mojar las manos de D. Juan, que tenia oprimidas contra su seno.

Por una atraccion irresistible, aquellos dos semblantes se acercaron, aquellas dos bocas se unieron, y aquellas dos almas enamoradas se mezclaron en un beso infinito; Lind-Arahj se separó en un hechicero movimiento de pasion, miró intensamente á D. Juan, le sonrió como debe sonreir el ángel del sufrimiento, y le dijo con la voz profundamente conmovida y suplicante:

—¡D. Juan, D. Juan! no me abandoneis, y sed para mí lo que querais ser.

Tenorio se levantó y la tendió los brazos.

—Nó, todavía nó,—dijo Lind-Arahj;—dejadme un dia, una hora siquiera; os juro, D. Juan, que seré vuestra, enteramente vuestra; manceba, esclava, cuanto querais; pero sed hidalgo, y conceded algo á mis sueños de dignidad. Dejadme... y volved... ¡Dios mio! ¡no volverle á ver! ¡perderle para morir desesperada!.... Nó, nó; he nacido para abrasarme en su amor, para romper mi corazon á fuerza de dilatarle! ¡Si he de morir, quiero morir de felicidad!

Se inclinó rápidamente sobre el semblante de D. Juan, le besó en la frente, y huyó.

—¡Vive Dios!—esclamó D. Juan—que hay mujeres de cuyo amor es necesario huir, porque su amor es un dulce tósigo que mata. Pero..... esas mujeres han nacido para mí; yo necesito lo grande, lo sublime, lo terrible. Adios, Elvira..... adios ahora..... pero yo volveré.

Al llegar D. Juan á la puerta de salida de la cámara, le pareció sentir unos pasos precipitados y leves, y al abrirla, vió la forma confusa de otra mujer que huia por una puerta de servicio.

Aquella mujer, que D. Juan no pudo conocer, era Esperanza.

Por lo demás, Tenorio no sospechó que aquella mujer, que de una manera tan inesperada se habia arrojado á sus brazos, fuese la misma de la noche anterior: su visita habia tenido un resultado magnífico, pero que no rompia el misterio de la incógnita de la calle de los Mancebos.

CAPÍTULO XVIII.

De traicion á traicion.

Era de noche, tarde ya; un viento fuerte y silbador zumbaba, mugia y retronaba alternativamente entre las agudas almenas árabes del castillo del Aguila. De vez en cuando un relámpago verde lívido brotaba de las tinieblas como una llamarada de la inmensidad.

A la luz del relámpago podian verse, descollando sobre las almenas, centinelas redoblados, como si aquel fuese un puesto de guerra, y algunas veces su grito de alerta se perdia, arrastrado por el seco estridor del trueno.

El castillo parecia estar en espera, guardado por sus hombres de armas y oculto en las tinieblas.

Envueltos en ella y silenciosos como el castillo, al que se dirigian, marchaban trepando la vertiente algunos ginetes, que se detuvieron á cierta distancia, contenidos por un «¿quién va?» que arrancó de entre las almenas el són de sus armas y el paso de sus caballos.

Mediaron algunas palabras de inteligencia entre los de adentro y los de afuera, y poco despues crugieron las cadenas de un rastrillo que cayó con estruendo sobre su afuste, abrióse una poterna, y los ginetes pasaron entre una doble fila de hombres, armados alternativamente de picas y arcabuces.

Un hombre, provisto de una linterna, adelantó á reconocer al que parecia jefe del pequeño escuadron. Aquel hombre era el capitan D. Miguel de Avellaneda; el reconocido, Pablo del Salto; aquel mismo que con sus camaradas se habia vendido á D. Juan en la quinta de D. Gonzalo.

Tras otras rápidas palabras, el rastrillo crugió alzándose, cerróse la poterna, desmontaron los ginetes, y Pablo siguió por el patio de armas adelante á Avellaneda.

Una vez dentro del castillo, se notaba que nadie dormia; y de la gran torre del centro, entraban y salian contínuamente hombres armados y malcarados.

En una cámara sombría, sentado junto á una mesa, sobre la cual se veian el sombrero, la daga y las pistolas de Avendaño, estaba éste profundamente abstraido en la lectura de una carta. Frente á él, y tan pobre, tan curtida y tan harapienta como siempre, estaba Aurora.

—Y bien, ¿qué dice esa carta que tanto parece interesarte, hijo mio?

—Esta carta dice, madre, que estoy perdido, que solo un milagro de Dios puede salvarnos.

—¡Dice! ¿y en qué se funda?

—Los que fueron á apoderarse de las alhajas de la colegiata de Segovia han sido tan cobardes, que atormentados por la Inquisicion, han cantado de plano.

—Y aun estás aquí..... esperando..... esa es una imprudencia, Pedro.

—¿Y qué quereis que haga?

—¿Qué quiero? Harto te han comprometido tus amigos para que te veas obligado á serles leal..... son unos miserables..... ya los salvaste una vez, y es todo lo que pueden exigirte..... pero les tienes miedo.

—¡Miedo yo, madre!

—Sí, te han hecho su esclavo. ¿Para qué he trabajado yo tanto por procurarte riquezas, si esas riquezas las partes con los hambrientos que te rodean? ¿Para qué velo yo siempre en acecho del peligro que puede amenazarte, si cuando ese peligro se presta, te obstinas en no salvarte sino con ellos?

—Son seis amigos generosos, que morirán cuando sea necesario, agrupados en torno mio.

—Pero si aquí no se trata de morir, sino de abandonar esta maldita España.

—¿Y creeis que no llegará un dia cercano en que la abandone?

—Sí, pero pronto, pronto; ¿quién sabe si á estas horas estarán marchando contra el castillo todos los cuadrilleros, todos los soldados de la Fé, y todos los arcabuceros y ginetes del capitan general?

—Son gente cobarde, madre; solos veinte de los mios, cuando el intento del robo de las alhajas, bastaron para resistir á más de ciento, y á no ser por D. Juan.....

—¡D. Juan, siempre D. Juan!

—Hé ahí por qué no abandono el castillo, madre; D. Juan me ha robado el amor de Inés y la ha hecho imposible para mí; D. Juan me ha tendido un lazo, en él he caido, y ha evitado el que yo le tenia armado. D. Juan ha muerto á estocadas á Hernando de Alarcon, á ese hombre que nos tenia tan avisado de los amores de Tenorio y doña Elvira, en que vos, no sé por qué, fundábais tantas esperanzas.

—Ese amor será mi postrera venganza, hijo mio; venganza amarga, pero infinita.

—Sois un eterno misterio para mí, madre.

—¿Y qué te importa? ¿por qué no has de respetar esos misterios?

—Y los respeto; jamás he insistido en que me los reveleis;—esos secretos

no saldrán de mi alma sino cuando ya no existas, Pedro. Pero esa carta, esa carta..... ¿estás seguro de que merece crédito?

—Sí, madre, estoy seguro, tengo espías en todas partes; ¿y para qué se me habia de tender ese lazo? ¿á qué obligarme á huir? El objeto no podia ser otro que doña Inés, y doña Inés está en mi poder. Por otra parte, D. Juan es valiente, y me buscará, yo le haré caer en una emboscada, porque antes de matarle quiero hacerle mi esclavo.

—¿Y para eso esperas?

—Sí.

—¿Y te espones á que caiga sobre tí toda la gente del rey?

—Ya os he dicho que los soldados que hay en Madrid, jamás han entrado en batalla, cuando mis aventureros son todos soldados viejos.

—¿Conque es decir que te niegas á huir?

—Sí.

—Pues bien, ya que me dejas sola, ya que no escuchas mi voz, Pedro, ya que no tengo otro medio que morir vengándote, morirá. He procurado apartar de tu corazon el odio que profesas á D. Juan, porque te lo repito, D. Juan te matará.—Dicho esto, la gitana se levantó.

—¿A dónde vais, madre mia?

—¿Que á dónde voy? ¿y qué te importa?

—¿Creeis acaso que yo no os amo?—dijo Avendaño levantándose.

—Lo triste de tus palabras, hijo mio, me prueban que tienes un presentimiento oscuro, un presentimiento como el que me aterra: creo que no nos volveremos á ver.

—¡Oh, madre! ¿quién sabe? ¡quizás!

Aurora se arrojó en los brazos de Pedro, y le besó llorando.

—Pero nó, yo puedo salvarte, y te salvaré,—dijo arrancándose de repente de sus brazos.

—Ya me salvásteis otra vez, y si teneis otro secreto como el del padre Fray Tomás.....

—¡Que si lo tengo! ¡terrible, inmenso!....

Y sin pronunciar ni una palabra más, se separó de Avendaño, y se aventuró en las galerías al mismo tiempo que entraba Avellaneda acompañado de Pablo.

—¿Habeis sido conocidos?—preguntó al último Avendaño.

—Nó, nó señor; hemos tenido constantemente puestos los antifaces.

—¿Y no ha aparecido por la quinta nadie que haya podido creerse enviado de D. Juan?

—Nó señor.

—¿Y D. Gonzalo?

—Altivo, callado y feroz.

—¿Le habeis dejado libre?

—Sí señor, como lo estaba á nuestra llegada.

—¿Habeis podido averiguar si sospecha algo?

—Segun las imprecaciones de su mayordomo, se atribuyó por el viejo, el robo de su hija, á D. Juan.

—No se habrá cometido ningun desórden,—añadió con acento amenazador el jóven.

—Ni aun nos hemos servido para descansar de los lechos de los criados.

—Bien; vete con los que te han acompañado á la torre del Norte.

Avellaneda y Pablo del Salto salieron, y Avendaño se ciñó la daga, tomó el sombrero, y dejando las pistolas sobre la mesa, salió de la torre, y llegó á la puerta del aposento de Noema, que estaba guardada por un vigilante.

Noema, lánguidamente reclinada en el divan, jugaba con las cuerdas de alambre de su guitarra, arrancándolas débiles gemidos.

El jóven llegó junto á ella, se sentó en el divan, y la besó en el cuello.

Noema se estremeció, dejó caer la guitarra, y se volvió con viveza hácia él; le reconoció, dió un grito de placer, rodeó su cuello con sus bellos brazos, y le besó suspirando en la boca.

—¿Eres tú? ¿eres tú?—le dijo en español,—¿eres tú, alma de mi alma?

—Sí, yo soy, Noema; ¿por qué lo estrañas?

—Hace mucho tiempo, mucho, que desfallezco de amor.

—Tu eres mi vida, no puedes dudarlo.

—Eso era en otros dias más bellos. Despues..... despues, Pedro, me has dejado pasar tristes veladas sola; yo gemia y preguntaba á la luna: ¿en dónde está la vida de mi vida? La luna parecia empalidecer y decirme: llora, Noema, llora, porque ama á otra.

—La luna te engañaba, Noema,—dijo sonriendo Avendaño,—porque yo no amo á nadie más que á tí.

—¿Y la cristiana que gime allí, en aquella torre?—esclamó la africana yendo con violencia al ajimez y señalando un punto en la oscuridad.

Avendaño hizo un ademan de desprecio, que no era fingido.

—¡Esa mujer!—dijo,—esa mujer no es para mí otra cosa que un medio de venganza, porque D. Juan la ama, y yo odio á D. Juan.

—¿Y quién es D. Juan?—dijo Noema, afectando acerca de aquel nombre la más completa ignorancia.

—Es D. Juan Tenorio.

—¡D. Juan Tenorio! Mucho debe valer ese hombre cuando tanto le aborreces.

—D. Juan es la muerte, Noema; donde quiera que pone su planta, allí está la desgracia; es preferible mil veces ver una aparicion del terrible arcángel Azrael (1).

—Entonces, si es así, ese hombre te matará,—dijo Noema,

Crispáronse los miembros de Avendaño, porque aquella frase, *D. Juan te matará*, habia llegado á ser para él una frase fatal.

—Pues bien, que no me mate sin venganza.

—¿Y quieres que yo te vengue?

—Sí

—Tuyo es mi cuerpo, y tuya mi alma.

---

(1) El ángel esterminador, segun los árabes.

—Entre mis soldados hay algunos hombres de tu país, y entre ellos uno de tu tribu.

—¿Joshafat?

—Sí, el que entre los cristianos se llama Bartolomé. He notado que ese hombre te sirve como un esclavo.

—He sabido pronunciar para él la palabra que domina.

—Pues bien, ese hombre desde ahora te servirá, y para que puedas llegar libremente al aposento donde encierro la cristiana, no habrá desde ahora guardas á tu puerta.

—¿Y si yo pretendiese huir de tí?—dijo con sarcasmo Noema.

—Nó, tú no huirás, porque me amas.

—Sin embargo, me has guardado.

—He guardado tu hermosura, Noema. Conmigo viven hombres audaces, que en mi ausencia.....

—Mucho debes sufrir cuando me dejas en libertad y te vales de mí.

—Estoy amenazado de muerte, Noema, por ese terrible D. Juan. Es necesario que me vengues.

—Te vengaré, matando á la cristiana.

—Me has adivinado, Noema.

—Y enamorándole á él, mi amor será para D. Juan el infierno.

—Veo que tu corazon es mio, iremos á Oriente para hacerte la mujer más dichosa del mundo.

—¿Y eso será en vengándote?....

—Sí.

—Pues cuenta con que tu venganza está escrita en el libro del destino.

—¡Oh, y cómo te amaré entonces!

—Llévame al aposento de esa mujer, Pedro; seré para ella lo que la serpiente que se desliza entre flores, y cuando me conozca, estará herida.

—Pero guárdate de herirla, Noema, hasta que yo no exista.

Noema apagó en sus ojos un relámpago sombrío, y en su corazon un rugido de odio.

—Manda á tu esclava, señor,—le dijo con un acento dulcísimo.

—Para que no sospeche, es mejor que vayas tú sola.

—Yo no conozco el castillo. ¿Dónde está Joshafat?

—En Madrid.

—¿Y qué hace allí Joshafat?

—Joshafat es quien me ha avisado de que me amenaza un grave peligro.

—Joshafat es leal; pero ya que no está aquí, dime por dónde podré llegar hasta la cristiana.

—Ven, y recuerda por dónde vamos, porque tendrás que volver sola.

Noema se echó un chal sobre los hombros, se envolvió en un *haike* de lana, que la cubria de los piés á la cabeza, y siguió á Avendaño.

Avendaño se detuvo en una puerta en que habia un guarda, la abrió con una llave, que entregó á Noema, y cuando ésta hubo entrado, dijo al centinela:

—Cuando salga esa persona, la dejereis pasar, pero sola.

Despues se alejó, y el guarda quedó paseando á lo largo de la galería.

CAPITULO XIX.

La serpiente de Africa.

La habitacion en que habia entrado Noema, formaba parte de una torre en que habia establecido Avendaño su lugar de residencia en el castillo.

Se habia hecho una obra completa; el pavimento destrozado habia sido enriquecido con baldosas de mármol, estucadas las paredes y pintadas al fresco en los recuadros y en el techo, dorados los filetes de las cornisas, y embellecidos con adornos griegos los marcos de los balcones. El mueblaje era digno de la decoracion, y nada podia pedirse en comodidad y belleza á un lecho colocado en un ángulo. A los piés de este lecho habia otro más humilde, y cubriendo una puerta de comunicacion, un estante de ébano con libros de piedad y de caballería.

En esta habitacion habia dos mujeres: eran doña Inés y María. En los dos dias que contaban en el castillo, nadie habia ido á verlas, á escepcion de una mujer, especie de criada campesina, que con el mayor respeto, y tres veces al dia, les habia llevado una comida esquisita.

El primer dia, recelosas las dos, no comieron, pero al segundo el hambre las obligó; encontraron un alimento escelente y admirablemente preparado. Doña Inés no sabia dónde estaba; habia sido arrebatada de su dormitorio por hombres enmascarados; enmascarado estaba el que la habia conducido en el coche, y enmascarados todos los que habia encontrado á su paso en el castillo.

El terror de doña Inés estaba centuplicado por la duda; no podia esplicarse quién fuera su raptor; D. Juan Tenorio habia sido llamado por ella, y era además hidalgo, lo bastante, segun su juicio, para no valerse de medios reprobados. Avendaño, de seguro la hubiera separado de su doncella y se hubiera prevalido de sus ventajas en un caso, ó en otro, hubiera aparecido para disculparse de su estraña accion. Inés, pues, vacilaba entre los dos jó-

venes; y como su corazon se interesaba de una manera opuestísima por los dos, teniendo para el uno un amor sin condiciones, y para el otro un odio sin límites, sufria y luchaba, no pudiendo fijar el sentimiento que le inspiraba aquella violencia.

Constantemente doña Inés y María habian evitado el entregarse á un tiempo al descanso; y cuando dormitaba la una, la otra velaba por instinto de defensa, puesto que mujeres y débiles, ni aun podian tener la conciencia de una lucha.

Dormia profundamente María, rendida por las cuidadosas velas anteriores, y velaba llorando doña Inés.

Era ya muy tarde: no se escuchaban otros ruidos que el del viento y la voz de las atalayas; nunca estuvo mejor representado por la naturaleza el aislamiento; doña Inés le sentia sobre sí como un peso insoportable; la duda del término de aquella terrible situacion era más horrorosa que la situacion misma. De repente oyó, más allá de la primera puerta, crugir una llave en la cerradura; luego pasos en la antecámara; despues rechinar un cerrojo, y vió en fin abrirse la puerta y aparecer un fantasma blanco.

Hay momentos en que el terror es tal, que la voz se ahoga, la sangre se paraliza, y por decirlo así, la vida se suspende, y esto fué lo que pasó por doña Inés á aquella aparicion. Sus ojos se fijaron asombrados en ella, y la vió desenvolverse lentamente de la ancha tela que la cubria. Sucesivamente fueron apareciendo formas y colores, quedó descubierta la cabeza de una mujer hermosa, y aquella especie de sudario cayó, quedando ante doña Inés Noema, con su breve caftan, su cortísima falda, sus brillantes joyas y su chal de vivos colores; el fantasma se habia trasformado en una mujer de aspecto estraño, es verdad, pero que hizo una reaccion en Inés, cambiando su terror en cuidado.

Noema se acercó y examinó á la jóven en silencio, y de una manera penetrante y fija; hallóla hermosa, jóven, pura, dulce y dolorida, y un instinto de superioridad moral, porque en lo físico corrian parejas entrambas hermosuras, dulcificó su semblante; si en vez de ella hubiera encontrado una belleza altiva, dura y provocadora como la suya, hubiera habido una lucha, pero doña Inés era cuando más, segun el pensamiento de Noema, una gacela cautiva que no podria oponer al leon más defensa que su terror y sus gemidos.

A pesar de todo, doña Inés, recobrada ya, á pesar de su timidez, tuvo valor para dirigir la palabra á Noema.

—¿Quién sois? ¿quién os envia?—la preguntó.

—Yo soy una esclava,—contestó la africana,—y me envia mi señor.

—¡Esclava!—contestó doña Inés.—¡Esclava! ¿y de quién?

—¡Tuya, cristiana!—contestó Noema sentándose en la alfombra á los piés de doña Inés.—Eres hermosa como el deseo, y mi señor, que te ama, me envia junto á tí para que no estés triste.

—¿Tu señor? Y bien, ¿quién es tu señor?

—El hermoso caballero á quién tú amas.

—¡Amar yo! ¡yo no amo!

—¡Que no amas!—esclamó Noema,—y entonces, ¿qué haces aquí?

—He sido arrebatada de la casa de mi padre.

—¡Ah! ¿conque tambien los cristianos roban á las mujeres y las venden? Yo creia que eso solo se hacia entre nosotros los de Africa, á quienes las gentes de Occidente llamais bárbaros. Yo he sido robada tambien.

—Y decidme, ¿os habeis encontrado sola, abandonada, sin tener más esperanza que Dios, entre gentes á quienes ni siquiera conociais, perdido vuestro amor, temiendo por vuestra honra?

—Yo vivia en un alcázar. El sol, al bañarse en las aguas, parecia detenerse un momento para enviarme un beso de amor, y las espumas del mar venian murmurando dulcemente para arrastrar consigo las hojas de las flores que yo deshacia entre mis manos. ¡Qué tiempos tan hermosos! ¡Ay! yo los veo lejos, muy lejos, y cuando vuelvo los ojos á mirarlos, parece que están envueltos en un velo de color de oro.

Noema sufria al recordar sus pasadas venturas, y sus ojos eran entonces dulcísimos como sus recuerdos.

—Llegó un dia señalado con sangre en el libro de mi destino: uno de los enemigos de mi padre acometió su alcázar durante la noche, el incendio hizo claras las tinieblas, y entre el fuego humeó la sangre; saltaban como leopardos, sobre las ruinas, feroces esclavos que llevaban la muerte en la diestra y el esterminio en el corazon; aquellos hombres lo destruyeron todo y llegaron á mí; sombra de muerte oscureció mis ojos, cerró mis oidos y heló mi sangre; cuando volví de nuevo á la luz, me encontré sola, encerrada en una cámara estraña, y ya no era virgen.

Doña Inés se estremeció.

—¡Oh, por eso te compadezco, cristiana! porque, como yo, has visto huir y desaparecer tu amor; porque, como yo, has caido sin alas á los piés de un hombre impuro.

—Nó,—esclamó doña Inés levantándose radiante de pudor;—Dios me ha protegido; Dios me protegerá.

—¡Oh! Dios se olvidó de mí,—prosiguió Noema.—Aquel hombre, aquel enemigo de mi padre, era un buitre de los mares; se encendió por mí en la llama impura del deseo, y me arrastró consigo á su galeota: mis lágrimas hicieron más amargas las negras ondas, mientras fuí arrastrada por aquel hombre sobre los mares de Levante, haciéndome siempre sentir horrores, ensangrentándose en las presas, y viniendo á teñirme en aquella sangre en su embriaguez de pirata. ¿Y lloras tú, cristiana? ¿tú, que no has visto la muerte zumbando en torno tuyo? ¿tú, que no te has estremecido aun al grito del combate? ¿tú, que no te has visto humillada ni escarnecida? ¡Oh, y tú no eres, como yo, la hija de un Pachá! ¡tú no has saboreado el mando! ¡tú no has visto arrojarse á tus piés como perros los esclavos! ¡tú no puedes ser tan esclava como yo!

—Sí, sí, es verdad,—dijo doña Inés;—pero ¿qué quereis de mí?

—Quiero vengarme y vengarte.

—¡Vengarme! ¿Y de quién?

—¿Tú no conoces á Pedro?

Doña Inés palideció.

—¡Oh! tú le amas,—esclamó Noema;—tú tiemblas por él.

—¡Yo! ¡amar yo á ese hombre! ¡á ese miserable!—esclamó con indignacion doña Inés.—¿Y crees tú que, aunque yo no tenga el valor salvaje de tu raza, me faltará para defenderme de él?

—¿Y cómo te defenderias? Es fuerte como el alcion, y tú eres débil como la paloma.

—Sí; pero á los piés de esos balcones hay un abismo,—dijo Inés con el acento de la más profunda decision.

—¿Y preferirias la muerte?

—¡Todo! ¡todo antes que ser suya!

—Nó, no lo serás,—esclamó Noema convencida ya de que Inés no amaba á D. Pedro.—Yo te salvaré y te entregaré al hombre de tu amor.

—¿Al hombre de mi amor?

—Sí, á D. Juan Tenorio.

—¿Le conoces?

—¿Es éste?—contestó Noema sacando de sobre su corazon el retrato del jóven.

—Sí, sí, éste es; ¿quién te ha dado su retrato?

—¡Oh! ¡y cuánto le amas!—esclamó Noema comprendiendo cuántos amargos celos se espresaban en la pregunta de Inés.

—¡Oh! sí, le amo,—esclamó la jóven;—pero sin esperanza.

—¡Sin esperanza!

—D. Juan no me ama.

—¿Y por quién arrostra D. Juan la muerte, tendiendo asechanzas al castillo de Pedro? ¿Por quién sino por tí?

—¿Va á venir D. Juan?

—Acaso esté ahora mismo en el castillo.

—¡Dios mio!

—Valor, cristiana, valor, y yo me vengaré; tú te salvarás.

—Pero ¿quién te ha dado ese retrato?

—¿Qué te importa eso? ¿Crees tú acaso que yo amo á tu D. Juan?

—Dame una prueba de que no le amas.

—¿Cuál?

—Dame su retrato.

—Si eso te contenta, toma, y alégrate, cristiana.

Doña Inés se apoderó con avaricia del medallon, le contempló con ánsia, y se echó á llorar.

—¡Ah! ¡tú todavía tienes lágrimas!—esclamó Noema.—Mi corazon se desgarra y necesita consuelo. ¿Quereis ser mi hermana, Inés?

—¿Quien os ha dicho mi nombre?

—¡Oh! es un dulce nombre, bello como tus ojos de gacela: cuando yo le oí por primera vez, me pareció que lo pronunciaba ese dulce ángel que une las almas de las criaturas en un lazo que no oprime ni se rompe, que nos hace sentir como propios los dolores de otro, y alegrarnos con su alegría. Yo me dije: Inés será mi hermana.

No podia haber empleado Noema un lenguaje más á propósito. Inés se

abrió á la amistad, por simpatía, arrastrada por la falsa espresion de solicitud y de afecto de Noema, que cumpliendo su promesa, era la serpiente traidora que se enroscaba mansa y suave en el seno que debia morder.

—¡Hermanas! ¡oh! ¡sí! yo no he tenido hermanos, yo no he tenido padres.....—esclamó con dolor Inés. ¿Qué importa que tú hayas nacido en otros climas y en otras costumbres? La distancia no separa á las criaturas de Dios, si sus corazones se comprenden; ¡tú eres desgraciada! ¡yo tambien lo soy!

—Pues bien; salvémonos la una á la otra.

—¿Y cómo, Dios mio?

—D. Juan vendrá..... irrítale contra Pedro.

—Sí, es necesario que ese hombre muera. Pero ¿qué puede hacer D. Juan? Yo escucho desde aquí las voces de hombres que velan, y se pierden, y se debilitan prolongándose en la distancia.

—D. Juan es valiente, y traerá consigo valientes soldados: yo procuraré que cuando llegue la hora del combate, hombres leales á mí guarden esta torre, que es la más fuerte; esos hombres dejarán entrar á Pedro, pero volverán contra él sus armas, rechazando á los que le sigan. ¡Oh, y qué hermosa es la venganza!

El semblante de Noema resplandecia de tal modo, que Inés tembló instintivamente.

Noema notó el estremecimiento de Inés.

—Pobre Tulipan del desierto,—la dijo;—es necesario que seas fuerte; es necesario que no tiembles, hermana, porque la sangre no llegará hasta tí.

—Nó, no temblaré,—contestó Inés, reprimiendo un nuevo estremecimiento.—Pero cuando llegue ese caso, ¿dónde estareis, señora?

—¡Yo! ¿dónde estaré yo? Donde él esté, acechándole como el tigre á su presa.

—Pero ¿qué os ha hecho ese hombre?

—¿Qué harias tú con un hombre á quien amases, y por el cual te vieses despreciada?

—¡Ah!—esclamó en un doloroso gemido Inés.

—Moririas, pobre mujer, ¿no es verdad? pues bien; yo moriré tambien, pero despues de haber matado.

Aquello era un vértigo para Inés. Noema la dominaba.

Esta escena fué interrumpida por un silbo prolongado, ténue, por el silbo de una culebra. Noema levantó la cabeza y escuchó con atencion; repitióse el silbo, y Noema se puso enérgicamente de pié.

—Adios, cristiana, adios; el arcángel que nos protege vela por nosotras.

—Pero ¿volverás?

—Volveré con D. Juan.

Inés lanzó un grito de alegría, y Noema se precipitó á la puerta, recogió el haike, le terció en su brazo, salió, cerró y corrió el cerrojo.

Inés cayó fatigada, palpitante, loca, en el estrado, y María se levantó del lecho.

—¿Has oido?—la dijo Inés.

—Todo, señora.

—¿Y qué piensas de esa mujer?

—¡Oh, Dios mio! yo no lo sé; pero es una mora.

—¿Y bien?

—Dicen que las moras.....

—¿Qué?

—Tienen pacto con el diablo; que son traidoras y rencorosas.

—Dios, que nos ha protegido hasta ahora, nos protegerá.

Un ruido cercano interrumpió á las dos mujeres; aquel ruido procedia de los pasos de un hombre armado: se abrió la puerta, y apareció en ella Pablo del Salto.

Á su aspecto feroz, Inés lanzó un grito de terror.

—Recobráos, señora, y nada temais,—la dijo;—vengo encargado de entregar estas letras á vuestra señoría.

Inés tomó un pliego que le mostraba Pablo, y reconoció por los caractéres el nombre de quien la escribia.

—¡De D. Juan!—esclamó con un arranque indescribible.

—Sí, sí señora, de D. Juan; escuchadme, porque no puedo detenerme un momento: dormid tranquila; no os aterreis por nada, aunque oigais el estampido del cañon; y si alguien se os atreve, pedid socorro, gritad, y tendreis á vuestro lado quien os defienda.

Dicho esto, el bandido salió, cerró la puerta, é Inés leyó la carta de D. Juan.

Estaba concebida en estas solas líneas:

«Inés de mi alma: Mi brazo desde ahora alcanza á protegerte; no tiembles, »el poder del mundo entero no te arrebatará á mi amor, y mañana mis ojos »se anegarán en tu hermosura.—*Tu D. Juan.*»

Doña Inés se sintió desfallecer de felicidad; vacilaron sus rodillas, cayó sobre ellas, y levantó los ojos al cielo en una oracion pura como su alma, é inmensa como su esperanza.

Á la oracion de aquella misma noche, D. Juan estaba en su recámara sentado junto á su mesa, y teniendo delante el billete que, envuelto en un paño de seda verde y atado con cordones de oro, le habia dado dos dias antes Gabilan.

Por bajo de sus escasas y poéticas líneas, D. Juan habia escrito tambien en árabe:

«El que ha de llevarme hasta la dama que en este billete me cita, espe»rará durante tres noches seguidas, á la oracion, en la hostería de Toledo.»

Fácil es de presumir por qué D. Juan habia puesto esta nota y daba vuelta á este billete. La dama de la cita habia sabido rodearse de un misterio profundo, misterio que, al creerlo descubierto, se habia embrollado más y más, y acaso en aquel tercer billete estaba su resolucion.

Decidido D. Juan á aquella tercera cita, siquier fuera en el infierno, estaba armado y corriente, enjaezado, por lo que pudiera suceder, un caballo, y armados cuatro lacayos.

Media hora despues de la oracion, un maestresala abrió la puerta de la recámara, y anunció al señor alférez de cuadrilleros, Melchor de Santorcaz.

—A las órdenes de vuestra señoría,—dijo deteniéndose á una respetuosa distancia de la mesa, y haciendo una reverencia en arco.

—Gúardeos Dios, valiente,—contestó D. Juan;—¿habeis descansado ya de la danza de la otra noche?

—Con permiso de vuestra señoría, mi capitan, nunca me canso.

—Ya sé que os llaman Taja-recio, y por lo mismo creo que estareis impaciente por ilustrarlo más y más.

—Impaciente, y cien veces impaciente, señor, y más ahora que se trata de ladrones ilustres que tienen un pequeño ejército y una especie de fortaleza; pero es el caso.....

—¿Qué?

—Que el corregidor cree que no hay bastantes cuadrilleros, y como los soldados de la Fé..... son al fin soldados de la Fé.....

—Duda y vacila, ¿eh?

—Eso es, señor.

—¿Y quién entromete en esto al corregidor?—dijo con altivez D. Juan.—¿Traeis la órden de prision?

—Sí señor, y héla aquí.

Adelantó el Sr. Melchor de Santorcaz, y entregó á D. Juan un pliego cerrado con tres dobleces; abierto el cual, encontró cuanto era menester para hacer legal la prision.

—¿Cuántos cuadrilleros teneis disponibles?

—Ochenta.

—¿Y cuántos hombres de milicias tiene la villa?

—Unos cuarenta.

—Ciento veinte. ¿Y cuántos de los tercios podrá darnos el capitan general de Castilla?

—Creo que podremos contar con otros cuarenta.

—Ciento sesenta; los que unidos á mis lacayos, de los cuales me quedan quince, y á los soldados de la Fé.....

—¿Y para qué queremos, señor, á esos espantajos?

—Para espantajos. Tened presente que el terror entra por mucho en las batallas, Sr. Taja-recio.

—Así es en efecto, señor.

—¿Y si necesitásemos escalas?

—Tendremos las escaleras de la villa que sirven para poner los tapices y los toldos en las grandes procesiones, las escaleras de las parroquias, y si fueren pocas, las de la horca.

—Nó, nó; esas tendrán ocupacion despues. Por el momento buscad una docena de escaleras fuertes y largas que puedan suplir en algun modo á las escalas de asalto; tenedlo todo dispuesto para la media noche. Os doy seis horas.

—¿Y he de tener tambien dispuesta la gente?

—De toda precision.

—Pero yo no puedo disponer, señor, más que de mis cuadrilleros.

—Por eso no quede; voy á escribiros ahora mismo cartas suplicatorias

para el capitan general, el corregidor y el Santo Oficio.

D. Juan las escribió en un momento, las cerró, las selló con sus armas, y las entregó al alférez.

—Al momento que tengais reunida esta fuerza, marchareis y os acercareis en silencio al castillo del Aguila, le circunvalareis, tomareis los atajos, y no dejareis salir á nadie; en cuanto á entrar, cuantos quieran.

—Muy bien, señor; ¿tiene algo más que ordenarme vuestra señoría?

—Nada, sino que procureis estar lo más pronto posible en vuestro lugar.

El alférez se inclinó ante D. Juan de la manera más servil que supo, y salió casi sin volver la espalda.

D. Juan tiró del cordon de una campanilla.

—Decid á mi escudero Sarabia—dijo al maestresala—que le espero al momento.

No tardó en presentarse un bizarro mancebo de gentil aspecto y semblante franco y enérgico.

—¿Qué me manda el señor?

—Traed mi coselete morisco.

El escudero abrió un armario de cedro; dentro de él la luz de las bujías arrancó brillantes destellos de una armadura completa.

El escudero, á pesar de su robustez y de sus fuerzas, descolgó con trabajo el arnés, le deshebilló, separó de las demás piezas el coselete, y le ciñó á don Juan.

—¿No lleva más armas defensivas el señor?—dijo.

—Nó; y aun esto sobra,—contestó Tenorio.—Mi banda de capitan, mi sombrero con plumas.

Sarabia le sirvió sucesivamente las prendas pedidas.

—¿Qué armas blancas lleva su señoría?

—Aquellas que están en el estrado.

Eran la espada y la daga de Lisardo.

—Buscad dos pistolas de Vizcaya; cargadlas bien con dos balas cada una, y ponedlas en el arzon del *Volador*.—Sarabia iba á salir.

—Esperad; en el momento que hagais lo que os he mandado, vos y mis otros cinco escuderos, armáos.

—¿A la ligera, señor?

—Nó; de hombres de armas, de punta en blanco.

—Muy bien, señor.

—Además, haced que se armen á la gineta, y de modo que puedan obrar lo mismo á pié que á caballo, los once lacayos que quedan en la casa. Y eso al momento, para estar prontos al primer aviso.

—Descuide vuestra señoría.

—Sí, sí, ya sé que sois valientes, y por eso os tengo conmigo; mi baston y mi capa.

Una vez servidos estos últimos objetos, D. Juan salió y bajó al patio; al llegar á su caballo, Sarabia acababa de poner en su arzon las pistolas.

Un momento despues partió, seguido por cuatro lacayos armados á la gineta.

A ser de dia, hubiera maravillado á los transeuntes la gentileza y la bravura que emanaban del aspecto de D. Juan; montaba un magnífico caballo; sus armas y sus galas de capitan eran resplandecientes, y las hermosas y pesadas plumas rojas de su ancho sombrero ondulaban al trote del caballo, produciendo un magnífico efecto sobre aquella arrogante cabeza, tan fiera y tan hermosa á un tiempo.

Por razon de lo tenebroso de la noche, nadie pudo admirar ni aun ver las galas de D. Juan, que en cinco minutos llegó desde su casa á la hostería de Toledo, y echó pié á tierra en su puerta, donde quedaron los lacayos.

—El hostalero, buen podenco, como todos los de su casta, saltó, para llegar más pronto, por cima del mostrador, y se adelantó gorra en mano.

—Un aposento..... ¿quiere vuesamercé sin duda un aposento, mi coronel?

El tunante subia el grado de D. Juan.

—Nó,—contestó éste,—quiero que me contestes.

—¡Ah! Sr. D. Juan,—esclamó el hostalero reconociéndole,—vuestra señoría me tiene enteramente á sus órdenes.

—¿Ha venido durante dos noches, es decir, ayer y hoy, á la oracion, un hombre que debe tener algo de singular?

—Como vuestra señoría no me dé otras señas.....

—Es que no le conozco..... pero segun informes, debe ser una especie de tunante, de mal gesto.....

—¡Ah! sí, su señoría tiene razon; un hombre alto, feroz, greñudo.....

—Sin duda es ese.

—Que no bebe vino..... pero que le paga.

—Acaso, acaso sea ese el hombre que me espera. ¿Vino anoche?

—Sí señor.

—¿A qué hora?

—A la oracion.

—¿Permaneció?

—Hasta las diez.

—¿Y ha venido esta noche?

—Espere vuestra señoría; quiero decir, suplico que espere á vuestra señoría.

—Bien, bien,—dijo D. Juan, contrariado por los cumplimientos del hostalero;—procura informarte pronto.

—El hostalero llamó á un mozo y habló con él algunas palabras.

—En efecto, señor,—dijo;—esa persona ha encargado á mis sirvientes que si venia vuestra señoría, la suplicasen pasase á la habitacion que ha tomado en las dos noches que, contando con esta, ha venido.

D. Juan dió un doblon al hostalero, que se deshizo en cumplidos, y dirigiéndose al mozo, dijo con su natural imperio:

—Adelante.

El mozo subió por la escalera que conducia al salon amarillo; en aquel salon habia visto la primera vez á Magdalena.

—Aquí es, señor.

—D. Juan dió otro doblon al mozo, y le despidió.

Al adelantar D. Juan, un hombre atlético que estaba sentado junto á una mesa, en la cual habia una liebre y una botella, á quienes no se habia tocado, se levantó y se despojó rápidamente del sombrero.

Era Joshafat.

D. Juan le examinó de piés á cabeza.

—¿Sois vos el que ha encargado á los mozos de la hostería me suplicasen viniese á veros?

—Dispénseme vuestra señoría,—respondió con sumision, pero sin servilismo Joshafat,—si me he atrevido á tanto; pero el mensaje de que estoy encargado exige cierta prudente reserva.

—Su señoría ha debido recibir ayer un billete, mejor dicho, una gacela de amor, y un aviso de su humilde criado.

—¿Y en qué consistia ese aviso?

—En nombre de la dama que llama á vuestra señoría; y por si consentia en verla, dije al Sr. Anton Gabilan.....

—¿Que me esperariais tres noches en esta hostería desde la oracion?

—Exactamente, señor.

—Sentáos.

Joshafat se sentó, y en frente de él D. Juan.

—¿Quién es esa dama?

—Esa dama, señor, es la hija de un pachá de Argel.

—¡Ah! la hija de un pachá; ¿y de qué me conoce esa noble señora?

—Lo ignoro, señor.

—Creo, sin embargo.... ¿cómo os llamais?

—Bartolomé, señor.

—Pues bien, Sr. Bartolomé, creo que sois más callado que ignorante.

—Las mujeres, cuando están en posicion de mandar, señor, mandan de la manera más breve del mundo. En una galeota conocí á Noema.

—¿Y esa Noema?....

—Es la mujer que llama á vuestra señoría.

—Mujer que sin duda, engañando á su señor ó á su esposo, huyó con vos,—dijo con un altivo desden Tenorio.

—Nó, nó señor; yo tenia parientes en las Alpujarras, de donde es oriunda mi familia, y como no era esclavo del pirata y le habia servido bien, al avistar las costas de España desembarqué; mi familia habia muerto ó desaparecido; nadie me dió noticias de ella; y cuando hube gastado mis ahorros de marinero, me vi obligado á bautizarme y á tomar un nombre cristiano para ser admitido en las banderas que se enganchaban en Andalucía para la guerra de las comunidades; en esta guerra conocí á D. Pedro de Avendaño, que me creyó valiente, y á su conclusion me tomó á su servicio.

El nombre de Avendaño dió á la relacion de Joshafat un interés que antes no tenia para D. Juan.

—Y bien,—dijo,—todo eso es muy posible. Pero ¿cómo habeis vuelto á encontrar á la mujer que dejásteis en los mares?

—Noema ha sido tan desgraciada como hermosa, señor; niña aun, fué robada, despues de haber visto morir á sus padres, á sus deudos y á sus herma-

nos, por el feroz Reschid-Bajá. Acaso este hombre hubiera logrado hacerse un lugar en el corazon indomable de Noema, porque la adoraba; pero un dia una de las galeras de España dió caza al pirata, y le entró al abordaje. De toda la gente del argelino no perdonó el cuchillo español más que á Noema, que fué desembarcada en España, y vendida como esclava á un capitan llamado D. Miguel de Avellaneda; este caballero la enamoró en vano, y desesperado, la vendió á D. Pedro de Avendaño, que más feliz que su amigo, logró ser adorado por ella con todo el frenesí de una pasion africana. Ya ve vuestra señoría de qué manera tan natural volví á encontrar á Noema.

—¿Y dónde la encontrásteis?

—En el castillo del Águila.

—¿Y vive aun en él?

—Sí señor.

—¿De modo que será necesario, para que yo cumpla el deseo de esa dama, penetrar en el castillo?

—Cabalmente, señor.

—¿Y cómo os parece que podré yo entrar si no me hago abrir las puertas á arcabuzazos, ó no tomo á escala franca las almenas?

—De la manera más sencilla, señor; por bajo de tierra.

—¡Ah! sí; pero existe una grave dificultad, que consiste en que *yo no soy topo.*

—Ni yo traidor, señor; nunca lo he sido, ni lo seré.

—¿Cómo, pues, disponeis de una entrada oculta que debe estar muy guardada?

—Esa entrada no la conoce nadie más que Noema y yo.

—¡Ah, ah!

—La descubrí por una casualidad, señor.

—¿Sabeis—dijo cansado ya Tenorio—que vuestro señor es demasiado torpe en esto de armar lazos?

—Si no hubiera existido una mujer que os ama, y que por una casualidad supo que se os tendia una asechanza en la quinta de los Ulloas, hubiérais ido solo, confiado, porque vuestra señoría es valiente.

D. Juan recordó el billete árabe en que se le avisaba de aquel peligro; Joshafat continuó:

—¿Qué podeis pedir al amor de esa mujer? Sabe que os amenaza una desgracia, y al momento se vale de uno de mis camaradas, y os envia un aviso; desea veros, y se rodea de las mayores seguridades para que podais verla, y sin embargo, vuestra señoría recela.

—Tened presente que la prudencia no es miedo, y que casualidades tales como las que hacen poseedor á un soldado de una comunicacion secreta, por la que puede ser entregado un castillo, son siempre casualidades sospechosas.

—Soy espía, espía de Noema al mismo tiempo, y lo sé todo. Sé, por ejemplo, que habeis puesto á vuestro servicio á Pedro del Salto con los veinte hombres que esperaban á vuestra señoría en la quinta de D. Gonzalo; sé que la Inquisicion y la justicia os han encargado de prender á D. Pedro y á sus

amigos; sé que teneis en el bolsillo el indulto de los veinte hombres que os sirven, y necesito que entre ellos esté el mio y el de mi camarada, que os llevó el aviso de que se os esperaba para prenderos en la quinta.

—Nada tendreis que temer, si me servís bien.

—Serviremos á vuestra señoría hasta la muerte.

—Y decidme,—esclamó D. Juan,—¿qué es de doña Inés?

—Doña Inés está respetada, y si obramos con tino, podrá salvarla vuestra señoría sin que Avendaño la haya tocado á un solo pliegue de su vestido.

—Si vos me llevaseis hasta ese resultado, no sabria con qué recompensaros dignamente, Bartolomé.

—Todo consistirá en una casualidad que creo probable.

—¿Cuál?

—Los hombres que están aun en la quinta son los más bravos del castillo, y en los que tiene más confianza D. Pedro. Desde que supo por mí que habian declarado en contra suya los presos, se ha puesto en estado de defensa, porque está seguro que no hay gente de armas que pueda prenderle en su castillo. Conoce el valor de vuestra señoría, le odia y le espera. Esas gentes están mandados retirar, si esta noche á las ánimas no os habeis presentado, porque D. Pedro ignora que sabeis su traicion, y atribuye á descuido el que no hayais ido á visitar á doña Inés. Pedro del Salto y los suyos, con algunos más que serán al momento nuestros, indudablemente estarán encargados de guardar para un caso estremo la torre en que está presa doña Inés, que es la alcazaba, lo más fuerte del castillo. Si esto sucede, no solo es vuestra doña Inés, sino tambien D. Pedro.

—Es necesario que doña Inés sepa que se la va á salvar; que esté prevenida para cuando llegue el caso del combate.

—Todo se reduce, señor, á que escribais un billete que yo me encargo de poner esta misma noche en sus manos.

D. Juan llamó, le llevaron recado de escribir, y escribió el billete que en el capítulo anterior dijimos recibió doña Inés.

Joshafat le guardó.

—Y en fin, señor, ¿consentís en venir á ver esta noche á Noema?—le dijo.

D. Juan meditó un momento.

—Vamos, pues,—le dijo.

Y sin espresar una duda ni una vacilacion, salió de la hostería, y sin recelo salió de Madrid con el morisco.

CAPITULO XX.

Leon contra pantera.

Noema llegó desalada á su cámara, y arrojó la cuerda por el ajimez. Un momento despues estaba dentro del aposento Joshafat, que antes de todo la levantó brutalmente entre sus brazos, y la besó en la boca y en el cuello. Noema le rechazó.

—¿Está ahí?—preguntó con ansiedad.

—Sí,—contestó el bandido.

—¿Y no ha vacilado? ¿No ha temido una traicion?

—Dudó un momento; pero es valiente, y ha venido.

—¿Y es tan hermoso y tan jóven como en la pintura?

—Es más hermoso aun.

—No podrá subir por la cuerda.

—Probablemente; solo un marino sabria trepar por ella.

—¿Y qué hacemos?

—¿No da al terraplen una puerta que cierra una escalera que va á parar á la galería inmediata?

—Sí, y afortunadamente Pedro ha mandado retirar el guarda.

—Pero la llave.....

—¿Para qué se necesitan llaves habiendo puñales?

—Eres demasiado confiada; de seguro te vigilan.

Noema palideció de impaciencia.

—Pues es preciso que éntre D. Juan,—dijo.

—Espera; si son ellos, estamos doblemente seguros.

—¿Y quiénes son ellos?

—Los de la escuadra de Pablo.

Joshafat fué recatadamente á la antecámara, y remedó en ella y débilmente

el gemido con que llama á su hembra el jacal del desierto.

Contestó allá á lo lejos en la galería otro gemido igual.

—Ellos son,—esclamó Joshafat.

Oyéronse entonces pasos recatados, apareció una sombra oscura, y se acercó.

—¿Eres tú, Bartolomé?

—Sí; ¿y Pablo?

—En la torre del Norte.

—¿Están guardados hasta allí, por nosotros, todos los puntos?

—Pablo cuenta con todos cuantos se puede contar en el castillo.

—Es decir, con la mitad.

—Eso es.

—¿Y D. Pedro?

—Ha salido á rondar por los alrededores.

—Es que ahí está D. Juan.

—¡D. Juan está ahí!

—Sí.

—¿Con gente?

—Solo.

—Es imposible; se teme que esta noche tengamos danza.

—Pues bien, mejor, mejor, mucho mejor. En ese caso, es necesario que llegue este billete á la dama de la torre del Norte. Hazle correr y que se le entregue Pablo.

—Al momento.

—Espera; antes será necesario abrir ese postigo que da al terraplen.

—Veamos, Bartolomé: ¿sabes de seguro que se va á prender esta noche al capitan?

—No sé; creo que sí; pero en todo caso, ahí está D. Juan, y si él quiere, nada más fácil.

—Y dime, ¿no seria más seguro prender á D. Juan?

—Ten presente que D. Juan nos ha pagado.

—¿Acaso no nos paga D. Pedro?

—Sí; pero D. Pedro es un capitan de ladrones, con el cual siempre tenemos puesto un pié en el primer escalon de la horca; y D. Juan, sobre ser muy rico, es un gran señor.

—Eres un diablo tentador, Bartolomé.

—Y tú un animal receloso,—dijo Joshafat, que tenia puesta la mano en la empuñadura de su daga.

—En fin, si está ahí D. Juan, punto redondo. Vé y abre.

—Ten presente que si haces una de las tuyas, te regalo en la primera ocasion una puñalada.

—Vé y pierde cuidado.

D. Pedro caia como han caido generalmente todos los grandes criminales, vendido por los suyos; Joshafat fué al postigo, y en un momento hizo saltar la cerradura. D. Juan entró.

Noema habia aprovechado estos momentos para acrecer su adorno, y

cuando entró D. Juan en la cámara, la encontró lascivamente reclinada en el divan, deslumbrante de hermosura y de riqueza. Un magnífico chal de la India, de tejido trasparente, parecia envolverla en un fantástico arco íris.

Por más que D. Juan no estuviese predispuesto á impresiones; por más que fuese preparado á la vista de una mujer hermosa, tuvo necesidad de contenerse para no mostrarse sorprendido.

Noema era el demonio tentador del amor; su sonrisa y su mirada tenian una poderosa fuerza de atraccion: un paso más, y D. Juan caia embriagado en sus brazos; pero como el que mirando un abismo siente el vértigo, adelanta y está próximo á caer, y de repente ya en el borde se domina, aparta los ojos y se hace atrás, del mismo modo D. Juan recurrió á la fuerza de su espíritu, y se contuvo; el rostro de Noema se nubló; encontraba á un enemigo digno; la pantera estaba delante del leon.

—Nadie nos vigila,—dijo Noema en árabe con un acento opaco, incitante y trémulo;—aquí no hay eunucos ni etiopes.

—¿Eres tú, sultana,—contestó D. Juan en árabe, plegándose á la manera y al estilo de la africana,—quien ha cubierto para mí de palabras de ventura esta gacela?

—Yo he trasladado mi alma á ella para enviártela.

—Nunca, nunca mis ojos han visto la luz de tu hermosura,—rosa de Hiram;—¿dónde me has visto tú, alma de mi alma?

—Tu nombre vuela y llena los hemisferios; D. Juan es el señor á cuyo nombre las flores del amor se marchitan de deseo y doblan su tallo.

—¿Y quién te ha dicho mi nombre, perla de Bokara?

—Mi señor.

—¿Y quién es tu señor?

—Pedro.

—¿Pedro de Avendaño?

—Sí.

—¿Y te ha comprado ese hombre para que me digas amores, gacela?—dijo con sarcasmo D. Juan.

—Tú eres un cobarde,—esclamó levantándose sobre su brazo izquierdo Noema.

—¡Cobarde!....—esclamó palideciendo D. Juan.

—Sí, un cobarde que recela y contesta con viles insultos al amor. Vete.

Noema, despues de estas palabras, tornó á su posicion indolente. D. Juan se sentia dominado y luchaba como quien procura lanzar de sí una tenaz pesadilla.

—Perdóname, hermosa, pero es tan estraño lo que me sucede..... nunca me has visto, y tus ojos me dicen amor.....

—¿Y quién te ha dicho que yo no te conozca?

D. Juan volvió á su pensamiento fijo: á la dama de la calle de los Mancebos.

—¿Y me has hablado, sultana?—la preguntó.

—Nó; estas son las primeras palabras que mi boca suspira para tí. amado mio.

—¿Cuándo tus brazos se han enlazado á mi cuello?—la preguntó.

—Nunca; pero ¡ay! si una vez se enlazan, D. Juan, no te dejarán sino cuando la muerte haya helado mi corazon.

—¿Tanto me amas?

—Como las flores á las auras.

—Pero tú eres esclava.

—Tú me harás libre.

—¿Cómo?

—Matando á mi señor.

—¿Crees tú acaso que mi espada se ocupa en servir odios de mujeres?

—¿No tienes tú celos?

—¡Celos! ¡horribles, sí, cuando amo!

—Pues bien, tú me amarás, me amarás, D. Juan, más que amas á la cristiana.....

—¡Inés!....

—Sí, Inés..... yo seré más generosa que tú; yo te adoro como el tulipan al sol, y voy á darte tu amante, pero te dará tambien mi amor. ¡Oh! tú me amarás.

D. Juan encontraba por primera vez la lucha de fuerza contra fuerza, de corazon contra corazon; aquello era un reto, y le aceptó.

—Tú, hermosa,—la dijo,—serás mi esclava. Te acepto, te llevaré á todas partes; siento dentro de mí la necesidad de un demonio que sufra y blasfeme conmigo, y lo he encontrado en tí.

—¿Y te vendes al diablo?

—Le hago mi cautivo.

—Escucha, D. Juan. Seré tu esclava, sí, pero esclava de amor; eres demasiado hermoso, demasiado valiente para que yo te ceda á otra; tú eres mio, D. Juan, enteramente mio, porque en el momento que seas de otra, la mataré.

—¿Y matarás tambien á Inés?

—Inés es mi hermana, luz de mis ojos; yo no tengo celos de Inés, porque tú no la amas.

—¿Y por quién vengo yo aquí?

—Más bien que por ella vienes por tu orgullo; tú aborreces á Pedro y deseas su amante hasta el momento en que se la robes.

—¿Y crees tú que podré robársela esta noche?

—¿Has traido gente contigo?

—Sí.

—¿Y son valientes?

—Como leones.

Noema palideció; en el momento de vender á Avendaño, vacilaba; pero de repente se alzó delante de ella la imágen de Inés, y su irreconciliable odio africano se sublevó.

—¿Y cuándo atacarás el castillo?

—En el momento que salga con Inés.

—Nó, no saldrás; eres mio, D. Juan.

Tenorio se levantó receloso.

—Mio, para vengarte junto á mí. Despues que le hayas matado, tú me llevarás contigo.
—¿Es decir que me impones una traicion?
—Nó, porque en cambio te ofrezco venganza y amor.
—¿Venganza, y me impides salir á ponerme al frente de los mios?
—Los tuyos entrarán aquí; además, yo tengo para tí valientes soldados.....
Y como para demostrar su dicho, se levantó y llamó á Joshafat.
El bandido entró.
—¿Velan?—le preguntó.
—Todos velamos.
—¿Quién está con vosotros?
—Avellaneda, Tieppolo, Mejía y Alvarado.
—Es necesario encerrar á esos hombres.
—¿Vuestra señoría está decidido á embestir?
—Sí,—dijo D. Juan:—¿habrá quien vaya á buscar á mis gentes, que ya tendrán tomadas las avenidas del castillo?
—Sí, sí señor.
—¿Y qué piensas hacer de Inés?—dijo Noema;—¿quieres que la tímida paloma desfallezca con el miedo?
—Yo creo que vuestra señoría.....
—¿Podemos disponer de un hombre fiel?
—Pablo del Salto.
—Pues bien,—dijo Noema;—Inés te ama, D. Juan; escríbela y dila que se deje conducir.
—¿Me dictas condiciones?
—A una palabra mia, tú y ella caeis;—esclamó con una bravura salvaje Noema.
—¿Crees que sea lo más á propósito el terror para doblegarme?
—Sé que eres altivo, pero tu altivez no te serviria aquí de nada; ¿crees que yo amo tu vida y tu orgullo? Quiero salvar del terror á la cristiana, pero quiero tenerte junto á mí. Luego el más fuerte vencerá.
—Acepto tu reto,—dijo D. Juan maravillado del valor salvaje que emanaba de la voz y de las miradas de Noema.
Noema sonrió lánguidamente á la amenaza de D. Juan, y sacó de su cofre su tintero y una hoja de pergamino.
—Escribe,—le dijo.
D. Juan escribió y dió el pergamino á Joshafat.
—Conveniencia vuestra es servirme bien,—le dijo:—tomad y conducid á mi casa de campo á doña Inés; en esta misma carta va el aviso y la órden para los criados que la ocupan; vos, que sois un escelente espia, sabreis dónde está mi quinta.
—Sí señor, entre Getafe y Madrid.
—Pues bien, id.
—Me permitirá su señoría que le advierta que yo no puedo faltar del castillo; pero enviaré á Pedro del Salto con cuatro hombres.
—Si son respetuosos y fieles, bien.

—Descuidad, señor.

Bartolomé salió y Noema volvió á reclinarse en el divan.

—Soy generosa contigo,—le dijo.—Te concedo á la cristiana, ámala mientras puedas amarla; yo sé que al fin vendrás á caer á mis piés, y yo te levantaré en mis brazos, para ser tu Noema hasta la eternidad.

Noema tomó la guitarra y preludió en ella algunos melancólicos aires africanos. D. Juan no pudo ménos de reparar en tanta serenidad.

—¿Y no te inquieta lo que pueda suceder?—la dijo deteniéndose delante de ella.

—Inquietarme, ¿y por qué? Lo que ha de suceder está escrito.

—Escrito, sí, pero puede estar escrito que tus ojos se cierren esta noche á la luz.

—Y bien, descansaré en el lecho de muerte.

—¿Y no te halaga la vida? ¿no temes perderla?

—¿Hay alguien que me ame? ¿acaso no he visto el odio en tus ojos?

—Me has violentado, me has impuesto condiciones, Noema.

—¿Y tengo yo la culpa de que el destino te haya arrojado junto á mí, y que mi corazon se inflame en tu amor?

—Yo no creo en ese amor.

—¿Por qué?

—Porque amas á otro.

—¿A Pedro? le amaba, sí, le amaba y le queria para mí sola; ama á otra, y le odio; porque le odio, le mato.

—Pero esas gentes las he comprado yo.

—¿Y qué seria de ellas si yo no las amparase? ¡Oh! ¡si tú engañases mi amor, si le vendieses!

—¿Y si yo te amase un dia, Noema?

—¡Oh! entonces, luz de mis ojos,—esclamó la africana cambiando en una espresion dulcísima lo feroz de su semblante,—¡oh! entonces moriria de placer,

Lució un relámpago brillante, mágico, embriagador, en los ojos de Noema; su boca entreabierta se acercó rápidamente á la del jóven, y sus brazos rodearon su cuello; un beso crugió en el retrete, pero á aquel beso se unió una fuerte detonacion que hizo temblar el castillo.

Era el estampido de un cañon de los que defendian la entrada. D. Juan y Noema se separaron instintivamente y escucharon con ansiedad; un segundo estampido contestó al primero, y un inmenso grito, un grito de «¡á las armas!» retumbó por todas partes.

Tras esto siguieron descargas cerradas de arcabucería, disparos de artillería, el estruendo, en fin, de una plaza que, arremetida con valentia, se defiende de una manera obstinada.

—¡Oh! ¿y mis gentes? ¿dónde estan mis gentes?

D. Juan se avanzó á la puerta.

—Espera, espera, alma mia,—le dijo Noema;—no deben tardar, ¿oyes? ¡se acercan! ya están ahí.

Abrióse la puerta, y apareció Joshafat con la espada desnuda.

—Doña Inés y su doncella, señor,—dijo,—están ya fuera del castillo y en

salvo; los amigos de D. Pedro, que nos mandaban, presos, y nuestra gente dispuesta.

—Pues bien, ¡al combate!—esclamó D. Juan desnudando su espada y lanzándose por la puerta, sin acordarse de Noema.

—Sí, sí, vé,—dijo ésta;—yo te entrego tu enemigo y me vengo. Pero ¡ay de esa muerte! Yo la cobraré en tí..... y en ella.

Despues de esto salió, se encaminó al aposento de Avendaño, y entró en él, asió una bujía y buscó el retrato del jóven entre las pinturas que adornaban su cámara; le vió, llevó junto á él una mesa, puso en ella un sillon, subió, arrojó por tierra el cuadro, y vió la línea negra; entonces hirió en el centro con un puñal, que sacó de entre su faja, y el estuco cedió. Noema redoblaba los golpes, y al fin quedó descubierto un pequeño espacio abovedado; dentro de él habia un pequeño cofre de hierro, de una de cuyas asas, sujeta á un cordon, habia una llave.

Noema, temblándola la mano y el corazon, se apoderó del cofre y le abrió; sus ojos se deslumbraron delante de tanta riqueza, y por un momento su corazon, dominado por la avaricia, detuvo sus latidos.

—El tesoro de una sultana,—esclamó.—¡Oh! ¡venganza, amor y riqueza á la vez! ¡Miserable Pedro! Pensabas tener en mí una esclava; ¡oh, miserable de tí! ¡y cuán caro pagas el haberme destrozado el corazon!

Y como la raposa que aferra una presa y teme ser sorprendida, huyó, llevándose consigo el tesoro; fué á su cámara, le ocultó bajo su divan y se sentó sobre él con la mano puesta en su puñal, como la leona que, echada sobre su cubil, afila sus garras preparada á la defensa.

D. Juan no sabia esplicarse cómo, sin órden suya, sus gentes habian acometido el castillo; la razon sin embargo era muy obvia: receloso Avendaño, habia salido á hacer una descubierta y se habia contenido de repente por el alférez Taja-recio y las gentes de D. Juan.

Empeñóse, pues, una escaramuza; pero como la reducida escolta que le acompañaba no podia medirse sin desventaja con las gentes de D. Juan, se replegó al castillo y desde aquel momento empezó el ataque. Taja-recio logró penetrar en el castillo,—hubo quien dijo si con la ayuda de una mano traidora que le abrió la puerta, y se posesionó de las obras avanzadas,—obligando á Avendaño á retirarse á la alcazaba, ó como diriamos ahora, á la ciudadela.

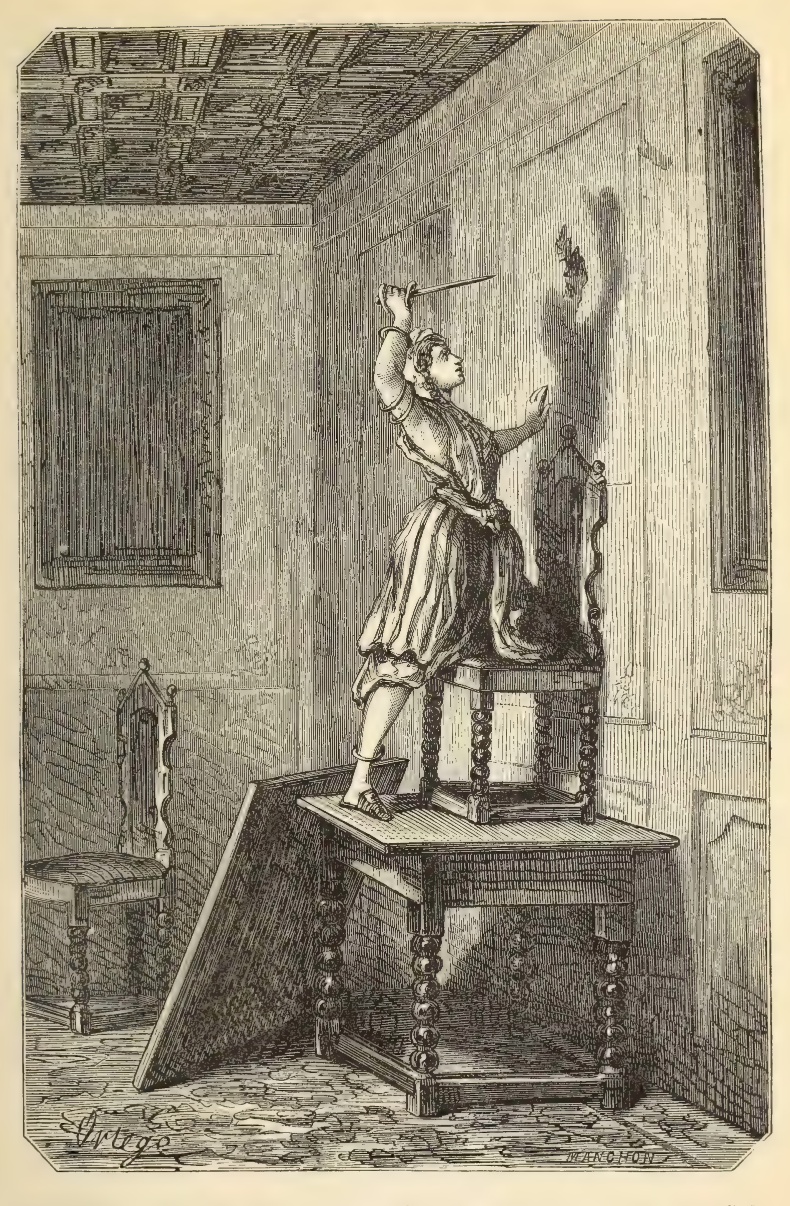
Allí le esperaba la traicion, y la traicion le dejó pasar; pero apenas habia puesto el pié en aquel recinto fatal, cuando sus mismas gentes volvieron contra él las armas, rindieron á los que le acompañaban, prendieron, no sin una porfiada resistencia, á Perez y á Mendaña, que le acompañaban, y él mismo hubiera caido á no ser por una imperiosa voz que le gritó á su espalda:

—¡Atrás, atrás todos! ¡dejádmele! ¡es mio!

Era la voz de D. Juan Tenorio, á la cual se volvió furioso Avendaño.

—¡Ah! ¡eres tú!—esclamó el jóven;—¡digno hijo de tu padre! ¡cobarde y villano como él, y como él traidor!

Estaban en una galería, por cuyas ventanas penetraba una claridad rojiza; una mano implacable habia incendiado el castillo, y las llamas se eleva-



DON JUAN TENORIO. —Entonces hirió en el centro con un puñal.

ban ya, rugientes y amenazadoras.

A un ademan y á una sola órden de D. Juan, la galería fué abandonada, y quedaron solos los dos jóvenes; la luz del incendio les alumbraba.

—Me has llamado traidor,—le dijo roncamente D. Juan.

—Como traidor has entrado en mi castillo.

—Tuvieras soldados leales por el rey, y ellos hubieran defendido como españoles buenos y leales su bandera; pero un bandido, ¿qué puede esperar de sus bandidos?

—Supongo, D. Juan, que no habrás querido quedarte solo conmigo para insultarme.

—Nó, pardiez; me he quedado para matarte buena y lealmente, como matan los caballeros que no son traidores ni cobardes como tú.

—¡Mientes!

—¿Que miento? recuerda bien: hace dos años asesinaste un hombre, y aquella sangre quisiste echarla sobre mi cabeza; despues, en mi ausencia, te atreviste á una mujer que no te amaba, y quisiste hacerla tuya por el terror; cuando yo me aposté á salvarla, la robaste, me tendiste un lazo, y caiste en tu mismo lazo, porque en vez de prenderme tus bandidos, encontraron mejor el venderse á mi oro; aquella misma noche mis gentes prendian á hombres enviados por tí para robar una presa que yo te habia arrojado, y denunciado por ellos en la Inquisicion, yo, D. Juan Tenorio, vengo á tí con las armas en la mano á prenderte como ladron, como asesino. Mira.

D. Juan mostró la órden de prision á Avendaño, á quien la cólera no permitia hablar, y que se contenia, deseoso de conocer hasta dónde llegaba el odio de su enemigo.

—Yo he podido llevarte atado á Madrid y entregarte al verdugo, porque te he tenido en mi poder; pero entonces hubieras muerto por cuenta de la ley, y yo quiero que mueras por cuenta mia..... por cuenta de Magdalena.

—¡Ah, sí!—esclamó con un amargo sarcasmo Avendaño;—por cuenta de la prostituta con quien ha estado á punto de casarse mi noble amigo..... ¡es verdad!

—¿Y quién prostituyó á esa desgraciada?—esclamó furioso D. Juan;—¿quién destrozó entre sus manos aquella alma entusiasta y pura, y la arrojó hecha pedazos y enlodada al mundo? Tú. ¿Quién abrió para ella las puertas de la Inquisicion? Tú. ¿Quién me la hizo conocer? Tú. Reconoce que la mano de Dios ha hecho que yo ame á esa mujer para que mi brazo la vengue, porque sin mí, Avendaño, ¿quién te hubiera atajado en tu vida de crímenes, de latrocinios y de infamias?

—En conclusion, este es un duelo provocado por Magdalena.

—Sí, provocado por ella, puesto que me impulsa su amor.

—Pues concluyamos de una vez; yo tambien te odio, porque como, sin saberlo, he deshonrado á la mujer de tu amor, tú, sin desearlo, has hecho imposible para mí á Inés. Ahora creo que no nos queda más que morir ó matar.

—Pues sea,—dijo D. Juan acometiendo á Avendaño, que estaba armado de la misma manera que él, y que, como él, tenia la espada desnuda.

Eran dos terribles espadas; se batian en silencio, trasladadas sus almas

á sus aceros, y no avanzaban ni retrocedian un paso: en ninguno de los dos se conocia ventaja; pero entre ellos habia una ventaja moral, una ventaja terrible para el duelo. D. Juan era sereno, y jamás se dejaba dominar por la cólera; Avendaño lo era hasta cierto punto, y por un largo espacio atendió más á la defensa que al ataque; pero irritóle al fin la duracion del combate, y se obstinó; lanzóse en un vendaval de estocadas sobre D. Juan, que las resistió inmóvil y sereno, como un roble resiste una granizada, y aprovechando una ocasion en que Avendaño se descompuso, le asestó una terrible estocada en el cuello por cima de la gola del coselete, y la dura punta, rompiendo las vértebras, le desplomó, como desploma á un toro el mazo del carnicero.

Habia terminado el duelo; D. Juan tenia á sus piés á su enemigo; la deshonra de Magdalena, la violencia á Inés, las infamias todas de Avendaño estaban vengadas. Y sin embargo, D. Juan, que habia creido necesaria aquella muerte para dilatar su alma, sintió con terror que pesaba en ella con una fuerza más poderosa; como á la muerte de Alarcon, pero de una manera más terrible aun, sintió un terror pánico; quiso gozarse en la espresion de agonía de su enemigo, y no pudo; el terror le lanzaba lejos de él, pero un terror más frio que la muerte, inmenso, oscuro, fatídico; no pudo resistirle más, y huyó sin volver la cara; cuando le vió el alférez Taja-recio, sintió una cosa muy parecida al miedo; estaba lívido, desencajado; parecia un cadáver acabado de surgir de la tumba.

Apenas habia salido D. Juan de la galería, cuando entró en ella una mujer, que se avanzó al lugar del combate, y se apoyó meditabunda en el alfeizar de una ventana árabe, junto á la cual habia caido Avendaño; llevaba una antorcha en la mano, y en su semblante aparecia una calma terrible y glacial. Era Noema.

Contempló durante algunos segundos el cadáver, y luego dijo con voz conmovida:

—Yo te amaba, Pedro, te amo aun. Yo juré esterminarte si dabas tu amor á otra mujer, y te he esterminado. La espada que te ha herido, ha herido mi corazon; pero le hubieran herido más los celos. Los muertos no aman; tú has debido morir, pero te juro por el Dios que nos escucha hacer pedazos el amor y la mano de tu matador.

Despues, esta terrible mujer se inclinó sobre el cadáver, cortó con su puñal un rizo de los cabellos que Avendaño, contra la moda de su tiempo, llevaba largos á la flamenca; los empapó en sangre, y los guardó en un paño de seda. Despues de esto, y en paso lento, salió de la galería y tropezó en un objeto. Era el cadáver de Joshafat; le habia pedido poco antes el premio de sus servicios, y le habia pagado con una puñalada.

Media hora adelante, Noema fué conducida en una litera á la quinta de D. Juan.

Cuando la justicia fué á ocupar el dia siguiente el castillo, solo encontró un negro monton de escombros humeantes.

CAPÍTULO XXI.

De lo peligroso que es herir el amor propio de una mujer en ciertas circunstancias, aunque sea una paloma.

La noche siguiente, á las ánimas, junto á la fuente del monte de Leganitos, y alumbrada por la luz del Cristo, se veia una tapada, que á juzgar por las apariencias, era la misma que habia conducido anteriormente á D. Juan á la calle de los Mancebos.

Acababan de dar las ánimas, y la dama no tuvo que esperar mucho; apareció un bulto entre los árboles, avanzó, y la luz del farol iluminó el bello semblante de D. Juan.

No habia en él huella alguna de los acontecimientos de la noche anterior; era su semblante de costumbre, por decirlo así, blanco, pálido y simpático.

Al llegar junto á la tapada, ésta sacó el brazo de debajo del manto y se asió al de D. Juan; el brazo de la incógnita temblaba de una manera notable.

La tapada no tomó como la primera vez el camino de la villa, sino que se metió por las calles del distrito de Leganitos, y sin contestar á las preguntas ni á las galanterías de D. Juan, paró en una calleja, sacó una llave, abrió y entró con el jóven; subieron una escalera, y á pocos pasos de ella, la incógnita se detuvo y permaneció inmóvil.

—¿Sabeis, señora,—le dijo,—que este misterio por segunda vez es cosa que me ofende?

La dama no contestó.

—Me ofende por una razon muy clara: esto es desconfiar de mi hidalguía.

Continuó el silencio.

—Y como jamás me ha agradado obrar á ciegas, no estrañeis el que yo haya tomado mis medidas para proveerme de luz.

D. Juan sintió que la incógnita hacia un movimiento para escapar, pero lo previno buscándola entre la oscuridad y asiéndola de un brazo.

La dama soltó un grito en el cual creyó reconocer D. Juan una voz que habia escuchado y escuchaba con frecuencia; retuvo á la incógnita, abrió una linterna de que venia provisto, irradió la luz en las tinieblas, y vió, avergonzada, trémula, ante él, tornando el rostro y pugnando por desasirse, á Esperanza, á la hermosa montañesa, á la mujer de su lacayo Gabilan.

—¡Ah!—esclamó D. Juan soltándola con desden y quedándose inmóvil como una estatua: ¡erais vos!

Aquel «¡erais vos!» habia sido pronunciado con tal acento de desprecio, y si se quiere de hastío, que Esperanza levantó sus grandes ojos hácia D. Juan, se inmutó, se cubrió el rostro con las manos, y se echó á llorar.

El jóven comprendió que acababa de cometer una falta y se apresuró á remediarla.

—Apartad,—le dijo con indignacion Esperanza;—esto debia yo haberlo previsto: ¡enamorado vos de mí!

—Pero ¿quién os ha dicho, Esperanza, que yo no os amo?

—Dejad, caballero, de fingir; confesad que os habeis equivocado; que no me habeis dicho amores ni me habeis enamorado más que por salir de una duda de la cual creiais os podia yo sacar.

—¿Estais loca, Esperanza mia? pero ¡bah! esto pasará; vos me amais, me amais demasiado, no sois de esas mujeres que engañan á su marido por un capricho, sino porque están furiosamente apasionadas.

—Y si mi marido me matase, tendria razon, ¿no es verdad?

—Eso está por ver, Esperanza; no creo que Anton.....

—Nó; Anton, caballero, no me matará, porque no le volveré á ver más.

—¿No volver á ver más á Anton?—dijo;—¿estais loca, Esperanza? ¿y quién criará á vuestra hija?

—Yo hubiera sufrido mis remordimientos, os lo dije, caballero, á trueque de amor, de un amor tal, como el que ha ido labrándose en mi alma por vos; yo le sufria y le callaba, pero vos no debiais estar conforme con la paz de mi vida, y me volvísteis loca; pero os juro, caballero, que me vengaré.

—¿Es decir que os obstinais absolutamente en creer que yo no os amo?

—¿Amais acaso á alguien, ni soy yo la que puede haceros amar? Nó, don Juan, nó; mi ama, mi pobre ama está loca por vos.....

—Pero.....

—Pero esta es una infamia; ¿creeis que no he comprendido yo toda la verdad de vuestro desden al reconocerme? Me habeis robado mi esposo, mi hija, mi honra, y os los cobraré.

—Pero ved, en fin, Esperanza, que nada que pueda ofender al honor de Gabilan ha acontecido entre nosotros.

—¡Ah! ¡sois vos caballero, uno de esos hombres para los cuales nada supone el alma!.... ¡y el alma es todo! Desde el momento en que os amé, robé á mi marido; desde el momento en que fuí vuestra con el deseo, con el pensamiento, estoy deshonrada para conmigo misma; pero, os lo repito, me vengaré.

Esperanza tomó su manto, y sin esperar más, tomó la puerta y las escaleras, y escapó.

D. Juan tomó su capa, salió del aposento, bajó las escaleras, encontró la puerta abierta, y salió.

Al encontrarse en la calle, arrojó lejos de sí, colérico, la linterna, se embozó en la capa, y tomó para adelante murmurando:

—¡Hasta en lo más vulgar soy desgraciado!

Esperanza entre tanto marchaba con ese paso rápido del que se siente colérico y despechado, como si el fuego interno de la sangre inflamada por las pasiones hubiera sido en ella un elemento de locomocion. No se cuidaba ya del manto; llevaba la frente descubierta y radiante de indignacion y de vergüenza, y al pasar delante de la cruz de un Cristo, no reparó en una especie de mendiga, segun se podia juzgar por lo vieja y harapienta; pero aquella mujer sí pareció reparar en ella, porque al verla dió un grito de placer.

—¡Esperanza!—dijo,—¡pobre Esperanza, espera!

Esperanza se volvió al sonido de aquella voz; pero al ver la repugnante catadura de su dueño, apretó el paso.

—Espera, hija mia, espera, que no te pesará, sobre todo si hablamos un tanto acerca de D. Juan Tenorio.

Al nombre del jóven, se detuvo, á pesar de su terror, Esperanza, y se hubiera detenido, aunque la hubiese llamado Satanás en persona.

La que la detenia era Aurora la gitana.

—¿Qué quereis, buena madre?

—¿Qué quiero? ¿piensas acaso que yo vengo á pedirte limosna?

—No sé, no sé lo que quereis,—dijo con algun terror Esperanza.

—D. Juan Tenorio acaba de despreciarte.

—¿A mí? ¿estais loca, buena mujer? El hambre os hace tal vez delirar.

Esperanza fué á meter la mano en uno de sus bolsillos.

—No se trata aquí de limosna, sino de venganza.

—Pero ¿qué tiene que ver D. Juan conmigo?

—Te he visto esperarle; yo sabia que alguna noche habia de ir á una cita á Leganitos, y no me engañé. Ya se ve; él se creeria enamorado por una gran señora, y tú has sido muy imprudente en darte á conocer. ¿En qué querias que apreciara á la mujer de su lacayo un señor tan orgulloso y tan favorecido por las más hermosas damas?

—¿Y cómo me vengarias tú?—preguntó ya vencida.

—D. Juan ama á tu señora doña Elvira.

—Y tanto, que esta noche mi señora le espera.

—Pues bien; si quieres que doña Elvira desprecie esta noche á D. Juan, haz porque yo pueda verla.

—Mi ama le adora.

—Pero yo soy hechicera, y la haré que aborrezca y desprecie á D. Juan.

—¿Y qué interés tienes tú?....

—Me ha robado un pedazo de mi alma.

—¡Una hija, pobre mujer!

—Sí, ¡una hija, una hermosa hija, mi esperanza, mi alegría!

—¿Conque ese hombre tan hermoso, que parece tan hidalgo y tan bueno, es un infame?

—D. Juan es un asesino, un asesino vil.

—¿Y decís que podeis hacer que doña Elvira le aborrezca?

—Sí, que le aborrezca mortalmente.

—¿Y no tienes otros pensamientos?

—Te lo juro por la sangre de este Señor Crucificado,—contestó Aurora, volviéndose al Cristo, delante del cual ardia la luz.

—Pues bien, madre; ven, y te introduciré en el aposento de mi señora.

Esperanza echó á andar delante de Aurora.

Llegaron á la calle de la Palma Baja; abrió Esperanza la puerta de la tienda, y las dos mujeres entraron.

Cuando una mujer que se aprecia en lo que vale, acepta unos amores en los que pone por primera partida su honra, no es sino despues de haber luchado durante largo tiempo, cuando ya la lucha ha hecho callar el grito de los deberes, cuando el amor lo ha dominado todo.

En este estado, soñando despierta, bellísima y elegantemente vestida, esperaba Lind-Arahj á Tenorio.

Ningun tiempo más largo que el último de una espera, ni minutos más interminables que aquellos que se cuentan siguiendo la aguja de un reloj. Pero llegó un momento en que aquella espera cesó de pronto, oyéronse pasos, y rechinó una puerta. Pero no era aquella por donde debia llegar D. Juan. Lind-Arahj habia prohibido espresamente que nadie acudiese sin ser llamado; la cólera ardió en su corazon, y se levantó; pero cuando se disponia á dar rienda suelta á su enojo contra el imprudente, la voz se heló en su garganta. Una figura alta, huesuda, horrible, habia aparecido en la puerta, y adelantaba como un espectro. Lind-Arahj la reconoció y dió un grito: era Aurora.

—Aun me conoces,—la dijo aquella mujer;—sin embargo, de ayer á hoy han pasado por mí cien años, y si tardo en venir á verte, Lind-Arahj, mañana no hubiera podido, porque mañana ya habré muerto.

—¿Y qué quereis de mí?

—¡Te has olvidado ya de tu hijo!

La palabra era imprudente, y el sacudimiento que produjo horrible.

—Pero tú me dijiste que mi hijo habia muerto.....

—Tu hijo ha muerto, Lind-Arahj,—contestó lúgubremente la gitana;—pero para que le llores es necesario que sepas su historia.

Lind-Arahj retrocedió aterrada y pretendió asir el cordon de una campanilla.

—¡La hermosa dama, cuando espera á su amante, no quiere que la hablen de su hijo!

—¡Hablarme de mi hijo!.... ¿Quién os trae aquí?

—La fatalidad, Lind-Arahj; la fatalidad, que te obliga á que me escuches.

La morisca calló, dominada por el funesto aspecto de Aurora.

—Yo no te aborrezco, Lind-Arahj,—la dijo;—hemos sido á la par muy desgraciadas, y hoy debemos llorar juntas.

Lind-Arahj tenia fija una mirada asombrada en la gitana, pero estaba muda.

—Hace veintiocho años desde que pasaron los sucesos que voy á referirte:

tú tenias la misma edad que yo; vivias en un magnífico castillo.

Yo te conocia. ¡Ya se ve! en una comarca todo el mundo conoce á la señora; una pobre como yo no es conocida más que de los suyos; pero estaba escrito que nos conociéramos, y un hombre se encargó de ponernos á la una en frente de la otra.

Aquel hombre se llamaba D. Geofre Tenorio.

Lind-Arabj ahogó un grito.

—Aquel hombre que fué tu esposo, aquel hombre que deshonró á tu hermano y mató á tu cuñada; aquel hombre que arrasó tu solar y te abandonó rompiendo los lazos que con él te unian, habia llevado antes el dolor y la afrenta á otra familia; á la mia.

Aquel hombre, que era hermoso y seductor, como lo es su hijo D. Juan, puso los ojos en mí, le parecí bella, y me fascinó. Pero yo era demasiado orgullosa para ser la querida de un noble, y nada obtuvo de mí sino despues de haberme jurado que seria mi esposo; mi culpa toda consistió en creerle.

¡Y pasaron dias tras dias!

Pero llegó uno en que la misma naturaleza cubrió mi alma de sombra, y por la primera vez exigí á Tenorio el cumplimiento de su promesa. El infame, que me habia apreciado para el amor, me despreció y me insultó cuando le pedí un nombre para su hijo, porque estaba en cinta.

Mis parientes conocieron su deshonra, y solo la mano de Dios me libró de la muerte; pero me exigieron el nombre de mi amante, y yo tuve miedo: le revelé.

Nosotros somos los hijos de las razas soberanas de Oriente, y en nuestras tribus los hombres nacen leones, las mujeres panteras; toda la tribu se alzó contra D. Geofre, y se envió un anciano á su castillo á exigirle el cumplimiento de su promesa.

El anciano amaneció al dia siguiente ahorcado de las almenas con un cartel que decia: *Gitano, vagabundo y ladron.*

Desde entonces D. Geofre tuvo tantos enemigos á muerte como hombres la tribu; se juró esterminarle, y se esperó una ocasion oportuna.

Pasó algun tiempo, y entre tanto dí á luz á mi hijo.

Hubo un momento de silencio solemne, turbado solo por los sollozos de Aurora.

—Al fin—prosiguió la gitana haciendo un esfuerzo—llegó un dia en que le esperaron en el bosque, le acometieron y le hirieron; solo Satanás pudo salvarle: si entonces hubiera muerto aquel hombre, ¡cuán felices seriamos las dos, Lind-Arabj! ¡Viviria mi hijo, y tú no hubieras conocido á D. Geofre!

—¡Tu hijo! ¡tu hijo! ¿Pues cuál fué el que murió quemado por su padre?

—Escucha, Lind-Arabj, escucha: pasó algun tiempo desde que D. Geofre, protegido inesperadamente por los suyos, escapó cubierto de heridas hasta que curó de ellas; habia yo salido á vender amuletos á los caseríos cercanos, y cuando volví encontré ardiendo el aduar; mis padres, mis hermanos, todos los de la tribu habian sido pasados á cuchillo por la venganza del feroz comendador, y mi hijo ¡ay! mi hijo estaba muerto, sofocado por el humo, en su cunita de mimbres.

—Entonces, si no fué mi hijo quien se quemó, ¿qué has hecho de él, Aurora?

—¡Tu hijo! ¡tu hijo vivia ayer aun! Le has tenido junto á tí, te ha galanteado como todos los caballeros de la corte, y tú no le has reconocido.

—Pero ¿quién era?—esclamó frenética Lind-Arahj.

—Era D. Pedro de Avendaño.

—¡D. Pedro! ¡Mientes, mientes, Aurora!

—¡Horroroso, sí, muy horroroso es tener un hijo, verle junto á sí, no conocerle, y cuando nos dicen «ese es tu hijo,» verle ensangrentado, muerto, muerto por su hermano, por su hermano, que es el amante de su madre!

—¡Calla, calla!—gritó Lind-Arahj arrojándose á ella; si escuchasen tus horribles mentiras.....

—¡Mentiras! ¿Y para quién habia yo de haberte robado tu tesoro sino para tu hijo? ¿he vestido yo algunas galas? ¿me he conservado hermosa como tú? Nó, nó; he envejecido horriblemente, gastada por un horrible trabajo, para poder dar pan á tu hijo; he robado y he arrostrado la Inquisicion para adquirir oro con que comprarle un nombre, y se lo he comprado; yo te lo robé para matarle, para vengar á mi hijo, y acabé por amarle como si le hubiese llevado en mis entrañas. ¡Que calle! ¡que calle, porque acaso puede venir tu amante, el fratricida, el incestuoso! Nó, nó, nó; yo quiero que me escuche; esa es mi venganza. ¡Ven, D. Juan, ven! ¡ven á contemplar tu obra! ¡hé aquí la mujer que, no contenta con darte su amor en las tinieblas, se declara tu manceba con la faz descubierta!

Como si solo hubiese esperado aquella voz terrible que le emplazaba, don Juan apareció en la puerta que daba al postigo, y avanzó furioso hácia la gitana: su palidez, lo desencajado de sus ojos, lo convulso de su boca, demostraban que lo habia oido todo.

A aquella terrible aparicion huyó Aurora aterrada, y Lind-Arahj dió un horrible grito y cayó sobre el estrado sin sentido. Oyóse un golpe desmazalado y un gemido de muerte tras la puerta por donde habia huido la gitana, y D. Juan se contuvo. Fijó una mirada indescribible en Lind-Arahj, levantó uno de sus brazos que pendian fuera del estrado, la besó en la frente, y aterrado, sombrío, en paso lento, salió de la casa de aquella desdichada mujer. Cuando llegó á la suya, dudando aun, abrió su papelera y buscó la carta cerrada que el infante Sidy Atmet le habia encargado no abriese sino cuando fuese amado por Lind-Arahj: vió que la gitana no habia mentido; no pudo dudar que la incógnita de la calle de los Mancebos, á quien hasta entonces habia buscado en vano, era Lind-Arahj; el remordimiento del incesto y del fratricidio desgarró su alma; sintió que su corazon se rompia, y esclamó en lo amargo de su desesperacion:

—¡Las culpas de los padres recaen sobre los hijos, y yo estoy maldito de Dios!

LIBRO III.

LA ESTATUA DEL COMENDADOR.

CAPITULO I.

De cómo D. Juan se fué á Sevilla, y de cómo el hermoso cielo de Andalucía fué para él tan fatal como el de Madrid.

En una bellísima quinta situada á un estremo de Triana, sobre la márgen izqüierda del Guadalquivir, vivia por los años de 1523 un caballero á quien nadie conocia, ni era fácil conocer, puesto que jamás salia de su casa; sabiase sí que la quinta se habia comprado pagando cuanto por ella quisieron, y se veia en ella una espléndida servidumbre, que sin embargo, era feroz y callada, y no se daba á partido con nadie; si alguna vez se preguntaba á un lacayo quién era aquel señor tan recoleto y tan rico, el lacayo contestaba: es un hidalgo de Andalucía; mas de tan mala manera, que indicaba que no queria ser preguntado, y que aunque lo fuese, no diria una palabra más.

Altos y bajos, grandes y chicos, andaban en Sevilla curiosos y entretenidos con este misterio; y como la opinion pública es á veces lo más inverosímil del mundo, sin que por eso deje de establecer como sentencias irrecusables sus fallos, díjose y túvose por sentado que en aquella casa vivia un nigromántico.

Tenia la quinta un malo, malísimo vecino, más husmeador y ocupado de inquirir por sí solo que todo un mundo de andaluces. Este vecino era el castillo de Triana, donde se ocultaba como una serpiente en su nido la Inquisicion.

Y tanto dieron en decir y conjeturar los curiosos, mintióse tanto por cuenta de probabilidades, que el vecino del castillo tomó por su cuenta el

saber á punto fijo el nombre, la procedencia y todo cuanto podia tener relacion, con pelos y señales, con el morador de la quinta.

Así es, que un dia un familiar, vestido rigurosamente de negro, llamó á la puerta de la casa de campo, no sin pronunciar las palabras sacramentales de «Abrid al Santo Oficio.»

Como era preciso, la puerta se abrió, y apareció con las llaves en la mano y la espada al cinto un atlético escudero.

—¿Qué se ofrece?—dijo secamente al familiar.

—Hacer una visita domiciliaria.

—Eso no puede ser.

—¡Cómo! La Santa Inquisicion.....

—Mi señor está esceptuado por el Papa.

—¡Ah! necesario será que vuestro señor exhiba la cédula de exencion.

—Lo que no impide para que no paseis de la puerta. ¡Sandoval! llamad al señor mayordomo y decidle que prevenga á su señoría que el Santo Tribunal de la Fé necesita, para no pasar del zaguan, ver su cédula de exencion.

Sandoval partió; y mientras se cruzaban duras palabras de disputa entre el familiar y el escudero, apareció corriendo por las escaleras un hombre vestido de negro, barrigon, y asimismo cejijunto y ceñudo.

—Dejad pasar á su merced, Sr. Pablo,—dijo el mayordomo;—pero que pase solo.

—¿Os ha mandado eso su señoría, Sr. Anton?

—Sí, sí señor, me lo ha mandado.

—Perdonad; ya sabeis que el señor es muy celoso de sus fueros. Pase vuesamercé,—añadió volviéndose al familiar.

El hombre negro adelantó, no sin algun recelo, que se hizo miedo cuando sintió cerrarse tras sí la puerta; pero como quiera que iba revestido de un grave carácter, le disimuló cuanto pudo, y siguió al mayordomo, que á través de magníficos salones, y pisando blandísimas alfombras, le condujo á un aposento, en el fondo del cual estaba entre tendido y sentado un jóven, jugando distraido con los negrísimos y sueltos cabellos de una mora que estaba sentada á sus piés sobre un cojin.

El familiar se detuvo ante aquel cuadro poco edificante, porque á decir verdad, no era lo más honesto el traje de la mora, ni lo más decente la posicion del mancebo, que por su parte, á despecho de la gravedad del familiar, no se movió ni un tanto de su actitud, ni dejó de perder sus dedos en la rica cabellera de la dama, que parecia adormida en un sueño de molicie á aquel blando y suave halago.

—Dad un asiento á ese caballero,—dijo el jóven.

El mayordomo asió de un sillon y le puso sobre la alfombrilla de pieles de tigre tendida á los piés del estrado.

El familiar se sentó con encogimiento, y á una seña de su amo, el mayordomo se retiró.

—Supongo á lo que venís,—dijo con una digna y severa cortesanía el jóven;—nada más justo que las indagaciones del Santo Tribunal de la Fé, al que me glorío de pertenecer.

—¡Cómo, caballero! vos perteneceis..... sois.....

—Familiar como vos, ni más ni ménos.

—Y sin embargo, teneis cédula de exencion.

—Eso no impide: ya sabeis que un enemigo puede engañar el celo del Tribunal.....

—Caballero, sabeis ó debeis saber que el Tribunal de la Fé es infalible.

—Permitidme que os diga que hay algo más infalible que él.....

—¡Ignoro!

—Pues no debiais ignorar siendo católico que sobre todas las infalibilidades está la del Papa.

—¡Ah!

—¿Y podré saber el objeto de vuestra venida?

—Se murmura de vuestra casa, caballero; se pretende que en ella hay misterios; el pueblo no ha podido dejar de notar el terrible aspecto de vuestros criados. El pueblo ha reparado tambien que no os dejais ver.

—¡Diablo! ¿tambien en eso ha reparado el bueno del pueblo?

—Dispensad, caballero; pero cuando el vulgo murmura y se habla de hechicerías, deber es de la Inquisicion.....

—Hasta ahora se han dicho muchas mentiras acerca de D. Juan Tenorio; pero no creia yo que llegase el caso de que la Inquisicion me vigilase por hechicero.

—¡Ah! perdonad, perdonad, señor; ¿sois D. Juan Tenorio, el que hace un año prestó á la Inquisicion el gran servicio de matar en su madriguera á un capitan de ladrones sacrílegos, cuyos jefes fueron ahorcados?

Nublóse el semblante de D. Juan, que él era, y dejando por la primera vez su posicion abandonada, dijo con acento breve y lúgubre:

—Decid á los inquisidores que no me oculto; que lo que hago únicamente es estar retirado; que nada hay en mi casa que se oponga á la religion y á las buenas costumbres, y que ya que se murmura de mi aislamiento, me dejaré ver de todo el mundo.

—Tendré el honor de trasmitir la contestacion de vuestra señoría, y entre tanto aceptad el ofrecimiento de proteccion y amparo que os hago en nombre del Santo Oficio de Sevilla.

—Decid á sus señorías que estoy dispuesto á servir á la religion y á la fé.

El familiar se inclinó respetuosamente y salió; D. Juan puso sobre el estrado la cabeza de Noema, que estaba dormida, ó fingia dormir, y se puso á pasear agitado por la cámara.

D. Juan era un leon herido, furioso y encerrado.

—El corazon, el gran corazon humano,—esclamó deteniéndose de repente junto á Noema, y fijando en ella su lúgubre mirada;—¡el corazon! ¿qué es el corazon? ¡carne impura, carne que obedece á los ojos, á los oidos, al tacto; una miserable entraña donde las lágrimas hierven y la sangre se hiela ó se inflama! Pues bien, hagámonos sordos á la conciencia, seamos un vendaval; marchemos de frente, siempre hollando, hasta que seamos hollados por otra fuerza superior. Habia huido del mundo, y el mundo viene á buscarme, á retarme; pues bien, aquí estoy. ¡Hola, Gabilan!

Abrióse la puerta y apareció nuestro antiguo conocido.

—¿Qué me manda vuestra señoría?

—Nos damos á luz, Anton. Volvemos á presentarnos al mundo.

—Os suplico, señor, que considereis antes lo que vais á hacer. Acabareis de dar al traste con nosotros. Yo nada tengo ya que perder, todo lo he perdido, hasta mi pobre hija, que no ha podido vivir sin su madre.

Brotaron dos lagrimones de los ojos de Anton, y una cuerda dura, cortante, vibró sordamente dentro del alma de D. Juan. Lind-Arahj habia vuelto por la revelacion de Aurora á su tremenda locura, y Esperanza, avergonzada de sí misma, desesperada, se habia encerrado con ella en un convento. La pequeña Esperanza, privada de los cuidados y de la vista de su madre, habia muerto de tristeza, y todo esto era obra de D. Juan; hé ahí por qué su alma se habia sentido herida por el dolor de Gabilan.

—¿Sabes—le dijo—que no estoy de humor de oir tristezas?

—Vuestra señoría tiene un alma á prueba, y eso es lo que me hace temblar por su vuelta al trato de gentes; empezarán de nuevo las aventuras, cuando habia un medio escelente para evitarlas. Doña Magdalena no ha podido ser hallada, doña Elvira está loca; os queda doña Inés; ¿qué falta para que seais su esposo? Poco, en verdad, una bendicion.....

—Y mi voluntad. Doña Inés no me ama sino con condiciones; en fin, no hablemos más de esto; mira lo que falta á la casa, para que podamos recibir en ella á las gentes sin deshonrarnos, y sobre la marcha. Sevilla es rica, y tenemos dinero; ya sabes que me gusta ser servido con la rapidez del rayo.

—Pues bien, señor; dentro de tres dias nada tendreis que desear.

—¿Está doña Inés en su aposento?

—Acabo de encontrar á María, que á propósito, está tambien muy triste; su marido sospecha algo, y andamos un tanto de punta.

—No te he preguntado por María, sino por doña Inés.

—Perdonad, señor; pero aquí todas son fatalidades, y unas cosas traen otras; doña Inés hace tres dias que no sale de su aposento; pero esta noche piensa sin duda bajar al jardin, porque ha mandado llevar una alfombra y unos cojines al pabellon de los cipreses.

—¡Oh! pues entonces esperaremos á la noche. Dile á Sandoval que lo necesito. Voy á mi recámara. Además, que me ensillen el Volador y el Diamante.

—¡Cómo! ¿Va á salir de dia el señor?

—Sí; hace una hermosa tarde. ¿No he estado más de un año sin dejarme ver de nadie? Vé y avisa á Sandoval.

Gabilan salió, y D. Juan fué á Noema y la sacudió levemente. La africana despertó, miró dulcemente á D. Juan, y se sonrió.

—Luz de mis ojos,—la dijo el jóven,—es necesario que dejes de ser mi amante para ser mi paje.

—¡Oh! ¿Vamos al fin á salir de dia? Ten cuidado, Juan; más de una dama que ahora vivirá tranquila, va á morir por tí de amor.

—¿Y tú tendrás celos?

—¿Celos yo? ¿Los tengo de Inés? Y sin embargo, Inés te adora: cásate con ella, Juan.

—¿Estás loca?

—Nó, sino muy cuerda; tú padeces y la haces padecer. Además, si un dia aparece el viejo, ¿qué le dirás?

—Si el comendador fuera tan necio que viniese á pedirme cuentas acerca de Inés, le haria arrojar por mis criados.

—¡Cuánto la amas, Juan!—esclamó la africana, á cuyos serenos ojos no asomó la llamarada de odio que ardió en su alma.

—La compadezco; ha sido nuy desgraciada.

—¡Oh! ¡qué loca soy!—dijo Noema, colgándose al cuello de D. Juan;—algunas veces tengo celos, pero son una sombra que pasa y vuela. Vé, Juan mio, vé; cúbrete de brocados; quiero que te pongas galan para que las damas al verte empalidezcan de amor, vé; yo voy á ponerme la más linda de tus libreas para ser el más bello de tus pajes. Adios.

Se alejó riendo, y antes de pasar de la puerta se volvió y le arrojó un beso con la mano. Apenas habia desaparecido, la sonrisa que afectaba el semblante de D. Juan se borró, volvió su sombría espresion y entró en su recámara; el semblante de Noema, en el momento que no pudo ser visto por D. Juan, tornó á su dura y terrible espresion.

—Hace un año—murmuró—que vengué mis celos, Pedro; pero aun no he vengado tu sangre, y es preciso empezar.

Cuando terminaba estas palabras, llegaba á una puerta de escape que abrió, y desapareció tras ella.

CAPÍTULO II.

De cómo D. Juan hizo volver atrás á doña Inés, en el camino del claustro.

En la misma tarde en que D. Juan se preparaba á dejarse al fin ver en público, un hombre embozado en una larga capa, á pesar de que ya empezaba á sentirse el prematuro verano de Andalucía, y echado el embozo á los ojos, habia estado hablando largo rato con otro hombre, que es ya bastante conocido de nuestros lectores: con Pablo del Salto; éste y algunos de sus más valientes camaradas habian sido tomados por D. Juan á su servicio, en calidad de escuderos, en reemplazo de Sarabia y de los otros, á quienes Tenorio, cumpliendo su palabra, habia hecho nombrar alféreces.

La conversacion habia tenido más visos de asunto importante que de otra cosa, puesto que sentados aquellos dos hombres en la cabeza del puente, que se apoya en la parte de la ciudad, habian hablado en voz muy baja, y sin que el incógnito se hubiera descubierto, durante largo rato.

Aquella conversacion habia acabado en una cita.

—¿Ireis?—habia dicho Pablo del Salto.

—Iré,—habia contestado en voz ronca el encubierto,—y á las ánimas.

Y sin hablar más, Pablo habia tomado para Triana, y el embozado habia quedado en el mismo sitio.

Llegó un punto en que en el otro estremo del puente apareció una brillante cabalgata. Era un gran señor cubierto de galas y ginete en un soberbio caballo, seguido de una nube de pajes, lacayos y escuderos, todos bizarros y vestidos de ricas preseas. Al lado derecho del caballero, ginete en una hermosa yegua, iba una bellísima dama, severamente vestida de negro, pero elegante y gentil; inmediatamente detrás de esta pareja, y á una distancia intermedia á sus señores y á la demás servidumbre, marchaba un paje cuyas delicadas manos y esbeltas formas parecian efectuar un milagro dominando al soberbio overo que montaba. Este paje parecia niño, pero niño de semblante hermosísimo, grave y reflexivo; su blancura era deslumbradora, y la armonía y pureza de sus formas, que dejaban ver su ceñido justillo de brocado y sus calzas de grana; su semblante y sus formas, decimos, las hubiera envidiado una hermosa dama; sin embargo, su mirada era dura y penetrante, y el aire de su boca altivamente desdeñoso.

Todo esto lo examinó, durante el segundo que tardó en pasar por delante de él la comitiva, el embozado del puente, y reprimió un movimiento, no sabemos si motivado por admiracion ó por otra causa; porque para que nuestros lectores hallen justa una espresion de admiracion respecto á aquella cabalgata, nos bastará decir que la componian doña Inés de Ulloa, D. Juan Tenorio y Noema, en traje de paje, con lo más escogido de la servidumbre de D. Juan.

Todos pasaron, escepto Noema; su caballo se asombró del bulto que representaba el incógnito, y se negó á pasar; la africana buscó el objeto que producia aquel entorpecimiento, y fijó una mirada penetrante en el incógnito, que pareció estremecerse bajo su influjo; pero como si Noema hubiese querido desvirtuar aquella mirada, la dirigió á una florera que tenia puesto su canasto de flores sobre el puente.

—Si no os apartais,—la dijo,—no pasará mi caballo; le han asombrado vuestras flores y vuestra hermosura.

En efecto, la muchacha era lindísima, y se enrojeció de emocion al escuchar las palabras que le dirigia un mancebo tan hermoso.

—Diga vuesamercé,—contestó,—y dirá bien, que no mis flores, sino ese cuervo que está sentado más allaita, es quien le ha asombrado su caballo; y si no, mirad,—dijo acercándose á él con el canasto de flores,—mirad cómo no se estremece: ¿no haceis un empleo, galan, para la prenda de ese corazoncito? ¡Vaya, señor!

Y mostró á Noema un magnífico ramillete de claveles.

La africana lanzó una mirada siniestra al embozado y otra á los claveles; alargó la mano al ramillete, le tomó, le olió sonriendo de una manera estraña, y dijo, como para sí:

—No huelen como deben oler. Pero son hermosas flores.

Y prendiendo el ramillete en los broches de su justillo, dió á la muchacha un doblon de oro; y partió al galope, para unirse á la comitiva que se acercaba á la ciudad; la florera miró el doblon, arrojó la cesta al rio, dió una ca-

briola, y se dirigió, cantando y saltando, á Triana; el embozado se levantó, y tomó el camino de la puerta del Arenal, por la que acababa de entrar Don Juan Tenorio.

Cuando penetraron en las estrechas calles árabes, el rostro de Inés se entristeció; D. Juan, del mismo modo, se mostró más sombrío, y más, á medida que adelantaban en las calles.

—Os habeis obstinado en ir al convento de Santa Clara, Inés,—la dijo,— y esto me contraría.

—¿Contrariaros? ¿y por qué? ¿es la primera vez que voy á ver á la abadesa?

—Sor Isabel es una monja que me causa una sensacion que no sabria esplicaros bien; su fisonomía tiene algo de fatal.

—Sin embargo, debe haber sido muy hermosa, D. Juan.

—Creo que esa mujer os atrae, Inés.

—Nó, D. Juan; si yo entro en el claustro, bien sabeis lo que allí me lleva: es el lugar á que estoy destinada, en el que ya debia estar.

—Estoy resuelta á ser monja. De algun tiempo á esta parte tengo presentimientos fatales. No sé por qué sueño de una manera funesta con ese hombre y me parece que le veo terrible, amenazador.

—Pero ese hombre no tiene derechos sobre vos; bien lo sabeis.

—Pareceis ignorante del orgullo humano; eso que se llama honor impulsará, no lo dudeis, á D. Gonzalo á buscarme, á tomar una venganza, porque al fin, aunque no lo soy, paso por su hija, y aunque tampoco lo seré nunca, por vuestra amante.

—¿Podreis jurar que no llegará un dia en que vuestra constancia se canse?

—Os lo afirmo, D. Juan.

—Y vais resuelta.....

—A suplicar á la abadesa que me admita al noviciado.

—Pero eso es horrible, Inés. Recordad la carta que me escribísteis la misma noche en que os robó Avendaño.

—Entonces, D. Juan, estaba loca.

—Y hoy estais desesperada. ¿Y si yo os pidiese una gracia, Inés?

—¿Y cuál, caballero?

—Ciertamente que no hemos salido para ir al convento.

—Permitidme, D. Juan; cuando yo os supliqué que me sacáseis con vos, puesto que al fin os presentábais delante de todo el mundo, ese era mi objeto.

—Yo creí que, sin embargo, á la presencia de esta hermosa tarde, al entrar en estas calles tan concurridas, á mi lado, se os ocurriria un pensamiento mejor.

—¿Y cuál, D. Juan?

—Podiais haber pensado en cuánto más feliz seria yo, si en vez de llevaros junto á mí como amiga, os llevase como esposa.

Inés se sintió herida en el alma; D. Juan acababa de escitar el sueño de su ambicion, su único deseo.

—Habeis empeñado una apuesta conmigo, D. Juan, que no quiero perder.

—Pues no vayamos al convento; esperad, esperad, y si despues que yo os haga conocer mi alma, os obstinais ser monja, en buen hora.

—¿Y quién os ha dicho, D. Juan, que yo no pueda aceptar otro destino?

—Mi amor.

—Mucho confiais en vuestra fuerza de voluntad.

—Confio más en vos.

—¡Ah, D. Juan, si Dios os hubiera tocado en el corazon! ¡si el tiempo os hubiera cambiado!

—¿Acaso desconfiais de mí, señora?

—Por vencer, D. Juan, soy capaz de sacrificaros.

—¿Y si yo os probase que en vez de sacrificarme obedecia á mi corazon?

—Entonces, D. Juan.....

—Por ahora me parece inútil la visita á la abadesa.

—¿Os causa miedo?

—Sí; sus ojos y sus palabras tienen un poder fascinador para vos.

—Creo que en esto de fascinaciones respecto á mí haya otro poder superior.

—¿El del amor que os inspiro?

—Estoy tan acostumbrada á ese amor, D. Juan, que.....

—Acabad.

—No encontrareis en mí más que una hermana.

—Pero una hermana dulce, pura, que calmaria mis penas, mis dolores, mis crueles dolores.

—¡Qué! ¿teneis dolores, D. Juan?

—¿Se os puede amar sin obteneros y no sentir horribles penas?

—Sí, sí, D. Juan, se pueden tener otros dolores; dolores profundos, ocultos en el fondo del alma; pero hay una misteriosa simpatía entre dos que sufren, y esa simpatía me ha dicho que sufris como yo.

—Pues bien, Inés, si me permitís que esta noche os vea á solas en el jardin, podreis juzgar hasta qué punto soy desgraciado. ¿Me otorgais esa cita?

—Os la prometo, D. Juan.

Despues de esto, los dos jóvenes no hablaron más que de cosas indiferentes.

Noema, aunque alejada lo bastante para no poder oir la conversacion, adivinó de lo que se trataba, y respondiendo á un recóndito pensamiento, su mano habia oprimido contra su pecho el ramillete de claveles.

Llegó, en fin, la noche, y despues de haber dado algunas vueltas por la ciudad volvieron á la quinta; Noema se habia adelantado, y cuando doña Inés entró en su aposento, encontró en él, puesto en un búcaro, un magnífico ramillete de claveles.

CAPITULO III.

De cómo el comendador apareció en un momento fatal entre D. Juan y doña Inés.

El jardin de la quinta de D. Juan, cuyas galerías daban sobre el Guadalquivir, sombreado por toldos de pámpanos y por las frondas de hermosos árboles frutales, era un lugar delicioso.

En el centro del jardin habia un pabellon tupido de cipreses; en su centro brotaba una fuente de una taza de alabastro, rodeada de pequeñas espesuras de rosales y manzanos, y conducian á él dos sendas estrechas y tortuosas, abiertas en aquel pequeño bosque.

En la noche del mismo dia en que hemos vuelto á presentar á D. Juan á nuestros lectores, aquel pabellon estaba enriquecido con una alfombra de seda y algunos cojines de terciopelo con franjas y rapacejos de oro.

No habia nadie en él. Dieron las ánimas, y se escuchó una leve rozadura entre las hojas; abrióse el ciprés que cubria la armadura del pabellon, y asomó por la abertura una cabeza que miró y esperó un tanto. Por una de las sendas sonaron pisadas en la arena, y dibujóse delante del rayo de la luna, en la entrada del pabellon, el contorno de un hombre que lanzó una mirada al interior. La cabeza que observaba se habia ya retirado, y el hombre entró y se echó indolentemente sobre los cojines. Era D. Juan.

A la media luz opaca que marcaba dentro los objetos, se veia relumbrar su traje de una manera mate, y destacarse con más vigor sobre él la blancura de su gorguera rizada, y en su cinto la relumbrante empuñadura de una daga.

Se creia solo, enteramente en libertad, y no era el mismo hombre de semblante inalterable y mirada poderosa; por el contrario, en su continua movilidad, en su respiracion fatigosa y en las entrecortadas y roncas frases que pronunciaba á media voz de vez en cuando, estaba representada una inquietud íntima, que se contenia mal delante del mundo, y que en el descuido de la soledad se demostraba en toda su estension: uníase á esta inquietud una gran impaciencia, y á veces un cuidado supersticioso; el más ligero ruido entre los árboles que remedase el paso ó el movimiento de una persona, bastaba para ponerle alerta, y cuanto más se asemejaba aquel ruido á un paso lento, hueco y fantástico, si alguna vez una ráfaga de viento fingia un suspiro, don Juan empuñaba su daga. Aquello era miedo, miedo, miedo á los muertos, porque en cuanto á los vivos, no era D. Juan hombre que les temiese.

Así pasó media hora; al fin de ella apareció en la puerta del pabellon una figura esbelta y gentil.

Era Inés, que acudia á la cita de D. Juan, y venia sola.

Miró al fondo del pabellon, y vió al jóven, que á su llegada se habia levantado de la alfombra: entrambos sintieron lo grave de la situacion; aquello era un duelo decisivo; de aquel pabellon necesitaba el orgullo de D. Juan sacar una querida; el amor y la pureza de Inés, un esposo.

—Gracias, señora, gracias,—dijo D. Juan.

—Gracias; ¿y por qué?—contestó Inés.

—Habeis venido.

—Os lo habia prometido.

—Me habeis prometido algunas veces lo que no se ha realizado todavía.

—Debeis tener en cuenta, D. Juan, que el cumplimiento de promesas que se hacen bajo violentas influencias, no debe exigirse.

—Entrad, señora, entrad y sentáos; venís muy pálida, y pareceis cansada.

—Me siento mal, D. Juan; tengo la cabeza pesada, y respiro con dificultad.

En efecto, vista Inés á la luz de la luna parecia un cadáver; estaba senci-

llamente vestida de blanco; tenia en derredor de la parte posterior de su peinado una corona de claveles rojos, y otro en la mano, cuyo olor aspiraba frecuentemente y de una manera distraida.

Pero nunca más hermosa; su encendido color moreno se habia hecho blanco y mate por la palidez, y sus grandes y negrísimos ojos destellaban un fuego intenso, como resultado de su esceso de vida; su boca entreabierta respiraba un sobrealiento fatigoso, y en la agitacion de su seno, en la languidez de sus movimientos, se marcaba un malestar intenso.

Entró en el pabellon y se sentó en los cojines. D. Juan se sentó á sus piés y asió una de sus manos, que Inés no retiró.

Tenorio puso en ella sus lábios y la besó apasionadamente.

—Os maravillará, D. Juan,—dijo ella con acento triste,—el que yo os conceda el favor que acabais de tomaros.

—Eso significa, Inés mia, que concebís cuánto os amo, cuánto sufro y cuán digno soy de que se premien al fin mis sufrimientos.

—Nó, D. Juan; esto quiere decir que un cadáver se os entrega.

Habia tanto de fantástico en el acento de Inés, tanto de terrible, tanto de sobrenatural, que la sangre de Tenorio se heló; estaba predispuesto á lo maravilloso; tenia una imaginacion meridional y hasta cierto punto supersticiosa, y al recordar la profunda palidez de Inés, el brillo de sus ojos, lo difícil de su respiracion, temió que una fatalidad incomprensible le enviase muerta á una mujer, por cuya posesion se habia obstinado tanto en vida. Tembló; pero D. Juan tenia una cualidad envidiable, que era la de saber contenerse y tener poder para sobreponerse á todos los terrores.

—¡Muerta!—esclamó,—¡muerta! ¿habeis visto algo que os haya preocupado, Inés?

—Sí; he visto la muerte.

—Os empeñais en que me aterre, y os prevengo que no lo conseguireis. Mirad; vuestro corazon late apresurado, Inés; late de amor.

Inés reclinó la cabeza en el seno de D. Juan, y se echó á llorar. De repente se levantó, se separó y rechazó de sí á D. Juan.

—Apartáos, si no quereis morir,—le dijo con un acento profundamente triste;—mi contacto es mortal, D. Juan: ¿no habeis sentido cómo mi frente arde, cómo mi corazon late? ¡oh! es que tengo fuego dentro de mí; es que...

Inés se detuvo. D. Juan se aterró entonces de una manera mortal.

—Si tú murieras entre mis brazos, Inés; si yo te perdiera,—esclamó roncamente,—¡ay de los que el mundo arroje delante de mí! ¡ay de su sangre! ¡Ira de Dios! ¿qué mal he cometido yo para ser maldito? ¿qué daño he pensado hacer, ó cuál he hecho que no haya sido impulsado por la fatalidad?

—¡D. Juan, D. Juan! me asustais,—esclamó Inés.

—Es que vos no sabeis que mi cabeza está anegada en un mar de sangre; es que vos no sabeis que los dolores han destrozado mi corazon; es que vos no sabeis que soy un cadáver, en que solo ha quedado por vida la corrupcion de las pasiones. ¡Y vos me decís que vais á morir, cuando yo pensaba que fuéseis mi ángel salvador; cuando me habia adherido á vos como á mi última esperanza; como á mi esperanza, sí: yo hubiera procurado un triunfo

á mi orgullo, haciéndoos mia sin condiciones; pero mañana os hubiera asido de la mano y os hubiera llevado coronada de flores al altar.

—Y yo he venido á vos con una corona de muerte.

D. Juan asió una mano de Inés y procuró sacarla fuera; pero el cuerpo de Inés, pesado é inerte, no obedeció á sus esfuerzos. Entonces sacó su daga y empezó á descargar furiosos golpes en el débil revestimento de ramaje del pabellon; bien pronto se practicó una gran abertura, y el rayo melancólico de la luna llena bañó por entero el semblante de Inés.

En derredor de su cabeza vió entonces D. Juan la corona de claveles rojos.

—No los toqueis, no los toqueis,—dijo Inés, viendo que tendia la mano hácia ellos;—no los toqueis, porque están envenenados.

Inés tenia en la mano otro clavel, y le aspiraba aun.

—¡Pero os estais asesinando!—esclamó con una angustia mortal D. Juan, arrancándole el clavel de las manos y la corona de flores de la cabeza;—esperad, esperad; acaso sea todavía tiempo.....

D. Juan fué á salir.

—Nó, nó; ya es tarde, D. Juan. He invertido media hora en venir desde mi retrete. Siento la muerte sobre mí, y sufro de una manera cruel. Si me dejais sola, moriré desesperada. He venido solo á morir junto á vos.

—Pero es imposible que murais; quiero que vivais para ser mia.

—¡Tuya, tuya!—esclamó Inés, incorporándose en los cojines y abrazando por el cuello á D. Juan;—tuya, sí, tuya hasta la eternidad.

—Pero esos claveles.....—esclamó el joven.

—¡La fatalidad!—murmuró doña Inés;—los encontré en mi cámara.

D. Juan estaba desesperado, y su cólera hubiera hecho entonces pedazos á un leon que se le hubiera aparecido.

—¡Oh, cruel, muy cruel debe haber sido la mano que me ha presentado de una manera tan misteriosa la muerte!—dijo doña Inés.

—Tal vez os engañeis y lo que sentís no sea más que un malestar pasajero.

—Nó, D. Juan, nó; antes de aspirar el perfume de esas flores, yo sentia dentro de mí una vida vigorosa; despues, á la primera vez, sentí que subia á mi cabeza un vapor sutil; al principio no reparé en ello, lo atribuí á desvanecimiento; pero á medida que olia, crecia aquel terrible efecto, y luego, luego no pude dudar; mi cabeza y mi pecho se rompen.

D. Juan tenia fija una mirada inmensa en Inés; su palidez crecia; sus ojos, cada vez más dilatados, empezaban á estraviarse y á teñirse de un color rojo; de repente empezaron á marcarse manchas lívidas en aquella tez tan fresca antes y tan tersa; Inés se levantó impulsada por el padecimiento, dió un horrible grito, y cayó desplomada sobre los cojines.

D. Juan seguia contemplándola; no habia nada de humano en su semblante, en que estaba marcada toda la rabia sombría, todo el aspecto de venganza; la espresion completa de la soberbia é infinita voluntad de Satanás.

De repente se alzó, tieso, rígido, erizados los cabellos, lívido.

—¡No hay Dios!—dijo D. Juan ensangrentándose en su pecho una de sus manos que por acaso habia introducido por la abertura de su justillo;—¡no hay Dios!—repitió roncamente;—¡Dios no podia ser tan implacable!

—¡Dios castiga impasible y justiciero!—dijo una voz á la puerta del pabellon;—Dios ve la iniquidad de los padres en los hijos.

D. Juan se volvió, y halló ante sí una figura negra y embozada. Era, á juzgar por las apariencias, el mismo embozado del puente de Triana.

—¿Me conoces?—dijo echando abajo en un ademan desesperado el embozo de su capa, y arrojando lejos de sí su sombrero.

La luz de la luna alumbró entonces el demacrado y fatídico semblante del comendador D. Gonzalo de Ulloa.

—¡Ah, miserable asesino!—gritó D. Juan, poniendo mano á su daga y pronunciando apenas aquellas palabras entre un rugido.

—¡Asesino! ¡y te atreves á acusarme de asesinato, tú, el que abandonas á un viejo débil, le insultas, y abusando de su debilidad, le robas su honor robándole una mujer que pasa por su hija! ¡tú, el que te ocultas de miedo con esa mujer impura, y me obligas á buscarte en vano! ¡tú, á quien encuentro guardando el sueño de esa miserable! Nó, no temas, D. Juan, no gritaré, no quiero que despierte sino cuando pueda verte muerto á mis piés, cuando pueda juzgar de qué manera vengan su honor ultrajado los Ulloas.

—¡Grita cuanto quieras!—esclamó D. Juan.—¡Grita, porque por mucho que grites, no alcanzarás á ser oido por Inés!.... ¡porque Inés está en la eternidad!

—¡Muerta!

—¡Muerta, sí, miserable viejo! ¡ven! ¡mira!

D. Juan le asió de un brazo, le arrastró, y con una fuerza acrecida por el despecho y la cólera, le arrojo sobre el cadáver de Inés.

Hubo un momento de silencio, de espantoso silencio. El viejo contemplaba aterrado el semblante de Inés. Permaneció así algunos minutos, se alzó, miró frente á frente á D. Juan, y en sus ojos brilló una chispa de su antiguo valor. Echó rápidamente mano á su cintura; estendió el brazo armado de un pistolete; un relámpago rojo, acompañado de un estampido, dominó la luz de la luna, y la gorra de D. Juan voló arrebatada por una bala.

No necesitaba tanto el furor de Tenorio; la muerte del comendador estaba decretada, y aquel incidente la apresuró; hubo un momento en que el comendador, á quien se habia arrojado D. Juan, formó con él un grupo informe, del cual se levantó y se hundió por tres veces un brazo armado de un objeto brillante; oyéronse sucesivamente á cada uno de aquellos golpes tres gritos horribles, y luego el comendador cayó junto al cadáver de Inés.

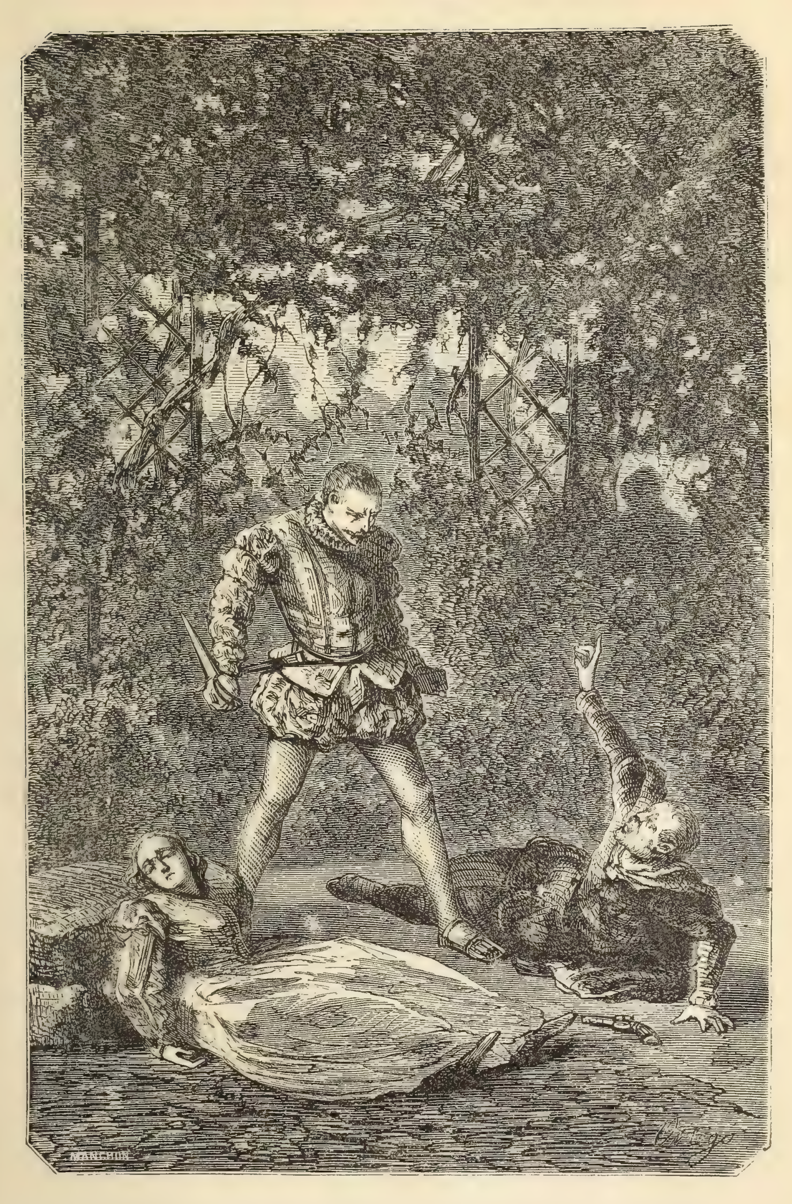
—¡Me has asesinado, D. Juan!—le dijo muriendo;—¡has asesinado á mi hija! ¡yo te emplazo por mí y por ella ante el tribunal de Dios!

—*Muy largo me lo fias*,—esclamó D. Juan soltando una carcajada insensata, y huyendo á lo largo de la revuelta senda del jardin.

A la carcajada de D. Juan contestó otra tras el pabellon, y despues la forma de una mujer vestida á la oriental apareció en la puerta.

Era Noema.

—¡Oh!—esclamó con un gozo infinito;—las yerbas de los jardines de Europa son tan ponzoñosas como las de los linderos del desierto; duerme tranquilo, Pedro; ya he hecho pedazos el amor de D. Juan, y si Inés no fué



DON JUAN TENORIO. — ¡ Yo te emplazo por mí y por ella
ante el tribunal de Dios!

tuya, tampoco lo ha sido de él. ¡Duerme tranquilo, Pedro; ya he cumplido la mitad de lo que prometí á tu sangre! ¡oh! ¡ahora es necesario concluir, es necesario que D. Juan pierda honra, hacienda y vida, y las perderá!

Tras esto, serena y radiante de alegría, atravesó el jardin; á su estremo habia un hombre oculto en una enramada, que se le presentó de repente.

—He servido á tu venganza, señora; el tósigo era mortal, y el comendador ha entrado en el jardin. Dame mi precio.

Noema sacó un estuche de su seno y lo entregó á aquel hombre.

—Toma,—le dijo,—y vete; no quiero volverte á ver más.

Aquel hombre abrió el estuche y le examinó; la luz de la luna arrancó destellos de sol de una placa contenida en el estuche; era un joyel de brillantes. Guardólo aquel hombre, y se alejó.

Era Pablo del Salto.

Noema le vió salir por el postigo del jardin, y entró á paso lento en la casa.

CAPÍTULO IV.

En que el autor se ocupa de indicar lo que fué de D. Juan en el trascurso de seis años.

D. Juan vivia en Venecia por los años de 1529, es decir, seis despues de la noche fatal en que Inés habia muerto entre sus brazos, y D. Gonzalo habia caido á sus piés asesinado.

El aspecto, el carácter y las costumbres de nuestro héroe se habian alterado notablemente; aquella soberbia hermosura estaba, no diremos marchita, porque parecia que un poder misterioso estaba encargado de acrecerla á medida que la esperiencia y las desgracias pasaban como un raudal contínuo y envenenado por su corazon y su alma, dejándolos un sedimento amargo é infecto; marchitada, pero cubierta, ó por mejor decir, iluminada con una espresion indefinible, fija, imponente, fatal; su semblante habia adquirido una inmovilidad y una palidez mate, á través de la cual se adivinaba una inteligencia superior, una voluntad firme y un valor á toda prueba; D. Juan habia llegado á ser una figura fantástica, permítasenos esta frase; una personificacion de lo terrible, de lo incontrastable; un hombre cuyo aspecto causaba un terror vago y una simpatía profunda; la epopeya, en fin, de todo lo sublime y grande en pasiones más que humanas.

Como si todo hubiese contribuido á aumentar el tinte sombrío de los pensamientos de D. Juan, al llegar á Venecia, sus banqueros Gichiardini y Giacomi no habian podido encontrarle otra residencia digna que un antiguo palacio, en que un arquitecto desconocido habia apurado toda la severidad de líneas, toda la bravía grandeza del género romano; patios enormes, siempre desiertos; salones oscuros, en que un eco modesto repetia el ruido de las pisadas, haciéndolas rebotar del pavimento de mármol para lanzarlas á las so-

noras bóvedas; en aquellos salones, y velados como por un vapor fantástico, por el reflejo debilitado del esplendente sol de Italia, cuadros en cuyos asuntos se habian esplotado como una verdad aterradora sangrientas catástrofes; el terrible heroismo de Bruto y Caton, el suplicio de los hijos del primero, el asesinato de César, la muerte de Séneca y el parricidio de Neron, el duelo de los Horacios y Curacios, el incendio de Roma y los mártires arrojados á las fieras en el circo; por todas partes los crímenes, el heroismo y la virtud, cayendo sobre su sangre; lo terrible, flotando como un espectro en el ambiente, ocultándose en los oscuros ángulos, donde parecian enrollarse mónstruos de piedra; en el esterior, bajo los balcones, el canal Orfano, verdinegro, triste y silencioso, y más allá el puente de los suspiros. Aquella era la Venecia del terror, la Venecia del Consejo de los Diez, con sus esbirros, sus condottieri, sus bravos y sus lazzaroni; no la Venecia de las doradas góndolas, de las alegres mascaradas; no la Venecia del placer y de la risa, de los cantares y de las orgías.

D. Juan, sin embargo, vivia allí mejor que hubiera vivido en la alegre *Piazzeta*, ó el animado *Rialto*, ó en los bellísimos jardines de *Dorso Duro*. Oia desde lejos, en medio de su silencio, el sonoro y profundo gemido del mar, ó el ronco estruendo de la tempestad, que cubria con su voz salvaje la voz alegre y bulliciosa de la reina de los mares.

D. Juan se sentia perfectamente armonizado con su vivienda, con sus tristes alrededores y con su servidumbre compuesta de bravos; todos ellos eran feroces, reñidores; no habia dia en que no cometiesen un desacato, y sin embargo, nunca un esbirro se presentó en la vivienda de Tenorio á reclamar al criminal; y era que, á pesar de lo rígido y terrible de la república, se rendia un culto de respeto al valor, y sobre todo á los doblones de D. Juan.

Entre esta numerosa servidumbre no habia una sola mujer ni nada bello, á escepcion de un paje. Este paje, que acompañaba siempre á D. Juan, que tenia inflamado con su hermosura el corazon sensual de más de una hermosa veneciana, era Noema, en quien los seis años trascurridos no habian operado otro cambio que haber hecho más reflexiva la espresion de su semblante.

No faltó algun esbirro que, á pesar de sus formas esbeltas y de sus cabellos reducidos á la estension de una hermosa cabellera de niño, dejase de conocer su sexo; conocianle tambien los bravos; pero además de que no era raro en Venecia encontrar una mujer disfrazada de paje, los primeros respetaron lo respetable de D. Juan, los segundos el peso de su espada; y Noema, bajo el nombre de Gaston, jamás fué importunada con una detencion, ni acerca de ella se aventuraron palabras indiscretas.

Noema habia llegado á obtener sobre D. Juan un ascendiente formidable. Noema, sin embargo, le dominaba echándose á sus piés como una esclava, besando sus ojos y suspirando estremecida entre sus brazos; jamás se habia permitido ni una indicacion de celos; y los devoraba, porque estaba furiosamente enamorada de D. Juan.

Mujer al fin, y mujer corrompida, habia encontrado muy dulce el vengar á su primer amante gozando; no era amor lo que sentia hácia D. Juan, sino odio, un odio cruel, que sin embargo, por uno de esos estraños fenómenos

del corazon, no escluia al deseo.

Noema ansiaba vengarse, pero no habia tenido valor para matar su odio matando á D. Juan: no le bastaba su vida; era necesario que D. Juan probase las humillaciones de la pobreza y la deshonra; era necesario que se viese perseguido como un criminal de baja estofa; reducido á procurarse la subsistencia por el crímen; rebajado, en fin, á un estado miserable y abyecto.

Pero todos los esfuerzos de Noema para reducir á D. Juan á esta condicion habian sido ineficaces; D. Juan, desde la doble muerte del comendador y de Inés, habia emprendido una vida aventurera, de gran movimiento: nunca, como si hubiera huido de un espectro tenaz, habia permanecido más de un mes en un mismo punto; así habia recorrido la Inglaterra, la Alemania, la Suiza; así habia ido á dejar una muestra de su fastuosa escentricidad en las ciudades más notables de Francia y de los Países-Bajos: cansado de la civilizacion, se habia hecho construir un buque y habia ido á recorrer las vírgenes selvas de América, y allí, entre los salvajes, como entre los europeos, habia dejado tras sí un terrible rastro de lodo y sangre; las sencillas vírgenes del sol, como las lánguidas hijas de Albion, como las espirituales francesas y las flemáticas holandesas, habian probado la amargura de sus amores y la terrible decepcion de su hastío; en tierra, su espada, aquella funesta espada de Lisardo, incontrastable siempre, habia añadido un guarismo horrible á su cuenta de sangre con la eternidad; y en el mar, sin pensar en serlo, D. Juan habia practicado la vida del más tremendo pirata, esceptuando el robo: bastaba la más ligera provocacion para que sus cañones sonasen y su gente feroz se lanzase al abordaje sobre el buque contrario. D. Juan no tomaba parte en estos lances; durante ellos, indolentemente tendido en su hamaca, ó reclinado entre los brazos de Noema, oia el estruendo del combate con la misma serenidad, ó por mejor decir, descuido, que escuchaba los rugidos del huracan, que arrojaba sobre su galera furiosas montañas de agua. D. Juan habia llegado á la certidumbre de que no existia en la tierra ni en los mares la mano que debia herirle, y en cuanto al cielo, estraviado por sus desgracias, no creia en nada; la duda habia cesado, reemplazándola el vacío, el horrible vacío de la nada.

Las ciencias estaban entonces muy lejos del estado en que hoy se encuentran, y el mundo para D. Juan no era otra cosa que un conjunto de principios materiales, unidos entre sí por relaciones y efectos creados por una casualidad, á cuyo misterio no procuraba remontarse; y en cuanto al abismo azul, no tenia para él otra significacion que la de un vacío, en el cual, tambien por casualidad, flotaban astros y planetas.

D. Juan no se habia tomado el trabajo de deducir que solo una unidad eterna é inmutable podia haber producido los efectos precisos y contínuos del órden material, y que sobre la materia flotaba en una atmósfera superior el principio de vida y de direccion; el pensamiento.

Acaso en D. Juan esta negacion absoluta era hija de una fé ciega, de un miedo terrible, hijo de aquella misma fé á la que queria sofocar, destruir y pulverizar bajo el peso de la impiedad; D. Juan encontraba horrible la certeza de un juicio supremo, al que no podia rendir buenas cuentas, y no te-

niendo contra él defensa alguna, le negaba, ó por mejor, no le consentia en su conciencia.

Así, pues, pasó seis años.

Cansado D. Juan, habia abandonado á América y se habia establecido en Venecia; sus banqueros le habian demostrado que, á pesar de sus escesivos gastos, empleados sus capitales en afortunadas operaciones, habian crecido en vez de disminuirse; que si al salir de España contaba con ochenta mil ducados de renta, la encontraba al volver elevada á ciento sesenta mil, lo que representaba una duplicacion del capital; que por lo tanto estaba en el caso de ser considerado como un moderno Creso, y de gastar sin cuidado y á su antojo. D. Juan, pues, encargó á estos honradísimos genoveses de proporcionarle la adquisicion de un local conveniente en uno de los sitios más sombríos, ó por lo ménos, más terribles de Venecia, y ya han podido juzgar nuestros lectores hasta qué punto llegaron á satisfacer aquellos sus deseos.

En cuanto á la servidumbre, se encargó de ella un tal Zuanko, que nacido á bordo de una almadía, llegó á ser el más peligroso pirata del archipiélago.

D. Juan conoció á este bravo mozo en una de sus escursiones; apreció su valor; le encargó del mando de su buque en la parte facultativa, y con una tripulacion compuesta de hombres de todos los países, pero semejantes en ferocidad y valor, recorrió los mares, y robó mujeres en las costas para entretener el hastío de sus largas navegaciones.

De presumir es que los criados de D. Juan, elegidos por semejante hombre, no podian pertenecer á una casta recomendable por su dulzura de costumbres; eran, como hemos dicho, bravos y lazzaroni, tan dispuestos á desempeñar el oficio de escuderos, como á endosar tras de una esquina y á la sombra una mediana estocada ú otra caricia por el estilo al mismísimo Dux, si hubiera sido posible que el Dux se hubiera aventurado de noche, solo y á oscuras por los bordes de los canales.

Estos accesorios, que parecian establecer alrededor de D. Juan una atmósfera nebulosa; lo exorbitante de su fortuna; lo magnífico de su esplendidez; su soberana hermosura; su valor sin tacha; su renombre mágico y lo vigoroso de la belleza de su paje, que le acompañaba siempre como una sombra hasta en sus aventuras de amor, siendo muy frecuente que guardase sus placeres tendido delante de la puerta del gabinete de una mujer, cuyo marido se tenia por indomable; todo esto, repetimos, le habia colocado en esa posicion envidiable del hombre, cuyos amores están de moda, sin cuya adoracion se cree vulgar á una mujer hermosa y hasta entonces codiciada, y cuyos obsequios hacen á una fea el objeto de la ambicion general.

Teniendo en cuenta la licenciosa libertad que dan á las venecianas la máscara de su eterno Carnaval, la oscuridad de las cámaras de sus góndolas, y más que todo, sus galantes costumbres, no es de estrañar que los billetes y los presentes de un amor misterioso se sucediesen sin interrupcion, yendo á estrellarse, como en una muralla de bronce, en la severa consigna de sus porteros y de sus criados. A D. Juan solo se le hacia grato lo que parecia imposible, que la facilidad era para él el hastío anticipado, y sobre todo, que lo que más le contrariaba era la semejanza que existe entre una meretriz de

fama y un hombre que está contínuamente asediado por billetes de amor.

Así, pues, las pretensiones de la belleza militante de Venecia eran rechazadas, lo que no impedia que los presentes fuesen aceptados, quedando, sin embargo, sin curso entre las manos intermedias.

Así pasaron seis meses. D. Juan, que jamás salia de dia, se dejaba ver durante toda la noche en los círculos más escogidos. Jugaba y ganaba siempre, sin que por ello se notase en su semblante la más ligera impresion de alegría, y sin que se aprovechase de sus ganancias, que eran abandonadas á los pajes y á los maestresalas de servicio; jugaba con el amor como con el dinero, y con la más perfecta serenidad dejaba el recuerdo de una estocada á un marido, á un amante ó á un hermano, demasiado celosos del que decian honor de su criminal. El Consejo lo veia y callaba, porque en todo esto D. Juan se portaba de una manera verdaderamente hidalga, y entre tanta y tan general concesion de la suerte, del amor, del duelo y de la ley, D. Juan se fastidiaba de una manera horrible, D. Juan se sentia enfermo.

En este estado llegó el sétimo mes de su residencia en Venecia, y con él un acontecimiento que curó la monotonía de la existencia de nuestro héroe.

CAPÍTULO V.

En que se trata de un pirata, de un vampiro y de otras singularidades.

Era el 25 de Abril de 1529. Dedicaba entonces, como ahora, la Iglesia ese dia á la festividad de San Marcos, y en Venecia singularmente, por el patronazgo que reconocia la república en el santo evangelista, tenia lugar una gran fiesta popular.

Durante sus veinticuatro horas, ó más bien, desde la víspera, el Consejo se veia obligado, como en el Carnaval, á redoblar el número de los esbirros y á ejercer por medio de ellos la más esquisita vigilancia, á pesar de la cual, las colisiones, las riñas y las estocadas ascendian á un guarismo escandaloso. Estaban vigiladas las tabernas, los canales, los templos; y en medio de las regatas que tenian lugar en el golfo, se veia de vez en cuando una góndola que, impulsada por sus remeros, bogando gravemente, era mirada con un respeto temeroso, porque á pesar de los vivos colores de las camisas y de los gorros de los gondoleros, y del ruidoso y animado diálogo de sus máscaras, no podia dudarse por ciertas singularidades que era una góndola del Estado.

Nada, sin embargo, parecia justificar esta vigilancia; en la ciudad, en las plazas, en las tabernas y en los canales reinaba la más franca y pacífica alegría, y el enorme número de góndolas que cruzaban en todas direcciones sobre las ondas del Adriático no presentaba un solo ejemplo de desórden. Notábase sí una singular animacion, un ruido delirante, una alegría escéntrica; máscaras por todas partes, por todas partes músicas; estaba avanzada la primavera de aquel suelo meridional, hacia un hermoso dia, y las venecianas,

garantiendo su desnudez con los impenetrables antifaces que las enmascaraban, mostraban prodigios de hechizos, que en circunstancias normales no permitian de una manera tan enérgica á la vista de los enamorados.

Llegó al fin esa hora melancólica, en que la luz del crepúsculo parece envolver al mundo en un velo fantástico; lentamente fueron desapareciendo las góndolas en los canales, y solo quedaron al fin los grandes buques, surtos en el puerto.

Avanzados al mar, en la embocadura, se balanceaban sobre sus anclajes dos grandes bastimentos, que por su armamento y sus aparejos parecian de guerra. Era el uno una galera de tres mástiles, negra, de poca elevacion y de larga eslora; parecia una serpiente tendida sobre el mar, en cuya espalda se levantasen los esqueletos de tres enormes alas. Durante el dia habia flotado en su castillo de popa la bandera española, y su equipaje, magníficamente uniformado, habia aparecido indiferente á la fiesta, de tal manera, que no habia permanecido un solo hombre, ni en sus bancos, ni en su puente. De la misma manera, el otro buque, que tenia todas las apariencias de un corsario argelino, y en el cual habia flotado una bandera azul con tres medias lunas de plata, se habia mostrado desierto, mudo y como abandonado. Esta circunstancia habia hecho aventurar comentarios á los venecianos, cuyas góndolas habian pasado junto á ellos, porque todos sabian que el buque español, que hacia seis meses estaba anclado en el puerto, pertenecia á D. Juan Tenorio, y el argelino, que solo hacia ocho dias que habia fondeado en él, á sir James Kipault, especie de ministro plenipotenciario, enviado por Barbaroja para arreglar ciertas diferencias suscitadas por asuntos marítimos entre la serenísima república de Venecia y la regencia de Argel.

Parecia que entrambos buques se observaban, y que por una razon idéntica se ocultaban recíprocamente en todo lo posible su personal.

Cerró la noche; viéronse relumbrar á lo lejos las luminarias de Venecia, y balancearse en el puerto las linternas de colores con que, como para armonizarse con la fiesta, se habian empavesado algunos buques. Los dos que hemos citado, sin embargo, permanecieron oscuros y silenciosos. Muy pronto la luna, que salida muy temprano, tocaba ya al horizonte, se ocultó, desapareciendo del mar el blanco reflejo que hasta entonces le habia hecho semejante á un inmenso depósito de plata fundida y ondulante.

Quedó solo, delante y en torno de los buques, una masa negra y móvil, que rodaba sobre sí misma en anchos y deprimidos tumbos, produciendo un rumor sordo y contínuo, y limitada por la parte de Venecia en una faja luminosa y fantástica.

Entonces, á merced de la oscuridad, notóse algun movimiento en los buques; establecieron los cuartos de guardia, y despues siguió el mismo silencio.

En una ocasion, el oficial de cuarto del buque español creyó escuchar ruido de remos entre los dos buques, y se inclinó sobre la borda; un bulto informe se deslizaba sobre la mate brillantez de las aguas, en direccion á Venecia.

—Es la falúa de la *Atlántide*, Sr. Zuanko,—dijo una voz tras el oficial.

—En efecto, mi comandante; es esa magnífica piragua inglesa, cuyos ban-

cos están forrados de terciopelo y guarnecidos de franja de oro.

—Esa piragua debe ser un espectro; jamás se la ve á la luz del sol.

—Vuestra señoría dice muy bien en cuanto á lo segundo; pero en cuanto á lo primero..... mirad: ¿veis bien?

—Puedo contar las personas que van en ella; sí: seis remeros, un timonel y un hombre, y una dama á popa.

—Ya veis: los espectros del mar se mueven por sí solos; no necesitan ni viento, ni remos; y en cuanto á la piragua de la Atlántide, ved cuánto trabajo impone á sus marinos; lo podeis notar por su voz de compás, que aunque contenida, representa fuerza. ¿Eh? ¡Valientes muchachos! Van con la rapidez de una paviota.

—¿Sabeis, Zuanko, que no me pesaria encontrarme enmarado con ese negro demonio?

—¡Eh, eh! mi comandante; ya sabeis que yo estoy muy acostumbrado á escuchar el silbido de los buenos amigos de hierro, á quienes sin querer se saluda al paso: ¡respetables señores! yo me rio de ellos; y una vez hecho el zafarrancho, lo mismo me da habérmelas con blancos que con negros. Pero ¡por la Vírgen del Mar! no sé si me pondria algo en cuidado una conversacion un poco animada con esa maldita galeota.

—No creo que sea ella el primer corsario argelino á quien hayamos convertido en espectro.

—Es que aquí no se trata de esos piratas salvajes, cuyo valor no es otro que ferocidad, y que se doman fácilmente por una fuerza superior; se trata nada ménos que del Sr. James Kipault, cuyo nombre acaso no conozcais, pero cuyo sobrenombre debe seros muy conocido; en fin, se trata del *Tiburon Rojo*.

—¡Bello nombre por cierto, y del cual no os creia tan bien informado! Al ménos ayer ignorábais de todo punto la procedencia y las señas individuales de nuestro vecino.

—¡Qué quereis, mi comandante! El Sr. James es un hombre prudente, y no se deja ver con facilidad sino cuando está seguro de no esponer nada en ello. Y luego hemos anclado á proa de su buque con todas las señales de una observacion de ordenanza.

—Y bien.....

—Y bien; el Sr. James Kipault tiene sus razones para que le desagrade infinito el ser observado; por ejemplo, conduce á bordo una hermosa *Leona Sangrienta*.

—Paréceme que ese nombre se refiere á una mujer.

—Ni más ni ménos, señor; pero ¡qué mujer! una verdadera circasiana mondada, es decir, descortezada, ó si os place mejor, una hermosísima jóven de diez y seis años, á quien se han hecho perder en el trato de Europa las salvajes costumbres y las maneras primitivas del Caucaso

—¿Y quién os ha dado tales y tan buenas noticias, Sr. Zuanko?

—Ya sabe vuestra señoría que antes de servirle he cruzado á mi sabor por los mares de Levante, y debo advertiros que en un contínuo trato con venecianos, malteses y argelinos, he debido conocer por precision mucha gente; si quereis saber á punto fijo cuál es el mejor piloto corsario, idos á

una hostería en Venecia, á una taberna en Malta, ó á un baño en Argel; si teneis el tino de dar con la hostería, la taberna ó el baño donde concurran de contínuo ciertos amigos, y sabeis inspirarles confianza, preguntadles: ¿con quién mejor quisiérais encontraros en una camorrita ó un chubasco? mal pecado para mi alma si no os contestaban: con el *Tiburon Rojo.*

—De modo que para saber que ese respetable cetáceo humano monta la Atlántide, habreis necesitado valeros de ese medio.

—¡Sí, señor!

—Pero ese hombre es una singularidad.

—Nó, nó señor; es uno de esos bravos mozos que no tienen nombre, ni patria, ni recuerdos; es un verdadero pirata.

—Que no tiene, sin embargo, la insolencia de fondear bajo el fuego de los cañones de la serenísima república.

—Un pirata es lo mismo que otro cualquier hombre; vive de un oficio que tiene sus condiciones especiales, su práctica, sus recursos, su estrategia, y para el cual, como para todos los oficios, es necesario tener buenas disposiciones. Aquí me teneis; con mi bella librea colorada, con galones y cordones de oro, mi sombrero con pluma, mi espada cincelada, mi cabellera en bucles y mi eterna sonrisa, ¿quién ha de creer que yo soy capaz de matar sin una grave necesidad? Pues ya sabeis que nunca me encuentro mejor que cuando vuelan junto á mí las tórtolas de cañon, ó cuando empuño mi hacha de abordaje. Ese es mi oficio. Entonces no hay sonrisa, ni cabellera perfumada, ni palabras dulces. ¡Vive Dios! entonces se está en lo sublime del oficio, se mata, y es necesario que mientras la mano destruye, el semblante aterre.

—Sí, sí ya sé que sois valiente, señor Zuanko, y por eso os tengo á mi servicio.

—Pues ni más ni ménos, en mí teneis un ejemplo, aunque incompleto, del capitan James Kipault. Pero en el *Tiburon Rojo* hay algunas modificaciones: es hidalgo, ó lo parece, como un español; amable como un francés; sabio como un monje; hermoso como un griego, é indolente como un musulman, sin dejar de ser orgulloso y testarudo como un inglés. ¿Quién diablos ha de comprender su sobrenombre de *Tiburon Rojo* por el efecto que causa su persona? Pues bien, ese hombre tan amable, tan instruido, tan cortés y tan hermoso en la paz, es un tigre en el combate; un tigre que mata por el placer de matar, que destruye por instinto, y cuya voracidad de sangre jamás se aplaca.

—Un hombre como el que acabais de describir, estaria mucho mejor entre una coleccion de fieras de primera raza.

—Será como guste vuestra señoría, pero si he procurado haceros conocer á un verdadero pirata, á un rey del mar, es porque eso y no otra cosa es Sir James Kipault.

—¡Ah, ah! venimos á parar al fin á nuestro *Tiburon Rojo.* ¿Sabeis, señor Zuanko, que teneis por ese hombre un verdadero entusiasmo?

—Como le tengo por vos, mi comandante; yo me arrebato por todo lo valiente, por todo lo grande, y si me dieran á escoger entre capitan y capitan.....

—¿Eligiriais?....

—Me pondria de nuevo bajo vuestras órdenes.

—Segun eso, habeis tenido ocasion de juzgar á nuestro vecino.

—He servido á sus órdenes.

—Lo que prueba que, admirador de la valentía, le abandonásteis por otro más bravo ó más afortunado.

—Le abandoné de miedo.

—¡Cómo! ¿miedo vos?

—Se habia colocado entre Sir James y yo un demonio con faldas.

—¡Ah, ah! ¿os enamorásteis de la querida del Tiburon?

—Nó, nó tanto como eso, pero me sentí predispuesto, y hé ahí mi miedo.

—¡El señor James es un Tiburon celoso!

—No tal, señor, es un guardian leal.

—¡Cómo! ¿ese hombre tan independiente, tan feroz, se ha constituido en eunuco?

—Sir James complace á un amigo que no es ménos terrible que él, porque ese amigo es Kair-Eddin el Dey.

—Creo que me vais interesando por vuestros conocidos, Sr. Zuanko.

—Líbreos Dios, señor, de enamoraros de Leona.

—¡Ah! ¿se trata de esa circasiana, de esa leona sangrienta?

—Cabalmente, mi comandante.

—Y no siendo esa mujer esclava del pirata, ¿qué hace con él?

—Leona, como todas las mujeres, tiene sus caprichos.

—Ya, ¿y se la pega deliciosamente al Dey?

—Karina, que ese es su nombre, es vírgen, caballero, y sobre ser vírgen, un tesoro de hermosura. Pero Karina no es mujer.

—¡Diablo! pues ¿qué es entonces?

—Un vampiro.

Pronunció Zuanko con tal gravedad y de tan buena fé estas palabras, que D. Juan Tenorio no pudo contener una carcajada.

—Reíos cuanto querais, pero no por eso es ménos cierto que Karina duerme de dia y vela de noche.

—Eso no significa otra cosa sino que invierten el órden adoptado en general.

—Es que de dia duerme en un precioso sarcófago que siempre está coronado de flores en la *rauda*—panteon—de la Casbá del Dey, de donde no sale hasta que se pone el sol, volviendo á entrar cuando aparece en el horizonte.

—Lo que no dejará de ser favorable á sus encantos; nunca está una mujer más bella que á la luz del crepúsculo, ni más lánguida que á la luz de la luna.

—Veo que no me dais crédito; pero si quereis, podeis por vos mismo proporcionaros una prueba.

—¿Cuál?

—Ya sabeis que las orientales, por lo regular, recatan muy poco sus encantos.

—Esa es una de sus costumbres.

—Pues bien, os desafío á que logreis ver descubierto el cuello de Karina.

—Y decidme: ¿por qué razon es ese recato?

—Por una razon muy sencilla; si lo descubriera, se veria en él una línea azul, que no es otra cosa que la señal del cordon del jefe de los eunucos.

—¡Diablo! es decir que fué infiel á algun bajá de tres colas, lo que desmiente su virginidad.

—Karina no fué más que imprudente; todo su crímen consistió en abrir una celosía y dejarse ver un momento por Kair-Eddin; ya sabeis que una esclava *vista* es mueble que ha perdido su mérito y se inutiliza.

—Me parece que me estais contando un cuento de hadas.

—Sin embargo, no es ni más ni ménos que la relacion verídica que me hizo en confianza Sir James, y que os trasmito.

—¿Y por dónde diablos, prescindiendo de lo maravilloso de vuestro cuento, ha venido á parar el vampiro á manos de ese inglés?

—Ya sabeis que los ingleses y los alemanes son naturalmente tétricos y apasionados á todo lo terrible; esto constituye en ellos un valor que puede llamarse muy bien valor del otro mundo.

Sir James, en su cualidad de pirata, habia concluido una alianza ofensiva y defensiva con el Dey, sin perder por eso su independencia.

Sir James era respetado por los piratas argelinos, y él por su parte no les inquietaba; aquello marchaba bien; estaban en una perfecta armonía. Pero en una ocasion, el noble, el sublime Dey llamó á su amigo y se encerró con él en el rincon más tenebroso y retirado de su Casbá.

Sir James notó que el rostro del Dey estaba tétricamente sério, y temió, no fiando mucho en la fé africana, una traicion de parte de su poderoso amigo.

—Te he llamado, James,—le dijo,—para noticiarte que el ángel Azrael ha batido sus alas negras sobre mi hogar.

—Pero eso es más bien asunto de tus faquíes y de tus santones,—contestó Sir James.

—Nó, nó,—dijo Kair-Eddin;—tú sabes que el temblor del miedo no existe para mí, y que soy tan buen creyente como el que mejor merezca la ayuda de Dios. Sin embargo, la mano del Altísimo se ha levantado sobre mí.

Ha venido á habitar á mi harem un vampiro.

—Pues bien; córtale la cabeza.

—Es que eso no puede ser, porque yo no quiero.

Sir James, que creia en los vampiros, como creo yo, y como creereis vos cuando veais á Karina, miró con atencion á su amigo, y se tranquilizó; sobre su semblante moreno se trasparentaba un hermoso color de sangre; era evidente que no habia hecho pacto alguno formal con el vampiro, porque en aquel caso hubiera estado pálido como un cadáver.

—Y si á nada te has obligado con él, ¿por qué no evitar su presencia y sus importunidades?—dijo el inglés.

—Porque es una mujer.....

—¡Una mujer!

—Una esclava del Kalifa; una esclava estrangulada.

—Razon más para que tú acabes de cumplir la voluntad del alto, del grande, del sublime señor, puesto que esa ejecucion no ha sido más que á medias.

—Es que estoy enamorado.

—¡Enamorado de un vampiro!

—¿Tienes valor?....

—Creo que esa dama no será más fea que la muerte, y ya sabes que yo la busco y la veo todos los dias.

—Pues bien, sígueme.

Kair-Eddin tomó su lámpara y llevó á Sir James hasta el más lindo de los retretes de su baño.

Antes de llegar á él, Sir James oyó los acordes de una tiorba, y una fresca, sonora y dulce voz que cantaba alegremente un romance.

—Hé ahí que tus mujeres no saben que tienen tan cerca un alma de la eternidad,—dijo el inglés volviéndose á Kair-Eddin.

—¿Crees tú que esa sea la voz de una de mis mujeres?—contestó el Dey;—pues nada ménos que eso: es el vampiro.

Por valiente que fuera Sir James, sintió una especie de frio, impropio de la estacion, porque reinaba entonces el estío; un efecto muy parecido á un terror vago. Dominóse sin embargo, y entró, merced á la llave dorada de que se sirvió para abrir la puerta el Dey.

En un bellísimo aposento, rico en alfombras, flores y preciosidades, á la luz de una lámpara de nácar, se veia sobre un divan de cachemir, una muchacha como de diez y seis años.

Al verla Sir James, segun su dicho, se creyó trasportado á otro mundo.

Comprendió, pues, con cuánta razon se habia enamorado Kair-Eddin.

Ella no le dejó tiempo para meditar, porque dirigiéndose con el acento de la más lánguida indolencia al Dey, le dijo:

—¿Es este tu amigo?

—Sí, Karina, este es.

—¿Y es valiente?

—Ya ves: sabe que eres vampiro, y no tiembla delante de tí.

—Yo hablo de otro valor: ¿se atreverá á ir á Scutari?

—¿Y para qué quieres, hermosa, que yo vaya á Scutari?

—Allí está enterrado mi cuerpo durante el dia, y cuando salgo estoy muy lejos y me fatigo mucho para venir á ver á mi amado.

—¿Es decir que sériamente te empeñas en pasar por vampiro?

Karina se levantó indolentemente del divan, tomó la lámpara, se acercó á Sir James, y le hizo notar su cuello.

—Mira,—le dijo.

En efecto, una estrecha línea azul, casi negra, rodeaba aquel hermosísimo cuello.

—¿Crees ahora que he sido estrangulada?

Karina, al decir estas palabras, fijó una mirada tal en Sir James, que le hizo retroceder; en aquellos magníficos ojos negros, sombreados por convexas, larguísimas y sedosas pestañas, ardia una chispa del fuego del infierno.

—Y bien,—dijo Sir James,—iré.

—¡Irás!—esclamó con alegría Karina.—¡Oh! yo te amaré como una her-

mana, porque podré reposar de dia junto á mi amor.

Diciendo esto, enlazó sus brazos al cuello de Kair-Eddin, que, segun el dicho de Sir James, palideció.

—¿Conque has venido á buscarle desde la eternidad?

—Sí, los ángeles buenos tuvieron compasion de mí; tú has muerto por su amor,—me dijeron;—sé vampiro para gozar su amor.

Todos los dias, desde que el sol se ponga hasta que nazca, estarás libre de la tumba, y te conservarás pura é inmarchita; si un dia cedes á la impureza, no te volverás á levantar.

—Ved ahí un escelente medio para que Kair-Eddin se hubiese desembarazado de su fantasma,—observó D. Juan;—las mujeres, como los hombres, somos fatalmente impuros, y sobre todo, Karina estaba enamorada.

—Pues ahí vereis; Kair-Eddin tuvo y tiene valor para respetar la pureza de su amante vampiro; y Sir James, creyendo de buena fé que no se trataba de otra cosa que de una burla incomprensible que le hacia el Dey, tomó minuciosamente sus informes acerca del lugar de la tumba de Karina, y llevando consigo un pequeño croquis que habia hecho con ayuda de aquella en su libro de memorias, creyó tener una necia condescendencia, zarpando de Argel y encaminándose á Constantinopla.

Cuando llegó, trasladóse inmediatamente á Scutari, y no fué ya tan incrédulo cuando encontró la exacta semejanza del sepulcro que se le habia indicado en el sitio señalado en su croquis de antemano; sus fronteras, por decirlo así, estaban fijadas de una manera exacta, y en cuanto al monumento, consistia en una losa de mármol de Páros, en una de cuyas estremidades, y sobre un bello remate, estaba ceñida una corona de siemprevivas sobre un velo de vírgen; la feroz justicia del sultan no le habia impedido ser galante.

Sir James habia tenido gran cuidado de trasladarse al cementerio antes de la salida del sol; creia, si era cierta la relacion de Karina, sorprenderla á su vuelta y darla los buenos dias antes de que entrase en su tumba.

Pero esto no sucedió; solo sí recordó despues, que en el mismo momento en que el sol dejó ver su primer punto luminoso en el horizonte, sintió una aguda y momentánea sensacion de frio.

Es de advertir, que para estorbar mejor la entrada al vampiro, se habia tendido sobre la tumba.

Á pesar de esto, que parecia ser un indicio, Sir James envió al diablo á Kair-Eddin y á Karina, y se volvió á su galeota, resuelto á tornar á Argel, á sufrir la burla de que creia haber sido objeto.

Sin embargo, creyó que una vez hecho el viaje, debia aprovecharlo, mandó botar una lancha, desembarcó en el Cuerno de Oro, y empleó todo el dia en comprar perfumes, ropas y joyas para su harem. Porque es de advertir, que Sir James, sin ser moro, tiene un bonito serrallo en Argel.

Volvió á su galeota despues de puesto el sol, y lo primero que vió al entrar fué un ramillete de siemprevivas puesto sobre las ropas de su litera.

Dentro de aquel ramillete, y enrollado, habia un papel.

«Eres un cobarde,—decia la epístola;—has temido abrir mi sepultura, y »me abandonas. Pero yo me vengaré. No te he dicho esto de palabra, porque

»la distancia que tengo que recorrer es larga y no estaba dispuesta á buscarte »ni á esperarte. Si me abandonas, acuérdate de mí.»

—¿Y dónde diablos se habia provisto de papel y de tintero la señora Karina?—observó D. Juan.

—El diablo que lo sepa.

Lo que en verdad aconteció, fué que al dia siguiente Sir James tuvo gran cuidado de tenerlo dispuesto todo; sobornó á los guardas, y como el cementerio de Scutari es un lugar de sepultura de gente noble y rica, y esta gente entre los turcos es muy indolente, tuvieron lugar los sepultureros de hacer la exhumacion, sin temor de que les sorprendiese un solo testigo.

Á poca profundidad encontraron un féretro de cedro, embutido con preciosos arabescos de ébano, marfil, oro y plata, que exhalaba un perfume delicioso.

Sir James, temiendo cargar con un muerto que nada le importase, hizo abrir el ataud, y entonces cesaron todas sus dudas.

Karina estaba allí cubierta con un velo trasparente de gasa y oro, y tan de buen color, tan fresca, tan hermosa, como si solo estuviera dormida; aun se creia notar que un suave aliento comprimia y dilataba su seno.

Sir James hizo meter el féretro en un cajon; le cubrió de mercancías, pagó espléndidamente á los sepultureros y á los guardas del cementerio, y se trasladó con su sacrílego robo á su galeota, donde le depositó en su cámara.

En seguida se hizo á la vela, y al ponerse el sol se sentó sobre el cajon; en el momento en que el sol parecia apagar su última chispa en los mares, creyó percibir un leve suspiro, y la misma sensacion agudísima de frio que habia percibido el dia anterior y atravesado su cuerpo de piés á cabeza.

Era evidente que el vampiro acababa de ponerse en marcha para Argel.

Sir James llegó tambien, trascurrido el tiempo necesario, y el cuerpo de Karina fué colocado en la preciosa tumba de oro, que dirigida por ella misma, se colocó en la rauda de los Deyes de Argel.

Contaba con tal seriedad y tal aplomo la historia del vampiro el señor Zuanko, que D. Juan, que estaba muy acostumbrado á las supersticiones de los marinos, no se atrevió á contradecirle, por temor de ser descortés.

—¿Y habeis tenido miedo á esa mujer?—dijo al narrador cuando hubo concluido.

—Sí; tuve miedo, porque temí enamorarme de ella: de seguro lo hubiera conocido, porque además de ser mujer, esos malditos vampiros leen los pensamientos, lo saben todo.

—¿Y qué importaba? no sois mal mozo, y siempre agrada á las mujeres ser amadas, y mucho más cuando lo son con idolatría y con respeto.

—Recordad, mi comandante, que además de su nombre, Karina, esa mujer tiene el bello sobrenombre de la *Leona Sangrienta*.

—Esa será otra historia.

—Ese nombre se lo han dado en Paris.

—¡Cómo! ¿ha estado la señora Karina en Paris?

—De creer era que las mujeres no tuviesen caprichos más que en vida; pero por el ejemplo de Karina, está visto que los tienen despues de muertas.

La mujer vampiro alegó que habia estado esclavizada mientras vivió, y

que despues de muerta tenia que sufrir diariamente una prision de sol á sol.....

—Eso es inexacto; esa dama llama estar presa á dormir.

—Pues no hubo medio á negarse, mi comandante.

—Es decir que al fin fué á Paris, y se portó como un verdadero vampiro entre cristianos.

—No hizo ni más ni ménos que lo que hacen cuotidianamente otras muchas mujeres que no son vampiros.

Sir James es un jóven muy cortés, muy galante, muy acostumbrado al buen trato, y perfectamente relacionado en las primeras córtes de Europa, donde pasa por un rico comerciante inglés.

Sir James presentó á Karina bajo el nombre de su hermana en todas las altas reuniones; es de advertir que ella, por su cualidad de vampiro, sabe hablar todas las lenguas con tal perfeccion, que puede pasar muy bien por natural del lugar en que se encuentre.

Karina produjo un efecto inesplicable en los inflamables pares de Francia; hacíanla el amor, y ella se mostraba afable, casi enamorada: cuando un amante llegaba á darla un beso, aquel beso era fatal; al dia siguiente se le encontraba muerto de una estocada ó ahogado en el Sena, ó estrangulado en su lecho, sin que jamás se descubriesen los asesinos.

Llegaron á ser tan frecuentes estos casos, vióse de una manera tan demostrada que todo el que era amado por Karina moria de una manera funesta, que el terror estableció un ancho círculo en torno suyo, y la llamaron la Leona Sangrienta.

Como comprendeis muy bien, el pobre Sir James, que solo era un comisionado de Kair-Eddin, para que su amada diese un paseo por Europa, acompañada y con traje conveniente, puesto que para otra cosa de nadie necesitaba ella, por su libertad de trasladarse al punto que la diese gana desde la puesta del sol á la salida; Sir James, digo, empezó á temer que la justicia quisiese averiguar algo acerca de tan singulares desgracias y diese con ellos en el Chatelet, de donde podria muy bien salir el vampiro, mientras él, no poseyendo la rara facultad de hacer penetrables los cuerpos estraños, se veria por lo ménos envuelto en algun tenebroso enredo.

Oyendo, pues, el buen consejo de la prudencia, levantó el campo de Paris y se trasladó á Cales, bien seguro de que no tardaria en presentársele Karina.

Navegando se hallaba con un hermoso viento, con rumbo á Doubres, cuando se encontró de repente junto á sí á Karina.

—Eres un cobarde, James,—le dijo;—me has dejado sedienta de sangre francesa.

Sir James tuvo lástima de sus compatriotas, hácia cuyas costas se dirigia, y la tuvo con razon; en Lóndres sucedió lo mismo exactamente que en Paris, solo que allí hubo más suicidios que asesinatos.

Aquella fatalidad continuó en Amsterdam, Bruselas, Francfort, Viena, Venecia..... y esta misma noche, aunque hace mucho tiempo que no se presenta entre gentes civilizadas Karina, podreis tener una prueba del respeto que inspira.

—Lo que quiere decir que yo, que soy valiente, me espongo á morir de una manera fatal si me enamoro de esa mujer.

—¡Vos! vos sois un sér superior; vos la enamorareis, la hareis ser impura, la matareis del todo, y librareis al mundo del más hermoso basilisco que se ha conocido.

—Casi casi tengo tentaciones de probar hasta dónde llega la verdad del relato que os ha hecho creer tan cándidamente Sir James.

—¿Conque no lo creeis?

—Nó.

—¿Sabeis por qué es tan terrible ese corsario?

—Por su valor, sin duda.

—Os equivocais. Las brisas del mar no han podido arrancar á Karina la aficion á la sangre; por el contrario, no pasa noche en que Sir James no haga una presa; cuando ménos lo piensa, se le aparece Karina.

—Rumbo al Poniente,—le dice.

Sir James sabe que de seguro hallará caza, y hace rumbo al Poniente.

Por fuerza, de una manera inevitable, un bastimento que navegaba tranquilo se ve abordado, saqueado y pasado á cuchillo.

—Vamos, Sr. Zuanko, me decido,—dijo D. Juan.

—¿Sabeis dónde podreis encontrarla?

—¿Cómo diablos quereis que lo sepa, si no me ha pasado aviso?

—¿Teneis abierto el palacio de los Concini?

—Salvatori Giacomo Concini es tan amigo mio, como que no le pesaria hacerme marido de su hermana Benetta.

—Pues bien, allí los encontrareis.

—¿Y quién os ha dado todas esas noticias?

—¡Diablo! uno de los piratas de Sir James que encontré esta mañana en la taberna del Sapo negro.

—¡Hola! la góndola al agua,—dijo D. Juan al marinero de cuarto.

Algunos minutos despues D. Juan avanzaba rápidamente hácia Venecia.

—Es singular,—se decia;—paréceme que esta historia de aparecidos y fantasmas se ha imaginado para mí.

Eso quiere decir una de dos: ó que se me tiende un lazo, ó que se me solicita.

Pues bien, veamos; en todo caso, ya estamos sobre aviso.

CAPÍTULO VI.

El vampiro.

El sarao con que solemnizaba en su casa la festividad de San Marcos el conde Salvatori Giacomo de Concini era de los más espléndidos, aun allí, en

Venecia, donde por aquellos tiempos la magnificencia y el fausto eran proverbiales.

A pesar de no haber mediado todavía la primavera, aquella era una verdadera velada de verano; los salones del piso bajo estaban abiertos, resplandecientes de luz y de elegancia, pero solo servian de paso á un magnífico y estenso jardin, cuyas galerías abiertas en columnatas y enriquecidas con magníficas estatuas del buril antiguo, daban sobre el gran canal, enlazando, por decirlo así, la alegría y el resplandor interiores con la algazara y las antorchas de las góndolas que, cubiertas de máscaras, se deslizaban sobre el canal.

Las bellezas del jardin, eminentemente artísticas, habian sido realzadas por una iluminacion de trasparentes y vasos de colores, agrupados en guirnaldas y perdidos á veces entre las frondas; notábase lo licencioso y corrompido de Venecia en ciertos sombríos y verdes apartamentos, casi velados en las sombras, y que no por esto estaban ménos frecuentados que las anchas avenidas cubiertas como por una alfombra de seda de un finísimo tapiz de arena, donde se amortiguaban las pisadas; en el centro de aquellas avenidas, una magnífica tienda de telas preciosas hacia flotar sus festones sobre una estensa glorieta circular, en cuyo centro se alzaba una fuente monumental que enviaba los cien cambiantes de sus luces bajo los juegos de sus aguas. Aquel era el lugar del baile.

D. Juan se habia trasladado allí; acaso era el único que se presentaba sin disfraz.

Llevaba D. Juan un riquísimo traje de tisú bordado de pedrería, y no mostraba otras armas que una daga; siempre la misma daga de Lisardo.

Hacia mucho tiempo que una sorda tristeza encapotaba su alma, y le costaba ya penosos esfuerzos el sostener la calma y la paz de su semblante.

Habia cumplido ya treinta años, y habia variado completamente; si seguia en la misma vida, podia decirse que era por el impulso anterior. Habia, en fin, dado fondo, y vegetaba.

Mucho habia debido escitar su curiosidad la descabellada y fantástica historia de Karina, cuando por ella habia consentido en aliarse á una fiesta, huyendo de la cual, y hasta lo posible de su ruido, se habia trasladado desde la tarde anterior á bordo de su galera.

Durante todo aquel tiempo no habia visto á Noema, la echaba de ménos, como una costumbre, como una necesidad material, y fastidiado de la fiesta, se dijo:

—Estaré aquí un momento, y luego iré á cenar con ella.

¿Era que amaba á la mora? Acaso el corazon humano es tan incomprensible, que al primero que engaña á veces es á sí mismo.

Se habia prefijado un momento de permanencia en el baile, y aun estaba en él una hora despues de su llegada, precisado á ser amable con las máscaras que le embromaban, le asediaban y aun le dejaban oir misteriosamente palabras que hubieran enloquecido á otro cualquiera.

D. Juan las contestaba con un donaire, y pasaba.

De improviso vió deslizarse junto á él una pareja deslumbrante de galas y bordaduras.

Aquella pareja la componian un hombre con traje griego y una mujer con traje árabe.

Siguieron adelante y se perdieron por una de aquellas sombrías espesuras de que hemos hecho mencion.

D. Juan, atraido por la analogía del traje de aquella mujer, con la historia de Karina, siguió.

La pareja notó que era seguida y se volvió á la glorieta á tiempo que resonaban los primeros compases de una danza.

Tenorio se acercó entonces, y de la manera más galante suplicó al hombre le permitiese demandar el alto favor de danzar con ella.

La dama soltó en silencio el brazo del griego, que en silencio tambien y con un estoicismo que no era de esperar, se retiró entre los espectadores.

Un momento despues, D. Juan y la máscara estaban lanzados en la danza.

Entonces D. Juan se dedicó á analizar las gracias de su pareja.

Llevaba un riquísimo traje originario de Oriente, y sus joyas valian un tesoro; descotado, ó por mejor decir, abierto en demasía, dejaba admirar una espléndida morbidez; sus manos, sus brazos y su cuello parecian modelados por un escultor rival de la naturaleza; pero sobre aquel cuello, y oprimidas y ensanchadas en derredor de él, se confundian con su tono y su blancura las múltiples vueltas de un collar de perlas cerrado por un enorme broche de brillantes.

D. Juan conoció que la mujer con quien bailaba era una de esas hermosuras superiores que ven pocos hombres y solo una vez en la vida; y en cuanto al fatal signo de la estrangulacion, se dijo que muy bien podia ocultarse bajo la riqueza de aquel collar. Pero ¿cómo averiguarlo? D. Juan se propuso saberlo.

—¿Es vuestro esposo—la dijo—ese caballero á quien he tenido la dicha de arrebataros por un momento?

—Es mi hermano y nada más,—dijo con una sonora languidez la dama.

—Segun eso, no sois casada.

—Soy vírgen, D. Juan,—dijo ella con una libertad de palabra que solo podia dispensarse á las maneras orientales.

—¿Me conoceis?—dijo admirado el jóven.

—¿Y quién no os conoce, D. Juan? todas os conocen en Venecia, y todas codician vuestros amores.

—Y si eso fuera cierto, señora, ¿podria yo contaros entre el número de las que?....

D. Juan se detuvo, un poco embarazado.

—Nó, D. Juan; yo no os amaré, porque mi amor podia seros fatal.

—¡Fatal! no creo que sea nada para mí más fatal que vuestro desden.

—Si me conociérais, á fé que andariais más cauto.

—Acaso, acaso os conozca.

—Pues juro, D. Juan, que esta es la primera vez que me veis y que os veo.

—Yo creia que vos, por ciertas circunstancias de vuestro destino, teniais poder para ver desde muy lejos, acaso desde la eternidad.

La dama se estremeció visiblemente, y se apresuró á decir á D. Juan:

—No os acerqueis tanto, por Dios, si me amais; aunque en Venecia no tendria nada de estraño un beso robado en la danza, os esponeis; nos observan.

—Es decir que me amenazais con vuestro pirata.

Estremecióse de nuevo la dama, y como si hubiese tomado una resolucion repentina, varió de tono.

—Provocais al destino de una manera insolente, D. Juan, y el destino puede seros fatal. Recordad.

—¡Que recuerde! ¿y qué quereis que recuerde estando á vuestro lado?

—¡Recordad! hace seis años.....

D. Juan empezó á sentirse impresionado.

—Recordad, y sed prudente; no tengais tanta prisa en acudir al emplazamiento del comendador.

D. Juan no pudo resistir impasible aquel funesto recuerdo, y se detuvo; en aquel punto, violentado por un movimiento brusco de la dama, ó por otra circunstancia, saltó el broche del collar, y D. Juan vió en torno de su cuello una línea negra.

La dama recogió el collar antes de que se desenrollase enteramente de su cuello, y se le prendió de nuevo. Pero era ya tarde; D. Juan habia visto la tremenda señal.

Incrédulo hasta entonces, se habia burlado del relato de Zuanko; pero cuando pudo asegurarse de su verdad, en vez de temblar, creció su espíritu.

—Sabia quién eras, y he venido á buscarte, Karina,—la dijo.

—¡Oh! valiente como un leon y hermoso como una esperanza,—esclamó ella con una intensa alegría;—tú eres el hombre de mi amor, Juan.

—¿Y no has amado hasta ahora?

—Nó.

—¿Y Kair-Eddin?

Karina lanzó una alegre carcajada.

—¿Cómo, no le amas?

—Me burlo de él.

—Lo mismo te burlarás de mí.

—Nó, nó, yo te lo aseguro, y te daré una prueba.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿Dónde?

—En tu aposento. Cenaremos juntos, ¿no es verdad?

—¡Cómo! ¿los vampiros comen?

—Y aman á D. Juan.

—Quiera Dios que amen de mejor modo que nuestras mujeres.

—Y son más hermosos, mucho más hermosos, D. Juan,—dijo con una refinada coquetería Karina.

—Muéstrame tu semblante.

—Nó, nó; nos observan,—dijo ella, como resistiendo á una tentacion.

—Tú eres libre.

—No tanto como crees.

—Pues bien, yo te libraré.

—Silencio. Hemos inspirado sospechas; hé ahí á mi hermano que se acerca; es preciso separarnos. Hasta luego.

—Pero si he de ir, es necesario que me jures tener apagada la luz.

—La apagaré.

Despues de esto, se acercó el griego, saludó cortésmente á D. Juan, y recogió su pareja.

Tenorio salió del baile, se encaminó á su palacio, hizo preparar una magnífica cena en su aposento, y al sonar las doce se sentó junto á la mesa, apagó la luz, y esperó.

CAPÍTULO VII.

El ángel del perdon.

Pasó algun tiempo, y nada demostró que el vampiro ni otro sér hubiese penetrado en el aposento; pero al fin D. Juan creyó percibir un ruido incalificable, despues sonaron pasos, y una voz temblorosa dijo en la oscuridad:

—¡D. Juan!

Tenorio se levantó, adelantó hácia donde habia sonado la voz con los brazos estendidos, y notó que se asian á ellos dos tersas y pequeñas manos que le atrajeron á sí.

—Tengo miedo, D. Juan,—dijo aquella voz muy quedito.

—¡Cómo! ¿miedo un vampiro?....

—Callad, por Dios, si no quereis que muera de terror. Sobre todo, haced que traigan luz.

—¡Cómo! ¿no os importa nada que os vean mis criados?

—¿Y qué más me da? ¿no estoy al fin en vuestro poder, no me protegereis vos?

La dama, cuya voz era dulcísima y tiernamente apasionada, hablaba muy bajo.

—Venid más bien conmigo,—la dijo D. Juan;—en esa habitacion inmediata hay luz.

D. Juan la condujo y entró en una habitacion espaciosa.

Tenorio miró de una manera ávida á su compañera.

Era un poema viviente de hermosura.

Estaba vestida á la europea, con un ancho traje de la época, blanco y flotante, adornado con cabos azules.

D. Juan sintió dilatársele el espíritu por la primera vez, despues de mucho tiempo, del mismo modo que si hubiese aparecido á él radiante de gloria el ángel del perdon.

Dios no podia haberle enviado por medios tan estraños un trasunto di-

vino sino para reconciliarse con él.

—¡Ah, señora!—la dijo:—¡qué hermosa sois!

La dama bajó los ojos, temerosa de que indicasen demasiado claro la alegría, y aun nos atrevemos á decir, la felicidad que inundó su alma á la sentida palabra de D. Juan.

—¿Quién os envia,—continuó Tenorio,—Dios ó el infierno?

—He sido tan desgraciada hasta ahora, y siento en mi alma una esperanza tan dulce,—contestó ella,—que no puedo dudar que me envia Dios.

—Sentáos, sentáos junto á mí, señora, y permitidme que esprese mi admiracion por la manera estraña con que habeis llegado hasta mí.

—Esperad, D. Juan; ¿estais seguro de que no podemos ser escuchados?

—Sí.

—¿Habíais cerrado todas las puertas cuando me esperábais?

—Sí.

—Pues bien, ya veis que sin abrir ninguna de esas puertas, he llegado hasta vos.

—Pero en verdad, señora,—esclamó D. Juan, á quien la estraordinaria hermosura de la jóven habia impresionado de una manera supersticiosa;—¿perteneceis á la tierra como yo?

—No soy ni más ni ménos que una mujer que ha nacido para vivir, sufrir y morir.

—¿Luego no habeis sido condenada por el sultan?

—No conozco á ese magnífico señor,—contestó la jóven sonriendo.

—¿Ni habeis sido ejecutada, ni enterrada?

—Nada ménos que eso.

—¡Luego todo es mentira!

—Ya lo veis.

—Habeis entrado, pues, como cualquiera otra persona por una puerta.

—De seguro. Vos no habeis sentido abrir ninguna de las que habiais cerrado, lo que prueba que he sido introducida por una puerta oculta.

—¿Y quién os ha introducido?

—Un enmascarado. Ya veis que es muy fácil que por donde he entrado yo, éntre otra cualquiera persona y se nos espíe.

D. Juan fué á cerrar con llave la puerta.

—Es inútil, á mi modo de ver, esa precaucion; aunque nos traslademos á otro aposento, podrá suceder que haya en él del mismo modo otra puerta oculta.

—¿Y teneis interés en que no os escuchen?

—Mucho,—dijo la dama.

—¿Teneis miedo?

—Sí, D. Juan.

—¿Miedo estando conmigo?

—Esto lo aumenta; más que por mí, le tengo por vos.

—En cuanto á mí.....—dijo con cierta confianza D. Juan.

—Podeis estar todo lo preparado que gusteis, pero estad seguro de que aquí nada hablaré.

—Pero, ¿teneis algo importante que decirme?

—Mucho, D. Juan.

—¿Y dónde os creereis libre para ello?

—¿Teneis una góndola?

—Sí.

—¿Podremos llegar á ella sin ser vistos de nadie?

—Sí, por los jardines.

—Pues bien, vamos; sois fuerte, vigoroso, y bien podreis impulsarla; yo iré al timon.

—¡Hola! ¿sois marinera?

—He paseado muchas veces de una manera semejante en el mar.

D. Juan sintió un movimiento de celos.

—¡Ah!—dijo;—es verdad, sois amante de un marino.

—Nó,—dijo ella;—soy esclava de un pirata.

—¿Y dónde iremos, señora?

—Al golfo.

—¿Os empeñais absolutamente?

—Os lo suplico.

D. Juan miró al vampiro con fijeza; pero por más que aquella mirada fuese escrutadora, no vió en él más que una mujer adorablemente confusa y tímida.

—Si tal es vuestra voluntad,—dijo al fin resuelto á todo,—seguidme.

D. Juan atravesó muchos salones, pasadizos y galerías; bajó por una escalera de servicio, y entró en un jardin, despues de haber dejado á su puerta la bujía con que se alumbraba.

Luego, llevando á la dama asida de la mano, cruzó una larga calle arenada, y llegó á un pabellon rústico, á cuya puerta llamó.

Contestó dentro una voz soñolienta.

—Abrid, Paolo,—dijo D. Juan.

Oyóse dentro un golpe como de una persona que se lanzaba de una cama, y un momento despues se abrió la puerta; apareció en ella un hombre á medio vestir, con una lámpara en la mano.

—Apagad esa luz,—dijo D. Juan.

La luz se apagó en el momento.

—Tomad vuestro arcabuz y vuestra bolsa de municiones.

Paolo entró, buscó y volvió á salir.

—Ahora, abrid la verja que da sobre el canal y botad la góndola.

Salió Paolo y se encaminó á un estremo del jardin, donde le siguieron don Juan y la dama. Oyóse rechinar una llave en la oscuridad, crugir una reja en su cancela y luego arrastrarse un cuerpo pesado y caer sordamente en el agua; era la góndola botada al canal.

—Poned en la cámara el arcabuz y la bolsa, y armad dos remos.

Paolo saltó desde el borde á la góndola.

—¿Está ya?

—Sí señor.

—Ahora, si gustais, vamos, señora.

D. Juan saltó dentro, dió la mano á la dama, y cuando ésta hubo saltado á su vez, dijo á Paolo:

—¡Salid!

—¡Cómo, señor! ¿vais solo?

—Solo.

—Vuestra señoría no conoce los canales, y se espone á embestir contra un puente ó una revuelta.

—El canal va en derechura al golfo.

—Sin embargo, señor.....

—Saltad y cortad la amarra.

Era tan firme la voz de D. Juan, que Paolo no se atrevió á insistir, saltó fuera, desató la amarra, y la góndola se separó del borde.

—Esperad con atencion á que yo vuelva,—dijo D. Juan.

—Muy bien, señor.

—¿Estais ya en vuestro lugar, mi hermoso piloto?—dijo Tenorio.

—Sí.

—Pues bien; mano firme, y á la buena ventura.

D. Juan asió los remos y empezó á bogar.

Aunque la góndola era ligera, se necesitaban grandes fuerzas para hacerla marchar con la rapidez que Tenorio; mientras estuvieron dentro de Venecia, ni el timonel ni el gondolero, improvisados de tan rara manera y por tan estraña causa, dijeron una sola palabra.

Un cuarto de hora despues de haber partido del jardin, á pesar de que lo denso de la oscuridad no les permitia juzgar por la vista, conocieron por el fuerte vaiven de la lancha y por el zumbido de las olas, que estaban sobre el mar.

—¿Veis algo?—dijo la dama.

—Ni los dedos de la mano.

—¿Y cómo haremos para no chocar con algun buque?

—¿Entendeis algo de pilotaje?

—Un poco, D. Juan.

—Pues bien; orzad á la banda de estribor

La góndola obedeció instantáneamente, y puso el costado donde antes llevaba la proa.

—En popa,—dijo D. Juan,—y continuó bogando.

Un cuarto de hora despues dijo:

—Orzad á babor.

La góndola obedeció como la vez anterior, y D. Juan siguió bogando aun media hora.

—¿No os fatigais?—le dijo la dama.

—Nó; me impulsa la novedad de esta aventura.

—Lo que no deja de significar por otra parte que teneis brazos de hierro; no hubiera hecho otro tanto el más fuerte de los forzados de Sir James.

—¿Y quién es ese señor?—dijo D. Juan, como si hubiese escuchado por primera vez aquel nombre.

—Es el griego con quien me encontrásteis esta noche en el baile.

—¿Y ese hombre en efecto es griego? Parecia llevar su traje de costumbre.

—Ese hombre no se sabe lo que es, D. Juan.

—Pero ¿en qué concepto vivís junto á él y le seguís por todas partes?

—Para esplicaros eso será necesario que os cuente mi historia. Dejad los remos, D. Juan; creo que el punto en que nos encontramos no puede escucharnos nadie más que Dios y el mar.

Tenorio soltó los remos, y la góndola abandonada se balanceó sobre el oleaje.

Era tan estraño lo que pasaba por D. Juan, tan solemne, por decirlo así, la hermosura de la dama que le acompañaba, tan lleno de grandeza cuanto tocaba á sus sentidos, que la chispa de fé que dormia escondida en el fondo de su corazon se dilató en una llama brillante y consoladora; á su luz parecióle ver que la mano de Dios descendia sobre su cabeza, no armada con el castigo, sino llena de indulgencia y de perdon; hacia mucho tiempo que don Juan habia perdido la esperanza, y al concebirla de nuevo, sintió una fruicion semejante á la del peregrino, que abrasados los piés, inflamados los ojos, y árida la sedienta boca, á su paso por el desierto, bebe las puras linfas de un arroyo murmurante, y respira frescas auras á la sombra de las palmeras y de los sicomoros de un oasis.

D. Juan, como el peregrino, creyó que aun habria para él paz y reposo sobre la tierra, y esta dulcísima esperanza le hizo olvidar por la primera vez las horribles fatalidades de su pasado.

—Contadme, contadme vuestra historia, señora; debe ser triste y lánguida como vuestra hermosura.

—¡Ah, D. Juan! hasta ahora ha sido una sucesion de dolores, una contínua tortura del alma, á la que no ha faltado más que la degradacion del cuerpo.

—Espero que en vuestra historia no habrá nada de espectros ni de aparecidos,—dijo D. Juan.

—Os han contado un cuento risible, D. Juan, para escitar vuestra curiosidad hácia mí.

—¿Es decir que ha habido una intencion en hacer ¡que yo os conozca?

—Ha habido un deseo de venganza, y la han urdido de tal modo, que estais envuelto en ella.

—¿Aun con vos, y en las soledades del mar?

—Yo pretendo salvaros de los hombres, y os salvaré, si os salvo de vos mismo.

—¿Y qué interés teneis en ello?

—¿Qué interés?..... ¿tan torpe sois, que en mi coducta no habeis conocido que os amo?

—¡Que me amais!—esclamó D. Juan estremeciéndose por primera vez de placer á aquella declaracion, que en boca de otras mujeres habia escuchado con hastío; ¿que me amais? ¿y desde cuándo, señora?

—Desde hace un mes.

—Creo que me habeis dicho que esta noche me veiais por primera vez.

—En efecto. Pero hace un mes me hicieron ver vuestro retrato, un her-

moso retrato guarnecido de brillantes.

—¿Un retrato mio? no recuerdo haberme hecho copiar más que una vez por una especie de tuno italiano, que al fin pereció en manos del Santo Oficio.

—¿Y no recordais á quién regalásteis ese retrato?

—Sí, á una de mis antiguas amantes, á una duquesa.

—Mucho debiais amarla, cuando la hicísteis gracia de un recuerdo que ella debió apreciar mal, puesto que ha pasado á otras manos.

—¿Y á qué manos, si gustais, señora?

—Á las de Sir James Kipault, que es quien me le ha hecho conocer.

—Ese retrato debe haber sido robado á la dama que lo poseia.

—Áun sois el mismo, y desconfio de salvaros.

—No os comprendo, señora.

—Sí, aun teneis vanidad; se os hace amargo creer que una mujer que os ha amado haya hecho un sacrificio de vuestra imágen á otro amor.

D. Juan conoció la exactitud de la observacion, y se apresuró á contestar.

—Nó, no lo he olvidado todo, me lo habeis hecho olvidar todo.

—¡Todo!

—Sí, todo, hasta mis remordimientos.

—¿Y en ellos ha ido envuelto el recuerdo de tres mujeres?

D. Juan se sintió tocado en el corazon por un dedo de hielo.

—¿De qué mujeres hablais, señora?

—Os hablo—contestó con un ligero timbre de amargura la dama—de las tres mujeres que habeis amado, de las tres mujeres que habeis perdido, y á cuya memoria se unen los espectros de los tres hombres que han sido vuestros enemigos.

D. Juan no pudo dudar de que la incógnita, que de una manera tan segura le recordaba, no solo á Magdalena, á Inés y á Lind-Arahj, sino tambien á Lisardo, á Avendaño y al comendador, conocia perfectamente su historia; pero ¿quién se la habia referido? aquellas terribles historias habian dormido dentro de su alma; es más, creia que solo las conocian Dios y él, y tornaron sus dudas; creyóse de nuevo delante de un ángel ó de un demonio.

—Verdaderamente es maravilloso cuanto me decís, señora; conoceis mis flaquezas, mis dolores, mis crímenes; cosas que nunca, á nadie he revelado.

—Se os ha espiado, se han conocido vuestros papeles; se os está tendiendo, desde hace mucho tiempo, un lazo que vos, en vuestro marasmo, no habeis podido conocer.

—Solo una persona existe que haya podido asir los hilos de mi pasado, y esa persona, señora, me ama hasta sufrir en silencio todos mis caprichos, todos mis delirios, todos mis furores; esa persona no ha podido hacerme traicion.

—Esa persona os ama y os aborrece; esa persona desea vuestra muerte, y no se atreve á dárosla por sí misma; esa persona se llama Noema.

D. Juan, por un movimiento instintivo, miró al sitio donde estaba replegada la desconocida, como si á través de las sombras hubiera podido ver su semblante.

—Lo que me decís, señora, es muy estraño,—esclamó;—sabeis mi vida,

conoceis mis amores.....

—Y por eso os amo.

—¿Por eso?

—Sí, habeis sido muy desgraciado.

—¿Y creeis que no lo seria con vos?

—¡Oh! nó, si mi voz logra hacerse sentir en vuestra alma.

—La estais conmoviendo, señora, desde el momento en que me hablásteis por primera vez.

Confesad que eso se debe á la manera como os he sido presentada.

—Confieso que de otro modo, hastiado del amor, cansado de la vida, no os hubiera conocido.

—¡Ah, D. Juan!

—Os hubiera visto pasar ante mí, indiferente. Pero en la historia que me contó mi contramaestre Zuanko, con referencia á vos, sois un misterio ó un lazo.

—Y lo afrontásteis.....

—Sí.

—Es que estais cogido en él.

Tenorio se puso de pié.

—Sentáos, D. Juan, sentáos;—si queda algun corazon fiel sobre la tierra para vos, es el mio.

—Pero ese lazo.....

—Os habeis rodeado de criminales, y os han vendido; estais solo, enteramente solo; para salir de esta situacion, solo os quedo yo.

—Creo que vuestro interés por mí os hace exagerar mi situacion, señora.

—Recordad que no he querido permanecer en vuestra casa; mi encargo estaba reducido á representar junto á vos á un vampiro; más bien que eso, á embriagaros en la fatal hermosura que me ha concedido el cielo. ¿Recordais que en el baile os indiqué que cenariamos juntos?

—Sí.

—Pues bien; en esa cena debia yo verter en vuestra copa el contenido de ese pomo.

La incógnita buscó entre la oscuridad una de las manos de Tenorio, y le hizo palpar un objeto cilíndrico; aquellas manos, retenidas por un dulce poder, no volvieron á separarse.

—¡Os habiais encargado de envenenarme!

—Nó, sino de adormeceros; este es un narcótico.

—Me temen.....

—Podrian mataros á mansalva, puesto que estais rodeado de enemigos; pero se os odia más aun; una puñalada es pequeño placer para Noema: necesita veros cautivo, humillado, encerrado en una jaula, como un leon á quien se ha armado una trampa, y envenenándoos con vuestro furor.

—Pero eso es infame, y me espanta el que un hombre á quien llaman el Tiburon Rojo, se una á una serpiente para vencer cobardemente al valor confiado.

—Vuestro valor os pierde, y cuando recuerdo que mi hermosura y el ciego amor que siente por mí ese feroz pirata han contribuido á salvaros, bendigo

mis desgracias que me han traido junto á vos en una situacion solemne.

D. Juan creyó sentir entonces de una manera indudable la mano de Dios que le enviaba un ángel.

—Tocamos á vuestra historia, señora, historia que hemos dejado olvidada por la mia.

—Mi historia es harto vulgar; una de esas desgracias que se cuentan en nuestras playas cada dia, por resultado de lo desamparadas que están al embate de los piratas.

—Permitidme, ¿y cómo se llama mi ángel?

—Vuestro ángel debe tener un bello nombre.

—Ese nombre es el vuestro, señora.

—¡Oh, el mio! me llamo Teresa de Cárdenas.

—¿Sois española?

—He nacido en Málaga.

—¿Y en Málaga habeis sido hecha cautiva?

—Nó, cerca de una posesion de recreo de mi padre, situada junto al mar y en una situacion que es generalmente feliz para las mujeres: me iba á casar.

—¡Habeis, pues, amado!

—¡Pedid amor á una niña de catorce años! Apenas conocia á mi prometido, y despues le he olvidado.

—¡Os casaban por fuerza!

—Tampoco. Me habian dicho: «es preciso que te cases,» y yo habia cedido de la misma manera qne si me hubiesen dicho: «es preciso que cantes.»

—Mi padre era noble, rico y antiguo soldado de los tercios de Italia; se habia retirado , inútil para la guerra, por honrosas heridas alcanzadas en ella.

Despues de esto se casó, y yo fuí el fruto tardío de un matrimonio contraido entre un hombre de cincuenta años y una mujer de cuarenta.

Fuí, pues, el objeto de la más tierna solicitud, y apenas pudo considerárseme mujer, mis padres se apresuraron á disponer de mi mano.

Mis padres eligieron de entre los hijos de sus amigos el que les pareció más bello, más jóven, más galan, más á propósito, en fin, para inocular el amor en un alma que dormia aun replegada en su inocencia.

El esposo se halló en el hijo de un antiguo compañero de mi padre, y se concertaron las capitulaciones; se firmaron al fin, y llegó el dia en que los padres del novio vinieron desde Málaga para acompañarnos á la ciudad, donde aquella noche debian celebrarse los desposorios.

Me acuerdo que era muy temprano cuando salimos de la quinta acompañados solamente de unos criados.

Estaba tan cerca Málaga, que pareció inútil un resguardo.

Pero aun no habiamos perdido de vista nuestra casa, cuando apareció un punto blanco en el horizonte, que fué agrandándose hasta dejar percibir las formas de un barco de alto bordo que avanzaba hácia la costa á vela y remo.

En otra cualquiera circunstancia, el aspecto del buque y el teson con que hacia rumbo á la costa, nos hubiera causado sobresalto; pero mis padres y los de mi prometido iban demasiado preocupados con su próxima alianza; los criados pensaban sin duda en las fiestas y en los regalos que acompañan á



DON JUAN TENORIO. — Junto á mí, y sentado en una alfombra de Persia, habia un jóven.

esos actos, y sola yo, por un terror instintivo, terror que no me podia esplicar, tenia fija la vista sobre la galera.

Llegó al fin un momento en que no pude contenerme, y advertí á mi padre. Mi terror no era infundado; el anciano palideció, y esclamó consternado:

—¡Un corsario!

A aquella esclamacion pretendimos tomar tierra adentro y llegar á uno de los lugares que se veian á lo lejos; pero ya no era tiempo.

Por mucho que corrimos, antes de que hubiéramos podido ponernos en salvo, se separaron tres lanchas del costado del buque, avanzaron botando sobre las ondas, embistieron en tierra y saltaron á la playa más de cien moros.

Inútiles fueron todos los esfuerzos de fuga; un momento despues estuvimos cercados por los berberiscos.

Mi padre y su amigo se acordaron en mal hora de que eran caballeros y habian sido soldados: ¡oh! ¡fué horrible! ví caer á mi padre hecho pedazos por los alfanjes de aquellos bárbaros. Despues nada ví, me sentí morir, y caí en tierra.

Cuando torné de aquel sopor de muerte, todo habia variado en torno mio.

Estaba tendida en una especie de lecho rojo de finísima tela de seda bordada de oro, en un reducido aposento, que por su vaiven y por el mar que se veia por todas sus ventanas, me dejó conocer que era la cámara de un buque. En ella se habia apurado un lujo admirable y del más esquisito gusto; parecia un retrete fabricado para una dama.

Junto á mí, y sentado en una alfombra de Persia, habia un jóven como de veinticuatro á veintiseis años, cuyo traje musulman era tan rico y tan bello como la cámara; además, aquel hombre era hermosísimo, y lo es, porque me refiero al Dey de Argel, á Kair-Eddin Barba-roja. ¿No le conoceis?

—Nó, pero en cambio he oido contar maravillas de su valor, de su riqueza y de su hermosura.

—Si no hubiese sido el matador de mi padre, le hubiera amado, lo conozco, y seria ahora su esposa.

—¿Con Kair-Eddin? Me habeis hablado ya de dos hombres que os aman, Teresa.

—¿Y teneis celos?—dijo ella, oprimiendo dulcemente la mano de D. Juan.

—¡Celos! jamás los he tenido; es verdad que hasta ahora no he conocido juntas en una mujer la hermosura, la pureza y el corazon que hacen de vos un ángel.

—Ángel del dolor, D. Juan.

—Nó, ángel del perdon.

—¿Creeis que por mi amor os perdonará Dios?

—Sí, porque Dios os envia junto á mí

—Dios ó la fatalidad,—repuso Teresa.

—¡La fatalidad!—murmuró roncamente D. Juan;—¡siempre la fatalidad, siempre la maldicion!

—¡Oh! me dais pena.

—Seguid, Teresa, seguid.

—Kair-Eddin me llevó á sus palacios de Argel y me dió para vivienda el

más suntuoso de sus retretes.

Todos los dias iba á verme.

Yo contemplaba al tigre tendido á mis pies, suspirante y doméstico, y siempre le miraba con horror.

¡Era el asesino de mi padre!

¿Sabeis lo que me ha salvado de Kair-Eddin? la misma violencia de su amor.

Antes hubiera consentido en dejarse cortar su hermosa barba color de oro, que en causarme un disgusto.

Lo único que no me hubiera concedido, ni me concederá jamás, es la libertad.

—Sin embargo, estais en manos del *Tiburon Rojo*, lo que prueba que el tigre ha conocido la inutilidad de sus ruegos y se ha deshecho de vos.

—Eso prueba mis caprichos respetados; yo pedí al Dey me dejase ver mundo, y el Dey me entregó á Sir James, en quien tiene una gran confianza.

El inglés, por su parte, teme de tal modo á Kair-Eddin, que me guarda como un leon celoso y me ama en silencio.

Con él he recorrido la Europa entera; él me ha enseñado lenguas, en especial el lombardo, y él, en fin, ha sido mi esclavo.

—¿Y cómo no os habeis puesto bajo la proteccion de los gobiernos en cuyos territorios os habeis encontrado?

—Por cobardía, D. Juan; un gobierno cualquiera de Europa me hubiera declarado libre y hubiera ahorcado al pirata; pero eso era imposible, ó al ménos era aventurarse á mucho.

Mientras estábamos en tierra, Sir James jamás se separaba de mí; arrostraba las apariencias de un hermano ridículo y celoso, y á la primera palabra indiscreta, me hubiera tendido á sus piés de una puñalada.

—Y sin embargo, ese hombre que tan rígidamente cumple el cometido del Dey, ha sido imprudente una vez.

—Es que esta vez se me ha tendido un lazo, y se me cree segura.

—¿Tambien á vos, Teresa?

—Sí, se me atribuye mi profunda tristeza á recuerdos de amor; se cree que yo sufro por mi prometido, que enamorado de mí, ha ofrecido un gran rescate á Kair-Eddin, y se me ha dicho: Karina,—así me llaman esas gentes,—si sirves al Dey, serás libre y te entregaremos á tu amado.

—¿Y ese servicio?....

—Consistia en mostrarme enamorada de vos y haceros traicion.

—¿Y aceptásteis?

—Un secreto instinto me inspiró el mostrarme alegre, obediente á la proposicion. Este instinto habia nacido á la vista de vuestro retrato que me mostraron, sin duda para probar el efecto que causaba en mí.

¡Oh! si hubieran podido leer en mi alma.

El pintor habia sorprendido vuestras pasiones; estábais allí, no pintado, sino vivo; os guardé como un recuerdo encendido que iluminaba mi alma; soñé con vos, y os amé.

—¡Dios mio!—esclamó D. Juan abrumado bajo aquel nuevo amor que de

una manera inevitable se filtraba en su alma

—Despues, para hacerme desempeñar dignamente las funciones e vampiro, una mujer, Noema, me dijo algunas singularidades de vuestra vida, que me aterraron, y por las cuales quise conocerla por entero.

Me fingí indignada, predispuesta á aborreceros, engañé á Noema, y Noema me lo reveló todo.

Yo no ví en vuestra historia más que la desdicha pesando eternamente sobre vuestra existencia, y en vos un corazon destrozado, un alma vacía, que yo queria llenar con mi amor.

—Y la habeis llenado, señora.

Hasta ahora no he sentido el amor, ni concebido, que para sentirlo no se necesita del tiempo, ni del deseo, sino en chocar una chispa misteriosa de nuestro sér en otra emanada de la del sér amado; hasta ahora no he sentido más que lo impuro del amor, y vos me habeis hecho probar su grandeza; ¿cómo? no lo sé.

—Sin embargo, habeis amado á tres mujeres, y creeis amar á Noema.

—Nó, nó,—esclamó D. Juan,—de esas cuatro mujeres no he amado á ninguna como os amo.

Vuestro amor es un amor de los cielos, un amor de ángel.

—Tal vez os equivoqueis, y mi amor no sea otra cosa que una miseria de la tierra.

—Oid: esta es la primera vez que me siento verdaderamente feliz al lado de una mujer.

¡Oh, si pudiéseis penetrar en mi corazon, Teresa! hasta ahora he amado con los sentidos; mi primer amor, el amor de Magdalena, fué una pasion de niño, un amor de *mundo;* amé á Elvira, con el deseo, por su hermosura, con un amor de *carne;* el amor de Noema es un verdadero amor de *demonio.*

—Si fuesen cuatro como son tres los enemigos del alma, hubiérais sin duda representado uno de ellos en Inés.

—Yo no he amado á Inés, señora; si la hubiese amado, hubiera sido lo que vos para mí, un ángel.

Una casualidad, una ocasion, me puso delante á Inés; era hermosa, y la dije amores; aquellos amores fueron fatales; mi orgullo fué vencido por su pureza, y ahora la pobre mártir duerme en el seno de Dios.

D. Juan calló, y un profundo suspiró se exhaló de su alma.

—¡Oh! he sido muy desgraciado,—dijo despues de un momento de silencio;—he sido tan desgraciado, que he llegado á perder la fé; cuanto la suerte ha puesto á mi paso ha sido terrible; yo no conocia el mal, y el mal me salió al encuentro en las puertas del mundo: cuando le conocí, le odié y quise apartarme de él; el mal me ha seguido siempre; he rogado á Dios, y Dios no me ha escuchado; la sangre que he vertido, los duelos que he causado, no son obra mia, son obra de la fatalidad.

—¡Ah, D. Juan! vuestra alma es como la arena movediza del desierto; duerme tersa y tranquila, pero de repente brama el huracan, y la tromba se levanta arrastrando gigantescas montañas que sepultan al viajero que confiaba en la calma de aquella estension sin límites.

—Y bien, ¿no he llamado en mi ayuda á Dios?

—¿Y habeis querido que Dios haga para vos un milagro?

—Creo que vos, señora, sois la destinada á efectuarlo.

—¿Hareis mi voluntad, D. Juan?

—Hablad.

—El mar y la sombra nos protegen; aun quedan tres horas de noche; boguemos hácia la costa, entremos en cualquier aldea; ocultémonos, y dejemos pasar el peligro.

—Eso seria huir.

—Huir del crímen, huir de la sangre. Para vencer, necesitais matar; si no matais, sois muerto.

—Mataré; despues, roto al fin el último eslabon del círculo funesto que me ha rodeado hasta ahora, reedificaré el antiguo castillo en que he nacido, y allí, solo con vos, en medio de una naturaleza salvaje, viviré por vos y para vos.

—¿Y por qué no hacerlo ahora?

—Se me ha insultado,—contestó sombríamente D. Juan.

—¡Insultado! ¿es decir que necesitais vengaros?

—Sí.

—La venganza es la mas odiosa de las pasiones; la venganza es la que ha vertido sobre vuestra cabeza torrentes de sangre; y no es Dios quien os lanza á ese rojo torbellino.

Oid mi voz, D. Juan. Recordad vuestros pasados errores, y pensad en compensarlos con buenas acciones.

Estais perdido, desorientado, sin fé, en un lodazal de miserias; ¡ah! no me amais, no sois capaz de amar.

—¿Que no os amo? Creo haberos dicho que para amar á una mujer como vos no se necesita mucho tiempo.

—Nó; me habeis comprendido mal; sé muy bien, lo sé por mí misma, que el amor de raza pura no necesita más que una mirada que sepa inflamar ese fuego íntimo que arde tranquilo y duerme en el corazon. No me habeis comprendido; mejor dicho, vos no podeis amar.

—¿Y sin embargo, creeis en mi amor?

—Sí, me amais despues que á vuestro orgullo, y yo quiero que me ameis sobre todo.

—Decididamente, Teresa, un mal genio está encargado de sostener en contínua lucha mi espíritu.

Me pedís que abandone mis costumbres, que me haga superior á mis instintos, que sea una vez cobarde.

—¡Cobarde! nó; dominándoos dareis la mayor prueba de valentía, porque vuestro enemigo más fuerte sois vos mismo.

—Pues bien, nada os prometo, porque me avergonzaria no cumplirlo; pero hacedme oir vuestra poderosa voz, amadme, señora, y tal vez hagais un milagro, tal vez por vos deje de ser lo que soy.

—¡Oh, y cuán hermosa esperanza! ¡Dar la paz á un alma desgarrada; volver á Dios un pensamiento impío; infiltrar el amor en un corazon de dia-

mante, y vislumbrar un dia en que la triste ruga del dolor desaparezca de vuestra noble frente!

¡D. Juan, D. Juan, Dios os perdonará si, arrojando de vuestra alma el mal, practicais todo el bien de que sois capaz!

—¡Dios!—murmuró D. Juan.

—¡Sí, Dios! Asid los remos; volvamos á esa ribera que hemos dejado.

¿No encontrais muy bella esa vida de amor y de olvido?

—Pedid á Dios que todos mis esfuerzos y los vuestros no sean vanos; ya me he apartado del paso de los hombres, y los hombres han venido á buscarme.

Apenas acababa D. Juan de pronunciar estas palabras, cuando se vió brillar sobre las ondas una luz que avanzaba; despues aquella luz creció, y al fin se dejó ver la llama de una hoguera; el mar se abrillantó con aquel tembloroso reflejo.

—¿Lo veis?—dijo D. Juan á Teresa;—vienen á buscarnos y nos cercan cuando estaba resuelto á huir, á huir de mi venganza.

¡Nó, vive Dios!—esclamó levantándose de repente y empuñando el arcabuz;—mi sino es matar..... ¡matemos!

Y esperó tranquilo la llegada del buque en cuyo mástil se habia encendido aquel fanal movible.

Sin duda fué vista la góndola, porque los que avanzaban forzaron los remos.

—¡Oh, es el Sr. Zuanko!—dijo roncamente D. Juan cuando estuvieron cerca los esploradores.

En efecto, era el pirata griego, que acompañado de algunas gentes de la tripulacion de la galera de D. Juan, avanzaba á vela y remo.

—¡Ah de la góndola!—dijo Zuanko con su bocina cuando pudo ser oido.

—¡Avanzad!—gritó D. Juan.

La lancha adelantó, y al fin abordó á la góndola.

—Dispensad, señor,—le dijo;—pero vuestro paje Gaston nos avisó que os habiais hecho al golfo, y como es muy posible que despues de esta calma venga un furioso temporal..... ¿no ois á lo lejos rodar el trueno, apenas perceptible? Dentro de dos horas será necesario aparejar y ponernos en franquía, si no queremos que el tiempo nos arroje sobre la costa á pesar de nuestras anclas.

—¡Oh! gracias, gracias, Sr. Zuanko. ¿Dónde está mi paje Gaston?

—En la galera.

—Que salten cuatro hombres á la góndola; armad otros dos remos, y á bordo.

En un momento se cumplieron las órdenes de D. Juan.

—Apagad esa luminaria, y avante.

Tornó la anterior oscuridad, y la góndola, impulsada por cuatro remeros, llegó en muy poco tiempo al costado de la galera.

Cuando estuvo dentro D. Juan, mandó encender las linternas del puente, tomó de su cámara un hacha de abordaje, y reunió á la tripulacion.

—Me han dicho,—esclamó con voz reconcentrada, abarcando con una

mirada sombría á su equipaje,—que podria suceder que me hiciéseis traicion. ¿Es esto cierto?

—Nó, nó señor,—dijeron algunas voces;—vuestra señoría es nuestro comandante por el rey, y siempre le obedeceremos.

Volvióse D. Juan á Zuanko, que estaba pálido y sombrío junto á él.

—Paréceme—le dijo—que os gustan demasiado las cosas del otro mundo, y estoy resuelto á enviaros á él para que podais procuraros los amores de un vampiro.

Zuanko se consideró perdido, y probó á salir de la situacion de una manera desesperada.

—Amigos,—esclamó,—se nos vende; ¡por el Dey de Argel! ¡á mí!

Pero nadie se movió; apenas habia pronunciado Zuanko su grito sedicioso, cuando el hacha de D. Juan le habia partido el cráneo.

—¿No hay uno entre tantos—gritó D. Juan con fiereza—que se atreva á pedirme la sangre de ese hombre?

Continuó el silencio.

—Colgadle, pues, de un penol, y que al amanecer se vea que hemos hecho justicia.

Despues de esto entró en la cámara, entregó á Noema á cuatro marineros, y la mandó encerrar en la sentina.

Al amanecer, Sir James pudo ver desde su galeota el cadáver de Zuanko meciéndose en la galera de D. Juan, que salia del puerto á toda vela.

CAPITULO VIII.

Kair-Eddin, el Dey.

Hé allí á Argel, nido de gavilanes asentado en una roca, á cuyos piés resuena eternamente ese ancho mar cuyas saladas ondas aun reflejaban ayer las agudas velas de las galeotas del corsario.

¡Argel! ¡antro de tigres! Allí está perdido entre las brumas, alzándose insolente, con sus rojas murallas, sus macizas torres y sus feroces piratas.

Francia ha vengado á Europa.

En el mirador de la torre más alta de la Casbá habia dos hombres.

El uno estaba vestido con un sencillo traje árabe, y el otro con uniforme de marino inglés.

Era el primero un jóven como de veintiocho años.

Se llamaba Kaïr-Eddin Barba-roja, y era Dey de Argel.

El segundo, nadie hubiera sospechado en él á un pirata.

Era, sin embargo, Sir James Kipault, el comandante de la *Atlántide*, que estaba á la sazon anclada en el puerto.

Sir James no habia nacido, segun el deseo de sus padres, honrados mer-

caderes en el Cumberland, para aquella profesion de sangre; le habian enviado á estudiar medicina á Cambridge, y James habia encontrado más cómodo gastar en las tabernas las libras esterlinas que debia al cariño de su buena madre.

James era jugador.

Fuéle en una ocasion propicia la suerte, y huyó á Lóndres, llevándose de paso la hija de un constable y algunos cientos de libras.

Kety se encontró hermosa, solicitada y compadecida, y aconteció que al volver un dia James á su pobre vivienda, encontró, en vez de su amante, un billete concebido en estos términos:

«Te amo demasiado, James, para continuar siéndote gravosa por más tiempo; espero, pues, que me agradezcas el haber impuesto la carga de mi existencia á nuestro conocido Sir Williams Tompsom.—Tu apasionada Kety.»

James sintió por el momento unos sublimes impulsos de trasladarse á casa del generoso amigo, y significar su agradecimiento á Kety de una manera enérgica; pero recordó que Sir Williams era alderman, y que podia muy bien pagarle su obsequio alojándole gratis en la cárcel de New-gate.

Libre ya, James fué un héroe del pugilato, y llegó á adquirir en otros mil honrosos oficios una de esas reputaciones que se llaman ruidosas.

Bebia más ginebra que agua; devoraba tres veces al dia chuletas con grasa; jugaba en las horas públicas, y en las reservadas se habia hecho agente del comercio de cadáveres para los anfiteatros.

Sir James, merced á estas industrias, podia vivir en Picadilli; gastaba pajes, escuderos y carroza.

Sir James era lo que podia llamarse un honrado comerciante.

Pero llegó un dia en que, á causa de haber sido preso por estafa, fué sentenciado á galeras.

En seis años que estuvo á bordo se hizo un escelente marino; alcanzó el ser ascendido desde forzado á marinero, y desde marinero á piloto, dándole despues el mando de un buque.

Por lo tanto, se llamó de entonces más Sir James Kipault, comandante de la *Atlántide*, galera real de dos bandas, de su gracia el rey de la Gran Bretaña.

Era todo lo que deseaba Sir James; seis meses despues de esta indemnizacion, la *Atlántide*, con tripulacion y artillería, dejó de pertenecer á la armada inglesa; calafateada, pintada y aparejada de nuevo, fué desde entonces el bastimento corsario del *Tiburon Rojo*.

Un hombre, cuya superioridad en valor y talento era innegable, debió conocer y conoció, que aislado en los mares de Levante, estaria necesariamente en lucha con los corsarios berberiscos; por más que fuese valiente y feroz, se trataba de piratas que no eran ménos bravos y crueles, y que tenian además sobre él la superioridad del número.

Sir James, pues, con una audacia infinita, izó en su popa el pabellon de Argel, fondeó una mañana en su puerto, y se presentó al Dey.

Los valientes y los bandidos se comprenden, y el arreglo no fué difícil; Kair-Eddin, mediante á un tributo que consistia en el quinto de las presas, le

tomó bajo su proteccion, y Sir James pudo llevar legítimamente la bandera del Dey.

Ningun corsario arrojó más oro ni más esclavas en las arcas y en el harem de Kair-Eddin, ni se le presentó más horriblemente ensangrentado; el pirata real admiró al corsario inglés, y éste, desde entonces, fué su confidente, su secretario, su almirante y su ministro delegado en las repúblicas de Venecia y Génova.

Un dia Kair-Eddin llamó á su amigo.

El feroz argelino estaba conmovido, y en sus brillantes ojos temblaba una lágrima de dolor y de cólera.

—Es necesario que me vengues, hermano,—le dijo el Dey.

Mi esclava favorita ha huido no sé cómo, ni con quién.

Además, se ha encontrado una escala pendiente de los ajimeces de Noema.

Tu galera es ligera como un águila, y tu gente brava; dales caza, hermano; ahorca al arrayaz que ha huido con ella, y tráeme á Noema.

Sir James montó en la *Atlántide*, surcó en todas direcciones las ondas del Mediterráneo, dió caza y tomó al abordaje un número maravilloso de buques, y volvió á Kair-Eddin con una rica presa, pero sin Noema.

El Dey juró por las barbas de Mahoma hacer un regalo al mar con su infiel favorita, si llegaba á haberla á las manos.

Pero pasaron uno y dos, hasta ocho años; el Dey se habia olvidado de ella, ó por lo ménos no la nombraba desde el dia en que le fué vendida una cautiva cristiana.

Aquella cautiva era Teresa.

Parecia haberse dulcificado el carácter selvático del poderoso corsario bajo la influencia de la hermosura de la desdichada niña; pero aquella pausa, hecha á sus ferocidades de costumbre, fué brevísima; Teresa se defendió con sus lágrimas de los deseos del Dey, le dominó, y Kair-Eddin se compensó de aquella sumision, haciendo doblemente pesado su dominio á los puestos bajo su mano; echó al mar, encerradas en sacos de cuero, un número incalculable de esclavas; empaló en las agujas de sus mezquitas un no ménos crecido número de eunucos; dejó cojos, á fuerza de palos aplicados en las plantas de los piés, á la mayor parte de sus esclavos; azotó á sus mujeres, y mató á sus leones.

Kair-Eddin, el hombre sin voluntad ante la hermosa Karina, llegó á ser el genio esterminador de sus súbditos; Argel estaba aterrado, y se murmuraban en voz baja plegarias para que cesase la cólera del Dey, de la misma manera que si la peste, ese terrible azote de la humanidad, hubiese infectado la atmósfera.

Pero llegó un dia en que el terror se convirtió en pánico; el tigre se habia desencadenado, y la ciudad pirata retemblaba bajo su rugido.

Sir James, preso en la Casbá, estaba horriblemente inquieto, y no se habia vuelto á ver en los lábios del Dey su siempre breve y amarga sonrisa.

Le habian acontecido dos grandes desgracias.

Su amor y su orgullo estaban lastimados; hacia seis meses que Sir James se habia presentado á él, participándole la desaparicion de Karina, de quien,

como sabemos, estaba encargado, y desde la misma fecha no pasaba un dia en que no llegase á sus oidos que una de sus valientes galeotas habia sido apresada y echada á pique con su tripulacion por una galera española, en la cual mandaba, como un verdadero pirata, un feroz comandante, cuyo nombre hacia mucho tiempo resonaba como una maldicion en los oidos del Dey.

Aquel hombre era D. Juan Tenorio.

Enviaba contra él escuadrillas que jamás le encontraban, y cuando esperaba verle conducir cautivo á su Casbá, recibia la noticia de un nuevo desastre causado por el tremendo español.

Kair-Eddin fué ya una verdadera hiena, y se resolvió á salir él mismo contra aquel formidable enemigo.

Todo estaba dispuesto, y el Dey miraba desde una de sus torres, acompañado de Sir James, la flota con la que debia salir á caza de D. Juan, cuando se presentó en el horizonte, arrastrada por la tempestad, la galera estranjera que hemos indicado al principio de este capítulo.

Vióse poco despues á la galera cristiana cargando al remo sobre la más próxima de las galeotas que habia dispersado la tempestad; en un momento estuvieron á tiro entrambos buques; tronó la artillería, rebotaron las balas sobre la tersa superficie del mar, y al fin se unieron los combatientes en medio de un torbellino de humo.

Hubo media hora de un combate horrible. Los argelinos tornaron al puerto diezmados los remeros, fatigados, destrozados los aparejos, llevando á remolque la galera vencida, que era ya una boya.

Kair-Eddin, cuando vió volver sus galeotas silenciosas y tardas, como perros heridos por el jabalí, dijo en voz breve á Sir James:

—Esta victoria es una verdadera derrota. ¿Serias tú capaz de asegurar que harias otro tanto que lo que ha hecho ese cristiano?

—Ese cristiano, Kair-Eddin, es el arcángel del esterminio.

—Pues juro á Allah por la piedra de la Kaabá, que si no ha muerto, no seré yo quien toque á un solo pelo de su barba.

—Mira lo que juras, Kair-Eddin, porque lo que ese hombre ha hecho, solo puede hacerlo D. Juan.

—¡D. Juan! ¿el cristiano que me ha destrozado solo en seis meses más galeras que toda la marina de Europa en seis años? ¡D. Juan Tenorio! ¡el amante de Noema!

Nublóse el semblante del pirata, y sus ojos se inyectaron de sangre.

—Ven conmigo,—dijo á Sir James.

Los dos corsarios descendieron de torre en torre, y llegaron á una estensa cámara situada á un estremo del patio de entrada de la Casbá.

Un arrayaz se presentó entonces y se prosternó á los piés de Kair-Eddin.

—Magnífico señor,—dijo,—el arrayaz Selim-ebn-Kotam te pide licencia para presentarte los cautivos que acaba de hacer á la vista de tus murallas.

Kair-Eddin mandó penetrar al arrayaz.

Abrióse una puerta al estremo del patio, y adelantaron dos mujeres y algunos hombres, tendidos sobre remos, entre una doble fila de etiopes armados hasta los dientes.

Barba-roja palideció de una manera mortal á la vista de las dos mujeres; Sir James sonrió con la horrible espresion del odio y de la venganza satisfechas, al ver uno de los heridos que habian depositado los marineros sobre el rico pavimento de mosáico de la cámara.

—¡Oh! no me habia engañado,—esclamó;—no podia ser otro que D. Juan.

Y así era; estaba pálido, ensangrentado, sin sentido.

El efecto que producia el conjunto de las personas agrupadas en un reducido espacio de la cámara, era solemne y aterrador.

De toda la tripulacion de la *Magdalena*—nos hemos olvidado de decir en su lugar que éste era el nombre de la galera de D. Juan—no habian quedado vivos más que él, Noema, Teresa y doce marineros.

Reinaba el más profundo silencio, y durante algunos segundos, aquel grupo no fué otra cosa que una composicion de figuras inmóviles.

Al fin tronó la voz de Kair-Eddin.

—Levad á mi almarestan—hospital—esos valientes,—esclamó volviéndose amenazador á los dos arrayaces y señalándoles los doce marinos;—que nadie se atreva á insultarlos, y que se cuide de sus vidas; son leones, y vosotros valeis ménos que zorros.

Por el arcángel Gabriel, necesito hacer rodar vuestras cabezas. Idos.

Los arrayaces, temblando, hicieron levantar á los doce marinos, y se volvieron para salir.

—Lleváos, llevéos con vosotros esas bestias salvajes,—añadió señalando con desprecio á los etiopes;—¿creeis que, aun muerto D. Juan, es necesario resguardo para estar á cubierto de su valor?

Los arrayaces salieron al fin, llevándose consigo á los etiopes.

—Tú, James, llévate á esa mujer,—añadió señalando á Noema,—y enciérrala en la torre más fuerte del castillo.

Noema lanzó una larga mirada de desprecio á Barba-roja, y siguió á Sir James.

—¡Agar!—gritó aun el Dey.

—Presentóse á la puerta un eunuco.

—Haz conducir á mi alcázar á ese cristiano; que le depositen en la cámara de los divanes, y que llamen á los más sabios de mis médicos y de mis astrólogos.

—Que cuiden de él como si se tratara de mí mismo, y que el gran faquí ore en mi aljama porque el Altísimo le conceda la vida.

Teresa se aferró á D. Juan.

—Dejadme, dejadme ir con él,—gritó.

—¿Tanto le amas?—esclamó el Dey con amargura.

Teresa no sabia dónde estaba; no habia visto nada más que á D. Juan pálido y ensangrentado, y se estremeció á la voz del Dey.

—¡Oh! perdon,—esclamó,—perdon para él, Kair-Eddin.

Pareció desarmarse el pirata ante la mirada suplicante de Teresa; se encontraba de nuevo dominado, y su firmeza se deshizo como la espuma de una ola que se estrella en la arena.

—Síguele en buen hora,—le dijo,—y cuida de él; me interesa la vida de ese cristiano.

Teresa abandonó por un momento á D. Juan, y fué á arrojarse á los piés del pirata, que cediendo á su amor, la alzó entre sus brazos.

—¡Oh! gracias, gracias, Kair-Eddin,—dijo ella sonriéndole á través de sus lágrimas;—sálvale, y te amaré.

El árabe sintió una conmocion semejante á la de un hierro ardiendo que le hubiera atravesado el corazon, y huyó.

—¡Le ama! ¡le ama hasta morir por él!—dijo;—y bien, ¿qué derecho tengo yo á sentir celos? Ese hombre es digno del amor de un ángel, y Karina es una hurí del Edem.

Despues de esto no volvió á pronunciar ni una palabra más; se encerró en sus habitaciones, apuró una enorme cantidad de ópio, y durante tres dias no le vió nadie más que sus eunucos, ni hizo otra cosa que dormitar.

CAPITULO IX.

Teresa.

D. Juan habia sido herido en el pecho y en la cabeza; durante tres dias, nada supo de sí.

Llegó al fin un dia en que D. Juan despertó de su letargo, y miró en torno suyo. Ceñida la venerable cabeza por una blanca toca, y envuelto en un ropon talar, un anciano de barba color de plata leia á su lado en voz pausada y grave suras del Koran.

D. Juan, por las formas del aposento y por el traje y el dialecto del anciano, comprendió que se hallaba en Argel; recordó que habia combatido con las galeotas corsarias, y solo entonces supo que habia sido vencido.

—Dime,—esclamó mirando al anciano,—así Dios prolongue tus dias en paz, ¿dónde está la hermosa dama de los ojos negros?

—Mi hijo ha soñado en su delirio con ángeles,—contestó el anciano, maravillado de la pureza con que hablaba D. Juan el árabe;—sus sueños han sido los sueños del justo.

—Pero ¿no ha venido junto á mí una mujer?—dijo con impaciencia D. Juan.

—Nó,—contestó sin vacilar el viejo.

—Yo la he visto,—esclamó D. Juan incorporándose.

—Las buenas hadas han presidido tus sueños.

—¿Dónde estoy?—preguntó D. Juan, desesperando de arrancar una confidencia al severo anciano y probando un medio indirecto.

—En la Casbá del Dey de Argel.

—¡Cautivo!—esclamó D. Juan haciendo para levantarse un esfuerzo que le arrancó un gemido de dolor.

—Aun no se han cerrado tus heridas, valiente hijo mio,—dijo el anciano,

—y si te entregas á la cólera, la cólera te matará.

—¿Quién eres tú?—esclamó sombriamente D. Juan.

—Soy médico y estoy encargado por el Dey de asistirte como si asistiera á su persona.

—¡Kair-Eddin quiere que viva!—esclamó roncamente D. Juan,—quiere que viva para humillarme, para esclavizarme, ¿no es verdad? Pues bien,—añadió con desprecio,—la muerte siempre está al alcance de la mano del hombre.

D. Juan asió sus vendajes y los desgarró; por fortuna sus heridas estaban ya en muy buen estado, y aquel conato de suicidio fué ineficaz.

—¡Jóven!— esclamó severamente el anciano, levantándose y yendo á un mueble sobre el que habia redomas, hilas y vendajes;—la vida del hombre no es suya. ¿Qué dirias al Altísimo cuando te preguntase: qué has hecho de lo que te dí?

D. Juan, muy débil aun, se habia fatigado en demasía; habia caido de espaldas sobre el lecho, y no contestó á la observacion del viejo, pero se dejó curar.

Se resignó á la vida, y á la servidumbre que preveia con ella, bajo la inspiracion de su venganza.

Desde entonces no volvió á hablar más; su orgullo le impedia inquirir detalles de su vencimiento, y temia parecer cobarde domesticándose.

D. Juan, pues, adoptó la actitud de un leon herido.

Un dia, despues de haberle relatado la actitud indiferente, silenciosa y casi despreciativa de Tenorio, se le oyó esclamar:

—Si fuera posible que D. Juan cediera y se tornara á la verdadera ley, partiria con él el divan de la regencia.

Llegó un dia en que le anunciaron que su cautivo estaba perfectamente restablecido.

—¿Y robusto?—preguntó el Dey.

—Como antes de ser herido,—le contestó el doctor.

Kair-Eddin mandó dar cien bolsas al médico, y se trasladó á la cámara que ocupaba D. Juan.

Éste se paseaba á la sazon en ella como un tigre en su jaula.

Al abrirse la puerta, tornó la faz, y al reparar en Kair-Eddin, su palidez se condensó, y sus terribles ojos destellaron una mirada que hizo vacilar la del pirata.

—¿Eres tú el Dey?—le dijo.

—Sí, D. Juan,—esclamó Kair-Eddin tendiéndole la mano;—eres demasiado valiente y hablas con bastante pureza la lengua de los fieles para que yo no te trate como á un hermano.

D. Juan asió la mano del Dey, más para apoderarse de él, que para corresponder á su amistosa demostracion.

—¿Soy tu cautivo?—le preguntó.

—Eres mi hermano,—insistió el Dey.

—Hermano que ha sido atacado villanamente por una jauría completa de los tuyos.

—En cambio, cristiano, tu espada ha enviado al Edem (1) centenares de los mios,

—Pero á buena ley, combatiendo de uno contra dos; jamás de dos contra uno.

Sonrojóse levemente el Dey á la acusacion de D. Juan.

—¡Infames traidores!—continuó Tenorio, tirando con desprecio la mano que le tenia asida;—yo no cuento por enemigos sino á mis iguales. ¡Vete!

—Soy valiente,—le dijo Kair-Eddin mirándole faz á faz con altivez;—tú lo sabes; mi nombre resuena con terror en las remotas riberas del mar de Damasco (2), y aun las ondas del gran Océano conocen el tremendo corte de las quillas de mis galeones.

D. Juan no contestó: siguió paseándose á lo largo de la estancia, con las manos cruzadas á la espalda.

Contra todo lo que se debia esperar del iracundo carácter de Kair-Eddin, se dominó aun.

—No eres mi cautivo, D. Juan,—le dijo;—si mis gentes te han apresado de una manera traidora, yo en cambio he puesto á tu lado á mis sabios, y he rogado por tí al Señor Altísimo y Unico. Puedes partir cuando quieras. Libre eres.

Mientras estés dentro de mis dominios, mis dominios que son mi casa, ni mi brazo ni el de los mios se levantará sobre tí; pero cuando estés fuera, puedo acordarme de tus insultos, y buscarte de solo á solo, galera contra galera, en los desiertos del mar. Entre tanto, tus insultos y tu desprecio serán vanos, D. Juan.

—Y cuando yo te emplace, ¿acudirás á mí de solo á solo, Dey?

—Lo juro por la sepultura de Abraham.

—Bien, partiré; pero antes, devuélveme lo que de mi galera hayan respetado el hierro, el agua y el fuego.

—Te acompañarán doce hombres de mar que son los únicos que han sobrevivido; te volveré tu espada, tus vestidos, tu oro, y pondré armada y artillada tu galera, en la que serás conducido á las playas de Andalucía.

—Me acompañaban dos mujeres,—dijo D. Juan ocultando mal su ansiedad.—¿Acaso han muerto?

—Esas dos mujeres—dijo palideciendo el Dey—me pertenecen; eran dos esclavas huidas de mí; dos esclavas, de las cuales la una duerme allá abajo.

Y el Emir señaló con un dedo fatal el mar que se veia desde uno de los ajimeces.

—¡Teresa!—esclamó palideciendo Tenorio.

—¡No te has estremecido, D. Juan, por tí mismo, y tiemblas por ella!—esclamó el Dey con una complacencia feroz;—en vano pretendes demostrar un

---

(1) Una de las creencias más firmes de los musulmanes es que el creyente que muere en batalla con sus enemigos religiosos, va al Edem, donde el Altísimo le premia con una muchacha de ojos negros (hurí) que jamás envejece, ni deja de ser vírgen, y cuya hermosura se aumenta de momento en momento.

(2) El Mediterráneo.

corazon de diamante; tu corazon es débil, tan débil como el mio, tan asustadizo como el de una mujer.

—Pero Teresa.....

—La mujer impura, la esposa adúltera, la miserable ramera, no puede confundirse jamás con un ángel del señor.

La que mi justicia ha arrojado á las hondas dentro de un saco de cuero, era una mujer que ha procurado irritarme contra tí.

—¡Noema!

—Sí, Noema; y tú, imbécil, te has encenagado en sus impuros placeres, has sido su esclavo, como yo lo he sido antes; te ha hecho traicion como á mí, y aun quizá, como el mio, tu corazon se estremece por ella.

Era una serpiente venenosa de hermosos colores, y la he esterminado; esterminándola, te he librado de su venganza.

—Pues bien, dame á Teresa.

—¿Que te dé á Karina?—esclamó convulso el Dey;—Karina es la vida de mi vida, y la luz de mi alma.

—¡Es decir que el hombre que se disculpa de una traicion, se aprovecha sin embargo del fruto de esa misma traicion!

Pues bien, Dey, tuya es ahora la fuerza, pero si quieres violentar tranquilamente el corazon de Teresa, sepúltame en un calabozo, mátame, porque de otro modo, vendré sobre tí con los ejércitos del rey mi señor, y volveré aquí, nó como ahora, sino con la espada en una mano y la tea en la otra.

—¡Has dicho que yo violentaré el corazon de Karina! ¿acaso Karina te ama?—esclamó con un acento indescribible el Dey.

—¿Para qué queria yo una mujer que no me amase?—contestó con supremo desden D. Juan.

Tras estas palabras, el Dey salió, y D. Juan quedó irritado, mudo, amenazador, siguiendo en su paseo circular.

Cada vez que pasaba por delante del ajimez y miraba al mar, le parecia ver levantarse sobre aquellas ondas inquietas una figura lívida que le miraba con los ojos centelleantes de venganza; un verdadero vampiro que surgia del abismo para fascinarle con su mirada y con su odio.

D. Juan lo comprendió todo; vió que habia sido engañado, esclavizado, escarnecido, y se sublevó su soberbia; otro hombre le habia vengado de aquella mujer, lo que equivalia á haber quedado sin venganza.

Pasó todo el dia, y al fin aquel mar fatídico para D. Juan se cubrió de sombras.

El aposento quedó muy pronto envuelto en tinieblas, pero éstas fueron de corta duracion; abrióse la puerta y apareció una mujer con una lámpara en la mano; detrás de ella venia un esclavo con un cofre; le dejó sobre la alfombra, y salió dejando sola á la mujer con D. Juan.

Era Teresa, vestida sencillamente á la oriental, pálida y conmovida.

Acercóse á D. Juan, y le asió una mano; el jóven se estremeció.

—¿Estais dispuesto á partir?—dijo Teresa.

—¿Partir sin vos?

—Es preciso.

—¡Preciso! Jamás he conocido esa palabra; el Dey me ha prometido dejaros libre si consentís en seguirme.

—Eso no puede ser.

—¡Que no puede ser! ¿quién lo impide?

—Mi corazon.

—Vuestro corazon. ¿Qué, acaso no me amais?

Hízose mortal la palidez de Teresa, y por el momento no contestó.

—Nó, no os amo,—dijo al fin.

—¡Que no me amais, señora! ¿qué han sido, pues, vuestras palabras, vuestras protestas, vuestras lágrimas?.... ¿dónde está la pureza de un alma que miente?

—Perdóname, D. Juan; te he engañado; mi pureza y mi amor eran mentira; soy hace mucho tiempo la favorita del Dey, y si he ido á tí, ha sido como un cebo; el Dey era tu enemigo.

—¿Recordais la noche en que os aparecísteis á mí como un ángel? ¿recordais aquella solitaria góndola, aquel mar desierto, aquella densa tiniebla, en medio de la cual pareciamos suspendidos en la inmensidad, teniendo por testigos de nuestras palabras á Dios?

—Aquella noche me inspiraste lástima y quise salvarte; tú no me escuchaste, D. Juan, por escuchar el grito de tu venganza; vertiste sangre, y la mano de Dios se retiró de tí y te abandonó; la mano de Dios ha doblegado tu orgullo arrojándote á nuestras playas y entregándote vencido á un enemigo que se venga de tí siendo generoso.

Has soñado y despiertas; vete y no juegues con el tigre que te puede despedazar.

Vete pronto; acaso dentro de poco no pueda yo ponerme, como un escudo, entre su cólera y tú.

Lo que Teresa acababa de decir era demasiado terminante para ser contradicho.

D. Juan no tuvo más que una sola palabra, palabra pronunciada con un acento tal, que equivalia á cien terribles amenazas.

—Partiré;—dijo.

Teresa no contestó; vólvióse á la puerta, dió una palmada, y un esclavo se presentó.

La jóven le mostró el cofre; luego hizo á Tenorio seña de que siguiese al esclavo, y D. Juan partió, altivo, inmenso, impasible; habia adquirido la inflexible inmovilidad de su semblante, y era un cadáver viviente.

Teresa dejó entonces salir el llanto que hacia mucho tiempo contenia en sus ojos, y corrió al ajimez, en el que se apoyó de brazos, mirando entre las sombras al mar.

Pasó un cuarto de hora, durante el cual el llanto de Teresa corrió á raudales, desconsolado, triste; parecia que su corazon se habia deshecho en lágrimas.

Al fin brilló á lo lejos un punto luminoso que creció hasta convertirse en una hoguera; iluminóse una parte de la playa, y se vieron algunos hombres que se acercaban á una lancha; delante de ellos marchaba D. Juan.

Entraron todos en el ligero batel que se separó de la orilla y remó hácia una galera; cuando D. Juan y los suyos estuvieron dentro, exhalóse un relámpago lívido del costado del buque, y dos segundos despues se oyó el estampido de una bombarda.

—¡La señal!—dijo una voz detrás de Teresa;—te habia prometido que le verias partir, Karina, y le has visto.

Teresa se volvió, y encontró ante sí á Kair-Eddin.

—Ha partido, sí,—dijo con un acento solemne,—y yo no tardaré en partir para un viaje más largo.

—Me has pedido su vida y te la he dado, cuando hubiera bebido su sangre.

—¡Y te crees generoso,Barba-roja! ¡generoso tú, vil verdugo de mujeres! ¿y crees que me arrojaré en tus brazos despues de haber perdido á mi amante? ¿despues de haberle desgarrado el alma? ¡tuya! ¡ser tuya! toma si quieres mi cadáver, pero mi amor..... mi amor, mi alma son para él, para su recuerdo.

Como le he amado en el mundo, le amaré en el infierno, donde nos encontraremos, porque él está maldito de Dios, y yo me he asesinado por él.

Kair-Eddin estaba aterrado, dominada su tremenda cólera por sí misma.

—¡Le has engañado y me has engañado!—gritó al fin el Dey;—¡has destrozado allí un corazon, y aquí despedazas otro!

¡Miserable de mí! ¡y yo te he creido! ¡yo he creido en tus palabras de amor!

—¡Oh! yo queria salvarle.

—¡Salvarle! ¿me crees tan miserable que no sea capaz de una accion generosa?

—¡Oh, Dios mio! ¿y si yo hubiese querido partir con él?....

—Aun es tiempo,—dijo el Dey;—su galera puede ser alcanzada; dime: «le amo; quiero seguirle,» y al momento, la más ligera de mis almadías, te llevará á su lado.

—¡Oh! ¡Dios mio¡ ¡Dios mio!—esclamó Teresa retorciéndose los brazos;—la fatalidad pesa sobre todo lo que toca ese desdichado.....

—Mi palabra es una y sola,—dijo dolorosamente el Dey.—¡Agar!

—Nó, no llames á nadie, es inútil; ¿no te he dicho que me he asesinado?

Kair-Eddin palideció, y creyó morir al impulso de un terror vago que se apoderó de su alma.

—¡Asesinada! ¡tú! ¡tan jóven! ¡tan hermosa! es imposible; Dios no ha podido permitirlo.

—Tú tienes entre tus fieras serpientes de todos los países, Kair-Eddin.

—Sí,—esclamó el Dey, no atreviéndose á adivinar.

—Hace algunos dias me mostraste una hermosa serpiente dorada, y me dijiste: «este reptil me acompaña á todas mis empresas; si una vez me veo obligado á rendirme, me haré morder por él.»

La muerte me librará de la cautividad.

—¿Una serpiente de cascabel?

—No sé; pero antes de venir á ver á D. Juan fuí á su jaula, acerqué á ella uno de mis brazos, la irrité, y la serpiente me mordió.

Yo tambien, como tú, prefiero morir á rendirme.

Y la jóven se levantó la manga de su túnica, y mostró su brazo izquierdo

á Kair-Eddin; en él, en el centro de un círculo negro, orlado de amarillo, estaban marcados cuatro dientes, cuatro puntos ensangrentados.

El Dey dió un grito de horror, aplicó su boca á la herida, y chupó con todas sus fuerzas.

Teresa lanzó un gemido de dolor.

—Déjame, déjame,—esclamó;—y si me amas, si hay un sacerdote cristiano entre tus cautivos, hazle venir junto á mí.

Kair-Eddin se apresuró á cumplir la voluntad de Karina; pero antes que el sacerdote, llegaron sus médicos.

—Solo el Altísimo—dijeron despues de haber sangrado á la jóven y analizado la sangre—puede apartar la muerte, que cierne sobre ella sus alas; pero aun los agudos dolores que precederán á esa muerte no se han indicado; si quereis que muera en paz, dinos: «matadla dulcemente,» y su muerte será un sueño tranquilo.

Kair-Eddin juró, blasfemó; llamó miserables, estúpidos é ignorantes á los médicos; se irritó hasta ponerse ronco, y su voz tronó convulsiva bajo las caladas cúpulas de su alcázar.

—Apresurad su muerte con tal de que no sufra,—dijo al fin, dando tregua á sus imprecaciones.

Los médicos entraron en la estancia donde estaba Teresa llorando, en el mismo lecho donde, como un ángel de paz, habia velado los delirios de don Juan; el mismo doctor que habia asistido al jóven, se encargó de confeccionar la pócima que debia dulcificar la muerte de aquella desdichada.

Un anciano sacerdote cristiano, á quien se acababan de quitar las cadenas, y al que se le habia dado un albornoz para cubrir su desnudez, estaba junto al lecho y recibia la confesion de la jóven; los médicos se detuvieron, por respeto, á una distancia que impedia el que pudiesen oir una sola palabra de aquella suprema revelacion.

—¿Es cierto lo que me han dicho, hija mia?—la habia preguntado á su llegada el sacerdote.

—Sí, venerable padre mio, me he dado la muerte por no ceder á la impureza.

—Pero la mancha del cuerpo no alcanza al alma cuando la voluntad no consiente.

—¡Oh! padre mio, yo ignoraba..... yo creia que mi sacrificio seria acepto á Dios.

—¿Y os habeis sacrificado?

—Por un hombre.

—¿A quien amábais?

—Sí.

—¿Y era digno de vuestro amor?

—Era desgraciado.

Teresa relató brevemente al sacerdote sus amores con D. Juan; el ministro de Dios se conmovió, y unió sus lágrimas á las de la jóven. Cuando hubo concluido su relato, le dijo:

—Permitidme, padre mio, que en este terrible momento piense aun en la

tierra; ¿me prometeis cumplirme lo que os voy á pedir?

—¿Qué quereis de mí, hija mia?

—El Dey, si yo se lo suplico, os hará libre; os hará conducir á España.

—¿Quereis que vea á D. Juan?

—Me habeis adivinado, padre mio; decidle que ha sido mi primero y mi último amor, que muero digna de su memoria, y que me perdone por el dolor que pueda causarle con mi muerte.

—Os lo prometo, hija mia.

—Pero como sois pobre..... tomad;—y se desprendió del cuello una magnífica gargantilla de perlas, la misma que llevaba la noche en que la vió por primera vez D. Juan;—lo que os reste, invertidlo en misas porque Dios ilumine su alma y dé paz á la mia.

El sacerdote rechazó la alhaja.

—Mendigaré—dijo—para buscar á D. Juan, y no pasará un dia en que no ore á Dios por vos y por él.

—¡Oh! santo y digno sacerdote,—esclamó Teresa arrojando con desprecio el collar sobre el lecho;—sois un ángel de consuelo para una pobre mujer desesperada; haced llamar al Dey en mi nombre; en nombre de Karina.

El sacerdote trasmitió este deseo en algarabía, que era el dialecto con que generalmente se hacian entender los cautivos, á uno de los médicos; despues se volvió al lado de Teresa.

—No me abandoneis, padre mio,—le dijo ésta;—aun no siento ningun dolor, escepto el de la herida; pero he oido decir que la mordedura de esos funestos animales da la muerte entre dolores insufribles.

—Te engañas, Karina,—dijo el Dey, que habia llegado en aquel momento á punto de oir estas palabras,—y nos habiamos engañado; la serpiente que te ha mordido no es ponzoñosa.

Destelló una mirada de esperanza en el semblante de Teresa; pero aquella esperanza se apagó ante el profundo despecho que representaba el semblante del Dey, que no sabia fingir.

—Nó, nó, sé que muero,—dijo la jóven;—pero antes de morir quiero que me concedas una gracia.

—Tenla por hecha, aunque me pidas la cabeza del amigo á quien más ame.

—Te pido que des libertad á este cristiano, y le hagas conducir á su patria.

—Paréceme que el buen sacerdote no ha perdido el tiempo; libre es.

—¿Me juras?....

—Dentro de tres dias habrá desembarcado en España.

—¡Gracias! ¡gracias, Kair-Eddin! Ahora déjame sola con él; quiero morir en paz.

—¡Morir! ¿á qué pensar en morir? Llega, sabio Raab, y dí á esta cristiana que sus dias no están contados aun.

Era el anciano que habia asistido á D. Juan.

—Dios no ha querido, cristiana—la dijo—que el hilo de tu vida se corte; los buenos genios le han protegido, y con beber la medicina que contiene este vaso, mañana se habria cerrado tu herida.

El anciano presentó conmovido un pequeño vaso de oro á la jóven; cuando

ésta lo tomó, Kair-Eddin palideció horriblemente; el sacerdote murmuró, sin poder contenerse, una oracion, y dos gruesas lágrimas brotaron á los ojos del médico.

Teresa lo adivinó todo, se estremeció levemente, apuró el contenido del vaso, y se dejó caer sobre el lecho, murmurando:

—¡Bendecidme, padre mio!

Despues su mirada se amortiguó, condensóse su palidez, y cayó en un profundo letargo.

Raab corrió á la lámpara, la tomó, la acercó al semblante de Teresa, y dijo con voz profunda y solemne:

—Su espíritu ha volado al paraíso y duerme en el regazo de Dios.

Entonces se levantó el sacerdote cristiano, y con voz dulce y conmovida, estendiendo los brazos sobre Teresa, esclamó:

—Mártir del amor y de la castidad, que te perdone Dios en el cielo, como yo en su nombre te perdono en la tierra.

Kair-Eddin habia caido de rodillas.

. . . .

. . . .

El Dey cumplió su promesa, el sacerdote fué libre, y conducido á España.

El dia siguiente vieron con espanto las gentes de Argel una cabeza humana, clavada en una pica, en la torre más alta de la Casbá.

Era la cabeza de Sir James.

Kair-Eddin, antes de sentenciarle, solo habia pronunciado estas palabras:

—Tú, vendido al oro de Noema, sirviendo su venganza, hiciste que don Juan conociese á Karina; me has hecho traicion, y mereces la muerte.

Despues de esto le entregó á sus verdugos.

La fatalidad habia dejado un nuevo rastro de sangre tras las huellas de D. Juan, y un alma destrozada y un pensamiento loco en el feroz Dey de Argel, Kair-Eddin Barba-roja.

El destino de D. Juan era destruir, y se cumplia.

Tres dias despues, al mediar el sol su curso, una galera de dos bandas fondeaba delante de las costas de las Alpujarras, y D. Juan, acompañado de doce hombres, desembarcaba, trepaba rocas y montañas, y llegaba al fin á la cumbre de una, sobre la cual, cubiertas de musgo, se veian las ruinas de un castillo.

Aquel castillo habia sido el Castillo del Diablo.

La tradicion se cumplia otra vez. Era el dia 1.° de Enero de 1530; habia pasado una generacion desde que la última dama blanca habia llegado allí con sus servidores, y el último descendiente de la raza maldita, impulsado por el destino, acudia á aquella cita tremenda.

Quizá treinta años adelante debia levantarse sobre aquella cumbre la cruz de su sepultura.

CAPITULO X.

La influencia del primer amor.

Avanzaba el año de 1530.

D. Juan habia vuelto á Sevilla.

En ella encontró los restos de su servidumbre.

El buen José se habia hecho muy viejo; Andrés Ceballos se aburria al lado de su mujer, y Gabilan, héroe acaso el más afortunado de esta historia de sangre y lágrimas, estaba al parecer, y en el fondo muy satisfecho, al frente de una hostería en Triana.

El genio de Gabilan era esencialmente industrial y mercantil.

Por uno de los accidentes tan comunes en el corazon de la mujer, Esperanza, que se habia encontrado sola en un convento, por la muerte de Lind-Arahj, acontecida cuatro años despues de la terrible revelacion de Aurora, habia vuelto, por decirlo así, al nido abandonado, llevando la alegría á Gabilan y ostentándola ella misma; pero en el fondo de aquella jóven alma se encerraba una amargura infinita; la punzaba el amor de D. Juan, y sentia un voraz remordimiento; se habia dejado engañar por Aurora y se habia vengado, pero de una manera terrible; añadíase á esto su dolor de madre, porque creia que la muerte de su hija habia sido un castigo de Dios, por aquella venganza, que ella no hubiera llevado á cabo si hubiera sabido cuánto tenia de horrible.

El matrimonio, pues, era feliz á medias, y en apariencia.

Gabilan no habia conseguido que su bonita mujer reemplazara con otro vástago la hija perdida.

D. Juan hacia una vida vulgar; por costumbre, ó por despecho, seguia enamorando y dando estocadas, cosa que entonces hacian casi sin escepcion todos los nobles de España, pero sin singularizarse en sus galanteos, y sin declararse enemigo decidido de nadie.

Sin embargo, si alguien, durante las brumosas mañanas de invierno, hubiera seguido á la hora del alba á D. Juan, cuando salia de su casa por un postigo, rebozado en una ancha capa, y como quien se desliza temeroso de ser conocido; si le hubìera visto entrar en la iglesia del convento de Santa Clara, y allí, en un oscuro ángulo, junto al coro bajo, hubiera tenido ojos y oidos para sorprender en su semblante una vaga espresion de dolor, y en su aliento, entrecortado y débil, la entonacion de un gemido, que se exhalaba delante de Dios como una súplica desesperada; si penetrando en el cáos de su pensamiento, hubiera podido unir el ligero, momentáneo é impaciente frunce de su entrecejo á un recuerdo sombrío y aterrador; si analizando aquel recuerdo, hubiera encontrado en el todo un pandemonium de fantasmas acusa-

doras, de seguro, quien esto hubiera conocido habria afirmado que D. Juan era la representacion de la más acerba de las desdichas.

Llevábale allí una atraccion poderosa; cerca de aquella iglesia, en el claustro unido á ella, dormian en un ángulo el comendador y doña Inés, su sueño de muerte.

Entre aquellos dos sepulcros, y en el sitio en que convenian los ojos de piedra de sus estatuas sepulcrales, estaba sepultada bajo una humilde losa Lind-Arahj.

D. Juan, que no se habia atrevido á preguntar á nadie dónde estaba el lugar de reposo de aquellos desdichados, habia invertido mucho tiempo y muchas palabras indirectas para llegar á su conocimiento.

Desde entonces su siempre leve insomnio se despejaba al clamor de la campana matutina, y solo, triste, desesperado, iba á aproximarse á sus víctimas; se prosternaba siempre en el mismo sitio, murmuraba sin fé un momento una oracion medrosa, y volvia á salir cuando el sol no habia aclarado aun la vaga y fantástica luz del crepúsculo.

Tornaba á su lecho, y al levantarse de él nadie podia adivinar en el altivo, hermoso y tranquilo noble, al penitente de Santa Clara.

Así pasaron muchos dias, y tras los dias muchos meses; llegó otro invierno, y con él esas bellas y poéticas misas del alba, que se llaman de aguinaldos, y preceden á la Navidad.

D. Juan entró una mañana en la iglesia; era muy temprano, y sin embargo, notó más concurrencia que la de costumbre.

Un viejo sacristan, delgado, alto, de semblante magro y miserable, se ocupaba en encender con una larga caña la multitud de velas que por todas partes llenaban pilastras y retablos.

D. Juan, alejado por mucho tiempo de las prácticas religiosas, no supo darse la razon de aquellos preparativos, que auguraban un acto solemne; á más de eso, una mano invisible, como preparándose para la festividad, arrancaba al órgano de una manera rápida, fugitivas y magníficas armonías.

Existe un acto en el corazon que aun no se ha esplicado, y que por lo tanto, pertenece aun á esa gran suma de misterio que guarda el espíritu humano; el presentimiento.

D. Juan presintió de una manera vaga y oscura que existia una relacion directa entre él y la persona cuya mano hacia gemir al órgano; tuvo interés en desvanecer en lo posible sus dudas, y aprovechando la ocasion de pasar el sacristan junto á él, le dijo, poniéndole un doblon en la mano:

—Quien toca el órgano, ¿será sin duda una religiosa?

—Nó, nó, señor caballero,—contestó con acento nasal y admirado el sacristan;—es una señora de piso.

—No os entiendo bien.

—Llamamos señoras de piso á las que, sin ser monjas, viven retiradas en un convento, al cual pagan una limosna por la manutencion, y para lo cual necesitan una licencia del señor arzobispo.

D. Juan no creyó prudente preguntar más.

En el sentimiento que la mano de la desconocida imprimia á las notas del

instrumento, reconocia D. Juan un sentimiento hermano al que habia sentido en una mujer amada, al eco de su voz, al brillo de sus miradas, á lo dulce de sus caricias.

D. Juan, pues, retenido por aquel misterioso encanto, permaneció en la iglesia más tiempo que de costumbre; ésta se llenó de gente, y empezó la misa.

Concluyó la misa, y D. Juan lo creyó terminado todo; pero la gente permanecia y el órgano retumbaba aun: no eran ya los graves acordes del salterio del profeta los que se exhalaban de sus tubos metálicos, sino la alegre y viva armonía del rabel y de la zampoña del pastor de Belen; de repente, y al concluir una bulliciosa introduccion, una voz de purísimo timbre se elevó entre el silencio del templo cantando un villancico.

Aquella voz produjo en D. Juan una conmocion más fuerte que la que le hubiera causado la trompeta del arcángel anunciando el juicio final.

Se nublaron sus ojos, zumbaron sus oidos, detúvose su corazon, y un sudor helado se infiltró á través de sus cabellos.

Dudó, y esperó á que, terminado el coro de las monjas, que habia seguido al villancico, se elevase otra vez aquel acento mágico.

Volvió, y ya no dudó D. Juan; alzóse engrandecido por un sentimiento de felicidad.

¿No le habian dicho que aquella dama, la dama que tañia el órgano, no habia profesado? Y aquella voz divina, ¿no era la voz, la dulce voz de Magdalena, de aquella Magdalena que habia sido su primer amor, que se habia conservado sin rival hasta Teresa, que habia llenado sus sueños, que le habia inspirado celos amargos y terrores crueles, á quien tanto habia buscado, á quien tanto amaba aun?

Tenorio se levantó del escaño donde estaba sentado; pero en vez de dirigirse á la puerta de la iglesia, se encaminó á la sacristia.

El magro sacristan se ocupaba en guardar cuidadosamente los ternos que habian servido en la misa. Estaba solo.

Al ruido de los pasos de D. Juan, volvió la calva cabeza, y notóse en él esa espresion de complaciente servilisimo de los séres avaros que han sido una vez bien pagados, y que esperan serlo mejor.

El sacristan, por un agudo instinto, habia comprendido que existia algo que podria llamarse amor entre el gentil caballero y la señora de piso.

Así, pues, prodigó á D. Juan una de sus más insinuantes sonrisas.

—Supongo—le dijo el jóven—que vuestra ocupacion no durará todo el dia.

—Por el contrario, dentro de un momento habré concluido.

Si vuestra señoría me necesita, entregaré mi apagador á los monacillos.

Todo se reducirá á que me roben alguna vela.

—Os indemnizaré de esa pérdida.

—¿Y para qué me necesita su señoría?

—Esperad, esperad; necesito hablaros á solas; voy á esperaros en la taberna del Montañés de la plaza de la Encarnacion.

—Iré al momento, caballero.

D. Juan se trasladó á la taberna, pidió un cuarto y provision de escribir, y advirtió al tabernero que introdujese al sacristan de las monjas de Santa Clara en el momento que se presentase.

A pesar de haber prometido el sacristan presentarse al momento, tardó lo bastante para que D. Juan tuviese tiempo de escribir una larga carta; estaba bajo el dominio de la fiebre que le producia el nuevo encuentro de aquella mujer, á quien jamás habia olvidado y que tanto amaba, y la carta era una improvisacion delirante, nerviosa, por decirlo así, capaz de enloquecer á una mujer que amaba ó habia amado á Tenorio con el ardor que Magdalena.

D. Juan la espresaba todos sus dolores, todos sus recuerdos, todos sus esfuerzos por encontrarla, y toda su felicidad por haberla encontrado; la describia de una manera seductora sus esperanzas y sus proyectos; la llamaba esposa, y concluia exigiéndola una cita.

Apenas habia firmado D. Juan y cerrado la carta, cuando se presentó meticulosamente el sacristan.

—Perdonad, señor, si os he hecho esperar más de lo que hubiera querido; pero vos no sabeis lo que es un vicario de monjas despues de una misa de aguinaldo; ha invertido mucho más tiempo en almorzar que en decir la misa; y como las buenas madres no escasean en estos casos los platos ni las confituras..... y son tan ricas las señoras de Santa Clara..... y.....

El sacristan habia apurado su caudal de escusas, y no sabemos por dónde hubiera tomado vuelo su justificacion, á no ser porque D. Juan, que no le habia escuchado, embebecido en repasar su carta, no hubiera tomado la palabra.

—Se trata de hacerme un gran servicio,—le dijo.

El sacristan abrió de una manera enorme los ojos.

—Servicio que os será noblemente recompesado.

D. Juan sacó un puñado de escudos y los apiló sobre la mesa.

—Y ese servicio, ¿es justo y lícito?—dijo temblando de codicia el sacristan.

—Consiste en hacer llegar esta carta á una señora que está en la clausura de Santa Clara.

—¡Señor, señor! ¡una monja!—esclamó asustado el sacristan.

—Vos mismo me habeis dicho que no lo es.

—¡Ah! su señoría se refiere á doña Sol.

—¡Cómo! ¿se llama doña Sol la señora de piso que toca el órgano y canta tan hermosos villancicos?

—Ni más ni ménos, señor.

—¿Y es hermosa?

—Parece que la han puesto el nombre á propósito.

—¿Blanca, con ojos dulces, hermosos y negros; con cabellos finos como la seda; alta, con un cuello y un seno admirables?....

—¡Jesus! ¡Jesus, señor! yo no reparo, yo no sé.....

—Pero, en fin, la habreis visto, y la vereis á cada paso.

—Sí señor.

—¿Cuánto tiempo hace que está en el convento?

—Diez años lo ménos. Sí, cabalmente. Vino en 1520.

—¿Sola?

—La acompaña un sacerdote.

—¿Y tiene familia?

—No lo sé...... nadie lo sabe..... quien la trajo, dicen que entregó una fuerte cantidad á la abadesa, que es una señora anciana..... juzgad, hace treinta y seis años que profesó, y veinte que es prelada..... aquella sí que era hermosa cuando vino..... ¡pobre señora! debia estar muy desengañada del mundo, porque lloraba..... lloraba..... y todavía llora.

A D. Juan le importaba muy poco la abadesa, y por lo mismo, interrumpió al sacristan.

—Y decidme, ¿qué edad tiene doña Sol?

—Segun los libros del convento, y por lo que me ha dicho el padre vicario, que tiene una curiosidad que rabia por saber algo de doña Sol, cuando vino tenia veintiseis años, y parece que no ha pasado por ella un dia; está tan hermosa como entonces, solo más pálida, mucho más pálida..... tambien llora, segun dicen las madres, porque habeis de saber, señor, que en un convento todo se sabe; y dicen que la abadesa y doña Sol se aman tanto y tanto, que más que otra cosa, parecen madre é hija..... y las madres creen....

—¿Qué creen las madres?

—Creen—dijo bajando la voz el sacristan—que por la edad de la señora, por el tiempo que hace que entró la abadesa en el convento, por las dispensaciones que hizo la reina Isabel venir de Roma, se cree, aunque nada se sabe de cierto, que fuera una mujer casada, que infiel á su marido..... esto es murmurar..... yo no lo creo..... pero lo dicen..... que infiel á su marido y temerosa, se acogió á la reina, que era tan buena.....

—Acabad de una vez,—dijo con impaciencia D. Juan, á quien ya empezaba á interesar la abadesa.

—Pues se cree que esa doña Sol sea una hija de la abadesa, tenida fuera de matrimonio.

Pero esto no es más que decir..... porque doña María (1) es una santa.

¡Si viérais cuánto se ha mortificado! ha sido necesario que el señor vicario diera parte á su ilustrísima, y que el señor arzobispo la prohibiera, bajo obediencia, hacer los ejercicios.

—¿Y sabeis por qué razon no es monja doña Sol?

—Hé ahí, hé ahí en lo que las malas lenguas se fundan para decir que es una hija adulterina, que no tiene padres legítimos; en que si hubiera podido hacer las pruebas, hubiera profesado.

—Tal vez doña Sol sea casada.

Abrió enormemente la boca el sacristan.

—O al ménos, prometida delante de Dios, á los piés de un Crucifijo, á un hombre.

—Pero esas promesas se dispensan, caballero.

---

(1) Las monjas clarisas estaban consideradas como señoras; hacian pruebas, y se las daba el tratamiento de don.

—Quien bien ama, no pide dispensacion de su amor.

—¿Acaso, señor, seriais vos el hombre á quien se haya prometido doña Sol?

—Acaso, acaso.

—Y bien..... ¿quereis?.... ¿qué quereis de mí en ese asunto, señor?

—Quiero que entregueis esta carta á doña Sol, á solas.

—Pero me espongo.....

—Os pagaré, con cien veces más oro del que hay aquí, vuestra esposicion.

—Pero.....

—Y si os negais, os anuncio que me llamo D. Juan Tenorio.....

—¡Jesus, Jesus mil veces!—esclamó asustado el sacristan.

—Y podria suceder se me ocurriese el cortaros las orejas.

—¿Y no medita vuestra señoría que si le sirvo y se descubre, la Inquisicion no se contentaria con ménos que con quemarme?

—Para que os tranquiliceis, mirad.

D. Juan se abrió la ropilla, y mostró al sacristan la placa de familiar del Santo Oficio, que llevaba á todo evento consigo.

—¡Ah, ah! siendo así, y si vuestra señoría me promete protegerme.....

—¡Imbécil! tomad, servid, y callad.

El sacristan tomó la carta y los doblones que le daba al mismo tiempo don Juan, resignado al parecer á cumplir aquel mandato, que para tranquilizar su conciencia, tenia todos los visos de ser impuesto por el terror y el poder.

—¿Y cuándo podrá estar esa carta en manos de doña Sol?

—Dentro de una hora.

—Decidla que D. Juan Tenorio espera con ánsia su contestacion; y cuando os la dé, llevádmela á Triana, á la hostería del Sr. Anton Gabilan.

—Muy bien, señor.

—Cuento con que no os arrepentireis.

—Soy todo entero de vuestra señoría.

—La contestacion de esa dama será para vos una libranza de cien doblones.

—¡Ah, señor! no creais que.....

—Adios, y contad con que os espero.

—Vaya vuestra señoría con Dios, y tenga muy en cuenta que no faltaré.

Tras esto, D. Juan salió de la taberna, atravesó á Sevilla y al puente de Barcas, y entró en la hostería que tenia en Triana Gabilan.

Estaba éste alegre y satisfecho á la puerta, calentándose el vientre al sol.

—¡Cómo, señor! ¿vos tan temprano por mi casa? ¿será que al fin me hareis la honra de permitir que mi Esperanza prepare un almuerzo para vos?

—Nó, no se trata de eso.

¿Tienes alguna habitacion decente?

—¡Y cómo si la tengo! una cámara pintada, con lecho de colgaduras, que reservo para cuando vienen estranjeros á ver las grandezas de Sevilla.

—Pues bien; házmela arreglar.

Gabilan dió brevemente las órdenes al efecto; condujo á su amo á una habitacion del piso alto, y lo dejó solo en ella.

Pasaron algunas horas; al fin rechinó la puerta, y asomó la picaresca cabeza de Gabilan.

—Ha venido un hombre buscándoos.

—Hazle subir.

Un momento despues, el sacristan de Santa Clara, en la actitud más misteriosa del mundo, entraba rebozado en su mugriento manteo y cubiertas las manos con el bonete, de que por un esceso de respeto se habia despojado en las escaleras.

—¿La habeis visto y recibió mi carta?

—Sí señor.

—¿Y qué aconteció despues?

—Se puso muy pálida..... muy pálida; y luego me preguntó por vos, se informó..... se puso tan alegre..... y me dió esta carta para vos.

D. Juan se apoderó de la carta y devoró con el alma su contenido.

«¡Ah, D. Juan! Tu carta me ha vuelto loca. Sabias que yo moriria antes de hacer imposible nuestra union. ¡Gracias, gracias, D. Juan! No sé lo que escribo. Siento tanto, que es imposible que lo esprese. Seria necesario que estuvieses junto á mí, que vieses cuánto tu amor me hace feliz. Ven, D. Juan; mi corazon desfallece y se abrasa. Ven, amado mio, y no nos separemos jamás..... antes la muerte. No sé acabarte de escribir; aquí debia terminar, y sin embargo, la pluma se adhiere á mis manos, y se une al papel que tú besarás, porque yo lo he escrito. ¡Dios mio, Dios mio! se necesitan tantas fuerzas para los grandes placeres como para los grandes dolores. No puedo más. Adios; ven, ven; te espero.»

Solo por un resto de dominio pudo D. Juan contenerse para no besar delirante aquellos adorados caractéres.

Rió, cantó, deliró, lo olvidó todo, todo..... hasta á Teresa; rompió muebles, atronó la hostería, y dió motivo á que Gabilan se presentase asustado, temiendo que su amo se hubiese vuelto loco.

—Vienes á tiempo, Gabilan,—le dijo, mostrándole la carta;—es de ella, de ella, de Magdalena.

¿Te acuerdas, Gabilan?

—Por doña Magdalena, señor, fué el viaje que me hizo perder á mi hija y me tuvo cuatro años separado de mi Esperanza.

—Pero ya la he encontrado, y mira; me ama, me ama como siempre. Lee.

Gabilan leyó por cima distraido, y en su distraccion, volvió la hoja.

—¿En qué estás pensando? La carta termina en la primera llana.

—Perdonad, señor, yo siempre miro un papel por todos los dobleces, y esto es prudente; mirad, apostaria á que no habeis reparado en esta *postdata.*

En efecto, D. Juan no habia leido algunos renglones que estaban escritos á la vuelta.

«No he querido—decian—amargarte de repente la felicidad que sentirás al leer lo que antecede; solo despues que hayas gozado la espresion de mi amor, verás estas líneas. Ven, pero ven preparado á sacarme como robada del convento; de otro modo, todo se malograria: hay quien se oponga á nuestro amor: ¡mi madre! ¡tengo madre! He encontrado á aquella noble y hermosa dama de quien te hablé hace diez años en el cortijo de Andrés Ceballos, antes de que nos separasen; mi madre, cuyo nombre y cuya historia son

aun un misterio para mí. Mi vida tambien es un misterio para ella. Te espero, D. Juan, y estoy preparada. Si tienes medios..... esta noche; yo sabré si estás decidido; si te veo en la Giralda á las tres, y me haces seña tres veces con un pañuelo; si yo contesto con otras tantas, me encontrarás esta noche á las doce en el cementerio del convento.»

Esta postdata apagó de repente la alegría de D. Juan; sabia por esperiencia que todas sus empresas habian tenido un resultado fatal, y temió por Magdalena; por la primera vez, temió por sí mismo.

D. Juan, pues, se resolvió.

—Lo que me has mostrado, y que yo no habia visto en la carta de doña Magdalena, me obliga á exigirte un último servicio, Gabilan.

Estremecióse el ex-lacayo.

—¿Tiene necesidad el señor de que haga un nuevo viaje?

—Nó, no se trata ahora de eso. No es necesario que te muevas de tu casa.

Restablecióse la sangre en el semblante de Gabilan.

—Como tu hostería—prosiguió el jóven—está al tope de los que entran y salen en el castillo de Triana, debe necesariamente ser concurrida por soldados de la Fé.

—Muchos en efecto, vienen, señor.

—Necesito á lo ménos una docena, que estén dispuestos y armados para cuando yo los llame.

—Esto es peor, mucho peor que si me hiciérais viajar,—dijo palideciendo de veras Gabilan;—jugais con la Inquisicion, y por más que seais poderoso, y os proteja el emperador, y seais su capitan de guardias y su gentil-hombre, que ni le guarda ni le sirve, y hace lo que quiere, el asunto es grave; apuesto á que teneis en la cabeza un proyecto endiablado.....

—Si lo adivinas, calla.

—Pero despues de no haber respetado nada, ¿os atrevereis á Dios?

—Observo que cada dia eres más cobarde y más impertinente, Gabilan.

—Cobarde..... verdaderamente cobarde, nó; pero bien sabeis que la prudencia produce muchas veces los efectos del miedo.

—Aquí no se trata de aventurar nada; soy familiar del Santo Oficio, y puedo hacerme obedecer pretestando una comision secreta; además de eso, cada soldado de la Fé no es otra cosa que un tunante que encontrará muy cómodo el ganar algunos cientos de doblones.

Encárgate de ello, Gabilan; hazles entender que se trata de un asunto delicado en que yo me intereso, y ofréceles lo que quieran; ya sabes que el oro hace milagros.

—Pero, señor.....

—No admito réplicas. Esta noche á la oracion necesito esos doce hombres para conocerlos.

—Dios quiera que no sea ésta nuestra última aventura.

—Toma,—le dijo D. Juan, escribiendo un papel;—da esta órden á José, y te proveerá de dinero.

—¿Va á salir el señor?

—Sí; probablemente no volveré hasta la noche, y ya que tan empeñado

estás en que yo honre los manjares de tu hostería, prepara una escelente cena y todo lo necesario para recibir dignamente á mi esposa.

Despues de esto, D. Juan se embozó y salió; Gabilan quedó pensativo, pero al fin se encogió de hombros y cerró la puerta del cuarto, diciendo para sí:

—Sirvámosle por la última vez; quiera Dios que me engañe; pero esta aventura me previene mal.

D. Juan anduvo algun tiempo por Sevilla, y á las tres subió á la Giralda; buscó desde ella, y entre el laberinto de tejados de Sevilla, la torre del convento de Santa Clara, y la encontró; entonces hizo por tres veces seña con su pañuelo, y esperó; poco despues, en una de las ventanas de la torre de Santa Clara, se agitó otro pañuelo por tres veces.

Todo estaba convenido; Magdalena le esperaba: por la primera vez, don Juan, á pesar de su impiedad, tuvo miedo y recordó la historia de Lisardo el Estudiante.

Hasta entonces se habia atrevido á los hombres, pero aquella noche iba á profanar la casa de Dios.

CAPÍTULO XI.

Los soldados de la Fé.

—Señores: Mi ilustre amo no debe tardar; aun no son las ánimas, y su señoría es exacto como buen soldado; entre tanto, conversemos con estas botellas y estas empanadas; dejad, pues, en un rincon vuestras picas, y pasemos agradablemente nuestra espera.

Quien hablaba de este modo era Gabilan, y á los que hablaba, una docena de jayanes, que llevaban el uniforme y las armas del Santo Oficio.

El lugar de la escena era un salon irregular, situado en la parte posterior de la hostería, y lleno de mesas no muy limpias, que no se ocupaban sino en los dias de gran despacho, por ser el susodicho salon retirado, oscuro y tétrico.

En aquella ocasion, sobre cuatro mesas unidas en el centro, se habia estendido un mantel y figuraban en él algunos fiambres y empanadas, y trece botellas, una por cada individuo, entrando en cuenta Gabilan, que en otra ocasion hubiera andado más pródigo de vinos; pero tratábase de una empresa para cuyo desempeño se necesitaban cabezas firmes y despejadas.

Seis bujías de cera, puestas en candeleros de bronce, iluminaban el centro del techo, que era muy bajo, la mesa y los trece hombres; los límites del salon estaban sumidos por todas partes, y á poca distancia, por una media tinta oscura.

Gabilan, despues de haber hecho sentar á sus comensales, y de haber bebido algunos vasos, dijo como hombre que sabe lo que dice:

—Señor sargento Gil de Aponte, en este mundo estamos obligados á buscar fortuna, ¿eh? y cuando ésta se viene á las manos trayendo por muestra algunos cientos de escudos de oro, no encuentro motivo para que se despida á la suerte, ni más ni ménos que si fuera una mujerzuela importuna.

—Sr. Anton Gabilan,—contestó el sargento,—todos los que estamos aquí hemos corrido antes de ahora mucho mundo, y sabemos hasta qué punto podemos apretarnos las agujetas del zapato. Pero ¡por mi santiguada, que ando buscando la causa de vuestras anteriores palabras, y no la hallo!

—Debeis tener en vuestra escarcela una órden firmada y sellada por un señor familiar.

—Héla aquí, Sr. Anton,—dijo el sargento sacando con gran reverencia un papel envuelto en un sobre y despojándole de él;—aquí dice bien poco; pero lo poco que manda está cumplido.

—Tendreis la merced de leer esa órden.

—Con mil amores.

«El sargento de escuadra de los soldados de la Fé, Gil de Aponte, bajo sigilo. escogerá once hombres de valor y prudencia, y sin revelarlo á nadie, ni aun á los señores inquisidores, se presentará con ellos armados en la hostería del Sr. Anton Gabilan, en Triana, donde esperará mi presencia ó una nueva órden, bajo pena de excomunion mayor y del castigo corporal que haya lugar, si él ó los suyos faltare ó faltaren al sigilo ó á la obediencia que en esta órden se le prescribe. Por el Santo Oficio de Sevilla.—El familiar, *D. Juan Tenorio.*»

—Y suponiendo—dijo Gabilan— que en esa órden nada tenga que ver el Santo Oficio.....

—Me basta—contestó el sargento—con que provenga de un familiar y esté dada en nombre del Tribunal de la Fé.

Esta órden será siempre mi descargo.

—A pesar de eso, no estará demás el que yo añada algunas palabras para confirmaros en vuestro propósito.

El hombre que ha escrito esa órden es demasiado poderoso para que puedan llegar á él los tiros de la Inquisicion; es favorito del emperador, está esceptuado de la jurisdiccion del Santo Oficio por bula del Papa, y cuenta con suficientes doblones para poder desollar cuando quiera á cualquiera de vosotros.

Pero al mismo tiempo me ha encargado, que para que con mayor gusto obedezcais, veais y calleis, os entregue quinientos doblones.

¿Qué os parece, eh? mi señor es un gran señor; un caballero demasiado generoso para que se le sirva de rodillas.

—Sí..... bien considerado.....—contestó el sargento;—¿y sabeis de qué se trata?

—Lo ignoro de todo punto; pero no debe ser un asunto descabellado, porque á mi señor no gustan los escándalos.

Miró el sargento á sus subordinados, y por la espresion de sus semblantes los encontró muy inclinados á los quinientos escudos.

Gabilan notó lo mismo.

—Creo—dijo—que no os pesaria el poder conferenciar durante un momento que necesito para ir por la espresion que os hace mi antiguo amo;

quinientos escudos se cuentan pronto, y soy con vosotros, señores.

Gabilan tomó una de las bujías y salió, cerrando tras sí la puerta.

En el momento que quedaron solos aquellos hombres cambió la espresion de sus semblantes, trasformándose en otros tantos tunos sin pudor y sin miedo.

—Creo, amigos mios,—dijo el sargento—que la masa se nos viene á las manos; por mucha levadura que tenga, por dura que esté, creo que si nos dan muelas de oro, podremos muy bien tragarla.

—¿Quién lo duda? siempre hay tiempo de volverse atrás,—dijo uno.

—Yo creo que el asunto para que nos quiere D. Juan, será el robo de alguna dama,—observó otro.

—Lo que no dejaria de ser chistoso,—observó un tercero.

—¡Hacer servir de mediadora á la Inquisicion!

—Cosas de D. Juan.

—Que paga bien.

—¡Que viva D. Juan! ¿Cuánto nos toca á cada uno?

—Sobre cuarenta escudos,—dijo el sargento.

—Pues hecho.

—¡Silencio! alguien viene,—repitió el sargento.

En efecto, oyóse una llave en la puerta, se abrió ésta, y entró Gabilan.

Traia en una mano el candelero, y en otra un saco repleto.

En aquel seductor ademan, adelantó hácia la mesa, llegó, y puso sobre ella la luz y el saco.

El sargento, creyéndole ya suyo, alargó la mano al talego.

—Aguardad, si os place, un momento,—dijo Gabilan sacando de uno de los bolsillos un papel, y del otro un tintero de cuerno;—como soldados de la Fé, todos sabeis leer y escribir.

Los esbirros se miraron unos á otros.

—No hay por qué asombrarse, señores; en este papel no dice más que lo siguiente:

«Hemos recibido quinientos doblones de oro por servir como ministros de la Inquisicion á D. Juan Tenorio durante la noche del 19 de Diciembre de 1530.»

—¿Y es necesario firmar ese recibo?—dijo con cierta inseguridad el sargento.

—Sí, si quereis recibir el dinero.

—Y este recibo.....

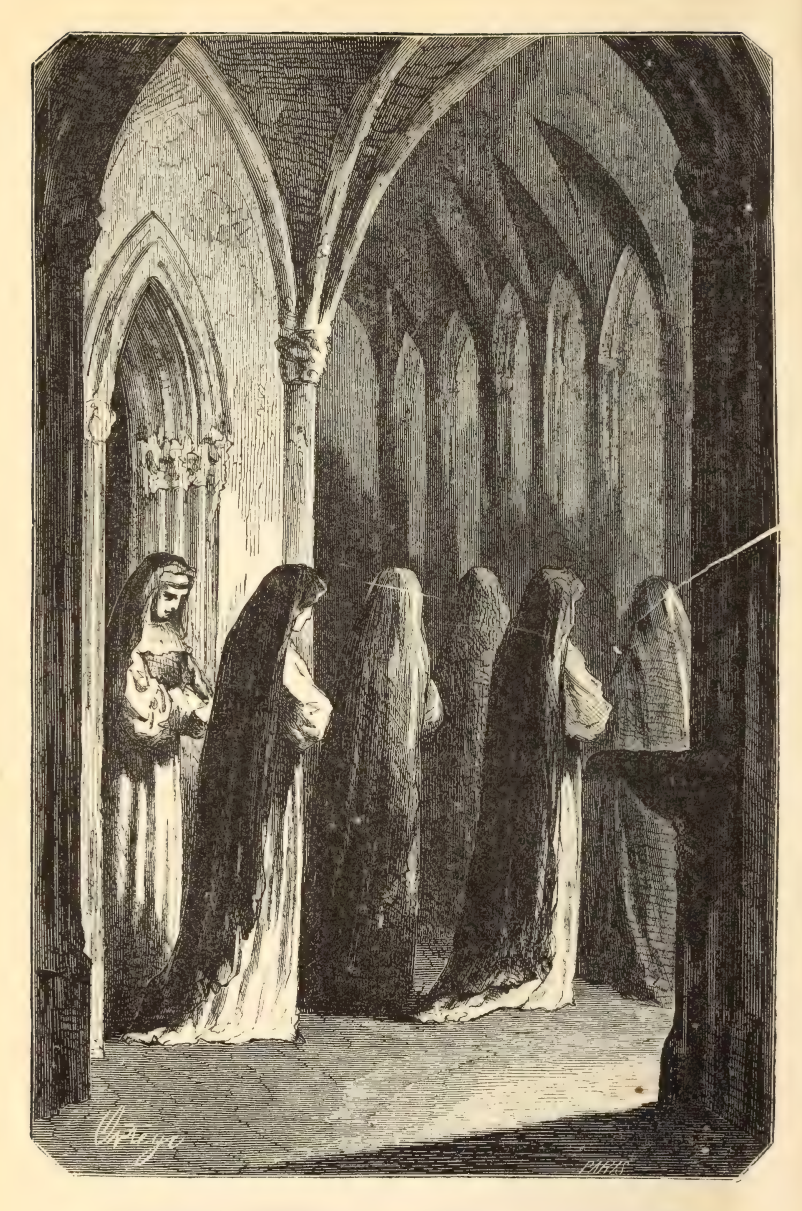
—Responderá de vuestra prudencia.

El sargento miró de nuevo á los suyos, y los encontró decididos á no dejar escapar el talego.

—Dadme acá, Sr. Anton Gabilan; dadme acá, aunque en verdad me lastima la desconfianza de vuestro amo.

Despues de esto firmó, y luego los otros once, tras lo cual Gabilan volvió el saco y vertió sobre la mesa una brillante y ruidosa cascada de monedas de oro.

Hízose el reparto con un órden admirable, y apenas estuvo el dinero en los bolsillos de cada cual, cuando se abrió la puerta y adelantó un hombre. Era D. Juan.



DON JUAN TENORIO. — ..... Saliendo una á una monjas
y pensionistas.

—¿Estais dispuestos?—dijo al sargento.

—Sí, sí señor; estamos al mando de vuestra señoría.

—Pues tomad vuestras armas, y en marcha.

Los soldados de la Fé fueron al rincon donde habian dejado sus picas, las tomaron, y salieron siguiendo á D. Juan.

Cuando estuvieron en la calle, se formaron, atravesaron á Triana y al puente de Barcas, y llegaron á la puerta del Arenal, que estaba cerrada.

Al nombre de la Santa Inquisicion la puerta se abrió, y D. Juan y los soldados de la Fé entraron en la ciudad.

Retumbaban en aquel momento, tañendo las ánimas, las campanas de la Giralda.

CAPÍTULO XII.

La última revelacion.

El convento de Santa Clara estaba sumido en el más profundo silencio, y en sus claustros solitarios chascaraban indecisas y lúgubres algunas lámparas; ni una pisada, ni un eco: la paz más profunda dominaba en él; pero paz aterradora, muy semejante á la paz de los cementerios.

Despues de las ánimas se habian retirado las madres y las pensionistas que habian asistido á la velada de aquella noche; se habian tenido juegos de prendas; se habian compuesto de memoria y como en certámen villancicos para cantarlos al dia siguiente, y Magdalena los habia escrito, prometiendo aprenderlos de memoria.

Pero á pesar de la alegría que parecia reinar entre aquella casta sociedad femenina, las buenas madres habian notado que el semblante de la abadesa estaba más severo, más siniestro que de costumbre.

Presentíase un acontecimiento: no se adivinaba cuál fuese, pero sí que seria terrible; la conversacion fué por lo tanto intencionada, y los villancicos se convirtieron en epígramas sutiles y venenosos: generalmente cada monja es una víctima de la sociedad, y no pudiendo vengarse de ella, se venga en sus compañeras de infortunio.

Doña Ana notó que ella y su pensionista se hallaban en una situacion escepcional, y apelando á sus fueros de prelada, pretestó un malestar de cabeza, y dejó entender que le seria provechoso el sueño.

Apenas quedaron solas, la abadesa hizo acercar á sí á la pensionista y la mandó sentar junto á ella.

Doña Ana, la abadesa, era una señora que frisaba en los sesenta años; la palidez y la sombra del claustro habian hecho diáfana su blancura; los años habian demacrado y arrugado su semblante.

En contraposicion, Magdalena habia acrecido en hermosura, por la adqui-

sicion de un ligero tinte de languidez y de virginidad que habia contraido en el claustro.

Todas la amaban en el convento por su dulce belleza, por su tranquila resignacion, por su solícita y franca amistad; á pesar de lo maldiciente de la murmuracion, ninguna habia sospechado en ella á la impura ramera, á la querida de Avendaño, á la amante de D. Juan.

La asediaban para persuadirla á que tomase el velo, y la decian con frecuencia:

—Tú serias nuestro orgullo, Sol, y la más hermosa, la más pura de las vírgenes del Señor.

Lo mismo pensaba doña Ana, á pesar de que sabia que el nombre de Sol era un nombre supuesto, que una historia de amores habia llevado al claustro á Magdalena, y que gemia por ellos.

Doña Ana adivinó que el hacer variar de nombre á Magdalena habia sido sin duda para hacer perder la pista á un amante, y muy pronto la tristeza de la jóven y su oposicion á tomar el velo la confirmaron en sus sospechas.

Prudente, sin embargo, calló y esperó.

Abriéronse un dia las puertas del convento para una pobre loca, á quien servia una doncella; á aquella dama acompañaba una carta, y la abadesa se conmovió al leerla; cayó de sus manos, y corrió frenética á abrazar á la pobre demente.

Aquella desdichada era Lind-Arahj; la doncella que la acompañaba Esperanza.

Magdalena, al entrar en la celda, encontró la carta, y cediendo por primera vez á un sentimiento de curiosidad, la levantó y la leyó.

El contenido fué terrible para ella.

«Señora,—decia;—os envio una víctima de D. Juan, que es tan infame como su padre. Quiera Dios que al reconocerla no me maldigais por mi crueldad al enviárosla. Yo la hubiera tenido conmigo; pero la fatalidad me obliga á perseguir á ese mismo D. Juan. ¡El miserable me ha robado mi hija, mi Inés! Me han dicho que está en Sevilla. Ella os conoce, ella os ama, y es muy posible que vaya á veros. Avisadme, señora, avisadme por compasion, porque necesito venganza.»

Quien firmaba aquella carta era el comendador D. Gonzalo de Ulloa, patrono del convento de Santa Clara, en cuyo claustro estaba el enterramiento de su familia.

Magdalena creyó morir al conocer la traicion de D. Juan.

Sintió que el alma se la desgarraba, quiso llorar y no pudo; las lágrimas oprimieron su corazon, y se desmayó.

Cuando pálida, aterrada, fatídica como una maldicion, entró doña Ana en su celda, encontró inerte, tendida sobre la alfombra á Magdalena, y su terror se colmó; por un instinto secreto amaba con ternura á aquella mujer misteriosa, y al creerla muerta, su corazon se desgarró; corrió á ella, la levantó en sus brazos, pidió socorro, y las sirvientes la llevaron á su lecho y la despojaron de las tocas y del justillo para que respirase con facilidad.

Entonces, en el cuello de Magdalena encontraron un rico collar de perlas,

del que pendia una cruz de brillantes y un cordon de seda, al que estaba sujeta una llavecita de oro.

La abadesa palideció, tembló y ahogó un grito; despidió á la servidumbre, y aprovechando el desmayo de Magdalena, la tomó la llave y buscó el mueble á que necesariamente debia corresponder; aquel mueble era un pequeño cofre que estaba cuidadosamente oculto en el ángulo más retirado del cajon de una mesa.

Doña Ana abrió temblando aquel cofrecillo, y encontró dentro de él sortijas, pequeñas alhajas de mujer, y una admirable piocha de brillantes.

Al verla, la abadesa necesitó hacer un esfuerzo para no caer; cerró el cofrecillo con una mano convulsiva, y murmuró en voz ahogada:

—¡Mi hija, acaso mi hija!

Desde aquel momento la ternura de la abadesa hácia Magdalena se sublimó; corrió al lecho, la puso otra vez la llave en el cordon, y se dedicó á hacerla volver en sí; al abrir los ojos Magdalena, se llevó la mano al corazon, y doña Ana vió que tenia asida en ella la carta del comendador.

—¿Habeis leido esta carta, hija mia?—la preguntó cuando ya estaba enteramente repuesta.

—Perdonad, señora; pero una curiosidad involuntaria..... y que he pagado bien cara.....

—Amariais acaso á D. Juan Tenorio.....

—Por él estoy aquí.

—¡Os ha perdido D. Juan!—esclamó la abadesa palideciendo.

—D. Juan es mi prometido, señora, nó mi amante.

—¡Vuestro prometido! ¿y cómo es que siendo rico y poderoso, teniendo favor con el emperador, no os ha buscado, no os ha sacado de esta clausura? ¿Se han opuesto acaso vuestros padres?

—Yo no tengo padres, señora.

—¿Han muerto, desgraciada jóven?

—No sé si han muerto ó si viven; no los he conocido nunca.

—Pero ¿no sabeis de quién sois hija? ...

—Solo sé que mi madre, antes de darme á luz, se amparó de la reina doña Isabel la Católica; que despues me dejó como señal una joya, y que fué conducida por un criado de la reina á Sevilla, donde la entregó á un hombre que no volvió á ver más.

Los ojos de Magdalena estaban fijos en los de doña Aña, que vaciló. balbuceó algunas palabras, y se levantó como queriendo esquivar la conversacion.

Magdalena se asió á ella.

—Vos habeis conocido sin duda á mi madre,—la dijo.

—Nó, Sol, nó, yo no he conocido á vuestra madre.

—Yo no me llamo Sol,—dijo la jóven;—ese es un nombre que me ha impuesto Fray Tomás, sin duda para que no pueda ser encontrada.

—Pues ¿cómo os llamais?

—Me llamo Magdalena, y soy ahijada de la reina doña Isabel.

Hubo un momento en que aquellas dos mujeres se miraron de una manera suprema, se comprendieron, se acercaron, y sin decirse una palabra más, se

arrojaron la una en los brazos de la otra.

—¡Madre mia!—habia dicho Magdalena.

—¡Mi hija!—habia esclamado la abadesa, quedando desvanecida entre sus brazos.

Hay momentos de ventura inefable, en los cuales las lágrimas hablan con más elocuencia que las palabras más inspiradas; momentos en que se goza con todo el espíritu, y parece desprenderse éste de la materia; en que se olvidan los dolores presentes y los cuidados del porvenir; en que por un instante se abre para los desdichados el cielo.

Y así fué como gozaron Magdalena y doña Ana.

La jóven la contó su historia, que despojada de su impureza y de su período de libertinaje, aparecia triste y dulce; inventó un encuentro con don Juan en una casa de caridad, donde supuso que la protegia Fray Tomás, y solo entonces el semblante de doña Ana se nubló.

—Dios me manda, hija mia,—la dijo,—que te prohiba todo trato con don Juan; si le amas, procura olvidarlo..... D. Juan es un odioso libertino, un impío, y una prueba de ello es la carta del comendador.

Magdalena no insistió más.

Un año despues, tuvo ocasion de oir por segunda vez, de una manera fatal, el nombre de D. Juan Tenorio; Sevilla estaba aterrada con la noticia de una catástrofe; en el jardin de la quinta de D. Juan se habian encontrado dos cadáveres, el del comendador y el de su hija; el postigo se habia encontrado abierto, y forzada la cerradura; acusábase en voz baja á D. Juan, pero aquellas voces no se alzaron, ni la justicia se movió.

D. Juan, antes de partir para Venecia, se habia mostrado tan sombríamente amenazador, se le habian visto hacer tales pesquisas, que nadie se atrevió á acusarle.

D. Juan buscaba en verdad; buscaba á quien pudiera haber envenenado á Inés y abierto el postigo al comendador..... buscaba á Pablo del Salto, que habia desaparecido, y en éste recayeron las sospechas; entre tanto, el comendador y doña Inés fueron trasladados á su enterramiento en el claustro de Santa Clara, y D. Juan, despues de haber visto terminadas las estatuas sepulcrales que habia mandado esculpir en Sevilla, partió para Venecia.

El nombre de D. Juan entró de nuevo en el convento; antes precedia á una pobre mujer loca; entonces precedia á dos cadáveres.

Doña Ana aprovechó esta ocasion para dirigir una larga amonestacion á su hija; ésta pareció curarse del amor de D. Juan: todo consistia en que le habia guardado en lo más profundo de su corazon.

Y así pasaron años tras años, olvidando recíprocamente en su mútuo cariño la madre y la hija sus pasados dolores.

Pareció que el amor de D. Juan no inquietaba á Magdalena, y doña Ana gozaba con la esperanza de que nada la arrebataria el único bien de que habia gozado, aunque tarde, en la tierra, del amor de su hija.

Pero llegó un dia en que esta esperanza se desvaneció: D. Juan habia encontrado á Magdalena; sus palabras de amor habian llegado hasta ella, y desde aquel momento varió de aspecto.

Doña Ana la encontró violentada, impaciente, calenturienta; la observó, y descubrió que su antiguo amor se habia levantado de sus cenizas: la anciana, sin embargo, calló; hasta entonces ambas mujeres habian estado rodeadas de testigos importunos; pero cuando todo dormia ó parecia dormir en el convento, cuando doña Ana se encontró sola con su hija y sentada frente á ella, se propuso averiguar lo que habia de cierto en sus sospechas.

—¿Dónde has estado hoy á las tres, Magdalena?—la preguntó con dulzura.

Magdalena barbotó torpemente una disculpa.

—¿Qué has hecho despues?—continuó la abadesa.

Magdalena calló.

—¿A las tres, subiste á la torre, hija mia?

La jóven palideció.

—Lo sé, porque una abadesa lo sabe todo en su convento; sin quererlo, conoce el número de las pisadas de las monjas, sus ocupaciones, sus costumbres.

Aquí hay siempre ojos en acecho, y bocas dispuestas á la delacion.

Has dado un escándalo, Magdalena.

—¡Un escándalo, señora!

—Sí, esta mañana recibiste al sacristan en el locutorio, y le diste una carta en contestacion á otra que te habia entregado; para terminar aquella carta, habias empezado muchas, una de las cuales dejaste por turbacion olvidada sobre tu mesa.

Palideció doblemente Magdalena.

—Una carta de amor á D. Juan.

Y doña Ana sacó de debajo de su hábito una carta empezada y llena de rayaduras como el borrador de un poeta novel.

—¿Es cierto que has recibido una carta de D. Juan?

—Sí señora,—contestó Magdalena, que no sabia mentir.

—¿Es cierto que has subido á la torre, y has hecho desde ella señas con un pañuelo?

—Sí señora.

—¿Y esperas á D. Juan?

—Sí señora.

—¿Con qué pensamiento?

—Con el de ser su esposa; me he prometido á él delante de Dios.

—Supongo que D. Juan, sabiendo que te sirvo de madre, se dirigirá á mí.

—¡Oh, madre mia, perdon! Os habeis mostrado tan severa con D. Juan..... me habeis prohibido de tal modo que piense en él.....

—Que has dado un paso imprudente; que le esperas para huir con él.....

—Yo hubiera venido despues á pediros perdon, madre mia, y vos me hubiérais perdonado.

—Yo..... yo te hubiera maldecido.

Magdalena tembló.

—¿Y qué es sino maldita una mujer que desobedece á una madre, á una pobre madre que está sola en el mundo, que la adora, que cuando se opone á su amor, solo es por su felicidad?

—Es que yo no os abandonaré, madre mia; es que nosotros vendremos todos los dias á veros, y os amaremos con toda nuestra alma, porque nos habreis hecho felices.

—¿Y crees tú que esa felicidad no me será necesario comprártela con mi deshonra? ¿crees tú que D. Juan no querrá saber tu historia antes de ser tu esposo?

—¡Oh! nó, nó, madre mia.

D. Juan es noble, generoso; si ha hecho desgraciados, cúlpese á su destino, nó á él.

D. Juan no os preguntará nada, respetará vuestro secreto, y me amará por mí misma, como me ha amado hasta ahora.

—¿Y ese amor ha sido siempre puro y casto, Magdalena?—le preguntó solemnemente doña Ana.

—¡Oh! sí, sí, madre mia,—contestó Magdalena, cuyo pudor evitaba de una manera invencible la revelacion á su madre de sus pasadas impurezas.

—¿Y D. Juan te ama, hija mia? ¿estás segura de su amor? ¿crees que este paso que da no sea el resultado de un empeño?

—¡Oh! ¡qué horrible idea, madre mia! Jamás he pensado en ello; ese pensamiento me hubiera matado.

Doña Ana se estremeció.

—Pobre hija mia,—dijo;—tú no sabes que el aliento de los Tenorios inficiona, que están malditos de Dios, que con ellos van la desgracia y la muerte, y dichoso el que muere despues de haber caido ante ellos, porque vivir y recordarlos.....

—¡Madre, madre mia!—esclamó á impulsos de una terrible sospecha Magdalena.

—He oido contar tristes historias de esa familia,—contestó doña Ana con dulzura.

En este convento ha vivido una ilustre y desgraciada señora, víctima de un Tenorio, á quien su esposo ha buscado en vano, y que ha muerto desesperada..... loca.....

—¡Ha muerto!

—Sí, ha muerto, y Dios habrá tenido compasion de ella.

—¡Cuán tristes historias encierran estos conventos, madre mia!

—Tristes, sí, tristísimas; cada monja no es otra cosa que una víctima de la suerte ó de la ambicion de su familia; cada sepultura de nuestro cementerio encierra una horrible historia..... yo misma..... tú..... pero tú aun puedes ser feliz, hija mia.

—¡Señora!

—Es preciso que antes de que D. Juan te reclame como su esposa, le vea yo, que pueda saber si ese hombre te ama; para ser desgraciada, más vale que lo seas aquí.

—Es, señora, que D. Juan no me reclamará.

—¡Cómo! Pues ¿qué piensa hacer?

—Le espero esta noche,—contestó Magdalena ruborosa.

—¡Dentro del convento!

—Sí; en el cementerio.

—¿Á qué hora?

—Á las doce.

—¡Oh! gracias, gracias, Dios mio,—esclamó doña Ana levantando los ojos al cielo;—tú no has querido que yo muera desesperada; pero para ello me presentas una copa de hiel; pues bien, Señor, la apuraré.

Y luego, levantando la voz, dijo á Magdalena:

—Júrame no salir de la celda, hija mia.

—¿Y creeis que D. Juan.....

—D. Juan es audaz, lo sé; audaz como todos los de su raza, pero yo me presentaré á él..... y si te ama..... si verdaderamente te ama, saldrás del convento casada ya, como una mujer honrada debe salir.

En aquel momento se abrió violentamente la puerta de la celda y la madre portera se presentó á la abadesa, pálida y azorada.

—Señora,—la dijo,—la Santa Inquisicion llama á nuestra puerta.

—¡Que llama á nuestras puertas la Inquisicion!—esclamó doña Ana fijando por instinto una mirada medrosa en Magdalena;—¿y qué quiere aquí el Santo Oficio?

—No sé. no sé, señora; pero demanda entrar con urgencia.

—Pues bien, hé aquí las llaves; que se abra al momento al Santo Oficio; que nadie de la Comunidad se mueva, yo iré á recibir á los inquisidores.

La monja portera salió con las llaves, doña Ana tomó su manto, y sin disculparse con Magdalena, cerró la puerta del recibimiento y se llevó la llave, dejándola encerrada.

Atravesó el claustro alto, bajó las escaleras, y de pié, inmóvil como un fantasma, esperó en el claustro bajo.

Poco despues resonaron á lo lejos espuelas, y una sombra informe adelantó.

Al llegar junto á la abadesa se descubrió cortésmente, y la luz de una lámpara cercana iluminó de lleno su semblante.

Era D. Juan Tenorio.

—¿Sois la abadesa, señora?—la preguntó el jóven.

—Yo soy, caballero,—contestó la monja.

¿Á quién buscais?

—Á doña Sol, á una pensionista.....

—Vos sois D. Juan Tenorio.....—esclamó doña Ana;—me lo dicen vuestra hermosura, vuestra edad y vuestra audacia.

—Sí, señora, yo soy D. Juan Tenorio, familiar del Santo Oficio.

—Que por casualidad venís encargado de arrebatar de la clausura á Magdalena.

—¡Á Magdalena!—esclamó sorprendido D. Juan;—os ha revelado ella.....

—Magdalena es mi hija, caballero, hija que sobre todo ama á su madre, y que nada hará sin su consentimiento.

—Espero, señora, que ese consentimiento me sea favorable; aquí no se trata de la Inquisicion; este es un golpe de mano meditado por mi amor.. ..

—Como vuestro padre, D. Juan, sois sacrílego cuando es necesario serlo

para conseguir un deseo; el sacrilegio está consumado, pero el crímen no se consumará.

—¡Señora!

—Magdalena permanecerá en el convento.

—¿Porque lo quereis vos?—esclamó con impaciencia D. Juan.

—Nó, porque así lo quiere Dios.

—¡Dios! ¡siempre Dios! ¿qué he hecho yo á Dios para que siempre se ponga en mi camino?

—Una vez que se coloca entre vos y el crímen por la última vez acaso, respetad sus juicios, D. Juan; respetadlos: salid y olvidad, ó al ménos sufrid con valor.

—¡Sufrir! Estoy cansado de sufrir, y necesito paz, paz para el corazon.

—¿Y buscais la paz en Magdalena?

—Si no la paz, el olvido.

—Seguidme, D. Juan, seguidme, y si despues de escucharme insistís aun, sabré que sois el más miserable de los hombres.

La abadesa tiró el claustro adelante, y D. Juan la siguió, llegó á una gran puerta que abrió la monja, y se encontraron en un espacio al aire libre.

Una cruz de madera, alumbrada por un farol que se balanceaba al impulso del viento, protegia aquel lugar medroso; en un ángulo, sobre el oscuro fondo del cielo, se destacaba la negra masa de la iglesia, por cuyas ojivas de piedra se trasparentaba el débil resplandor de las lámparas, y la torre se levantaba como un fantasma con su aguda cúpula gótica.

Aquí y allá se veian confusamente tumbas y cruces; y una lechuza silbaba lúgubremente desde su nido.

Aquel era el cementerio.

—Os he traido aquí, D. Juan,—dijo la abadesa sentándose sobre una tumba,—porque aquí domina el no sér, porque aquí las pasiones no luchan, porque aquí será más solemne la revelacion que tengo que haceros.

—Y esa revelacion, ¿tiene algo de comun con Magdalena?

—Magdalena lo es todo, puesto que Magdalena es el resultado de la fatal historia que voy á revelaros.

Escuchadme, D. Juan.

—Yo no soy lo que aparento ser, ó mejor dicho, lo que debiera ser; el claustro parece destinado á servir de retiro á castas y santas vírgenes nacidas para el amor de Dios. Yo no soy ni lo uno ni lo otro. He amado mucho á un hombre, y la fatalidad se ha encargado de ofender por mi medio á otro hombre noble, valiente, generoso, leal. Ese hombre ha muerto dentro de un hábito desesperado, como moriré yo dentro de poco, porque ese hombre se llamaba entre los moros el infante Sidy Atmet el Omeya, y yo Ada su esposa; despues él se llamó D. Pedro de Córdova y de Válor, y yo doña Ana Zegri.

—Un dia volvió el infante—esclamó sin poderse contener D. Juan—de la guerra de la Axárquia, y encontró su castillo incendiado, su hermana loca, y su esposa arrebatada por un infame.

—¿Y sabeis quién era ese infame, D. Juan?

—Nó; nunca su nombre salió de los lábios del infante Sidy Atmet.

—Pues bien, ese hombre era vuestro padre; el esposo de vuestra amante Lind-Arahj, el padre de vuestro hermano D. Pedro.

—¡Oh, señora, señora! ¡sabeis que he cometido un incesto y un fratricidio, á ciegas, impulsado por la fatalidad, y me lo recordais!

—Os lo recuerdo porque estais al borde de otro incesto, D. Juan.

—¡Dios mio! ¡Magdalena!....

—Magdalena es mi hija; Magdalena es vuestra hermana.

—¡Misericordia de Dios!—esclamó D. Juan levantándose con los cabellos erizados de espanto.

—Sí, Dios ha sido misericordioso, puesto que me ha arrojado entre vos y ese nuevo crímen.

—Pero nó, vos no sois.... eso es mentira.....—dijo estraviado D. Juan.

—¡Que es mentira! ¿por qué huí yo de mi esposo, D. Juan? ¿por qué he venido á sepultarme en un claustro? ¿por qué he abandonado fatalmente á mi hija?

Y era necesario que al fin de mi vida me encontrase con otro hijo de esa raza maldita de los Tenorios; era necesario que para arrancarle una víctima me sonrojase por un crímen en que no tuvo parte mi voluntad; era necesario que dijese á un libertino desenfrenado: «huid, huid de esa mujer, porque es vuestra hermana.»

—¿Y sabe ella que soy su hermano, señora?

—Nó, aun nó.

—Pues bien, maldita seais si se lo decís, porque esa mujer que creeis tan pura, ha sido mi manceba y ha sido la manceba de mi hermano, porque la maldicion se ha cumplido, y un fratricidio y un doble incesto pesa sobre nuestras cabezas.

Doña Ana se levantó sobre la punta de sus piés, dió un grito agudísimo, y cayó inerte, como herida por un rayo.

D. Juan, fuera de sí, salió del cementerio y atravesó el claustro, siguiendo adelante como impulsado por un invisible vendaval.

De repente, un choque violento le detuvo; abismado en su pensamiento, ciego y loco, habia chocado contra una pared; el dolor le despertó, y miró en torno suyo.

A su derecha habia una tumba, y sobre ella una estatua de rodillas delante de un reclinatorio; á la izquierda, otra con otra estatua en la misma actitud; á sus piés, una losa funeral; sobre el sarcófago de la primera se leia: «doña Inés de Ulloa;» sobre el de la segunda, «el comendador D. Gonzalo de Ulloa;» á sus piés, «doña Elvira de Córdova y de Válor.»

Dios le arrojaba destrozado y loco en medio de sus víctimas.

CAPITULO XIII.

El convidado de piedra.

No habia más allá: la esperanza, ese último fantasma del deseo, se habia desplomado á los piés de D. Juan; le rodeaba la muerte, y tras ella se levantaba vacía la eternidad.

Su corazon estaba aniquilado, pero sobre sus ruinas se levantaba todavía su soberbia, y naciendo de ella y sobrepujándola, su valor.

Valor maravilloso, valor solo comparable al del grande espíritu, que al rebelarse contra Dios, fué castigado, pero no vencido; valor que necesitaba, para ser cantado, el pensamiento y la voz que meditó y produjo la *Divina Comedia;* valor propio de un héroe digno de Shakspeare, Goëte ó Byron.

D. Juan se creyó conducido allí por la fatalidad y lanzó en torno suyo una altiva mirada de reto, que fué á estrellarse, como la blasfemia del réprobo, en los semblantes de piedra de las estatuas mortuorias.

Su rostro estaba inflamado por la espresion de una inspiracion poderosa; comprendia que se hallaba frente á frente con Dios, en la hora de la expiacion, y tal vez del castigo, y se engrandeció; irguió la cabeza y esperó á que sonase la voz tremenda que parecia cernerse sobre aquel lugar, en aquella situacion solemne; él estaba allí, allí estaban sus víctimas; solo faltaba el juez.

D. Juan le desafió; Ayax, retando á los dioses, no debió mostrarse tan grande, tan magnífico como D. Juan en su impiedad; habia en aquel hermoso semblante una sublime espresion de dolor, de cólera, de indignacion: temblaban sus pálidas mejillas; en sus ojos, fijos y lúcidos, brillaba un rayo de muerte; tras sus convulsos lábios rechinaba temblando su dentadura, y sus puños crispados parecian representar su impotencia.

De repente se volvió á Inés y sus ojos se dilataron más y más; la opaca luz de la lámpara parecia enviar una claridad dulce, tímida, como compasiva—si se nos permite esta frase—á aquel busto hechicero, en que un hábil escultor habia conservado la exactitud de las formas y la profunda espresion de un sufrimiento recóndito, inmenso, pero resignado; parecia que temblaban las lágrimas bajo aquellos ojos mates, que los suspiros estaban próximos á hacer estallar aquel seno de piedra, que los gritos de la agonía de un alma sin esperanza iban á brotar de aquella boca entreabierta; D. Juan creyó que aquellos ojos se animaban, que se posaban en él con dulzura, que le decian amor, amor aun despues de la muerte, desde la eternidad; aquel era un triunfo á su orgullo: entre tanta amenaza muda, habia algo que cedia á su influjo, algo que hablaba aun á su perdida esperanza, y las lágrimas, esa sangre del sentimiento, contenidas por su soberbia, cayeron á raudales sobre su corazon, y por la primera vez brotaron á sus ojos.

—¡Inés, Inés!—esclamó, como si la estatua pudiera oirle;—si es verdad que despues de esta vida de miseria hay una eternidad, si me ves desde ella, si alcanzas á mi pensamiento, si ves en mi alma..... contéstame..... dime por qué un poder odioso, un poder invisible acecha á traicion mi paso y me arroja contínuamente delante la muerte y la desgracia.

Yo no puedo responder de lo que ha hecho mi mano; mi mano ha herido á ciegas; he vuelto la cara á cuanto he tenido en torno mio, y he encontrado la miseria y el crímen; nó, no he sido yo quien te ha asesinado; ha sido mi destino: no he sido yo quien ha vertido sangre y arrancado lágrimas; mi destino siempre: si mi padre fué infame, yo no lo elegí; si al dármele me dieron una maldicion por herencia, no es mia la culpa, nó: mi conciencia está tranquila, tiene derecho para mostrarse altiva, y como lo está ahora entre vosotros, cadáveres, lo estará delante de Dios, si es verdad que tras esa inmensidad hay un Dios.

Esta horrible blasfemia retumbó como una maldicion bajo las bóvedas de la capilla, y el eco la repitió antes de que aquél muriese. D. Juan creyó escuchar una risa sarcástica, infernal, leve, como el ruido que producen las escamas de un reptil al resbalar sobre una losa: aquella risa habia sonado á sus espaldas, y D. Juan se volvió como un leon que se siente acometido por la espalda; sus lágrimas se secaron, su corazon se sublevó, y se alzó tremendo ante la estatua del comendador, en que habia chocado su vista.

Entonces recordó su emplazamiento; parecióle que veia animarse aquel semblante de piedra y mirarle con un fuego infernal; ardió la cólera en su alma, y tronó su voz.

—¡Ah! ¡eres tú, miserable viejo!—esclamó;—tu odio pasa más allá de la tumba..... me crees aterrado, y te ries..... mientes..... nunca me he sentido mejor..... he nacido para la lucha, y ya que los vivos no han podido vencerme, prueba á ver si me vences tú; yo te reto, comendador, en el terreno que elijas; aquí ó en el infierno..... necesito una presa á mi furor; tú..... te acepto..... pero como el viaje podrá ser largo..... como por acaso, yo habia mandado disponer una cena para solazarme con esa mujer que dicen que es mi hermana; te convido á ella, viejo.....

Si tienes valor, búscame en Triana, casa de mi lacayo Gabilan, á quien conoces..... pero vé pronto; te espero hasta las doce; si tardas, me encontrarás aquí de vuelta..... necesito á todo trance el amor de Magdalena; ¿qué importa que sea mi hermana? ¿he elegido yo padre al nacer?....

D. Juan soltó una carcajada insensata; su cerebro ardia; su sangre golpeaba sus sienes; tenia fiebre, una fiebre delirante; parecióle que los objetos daban vuelta en torno suyo y que de nuevo se le reia el comendador.

—Sí, rie cuanto quieras,—esclamó D. Juan;—pero recuerda bien: te espero á cenar; despues de cenar soy tuyo..... es justo procurarte un medio de venganza.....

Hasta luego comendador.

Y loco, furioso, tomó el claustro adelante, entró en la portería, y pasó junto á la portera.

—Esperad,—dijo ésta;—la puerta está cerrada; señor.

D. Juan no contestó, abrió la portera, y el jóven se encontró entre los soldados de la Fé.

—A Triana,—dijo.

Los soldados le siguieron.

Llovia, y la lluvia, impelida por el viento, azotaba el rostro de D. Juan; el frio y el contacto del agua parecieron volverle á la razon.

—Es singular,—dijo;—creo que he soñado: ¿dónde he ido? ¿de dónde vengo? ¡Ah, desdichado de mí! ¡Magdalena es mi hermana!

Y abismándose en su pensamiento, siguió adelante; llegó á la puerta del Arenal, se la hizo abrir al nombre de la Inquisicion, atravesó el puente, y entró en Triana; á la puerta de la hostería de Gabilan dió su bolsillo al sargento Gil de Aponte, y le mandó retirarse con su gente.

Despues entró en la hostería.

—¿Has preparado la cena, Gabilan?—le preguntó.

—Señor,—esclamó el fiel criado,—vuestra señoría está pálido como un difunto.

—Te he preguntado.....

—¡La cena!.... sí señor.

—Pues bien, que la quiten de en medio.

—Es decir que doña Magdalena.....

—¡Anton!—esclamó con cólera D. Juan;—te prohibo que me vuelvas á hablar de esa mujer.

Gabilan calló, alumbró á su amo al aposento que le tenia preparado, y dos mozos quitaron el brillante servicio que cubria la mesa.

Cuando salieron, D. Juan se volvió á Anton.

—Vete,—le dijo,—y por nada vuelvas á entrar aquí, sino cuando yo te llame.

Gabilan, harto conocedor del carácter de su amo, salió sin replicar, y don Juan, vestido y con botas, se arrojó calenturiento en la cama.

CAPITULO XIV.

El festin de los muertos.

Dieron lúgubremente las doce en la Giralda; la bujía se habia apagado, y era densa la oscuridad.

Al estinguirse la vibracion de la última campana, tres golpes fuertes y pausados resonaron en la puerta de la hostería.

Nadie contestó.

Volvieron á resonar los golpes, y así hasta tres veces; pero sucesivamente más fuertes, más precipitados.

Oyóse abrir la puerta de la hostería, y poco despues Gabilan se presentó en el aposento de su amo.

No era el mismo Gabilan de siempre; era lo que hubiera parecido si, despues de muerto, se hubiese levantado con una bujía en la mano; apenas sonaban sus pasos; la luz con que se alumbraba producia un resplandor verdoso, opaco, fantástico; tenia los ojos desencajados, erizados los cabellos, y la boca espumosa; era una verdadera aparicion del otro mundo.

La mesa que D. Juan habia visto despojar estaba servida de nuevo, y sus candeleros parecian haberse inflamado á la llegada de Gabilan en otras tantas luces pálidas, opacas, agonizantes, que brillaban como brillan las estrellas en una noche oscura, aisladas en la inmensidad.

D. Juan saltó del lecho, y se encaminó á su criado, resuelto á castigar la infraccion que se permitia á sus órdenes; en otra cualquiera ocasion, Gabilan hubiera temblado, pero entonces siguió avanzando con paso lento hácia D. Juan.

Á medida que se acercaba, Tenorio sentia frio, y que su sangre circulaba con dificultad; llegó al fin un punto en que amo y lacayo se detuvieron, y el primero sintió un malestar indecible.

—¡Vive Dios, bergante!—esclamó D. Juan amenazándole con los puños cerrados;—¿desde cuándo crees que mis órdenes dejan de cumplirse impunemente?

—Perdóneme vuestra señoría, pero á veces suceden cosas imprevistas, cosas espantosas.

La voz de Gabilan era sepulcral como su aspecto.

—¿Y qué cosa tan terrible es esa que te hace temblar?

D. Juan,—dijo solemnemente Anton,—el comendador D. Gonzalo de Ulloa ha llamado á mi puerta, y pretende entrar bajo pretesto de haber sido convidado á cenar por vos.

—¡El comendador! ¿estás seguro de lo que dices?

—Segurísimo. Le he visto; blanco, enteramente blanco, como si fuera de mármol.

—¡Bah! tú estás loco, vete á dormir.

Sonaron unas huecas y sonoras pisadas en las habitaciones esteriores.

—Oís, señor,—dijo Gabilan;—es él el que se acerca.

—Pues bien, si es él, que éntre en buen hora; Dios ó el diablo se han encargado de cubrir de nuevo esa mesa; vete, introduce á mi convidado, y vuelve á servirnos.

—Gabilan salió; D. Juan adelantó impasible hácia el lugar donde resonaban las pisadas, abrió la puerta, y con la mano puesta sobre el fiador esperó.

—Un momento despues, la estatua del comendador, aquella misma estatua á la que habia retado D. Juan en su tumba, llegó á la puerta.

—Héme aquí, D. Juan,—dijo con voz cavernosa;—me has emplazado, y vengo.

D. Juan tendió la mano al comendador, más por juzgar si todo aquello era una ilusion de sus sentidos, que por hacer una distincion á su convidado; pero asió, tocó, y se heló al contacto de aquella mano de piedra.

—En verdad que no os esperaba,—dijo D. Juan,—porque jamás he creido en apariciones ni fantasmas; pero pues venís de allá, y habreis visto á doña Inés.....

—Aun te burlas, D. Juan; aun tu soberbia tiene fuerza para sobreponerse al terror; aun añades al sacrilegio la impiedad.....

—Creo que no os he convidado para que me prediqueis, buen viejo; si de sermones se tratara, creo que en vuestra vida pasada encontraria yo asunto bastante para estaros predicando desde aquí hasta la Cuaresma.

D. Juan sentia dentro de sí un terror vago, pero se sobreponia á él; otro hombre hubiera muerto de pavor, él se sostenia aun; por mejor decir, gozaba con aquel terror, porque por primera vez se le presentaba una lucha digna de él, á la altura de su pensamiento; un desafío con un muerto y con un muerto de piedra; era todo lo que faltaba á D. Juan, que se habia batido con los hombres, con las mujeres, con las olas, con los vientos, con su destino, con Dios.

Era necesario luchar y vencer, bajar al infierno como los héroes mitológicos, y volver á salir despues de haber aterrado al diablo en sus mismos dominios.

El corazon de D. Juan parecia carecer del lugar destinado en los demás al miedo.

Y era, sin embargo, horroroso lo que tenia ante sí aquella estatua de brillante mármol, con la cabeza descubierta, armada de punta en blanco, sobrepuesto al arnés el manto capitular de Santiago, calzadas las espuelas y ceñida la espada; aquella estatua, decimos, en que el escultor habia reproducido la severa y angular fisonomía de D. Gonzalo, hablaba, respiraba, miraba, se sonreia horriblemente, se trasladaba de un punto á otro, vivia: era D. Gonzalo petrificado; un milagro, en fin, de la justicia ó de la cólera de Dios, que preparaba á D. Juan, al soberbio D. Juan, al arrepentimiento ó al castigo.

—Sentáos, comendador, sentáos,—dijo D. Juan;—cuando os convidé, os confieso que no creia en la posibilidad de que vuestras rodillas se levantasen de su losa sepulcral; pero por lo que veo, existe otro mundo que yo no habia conocido, y en el que cuento que me introducireis.

—Por vos vengo, D. Juan.

—¿Por mí?

—Sí, vuestro convite mortal no conviene á mi esencia actual; son inútiles, pues, vuestros preparativos; pero si sois valiente y aceptais la proposicion con que yo pago vuestro convite, venid conmigo, D. Juan, y asistireis al festin de los muertos.

—¿No es esto una farsa que no entiendo? ¿Sois en realidad el comendador D. Gonzalo de Ulloa? ¿No hay aquí fascinacion ni mentira?

—¡Ah! teneis miedo.....

—¡Miedo yo!—esclamó D. Juan;—marcha delante, viejo; marcha por donde quieras, y si me ves retroceder ó temblar, entonces podrás decir que el miedo se ha apoderado de mí.

Dicho esto, tomó la espada y la daga de Lisardo, se envolvió en su capa, se caló una gorra de terciopelo negro, y siguió al comendador, que se habia puesto en marcha.

Retumbaban los piés de piedra del fantasma sobre el pavimento de las habitaciones, cuyas puertas se abrian sucesivamente y por sí mismas ante él; deslizóse rápidamente por las escaleras, adelantó, franqueóse la puerta esterior de la hostería, y se encontraron en la calle.

D. Juan habia notado que las puertas se cerraban sucesivamente con estruendo, y por sí mismas, á medida que las pasaban, y que ni un solo sér viviente, ni una luz, habian encontrado en su marcha: sin embargo, su vista distinguia los objetos en la oscuridad de una manera enteramente nueva; las sombras adquirian intensidad dentro de las sombras, y existia luz sin luz.

El fantasma siguió adelante; su blanca forma relumbraba entre las tinieblas, rodeada de una atmósfera pálida, que se aislaba á poca distancia de ella sin prestar luz á los objetos cercanos. Su marcha era rápida como la del huracan, y Tenorio se sentia arrastrado por una atraccion poderosa.

El tránsito desde la hostería al Guadalquivir fué momentáneo.

A la orilla del rio habia una gran lancha, larga, estrecha, negra, á cuyos costados habia doce remeros cubiertos con sudarios.

El comendador saltó dentro de la barca, y permaneció de pié; D. Juan saltó tambien, y apenas puso el pié en ella, cuando los remeros bogaron, y la barca se separó de la ribera con la violencia de una flecha, dejando tras sí un surco de fuego, y arrancando relámpagos fosfóricos al batir de los remos.

Y seguia y seguia la barca; no era ya el Guadalquivir el que surcaba, sino un mar sin olas, sin riberas, sin límites, negro, silencioso y terso como un espejo. D. Juan notó que delante y detrás de él iban muchas barcas semejantes, y que en la popa de cada una se levantaba una figura macilenta envuelta en un sudario.

—Hé ahí mis convidados,—dijo el comendador;—entre ellos encontrarás muchos antiguos conocidos, D. Juan.

Mira como cada cual se apresura para no ser de los últimos;—bogad, amigos mios, bogad; ya conoceis á D. Juan, y sabeis que es impaciente.

Tenorio miró á los remeros, y á pesar suyo se estremeció; eran otros tantos hombres que habian pertenecido á su galera la *Magdalena*, y que habian muerto en el combate contra las galeotas de Argel.

Del mismo modo su vista, que habia adquirido un alcance maravilloso, reconoció lo restante de su tripulacion en los remeros que bogaban en las otras barcas. Pero en vano pretendió reconocer á los fantasmas que conducian, porque iban enteramente encubiertos con sus sudarios

Siguió la barca aun, y siguieron las otras; parecian que quedaban atrás siglos enteros: bogaban, bogaban; acrecia cada vez más la velocidad, y aun no se veia el término: al fin, allá en un horizonte nebuloso é impuro, apareció una claridad rojiza, leve, mate, entre la cual se elevaba como una montaña un negro edificio.

Aquel edificio, de construccion monstruosa y titánica, cuyas formas no tenian semejanza con ninguno de los órdenes de arquitectura que D. Juan habia visto hasta entonces, estaba alzado sobre las aguas, saliendo de ellas.

Una gigantesca puerta de bronce, en la cual, en caractéres rojos, parecian haber escrito como en un album las generaciones pasadas sus locuras, sus de-

lirios y sus mentiras, se abrió silenciosamente delante de las barcas que precedian á la de D. Juan.

—¿Qué puerta es esa?—preguntó al comendador, como un viajero que inquiere acerca de lo que no conoce en un camino nuevo para él.

—Hasta aquí, D. Juan, llega lo relativo; hasta que no se pasa esa puerta no se conoce lo absoluto. Esa es la puerta de la eternidad; en su cara esterior han escrito generaciones de generaciones la palabra *vanidad*, disfrazada con ridículas teorías, á las que han dado nombre de verdades, y reconocido como otras tantas grandezas; ahí están consignadas todas las pasiones y todas las miserias; todas la ridiculeces y todas las locuras. Más allá de eso no hay nada, nada más que lo infinito, incomprensible siempre, siempre misterioso, y jamás resuelto sino por los que alcanzan mi sericordia de Dios, y beben la luz de su espíritu en su espíritu.

Al concluir D. Gonzalo su razonamiento, pasaba la barca bajo la oscura y gigantesca bóveda; las que la seguian se precipitaron tras ella, y cuando todas estuvieron dentro, la puerta se cerró con estruendo.

Las barcas llegaron á una ribera desconocida, y chocaron en ella una tras otra, y en pos de D. Juan los fantasmas saltaron; Tenorio subió por un peristilo de mármol negro; mónstruos informes servian de columnas al pórtico, y las puertas de ébano, abiertas completamente, estaban marcadas con inscripciones eternas; allí aparecia el corazon despojado de todas sus pasiones, y solo le restaban el vacío y el dolor.

Sucesivamente D. Juan pasó por inmensos y lúgubres salones, cada uno de los cuales parecia un museo en que se habian depositado los restos de generaciones pasadas; memorias de imperios destruidos, el polvo de Babilonia junto al de Menfis, los ídolos de la India junto á los altares del sol; guerras no escritas, héroes no cantados, grandezas desconocidas, epopeyas sepultadas en los abismos del tiempo; por todas partes la prueba de la impotencia humana, para cuya vista son iguales y del mismo modo confusos el pasado y el porvenir: á medida que adelantaban, D. Juan entraba en el espacio de los recuerdos; allí estaba el Egipto con su gigante civilizacion, con las mómias de sus grandes sacerdotes y las armas de sus grandes capitanes; allí Troya con sus salvajes y tremendas grandezas, sus Ulises, sus Héctores y sus Aquiles; allí Esparta, allí Aténas, allí Palmira; luego Roma, con antiguos reyes; su Senado, sus cónsules, sus tribunos, sus dictadores y sus Messalinas; allí las razas del Norte cabalgando en pos de Atila, dejando tras sí un rastro de reyes feroces, inundando la Europa y acometiendo el Africa; allí el Oriente con su religion sensual, sus huríes, sus esclavos, sus kalifas, su hacha y su dogal ensangrentados; allí, en fin, cuanto pasó, clasificado, puesto por órden, analizado; cuanto el pensamiento humano ha inventado, adivinado ó pretendido adivinar al órden natural; cuanto se ha atribuido al espíritu; cuanto partiendo del hombre pertenece á los sueños; cuanto, envuelto en los misterios inesplicables de los sueños, pertenece á la eternidad: y siempre el hombre esclavo de sí mismo y de los demás; siempre el espíritu luchando contra lo desconocido, sin poderlo vislumbrar siquiera; siempre las pasiones riendo con los insensatos, rugiendo con los malvados, llorando con los débiles, y sobre todo

esto, como un eterno sarcasmo, la tremenda palabra *vanidad* suspendida en una atmósfera de fuego.

Todo esto habia hablado de una manera terrible, oscura y misteriosa al pensamiento de D. Juan: al ver derrocada tanta soberbia pasada ante lo absoluto, su soberbia fué amenguando rápidamente, y al fin, cuando terminada aquella larga escursion entre lo que habia dejado de ser, llegó á lo que era aun, á sí mismo, se encontró débil, burlado por sí mismo; conoció que el valor era una mentira, ó mejor que eso, un poder relativo, y al entrar en el último recinto donde entonces le llevaba su destino, solo le quedaba un valor de distinta raza, pero más grande, más noble, más intenso, porque aquel valor era la resignacion. D. Gonzalo habia marchado siempre delante; sus pisadas resonaban huecas como nunca; le seguia D. Juan, y tras él rugian los flotantes sudarios de los fantasmas.

Estaban en un ámbito oscuro: en el centro de él se alzaba una larga mesa, cuyos manteles eran rojos; sobre ellos habia de trecho en trecho un candelabro de forma horrible con siete velas amarillas encendidas; alrededor de aquella mesa habia quince sillones vacíos, dos de los cuales estaban á la cabecera. El comendador se sentó é invitó á D. Juan á que se sentase á su derecha.

D. Juan obedeció.

En aquel momento los trece sillones restantes se ocuparon por otras tantas fastamas, una de las cuales, situada á la derecha, inmediatamente á don Juan, tenia otro pequeño fantasma en los brazos.

—Ha sonado la hora,—dijo el comendador levantándose;—el asesino se encuentra al fin entre sus víctimas, porque *no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague.* ¡Levantáos, hermanos de sangre, levantáos, porque aquí está D. Juan Tenorio!

Cayeron los sudarios, y D. Juan se encontró en medio de personas conocidas. Aquel era un remordimiento vivo; á la derecha, á la izquierda, al frente, sus ojos encontraban por do quiera ojos mates, cuyas sombrías miradas se fijaban en las suyas, móviles, implacables, sedientas de venganza; entre todas aquellas miradas solo habia una que estaba tenazmente fija en la mesa, aquella era una mujer que tenia en los brazos una niña; ella era Lind-Arahj, la que sostenia en los brazos la pequeña hija de Gabilan.

D. Juan apartó con horror los ojos de estos dos cadáveres, y su vista chocó con Aurora; la gitana le devoraba con una mirada horriblemente vengativa, y miraba alternativamente á Avendaño y á Lind-Arahj; una risa diabólica, la risa de la venganza satisfecha, lucia en los labios del primero, y esta risa parecia trasferirse á otro muerto que está junto á él; aquel hombre era D. Gaspar de Somoza, de cuya frente surgia un caudal de sangre.

D. Juan huyó la vista de estos horribles espectros, y la volvió á otra parte; allí tambien encontró la amenaza y la ira; Lisardo el Estudiante, Fray Tomás de la Santísima Trinidad, parecia decirle: ¿Qué has hecho de mi hija Inés?

D. Juan comprendió aquella muda pregunta, y buscó entre los fantasmas á la jóven; vió á los seis amigos de Avendaño con las señales del fuego de la Inquisicion; vió á Noema, amoratada, lívida, como si hubiese sido acabada de sacar del mar; vió á Zuanko, su contramaestre, con la cabeza partida de un

hachazo, y junto á él á Sir James Kipault, con el cuello cercenado por el alfanje berberisco: la vista de estos dos hombres le recordó á Teresa; pero ni ella ni Inés estaban allí; en cambio, girando alrededor de aquella mesa, y como espectadores de aquel festin mortuorio, vagaban sus marinos de la *Magdalena*, sus enemigos muertos en duelo, sus queridas esterminadas por los celos de sus maridos, ó muertas por su abandono.

Lentamente, todo aquel conjunto infernal empezó á dar vueltas en derredor de él; elevároase en un canto medroso gemidos, ayes, quejas, imprecaciones, blasfemias y gritos de venganza; giraban las luces, giraban los objetos; cada uno de aquellos fantasmas, escepto Lind-Arabj, se acercaban á él, le mostraban sus heridas, aullaban en sus oidos, le asfixiaban con su aliento: D. Juan se sentia embriagar y desvanecer por aquel torbellino horroroso; se ahogaba su aliento, la muerte le apretaba y le combatia por todas partes.

De repente sonaron dos golpes secos como los de una piedra que choca contra otra piedra: eran las manos del comendador; á aquelias estrañas palmadas se restableció el órden y el silencio; cada uno ocupó su asiento y dos lacayos que llevaban la librea de D. Juan, adelantaron con escudillas y copas en las manos; todas aquellas escudillas estaban llenas con un objeto como de carne rojo-negro; escepto la de D. Juan, que estaba vacía, todas aquellas copas llenas de un líquido incoloro como el agua, escepto la de don Juan.

—Servid á nuestro convidado,—dijo el comendador á los lacayos.

Aquellos hombres se acercaron á D. Juan, y tomaron su copa y su escudilla; los ojos de aquellos hombres, como los de los demás, estaban fijos en él de una manera ansiosa y vengativa; aquellos desdichados eran los dos lacayos muertos cerca de Fuencarral la noche en que Tenorio arrojó un cebo á los bandidos de Avendaño.

Uno de ellos recorria con la copa los comensales, cada uno vertió un poco del contenido de la suya en la de D. Juan hasta llenarla; el otro lacayo recogió de cada escudilla un pedazo de aquella carne repugnante que aparecia en las otras. Despues sirvieron la escudilla y la copa á D. Juan, y se retiraron á sus puestos de servicio.

El comendador dió otras dos palmadas, y á aquella señal empezó realmente el banquete, banquete horrible, satánico, en el cual, en vez de las risas y de las alegres pláticas que se cruzan en los banquetes del mundo, solo se oian gritos desesperados, llantos desgarradores, rugidos informes; aquello era un verdadero banquete del infierno: solo D. Juan no comia; solo D. Juan estaba mudo, petrificado en medio de tanto espanto; le repugnaba el aspecto de aquella sociedad de cadáveres; subia hasta él, desde la escudilla y la copa que tenia delante, un álito amargo, nauseabundo; y ¡cosa estraña! en aquella suma de amargura parecia aspirar todas las amarguras de su pasado, todos los terrores íntimos que habia devorado dentro de su alma; en el vapor que se exhalaba de aquel negro manjar, se reproducian de una manera fantástica, todas las terribles situaciones por que habia pasado; aquel vapor se dilató, se condensó, le envolvió, y parecióle que realmente volvia á empezar su vida de pasiones, de dolores, de deseos contrariados, de empeños tenaces; le faltaba aire, se sentia morir, y acudiendo á su valor, lanzó de sí el sillon y

se puso de pié, resuelto á romper de cualquier modo aquel misterioso encanto.

Entonces, y como obedeciendo á un sentimiento instintivo, se levantaron todos aquellos cadáveres, le rodearon en un círculo infecto, asidos de las manos, y giraron en torno suyo como un torbellino.

Pugnaba D. Juan; habia desnudado su espada y descargaba furiosos golpes en torno suyo; á cada uno de ellos, una carcajada inmensa, sarcástica, una carcajada de escarnio, se exhalaba de todas aquellas bocas malditas; D. Juan fué sujeto, desarmado, obligado á sentarse, y en aquel momento todos se sentaron; siguió el festin como antes; como antes, D. Juan no comió. Entonces el comendador se alzó sobre su asiento, y con voz horrible esclamó:

—No há mucho, D. Juan, que tu soberbia insultó á la muerte; no há mucho que te creias bastante para luchar con Dios. ¿Qué ha sido de tu valor? humo que el viento desparrama. ¡Miserable de tí! ¿convidas á cenar á los muertos, y una vez en su festin, te causan pavor sus manjares? Y sin embargo, ese plato y esa copa que te se han presentado, hace mucho tiempo que los devoras, D. Juan, y los haces devorar á tus víctimas; porque ese plato y esa copa no contienen más que corazones y lágrimas. ¡Y te llamas valiente, D. Juan, y desafias á los muertos!

La cólera instintiva de Tenorio se rebeló al insulto del comendador; su corazon, naturalmente bueno, se habia conmovido ante el dolor de aquellos desdichados; se habia acusado de él, acaso se hubiera humillado y les hubiera demandado perdon; pero al lanzarle un insulto á la cara la boca de un cadáver, se levantó contra él; como se hubiera levantado en iguales circunstancias contra todos los vivos del mundo.

—¡Decís que yo os he asesinado!—esclamó tronando como una tempestad; —¡mentís! ¿cuál de vosotros podrá levantar la frente tranquila y serena, y decir: yo era mejor que él? Levántate tú, Gaspar de Somoza..... ¿quién te arrojó en mi camino para que te hiciese pedazos la mano de mi hermano?.... la fatalidad; ¿quién te llevó á sorprender el secreto de Avendaño y de sus amigos? tu impureza; ¿quién te arrojó indefenso delante de mi hermano? tu traicion y tu instinto de rapiña. ¡Me acusais de vuestras muertes, cuando al encontraros en mi camino, encontré la desgracia y el crímen! ¡Quereis hacer caer sobre mi cabeza sangre que estaba ya sentenciada por impura!

—Si tú no te hubieses dejado arrastrar por la impureza,—esclamó colérico D. Gaspar;—si al ver ante tí á Magdalena la hubieras rechazado; si no te hubieses encenagado en viles placeres.....

—¡Magdalena! ¡Magdalena! ¿y te atreves á acusar á mi hermana, miserable, tú, el que vendiste la tuya á D. Gonzalo, y quieres parecer un noble acusador, cuando eres un reo odioso?.... ¿Os busqué yo? Si os hubiera conocido, ¿os hubiera aceptado? ¿podrás negar que si fuiste asesinado por mi causa, no tuvo parte en ello la fatalidad?

—Pero tú fuiste su instrumento maldito, D. Juan; por tu causa se cerraron para mí las puertas de la vida; me faltó lugar para arrepentirme, y he perdido mi alma: mi asesino está conmigo, y tú lo estarás tambien, porque yo te emplazo ante el tribunal de Dios.

—Has provocado un juicio, D. Juan, y los muertos te juzgarán,—esclamó

el comendador. Levantáos vosotros, todos los que habeis caido ante la cólera de este hombre.

Alzóse Lisardo el Estudiante.

—Yo habia cometido crímenes.—dijo;—yo habia endurecido mi corazon; habia sido asesino, adúltero, sacrílego: yo pedí perdon á D. Juan; si D. Juan me hubiera perdonado, acaso me hubiera alcanzado la misericordia divina; pero D. Juan amargó con su venganza mis últimos momentos; él me hizo morir impenitente, por él me he condenado, y pido venganza á Dios contra él.

—¿Tú tambien, Lisardo?—esclamó D. Juan con indignacion;—¿y te atreves á acusarme, tú, el que acaso has influido más en mi existencia; tú, el que me arrancaste á la par el amor y la libertad!

—Por tí mi corazon se endureció; por tí aborrecí á los hombres; por tí, desde el fondo de un encierro, me hiciste jurar una venganza tremenda sobre la humanidad, que con sus leyes monstruosas permite que el fuerte sea sorprendido, esclavizado, dominado, insultado, al par que deja sea la debilidad la última de las desdichas; ¿qué parte habia yo tenido en tu vida? fuiste acaso por mí sacrílego, adúltero y asesino? Por el contrario, tus Memorias envenenaron mi alma, y tu espada ha sido entre mis manos un instrumento de muerte; sin tí, acaso hubiera sido esposo de Magdalena.

—Y la religion hubiera protegido el incesto,—esclamó profundamente Lisardo;—maldito de Dios eres, D. Juan, y por la maldicion de tu raza, malditos los que han sido, son y serán junto á tí.

D. Juan quedó mudo ante aquella impudencia del crímen; el más criminal de todos aquellos muertos condenados se creia con derecho á acusarle.

Sentóse el fraile sacrílego y condenado, y del centro de la multitud se adelantaron siete espectros.

—Nosotras éramos siete desdichadas,—esclamaron;—nosotras viviamos olvidadas de Dios y de nuestras almas; si D. Juan no hubiera influido en nuestro destino, no hubiéramos muerto blasfemando entre la hoguera del infame Tribunal de la Inquisicion. ¡Venganza contra D. Juan!

—Culpad á vuestros amantes que os vendieron,—gritó D. Juan,—no á mí, á quien siempre inspirásteis repugnancia y horror.

—Porque no éramos tan hermosas como Magdalena.

—Porque no teniamos sus ojazos negros.

—Porque el mancebito no nos encontró antes que á ella.

—¡Venganza! ¡venganza! ¡venganza contra D. Juan!

Al clamor de las siete rameras condenadas, se elevó el clamor de todos los fantasmas, y los gritos de «venganza» se prolongaron en el infinito como un aullido de maldicion.

Hundiéronse aquellas siete mujeres entre la multitud, y tras ellas adelantaron los dos lacayos que habian servido á la mesa.

—Nosotros perteneciamos á esa raza de esclavos que se llaman criados,—esclamaron;—nosotros no haciamos mal á nadie, serviamos fielmente á nuestro amo, y morimos envueltos por él en una traicion. Morimos blasfemando, y hemos descendido á los profundos. ¡Que nuestra sangre caiga sobre D. Juan!

Tenorio, que habia escuchado con un altivo desprecio las acusaciones an-

teriores, bajó la frente bajo el peso del remordimiento al escuchar la queja de aquellos desgraciados. Adelantó tras ellos Hernando de Alarcon.

—Yo amaba en silencio á una mujer á quien debia respetar,—dijo;—era la hermana de mi señor; un alma triste, un corazon sin esperanza; yo debí haber apartado á D. Juan de aquella mujer que le amaba hasta el punto de perder por él su alma; yo sabia que era la esposa de su padre, y sin embargo, callé, y cuando el incesto se consumó entre tinieblas, Dios me castiga: yo tuve celos de D. Juan; le busqué y le provoqué; su cólera cayeron sobre mí, y mi sangre fué la primera sangre vertida por su mano; que le juzgue Dios.

Tras éste se levantó aterrador y sombrío D. Pedro de Avendaño; un silencio como jamás le han escuchado oidos humanos, precedió á sus palabras.

—¡Cadáveres!—esclamó;—¡yo soy un hermano!

A aquella palabra las rodillas de D. Juan flaquearon, cayó de hinojos.

—¡Os sonreis, almas condenadas, gozais ya con la tremenda acusacion del fratricidio lanzada por mí sobre su cabeza! eso seria añadir al fratricidio del mundo, el fratricidio de la eternidad. Yo fuí su enemigo mientras viví; estaba ciego; su espada abrió mis ojos á la luz, y cuando le conocí, le amé; mi perdon me ha abierto las puertas de la misericordia divina, porque el que perdona, será perdonado; yo habia sido criminal, y era preciso que purgase mis crímenes; por ellos estoy entre vosotros de una manera transitoria. Escuchad bien, cadáveres malditos; el hermano ama al hermano; D. Pedro perdona á D. Juan.

Alzóse un estruendo horrible y amenazador; se gritaba, se aullaba por todas partes, y el grito de venganza retumbaba con la intensidad de cien truenos bajo la negra é inconmemorable bóveda de aquel espacio.

Pero sobre todas aquellas voces, se levantó la voz tonante del Tenorio cadáver, mientras el Tenorio vivo se alzaba de nuevo amenazador.

—Nuestra familia estaba maldita,—esclamó Pedro,—y esa maldicion ha caido sobre nosotros; pero en nuestras almas habia al par generosidad, valor, caridad; nuestro único pecado ha sido la soberbia.

—¡Soberbia, hermano!—esclamó D. Juan;—fatalidad y siempre fatalidad; ¿quién ha puesto en nosotros la soberbia? El destino, ó Dios; ¿no es verdad? ¿por qué en su lugar no pusieron la mansedumbre?

—D. Juan, hace cuatro generaciones que dos hermanos de nuestra raza cometieron un fratricidio por su hermana; desde entonces, estos dos crímenes, el fratricidio y el incesto, pesan sobre nuestra familia que se estinguirá con nosotros. Tú naciste bueno y generoso; tienes la hermosura y el corazon de tu madre, y el brazo invencible de nuestro padre; pero con ellos has heredado su indomable y despótica voluntad, su deseo insaciable, su ferocidad y su instinto sanguinario.

Era preciso que fuese así para que se cumpliera lo que estaba escrito; la paloma se habia unido al sacre, y de ambos debia nacer un ave de rapiña.

—No es, pues, mia la culpa si me han prescrito los crímenes, las lágrimas y la sangre, como una ley, al nacer.

—Las culpas de los padres recaen sobre los hijos,—contestó solemnemente Pedro;—y es necesario que lo que ha de suceder, suceda.

—Pero eso es injusto, la venganza es un crímen, y el crímen no puede venir de Dios.

—¡Dios! ¡Dios! Es inmensamente santo, inmensamente infinito, y las palabras que su inspiracion ha hecho escribir á Moisés y á los profetas serán siempre un misterio para los hombres; ¿dará el espino rosas? ¿serán jamás dulces las aguas que se saquen del mar? Nuestra sangre era impura é impuros debiamos ser nosotros. Pero en medio de esa impureza, ¿no te ha presentado Dios, hermano, una tras otra senda de salvacion?

¿Quién te apartó de Inés? Tu impureza, tu inquieto deseo, tu vanidad; Inés hubiera sido para tí un ángel de paz; ¿quién más tarde te hizo desoir los santos consejos que Dios inspiró á Teresa para tí? La soberbia: necesitabas venganza, y la buscaste; Teresa, el ángel puro y sin mancha, cayó envuelto en ella; no bastaba eso aun; entraste en la casa del Señor para profanarla, y aun allí la mano de Dios te detuvo, huiste aterrado, encontraste frente á frente á la muerte, la retaste; ahora te encuentras rodeado de ella, sujeto á tu miseria, impotente, con el alma llena de duda y de impiedad.

—¿Y despues, y despues, hermano?

—¡Despues! ¿quién ha leido todavía en el porvenir?

—Despues vendrás con nosotros,—gritaron algunos en coro.

—Y te haremos beber nuestras lágrimas.

—Y esprimiremos en tus fauces la hiel de nuestros corazones.

—Y aliviaremos con tus tormentos nuestros tormentos.

Y como siempre que tenia lugar uno de estos coros, las voces se hicieron generales hasta terminar en un zumbido chirriante, atronador, insufrible.

—Afuera,—gritó D. Juan, como si pretendiese sacudir un horrible sueño;—afuera fantasmas; yo necesito para respirar todo el aire de la inmensidad, y me ahogo aquí.

Y D. Juan soltó una carcajada insensata.

—Nosotros somos los seis amigos de Avendaño,—esclamaron por contestacion á la risa de D. Juan,—Tieppolo y los otros cinco; hemos sidos ahorcados por tu causa, y por tu causa condenados. ¡Rie, D. Juan, rie! ¡tu risa se pierde en la eternidad!

—Yo soy Aurora,—esclamó la gitana,—y quiero venganza.

—¿Venganza contra mí, gitana?—esclamó D. Juan;—todos vosotros me acusais de lo que yo debia acusaros; ¿acaso tú no me has dejado llegar á ciegas á los amores de Lind-Arahj, cuando podias haberme dicho: «apártate de ella, es la esposa de tu padre?»

—Yo te aborrecia, D. Juan, como aborrezco á todos los Tenorios; tu padre infame, me arrancó de mis sueños de vírgen enamorada; tu padre mató á mi hijo, y tú mataste á Pedro, á quien yo amaba, á quien yo habia puesto en el lugar de aquel desdichado. El esposo de Ada me vengó de tu padre..... Dios, fratricida, incestuoso y asesino..... Dios me vengará de tí.

Sentóse Aurora, y tras ella se levantó la pálida figura de Noema.

—Yo amaba á Pedro,—dijo;—me fué infiel, y tendí asechanzas á su vida. D. Juan me vengó. Pero yo necesitaba vengar mi amante, y fuí el demonio tentador de D. Juan. ¡Alegráos, cadáveres! Por mucho que las pasiones huma-

nas puedan arrastrar á un hombre, más allá he llevado yo á D. Juan: preguntadle por las vírgenes hijas de los bosques de América; él os contará indecibles placeres, pero si quiere, tambien os contará inauditos herrores. Él era el poder que encantaba; yo la mano que destruia; decidle que os refiera sus escursiones por Europa; allí do quiera que ha puesto la planta, ha dejado una huella de sangre ó de lodo. Cuando en las serenas tardes de primavera, bajo el bello cielo de Nápoles, veíamos levantarse sobre nosotros el penacho de fuego del Vesubio, y tenderse á nuestros piés el mar; hé ahí dos grandezas, le decia yo, seria magnífico piratear en ese desierto de agua, á la luz de ese eterno torrente de fuego; tú eres valiente, D. Juan, y sabes por esperiencia que cada hombre es un miserable, que no merece ser tratado como hermano; compremos una valiente galera y surquemos esas aguas que harás retemblar con tus cañones. ¡Y qué hermoso será saltar en tierra de repente en esos jardines de Grecia, y apresar castas vírgenes y anegarse en sus amores! ¡qué grande el hacer huir delante de tu bandera á esos piratas argelinos!.... Don Juan es ambicioso, dominador é impuro, y me escuchó. La galera fué botada al mar, y el pirata que yo habia creado sobrepujó á mis esperanzas. ¿Es eso tambien fatalidad, D. Juan? Soberbia é impureza. Yo queria vengarme haciéndole ahorcar por ladron en una galera de rey, ó entregarle cautivo á los berberiscos. Gasté mi tesoro, un tesoro robado, y todos mis esfuerzos se estrellaron en la proteccion maléfica que vela por ese hombre. En vez de destruir, fuí esterminada por su causa, y estoy sedienta de venganza. Venganza en la muerte ya que no la he alcanzado en vida.

—Envueltos en las asechanzas de esa mujer, hemos caido á la par con ella,—esclamaron Zuanko y Sir James.—Dios la ha castigado; que castigue ahora á D. Juan.

—¡Venganza! ¡venganza! ¡venganza!—esclamaron todos.

Y de nuevo empezó el torbellino en derredor de D. Juan.

Por tercera vez las secas palmadas del comendador, que parecia presidir aquel festin infernal, restablecieron el órden.

—Todos le habeis acusado,—dijo el comendador en medio del silencio; —pero aun quedan esas desdichadas que han sucumbido á su libertinaje, y esos hombres que han perecido en sus locas empresas. ¿Qué pedís contra D. Juan?—añadió dirigiéndose al fondo donde hervia la multitud.

—¡Venganza!—contestaron todas aquellas bocas en un alarido informe.

—Y despues de todos, escúchame, D. Juan; yo te habia elegido para esposo de Inés, á quien habia dado un nombre ilustre, de quien nadie dudaba, que era pura como un rayo del sol; la pobre niña te amó, y tú la despreciaste, la heriste en el corazon, la hiciste mártir, y la asesinaste al fin.

—¡Mientes!—gritó D. Juan, no pudiéndose contener.

—La asesinó la víbora que tenias á tu lado,—añadió con desprecio el comendador.—Me debes, D. Juan, mi honra, la honra y la felicidad de Inés.

A aquella acusacion, el silencio era solemne.

—Y tú, Lind-Arahj,—dijo el comendador,—¿no tienes nada que pedir contra el que te ha traido aquí?

Lind-Arahj puso la hija de Gabilan sobre la mesa, y se cubrió el rostro con

las manos.

—¿No pides más que la vida de esa inocente contra él?

—Yo no pido nada, nada, contra él; cuando acepté sus amores, sabia que perdia mi alma; si es criminal, que le perdone Dios.

Como antes, á la palabra perdon se alzó un estruendo inmenso, que el comendador hizo cesar; á pesar de esto, aun se oia á lo lejos la palabra venganza. Aquellos muertos eran muertos irreconciliables, muertos furiosos.

Volvió á dominar el órden.

—Venganza, sí,—dijo el comendador en medio del silencio;—Dios quiere que las deudas se paguen; pero para que se cumpla nuestra venganza, es necesario que D. Juan muera.

—¡Que muera!—retumbó como un alarido informe, que se perdió en la inmensidad.

—¿Y quién ha de matarle?—repuso con un feroz sarcasmo el comendador; —¿serás tu acaso, James?

El preguntado no contestó.

—¿O tú, Zuanko? ¿O vosotros los que habeis sido arrojados á la eternidad por él?

Siguió el mismo silencio; los muertos no se atrevian á D. Juan.

—Teneis razon,—dijo el comendador;—todos vosotros habeis probado su brio, todos habeis caido ante él, y aun despues que nada teneis que aventurar, os parece formidable; pero yo he sido villanamente asesinado por él, sin defensa, viejo y débil; ya que no hemos medido nuestras espadas en el mundo, las mediremos en el infierno; y luego, ¿no me has retado, D. Juan? ¿Estás dispuesto á cumplir tu plazo?

—¡Un duelo contigo! ¡y bien! solo esto faltaba á mi fama; si mañana un poeta se encarga de escribir en romances mis aventuras, encontrará admirable el poder decir: «de cómo D. Juan se batió de cuerpo á cuerpo con un muerto.»

Un murmullo que llamaremos de escándalo, se levantó sobre aquel público de fantasmas; D. Juan se pintaba á sí propio; aun á pesar de todos los terrores, le sostenia sobre ellos la vanidad.

—De cuerpo á cuerpo, sí, pero ¿á pié ó á caballo?

—A caballo; deben ser admirables los corceles del infierno.

—D. Juan, segun tus palabras, eres mio,—esclamó el comendador asiéndole de una mano;—ha llegado el plazo; sígueme, ven;—y arrastrándole con una fuerza incontrastable, la estátua le sacó del lugar del festin, y le hizo atravesar multitud de salones y crugías de un palacio infernal; llegaron á su pórtico, y se encontraron en una inmensa plaza, cuyas tinieblas estaban iluminadas por hogueras suspendidas en los aires por un medio invisible.

Estaban en la ciudad de los muertos; parecia que habia cundido la nueva de la llegada de D. Juan, porque por todas partes acudian turbas frenéticas; en medio de aquellas turbas, negros obreros levantaban un palenque, que fué concluido con la celeridad del pensamiento; creyóse D. Juan trasladado de nuevo del mundo al teatro de una de las bizarras justas en que habia lucido su gallardía y su valor delante de las más hermosas damas del mundo y de los

caballeros más afamados: nada faltaba allí; ni jueces, ni escuderos, ni pajes: desde la barrera á los estrados, todo estaba henchido de espectadores que se impacientaban ni más ni ménos que como acontecia en el mundo; pero todo era negro, macilento, sombrío; hasta la arena que cruzaban á la sazon diez poderosos caballos de batalla, que se dividieron entre dos tiendas colocadas á los estremos opuestos de la liza.

En aquel momento, cuatro graves y horribles personajes se presentaron á D. Juan, y otros cuatro al comendador. Eran los padrinos.

Ambos campeones fueron conducidos á sus respectivas tiendas.

CAPITULO XV.

De cómo D. Juan se batió de cuerpo á cuerpo con un muerto y en que vino á parar su escursion al otro mundo.

Aquello era una parodia de duelo, en que lo espantoso no dejaba sentir lo ridículo.

La tienda en que habia sido introducido D. Juan era, relativamente al lugar en que se encontraba, ostentosa y rica; paños de terciopelo negro pendian en festones por todas partes; estraños y monstruosos trofeos, panoplias negras, en cuyos yelmos se veian por celadas feísimos visajes; escudos con empresas diabólicas; espadas con hojas de fuego, y lanzas de ébano, cuyo hierro era un agudo diamante; singularidades, en fin, jamás vistas en el mundo; caprichos como nadie los ha soñado; objetos que infundian un horror como nadie ha sentido; pero para D. Juan hubo escepciones; en vez de obligarle á ceñirse aquellas repugnantes armas, cuatro escuderos que le habian servido y que habian muerto sirviéndole en sus largas aventuras por América, le presentaron su mismo arnés, el arnés del infante Sidy Atmet, y le ciñeron sus mismas armas; la espada y la daga de Lisardo; de nuevo blandió su mano su pesada pica de roble con pendoncillo de brocado, y una vez fuera de la tienda, encaparazonado de guerra, los escuderos le tuvieron el estribo y la rienda para que montase en un caballo que reconoció por suyo: era el Volador, su valiente bridon; el Volador, que relinchó alegremente al sentir sobre sí á su amo; una vez á caballo D. Juan, permaneció en la puerta de la tienda; del mismo modo, y ginete en otro caballo negro, aparecia en el estremo opuesto la blanca estátua del comendador.

Los jueces reconocieron el campo minuciosamente, midieron las armas ofensivas y reconocieron las defensivas de entrambos campeones; les tomaron juramento de no emplear dolo ni malas artes en la pelea; y solo despues de llenas estas formalidades, que respondian en un todo á las leyes de caballería observadas en el mundo en casos semejantes, adelantaron heraldos al són de timbales y trompetas, y publicaron el reto á grito herido.

Segun el pregon, D. Gonzalo acusaba de asesino y traidor á D. Juan Tenorio; en contestacion á lo cual, D. Juan retaba á muerte al muerto.

Repitióse este pregon en los cuatro lados del palenque, despues de lo cual los jueces partieron el sol; resonaron de nuevo trompetas y timbales, y dos reyes de armas gritaron:

—Partid caballeros, y cumplid con vuestro deber.

Los pajes soltaron entonces los frenos, partieron los combatientes, y al punto mismo del encuentro, cuando D. Juan con la lanza baja y los dientes apretados asestaba la dura punta al escudo del comendador, éste y su caballo se desvanecieron, y solo quedó ante Tenorio un árido esqueleto.

Una carcajada infernal se elevó por todas partes, y una voz inmensa gritó:

—Hé ahí el valiente que se mide con los muertos y los vence! ¡hé ahí el valiente que desafia aun al poder de Dios!

D. Juan estaba burlado; las almas del otro mundo se reian de él, y su vanidad habia sido vencida por el ridículo.

Hundiéronse gradas y anfiteatros, con un fragor horrible; desapareció todo; una niebla densa, rojiza y caliginosa envolvió á D. Juan, y su tremenda cólera no tuvo un eco que la contestase; revolviéronse en su alma sangrientos sueños, horribles visiones, helóse su corazon, y se sintió morir.

Lentamente fué condensándose la niebla, y al fin se encontró en una oscuridad profunda; despues no sintió nada, nada más que un vacío horrible; agitábase por arrojar de sí aquella fascinacion, y no podia; se rasgaba su pecho, sentia sed, y el recuerdo de aquella amarga copa de lágrimas la irritaba más y más; llegó un punto en que el sufrimiento fué infinito, en que creyó sentir en su espíritu un fuego insaciable y devorador.

Entonces, entre las sombras, sus ojos se levantaron á la altura y brillaron ante ellos en caractéres rojos estas palabras:

«Las culpas de tus padres han caido sobre tu espíritu, y estás maldito por Dios.»

Las rodillas de D. Juan se doblaron, se aniquiló su vanidad, oró, y tuvo miedo por la primera vez.

Entonces pareció estinguirse aquella horrible sed; su pecho se dilató y suspiró libremente, y se apoderó de él un sueño tranquilo, dulce, que dejaba penetrar hasta él una música lánguida y deliciosa, como emanada de coros de ángeles; á su influjo sentia que las lágrimas contenidas durante diez años en su corazon, corrian libremente de sus ojos como un raudal de consuelo; acaso habia pasado para purificarse, por el fuego del infierno, y era llevado á los cielos.

Sentíase conducir como en las alas de las auras, blandamente, gozando de un placer inefable; á medida que pasaba el tiempo, el ambiente se iba haciendo más tibio, más halagador, y una luz ténue, límpida, acrecida de momento en momento, iluminaba sus ojos; veia ante sí una inmensidad diáfana, del azul más radiante, interceptada por pabellones de nubes de oro y púrpura, de una brillantez y trasparencia imponderables; á medida que la luz crecia, crecia la vida de D. Juan, y su vista alcanzaba una lucidez y un alcance maravilloso; parecia que su espíritu, despojado de la materia, era enteramente libre; que se saturaban en él delicias, perfumes y fruiciones desconocidas; la forma existia en él, pero como puede suponerse, la forma de un vapor sutil; vióse sobre una nube matizada con los colores del arco íris, que se elevaba majestuosamente hácia un sol cuya luz alumbraba sin quemar, y en el cual, á pesar de su brillantez, podian fijarse los ojos sin ser lastimados;

todo parecia allí primitivo y puro; la nube siguió, y en el centro de aquel sol D. Juan vió un alcázar maravilloso, del cual partia la luz; cuantas bellas formas ha soñado de una manera imperfecta el génio de los artistas, estaban representadas allí en toda su perfeccion, con una admirable armonía, con un efecto mágico; el alcázar, parecia fabricado en un solo brillante; la nube en que era conducido D. Juan tocó á su puerta, que se abrió á su llegada.

Encontróse entonces sobre un terreno real, en un mundo vírgen; dormia el viento y las leves auras agitaban por todas partes árboles cargados de frutos, cuyas hojas eran más verdes que la esmeralda; habia allí flores inmarchitas, lagos trasparentes.

D. Juan adelantó; aquello era el Edem, la contraposicion de la primera parte de la vision terrible: aqui todo era luz, vida y armonía; del mismo modo que en la region anterior todo era sombras, horrores y muerte; allí se sufria de una manera insoportable; aquí se gozaba una embriaguez deliciosa, una embriaguez del espíritu, en que ninguna parte tenian los sentidos: D. Juan adelantó por aquellas bellas florestas, sin que su planta lastimase una yerbecilla, ni destruyese á la casta violeta escondida entre el musgo; adelantaba entre bosques en que parecia volar el génio de la inspiracion suprema, de la inspiracion de Dios.

Eran llanas sus sendas, desembarazado su tránsito, y tras un admirable horizonte se descubria otro más bello.

D. Juan no habia encontrado ningun sér en su camino: pero de repente, entre una fronda aparecieron dos mujeres.

Eran blancas sus túnicas, y sobre sus negros y larguísimos cabellos, que flotaban y se abrian como una aureola al impulso de las brisas, llevaban ceñidas virginales coronas de siemprevivas.

D. Juan las reconoció y se conmovió de placer. Eran Inés y Teresa.

Venian asidas de las manos, y parecia que sus piés no tocaban al césped.

—¿Sois vosotras, almas de mi alma?—esclamó D. Juan.

—Sí, nosotras somos, D. Juan, las vírgenes de tu amor; Dios ha oido nuestros ruegos; el ángel del perdon ha recogido en su terrible copa nuestras lágrimas, y el del arrepentimiento y la humildad ha conducido tu oracion, tu última oracion, ante la misericordia divina.

—Por nosotras y por tí tus dias no están contados aun, porque Dios quiere dejarte un plazo para la penitencia.

—Pero yo estoy maldito.....—esclamó D. Juan.

—Tu oracion representa en tí la fé, y la fé es la salvacion,—esclamó Teresa.

—Y la fé engendra la esperanza,—dijo Inés.

—Y quien tiene fé y esperanza, tiene caridad; ¿crees tú que no bastan esas virtudes para ser contados entre los elegidos de Dios?

—Ayer era impío,—dijo D. Juan;—ayer veia con los ojos del mundo, y el mundo no me ofrecia más que crímenes y dolores: si yo he sido cruel, impuro y homicida, es porque creia que los hombres no debian ser tratados de otro modo porque los creia homicidas, impuros y crueles; pero he descendido á los profundos, y he subido á las alturas.

—¿Y si esto no fuese más que una vision; si lo que has visto no fuese el infierno ni el que pisas el Edem?

—Ha resonado en mi corazon un grito que hasta ahora no habia escuchado, ó que no habia querido oir; el del dolor ajeno, dolor en el que yo he tenido parte; dolor que me ha hecho sentir y llorar por la primera vez.

—D. Juan, lo que has visto y lo que ves no es más que un remedo de la eterna tiniebla y de la eterna luz; nunca los ojos mortales han visto ni verán la eternidad; pero por lo que has visto, por lo que has sentido, elige.

—La luz,—esclamó con ánsia D. Juan.

Entonces las dos vírgenes le llevaron á la cima de un monte.

—Mira por este lado,—le dijeron.

D. Juan miró; á sus piés se agitaba un mundo ruidoso; brillaban en él púrpuras y tiaras, espadas y cetros; oíanse cantos de placer y risas de festines; veíanse mujeres hermosas, palacios admirables, trenes magníficos: raudales de oro corrian por todas partes; cuanto puede halagar las pasiones estaba allí representado, brillando, incitador; inmensa muchedumbre se inclinaba á los piés de un solo hombre, llamándole señor; aquel hombre repugnante, gastado por los desórdenes, estaba sin embargo asediado por todas las dulzuras de la vida; los hombres de letras (1), le llamaban sabio; los soldados, valiente; las hermosas, bello; los mendigos, generoso; los hipócritas, justo: se le levantaban estátuas, se le adoraba, era un pequeño Dios.

Alrededor de este Dios, habia otra multitud de pequeños dioses, que si adulaban y pagaban pleito homenaje á las impurezas, á las pasiones, á los caprichos de aquel hombre, cobraban con creces su servidumbre, haciéndose servir, adular y vitorear por sus inferiores; éstos tenian siempre otros en quienes desquitarse, y al fin en la base no habia otra cosa que una multitud embrutecida, desarrapada, hambrienta, feroz, á quien nadie adulaba y á la que azotaban todos.

Los campos estaban cultivados por aquella multitud que hacia producir el pan sin tener pan; las minas eran esplotadas por ellos, y se les compraba oro con cobre; las banderas y las armas eran llevadas por ellos á las batallas, en las que morian sin gloria y sin provecho, y eran, en fin, el perro que asa la carne bajo el látigo del dueño, que cree cumplir con lo que debe, si le arroja un hueso mondado y árido.

—Mira,—le dijo Inés;—tú eres hermoso, noble, rico y valiente: puedes elegir lo que quieras de ese inmenso depósito; tu espada brillará en los combates, tus ojos se anegarán en las promesas de hermosos ojos; gozarás los placeres del triunfo y del amor; acaso llegues á ser el primero, el más alto, el señor; acaso despues de tu muerte te eleven una estátua y te llamen héroe. Pero despues de eso está la sombra, la eterna sombra.

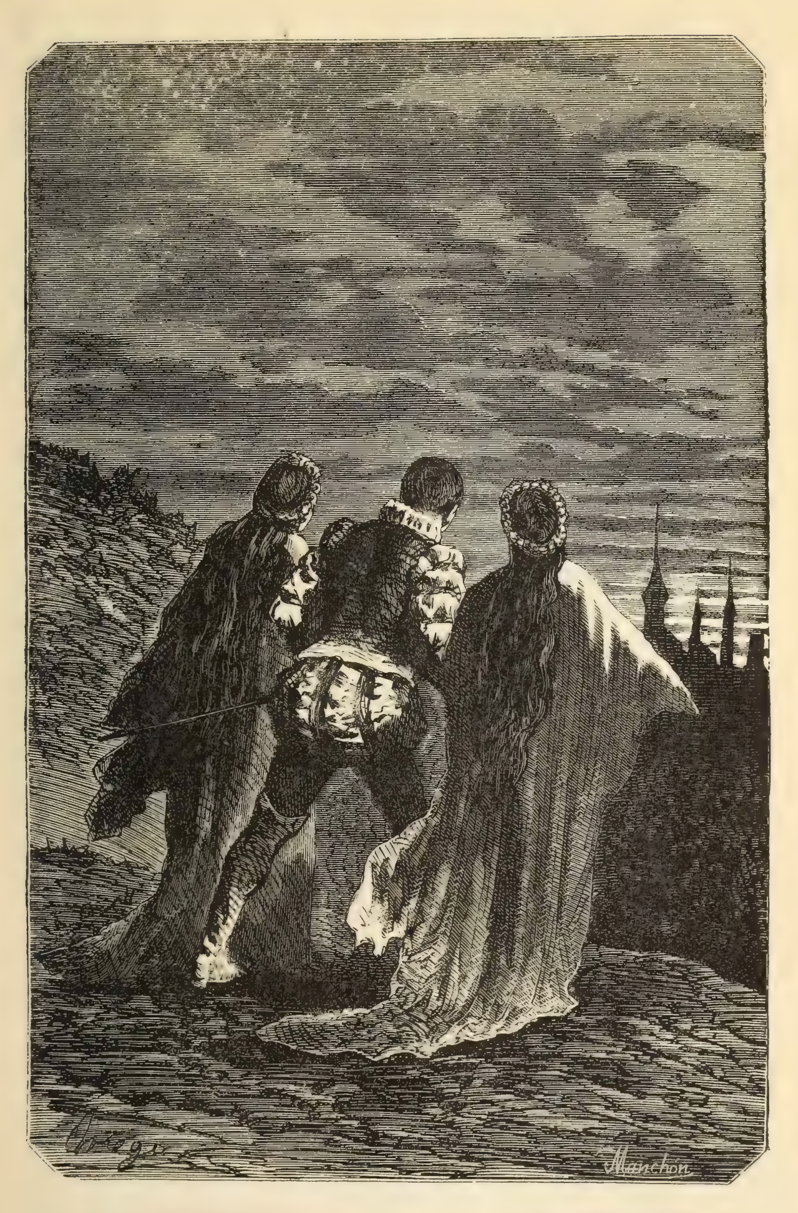
D. Juan acababa de tener una horrible muestra de la sombra, y volvió la espalda al mundo.

—Mira,—le dijo Teresa, llevándole al otro lado de la cima del monte.

D. Juan vió un país erizado de rocas, entre las cuales se derrumbaban bra-

---

(1) Hoy diriamos académicos.



DON JUAN TENORIO. — Mira por este lado, — le dijeron.

madores torrentes; una corona de eterna nieve cubria la cumbre de la más alta montaña, y á sus piés, casi bajo el hueco de una roca, se veia un pobre edificio pegado á un templo no ménos pobre. Alrededor de aquel edificio se veian algunos hombres cubiertos con túnicas de buriel, pálidos, demacrados y meditabundos; muchos de ellos oraban en las quebraduras; otros leian: otros, en fin, cavaban en las peñas una sepultura.

—Todos esos hombres—dijo Teresa—han huido del mundo, han trepado por la áspera vertiente del monte sin volver la vista á los placeres, ni á la ambicion, ni á la codicia, y han llegado al desierto; allí, ya lo ves, el orgullo no tiene pábulo; la pobreza mata á la avaricia; la contemplacion á los malos instintos: no hay mujeres hermosas, ni dulces cantares, ni aclamaciones de triunfo; el silencio de esa soledad solo está interrumpido por el ruido del torrente, y por el zumbido del viento que rebrama en las breñas; quien vive allí, no debe esperar nada del mundo; el mundo le tiene olvidado: si llega por acaso un viajero, huye con horror de esa soledad árida y lúgubre; la vida es el sufrimiento; despues de muerto, solo puede esperar cada uno de esos hombres el ser depositado por sus hermanos en la sepultura que ha cavado por sí mismo: vida horrible. purgatorio de vivos, lugar de expiacion; pero más allá están la luz. la felicidad eterna é imperecedera.

—¿Y qué he de hacer? dijo D. Juan.

—Ahí—dijo Inés—están la gloria mundana, la riqueza, el amor, la satisfaccion de las pasiones; pero ahí se muere.

—Ahí—dijo Teresa señalando el desierto—están el dolor, la soledad y la penitencia; pero ahí se vive.

—¿Qué quieres?—le preguntó Inés.

—La luz.—esclamó D. Juan, cayendo de rodillas con el rostro vuelto al desierto.

Una sonrisa inefable iluminó los semblantes de las dos vírgenes; se inclinaron sobre D. Juan, y le besaron en la frente; despues, asidas de las manos, se elevaron en el espacio, y al fin aquellas dos hechiceras formas se desvanecieron. D. Juan cayó en un letargo profundo, apenador, insoportable: se agitó en un esfuerzo supremo, y logró lanzarle de sí; abrió los ojos, y se encontró en un lecho, vestido aun y sin armas.

La luz del alba penetraba por las ventanas, y Gabilan, sujetándole las manos como si se tratase de un epiléptico, estaba junto á él.

CAPÍTULO XVI.

El testamento de D. Juan.

Gabilan miraba con espanto á su amo.

—¡Oh, señor, qué horrible sueño!—dijo;—¡qué pesadilla tan profunda!

—¡Sueño! ¡sueño, Gabilan!—esclamó Tenorio, cuyo semblante estaba desencajado;—¿y cómo es que has venido aquí? no te he llamado.

—Perdonad; pero dábais unas voces, que mi Esperanza despertó asustada.

—¿Y cuánto tiempo hace?....

—Más de dos horas, señor; pero no era sueño, sino un letargo profundo; he sacudido á vuestra señoría, le he llamado sin lograr despertarle; he luchado con la convulsion..... y no he llamado á nadie, porque el señor decia unas cosas tan horribles.....

—Has hecho bien, Gabilan, has hecho bien; ¡si alguien hubiera sido testigo de ese accidente!.... olvida tú mismo lo que has oido.

—Es, señor, que yo no he oido más que las palabras *venganza*, *sangre*....

—Bien, bien; ¿y dices que me has sujetado?....

—Sin ello, señor, os hubiérais estrellado la cabeza contra la pared.

D. Juan se esplicó entonces cómo se habia sentido sujetar y desarmar por los muertos en su lúgubre vision; sintió una fuerte opresion de garganta, un profundo dolor en el pecho, y un peso insoportable en los ojos; estaba cansado, sin fuerzas, enfermo, y su espíritu participaba del estado de su cuerpo.

Veia desvanecida la vision ante la luz del sol, y sin embargo, la creia cierta; tan profundamente la habia afectado: zumbaba aun y retronaba en sus oidos aquel estruendo infernal, aquellas risas condenadas, aquellos gemidos rabiosos, y resonaban aun en su oido las palabras de Teresa: ¡oracion y penitencia! D. Juan, dormido bajo el influjo de las fuertes impresiones que habia recibido en el convento, habia soñado con toda la fuerza de su volcánica imaginacion; habia sufrido en el sueño, y habia despertado trasformado.

No era ya aquel altivo jóven, de mirada serena y poderosa, que parecia nacido para dominarlo todo; no era aquella belleza insolente, por decirlo así, que parecia desafiar al tiempo; su actitud erguida se habia rebajado; sus ojos habian estinguido su fuego; en su boca se representaba una espresion de dolor; su palabra era dulce y triste, y en aquella frente, tan tersa y tan pura el dia antes, se habia marcado una imperceptible arruga.

Gabilan no reconoció á su amo; cuando él mismo saltó de la cama y se miró á un espejo, se desconoció.

—Esto es espantoso, horrible,—murmuró para sí;—esa fatal monja me ha herido de muerte con su revelacion; yo no soy el mismo, nó; siento miedo, miedo, sí, un miedo frio, irresistible; estoy vencido..... pero vencido por Dios, nó por los hombres,—añadió concediendo aun algo á su orgullo;—vencido por mi destino; y sin embargo, existe en el fondo de mi alma algo que se revela aun debajo de ese miedo.

—¿Y estás seguro, Gabilan,—añadió en voz alta dirigiéndose á su criado,—que no he salido de la casa, ó por mejor decir, que nadie ha entrado en ella?

—Ni vuestra señoría ha salido, ni nadie ha entrado, señor.

—¿No viniste tú á despertarme poco despues de haberme acostado?

—Nó señor; solo desde hace dos horas que oí vuestros gritos; gritos desesperados.....

—¿Y nadie sabe?....

—Nadie.

—Pues bien, Gabilan, que nadie lo sepa.

—¿He vendido alguna vez algun secreto del señor?

—Nó, mi buen Gabilan, has sido para mí un servidor leal, demasiado leal acaso.

Por lo mismo, te tendré presente en mi testamento.

—Para cuando llegue ese caso,—dijo Gabilan, procurando en vano sonreirse, porque le espantaba el estado de su amo,—sabe Dios si habrá muerto ya vuestro servidor.

—¡Oh! ¿quién sabe? Tan fatal es mi destino, tan de cerca me sigue la muerte, que nada tendria de estraño que me vieses caer en este momento á tus piés.

—¡Señor! ¡señor!—esclamó Gabilan, asustado por lo lúgubre del acento y de la espresion de D. Juan;—¿qué os sucede, señor? Ahora más que nunca debiamos pensar en un viaje. Es necesario que varieis de objetos; Sevilla os es fatal. A pesar de mi Esperanza y de mi hostería, si seguís mi consejo, estoy resuelto á acompañaros. Vámonos á Italia, señor.

—Sí, sí, es necesario que yo haga un viaje; pero iré solo, Gabilan. Antes de emprenderlo, quiero hacer testamento.

—Eso es imposible, señor; ni José ni yo lo consentiremos.

—Es preciso, y ya sabes que cuando adopto una resolucion no quiero ser contrariado. Búscame un escribano, Anton.

—Pero, señor.....

—Lo que he dicho una vez, no quiero repetirlo dos,—esclamó resucitando su antiguo dominio D. Juan.—Tú abusas de mi situacion, y aun no he muerto; ¿me entiendes?

Tras esto, señaló con un ademan imperativo la puerta á Gabilan, que salió por ella mohino y cabizbajo.

Apenas quedó solo D. Juan, corrió al espejo y se miró de nuevo.

—No me reconozco,—esclamó;—no soy el mismo, ni ese es mi semblante, ni este mi corazon; estoy pálido como un cadáver, desencajado de miedo..... de miedo..... y ese miedo está aquí.....—grito golpeándose colérico el pecho. —¡Miedo! ¿y á quién? Miedo á los muertos..... ¡á los muertos!.... ¡miseria, cobardía!.... Pero esos muertos me han dicho: «sin tí, viviríamos aun..... sin tí, que eres nuestro asesino.....» ¡horror!.... aun me parece que los veo, hediondos, fétidos, fijando en mí sus pupilas, enrojecidas por el fuego del infierno. Y era un sueño, sí, un sueño; era aquello demasiado estravagante, demasiado ridículo, para que hubiera podido subyugarme de otra manera que durmiendo..... ha sido un delirio, pero delirio que respondia á la verdad de mi corazon. Estoy destrozado, muerto, sin esperanza. No me atrevo á volver la vista atrás, y cierro los ojos para no ver el porvenir; soy un cadáver que anda; ¿y qué he hecho yo para merecer un castigo tan horrible? ¿acaso he dejado jamás de tender mi mano al débil y mi bolsillo al menesteroso? Si he sido impuro, no he sido yo quien ha buscado la impureza; la impureza me ha rodeado siempre..... ¡y esa maldicion que pesa sobre mí!.... ¡oh! en vano quiero comprender su justicia..... mi hermano me ha dicho que jamás el espino produciria rosas, ni dejará de ser salada el agua que se saque del mar. ¡Hijo de infame, debo ser infame!.... Pues bien, me arrancaré á mi destino, seré penitente, oraré y aplacaré á Dios..... pero si aun en el retiro y la penitencia me persigue la fatalidad, si no puedo apagar esta sed insaciable que me consume, me abandonaré á mi destino, seré lo que pueda ser, y el dia de

mi juicio me presentaré altivo y acusador ante Dios.

Al dirigirse á la ventana para respirar el aire de la mañana, D. Juan tropezó en un mueble, era un sillon; sobre él estaban su espada, su daga, su capa y su gorra. D. Juan fijó en ellos una mirada insensata.

—Sí, sí, era un sueño; estas armas y estas ropas están aquí arrojadas, en desórden, como cayeron cuando al entrar las lancé sobre ese sillon; esa mesa está despojada..... sí, fué un sueño..... un sueño producido por la fiebre..... y ese sueño..... yo me hubiera mofado de él..... todo consiste en que ha muerto mi esperanza. ¡Magdalena, el único bien que me restaba, Magdalena es mi hermana! ¡Oh! necesito para respirar todo el aire que se encierra en esa atmósfera; me ahogo; parece que un sol más ardiente que ese que asoma en el horizonte, arde en mi corazon..... ¡Oh! ¡es imposible que haya sobre la tierra un espíritu más condenado que el mio!

Apoyóse tras estas palabras en el alféizar de la ventana, y fijó una mirada vaga en el magnífico panorama que se desplegaba ante él.

A su frente se alzaba la Giralda, más allá del Guadalquivir, que parecia un espejo de plata azulada, y de la torre del Oro, cuyas almenas, bañadas por los primeros rayos del sol, parecian una diadema roja vigorosamente destacada sobre los pardos muros; algunas nubes color de rosa se remontaban al zenit, y del cielo á la tierra parecia interpuesto un trasparente vapor dorado.

Cantaban los pájaros al mismo tiempo que tañian las campanas de los templos, y aquella doble oracion que elevaban á un tiempo á Dios las aves y los hombres, era como un perfume que llegaba en tibias oleadas á halagar los sentidos de D. Juan; tenia recuerdos de dolor, pero no de crimen; si habia matado, habia sido cediendo al imperio de las costumbres y de las circunstancias, y la fatalidad habia venido siempre sobre él como sobre una víctima elegida para el sacrificio.

D. Juan se habia esplicado perfectamente su situacion; habia perdido la esperanza, y con ella el valor; era realmente un cadáver que andaba.

Si entonces una voz poderosa le hubiera dicho: «Magdalena no es tu hermana, te han engañado;» si aquella última prenda del deseo de D. Juan se le hubiese presentado sonriendo, D. Juan hubiera vuelto á ser lo que era; un vendaval de pasiones lanzado sobre la humanidad.

Pero sus pasiones llegaban hasta el límite del incesto y del fratricidio, y no sabemos qué espantaba más á D. Juan en Magdalena, si el que fuese su hermana, ó el que hubiese sido la amante de su hermano, ó la causa de su fratricidio. D. Juan hizo un esfuerzo desesperado para lanzar de sí estos pensamientos; habia tomado una resolucion decisiva, y despues de ella era necesario aparecer ante el mundo como siempre; era necesario que su corazon, como hasta entonces, devorase el dolor sin que aquel dolor saliese al semblante; la indomable fuerza de voluntad de Tenorio reconcentró dentro de sí sus pasiones, y apareció de nuevo sereno, altivo, dominador.

Cuando entró Gabilan, concibió una esperanza á la vista de su amo.

Le encontraba como siempre, y esto era mucho; esto era una reaccion.

Por lo tanto, como aquel que yendo á ver á un loco le encuentra con apariencias de cuerdo y se abstiene de recordarle nada que tenga relacion con

su locura, del mismo modo Gabilan suprimió el dar cuenta del cumplimiento de lo que se le habia mandado, y esperó á que su amo le hablase.

Pero éste no habia olvidado nada; así es que le preguntó:

—¿Ha venido el escribano?

Gabilan suspiró ruidosamente.

—No ha venido, señor, pero vendrá; esas gentes son muy poltronas, y mi criado le ha encontrado durmiendo.

—¿Se le dijo que era urgente su venida y que se le pagaria bien?

—Sí señor.

—Pues vé, sácalo de la cama y tráelo; estoy impaciente por concluir.

—El escribano sabe que vuestra señoría le llama, y se dará prisa.

—Creo que me necesitareis personalmente, porque sucede.....

—¿Qué sucede?

—Sucede que acaba de llegar un alférez de la guardia del emperador, y pide hablaros para entregaros una órden de su real amo.

—¿Un enviado del emperador? ¿y por qué ese hombre no ha ido á mi casa?

—Perdonad, señor, venia con urgencia, y de allí le han enviado aquí.

—En ninguna parte he de estar libre de importunos..... que éntre ese hombre.

Poco despues, un gallardo mancebo, ostentosamente vestido, con ancho sombrero de plumas, gorguera rizada, relumbrante coselete, gregüescos de seda, calzas de grana, botas de gamuza con espuelas de plata, y espada y daga con empuñadura dorada, en cuyo talabarte se notaban las armas imperiales, adelantó sombrero en mano, con la más cortés y respetuosa sonrisa, y el talante más marcial y desembarazado.

—Dichoso encargo es, mi capitan,—le dijo,—el que despues de diez años me permite ver de nuevo á vuestra señoría.

—Y á nadie mejor que á vos, Sr. D. Hugo de Figueroa, podia haber sido cometido ese encargo, si se queria causarme una sorpresa agradable.

—Sentáos, alférez; ¿cómo os va?

—Con S. M. el emperador es necesario que vaya bien á todo el que gusta de empresas y peligros; tenemos un héroe por señor, D. Juan, á quien solo falta tener junto á sí un hombre como vos.

—¿Y vuestro encargo, D. Hugo, es venir á decirme eso?—contestó D. Juan.

—Mi encargo se reduce—contestó el alférez sacando una carta de su escarcela—á entregaros este pliego de órden de S. M.

D. Juan rompió el sello imperial y leyó lo siguiente:

«El rey; por cuanto vos, D. Juan Tenorio, nuestro capitan de guardias y »gentil-hombre de nuestra recámara, os habeis ido prorogando por vos mis»mo la licencia que en otro tiempo os dimos, siendo esto en deservicio y agra»vio nuestro; por cuanto os conferimos la coronelía de un regimiento de tu»descos, para el cual necesitamos un corazon, una lealtad y un brazo como »los vuestros y vamos á emprender la guerra contra el turco, os mandamos »que al momento os presenteis en Madrid á nuestro maestre de campo, mar»qués de los Velez. Que os guarde Dios. De Colonia á 10 de Diciembre de 1530. »—*El rey.*»

Esta órden estaba escrita de mano de Cárlos V, lo que atendida la severa etiqueta de la casa de Austria y el orgullo del emperador, era una honra enorme, inusitada, que hubiera hecho estallar de vanidad al mismo duque de Alba, noble el más infatuado y vano de aquellos tiempos.

Y no era esto todo; dentro de aquella real órden venia otro papel escrito tambien de mano del emperador.

«D. Juan,—decia;—habeis olvidado ya los recuerdos de nuestra juventud; »me han dicho que os habeis lanzado al amor y á las aventuras, y por ellas »me dejais solo: la corona es un peso enorme cuando no se tiene un corazon »noble y leal con quien partir las quejas de sus amarguras: Soy desgraciado, »y el rey necesita del amigo; venid, D. Juan, venid; creo que teniéndoos, ha»brá dos reyes en mi corte: yo soy el rey de hecho, vos el rey de corazon; »venid, yo os espero.—*Cárlos de Austria.*»

—¡Desgraciado! ¡él tambien desgraciado!—esclamó D. Juan;—nacimos en un mismo dia, y acaso él está maldito como yo. Pero si su grandeza es mayor, mayores, mucho mayores deben ser sus penas. Yo tengo para verter sangre una espada, y él tiene los ejércitos de dos mundos.....

D. Juan bajó la cabeza y meditó.

El espíritu de la tentacion desplegó ante él magníficas grandezas; le hizo oir el estampido del cañon, el alarido de las trompetas, el grito del combate y el grito de la victoria; parecióle ver la valiente bandera de sus tudescos flotando sobre las moriscas almenas de Argel, y se acordó de su reto con Kair-Eddin; parecióle que su fortuna le elevaba rápidamente, que de coronel saltaba á capitan general, y llevaba la espada del emperador al frente de un ejército á las ricas regiones donde habia llevado su terrible espada de aventurero; tal vez deberia á la munificencia del emperador, por premio á su lealtad y á su valentía, la corona de un reino conquistado en África ó América; soñó y soñó brillantes ambiciones..... pero de repente recordó el monte á que habia sido llevado por las dos vírgenes de sus perdidos amores, y se estremeció; la dulce voz de Inés retumbó en su oido desde el cielo, y le repitió aquellas solemnes palabras:

—Eres hermoso, noble, valiente y rico; escoge lo que quieras de cuanto tienes á tus piés; las hermosas te sonreirán, te cantarán los poetas, dominarás por la fuerza de tu voluntad, te adormirás en placeres; pero tras ellos están la sombra, la eterna sombra, la condenacion.

D. Juan despertó suspirando como de un horrible sueño, y lanzó de sí la tentacion. El alférez habia esperado en un respetuoso silencio.

—Señor D. Hugo de Figueroa,—dijo D. Juan fijando en él su magnífica y serena mirada, en que se leian la benevolencia y el afecto;—habeis venido á mí en una ocasion fatal; me es imposible, como quisiera, montar á caballo y partir en vuestra noble compañía para dar las gracias por mí mismo á la augusta persona que os envia por la gran honra con que me favorece.

—¡Qué, mi capitan! ¿se negará vuestra señoría?—esclamó el alférez.

—No soy yo quien me niego; tened en cuenta que, á ser libre, no podia el emperador haber elegido un destino más á propósito para mí.

Pero escuchad bien lo que direis á vuestra vuelta.

Guardad este pliego,—dijo D. Juan tomando una oblea del recado de escribir que estaba sobre la mesa y cerrándolo de nuevo;—devolvedlo á S. M.

—¡Cómo! ¡un desaire, D. Juan!

—Esperad aun. Tomad mi espada y llevadla con vos. Decid al noble emperador D. Cárlos que esa espada no volverá á desnudarse sino en su servicio; que la guarde en depósito, y que si un dia cesan las circunstancias que me obligan á obrar así, iré á reclamársela. Entre tanto dejo de ser soldado; donde se ha ceñido esa espada no se ceñirá otra. Hacedlo así presente al emperador.

—Pero, ¿ha meditado vuestra señoría que el emperador cuenta con él, que le esperan ansiosos tres mil valientes, que yo mismo, honrado por el emperador con la bandera del regimiento, habia soñado ya en lanzarla al combate junto á mi noble y valiente coronel?

—Dicen,—no sé si es cierto,—que mi nombre alcanza alguna fama en el mundo; si así es, debeis saber, que cuando una vez digo nó, es porque lo he meditado, porque ó no puedo, ó no debo, ó no quiero. Ahora quisiera responder á la voluntad de S. M., pero ni puedo ni debo. Tomad, pues, ese pliego y esa espada, y hacedme la merced de disculparme con el emperador.

Habia pronunciado D. Juan de una manera tan firme sus últimas palabras, que el jóven alférez no se atrevió á insistir; tomó el pliego y la espada, y levantando los ojos hasta los de D. Juan, le dijo:

—Adios, mi capitan; parto lleno de sentimiento y de orgullo: de sentimiento, porque concibo que estais en una situacion grave y acaso decisiva para vuestro porvenir; de orgullo, porque quien lleva la espada de D. Juan, como el legado de un caballero sin tacha, á un emperador tal como don Cárlos de Austria, es ¡vive Dios! un honrado embajador.

D. Juan tendió la mano al jóven, conmovido, y sacando una magnífica sortija de uno de sus dedos, la puso en uno de los del alférez, que se conmovió, apretó la noble mano que le despedia, y con el corazon comprimido porque adivinaba en aquel ginete vencido un inmenso infortunio, le saludó profundamente, y salió.

D. Juan quedó inmóvil como una estátua en el mismo sitio, y solo dió muestras de volver en sí, cuando escuchó la carrera del caballo del alférez que partia; con él se alejaba su gloria.

En aquel momento, Gabilan apareció en la puerta.

—¿Está ahí el escribano?—dijo D. Juan con una impaciencia febril.

—Nó, nó señor, sino el clérigo que vino ayer.

—El sacristan de Santa Clara querrás decir;—esclamó D. Juan palideciendo.

—No sé, señor, no sé, porque el estado en que os veo, me tiene fuera de mí,—esclamó Anton medio llorando.

—Que éntre ese hombre,—dijo D. Juan pasando por alto la observacion de su criado.—Poco despues entró el sacristan.

—Traigo una carta de la señora, para vuestra señoría—dijo el enjuto sacristan haciéndose un arco.

—Dadme acá,—contestó Tenorio arrancándosela.

Y la abrió temblando.

«¡Mi madre ha muerto, D. Juan!—decia; sin tí estoy sola en el mundo. La han encontrado esta mañana en el cementerio. ¡Muerta! ¡sabes lo que quiere decir esa palabra cuando se refiere á una madre que se ama! Tengo horribles presentimientos; me parece que tú tambien me vas á abandonar..... pero eso es imposible..... ¿no es verdad?.... ven, esposo mio, ven, si no quieres que muera tu Magdalena.»

D. Juan sintió vacilar su firmeza; por segunda vez el espíritu de la tentacion batió sobre su cabeza sus alas májicas.

El terror, el amor, la rabia de la impotencia se resolvieron á un tiempo en su alma; pero como la vez primera, su voluntad indomable lanzó de sí la duda; fué á una mesa, tomó estremeciéndose una pluma, y escribió rápidamente sobre el primer papel que encontró á mano:

«Pronuncia tus votos, Magdalena, porque no nos volveremos á ver más. Así lo quiere Dios.—*D. Juan*»

Despues cerró la carta, buscó su bolsillo, no lo encontró, y arrancándose su rica cadena de caballero, la dió al sacristan.

—Idos,—le dijo,—y aunque os envien de nuevo, no volvais, porque podrá sucederos mal.

Con el alférez habia huido su gloria; aquel hombre se llevaba su amor.

—La fatalidad me roba mi felicidad y mi porvenir,—esclamó en un acento de dolor supremo;—hágase la voluntad de Dios.

Despues obligó á su corazon á que no latiese, á su mente á que no recordase, á su semblante á que se ostentase sereno, y lo consiguió: nunca fué más fuerte ni más valiente D. Juan.

Cuando algun tiempo despues vino el escribano, Tenorio, despues de haber mandado que se llamase á José y que se le trajese un caballo y un bolsillo con cien doblones, se encerró con el funcionario público y le dictó su testamento: antes de que estuviese concluido, estaban en la hostería José, un magnífico caballo y cuatro criados montados.

No tardó en aparecer D. Juan acompañado del escribano, que tenia en la mano el testamento.

—Te he nombrado mi albacea testamentario, José,—le dijo.

—¿Qué significa eso de testamento?—esclamó José palideciendo.

—Eso significa que existen disposiciones mias que cumplirás. Ni una observacion, mi buen José. Sabes que lo que pienso es un hecho consumado. Por este testamento lego mis bienes al hospital de la Caridad de Sevilla; de ello dejo una manda para tí, otra para Gabilan y otra para mis criados; tambien hay una manda de ciertas misas por almas cuyos nombres pasados encontrarás en una nota. Esas mandas se realizarán con el producto de mis muebles, de mis caballos, de mis alhajas. De todo lo que aun me pertenece, no reservarás más que mis armas y mi caballo de combate. Es cuanto te tengo que decir. ¿Has traido cien doblones?

—Sí señor,—dijo turbado José.

—Dámelos.

—Pero señor..... señor..... ¿qué vais á hacer?

—Que nadie me pregunte á dónde voy; que nadie me siga. Adios.

José se arrojó sollozando en los brazos de D. Juan, procurando retenerlo en ellos como un padre que se despide de su hijo sin saber si le volverá á ver.

D. Juan se separó de él.

—¿Y yo, señor?—dijo llorando Gabilan.

D. Juan abrazó á su lacayo, y luego, haciendo un supremo esfuerzo, le lanzó fuera de sí, tomó su capa y su gorra, y sin armas, sereno, inmenso, bajó, tomó un caballo que le presentó uno de los lacayos, les mandó que no le siguieran, y partió al galope. Gabilan no pudo contenerse más.

—Esto es hecho,—se dijo;—nuestro pobre amo se ha vuelto loco.

—Acaso nunca haya tenido más juicio que ahora,—dijo profundamente José.

—Pero es necesario seguirle, acompañarle,—dijo Gabilan yendo á apoderarse de un caballo.

—Dejadle, dejadle ir, Sr. Anton,—dijo José deteniéndole.

¡Hombres como D. Juan se bastan á sí mismo!

EPÍLOGO.

Un mes despues, en un oscuro rincon del monasterio de San Yuste, sobre la puerta de una celda, se leian estas palabras:

Yo soy el Señor tu Dios, fuerte, celoso, que visito la iniquidad de los padres sobre los hijos, hasta la tercera y cuarta generacion de aquellos que me aborrecen.

Dentro de aquella celda, pálido, sombrío, con la mirada profundamente fija, con una calma glacial retratada en su semblante, habia un monge hermosísimo.

La sombra de la capucha del hábito penitente no habia podido robar la altivez á sus ojos, ni su soberbia actitud á su cabeza.

Aquel hombre era el hermano *Juan de la Penitencia* en el claustro; en el mundo se habia llamado D. Juan Tenorio.

El mundo se admiraba entonces á aquel nombre; han pasado desde entonces más de tres siglos, y el mundo ha hecho de ese hombre una epopeya, cuya grandeza se respeta aun.

FIN.

PLANTILLA

PARA

LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

Páginas.

